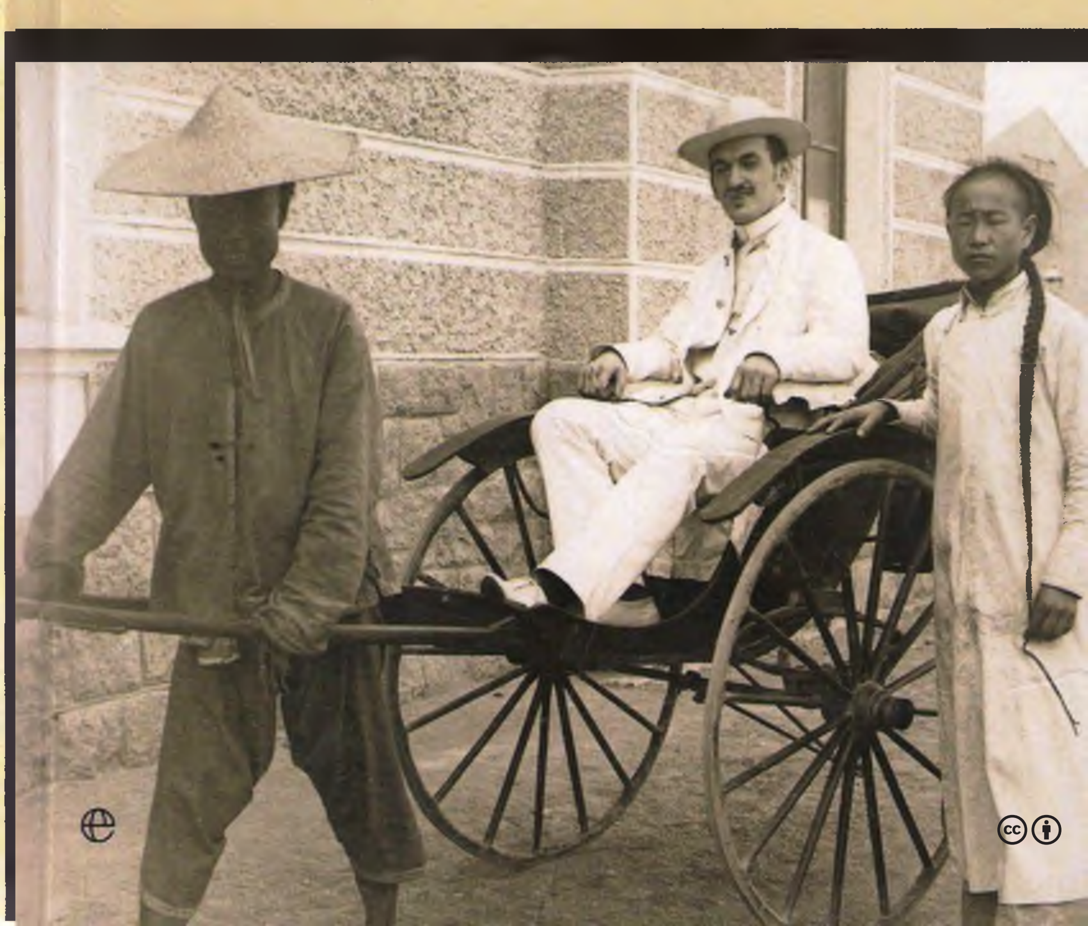
EL LIBRO NEGRO
DEL COLONIALISMO

Siglos XVI al XXI: del exterminio al arrepentimiento

Dirigido por **MARC FERRO**

Thomas Beaufils / Yves Bénot / Carmen Bernand / Pierre Brocheux
Catherine Coquery-Vidrovitch / Pascale Cornuel / Sylvie Dallet / Alastair Davidson
Marie Fourcade / Arlette Gautier / Leslie Manigat / Elikia M'Bokolo / Marcel Merle
Claire Mouradian / Pap Ndiaye / Jacques Poloni-Simard / Jacques Pouchepadass
Alain Ruscio / Pierre-François Souyri / Mariella Villasante Cervello / Nadja Vuckovic



EL LIBRO NEGRO DEL COLONIALISMO

Primera edición: octubre de 2005

Título original: *Le livre noir du colonialisme. XVIe-XXIe siècle: de l'extermination à la repentance. Editado por © Editions Robert Laffont, París, 2003.*

Avenida de Alfonso XIII, 1, bajos
28002 Madrid
Teléf.: 91 296 02 00 • Fax: 91 296 02 06
Pág. web: www.esferalibros.com

Diseño de cubierta: Compañía
Ilustración de cubierta: AKG/Album
ISBN: 84-9734-380-8
Depósito legal: M-37.265-2005
Fotocomposición: J. A. Diseño Editorial, S. L.
Fotomecánica: Star Color
Impresión: Huertas
Encuadernación: Huertas
Impreso en España-*Printed in Spain*

Índice

Asia

África

IV. LA SUERTE DE LAS MUJERES

V. REPRESENTACIONES Y DISCURSOS

Introducción

El colonialismo, reverso de la colonización

Marc Ferro*

Los acontecimientos del 11 de septiembre de 2001, los sobresaltos de Argelia, las manifestaciones de arrepentimiento que se produjeron en Francia, ¿no representan, acaso, el reflujo de los tiempos de la colonización, del colonialismo?

La actualidad del *Libro negro* se impone así, aun cuando, como se verá, la colonización no se reduce sólo a sus fechorías, y algunas de las que se le atribuyen no le son imputables. Por otra parte, es cierto, que otras fechorías han sobrevivido a la colonización.[1]

El colonialismo, ¿es un totalitarismo?

Que *El libro negro del colonialismo* deba formar pareja con *El libro negro del comunismo*[2] es, por otro lado, una necesidad evidente. Sin embargo, los que trabajan sobre los regímenes totalitarios han leído a Hannah Arendt con un solo ojo, según parece. Así, no han debido de darse cuenta de que junto al nazismo y el comunismo la autora había incluido el imperialismo colonial.[3] Efectivamente, entre estos tres regímenes hay un parentesco que ya había señalado el poeta antillano Aimé Césaire, al menos en lo que se refiere al nazismo y al colonialismo: «Lo que el muy cristiano burgués del siglo XX no perdona a Hitler

---

* Doy las gracias a los demás autores de esta obra, a quienes he dado a leer esta introducción y me han sugerido correcciones útiles.

[1] Véase *infra* el cuadro de testimonios, que los enumera.

[2] Christian Courtois (coord.), *Le livre noir du communisme*, 2ª edic., Robert Laffont, París, 2000.

[3] Hannah Arendt, *Les origines du totalitarisme. L'impérialisme*, Fayard, París, 1997 [ed. cast.: *Los orígenes del totalitarismo*, trad. Guillermo Solana, Taurus, Madrid, 1998].

no es el crimen como tal, no es la humillación del hombre como tal, es el crimen contra el hombre blanco [...] por haber aplicado a Europa procedimientos colonialistas, que hasta entonces sólo se destinaban a los árabes, a los coolíes de la India y a los negros de África».[4] En la conferencia de Durban, en 2001, ¿no se los ha considerado, acaso, crímenes contra la humanidad?[5]

Procedimientos «colonialistas», escribe Aimé Césaire, después de la II Guerra Mundial. De hecho, el colonizado habla menos de colonización que de colonialismo, término que ha llegado tardíamente al vocabulario y que se considera una forma peyorativa atribuida a la colonización, mientras que en su origen —al sustituir al colonismo— buscaba solamente legitimar la expansión ultramarina.

Ahora bien, aunque es evidente que la colonización no se identifica completamente con el «colonialismo» —ya que, al menos, ha producido igualmente un discurso anticolonialista[6]—, *el término «colonialismo» ha levantado el vuelo en solitario.*

En este último medio siglo, este término se ha apoderado de la totalidad del fenómeno —la colonización, sus excesos, su legitimación— pues, una vez finalizada la descolonización —término poco afortunado, eurocéntrico, que ignora el papel de los pueblos oprimidos en su propia liberación— se habla ya de neocolonialismo, expresión que sufre la competencia de otras, quizá más adecuadas a la realidad. Volveremos sobre ello.

Es evidente que lo que implica el colonialismo para aquellos que lo recuerdan hoy existía ya antes de que el término apareciese, pero su realidad ha sobrevivido a la colonización y a la «descolonización». En las metrópolis —Reino Unido, Francia, Rusia, etc.— el racismo, que es una de sus figuras, se ha extendido, y el contagio ha podido alcanzar, en ultramar, a los colonizados. Además, después de las independencias ha nacido una nueva forma de explotación, especialmente en el África negra: *el colonialismo sin colonos.* ¿Cómo analizar y definir los numerosos conflictos surgidos desde el final de la colonización?[7]

Para un primer acercamiento constatemos ya que el estudio del colonialismo puede tomar prestados sus instrumentos u observaciones al análisis de otras experiencias históricas, por ejemplo los regímenes totalitarios. En este último

[4] Aimé Césaire, *Discours sur le colonialisme*, Présence Africaine, París, 1955.

[5] Véase *infra* el trabajo de Nadja Vučković, «Qui demande des réparations et pour quels crimes?»

[6] Véase más adelante el trabajo de Marcel Merle, «El anticolonialismo».

[7] Aunque el término colonialismo no se ha aplicado a la colonización árabe, hablaremos de ella en esta obra; véase *infra* el trabajo «Sobre la trata y la esclavitud».

caso, junto a un *Libro negro* ya había aparecido un *Libro rosa*. Todos estos regímenes han sido objeto, simultáneamente, del mismo oprobio y del mismo elogio. En el caso de la URSS, recordémoslo, tan cercano a nosotros, qué relatos han podido hacer «los regresados de Moscú» del «paraíso soviético», este país encantado cuyos peregrinos volvían con un compromiso inquebrantable. Mientras tanto, otros peregrinos quedaban fascinados por los éxitos del fascismo o del nazismo en naciones en que se había reducido el desempleo, donde se habían realizado grandes obras públicas y «donde los trenes llegaban a la hora».

Al mismo tiempo, estos regímenes eran objeto de violentas críticas, basadas en hechos, en hechos sangrientos, pero ¿quién quería oírlos?

En el caso de la colonización, observaremos que su *Libro negro* precedió al *Libro rosa*. La primera *Memoria* de De las Casas data de 1540. Sin embargo, poco a poco, el «colonismo» ha resultado vencedor, en nombre de Cristo, sobre la lucha contra la trata, en nombre de la civilización. Es cierto que sus argumentos eran alimentados por quienes se beneficiaban de la explotación de las colonias, en Bristol lo mismo que en Nantes o en Lisboa, siempre que, para legitimar su presencia en ultramar, no interviniesen los propios colonos.

La puesta en entredicho ha asumido varios aspectos. Entre otros, la ideología socialista, que no ha dejado de recordar los aspectos negativos de la colonización e incluso sus principios. Sus argumentos participaban de la sustancia del discurso marxista. Para que los profesores de historia lo conociesen bien y lo difundiesen, «era necesario constreñirlos con programas bien definidos», decía Lenin al historiador Pokróvski. «En estos programas deben fijarse los temas que les obligarán objetivamente a adoptar nuestro punto de vista; por ejemplo, incluyamos en el programa la historia de la colonización. El tema les obligará a exponer su punto de vista burgués, es decir, lo que los franceses piensan del comportamiento de los ingleses en el mundo; lo que los ingleses piensan de los franceses; lo que los alemanes piensan de unos y otros. La propia literatura del tema les obligará a mencionar las atrocidades del capitalismo en general.» Dentro de esta tónica, después de la II Guerra Mundial, Jacques Arnault escribió un *Procès du colonialisme* [Proceso del colonialismo], en las ediciones de la Nouvelle Critique (1958).

Ahora que ha terminado el siglo XX, debido a un cambio de mentalidades relacionado con los dramas del siglo pasado, debido a la toma de conciencia de las violencias cometidas aquí y en otras partes, un sector de la opinión de las viejas naciones europeas ha hecho suya una ideología de los derechos del hombre que apuntaba hacia el conjunto de los crímenes cometidos en nombre del Estado rojo o pardo, del Estado-nación y de las «victorias de la civilización». Genero-

sas en la denuncia de los crímenes del comunismo o del nazismo, estas sociedades occidentales fingen creer hoy, de buena gana, que los crímenes del colonialismo les han sido ocultados. Ahora bien, esta creencia es un mito, aun cuando algunos de los excesos cometidos hayan sido expurgados adecuadamente de la memoria común.

Así, en Francia, los manuales escolares de los dos primeros tercios del siglo XX nos contaban con qué entusiasmo Bugeaud y Saint-Arnaud incendiaban los aduares en tiempos de la conquista de Argelia, y cómo, en la India, durante la revuelta de los cipayos en 1857, los oficiales ingleses ataban a hindúes y musulmanes a la boca de sus cañones, cómo Pizarro ejecutó a Atahualpa Yupanqui, cómo Gallieni pasó a espada a los malgaches. Estas violencias eran conocidas y, respecto a Argelia, ya desde la época de Tocqueville.[8] En Tonkín, los testigos vieron cien veces «cabezas clavadas en puntas de picas, que se renovaban continuamente», lo que se podía ver reproducido luego en las revistas de la metrópoli.[9] El manual Malet-Isaac, edición de 1953, escribía que después de la revuelta de la kabila en 1871 «la represión fue rápida y vigorosa, con ejecuciones, deportaciones de jefes, grandes multas y confiscación de tierras». El general Lapasset, a quien cita Ch.-R. Ageron en 1972, consideraba ya en 1879 que «El abismo creado entre los colonos y los indígenas sería colmado un día u otro con cadáveres»[10]. Todos estos sucesos eran conocidos y públicos, pero si el hecho de denunciarlos tenía por finalidad poner en entredicho la «labor de Francia», entonces se negaba su existencia: mi gobierno puede haberse equivocado, pero mi país siempre tiene razón... Interiorizada, esta convicción persiste, se alimenta de la autocensura de los ciudadanos y también de la censura de las autoridades, todavía hoy. Por ejemplo, ninguna película o emisión de televisión que «denuncie» los abusos cometidos en las colonias figura entre las cien primeras producciones del *box-office* o del índice de audiencia.[11]

Al otro lado del Atlántico se ha producido un cambio respecto al exterminio de los indios, y se han sucedido continuamente las películas del oeste como *Flecha rota*, de Delmer Daves (1950), *film* proindio y antirracista pro-

---

[8] Tocqueville, *De la colonie en Algérie*, 1847, Bruselas, reedic. Complexe, 1988.

[9] Sobre la imaginería colonial, véase *Images et colonies*, N. Bancel, P. Blanchard, L. Gervereau (compils.), BDIC, Nanterre, 1993.

[10] Ch.-R. Ageron, *Politiques coloniales au Maghreb*, PUF, París, 1973, p. 229.

[11] Béatrice Fleury-Villate, *La Mémoire télévisuelle de la guerre d'Algérie*, L'Harmattan, París, 1992.

ducido con anterioridad a los crímenes cometidos por la aviación estadounidense durante la guerra de Vietnam, que iban a perpetuar el cambio. Sin embargo, en la realidad esta toma de conciencia no ha modificado en absoluto la política de Washington en relación a las «reservas» indias. En Australia, la toma de conciencia, debida a la acción de los aborígenes y de los juristas, es aún más reciente, pero la «mayoría democrática» blanca se opone a que tenga efecto.

Todas estas constataciones requieren una perspectiva nueva en cuanto al papel de los principales actores de la Historia, tanto en la metrópoli como en las colonias, e incluso modificaciones cronológicas que la tradición acabó por establecer.

Hacia el año 2000, como consecuencia de testimonios provenientes de argelinos víctimas de torturas, militares de alta graduación, como los generales Massu y Aussaresses, reconocieron los hechos, aunque asociándolos a la lucha contra el terrorismo.[12] Esos hechos, por otra parte, eran tan sabidos como otros, y ya durante la guerra de Argelia numerosas voces, como la de Bonnaud, por ejemplo —lo mismo que hoy, en Rusia, ante los excesos cometidos en Chechenia—, se habían alzado para estigmatizar actos que las autoridades militares niegan o negaban. Ahora bien, al tratarse de departamentos de Argelia, ya se practicaban sevicias contra los nacionalistas mucho antes de que estallase la guerra, sobre todo por parte de la policía.[13]

LA PAZ DE LOS NEMENTCHAS[14]

¿Será posible que seis meses de torturas vistas, oídas, aceptadas, incluso llevadas a la práctica, será posible que estas visiones de África de un tipo nuevo no alimenten las pesadillas de nuestras noches de Francia?

En Chéria, en los puestos del GMPR, un sospechoso, atado, tirado en el polvo, a pleno mediodía, bajo el sol de julio. Está desnudo, untado de confitura. Las moscas zumban, lanzan brillos verdes y dorados, se agitan vorazmente sobre la carne

→

[12] General Aussaresses, *Services spéciaux, Algérie 1955-1957*, Perrin, París, 2001.
[13] Pierre Vidal-Naquet, *La torture sous la République*, París.
[14] Robert Bonnaud, *Esprit*, París, abril de 1957, pp. 581-583. [N. de la R.]

ofrecida. Los ojos enloquecidos hablan del sufrimiento. ¡El suboficial europeo está harto! «Si dentro de una hora no ha hablado, voy a ir a buscar un enjambre de abejas.»

En Guentis, cuatro gendarmes están de guarnición con nosotros. Ocupan una choza del antiguo caserío donde interrogan a los sospechosos cogidos en el monte. Poco después de llegar nosotros, un gendarme visita al electricista de la compañía y le pide dos trozos de cable telefónico. El camarada le propone hacer él mismo la reparación e, intrigado por la negativa del gendarme, le sigue, asiste al interrogatorio, vuelve horrorizado. El sospechoso está amarrado a una tabla con cadenas, provistas de trapos mojados a los que se fijan los electrodos. Un gendarme da vueltas a la manivela del teléfono de campaña; varía la intensidad de la descarga modificando el ritmo del movimiento; él sabe que las variaciones de intensidad son especialmente dolorosas; el gendarme afina, da el último toque, hace su trabajo. El torturado chilla, se retuerce entre sus ataduras, tiene sobresaltos de muñeco burlesco, convulsiones desesperadas de agonizante. «¿Vas a hablar, cerdo? ¿Vas a hablar?»

Los electrodos se aplican tanto en las sienes como bajo la lengua, en el sexo o en cualquier otra parte sensible del cuerpo humano. Unas pilas y un generador pueden sustituir a la dínamo del teléfono. El suplicio no deja prácticamente ninguna huella. A los que asisten sin prejuicios morales les proporciona un placer de orden sexual de rara calidad.

¿Francia tiene todavía prejuicios morales? ¿Los gendarmes de Guentis los tenían? Entre las siestas, las partidas de bridge, las lecturas erótico-policiales, las rondas de anís en el centro, las comidas pesadas y las discusiones fanfarronas, aplicaban la superabundante energía de sus grandes cuerpos adiposos sobre las lamentables constituciones de los *fellahs* subalimentados del cantón.

Recuerdo el día en que la compañía, de patrulla matinal, trajo a dos argelinos que había encontrado en la estepa, a quienes el capitán, no sé por qué, había considerado sospechosos. Se ocuparon de ellos enseguida, sin ni siquiera tomarse la molestia de preparar «la electricidad». Puños peludos armados con gruesas sortijas, antebrazos carnosos, pies calzados con Pataugas: apuntaban al bajo vientre, al hígado, al estómago, al rostro. Cuando corrió la sangre, cuando el suelo de la choza estuvo empapado, los desventurados, arrodillados, hubieron de lamer la terrible mezcla de su propia tierra y de su propia sustancia. Y en esta postura recibieron, para terminar (los torturadores sudaban copiosamente), una fuerte patada en plena cara. Durante toda una hora se los obligó a transportar enormes piedras sin

otra finalidad que la de agotarlos y agravar el desangramiento. Y aquella misma tarde fueron liberados.

¿Historia absurda, sadismo gratuito? No. En este país, la enorme mayoría de los sospechosos, y también de los que no lo son, ayudan realmente a los patriotas, aunque sólo sea con su silencio. No se corre un gran riesgo, mediante las torturas y vejaciones intempestivas, de enemistarse con la población: el pueblo argelino ha perdido confianza en nuestro falso liberalismo y en nuestras falsas promesas.

Los gendarmes de Guentis, como todos los pacificadores con alguna experiencia, partían del punto de vista según el cual no se puede ser argelino inocentemente. El desencadenamiento de una brutalidad perversa de la que ellos daban ejemplo, ejemplo que a veces tenía seguidores, derivaba por desgracia de esta constatación elemental, y de la exasperación y del sentimiento de impotencia.

Hay que saber lo que se quiere. El mantenimiento de nuestra dominación [francesa, N. del T.] exigió, exige, exigirá torturas cada vez más espantosas, exacciones cada vez más generalizadas, muertes cada vez más indiferenciadas —no hay ningún argelino que sea inocente del deseo de dignidad humana, del deseo de emancipación colectiva, del deseo de libertad nacional—. No hay sospechoso detenido por equivocación y torturado por error. Esos dos argelinos de Guentis de los que hablaba hace un momento, tan silenciosos y tan lastimosos con su andar vacilante, su rostro ensangrentado, sus vestimentas ridículas (uno de ellos llevaba un *saruel* rojo vivo que nuestra mirada percibió durante largo tiempo en la polvareda amarilla de la estepa), estos dos miserables debían de tener sin duda alguna relación con los patriotas del *djebel*, pues la noche que siguió a su aventura el *bordj* fue hostigado por los tiros de los Statti, sanción habitual para nuestros descarríos de conducta.

En estas condiciones, los mejor intencionados y los más ingenuamente pacificadores se deslizan muy deprisa por la pendiente del inmoralismo represivo. He visto a oficiales que se iniciaban en las palizas y, utilizados desde el principio, se convertían en excelentes auxiliares diplomados en torturas; otros, que ya le habían tomado el gusto, como ese energúmeno, teniente de un batallón en Corea, que mandó un tiempo una compañía en un puesto de montaña y se reservaba el interrogatorio de los sospechosos —es decir, de cualquier argelino— a quienes las patrullas encontraban por azar y que, con frecuencia, estaban perfectamente en regla. He visto a soldados, impulsados por la emulación, animados por los gen-

→

darmes, golpear ellos también, estar tres días con la mano hinchada, y luego recomenzar a la primera ocasión.

Y ¿quién se extrañaba, en Chéria, de la bañera del GMPR, en la que se metía de entrada al sospechoso y luego venía la electricidad? ¿Quién se extrañaba de las uñas arrancadas y de las tripas infladas con agua? ¿Quién ignoraba que en Tebessa, en las salas de la policía en las que se realizaban los interrogatorios, las puertas, en su parte baja, tenían una extraña tonalidad granate oscuro porque, al desaparecer la pintura, la sangre de los infortunados había impregnado la madera, de manera imborrable?

Que las víctimas de estos horrores sean favorables a los rebeldes, que los rebeldes maten y torturen eventualmente a civiles franceses, ¿es una buena razón? Porque, precisamente, el que ha empezado, el que ha impuesto a Argelia esta guerra civil, quien fue el primero en torturar y masacrar a no combatientes, ¿quién es sino este invasor colonial, el que mantiene el orden colonial?

Según los argelinos, el terrorismo era una respuesta a la violencia del colonizador. Al binomio del colonizador terrorismo/tortura, el colonizado opone por su lado el trinomio represión/terrorismo/tortura.

«La culpa original de la colonización precedió a todas las agresiones unilaterales de los indígenas», escribía Paul Ricœur en *Réforme* [Reforma], ya en 1947. En 1949 *Témoignage chrétien* [Testimonio cristiano] publicaba un relato de Jean Chegaray sobre las torturas perpetradas en Indochina por los franceses —hechos que Jean Roy confirmaba en sus *Mémoires barbares* [Memorias bárbaras] cuarenta años después—.

Sin duda, hay que repetirlo, la colonización no se limita a estos excesos del colonialismo, pero no por ello hay que olvidar lo que les ha precedido —la violencia de la conquista, la «pacificación»— relegándolo a un pasado remoto, como si se tratase de un capítulo de la historia sin relación con la represión y el terrorismo de las luchas de liberación en los años cincuenta del siglo XX.

A esta observación se añade una constatación: que a ultramar, a las instancias del Estado y a los colonizados, no debemos olvidar añadir otros actores de la historia: los colonos y los grupos de presión que éstos constituían en la metrópoli. Y tampoco hay que olvidar que la historia del comunismo y del nazismo no ha sido sólo la de la ideología o del funcionamiento de estos regímenes,

de su política, sino también la de la participación más o menos activa y consciente de los ciudadanos en su actuación, en su éxito, en su fracaso.[15]

Por otro de sus aspectos el análisis del colonialismo puede referirse al del totalitarismo: el examen de las intenciones de sus promotores. Sabemos bien que aparte de los excesos cometidos por el nazismo y el comunismo, el programa respectivo de sus dirigentes era completamente diferente, incluso inverso. ¿Cómo podemos «osar» comparar el proyecto racista de los nazis con el de la tradición socialista, aun subvertida? Entonces, ¿qué sucede con los proyectos de la colonización y los resultados de su práctica? Por un lado, enriquecerse, cristianizar, civilizar... Por el otro, el trabajo forzado, el desarrollo modernizado, el declinar de la economía de subsistencia... Se impone realizar esta comparación en primer lugar, y también establecer balances, verificar lo que se ha cumplido intencionadamente, sólo a medias, o no se ha cumplido en absoluto. ¿Cuántas escuelas u hospitales, cuántas presas, y para qué beneficiarios...? No obstante, al balance consciente de la colonización, a sus aspectos negros, cuya identificación constituye uno de los objetivos del presente libro, debemos añadir la localización de situaciones y balances que no se deseaban ni se esperaban.[16] Pondremos dos ejemplos de estos resultados «perversos».

En primer lugar, los efectos de la política escolar de Francia en Argelia. Fanny Colonna nos muestra muy bien cómo, al desarrollarse, la escuela laica ha nutrido de ideas a las élites, formando emancipados que se convirtieron en emancipadores —lo que, en realidad, no era su finalidad—. Además, no ha permitido elevarse a los humildes, pese a que en el proyecto republicano la escuela, precisamente, debía trabajar para reducir las desigualdades. Sin embargo, éstas se han visto reforzadas.[17]

Otro ejemplo: el balance médico de la política inglesa en la India. La metrópoli renunció a poder dar atención a trescientos millones de indígenas, reservando los cuidados a los ingleses y a los indios que estaban en contacto con sus propios agentes y colonos, con el fin de protegerlos mejor: militares, agentes fiscales, etc. Para tratar de responder a las exigencias de la situación del país, la metrópoli consideró que era necesario crear un cuerpo de médicos

---

[15] Problema que, durante mucho tiempo, no se plantearon los analistas del totalitarismo. Sobre la colonización nos hemos limitado con frecuencia al estudio de la política colonial, al no consultar nada más que los archivos oficiales...

[16] Marc Ferro, *Histoire des colonisations. Des conquêtes aux indépendances XIIIe-XIXe siècle*, Le Seuil, París, 2001 (nueva edición).

[17] Fanny Colonna, *Instituteurs algériens, 1833-1939*, FNSP, París.

indígenas. ¿Resultado? Cincuenta años más tarde una verdadera afluencia de médicos indios puebla los hospitales de la metrópoli, sustituyendo a los médicos ingleses que han huido a la medicina privada, zafándose de los efectos del Estado del Bienestar.[18]

Esta doble lección atestigua que puede haber mucho trecho entre las intenciones de una política y sus resultados —lo que no significa que haya que ignorar las primeras y ver sólo los segundos—. Independientemente de estas observaciones, bastantes rasgos aproximan las prácticas colonialistas a las de los regímenes totalitarios: matanzas, confiscación de bienes de una parte de la población, racismo y discriminación en perjuicio de ésta, etc. Examinaremos aquí las variables, las semejanzas, la herencia.

Variables

Diez años después de la desaparición del imperio soviético podemos constatar que, meses después, el ex *apparatchik* y ministro de Asuntos Exteriores de la URSS, Shevardnádze, es elegido presidente de la República de la Georgia independiente;[a] que entre los primeros líderes de la revuelta chechena había rusos; y que bastantes dirigentes actuales de los estados musulmanes de la ex URSS eran anteriormente *apparatchiki*: un fenómeno semejante no tiene equivalente en otras partes. Por ejemplo, es difícil imaginar, hace cincuenta años, a un ministro de Guy Mollet gobernar la Argelia independiente al lado de Ben Bella, o a MacMillan elegido por los birmanos para gobernar Rangún[b], a ex administradores holandeses llamados a gobernar una de las islas de la Sonda, o a japoneses para hacer otro tanto en Corea.[19]

Estas hipótesis de historia-ficción confirman, sin duda, la especificidad de la colonización rusa y soviética, sin que esto signifique que estuviese exenta de colonialismo.[20] Esas hipótesis, sobre todo, nos muestran un rechazo unánime, en

---

[18] Radhika Ramasubban, «Imperial Health in British India», en *Disease, Medicine and Empire. Perspectives on Western Medicine and the Experience of Europa-expansion*, compil. Roy Macleod y Milton Lewis, Londres, 1988, p. 336.

[a] Shevardnádze es georgiano. Georgia era una de las Repúblicas Socialistas Soviéticas de la URSS. [N. del T.]

[b] Rangún es el nombre antiguo de la capital de Myanmar (antes Birmania); hoy se ha impuesto oficialmente Yangón. [N. del T.]

[19] Véase *infra* el trabajo de Pierre-François Souyri, «La colonización japonesa».

[20] Véase *infra* el trabajo de Claire Mouradian, «Los rusos en el Cáucaso».

otros lugares, al Estado colonizador, sin perjuicio de que éste no se alimente en todas partes de los mismos resentimientos. ¿Quién iba a sospechar que más de cuatro decenios después de su independencia no iba a quedar ningún francés en Argelia, tan pocos ingleses en la India, siendo la excepción sólo el África Negra, donde todavía hay portugueses y franceses? En el África Negra, después de las independencias, con cooperación de las ex metrópolis o sin ella, sin haber modificado las fronteras que éstas fijaron, los países que recuperaron su libertad fueron presa, sucesivamente, de una forma económica de neocolonialismo, o bien de guerras intestinas ligadas o no a los efectos perversos de la «descolonización» (Biafra, Chad, Ruanda, Mauritania, Costa de Marfil, etc.). Por todas partes se han visto enfrentados a un imperialismo multinacional, una especie de colonialismo sin colonos.[21]

En la América española, menos de doscientos años después de las «independencias-colono» —independencias que no surgen de los indígenas, sino de los colonos españoles— debidas a los Bolívar, Iturbide, etc., estos países fueron los primeros que experimentaron, en los últimos años del siglo XIX, una transferencia de dominación, primero los ingleses y luego los estadounidenses, que toman el relevo de los españoles, eliminados mucho tiempo atrás.[22] Estos países fueron los primeros en conocer una especie de prefiguración de este neocolonialismo sin bandera ni ocupación.[23] Los efectos lejanos de todos estos cambios, de los que los amerindios no se han beneficiado en absoluto, impulsaron el movimiento zapatista, revoluciones —Cuba, América Central, etc.—, o grupos como Sendero Luminoso, una organización «maoísta» que define al Perú actual como una sociedad colonial.

Lo que equivale a decir que las formas de colonización, sus objetivos, el aspecto que ha tomado esta dominación, los rasgos diferentes de los países liberados, constituyen un conjunto de variables múltiples. Sin embargo, la mundialización creciente y acelerada ha suscitado la aparición de un combate solidario, más o menos iniciado en su tiempo por la Internacional de los pueblos colonizados, e imaginada por Sultán Galíev con ocasión del Congreso de Bakú

[21] Jean-Paul Chrétien, *L'Afrique des Grands Lacs*, Aubier, París, 2000; Mariella Villasante-de Beauvais (coord.), *Groupes serviles au Sahara. Étude comparative à partir du cas des arabophones de Mauritanie*, CNRS Éditions, París, 2000.

[22] Se observa la misma transferencia en Haití, a partir de la dominación francesa. Véase *infra* el trabajo de Leslie Manigat.

[23] Stanley y Barbara Stein, *L'héritage colonial de l'Amérique Latine. Analyse d'une dépendance économique* (trad. de *The Colonial Heritage of Latin America*, 1970), Maspero, París, 1974.

a comienzos de los años veinte del siglo XX, luego por la Tricontinental en 1966, en La Habana, y retomada por la nebulosa árabo-islámica, luego islamista, que lucha hoy con perspectivas nuevas. Ayer estaba asociada o no a militantes del mundo occidental, al mismo tiempo contra el neocolonialismo, el racismo y la hegemonía de los grandes bancos; en su rama más extrema, lucha hoy en día contra los Estados Unidos y sus aliados, pero también, en los países islámicos, contra la existencia de los Estados-nación que constituyen «prisiones» para la unidad de estos últimos.

Tradicionalmente, el término colonización se aplica a la ocupación de una tierra lejana, extranjera, acompañada del establecimiento de colonos. Para la mayoría de las potencias llamadas coloniales, este establecimiento se realiza en ultramar, lo que marca la diferencia respecto de la expansión territorial por contigüidad. Pero en el caso de España respecto al Rif, de Japón en el caso de Yeso-Hokkaidô, y sobre todo en el de Rusia en Siberia, sí hay continuidad territorial, aun cuando en Asia central el desierto del Turkestán desempeña un papel de separación, de «mar» que lo aísla de la tierra rusa. A diferencia de las «naciones siberianas de escasos efectivos»[24], que permitieron una extensión territorial fácil hacia el este, la conquista de los países tártaros, turcos y caucásicos fue difícil porque estos pueblos pertenecían asimismo a otra comunidad, más vasta, étnica o religiosa. Lo que significa que la expansión territorial y la colonización, en Rusia, no dejan de ser por ello, con frecuencia, sinónimos, mientras que en Europa occidental son diferenciados cuidadosamente.

Otro aspecto del problema es la época y la antigüedad del establecimiento, que se consideran criterios de legitimación. En la Martinica hay blancos y negros que se estiman «más franceses» que los de Lorena o Saboya, pues son súbditos del rey francés antes que estas dos regiones, en 1638. Hernán Cortés, al pedir en su testamento de 1547 que, si moría en España, sus restos fuesen devueltos a su ciudad de Cocoya, en México, es el primero de los conquistadores que piensa que su verdadera patria está en América. Más tarde, en Argelia, los colonos evaluaban la legitimidad de su presencia teniendo en cuenta el año de su llegada: 1871, 1850, 1834, etc. En Chechenia, los rusos recuerdan que llegaron en el siglo XVI, ante la llamada de las poblaciones locales, para que las defendiese de los kanes de Crimea, y que la anexión en tiempos de Pedro el Grande fue recono-

---

[24] Conservamos esta formulación de «naciones de escasos efectivos» con que la Conferencia de Krasnoyársk (1991) sustituyó a los términos tradicionales de «pequeñas naciones» y «grandes naciones».

cida más tarde por las potencias, en 1774 (claro que los chechenos no participaron en esta negociación y, por lo tanto, no han reconocido nunca la anexión). Después de 1917, para «recompensarlos» por su actitud durante la guerra civil, los bolcheviques incluyeron a los chechenos en la Federación de Rusia —en vez de convertirlos en una república soviética, como los Estados del Asia central—. De ahí deriva un obstáculo adicional para poner fin al conflicto actual (2005), lo mismo que en su momento significó la creación y la denominación de «departamentos» que pudieron alimentar el mito de la Argelia francesa.

Hoy, en Palestina, lo mismo que en Sri Lanka, la antigüedad de la presencia constituye uno de los puntos de la argumentación: aquí los tamiles, allá los judíos. El mismo problema tenemos en Kosovo entre serbios y albaneses —y ese punto no resulta negociable—.

Estas prácticas y estas maneras de ver suponen que la Historia es unilineal, irreversible. Sin embargo, esto significa ignorar que hay naciones o comunidades que pueden desaparecer para siempre, como, por ejemplo, los jázaros, mientras otras pueden aparecer y desaparecer, como Bangladesh, Palestina, Panamá, Israel, etc.

La historia no puede programarse.

Primer dato: debemos constatar que el imaginario es algo que ayuda a comprender las reacciones de una sociedad ante la expansión, la colonización —y del mismo modo, ante la reivindicación de independencia—. Así pues, los rusos son los únicos que consideran que la colonización constituye «la esencia de su historia» (Kliushévski). En cuanto a los españoles, éstos piensan que la expansión por ultramar supuso la manifestación de su grandeza, de su potencia, y que su fin significó el comienzo de su decadencia. Para los portugueses, fue la marca de su audacia: «Y si la Tierra hubiese sido más grande, también la habríamos circunnavegado.» Más tarde consideraron que había sido el sello de su particularidad: en Brasil, los portugueses crearon una sociedad con una «raza nueva» (pero no en Angola). En Inglaterra la identificación inicial ha sido con el control de los mares, luego con la presencia de súbditos británicos en todo el mundo —más que con el dominio territorial—. Así, la primera Commonwealth se diferenció de la India o de Egipto. Por el lado francés, a la hora del imperialismo, la definición de la República primó, distinguiendo los departamentos de las demás posesiones imperiales. A esto se añadió esta otra idea, acto de fe: la aspiración de todos los hombres es convertirse en ciudadanos, a ser posible en ciudadanos franceses, por lo que esta «recompensa» se otorga sólo con parsimonia.

Estas consideraciones no dejan de tener consecuencias: explican, en parte, el hecho de que Inglaterra haya podido perder la India sin pestañear, pero tam-

bién el que haya hecho la guerra de las Malvinas para defender a súbditos de Su Majestad. Asimismo, consideradas tierra rusa desde siempre, las Kuriles no son un territorio negociable con Japón, mientras que las Repúblicas de Asia central —y otras— han podido alcanzar la independencia sin disparar un tiro, con la excepción de Chechenia «que forma parte de la Federación Rusa».

Segundo dato: las condiciones de la expansión han variado a lo largo de la Historia, no siendo las mismas, necesariamente, para todos los Estados, para sus actores, ni siendo tampoco iguales las sociedades que se vieron obligadas a conocerlas.

En el caso de España y de Portugal, podemos preguntarnos si la motivación inicial fue el oro o Cristo. El oro, y en otros casos las especias y el acceso directo a sus zonas de producción rodeando el Imperio otomano; Cristo, que está presente en Albuquerque como lo está en Cristóbal Colón la obsesión, ligada a un mesianismo criptojudío, de conquistar Jerusalén. El oro le servirá a éste y, al otro, el ataque por la retaguardia contra el Imperio otomano, por la India y Etiopía. Además, la preocupación por las conversiones no deja de animar a los hispánicos: en América, en Filipinas, etc. Otra motivación para estas sociedades: el declive de sus noblezas, que buscan en la expansión formas de regeneración. En Francia imaginan encontrarlas apoderándose de las riquezas de Italia.

Por lo que respecta a las ciudades italianas —Génova, Venecia—, cuya expansión y colonias habían.prefigurado, en Caffa como en el Mágreb, el futuro dispositivo de los portugueses, el objetivo era el desarrollo del comercio, como lo será en el futuro para los holandeses, mientras que es la pesca o el placer de la aventura lo que lleva a los franceses hasta el Caribe y a Canadá. No obstante, muy pronto, para el rey, se tratará de debilitar la presencia española y, en otros lugares, de contrarrestar la presencia de colonos protestantes.

Mientras que el establecimiento de colonos rusos en Siberia es impulsado por los zares para multiplicar el número de contribuyentes, el caso de Inglaterra es interesante, porque confirma la continuidad en los planes de los dirigentes ya desde la época de Humphrey Gilbert, en el siglo XVI, hasta los tiempos del imperialismo en los siglos XIX y XX. Gilbert definía así el doble objetivo de la expansión: bases navales para el comercio y tierras para el establecimiento de colonos protestantes que no poseían nada. Esta doble motivación la encontramos más tarde en la política cristiana ortodoxa del zar en la época imperialista, que implicó el traslado más o menos forzado de poblaciones hacia Siberia —junto a ambiciones que buscan hacer del zar el «emperador del Pacífico»—.

Así pues, el caso de Siberia no tiene nada que ver, pese a que frecuentemente se hace el paralelismo, con el poblamiento de los espacios norteamericanos en el siglo XIX, que es individual, multinacional y voluntario.[25]

¿En qué se diferencia la época llamada del imperialismo de la expansión colonial de los siglos anteriores?

No por las atrocidades perpetradas, como veremos más adelante, sino, en primer lugar, por el siguiente rasgo: en el primer caso, la opinión pública es movilizada por los agentes de la expansión —el partido colonial, los bancos, los militares, los marinos, etc.—, mientras que hasta ese momento la prensa se encontraba en estado embrionario y las políticas de los gobiernos se iban haciendo sobre la marcha, al menos en Francia. Se ha demostrado que en ultramar, en el siglo XVIII, la rivalidad franco-inglesa, con frecuencia accidental, se convirtió en un mito construido precisamente en la época imperialista.

Los cantores de la expansión consiguieron hacer triunfar la idea de que extenderse por ultramar era la meta final de la política; y los ingleses fueron los primeros en asociar las ventajas del imperialismo al triunfo de la civilización, siendo ésta el logro de los «pueblos superiores». En el momento en que los progresos de la ciencia y el éxito del darwinismo asignaban a los más dotados la tarea de repartir los beneficios del progreso por el mundo, los ingleses se consideraban necesariamente destinados, en lo fundamental, a llevar a cabo esta tarea. «Yo creo en esta raza», decía en 1895 Joseph Chamberlain. El inglés, gracias a su progreso, a su habilidad, se encargaba de civilizar al mundo: «la carga del hombre blanco». Los franceses, por su lado, movidos por la doctrina de las Luces y el brillo de la Revolución de 1789, estimaban sobre todo que cumplían una misión liberadora; abolida la trata, habían puesto fin a la esclavitud —suprimida durante la Revolución, reinstaurada con Bonaparte, suprimida de nuevo por Schœlcher en 1848—. Además, al considerar que los indígenas eran como niños, las convicciones que tenían los franceses, republicanas o no, les conducían a pensar que, educándolos, los civilizarían, por lo que resistirse era prueba de su salvajismo.[26]

Sin embargo, esta idea de civilización no era neutra. La historia y el derecho occidentales habían codificado sus fundamentos: principio y formas de la propiedad, modalidades de transmisión de la herencia, legislación aduanera, liber-

---

[25] Marc Ferro, *Histoire des colonisations*, *op. cit.*; F. X. Coquin, *La Sibérie, peuplement et émigration au XIXe siècle*, Mouton, París, 1969.

[26] M. Ferro, *Histoire des colonisations*, *op. cit.*

tad de los mares, etc. Así, un concepto cultural, la civilización, y un sistema de valores ejercían una función económica concreta.[27] Si una persona no se adhería a estas reglas de derecho se convertía en delincuente, en criminal, y por ende en punible: en la India, por ejemplo, los ingleses denunciaban la existencia de «tribus» criminales.[28]

En tiempos del imperialismo, la expansión tenía motivos económicos nuevos, que Jules Ferry había enunciado claramente: adquirir materias primas baratas gracias al trabajo (forzado) de los indígenas —sobre todo en el África Negra—, y disponer de mercados para garantizar la difusión de los productos industriales —sobre todo en Asia—.

En esta etapa de la mundialización económica, en la que la competencia de los nuevos países industriales —Alemania, Estados Unidos, Rusia— amenaza la hegemonía de los ingleses, de los franceses, de los belgas, adquirir preventivamente territorios con sus poblaciones se convierte en una especie de inversión que permitirá perennizar el progreso económico del que se goza. Esta «carrera a campo traviesa» provoca conflictos entre Francia e Inglaterra en Sudán (Fashoda, 1901), entre Francia y Alemania en Marruecos (Agadir, 1911), y también entre Inglaterra y Rusia en las fronteras de la India (Afganistán, Tíbet), entre Rusia y Japón (Manchuria, 1905), etc. En el África Negra las posesiones portuguesas o belgas corren peligro con ocasión del reparto de África. En Asia Menor, Alemania inaugura la nueva política de un imperialismo sin conquistas en el Imperio otomano.

Lo que Schumpeter vio con acierto a comienzos del siglo XX es que se da imperialismo siempre que un Estado manifieste una disposición a expandirse por la fuerza, desprovista de objetivos concretos más allá de todo límite definible. Este rasgo explica el siguiente contraste: si la opinión pública inglesa era cada vez más hostil a la expansión colonial, identificada con el tráfico de esclavos y con las humillaciones relacionadas con el nacimiento de los Estados Unidos, se convirtió en favorable al imperialismo porque esto complacía al orgullo inglés, al desviarlos de las desilusiones políticas internas. Desde este punto de vista, la vuelta de Disraeli fue emblemática: «anticolonista» tiempo atrás, se convierte en imperialista. En Inglaterra, a fines del siglo XIX, «no había un solo mendigo que no hablase de "nuestros súbditos rebeldes"»[29].

---

[27] W. Gong Gerrit, *The Standard of Civilisation in International Society*, Londres, 1984.

[28] Véase *infra* el trabajo de Marie Fourcade, «Les Britanniques en Inde...».

[29] Joseph Schumpeter, «Zur Soziologie der Imperialismus», 1941, trad. franc. en *Impérialisme et classes sociales*, presentac. de Jean-Claude Passeron, Minuit, París, 1972.

Antes de la época imperialista, la doctrina mercantilista trataba de asociar el Estado a las empresas de ultramar para asegurarse así el monopolio de los intercambios. Al prohibir a los colonos producir «ni siquiera un clavo», se proporcionaba un pretexto de rebelión a los de América del Norte (y luego a los del Sur), arruinando además a los pueblos colonizados, como nos muestra el ejemplo de los textiles de la India. En la era imperialista estas prácticas se perpetúan y se amplían por la fuerza con los desarrollos de la «Revolución Industrial». Retomando una idea de Bujarin, Lenin escribirá en este sentido que el imperialismo era el estadio supremo del capitalismo.

Casi siempre fueron las altas finanzas las animadoras de la política imperialista, promoviendo intervenciones militares, menos para adquirir mercados o territorios que para constreñir a los dirigentes de los países prestatarios a restituir sus deudas (Egipto, Tunicia, Venezuela, etc.), aunque más tarde pudo seguir lo demás. Después de las independencias los grandes bancos pudieron conservar este control, y hoy todavía en mayor medida que en los comienzos del neocolonialismo.[30]

De este modo, el imperialismo se adapta a la descolonización y se perpetúa sin necesidad de controlar los territorios: podemos constatarlo hoy en día. A diferencia de la expansión antigua de tipo colonial, la expansión de carácter imperialista se ha dotado de los medios para actuar y no se ha contentado con arañar superficialmente la estructura de las sociedades conquistadas, sino que las ha roto, arruinando al mismo tiempo las actividades industriales de los países conquistados y la economía de subsistencia en beneficio de las plantaciones, cuyas producciones se destinaban a la exportación. Hasta la era imperialista, sólo la América india había conocido una desestructuración semejante. En la era imperialista ésta alcanza las profundidades de la India y del África Negra. Después de las independencias África ha caído en la trampa del hundimiento de las materias primas: «salida en falso»[c], al abandonar más o menos sus cultivos alimentarios y sustituirlos por productos de exportación.

Volveremos sobre ello.

El libro negro del colonialismo comienza, necesariamente, en el siglo XVI, con el exterminio de una gran parte de las poblaciones del Caribe y de Améri-

---

[30] P. J. Cain y A. G. Hopkins, *British Imperialism*, Londres, 1993; y Jacques Tobbie en *La France impériale*, Megrelis, 1982.

[c] El autor utiliza la expresión «*mal partie*», en referencia al famoso libro de René Dumont *L'Afrique Noire est mal partie*, sobre los primeros pasos de los países africanos tras las independencias. [N. del T.]

ca del Norte, que fueron verdaderos genocidios, como el que luego se produjo en Australia. También el África Negra fue víctima de matanzas que acompañaron a la conquista de los territorios, pero lo fue más aún a causa de la compra o de la caza de esclavos que se transportaron al otro lado del Atlántico en condiciones ignominiosas, para sustituir a la mano de obra india que había sido exterminada o que había conseguido huir más allá de las cordilleras[31], o al pie de monte amazónico. Las costas de Angola y del golfo de Guinea fueron los principales proveedores de los esclavos, que inicialmente llevaron a América los portugueses, luego los españoles, los holandeses, los ingleses y los franceses. La gran deportación se sitúa entre 1640 y finales del siglo XVIII. El total de deportados alcanza una cifra que se evalúa entre 10 y 15 millones de seres humanos. En realidad, como se muestra más adelante, existía ya, al mismo tiempo, una trata negra y otra que nutría de esclavos al mundo árabe antes de la llegada de los portugueses, y que se prolongó hasta los últimos años del siglo XIX. Esta trata la realizaban gobernantes africanos, para quienes los esclavos constituían un producto de intercambio, pero también era resultado de incursiones y guerras en los límites del Sudán, del África oriental y del océano Índico. Los mismos mecanismos alimentaron la trata atlántica entre los siglos XVI y XIX, pero esta última superó a la otra en número y en inhumanidad, en horror, algo que la historia no había conocido hasta entonces.[32] Las consecuencias demográficas fueron considerables.[33]

En el capítulo de las deportaciones hay que recordar que otra de las funciones de la descolonización, en Europa, se entiende, fue la de liberarse de los «indeseables». Una vez más fueron los portugueses los que dieron el ejemplo deportando a Santo Tomé, que no tenía habitantes, a la primera colonia de criminales... y de judíos. En Francia, el rey Francisco I hizo deportar a Canadá a una veintena de condenados «que debían hallar de nuevo allí la redención de sus faltas por el trabajo». Más tarde, Enrique II de Francia prefirió enviar a los criminales «a la isla corsa —entonces bajo su autoridad— con aviso de ser ahorcados

[31] Véanse los trabajos de Yves Bénot, «La destrucción de los indios del área caribe»; Alastair Davidson, «Una raza condenada: la colonización y los aborígenes de Australia»; Pap Ndiaye, «El exterminio de los indios de América del Norte»; Elikia M'Bokolo, «África Central: el tiempo de las masacres».

[32] John Thornton, *Africa and the Africans in the Making of the Atlantic World, 1400-1680*, Cambridge University Press, Cambridge, 1992.

[33] Véase *infra* el trabajo de Catherine Coquery-Vidrovitch, «Evolución demográfica del África colonial».

y estrangulados si abandonaban la dicha isla». Pero fue la Guayana la que, tras ser la efímera cuna de una comunidad cristiana de campesinos negros, de ser un «paraíso» considerado sin interés por la metrópoli, «devino un infierno»[34]. La colonia adquirió el estatus de tierra penal, alternándose pronto con las Marquesas y Nueva Caledonia, mientras que Argelia se convertía en destino de exilios forzosos. En Guayana el número de deportados aumentó durante el II Imperio, alcanzando los 12.778 condenados, de los que 329 eran políticos (Michel Pierre). En realidad, el régimen más represor fue el de la III República en sus comienzos, contabilizándose 81.341 reincidentes deportados en 1881, y la relegación de cierto número de presos se consideraba como la pena capital. Ahora bien, si había habido delitos de sangre cometidos por una ínfima minoría de presos, la mayoría de los condenados —dejando a un lado a los políticos— lo fueron por infracciones leves y repetidas.[35]

El mismo caso fue el de los miles de convictos enviados a Australia, como atestigua la obra magistral de Robert Hugues, *The Fatal Shore*[36]. En el caso de Argelia se trató sobre todo de inmigrantes forzosos: delincuentes, alsacianos y loreneses después de 1871, etc. Entre las dos guerras mundiales el cine francés convierte a Argelia y a Marruecos en tierras de asilo para la gente mala. Muchos se alistan en la Legión.[37]

De todos modos sería arriesgado asociar las violencias de las que fueron víctimas los indígenas al origen social de una parte de los colonos. En el siglo XIX los grandes masacradores fueron los militares, y éstos pertenecían a la élite social: Laperrine, Bugeaud, Saint-Arnaud provenían de familias con título; este último leía la *Imitación de Cristo* mientras ordenaba incendiar los aduares. Lo mismo hay que decir de los conquistadores ingleses: la mayoría eran *gentlemen*.[38]

Para las poblaciones vencidas y sometidas, la época de la colonización del Antiguo Régimen y la que le sigue no tienen solución de continuidad, aunque las modalidades hayan cambiado o incluso hayan diferido, según se piense en la América en la que los colonos han obtenido la independencia a expensas de las

---

[34] Véase *infra* el trabajo de Pascale Cornuel, «Guayana francesa: del paraíso al infierno del penal».

[35] Michel Pierre, *La terre de la grande punition*, Ramsay, París, 1982, reedic. en Autrement.

[36] Pan Books, 1988. [ed. cast.: *La costa fatídica*, trad. de J. M. Álvarez Flórez y Á. Pérez, Edhasa, Barcelona, 1989.]

[37] Véase *infra* el trabajo de Sylvie Dallet, «Filmar las colonias, filtrar el colonialismo».

[38] Ch.-A. Julien (coord.), *Les techniciens de la colonisation XIXe-XXe siècle*, PUF, París, 1947.

metrópolis entre 1785 y 1825, o en las poblaciones de los otros continentes víctimas de las nuevas formas de colonialismo y que se rebelaron al mismo tiempo contra los colonos y contra las metrópolis —un ejemplo que Haití había ofrecido ya en la época de Bonaparte—.

Entre las figuras de un *Libro negro* encontramos una y otra vez el trabajo forzado, pensado al principio para la explotación de las riquezas de la América española pero que, tras haber explotado a los indios, se aplica a su vez a los negros en América y ulteriormente en África central, donde toma el relevo de la esclavitud. Otra de las figuras «negras» del colonialismo es la cuadrícula del espacio con la implantación de cultivos forzados destinados a la exportación, sistema instaurado minuciosa y duramente por los holandeses en Insulindia y, aunque de forma más flexible y evolutiva, por los británicos, portugueses y españoles en la India o en el Nuevo Mundo.

Para garantizar el trabajo forzado y la explotación de las tierras destinadas a plantación, el poder colonial busca el apoyo de los caciques, allí, y aquí de los notables.[39]

Sin embargo, hay una diferencia: mientras los holandeses mantuvieron una política de intervención mínima en el funcionamiento de la sociedad de Java, por el contrario, en la India, los ingleses desmantelaron paulatinamente las bases de la administración indígena. En este último caso el objetivo era doble: transformar la India en una economía de mercado, equiparla para este fin, pero también hacer rendir al máximo la máquina fiscal del país, en particular el impuesto sobre la tierra.

Más adelante podrán encontrarse los elementos de una comparación entre las prácticas de las tres potencias coloniales del Asia del Sur y del Sureste, Reino Unido en la India, los holandeses en Indonesia, los franceses en Indochina. Esas prácticas son diferentes en África del Sur antes y después de la instauración del *apartheid*; del mismo modo, en Argelia, se establece una colonia de poblamiento en la que la confiscación de tierras fue una de las formas principales de desposesión.[40] Esas prácticas varían en su relación con la población, según se crea o no que se va a poder convertir o asimilar.

---

[39] Véase *infra* los trabajos de Carmen Bernand, «Imperialismos ibéricos», y Jacques Poloni-Simard, «La América española: una colonización del Antiguo Régimen».

[40] Véase *infra* los trabajos de Jacques Pouchepadass, «La India: el primer siglo colonial»; Pierre Brocheux, «El colonialismo francés en Indochina»; Alain Ruscio, «En Vietnam: un siglo de luchas nacionales»; Thomas Beaufils, «El colonialismo en las Indias holandesas»; Elikia M'Bokolo, «Las prácticas del *apartheid*»; y Marc Ferro, «La conquista de Argelia».

Finalmente, por algunos de sus aspectos, las prácticas de las potencias coloniales *respecto al Islam* representan una especie de ángulo muerto en el saber tradicional.

Sin duda no se ignora que la conquista de Argelia, por ejemplo, fue deseada en las instancias misioneras, como pudo ser, en sus comienzos, el establecimiento de los portugueses en la India. Y sin duda, ya en una época contemporánea, se sabe también que en tiempos del comunismo el régimen soviético practicó una activa política antirreligiosa que tuvo como blancos tanto a los cristianos como a los judíos y a los musulmanes. Sin embargo, debemos recordar asimismo que anteriormente Pedro el Grande había hecho destruir 418 de las 536 mezquitas del gobierno de Kazán[d] y que, después de un período de tolerancia, se reanudó la ofensiva cristiana ortodoxa contra el Islam bajo los zares Alejandro III (1881-1894) y Nicolás II (1894-1917).

Lo que sigue siendo un ángulo muerto es en realidad la valoración de la política religiosa de Francia cuando las Iglesias fueron separadas del Estado y predominó el laicismo. Así, la III República francesa introdujo los principios del laicismo en los países del Islam que controlaba, identificando este cambio con la propia «liberación», es decir, con lo que en la metrópoli habían podido significar estas medidas.

No obstante, observa Abdessalem Yassine, en lo que se refiere a Argelia, «la muy larga permanencia de los franceses en este país no les bastó para percatarse de que en el Islam no hay clero, que la separación entre religión y política nunca se ha planteado por la sencilla razón de que la devoción hacia Dios no se hace por intermedio de nadie. Y lo que en Francia era una conquista histórica positiva, en este caso el laicismo, en Argelia fue para los musulmanes el arma con la que se destruyó y devastó su libertad [...]. Lo que la ley musulmana había regulado, la laicidad lo destronó en beneficio de leyes hechas para enmarcar jurídicamente la conquista colonial». En *L'Islam en face* [El Islam enfrente], François Burgat ha mostrado que «la violencia modernizadora, es decir, secularizadora, sin duda cortó los lazos que, en el Mágreb, unían al individuo con el universo público».

En realidad, para la política del colonizador, de lo que se hace eco la tradición histórica, se trataba de desarabizar y desislamizar a una parte de las poblaciones bereberes, que podían recurrir al cadí para asuntos de su situación per-

---

[d] Kazán: uno de los kanatos turcos musulmanes (fundado en el s. XV) que fueron conquistados en 1552 por Iván IV el Terrible y anexionados a Rusia. [N. del T.]

sonal, pero salvaguardando sus costumbres en lo que respecta a los asuntos penales. Las autoridades francesas se hacían garantes del cambio. En Marruecos, escribían éstas, «nuestro interés es hacer evolucionar a los bereberes fuera del marco del Islam». Esta operación, llamada del Dahir bereber (1930), se situaba en el marco de una política de disociación de los bereberes respecto al sultán y al resto de la población arabizada, del mismo modo que en Argelia el gobierno colonial había querido enfrentar a las kabilas y a los árabes. Por otro lado, consiguió convertir a algunos al cristianismo en una especie de vuelta a las prácticas religiosas anteriores al Islam. En Marruecos, este Dahir —que provocó protestas— debería constituir, por medio de la escuela, una especie de etapa hacia la cristianización, a través de un llamamiento simultáneo a duplicar el número de misioneros franciscanos y a los maestros de kabilas ya convertidos.[41] De este modo, en las mentes de ciertos colonizadores, el laicismo sirvió al catolicismo...

Se observa un comportamiento parecido en Indonesia, donde el colonizador holandés promovió la revalorización de las costumbres hinduistas y preislámicas (los *adat*) para enfrentarse a la islamización del país, a la aplicación de la *sharí'a* o ley islámica. Después de la independencia, en 1947, Sukarno[e] abolió las leyes consuetudinarias de los textos constitucionales.

Las poblaciones sometidas tenían la sensación de que las metrópolis vampirizaban las riquezas de sus países. Esta conciencia del «drenaje» era especialmente aguda en la India, que había sufrido otras ocupaciones extranjeras antes de la llegada de los británicos. «Los emperadores afganos y mogholes[f] gastaban en el país los pesados impuestos que recaudaban. Estos ingresos hacían fructificar el país, aun cuando sus grandes obras públicas sean testigo de la vanidad de estos soberanos. Con la llegada de los ingleses este sistema llegó a su fin: es Inglaterra la que se apropia de los beneficios del país, industria y artesanía quedan arruinados.»

Aunque sin duda es excesivo, este juicio de B. C. Pal[42] confirma lo que, por su lado, denunciaban también los nacionalistas de los países del Mágreb: que

---

[41] Abdessalem Yassine, *Islamiser la modernité*, Al Ofok Impressions, 1998; François Burgat, *L'Islamisme en face*, La Découverte, París, 1995, 2001; Ch. R. Ageron, *Politiques coloniales au Maghreb*, PUF, París, 1972.

[e] El autor emplea Soekarno, según la ortografía holandesa, que ya no se utiliza desde hace decenios. Desde 1947 ésta es Sukarno, y es la que emplearemos de ahora en adelante. [N. del T.]

[f] Mogholes: los mogholes, o mejor *mughal*, son una dinastía de origen turco, musulmana, que dominó la India entre los siglos XVI y XVIII, y que se decía descendiente de los mongoles de Gengis Kan, de ahí su denominación. No confundir con los mongoles de Mongolia. [N. del T.]

[42] Citado en Claude Markowitz, «El nacionalismo indio», *Annales ESC*, 3, Armand Colin-Éditions de l'EHESS, París, 1979, pp. 512-525.

Francia saqueaba las riquezas en fosfatos, hierro, minerales, que el sistema de vías férreas había sido concebido para ayudar al transporte de estas materias primas hacia los puertos desde los que salían para la metrópoli.

Hallamos también estos mismos procesos en los países tropicales que Europa controla después de la II Guerra Mundial: el caucho de Indochina y la Malasia, el petróleo de las islas de la Sonda, el cacahuete, el cacao y el café del África Negra se embarcan hacia Europa de modo que estos países, en cierto modo, se desangran.

Nehru, mejor que otros, ha sabido ver la diferencia entre la colonización tal como la perciben las metrópolis y el colonialismo que sufren los colonizados. «Uno de los rasgos más notables de la dominación inglesa en la India —escribe— es que los mayores males que ésta ha infligido a este pueblo presentan exteriormente la apariencia de dones del cielo: vías férreas, telégrafo, teléfono, radio y todo lo demás fueron bienvenidos; eran necesarios y nosotros estamos muy agradecidos hacia Inglaterra por habérnoslos traído. Pero no debemos olvidar que su objetivo primero fue el reforzamiento del imperialismo británico en nuestro suelo permitiendo el estrechamiento de la constricción administrativa y la conquista de nuevos mercados para los productos de la industria inglesa... Sin embargo, pese a todo mi rencor por la presencia y el comportamiento de los amos extranjeros, yo no tenía ningún resentimiento hacia los ingleses como individuos. Más bien, en el fondo de mí mismo, yo admiraba a esta raza.»

No obstante, ¿había reciprocidad?

Semejanzas

Precisamente fueron las actitudes racistas del colonizador lo que constituyó uno de los rasgos estructurales del colonialismo, que lo hicieron odioso, insoportable. Operaron dos formas de racismo.

La primera se fundamenta en una afirmación de desigualdad. Ésta se apoya, a veces, en un concepto evolucionista del progreso indefinido de la civilización llevado por las razas más evolucionadas que evalúan el grado de avance de las razas llamadas inferiores y que, por consiguiente, serían asimilables en mayor o menor grado.[43] La ideología colonial de la III República Francesa repre-

[43] Véase *infra* el trabajo de Catherine Coquery-Vidrovitch, «El postulado de la superioridad blanca y de la inferioridad negra».

senta su forma emblemática, pero ya en su polémica contra el anticolonialista Las Casas en 1550, Sepúlveda insistía en los pecados de los indios, en su crueldad y en los males que infligen, el carácter atrasado de su cultura, la necesidad de hacer de ellos unos cristianos.

Otras veces, en el mismo registro, esta aserción se expresa de manera más radical, afirmando que existen razas no aptas para el progreso: es mejor dejarlas perecer.

Hay otra forma de racismo, no especialmente occidental: la que consiste en estimar que existen diferencias de naturaleza o de genealogía entre ciertos grupos humanos. La obsesión principal se centra entonces en la mezcla, pero esta fijación puede tener resabios biológicos y criminales, pues el cruce se juzga, en particular para los nazis, como una transgresión de las leyes de la naturaleza.[44]

En la práctica, las actitudes racistas pueden cruzarse. Mientras que el racismo de la diferencia, no necesariamente biológico, está relativamente difundido y es relativamente estable, el racismo universalista a la occidental no ha dejado de ver cómo se agravaban sus efectos en los siglos XIX y XX con la expansión colonial, la «Revolución Industrial» y los progresos técnicos de Occidente. «Nosotros avanzamos —dicen los colonos—; ellos no avanzan ni retroceden». En realidad, así como el desfase técnico y militar no dejó de crecer entre Europa y los demás continentes (en el siglo XVI las flotas portuguesa y de la India estaban todavía en un mismo plano), el desfase entre los niveles de vida tampoco dejó de agrandarse a su vez. Reforzando la idea de la superioridad, Paul Bairoch calculó que el desfase entre los niveles de vida de Europa y el de los colonizados pasó en siglo y medio de una proporción de 1,5 a 1, a otra de 5,2 a 1.[45]

Sin embargo, también se desarrolló el racismo de la diferencia, asumiendo incluso formas reglamentarias: en la India, por ejemplo, una decisión de 1791 excluía a partir de ese momento a los mestizos (llamados *half-breed* o *chichi*) para ejercer cualquier función en la East India Company [Compañía de la India Oriental]. Con el tiempo disminuyó proporcionalmente el número de ingleses que vivían con indias y, a medida que el desfase crecía entre las sociedades, se desarrollaba este racismo de Estado.

En la América ibérica los cruzamientos entre europeos y negros fueron objeto de una clasificación tal que se instituyó una especie de «sistema de pig-

---

[44] P. A. Taguieff, *Les fins de l'antiracisme*, Michalon, París, 1995.

[45] P. Bairoch, «Le bilan économique du colonialisme», *History and Development*, pp. 29-42.

mentocracia» muy complejo, estudiado por Magnus Mörner, que no pudo permanecer fijo porque el proceso no dejó de evolucionar, hasta el punto de que la primera oposición español/indio acabó sustituida por la de hacendado/peón, confundiendo al mestizo y al blanco puro en un grupo llamado «ladino» —los indios hispánicos opuestos a los autóctonos puros—: lo social interfería con lo social.[46] Esta fluidez se constata también en otros lugares en que hubo relaciones hispano-indias.[47] El vocabulario ha definido todos los mestizajes posibles, y a lo largo de varias generaciones. En el caso del Caribe, como muestra Arlette Gautier,[48] fue la mujer negra la que vio cómo su estatus era el que más se degradaba.

Mientras que hasta mediados del siglo XX, para los europeos, el racismo estaba relacionado esencialmente con el antisemitismo, con las prácticas discriminatorias contra los negros americanos, con la especificidad del caso brasileño, el campo se ha ampliado con los escritos producidos por los colonizados y por los anticolonialistas de las colonias.[49]

En *Les damnés de la Terre* [Los condenados de la Tierra][g] Frantz Fanon, negro de las Antillas francesas, mostró el foso que separaba a las dos comunidades del Mágreb: «La mirada que el colonizado extiende sobre la ciudad del colono es una mirada de lujuria, una mirada de envidia. Sueño de posesión, sentarse a la mesa del colono, acostarse en una cama del colono, con la mujer de éste a ser posible.» Jean Cohen, en un artículo pionero aparecido en 1955 en la revista *Les Temps Modernes* [Los tiempos modernos], esculpió el carácter racista de la mentalidad del colono de Argelia: «—¿Había otros testigos? —Sí, cinco; dos hombres y tres árabes... —Este médico, ¿tiene muchos pacientes? —Sí, pero son árabes.» Y al autor, este padre responde, respecto a su hijita, que en el *bled* [el campo, N. del T.] no asiste a la escuela: «¡Aquí, no os preocupéis! En la escuela no hay más que árabes.» Y si en Orán había muchos comunistas, explica Jean Cohen, es que los trabajadores y los funcionarios de esta ciudad pensaban que ellos constituían el proletariado de los franceses de Argelia, el último escalón de la jerarquía social. «Simplemente, se olvidaban de que había árabes. Es que el

---

[46] M. Mörner, *Le métissage dans l'histoire de l'Amérique latine*, Fayard, París, 1971 (prefacio de H. Favre).

[47] Véase *infra* el trabajo de Jacques Poloni-Simard.

[48] Véase *infra* el trabajo de A. Gautier, «Mujeres y colonialismo».

[49] P. de Comarmont y Claude Duchet (coords.), *Racisme et société*, Maspero, París, 1969.

[g] Ed. cast.: *Los condenados de la Tierra*, FCE, México D. F., 1963. [N. del T.]

árabe no contaba, ni siquiera tenía apellido: Áhmed, Fatma.»[50] E incluso Albert Camus, que defiende sus derechos, no les asigna nombres en *L'étranger* [El extranjero][h].

Igualmente, en Nueva Caledonia, los canacos son no-seres. «La administración no se ocupaba de ellos salvo para lanzar a diestro y siniestro [...] operaciones conducidas bajo una jurisdicción aparentemente favorable a los indígenas.» Aparcados o colocados «en reservas» en ciertos rincones de la isla, punto final de un prolongado expolio de tierras, han sido borrados del futuro antes de haber sido sometidos. Alban Bensa ha podido hablar de «racismo de aniquilación», algo parecido a lo que ha sucedido en Australia.[51]

Estas formas cruzadas de racismo, de variables múltiples, implican atributos asignados a los colonizados, que encontramos por todas partes: perezosos, ingratos, poco fiables, etc. Se debe a un holandés, J. Siberg, haber codificado una teoría de la pereza indígena a comienzos del siglo XIX. En este caso se trataba de malayos. Ahora bien, uno de los corolarios del poscolonialismo ha sido que, habiendo interiorizado estos rasgos surgidos de la imaginación del conquistador, los dirigentes de la Malasia independiente hicieron de ellos, en *Revolusi mental* [Revolución mental] (1971), una especie de catecismo para uso de los buenos ciudadanos.

Otro rasgo del racismo colonialista tiene que ver con una de las características de la propia población colona —agricultores o administradores: su no-cultura—. «No es que no hubiese personalidades brillantes, pero éstas eran aspiradas por la metrópoli, bien se tratase de Kipling, nacido en Bombay, de Camus, nacido en Argel, de Senghor, nacido en Dakar. No cultura o, más bien, anticultura... En Orán se interpela a los jóvenes que van al instituto como si fuesen maricas».

Y Nehru confirma estos rasgos de los colonos en el caso de la India. «Un joven inglés que se establecía entre nosotros no tardaba en sucumbir a una especie de torpor intelectual y cultural. Al salir de su jornada en la oficina, hacía un poco de ejercicio, luego se iba a ver a sus colegas al club, a beber unos whiskies y a leer revistas ilustradas de su país. Y de este deterioro del intelecto responsabilizaba a la India.»

---

[50] J. Cohen, «Colonialisme et racisme en Algérie», *Les Temps Modernes*, 1955, pp. 580-590; asimismo, *Chronique d'une Algérie révolue*, L'Harmattan, París, 1997. Véase también O. Mannoni, *Psychologie de la civilisation*, Seuil, París, 1961.

[h] Hay varias traducciones españolas, por ejemplo, Alianza Editorial, 1969. [N. del T.]

[51] A. Bensa, *Chronique kanak*, Ethnies, 18-19, 1995.

Y constatamos la misma degradación entre los holandeses: un observador del siglo XVII nota que sus pintores, en Nueva Ámsterdam (la futura Nueva York, en Estados Unidos), no tienen el mismo talento que sus hermanos de la metrópoli.

En estas condiciones, dejando a un lado a unos cuantos especialistas, qué idea querer interesarse por la sociedad autóctona... En la India «era ridículo este Strickland que quería saber más que los habitantes de este país y llevaba sus exploraciones hasta meterse entre la canalla indígena»[52]. Es lo mismo que pensaban los jóvenes alumnos del autor, en el Liceo Lamoricière de Orán, en 1948: cuando les dijo que después de las grandes invasiones de la Edad Media se estudiaría la civilización árabe, desencadenó un inmenso estallido de risas... «Pero, señor profesor, los árabes no están civilizados.»

Cuando uno mismo no tiene cultura, ¿cómo se puede concebir que aquellos a los que se dominan puedan ser civilizados?

En realidad, hubo racistas que iban a ser víctimas de sus propios prejuicios. En Madagascar, por ejemplo, en 1947, administradores y colonos no quisieron creer en la existencia de una conspiración, de un levantamiento; consideraban que los malgaches eran incapaces de organizarse así y quedaron muy sorprendidos cuando el levantamiento se produjo. Al no haberlo creído posible («Creí que era una guasa», atestigua el administrador Jean Ducaud), la tomaron con los que querían obtener la independencia del país por medios políticos...[53]

En Argelia, los colonos y pequeños blancos también aparentaban pensar que los árabes no eran capaces de organizarse políticamente. Cuando el movimiento nacional llega a la exasperación, a comienzos de la década de 1950, piensan que está manipulado o dirigido, necesariamente, desde el exterior: por los estadounidenses o por los soviéticos y, después de 1953, por Nasser. Jacques Soustelle todavía estaba convencido de ello con ocasión de una entrevista que le hice poco antes de morir[i]. Es cierto que había también otras razones para creer lo que decía: republicano de tradición antifascista, resistente reformador, no imagina, cuando es nombrado gobernador general de Argelia, que los argelinos puedan rechazar la integración, es decir, convertirse en cierto modo en

---

[52] Pandit Nehru, *Ma vie et mes prisons*, Denoël, París, 1952; J. Allal Greenberger, *The British Image of India*, Oxford University Press, Oxford, 1969. Lo que no impide analizar el pasado de la India para poder controlar mejor el país.

[53] *L'île rouge*, película de D. Rousselier, Arte; Pierre Stibbe, *Justice pour les Malgaches*, prefacio de Claude Bourdet. Éditions du Seuil, París, 1954.

[i] J. Soustelle murió en 1990. [N. del T.]

franceses de pleno derecho. En realidad, las reformas llegaban demasiado tarde y el Frente de Liberación Nacional (FLN) argelino no iba a dejarse arrebatar el ascendiente de que ya gozaba entre la población. El FLN había llevado a cabo su «revolución»: de organización política se había instituido en «Estado»[54]; y respondió a las reformas con matanzas. Y Soustelle no podía admitir el fracaso de su actividad, de sus convicciones; si estas medidas hubiesen sido tomadas diez años atrás, lo que sucedió habría sido sin duda diferente, tanto que, por aquellas fechas, un gran número de argelinos habrían deseado la integración con Francia. Pero esto es historia-ficción, pues ni en 1954 ni después los colonos estaban dispuestos a hacer concesiones significativas a las élites argelinas, aunque tuviesen que pagarlo caro.

Y, para obligar a los colonos, la mano del gobierno francés tuvo la consistencia de la arcilla.

Confrontaciones y herencia

Y precisamente sobre la lucha de los pueblos colonizados por su independencia *El libro negro*, de nuevo, muestra las páginas más sangrientas.[55] Por el lado de los franceses, por ejemplo, se incluyen la matanza de Sétif (Argelia) en 1945; en noviembre de 1946, los doscientos muertos y miles de heridos a causa del bombardeo del puerto de Haiphong (Vietnam), que fue una provocación; en 1947, en Madagascar, tras un levantamiento que había causado varios cientos de muertos franceses y malgaches, se produjo una matanza que ocasionó más de cuarenta mil víctimas.

Pero no podemos limitarnos a la cronología corta respecto a esos excesos. Antes de convertirse en insurgente, el vietnamita Pham Văn Đồng pasó doce años en las cárceles de Pulo Condor; el argelino Messali Hadj fue internado; el marroquí 'Abd el-Krim fue exiliado; y muchos otros detenidos, encarcelados, sufriendo muchas veces malos tratos. En tiempos anteriores la represión golpeó a las poblaciones desde el momento de la conquista. En abril de 1956 el ex diputado Ahmed Gouda habla del genocidio cometido por los franceses en una fe-

[54] Sobre la historia del FLN, léase a Mohammed Harbi: *Archives de la révolution algérienne*, Jeune Afrique, París, 1981; Gilbert Meynier, *Histoire intérieure du FLN, 1954-1962*, Fayard, París, 2002.

[55] Véase *infra* los trabajos de Yves Bénot, «La descolonización (1943-1962)»; y Alain Ruscio, «En Vietnam: un siglo de luchas nacionales».

fecha en la que la guerra de Argelia apenas ha empezado todavía. Por su exceso, la fórmula da la medida del sufrimiento, de la exasperación, del deseo de venganza, resumiendo, del traumatismo que sufrieron los colonizados, como mínimo en Argelia y Vietnam; y Dong Sỹ Bình habla del odio que «el 90 por ciento de los vietnamitas siente hacia los franceses».

En las relaciones personales, los colonos vivían en otro planeta, rechazando la idea de que del «indígena» pudiera provenir una amenaza o una simple puesta en entredicho. Y cuando este último plantea reivindicaciones, los colonos no piensan ceder en nada. Éstos forman un todo con la administración, a la que miman, a condición de que no se disocie de ellos; incluso se tacha de «abandonistas» a las tropas francesas de Indochina cuando el general Morlière estima necesario negociar con el Viêtminh para evitar una catástrofe. Diez años más tarde, el general Salan es blanco de un atentado, en Argelia, al sospecharse —erróneamente— que quiere negociar con el FLN. Los ultras no quieren saber nada de aquellos nacionalistas que opinan que el porvenir podría estar en una asociación con Francia; el MDRM de Raseta, en Madagascar, la UDMA de Ferhat Abbas en Argelia. En cuanto a Hô Chi Minh, podría aceptar esta idea si, en Francia, los comunistas participasen en el poder.

Con todo, en Argelia se ha entreabierto otro libro, el de la vergüenza: cuando los comandos de la OAS, con ocasión de los Acuerdos de Évian, quemaron la biblioteca de Argel —renegando así de los principios en cuyo nombre Francia se decía autorizada a colonizar el país—; luego, cuando abandonaron a una gran parte de los harkis[j] a su suerte, entregándolos a la venganza del FLN, a cambio de garantizar la salvaguardia de aquellos que habían confiado en Francia hasta el final.

Añadamos que, en la metrópoli, los que denunciaban el colonialismo consideraron sin más como sospechosos —«colaboracionistas»— a los colonizados que querían permanecer en el seno de la República Francesa. Mostraron una actitud semejante a aquellos europeos, a menudo los mismos, que, una vez reconocida la independencia, hacían un llamamiento a los nuevos dirigentes, en Senegal por ejemplo, para que se separasen aún más de la ex metrópoli, sospechosa de neocolonialismo.[56]

La expresión «neocolonialismo» fue empleada por Nkrumah, primer ministro de Ghana (la antigua Costa de Oro) para definir «la situación de un Es-

[j] Harki: argelino colaboracionista con los ocupantes franceses. [N. del T.]

[56] Pierre Fougeyrollas y F. George, *Un philosophe dans la Résistance*, Odile Jacob, París, 2001, caps. 13-14.

tado independiente en teoría y dotado de todos los atributos de la soberanía cuya política, en realidad, está dirigida desde el exterior». Esto significaba que las principales potencias imperialistas ya no estaban interesadas en controlar las colonias desde dentro, sino en ayudar a su desarrollo y en sustituir su presencia visible por un gobierno invisible, el de los grandes bancos: Fondo Monetario Internacional, Banco Mundial, etc.[57]

Los pueblos colonizados pudieron, así, liberarse de los colonos, pero no del imperialismo ni de ciertos rasgos del colonialismo.

Así, se puede hablar de un imperialismo de las multinacionales, pero teniendo en cuenta la interferencia de estos intereses con los de los Estados, se puede hablar también de un imperialismo multinacional. Éste, paulatinamente, ha sido dominado por los estadounidenses. Hoy, de las primeras 200 multinacionales, 74 están controladas por Estados Unidos, 41 por Japón, 23 por Alemania, 19 por Francia, 13 por el Reino Unido, 6 por Suiza, es decir, un 88 por ciento pertenecen a estos seis países.[58] Como sucedía en el siglo XIX con Egipto o Tunicia, o a comienzos del XX con Venezuela, los países que pidieron esta «ayuda» están hoy «atrapados» a causa de la devolución de sus deudas.

A partir de la década de 1980 no es posible ya una política de péndulo entre el Oeste y el Este, como en tiempos de la guerra fría, en los de Bandung o de la Tricontinental. Hoy en día se intenta reunir fuerzas para —también en los sectores económicos amenazados de Europa— tratar de contrarrestar este nuevo encogimiento del mundo, corolario de la concentración de estos centros de decisión.

Otro fenómeno nuevo es la existencia de un colonialismo sin colonos, que creó una nueva clase dirigente, autóctona, muy minoritaria, que se ha injertado sobre las de las grandes potencias bancarias. En *L'Afrique sans Africains, le rêve blanc du continent noir* [África sin africanos, el sueño blanco del continente negro], Antoine Glaser y Stephane Smith desmontaron los daños y las interferencias del sistema que se convirtió luego, en Gabón y en otros lugares, en el escándalo Elf. En *Les dossiers noirs de la politique africaine de la France* [Los archivos negros de la política africana de Francia], publicados en 1996, se menciona el nuevo tipo de relaciones surgidas en Ruanda, en Chad, en Sudán, etc.

[57] Kwame Nkrumah, *Neocolonialism. The Last Stage of Imperialism*, Londres, 1965-1971 [ed. cast.: *Neocolonialismo, última etapa del imperialismo*, trad. de M. Chávez y M. Soler, Siglo XXI, México D. F., 1966 [N. del T.]

[58] F. F. Clairmont: «Ces deux cents sociétés qui contrôlent le monde», *Le Monde diplomatique*, abril 1977, publicado de nuevo en *Manières de voir*, 58, 2001.

Salvo que, en tiempos coloniales, las poblaciones dominadas sabían quién era su opresor extranjero, mientras que en la era de la mundialización su dependencia es anónima; sólo pueden culpabilizar a sus dirigentes, y cambiarlos, además, no varía en absoluto la dependencia respecto del mercado mundial. Para atraer a las empresas extranjeras acaba de crearse en África una agencia destinada a garantizar cierto equilibrio en los intercambios.

Otro efecto: cuando llegó la liberación de los pueblos colonizados, una parte de la población de éstos se hallaba en la metrópoli, lo que amplió el campo del racismo, lo revitalizó. Este racismo pudo exacerbarse en Francia lo mismo que en Inglaterra, o como en Rusia contra las poblaciones del Cáucaso. En Francia, ante la existencia de este estado emocional, la integración política o social de los inmigrantes se efectúa de manera muy blanda. Al menos se efectúa en un plano cultural, pues se constata que los descendientes de estas víctimas del colonialismo —los *beurs*[k], en particular— están presentes en el espectáculo, el deporte, la universidad. Es como si realizasen lo que sus padres sólo habían podido esperar, pero no conocer, en el Mágreb.

Podemos constatar, asimismo, que los matrimonios mixtos, prohibidos para ambas comunidades en tiempos de la Argelia francesa, son mucho más frecuentes en la metrópoli en estos últimos años, uniendo a *beurs* y a metropolitanos.

¿Es, acaso, una página negra que está a punto de convertirse en rosa?

No obstante, este colonialismo ¿ha abarcado tan sólo el campo de la colonización? Podríamos pensarlo así, al menos en Francia, donde sólo en la *rentrée* literaria de 2001 se contaron unas diez obras que denunciaban los crímenes que el colonialismo perpetró en el pasado. Hasta tal punto es así, que el término lleva consigo tales estigmas que se aplica también a Israel y se emplea ya a diestro y siniestro.

En Israel nadie duda de que desde la creación del Estado judío, en 1948, las poblaciones no judías han sido víctimas de procedimientos de carácter colonialista, como los que sufrían los árabes en la Argelia francesa, aunque los árabes de Israel gozan de representación política en la Knesset (parlamento israelí). A partir de 1967, tras los ataques convergentes provenientes de los países vecinos, la multiplicación de las colonias judías en los territorios ocupados y destinados a formar el Estado palestino ha revelado una voluntad expansionista que va más allá de la preocupación por reforzar, por medio de la demografía

---

[k] *Beur*: término de argot, despectivo hacia los árabes, y en particular hacia los magrebíes, usado en Francia. [N. del T.]

o de otro modo, la capacidad de defensa del país. Trataba, además, de impedir la constitución del Estado palestino por todos los medios. Con todo, aunque para los palestinos resulta ser una forma de colonialismo, la propia existencia del Estado de Israel difiere de otras colonizaciones desde el momento en que no es la prolongación de ninguna metrópoli situada en otro lugar. Además, la legitimidad de su existencia ha sido reconocida por la ONU en 1948 y, posteriormente, por los propios países árabes o musulmanes.

En Córcega, algunos nacionalistas han hablado de «colonialismo francés» en la isla; otros comparan la situación con la de la Argelia francesa. Es cierto, sin duda, que la isla está subdesarrollada económicamente, y que ciertos nacionalistas emplean métodos terroristas semejantes a los del FLN argelino, pero hasta aquí llegan los paralelismos, pues en Argelia no había alto funcionariado árabe, ni partido independentista autorizado y, en París, el gobierno francés no incluía a ministros árabes ni a altos responsables económicos árabes. Sin embargo, hoy, en París, hay ministros corsos, en el continente hay prefectos corsos, y en Córcega, diputados nacionalistas corsos.[59]

Para apreciar el *grado de colonialismo*, es decir, el modo cómo éste se experimenta, el caso de la URSS proporciona ejemplos y contraejemplos instructivos. Para averiguarlo, Rasma Karklins ha propuesto algunos criterios: número relativo de matrimonios mixtos, opción de nacionalidad por parte del hijo de un matrimonio mixto, práctica de la lengua del otro, ingreso en el cuerpo general del Estado, etc.

El balance afirma que Estonia y Tayikistán resultaban ser los dos Estados cuyas poblaciones consideraban en mayor medida a los rusos como ocupantes, como colonialistas: pocas parejas mixtas, de sus hijos muy pocos optaban por la nacionalidad rusa, pocos bilingües de ambos lados, pocos estonios y tayikos en las altas esferas del Estado. Nada parecido a lo que ocurría con ucranianos, armenios, georgianos, azerbaiyanos...[60]

Sin embargo, en los casos mencionados, en los que se da un fuerte resentimiento, en uno de los ejemplos el país es percibido como colonia (Tayikistán), en el otro, el país es percibido como Estado incorporado (Estonia).

Es decir, las prácticas llamadas colonialistas no se limitan sólo a las «colonias». Es lo que se puede decir del comportamiento de los serbios en Kosovo, cuyos rasgos coloniales acentuó Milosěvić o, en el Ulster, los protestantes.

---

[59] Sobre el problema corso, enviamos al lector a nuestra *Histoire de France*, Odile Jacob, París, 2001, pp. 521 y ss., y a Nicolas Giudici, *Le crépuscule des Corses*, Grasset, París, 1997.

[60] Rasma Karklins, *Ethnic Relations in the SSSR*, Unwin, Londres, 1986.

Legítimo o no, el rechazo del colonialismo no ha dejado de ganar terreno. En 1995 escribíamos que «por una última exigencia de orgullo, la memoria histórica europea se ha asegurado un último privilegio, el de hablar críticamente de sus propios desaguisados, con una intransigencia sin igual». Sin embargo, esta audacia, añadíamos nosotros, planteaba un problema, porque no concedía la palabra a los colonizados —pero esto está cambiando paulatinamente—. El problema subsiste igualmente, porque se inscribe en una puesta en entredicho más generalizada del Estado, de las instituciones, y tiene como meta declarar la inocencia de la sociedad —sin perjuicio de echar todo el oprobio sobre los gobiernos y los colonos—.

Así pues, debemos recordar que si el sistema colonial podía ser odiado por la mayoría de los colonizados, las relaciones de individuo a individuo a veces eran amigables, como confirman Nehru, Hô Chi Minh, numerosos nacionalistas argelinos —y no sólo a su nivel: en la vida cotidiana de la granja del colono también, a pesar de y junto al racismo cotidiano—.[61]

Y si además es justo subrayar y estigmatizar las prácticas de la justicia colonial, en particular las de los jueces, ¿no sería justo también mencionar, a la inversa, el comportamiento de esos abogados que fueron con frecuencia los cantores de la libertad, tanto en Madagascar como en Camerún, Sudáfrica o Argelia?[62] Y ¿por qué no recordar a esos militares que, siguiendo el ejemplo del general Bollardière, condenaron los métodos colonialistas, o a aquellos que, contraviniendo las órdenes recibidas, consiguieron salvar a una parte de los harkis de la masacre?

Independientemente de los comportamientos anticolonialistas, de De las Casas a Wilberforce y a Schœlcher, ¿debemos ver solamente el aspecto negativo de la acción de los misioneros en África Negra, de la lucha contra la trata —«una coartada»—, de la vacunación de los coolíes en la India, de los éxitos de la medicina pasteuriana o de los Lister Institutes, del papel de las escuelas en el espacio colonial, de la emancipación de las mujeres judías en el Mágreb, etc., catálogo bien conocido y que no es ilusorio? No lo es ni siquiera si observamos que en el Congo Belga, por ejemplo, la erradicación de la tripanosomiasis (enfermedad del sueño) tenía como finalidad salvaguardar al «capital humano» —formulación reveladora—, pues los belgas pueden hacer valer que el Congo era el país mejor equipado sanitariamente de todas las colonias del África central.[63]

---

[61] J. Verdès-Leroux, *Les Français d'Algérie de 1830 à aujourd'hui*, Fayard, París, 2001.

[62] Pierre Stibbe, *op. cit.*

[63] Maryines Lyons, «Sleeping Sickness, Colonial Medicine and Imperialism: some Connections in Belgian Congo», en *Disease*, citado en la nota 18.

Como se vio antes al efectuar un balance del comunismo, a veces se estima que el resultado cuenta más que las intenciones, por lo que observamos, pues, que en el caso de la medicina en el Congo, de los transportes ferroviarios en la India, de los progresos de la agricultura en Indonesia, de las presas en Marruecos, del progreso de las ideas democráticas en el Mágreb, en Irán, etc., el resultado también ha contado, para las poblaciones dominadas, al menos tanto como las intenciones de los colonizadores, que eran más desconcertantes, más ambiguas...

En el caso de Argelia, considerando que en el pasado no se veía rastro de una nación argelina, Ferhat Abbas decía después de 1936, citando una frase del socialista Violette: «Los argelinos no tienen patria; denles la patria francesa, antes de que ellos elijan otra diferente», lo que significaba que la colonización no se identificaba del todo con el colonialismo, ni sólo con éste: muchos esperaban convertirse en franceses. Quedaban todavía algunas páginas rosas en el *Libro negro*.

Aun así, estos últimos años, y después de septiembre de 2001, la violenta reacción de una de las familias del Islam, el fundamentalismo, confirma que para un buen número de sus víctimas la mundialización y sus efectos negativos se han identificado, más o menos, con la acción de los Estados Unidos, que ha tomado el relevo de las antiguas potencias coloniales, al menos en lo que respecta al desfase entre sus discursos y sus prácticas.

En el momento en que sus intereses lo exigen, los estadounidenses, sin esfuerzo aparente, contrarían los principios en cuyo nombre se supone que actúan. Reproducen así, hoy, lo que el argelino Hamdane Khodja escribía en francés en *Le Miroir* [El espejo] en 1834: «Yo veo a Grecia socorrida [...], al gobierno inglés inmortalizar su gloria por la liberación de los negros [...] y, cuando vuelvo de posar mis ojos sobre los países de Argel, veo a sus desgraciados habitantes colocados bajo el yugo de lo arbitrario, del exterminio [...], y todos estos horrores se cometen en nombre de la "Francia libre".»[64] Está claro que esta perversión no data de 1830 y no se limita a estas fechas, pero el poscolonialismo la resucita en muchos de sus rasgos.

Dicho esto, se observa un desfase preocupante entre los principios y los ideales que proclama la vieja Europa colonial, que actualmente se ha convertido más o menos en la Unión Europea, y las «realidades» a las que se somete: el asunto Rushdie ha demostrado que el interés por las exportaciones a Irán ha predominado sobre la defensa de los derechos del hombre.[65] Una vergüenza que no

---

[64] Citado en Abdelwahab Medded, *La maladie de l'Islam*, 2002, p. 36.
[65] Sobre el poscolonialismo, léase el nº 5/6 de *Dédale*, primavera de 1997.

justifica en absoluto los crímenes cometidos precisamente por los integristas para condenar estas perversiones.

Hay que preguntarse si, habiendo dejado rastro por todo esto, los crímenes cometidos por Occidente no van a generar a su vez una forma nueva de totalitarismo.

En los comienzos del siglo XXI, tanto antes como después del 11 de septiembre de 2001, constatamos que las enfermedades que causó la colonización, y que dieron lugar a sus nuevas figuras —neocolonialismo, globalización o mundialización acelerada, imperialismo multinacional—, se refieren a la vez a los territorios y a las poblaciones antaño dominadas y a las metrópolis —y también a sus anticolonialistas—. El entreveramiento de estas situaciones nos indica otro hecho: que a una parte de este pasado se le prohíbe la historia.

Las poblaciones dominadas han podido creer después de la independencia que la mayor parte de sus dificultades provenía de la decadencia provocada por la dominación extranjera. Este traumatismo ha sido el origen de una violenta oleada de reflujo, en particular en el mundo del Islam, y al menos en una de sus familias. Sin embargo, se puede considerar también que la colonización y luego el colonialismo han sido tanto la consecuencia como la causa de una decadencia que, al menos a nivel de la potencia guerrera, había sido anterior a la llegada de los europeos. Más tarde, después de las independencias, ya no se puede imputar sólo al colonialismo, al neocolonialismo y a la mundialización las tragedias que, por ejemplo, ha conocido Argelia a lo largo de estos últimos veinte años. Sin duda, la renta del petróleo se ha hundido con la caída de los precios en 1985, y la deuda ha aumentado, pero la industrialización no había sabido responder a las necesidades de una población de crecimiento galopante. De este humillante fracaso, que se parece al de Egipto a fines del siglo XIX, otros países ex colonizados, como Corea del Sur o Singapur, han sabido zafarse y entrar en el muy reducido club de las potencias dinámicas aun sin poseer las bazas de Argelia (gas y petróleo).

Finalmente, de un modo global, aparte del traumatismo que pudo causar la ocupación extranjera, ampliada por la mundialización, la independencia no ha respondido en todas partes a las expectativas de los antiguos colonizados. El neocolonialismo y sus secuelas han ampliado aún más el desfase entre las sociedades más ricas y las más pobres, al igual que en su propio seno se ha incrementado la distancia entre el nivel de vida de los más acomodados y el de los más desprovistos. Las sociedades más pobres han visto cómo su renta global ha crecido en África Negra del 3 al 4 por ciento al año, para una renta individual anual de 400 dólares, mientras que en Estados Unidos ha crecido un 2 por ciento para una renta de 23.000 dólares por habitante. Cada día, 40.000 personas

mueren de hambre en África Negra, y la televisión hace visible cada día este doble desfase, algo por completo insoportable.

¿Cuál es el papel de las potencias coloniales, del neocolonialismo, de la mundialización en la política seguida por los nuevos Estados independientes, en particular la opción de abandonar los cultivos alimenticios en beneficio de los de exportación cuyos precios, a los veinte años de las independencias, han caído? La Françafrique, entre otras, ha visto cómo despegaba Senegal y más aún la Costa de Marfil —antes de que acabasen hundiéndose los precios del cacao, del cacahuete y del café, y de que tomasen el relevo la regresión y las crisis permanentes—. Las redes y los grupos de presión más o menos se han perpetuado y controlan todavía el petróleo en Gabón y en Congo-Brazzaville. Y en este coto cerrado de la presencia francesa hasta los años de Mitterrand, la administración de las empresas absorbía, aquí o allí, hasta los dos tercios del presupuesto. Todo esto reforzaba al mundo del poder y perpetuaba el control indirecto que ejercían sus protectores: los petroleros y otros negociantes.

Sin embargo, también en Francia los desaguisados del colonialismo han ganado terreno tras las independencias. A causa de las crisis económicas, el movimiento de colonos hacia ultramar, a fines del siglo XIX y comienzos del XX, ha sido sustituido por una emigración inversa, la de las víctimas de la miseria y de las guerras hacia las metrópolis. El racismo se ha desarrollado y basta observar hoy la jerarquía de las tareas en las obras para constatar que, entre europeos por un lado y magrebíes o negros por el otro, esa jerarquía es la misma que existía antaño en las colonias.

Además, el racismo, ante esta inmigración, ha extendido el campo de sus agresiones: ha regenerado a los grupos neonazis en Alemania, ha contribuido al ascenso del Front National [Frente Nacional] en Francia. Es cierto que poderosos movimientos antirracistas, mayoritariamente de izquierdas, luchan contra esta plaga, pero, al ser militantes que participan en esos movimientos, ¿no se han visto afectados, éstos también, por los efectos perversos de su herencia ideológica... aun cuando se dicen anticolonialistas?

De hecho, desde hace medio siglo, en Francia, es sintomático el comportamiento de los leninistas de todo tipo: primero estalinistas, luego trotskistas y maoístas. Antes de la insurrección argelina los estalinistas prefirieron contactar con los extremistas messalistas[1], aunque estaban ligados al Islam, antes que con

[1] Messalistas: los partidarios de Messali Hadj (1898-1974), uno de los dirigentes argelinos en la lucha por la independencia. [N. del T.]

los nacionalistas de Ferhat Abbas, más moderados, que eran republicanos de buena gana y considerados «burgueses», es decir, «sin porvenir»... Después de la independencia de Argelia, sus rivales trotskistas participan en la aventura tercermundista impulsada por Ben Bella, Castro, el Che. Luego llegan las desilusiones posteriores al 68, que dan cuenta de la exasperación de estos estados mayores de la ultraizquierda que asisten a la reinversión del orden social y político, del Estado por parte de «la burguesía dominante», cuyo control ha conservado. Trotskistas y maoístas se sitúan más cerca de los palestinos, y también de los corsos, de todos los revolucionarios, que de estos inmigrantes magrebíes que optaron por Francia y por la República. Obviamente están a su lado en la lucha contra el racismo, pero no osan hacerles votar ni los integran en sus filas.

Desde 1981, juzgando ya ilusorio el futuro de la revolución, se infiltran en las organizaciones que están en el poder, o bien en la prensa y en los medios de comunicación que constituyen su otra vertiente.[66] En este contexto, que es supervivencia de su pasado roto, pero enterrado y rechazado, serían incapaces ya de pensar en llamar a su lado a estos *beurs* que quisieron creer en el Estado republicano. ¿Es sorprendente, entonces, que sean Chirac y Raffarin —y no la izquierda que ha estado largo tiempo en el poder— quienes han incluido a dos de estos *beurs* en el gobierno?

Al no haber sido nunca objeto de un comentario, ¿no tenemos ahí un nuevo episodio de una historia prohibida?

---

[66] «En 1994 —atestigua Gérard Filoche— cuando llegué a la *rue* Solférino [sede del Partido Socialista] para verme con Emmanuelli, había unas treinta personas en el patio, y al menos unos veinte eran antiguos trotskistas [...]. En el último congreso de la izquierda socialista, de 500 delegados, había 180 veteranos de la Liga, diez ex lambertistas, y tres ex de Lutte Ouvrière [Lucha obrera]», en Christophe Nick, *Les Trotskistes*, Fayard, París, 2001, p. 551.

I. EL EXTERMINIO

La destrucción de los indios del área caribe

Yves Bénot

El segundo viaje de Cristóbal Colón a Haití, a fines de 1493, ya no es de exploración azarosa, sino de ocupación armada de la isla, que será rebautizada La Española. La llegada de una flota de 17 barcos con unos 1.200 o 1.500 hombres a bordo marca el acto inaugural de una colonización europea que pronto se abatirá sobre todo el continente americano. Y que se distingue, de entrada, por su violencia ilimitada contra los pueblos invadidos, a quienes se tiene intención de obligar a producir, lo que exige un colonizador. Desde su primer viaje, Colón ya había trazado el programa. Los naturales de la isla, escribía, «son pues apropiados para ser mandados y para que se los haga trabajar, sembrar y desempeñar todos los demás trabajos que serán necesarios, para que se les enseñe a ir vestidos y a tomar nuestras costumbres»[1]. Ya desde el 18 de diciembre de 1492 consideraba «vasallos de los reyes de Castilla» a estos hombres tan acogedores. El cacique Guacanagari, que lo había acogido particularmente bien entre el 14 de diciembre de 1492 y el 4 de enero de 1493, no había dicho ni pensado nada parecido. Así pues, el programa trazado se aplicó con rapidez. Los indios hubieron de cultivar de manera diferente para alimentar a los españoles; hubieron de construir las casas de fábrica y las ciudades de los ocupantes; en cuanto a los «demás trabajos» sin concretar, incluían la búsqueda y extracción de oro, pues era el primer objetivo de las expediciones europeas a ultramar en estas fechas. Se trataba de una labor penosa, con un ritmo de trabajo no habitual para la población de Haití, desproporcionado en relación a su modo de vida, e incluso respecto a su capacidad fisiológica. Y acabarán sucumbiendo muy rápidamente.

---

[1] Cristóbal Colón, *La découverte de l'Amérique*, ed. y present. de Michel Lequenne, París, 1979, I, p. 148.

Los indios trataron de resistir al invasor. A su vuelta, el 27 de noviembre de 1493, Colón toma conciencia inmediata de la situación. En enero había dejado a 39 españoles dotados de municiones, artillería y vituallas; en noviembre todos estaban muertos. Dos de sus jefes, Pero Gutiérrez y Rodrigo de Escobedo, habían partido en busca de las minas de oro de Cibao y, por el camino, mataron a un indio en el territorio del cacique Caonabó. Éste los hizo ejecutar. En cuanto a los que habían permanecido en el fortín bajo el mando de Diego de Arana, personaje con fama de violento, y aun así muy cultivado, habían creído que podían usar y abusar a su antojo de las indias, casadas o no, hasta tal punto que el cacique Guacanagari acabó por reaccionar. Colón escribirá, con cierto sentido de la litote: «*Por muy fuertes razones que hayan dado a los indios para hacer lo que han hecho* [la cursiva es mía] nunca éstos habrían osado emprender algo que los dañase si los hubieran visto bien guardados.»[2] En otro informe, exhumado muy recientemente, Colón decía claramente que éstos hombres habían tomado cada uno varias mujeres, lo que ya se sabía por la ulterior investigación de De las Casas. En un primer momento Colón, por prudencia, fingió creer que Caonabó era el único responsable de los asesinatos.

Este choque inicial muestra que a los conquistadores no los mueve tan sólo la «maldita hambre de oro», sino, asimismo, la «maldita hambre de sexo». La colonización europea acumulará violaciones y asesinatos por igual, como si los españoles se tomasen la revancha sobre un catolicismo rigorista dejando a un lado toda regla moral respecto a los pueblos llamados «paganos». Algunos misioneros alzarán la voz contra estas costumbres de la colonia, otros no resistirán. Colón, por su lado, es una excepción, pero las acepta si vienen de sus compañeros. Llegará incluso a entregarles él mismo algunas indias, como regalo podríamos decir. Así pues, le ofrece una a Michele da Cuneo, que narrará en una carta cómo la violó.[3] El informe de los misioneros dominicos, de 1519, no es menos abrumador. Cuenta cómo los capataces españoles enviaban a las minas a los maridos, mientras ellos se acostaban con sus mujeres y azotaban a los maridos si se permitían protestar. Estos ejemplos reunidos aquí desmienten el intento de Colón de explicar los excesos por el origen de los culpables, que serían solamente «gentes del común» o «de escasa educación»; en realidad el frenesí sexual se manifiesta en todas las capas sociales, tanto entre los individuos cultos que ro-

---

[2] Lequenne, II, p. 87.

[3] Citado por T. Todorov en *La conquête de l'Amérique*, París, 1991, pp. 65-66 [ed. cast.: *La conquista de América. El problema del otro*, Siglo XXI, México, 1987].

dean a Colón o, más tarde, a Cortés, como entre los groseros. De manera general, los europeos actúan como si no existiese entre estos pueblos llamados paganos ningún tipo de regulación de la vida social, familiar y sexual. Además, son capaces de creer que es la verdad...[4]

Un poco más tarde, en abril de 1494, se produce lo que De las Casas considerará la «primera injusticia» cometida en las Indias. Colón había enviado a Hojeda[a] al interior, hacia el Cibao, donde debía de estar el oro. Durante el camino monta en cólera debido a una oscura historia de robos, y hace cortar las orejas y la nariz a dos presuntos culpables. Tras esto, ordena detener a un cacique local y a su hijo, y luego se los envía a Colón para que los mande ejecutar. Ciertamente, Colón se abstendrá de hacerlo, pero había sido él mismo quien había dado la orden de cortar las orejas y la nariz a todos los sospechosos de robo, con el pretexto de que, de este modo, todos podrían verlo, y resultaría disuasorio. Es él quien exige que Caonabó sea capturado por medio de la adulación y del engaño, lo que se llevará a cabo algunas semanas después del incidente de los ladrones.[5] El posterior comentario de De las Casas sobre todo este asunto tiene un alcance que sobrepasa las circunstancias de la conquista. Es, escribe, esta injusticia «primera [la que] daba justos títulos y buen derecho [a los indios] para comenzar y proseguir contra los cristianos una guerra justa». Estima que el Almirante no tenía derecho a desplazarse por la isla sin avisar primero a los soberanos o caciques, ni sin su aprobación.[6] En efecto, en el verano de 1494, toda la isla está en guerra. Colón vuelve entonces de un viaje de exploración a Jamaica y la costa meridional de Cuba. Trae consigo, además, los primeros ejemplares de esos famosos perros de lucha que serán utilizados contra los indios y contra los esclavos o insurrectos negros, y, como es sabido, incluso en 1803, en la guerra de independencia de Haití. He aquí lo que dice el propio Colón, y que no ne-

---

[4] Conocemos el pasaje del *Mundus novus*, de Amerigo Vespucci [en España su nombre a veces se castellaniza en *Américo Vespucio*. (N. del T.)] (1504): «No llevan ropa, ni de lana ni de seda, porque no tienen ninguna necesidad de ella. No tienen bienes que les pertenezcan, sino que todas las cosas son comunes; viven sin rey, sin autoridad superior, y cada uno es dueño de sí mismo. Tienen tantas mujeres como desean, el hijo se acuesta con su madre y el hermano con la hermana, y todos con la primera que se pone a su alcance o que encuentra. Cada vez que quieren, se divorcian y no siguen ningún orden a este respecto. Además, no tienen iglesias, no tienen leyes, y tampoco son idólatras...» (H. Vignaud, *Americ Vespuce*, París, 1917, p. 308). En realidad, los taínos de Haití no corresponden en absoluto a este modelo, pero Colón los describe con los mismos sueños en su cabeza.

[a] Se trata de Alonso de Ojeda, que es la forma más corriente de su apellido. [N. del T.]

[5] Respecto a la orden de cortar las orejas y la nariz, véase Lequenne, II, p. 106.

[6] *La Historia de las Indias*, ed. Ranke-Millares, México, 1951, I, cap. XCII.

cesita comentarios: «Un perro hace aquí gran guerra hasta el punto de que nosotros estimamos que son iguales a diez hombres y que los necesitamos mucho.»[7] Porque, ante la resistencia india, la opinión sobre estos pueblos cambia radicalmente. En los primeros encuentros se los había considerado hombres y mujeres pacíficos, afables en general, e incluso fáciles de convertir al cristianismo. En cuanto se lanzan a la lucha, ya no se les ve más que como gentes pérfidas, ladronas, asesinas y saqueadoras. Si a fines del siglo XVIII Lichtenberg pudo constatar que el primer indio que vio a Cristóbal Colón hizo un descubrimiento fastidioso, es un hecho que no tuvo conciencia inmediata de ello, y que el primer contacto carecía de hostilidad y estaba marcado sobre todo por la curiosidad. Las dificultades comenzaron sólo cuando los indios pudieron constatar claramente que los recién llegados no eran visitantes de paso, sino invasores despóticos. Haití es significativo porque se trata del primer intento de conquista. Probablemente llegaron a tierra firme noticias de lo que estaba ocurriendo. De todos modos, las distintas poblaciones indias eran capaces de acoger a los extranjeros durante un tiempo, pero nunca pensaron en concederles derechos de ocupación permanente. Y menos aún de trabajar a sus órdenes.

Para alcanzar sus fines, Colón conduce la guerra vigorosamente. En marzo de 1495 los indios son aplastados en la batalla de la Vega Real. Se desconoce el número de muertos, probablemente muy elevado. Varios cientos de prisioneros son enviados a España para servir como esclavos. De todos modos, la reina Isabel se negará a ello. En la isla, los indios intentan llevar a cabo la estrategia de tierra quemada, pero rechazados a las montañas, mueren de hambre en gran número. Tras esto, los supervivientes han de resignarse a trabajar en las minas y en los campos. Colón tenía previsto traer de España artesanos y obreros cualificados para organizarlos y formarlos. En efecto, llegaron algunos, pero el Almirante comprobó rápidamente que, en la colonia, los españoles no trabajaban, y que únicamente trataban de obligar a los demás a trabajar para ellos, además de imponerles un esfuerzo físico sin tregua: el horario laboral no estaba limitado por ninguna norma, y no existía seguridad para el trabajador taíno ante las agresiones de sus amos. Ya hemos citado ejemplos de malos tratos por parte de los capataces, pero hay otros muchos. Cuantas enfermedades epidémicas surgen, en especial la viruela, afectan a organismos gravemente debilita-

[7] Cristóbal Colón, *Oeuvres complètes*, París, 1992, p. 293 (desde ahora, Colón, O. C.). [En español véase *Textos y documentos completos*, edic. de Consuelo Varela, Alianza Editorial, Madrid, 1982.]

dos. Por si fuera poco, a los enfermos indios no se los cuida en absoluto. Por tanto, no podríamos considerar que los españoles son inocentes respecto a estas oleadas epidémicas.

El resultado se refleja en cifras abrumadoras. La estimación más habitual de la población de la isla a la llegada de Colón, y que recuerda el informe de los dominicos de 1519, la eleva a 1.100.000[b] personas. En 1507 el tesorero Juan de Pasamonte cuenta tan sólo 60.000. En 1520 no subsistirían más de 1.000 indios en La Española, y ninguno en Puerto Rico. El déficit de mano de obra, que oficialmente no es esclava, pero a la que se trata como si lo fuese, llega a tal punto que obliga a realizar deportaciones desde las tierras más o menos vecinas: de 40.000 a 50.000 de las islas Lucayas hacia La Española, sin contar un número indeterminado de indios capturados en Tierra Firme y vendidos como esclavos a los españoles de la primera colonia de América. La misma catástrofe se abatirá sobre Cuba —donde se habían refugiado algunos grupos de taínos, y que fue ocupada a partir de 1509-1511—, sobre Jamaica y, finalmente, sobre San Juan de Puerto Rico.

Éste es el resultado de este régimen de trabajo forzado, que hoy podríamos calificar de concentracionario. Era contrario a las tradiciones, al modo de vida, a la cultura de los indios taínos en general. Destruía toda su estructura social. A la llegada de Colón, la de Haití era una sociedad que se basaba en una organización estatal naciente, a diferencia de Cuba o de las Pequeñas Antillas. Había grandes caciques que tenían, por debajo de ellos, jefes locales. Los españoles emplearon el mismo término cacique para todos ellos, regionales o locales. Es bastante verosímil suponer que si Colón se detuvo en Haití en vez de Cuba, es precisamente porque halló poderes establecidos con los que podía tratar, aunque fuese para intentar utilizarlos para sus fines. Trataba de explotarlos con objeto de obtener el oro tan ambicionado y hacer que sus súbditos trabajasen; quería llevarlos a reconocer la autoridad superior de la Corona de España y creía necesario crear en los indios necesidades nuevas con la ayuda de los caciques, de modo que, para satisfacerlas, acabasen siendo dependientes de los españoles. Finalmente, no se olvidaba el objetivo de la conversión al cristianismo, única justificación declarada de la colonización. En un primer momento Colón trató de implantar un gobierno indirecto, por medio de los grandes caciques a los que imponía tributos en oro y víveres, y a los que correspondía obtenerlos de la población. En realidad, estaban calculados de tal manera que superaban en gran

---

[b] Otras estimaciones dan cifras mucho menores, que van de 40.000 a 500.000 habitantes. [N. del T.]

medida la capacidad de los indios. El sistema no duró. Ya en el tercer viaje de Colón (1498-1500) se emprende la vía que conduce al sistema de *encomiendas*, concesiones de cierto número de indios otorgadas a españoles, que deben garantizar la conversión de aquéllos al tiempo que les hacen trabajar en sus tierras por un salario; pero dicen los textos que esto último no se aplicó. Nadie quedaba excluido de este reparto autoritario, ni siquiera los caciques. Era la destrucción de todo el orden social haitiano en beneficio de un esclavismo cuyo único límite fue la desaparición física de la población sometida.

Entonces los grandes caciques que aún vivían volvieron a la lucha. Bajo el gobierno de Colón dos de ellos, Caonabó y Guacanagari, ya habían perdido la vida. Bajo el gobierno de Bobadilla, Mayobanix, que había empezado la lucha con tropas armadas de arcos y lanzas, es capturado y morirá en prisión. Guarionex [o Guariones], capturado con engaño, muere en el barco que iba a conducirlo a España, en la bahía de Santo Domingo, a causa de un ciclón que engulló al convoy y al propio Bobadilla, que había sido llamado de vuelta. El episodio más célebre de la represión, la ejecución de la cacique Anacaona, viuda de Caonabó, que reinaba en la parte de la isla llamada Xaragua, en el centro del actual estado de Haití, tuvo lugar un poco más tarde, en 1502. Nada prueba que haya habido en este caso un plan de insurrección. En ese momento gobierna la isla Ovando. Colón, por su parte, se encuentra en Jamaica, donde necesita ayuda. Ha enviado a Diego Méndez a pedírsela al gobernador, pero éste escribe diciendo que Ovando lo retuvo «siete meses hasta que hizo quemar o ahorcar a ochenta y cuatro caciques, señores y vasallos y, con ellos, a Anacaona, la más poderosa soberana de la isla y a la que todos los demás obedecían»[8]. Fue durante una fiesta que el cacique ofreció a Ovando cuando el gobernador lanzó a sus soldados contra los señores indios con el fin de encerrarlos en una gran cabaña a la que hizo prender fuego: ¡trescientos muertos! Anacaona, por su lado, fue llevada a Santo Domingo para ser ahorcada. La matanza buscaba intimidar a los indios y satisfacer a los colonos españoles, exasperados por la presencia de la última de los grandes caciques. Con todo, hubo aún otra sublevación en el Higuey, en el este, en 1506: Cotubana, que la había encabezado, fue ahorcado en la capital. Desaparecía todo rastro de la antigua estructura del Haití precolonial. La insurrección dirigida por el mestizo don Henrique entre 1522 y 1533[c] es ya de otro tipo: revuelta en el

[8] Citado en Lequenne, II, p. 203.

[c] Llamado más corrientemente Enriquillo. Que sepamos, la insurrección se inicia en 1520, no en 1522. Murió en 1535. Fue educado por los españoles, pero no parece que fuera mestizo. [N. del T.]

marco del régimen colonial en la que se mezclan indios supervivientes, mestizos y esclavos negros huidos, cimarrones, como se los empieza a llamar, y en la que todos ellos marchan a las montañas más alejadas para crear en ellas una comunidad libre.

Sin embargo, la rápida desaparición de la masa india, que debería haber servido a los colonizadores de mano de obra casi gratuita, creaba un problema. Para llenar el vacío se decidió importar esclavos negros provenientes de España, pues la esclavitud subsistía en España y también en Portugal (y en Venecia, Sicilia, etc.). No se conoce con precisión la fecha exacta, pero es verosímil que los primeros fueran llevados ya en 1498. En efecto, en 1502 Ovando, a su llegada, escribe a España para rogar que se interrumpan los envíos porque aquéllos se mezclan con los indios fugitivos para *cimarronear* en los montes. No obstante, unos meses después cambia de idea y pide, por el contrario, que se retome el envío de negros.[9] Éstos tienen ya el estatus de esclavos, han podido ser utilizados como tales en calidad de obreros agrícolas en Andalucía, y pueden tener también alguna habilidad metalúrgica; es una situación simple. Así, en el decenio 1520-1530, los esclavos negros sustituyeron a la mano de obra india, y durante medio siglo La Española pasa de la producción de oro a la de caña de azúcar. Y ahora se los deporta directamente de África.

Ahora bien, la sustitución de los indios por africanos no es la única razón de la indiferencia de los colonos ante el exterminio de los primeros, ni siquiera la principal razón. De las Casas lo explica así: «Los colonos pasaban de una isla a otra o de un punto a otro de Tierra Firme, una vez que habían saqueado, robado, destruido, matado a todos los indios de un lugar antes de ir a saquear y matar al otro.»[10] Después de todo, la conquista de los grandes imperios de los aztecas y de los incas les permitirá establecerse de manera fija. Mientras tanto, el trabajo forzado de los taínos habría producido entre 1503 y 1510 cinco toneladas de oro debidamente registrados en la aduana de Lisboa, más las cantidades que pasaron de contrabando y más la producción anterior a 1503. Así pues, la colonización resulta ser rentable, sin que importen los métodos empleados.

De todos modos, la imagen de la colonia vista desde la metrópoli difiere de la de los colonos, y de la historia real, que se hace con sangre. Las decisiones oficiales del poder en España no corresponden tampoco a la verdadera política que

---

[9] Véase Georges Scelle, *Histoire de la traite négrière aux Indes de Castille*, París, 1906, I, p. 122 y ss.

[10] De las Casas, *La Historia de las Indias*, III, cap. XXI.

se realiza en las colonias. Parece que ésta sea una regla general de toda la colonización europea en ultramar. El estatus de los indios ilustra este tipo de divergencia. En 1492 Colón presenta a los indios, al menos a sus jefes, a los Muy Católicos Reyes como «vasallos», lo que no debía parecer mal en España. Sin embargo, hemos visto que en 1495 envía a unos seiscientos a la metrópoli para que se los emplee allí como esclavos. Isabel se indigna, rechaza este regalo, y devuelve los indios que han sobrevivido al viaje por mar: nunca perdonará a Colón por esta iniciativa. Y el Almirante sentirá la necesidad de justificarse en una carta que, sin duda, es contemporánea de su último viaje (1502-1504): «Yo había imaginado también fundar grandes aldeas de indios y hacer de ellos unos cristianos, y yo me había puesto a trabajar en ese sentido [...]. Siempre he informado por escrito a Vuestras Altezas que los indios eran aquí el oro y la riqueza; pues desde que los cristianos llegaron aquí, aunque fuesen de orígenes modestos, pretenden descender del rey Príamo y quieren ser tratados como si fuese así. ¡Perdidos los indios, perdida la tierra!»[11] Estas palabras, de apariencia generosa, no especifican si los indios son súbditos, vasallos, esclavos o trabajadores asalariados. En cuanto a la metrópoli, por las instrucciones remitidas a Bobadilla en 1500 y en 1501 a Ovando, ordena tratarlos con justicia y humanidad, pero sin olvidar velar por su conversión. En efecto, la razón de ser de la conquista colonial, la que se proclama urbi et orbi, es la conversión de las naciones paganas al cristianismo de la Iglesia romana y apostólica, motivación que en esa época nadie se atrevería a poner en duda: la búsqueda del oro, ya que no se oculta, viene sólo en segundo lugar. Ahora bien, la exigencia de conversión es suficiente para que aparezcan ciertas formas de coacción. Una orden real de 1503 declara que hay que «obligar a los dichos indios a frecuentar a los cristianos, a trabajar en la construcción de sus casas y a recoger el oro y los demás metales [...], a cargo de los cristianos está el pagarles el salario que vos habéis establecido y entendiendo que están sometidos a estas obligaciones como hombres libres»[12]. Con todo, la vida y la muerte real de estos supuestos «hombres libres» están muy lejos de estas prescripciones, renovadas en 1512-1513. Los Muy Católicos Reyes no ponen objeciones a la esclavitud, en principio, pues existe también en la península Ibérica. El problema consiste, solamente, en definir quién puede ser esclavo. En cuanto a los indios es lícito, si no necesario, reducir a la

---

[11] Colón, O. C., 587.

[12] Citado en Marcel Bataillon, *Las Casas et la défense des Indiens*, París, 1971, pp. 59-60 [ed. cast.: M. Bataillon y A. Saint-Lu, *El padre Las Casas y la defensa de los indios*, Ariel, Esplugues de Llobregat, 1976].

esclavitud a los «caníbales», es decir, a los caribes de las Pequeñas Antillas, pero no a los taínos, que no son antropófagos. Puede ser lícito también reducir a la esclavitud a los paganos que resisten cuando los cristianos conducen una guerra justa. Estas consideraciones teóricas, salidas de las reflexiones de los filósofos o teólogos de la Edad Media, parecen cernerse por encima de la historia real y de su sucesión de violencias como las que se producen en ultramar. Violencias porque el clima de discordia reina entre los europeos lo mismo que entre europeos e indios. Los colonos se rebelan contra el Almirante, los conflictos entre individuos son frecuentes, y Bobadilla pasará a la posteridad por haber hecho detener y encadenar a Cristóbal Colón, yendo más allá de sus instrucciones.

Sabemos que muy pronto hubo protestas de religiosos que se tomaban en serio el Sermón de la montaña. El primero fue el dominico fray Antonio Montesinos, en un sermón en diciembre de 1511, en Santo Domingo, en el que lanzó a los colonos que se encontraban todos ellos en pecado mortal por los crímenes cometidos contra los indios. Y añadió: «¿Acaso no son vuestros hermanos?»[13], futura consigna de las campañas a favor de la abolición de la esclavitud. Si el joven De las Casas se siente tan turbado como para dedicarse a la lucha por la justicia, que ocupará toda su vida, el gobernador, que entonces es Diego Colón, hijo del Almirante, lleno de cólera, expulsa de la isla a Montesinos junto a otros dominicos animados por el mismo espíritu. Sabemos que éstos informarán a la corte de Madrid, y que el combate por los derechos de los indios continuará. En 1537 el Papa reconocerá que poseen un alma y que no deben ser esclavizados. Para los de las Grandes Antillas es demasiado tarde.

Quedaban los caribes de las Pequeñas Antillas. Éstos formaban sociedades restringidas, sin estructura estatal, agrupadas en sus aldeas ó bohíos, con asambleas generales cuando había que tomar alguna decisión importante, es decir, *parlamentos*. Podía suceder que se reuniesen varios centenares o miles para expediciones de cierta envergadura, bien por la costa de la actual Venezuela, donde capturaban a otros indios, aluagas, bien contra las tierras ocupadas por los españoles. Se trata de los caníbales de los que había oído hablar Colón durante su primer viaje. Dado que las islas en las que habitaban se hallaban en la ruta náutica de los españoles —como Guadalupe, por ejemplo—, estos últimos trataron varias veces de desalojarlos, y sin duda les causaron pérdidas, pero sólo pudieron ocupar la isla de Trinidad. Los caribes respondieron con incursiones, en

[13] El sermón de Montesinos fue conocido por De las Casas, *La Historia de las Indias*, III, cap. IV.

particular contra Puerto Rico, durante las cuales capturaron, como botín, entre otras cosas, esclavos negros. Y los utilizaron a su vez, aunque hasta ese momento no habían tenido esclavos. Su división del trabajo dejaba a las mujeres el cultivo de algunos campos y las tareas domésticas, mientras los hombres pescaban, cazaban, construían canoas ahuecando el tronco de un árbol y de vez en cuando guerreaban. Como entre los taínos, el trabajo asiduo y la productividad no correspondía a su ideal ni a su visión del mundo.

A lo largo del siglo XVI los indios no sólo vieron pasar ante sus costas los galeones de España, sino también navíos ingleses y franceses, que atacaban a los primeros en cuanto podían. Instruidos por la experiencia, los caribes habían tenido que tomar la decisión, muy pronto, de rechazar toda instalación permanente de los europeos en sus tierras, pero acogiendo eventualmente a náufragos, desertores y tripulaciones que necesitaban provisiones y restaurar sus fuerzas, cuando se trataba de enemigos de los españoles. Así, hacia 1620, en Guadalupe se encontraba cierto número de refugiados de este tipo que iban a permanecer en ella durante bastante tiempo. Un documento excepcional descubierto en Carpentras (Provenza) hace unos años rememora la aventura de unos corsarios franceses que, sin víveres ni recursos, arribaron a la Martinica en 1619 y fueron acogidos por los caribes después de un parlamento de tres días. Los indios se ocuparon de alimentarlos, de que se restableciesen, los ayudaron. Según el autor anónimo de este relato, cuando los franceses decidieron marcharse, a sus anfitriones les habría gustado que se quedasen, poniendo de relieve que en su país no habrían tenido tan buen tabaco, tan buenas hamacas, ni tan buena cerveza de mandioca...[14] Unos años más tarde todo será de otra manera en las relaciones franco o anglo-caribes.

A partir del momento en que los franceses e ingleses, sin dejar de oponerse a los españoles, toman ellos también la vía de la colonización, van a chocar con sus antiguos amigos. Con todo, la masacre de los indios de las Grandes Antillas había provocado una fuerte conmoción en Europa. Además, las instrucciones reales prescriben a los gobernadores que traten a los indios con suavidad y humanidad, sin olvidar por ello intentar convertirlos, en cuyo caso, especifican algunos textos, podrían adquirir los derechos de los regnícolas. Sin embargo, los hechos son que, en 1626, los representantes de las dos potencias en la zona actúan de tal modo que la desaparición de la población local está ya en el horizonte. Será una lucha desigual, con altos y bajos, con períodos de reposo y nue-

[14] Véase *Un flibustier français dans la mer des Antilles, 1618-1620*, manuscrito de comienzos del siglo XVII, presentado por Jean-Pierre Moreau, 1990.

vos enfrentamientos, pero en el siglo XVIII este pueblo indio ya no cuenta. Así pues, en 1626 un grupo de ingleses, encabezado por un tal Warner, y un grupo de franceses mandado por cierto Belain d'Esnambuc, se establecen en la isla de San Cristóbal (hoy Saint Kitts) donde con anterioridad los caribes habían acogido a franceses desertores, náufragos, y no se sabe qué ocurrió con ellos.

Los dos jefes europeos se reparten el territorio; y ya que, se dice, los indios habían intentado asesinarlos, les toman la delantera y masacran no a la totalidad de los individuos masculinos, como cuenta el padre Dutertre[15], pero sí a un gran número de ellos.

En 1635 los franceses desembarcan en Guadalupe y en Martinica, y enseguida se inicia la guerra contra los caribes. Sobre los hechos de la Martinica es conveniente dejar la palabra al padre Dutertre, dominico y misionero, amigo del padre Breton —a quien debemos el primer diccionario francés-caribe—. Nos recuerda que los franceses que han desembarcado, que son en su mayoría contratados que, con su trabajo, durante tres años, devolvían el precio de su travesía, se hallaban en grandes dificultades, amenazados por el hambre. «Nuestros franceses, en el extremo de sus males, habrían recibido sin duda mucho alivio por parte de los salvajes de la isla si su humor impaciente no los hubiese desanimado; pues estos bárbaros, sin sospechar en absoluto de la intención que *tenían de hacer la guerra contra ellos* [cursivas mías] venían con frecuencia a visitarlos, y nunca con las manos vacías; y habiendo comprobado incluso que nuestra gente necesitaba víveres, llenaban siempre sus piraguas con tortugas, lagartos, cerdos, pescado, cazabe, patatas y con todo tipo de frutas del país. Pero nuestras gentes, enemigas de su propia felicidad, se quejaban de sus demasiado frecuentes visitas, diciendo que no venían sino para reconocer su punto débil y sacar provecho de ello. Con estas ideas, se maltrató a algunos, e incluso se estuvo a punto de destrozar dos o tres piraguas que se presentaron. Los salvajes, a quienes poca cosa espanta, huyeron y ya no volvieron.»[16]

Ciertamente, la guerra es más bien una sucesión de acciones de guerrilla, en la que hay igualmente muertos de un lado y del otro, pero no deja de ser un con-

---

[15] En *Histoire générale des îles de Saint-Christophe, de la Gouadeloupe, de la Martinique et autres*, París, 1654, afirmaba que habían matado a los hombres «sin dejar ni uno, excepto algunas de las mujeres más bellas para satisfacer sus brutales pasiones y convertirlas en sus esclavas». Debemos decir que el texto del tomo I de la nueva edición publicada por Dutertre en tres volúmenes, de 1667 a 1671, no es idéntico al de 1654 y contiene omisiones y atenuaciones, quizá debidas a ciertas presiones.

[16] Dutertre, *op. cit.*, pp. 121-122, pasaje que no se encuentra ya en 1667.

flicto declarado y que pretende, por parte de los franceses, conseguir el control sin limitaciones de Guadalupe, de la parte llamada Basse-Terre. Y así es entre 1636 y 1640. Finalmente los caribes se retiran a la Dominica, que será su último refugio.[d] Aquí es donde llega el padre Raymond Breton, que desea estudiar y conocer a los «salvajes» antes de tratar de convertirlos —a lo que acabará renunciando—.[17]

Se emprenderán otras acciones en la Martinica, en primer lugar para rechazar a los indios hacia la zona llamada Cabesterre —expuesta al viento, a diferencia de la Basse-Terre—. Hubo sucesivamente períodos de buen entendimiento y de enfrentamientos, pero aquí se introduce un elemento nuevo: el papel de los esclavos negros. Franceses e ingleses los utilizaron desde el principio, los había en San Cristóbal desde 1626, tomados a los españoles o traídos por los negreros holandeses; los contratados blancos no eran suficientes para hacerlo todo. Por otra parte, el intento de emplear esclavos indios, aluagas de Tierra Firme por parte de los franceses, y caribes y aluagas, indiferentemente, por parte de los ingleses, chocaron con la imposibilidad de obtener de ellos una cantidad de trabajo satisfactoria. De ahí que se desarrollase el recurso a la esclavitud de los africanos. En la Martinica, donde su crecimiento fue rápido, por dos veces hicieron causa común con los caribes rebeldes, en 1654 y en 1657-1658. La revuelta de 1654 estuvo muy cerca de ser un éxito total. Sólo la llegada imprevista de barcos holandeses permitió romper el bloqueo establecido por los indios y los negros.

Otros conflictos estallaron en la isla de Granada durante esos mismos años. El resultado fue que los indios de la Martinica se retiraron a la Dominica, y los de Granada a Tierra Firme. Dado que la isla de Santa Lucía, que los indios habían reconquistado en 1639, les había sido arrebatada de nuevo por los franceses en 1654, la Dominica se convierte en la última tierra de su propiedad, que se les reconoce por un acuerdo franco-anglo-indio de 1660. Pero los ingleses no lo respetarán siempre: tras la guerra de los Siete Años, el Tratado de París de

[d] La Dominica es la única isla de las Antillas que conserva una población india, como tal, descendiente de los caribes. Son algo más de mil individuos. [N. del T.]

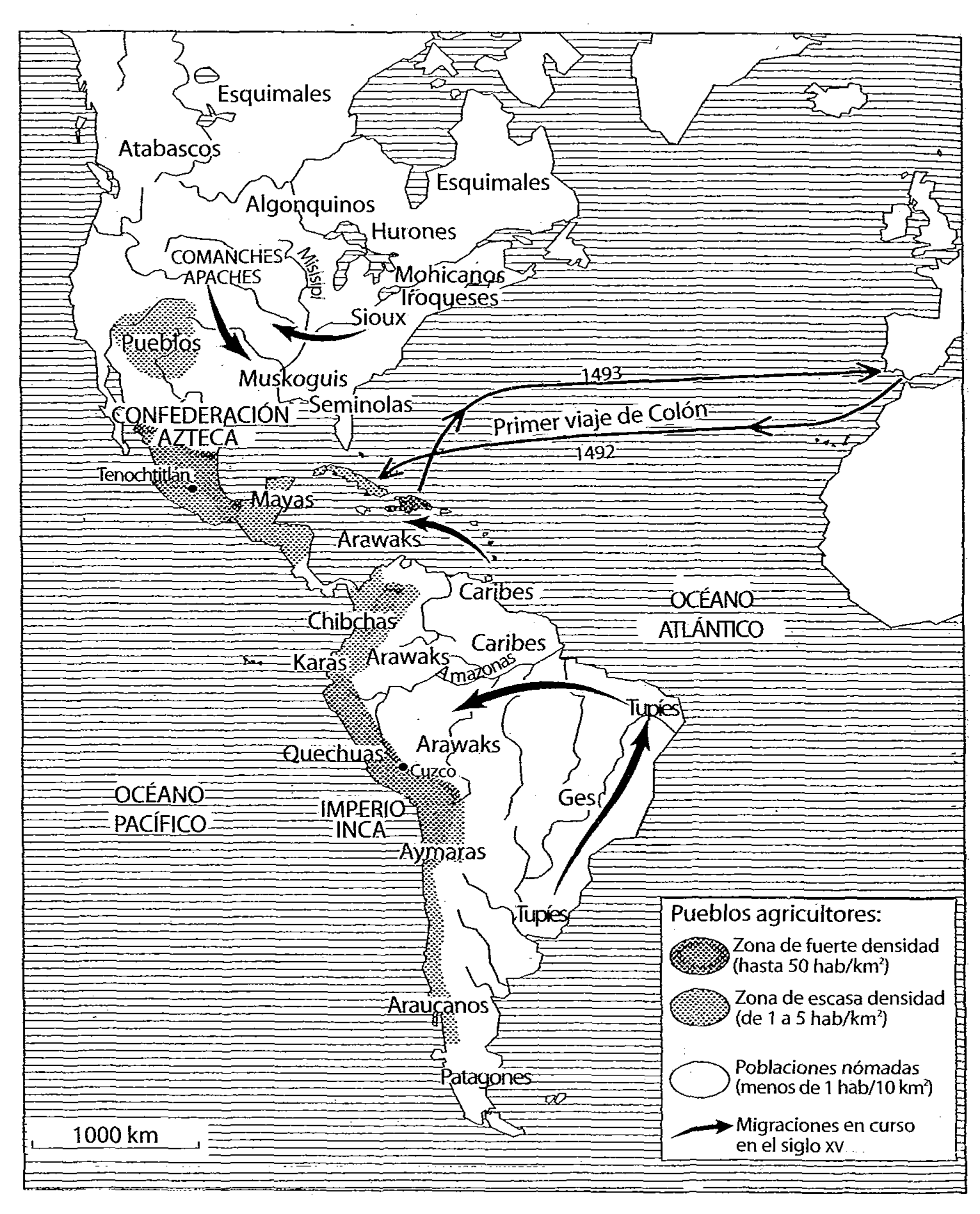
[17] Las conversiones resultaron imposibles por una razón que ya se había constatado en los viajes de Colón. El padre Ramón Pané, capellán del Almirante, había comenzado a enseñar los rezos cristianos al cacique Guariones, cuando unos «notables» lo disuadieron, recordándole que «los cristianos eran malos y que nos arrebataban nuestra tierras por la fuerza»; en Ramón Pané, *Relazione sulle antichità degli Indiani*, Palermo, 1992, pp. 59-60 [ed. cast.: *Relación acerca de las antigüedades de los indios*, Siglo XXI, México DF, 1974]. El padre Raymond Breton, en la Dominica, recogerá respuestas análogas, siglo y medio más tarde.

1763 les concederá la posesión de la isla, lo mismo que la de San Vicente, donde otros caribes habían podido mantenerse largo tiempo. No obstante, por estas fechas no quedan de este pueblo más que unas cuantas familias dispersas aquí y allí. Sin haber realizado grandes y rápidas matanzas, como los españoles, ello no impidió que los nuevos colonizadores eliminasen a la población original, combinando el rechazo hacia ciertas zonas y las represiones circunstanciales. Por lo que respecta a los «caribes negros» de San Vicente, que los ingleses deportaron a la costa de Honduras en 1797, después de su última revuelta, descienden de los negros que habían adoptado el modo de vida de los indios, y que, de alguna manera, se habían naturalizado indios. También éstos sucumbirán.[e]

De este modo se creó una situación en la que todas las Antillas, hoy, están pobladas sólo por inmigrantes, descendientes de los amos llegados de Europa y de los esclavos deportados de África. Las poblaciones originarias fueron eliminadas, sin duda por no haber compartido las ideologías del trabajo, que es lo que se llama civilización, y menos aún el culto del trabajo intensivo que exigía la acumulación capitalista que se desarrollaba en buena medida en las propias Antillas.

---

[e] El autor se refiere a los que permanecieron en la isla. Los deportados a Honduras subsisten hoy día y forman una de las minorías de ese país, llamados garif; también los hay en Belice, Guatemala y Nicaragua (una parte de los miskitos). [N. del T.]



El poblamiento indio de América en 1492.

EL EXTERMINIO DE LOS INDIOS DE AMÉRICA DEL NORTE

Pap Ndiaye

La catástrofe demográfica

Cuando Cristóbal Colón llega al Nuevo Mundo, éste era nuevo sólo para los europeos. El hombre vivía en América del Norte[a] desde hacía milenios. Se suele admitir en la actualidad que aquellos a quienes se llama hoy indios llegaron de Asia a través de la Beringia, una extensión territorial que unía periódicamente, hasta hace unos diez mil años, Siberia y Alaska (en el lugar donde actualmente se hallan el estrecho y el mar de Bering). Aquí se establecieron grupos humanos que luego bajarían más hacia el sur, gracias a la fusión de los glaciares, quizá hace unos veinticinco mil años. En unos cuantos siglos algunas poblaciones emigraron por América del Norte, mientras que otros grupos se dirigían cada vez más hacia el sur, llegando hasta la Tierra de Fuego.[1]

Los primeros europeos que se establecieron en la América del Norte continental habrían sido los escandinavos, a comienzos del siglo XI, cuando los hijos de Erik el Rojo (que vivía en Groenlandia) colonizaron durante breve tiempo Terranova. Sea como sea, los europeos no se establecieron definitivamente en América hasta comienzos del siglo XVI, tras los viajes de Colón.

La valoración numérica de la población india de América del Norte ha sido objeto, al menos desde el siglo XIX, de debates que no han sido sólo históricos,

---

[a] Cuando el autor dice «América del Norte», se refiere a Groenlandia, Canadá y Estados Unidos, excluyendo a México y los países del istmo, que incluye en Mesoamérica. [N. del T.]

[1] El reciente descubrimiento arqueológico, en el estado de Washington (Estados Unidos), de un esqueleto de 9.500 años de antigüedad, con rasgos propios de la «raza» blanca, llamado «hombre de Kennewick», ha vuelto a iniciar el debate sobre el origen de los indios. [Además (ahora N. del T.) muy recientemente, a fines de 2003, se han vuelto a reconsiderar algunas de las teorías que hacen provenir a los pobladores de América *también* de algunos puntos del océano Pacífico, incluida Australia.]

sino también políticos. En los años treinta del siglo XIX el artista estadounidense George Catlin[2], que viajó durante largo tiempo por el «oeste», calculaba que la población india de América del Norte alcanzaba los 16.000.000 de individuos en 1492, antes de que la cifra se viera revisada a la baja drásticamente por la Oficina del Censo estadounidense, la cual afirmaba, a fines del siglo XIX, que cuando llegó Colón había medio millón de indios en Norteamérica, divididos en «bandas dispersas». Evidentemente, esta cifra minimizaba de manera deliberada el hundimiento demográfico de la población india en una época en que ésta había sido prácticamente exterminada. En 1910 el antropólogo James Mooney proporcionó una evaluación basada fundamentalmente en los testimonios de los primeros exploradores europeos, estableciendo la población en 1.148.000 indios.[3] Esta cifra no fue puesta en entredicho básicamente hasta la década de los sesenta del siglo XX, pues los indios eran considerados con desprecio, incluso por parte de aquellos que los habían convertido en objeto de estudio.

La revisión más espectacular se produjo con los trabajos de Henry Dobyns, que en 1966 estimó la población india en una horquilla entre 9.800.000 y 12.250.000 personas, antes de revisar su evaluación al alza en 1983 (18.000.000), basándose en hipótesis de recursos disponibles.[4]

Para obtener esta cifra Dobyns partía de la población india censada en 1930 y la multiplicaba por 20 o 25 (coeficiente de despoblamiento que tomaba en consideración las enfermedades y el hundimiento demográfico de los primeros años de la colonización, al contrario que Mooney). En la época del trabajo de Dobyns los antropólogos y los historiadores empezaban a poner en entredicho los trabajos de sus antecesores por razones políticas y científicas, tratando no sólo de dar la palabra a los vencidos de la Historia, sino también de rescribir la historia de la colonización americana no en el sentido de la conquista por los blancos de un territorio vacío, sino en el del exterminio, a veces sistemático, de seres humanos, y al mismo tiempo en el de la reducción de millones de otros hombres, deportados de África, a la esclavitud.

---

[2] G. Catlin, *Les Indiens d'Amérique du Nord*, Albin Michel, París, 1992. [Véase *Vida entre los indios*, J. J. de Olañeta, Palma de Mallorca 1985. (N. del T.)]

[3] James Mooney, «Population», en Frederick W. Hodge (coord.), *Handbook of American Indians North of Mexico*, US Government Printing Office, Washington D. C., 1910.

[4] H. F. Dobyns, «Estimating Aboriginal American Population: an Appraisal of Techniques with a new Hemispheric Estimate», *Current Anthropology*, 7, 1966, pp. 395-416; id., *Their Number Become Thinned: Native American Populations Dynamics in Eastern North America*, University of Tennessee Press, Knoxville, 1983.

Es cierto que, más recientemente, los antropólogos han revisado a la baja las estimaciones de Dobyns, combinando varias técnicas estadísticas y etnohistóricas, proponiendo evaluaciones comprendidas entre los 2.200.000 (Douglas Ubelaker) y los 7.000.000 para los indios de América del Norte (de los que habría unos 5.000.000 en el territorio que corresponde a los actuales Estados Unidos, según los cálculos de Russell Thornton) hacia 1500.[5] Los debates prosiguen, pero una horquilla de 6.000.000 a 8.000.000 de personas recibe hoy el asentimiento de la mayoría de los especialistas.

Lo que sí se sabe con mayor certeza es que, hacia 1800, la población india no pasaba ya de 600.000 personas (en los Estados Unidos actuales) y que disminuyó hasta las 375.000 hacia 1900 (250.000 en Estados Unidos) es decir, se redujo entre un 5 y un 10 por ciento de la población de origen antes de la lenta convalecencia demográfica del siglo XX. Aun cuando probablemente sea imposible medir exactamente sus efectos, el establecimiento de los europeos en América del Norte provocó una catástrofe demográfica de una amplitud quizá única en la historia de la humanidad. Grupos enteros, sociedades y culturas refinadas desparecieron para siempre de la superficie de la Tierra.

El continuo declive de la población india entre 1500 y 1900 se debió a un conjunto de factores ligados directamente a la colonización. De manera sencilla podemos decir, en primer lugar, que la población disminuyó porque los muertos superaron a los nacidos, a lo que hay que añadir los fenómenos migratorios, relativamente marginales aquí. Las enfermedades, las guerras, las matanzas, las deportaciones, la destrucción de los modos de vida, todo ello no han sido consecuencias desafortunadas de la colonización: han sido su esencia misma.

Economía y violencia de la colonización

Cuando los europeos llegan a América, nada estaba predeterminado respecto a las formas de dominación que iban a ejercer sobre los indios. La es-

---

[5] Véase sobre todo Russell Thornton, *American Indian Holocaust and Survival: A Population History since 1492*, University of Oklahoma Press, Norman, 1987; id., «The Demography of Colonialism and "Old" and "New" Native Americans», en Russell Thornton (coord.), *Studying Native America. Problems and Prospects*, University of Wisconsin Press, Madison, 1998; Douglas H. Ubelaker, «North American Indian Population Size: Changing Perspectives», en John W. Verano y Douglas H. Ubelaker (coords.), *Desease and Demography in the Americas*, Smithsonian Institution, Washington D. C., 1992. Una síntesis útil es la propuesta por John D. Daniels, «The Indian Population of North America in 1492», *William and Mary Quaterly*, 49, 1992, pp. 298-320.

clavitud, en particular, podría haberse centrado masivamente en la población india: ¿no era más barato esto que organizar la deportación transatlántica de millones de africanos? En realidad se pensó en la esclavitud de los indios y se practicó: se centró principalmente en guerreros derrotados o secuestrados. En 1708 el gobernador de Carolina del Sur estimaba que este estado contaba con 1.400 esclavos indios para una población total de 12.580 personas. Muchos de ellos se fusionaron progresivamente con la población esclava negra.

Con todo, la esclavitud de los indios fue siempre relativamente marginal. Los hombres indios solían rechazar las tareas agrícolas que se les asignaban y utilizaban los conocimientos que tenían de la región para huir. Siempre ha sido difícil reducir a la esclavitud a personas en su país natal. Por eso se hacía necesario trasladar a los prisioneros a zonas desconocidas, como cuando indios rebeldes de Massachusetts fueron deportados al Caribe hacia 1676.[6] De todos modos, pronto no hubo suficientes indios vivos para satisfacer las enormes necesidades de mano de obra de las plantaciones coloniales. Así pues, los colonos hicieron venir de Europa trabajadores contratados y sobre todo, desde finales del siglo XVII, esclavos africanos. Al ser marginal la utilidad económica de los indios, e incluso inexistente para la gran mayoría de los colonos, no había ninguna necesidad de dejarlos vivir. Resumiendo, los indios representaban un obstáculo para la colonización de América del Norte, más que un medio para llevarla a cabo.

Una de las cuestiones que durante mucho tiempo ha ocupado a los historiadores se refería a la relación de causalidad entre el racismo y las diferentes formas de dominación y violencia a las que fueron sometidos los esclavos llegados de África y los indios. El historiador Ulrich B. Phillips escribía a comienzos del siglo XX que el racismo y la esclavitud estaban relacionados de forma natural y se legitimaban mutuamente, como dos facetas inevitables de la misión civilizadora de los blancos.[7] Se volvió sobre este asunto en los años cincuenta del siglo XX, favorecido por un contexto político de deslegitimación progresiva del racismo. Se produjo un vivo debate entre aquellos que, como Oscar Handlin y Kenneth Stampp, creían que la institución de la esclavitud «inventó» la ideología racista para justificarse, y los que, como Carl Degler y

---

[6] Véase Peter Kolchin, *Une institution très particulière: l'esclavage aux États-Unis, 1619-1877*, Belin, París, 1998, p. 14.

[7] U. B. Phillips, *American Negro Slavery*, Appleton & Co., Nueva York, 1918.

Winthrop Jordan, destacaban que los prejuicios racistas estaban muy extendidos entre los europeos mucho antes de la colonización del continente americano.[8] Ambos puntos de vista no son contradictorios. En realidad se está de acuerdo hoy sobre el hecho de que los estereotipos raciales eran preexistentes respecto a la colonización, pero que fueron reforzados y legitimados por dos siglos y medio de esclavitud.

Más recientemente, otros historiadores han demostrado que los indios estaban en una situación mejor que los africanos en el panteón racial de los colonos.[9] A partir del siglo XVI exploradores y escritores españoles elaboraron un arsenal de consideraciones racistas para estigmatizar a los indios. En algunas de sus obras se los describe como híbridos de humano y animal, «caníbales» con «cabeza de perro», culpables de desviaciones sexuales y otros pecados mortales. Resumiendo, seres inferiores que debían ser reducidos a la esclavitud o, pura y simplemente, aniquilados. Pese a unas cuantas voces disidentes, entre las que se cuenta la de Bartolomé de las Casas, tales fábulas estaban muy extendidas en Europa, y en especial en Inglaterra, cuyos representantes en América del Norte se sirvieron de la retórica racista de los conquistadores ya en los primeros tiempos de la colonización inglesa, a comienzos del siglo XVII. Además, los colonos ingleses nunca trataron en serio de convertir a los indios al cristianismo. Pese a algunas veleidades misioneras, su primer objetivo era controlar territorios (las alianzas firmadas con algunos jefes indios eran sólo provisionales, lo que respondía a una relación de fuerzas momentáneamente desfavorable), y poco importaba si para ello hacía falta aniquilar a las poblaciones locales.

A comienzos del siglo XIX Thomas Jefferson, segundo presidente de Estados Unidos y propietario de esclavos atormentado por la mala conciencia, recomendaba exterminar a los indios o deportarlos lo más lejos posible. Un siglo más

---

[8] O. Handlin, *Race and Nationality in American Life*, Little, Brown & Co., Boston, 1957; y K. Stampp, *The Peculiar Institution: Slavery in Ante-bellum South*, Knopf, Nueva York, 1956; C. N. Degler, «Slavery and the genesis of American Race Prejudice», *Comparative Studies in Society and History*, II, octubre de 1959, pp. 49-66; W. D. Jordan, *White over Black: American Attitudes toward the Negro, 1550-1812*, Johns Hopkins University Press, Baltimore, 1968; y Alden T. Vaughan, «The Origins Debate: Slavery and Racism in Seventeenth-Century Virginia», *Virginia Magazine of History and Biography*, XCVII, julio de 1989, pp. 311-354.

[9] Véase Neal Salisbury, *Manitou and Providence: Indians, Europeans and the Making of New England, 1500-1643*, Oxford University Press, Nueva York, 1982; y A. T. Vaughan, «From Whitman to Redskin: Changing Anglo-American Perceptions of the American Indians», *American Historical Review*, 87, 1982, pp. 917-953.

tarde, Theodore Roosevelt se hacía eco de sus palabras declarando: «No voy a decir que un buen indio es un indio muerto, pero en fin, esto es lo que ha sucedido con nueve de cada diez de ellos, y no voy a perder mi tiempo con el décimo.»[10]

¿Podemos hablar, entonces, de genocidio, o bien de «holocausto americano», en lo referente a las matanzas de indios, por hacer nuestra la expresión de varios autores contemporáneos, en particular Russell Thornton y David Stannard?[11] Está claro que la colonización de América del Norte no se hizo con el objetivo primordial de exterminar a seres humanos: respondía más bien a un conjunto de motivaciones económicas y políticas ajenas a la población india propiamente dicha. Sin embargo, está claro también que una vez establecidos en América los europeos endurecieron progresivamente su actitud respecto de los indios, hasta llegar a considerarlos frecuentemente como una variedad inferior y dañina de seres humanos, cuya eliminación era legítima e incluso deseable. Así pues, el término genocidio, que hace referencia a la destrucción sistemática de un grupo humano, es apropiado. Sin duda se produjo un genocidio en América del Norte que, con la esclavitud, constituyó la faceta más trágica del proceso de colonización.

Las enfermedades

Las enfermedades infecciosas, en particular la tuberculosis, no eran desconocidas para los indios antes de 1492, pero nunca habían estado expuestos a la mayoría de las que conocían los europeos, los africanos y los asiáticos. Los colonizadores llevaron consigo la viruela, el sarampión, la peste, el cólera, la fiebre tifoidea, la difteria, la malaria, la escarlatina, la fiebre amarilla y ciertas enfermedades venéreas que causaron aproximadamente un centenar de epidemias graves en cinco siglos. Las enfermedades también afectaron a los europeos y a los esclavos africanos, lo que sin duda ralentizó la colonización, pero fueron los indios los que, por razones genéticas e históricas, sufrieron más, sin comparación, las diferentes patologías llegadas de ultramar.

---

[10] David Stannard, *American Holocaust: Columbus and the Conquest of the New World*, Oxford University Press, Nueva York, 1992, p. 245.

[11] Thornton, *American Indian Holocaust and Survival*, *op. cit.*; y Stannard, *American Holocaust*, *op. cit.*

La enfermedad que causó los mayores daños fue la viruela, que penetró en América del Norte ya en 1520 y barrió a grupos enteros de población, desprovistos de defensas inmunitarias. Por ejemplo, la nación[b] de los hurones perdió, a causa de la viruela, entre la mitad y dos tercios de sus efectivos entre 1634 y 1640, tras el establecimiento de los franceses en las proximidades del lago Erie. Más tarde, los supervivientes fueron atacados y derrotados por los iroqueses (antes de que estos últimos se viesen afectados por la misma enfermedad, sobre todo en el siglo XVIII). A partir de ese momento la nación hurón desapareció, quedando sólo dos pequeños grupos de supervivientes, uno de los cuales se estableció cerca de Quebec (Canadá); el otro, tras una larga peregrinación, en Oklahoma (Estados Unidos). Son innumerables los testimonios sobre naciones destruidas por la viruela, sobre supervivientes desesperados y a veces desfigurados que ponían fin a su vida. En especial en 1836, una epidemia de viruela arrasó las Grandes Llanuras y mató al menos a 10.000 indios en unos meses. Entre los mandan, que habitaban en la cuenca del río Missouri, el primer caso de viruela se registró el 14 de julio de 1837. La mayor parte de los indios estaban muertos para el 30 de julio, como cuenta George Catlin, que describe así la muerte de su jefe, Four Bears, pese a que se había salvado de la enfermedad:

> Este hombre de calidad estaba sentado en su *wigwam*, y veía a todos los miembros de su familia, a sus mujeres y a sus hijos pequeños, muertos a su alrededor... Cubrió los cadáveres con telas, luego salió y fue a sentarse en una colina [...] decidido a dejarse morir. Al sexto día tuvo todavía suficientes fuerzas para volver a su tienda, echarse junto a los cadáveres, cubrirse con la manta y esperar la muerte, que le llegó al noveno día de su ayuno.[12]

Las epidemias no se produjeron como consecuencia desafortunada de la colonización, tal como se las presenta con frecuencia. Primero, porque los europeos solían alegrarse del debilitamiento de las sociedades indias y consideraban la viruela y las demás enfermedades como enviadas por Dios. En segundo lugar, porque a veces estas enfermedades se propagaban deliberadamente: así,

---

[b] El autor dice «nación» por mantener el término usado en los ss. XVII y XVIII para indicar una comunidad humana diferenciada; hoy se utilizaría el término «etnia». [N. del T.]

[12] G. Catlin, *Letters and Notes on the Manners, Customs and Conditions of the North American Indians*, Dover Publications, Nueva York, 1973 [1844], vol. 2, p. 258, citado por Thornton, *American Indian Holocaust*, *op.cit.*, p. 99.

algunos historiadores han podido hablar de la «guerra biológica» que, en el siglo XVIII, habría eliminado a las fuerzas vivas de varias naciones indias. El caso mejor documentado es el de Fort Pitt (Pennsylvania) en 1763, cuando el general británico Amherst ordenó «propagar la viruela entre esa chusma [los indios]», a lo que su subordinado, el coronel Henry Bouquet, contestó que ya lo había hecho por medio de mantas contaminadas.[13] Hay que añadir que, de manera general, las campañas de vacunación de los indios (en particular contra la viruela) fueron modestas hasta finales del siglo XIX.

No obstante, las epidemias no pueden considerarse *aisladamente*. Después de todo, en otros tiempos y en otros lugares ha habido poblaciones que se han visto afectadas por terribles epidemias, pero sin consecuencias demográficas irreversibles, incluido lo que se refiere a la famosa Peste Negra que arrasó Europa en el siglo XIV. Si las enfermedades infecciosas tuvieron estas consecuencias en América del Norte se debe a que la explosión de las tasas de mortalidad fue acompañada por el hundimiento de la natalidad, en el contexto de la destrucción general de las sociedades indias. Así pues no se trata de considerar las epidemias como fenómenos biológicos independientes de la voluntad de los hombres, sino, por el contrario, una de las facetas de la colonización.

A las enfermedades hay que añadir el alcohol. El alcoholismo se convirtió en un problema importante desde finales del siglo XVII. Los tramperos y los comerciantes de pieles podían ofrecer un vaso de ron a los indios cuando estaban en tratos con ellos. Una vez ebrios, se les despojaba de las pieles. En otras ocasiones el alcohol servía para arrancarles tratados inicuos, cuando no se utilizaba sin más para dormirlos y matarlos. La distribución liberal de alcohol a las poblaciones indias fue un medio, entre otros, para debilitar a las sociedades locales.[14]

Las guerras

Los indios hubieron de sufrir también las guerras. Ciertamente, había habido conflictos violentos entre naciones indias de forma regular antes de la llegada de los europeos, y a veces los prisioneros hechos durante los combates eran trata-

---

[13] Un buen análisis de la noción de guerra biológica se encuentra en Elizabeth A. Fenn, «Biological Warfare in Eighteenth-Century North America: Beyond Jeffery Amherst», *Journal of American History*, 86, 4, marzo de 2000, pp. 1.552-1.580.

[14] James Axtell, *The European and the Indian: Essays in Ethnohistory of Colonial North America*, Oxford University Press, Nueva York, 1981.

dos con crueldad. Sin embargo, los europeos hicieron de la guerra un método de aniquilamiento generalizado de las tribus, de devastación de sus medios de subsistencia, de destrucción de sus culturas. De un extremo al otro, de Florida a Oregón, los conflictos causaron estragos ya desde los primeros años del siglo XVI, hasta el sometimiento de los sioux en 1890.[15]

Hay que tener en cuenta también la guerra de Secesión, que destruyó a numerosas naciones como los cherokees. En todos los casos los indios solían ser considerados obstáculos para la realización del «destino manifiesto», y los colonos, la punta de lanza de la civilización. De todos modos no se trata de presentar a los indios, indistintamente, como héroes: si algunos recurrieron a la violencia sólo en último extremo, otros eran guerreros implacables.

También los colonos europeos se dividían entre unos cuantos que defendían los derechos de los indios y otros que los explotaban sin vergüenza ninguna, y otros más que se aprovechaban de las persecuciones, e incluso algunos criminales que empalmaban una muerte con otra. Todo ello no quita que las relaciones entre colonos e indios se caracterizaran generalmente por la violencia, y que si los indios perdieron la «guerra de los cuatrocientos años», no se debió a falta de valor o de capacidad, sino a que fueron aplastados demográficamente por los europeos. En vez de tratar en detalle los numerosos conflictos que se sucedieron hasta finales del siglo XIX, destacaremos los principales momentos de la penetración colonial en América del Norte.

Hacia 1570 españoles, ingleses y franceses frecuentan ya la costa este del continente, desde el río San Lorenzo a Florida. En un primer momento, la población autóctona acogió de buena gana a los europeos, ya fuesen tramperos, comerciantes, granjeros o misioneros. Las primeras escaramuzas se debieron al auge del comercio de pieles y, en segundo lugar, a la pesca del bacalao en la costa atlántica. A medida que los terrenos de caza se agotaban, los tramperos se desplazaban hacia el oeste. No obstante, las tensiones más agudas surgían cuando los colonos se apropiaban de la tierra con fines agrícolas. Luego los conflictos se multiplicaron, como en las décadas de 1620 y 1640 entre los colonos ingleses y los indios de la Confederación Powhatan (Virginia) o en la colonia de Plymouth (Nueva Inglaterra), cuando los indios pequots fueron masacrados por los puritanos.

---

[15] Una descripción útil de las guerras indias se encuentra en Carl Waldman, *Atlas of the North American Indian*, Checkmark Books, Nueva York, 2000.

CÓMO LOS SALVAJES DEL CANADÁ TRATAN A SUS PRISIONEROS[16]

La historia de las guerras es corta entre los salvajes: se dan prisa en escribirla. Su gloria es caminar con precipitación, sin jamás detenerse por el camino hasta llegar a su territorio y a su pueblo. Allí es donde lo reciben con manifestaciones de la más viva alegría, con elogios que son su recompensa. Luego se ocupan de la suerte de los prisioneros, único fruto de la victoria.

Los felices son aquellos que son elegidos para sustituir a los guerreros que la nación ha perdido en la acción que acaba de producirse o en ocasiones más lejanas. Esta adopción ha sido imaginada sabiamente para perpetuar a pueblos que habrían quedado agotados por un estado de guerra continuo. Los prisioneros, incorporados a una familia, se convierten en primos, tíos, padres, hermanos, esposos; resumiendo, asumen todos los títulos del muerto, a quien sustituyen, y estos tiernos nombres les confieren todos sus derechos, y al mismo tiempo les imponen todos sus compromisos. Lejos de negarse a los sentimientos que deben a la familia de la que ya son miembros, ni siquiera se muestran reacios a tomar las armas contra sus compatriotas. Es, pese a todo, un extraño trastocamiento de los lazos de la naturaleza. Deben de ser muy débiles para cambiar de esta manera de objeto según las vicisitudes de la fortuna. Parece ser que la guerra, en efecto, rompe todos los lazos de sangre y sólo vincula al hombre consigo mismo...

Pero, a veces, un cautivo rechaza esta adopción y a veces es excluido. Un prisionero, grande y bien formado, había perdido varios dedos en la guerra. Al principio no se había percatado de ello. «Amigo mío —le dijo la viuda a la que iba destinado—, te elegimos para vivir entre nosotros, pero en la situación en que te veo, incapaz de combatir, de defendernos, ¿qué podrías hacer tú en la vida? La muerte es mejor para ti.» «Eso creo», respondió el salvaje. «Pues bien —replicó la mujer—, esta noche serás atado al poste de la hoguera. Por tu propia gloria y por el honor de nuestra familia que te había adoptado, recuerda que no debes desmentir tu valentía». El prisionero lo prometió y mantuvo su palabra. A lo largo de tres días sufrió los más crueles tormentos con una constancia que los retaba, con una alegría que los desafiaba. Su nueva familia no lo aban-

[16] Abad Raynal, *L'anticolonialisme au XVIII[e] siècle. Histoire politique et philosophique des établissements et du commerce des Européens dans les deux Indes*, introd., selec. de textos y notas por Gabriel Esquer, PUF, París, 1951; L. XV, cap. 4, t. IV, p. 33.

donó; e incluso lo animaba con elogios, dándole de beber y de fumar en medio de los suplicios. ¡Qué mezcla de virtud y de ferocidad! Todo es grande en estos pueblos que no están sojuzgados. Es lo sublime de la naturaleza con sus horrores y bellezas.

Los cautivos que nadie adopta, pronto son condenados a muerte. Se prepara a las víctimas para todo lo que, parece ser, pueda hacerles echar de menos la vida. La mejor comida, los tratamientos y los nombres más dulces, nada les es escatimado. A veces se les entrega incluso a las hijas hasta el momento decisivo. ¿Es conmiseración o refinamiento bárbaro? Finalmente, un heraldo llega para decirle al desafortunado que le espera la hoguera. «Hermano, ten paciencia, vas a ser quemado.» «Hermano —responde el prisionero—, está muy bien; te doy las gracias.»

Estas palabras se reciben con un asentimiento universal, pero destacan las mujeres en la alegría común. Aquella a quien se entrega el prisionero invoca inmediatamente la sombra de un padre, de un esposo, de un hijo, del ser más querido que le queda por vengar. «Acércate —le grita ella a la sombra—, estoy preparándote un festín. Ven a beber largos sorbos del caldo que destino para ti. Este guerrero va a ser metido en la caldera. Le aplicaremos antorchas ardientes por todo el cuerpo. Le quitaremos la cabellera. Beberemos en su cráneo. Tú serás vengada y quedarás satisfecha».

Esta furia cae entonces sobre el paciente, que está atado a un poste cerca de un brasero encendido y, golpeando o mutilando a la víctima, la mujer da la señal para comenzar todas las crueldades. No hay mujer, no hay niño entre la población que el espectáculo reúne que no quiera tener su papel en la muerte, en los tormentos del desgraciado prisionero. Unos le marcan su carne con tizones encendidos; otros le cortan tiras; otros le arrancan las uñas; otros le cortan los dedos, los asan y los devoran ante sus ojos. No hay nada que detenga a los verdugos salvo el temor a acelerar su muerte; estudian cómo prolongar su suplicio durante días enteros y a veces una semana.

En medio de estos tormentos, el héroe canta de manera bárbara, pero heroica, la gloria de sus antiguas victorias, canta el placer que probó en otras ocasiones cuando inmolaba a sus enemigos.

Después de algunos éxitos iniciales, los indios, por lo general, terminaban siendo derrotados y masacrados, los supervivientes eran dispersados o reducidos a la esclavitud. Cuando se firmaba un tratado de cesión de tierras, los indios no comprendían siempre las argucias, y menos aún el concepto de propiedad individual de la tierra que, en todo caso, no tenía por qué comprometer, desde su punto de vista, los derechos de caza.

Las rivalidades imperiales entre británicos, franceses y españoles en el subcontinente norteamericano afectaron también a los indios, que sirvieron con frecuencia como fuerzas auxiliares locales, negociando su disponibilidad en función de sus propios intereses. Los episodios americanos de las guerras de la Liga de Augsburgo (1689-1697), de Sucesión de España (1702-1713), de Sucesión de Austria (1744-1748) y, sobre todo, la guerra de los Siete Años presenciaron la contribución de las milicias indias —especialmente los abnaki y mohawks del lado francés, y los chickasaws y cherokees del lado inglés—. Tras la derrota francesa, sancionada por el primer Tratado de París (1763), Francia dejó de ser una potencia colonial de importancia en América del Norte. Sin embargo, los verdaderos perdedores fueron en realidad los indios: en primer lugar, los aliados de Francia, pero también los aliados de los ingleses, al no necesitar ya éstos negociar alianzas con los jefes indios.

Hay que añadir que en la misma época, paralelamente a las guerras imperiales, otros conflictos enfrentaron a los colonos europeos y a los indios: estos últimos se enfrentaron a los ingleses en Virginia, en ambas Carolinas y sobre todo en el lago Erie, donde el jefe óttawa Pontiac obtuvo varias victorias hasta 1763, mientras que los natchez guerreaban contra los franceses en el valle del Mississippi. Para los indios, los colonos que se establecían en sus territorios, ignorando la frontera definida por la proclamación real de 1763, representaban una amenaza mayor incluso que la del gobierno británico. Por ello los indios, en conjunto, se pusieron del lado de la Corona durante la guerra de Independencia estadounidense. Sin embargo, los británicos no supieron sacar partido de estos numerosos y poderosos aliados. Después del segundo Tratado de París (1783), que ponía fin a la revolución estadounidense, los británicos abandonaron a los indios a su suerte, en un país en el que la mayoría de los ciudadanos los consideraban enemigos. Así pues, la independencia de Estados Unidos aumentó la marginación de los indios al este del Mississippi y acabó favoreciendo la colonización europea y la destrucción de las naciones indias. La guerra de 1812, que vio durante un tiempo cómo el gran jefe shawnee Tecumseh y sus aliados británicos amenazaban a la joven república norteamericana, fue, sin duda, la última ocasión para los indios de crear una gran confederación y, por qué no, un Estado independiente.

A partir de ese momento, ante los colonos cada vez más numerosos, apoyados por un poder político decidido a deportar a los autóctonos cada vez más lejos hacia el oeste, o a matarlos, la relación de fuerzas fue derivando en gran medida a favor de los invasores. Éste fue el caso de Florida, donde, aun así, los semínolas opusieron una obstinada resistencia en tres conflictos entre 1818 y 1858, hasta ser deportados parcialmente hacia el llamado Territorio Indio (que corresponde al Oklahoma actual). Algo parecido sucedió también con las naciones indias que trataron de resistir por medios legales. Así pues, los cherokees, una de las naciones llamadas «civilizadas» del sudeste, que había sido capaz de adaptarse a la presencia colonial, luchó jurídicamente contra la decisión del presidente Jackson de deportarles hacia el oeste. Aunque el Tribunal Supremo les dio la razón, los cherokees y las demás Naciones Civilizadas[c], entre 1831 y 1834, hubieron de tomar la trágica «Pista de las Lágrimas» que llevó a los supervivientes hasta Oklahoma (la mitad de los cherokees perecieron por el camino)[17]. En Alaska y en las Islas Aleutianas los cazadores y pescadores rusos instalados desde mediados del siglo XVIII combatieron a los aleutas y a los tlingit hasta la venta del territorio por el gobierno ruso a los estadounidenses en 1867. Las grandes llanuras que se extienden entre el Mississippi y la costa del Pacífico fueron el escenario, entre los años 1820 y 1890, de una multitud de conflictos entremezclados que, unidos al desarrollo del ferrocarril, a las matanzas de bisontes y al establecimiento de los colonos, llevaron al fin de la resistencia india contra la colonización blanca.

Sobre todo a partir de la década de 1850 la guerra se generaliza en todo el oeste, tras la anexión del sudoeste y la avalancha en busca del oro californiano en 1849. El ejército estadounidense se dotó de armas que eran el último grito y aumentó sus efectivos, en particular las unidades de caballería —mandadas, después de 1865, por veteranos de la guerra de Secesión—, adecuadas para combatir a esos jinetes sin igual que eran los sioux, los arápaho, los cheyennes, los comanches y los apaches. Sin embargo, las grandes batallas formales eran poco frecuentes. Lo más normal era que los militares aplicasen una estrategia de destrucción sistemática de los caballos, de las viviendas y de las reservas de ali-

---

[c] Las *Five Civilized Tribes* (Cinco Naciones [o etnias] Civilizadas) eran: cherokee, chickasaw, choctaw, creek y semínola. [N. del T.]

[17] Michael Paul Rogin, *Fathers and Children: Andrew Jackson and the Subjugation of the American Indian*, Knopf, Nueva York, 1975; y R. Thornton, «Cherokee Population Losses during the "Trail of Tears": A New Perspective and a New Estimate», *Etnohistory*, 31, 1984, pp. 289-300; Bernard Vincent, *Le Sentier des Larmes. Le grand exil des Indiens Cherokees*, Flammarion, París, 2002.

mentos, a lo que añadían, con frecuencia, las matanzas de civiles, como en Sand Creek en 1864 o en Wounded Knee en 1890.

Por todas partes se repetía la misma lamentable historia. En el norte, pese a la destrucción de la caballería del general Custer en Little Big Horn en 1876, por parte de una coalición dirigida por Crazy Horse y Sitting Bull, los sioux, una parte de los cheyennes y los arápaho fueron derrotados y encerrados en reservas miserables. En el sur, junto a la frontera mexicana, los apaches fueron vencidos también, pese a la bravura de Gerónimo, que se rindió en 1886 y murió en cautividad en 1909. En la costa oeste, a pesar de la resistencia del jefe Joseph, de los nez-percé, el ejército reunió a las naciones indias en reservas situadas en tierras inhóspitas. Y en todas partes la guerra no consistía sólo en combatir contra el enemigo blanco: se trataba también de una guerra contra las enfermedades y contra el hambre, pues los bisontes habían desaparecido prácticamente y los colonos ocupaban las mejores tierras.

Cuando en 1890 la Oficina del Censo anunció que la frontera había desaparecido, el proceso de colonización había terminado: los estadounidenses controlaban de forma efectiva el conjunto del territorio, y los indios no representaban ya, en ninguna parte, una amenaza militar seria.[18]

Del colonialismo al poscolonialismo

El fin de la conquista abrió un período marcado por la tutela de la Oficina de Asuntos Indios, creada en 1824, sobre las naciones indias reconocidas oficialmente. En este marco, la Ley Dawes de 1887, que preveía una parcelación de tierras (64 hectáreas por familia), significó una disminución en dos tercios de las tierras indias a lo largo del siguiente medio siglo, a la vez que los colonizadores acaparaban las mejores de esas tierras y los recursos. Aun así, habían sido creados varios centenares de reservas, sobre todo entre 1867 y 1887, con el fin de controlar y aislar a la población local, garantizándole la propiedad colectiva de la tie-

[18] Respecto a esto, la noción de «frontera» ha sido revisada profundamente por los historiadores: hoy se está de acuerdo en que hay que definir la frontera no como un «frente» que se va desplazando hacia el oeste y que separaba a los colonos de los indios, sino como un espacio móvil, una zona intermedia de contactos sin delimitaciones netas. Así, la declaración de 1890 no es más que una declaración política performativa, más que una constatación de hecho. Véase Patricia Limerick, *The Legacy of Conquest. The Unbroken Past of the American West*, Norton, Nueva York, 1987; y Richard White, *The Middle Ground: Indians, Empires and Republics in the Great Lakes Region, 1650-1815*, Cambridge University Press, Nueva York, 1991.

rra. No obstante, las reservas, al igual que los tratados sobre las que se basaban, tenían poco peso ante los intereses económicos y el racismo de los colonizadores.

Se puso en práctica una política de destrucción de las culturas indias: en las reservas, a los indios se les consideraba prácticamente prisioneros de guerra, vivían en condiciones de gran pobreza, mientras que sus hijos eran enviados a pensionados lejanos con el fin de llevar a cabo la asimilación necesaria a la sociedad blanca. Los consejos de tribu fueron sustituidos por una administración indiferenciada u hostil, a veces cómplice de los especuladores de terrenos. En este contexto, la ley de 1924, que otorgaba la ciudadanía estadounidense a los indios, no tenía más que un valor formal.

La Indian Reorganization Act de 1934 (Ley de Reorganización India) fue un giro neto, ya que expresaba la voluntad de la administración Roosevelt —representada por John Collier, el primer jefe de la Oficina de Asuntos Indios deseoso de ayudar a los indios en vez de someterlos— de poner fin a algunas de las injusticias más llamativas. Se confirmaron la posesión colectiva de la tierra, a través de las naciones, y diferentes derechos (libertad religiosa, educación en las reservas). Sin embargo, durante los años cincuenta del siglo XX se dio un nuevo giro, en tiempos de la guerra fría y de un anticomunismo virulento, pues las naciones indias eran sospechosas de socialismo, y el gobierno, rompiendo con la política de Collier, trató de poner fin a la organización tribal en 1953. Paralelamente, la Indian Claims Commission (Comisión de Quejas Indias), formada en 1946 para permitir que ciertas naciones reclamasen las tierras robadas, que denunciasen los tratados inicuos o no respetados, concedió compensaciones financieras a cambio de renunciar definitivamente a las tierras.

Como en el caso de otras minorías, la década de 1960 constituyó un giro importante. Así, la cuestión india en Estados Unidos pasó de la era colonial, marcada por una relación de poder brutal y globalmente despectiva respecto de las culturas indias, a una etapa nueva, que podemos calificar de poscolonial. Ésta se caracteriza por factores de opresión de menor entidad, por mayores márgenes de autonomía —aun cuando la discriminación continuaba, apenas corregida por la política de *affirmative action* (acción afirmativa)— y por una revalorización positiva, aunque no sin ambigüedades, de las culturas indias.

Para explicar este cambio podemos mencionar dos grandes series de razones. En primer lugar, la política del gobierno estadounidense cambió de manera significativa en la década de 1960, pues las administraciones Kennedy y Johnson impulsaban la autonomía política, económica y cultural de las naciones indias, basándose sobre todo en informes oficiales que denunciaban las condiciones de vida de las reservas y que recomendaban el abandono de la política de

asimilación en beneficio de la autodeterminación de los indios. En segundo lugar, en el contexto general del militantismo de los grupos minoritarios (sobre todo afroamericanos), la resistencia india a los factores de opresión se hizo muy fuerte. En realidad, desde fines del siglo XIX la resistencia no había desaparecido del todo: la Society of American Indians (Sociedad de los Indios Estadounidenses), fundada en 1911, había militado por la ciudadanía, obtenida trece años más tarde, y del mismo modo el National Congress of American Indians (Congreso Nacional de los Indios Estadounidenses), a partir de 1944, había tratado de federar a las organizaciones indias tribales. Sin embargo, la militancia india adquirió otra dimensión muy diferente en las décadas de 1960 y 1970. Algunos militantes habían frecuentado las universidades y habían tenido influencias de la Nueva Izquierda y de los movimientos radicales de contestación política. No les bastaban los jefes de tribu moderados y a veces corruptos: deseaban pasar a la acción, crear un «Red Power» (Poder Rojo) a imitación del Black Power (Poder Negro) de sus hermanos negros. Una de las acciones más espectaculares se produjo en 1969, con la toma de la prisión de Alcatraz, cerca de San Francisco, que atrajo la atención del mundo entero sobre la organización radical del American Indian Movement (Movimiento Indio Estadounidense) y, más en general, sobre sus reivindicaciones y la suerte de los indios de América.

Hubo otras acciones en Estados Unidos y en Canadá que demostraban que los indios no formaban un pueblo pasivo zarandeado por la Historia. Estaba claro que éstos deseaban preservar y desarrollar, quizá más que todos los demás estadounidenses, sus propias culturas, y que el gobierno reconociese no sólo las injusticias históricas, sino también las discriminaciones varias (sociales, médicas, escolares) que padecían.[19] Hoy, la tasa de pobreza en las reservas indias es cuatro veces superior a la media nacional. Los indicadores sociales proporcionados por el censo estadounidense demuestran que los indios constituyen el grupo más pobre, más discriminado y más marginal de la sociedad estadounidense, a lo que hay que añadir que su número (unos 2.000.000 de personas) no les permite tener peso en las instancias políticas.

Más de un siglo después de la colonización de América del Norte los indios siguen padeciendo todavía sus consecuencias. Con los negros, sus compañeros de infortunio, han sido los grandes perdedores de la historia estadounidense. Sin embargo, al contrario que los negros, que fueron deportados de África para

[19] Joëlle Rostkowski, *Le renouveau indien aux États-Unis*, Albin Michel, París, 2001.

PROCLAMA LLAMADA DE ALCATRAZ[20]

Al Gran Jefe, padre de los blancos, y a todo su pueblo:

Nosotros, estadounidenses indígenas, reclamamos la tierra llamada isla de Alcatraz, en nombre de todos los indios estadounidenses, por derecho de descubrimiento.

Deseamos ser leales y justos para con los blancos que habitan esta tierra, por lo que proponemos el siguiente tratado:

Compraremos la isla de Alcatraz por la suma de veinticuatro (24) dólares, pagaderos en abalorios y tela roja de algodón, conforme a los términos del mercado empleado por los hombres blancos hace alrededor de trescientos años para la compra de una isla semejante. Sabemos que veinticuatro dólares de artículos de comercio por esos dieciséis acres de tierras representan más de lo que fue pagado en el momento de la cesión de la isla de Manhattan, pero sabemos también que el valor de la tierra se ha acrecentado con el tiempo. Nuestra oferta de un dólar veinticuatro centavos por acre es superior a los cuarenta y siete centavos por acre que los hombres blancos pagan actualmente a los indios de California por sus tierras.

Reservaremos a los habitantes de esta isla una porción de tierra para su propio uso, bajo la doble responsabilidad del Servicio Estadounidense de Asuntos Indios y de nuestra Oficina de Asuntos Blancos, a fin de que la disfruten a perpetuidad, tan largo tiempo como el sol brille y los ríos vayan al mar. Posteriormente los guiaremos hacia formas de vida convenientes. Les ofreceremos nuestra religión, nuestra educación, nuestras costumbres, para ayudarlos a elevarse hasta nuestro nivel de civilización, a fin de que ellos, y todos sus hermanos blancos, puedan escapar al estado de salvajismo y de desgracia en que se encuentran. Ofreceremos este tratado de toda buena fe y deseamos ser justos y leales en todas nuestras negociaciones con los hombres blancos.

Pensamos que esta isla llamada de Alcatraz no podría convenir mejor al establecimiento de una reservación india, según los propios criterios del hombre blanco.

→

[20] Citada por Robert Jaulin, *L'ethnocide à travers les Amériques*, Arthème Fayard, París, 1972. [ed. cast.: *El etnocidio a través de las Américas*, Siglo XXI, Madrid, 1976, trad. de Mª. D. de la Peña, que copiamos aquí, pp. 15-18].

Queremos decir con eso, que este lugar presenta las siguientes semejanzas con la mayoría de las reservaciones indias:

1. Está aislado de todas las facilidades de la vida moderna y privado de medios de transporte adecuados.
2. No posee ningún río.
3. Sus instalaciones sanitarias son insuficientes.
4. No esconde minerales ni petróleo.
5. No hay ninguna industria instalada, lo que hace que el desempleo sea grande.
6. No incluye ninguna instalación o servicio de sanidad.
7. El suelo es rocoso e improductivo; tampoco hay caza.
8. No posee ninguna escuela o servicio de enseñanza.
9. Su población ha sido siempre excesiva.
10. Sus habitantes han sido considerados siempre como prisioneros y puestos bajo la dependencia de otro.

Es por eso que sería, pues, justo y simbólico, que navíos venidos del mundo entero, cuando pasen la Puerta de Oro [*Golden Gate*, en la bahía de San Francisco, N. del T.], descubran en primer lugar una tierra india, y puedan así recordar la verdadera historia de esta nación. Este modesto islote sería el símbolo de vastos territorios antiguamente gobernados por nobles y libres indios.

Lo que se hará de Alcatraz.

¿Qué uso queremos hacer de esta isla?

1. *Un centro cultural indoamericano* adonde nuestros jóvenes vendrán a aprender lo que tienen de mejor nuestras artes y técnicas específicas, al mismo tiempo que adquirirán la teoría y la práctica necesarias para desarrollar la vida y el espíritu de todos los pueblos indios. Dependerán de este centro universidades móviles dirigidas por indios, que recorrerán las reservaciones, para estudiar los elementos característicos de las culturas indias.

2. *Un centro espiritual indoamericano* donde se celebrarán nuestras antiguas ceremonias religiosas y sagradas de purificación colectiva. Serán ejercidas ahí nuestras artes y nuestros jóvenes entrenados en la práctica de la música, de la danza y de la medicina rituales.

3. *Un centro de ecología india* que proporcionará a nuestros jóvenes los conocimientos y los medios materiales necesarios para restablecer a nuestras tierras y nuestras aguas su estado de pureza original. Combatiremos la contaminación del aire y del agua de la bahía de Alcatraz. Buscaremos cómo restaurar la vida animal y revivir las especies marinas amenazadas por las costumbres de los hombres blancos. Investigaremos el medio de desalar el agua de mar para beneficio de los humanos.

4. *Una gran escuela india* donde nuestros pueblos aprenderán cómo vivir en este mundo, elevar su nivel de vida y suprimir definitivamente el hambre y el desempleo para todos. Esta escuela de formación comprenderá un centro de artes y técnicas indias, y un restaurante que sirva comida indígena, para restaurar las artes culinarias indias. Este centro hará conocer las artes indias y ofrecerá al público manjares indios a fin de que todo el mundo sepa de la belleza y el valor espiritual de las tradiciones indias.

5. Algunos de los edificios existentes serán transformados para instalar un *MUSEO INDOAMERICANO* que expondrá nuestras comidas indígenas y otras contribuciones de orden cultural que hemos aportado al mundo. Otra sección del museo mostrará algunas de las cosas que el hombre blanco ha dado a los indios a cambio de la tierra y de la vida que le tomó: enfermedades, alcohol, pobreza y decadencia cultural (que simbolizan viejas latas de conservas, alambres de púas, cámaras, cajas de plástico, etc.). Serán conservados algunos calabozos como parte del museo, para recordar a la vez a los indios quiénes han sido encarcelados ahí por haber desafiado la autoridad de los blancos, y los que han sido encarcelados en las reservaciones. El museo mostrará algunos acontecimientos nobles y trágicos de la historia india, incluyendo los tratados rotos, los documentos relativos a la Pista de las Lágrimas, al asesinato de Wounded Knee y a la derrota de Yellow Hair Custer (Custer Cabello Rubio) y de su ejército.

Por eso, en nombre de todos los indios, reclamamos esta isla para nuestras naciones indias y, por todas esas razones, pensamos que esta reclamación está fundada en justicia, y que esta tierra debe, de pleno derecho, sernos consentida por tan largo tiempo como correrán los ríos y el sol brillará.

Firmado:

INDIOS DE TODAS LAS TRIBUS
Noviembre de 1969, Territorio Indio, Isla de Alcatraz.
CENTRO INDOAMERICANO 3189, 16th Street, San Francisco 94103.

servir a la colonización y fueron esclavizados por motivos económicos, los indios fueron considerados obstáculos para la colonización, parásitos a eliminar. Hasta fechas próximas a 1890 fueron masacrados en proporciones genocidas. Luego, en la primera mitad del siglo XX, se les aplicó una política de tipo colonial que tenía por objetivo vigilarlos y asimilarlos, para hacer desaparecer las culturas indias, consideradas con desprecio o a veces con mala conciencia. Si hoy el reconocimiento de la pluriculturalidad de Estados Unidos, unido a la militancia política y cultural de los indios, han permitido cambios significativos, éstos, con todo, no borran la suma inaudita de desgracias que ha sido la historia de la colonización estadounidense.

Una raza condenada: la colonización y los aborígenes de Australia*

Alastair Davidson

«Colonizar: v. trans. e intrans. [...] A. trans. 1) Establecerse en un país, por lo general en un país subdesarrollado, lejos del propio, y desarrollar sus recursos agrícolas y otros: Los ingleses y los holandeses colonizaron África del Sur. 2) Establecer personas en una colonia con vistas a deshacerse de ellas en la madre patria, con la esperanza de que serán más útiles en el nuevo país: Se nos ordena enviar a nuestros criminales y a nuestros indeseables a colonizar tierras extranjeras» (Wyld[1], *The Universal Dictionary of the English Language* [Diccionario universal de la lengua inglesa]).

El diccionario prosigue: «Del latín *colonia*, finca, granja, colonia; de *colonus*, cultivador de la tierra, campesino, granjero; de *colere*, trabajar, ocuparse, cuidar la tierra; permanecer, habitar. Subyace a esta noción *kwel*, vuelta, rotación, y el sentido de *colere* deriva al parecer de la idea de "dar vueltas a la mano al trabajar" o, eventualmente, de la idea de "revolver" la tierra con un arado. La fertilidad se halla en la base de estos conceptos, y de la idea de cultivar la tierra deriva la de establecerse y la de habitar, como en latín *incola*, "habitante" [...]. 1. Espacio geográfico, generalmente cultivado de forma primitiva, y poco poblado, colonizado por personas provenientes de un lugar lejano, que cultivan la tierra del país, desarrollando todos sus recursos y, finalmente, construyen ciudades, crean las condiciones de civilización, la hacen progresar y, a veces, constituyen un estado independiente o que se gobierna de manera autónoma.»

Esta clasificación «objetiva» oculta involuntariamente la ideología de los blancos.[2] Establece la idea que éstos se hacen de la colonización de Australia.

---

* Traducido del inglés australiano por Andrée May.

[1] Henry C. K. Wyld (1870-1945), lexicógrafo y lingüista inglés.

[2] Henry Reynolds, *The Other Side of the Frontier, Aboriginal Resistance to the European Invasion of Australia*, Penguin Books (Pelican Books), Harmondsworth, 1982.

Hasta estos últimos diez o doce años los grandes textos históricos de los australianos contaban en términos épicos cómo se había creado su identidad nacional gracias a exploradores y a colonos heroicos que, con sus valerosas esposas, habían construido la civilización desbrozando el *bush*[a], creando así una de las sociedades más ricas, más urbanizadas y más modernas del mundo, conservando al mismo tiempo una socialdemocracia generosa basada en la «camaradería».

Vista por los aborígenes de Australia, del otro lado de la «frontera»[3], esta colonización significaba lo siguiente: «Nosotros somos, sin lugar a dudas, un pueblo al que ellos [los colonos] combatieron y conquistaron, pero que nunca acabaron aceptando lo que esta guerra implicaba. Rechazaron, rechazan reconocernos como grupo de personas diferenciado, como pueblo —el pueblo aborigen— nacido en esta tierra. Cuando la supervivencia de un pueblo está amenazada, éste contraataca. Este estado de guerra fue percibido claramente por las primeras autoridades coloniales, pero no interesaba al Ministerio del Interior británico reconocer a las tribus aborígenes[b] como nación, ni concederles un estatuto como tal. El pueblo aborigen fue asesinado en masa, violado, mutilado y desposeído de sus tierras tribales. Hoy constituimos la fracción más pobre del país; la más pobre en el campo de la salud, la más pobre en lo que se refiere a la educación, tenemos la tasa de desempleo más elevada y contamos proporcionalmente con el mayor número de detenidos del mundo. No hay que sorprenderse, pues, si tenemos en cuenta nuestra historia, que tengamos hoy grandes dificultades para aceptar nuestro estatuto jurídico de súbditos británicos, cuando todos los factores políticos, sociales y económicos indican que nosotros no formamos parte del conjunto de la sociedad blanca.»[4]

Estas palabras de Irene Watson nos recuerdan que la colonización, tal como la define el *Universal Dictionary*, significa que los propietarios originarios fueron expulsados de sus tierras, desposeídos de sus medios tradicionales de producción de alimentos, y que, por consiguiente, fueron forza-

---

[a] *Bush*: arbusto. En Australia significa también «monte», en el sentido de «campo», «bosque» o lugar no habitado. Como en la expresión «echarse al monte». [N. del T.]

[3] Término que designa el límite de las tierras colonizadas.

[b] El autor emplea el término inglés «tribu» para indicar una «comunidad humana diferenciada», es decir, una etnia. Dejaremos «tribu» en este capítulo cuando se trate de una cita; en caso contrario utilizaremos «etnia» o lo que corresponda en cada caso. [N. del T.]

[4] Irene Watson, *The White Invasion Booklet*, Volcano, Adelaida, 1982.

dos a adaptarse para sobrevivir y, por lo tanto, a renunciar a su cultura. La colonización implicó la destrucción de la sociedad aborigen. La identidad nacional de los australianos se construyó sobre esta destrucción y sobre el modo de pensarla, pero este proyecto de destrucción ha fracasado. Por ello, hoy, todos los australianos están obligados a volver a pensar su identidad nacional.

Es la privación de sus tierras lo que ha matado a la mayor parte de los aborígenes a lo largo de los dos siglos posteriores a 1788, pues aquella provocó la hambruna, a la que se añadieron las enfermedades introducidas por los blancos —la viruela y las enfermedades venéreas— y, sobre todo, el alcoholismo. Su destrucción es, pues, obra de la colonización de los blancos «ilustrados», para quienes las virtudes y los valores estaban ligados a la sedentarización, al cultivo de la tierra y al acatamiento del Estado de Derecho, basado en la propiedad de cada individuo, hombre o mujer, y los productos que ésta proporcionaba. Ninguno de estos valores tenía sentido para los aborígenes que los invasores blancos encontraron en su «frontera». La repugnancia de los aborígenes a adoptar esos valores, marcada por dos siglos de guerrilla, fue concebida por los invasores como una conducta condenable que merecía ser castigada. La política de los blancos consistió en forzar a los aborígenes a desprenderse de sus propias tradiciones y a adoptar las de los británicos.

Este intento de destrucción se efectuó en tres etapas distintas que se superpusieron en el tiempo. La primera, que se inició en 1788 con la llegada de los colonos, establecía de manera casi oficial el asesinato de los aborígenes que se resistiesen al proceso «civilizador». Los informes oficiales admiten que duró hasta por lo menos 1928, fecha en la que 32 aborígenes fueron masacrados como represalia por la agresión a un blanco que cazaba dingos en el Territorio del Norte, represalias que el tribunal consideró «justificadas». Podemos afirmar que este estado de cosas prosigue en 2000, con un número extraordinariamente elevado de «decesos de aborígenes cuando estaban siendo vigilados». Como esto sucedía por todas partes, estas carnicerías conmocionaron a la opinión progresista del siglo XIX y el Estado se vio obligado a castigarlas ya desde 1838.

A comienzos del siglo XIX una política de asimilación forzada contribuyó a destruir un poco más las comunidades indígenas. Esta política aumentó a lo largo del siglo XX, en la medida en que la mayor parte del continente ya había sido colonizado o conquistado y en que la guerra a los negros se había ido extinguiendo progresivamente a medida que los aborígenes iban siendo derrota-

dos. La primera forma de asimilación consistió en obligar a los aborígenes a sedentarizarse y a cultivar la tierra como los blancos. En todas las partes donde el procedimiento fracasó, se practicó la política de separación estableciéndoles de manera fija en puestos y reservas, dejándoles morir «sin que se viera ni se supiera». Esta política duró hasta 1970 en las regiones en las que la penetración blanca era reciente. Alcanzó su apogeo cuando se pasó a la «selección biológica» con vistas a eliminar la «sangre de color», en la década de 1920, tras el empleo forzado de todos los niños «mestizos», que fueron arrebatados a sus familias para ser criados en instituciones o en familias blancas donde se les enseñaba todo lo que fuese trabajo servil.

Con todo, la tercera fase de la destrucción de la sociedad aborigen empezó en la década de 1980, cuando la población autóctona, que se expandía de nuevo, trató de lograr que se reconociese el interminable genocidio del que habían sido víctimas sus antepasados durante dos siglos, y exigió la rehabilitación y la devolución de las tierras. Sin embargo, la mayoría de los australianos del año 2000, lo mismo que su Estado, consideran que tomar conciencia de esta historia ocultada y del genocidio en toda su verdad es una amenaza demasiado grande para su identidad. Los efectos psicológicos del colonialismo siguen viviendo en el fondo de las almas.

Las estadísticas demográficas muestran que la sociedad aborigen fue destruida en las dos primeras fases, aunque las estimaciones para 1788 varían considerablemente de un investigador a otro: la de Radcliffe-Brown, para esta fecha, cuenta 300.000 personas, y la de Butlin, 750.000. En 1901, en el momento en que las distintas colonias australianas se federan[c], la población aborigen había quedado reducida a 94.564 personas. El «éxito» de la política de asimilación se desprende claramente de las cifras referentes a los «mestizos» en 1939, como indica el cuadro siguiente.[5]

[c] Antes de federarse en 1901, las colonias que se habían ido estableciendo en Australia eran seis y semiindependientes: Nueva Gales del Sur, Victoria, Tasmania, Australia Occidental, Queensland y Australia Meridional. [N. del T.]

[5] Wray Vanplew, *Australian Historical Statistics*, Syme, Weldon, Sydney, Fairfax, 1987, pp. 3, 4 y 104; Noel Butlin, *Our Original Aggression*, Allen and Unwin, Sydney, 1983; Russell McGregor, *Imagined Destinies. Aboriginal Australians and the Doomed Race Theory, 1880-1939*, Melbourne University Press, Melbourne, 1997, p. 123.

Censo de aborígenes del 30 de junio de 1939

POBLACIÓN ABORIGEN AUSTRALIANA
Y POBLACIÓN ABORIGEN DE MESTIZOS DE 1921 A 1939[6]

Aborígenes «pura sangre»					Mestizos				
30 jun.	*Adultos*	*Niños*	*Total*	*% pobl. aborig.*	*Adultos*	*Niños*	*Total*	*% pobl. aborig.*	*Pobl. aborig. total*
1921	46.723	12.048	58.771	82,31	7.931	4.699	12.630	17,69	71.401
1928	48.044	12.619	60.663	78,29	9.763	7.055	16.818	21,71	77.481
1929	49.078	12.723	61.734	78,80	9.450	7.179	16.629	21,20	78.430
1930	49.167	12.567	61.734	77,62	10.213	7.584	17.797	22,38	79.351
1931	46.676	12.225	58.901	75,60	10.923	8.091	19.014	24,50	77.915
1932	47.345	12.374	59.719	75,68	10.891	8.305	19.196	24,32	78.915
1933	47.321	12.780	60.101	75,53	10.999	8.468	19.467	24,47	79.568
1934	42.955	11.893	54.848	71,93	12.040	9.359	21.399	28,07	76.247
1935	42.492	11.886	54.378	70,44	12.800	10.017	22.817	29,56	76.195
1936	41.950	11.748	53.698	69,59	13.137	10.324	23.461	30,41	77.159
1937	41.306	11.529	52.835	69,81	13.596	10.354	23.950	31,19	76.785
1938	40.487	10.892	51.379	67,52	13.988	10.730	24.718	32,48	76.097
1939	40.482	11.075	51.557	66,72	14.275	11.437	25.712	33,28	77.269

Por otro lado, las estadísticas muestran el fracaso de las políticas de exterminio y de asimilación, pues la población aborigen, según la definición que ésta da de sí misma —en contra de la dada por la administración oficial—, comenzó a crecer de nuevo: contaba 171.150 personas en 1981 y 386.000 en 1996, pese a la elevada tasa de mortalidad infantil y a la débil esperanza de vida (censo de 1996). Así pues, el proyecto del colonialismo de hacer desaparecer a los aborígenes y su cultura había fracasado.

[6] R. McGregor, *ibid.*

El exterminio

Cuando el capitán James Cook tomó posesión de la costa oriental del continente australiano en nombre de Su Majestad británica en 1770, hizo en su cuaderno de bitácora una observación que resultaría fatal para los aborígenes:

> El número de habitantes de este país parece ser extremadamente pequeño en relación a su extensión. No hemos visto nunca un grupo que reúna a treinta personas a la vez. [...] Cuando tomaban la decisión manifiesta de presentarnos batalla, no pudieron reunir nunca más de catorce o quince combatientes, y nunca hemos visto un conjunto de cabañas o de casas que puedan cobijar a una colectividad más numerosa. No obstante, es totalmente cierto que sólo hemos visto la parte oriental de la costa y que entre ésta y la orilla occidental se extiende una inmensa extensión de tierra completamente inexplorada, pero hay buenas razones para creer que ésta o bien está totalmente deshabitada, o bien está poblada aún más pobremente que las partes que hemos visitado. Es imposible que el país interior permita vivir a sus habitantes en todas las estaciones sin que haya cultivos; es extremadamente improbable de los habitantes de la costa ignoren completamente la existencia del arte de cultivar si se practicase en el interior de las tierras; y es improbable igualmente que, si lo conociesen, no se encontrara algún rastro entre ellos. Es cierto que no hemos visto, en todo el país, un solo pie de tierra cultivado, por lo que podemos llegar a la conclusión sin más que allí donde el mar no contribuye a la subsistencia de los habitantes, el país no está habitado.[7]

Estas palabras reflejan bien la mentalidad de los europeos de fines del siglo XVIII, y su percepción de Australia y de sus poblaciones de origen: su número era muy pequeño y no cultivaban el vasto territorio que ocupaban.

Aun cuando los primeros colonos de Nueva Gales del Sur habían reconocido enseguida, a partir de 1788, que:

> [...] la población era más densa de lo que se había creído en general en Europa en la época en que [ellos] habían desplegado velas», dedujeron un dato suplementario de importancia, sin esperar que la experiencia lo verificase, es decir, que

[7] James Cook, *Captain Cook's Voyages, 1768-1779*, Folio, Londres, 1997, introducción y selección de textos de Glynder Williams. [Hay varias traducciones españolas, entre ellas *Viajes*, El Serbal, Barcelona, 1986, y Mateu, Barcelona, 1958.]

«esta observación no debía aplicarse a las partes interiores del continente, pues existían todas las razones para afirmar que, de acuerdo con sus investigaciones y la manera de vivir de los indígenas, estaban deshabitadas»[8].

HOMBRES EXTRAÑOS: LOS «WHITEFELLAS»[9]

Un día los aborígenes habían arponeado unos peces y vieron un navío con hombres extraños. Los aborígenes se aterrorizaron y se escondieron entre los arbustos; después subieron a lo alto de la colina, y cuando los hombres extraños se aproximaron, hicieron rodar enormes rocas. Los aborígenes pensaron que habían muerto, pero no era así: dispararon con sus fusiles. Los aborígenes se ocultaron de nuevo y luego les lanzaron sus jabalinas. Los hombres extraños lograron esquivarlas, subieron a bordo de su barco y luego desaparecieron [...].

Un día, uno de ellos volvió. Se llamaba capitán C. Avanzó hacia los matorrales. Repentinamente surgió una jabalina y le erró por poco. Tuvo mucho miedo, sobre todo cuando los aborígenes negros le persiguieron con sus jabalinas muy agudas pintadas de negro. Remó hasta su navío y desapareció [...].

El ejército inglés llegó a Fort Dundas en 1824. No los matamos porque nosotros éramos amigos. Eran 50, nosotros éramos 2.000 y no les teníamos miedo a sus cañones: en la maleza éramos invencibles. Llevaban botas negras que les llegaban hasta las rodillas, pantalones blancos, chaquetas y rostros rojos. Se los llamaba *murumtawi*, que quiere decir «rostros rojos». Sabían pescar, pero eran unos cazadores completamente incapaces. Fabricaban ladrillos con la tierra y tenían fiebre durante la época húmeda. Habían dicho que se quedarían cinco años. No nos matábamos unos a otros, pero ellos atraparon a uno de los nuestros llamado Tambu, hicieron zozobrar su canoa y le destrozaron la cabeza con remos [...].

→

[8] Watkin Tench, *A Narrative of the Expedition to Botany Bay, 1789-1793*, Library of Australian History, Sydney, reed., 1979, p. 52.

[9] Traducido de *The Aboriginal Children's History of Australia*, Melbourne 1970, citado en pp. 295-296, en Marc Ferro, *Comment on raconte l'histoire aux enfants à travers le monde entier*, Payot, París, reed. 1992 (NDLR) [tomado de las pp. 459-460 de la ed. cast.: *Cómo se cuenta la historia a los niños en el mundo entero*, FCE, México DF, 1995, reimpres. trad. de S. Fernández Bravo].

Cuando los aborígenes vieron por primera vez a un hombre blanco sobre la grupa de un caballo, creyeron que formaban juntos un único ser y no descubrieron su error hasta que el hombre descendió de su caballo. Unos decían que los hombres blancos eran sus antepasados que volvían bajo esa forma, otros que eran espíritus, otros que eran animales como los canguros. Yagan, un héroe aborigen, fue a verlos, se hizo su amigo, pero ellos hicieron la guerra; entonces él dijo que mataría un blanco por cada aborigen. Justamente algunos dispararon contra su hermano que acertaba a pasar por ahí. Aquello fue de mal en peor, hasta que mataron a Yagan y a su anciano padre.

La anciana madre lloró mucho.

Según una investigación reciente[10], es necesario subrayar que, a fin de cuentas, los primeros comentaristas concedieron que los aborígenes de cada clan consideraban su territorio como un bien propio y que, en la mayoría de los casos, combatían para defenderlo.

Los individuos que ocuparon la tierra, aun cuando sabían que pertenecía a los aborígenes locales, comprendieron estos hechos de manera muy particular. Todavía en la década de 1930 el *Universal Dictionary* se adaptaba a su punto de vista, que seguía siendo el de la ortodoxia reinante. Pensaban que los aborígenes podían muy bien defender su tierra, pero aun así no tenían ningún derecho sobre ella puesto que no la cultivaban y no la aprovechaban al máximo. Esta creencia era casi unánime en el mundo europeo de fines del siglo XVIII, al estar dominado por la opinión común. Así, los colonos suponían que eran los individuos que trabajaban la tierra, estableciendo una propiedad privada y fundando una sociedad civil con el fin de vencer la penuria de recursos naturales, los creadores de la sociedad. Aunque este punto de vista general estaba inscrito en el fondo de la teoría del contrato social, había modelado, por influencia de John Locke, las ideas de Cook y sus semejantes. Un hecho aún más importante era que se había convertido en el criterio de la jurisdicción internacional en materia de colonización, como muestra expresamente Emmerich de Vattel.[11] La jus-

[10] H. Reynolds, *Aboriginal Sovereign: Three Nations, One Australia? Reflections on Race, State and Nation*, Allen & Unwin, Sydney, 1996.

[11] *The Law of Nations or the Principle of International Law (1758)*, Occana, Nueva York, reed. de 1964, pp. 37-38.

tificación legal de la ocupación de Australia, invocada repetidamente entre el comienzo de la colonización y 1992, se basaba en el simple hecho de que Australia era una *terra nullius* («tierra de nadie», en latín), es decir, un «desierto» y un lugar «deshabitado», expresiones que significaban no que los aborígenes estuviesen ausentes, sino que estos no tenían derecho a la tierra porque eran demasiado escasos numéricamente y no la cultivaban como los europeos.

Los blancos ilustrados pensaban que nadie tenía derecho a ir errante por la naturaleza ni a vivir simplemente de sus frutos, sino que era necesario cultivar. Esto es lo que llevó a hombres como Cook, honrados funcionarios del Estado británico, y a numerosos australianos bienintencionados, que tenían un punto de vista positivo sobre la sociedad aborigen, a que apoyaran declaraciones y políticas que sembraron confusión, ambigüedad y contradicciones durante más de dos siglos. Su proyecto global era promover el Estado australiano y su norma jurídica, y no el racismo aberrante que se ocultaba detrás de cada etapa de la destrucción de la sociedad aborigen. Finalmente, esto empujó a la mayoría de los australianos a no tomar una postura firme ante el asesinato de miles de aborígenes.

Australia, en un primer momento, fue colonizada por presidiarios. Hasta mediados del siglo XIX, éstos y los antiguos condenados constituían la mayor parte de la población en cinco de las seis colonias que existían en 1859. Estos delincuentes, jóvenes en su mayor parte, se veían sometidos a una política penitenciaria extremadamente represiva. Algunos recalcitrantes, todavía a fines del siglo XIX, debían caminar con cadenas en los pies. Estos presidiarios solían ser enviados a lugares aislados para que vigilasen los rebaños o para realizar otras tareas rurales, tanto si todavía estaban purgando sus penas como si ya habían sido liberados. Cuando desaparecía un animal, o cuando se producía cualquier otro daño a la propiedad de la que eran responsables, se los azotaba sin piedad. Los aborígenes, que no habían visto nunca animales de granja, los cogían para ellos. Esos ladrones y asesinos crearon un sistema de represalias salvajes que se convirtió en norma. En Queensland se envenenó a aborígenes con cebos con estricnina, y su cabeza se usaba a continuación de balón de fútbol. En Australia Occidental se les arrastraba con un caballo hasta que morían, sin que nunca el Estado castigase seriamente esos hechos. Por si fuera poco, la falta de mujeres blancas permitía justificar las frecuentes violaciones de mujeres aborígenes. La guerrilla fue una forma de vida en la frontera a partir de 1788. Se estima que de esta forma fueron muertos unos 20.000 aborígenes frente a 2.000 o 2.500 blancos.

No es de extrañar que, al quedar impunes, las violencias de los blancos se perpetuaran. Esta situación provocó un sentimiento de culpabilidad en los di-

rigentes australianos de corazón sensible. Aunque en un primer momento habían ordenado a sus súbditos que tratasen a los aborígenes de modo adecuado, y con frecuencia habían condenado las represalias, impulsaban igualmente la defensa de la propiedad por la fuerza. Mientras todo acto de venganza o de justicia popular era castigado ferozmente cuando afectaba a los blancos, la clemencia administrativa respecto a los crímenes que estos últimos perpetraban contra los aborígenes les animaba a repetirlos, incluso de manera preventiva.[12] Más adelante, la indulgencia con la que se trataba el asesinato y las sevicias cometidas contra los aborígenes crearon una situación tal que la sociedad blanca comenzó a interrogarse sobre el orden jurídico que debía reinar en Australia. El Estado reafirmó así su autoridad prohibiendo el genocidio, hundiendo al mismo tiempo a la sociedad blanca en la amargura y la agitación. La reacción del *Sydney Morning Herald* ante la matanza de Myall Creek, en 1838, ilustra de forma gráfica la confusión engendrada por la contradicción entre la doctrina de la *terra nullius* y la prohibición del genocidio:

> Este vasto país no era para ellos [los aborígenes] más que un territorio comunal —no sometían a la tierra a ningún tipo de labor—; su propiedad, su derecho no valían más que los del emú o del canguro. No sometían a la tierra a ninguna labor y esto —y sólo esto— es lo que da derecho a su propiedad [...]. El pueblo británico [...] ha tomado posesión [...] y tenía pleno derecho a hacerlo, por la autoridad divina, según la cual se ordenó al hombre avanzar sin dudar, poblar y cultivar la tierra.[13]

La matanza de Myall Creek, en Nueva Gales del Sur, la primera frontera, se produjo presuntamente para vengar daños causados por los negros. Veintiocho aborígenes —mujeres, niños y viejos— fueron atados juntos y degollados masivamente por los presidiarios: «Foley sacó una de las espadas de la choza y me la enseñó: estaba cubierta de sangre en su totalidad.» El Estado inculpó a once presos por asesinato. Los grandes propietarios de las tierras, para quienes trabajaban los acusados, pagaron los gastos de la defensa. Siete fueron condenados a la pena capital, en medio de un tumulto de protesta, pero «cinco se salvaron de la horca cuando la administración perdió su sangre fría ante la presión de las ma-

[12] A. Davidson, *The Invisible State: The Formation of the Australian State, 1788-1901*, Cambridge University Press, Cambridge, 1991, cap. III.

[13] James Jupp (coord.), *The Australian People. An Encyclopedia of the Nation, its People and their Origins*, Angus and Robertson, Sydney, 1992, p. 217.

sas»[14]. Hasta ese momento se había declarado a voz en cuello que tales «represalias» merecían la sanción del Estado. No es difícil comprender qué motivaba esta declaración. Las matanzas eran cosa corriente en aquellos tiempos, en esa región, y quedaban impunes. Hubo episodios de una crueldad equivalente y matanzas en masa, con frecuencia perpetrados por la policía de un Estado, seguidos de sanciones tardías, particularmente en Queensland en la segunda mitad del siglo XIX, y también en el Territorio del Norte y en Australia Occidental hasta el segundo cuarto del siglo XX. Ciertas policías de Queensland tenían fama de «cumplir con su deber con una ferocidad contra natura»[15]. Rowley, el gran pionero de los estudios sobre los aborígenes, podía escribir todavía en 1972: «Hay personas que todavía recuerdan que, cuando eran jóvenes, podían matar a un aborigen con plena impunidad, e incluso legalmente; y hay todavía miembros de tribus aborígenes que se acuerdan de ello.[16]» El genocidio físico vive en las memorias, no en la historia remota.

Y continúa viviendo de generación en generación, vehiculada por la poderosa tradición oral de numerosos aborígenes, como revela esta historia registrada en 1980:

> La Vieja Mamie nos contaba: vivíamos aquí abajo en un sitio que se llama Bundabreena, a orillas del río. Malos blancos vinieron aquí un día [...] cuando estaba lleno de hombres nuestros. Esta mujer vieja llevaba dos hombrecillos, pobres pequeños, dos gemelos tenía en una cosa que llaman gulay, un saco como llevan los chinos. Disparó sobre la vieja y disparó sobre el padre, y cogió a los dos pequeños y les puso un puñado de tierra en la boca y ha asfixiado a ellos, pero [Murris] no podía agarrarlos a ellos, [los blancos] mataban a ellos. Mataban a ellos muy rápidamente.[17]

Si muchos aborígenes recuerdan este aspecto del genocidio, un número mayor se acuerda del exterminio más lento y más sutil en las reservas y otros lugares donde se veía forzada a vivir la mayor parte de ellos hace tan sólo veinte años.

La historia de la Australia de los blancos mostró muy pronto que los aborígenes no iban a dejarse sedentarizar ni iban a adoptar fácilmente las tradiciones

---

[14] Heather Goodall, *Invasion to Embassy Land in Aboriginal Politics in New South Wales, 1770-1972*, Allen & Unwin, Sydney, 1996, pp. 31 y 34.

[15] Charles Rowley, *The Destruction of Aboriginal Society*, Penguin Books, Harmondsworth, 1972, p. 169.

[16] *Ibid.*, p. 7.

[17] Citado en H. Goodall, *op. cit.*, p. 34.

agrícolas de Europa. Ningún intento de atraerlos o de educarlos parecía curar sus «costumbres vagabundas». La opinión común identificaba la sedentarización y el cultivo de la tierra con la civilización. Esto implicaba que incluso aquellos que concedían a los aborígenes una cierta inteligencia no llegaban a comprender este rechazo del trabajo, ni podían permitirlo. Es emblemático el punto de vista del reverendo William Shelley, de la Sociedad de las Misiones Religiosas: «¿Dónde está el ser humano que se contentaría con vivir a la mesa de un gentilhombre y con llevar sus ropas, sin tener otras perspectivas sino conseguir alimento y vestimenta, cuando es inútil y despreciado en la sociedad en la que vive?»[18]

Mientras, en Nueva Gales del Sur y en Tasmania —las primeras colonias—, y más tarde en las otras, se instauró una política que forzaba a los aborígenes a hacerse autónomos, encerrándolos en reservas. En Tasmania esta política tomó el aspecto de una verdadera caza del hombre, llevada a cabo por columnas de blancos armados a través de toda la isla. Los aborígenes lograron escapar a través de las mallas de la red, pero en vano. Todos acabaron encarcelados en las pequeñas islas a lo largo de la costa tasmana. En estos lugares, lejos de sus tierras tradicionales, se esperaba que aprendiesen las virtudes del trabajo y del cultivo, al estar aislados de los blancos, los cuales, por su lado, preferían sin más disparar contra todo aborigen que veían. Sin embargo, en lugar de aprender a cultivar la tierra, los indígenas comenzaron rápidamente a morir de enfermedades y de malnutrición en todos los lugares donde se encontraban.

Podemos considerar que estas reservas formaban parte de la política de asimilación, como veremos más adelante. Con todo, podemos subrayar ya que estas características son propias de un sistema concentracionario, que disimulaba una política de exterminio lento, lejos de la vista de los blancos medios que habitaban en Australia. Ya en 1828 el archidiácono Scott escribía, respecto a las reservas de Nueva Gales del Sur: «Ha habido un acuerdo general, en primer lugar, sobre la dificultad de la empresa; en segundo lugar, respecto al fracaso completo de una gran diversidad de experiencias llevadas a cabo con gran atención, mucha perseverancia y gastos considerables; en tercer lugar, respecto a la cuasi-imposibilidad práctica de mantenerlos [a los aborígenes] fuera del contacto con los presidiarios que guardan los rebaños en puntos alejados,

[18] Texto del 8 de abril de 1814 del reverendo W. Shelley a Lachlan Macquarie, HRA I, VIII, citado por Davidson, 1991, p. 80.

y de quienes ven las tendencias naturales perniciosas y el mal ejemplo, que imitan; en cuarto lugar, respecto al gran gasto que va unido a toda experiencia a gran escala, única posibilidad de éxito; quinto, respecto al muy lento progreso de una empresa así y, visto el continuo crecimiento de la población europea y el de sus rebaños de carneros y vacas, en cuanto a la posibilidad de que las pocas tribus dispersas sobre un vasto espacio territorial no acaben siendo exterminadas entre tanto; sexto, y para terminar, respecto de la probabilidad más que dudosa de que después de haber caído en un gasto tal, pueda obtenerse algún beneficio, o al menos que sea de una naturaleza tan trivial como para equilibrar los grandes gastos.»[19]

La idea, muy extendida, según la cual se gastaría demasiado dinero en educar a los aborígenes como europeos, se convirtió en *leitmotiv* que permitía justificar la falta de una administración adecuada en los lugares de deportación. Como demuestra claramente Scott, el objetivo del Estado era llenar el continente de agricultores blancos, y todo aquel que se atravesara en este proyecto no podría contar durante mucho tiempo con la ayuda estatal, prescindiendo de cuáles fuesen las profesiones de fe iniciales. La rápida ocupación del país por los criadores de ovejas, a partir de 1840, empujó a los aborígenes fuera de sus tierras, mientras que las explotaciones agrícolas destruían los ciclos ecológicos de los que dependía su alimentación. Pronto comenzaron a morir de hambre y de sed, pues no tenían acceso a los puntos de agua, y esto ocurría ya antes de que el Estado introdujese el sistema de protectorados, en 1835.

Paradójicamente, estos territorios, administrados por un protector, eran vastas extensiones de tierras reservadas para uso de los aborígenes. Robinson, que había supervisado la destrucción y el traslado de los de Tasmania, fue el primer protector del Estado de Victoria. Dentro de estos espacios, lejos de las colonias blancas de la época, se suponía que los aborígenes vivían según sus tradiciones. El sistema duró hasta 1849, cuando los productores de lana reclamaron esas tierras. Todas las reservas se fueron vendiendo progresivamente. El caso del Estado de Victoria es paradigmático. Allí se cedieron las siguientes reservas: Mont Rousc, instituida en 1842, vendida en 1858; Narre Warren, cerrada en 1843; otras fueron vendidas en 1858. Los aborígenes que quedaban fueron trasladados a Corranderrk en 1864, que siguió en ese estado hasta 1948. En 1902 más de la mitad del total de las reservas creadas habían vuelto al Estado o habían sido vendidas.

---

[19] Citado en A. Davidson, *op. cit.*, 1991, p. 82.

Simplemente la tierra tenía demasiado valor para los criadores de ovejas como para dejarla en manos de sus propietarios aborígenes. Ya en la década de 1830 se había decidido legalmente que éstos no eran en absoluto soberanos en el territorio australiano y que no podían firmar ningún tratado relativo a la venta de sus tierras a los blancos. El Estado declaró en el proceso Congo Murrell (1836), y en vista de las disposiciones establecidas con ocasión del tratado entre Batman y los aborígenes de Port Phillip, que esta toma de posesión de 1770 anulaba cualquier derecho de los indígenas sobre la tierra.

Esto les resultó fatal durante la segunda mitad del siglo XIX. Ningún espacio de Australia era seguro para ellos. Si no se sedentarizaban y no cultivaban la tierra como los blancos —y muy pocos accedieron a ello— eran rechazados fuera de sus tierras ancestrales, «a los lugares más remotos», lo que equivalía a una condena a muerte, al carecer de víveres. Sólo en las pocas regiones en que acabaron siendo excelentes vaqueros lograron integrarse en la economía rural de los blancos. Para obtener sus servicios, algunos blancos llegaban incluso a secuestrarlos, y el mítico mozo de los vaqueros aborigen, que resultó ser una muchacha, se convirtió en una figura clásica de la literatura australiana. Una vez que la ley estableció que los aborígenes no tenían ningún derecho, cualquiera que fuese, les fue imposible modificar su situación. Si no vivían como los blancos, abandonando sus tradiciones culturales, no podrían ni siquiera comer.

RESERVAS AUSTRALIANAS[20]

Nombre y localización	**Fecha de creación**	**Superficie (ha)**
Mission gouvernementale Yarra (Jardines botánicos, Yarra meridional)	1837-1839	2.000
– Puesto-protectorado Naree Naree (Doveton Norte)	1841-1843	1.536
– Misión wesleyana Buntingdale (cerca de Colac)	1838-1850	16.384
– Keilambete (cerca de Terang)	1838	25.600

[20] A. Davidson, *op. cit.*, 1991.

– Burrumberet (cerca de Ararat)	1838	25.600
– Protectorado Goulbum (cerca de Murchison)	1840-1857	12.800
– Neeriman (Monte Tarrangower)	1840-1841	400
– Monte Franklin (cerca de Daylesford)	1840-1860	16.429, 2
– Reserva Mordialloc	1841-1860	16.429,2
– Monte Rouse (Penshurst)	1841-1853	332,8
– Pentridge (para la policía indígena)	1842-1852	600
– Escuela Merri Creek (Northcote, Yarra Bend)	1845-1851	10,8
– Pirron Yallock (cerca de Colac)	antes de 1850	10.024
– Reserva Warrandyte (Pound Bend)	1841-1859	763,2
– Lago Boga	1851-1856	6.528
– Yelta (cerca de Mildura)	1855-1878	256
– Ebenezer (lago Hindmarsh, cerca de Dimboola)	1859-1904	1.442,8
– Miagararoon (antes Mohican)	1859-1860	1.800
– Reserva Maffra de la policía indígena	1859-1861	1.256
– Mohican o Acheron (cerca de Taggerty)	1859-1863	6.400
– Steiglitz (cerca de Anakie)	1859-1901	256
– Camgham (Winchelsea)	1860-1875-1900	1,2
– Misión Buchan	1861-1863	no mencionada
– Monte Duneed	1861-1907	0,4
– Reserva/puesto de la misión Framlingham	1861-1971	1.400
– Woori Yallock (alto de Yarra)	enero-dic. 1862	480
– Tangambalanga (alto de Murray)	1862-1971	1.680
– Ramahyuch (lago Wellington)	1863-1908	0,9424
– Puesto Corranderrk (cerca de Healesville)	1863-1905	1.940
– Kangerton (cerca de Hamilton)	1866-1879	44,4
– Lago Condah (reserva de la misión Cofe, cerca de Heywood)	1858-1959	1.516
– Reserva Ellimunyl (Colac)	1872-1948	16
– Reserva Gayfield (cerca de la reserva Hah Hah del lago Murray)	1874-1910	800
– Reserva Dergholm (Casterton)	1879-1895	25,6
– Tallageira (cerca de Apsley)	1887-1907	248
– Lago Moodemere (cerca de Rutherglen)	1891-1937	8,4
– Rumbalara (Mooroopna)	1958-1970	2
– Manatunga	1960-1968	3,6

El más importante historiador de la Australia de la época escribía en 1930:

> El progreso de la civilización británica ha hecho inevitable el progreso natural de la raza aborigen hacia su extinción —tales son las palabras lenificantes del gobernador de Australia—. En verdad, una cultura cazadora y una economía pastoril no pueden coexistir dentro de las mismas fronteras. Aun así, a veces los invasores británicos hicieron su trabajo de destrucción con la inútil brutalidad de niños profundamente estúpidos.[21]

Hacia 1880 los escasos aborígenes que permanecían todavía en las partes colonizadas de Australia vivían en las condiciones más miserables. Encontraban refugio en el lecho de pequeños cursos de agua o en la periferia de las ciudades. Muchos acababan en los guetos urbanos. Para estas gentes, la resistencia armada había cesado en su mayor parte, pero al no existir derechos jurídicos, carecían de cualquier medio para protegerse de la explotación de los blancos. Se les podía apalear, violar e incluso asesinar con total impunidad, como nos recuerda su literatura.[22]

El derecho británico de la propiedad se basaba, en lo que se refiere al derecho internacional, sobre la alegación de que Australia era una *terra nullius*. No pertenecía a nadie, pues la propiedad de la tierra se basaba en su cultivo. La principal consecuencia legal de esta concepción hizo que sólo la ley y los derechos británicos se suponían válidos desde la toma de posesión en 1788. Ningún derecho aborigen se perpetuaba más allá de ese momento. Esta medida desempeñó un importante papel durante el proceso de Congo Murrell. Hubo otra medida que también fue nefasta para los aborígenes, la que declaraba que no tenían derecho a las normas jurídicas fundamentales de los blancos, pues no creían en una divinidad única, por lo que no podían prestar juramento ni ser testigos en juicios. Dicho de otra manera, sólo la ley británica estaba en vigor en el continente australiano desde el momento en que los ingleses habían tomado posesión de él, de lo que se derivaba el corolario legal de que todos los habitantes se hallaban bajo su protección, si bien esto no valía para los aborígenes.

Este punto merece ser subrayado, pues se afirma con frecuencia que los aborígenes fueron súbditos británicos desde 1788 y que en virtud del *ius soli* (de-

---

[21] Keith Hancock, Brisbane, Australia, 1964.

[22] Kath Walker, *My People. A Kath Walker Collection*, Jacaranda, Brisbane 1970, p. 80 y *passim*. Kath Walker, nacida en 1920, es poetisa; ha recuperado de nuevo su nombre originario: Oodjero Noonuccal.

recho del suelo) se convertían automáticamente en ciudadanos británicos. Así, se ha descrito la historia de los aborígenes como la de la obtención de su ciudadanía, que habrían adquirido por derecho, y todas las prácticas sumariales de su denegación se han considerado una aberración.[23] De hecho, la negación de toda soberanía que no fuese la ejercida por el Estado británico implicaba que los únicos derechos que tenían eran los que les otorgaban los blancos. Los aborígenes nunca pudieron negociar o firmar tratados que habrían significado un compromiso cultural entre partes y lo que cada parte consideraba derechos importantes. Su situación fue, pues, completamente diferente de la que tenían la mayoría de los pueblos colonizados del Imperio británico que habían firmado tratados con sus colonizadores, aun cuando estos últimos los denunciaban posteriormente. Esta característica adquiría una importancia particular cada vez que los derechos sobre la tierra o relacionados con la tierra estaban en juego. Destaquemos de pasada la diferencia creciente que dividía a la opinión de Gran Bretaña, donde se reconoció, en 1837, que los aborígenes poseían tierras, de los juicios emitidos en las colonias australianas. Ante los Estados creados en Australia, los aborígenes no tenían ningún derecho a la tierra en la que vivían. El Estado podía entregarla en manos de cualquiera que le pareciese bien, sin ofrecer compensación. Este punto de vista provocó controversias entre el Estado y los blancos, o al menos algunos blancos. Una serie de procesos, que comenzaron con el del *attorney general* [ministro de Justicia] contra Brown en 1847, instituyó el derecho de los blancos a poseer la tierra, basándolo sobre la presunción de que precisamente los aborígenes no tenían derecho alguno. En 1889 la regla era que ya que Australia era una *terra nullius* en el momento de la colonización, la ley británica era la única aplicable y sus conclusiones no podían ser discutidas. En 1971 el juez Blackburn J.[24], que era un progresista, fue obligado a declarar, de conformidad con la jurisprudencia, que «siempre se habían tomado las palabras "desierto" y "no cultivado" [...] como términos que incluían territorios en los que vivían habitantes carentes de civilización y organizados socialmente de manera primitiva [...] [y que] la atribución de una colonia a una clase específica era un asunto legal, que progresivamente se había ido consolidando y no debía ser puesta en entredicho nunca más por una reconsideración de los hechos históricos»[25].

---

[23] Brian Galligan y John Chesterman, *Citizens without Rights: Aborigines and Australian Citizenship*, Cambridge University Press, Cambridge, 1997.

[24] La letra J designa la función de juez.

[25] Milirrpum and ors *versus* Nabalco Pty. Ltd. and the Commonwealth of Australia (1971), *FLR (Federal Law Reports)*, 17, pp. 141 a 201. (Nabalco Property es una compañía minera.)

En realidad, a fines del siglo XIX los aborígenes no eran sino ciudadanos potenciales, más que ciudadanos sin derechos. La doctrina reinante consideraba que Australia estaba deshabitada en el momento de la conquista y que sus ocupantes no vivían en ella según el mismo concepto que los seres humanos civilizados —en 1902, en efecto, un miembro del Parlamento, del Partido Conservador, declaró durante una sesión que los aborígenes eran «animales»—. Por consiguiente, el estatus legal que se les otorgó fue el de extranjeros que llegaban a suelo británico, y no el de personas nacidas en suelo británico, los únicos que podían ser ciudadanos. En el proceso de McHugh contra Robertson (1885)[26], el juez declaró:

> El gobierno inglés y con posterioridad las autoridades coloniales se habían atribuido la responsabilidad de aplicarles [a los aborígenes] una jurisdicción como si fuesen extranjeros inmigrados a territorio británico, y castigarlos por toda desobediencia a leyes que apenas podían comprender y que, manifiestamente, eran inaplicables a su condición.

Aunque los blancos de tendencia progresista pudieron constatar lo que la colonización había producido en el siglo anterior, llegaron a la conclusión de que la extinción de los aborígenes era inevitable a causa de la incompatibilidad entre su cultura y la británica. Por tanto se propusieron «endulzar el lecho de muerte de la raza exangüe» y, de nuevo, facilitaron y se hicieron cómplices de la nueva fase de la destrucción de la sociedad aborigen, pues sus actitudes favorecieron una legislación y una administración deseosas de acelerar la extinción de una cultura a la que estas poblaciones estaban tan apegadas. Esta nueva etapa tomó el nombre de «asimilación». Ya se había practicado a ciegas antes de la constitución de la Federación Australiana, y se convirtió en una de las características de los siguientes setenta años.

He aquí lo que dice Markus:

> A medida que los actos de violencia física contra los aborígenes se hacían menos frecuentes en la parte más colonizada del país, su relación con los angloaustralianos tomó un giro nuevo, a saber, que la imposición de la legislación iba acompañada a veces por el control de casi todos los aspectos de su vida: su libertad de movimiento y asociación, la elección de empleo, el derecho a disponer de su dinero —incluidos los sueldos— según su deseo, y el derecho a casarse y formar una familia.

---

[26] *85 VLR (Victorian Law Reports)*, pp. 410-431.

Mientras la falta de burócratas y de recursos financieros reducía los controles, casi todos los aborígenes fueron privados de los derechos políticos fundamentales, se limitaron sus libertades personales y sufrieron corrientemente el rechazo discriminatorio de sus empleadores. Un buen número de ellos vivían en el terror de los funcionarios gubernamentales, que tenían el poder —notorio por su dureza en Queensland— de obligarles a residir en las reservas y, en la mayor parte de los Estados, a desplazar a los niños a la fuerza.[27]

La situación llama la atención por su parecido con el régimen del *apartheid* introducido cincuenta años más tarde en Sudáfrica. El juego de palabras, relativo a lo que unos denominaban «asimilación» y otros «desarrollo separado», no debe ocultar la semejanza de sus consecuencias para los negros de ambos países.

La asimilación

Cada vez que se producía un nuevo contacto entre blancos y aborígenes en las fronteras —que no dejaron de ampliarse a un ritmo acelerado desde 1840—, los primeros solían considerar, en general, a los segundos desde una perspectiva favorable. El comentario que hace en 1838 el comandante Mitchell, un explorador, es un buen ejemplo: «Mi experiencia me permite hablar de los aborígenes en términos altamente favorables, aun cuando su situación envilecida en el seno de la población blanca no nos ofrece un criterio para apreciar sus méritos en su justo valor. La rapidez de comprensión de los del interior es de todo punto extraordinaria, pues ninguna de las adaptaciones complicadas que supone todo lo que nosotros vehiculamos ni les sorprende ni desconcierta. No son nunca torpes; al contrario, se muestran, por sus maneras y el alcance de su inteligencia, superiores a toda clase de campesinos de raza blanca que yo me he encontrado. Su poder de imitación parece extraordinario, la sagacidad que manifiesta su lenguaje, por muy imperfecto que sea,[d] hace de ellos unos compañeros muy agradables.»[28]

---

[27] Andrew Markus, «Blood from a Stone: William Cooper and the Australian Aborigines League», en *Monash History Publications*, 2, 1986, p. 3.

[d] Se refiere, naturalmente, a la imperfección del inglés hablado por los aborígenes, no a sus propias lenguas. [N. del T.]

[28] Thomas Mitchell, *Three Expeditions into the Interior of Eastern Australia*, 1838, vol. 2, Libraries Board of South Australia, Adelaida, 1965, p. 334; *History* (1889), p. 131.

Es precisamente en la frontera, donde se desarrollaba la guerra, en donde hallamos con más frecuencia descripciones de este pueblo heroico, seductor, inteligente, que poseía un sentido profundo de su identidad. Se ha comparado a los aborígenes con los habitantes de las islas del Pacífico, hallados en el curso de las travesías anteriores, y se los ha situado habitualmente en segundo lugar, después de los polinesios, a los que se consideraba modelo absoluto de belleza y valentía. Por su lado, Nicolas Baudin, al aproximarlos a los africanos, los veía con una «nariz menos aplastada» y menos belicosos.[29] Debo indicar que los sarawakenses no se andan con remilgos cuando llaman a los monos násicos ¡«holandeses»!

En los primeros tiempos de la colonización se admitía que los aborígenes poseían tierras y que cada clan, por pequeño que fuese, tenía su territorio como bien propio que defendía con las armas, con la ayuda de otros aborígenes o de blancos. Desde 1840 los blancos comenzaron a avanzar lentamente hacia el interior y a ocupar el grueso del vasto continente con sus ovejas y su ganado. Entonces se percataron de que no sólo los aborígenes mantenían una relación sutil con la tierra y los recursos naturales, sino que su compleja cultura reposaba en reglas de conducta elaboradas y llenas de matices.

Con todo, este reconocimiento no evitó la ocupación de sus tierras, la expulsión de sus terrenos de caza y sus puntos de agua, ni la destrucción de la flora y la fauna originarias. Expulsados a «lugares remotos», a tierras que no conocían y en las que trataban de conservar sus tradiciones culturales, los aborígenes se vieron constreñidos con frecuencia a optar entre morir de hambre o entablar relaciones de intercambio con los invasores, aceptando los víveres que les proponían. Sin embargo, no se les entregaba nada si no era a cambio de establecerse de manera fija en las misiones y otras reservas creadas para su uso. Por si fuera poco, estos víveres resultaron ser poco apropiados para sus necesidades. Además, las condiciones sanitarias eran espantosas para una población que había sido siempre nómada, y el frío era a veces extremo (como en la isla de Bruny, donde habían sido deportados los tasmanos). De este modo, los habitantes de los campamentos murieron en gran número. Estos lugares merecen el nombre de «campos de concentración», pues, para retomar las palabras de uno de sus portavoces, los aborígenes fueron víctimas de un «holocausto».

Tras todo esto, una generación después de que ambas culturas se hubiesen encontrado —la fecha del primer contacto varía según los distintos lugares— se

[29] Jean Copans y Jean Jamin, *Aux origines de l'anthropologie française: les mémoires de la société des observateurs de l'Homme en l'an VIII*, Sycomore, París, 1978, pp. 209 y 213.

describía a los supervivientes como especímenes de una raza repugnante, degenerada y repelente. La viruela, las enfermedades venéreas y el alcoholismo habían provocado grandes daños. En muchos casos se les había casi forzado a beber. Muchos perdieron su herencia étnica. Poco a poco su cultura originaria iba quedando destruida. Cuando entraban en el proceso de parecerse a los seres brutales que les despojaban de sus tierras, entonces estaban en vías de «asimilación». Es este proceso, basado en la destrucción de otra cultura, el que vamos a examinar ahora. Hay que recordar que se emprendió al mismo tiempo que el exterminio físico, y con frecuencia en las mismas regiones. Las condiciones de los aborígenes alejados de la frontera —y, con la evolución de la situación, en las regiones de frontera— llevaron a los blancos a pensar que eran superiores a los autóctonos, punto de vista que no compartían los negros, ni siquiera los de esa época. De ahí la teoría de que éstos pertenecían a una «raza condenada», incapaz de seguir el paso ineluctable de la civilización blanca.[30] Según la opinión común, no tenían esperanza de sobrevivir a menos que abandonasen su cultura y adoptasen la de los blancos.

Se aplicaron las medidas legislativas y administrativas que describe Markus, con el fin de garantizar la transformación de lo que quedaba del pueblo aborigen. Unas y otras eran discriminatorias y coercitivas, pero se las calificaba de caritativas, al ser aplicadas por las misiones o por las instituciones del Estado. El sistema de las Oficinas de Protección, instaurado a fines del siglo XIX, fue concebido para proteger a los negros de «pura sangre», mientras que a los aborígenes de sangre mezclada se les empujaba a adoptar las costumbres de los blancos. En el Estado de Victoria, en 1886, y en Nueva Gales del Sur entre 1909 y 1910, se votaron textos legales que ponían fuera de la ley a los aborígenes que vivían en los puestos, es decir, lejos del contacto con los blancos. Este sistema, debido precisamente a esta medida, difería por completo del de los protectores. El comercio sexual, practicado a gran escala, y la prole que se derivaba de él, recibían un apoyo casi oficial, pues esto formaba parte del plan de «eliminación biológica» de la sangre negra. A comienzos de la década de 1930, el protector general de los aborígenes del Territorio del Norte, el doctor Cecil Cook, declaraba: «Se hacen todos los esfuerzos posibles para eliminar la sangre de color elevando el patrón de conducta de los mestizos[31] de sexo femenino a la altura del de los blancos, con el fin de hacer que estas últimas queden absorbidas por la po-

[30] R. McGregor, *op. cit.*

[31] Se podría traducir incluso *half-caste* por «media sangre», reservado a los animales.

blación blanca al cruzarlas con ésta.» Más adelante sigue explicando: «En una Australia blanca la existencia de una comunidad de color, bien sea extranjera, aborigen o híbrida, será necesariamente una amenaza permanente en el plano social y en el plano económico mientras sus miembros, en primer lugar, no consigan adaptarse a los patrones de los blancos y, en segundo lugar, mientras no sean aceptados como ciudadanos blancos. Allí donde estas condiciones se satisfacen, el factor de color no tiene, en sí mismo, ninguna consecuencia.»[32]

Las mujeres blancas de las regiones afectadas no apreciaban en absoluto esta política, pero no se opusieron, en la medida en que, de esta manera, se beneficiaban de criadas para todo. Entre los años 1920 y 1970, con un punto culminante en la década de 1950, la norma fue colocar por la fuerza a los niños mestizos en instituciones o junto a particulares, donde se les enseñaba prácticas domésticas y otras cualificaciones elementales. En Australia del Sur un tercio de los niños mestizos fueron arrebatados a sus padres, pero la proporción varía en otros lugares, según la lejanía de estas comunidades indígenas. Se discute el número total de los niños trasladados, pero el doctor Peter Read, nombrado por el gobierno federal para realizar una encuesta sobre la naturaleza y la amplitud de la generación «robada», estima que 50.000 niños fueron desplazados a lo largo de cinco generaciones, es decir, hasta 1980. Aun cuando se justificaba esta política afirmando que estos niños estaban «en peligro», Read reconoce que «la finalidad de la asimilación, facilitada por la separación, la adopción y la procreación, eran esencialmente racistas».[33] Las madres y padres desesperados escondían a sus hijos en las casas y se pegaban con los funcionarios que venían a llevárselos. El trato infligido a los niños en las instituciones era con frecuencia espantoso, y el mal que se les hizo al cortar las relaciones con su familia —pues era frecuente que se les mantuviese alejados de ella por la fuerza— les marca profundamente hoy en día. La atleta aborigen Cathy Freeman, una celebridad del deporte, que declara ignorar el nombre de su abuela, está lejos de ser una excepción. En una sociedad basada en la familia, ¡esto dice mucho!

Todavía en 2000, con ocasión de la primera acción judicial emprendida por parte de esos «niños robados» que exigían indemnizaciones por daños y perjuicios por los malos tratos soportados en estas instituciones —en un caso había habido abusos sexuales— el juez creyó tener que decidir que los demandantes no habían sido secuestrados «por la fuerza», y que las convenciones interna-

[32] R. McGregor, *ibid.*, pp. 161-162.
[33] Informe de 7.30 horas, *ABC TV*, 3 de abril de 2000.

cionales firmadas por Australia no habían sido transgredidas, pues la madre del muchacho había firmado un acuerdo autorizando la partida de su hijo.[34] Un «legalismo» como éste provoca indignación y estupefacción.

Podríamos medir el éxito de la «asimilación» teniendo en cuenta los deseos enunciados por los portavoces de los aborígenes: querían ser tratados como blancos. Después de la I Guerra Mundial los aborígenes que vivían a lo largo de la costa oriental expresaron insistentemente su deseo de ser tratados «como iguales». Pocos negros de «pura sangre» habían sobrevivido en esta costa, y la mayor parte de los aborígenes, en el espacio de tres generaciones, por el hecho de vivir en campamentos y en guetos de la frontera, próximos a las comunidades de colonos, habían experimentado la vida de los blancos. En 1925 y 1926 se formaron asociaciones para el Progreso de los Aborígenes con el fin de obtener plenos derechos de ciudadanía. En 1936 los líderes, algunos de los cuales provenían de la clase obrera y poseían experiencia como militantes, pasaron por la Liga de los Aborígenes para añadir a la lista de las primeras reivindicaciones nuevas medidas que les concediesen derechos económicos y sociales y el acceso a la escolaridad, sin la cual su exigencia de derecho de voto habría sido puramente formal.[35] En 1938, el célebre opúsculo *Los Aborígenes exigen el derecho a ser ciudadanos*, reiteró esta exigencia, junto con otras reivindicaciones que reclamaban una representación separada de los aborígenes en el Parlamento de la Commonwealth.

Las reivindicaciones de los portavoces podían poner el acento ocasionalmente en la buena voluntad social y el grado de integración en la «vida blanca». Establecían así distinciones entre su propia naturaleza y la de los negros de «pura sangre», que seguían siendo «primitivos»[36]. Al hacer esto, estos líderes entraban en el juego de las «almas buenas» a las que se referían los expertos blancos, muchas veces antropólogos, que controlaban el proceso de asimilación. El profesor A. P. Elkin, que se convirtió en uno de los principales consejeros del Estado en materia de asuntos aborígenes durante la II Guerra Mundial, apoyó su petición de ciudadanía porque, decía, veía en ello la prueba de que el paso hacia una sociedad blanca estaba a punto de efectuarse. En los documentos ofi-

---

[34] *Australian*, 12 de agosto de 2000.

[35] A. Markus, *Blood from a Stone. William Cooper and the Australian Aborigines Leagues*, Monash Historical Publications, Melbourne, 1986, pp. 25-27 y 39; J. Horner, *Vote Ferguson for Aboriginal Freedom: A Biography*, Australia and New Zealand Book Company, Sydney, 1974, p. 48.

[36] A. Davidson, *From Subject to Citizen. Australian Citizenship in the Twentieth Century*, Cambridge University Press, Cambridge, 1997, p. 207.

ciales en los que quedó plasmado este período transitorio, utilizaba, por otra parte, una terminología racista y biológica.[37]

El recurso a lo biológico muestra de forma cada vez más clara que las políticas de asimilación tenían como meta la destrucción de la sociedad aborigen. A los aborígenes, prescindiendo de su nivel de integración en la sociedad blanca, se les negaba la posibilidad de hacerse oír porque eran portadores de una cultura distinta y separada. El precio a pagar para ser admitidos en el espacio público era su desaparición como tales. Todo individuo debía humillarse demostrando que era suficientemente blanco para que el conjunto de la sociedad lo hallase aceptable.

Como sugieren las repetidas peticiones de ciudadanía de los aborígenes, la jurisdicción los había apartado completamente de la vida civil y pública en la Commonwealth de Australia. La Constitución de 1901 excluía que se les llegase a considerar alguna vez parte de la población australiana —situación que no fue rectificada hasta 1967—. Para obtener aunque fuera el menor de los derechos que poseían los blancos, debían hacerles peticiones, y lo mismo sucedía cuando querían cambiar las leyes racistas que variaban de un Estado a otro de la Commonwealth australiana, creando varios regímenes de trato. Las peticiones eran rechazadas siempre. Las leyes de los Estados daban gran importancia a la apariencia física, y la concesión de los derechos propios de los blancos se juzgaba caso por caso, dependiendo del capricho arbitrario de este o aquel funcionario, que decidía si una persona era en realidad suficientemente blanca. Para poder ejercer estos derechos limitados, los aborígenes debían presentar habitualmente un certificado de derogación que dispensaba al portador de observar las leyes relativas a su etnia. Este certificado le podía ser retirado por una violación menor de la ley.

Ella Simon ha contado su experiencia tras serle concedido el certificado en 1957, de conformidad al decreto 56 de las Leyes de Protección de los Aborígenes de Nueva Gales del Sur (1909-1943), sección 18c:

> Las nuevas elecciones llegaron y fui con mi familia a votar. La cosa se presentaba bien. Estaba contenta por poder depositar mi papeleta de voto y sentía que yo pertenecía a algún sitio y a alguna cosa [...]. Sentía que me había convertido en adulta [...]. El día de las elecciones llegué a la oficina electoral de Glenthorne y les dije que

[37] A. P. Elkin, *Citizenship for the Aborigines: A National Aboriginal Policy*, Australasian Publishing Company, Sydney, 1944, pp. 28 y 90-91.

yo estaba en las listas de Sydney y no en las de Taree. «Eh, eh —me dijo el hombre—. Usted no está admitida para votar. Las personas que tienen sangre aborigen no están autorizadas a votar. Es la ley.» [...] En ese momento vi a varias personas que yo conocía que estaban depositando su papeleta. Nadie trató de impedírselo. Y eso que tenían también «sangre» aborigen, pero su piel era mucho más clara [...]. Yo sabía que no podía hacer nada más ese día, por lo que me fui [...]. ¿Sabe usted, tal como fue, la verdadera razón por la que tuvieron la cara dura de impedirme votar? Es porque nosotros vivíamos en el «campamento de los negros» por lo que no podíamos votar, y es la verdad. Y es la única razón que me hace pensar y decir que los blancos de la pequeña burguesía son los peores en lo que se refiere a prejuicios. Éstos no piensan lo que hacen [...]. Si usted viviera allí, usted no podría ser más que un desesperado.[38]

El carácter coercitivo de la legislación de la Australia Occidental, a fines de 1944, muestra claramente que su finalidad era deliberadamente racista: había que destruir la sociedad aborigen. El demandante debía hacer una declaración estatutaria según la cual debía certificar que «durante los tres años anteriores a la fecha de la petición [*sic*] había roto con una asociación tribal o indígena, a excepción de sus descendientes en línea directa y de sus parientes en primer grado, y que, hasta prueba contraria, era una persona decente, apta para recibir un certificado de ciudadanía». El magistrado que concedía el certificado debía estar convencido de que en los dos años anteriores a la petición el demandante «había adoptado las maneras y costumbres de la vida civilizada; que los derechos de ciudadanía plenos eran adecuados para el demandante y susceptibles de conducirle por el buen camino; que el demandante era capaz de hablar y comprender la lengua inglesa; que el demandante no sufría lepra virulenta, sífilis o pian; que el demandante tenía el hábito de trabajar, una buena conducta y buena reputación». Una vez que el demandante había obtenido el certificado, ya no se le consideraba nativo o aborigen, pero si alguien presentaba una queja respecto a que el demandante no hubiese adoptado realmente las costumbres de la vida civilizada, o a que hubiese sido condenado por una violación menor de la ley, o a que tuviera alguna de las enfermedades enumeradas, se le retiraba el certificado y se le consideraba de nuevo nativo o aborigen.

La única finalidad de este procedimiento era separar a los aborígenes que habían aprendido a portarse políticamente como los blancos de sus compañeros

---

[38] E. Simon, *Through my Eyes*, Rigby, Sydney y Melbourne, 1979, pp. 183-186.

menos «asimilados», e impedirles que se unieran a sus causas políticas. Los blancos observaron con inquietud cómo se iban consolidando las asociaciones que, en los años 1940, reivindicaban mejores condiciones de trabajo.

Hay que añadir que estas asociaciones aborígenes se reforzaron después de la guerra. Así, en 1958 se crea el Consejo Federal de los Isleños Aborígenes del Estrecho de Torres. Ya no se trataba de dar prioridad a las reivindicaciones asimilacionistas de las primeras organizaciones aborígenes. Las nuevas exigencias tomaron otro curso, porque sus líderes se volvieron hacia el centro y el norte del continente, donde la violencia en el trato había sido siempre la norma, donde seguía siendo muy vivo el recuerdo del genocidio físico perpetrado por los blancos, y donde, para terminar, los aborígenes continuaban abandonando los campamentos de frontera para ir a la aventura. El tema central de las reivindicaciones giraba en torno a la restitución de las tierras a sus primeros propietarios de pleno derecho. En estas exigencias no estaban ausentes las quejas de los primeros tiempos, cuando los aborígenes deploraban no haber suscrito ningún tratado comparable al firmado por los blancos con los maoríes de Nueva Zelanda en Waitangi, en 1840. Sin embargo, a partir de la década de 1960 esta reivindicación se convierte en el grito de unión de los defensores de la cultura aborigen, basada en su relación específica con la tierra. Este lema político marcó el fin de toda complicidad con cualquier política asimilacionista.

Lemas como «¡Devolvednos la tierra!» provocaron una violenta agitación política entre la mayoría de los blancos, cuyos derechos de propiedad se basaban totalmente en la doctrina que afirmaba que Australia era una *terra nullius* en el momento de su ocupación. El ejecutivo conservador que gobernó el país de 1949 a 1972 se negó, simplemente, a otorgar cualquier derecho nuevo a los aborígenes, salvo el de voto que siguió al referéndum de 1967, en el que una aplastante mayoría de australianos se pronunció por un cambio de la Constitución. Esto permitió que los aborígenes fuesen considerados parte de la población australiana y, al mismo tiempo, gozar sobre la marcha de los derechos de todo súbdito británico. Esta reforma marca el apogeo de la «asimilación», pues demuestra el hecho de que la mayoría de los blancos pensaban que los aborígenes se les parecían ya lo suficiente como para unirse a la nación.[39]

Sin embargo, cuando las organizaciones o los particulares aborígenes iniciaron procesos judiciales para hacer valer su derecho a la tierra, los tribunales superiores de justicia sostuvieron que el derecho nativo había sido abolido en

---

[39] Scott Bennett, *White Politics-Black Australians*, Allen & Unwin, Sydney, 1999.

1788 y que los aborígenes no tenían derecho a nada, ni siquiera a la tierra no enajenada de la Corona. Tales decisiones fueron tomadas con plena conciencia, a pesar de la existencia de un documento histórico que atestiguaba que los invasores blancos habían ocupado el continente por la fuerza. Como ya hemos visto antes con ocasión del proceso Gore de 1971, que desempeñó un papel determinante durante los siguientes veinte años, Blackburn J. lamentó que la jurisprudencia le impidiese corregir una injusticia a la vista de hechos históricos.

Sólo en 1972, cuando el Partido Laborista dio comienzo a una nueva política, se pudo esperar hallar una solución al callejón sin salida. En 1975 se votó un decreto relativo a la discriminación racial, concretando los principios de la Convención de las Naciones Unidas para la eliminación de todas las formas de discriminación racial. El decreto permitía someter la doctrina de la *terra nullius* a los nuevos principios de los derechos del hombre. En 1980 Eddie Mabo, isleño del Estrecho de Torres, inició una serie de procesos que pretendían hacer valer el derecho de los aborígenes a la tierra y, al cabo de doce años, se llegó a la Decisión Mabo, que marca un giro fundamental. Esta decisión reconocía, en efecto, que allí donde el «derecho nativo» no había sido abolido expresamente, continuaba vigente desde 1788. Esto significaba que los aborígenes y los isleños del Estrecho de Torres podían reivindicar, con éxito, la posesión de tierras de la Corona no enajenadas —tierras que solían encerrar importantes riquezas minerales en su subsuelo—, a condición de que los demandantes demostrasen que las habían reclamado continuamente. El proceso Wik, en 1997, permitió extender este principio a las propiedades cedidas en arrendamiento.[40] En el primer proceso, tres jueces admitieron que los hechos «tal como se conocían hoy» no debían ser tratados de manera «bárbara», del modo como se había aplicado la ley inglesa a los indígenas en las colonias, bajo pretexto de que en el lugar no había leyes.

Mabo fue una victoria de los hechos históricos sobre la ideología legalista. Con todo, y pese a la decisión concretada por la ley sobre el derecho nativo de 1993, el gobierno conservador, otra vez en el poder, trató desde entonces de modificarlas de nuevo con el fin de abolir el derecho nativo en las regiones que presentaban un interés económico para las grandes compañías y en las que la contracorriente política de los blancos, sobre todo granjeros, se había convertido en una amenaza para su poder. En 2000 el Comité de las Naciones Unidas

---

[40] Mabo contra Queensland (1992), *ALJR (Australian Law Journal Reports)*, 66, p. 408, Wild Peoples *versus* Queensland (1997), *ALJR*, 71, p. 173.

para la Eliminación de la Discriminación Racial condenó estos manejos. El gobierno reaccionó, declarando que no volvería a escuchar a las Naciones Unidas, contradiciendo sus compromisos en cuanto al respeto de las convenciones.[41] Esta reacción revela hasta qué punto la asimilación fue y siguió siendo un proceso impuesto por los blancos y nunca una acción voluntaria ni materia de negociación por ambas partes. La asimilación murió el día en que los aborígenes trataron de discutir un compromiso teniendo en cuenta sus valores fundamentales, lo que excluía la explotación de la tierra. Así, la lucha se trasladó en la década de 1990 a un nuevo terreno: los aborígenes intentaron hacer admitir, tanto por parte de la nación como de la comunidad internacional, que los acontecimientos que constituyen su memoria colectiva iban a ser el punto central de la negociación. Así, hicieron frecuentes llamamientos a las normas y a las instituciones internacionales de defensa de los derechos del hombre. Este intento indicó la voluntad de los aborígenes de superar el territorio nacional, en el que una mayoría de blancos conservadores se negaban a reconocer que en Australia se había perpetrado un genocidio, y les repugnaba tomar en consideración indemnizaciones o cualquier forma de excusa —que podría haber abierto un proceso de reconciliación y apaciguamiento—.

Destruir un pasado

La política bicentenaria que trataba de «hacer desaparecer» a los aborígenes pasó por un tercer período que se inició cuando éstos intentaron exhumar la historia de su opresión. Esta historia no había figurado nunca en los principales textos de referencia, ni siquiera en los del mayor historiador de Australia, Manning Clark.

Como dijo Malcolm Fraser, un ex primer ministro conservador de Australia, en el curso de un debate sobre el reconocimiento por parte del Estado del traslado forzado de niños aborígenes (lo que es un genocidio, según los términos de la Convención de las Naciones Unidas):

> Una de las cosas más difíciles de comprender para los australianos no indígenas, y sobre todo para la vieja generación, es que la historia que se nos ha enseñado sobre los primeros tiempos de la colonización, precisamente por habernos sido enseñada,

---

[41] Garth Nettheim, «Governance Structure for Indigenous Australians on and off Native Lands», en *Discussion Paper, 2, Introduction of International States*, 1998.

no era especialmente exacta. La historia que nos han enseñado, que nos llevaron a creer, no coincide con lo que pasó realmente. [...] Ahora bien, para un gran número de personas, este cambio, este salto desde una representación, la vieja representación de Australia, hasta lo que es la realidad de Australia, es muy difícil de hacer. Por ello es extremadamente importante, para quienes ocupan una posición, influir en la opinión y advertir a los australianos de lo que sucedió y de lo que ahora debería resultar de todo esto [...]. Necesitamos una gran determinación nacional para abordar las injusticias pasadas y, simbólicamente, el elemento más importante en este asunto es, quizá, considerar las injusticias que conciernen a la generación robada. Si estos perjuicios pudiesen ser reparados, esto representaría sin duda un paso de gigante hacia la reconciliación.[42]

Esta relectura de la historia era de difícil aceptación, pues criticaba la esencia de la imagen nacional. En noviembre de 1992 Paul Keating, el primer ministro laborista, había dejado las cosas claras en un discurso pronunciado en el suburbio aborigen de Redfern, en la periferia de Sydney. Corregir la memoria colectiva de los blancos requería, dijo, «[...] reconocer que habíamos sido nosotros quienes habíamos desposeído [a los aborígenes]. Nosotros quienes les habíamos arrebatado sus tierras ancestrales y pisoteado su modo de vida tradicional. Nosotros éramos los que habíamos introducido enfermedades, el alcohol. Nosotros los que habíamos cometidos los asesinatos. Nosotros los que habíamos arrancado a los niños a sus madres. Nosotros los que habíamos practicado la discriminación y la exclusión. Era un problema relacionado con nuestra ignorancia y nuestros prejuicios»[43]. De acuerdo con la teoría de Renan sobre la construcción de una nación, esta historia había sido excluida de la «enseñanza del folklore»[44], y reconocerlo era, en palabras del portavoz aborigen Pat Dodson, «[...] hacer una afrenta a las formas de pensar y a las representaciones fundamentales que sustentaban los principios institucionales de la sociedad australiana, colados en el molde británico»[45].

Con todo, es precisamente la exhumación de la historia enterrada la que el Comité para la Reconciliación Aborigen convirtió en una de sus condiciones en su Declaración para la Reconciliación, redactada con gran trabajo a lo largo de los diez años anteriores al centenario de la Federación Australiana, en 2001.

---

[42] *Age*, 5 de mayo de 2000.
[43] *Australian*, 13 de mayo de 2000.
[44] *SMH (Sydney Morning Hercule)*, 3 de marzo de 2000.
[45] *Age*, 13 de mayo de 2000.

La Declaración decía que «[...] si una parte de la nación expresaba su profunda pesadumbre y lamentaba profundamente las injusticias del pasado, entonces la otra parte aceptaba sus excusas y perdonaba». Los aborígenes habían vivido la historia de estas injusticias y se acordaban de ellas, porque formaban parte de la memoria de su pueblo. Sus líderes pertenecían con frecuencia a la generación de los niños robados. Por su lado, numerosos blancos valientes, hombres y mujeres, por lo general de izquierdas, habían contribuido a exhumar el pasado durante más de veinte años, pese a las sanciones en las que incurrían. Sus informes mostraban que si Australia había conseguido construir una sociedad igualitaria, democrática y respetuosa de la ley, no por ello dejaba de reposar sobre montañas de huesos de aborígenes. Reconocer una historia tan reciente, tan horrible, de la que las élites en el poder habían sido cómplices, era una conversión demasiado difícil como para no provocar resistencias. El ejemplo de *My Place* [Mi lugar], la autobiografía de Sally Morgan[46], que cuenta la historia de una mujer que «descubre» a su familia aborigen, cuyo pasado le había sido ocultado por completo, ponía en entredicho a miembros actuales de grandes familias de propietarios de tierras de la Australia Occidental en relación a acontecimientos que habrían querido olvidar de buena gana. Estos «reyes del *squatting*»[e] habían gobernado Australia durante un centenar de años y se negaban, en ocasiones, a abrir sus archivos familiares. Municipalidades enteras del Estado de Victoria guardaron silencio cuando se les preguntó sobre el rumor que circulaba respecto a que el «viejo» tenía la costumbre de arrojar a los aborígenes desde lo alto de los precipicios. Sin embargo, era imposible detener los relatos de envenenamientos con estricnina, de matanzas punitivas e incluso de jueces parciales. Finalmente, el Partido Laborista, que durante mucho tiempo había sido cómplice del profundo racismo de los blancos de la clase obrera, adoptó el punto de vista de los revisionistas. En la década de 1990 círculos intelectuales, e incluso ultraconservadores como Robert Manne, aceptaron, en un primer momento a contrapelo, luego abiertamente, que la historia de Australia incluía el genocidio. Ninguna diferenciación lógica respecto al Holocausto judío perpetrado por los nazis podía ocultar que la política del Estado australiano había sido incluida frecuentemente en las definiciones de genocidio emanadas de los actos jurídicos internacionales.

---

[46] Morgan, Virago Press, Londres, 1988, varias reimpresiones.

[e] *Squatting*: en un primer momento es la ocupación de tierras sin autorización; luego el término se aplicó a los ganaderos que ocupaban tierras en Nueva Gales del Sur y, por extensión, a los grandes ganaderos australianos blancos que había ocupado extensas superficies. [N. del T.]

La recuperación de esta historia oculta se parece a la de otros países en la misma época, en particular a los del ex Imperio británico. En Canadá, en África del Sur, en Nueva Zelanda, se reconoció que la colonización había fracasado al haber conducido a la destrucción de los pueblos colonizados, tanto de los individuos como de las culturas, y el Estado había expresado su pesar, había ofrecido resarcimientos y solicitado las medidas necesarias para llevar a cabo un proceso de pacificación. La Comisión Sudafricana para la Verdad y la Reconciliación es la expresión más dramática de lo que estamos diciendo. Por ello es sorprendente que la negación del genocidio se haya convertido en la política del Estado australiano, y que su primer ministro, John Howard, haya calificado la percepción que los negros tienen de esto como su «brazalete negro de duelo». Mientras el canciller de Alemania ha presentado excusas a los judíos, y el primer ministro británico ha hecho otro tanto respecto a Irlanda del Norte, y se ha expresado el pesar de forma parecida en otros lugares en donde la guerra y la invasión no eran el origen de medidas referentes a una «minoría», el Estado australiano se niega a hacer otro tanto. En 2000, el proceso de reconciliación australiano se encontraba en pleno caos. Australia se ha convertido, ocupando el lugar de Sudáfrica, en la más reaccionaria y racista de todas las ex colonias británicas.

La cuestión es: ¿por qué? ¿Por qué, cuando incluso los ultraconservadores «confiesan» que ellos mismos se convirtieron en cómplices del traslado forzado de los niños aborígenes, el primer ministro australiano se obstina en no pedir perdón? Una primera respuesta es que al oponerse a la verdadera historia rechaza asumir la responsabilidad de los actos cometidos por las generaciones anteriores. Junto a otras personalidades oficiales, alega que esta historia es parcial, que constituye un hiato o una excepción que se produjo en otros tiempos, durante la edificación prometedora, mientras no se demuestre lo contrario, de una sociedad moderna, justa, democráticamente liberal, basada en el imperio de la ley. La superchería de los hombres nunca había sido tan evidente como cuando estos hombres recusaron categóricamente la expresión «generación robada» (inventada por un funcionario del Estado) ya que «sólo el 10 por ciento» de niños aborígenes se vio afectado por la política de traslados forzosos y de asimilación.[47] Esto recuerda la postura de los revisionistas sobre el Holocausto, que argumentan que las cifras eran imprecisas, que la documentación no había sido la apropiada o, peor aún, que la mayoría de las víctimas murió de enfermedad, de malnutrición, y que no se tenía intención de matarlos.

[47] Informe de las 7.30 horas, *ABC TV*, 3 de abril de 2000.

Sin embargo, el primer ministro Howard podría alegar también, justamente, que él no hace más que expresar el punto de vista del 60 por ciento de los australianos, cuya hostilidad hacia todo lo que se refiera a la reparación de las injusticias pasadas aumentó de manera drástica durante los últimos veinticinco años, cuando se vieron constreñidos, primero por la acción política de los aborígenes, y luego por los historiadores, a hacer frente a la verdad. El llamamiento a los votos exigido por el Comité para la Reconciliación Aborigen y otras partes interesadas lo demuestra bien. La historia parcial que se enseña, y que los creadores de opinión incitan a creer, ha contribuido tristemente a prolongar la política de silencio sobre el pasado oculto, política que ya gozaba del apoyo de la población. Protestas desleales afirmaron que se habían aprobado los nuevos programas escolares relacionados con esta historia para ocultar la realidad, que era, según los conservadores, que la construcción de una nación exigía un relato cívico, heroico y mítico que no podía incluir un genocidio.[48] Los nuevos programas insistían en el aspecto positivo de esta «herencia», que permitía a los australianos decirse a sí mismos, con orgullo, «de Australia, mi patria». Puede verse que, mientras los cronistas advierten de vez en cuando a la opinión pública de que el rechazo a rectificar la Historia conlleva el riesgo de desencadenar la cólera de los aborígenes y de empujarlos a volverse contra este 60 por ciento de negacionistas, son pocos los especialistas que se interrogan sobre el retraso en asumir esta actitud por parte de los australianos.[49]

Los escrutinios mostraron que la mayoría aprobaba al primer ministro y que los blancos y el Estado no tenían que excusarse —recordemos que «excusa» es el término que resucita la historia negada de la destrucción de otros seres humanos por parte de los blancos, y que permite que sea escuchada la voz del otro—. Este rechazo masivo tiende a confirmar la observación de Pat Dodson que hemos citado antes: admitir el genocidio era criticar implícitamente los valores cívicos esenciales del pueblo australiano, pues el reconocimiento revelaba la existencia de una sociedad cuya estructura gubernamental se diferenciaba muy poco de la del *apartheid* de Sudáfrica y de los regímenes racistas y fascistas. Entre las razones dadas en los escrutinios destacan frases como «una identificación empática con la experiencia de los aborígenes sería demasiado dolorosa

---

[48] A. Davidson, «Democracy and Citizenship», en Hudson, Wayne, Kane, y John (coords.), *Rethinking Australian Citizenship*, Cambridge University Press, Cambridge, 2000.

[49] *Sydney Morning Herald*, 20 de mayo de 2000.

o demasiado amenazadora para nosotros» y «es demasiado desestabilizador admitir que nuestra democracia esconde un defecto grave»[50]. Esto corrobora la vieja idea jurídica según la cual «es muy posible que en Australia haya un poder que aprueba leyes semejantes a los decretos sobre las agrupaciones de *hábitat* en Sudáfrica[f] y a las leyes antijudías de Núremberg en Alemania»[51]. Sin embargo, enunciar públicamente puntos de vista que relacionan el trato de los aborígenes con los defectos estructurales del Estado australiano es «absurdo», según dice la prensa conservadora.

Constatar que resulta «demasiado doloroso o desestabilizador admitir que nuestra democracia esconde un defecto tan grave» ha conducido a los portavoces de los dos grandes partidos blancos a negarse a escuchar las críticas reiteradas de las organizaciones internacionales que condenaban las infracciones a los derechos del hombre y que situaban a Australia en la parte baja de la lista de los países de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE) en 1991.[52] Estos portavoces utilizan los mismos argumentos defensivos que hace cuarenta años, a saber, que Australia es por definición una democracia liberal y que, por consiguiente, es inútil tomar en consideración cualquier evaluación negativa de su observancia de los derechos del hombre (que se refieren, en este caso, a bastante más que al trato a los aborígenes). El Comité de los Derechos del Hombre de las Naciones Unidas condenó recientemente al gobierno de la Commonwealth de Australia por no haber sabido evitar que Australia Occidental y el Territorio del Norte hayan aprobado leyes punitivas que sancionan delitos menores y que afectan mayoritariamente a los aborígenes en comparación con otras comunidades. El primer ministro del Territorio del Norte simplemente rechazó la condena afirmando que era «fragmentaria» o «inestable», ya que provenía de extranjeros que ignoraban las realidades australianas.

Como se puede suponer, la diligencia de los aborígenes en sus llamamientos a las organizaciones internacionales de derechos humanos para solicitar su apoyo contra un Estado que se niega a que hagan oír la voz de su historia choca con-

---

[50] *Ibid.*, 3 de marzo de 2000.

[f] El autor se refiere a los llamados bantustanes, en los que se había dividido el territorio con criterios étnicos. Cada bantustán incluía a una etnia «de color», pero no había bantustanes para las distintas comunidades blancas. Estas agrupaciones estaban destinadas a separar a las poblaciones negras unas de otras, otorgando una independencia ficticia a cada una, pero en realidad seguían sometidas al poder central «blanquista». [N. del T.]

[51] *Herald Sun* y *Age*, 15 de mayo de 2000.

[52] *Humana*, 1992; Lateline, informe de *ABC TV*, 30 de abril de 2000.

tinuamente con las acusaciones de deslealtad y de traición.[53] Por otro lado, la postura de las Naciones Unidas sobre la aplicación de las convenciones que Australia ha firmado, o las de la Organización Internacional del Trabajo, de la Unión Europea y del Consejo de Europa, así como las críticas de las organizaciones no gubernamentales, se rechazan porque se estiman no pertinentes y mal documentadas y, en general, se ignoran oficialmente.

La reacción del Comité contra la Discriminación Racial al llamamiento que le dirigieron los aborígenes al término del proceso Wik es un ejemplo típico: condenó el hecho de que el Estado hubiese de restituir los beneficios producidos por las tierras objeto de las acusaciones en los procesos Mabo y Wik. Como vimos, ambos procesos, y más el de Mabo, tuvieron una importancia enorme, pues hicieron tambalearse las bases de la soberanía política que los australianos habían reivindicado y formulado siempre a lo largo de su historia. Mabo zanjó la cuestión en beneficio del derecho nativo a la tierra que seguía en vigor desde la instauración de la colonización, y Wik amplió este reglamento no sólo a las tierras de la Corona no enajenadas, sino también a las tierras arrendadas. Hasta esta primera decisión, la ley aplicada en el proceso Gove, en 1971, había llevado a Blackburn J. a tomar la decisión, una vez más, de que el derecho nativo había sido abolido por la colonización. Permitir que el derecho nativo tuviese vigencia habría significado admitir que la doctrina de la *terra nullius* era jurídicamente falsa y, por consiguiente, haría que se derrumbase la piedra angular de los argumentos que legitimaban el poder soberano del Estado australiano.[54] Esto amenazaba no sólo los inmensos intereses de las posesiones adquiridas, en particular las propiedades mineras, sino que reavivaba asimismo el espectro del movimiento separatista aborigen, proporcionándole una base legal. El decreto sobre el derecho nativo formaba parte, ya, de la legislación. Tras el proceso Wik, cuando el gobierno, temiendo las demandas de reparación, introdujo a toda prisa una legislación que limitaba las pretensiones del derecho nativo a las tierras libres y no enajenadas de la Corona que todavía pertenecían al Estado, las organizaciones aborígenes presentaron una demanda ante el Comité de las Naciones Unidas para la Eliminación de la Discriminación Racial. Sin embargo, esas organizaciones fueron difamadas por haber planteado la cuestión fuera del universo australiano y, en un acceso de despecho, el gobierno las acusó de no comportarse como ciudadanos.

---

[53] Mick Dodson, «Indigenous Peoples and Globalization», en A. Davidson y Kathleen Weekly, *Globalization and Citizenship in Asia-Pacific*, MacMillan, Londres, 1999.

[54] A. Davidson, *The Invisible State. The Formation of the Australian State, 1788-1901*, Cambridge University Press, Cambridge, 1991; H. Reynolds, *op.cit.*, 1996.

Además se puede explicar la postura sensiblemente contradictoria de los aborígenes ante el dilema planteado por su deseo de «australidad», por un lado, y, por el otro, de obtener la reparación de los daños sufridos, por el endurecimiento que implicaba el reconocimiento del derecho nativo y su exigencia de autodeterminación. Mantuvieron estas exigencias al menos hasta 1938, y se reforzaron cada vez que se sacaba a la luz un episodio de su historia que evitaba que se hundiese en el olvido. Así fue con ocasión de las marchas por la libertad, que imitaban a las del movimiento por las libertades civiles de Estados Unidos. En 1972 los aborígenes instalaron una embajada simbólica levantando una tienda ante el Parlamento de Canberra para exigir los derechos de la tierra, reparaciones y el reconocimiento de la soberanía indígena. El primer ministro conservador, William McMahon, mandó destrozar la tienda y echar a sus ocupantes tras ignominiosas trifulcas que sólo sirvieron para subrayar el desafío lanzado a la soberanía aborigen. En 1979 el Congreso Nacional de los Aborígenes decidió redactar un *makaratta* (tratado) y, en 1987, después de varias reuniones en Eva Valley, en Nueva Gales del Sur, se elaboró un primer borrador. El primer ministro laborista, Bob Hawke, aceptó oficialmente la declaración, llamada Barunga, que reiteraba las exigencias de 1972, y la incluyó en la Declaración de Derechos Humanos y de Soberanía, lo que entonces era una novedad. Las conversaciones sobre el tratado se vieron interrumpidas por la elección de Howard, y desembocaron en la creación de un Comité de Reconciliación.

Ciertos comentaristas consideran que Howard percibió una amenaza en la exigencia de «autodeterminación» que encierra la Declaración para la Reconciliación propuesta por el Comité de Reconciliación. Es cierto que en la década de 1990 el gobierno rechazó sin más toda posibilidad de firmar un tratado como el de Waitangi[g], o como los firmados en América del Norte entre indios y europeos, aunque quedó claro, considerando la dispersión de las comunidades aborígenes, que sus supuestos soberanistas eran puramente simbólicos.[55] Sin embargo, su Declaración de la Reconciliación trataba más bien de hacer que se respetase la comunidad de los aborígenes y de los isleños del Estrecho de Torres, su cultura y sus tradiciones legales. Incluso esta concesión simbólica fue rechazada, pese a las decisiones del tribunal basadas en el ICCPR, artículos 18,

---

[g] Tratado de Waitangi, firmado entre los maoríes de Nueva Zelanda y los ocupantes británicos tras las guerras maoríes que comenzaron en la década de 1840 y se prolongaron hasta las de 1860-1872. Los primeros fueron derrotados y hubieron de acceder a la presencia colonial británica, pero el tratado no era del todo desfavorable a los maoríes. [N. del T.]

[55] *Age*, 13 de mayo de 2000.

9, 27; el ICESR, artículos 1, 2, 3, 15; y la Declaración Universal de los Derechos Humanos, artículos 18, 19. Un hecho lo ilustra claramente: cuando un aborigen rompió la cámara de un blanco que filmaba las «actividades secretas» de varios niños con el pretexto de que «podría capturar sus almas», se consideró que se trataba de un acto de defensa relacionado con el derecho consuetudinario.[56]

Resulta, pues, desconcertante que la «autodeterminación» siga siendo algo amenazador hasta este punto —a menos que sean los valores que podría expresar lo que amenaza realmente a los conservadores—. El resultado de las votaciones sugiere, en efecto, que es el valor de la «diferencia» lo que detiene a la población australiana. Los aborígenes quieren ser tratados con justicia, sin que se suprima la condición expresa de adoptar la forma de vida de los blancos, pero esto es inaceptable para el 60 por ciento de la población australiana, cuya opinión pretende expresar Howard. La supervivencia de las relaciones tradicionales y espirituales entre la comunidad aborigen y la tierra, por las que la primera se considera sobre todo guardiana de la segunda más que su propietaria —por lo que no tiene derecho a explotarla—, parece constituir el núcleo del problema. Como se ha visto en el presente capítulo, éste ha sido siempre el problema para una sociedad basada en la idea de que su construcción procede de un contrato entre individuos, que establece una única regla legislativa, igual para todos. Esta teoría del contrato social proviene directamente de Locke, según el cual es el cultivo de la tierra lo que fundamenta y permite la construcción del edificio social en todo grupo humano civilizado. De ahí proviene la necesidad de una explotación sedentaria de la tierra. Un ser humano que dispone de una naturaleza fértil no es un nómada. Del mismo modo que no debe ir de una mujer a otra, ni de una mujer a un hombre. Es propietario, no guardián.

Es todavía demasiado pronto para plantear el problema de la alternativa entre el bien y el mal a los dos tercios, o casi, de la población de Australia. El hecho de que los aborígenes vivan hoy bien lejos, si no ya fuera, de las tradiciones y las lenguas que les pertenecían en 1788, permaneciendo en ellas y separándose de ellas al mismo tiempo, no puede borrar los terrores de los blancos, incluso cuando se trata sólo de discutir valores diferentes. Y que los aborígenes sean dirigidos por nuevas personalidades, para quienes la función de guardián de la tierra podría desembocar en su propiedad, no constituye un compromiso suficiente, como tampoco lo es el hecho de que los líderes hayan pedido votos y hayan reconocido que el proceso de reconciliación en marcha dura ya cincuenta años.

---

[56] Merkel, «The Right to Difference», *ALJ (Australian Law Journal)*, 72, pp. 939-945.

Con ocasión del Corroboree 2000[57], día de la reconciliación nacional, el 27 de mayo de 2000, el primer ministro no estaba presente. La masa de los manifestantes representaba al 30 por ciento de los australianos favorables a la reconciliación y al nuevo contrato social. El 60 por ciento que apoyaba a Howard siguió sin duda el acontecimiento por televisión. El líder aborigen, Pat Dodson, anunció que él tampoco estaría presente cuando se discutiese sobre una renovación orientada hacia un futuro mejor, porque incluso una decisión dirigida al futuro no podía tomarse sin echar de vez en cuando un vistazo atrás. Su discurso se remontó también a los sufrimientos padecidos por su familia a lo largo de la Historia, y declaró que la reconciliación no era simplemente un asunto de derechos económicos, sociales y de otro tipo:

> La reconciliación tiene que ver con cosas mucho más profundas [...] con la sangre y la carne de las vidas que nosotros debemos vivir juntos, y no con los detalles prácticos de los que todos deberíamos gozar como ciudadanos que somos [...]. Si no podemos dar cuenta de las verdades de nuestro pasado, no hay esperanza para nuestro futuro como nación [...]. No tendremos alma.[58]

---

[57] El *corroboree*, o *corrobori*, es una manifestación propia de la Australia aborigen. Consiste en una asamblea de aborígenes que se reúnen para cantar, bailar y a veces practicar ritos sagrados de sus antepasados.

[58] Mick Dodson, «Indigenous Peoples and Globalization», en A. Davidson y K. Weekly (compils.), *op. cit.*, 1999.

II. LA TRATA Y LA ESCLAVITUD

Sobre la trata y la esclavitud

Marc Ferro

Antes de la conquista de América, el mundo occidental había conocido formas de esclavitud cuya característica era que las víctimas no mantenían ningún nexo con su familia o con su comunidad. Solían ser, en general, esclavos domésticos. Sólo en el seno del mundo romano los esclavos desempeñaron un papel económico de importancia, ya que en las grandes propiedades proporcionaban a los ciudadanos los productos alimenticios necesarios para su subsistencia. Así, los 2 o 3 millones de esclavos representaban, en Italia, hasta un 30 por ciento de la población de la península. Este sistema esclavista, que prefigura al que más tarde conoció América, llegó a su fin con las invasiones bárbaras y el declinar de las ciudades que fue su consecuencia —la servidumbre tomó entonces el relevo de la esclavitud aunque, bajo su forma doméstica, sobrevivió todavía varios siglos, si bien había perdido su papel económico—. Cierto renacimiento de la esclavitud se produjo con las conquistas árabes, sobre todo en el este de Europa, donde quedaron asociados los términos de «eslavo» y «esclavo», y luego también en el oeste, donde las plantaciones de caña de azúcar, cultivadas por esclavos y por hombres libres, aparecieron ya en la época de las cruzadas. El comercio del azúcar en el Mediterráneo estaba en manos de los árabes, de los genoveses y de los venecianos, gravitando durante largo tiempo alrededor de Chipre y Creta, y luego del Algarbe, en Portugal.

Así pues, la identificación de la esclavitud con el cultivo de la caña de azúcar fue anterior a la conquista del Nuevo Mundo, pero entonces tenía escasa importancia, siendo todavía el modelo dominante la forma doméstica, con unos cuantos esclavos tan sólo para cada gran familia.

La esclavitud existía también en el África Negra, siendo la forma doméstica la dominante. Los esclavos constituían un producto de exportación en dirección al África septentrional, comercio que se hallaba en manos de los árabes. Este tráfico se desarrolló entre los siglos IX y XV, y la mayoría de las víctimas eran

mujeres y niños. A través de cinco o seis rutas alcanzaban la cifra de entre 5.000 y 10.000 personas al año destinadas a África del Norte, Arabia y Egipto, siendo el África oriental la proveedora más solicitada.

No eran numerosas las sociedades africanas para las que la venta de esclavos constituía el recurso principal. El valle del Níger, el Sudán y la costa oriental del Cuerno de África. El reino de Songhai también era un gran proveedor, pero fue destruido por los marroquíes en 1590. En total, antes de la llegada de los europeos, fueron deportados de esta manera de 3,5 a 10 millones de africanos, pero este tráfico no parece haber destruido las estructuras de los países afectados, y asimismo podemos preguntarnos cuál fue más importante, si el tráfico interafricano o la trata árabe.

Para la tradición anticolonialista, luego tercermundista, rememorar los excesos cometidos por las víctimas de la colonización es, en cierto modo, un tabú. Mientras que estigmatiza el racismo de los europeos, la manera en que han practicado la trata o la esclavitud, se muestra discreta respecto a estas mismas prácticas llevadas a cabo por los árabes.

La primera razón es, sin duda, que estas prácticas habían servido de coartada a los designios imperialistas del siglo XIX: para justificar la conquista del África Negra, Livingstone lanzaba la cifra de 21.000.000 de esclavos que habrían transitado por Zanzíbar. «Cifra extravagante», se diría después, que hoy ha sido reducida a 4.000.000, mientras que sigue en pie la cifra de 13.200.000 de esclavos deportados al otro lado del Atlántico.

Segunda razón: en tiempos de la colonización, el trabajo forzado sustituyó a la esclavitud y a la trata. Los anticolonialistas no sintieron la necesidad de condenar lo que les había precedido.

En cuanto a las víctimas de los árabes —los negros del África central y occidental—, suelen hablar pocas veces, y con fastidio, de este período anterior a la colonización europea. Cuando se trata de recordar al islam originario y las incursiones de los árabes, la mano del historiador africano tiembla todavía...

Uno de los datos es que, sin duda, la esclavitud y la trata existían en África Negra *antes* de la llegada de los árabes y de las conquistas europeas. Teniendo en cuenta que la noción de propiedad de la tierra no existía, los hombres y las mujeres eran la única fuente de riqueza. Su captura y su comercio, a través de la guerra o por otros medios, fomentaba los conflictos entre los reinos. Tales actividades se vieron estimuladas por la demanda exterior, la de los árabes desde el siglo XI, y la de los europeos desde el XVI. El ganado humano servía asimismo de moneda de cambio, y fue deportado al mundo árabe y al otro lado del Atlántico.

En la época preislámica, cuando estallaban conflictos entre los árabes y los etíopes, la suerte de los prisioneros, tradicionalmente, era la esclavitud. Y sucedía lo mismo en el Imperio romano, y luego en el bizantino.

Cuando triunfa el islam, el Corán —que establece los principios de aquél— repudió toda forma de desigualdad entre musulmanes, y condena, tanto como lo ignora, el racismo que podía existir entre los árabes y los negros.

Todo cambia con la creación de un vasto imperio, con el pretexto de la guerra santa o por otras razones. Desde ese momento los árabes se distinguen de los no árabes convertidos al islam asignándose una situación privilegiada, y los vencidos se veían sujetos a obligaciones varias, mientras que los no convertidos podían acabar siendo esclavos.

Mientras la ley islámica sólo establece jerarquías por grados de piedad, los árabes distinguirán pronto, entre los vencidos, a los que tienen la piel blanca (circasianos, armenios, eslavos) de los que la tienen más oscura (Alto Nilo y resto de África). Consideran que estos últimos son más primitivos y que, por lo demás, podían haber sido ya esclavos. Así, los árabes dispusieron de esclavos blancos y negros, y unos y otros solían ser con frecuencia soldados.

En los siglos siguientes los otomanos heredaron esta situación. En el siglo XIX, en la era de las reformas y por la influencia occidental, los otomanos trataron de poner fin a la trata, pero estas prácticas se perpetuaban en el Hiyaz y hacia Trípoli. La esclavitud era un «asunto interno» que continuaba haciendo estragos, pero era mucho menos cruel que el practicado por los europeos cuando enviaban hacia América a los negros provenientes de Angola, del Congo y de África occidental.

Cuando la trata fue prohibida en Occidente, los europeos se sumaron a la practicada por los árabes, como muestra más adelante el trabajo de Catherine Coquery-Vidrovitch sobre la colonización de Zanzíbar.

Si hay pocos rastros de estos negros en el mundo árabo-islámico —en Iraq, en el Mágreb, en Egipto, etc.—, es porque una parte de los hombres llevados allí por la trata fueron castrados y se convirtieron en eunucos, pero, sobre todo, porque sus condiciones de vida eran tales que su mortalidad superaba a la de los otros habitantes. «Era espantosa —según cuenta un contemporáneo inglés que vivía en Egipto en el siglo XIX—: cinco o seis años eran suficientes para suprimir a una generación de esclavos, de tal modo que al final del período era necesario hacerse de nuevo con más.» El primer Estado árabo-musulmán que abolió la esclavitud fue Tunicia, en 1846, pero la abolición no fue efectiva hasta la ocupación francesa, en 1881. En la parte turca del Imperio otomano el proceso se inició hacia 1830, afectando primero a los blancos —georgianos y circasianos— y luego a los negros en el Hiyaz (1857). Sin embargo, la esclavitud se-

guía en vigor en ciertas partes del mundo árabe: en Arabia Saudí se abolió en 1962; en Mauritania, en 1980.

Posteriormente, el secuestro de mujeres, etíopes y otras, por príncipes árabes de los Estados del Golfo Pěrsico, ¿constituye hoy una supervivencia de estas prácticas que entran en el «respeto de la tradición»?

Desde el fin de la colonización, al relativo silencio sobre las fechorías cometidas por los conquistadores no europeos —los árabes, sobre todo— se hace eco el silencio sobre el racismo que hacía estragos en los países islámicos. El mito de la ausencia de prejuicios raciales entre los árabes nació, parece ser, cuando los misioneros cristianos constataron que en el África Negra tenían menos éxito que los predicadores musulmanes. Sin duda esto se debía a que todo negro convertido al islam era hombre libre, al igual que sus conquistadores, pero también al hecho de que estos predicadores musulmanes eran negros, en tanto que los misioneros cristianos eran blancos (esto se ve bien en la película de Semběne Ousmane, en la que aparecen los *ceddo*, cuya acción transcurre en Senegal).

Se buscará en vano el más mínimo rastro de racismo en el Corán, pero, como en el Occidente cristiano, el racismo se desarrolla a causa de la conquista, del encuentro con las poblaciones sometidas. Muy pronto éstas, sobre todo las poblaciones negras, han puesto en entredicho este racismo árabe. Ya en el siglo IX, Jahis de Basora, probablemente descendiente en parte de africanos, escribía en árabe un ensayo, *El enorgullecimiento de los negros frente a los blancos*, que defendía a los zandch, negros del África oriental y bantúes, contra sus detractores —con diez siglos de adelanto respecto a los escritores negros francófonos de África occidental y del Caribe—. Hubo también otras obras de este tipo, en árabe y luego en turco.

No obstante, paulatinamente, van predominando los estereotipos contrarios —los más difundidos se refieren a los negros, que ellos mismos reproducen: «Tú eres un zandch por tu nariz y por tus labios (le dice un africano a otro) y tú también eres un zandch por el color y por tus axilas.» En cuanto a las mujeres, «tienen numerosos defectos; más negras son y más feos son sus rostros y sus dientes puntiagudos [...]. No pueden proporcionar ningún placer a causa de su olor y de la bastedad de sus cuerpos». En conjunto se considera a los negros frívolos, músicos, de una piedad simple. Por el contrario, encontramos respecto a los negros estereotipos idénticos a los que los europeos han forjado: la potencia sexual, las pulsiones insaciables y convicciones inversas a las anteriores, como se lee en las *Mil y una noches*.

Qué numerosas son las suaves hijas de los zandch,
que llevan consigo un fuego ardiente
tan grande como una copa...

La llegada de los portugueses representa un giro, aun cuando, tras su primer cargamento de esclavos en 1444, el comercio, en sus comienzos, difirió poco de las formas de tráfico anteriores. En efecto, los portugueses se interesaban sobre todo por el oro, las especias y el marfil, y ellos mismos intercambiaban por oro los esclavos que habían comprado o capturado. Su primer depósito de esclavos fue Santo Tomé, que se convirtió más tarde en un mercado y en tierra de plantaciones, sobre todo de caña de azúcar, lo que dio origen a la primera gran trata desde el Congo. Ésta se encontraba desconectada del antiguo tráfico de los árabes. Los intercambios, negociados con los reyes del Congo, se realizaban a un ritmo de doscientos esclavos al año a partir de fines del siglo XV, en el momento en que los españoles estaban exterminando a la población del Caribe.

CIFRAS ESTIMADAS DE LA TRATA DE NEGROS[1]

Ante todo, se impone una advertencia: es imposible obtener una cifra exacta respecto al número de esclavos africanos embarcados en los navíos negreros europeos. Faltan los elementos necesarios, pues el número de los esclavos embarcados y desembarcados no fue registrado exactamente para todas las expediciones negreras, y hay lagunas en las series conservadas. Además, las cifras, sin duda, pueden haber sido falsificadas para rehuir el pago de tasas y derechos de aduana. Las investigaciones más meticulosas llegan, pues, a resultados que sólo pueden ser de mínima, como subrayan especialmente Charles Becker para la trata francesa[2] y Joseph Inikori para la inglesa[3]. Sea como sea, he aquí las estimaciones a las que estos autores han llegado.

I. Para la trata francesa en el siglo XVIII, C. Becker propone la cifra de 1.017.010 esclavos deportados.

El autor se ha basado en las investigaciones de Mettas y de Daget que había publicado el *Répertoire des expéditions négrières françaises au XVIII siècle*[4], al que ha podido aportar complementos. Además ha introducido una estimación para las

→

[1] Según Yves Bénot. El cuadro ha sido elaborado por Catherine Coquery-Vidrovitch.
[2] *Cahiers d'Études Africaines*, n° 104, 1986, pp. 633-679, artículo de C. Becker.
[3] *Ibid.*, n° 128, 1992, artículo de J. Inikori.
[4] Publicado respectivamente en 1978 y 1984.

691 expediciones censadas sin indicar el número de esclavos embarcados y desembarcados. Convendría añadir la trata ilícita francesa bajo la Restauración, que podría acercarse a los 100.000 esclavos, y la oficial del último tercio del siglo XVII: 75.000 esclavos, quizá. Una vez más, este total, que se acercaría a 1.200.000 esclavos embarcados, no puede ser más que inferior a lo que fue, sin que, por el momento, se pueda concretar mejor la cifra.

II. Para la trata inglesa, entre 1655 y 1807, J. Inikori propone la cifra de 3.887.630 esclavos deportados.

La cifra incluye las expediciones negreras inglesas que partieron de las Antillas británicas, pero no las que partieron de las colonias inglesas de América del Norte, y luego también de los Estados Unidos hasta 1807. Por ello el autor estima que si no se tuviesen en cuenta nada más que los errores por defecto en su estimación, se llegaría a una cifra muy superior a los 4.000.000.

Así, las tratas francesa e inglesa, que son las más importantes, representan un mínimo de 5.200.000 o, lo que es más verosímil, entre 5.500.000 y 6.000.000 de africanos deportados. Para la trata ilícita del siglo XIX otro investigador, David Eltis[5], llega a una estimación de 2.293.000 para el período 1811-1870. Quedan la trata portuguesa hasta 1810 y la trata holandesa. Respecto a la primera, Frédéric Mauro estimaba que Brasil habría recibido, hasta 1800, 2.250.000 esclavos. Como se ve, estas estimaciones incompletas superan ya los 10.000.000 de deportados.

Sabemos que las evaluaciones globales varían todavía entre la cifra de 10 millones y la de 14 o 15 millones.

	Siglo XVI	Siglo XVII	Siglo XVIII	Siglo XIX
Trata árabe	900.000	700.000	700.000	1.800.000
Total: 4.100.000				
Trata europea	900.000	1.800.000	6.100.000	3.300.000
Total: 12.100.000				

[5] *Economic Growth and the Ending of the Transatlantic Slave Trade*, 1987, p. 249.

Los comerciantes genoveses y portugueses garantizan el relevo, lo que dio un impulso decisivo a la trata desde Santo Tomé. Los primeros que cruzaron el Atlántico provenían de esta parte de África o bien de los cautivos que habían sido cristianizados, como los esclavos domésticos que había en Cádiz o Lisboa. Desde este momento, los cautivos partían directamente del Congo, luego de Luanda (Angola), y el número de africanos deportados pasó de 5.000 a 6.000 al año. Españoles y holandeses participaron en el tráfico, junto a los portugueses, pues unos y otros eran demasiado poco numerosos como para permanecer en América. En el Nuevo Mundo, como antes en las islas Madeira y luego en las Canarias, la primera tarea asignada a los esclavos fue trabajar en las plantaciones, sobre todo en las de caña de azúcar.

En la América española los conquistadores no habían podido esclavizar a los indios cristianizados, pues la Corona se opuso, y los conquistadores hubieron de buscar formas de trabajo forzado que utilizaron las estructuras políticas y sociales de los imperios que ya existían a su llegada. En Brasil, los portugueses tampoco pudieron apoyarse en una población india fluida, y se impuso de manera más imperiosa la necesidad de importar esclavos, pues ni los españoles ni los portugueses de la vieja Europa tenían interés en emigrar para ir a trabajar. Entre 1551 y 1870 llegaron, pues, a las Américas 1.600.000 esclavos a los países controlados por España, 4.000.000 a Brasil, 3.700.000 al Caribe inglés, francés, holandés y danés. Y más de 500.000 a América del Norte.

LA HISTORIA DE LA ESCLAVITUD CONTADA A LOS NIÑOS DEL CARIBE (TRINIDAD, JAMAICA)[6]

«Ser libre es hacer lo que nos place y cuando nos place, mientras no hagamos daño a los demás. Si un ser humano se vuelve esclavo, pierde esta libertad y pertenece a alguien como si fuese un animal o un objeto. Si un esclavo huye de su amo o si es "robado", la ley ayudará a traerlo de nuevo. Es propiedad de su amo.

→

[6] Citado en pp. 52-53 en Marc Ferro, *Comment on raconte l'histoire aux enfants à travers le monde entier*, Payot, París, 1981, reed. 1992 [ed. cast.: *Cómo se cuenta la historia a los niños en el mundo entero*, FCE, México D. F., 1995. Trad. de S. Fernández Bravo, a la que nos hemos atenido. (N. del T.)]

»No se sabe quién fue el primer hombre que poseyó un esclavo. Quienquiera que haya sido, podemos estar seguros de que deseaba tener a alguien a su servicio sin tener que preocuparse por pagarle o remunerarle. Podemos estar seguros también de que esta práctica de tener esclavos es antigua, muy antigua. Hay quienes creen que únicamente los negros han sido esclavos. No hay mayor error. Gente de todos los países, hombres, mujeres y niños han sido esclavos en una época dada de su historia: la India, China, Egipto, Persia, Inglaterra, Francia y España. Los blancos llegaron a ser, algunas veces, esclavos de los negros, como veremos en los párrafos consagrados a los turcos y los musulmanes.

»No hace mucho, un hombre se convertía a veces en esclavo por haber cometido un crimen, o bien toda su familia podía ser vendida por deudas. Cuando una tribu se lanzaba a la guerra contra otra, la derrotada a menudo era vendida como esclava; de otra manera los habrían matado. En la Biblia leemos que toda la tribu de Israel fue vendida en esclavitud en Egipto.

»En Grecia [...] los esclavos estaban a cargo del comercio o eran maestros de escuela. Eran mejor tratados de lo que lo fueron los esclavos de las épocas posteriores.

»Existe una célebre historia de jóvenes ingleses que fueron vendidos en Roma en un mercado de esclavos. Eran los tiempos del Imperio romano. Eran tan hermosos, con sus cabellos rubios y sus bellos rostros, que un sacerdote cristiano les preguntó de dónde provenían. Respondieron que eran anglos, *angli*, que es la palabra latina para ingleses. El sacerdote no los llamó *angli*, sino *angeli* (ángeles) y los envió en misión a su país.

»[...] La extensión del cristianismo logró la desaparición de la esclavitud en Europa y los esclavos se convirtieron en siervos. Éstos estaban ligados a la tierra y no podían abandonarla sin la autorización de su amo. Cuando se vendía la tierra, los siervos se vendían junto con ella. Hace apenas trescientos años, los siervos de Escocia llevaban un collar de hierro al cuello, pero en Inglaterra ya no hay siervos desde hace quinientos años. En Rusia todavía había siervos hace ochenta.

»Hubo una forma despreciable de esclavitud durante cientos de años en torno al Mediterráneo. Los musulmanes de Turquía tenían la costumbre de vender como esclavo a todo cristiano que capturaban, a menos que abjurara de su religión y se hiciera musulmán. Ningún musulmán podía reducir a otro a la esclavitud. Para ellos, eso estaba mal; se les enseña en su Biblia, que se llama el Co-

rán. Igualmente, durante largo tiempo, los moros de Argelia y del norte de África llenaron el Mediterráneo con sus navíos, haciéndolo inseguro para los cristianos. En esta forma, europeos de todos los orígenes se convirtieron en esclavos y pasaron su vida como remeros en las galeras de los moros, encadenados al puente y sufriendo toda clase de malos tratos, de los cuales el más terrible era el látigo. Cuando una de sus galeras era hundida en una batalla, toda su tripulación se hundía con ella. No hace mucho, también, los turcos completaban sus ejércitos con cautivos, quienes habían sido arrancados cuando niños a sus padres, que eran cristianos. Después eran adiestrados para batirse y se convertían en temibles guerreros [...].»

Desdramatizada así por su contexto, la trata aparece, uno o dos años más tarde, como un fenómeno no específico. Nada se dice de su masa, de su amplitud, de su permanencia. No se dice que *todos* los negros, habitantes del continente americano, fueron traídos a él como esclavos.

Es evidente que las exportaciones agrícolas e incluso la colonización no habrían alcanzado los mismos resultados sin la esclavitud de los africanos. Excepto los metales preciosos, casi todos los productos que llegaron a Europa desde América fueron recolectados por negros. Podemos preguntarnos, incluso, si se habrían podido extraer beneficios de Brasil y del Caribe sin ellos. Lo que estaba en juego era demasiado importante como para que los discursos humanitarios fuesen escuchados. En el siglo XVIII las plantaciones esclavistas de las pequeñas islas del Caribe tenían más valor para Londres y para París que continentes enteros poblados por trabajadores libres...

El comercio de esclavos evolucionó muy lentamente en sus comienzos, insertándose en cierto modo en el tráfico africano, compuesto sobre todo por prisioneros de guerra. Durante dos o tres siglos se trató sobre todo de poblaciones que vivían cerca de las costas, pero debido a la demanda por parte de los colonos americanos y al hecho de que el precio de los esclavos no cesaba de aumentar, el movimiento creció en el siglo XVIII y a comienzos del XIX, llegándose a una media por año de 80.000 esclavos hacia la década de 1780. Desde ese momento, el golfo de Guinea, Biafra y Angola, con el Congo, se convirtieron en los principales proveedores, pero sin limitarse solamente ya a los prisioneros: las expediciones penetraban hasta el interior a capturar esclavos. Así quedaron arruinadas Angola y Mozambique. Los cam-

pesinos indefensos eran embarcados por los incursores negros y blancos, que podían llegar a guerrear entre ellos en esta caza de cautivos. África occidental resistió mejor este desastre, al ir sustituyendo paulatinamente la exportación de aceite de palma al tráfico de esclavos, especialmente en Senegambia y en la Costa de Oro (hoy Ghana). Sin embargo, en África central, al drama humano de las deportaciones se unió la ruina de los campos. Además, el tráfico de esclavos se perpetuó después de que los abolicionistas hubieran puesto fin a la trata atlántica, que se efectuaba ya en beneficio exclusivo de los potentados africanos.

El conjunto de los territorios controlados por los portugueses fue, más que otros, víctima de este drama humano, porque el transporte de los esclavos, más prolongado que el realizado desde el golfo de Guinea, provocó más muertos que en otros lugares: el viaje a América requería de treinta a treinta y tres días de viaje partiendo de Angola —y sólo una veintena desde Senegambia— y hasta cuarenta desde Mozambique.

Para que el viaje fuese rentable, era necesaria una media de 569 cautivos por barco desde Lourenço Marques (Mozambique), frente a 410 desde Angola, y menos a medida que se iba hacia el norte. La muerte golpeaba tres veces: primero, en el momento de la captura; luego, por las enfermedades y los malos golpes durante la travesía; y finalmente, una vez que llegaban a América, en los intentos de fuga. Así, de los 170.642 africanos en ruta hacia Río de Janeiro entre 1795 y 1811, 15.587 murieron en el mar y 606 ya en suelo brasileño. Parece ser que si bien las condiciones de la «travesía» eran tan crueles como han mostrado la novela y el cine en *Roots* [*Raíces*] y *Amistad*[7], también es cierto que los negreros cuidaban de que su cargamento no llegase en condiciones demasiado malas para poder venderlo al mejor precio.

---

[7] *Amistad*, la película de Spielberg (1997), muestra con fuerza las violencias y crímenes cometidos durante el transporte. De todos modos, obsérvese que el autor atribuye a Lincoln la supresión de la esclavitud, aun cuando las medidas del presidente se limitaban a Estados Unidos, y la trata y la esclavitud habían sido suprimidas varios decenios antes por el metodista británico Wilberforce y por el francés Schœlcher.

INFORME DEL CIRUJANO FALCONBRIDGE EN EL QUE RELATA SU EXPERIENCIA A BORDO DE UN BARCO NEGRERO DURANTE UNA TEMPESTAD QUE DURÓ VARIOS DÍAS Y QUE HABÍA IMPEDIDO TODA SALIDA DE LOS CAUTIVOS AL PUENTE PARA AIREARSE[8]

Un fuerte viento, acompañado de lluvia, nos había obligado a cerrar las portas, e incluso a cubrir los enrejados de ventilación, cuando el flujo y la fiebre se metió entre los negros. Durante el tiempo que estuvieron en este estado desafortunado yo bajaba con frecuencia entre ellos, tal como exigía mi profesión, pero al final el calor de sus apartamentos se hizo tan insoportable que no era posible permanecer allí más allá de unos minutos. Este calor excesivo ya no era la única cosa que hacía espantosa su situación. El puente, es decir, el piso de su cámara, estaba cubierto de tal manera de olores pútridos y de sangre, consecuencia del flujo que los había afectado, que al entrar se podría haber pensado que se entraba en un matadero.

No es posible que el espíritu humano imagine un cuadro tan horrible y tan repugnante como el estado en que estos seres miserables se encontraban entonces. Un gran número de esclavos había perdido el conocimiento; fueron llevados al segundo puente, donde varios murieron, y costó mucho trabajo hacer volver en sí a los otros. Y poco faltó para que no fuese yo a engrosar el número de las víctimas.

El traumatismo del viaje es tal que, apenas desembarcados en el Caribe, en Guayana o en Brasil, los «negros nuevos» quieren escapar. Si los capturan de nuevo, se mutilan, se estrangulan a sí mismos, más que intentar matar a su nuevo amo. «Treinta se han ahorcado en una vivienda de Saint-Vincent», informa Malenfant en su *Histoire de Saint-Domingue*, aparecida en 1814. Pronto, entre los «negros de la azada», destinados al cultivo, y los «negros de talento» se crea una diferenciación, pues estos últimos tratarán de ser liberados. Hacia 1780,

[8] Citado en Jean Métellus y Marcel Dorigny, *De l'esclavage aux abolitions, XVIIIe-XXe siècle*, Cercle d'Art, París, 1998.

en Guadalupe, para 101.991 habitantes, de los que 88.525 son negros, hay 3.044 libertos de color; más, proporcionalmente, en las islas francesas que en las inglesas, formando grupos notables en Santo Domingo y en la Martinica, donde algunos, a su vez, tienen esclavos.

Muchos pudieron huir. Estos cimarrones que desaparecen buscan un refugio, lo que es más fácil en la Guayana que en las islas, excepto la Dominica, que es grande, o en las islas españolas, gobernadas con más indolencia que las islas francesas o inglesas.

Haití: primera revolución exitosa de esclavos

En América las revueltas de los negros no han entrado en la Historia por no haber tenido éxito, excepto la de Toussaint Louverture en Haití. Sin embargo, han sido numerosas y se contabilizan, desde el siglo XVI, tres en La Española y diez por lo menos, entre 1649 y 1759, en las diferentes Antillas inglesas; se enumeran unas cincuenta en el sur de los futuros Estados Unidos, al igual que en Brasil, Guayana y Surinam, donde se crearon incluso «repúblicas» negras, siendo la de los boni la que tuvo mayor duración.

Charles Najman filmó en 1991 la celebración del bicentenario del levantamiento de la isla, *Le serment du roi Caïman* [El juramento del rey Caimán], que narra la revuelta del esclavo Boukman en agosto de 1791, la cual condujo, en 1804, a la primera independencia de los pueblos colonizados. La victoria sigue situándose bajo el doble signo del vudú y de las libertades republicanas que, en tiempos de Toussaint Louverture, dio a los negros la fuerza de combatir y de vencer a los ejércitos de Napoleón.

Al observar los efectos de la Declaración de los Derechos del Hombre, los blancos provocaron en Haití una especie de movimiento de independencia colono para prevenir las consecuencias, y tomaron medidas secesionistas. Sin embargo, en 1792, tras la insurrección de los mulatos y de los negros, que había estallado un año antes, la Asamblea Legislativa, en París, ratificó el decreto que confería la libertad a la clase mulata.

Con todo, el problema de la esclavitud permanecía intacto y, con Revolución francesa o sin ella, la trata proseguía como si nada hubiese ocurrido, con 112 salidas de puertos franceses en 1788, 134 en 1789, 121 en 1790, 107 en 1791; sólo en 1792 su número decreció: 59 salidas de barcos negreros, la mayoría provenientes de África o que zarpaban para las Antillas, como solía ser, vía Nantes y Burdeos.

Fue la insurrección de Toussaint Louverture, esclavo liberado en 1776, apóstol de la igualdad entre negros, mulatos y blancos en Haití, lo que condujo a la abolición de la esclavitud, ratificada por a la Convención Nacional en 1794. Convertido en oficial, ascendido a general por la República, rechazó la contrarrevolución mulata apoyada por los ingleses de las otras islas del Caribe, y luego resistió a la expedición enviada por Bonaparte, en la que fue hecho prisionero. Conducido a Francia, morirá allí tras haber declarado: «Derrocándome, sólo se ha abatido en Santo Domingo el tronco del árbol de la libertad de los negros; volverá a brotar de sus raíces.»

Bonaparte restableció la esclavitud, pero uno de los sucesores de Toussaint Louverture, Jean-Jacques Dessalines, obtuvo la unión sagrada entre negros y mulatos que permitió vencer a los franceses. Dessalines proclamó la independencia de toda la isla el 28 de septiembre de 1803.[9]

Pronto la parte oriental, hispanohablante, se separaba, y más tarde se convertirá en la República Dominicana, mientras que la porción madre de la independencia tomaba el nombre de Haití.

Fue la primera y única gran victoria de los esclavos, de la que los haitianos se sienten orgullosos hasta el punto de inmovilizarse en el tiempo, como si quisieran perpetuar este momento único que le envidian los demás pueblos del Caribe —que hoy, con todo, están más desarrollados—.

Los acontecimientos de Haití produjeron un extraordinario efecto inspirador. Esta revolución, a la que siguió una independencia conseguida por esclavos, espantó a las sociedades coloniales. Primero en el Caribe, donde los ingleses abolieron la esclavitud en Barbados y en Jamaica ante algunos amagos insurreccionales; luego en Guayana, en Surinam, y en la América ibérica. Incluso hay que preguntarse qué parte corresponde a estos acontecimientos en el movimiento independentista-colono desde Nueva Granada [hoy Colombia] al Río de la Plata. Por otro lado, al observar que en el Caribe las insurrecciones estaban dirigidas, en un primer momento, por mulatos, los ingleses comenzaron a regularizar en la India los matrimonios mixtos (1793). Por su parte, Francia puso fin a la esclavitud por segunda vez en 1848, gracias a la acción de Victor Schœlcher.

Por lo que respecta a la trata, su prohibición había sido decretada ya por el Reino Unido en 1807, luego por Francia en 1815, pero pese a todo esto no había sido abolida: la trata se desvió en parte hacia Brasil y hacia Cuba. Por si

---

[9] Véase Y. Bénot, *La démence coloniale sous Napoléon*, La Découverte, París, 1992.

A PROPÓSITO DE LAS MATANZAS DE BLANCOS DE 1804[10]

Sin duda hay que moderar las exageraciones verbales referentes a las estimaciones desorbitadamente delirantes de las víctimas de las matanzas de colonos franceses en 1804, antes de la extinción de la incandescencia vengativa de los altos hornos de la revolución antiesclavista. He aquí lo que dice el francés Catineau-Laroche, contemporáneo y él mismo colono en Santo Domingo, en una espiritual puntualización preparada para ser enviada al ministro francés de Asuntos Exteriores, unos quince años después de este acontecimiento que tanto se reprocha a los haitianos de Dessalines: «Pero, ¿no podría evaluarse la importancia de estas matanzas perpetradas a costa de la raza blanca por la raza africana, de estas matanzas que son el mayor argumento de los escritores coloniales contra el carácter de los negros, y que mantienen sin cesar el universo de sus novelas? Había en Santo Domingo solamente 30.000 blancos antes de la Revolución. Sin duda, han sido muertos unos cuantos en buena lid y muy lealmente en los ejércitos coloniales de 1791 a 1793; en el ejército inglés de 1793 a 1798; en el del general Leclerc en 1801 y en 1802; y no se dirá, pienso, que ésos han sido masacrados por la raza africana por odio de la raza europea, pues los europeos atacaban y los negros se veían reducidos a la necesidad de defenderse. Para estas tres guerras, pongamos 6.000. Y no era mucho, sin duda. Hay 3.000 colonos de Santo Domingo en los Estados Unidos y, en particular, en los Estados del Sur; de 3.000 a 4.000 en Puerto Rico; 10.000 en la isla de Cuba; 4.000 al menos en Francia; algunos cientos también en Samaná, en Puerto Plata, en Santo Domingo en la parte española; hay unos 1.000 al menos en la tropa y en la marina de los independientes de América del Sur; y los hay también en las Islas del Viento [Barlovento y Sotavento] y, finalmente, después de veintiocho años, la muerte se ha llevado también, pienso, de forma natural, a unos cuantos. Sin embargo, sumando, me parece que tras haber sido exterminada por la raza africana, la raza de los colonos de Santo Domingo no ha disminuido demasiado, y si juzgásemos su ardor bélico por el que anima todavía hoy a sus escritores, no podríamos dejar de estar de acuerdo en que, en general, los colonos que fueron muertos se encuentran bastante bien.»

[10] Leslie Manigat, «La révolution de Saint-Domingue débouche sur l'indépendance nationale», en *Éventail d'histoire vivante d'Haïti, Annexes documentaires*, tomo I, Puerto Príncipe, 1999.

fuera poco, por una especie de efecto perverso, en África se restablecieron las corrientes de la trata sahariana preeuropea: para la trata sudanesa, Georges Prunier propone la cifra de 750.000 deportados hacia Egipto y el golfo Pérsico entre 1820 y 1885.

Fue el agotamiento de la trata atlántica lo que regeneró la esclavitud propiamente africana justo en el momento en que, al repartirse África, se suponía que las potencias coloniales habían ido allí a acabar con este negocio en nombre de la civilización. Primero porque los moros pagaban los esclavos dos veces menos caros que los europeos, por lo que los reyes africanos debían capturar el doble. Luego, porque en lugar de venderlos, los reyes africanos preferían hacerlos trabajar en las plantaciones de cacahuetes, lo que producía más beneficios.

Ahora bien, como muestra meridianamente R. Botte, que el fin de la esclavitud fuese ley, desde 1848, en las posesiones francesas de África del Oeste, «es lo que entorpece la política de conquista colonial, contrarrestando los proyectos de anexión por parte de los franceses de las sociedades y Estados independientes (y esclavistas) de África del Oeste. Para que otras potencias no nos sustituyan, hay que permitir a las poblaciones que posean esclavos que se coloquen con ellos bajo la dependencia de Francia». Además, para algunas de estas poblaciones musulmanas con las que había que conciliarse, la supresión de la esclavitud era contraria al Corán. Para ganarse a los indígenas, una vez sometidos se les denomina «súbditos», y no «ciudadanos franceses», quedando así fuera de las disposiciones del decreto de 1848 y conservando el derecho a poseer esclavos. Los administradores hacen un llamamiento para que se les denomine cautivos en vez de esclavos, o incluso servidores; para justificar estas transgresiones, opinan que, quizá, a estos cautivos se les maltrata menos de lo que se maltrata en Francia «a nuestros proletarios».

Resumiendo, durante medio siglo, hasta 1902-1905, más que la supresión de la esclavitud, la práctica es la no aplicación del decreto de 1848...

En 1905 «el tono del decreto que suprime la esclavitud en el África Occidental francesa regula, para provocar su desaparición, una esclavitud que oficialmente ya no existía desde 1848...».

Ahora, si se libera a un cautivo, aparece un nuevo problema: es conveniente normativizar el trabajo libre, porque si no, el esclavo liberado «se convertiría en un vagabundo». Así, sometidos al trabajo forzado, muchos ex esclavos senegaleses se enrolaron, en 1914, en los *tirailleurs* [tropas coloniales francesas]...

SIN EMBARGO, LOS NEGROS NO FUERON LOS ÚNICOS QUE QUEDARON INCLUIDOS EN LOS REGISTROS DEL RACISMO. UN TEXTO DEL SIGLO XI PROPONE *DIX CONSEILS POUR ACHETER DES HOMMES ET DES FEMMES ESCLAVES* [DIEZ CONSEJOS PARA COMPRAR HOMBRES Y MUJERES ESCLAVOS]: SE DESCRIBEN MUJERES Y HOMBRES DE LOS PAÍSES SOMETIDOS[11]

Las indias que viven en el sudeste tienen una buena estatura, su piel es morena. La belleza ha sido concedida con largueza: palidez, piel clara, aliento agradable, dulzura y gracia. Pero envejecen rápidamente. Son fieles y afectuosas, muy seguras, sabias, y tienen la lengua muy ágil. No soportan ser humilladas pero soportan el dolor sin lamentarse hasta la muerte. Los hombres convienen para la protección de las personas y de los bienes, para el trabajo artesanal minucioso. Cogen frío con facilidad [...].

Las mujeres yemeníes son de la misma raza que las egipcias con el cuerpo de las bereberes, la alegría de las mujeres de Medina y la languidez de las muchachas de La Meca. Dan a luz a hermosos niños que se parecen un poco a los beduinos árabes [...].

Las mujeres etíopes tienen cuerpos llenos de gracia, suaves y débiles. Son proclives a la tisis y no tienen ningún don para el canto o la danza. Son delicadas y no se adaptan a ningún otro país salvo al suyo. Son buenas, esbeltas y se distinguen por la fuerza de su carácter y la debilidad de su cuerpo, exactamente como las nubias se distinguen por su fuerza física, pese a su delgadez, su debilidad de carácter y la brevedad de su vida causada por su mala digestión [...].

Las turcas reúnen la belleza, la palidez y la gracia. Su piel es de un moreno sedoso, son más menudas que la media, sin ser minúsculas. Son islas del tesoro para la procreación. Son raras las que tienen pezones gruesos. Sin embargo tienen algunas inclinaciones malas y son poco leales [...].

Las armenias son bellas si no se viesen afligidas por pies particularmente feos, aunque están bien hechas, son enérgicas y sólidas. La castidad es rara y está extendido el gusto por robar. Es raro que sean avaras, pero su naturaleza es grosera. La limpieza no debe de existir en su lengua. Si se deja a un esclavo armenio sin trabajar durante una hora, su inclinación natural no le conducirá a nada bueno. Sólo

[11] Citado en B. Lewis, *Race et couleurs en pays d'Islam*, Payot, París, 1982, pp. 140-147.

el miedo a la estaca le dicta un comportamiento correcto, y su único mérito es aguantar trabajos prolongados y rudos. Sus mujeres no son de ninguna utilidad para el placer. En una palabra, los armenios son para los blancos lo que los zandch son para los negros, la peor especie. Y cuántos puntos comunes: su fuerza física, su inmensa maldad, su naturaleza grosera.

LA MARSELLESA NEGRA[12]

Enfants des Noirs, proscrits du monde,
Pauvre chair changée en troupeau,
Qui de vous-mêmes, race immonde,
Portez le deuil sur votre peau!
Relevez du sol votre tête,
Osez retrouver en tout lieu
Des femmes, des enfants, un Dieu:
Le nom d'homme est votre conquête!

[Hijos de los negros, proscritos del mundo,
pobre carne hecha rebaño,
¡que lleváis, raza inmunda,
vuestro propio duelo en la piel!
Levantad vuestra cabeza del suelo,
osad hallar en todo lugar
mujeres, hijos, un Dios:
¡El nombre de hombre es vuestra conquista!]

El discurso pronunciado por el monje es también muy evocador:

→

[12] Imaginada por Lamartine en su obra *Toussaint Louverture*, en *Oeuvres poétiques*, Gallimard, París, 1963, p. 1.265, citado p. 7 en Jean Métellus, Marcel Dorigny, *op. cit.*

«¡Yo soy del color de aquellos a quienes se persigue!
Sin amar, sin odiar las banderas diferentes,
allí donde el hombre sufre, él me ve entre sus filas.
Más una raza humana es vencida y mancillada,
más sagrada es para mí y se convierte en mi patria.
Vosotros, insectos humanos,
al que el más vil de los blancos puede aún despreciar,
del que el loco puede burlarse, al que el niño puede quebrar,
que un revendedor de carne vende, mercadea y trasplanta.
Fuera de la ley de todo pueblo y fuera de la ley de Dios.»

LA DECLARACIÓN DE SCHŒLCHER[13]

No dudemos en descargar la responsabilidad de los horrores cometidos en esas terribles jornadas, como en todas las que siguieron, en los colonos, que al rebajar a los negros al nivel del bruto, les habían hecho perder los sentimientos humanos. Esa antorcha con la que los esclavos incendiaron la llanura, es la crueldad del régimen servil el que la había encendido. Es la barbarie del amo a la que hay que acusar de la barbarie del esclavo. Los blancos que han masacrado y ahogado a los negros a cientos a la vez, a quienes han hecho devorar por los perros, que han desgarrado a latigazos a las mujeres embarazadas, han perdido por sí mismos todo derecho a condenar los actos de ferocidad que la sed de venganza hizo cometer a los esclavos desencadenados...

A través de la cólera furiosa causada por los sufrimientos de una esclavitud tan cruel cuyos relatos hacen temblar, ¡la piedad no perdió sus derechos por doquier! Nos detenemos emocionados a contemplar al negro Bartolo que, en un primer momento, oculta a su amo; luego, pese al riesgo de ser considerado traidor, lo conduce, bajo un disfraz, a las puertas del Cap y, hecho esto, vuelve con los suyos. Pero, ¡ay!, en cuanto se restablece el orden, Bartolo, denunciado como si hubiera participado en el levantamiento, es condenado a muerte. Y ¿quién lo denuncia? ¿Quién? ¡Aquél a quien había salvado! Este monstruo se llamaba Mangin. Ejemplos parecidos, ¿no demuestran suficientemente hasta qué punto la esclavitud deprava al amo?

[13] Citada en pp. 27-28, en Jean Métellus, Marcel Dorigny, *op. cit.*

EL *ASIENTO* Y LA TRATA ATLÁNTICA

El transporte de esclavos de África a América fue durante mucho tiempo un monopolio, el *asiento*, que era un contrato entre la Corona de España y un particular o una compañía. O bien el Estado podía vender su concesión a cambio de una indemnización global, o bien obtenía ventaja de que el asiento funcionase en interés de sus dependencias. Para la Corona de España el contrato servía de sustituto a las factorías situadas en África, ya que carecía de ellas, a diferencia de Portugal, salvo en el período en que Portugal estuvo bajo la dominación del rey de España, entre 1580 y 1640.

Hasta finales del siglo XVI Sevilla es la ciudad donde se negocian la mayor parte de los contratos, siendo los portugueses los principales clientes. Hacia mediados de este siglo el contrato tipo es de 20 a 25 ducados por cabeza, para 4.000 o 5.000 esclavos al año. En el siglo XVII los holandeses toman el relevo de Portugal, y las principales transacciones se realizan en Curaçao. La obtención del monopolio se convierte pronto en uno de los fines de la guerra de Sucesión de España, y Felipe V lo cede a la Compagnie de Guinée [Compañía de Guinea], francesa, de la que Saint-Malo es uno de los puertos de matrícula. En el Tratado de Utrecht de 1713, Francia abandona el asiento en manos de Inglaterra; ésta se lo confía a la South Sea Company [Compañía del Mar Meridional], que tiene previsto un transporte de 144.000 negros en treinta años. Sin embargo, el asiento pierde interés a medida que aumenta la población de América y los mestizos y mulatos se multiplican.

Con la abolición de la trata negrera en 1817 se pone fin al asiento, pero los transportes clandestinos continúan en forma de contrabando. Éstos disminuyen de nuevo con la guerra de Secesión de los Estados Unidos, hacia 1865, que pone fin a la esclavitud.

Entre tanto, en la propia África, una nueva era de colonización hallaba uno de sus principios legitimadores en la lucha contra la trata y la esclavitud. Ésta fue sustituida por una variedad de trabajo forzado.

BIBLIOGRAFÍA

BÉNOT, Yves, *La Révolution française et la fin des colonies*, La Découverte, París, 1987; *La démence coloniale sous Napoléon*, La Découverte, París, 1992.

BOTTE, Roger, «L'esclavage africain après l'abolition en 1848. Servitude et droit du sol», en *Annales*, 5, septiembre de 2000, pp. 1.009-1.039.

COQUERY-VIDROVITCH, Catherine, *Afrique Noire, permanences et ruptures*, Payot, París, 1985, reed. L'Harmattan, París, 1992.

DEBBASCH, Yvon, «Le marronnage, essai sur la désertion de l'esclave antillais», en *L'Année Sociologique*, 1961, pp. 1-195.

KLEIN, Herbert S., *The Atlantic Slave Trade*, Cambridge University Press, Cambridge, 1999.

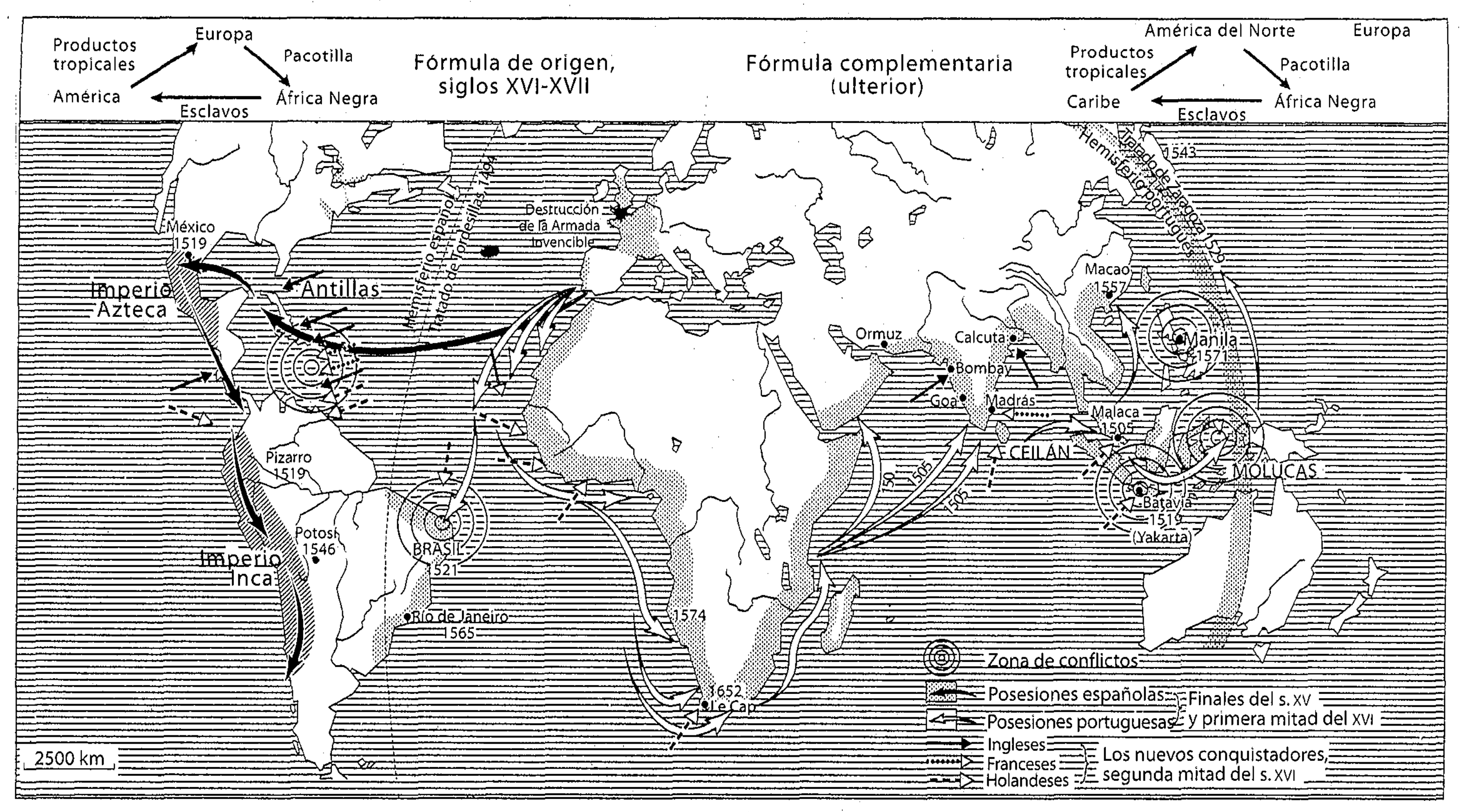
LEWIS, Bernard, *Race et couleurs en pays d'Islam*, Payot, París, 1982 (edic. original Harper and Roco, 1971).

M'BOW, A. M, J. KI-ZERBO, J. DEVISSE, *Histoire du VIIe au XVIIe siècle*, 1978.

PRUNIER, Gérard, «La traite soudanaise (1820-1885). Structures et périodisation», en S. Dager, *De la traite à l'esclavage*, 2 vols., París-Nantes, 1988.

THORNTON, John, *Africa and Africans: The Making of the Atlantic World, 1400-1680*, Cambridge University Press, Cambridge, 1992.

VALENSI, Lucette, «Esclaves blancs et esclaves noirs à Tunis au XIXe siècle», *Annales ESC*, 1970.



El reparto del mundo y el comercio triangular, siglos XV-XVII.

Los esclavos del sur de los Estados Unidos

Pap Ndiaye

Durante los dos siglos y medio que transcurrieron entre la llegada de una veintena de africanos a Virginia en 1619, y los últimos cañonazos de la guerra de Secesión, en 1865, la esclavitud ocupa un lugar central en la sociedad y la economía de Estados Unidos. Se trató de una respuesta a la demanda acuciante de mano de obra, en particular en el sur del país, donde ya en el siglo XVII hacen su aparición grandes plantaciones de tabaco, caña de azúcar, arroz y algodón. Este sistema de trabajo forzado quedó asociado estrechamente a este tipo de plantaciones, bien adaptadas a una labor regimentada y al cultivo colonial a gran escala. En este sentido, fue el motor principal de la colonización del subcontinente norteamericano por parte de los europeos.[1]

En los primeros tiempos, la mano de obra europea, compuesta por «trabajadores contratados» (*indentured servants*), bastó para las necesidades. Ingleses, irlandeses y alemanes pobres se ponían al servicio temporal de un amo que les pagaba el viaje transatlántico y luego les sacaba todo el trabajo que podía hasta que terminaba el contrato. Sin embargo, la falta de mano de obra se hizo tan grave a fines del siglo XVII que los británicos, apoyados en su marina, dueña del Atlántico, organizaron un comercio negrero a gran escala con la Royal African Company [Real Compañía Africana]. Sin duda, la compra de esclavos resultaba más cara que los trabajadores europeos, pero tenían la ventaja de ser esclavizados de por vida, y su descendencia también.[2]

[1] Para una buena bibliografía de la cuestión acudiremos a Peter Kolchin, *Une institution très particulière: l'esclavage aux États-Unis*, Belin, París, 1998. Véase también Randall M. Miller y John D. Smith (coords.), *Dictionary of Afro-American Slavery*, Wood, Greenwood, Westport (Conn.), 1997; e Ira Berlin, *Many Thousands Gone. The First Two Centuries of Slavery in North America*, Harvard University Press, Cambridge, 1998.

[2] Véase John J. McCusker y Russell R. Menard, *The Economy of British America, 1607-1789*, University of North Carolina Press, Chapel Hill, 1985.

La mayoría de los esclavos eran africanos o de origen africano, mientras que sus amos eran europeos o de origen europeo. Al contrario que otras formas de trabajo forzado, como la servidumbre de la Rusia zarista, la esclavitud americana se basaba en una relación de dominación de los blancos sobre los negros. La mayoría de los historiadores está de acuerdo hoy en considerar que la esclavitud y el racismo han interactuado en el contexto específico de la colonización estadounidense. El debate clásico (el racismo, ¿es producto derivado de la colonización y de la esclavitud, o viceversa?) ya no tiene sentido hoy. Con todo, en sus comienzos, la relación de dominación no era rígida, pero progresivamente la dominación racial se endureció para alcanzar una etapa importante a fines del siglo XVII, cuando todo un arsenal de leyes definió la condición de los negros y los aisló de la sociedad colonial blanca. Hacia 1750 la esclavitud representaba el sistema de trabajo principal de las colonias del sur de los Estados Unidos.

A la gran mayoría de los africanos, en un primer momento, se les encaminaba hacia el Caribe, y una parte de éstos se dirigía luego hacia el subcontinente norteamericano. Entre 1680 y 1770 la proporción de negros en el seno de la población total pasó del 6 al 40 por ciento en las colonias del sur. Hasta 1808, fecha de la prohibición de la trata transatlántica, las trece colonias inglesas que formaron Estados Unidos importaron aproximadamente 600.000 africanos, es decir, el 6 por ciento del total de esclavos deportados al Nuevo Mundo (alrededor de 10.000.000)[3].

Otra consecuencia de la prohibición de la trata: el desarrollo espectacular del comercio de esclavos dentro de las regiones del sur de los Estados Unidos. Se estima que entre 1790 y 1860 cerca de 1.000.000 de esclavos fueron deportados de las regiones costeras (sobre todo desde la bahía de Chesapeake) hacia el sudoeste (Kentucky y Tennessee, y luego Georgia, Mississippi, Alabama, Louisiana y Texas). Unas veces los esclavos seguían a sus amos, otras eran trasladados de una plantación a otra por medio de mercaderes de esclavos que buscaban jóvenes de ambos sexos robustos, aptos para trabajar en los campos de algodón y caña de azúcar. Son numerosos los relatos de esclavos que rememoran los recuerdos terribles de la separación familiar, de las marchas terrestres, con cadenas en los pies, hacia los mercados de esclavos de Nueva Orleans o de Montgomery, en Alabama.[4]

---

[3] Véase, por ejemplo, Hugh Thomas, *The Slave Trade: The Story of Atlantic Slave Trade, 1440-1870*, Simon and Schuster, Nueva York, 1997.

[4] Véase Michael Tadman, *Speculators and Slaves: Masters, Traders and Slaves in the Old South*, University of Wisconsin Press, Madison, 1989; y Walter Johnson, *Soul by Soul: Life Inside the Antebellum Slave Market*, Harvard University Press, Cambridge, 1999.

De este tráfico, más bien modesto si lo comparamos con el del Caribe o el de Brasil, acabó surgiendo la más numerosa población de esclavos del continente. La paradoja es sólo aparente: en Estados Unidos la tasa de natalidad de los esclavos superó la tasa de mortalidad mucho antes de la prohibición de la trata, mientras que en todos los demás lugares, en Brasil, en Jamaica, en Cuba, en Santo Domingo, el mantenimiento de los efectivos de la población esclava dependió de la importación continua de africanos. En estos países, cuando la trata se detuvo, el número de esclavos decreció. En 1810, los 1.100.000 esclavos de Estados Unidos representaban el doble de los negros deportados de África en el curso de los dos siglos anteriores. En los cincuenta años que siguieron, esta población aumentó más de tres veces, hasta alcanzar un total de 4.000.000 en 1860. Por el contrario, Brasil y el Caribe consumían una enorme cantidad de esclavos. Jamaica, por ejemplo, importó más de 750.000 africanos, de los que sólo quedaban 311.000 en 1834, fecha de la emancipación. En Estados Unidos la población esclava era seis veces más importante en 1860 que el número de africanos importados; en Jamaica, era dos veces menor.

Esta situación singular de los esclavos en Estados Unidos se debía fundamentalmente a una tasa de natalidad más elevada y a una tasa de mortalidad más baja que en el Caribe y en Brasil. Si todos los historiadores están de acuerdo en esto, debaten en cambio la parte relativa a los factores explicativos: ¿mejores condiciones de vida, mejor régimen alimenticio, ausencia de ciertas enfermedades que arrasaron los otros territorios esclavistas, proporción más elevada de mujeres, una situación política particular? Estos elementos se combinaban en proporciones difíciles de determinar.[5]

Con todo, está claro que las características demográficas singulares del sur de Estados Unidos tuvieron consecuencias culturales y sociales muy importantes. Para empezar, a diferencia del resto del continente americano, en el que la mayor parte de los esclavos adultos habían nacido en África, los esclavos de América del Norte nacidos en el país fueron mayoritarios ya antes de la prohibición de la trata. En el momento de la independencia estadounidense, el 80 por ciento de ellos habían nacido en América. La americanización de esta población ha sido objeto de importantes debates entre especialistas. En su día, el sociólogo E. Franklin Frazier estimaba que los esclavos habían abandonado completamente las culturas africanas de sus antepasados, pero a partir de la década de 1970, por influencia del nacionalismo negro y de las nuevas perspectivas en his-

[5] Véase Peter Kolchin, *Une institution très particulière*, *op. cit.*, cap. I.

toria cultural inspiradas en los trabajos pioneros de Melville Herskovits, la herencia cultural africana se revalorizó.[6] En realidad, es conveniente superar sin duda la oposición entre «americanización» y «supervivencias africanas»: la cultura africano-americana surge de las culturas africanas transformadas por la experiencia de la esclavitud. Los esclavos provenían de regiones de África cultural y socialmente diferentes, pero la experiencia de las cadenas contribuyó a la construcción de una cultura común y original. Así que, si los descendientes de los africanos ya no eran africanos, y si la propia África quedó convertida para ellos en una referencia lejana, es sin duda exagerado hablar de una fusión cultural entre negros y blancos en el sur.[7]

Además, los propietarios de esclavos residían mayoritariamente en sus plantaciones —salvo la notable excepción de las regiones arroceras de Carolina del Sur—, incluso cuando confiaban la gestión diaria a administradores. La situación era muy diferente en las otras regiones esclavistas de América, en las que los amos residían en las ciudades coloniales, cuando no residían en el Reino Unido o en Francia. Por ejemplo, los esclavos de Jamaica tenían muy pocos contactos con los blancos. Incluso los grandes propietarios del sur de los Estados Unidos se ocupaban con atención de sus asuntos, vigilando de cerca a los administradores, considerados negligentes, y querían dejar claro para todo el mundo quién era el verdadero jefe. A esto hay que añadir que la mayor parte de las plantaciones estadounidenses eran de pequeña extensión, a diferencia de las inmensas posesiones del Caribe. En Jamaica, más de tres cuartos de los esclavos vivían en plantaciones de más de cincuenta esclavos, y la mitad en plantaciones de más de ciento cincuenta esclavos, mientras que en América del Norte más de la mitad de los esclavos vivían en plantaciones de menos de diez esclavos. En 1860 sólo el 2,7 por ciento de los propietarios poseían cincuenta esclavos o más. Ahora bien, trabajar en plantaciones pequeñas significaba vivir en la proximidad inmediata de los amos.

Así pues, las regiones esclavistas de los Estados Unidos se caracterizaron por constantes interacciones entre negros y blancos, lo que aceleró la erosión de

---

[6] E. Franklin Frazier, *The Negro Family in the United States*, University of Chicago Press, Chicago, 1939; Melville J. Herskovits, *The Myth of the Negro Past*, Beacon Press, Boston, 1958; y Sterling Stuckey, *Slave Culture: Nationalist Theory and the Foundations of Black America*, Oxford University Press, Nueva York, 1987. Véase asimismo la obra clásica de Lawrence Levine, *Black Culture and Black Consciousness: Afro-American Folk Thought from Slavery to Freedom*, Oxford University Press, Nueva York, 1977.

[7] Véase Peter Kolchin, *Une institution très particulière*, *op. cit.*, pp. 47-53.

la herencia africana, al contrario que en el Caribe, donde la enorme mayoría negra conservó numerosas prácticas culturales africanas. Mientras que en Jamaica, en vísperas de la emancipación, había diez negros por cada blanco, la proporción era de dos blancos por cada negro en el sur de Estados Unidos.

Las relaciones entre ambas poblaciones no se caracterizaban tan sólo por la violencia. Sin duda, raros eran los esclavos que no conocieron la quemazón del látigo. La picota, el calabozo, las humillaciones y las violaciones eran moneda corriente, pero desde fines del siglo XVIII las brutalidades más atroces fueron haciéndose menos frecuentes y entraron en vigor códigos de comportamiento más o menos explícitos. En el siglo XIX la existencia de leyes que prohibían los malos tratos indicaban que los peores abusos ya no se aceptaban, aunque las leyes no siempre se cumplían.

Además, por si fuera poco, los sentimientos fueron deslizándose progresivamente en el seno del orden esclavista, primero entre compañeros de juego de infancia, negros y blancos, y luego entre amos y esclavos adultos. El paternalismo de los blancos respecto a los negros se ejerció de varias maneras, que Eugene Genovese ha analizado en una obra que es ya clásica, *Roll, Jordan, Roll*[8]. Los amos llamaban a sus esclavos «*my people*» [mi gente] y eran muchos los que se consideraban patriarcas benevolentes, atentos al bienestar y a la buena conducta de sus esclavos. Tales comportamientos no invalidan la crueldad esencial de la esclavitud. Revelan, con todo, que el poder de los amos no se basaba solamente en la brutalidad física, sino también en estrategias paternalistas y por tanto en el reconocimiento, aun limitado, de la humanidad de los esclavos. El paternalismo no significa que en Estados Unidos existiese una «esclavitud buena», más magnánima que en otros lugares, sino que los amos se interesaban por sus esclavos como personas. La relativa suavización de la esclavitud en Estados Unidos en comparación con sus equivalentes de América Latina no implicaba de ningún modo la supresión de las fronteras entre hombres libres y esclavos: al contrario. En el siglo XIX, la confirmación de la atención por su bienestar material iba a la par con nuevas leyes que imponían restricciones y controles suplementarios (como la prohibición de la alfabetización, limitación de las emancipaciones, o la multiplicación de las patrullas de vigilancia). Así, mientras las tensiones políticas se hacían más vivas entre el norte y el sur del país, la esclavitud se hizo al mismo tiempo más rígida y más paternalista.

---

[8] *Roll, Jordan, Roll: The World the Slaves Made*, Pantheon, Nueva York, 1974.

A medida que crecía la población afroamericana, sus ocupaciones se diversificaron. Los trabajos agrícolas eran predominantes, pero estaban extendidos los empleos domésticos y artesanales. En particular en las plantaciones muy grandes, una elaborada división del trabajo favoreció el surgimiento de una artesanía esclava de renombre (carpinteros, herreros, albañiles, toneleros...). Con todo, la mayoría de las plantaciones eran demasiado pequeñas como para permitir una estratificación profesional rígida. Respecto a los criados, los «esclavos de casa», su suerte podía parecer más envidiable, pero en realidad eran más dependientes, al estar directamente sometidos a los caprichos y, a menudo, a la violencia de sus amos.

En el trabajo los blancos vigilaban visualmente a los esclavos, pero en sus momentos de ocio éstos vivían, amaban, jugaban y rezaban en un universo desconocido para los amos. La vida social de los esclavos constituye hoy un tema de investigación privilegiado para los historiadores, pero esto no ha ocurrido[9] siempre. En la década de 1950 Stanley Elkins comparaba a los esclavos con los deportados de los campos nazis: infantilizados y dóciles, se les habría privado de toda capacidad de defensa, y la comunidad negra habría salido laminada y rota de dos siglos de esclavitud. Este punto de vista ha sido puesto en entredicho ampliamente. Por lo pronto, las comparaciones efectuadas con la esclavitud de los países latinoamericanos mostraron que, al contrario de lo que afirmó Elkins, la de Estados Unidos fue globalmente menos dura, y que no era una «institución total». Además, la nueva historia social, basada en los relatos autobiográficos de ex esclavos y en las entrevistas del Federal Writers' Project llevadas a cabo en la década de 1930, condujo a los historiadores de la de 1970 a valorar la capacidad de resistencia y autonomía de los esclavos, tratando de reconstruir su vida social, familiar o religiosa.[10] Por muy olvidada que haya estado, la autonomía familiar se mantenía relativamente: la familia protegía a los esclavos de los peores aspectos de la escla-

---

[9] Stanley Elkins, *Slavery: A Problem in American Institutional and Intellectual Life*, Chicago University Press, Chicago, 1959.

[10] Las aproximadamente dos mil narraciones recogidas en el marco del Federal Writers' Project constituyen una fuente de información inestimable sobre la vida cotidiana de los esclavos. Se han publicado veintidós volúmenes bajo la dirección de George P. Rawick: *The American Slave: A Composite Autobiography*, Greenwood, Westport (Connecticut), 1977 y 1979. Hay algunos extractos en francés en James Mellon, *Paroles d'esclaves: Les jours du fouet*, Seuil, París, 1991, colecc. Point Virgule. Véase asimismo Yuval Taylor (compil.), *I Was Born a Slave. An Anthology of Classic Slave Narratives*, Payback Press, Edimburgo, 1999. Algunos trabajos importantes: Eugene D. Genovese, *Roll, Jordan, Roll, op. cit.*; Lawrence Levine, *Black Culture and Black Consciousness, op. cit.*; Leon F. Littwack, *Been in the Storm so Long*, Oxford University Press, Nueva York, 1979.

vitud, y los lazos familiares eran sólidos, pese a las ventas y a la intromisión de los amos.[11] Asimismo, aunque la religión de los esclavos haya quedado marcada por la influencia de los blancos (en el siglo XIX la gran mayoría eran cristianos y habían adoptado las denominaciones del mundo protestante blanco, en especial del baptismo y del metodismo), se caracterizaba por prácticas originales, que apelaban a los sentimientos y a la emoción.[12] Sus servicios religiosos dedicaban su mayor parte a las promesas de emancipación (los relatos de Moisés que conducía a su pueblo a la Tierra Prometida eran los preferidos) en vez de a los sermones de obediencia, y se desarrollaban en una atmósfera intensa y ferviente.

Como sistema, la esclavitud era expoliadora, brutal e injusta. Sin embargo, en la vida cotidiana la mayor parte de los esclavos conocían las alegrías y las penas de los demás seres humanos, y sus relaciones con los blancos iban más allá de la explotación de su fuerza de trabajo. Pudieron desarrollar una cultura propia, aunque frágil, y en sus relaciones con sus amos, el afecto y la intimidad podían coexistir con el temor y la violencia pura.

Sin embargo, no hay que perder de vista que estas relaciones estaban sometidas básicamente a un imperativo de beneficio, que exigía un mínimo de cooperación por parte de los esclavos y, por lo tanto, de concesiones por parte de los amos. Éstas dependían de las distintas situaciones locales: las características de la plantación, el grado de cohesión de los negros, la personalidad del plantador. Algunos de ellos, especialmente pragmáticos, introdujeron incentivos económicos, tales como remuneración en especie o parcelas de terreno para los equipos de esclavos que, por ejemplo, hubiesen recolectado el mayor volumen de algodón. Hay historiadores que hablan, incluso, en las regiones arroceras de Carolina del Sur y de Georgia, del surgimiento de una clase de «protocampesinos», a semejanza de los esclavos del Caribe o de los siervos de la Rusia zarista que trabajaban una parte de la jornada por cuenta propia y comercializaban sus productos.[13]

---

[11] Herbert G. Gutman, *The Black Family in Slavery and Freedom, 1750-1925*, Pantheon, Nueva York, 1976.

[12] Véase el estudio clásico de Albert Raboteau, *Slave Religion: The «Invisible Institution» in the Antebellum South*, Oxford University Press, Nueva York, 1978; y John Boles (coord.), *Masters and Slaves in the House of the Lord: Race and Religion in the American South, 1740-1870*, University of Kentucky Press, Lexington, 1988.

[13] Philip D. Morgan, «The Ownership of Property by Slaves in tne Mid-Nineteenth Century Low Country», *Journal of Southern History*, 49, 1983, pp. 399-420; Thomas F. Armstrong, «From Task Labor to Free Labor: The Transition along Georgia's Rice Coast», *Georgia Historical Quarterly*, 64, 1980, pp. 432-437; Julia Floyd Smith, *Slavery and Rice Culture in Low Country Georgia*, University of Tennessee Press, Knoxville, 1985.

Antaño se consideraba a los esclavos trabajadores perezosos, indolentes, mucho menos eficaces que los trabajadores libres. En un primer momento la razón aducida fue de carácter racial. Para Ulrich B. Phillips, la esclavitud constituía para los negros una etapa indispensable entre la animalidad de las tribus africanas y la civilización. Siguiendo el ejemplo de la colonización de África, Phillips explicaba que la esclavitud era la «carga del hombre blanco», en este caso la de los plantadores bondadosos más preocupados por el bienestar de sus esclavos que por la rentabilidad de sus explotaciones.[14]

Hasta la década de 1960 no se puso en entredicho, básicamente, la idea de la escasa productividad de la esclavitud, al tiempo que se proponían otras explicaciones de la pereza de los negros. La primera era de orden económico: los esclavos eran negligentes, con tendencia al despilfarro, trabajaban mal y de mala gana porque no estaban a la altura de sus posibilidades, a causa de la falta de motivación y de estímulos económicos, y porque sus muy duras condiciones de vida disminuían gravemente su capacidad física e intelectual.[15] La segunda, más psicológica, traía a colación el espíritu de resistencia de los esclavos, lo que les habría empujado a una insidiosa labor de sabotaje de las actividades de la plantación.[16] Por esto mismo el sistema esclavista estaba abocado históricamente a desaparecer, y la guerra de Secesión no habría hecho más que precipitar su fin.

Con la utilización de las nuevas técnicas econométricas e informáticas se produjo un cambio de interpretación al permitir un tratamiento sistemático de los datos cifrados de los archivos de las plantaciones. *The Economics of Slavery* [La economía de la esclavitud], de Conrad y Meyer, abrió el camino a comienzos de la década de 1960, y luego, en 1974, apareció la clamorosa y controvertida *Time on the Cross* [Tiempo en la cruz], de Fogel y Engerman, con ciertos cálculos económicos que pueden tenerse en cuenta:[17] la esclavi-

---

[14] Ulrico B. Phillips, *American Negro Slavery*, Appleton, Nueva York, 1918.

[15] Eugene D. Genovese, *Économie politique de l'esclavage*, Maspero, París, 1968.

[16] Melville J. Herskovits, *The Myth of the Negro Past*, *op. cit.*; Kenneth M. Stampp, *The Peculiar Institution: Slavery in the Antebellum South*, Knopf, Nueva York, 1956.

[17] Alfred H. Conrad y John R. Meyer, *The Economics of Slavery and Other Studies in Econometric History*, Aldine, Chicago, 1958; Robert Fogel y Stanley Engerman, *Time on the Cross: The Economic of American Negro Slavery*, Little, Brown, Boston, 1974. Una lectura crítica de este libro se encuentra en Herbert Gutman (coord.), *Slavery and the Number Game: A Critique of Time on the Cross*, University of Illinois Press, Urbana, 1975. Las publicaciones recientes confirman la rentabilidad del sistema esclavista. Véase especialmente la síntesis historiográfica de Meter J. Parish, *Slavery: History and Historians*, Harper and Row, Nueva York, 1989; Robert Fogel, *Without Consent or Contract: The Rise and Fall of American Slavery*, Norton, Nueva York, 1989.

tud fue un sistema económico racional que generaba beneficios comparables a los de la industria, y en 1860 no estaba en declive, al contrario. La agricultura esclavista, debido a su utilización intensiva del capital y de la mano de obra, era muy eficaz; el esclavo medio no era perezoso ni inútil, sino que trabajaba duro y era más eficaz que el trabajador blanco. Esto no significa que la economía esclavista fuese un factor de desarrollo para el sur: el mecanismo de reinversión cuantitativo de los beneficios (en tierras y en esclavos) condenaba al país al estancamiento y reducía el volumen de capital disponible para otras actividades.[18]

Una elaborada división del trabajo en tareas concretas asignadas a diferentes grupos, el llamado *gang system*, permitía obtener, al menos en las grandes plantaciones, resultados notables. El *gang system*, que forzaba a los esclavos a trabajar con la cadencia de una cadena de montaje, los hacía más eficaces entre un 30 y un 40 por ciento respecto a los trabajadores libres que rechazaban la dictadura del reloj y la monotonía de las tareas inducidas por este método. Genovese estima que, con todo, los esclavos eran dueños de su ritmo de trabajo, que podían ralentizar o acelerar según el momento, en particular en función de las actividades agrícolas estacionales. Sea como fuere, resulta claro hoy que la resistencia más o menos pasiva de los esclavos sólo podía, en el mejor de los casos, limitar los beneficios de la productividad permitida por el sistema de equipos, y que su objetivo esencial era el de proteger a sus familias, más que el de derribar el sistema. En este marco, los esclavos tendían más bien a trabajar y a adquirir una maestría técnica, que eran los mejores garantes de los espacios de libertad posibles —sin adecuarse, aun así, a los objetivos y a los valores de sus amos—.

De todos modos, ciertos esclavos no doblaban el espinazo y resistían activamente al yugo esclavista. Todavía no hay demasiados trabajos históricos sobre la resistencia de los esclavos del sur de Estados Unidos. Sabemos que la presencia de un gran número de blancos y la estabilidad política de la región (salvo durante la guerra de Independencia y la guerra de Secesión) eran elementos poco propicios a una revuelta de gran amplitud. Los escasos intentos fracasaron lamentablemente. Sin duda el más conocido fue el de 1831, en el condado de Southampton, en Virginia: un centenar de esclavos rebeldes, dirigidos por Nat Turner, sembraron el pánico entre la población blanca y asesinaron a sesenta personas en veinti-

---

[18] Eugene D. Genovese, *op. cit.*; véase también Fred Bateman, *A Deplorable Scarcity: The Failure of Industrialization in the Slave Economy*, University of North Carolina Press, Chapel Hill, 1981.

cuatro horas. De todos modos, el ejército aplastó rápidamente la revuelta y eliminó o capturó a los rebeldes. El propio Turner, tras haber huido durante un tiempo de sus perseguidores, fue detenido, juzgado y ahorcado el 11 de noviembre de 1831.[19] Las rebeliones individuales fueron numerosas, en particular las de esclavos enfurecidos con un administrador o un amo brutales, contra los que reaccionaban violentamente, exponiéndose así a un castigo casi seguro.[20]

La huida constituía también una afrenta directa al poder blanco. Los negros libres del norte representaban un sueño para sus hermanos y hermanas del sur, pero huir de la región era una hazaña: había que salvar la vigilancia de la plantación, las patrullas y sus perros adiestrados para matar, las denuncias, viajar de noche, con frecuencia a pie y durante varios meses, a lo largo del «ferrocarril clandestino», una red organizada por negros y blancos que ofrecía albergue y comida. Cada año, un millar de esclavos conseguía huir. Algunos fugitivos se quedaban en el sur y se unían a las colonias de esclavos «cimarrones», creadas en lugares inhóspitos. Con todo, esta forma colectiva de resistencia era poco frecuente en una región densamente poblada, al contrario que en Brasil, Surinam o Jamaica, donde prosperaban importantes comunidades de cimarrones. Las características geográficas y demográficas del sur de Estados Unidos impedían el surgimiento de estrategias comunitarias. Sólo una guerra podía poner fin a la esclavitud, oficialmente prohibida por la Enmienda 13 de la Constitución, votada en enero de 1865 al terminar la guerra de Secesión —en la que, por otra parte, los negros, libres o esclavos, participaron de manera decisiva—. Los suicidios y las automutilaciones constituían también una forma de resistencia, desesperada en este caso. Su número parece haber sido elevado, sobre todo entre los esclavos recién llegados de África, que se ahogaban o se dejaban morir de hambre, como en Charleston en 1807. Las mutilaciones de manos y pies no eran raras entre aquellos que, al ser vendidos por su amo, se veían obligados a abandonar a sus familias.

Finalmente, y de forma más modesta, estaban muy extendidas formas de resistencia cotidiana por medio de sabotajes, ralentización de la cadencia en el trabajo, enfermedades simuladas, robos de alimentos o de material. Tales comportamientos podían servir de desahogo a los odios y frustraciones, pero no ponían del todo en cuestión la autoridad de los amos.

---

[19] Véase el interrogatorio de Nat Turner, «The Confessions of Nat Turner, the Leader of the Late Insurrection in Southampton, Va.», en Taylor, *I Was Born a Slave*, *op. cit.*

[20] Véase, por ejemplo, Melton McLaurin, *Celia, a Slave*, University of Georgia Press, Athens, 1991, sobre una joven esclava que mató a su amo y fue ahorcada.

Desde los primeros tiempos de la colonización América dependió ampliamente del trabajo forzado, y luego de la esclavitud. Como un tumor canceroso, la esclavitud se extendió en las colonias inglesas que se iban a convertir en los Estados Unidos a medida que los colonos fueron ocupando nuevas tierras exterminando y expulsando a la población india. La Revolución estadounidense no cambió básicamente la situación. La mayoría de los padres de la Constitución ¿no eran, acaso, grandes propietarios de esclavos? En cambio, el fin de la esclavitud alteró las relaciones sociales del sur de los Estados Unidos. Como escribe Peter Kolchin, «el mercado, establecido por la ley, sustituyó al látigo como árbitro supremo de las relaciones de trabajo»[21]. Sin embargo, las esperanzas de redistribución de tierras se disiparon rápidamente, lo mismo que los derechos civiles y políticos, pese a que habían sido otorgados formalmente al terminar la guerra de Secesión. A todo esto se añadió la violencia racista de los antiguos propietarios —que habían abandonado el paternalismo de antaño— y de los blancos pobres que competían con los negros en el mercado de trabajo. A finales del siglo XIX, el sur de Estados Unidos se encontró encorsetado por las famosas leyes «Jim Crow», que legalizaban la segregación racial e impedían votar a los negros.[22] El combate por la libertad no terminó con el fin de la esclavitud.

Hubo que esperar a los años posteriores a la II Guerra Mundial para que los afroestadounidenses, dirigidos por algunas figuras carismáticas, como la de Martin Luther King, se sacudiesen el yugo de la segregación, ayudados por un Tribunal Supremo que volvía a ser partidario de la igualdad de derechos. A pesar de los actos de terror perpetrados por una parte de la población blanca sudista, los negros del sur vieron confirmados sus derechos cívicos en 1964, al tiempo que el Congreso votaba diferentes dispositivos de corrección de la desigualdad de oportunidades derivada de la raza o del sexo. Es cierto que la situación económica y política de la mayoría de la población negra estadounidense ha mejorado considerablemente a partir de la década de 1960, aunque un tercio de sus representantes siguen viviendo por debajo del nivel de pobreza, con frecuencia en condiciones de miseria y de abandono indignas del país más rico del mundo.

Resumiendo, ¿la esclavitud, hoy, no es más que un recuerdo lejano, un frío tema de historia que ya no moviliza más que a unos centenares de universitarios? En realidad, nunca se insistirá lo suficiente sobre la importancia histórica de la

---

[21] Meter Kolchin, *Une institution très particulière*, *op. cit.*, p. 247.

[22] C. Vann Woodward, *The Strange Career of Jim Crow*, Oxford University Press, Nueva York, 1955.

esclavitud en Estados Unidos, tanto desde el punto de vista de la economía (el trabajo de los esclavos proporcionó el capital fundacional del crecimiento estadounidense), como desde el punto de vista de las relaciones entre negros y blancos, establecidas sobre la base de una dominación racista que nunca se ha borrado del todo, ni en las mentalidades ni en la organización social.

El reconocimiento del peso histórico de la esclavitud ha conducido a plantear la cuestión de las reparaciones morales y económicas que se deben a los descendientes de los esclavos. En una obra notable, *Debt: What America Owes to Blacks* [Deuda: Lo que Estados Unidos debe a los negros], el jurista Randall Robinson ha defendido la idea de las reparaciones, al igual que las que han obtenido los estadounidenses de origen japonés encerrados en campos de concentración, o los trabajadores-esclavos de las fábricas del III Reich alemán durante la II Guerra Mundial. Por lo que se refiere a la esclavitud, parece muy difícil y problemático fijar una mínima suma de dinero (¿cuánto?, ¿quién debe pagar y en nombre de quién?), y la comunidad negra se encuentra muy dividida sobre este asunto. Robinson propone, razonablemente, la creación de una fundación, financiada por el gobierno y todas las instituciones que se beneficiaron de la esclavitud, que se encargaría de asignar becas universitarias y de construir un museo nacional de la esclavitud en Washington.

El debate no está cerrado. Sea como sea, la idea de una reparación moral, más que financiera, recibe hoy el asentimiento de un gran número de estadounidenses. La Conferencia Mundial contra el Racismo, celebrada en Durban (Sudáfrica) en septiembre de 2001, ha ido en este sentido, reconociendo que la esclavitud fue un crimen contra la humanidad, y expresando el «pesar» de los países que, de una forma o de otra, se habían beneficiado de ella. Sin embargo, Estados Unidos se negó a asociarse a la declaración final, oficialmente para no colocar a Israel y al sionismo en situación de acusados... y quizá también para evitar un debate sobre la esclavitud y sus consecuencias en los propios Estados Unidos —con el alivio de muchos estadounidenses, incluidos dirigentes negros que no estaban de acuerdo con esta cuestión—.

Todo esto es aún más lamentable en cuanto que los negros, en Estados Unidos y en otros lugares, han padecido la falta de reconocimiento institucional de la esclavitud y de la colonización como momentos catastróficos de la historia del hombre. No se trata tan sólo de hacer justicia a las víctimas de una desgracia histórica, sino de construir una memoria colectiva basada en una historia explicitada y asumida por todos, más que sobre el rechazo y la vergüenza.

Después de esta última fecha, las decisiones de Estados Unidos, ¿han abolido realmente los excesos de la trata, de la esclavitud? No en lo que se refiere

ESTADÍSTICAS DE CIMARRONAJE EN CAROLINA DEL SUR
MOTIVOS Y DESTINOS DE LOS CIMARRONES DE CAROLINA DEL SUR[23]

	A. Oficio		B. Aptitud lingüística			C. Sexo		Total
	Esclavos cualificados	Esclavos agrícolas	Habla bien	Habla mal	No se menciona	Varones	Hembras	
De visita	157 21,4 61,6	576 18,6 71,9	95 13,0 57,6	26 35 55,5	612 83,5 72,5	523 71,4 65,3	210 28,6 82,3	733 100 69,4
Pasar por libre	79 41,1 31,0	113 58,9 14,1	55 28,6 33,3	3 1,6 6,4	134 69,8 15,9	164 85,4 20,5	28 14,6 11,0	192 100 18,2
Evitar ser vendido	17 15,9 6,7	90 84,1 11,2	11 10,3 6,7	16 15,0 34,0	80 74,7 9,5	94 87,9 11,7	13 12,1 5,1	107 100 10,1
Evitar los castigos	2 8,3 0,8	22 95,7 2,8	4 16,7 2,4	2 8,3 4,3	18 75,0 2,1	20 83,3 2,5	4 16,7 1,6	24 100 2,3
Total	255 100	801 100	165 100	47 100	844 100	801 100	255 100	1.056 100
Plantación	151 18,3 38,6	673 81,7 49,4	98 11,9 34,3	47 5,7 57,3	677 82,4 48,9	656 79,7 48,9	167 20,3 40,7	823 100 47,0
Ciudad	121 26,5 31,0	335 73,5 24,6	62 13,6 21,7	18 4,0 22,0	377 82,4 27,2	298 65,4 22,2	158 34,6 38,4	456 100 26,0
Fuera de la colonia	74 28,2 18,9	188 71,8 13,8	91 34,7 31,8	6 2,3 7,3	165 63,0 11,9	233 89,3 17,4	28 10,7 6,8	262 100 15,0
En el interior	7 13,7 1,8	43 86,3 3,2	8 15,7 2,8	8 15,7 9,8	35 68,6 2,5	50 96,1 3,7	2 3,9 0,5	51 100 2,9
Plantación en ciudad	38 23,6 9,7	123 16,3 9,0	27 16,8 9,4	3 1,9 3,6	131 81,3 9,5	105 65,2 7,8	56 34,8 13,6	161 100 9,1
Total	391 100	1.362 100	286 100	82 100	1.385 100	1.342 100	411 100	1.753 100

[23] Citado en la p. 583 en Philip D. Morgan, «Marronnage et culture servile», en *Annales ESC*, n° 3, Éditions de l'EHESIS-Armand Colin, París, mayo-junio de 1982. A la derecha de cada casilla, los porcentajes relativos, y debajo, el porcentaje absoluto.

a la explotación de niños, en todos los casos, que son obligados al trabajo forzado, a la prostitución, o destinados a la muerte en las guerras poscoloniales. La UNICEF hace esfuerzos para combatir estos horrores, y Estados tratan de perseguir a los nuevos «negreros», a quienes los grandes cambios económicos surgidos de la mundialización han abierto nuevas posibilidades[24].

ANEXO

ETAPAS DE LA ABOLICIÓN Y RESURGIMIENTOS[25]

1772	Reino Unido: al no existir ninguna ley que admita la esclavitud, un juez libera a un esclavo negro que había huido. Una decisión judicial proclama la libertad de todo esclavo que desembarque en el Reino Unido.
1788	Reino Unido: fundación de un Comité para la abolición del comercio de esclavos. Llegada a Sierra Leona de negros liberados en el Reino Unido.
1788	París: creación de la Sociedad de Amigos de los Negros.
1791	Insurrección de los esclavos de Santo Domingo.
1792	Dinamarca decide abolir el tráfico de esclavos.
1793	La Convención decreta la abolición de la esclavitud en las colonias francesas.
1802	Bonaparte restablece la esclavitud en las colonias francesas.
1807	Abolición de la trata por el Reino Unido.
1808	Abolición de la trata por los Estados Unidos.
1815	Tratado de Viena: acuerdos de los Estados europeos para la abolición de la trata.
1817	Francia: abolición de la trata.
1833	Abolición de la esclavitud en las colonias británicas.
1848	Victor Schœlcher consigue abolir la esclavitud en las colonias francesas.
1857	Abolición de la trata en el Imperio otomano.
1865	Abolición de la esclavitud en Estados Unidos.
1888	Abolición de la esclavitud en Brasil.
1962	Abolición de la esclavitud en Arabia Saudí.
1980	Abolición de la esclavitud en Mauritania.

[24] Claire Brisset, *Un monde qui dévore ses enfants*, Liana Levi, París, 1997. Se estima en 250.000.000 el número de niños obligados a trabajos forzados. De ellos, 5.000.000 viven en la India.

[25] Sobre el discurso anticolonialista que acompaña o precede a estas decisiones, véase *infra* el trabajo de Marcel Merle «El anticolonialismo».

III. DOMINACIONES Y RESISTENCIAS

El Nuevo Mundo

IMPERIALISMOS IBÉRICOS[a]

Carmen Bernand

La primera forma moderna del imperialismo occidental fue obra de España y de Portugal. El Nuevo Mundo fue, sin duda, la pieza clave de un conjunto cuyas redes y entornos superan con todo el marco americano y han de ser considerados a escala planetaria. La expansión ibérica se inicia en el siglo XV, con los primeros viajes de exploración de los portugueses a lo largo de las costas africanas. En 1487 Bartolomeu Dias dobla el cabo de las Tormentas o de Buena Esperanza, haciendo posible así la conexión marítima con Asia. Unos años más tarde, en 1492, Cristóbal Colón desembarca en las Antillas, y en 1498 Vasco da Gama arriba al puerto de Calicut, en la India. España y Portugal se reparten el mundo. Por el Tratado de Tordesillas de 1494, que excluye de los descubrimientos a Francia y a Inglaterra, todas las tierras situadas a oriente de un meridiano que pasa a 370 leguas de Cabo Verde serán portuguesas.

España y Portugal se reparten el mundo

La conquista de las islas Filipinas, gobernadas por sultanes islamizados con quienes entra en contacto por primera vez la expedición de Magallanes, se lle-

[a] Con el fin de delimitar conceptos —y de evitar implicaciones ideológicas— utilizaremos *Iberoamérica* para indicar la América ocupada por España y Portugal; *Hispanoamérica* para indicar la América ocupada por los españoles; *América Latina* para indicar la América no anglosajona, aunque esta expresión es sumamente ambigua e inexacta y la emplearemos lo menos posible; utilizaremos *América* cuando haya que indicar a TODA América, de Alaska a la Tierra del Fuego. Los términos *Indoamérica* y *Afroamérica*, ahora de moda, los utilizaremos también lo menos posible. [N. del T.]

va a cabo desde las costas de la Nueva España (México). En 1566 el primer navío con destino al archipiélago zarpa del puerto de Acapulco, y la ciudad de Manila se funda en 1568. Durante unos sesenta años, entre 1580 y 1640, la unión de las dos coronas, española y portuguesa, transforma el Pacífico en un océano español. El conjunto de los territorios reunidos bajo el cetro de Felipe II de España, lo que se llama la monarquía católica, forma un inmenso espacio de interconexiones políticas, económicas y culturales en el que los virreinatos de América, y en particular el de la Nueva España, desempeñan un papel de primera magnitud.[1]

Estas fechas, que se remontan, pues, a los últimos tiempos de la Edad Media, indican que el imperialismo ibérico era de otra naturaleza que los imperios británico y francés, que se formarán en el siglo XIX, en contextos muy diferentes. La «Conquista», por emplear un término corriente en la historiografía de la América hispánica, fue, de algún modo, la prolongación de la *Reconquista*, es decir, de la «reconquista» cristiana de los reinos musulmanes que se habían desarrollado en la península a partir de comienzos del siglo VIII. Así pues, a los intereses políticos y económicos de España y Portugal hay que añadir el poderoso motor ideológico que fueron la evangelización de los indios y la extensión del cristianismo a expensas del islam.

Los conquistadores no eran colonos, al contrario que las familias inglesas y francesas que se establecieron en Nueva Inglaterra y en Nueva Francia en el siglo XVII. Las expediciones de aquéllos constituían acciones privadas y su proyecto no era cultivar la tierra, sino vivir a costa de los trabajadores indios. El renombre, el prestigio y, evidentemente, la riqueza constituían las motivaciones de estos hombres de armas, pero los aventureros que habían hecho posible la presencia ibérica en el Nuevo Mundo muy pronto se vieron apartados o controlados por la Corona, que impuso un orden administrativo y religioso que se mantuvo hasta comienzos del siglo XIX. Es decir, las expediciones de conquista no representan más que uno de los aspectos de un fenómeno más complejo, que no se puede reducir a las brutalidades de los conquistadores.

La imposición de un tributo a los indios es un rasgo evidente de dominación colonial. Colonial es también el traslado de una gran parte de las riquezas de Brasil y de la América hispánica a Europa, cuyo desarrollo industrial favorecerá. Los impuestos pagados por la población de América permitían a la Corona sufragar

---

[1] Serge Gruzinski, «Les mondes mêlés de la monarchie catholique et autres connected histories», *Annales HESS*, enero-febrero de 2001, 1, pp. 85-117.

los gastos de la administración y de la defensa del imperio, y el superávit beneficiaba a la metrópoli. Con todo, al menos en los siglos XVI y XVII, el Perú y la Nueva España no eran exactamente colonias, sino reinos unidos a la Corona, al igual que los de Nápoles o Navarra. Hay que recordar igualmente que no todos los territorios conquistados presentaban las mismas características demográficas y culturales. México y Perú, sociedades complejas, fuertemente estratificadas y centralizadas, cuyas raíces se remontaban a un pasado milenario de constructores de ciudades, proporcionaron, pese al hundimiento demográfico, una mano de obra indígena importante. La conquista de México por Hernán Cortés y sus hombres fue rápida, y los primeros misioneros, formados en el humanismo renacentista, pudieron, con la colaboración de las élites mexicas, salvar una parte del patrimonio antiguo. La del Perú fue más tardía y más brutal. A lo largo de unos treinta años, los Andes fueron escenario, en un primer momento, de enfrentamientos entre las distintas facciones de conquistadores, y luego entre éstos y los representantes de la Corona. Los indios aprovecharon las luchas intestinas para atacar los pueblos y ciudades españoles. El último foco insurreccional inca no fue reducido hasta 1572.

Otras diferencias caracterizan al mundo hispanoamericano. Los núcleos fuertes de la dominación española eran la Nueva España y el Perú, prolongado éste hacia el norte por la Nueva Granada (Colombia actual). En las fronteras norte, este y sur de estos reinos las comunidades indias insumisas amenazaban las instalaciones españolas. Estos grupos resistieron a la dominación colonial tomando del invasor armas y caballos, y penetrando en las redes comerciales. El Yucatán permaneció largo tiempo periférico debido a su lejanía y a la ausencia de oro, y la lengua maya predominó sobre el castellano. Por el contrario, en las tierras altas de Guatemala al poder central le fue difícil ejercer un control sobre los conquistadores, que diezmaron a la aristocracia cakchiquel, quiché y potoman. Territorios de difícil acceso, como la Amazonia, fueron explorados por los misioneros, pero permanecieron durante mucho tiempo relativamente al margen del control administrativo de las grandes ciudades coloniales. Finalmente, a lo largo de los siglos, provincias como Venezuela o el Río de la Plata adquirieron importancia económica debido a su situación estratégica y se convirtieron en los dos principales focos de las luchas independentistas.

La colonización portuguesa se llevó a cabo de manera algo diferente. El Brasil, «descubierto» en 1500 por Pedro Álvares Cabral, quedaba asignado a Portugal en virtud del Tratado de Tordesillas. En sus costas no había sociedades estatales como las de los mexicas o los incas, sino dos millones y medio de indios, sedentarios o nómadas, dispersos sobre un inmenso territorio de fronteras des-

conocidas. Al principio los contactos con los indios costeros fueron pacíficos y se limitaron básicamente a intercambios: por útiles de hierro, metal desconocido en el continente, los tupíes daban a los portugueses plumas de aves exóticas y sobre todo brasil, madera conocida por el nombre de *pau brasil*, con el que se podía obtener un tinte rojo. Con el fin de controlar mejor los territorios costeros, la Corona portuguesa creó circunscripciones llamadas capitanías, y los jesuitas agruparon a los tupíes en aldeas. Sin embargo, la competencia entre portugueses, franceses y holandeses por el palo de brasil ejerció una presión tal sobre los indios que éstos se rebelaron contra los extranjeros. En 1546 el capitán Duarte Coelho, que había recibido Pernambuco, denunció los abusos de los mercaderes. «Para impulsar a los indios a proporcionar brasil —escribe— ya no bastan los útiles de hierro. Ahora hay que darles además perlas de Bahía, telas de calidad y, lo que es peor, espadas y arcabuces. Pues, desde que disponen de útiles, se han vuelto más perezosos que nunca, insolentes y fieros, y se rebelan contra nosotros.»[2]

El imperialismo portugués se basaba en el control de los mares y en la superioridad marítima. Lisboa era el centro de este comercio, y la planta baja del palacio real estaba ocupada por almacenes. En las colonias de Portugal no hubo burocracia tentacular como en las posesiones españolas, al menos en los dos primeros siglos, sino establecimientos, factorías y campesinos lusos enviados a las posesiones de ultramar. En Brasil, al estar los indios dispersos sobre un inmenso territorio, las epidemias no afectaron más que parcialmente a los pueblos que vivían lejos de la costa. Al no haber vivido, como los mexicanos y los peruanos, en sociedades fuertemente jerarquizadas y centralizadas, los indios no se sometían fácilmente al trabajo, a pesar de las incursiones esclavistas.

La Nueva España era ya el más bello florón de España —y su capital, México, poseía una universidad desde 1555—, cuando los portugueses iniciaron la penetración en el interior del Brasil. Una de las cabezas de puente fue São Paulo, que entonces era un villorrio polvoriento en el que la tercera parte de sus habitantes eran mestizos. De aquí salían las columnas de *bandeirantes* portugueses con sus «mamelucos» indios y mestizos para abastecerse de esclavos indios. Estas incursiones continuaron hasta el siglo XIX: los *bandeirantes* modernos atacaban las misiones españolas de la Amazonia, se llevaban a los indios, los redu-

[2] Citado en Robin Blackburn, *The Making of New World Slavery. From the Baroque to the Modern, 1492-1800*, Verso, Londres, 1997, pp. 163-164.

cían a la esclavitud y empujaban las fronteras brasileñas cada vez más hacia el oeste. El territorio de Acre, que pertenecía a la Bolivia independiente y republicana en 1899, fue colonizado por los caucheros brasileños, se declaró independiente y fue anexionado al Brasil en 1903 a cambio de una indemnización de 15.000 libras esterlinas. El ejemplo muestra claramente que la conquista del Brasil no finalizó hasta el siglo XX y que supera ampliamente los límites cronológicos de la «Conquista» española...

La extensión del imperio ibérico produjo una literatura jurídica e histórica considerable, uno de cuyos temas más importantes fue la cuestión de la legitimidad de la dominación española. Ésta se basaba en una bula papal de 1493, pero la intervención del Santo Padre en los asuntos civiles planteaba problemas jurídicos. Francisco I de Francia se había opuesto a este privilegio acordado a España y a Portugal, que no aparecía en ninguna cláusula del testamento de Adán. Excluidos de los inmensos territorios del Nuevo Mundo, con la misión de convertir a los indios, los reinos europeos trataban por todos los medios de abrir una brecha en ese «imperio en el que no se ponía el sol». En el Nuevo Mundo, las caletas del Caribe se prestaban a las incursiones extranjeras. Cuba se convirtió en presa fácil para los corsarios franceses, ingleses y holandeses, deseosos también de introducirse en esta región. En 1554 Santiago de Cuba fue saqueada por los corsarios franceses y, al año siguiente, Jacques Sore incendió La Habana y se estableció en ella temporalmente. Los españoles, conscientes de la importancia estratégica de la isla, protegerán el puerto de La Habana con fortificaciones, pero la amenaza constante de los piratas provocó inestabilidad económica y social durante todo el siglo XVII.

En Brasil los franceses crean la Francia Antártica en la bahía de Guanabara, en 1555, donde permanecen hasta 1560. Sus disensiones religiosas —calvinistas y católicos se enfrentarán sin tregua— facilitarán la conquista de esta zona por los portugueses bajo las órdenes del gobernador Mem de Sá. Éste expulsa a los franceses y funda la ciudad de Río de Janeiro, cerrando con esta acción la brecha del litoral atlántico que se encontraba en manos extranjeras. La tregua dura poco, pues en 1624 los holandeses invaden Bahía y se quedan un año y, luego, en 1630, ocupan Pernambuco hasta 1654. Los holandeses se establecen también en el Caribe, en Aruba, Tobago y Curaçao, entre 1631 y 1634, y son dominantes en Guayana hasta finales del siglo XVIII. En 1635, la Compañía de las Islas de las Américas, francesa, ocupa Guadalupe y la Martinica. Francia, de este modo, obtiene su porción en el reparto del Nuevo Mundo.

El estrecho de Magallanes es el otro punto débil del dispositivo hispánico. Francis Drake, que en 1572 había saqueado en el istmo de Panamá los convoyes provenientes del Perú, consiguió rodear el falso cabo de Hornos en 1577, allí donde no había vigilancia española. Recorre la costa de Chile hasta el puerto de El Callao, pero su intento de apoderarse de Lima fracasa. El corsario debe dirigirse hacia California y, desde allí, cruza el Pacífico en dirección oeste. El cerrojo de Magallanes ha saltado y el imperio hispánico se ve amenazado por los ingleses, cuyas incursiones se multiplican tras la muerte de Drake. En las Guayanas, a fines del siglo XVI, Walter Raleigh prepara una expedición por el río Orinoco y hace correr la voz de que los ingleses van a restaurar el trono de los incas. Esta creencia seguirá vigente hasta las luchas de la independencia. En el Caribe, Jamaica cae en manos de los ingleses en 1655. Por otro lado, La Habana, en 1762, es ocupada durante varios meses por los ingleses, durante la guerra de los Siete Años.

Así pues, los imperialismos ibéricos han de enfrentarse a otros actores europeos que luchan por la obtención de las materias primas americanas y por el control de las rutas marítimas. La trata de esclavos y su monopolio se convierte en una de las principales metas de las distintas potencias europeas. Cuando termina la dominación colonial ibérica, entre 1810 y 1898, Francia, pero sobre todo el Reino Unido, inician nuevas formas de imperialismo. Con la pérdida de Cuba y de Puerto Rico, y del archipiélago de las Filipinas por parte de España, en 1898, el imperialismo español es sustituido por el de Estados Unidos, situación que dura hasta hoy en día. En 1904, tras la intervención de Estados Unidos en la independencia de Panamá, Theodore Roosevelt modifica de modo sustancial los principios panamericanos contenidos en la doctrina de James Monroe enunciada en 1823, en el contexto de la emancipación de las colonias hispanoamericanas. Desde entonces, por medio de la política del *big stick* [garrote], los Estados Unidos se erigen en gendarmes del continente para defender sus intereses nacionales. La dolarización del Ecuador, en octubre de 2000, no es más que uno de los últimos capítulos colonialistas con los que se cierra el siglo XX en América Latina.

El caso del Brasil es una excepción, puesto que se independiza de Portugal en 1821. Don Pedro, hijo del regente portugués que se había refugiado en Río de Janeiro para huir de la invasión napoleónica de Portugal, es proclamado rey del Brasil. El régimen monárquico permite al Brasil conservar su unidad política y no sufrir el desmembramiento territorial, como sucedió con los demás Estados latinoamericanos. La república no se instaurará en Brasil hasta 1889, un año después de la abolición de la esclavitud.

La conquista animal

La expedición de Hernán Cortés había zarpado de Cuba con el fin de alcanzar las costas de México. Contaba 508 hombres, más otro centenar que formaba parte de las tripulaciones, 17 caballos, 32 ballesteros, 13 escopeteros, 10 cañones de bronce y cuatro falconetes. Frente a los españoles había unos 20.000.000 de mexicanos. En Perú, la relación de fuerzas era también, a priori, desfavorable para los españoles, pues «los de Cajamarca», como se llama a los hombres de Francisco Pizarro, no eran más que 168, entre los cuales había ocho arcabuceros.[3] Este desequilibrio muestra claramente que las armas no fueron suficientes, aun cuando las hojas de acero y el fuego de los arcabuces desempeñaron un papel importante. Menos de cien españoles acabaron con la dominación mexica y sólo 35 jinetes acompañaron a Francisco Pizarro a Cajamarca, donde se apoderaron del inca Atahualpa. Otros muchos factores hicieron posible la conquista. Las alianzas de los extranjeros con los grupos étnicos —los tlascaltecas en México, los cañarí en Perú—, las tácticas militares de los españoles frente a la ritualización de los combates indios, o el temor inspirado por los caballos, aunque no eran muy numerosos, ayudaron a la causa de los invasores.

Sin duda, los mejores auxiliares de los españoles fueron los microbios, que se propagaron rápidamente en un continente que, durante milenios, se había mantenido aislado del Viejo Mundo. Por esto, las enfermedades que eran endémicas en Europa y que se transmitían por el aire, como la gripe, el sarampión o la tos ferina, provocaron una verdadera hecatombe en poblaciones que no habían desarrollado ninguna inmunidad contra estos microorganismos. Otros males más terribles, como el tifus exantemático, llamado en México *cocolitzli*, y la viruela diezmaron a las comunidades indias. Varias oleadas epidémicas fueron las responsables de la desaparición de cerca del 90 por ciento de la población india en un siglo. La más mortífera fue probablemente la de 1545 en México. Otra epidemia, la llamada *gran pestilencia*, afectó a todo el continente a partir de 1575: se trataba de una pandemia de gripe cuyo foco se encontraba en la península Ibérica en 1557. En el Nuevo Mundo se extendió a gran velocidad, de México a los Andes, de la cordillera a la costa del Brasil. Luego la viruela tomará el relevo.[4]

---

[3] C. Bernand y Serge Gruzinski, *Histoire du Nouveau Monde*, t. I., Fayard, París, 1991, pp. 296-298 y 466-470.

[4] Entre las numerosas obras que tratan de las epidemias, nosotros hemos seguido, para las últimas estimaciones, la de Noble David Cook, *Born to Die. Desease in New World Conquest, 1492-*

Las plagas epidémicas estimularon los estudios de botánica con el fin de comprobar la eficacia de las plantas exóticas. En 1552, en México, un médico indio hispanizado, Martín de la Cruz, redactó un texto médico importante que fue traducido al latín por Juan Badiano, nativo de Xochimilco, con el título de *Libellus de medicinalibus indorum herbis* [Librito de las hierbas medicinales de los indios]. En él describe la fiebre, contra la que propone cierto número de remedios vegetales. En esta obra, conocida también por el título de *Codex Badianus*, el autor nos ha dejado la representación pictórica de un hombre cubierto de pústulas, mientras vomita. Este notable libro se incluye en una serie de textos de botánica producidos por el colonialismo ibérico. Diez años después, el médico portugués de origen judío Garcia d'Orta publicó en Goa (India portuguesa) *Colóquios dos simples* [Coloquios de los simples], que introdujo en Europa la flora de la India. Finalmente, en 1571, el médico español Nicolás Monardes estudió en Sevilla las plantas medicinales americanas y redactó un tratado sobre el uso de estas drogas. Las hierbas y las ideas circulaban en el mundo ibérico, de las Indias occidentales a las Indias orientales.

En justa reciprocidad, en el mes de diciembre de 1494 un mal extraño, caracterizado por chancros en los órganos genitales, contaminó a toda Italia con ocasión de la campaña de Carlos VIII, rey de Francia, que pretendía conquistar el reino de Nápoles. Se le llamó «mal francés» o «mal de Nápoles». En español se llamó *bubas* (por alusión a los bubones, que presentaban una analogía con los de la peste). En 1504, un médico español, Rodrigo Díaz de l'Isla, describe esta enfermedad y establece su foco en La Española, donde existía en estado endémico. El primer sifilítico fue, al parecer, Martín Alonso Pinzón, uno de los comandantes de Colón, que volvió de la expedición en 1493 para morir. El nombre de sífilis no apareció hasta más tarde, en 1530, debido a la pluma de Girolamo Fracastoro. Por estas fechas ya se había propagado por África, y poco después alcanzó a Japón y China.[5]

Los animales importados de Europa —bovinos, cerdos, caballos, ovejas, cabras y pollos— alteraron la vida de las poblaciones indias y de su medio natural. El caballo había sido el instrumento natural de la conquista, pero en los primeros años de la empresa estos animales eran todavía poco numerosos, pues

---

1650, Cambridge University Press, Cambridge, 1998; y el libro de referencia de Alfred W. Crosby, *Ecological Imperialism: The Biological Expansion of Europe, 900-1900*, Cambridge University Press, Cambridge, 1986 [ed. cast.: *Imperialismo ecológico. La expansión biológica de Europa, 900-1900*, trad. de M. Iniesta, Crítica, Barcelona, 1988].

[5] Marcel Sendrail, *Histoire culturelle de la maladie*, Privat, París, 1980, pp. 318-328.

las travesías del océano solían resultarles fatales. Para paliar estos inconvenientes, los españoles crearon remontas en las Antillas y en las costas del Caribe. En unos años los caballos se multiplicaron de manera notable y la mayor parte, asilvestrados, erraron por las praderas del Nuevo Mundo. La invasión animal tuvo, en un primer momento, consecuencias nefastas sobre la vida de las poblaciones indígenas. En Cuba, el aumento exponencial de bovinos y caballos provocó una gran mortandad por hambre entre los indios. En México, los rebaños de ovinos transformaron el en tiempos de los aztecas muy fértil valle de Mezquital en un semidesierto. En los Andes, la irrupción de las cabras y los carneros erosionó las laderas de las montañas, y la lana compitió con la más fina y más cara de las llamas, las alpacas y las vicuñas, mientras la abundancia de lana proporcionaba actividad a los talleres textiles.

El conquistador Pedro de Mendoza llevó algunos caballos al Río de la Plata en 1536. Con ocasión de la segunda fundación de Buenos Aires, en 1580, Juan de Garay halló miles de caballos salvajes que recorrían las llanuras circundantes. Los indios, que tenían miedo de estos animales extraños, comprendieron enseguida la utilidad que podía derivarse de ellos y se convirtieron en jinetes muy hábiles. A finales de la década de 1550, apenas diez años después de la conquista de la Araucaria por Pedro de Valdivia, los indios reche, antepasados de los mapuches, disponían ya de escuadrones de caballería. Gracias a este animal, los indios adquirieron una movilidad impensable hasta ese momento, y una muy aumentada capacidad de resistencia ante el avance español.[6] Sin embargo, no se debe considerar al caballo de manera aislada, pues se inscribe en el conjunto de la cría difundida con éxito ya en los primeros años que siguieron a la conquista. La introducción del ganado era una forma de ocupación del suelo por parte de los animales. Los marinos portugueses embarcaban siempre animales domésticos y, en cuanto se acercaban a costas desconocidas, soltaban algunos. Las vacas se reproducían libremente y constituían para los futuros conquistadores una reserva de carne. En 1530, el ganado importado por los portugueses abundaba en las costas del Brasil. En la América hispánica formaba parte del paisaje ya en la segunda mitad del siglo XVI.[7] El gobernador

---

[6] Guillaume Boccara, *Guerre et ethnognèse mapuche dans le Chili colonial*, L'Harmattan, París, 1998, pp. 276-281.

[7] Pierre Deffontaines, «L'introduction du bétail en Amérique latine», *Les Cahiers d'Outre-Mer*, nº 37, enero-marzo de 1957, pp. 5-22; Jean-Pierre Digard, «Un aspect méconnu de l'histoire de l'Amérique: la domestication des animaux», *L'homme*, nº 122-124, abril-diciembre de 1992, XXXII (2-3-4), pp. 253-270.

Hernandarias había dejado en 1587 cien animales en los alrededores de Santa Fe del Paraná (Argentina); quince años más tarde había unos cien mil.

Las vacas y los cerdos modificaron las costumbres culinarias de los indios y de los españoles. Acecinada, la carne fue exportada a España y a Europa, y sirvió asimismo para la alimentación de los esclavos negros de las plantaciones, en especial las de la costa brasileña. En el Río de la Plata, la abundancia de vacas silvestres, a las que se cazaba para obtener cuero, garantizó a los habitantes del puerto de Buenos Aires un alimento cárnico diario. No obstante, los indios de las llanuras australes se beneficiaron también de este maná bovino. En otros lugares, como en Nuevo México, la reproducción rápida de los rebaños y la abundancia de carne y leche tuvo repercusiones políticas inesperadas, pues los jefes de cazadores de los *pueblos indios* perdieron su especificidad y su prestigio.[8] Entre los animales de tamaño más modesto, la rata negra, que había desembarcado también de los navíos europeos, se extendió en unos años a toda América, gracias a las plantaciones de maíz que les permitieron prosperar.

La destrucción de las Indias y la Leyenda Negra

En 1552, el dominico Bartolomé de las Casas publicó en Sevilla la más violenta requisitoria jamás escrita contra los excesos del colonialismo. La *Brevísima relación de la destrucción de las Indias* conoció un éxito enorme fuera de España. En 1579 fue traducida al francés por un protestante flamenco, Jacques de Miggrode, con el título distorsionado de *Tyrannies et cruautés des Espagnols* [Tiranías y crueldades de los españoles][b]. A partir de esta fecha fue traducida varias veces y enriquecida desde 1598 con grabados de De Bry. Esta iconografía realista y terrible dio vida a la Leyenda Negra sobre la crueldad intrínseca de los españoles.[9]

Sin pretender aquí minimizar las atrocidades de la conquista, es conveniente situar estos escritos en su contexto, con el fin de comprender el partido que sacaron de ellos las monarquías europeas, celosas del poderío de Felipe II. De

---

[8] Ramón Gutiérrez, *When Jesus Came, the Corn-Mothers Went Away. Marriage, Sexuality and Power in New Mexico, 1500-1846*, Stanford University Press, Stanford, 1991, p. 57.

[b] También se publicó fuera de España con otro título significativo: *El papismo al desnudo*. [N. del T.]

[9] Bartolomé de las Casas, *La très brève relation de la destruction des Indes (1552)*, Éditions Chandeigne, París, 1995, introducción de Alain Milhou, análisis iconográfico de Jean-Paul Duviols. [El original español es *Brevísima relación de la destrucción de las Indias*. Hay numerosas ediciones; mencionaremos la incluida en *Obra indigenista*, Alianza Editorial, Madrid, 1985.]

las Casas se mostró excesivo, sin duda, y su texto es un panfleto político de tonos apocalípticos pues, como bien indica el título, el dominico creía realmente que España sería castigada por Dios debido a sus fechorías en las Indias. Para captar el alcance de su libro, hay que remontarse a los primeros tiempos de la conquista y a la terrible experiencia antillana que provocó la desaparición casi total de los indios. En 1502, con la llegada del comendador de la orden militar de Alcántara, Nicolás de Ovando, a La Española, con 2.500 hombres entre los cuales se encontraba Bartolomé de las Casas, comienza la colonización. Hasta ese momento, Cristóbal Colón y sus hermanos habían actuado según su propio arbitrio. Ovando fue el creador de la *encomienda* de Indias, verdadero instrumento de dominación de los indios. Esta institución, de origen medieval, significaba tener «encomendados» pueblos sometidos militarmente. Daba derecho al beneficiario a percibir tributos, conmutables, por otro lado, en prestaciones personales de trabajo, a cambio de la protección de las poblaciones que le habían sido confiadas y a darles instrucción religiosa.

A los primeros conquistadores se les recompensó por sus esfuerzos con encomiendas, cuyo tamaño dependía de la importancia de sus acciones militares. Los indios eran hombres libres —excepto los insumisos y los caníbales, que podían ser reducidos a esclavitud—, pero, al ser vasallos, debían pagar tributo. Las leyes establecían que los indios no debían ser maltratados ni tratados como esclavos. De todos modos, los indios, aterrorizados por los abusos de los primeros conquistadores, se negaban a efectuar el duro trabajo en los placeres auríferos y huían. Esta situación planteó en otros términos la cuestión del trabajo de las poblaciones indígenas: de hecho, la obligación de trabajar era ineludible. Con todo, como contrapartida, los indios debían recibir un salario, pues eran «personas libres y no siervos». Esto era lo que estipulaba una cédula real emitida en 1503, en Medina del Campo, por Isabel la Católica.

La dureza de los encomenderos y de sus capataces, a pesar de los avisos de la Corona, provocó protestas vehementes por parte de los dominicos. El primer defensor de los indios fue Antonio Montesinos, que se enfrentó a la encomienda en 1511 y llegó incluso a negarse a administrar los sacramentos a los encomenderos, amenazándoles de excomunión. Sus diatribas causaron un escándalo y fue llamado de vuelta a España. Pese a la prudencia de la Corona, el pleito se ganó al menos en el plano jurídico, y sus críticas desembocaron en la promulgación de las Leyes de Burgos de 1512. Éstas establecían mejores condiciones laborales, concretaban el tiempo de reposo y la cantidad de comida que había que dar a los indios, y recordaba que eran hombres libres, aunque obligados a trabajar por ser vasallos.

Estas leyes apenas se respetaron, y el problema de los abusos y del maltrato a los indios hubo de plantearse de nuevo. El incansable Bartolomé de las Casas prosiguió su combate en favor de la libertad de los nativos. Gracias a sus esfuerzos un cuerpo de leyes, las *Leyes Nuevas*, promulgadas en 1542, exhortaba al virrey del Perú y a las *audiencias* (es decir, a los tribunales) de Lima y Guatemala a mejorar su sistema jurídico y a organizar una administración más eficaz. Se prohibieron los servicios personales y se mejoraron las condiciones de trabajo de los indios, al menos en principio. Por ejemplo, ningún porteador debía transportar una carga si la estimaba excesiva, y por su fatiga debía percibir un salario. Con el fin de hacer cesar progresivamente los beneficios, se prohibió asignar nuevas encomiendas. Éstas, que habían sido atribuidas como prebendas al personal de la administración colonial, fueron suprimidas. Al morir su beneficiario, la encomienda y los tributos que incluía pasaban bajo el directo control de la Corona.

Sin embargo, la reacción de los encomenderos fue extremadamente violenta, sobre todo en Perú, donde las Leyes Nuevas desencadenaron una rebelión contra la Corona que, por otro lado, costó la vida al primer virrey enviado allí para pacificar el país. Los privilegios fueron difíciles de extirpar en los Andes. Para dar una idea de lo que representaban, tomemos el caso del encomendero de los indios chupachos, en Huánuco, Perú. Además de la percepción del tributo (y los chupachos eran relativamente numerosos, alrededor de dos mil tributarios), Gómez Arias recibía para su casa cuarenta indios llamados *mitimaes*, treinta tejedores con sus mujeres, seis pescadores, veinte carpinteros, ocho porqueros y, además, otras veintinueve personas de servicio cuya situación era muy próxima a la esclavitud.[10] Es evidente que los servicios personales, pese a estar prohibidos, continuaban exigiéndose.

El declive de las encomiendas fue más importante en México central ya desde fines del siglo XVI. Según una estadística de 1631, las encomiendas del virreinato del Perú aportaban 323.000 ducados, más del doble que las de la Nueva España (150.000). Los ingresos más flojos correspondían al Río de la Plata, con apenas una renta de 2.000 ducados.[11] No obstante, hay que esperar al siglo XVIII para que sean abolidos los últimos vestigios del sistema. Las causas de su desaparición no fueron humanitarias, sino simplemente utilitarias. El Estado, cuyas finanzas se encontraban en su nivel más bajo, necesitaba disponer

---

[10] Ortiz de Zúñiga, *La visita de Huánuco*, t. I, 1967, p. 308.

[11] Según las cifras proporcionadas por Silvio Zavala en su obra de referencia *La encomienda indiana*, Porrúa, México, 1973, 2ª edic., pp. 242-243.

de la totalidad de los ingresos tributarios. La poderosa razón fiscal predominaba sobre el humanitarismo. Sin embargo, en la segunda mitad del siglo XVIII hallamos todavía encomiendas en Paraguay, en Yucatán y en Chile. Subsisten en regiones periféricas, como Chile, el noroeste de Argentina (calchaquíes), en Nueva Granada y en América Central.

En Brasil, los primeros colonizadores portugueses recibieron tierras como recompensa (*sesmarias*) de los propietarios de cada capitanía. Teóricamente podían reclamar servicios a los indios que habitaban en esas tierras, pero las medidas fueron difíciles de respetar, teniendo en cuenta la tendencia de los indios a huir ante los extranjeros. Las relaciones entre portugueses e indios se hicieron hostiles. Con posterioridad, la concesión de tierras que en principio se asignaba a una familia para subvenir a sus necesidades desembocó en la práctica en una concentración de la propiedad de las tierras en manos de unos pocos.

En la coyuntura de la década de 1530, los años de la «destrucción» de las Indias, Bartolomé de las Casas había preconizado la importación de esclavos africanos para aliviar a los indios. Éste se expresaba con los prejuicios de su tiempo, alimentado por las lecturas de Aristóteles y otros clásicos que justificaban la esclavitud. Y eso le fue reprochado con frecuencia, pero él mismo se retractó en su *Historia de las Indias*[12], y reconoció que la causa de los negros era la misma que la de los indios. Las Casas creía en la posibilidad de una colonización pacífica bajo la égida de los misioneros, y había previsto una especie de protectorado que permitiría la autonomía de los indios en el marco de su pertenencia a la religión católica. Pensaba que había que restituir el Perú a los descendientes de los incas. El año de su muerte, 1566, se firmó un protocolo de acuerdo que iba en este sentido entre el gobierno español y el inca Titu Cusi, refugiado en Vilcabamba, pero ninguna de las dos partes respetó las reglas del juego, que implicaban la cristianización y el reconocimiento, por parte del inca, de la soberanía de Felipe II, y así acabó el sueño del dominico. Con todo, es importante subrayar que el imperialismo español engendró su propia oposición al sistema y, justamente, De las Casas es considerado hoy un precursor de los derechos humanos. Reputación que, por otro lado, ya había adquirido a finales del siglo XVIII, y el abate Grégoire, promotor de la emancipación de los judíos y de los negros, hizo la apología del fraile español en 1800.[13]

---

[12] Apareció en 1560. En el libro III, capítulos 102 y 129, De las Casas expresa su pesar referente a la cuestión de la esclavitud de los negros.

[13] Véase la introducción de Alain Milhou al libro de De las Casas, 1995, pp. 59-60.

Otra utopía pacifista inspirada en De las Casas se desarrolló en Guatemala, en la Vera Paz, en 1547. Tras grandes dificultades los dominicos consiguieron pacificar a los indios insumisos, como los lacandones, ofreciéndoles útiles indispensables para roturar el bosque. La Vera Paz fue el primer territorio de misión y reunió a unos 25.000 indios bajo el gobierno paternalista de los dominicos. En el siglo XVII esta experiencia fue retomada por los jesuitas, que crearon una red de reducciones[14] a lo largo de las fronteras luso-hispánicas (Paraguay, Argentina, Uruguay y Brasil). Tales reducciones fueron de muy distinta entidad, sobre todo en Paraguay, pues llegaron a reunir a más de 150.000 indios guaraníes. Se caracterizaban por el colectivismo agrario que no excluía la utilización familiar de parcelas; el producto del trabajo se almacenaba y servía para pagar los tributos, para financiar los gastos del culto y para ayudar a los necesitados, como huérfanos y viudas. Los indios aprendieron a trabajar los campos y también oficios artesanales y las artes de la pintura y la música. Parece ser que la utopía jesuita se inspiró menos en la de Tomás Moro que en la descripción que hizo Garcilaso del gobierno de los incas del Perú.

Vasco de Quiroga, hombre de letras que fue obispo de Michoacán, conocía la lucha de De las Casas en favor de los indios, pero fue sobre todo la *Utopía* de Tomás Moro la que representó para este hombre generoso y erudito una verdadera revelación. El mismo año de la decapitación de Moro en Inglaterra, propuso la creación de una república india formada por la yuxtaposición de unidades familiares encuadradas por religiosos y dedicadas a los trabajos agrícolas para su subsistencia. Según este modelo se crearon dos aldeas-hospitales, una cerca de México, la otra en Michoacán. Como todas las construcciones utópicas, ésta también se fue a pique, pero Vasco de Quiroga tuvo el mérito de poner orden en el caos de la conquista y la explotación. Hoy, con perspectiva histórica, podemos preguntarnos sobre esta forma de occidentalización que consiste en planificar la existencia de los trabajadores y gestionar las actividades y el ocio de los hombres de manera racionalizada.

Apertura

La colonización del continente americano se inscribe en un proceso de globalización y de integración de poblaciones que hasta ese momento habían vivido

[14] Se da el nombre de reducciones al agrupamiento en aldeas de familias indias que vivían en hábitats dispersos.

aisladas del Viejo Mundo. Puede parecer paradójico que haya sido una institución arcaica, el tributo, la que facilitó la integración económica de los indios. Esta forma de tributación era diferente de todas las otras tasas, pues se recaudaba de una categoría de población singularizada por sus orígenes. La justificación quedaba claramente expuesta en la legislación: «Porque es cosa justa que los indios que fuesen pacificados y reducidos a nuestra obediencia y vasallaje, nos sirvan y nos deban tributo, como soberanos, como hacen todos los súbditos y vasallos.»[15] Otro argumento en favor del tributo era su existencia en América en la época prehispánica, sobre todo bajo la forma de prestaciones personales de trabajo exigidas por la autoridad central mexica o inca. Esta continuidad facilitó la organización fiscal colonial. Sin embargo, entre ambas formas de impuestos había importantes diferencias de naturaleza y cantidad: los indios hubieron de proporcionar cantidades estipuladas de productos. Ahora bien, estas tasas, evaluadas en función de una población dada estimada en un momento concreto de la inspección fiscal, se hicieron rápidamente gravosas y arbitrarias con el declinar demográfico. Este desequilibrio entre la tasación del tributo y la población, que iba reduciéndose continuamente, siguió así durante toda la época colonial, pese a algunos intentos de reorganización de los cánones fiscales.

El indio que tributaba era un adulto entre los dieciocho y los cincuenta años de edad. Los caciques indios y sus familias estaban exentos de tributo. En un primer momento el tributo se recaudó en especie: coca, productos agrícolas, animales, huevos, ropa, cuerdas... Pero muy pronto, en la segunda mitad del siglo XVI, se exigió el tributo en dinero. Para obtenerlo, los tributarios fueron obligados a trabajar por un salario en las minas, en los talleres textiles o en los distintos oficios. En las zonas mineras de la Nueva España y del Perú el trabajo asalariado y la agricultura comercial se convirtieron en un rasgo permanente del sistema económico. No obstante, ¿cómo constreñir a los indios a abandonar sus cultivos tradicionales para proporcionar una fuerza de trabajo barata en las minas y en los talleres textiles? La solución a este problema fue la instauración del trabajo obligatorio por rotación: el *repartimiento* en Nueva España y la *mita* en Perú, donde también había antecedentes prehispánicos.

En Perú estaba obligada a la mita la quinta parte de los tributarios. Por turno, cada grupo debía someterse a tareas obligatorias. Dado que los servicios

[15] *Leyes de Indias*, libro VI, cap. V, ley I.

personales habían sido suprimidos, cada *mitayo* recibía un salario que le servía para pagar el tributo. En Perú la mita fue instaurada tardíamente, en 1565, por el gobernador García de Castro, y la codificación definitiva tuvo lugar unos años más tarde, durante el gobierno del virrey Francisco de Toledo. El cacique indígena no tenía derecho a enviar a la mita a los indios provenientes de otras partes, los *forasteros*, establecidos en la comunidad que él presidía, pero la exención favorecía el vagabundeo, que era una de las plagas del medio rural. Progresivamente, los forasteros fueron incorporados al sistema de trabajo obligatorio, de acuerdo con las distintas modalidades, que variaban según las regiones.

A decir verdad, la frontera que separa la mita de los servicios de trabajo personales es muy tenue. Sin los indios, los españoles no podían moverse ni comer ni vivir, «y pese a ello, esperamos la hora de acabar con ellos»[16]. En estos términos se expresa, en 1586, fray Rodrigo de Loayza: «Si se le hace llevar una carga por encima de las cuatro o cinco arrobas [1 arroba = 11,5 kg], la transporta durante diez leguas hasta caer bajo el peso sin poder levantarse de nuevo, y el español lo ayuda a fuerza de patadas y le tira de los cabellos que todos llevan muy largos para su desgracia, pues los españoles se sirven de él como si fuesen cuerdas, para arrastrarlos [...] y muchos indios no esperan a que vengan a levantarlos, y viéndose aplastados por el trabajo, las tasas y los tributos, se ahogan a sí mismos enrollando sus cabellos alrededor del cuello, y algunos, todavía más desesperados, se cuelgan de un árbol y cuelgan a sus hijos para liberarlos de un sometimiento y de una miseria tales.»[17] Este testimonio, entre muchos otros, es revelador respecto al desamparo de los indios frente a la explotación de la que eran víctimas.

El trabajo asalariado facilitó el paso de un sistema estatutario a un sistema de clases. En las ciudades, los indios que se refugiaban en ellas se convertían en artesanos o jornaleros, pero la entrada en la economía monetaria tuvo como consecuencia, frecuentemente, el endeudamiento, que acabó siendo endémico en los talleres textiles del Ecuador y de Tucumán. La ciudad de Potosí, en particular, debido a sus riquezas, trajo consigo el desarrollo del mercado interno regional ya desde el siglo XVI.[18] En el siglo XVIII, con el fin de relanzar el merca-

---

[16] Silvio Zavala, *op. cit.*, p. 214.

[17] Bernand y Gruzinski, *op. cit.*, t. II, 1993, p. 689.

[18] Como muestra el texto de referencia de Carlos Sempat Assadourian «La producción de la mercancía dinero en la formación del mercado interno colonial», en Enrique Florescano, *Ensayos sobre el desarrollo económico en México y América Latina (1500-1975)*, FCE, México DF, 1979, pp. 223-292.

do interior, los representantes de la Corona obligaron a los indios a comprar bienes de consumo, que obtenían a crédito, entrando así en la espiral infernal de la deuda. Esta situación fue, por otro lado, una de las causas de la gran rebelión india que agitó los Andes en 1780.

Ya desde los primeros años de la conquista, la moneda, en sus dos formas, material y virtual, se insertó en los sistemas tradicionales de intercambio e impregnó las relaciones sociales y los valores. La Iglesia desempeñó un papel fundamental en este proceso. Los emolumentos de los curas, los gastos relacionados con los sacramentos, funcionaban como ofrendas de cierto tipo, sin las cuales la salvación del individuo se veía seriamente comprometida. Por otra parte, el verbo *pagar* se empleaba continuamente en los Andes en el sentido de «dar algo como ofrenda»: *pagar la tierra*, por ejemplo, implicaba verter cerveza de maíz sobre el suelo para alimentar a las entidades telúricas. Es probable que el modelo de pagar por el bautismo, el matrimonio, la extremaunción, el entierro y las misas conmemorativas haya servido para reinterpretar los antiguos ritos. También las relaciones de parentesco sufrieron cambios radicales. Los señores y los caciques poderosos adoptaron muy pronto la costumbre española de redactar un testamento para distribuir sus bienes entre sus herederos. Los campesinos seguirán su ejemplo, generalizándose esta costumbre entre ellos a finales del siglo XVII. Al contrario de las creencias muy extendidas entre los indígenas, que veían en la muerte una mancha de la que había que purificarse, los bienes del difunto, en lugar de ser destruidos, se recuperaban y transmitían: tierras, propiedades y también objetos personales, ropas, utensilios, muebles, cajas, etc.

Uno de los efectos del tributo fue el de destruir el policultivo prehispánico, empujando a los indios hacia una especialización agrícola en función de las necesidades primeras de los mercados: maíz, trigo, lana, carne de vaca y cerdo. El tributo forzó a los indios a dedicarse a la cría de cerdos, de ovejas, de gusanos de seda. Las antiguas redes de intercambio se transformaron, y si ciertos circuitos se mantuvieron durante la época colonial, cambiaron las condiciones del comercio. Por poner un ejemplo, pues existe una gran diversidad de casos en toda América, la sal de Yucatán continuó siendo intercambiada en Tabasco por cacao. Sin embargo, no fueron ya los mayas quienes se encargaron de este comercio, sino mestizos y mulatos. La imposición colonial orientó el trabajo de los indios hacia las tareas que eran importantes para los españoles. La gran mayoría de los indios de Mesoamérica y de los Andes se convirtieron en campesinos. Las comunidades aisladas, alejadas de los grandes

centros de producción e intercambio, aunque no pudieron zafarse del todo de la presión colonial, conservaron una parte de sus tradiciones. Estas «regiones de refugio» eran en realidad bolsas de arcaísmo más que núcleos de resistencia política. En otros lugares, en las fronteras y en la periferia de los puntos de poder, en Amazonia, en el sur de Chile, en las llanuras del Río de la Plata o en Nuevo México, la reestructuración de las comunidades indígenas produjo sociedades originales, relativamente autónomas, aunque insertas en circuitos comerciales.

División del espacio

Una de las consecuencias de la implantación colonial fue la subdivisión del espacio americano y la creación de fronteras que separaban la «civilización» de la «barbarie». El caso de la Amazonia es ejemplar respecto a las reestructuraciones geográficas, políticas y sociales que trastornaron este inmenso territorio situado en el corazón de la América del Sur. Antes de la conquista, los contactos entre las tierras altas andinas y el bosque amazónico eran corrientes, y los circuitos de intercambio intertribales cruzaban la totalidad de la cuenca amazónica, con mercados que se celebraban en puntos determinados. Sin embargo, a mediados del siglo XVI el desarrollo de la producción minera de Potosí reorientó toda la economía colonial, y la Amazonia fue abandonada a los misioneros, que reagruparon a los indios más dóciles en reducciones, pero sin poder controlar a los insumisos. En poco tiempo se levantó una frontera invisible entre las tierras altas y las bajas, entre la civilización y las regiones salvajes. Esta barrera ha continuado hasta el siglo XX. De esta «congelación» de las relaciones da fe la ausencia de ciudades y de carreteras.

Para las sociedades indias las consecuencias de la ruptura de los contactos entre las tierras altas y las bajas, y la presencia de los misioneros, repercutieron sobre la organización de las sociedades. Jefaturas poderosas se hunden, pero otras sacan provecho de la presencia de los europeos. En Brasil, en el Pará y en el Maranhão, la población de origen europeo es poco numerosa, y el mestizaje se generaliza. Muy pronto surge una categoría de indios destribalizados, los *caboclos*, que rechazan toda identificación con los indios con el fin de zafarse de las incursiones de los esclavistas. Pues, en toda esta región, hasta la cuenca del Orinoco, los mestizos, pero sobre todo indios como los caribes, que poseen el monopolio del comercio de esclavos, obtienen cautivos para vendérselos a los eu-

ropeos a cambio de objetos de hierro.[19] En el sur de la Amazonia los chiriguanos, de lengua guaraní, se dedican también al tráfico de esclavos, eludiendo la prohibición por parte de la legislación española respecto a la esclavización de los indios.

El ejemplo de los omagua en el piedemonte amazónico es revelador respecto a esta dinámica: en el momento de la conquista y de las expediciones llevadas a cabo por Gonzalo Pizarro y por Orellana en la Amazonia, en busca del fabuloso país de la canela (Pizarro fracasa, pero Orellana descubre el Amazonas), grupos de lengua tupí, emigrados del Brasil, vivían río arriba en el Napo, relativamente cerca de la ciudad de Quito. Ocupaban tres áreas interfluviales: los verdaderos omaguas, como se designaban a sí mismos, se hallaban cerca de las fuentes del río Napo. Río abajo, trece etnias[c] fueron englobadas bajo la denominación de «Pequeña Aparia». Finalmente, en el alto Amazonas, grupos omagua controlaban la boca del Napo hasta el Putumayo. Las veintiséis jefaturas ubicadas en esta región constituían la «Gran Aparia», con una población de 10.000 personas.

Gracias a su dispersión geográfica, los omaguas podían controlar el alto Amazonas y la red de caminos hacia las altas tierras del Ecuador. Hacia comienzos del siglo XVII el acceso a la fuente de producción de los objetos de hierro se convirtió en una de las metas principales de estas tribus. Los indios quijos, que habitaban los contrafuertes andinos, desempeñaban el papel de intermediarios entre los españoles y los mestizos, por un lado, y los indios de los bosques por el otro. Sin embargo, la demanda de útiles y armas transformó los términos tradicionales de intercambio. Por tradición, los grupos tupíes, a los que pertenecían los omaguas, incorporaban a sus comunidades a los cautivos que obtenían en el curso de las incesantes guerras contra otras etnias. La situación colonial rentabilizó esta costumbre y los cautivos, en cuanto esclavos, fueron in-

---

[19] Anne-Christine Taylor, «Une ethnologie sans primitifs. Questions sur l'américanisme des basses terres», en Serge Gruzinski y Nathan Wachtel (compils.), *Le Nouveau Monde-Mondes nouveaux: l'expérience américaine*, EHESS-Éditions de la Recherche sur les Civilisations, París, 1996, pp. 623-642; Simone Dreyfus-Gamelon, «Les réseaux politiques en Guyane occidentale et leurs transformations aux XVII[e] et XVIII[e] siècles», *L'Homme*, 122-124, XXXII (2-3-4), abril-diciembre de 1992, pp. 75-98.

[c] Con cierta frecuencia, sobre todo por influencia de los anglosajones, se emplea erróneamente el término «tribu» para indicar *una comunidad humana diferenciada*, es decir, lo que debería llamarse *etnia*. «Tribu» debe emplearse estrictamente para los sistemas políticos tribales, pero no para los clánicos y otros. Nosotros emplearemos *etnia* de manera general y dejaremos los otros términos para los casos de aplicación concreta. En este capítulo (y, en general, en este libro) sustituiremos, cuando sea pertinente, los demás términos por *etnia*. [N. del T.]

tercambiados por hierro en todas sus formas. Aliados con los cocamas, los omaguas llevaron a cabo terribles incursiones para obtener prisioneros. Uno de los mercados era la aldea de Lamas, donde los españoles compraban indios para trabajar en sus posesiones.

En las Guayanas, entre 1613 y 1796, surge un sistema basado en la guerra y en el tráfico de esclavos. Los principales actores de este gran circuito comercial que unía a varios grupos étnicos del Amazonas y del Orinoco fueron, por un lado, los holandeses, que controlaban el litoral entre Waini y el Maroni, y las vías fluviales, a excepción del Orinoco, y, por el otro, los caribes. Aquí también la economía colonial transformó en incursiones esclavistas la antigua tradición india de capturar prisioneros de guerra para realizar los rituales antropofágicos. Sin duda la servidumbre de los indios estaba prohibida, pero se podía eludir la prohibición comprando cautivos capturados no por los europeos, sino por otros indios que vivían de la guerra fuera de los territorios holandeses.

La atracción por los objetos de hierro se dio en todo el continente, del Petén al Paraguay. En esta región el hierro se utilizó en la década de 1540 como una especie de moneda equivalente a 100 maravedíes;[20] el cuchillo, las tijeras y el anzuelo tenían valores menores. Las fluctuaciones del valor del hierro, bien porque los especuladores almacenaban los objetos, bien porque inundaban el mercado para hacer bajar los precios, hicieron que la equivalencia fuese difícil de manejar, por lo que fue sustituido por la yerba mate. Para todos los indios silvícolas los machetes y las hachas de metal les ofrecían posibilidades considerables. El salto a la edad del hierro fue pareja con la conversión al cristianismo y el sometimiento a la dominación europea.

Las subdivisiones del espacio tienen que ver igualmente con la redefinición de los grupos autóctonos por los españoles y los portugueses, con la distinción entre tribus «amigas» o «dóciles» y las insumisas o «salvajes», con la asignación de denominaciones étnicas que no correspondían a los etnónimos antiguos. Los grupos indígenas que evitaron el dominio colonial y conservaron la autonomía, como los mapuches de Chile, sufrían, aun así, transformaciones políticas y sociales, y podemos hablar, respecto a ellos, de un proceso de etnogénesis caracterizado por el enfrentamiento entre los españoles y los criollos de las ciudades. Sin embargo, los conflictos no excluyen alguna forma de integración en los cir-

---

[20] Fernando Santos, *Etnohistoria de la alta Amazonia. Siglos* XV-XVIII, Editorial Abya Yala, Quito, 1992.

cuitos comerciales. En el siglo XVIII, gracias a la existencia de numerosas mujeres entre las cautivas dedicadas a la tejeduría, la economía india proporciona un excedente de ponchos y ropas de lana destinados a los mercados hispano-criollos, pero también a los indígenas, a cambio de vacas y caballos, que solían venderse clandestinamente a los indios.[21]

En Mesoamérica y en los Andes la política colonial de reagrupar a los indios en aldeas alteró también los límites espaciales. En Mesoamérica se organizan congregaciones desde 1544, mientras que las reducciones de los Andes se regulan por ordenanzas del virrey Francisco de Toledo en 1570. El caso de Paraguay, famoso precisamente por sus reducciones, era singular, ya que las aldeas se construían bajo la égida de los jesuitas y vivían en régimen de autarquía. La concentración de los indios, que antes habitaban en caseríos dispersos, provocó la fragmentación de las antiguas jefaturas en unidades aldeanas, según el modelo reducido del damero urbano, con la plaza central, las instituciones (iglesia, sede de las autoridades municipales), los barrios y la delimitación del término municipal. Estos nuevos centros eran asimismo unidades fiscales (*repartimientos*). Esta nueva forma de hábitat, cuyo modelo eran los pueblos españoles, produjo necesariamente nuevas solidaridades, pues la responsabilidad del pago del tributo era colectiva. En los Andes del centro y del sur, a la cuadrícula de la reducción se añadía una división en mitades según los principios dualistas que se remontaban a los tiempos prehispánicos. En Yucatán la fragmentación en aldeas quedaba compensada por la organización de las doctrinas por parte de los franciscanos, que parece que respetaron los límites jurídicos prehispánicos.[22]

La política de reagrupamientos empujó a los indios a abandonar sus tierras tradicionales, que no eran sólo un lugar de producción, sino, al mismo tiempo, una tierra poblada de entes sagrados. Las aldeas a la española reorganizaban el espacio circundante de manera concéntrica: un núcleo poblado y cristiano, cultivos colocados bajo la advocación de un santo, pastos y, finalmente, una extensión salvaje constituida por montañas y por landas alejadas, que eran además refugio de las divinidades indias. Volvemos a hallar esta estructura en toda la cordillera de los Andes, desde Venezuela a Argentina, y también en México

---

[21] Guillaume Boccara, *Guerre et ethnogenèse dans le Chili colonial. L'invention du soi*, L'Harmattan, París, 1998, pp. 294-296.

[22] Nancy Farriss, *Maya Society under Colonial Rule. The Collective Enterprise of Survival*, Princeton University Press, Princeton, 1984.

central. Así, las creencias antiguas, lo que los misioneros llamaban idolatrías, quedaban relegadas a una zona muy concreta, fuera del control de la Iglesia y de los santos. De hecho, a partir de la época colonial la urbanización y el plan en forma de damero, repetido a escala aldeana, reflejaba la voluntad de luchar contra el desorden exterior, percibido como algo nefasto en toda la tradición ibérica. La oposición entre la ciudad y el campo, que sobrentendía la existente entre la civilización y la barbarie, se reproducía a escala del continente. El mismo término, *pueblo*, designa a la vez la aldea y a la población que la habita. En las zonas rurales de América las identidades locales borraban la antigua pertenencia.

El espacio concéntrico aldeano excluía otras formas de apropiación del suelo. Así, los archipiélagos verticales de los Andes del sur, formados por comunidades pluriétnicas que explotaban territorios discontinuos y situados en zonas ecológicas diferentes, no resistieron en absoluto la nueva cuadriculación territorial. Las reducciones y las congregaciones implicaban asimismo el reparto de tierras inalienables entre familias. A lo largo del siglo XVI el declive demográfico de la población indígena había provocado el abandono de tierras, que se cedían entonces a los españoles para su explotación. En principio, la Corona era la única que podía disponer de las tierras vacantes. Por el contrario, para los indios, dejar tierras sin trabajar por falta de brazos no justificaba la amputación del terreno. Por otra parte, estimando que la propiedad de la tierra había sido repartida mal a comienzos de la colonización, Felipe II decidió reexaminar los títulos de propiedad atribuidos a los españoles, con el fin de localizar a los usurpadores. Esta vasta política de redistribución de la propiedad de la tierra fue acompañada en Mesoamérica de una segunda oleada de congregaciones, con el fin de reunir en una misma aldea a las familias dispersas y agrupar en un solo centro a los supervivientes de epidemias.

Estas medidas chocaron con la oposición furibunda de los indios.[23] El principal motivo de descontento fue el temor (fundado) de que con las nuevas congregaciones las comunidades podían perder nuevas tierras. La contraofensiva lanzada por los indios consistió en rescribir la historia de su terruño en códices en los que los pictogramas y la escritura se combinaban de manera original,

---

[23] Margarita Menegus Bornemann, «Los títulos primordiales de los pueblos de indios», en Margarita Menegus Bornemann (coord.), *Dos décadas de investigación en historia económica comparada en América Latina*, El Colegio de México, CIESAS, Instituto Mora, UNAM, México DF, 1999, pp. 137-161.

uniendo la tradición antigua de las pinturas a los conceptos occidentales de representación. Estos asombrosos documentos del siglo XVII se conocen por el nombre de «Títulos primordiales». Los títulos de propiedad elaborados por los indios rememoraban asimismo el pacto original que ligaba a los indios al emperador Carlos, por intermedio del virrey Antonio de Mendoza. Por este pacto, el rey reconocía como vasallas a las comunidades indias y les restituyó la tierra, garantizándoles así su libre posesión. A su vez, los indios aceptaban pagar tributo a la Corona. Al apropiarse de las tierras baldías, Felipe II había roto el contrato.

La política de sedentarización forzada afectó más violentamente a las poblaciones que practicaban el nomadismo. En Nueva Galicia, en el norte de México, los indios reaccionaron contra los franciscanos, quemaron las iglesias y mataron a algunos religiosos. Su movimiento, conocido por el nombre de «Guerra de Mixton», puso de manifiesto la fragilidad de la frontera norte. En Brasil, los indios que no pudieron hallar refugio en los bosques tampoco pudieron zafarse de la política de reagrupamiento. En 1570 el rey Sebastián I de Portugal declaró que los indios no podían ser reducidos a la esclavitud, salvo si se rebelaban abiertamente contra los portugueses o si llevaban a cabo prácticas caníbales. Se les colocó bajo la égida de los jesuitas en caseríos construidos para este fin, en los que las grandes edificaciones colocadas en círculo fueron sustituidas por viviendas familiares. En estas aldeas los indios pudieron aprender un oficio, pero tuvieron que abandonar la poligamia, el canibalismo ritual y el matrimonio entre primos cruzados. Recibieron instrucción religiosa en tupí, considerada lengua de comunicación (*língua geral* [lengua general]). Estas aldeas proporcionaban asimismo trabajadores libres para las propiedades de los alrededores. Sin embargo, muchos indios evitaron estos lugares, prefiriendo vivir en las tierras de los colonos en vez de hacerlo bajo la constante vigilancia de los religiosos.

Evidentemente, las aldeas que constituían el anclaje de las comunidades rurales indias no eran garantía de sedentarismo, y durante toda la época colonial se pudo presenciar, sobre todo en los Andes, un vasto desplazamiento de individuos, los *forasteros*, que abandonaban su comunidad de origen para rehuir el tributo y las prestaciones personales, y que se establecían en las ciudades o en otras aldeas en las que gozaban del privilegio de no tener que someterse a las prestaciones de trabajo obligatorias ya que, en principio, no poseían tierras. Abandonar el marco rural y partir en busca de oportunidades en la ciudad fue una tendencia constante en el mundo colonial. Las mujeres, en particular, eran las que sacaban provecho de la situación, lejos de las constricciones tradiciona-

les. Las ferias, los mercados, el manejo del dinero y sus consecuencias —el préstamo y la usura—, al endeudar a unos, liberaba a las indias del peso de la tradición y de la tierra.[24]

Fronteras internas

La difusión de lenguas de comunicación, como el náhuatl, el quiché, el guaraní, el tupí o el quechua, sin contar la imposición del español, creó nexos nuevos entre los pueblos, pero erigió también nuevas barreras. Hablar en lengua «general» (tupí en el norte de la Amazonia, guaraní en el sur) convertía a un indio en *caboclo*, mientras que quien la ignoraba era un *tapuya*. En Mesoamérica, el dominio del español transformaba a un indio en *ladino*, y en *cholo* en los Andes. Una separación muy acentuada existía entre los negros que se expresaban en sabir[d], los *bozales*, todavía marcados por la africanidad, y los criollos hispanizados o que hablaban correctamente el portugués.

Las distinciones lingüísticas correspondían en parte a las diferencias culturales y sociales. La época colonial destruyó las antiguas jerarquías e impuso un nuevo orden social, en el que los españoles ocupaban la posición más elevada y en el que los indios eran sus subordinados. La distinción jerárquica entre europeos y nativos, entre vencedores y vencidos, se concretó durante los primeros años que siguieron a la conquista en la creación de dos formas de gobierno, o dos «repúblicas»: la de los españoles y la de los indios. Cada una de ellas tenía sus deberes y obligaciones y, en principio, su territorio, pues los indios vivían en sus tierras, que no podían ser usurpadas ni invadidas por miembros de otros grupos estatutarios. Sin embargo, la ausencia de mujeres españolas precipitó el mestizaje y se hizo imposible conservar la diferenciación de manera estricta. El estatus del mestizo era ambiguo. La legislación los asimilaba a los españoles, pero su doble identidad les volvía sospechosos para los poderes coloniales. En

---

[24] El surgimiento social de las mujeres indias en el marco de la aldea queda ilustrado por numerosos documentos, referentes tanto a Mesoamérica como a los Andes. Para Ecuador, Jacques Poloni-Simard proporciona numerosos ejemplos de este ascenso social: *La mosaïque indienne. Mobilité, stratification sociale et métissage dans le corregimiento de Cuenca (Équateur) du XVIe au XVIIIe siècle*, EHESS, París, 2000.

[d] Sabir: lengua de contacto entre dos o más comunidades lingüísticas, relativamente simplificada en cuanto al léxico y la estructura gramatical; son lenguas auxiliares, limitadas, que se diferencian de otras lenguas de contacto, más completas, como los pidgin o las lenguas criollas. [N. del T.]

las regiones donde los controles no estaban tan presentes, en las márgenes y en la periferia de los virreinatos, las fronteras entre indios y europeos eran permeables, como muestran los documentos relativos a esos españoles, portugueses o franceses que se iban a vivir con los indígenas y adoptaban sus costumbres.

Con la llegada de los negros, la estratificación social se complicó. La condición de esclavo era la más baja en la escala social, pero la proximidad de los africanos a sus amos convertía a aquéllos en personas de confianza y en instrumentos del poder. Capataces, criados, comerciantes, artesanos, guardaespaldas de color eran en realidad superiores a los tributarios, por no mencionar que había también negros libertos y mulatos que ya no podían ser considerados como esclavos y tampoco parte de una «nación» africana, como todos los que habían nacido en las Américas. En el siglo XVIII la generalización del mestizaje dio lugar a un intento de clasificación de los distintos grupos «de color», llamados *castas*, cuya variedad se muestra reacia a toda taxonomía.

A todas estas diferencias se añade la muy profunda entre españoles metropolitanos y criollos —es decir, aquellos que habían nacido en el Nuevo Mundo—. Los españoles peninsulares ocupaban los cargos administrativos más prestigiosos, y los criollos, que se dedicaban al comercio, debían doblegarse a las leyes monopolistas de España. Esta contradicción en el seno de las élites fue la causa de las guerras de independencia. Para comprender esta tensión hay que recordar que el control del comercio de ultramar lo ejercía la Casa de Contratación de Sevilla, creada en 1503, establecida en Cádiz en 1717 y abolida en 1790. Este organismo trabajaba en estrecho contacto con la corporación de comerciantes, el *consulado*. México fue la primera ciudad que recibió la autorización para tener su propio consulado en 1594. Unos años más tarde también Lima lo obtuvo, pero Buenos Aires, cuya importancia comercial fue tardía, sólo dispuso de la corporación comercial a finales del siglo XVIII. Evidentemente, la rigidez del monopolio mercantil impulsó el contrabando, que fue floreciente en el Caribe y en el Río de la Plata. En 1765 la Corona española redujo progresivamente las restricciones del comercio colonial y estableció el comercio en el interior del imperio. En 1789 la Nueva España y Venezuela podían comerciar directamente con dieciséis puertos de la metrópoli. Tales medidas beneficiaron a las élites criollas que se dedicaban al comercio. Desde ese momento, la lógica del mercado iba a romper las últimas cadenas que unían los reinos americanos a la metrópoli. Con la libertad política, el liberalismo económico triunfaba y, con él, el poder de los comerciantes criollos, nutridos con las ideas de Adam Smith y de los fisiócratas.

Evangelización: controles y recursos

La evangelización de los indios y la colonización de lo imaginario, por retomar una fórmula de Gruzinski, son un éxito de la Iglesia. El control de los ritos de paso a través de la obligación del bautismo, del matrimonio y de los funerales religiosos, la lucha contra la poligamia, la imposición de nuevos valores morales, la integración social de los estratos más humildes son aspectos de este proceso de occidentalización que comenzó en el siglo XVI. Sin embargo, no es fácil hablar de la Iglesia de manera uniforme haciendo abstracción de la diversidad de actitudes, de las políticas y de las estrategias de orden religioso encargadas de la cristianización. Dominicos, franciscanos, agustinos, mercedarios y jesuitas poseían sus propias vías en cuanto a las modalidades de conversión de los indios. Atravesadas por rivalidades internas, las órdenes regulares se enfrentan asimismo al clero secular, que acaba siendo preponderante en el siglo XVIII. Por lo que respecta a los curas de pueblo, los *párrocos*, en muchos casos entrarán en conflicto con los prelados y la jerarquía.

La evangelización no se desarrolló de manera idéntica en todas las épocas. La de los indios de México se llevó a cabo en la primera mitad del siglo XVI por parte de una élite de frailes, dominicos y franciscanos sobre todo, formados en el erasmismo. La evangelización del Perú, más tardía, la realizaron sobre todo los jesuitas, hostiles a los métodos de los curas seculares que les habían precedido, considerados más laxistas. Los franciscanos y los agustinos se mostraron activos en el piedemonte amazónico. En Brasil, fue la Compañía de Jesús la que tuvo el monopolio de las almas de los indios. En la imposibilidad de trazar aquí la complejidad de la cristianización de América, nos limitaremos a presentar algunos aspectos de la religión, a la vez violencia y recurso, represión del paganismo y creación de nuevas formas de religiosidad.

Los indios habían aceptado el cristianismo en un primer momento, integrándolo en sus propias prácticas, pese a puntos doctrinales que eran problemáticos: el alcance universal del cristianismo y su igualitarismo, que ponían en entredicho el orden jerárquico del pasado. ¿Cómo podían los frailes dirigirse del mismo modo a los príncipes mayas y a los campesinos? ¿Cómo podía aceptarse que todos los hombres descienden de Adán y Eva, cuando cada comunidad andina reconocía a sus propios antepasados? En general, los indios permanecieron fieles a sus ritos, ocultos bajo el barniz cristiano. En Yucatán, por ejemplo, las élites mayas ocuparon los cargos prestigiosos de maestro de capilla en las iglesias, al tiempo que presidían clandestinamente banquetes ceremoniales a la antigua usanza, y practicaban, pese a las dificultades, sacrificios humanos. En

1562 el franciscano Diego de Landa descubrió la existencia de numerosos ídolos y prácticas paganas. La reacción no se hizo esperar: el proceso de los indios de Mani finalizó con la tortura de unas 5.000 personas, la muerte de 158, y el suicidio de varias decenas de idólatras. Se llevó a cabo una caza de los códices antiguos, que fueron quemados en Mérida (Yucatán, México), en un inmenso auto de fe.

En el Perú y en Nueva Granada (hoy Colombia) la campaña contra el paganismo para la extirpación de las idolatrías fue especialmente violenta y duró unos cincuenta años, hasta mediados del siglo XVII, pues también en los Andes el catolicismo indio era superficial. Para perseguir los vestigios de las creencias antiguas, los jesuitas llevaron a cabo una investigación en profundidad en las aldeas sospechosas de idolatría, destruyendo los objetos materiales que servían de soporte a las creencias, aunque sin poder atacar las manifestaciones más abstractas de la religiosidad india, que arraigaba en el paisaje —los lagos, las montañas y las piedras—. Para obtener información, los religiosos fomentaban las denuncias, rompiendo así la solidaridad entre las familias. Los niños fueron instrumentos idóneos de esta política. En Fontibon, cerca de Bogotá, se les incitó a escupir sobre los ídolos, a pisotearlos y a golpearlos con un martillo. La voluntad de humillar a las antiguas creencias era manifiesta, y cada uno de estos actos se hacía público para edificación de todos. En otros lugares, como Perú, estas escenas fueron corrientes. Por otro lado, los jesuitas no habían inventado nada, ya que, antes que ellos, los franciscanos de México habían apostado por los jóvenes para reprender a los padres idólatras.[25] Esta experiencia resultó ser peligrosa, pues uno de estos niños, llamado Cristóbal, había sido torturado y muerto por su padre, un señor de Tlaxcala que se negaba a abjurar de su religión. Sin embargo, lo esencial de estos hechos es que dio lugar a la ruptura de los nexos generacionales. Esta violencia se ejerció también contra los antepasados, condenados por ser «gentiles» a las llamas eternas del infierno.

Los indios no eran la única población que había que controlar. La Inquisición, implantada en Perú y México en 1571, pero ausente de Brasil —el único tribunal inquisitorial del mundo colonial portugués se estableció en Goa (India), en 1560—, se encargaba de juzgar a los españoles, europeos, africanos, mestizos y mulatos, pues los indios no caían bajo su jurisdicción. Utilizando la denuncia y la tortura, y también la pena de muerte, los inquisidores descubrían redes de bru-

[25] C. Bernand, «Le chamanisme bien temperé. Les jésuites et l'évangelisation de la Nouvelle-Grenade», *Mélanges de l'École Française de Rome*, t. 101, 1989, pp. 789-815.

jería en las que estaban implicados españoles, negros y mestizos, normalizaban el lenguaje castigando los excesos blasfematorios, buscaban bígamos, relativamente numerosos en el Nuevo Mundo, y, sobre todo, combatían a los herejes protestantes y a los judíos convertidos. La culminación de la represión de los marranos[26] se sitúa en México en 1649, con el gran auto de fe que marca el fin de esta comunidad, obligada a huir para no ser condenada a la hoguera. Este acontecimiento es de la misma época que la consagración oficial del culto de la Virgen de Guadalupe y marca la unificación de las naciones que componían el virreinato.[27]

Antes de la creación de estos tribunales especiales existía una Inquisición apostólica en México, que tenía en su activo procesos contra indios considerados herejes porque habían adoptado la religión cristiana. El más ruidoso fue el de don Carlos Ometochtzin, cacique de Tezcoco, hacia 1531. Tras una investigación llevada a cabo por el franciscano Andrés de Olmos, se estableció su culpabilidad, pese a sus denegaciones. Fue rapado y azotado y luego condenado a la hoguera en 1539. La ejecución provocó una oleada de protestas, y el obispo de México, Juan de Zumárraga —que en España se había ensañado contra las brujas de Vizcaya—, fue reprendido. Otros indios fueron juzgados por la Inquisición apostólica, acusados de practicar la brujería, la magia, e incluso sacrificios humanos. Todos sufrieron tortura, pero les ahorraron las llamas.[28]

La Iglesia volvió a tener el control de la vida cristiana hacia mediados del siglo XVII, en el contexto de una urbanización influida por el barroco, al servicio del espectáculo y de la representación. A partir de esta fecha va tomando forma lo que se llamará, en la época contemporánea, catolicismo popular, con sus cofradías, sus espectáculos, sus procesiones y el culto mariano. El caso de la Virgen de Guadalupe es significativo en cuanto a este proceso. Si hacia 1530 se consagraba una capilla a la Virgen construida en Tepeyac (México), en el emplazamiento del santuario consagrado a la diosa Tonantzin, «mariposa de obsidiana», la codificación de este culto tuvo lugar un siglo más tarde, con la redacción de una versión oficial y canónica de la aparición de Nuestra Señora de Guadalupe al indio Juan Diego. Aunque no podamos entrar aquí en los detalles de la creación de esta devoción destinada a un gran futuro, pues la imagen de la Virgen de

---

26 Los marranos son judíos convertidos oficialmente al catolicismo y de los que se sospechaba que conservaban ritos de su antigua religión.

27 S. Gruzinski, *La guerre des images*, Fayard, París, 1990, p. 189.

28 Bernard Grunberg, *L'Inquisition apostolique au Mexique. Histoire d'une institution et de son impact dans une société coloniale (1521-1571)*, L'Harmattan, París, 1998.

Guadalupe protege hoy todos los hogares chicanos de Estados Unidos, podemos decir que la difusión del culto mariano en América Latina suponía siempre una relación entre la Virgen y el pueblo, ya fuese indio, mestizo o negro: la Virgen de la Candelaria en Perú y Bolivia, la de Chiquinquirá en Tunja, en Colombia, o Nuestra Señora de Luján en los suburbios de Buenos Aires, por citar sólo las veneraciones más difundidas, se organizaron según un esquema semejante, que permitía integrar en el seno de la Iglesia a las diferentes capas de la sociedad. En Brasil, la Virgen, con diversos nombres, se introdujo en el panteón de las divinidades yoruba, y por lo general se superpuso a la diosa del agua salada, Yemanjá. Más allá de su función religiosa, las prácticas populares fueron la matriz de un nacionalismo balbuciente durante la época colonial.

No se puede reducir el papel de la Iglesia a sus aspectos represivos. Sus agentes e instituciones constituyeron con frecuencia el único recurso para los necesitados y los oprimidos. Hemos mencionado ya la importancia de las utopías cristianas para la protección de los indios, y el aprendizaje de las técnicas agrícolas europeas y de los oficios se debe en gran parte a los religiosos. No debemos olvidar tampoco que los jesuitas eran los únicos que se interesaban por la suerte de los esclavos negros que desembarcaban en el Nuevo Mundo y por curar sus heridas. Los testimonios que nos han dejado sobre la llegada de los navíos negreros a Cartagena de Indias muestran bien la amplitud de la caridad, aun cuando no ponían en discusión la legitimidad de la esclavitud. Para evitar la arbitrariedad de los amos y reclamar el derecho al descanso dominical, los esclavos podían recurrir a la Iglesia. Finalmente, se crearon cofradías religiosas que funcionaban como instituciones de ayuda mutua, y que eran un medio, para los indios y para el pueblo llano de las ciudades, de disponer de un marco social y de fondos, por muy modestos que fuesen, para paliar los infortunios y reveses de la vida.

La importancia de las fiestas religiosas y de la pompa en las ciudades barrocas del siglo XVII y de los primeros años del XVIII fue un rasgo característico. Las plantas en damero, las perspectivas rectilíneas de los centros urbanos daban relieve a los espectáculos: cortejos, procesiones, representaciones teatrales, bailes. Las naciones debían mostrarse en las procesiones, en las fiestas religiosas celebradas por cada cofradía en honor del santo de su devoción. No olvidemos que hasta mediados del siglo XVIII se sucedían las fiestas en las ciudades hispanoamericanas, y ocupaban una gran parte del año. A estas sociedades barrocas les gustaba escenificar la diversidad cultural y racial de las «naciones» que las componían. En la época colonial se entiende por «nación» todo grupo que tiene un «origen común». Exhibir las diferencias entre los estamentos de la socie-

dad era una manera de mostrar el poder del soberano. Los negros constituían una nación diferente de la de los indios y de la de los españoles, pero la nación negra estaba fragmentada a su vez en naciones más pequeñas: congos, guineas, benguelas, angolas, mozambiques, etc. Estos nombres étnicos fueron escritos en los registros parroquiales en el momento en que un cargamento de esclavos arribaba a un puerto del continente.

Los negros libres y los criollos, es decir, los que habían nacido en América, formaban habitualmente sus propias cofradías, separadas de las de los africanos esclavos. Sin embargo, todas estas asociaciones tomaban parte activa en los acontecimientos públicos de la ciudad y, en ese sentido, las personas de color no quedaban marginadas. Las cofradías religiosas tenían la función de desarrollar entre sus miembros la ayuda mutua en los momentos difíciles de la existencia: enfermedad y funerales. Las cofradías negras podían también reunir fondos para rescatar a sus hermanos esclavos. Cada cofradía quedaba bajo la advocación de un santo, con la obligación de celebrar una fiesta pública en su honor. Sea como sea, estas asociaciones crearon un sentimiento de pertenencia muy fuerte entre sus miembros, lo que favoreció las identificaciones étnicas, pues la subdivisión en naciones —benguelas, luandas, congos, angolas— establecía hermandades específicas. Los cortejos de negros debían exhibirse también junto a los de los prelados, los notables, las corporaciones y los indios. Cada estamento de la sociedad debía vestirse con sus mejores galas. Los instrumentos de percusión de los africanos introdujeron ritmos nuevos que se mezclaron con la tradición musical europea.[29] Evidentemente, estas fiestas daban lugar asimismo a excesos en la bebida y a escándalos.

La particularidad hispánica de las cofradías y de la participación en las fiestas barrocas no aparece en otras ciudades del continente en la misma época (siglos XVII-XVIII), como Nueva York (llamada Nueva Ámsterdam en esa época), en la que los pastores holandeses marginaban a los negros y los mantenían deliberadamente fuera del cristianismo. La progresiva fragmentación de los negros en naciones, en el marco de las cofradías, obedece sin duda a un objetivo político: evitar la expresión de una conciencia común en el seno de la masa de color que poblaba las ciudades españolas. La «etnización» de los africanos se manifiesta, pues, como un medio de control y de fragmentación de la masa de

[29] John Thornton, *Africa and the Africans in the Making of the Atlantic World, 1400-1680*, Cambridge University Press, Cambridge, 1992, pp. 228-229. En esta obra el autor indica que en África la música europea era conocida y apreciada en el Congo y en Sierra Leona.

color. La música y el baile constituían la expresión más evidente de esta «identidad africana». Esta segregación no se extendía a otras esferas de la vida civil, como, por ejemplo, las uniones matrimoniales.

Desde la segunda mitad el siglo XVIII la Corona, en nombre de la modernización y de la lucha contra los abusos de la Iglesia, restringió el número de fiestas. Los bailes de los negros, muy apreciados por el público, no correspondían ya a los nuevos criterios estéticos. Las nuevas apuestas de la administración colonial en los últimos años del siglo XVIII concernían a la educación de las masas y a la inculcación de modelos «cultivados» europeos. Esta actitud crítica continuó hasta el final de la época colonial. Obedeció en gran parte al temor que suscitaban las masas de color y la inminencia de una rebelión que, pese a todo, no llegó a producirse. En el medio rural, en Mesoamérica y en los Andes, el clero regular perdió la influencia de la que había gozado en tiempos de la evangelización, en beneficio del clero secular.

Como consecuencia de la secularización de las doctrinas administradas hasta ese momento por el clero regular, aumentó el número de parroquias. De todos modos, los frailes desempeñaron un papel en la prosecución de la obra misionera en las zonas periféricas del imperio, pero la expulsión de los jesuitas fue un serio golpe a la expansión de las misiones. Bajo la influencia de las Luces, las autoridades denunciaron los abusos de la Iglesia en el medio rural, la imposición de numerosas fiestas religiosas que implicaban gastos considerables para los campesinos, la utilización de los indios como servidores, o los emolumentos percibidos por los curas. Éstos, en efecto, ejercían un poder considerable sobre sus parroquianos y podían llegar a aplicarles castigos corporales.

A partir de la década de 1740 las reformas de los Borbones redefinieron el papel de los sacerdotes en el seno del Estado y limitaron sus poderes. En realidad, esta política iba dirigida al catolicismo popular, asimilado y reinterpretado por los indios, y esta religiosidad consolidaba los tres polos del poder regional formado por los curas, los propietarios de tierras y los representantes del gobierno colonial. En México sobre todo, había curas que disponían de una pequeña fortuna gracias a sus privilegios. Sin embargo, las medidas liberales del gobierno contra los abusos de la Iglesia produjeron el efecto contrario: la disminución de capellanías, de diezmos y del salario mínimo obligó a los curas a obtener emolumentos directamente de su grey, así como derechos elevados por la celebración de sacramentos, además de requerir servicios personales para la limpieza y restauración de las iglesias.

Con todo, sería erróneo creer que los indios se alejaban de la religión por culpa de sus curas. En realidad, a partir de la segunda mitad del siglo XVIII se de-

sarrolló un catolicismo «integrista» en el medio rural, tanto en México como en los Andes, y se enfrentó a los curas, a los que se reprochaba su avaricia y su comportamiento demasiado secular. A partir de este momento los indios mantienen una relación personal con sus santos, que no pasaba necesariamente por la mediación eclesiástica. La Virgen de Guadalupe es un ejemplo de esta apropiación indígena del catolicismo.

A decir verdad, el cristianismo, a partir del siglo XVI, proporcionó un nuevo lenguaje para expresar la esperanza en un futuro mejor y el rechazo de la explotación. Son numerosos los movimientos milenaristas que surgieron a lo largo del primer siglo colonial, tomando temas movilizadores de la religión de los conquistadores. En Paraguay, en 1556, los guaraníes se rebelaron contra los encomenderos y su brutalidad «con un niño que decían ser el hijo de Dios». Durante días y noches bailaban y cantaban, abandonando las sementeras «como si estuviesen locos». Columnas de indios se pusieron en marcha en la selva en busca de la Tierra sin Mal y llegaron hasta los contrafuertes de los Andes. En Perú el dogma cristiano de la resurrección de los cuerpos, difundido entre las poblaciones que creían en los antepasados, impulsó el milenarismo inca.[30] En Brasil, en el interior de la región de Bahía, prosperó un culto sincrético llamado *santidade* en la década de 1560. Indios formados en las misiones adaptaban el cristianismo a creencias antiguas relacionadas con la búsqueda de la Tierra sin Mal y mezclaban los símbolos cristianos con las creencias tupinambas. Se acusó a los adeptos de atacar los molinos de las plantaciones de caña de azúcar y de romper las máquinas, pero fueron dominados sólo muchos años después.[31] Finalmente, al aproximarse el siglo XIX, hay que decir que el gran rebelde que fue Túpac Amaru no se pronunció nunca contra la Iglesia.

Producción y mercado: los talleres

Desde la segunda mitad del siglo XVI, en Mesoamérica, en los valles de Puebla-Tlaxcala y de México y en los Andes, especialmente en la región de Quito, se conoció un gran auge de los talleres de confección llamados *obrajes*. Estos estable-

[30] Como ha mostrado Juan Carlos Estenssoro-Fuchs a partir del análisis de los sermones de Francisco de Ávila en Huarochiri, «Les pouvoirs de la parole. La prédication au Pérou. De l'évangélisation à l'utopie», *Annales*, 6, noviembre-diciembre de 1996, pp. 1.225-1.257.

[31] Robin Blackburn, *The Making of New World Slavery. From the Baroque to the Modern, 1492-1800*, Verso, Londres, 1997.

cimientos contenían al mismo tiempo obradores, manufacturas y prisiones, y reunían una gran mayoría de mano de obra indígena. Se fabricaban tejidos de lana, de paño, sombreros, ropa y tintes. Los trabajadores eran sobre todo personas endeudadas, y esta situación se hizo tan corriente que la Corona decidió limitar los adelantos consentidos a los indios a cuatro meses de salario. Explotando la indudable habilidad de los tejedores andinos, a los talleres españoles de Quito y del Perú se les proporcionó muy pronto telares de pedales, que permitían confeccionar anchas piezas de tela llamadas *bayetas*, destinadas a uso corriente. Curas regulares, dominicos, mercedarios y agustinos agrupaban a las jóvenes y a las viudas en estos obrajes, prolongando de este modo una costumbre prehispánica de explotación de la mano de obra femenina para la confección de tejidos. Guaman Poma de Ayala los describe, a finales del siglo XVI, como lugares de encierro guardados por religiosos, que no dudaban en golpear a los que no trabajaban con la suficiente rapidez. Una parte de los ingresos de esta industria iba a las órdenes religiosas. En Sigchos, cerca de Quito, los indios cumplían una parte de su servicio de mita en talleres dirigidos por agustinos; aquéllos solían presentarse con toda la familia para cumplir más deprisa la tarea que se les asignaba.

En realidad había dos tipos de obrajes tanto en toda la provincia de Quito como en la Nueva España: los que poseían una autorización real y que empleaban, en los Andes, al menos a 7.000 obreros a comienzos del siglo XVII, y los que eran clandestinos, mucho más numerosos. En comparación, los 2.205 indios mexicanos empleados en las manufacturas parecen poca cosa. La regulación del trabajo en estas fábricas era una preocupación constante de la Corona, debido a los múltiples abusos. No fue hasta la década de 1680 cuando se tomaron medidas drásticas respecto a aquellos que infringían abiertamente la ley. Ciertos talleres clandestinos, ante la amenaza de destrucción, fueron cerrados y se reforzaron los controles, pero a comienzos del siglo XVIII el sistema entró en declive y en otros lugares se desarrollaron nuevas formas de producción de textiles basadas en el trabajo asalariado.[32]

En Nueva España los talleres textiles empleaban sobre todo a condenados por delitos comunes, y allí los purgaban, al no haber cárcel ni galeras. Coyoacán, al sur de México, proporciona un buen ejemplo de esta situación. Conocemos las condiciones de vida en estos lugares gracias a las inspecciones llevadas a cabo en la segunda mitad del siglo XVII, para descubrir fraudes, en particular el

[32] Bernand y Gruzinski, *op. cit.*, pp. 239-241; John Leddy Phelan, *Kingdom of Quito in the Seventeenth Century*, Wisconsin University Press, pp. 69-85.

encarcelamiento ilegal de trabajadores libres. Entre estos presos eran mayoritarios los negros y los mulatos, que se amontonaban con los aprendices y jornaleros en una gran nave que hacía de dormitorio, como en La Limpia Concepción del Pedregal, en la ciudad de Coyoacán. Era un lujo, porque en otros talleres de los alrededores no había ni siquiera jergones y los trabajadores debían dormir sobre paja. Por la noche se les encerraba bajo llave. Los presos debían cardar diez libras de lana al día y limpiarlas. Se castigaba la pérdida de materias primas y se descontaba su valor del salario. Las primeras leyes sobre los obrajes estipulaban condiciones de vida y alimentación mínimas, pero, como siempre, la legislación no se respetaba. A comienzos del siglo XIX la humedad, el calor y el ruido llamaron la atención de Alexander von Humboldt durante su visita a Querétaro: «Cada taller se parece a un calabozo sombrío», escribía. Para compensar el cansancio y el aburrimiento, los trabajadores se daban al juego, a la bebida y a las relaciones homosexuales. Eran reductos de marginales.

Otro tipo de manufactura cercano a la cárcel eran las fábricas de pan o panaderías, que funcionaban con delincuentes y esclavos castigados por sus amos. Estos obreros solían estar encadenados. En las paredes de la iglesia de Acomayo, en Perú, el pintor cuzqueño Tadeo Escalante reprodujo, a fines del siglo XVIII, una escena corriente de una fábrica de pan con sus negros y mestizos que llevaban, la mayoría de ellos, hierros en los pies. En Lima y en Buenos Aires estos establecimientos eran particularmente siniestros. Los documentos describen a los obreros como «gentes del más vil origen, insolentes e inclinados a conspirar contra su amo, el capataz y todos aquellos que los dominan».

La economía de plantación

En el Nuevo Mundo las plantaciones de caña de azúcar y los molinos fueron, con la plata de las minas, la principal fuente de beneficios. La caña no era originaria del Nuevo Mundo. Los portugueses la importaron a las islas Azores y el primer molino fue construido en Madeira en 1452. En unos años el cultivo prosperó. La expansión de la industria azucarera dio lugar a la deforestación de la isla —cuyo nombre, Madeira [madera] atestigua la importancia que tenían los bosques—, al empobrecimiento de los suelos, que se hicieron inadecuados para los cultivos alimenticios, y a la esclavitud. Este modelo fue transportado al Brasil en la década de 1520, primero en la zona de Pernambuco, luego en el sur, en São Vincente y Espírito Santo. El clima, la abundancia de arroyos y las inmensas extensiones de tierras disponibles, al contrario que las Azores, explican su

éxito. En la segunda mitad del siglo XVI la producción brasileña superaba ampliamente la de Madeira y Santo Tomé, en África, que anteriormente eran las principales fuentes de aprovisionamiento de azúcar de Europa. Para proporcionar un elemento de comparación, en 1580 la producción del Brasil, evaluada en arrobas, era de 180.000, contra las 20.000 de Santo Tomé y las 40.000 de Madeira. En 1614 la producción alcanzaba las 700.000 arrobas. El azúcar será el principal producto de exportación del Brasil hasta 1830, cuando fue sustituido por el café.

El comienzo de la economía de plantación en Brasil se debe a la iniciativa del gobernador Mem de Sá (1557-1572). Durante la década de 1570 varios plantadores de Santo Tomé se establecieron con sus máquinas en la costa del Brasil. A los jesuitas, que eran enemigos jurados de los protestantes holandeses, la Corona de Portugal les asignó concesiones generosas y la autorización de abrir escuelas en todos los centros de población. La Compañía de Jesús desarrolló la ganadería y los molinos en tierras que les habían sido donadas para subvencionar las misiones.[33] En los primeros tiempos el trabajo en los molinos lo efectuaba sobre todo una mano de obra servil india, pero la fuerte demanda mundial de azúcar exigía un rendimiento cada vez mayor, y progresivamente los indios fueron sustituidos por africanos, más resistentes y más hábiles. Entre 1600 y 1650 al menos 20.000 esclavos fueron introducidos en Brasil.

En principio, cada *engenho* [ingenio] o plantación poseía un molino que trituraba también las cañas de los agricultores independientes de la región. El transporte del producto hacia Europa se veía favorecido por la distancia relativamente corta existente entre el nordeste del Brasil y Lisboa. Los beneficios de los plantadores dependían del costo de los esclavos (compra y manutención) y de las fluctuaciones del mercado. Hasta mediados del siglo XVII los precios se mantuvieron relativamente altos. En el siglo XVII el número de esclavos negros era tal que constituían alrededor de la mitad de la población colonial del Brasil, mientras que en la misma época no eran más del 2 por ciento de la América hispánica.

Evidentemente, el control de la población de esclavos se manifestó muy difícil, y el cimarronaje acabó siendo una práctica corriente. La creación, en un entorno nuevo, de *quilombos*, sociedades africanas formadas por esclavos fugitivos, fue un fenómeno de gran amplitud. De los diez principales quilombos brasileños, siete fueron destruidos dos años después de su creación, pero estos

---

[33] Blackburn, *op. cit.*, pp. 166-174.

casos, por muy importantes que fuesen, no pueden compararse con la «república negra» de Palmares, en la región de Pernambuco, que se mantuvo en pie durante casi todo el siglo XVII. Los habitantes de Palmares obedecían a un rey que disponía de una residencia y de una guardia. Curiosamente, los rebeldes no habían perdido su apego a la Iglesia, y edificaron una capilla para honrar a los santos. Palmares conoció momentos de tregua y su población aumentó de forma regular. Estaba compuesta a la vez de africanos angolas y de criollos, *crioulos*, nacidos en Brasil. La derrota final tuvo lugar en 1694, tras dos años de lucha. Unos doscientos negros se lanzaron desde lo alto de un precipicio, y otros doscientos murieron en los combates cuerpo a cuerpo. Las tropas hicieron quinientos prisioneros de ambos sexos, que fueron vendidos como esclavos, y el rey fue decapitado para dar ejemplo.[34] Palmares fue el más importante núcleo de resistencia, por su número y duración, pero en Brasil se desarrollaron otros quilombos o *palenques*, sobre todo alrededor de Bahía de Todos los Santos, capital del Brasil colonial hasta 1763, en el Caribe y en la América hispánica.

Los comienzos de la crisis azucarera de Brasil se sitúan hacia 1680, por la competencia de las plantaciones de Jamaica y de Santo Domingo. En la primera mitad del siglo XVIII la producción de Cuba era modesta y muchos de los 50.000 esclavos de la isla trabajaban como jornaleros y criados. Más que el azúcar, era el tabaco el que conocía un gran éxito en la isla. La mano de obra negra era cara y difícil de adquirir debido a las restricciones mercantiles de España. En 1774, sobre una población total de 175.000 individuos, 44.000 eran esclavos y 31.000 negros libertos. Pero en 1778, tras los acuerdos que zanjaron el conflicto que enfrentaba a España y Portugal, las factorías de Fernando Poo y de Annobón fueron transferidas a los españoles, que de este modo pudieron estar en el primer plano de la fuente de la trata. Este hecho dio impulso a la industria azucarera de Cuba.[35] La revuelta de los esclavos de Santo Domingo y la ruina de su industria azucarera aceleraron el proceso: los técnicos y empresarios de Santo Domingo se refugiaron en Cuba con sus capitales, su experiencia y su técnica, y el cultivo de caña de azúcar, introducido en 1510, conoció un auge sin precedentes.

En 1792 Cuba se convirtió en el tercer país productor de azúcar, después de Jamaica y Brasil. Entre 1790 y 1820, 369.000 africanos fueron introducidos en

---

[34] Existe una numerosa literatura sobre Palmares. Nosotros hemos seguido aquí a R. K. Kent, «Palmares, un estado africano en Brasil», en Richard Price (compil.), *Sociedades cimarronas*, Siglo XXI, México, 1981, pp. 133-151 (edición original en inglés, 1973).

[35] Blackburn, *op. cit.*, pp. 497-500.

Cuba, pese a la abolición de la trata por parte de Inglaterra en 1807, y luego por España en 1817. Hasta 1841 continuaron llegando esclavos, pero los tiempos habían cambiado y la burguesía azucarera temía una insurrección de la población negra, siguiendo el ejemplo de Haití. Los temores estaban fundados, pues desde 1790 la isla sufría regularmente numerosas rebeliones de esclavos, tanto en las ciudades como en el campo. Con el paso del tiempo, las revueltas de los talleres se hicieron más frecuentes que el cimarronaje y, en 1843, la ejecución de José Mitchell, mulato libre apoyado por el cónsul británico, no fue suficiente para desmantelar la organización rebelde. La trata de esclavos, pese a su abolición por Inglaterra y España, conoció un nuevo momento de auge entre 1851 y 1860, con la llegada a Cuba de 131.000 esclavos desviados desde Brasil.

La burguesía azucarera adquirió enormes riquezas gracias al trabajo de 720.000 esclavos llegados a Cuba entre 1790 y 1860. Las plantaciones de caña de azúcar se ampliaban a costa de las tierras de los campesinos: declinó el cultivo del tabaco, antaño floreciente, y la del café desapareció en 1860. Por estas fechas la caña de azúcar representaba el 89 por ciento de la producción agrícola total, centrada en los departamentos de La Habana y Matanzas. Hacia 1885 la competencia del azúcar de remolacha marcó el declive de la economía cubana. El azúcar sólo podía ser competitivo a costa de transformaciones tecnológicas radicales. El cierre de los mercados europeos convirtió a Cuba en dependiente de Estados Unidos, sobre todo después de la ruina de la Louisiana. Los estadounidenses compraron plantaciones, concentraron las refinerías y fijaron el precio del azúcar. En unos años, todo el ciclo de producción pasó a manos de los estadounidenses. El esclavismo, signo de atraso, fue abolido progresivamente desde 1878 y desapareció definitivamente en 1886.

En este contexto estalla la guerra de los Diez Años, llamada guerra de Yara (1868-1878), desencadenada por los campesinos, a los que se unieron intelectuales, entre ellos el poeta José Martí, y personas de las clases medias e inferiores, todos contra la burguesía azucarera y, por extensión, contra la Corona española. La última fase de la lucha la iniciaron los españoles en 1895, año de la muerte de José Martí. En 1898, el hundimiento del *Maine*, barco de guerra estadounidense que se hallaba en la bahía de La Habana, proporcionó un pretexto a Estados Unidos para intervenir militarmente. España no podía resistir y acabó capitulando. Abandonó Cuba y cedió a Estados Unidos, como compensación, Puerto Rico y el archipiélago de las Filipinas. La dominación española en América llegaba a su fin. El imperialismo estadounidense, bajo cubierta de la Doctrina Monroe, tomaba el relevo, y así se garantizaban los intereses de los productores de azúcar.

Brasil y Cuba no fueron los únicos que desarrollaron la industria azucarera. En México, en la región de Morelos, ésta fue preponderante y utilizó también una mano de obra esclava o sometida a servidumbre por deudas. Al norte de Quito los jesuitas administraban ocho grandes posesiones explotadas por esclavos, que conservaron hasta su expulsión en la década de 1760. En la costa del Perú las plantaciones de caña de azúcar eran más extensas y ocupaban a la mitad de los 40.000 esclavos del virreinato. En todas las regiones azucareras la producción de aguardiente acompañaba al trabajo agrícola e industrial. El lugar del alcohol en la vida de las poblaciones americanas era muy importante, y muy pronto las bebidas destiladas se impusieron en las ciudades y en el medio rural. Eran más fuertes que las cervezas tradicionales de maíz, de pita y de mandioca, y se hicieron omnipresentes a partir del siglo XVIII, con las consecuencias que conocemos: ebriedad, alcoholismo, violencias y también, debido a la ritualización de su consumo, una forma de reforzar los nexos sociales.

Finalmente, siguiendo el modelo de plantación, también otros cultivos, además del azúcar, emplearon esclavos o indios sometidos a servidumbre. Tabaco, índigo o añil, y cacao desempeñaron asimismo un papel importante en la economía colonial. En Europa se consideraba que los productos de plantación eran mercancías de lujo, pero como se obtenían gracias a una mano de obra esclava, podían ofertarse a un nivel más amplio que los demás bienes, y los precios bajaron. Se ha atribuido el origen del tabaco a América Central (*Nicotiana rustica*) y a los Andes (*Nicotiana tabacum*). No sabemos quién los llevó a Europa pero, fuese quien fuese, ya era conocido en España en 1520, antes de la difusión que le dio Jean Nicot, embajador de Francia en Portugal. Sea como fuere, la importancia del tabaco ilustra bien lo que fue esta primera mundialización de los mercados. Los portugueses transportaron esta planta al golfo Pérsico y a la India, y el mercado de exportación de Bahía se extendió a África, a Europa y al valle del San Lorenzo, en América del Norte. El tabaco fue introducido en el Dekkán en el siglo XVI; en Japón se cultivaba ya en 1605. Con el café —otro producto de plantación originario de la Arabia feliz pero desarrollado en Cuba y en Brasil— y el alcohol, el tabaco, aspirado o fumado en pipa, constituía un elemento fundamental de las diversiones populares europeas, como muestran los cuadros holandeses del siglo XVII.

El cacao era un producto muy importante en la época prehispánica y funcionaba como una especie de moneda: antes de la conquista, los comerciantes del Yucatán obtenían cacao a cambio de sal. Este grano poseía asimismo funciones rituales. Casi la mitad de los tributos provenían de las cálidas tierras de Soconusco, anexionadas a la Audiencia de Guatemala. El clima y la humedad,

que convertían este trabajo en una actividad muy penosa, eran favorables a este cultivo. Dado que el número de indios tributarios de la región era extremadamente exiguo debido a la fuerte mortalidad que habían sufrido las comunidades tras la conquista, se trasplantaron chichimecas del norte, reducidos a la esclavitud a causa de su resistencia, junto a los cuales se colocó a delincuentes comunes. El cacao tuvo un éxito considerable con la difusión del chocolate, bebida que en la época prehispánica estaba destinada a las élites. Aventureros y oficiales reales tomaron el control de los cacaotales, pero la producción de Soconusco entró en declive en el siglo XVII. No obstante, el cacao tomó nuevo auge en Guayaquil (Ecuador) y, sobre todo, en Venezuela.

Otro producto de plantación era el *xiquilite*, del que se obtenía un tinte azul muy apreciado, el añil. Pese a su nombre náhuatl, se importaba de la India. Se almacenaba en un taller donde se dejaba en remojo varias horas, y al fermentar soltaba un líquido pegajoso al que se dejaba oxidar entre tres y cinco horas, agitando continuamente la superficie del agua para facilitar la operación. El cultivo de esta planta se difundió a lo largo de la costa del Pacífico, en El Salvador y en Nicaragua. Era una industria de desarrollo fácil, pues no necesitaba una habilidad sutil, como en cambio era el caso de la *grana* o cochinilla, cultivada únicamente por los indígenas. En principio, el trabajo indígena en las plantaciones estaba prohibido por la ley, pero era fácil eludirla. A finales del siglo XVIII las haciendas de índigo estaban pobladas por trabajadores ladinos (mestizos).

El caucho ocupa un lugar aparte aun cuando su desarrollo es más reciente y supera, por lo general, el marco cronológico estrecho del colonialismo ibérico. El látex era conocido por los pueblos prehispánicos y el etnónimo *olmeca* significa «habitante del país de la goma». Los portugueses no ignoraban el uso que de él hacían los indios del Amazonas para impermeabilizar los tejidos y la cestería. Por su parte, el rey José I de Portugal envió en 1755 varios pares de botas a Pará con el objeto de que fueran recubiertas de esta substancia. En 1802, por orden del gobierno portugués, se realizó un estudio sobre el uso del látex por parte de los indígenas:[36] el estudio resultó interesante y, en la primera mitad del siglo XIX, las exportaciones brasileñas de caucho progresaban continuamente. La explosión se produce a partir de 1870, tras el descubrimiento por parte de Charles Goodyear del proceso de vulcanización y de la utilidad de esta materia,

[36] Jean Piel, «Le caoutchouc, la winchester et l'empire», *Revue Française d'Histoire d'Outre-Mer*, t. LXVII, nº 248-249, 1980, pp. 227-252.

elástica e impermeable a la vez, para la industria. Desde 1879, en Manaos, acabó predominando la extracción del caucho silvestre sobre la agricultura. Se trataba de un trabajo agotador, en condiciones próximas a la esclavitud. Los *seringueiros* proporcionaban doce horas de trabajo y debían encontrar las plantas de hevea, sangrarlas y preparar las bolas de caucho. Por la noche se les encerraba en barracones. La más mínima ralentización de la actividad, la mínima salida de tono, se castigaba con el látigo, y los capataces tenían derecho a abatir a los fugitivos. La mano de obra se reclutaba sobre todo por endeudamiento: se adelantaba a estos hombres alcohol o fusiles, y posteriormente se les obligaba a trabajar con el fin de poder pagar. Este sistema se generalizó en toda la Amazonia a comienzos del siglo XX, hasta que, en 1914, la explosión del caucho americano terminó. En la década de 1870 un plantador británico había conseguido sacar clandestinamente setenta mil granos de hevea, de los que dos mil fueron replantados en Ceilán [hoy Sri Lanka], de donde se difundieron por Malaysia e Indonesia. Así pues, el caucho de plantación se desarrolló desde entonces en Asia y la producción amazónica decayó.

La plata y el oro: la riqueza de las minas

La atracción por el oro y la esperanza de encontrar en los confines del mundo minas inagotables alimentaron la imaginación de los primeros conquistadores. El mito de Eldorado, en todas sus variantes, expresa esta búsqueda, que el descubrimiento del Templo del Sol de Cuzco y de sus riquezas inauditas no hizo más que ampliar. Ya desde el primer viaje de Colón estaba en las mentes la esperanza de hallar en las islas arenas auríferas. Los indios taínos, para su desgracia, indicaron a los españoles la existencia de las minas de Cibao, en La Española. La fiebre del oro nace por primera vez en suelo americano. Los orfebres indios buscaban las pepitas en condiciones de explotación muy duras, por lo que abandonaban los cultivos, y por esta causa, muy pronto, llegó la hambruna. Así, el oro de las Antillas se asocia al desastre demográfico y ecológico de la región. Incluso los aventureros que buscaban por su cuenta el preciado metal eran castigados con rigor por los hombres de Colón. Al igual que se hacía con los indios, se les cortaba la nariz y las orejas. Sin embargo, el oro de las Antillas no era tan abundante como se había pensado. En el istmo de Panamá, denominado aun así Castilla del Oro, era francamente insuficiente. Por lo tanto, los españoles basaron su riqueza menos en la explotación de los placeres que en el pillaje de las joyas indígenas, que fundían y enviaban a Europa en forma de lingotes. El ciclo del

oro termina hacia mediados del siglo XVI, aunque en Colombia (Antioquia, Chocó) y en Ecuador (Zaruma, Zamora) la extracción aurífera fue relativamente rentable.

El auge vuelve en el siglo XVIII, en Brasil, en Minas Gerais. Aquí, el descubrimiento de los yacimientos transformó la región: se desarrolló la red viaria, se extendió la burocracia y, sobre todo, la llegada masiva de esclavos negros modificó la composición poblacional. ¿Qué cantidad de oro se obtenía en las minas? Es difícil disponer de registros fiables. En el momento más intenso de la explotación el valor del mineral superaba al de la plata obtenida en Zacatecas y en Potosí. Entre 1735 y 1764 se calcula que se extrajeron más de 27.000 kilos de oro en Minas Gerais. Al norte de la capitanía, el descubrimiento de minas de diamantes confirió a toda esta región una importancia económica de primer orden. La explosión minera impulsó la creación de grandes propiedades (*fazendas*) dedicadas principalmente a la cría de ganado.

La capitanía de Minas Gerais mostraba, en el siglo XVIII, una fisonomía propia, caracterizada por su desarrollo urbano, por la diversificación de las actividades económicas y por un número importante de libertos, aunque los esclavos seguían constituyendo el 38 por ciento de la población en 1767. Todo se medía en oro. Podían encontrarse ropas bordadas en hilo de plata, adornos suntuosos, productos de lujo, abundancia que contrastaba con la penuria o los altos precios de las alubias negras o de los pollos. La ciudad de Vila Rica (Ouro Preto) conoció un auge artístico notable y podía enorgullecerse de poseer la más bella arquitectura barroca de Brasil. El campamento de Tejuco, que se convertirá en la ciudad de Diamantina, estaba rodeado de un espacio desértico. Se trataba de una zona prohibida o reservada, y para franquear sus límites era necesaria una autorización especial; era una forma de evitar la desaparición de piedras preciosas. Como en todo Brasil, también en Minas Gerais había quilombos, repúblicas negras creadas por los esclavos huidos. Eran numerosos, pero de pequeño tamaño. En realidad, estos enclaves de libertad estaban en contacto con los centros urbanos y los esclavos huidos efectuaban intercambios con los hombres libres. A partir de la década de 1740 comienza la ofensiva militar contra los quilombos. Sin embargo, se iniciaba ya el declinar de las minas de oro y de diamantes, aunque continuaban llegando a la región aventureros provenientes de todos los puntos de Brasil y Portugal.

En la América hispánica el principal recurso mineral lo constituía la plata, y las tres principales minas estaban en Potosí, en el virreinato del Perú, Zacatecas y Guanajuato. En estas dos grandes regiones mineras, los indios eran dedicados al trabajo, pero también los negros, sobre todo en la Nueva España. En

el siglo XVI, para poder movilizar la mano de obra era necesario ser encomendero y disponer de trabajadores a los que someter a prestaciones laborales, reclutados en Perú según el sistema rotativo de la mita. La rentabilidad de las minas americanas se debía menos a la calidad del mineral, inferior al de las minas europeas, como al precio irrisorio de la mano de obra.[37] Además, hay que moler el mineral, almacenarlo, tasarlo y transportarlo, con frecuencia a distancias considerables y poco seguras. Las minas de Zacatecas se vieron amenazadas de forma regular en los primeros cuarenta años por los indios insumisos de la Liga Chichimeca. En efecto, el territorio que separaba los ranchos ganaderos en torno a Querétaro y las montañas de la plata estaba controlado por tribus hostiles que fueron pacificadas a partir de 1590 no por las armas, sino por las misiones franciscanas y por el reparto de ropa, calzado, útiles de hierro y alimentos.[38]

Según la leyenda, los filones de plata de Potosí fueron descubiertos en 1545 por un indio llamado Gualpa, que cazaba cérvidos en las laderas de la montaña. Pronto se organizó la explotación de las minas. En pocos años la montaña ocre-roja, antigua potencia telúrica de los indios, se convirtió en una auténtica termitera. El metal se fundía en hornos de piedra situados en las elevaciones y, a falta de madera, se utilizaba como combustible el guano, heces de aves marítimas que abundaban en las costas de Perú. La organización productiva se llevaba a cabo según varias modalidades. Una de ellas era la mita, que se extendía por cientos de kilómetros y afectaba a la población aymara. Con el fin de movilizar con más facilidad la mano de obra indígena, el poder de Lima creó unidades administrativas que se correspondían aproximadamente con los reinos prehispánicos, y colocó al frente de estas «capitanías» a miembros de las dinastías indias locales. Estos señores disponían de un poder real sobre sus hombres, se vestían a la española, adoptaban el modo de vida de los grupos dominantes, poseían esclavos y numerosos servidores. Era una forma de gobierno indirecto, modalidad que desaparecerá en el siglo XVIII con el desarrollo de la burocracia y el aumento del control sobre la población. De este modo las élites indias perdían una parte de su legitimidad. Las rivalidades entre familias, las usurpaciones y las pretensiones infundadas aceleraron su declive.

---

[37] Ruggero Romano, *Les mécanismes de la conquête coloniale: les conquistadores*, Flammarion, París, 1972, pp. 135-147.

[38] Véase sobre este asunto Philip W. Powell, *La guerra chichimeca, 1500-1600*, FCE, México, DF, 1977.

Pese a las muy penosas condiciones de explotación —Potosí era considerada una de las bocas del infierno—, muchos preferían quedarse en la ciudad como obreros asalariados en vez de volver a su tierra de origen. Esto les permitía utilizar el tiempo libre para trabajar por su cuenta, pues la vida urbana implicaba aspectos positivos y la posibilidad de escapar a la condición de campesino. Hoy es difícil imaginar que Potosí haya sido una de las más importantes ciudades del siglo XVII, con una población cosmopolita, un teatro y varias academias de baile. No hay que olvidar que la afluencia de dinero del Alto Perú provocó en Europa una verdadera conmoción económica que no benefició a España, sino a los reinos del norte. En los Andes meridionales y en las regiones más excéntricas el desarrollo minero de Potosí tuvo importantes consecuencias para la expansión de los mercados textiles, la ganadería, el cultivo de la manzana, la producción de coca y de guano. La gran época de Potosí comienza en 1580 y dura hasta 1620, fecha en la que inicia su declive, pero las minas continuaron atrayendo a los indios, que huían de su comunidad de origen y se transformaban en *yanaconas*, una especie de trabajadores libres, que en los primeros tiempos de la dominación española estaban exentos de tributos.

El centro económico más dinámico de México era Zacatecas, donde el descubrimiento de minas de plata en 1546 provocó una verdadera avalancha de indios, mestizos y mulatos. Esta ciudad, perdida en medio de un desierto hostil, se convirtió en la cabeza de puente de la Nueva España para la conquista del norte. En las minas de Zacatecas no eran los encomenderos quienes detentaban el poder, sino los empresarios mineros y los comerciantes, que disponían de verdaderas fortunas, como en Guanajuato y en Pachuca. En efecto, al contrario de lo que ocurría en Perú, el *repartimiento* —versión mesoamericana de la mita— estaba menos desarrollado que el trabajo libre, pero esta libertad era relativa, pues muchos estaban endeudados, lo que les hacía dependientes de su empleador. Al igual que en Potosí encontramos aquí la mezcla característica de población obrera y la diversidad de empleos ligados a la mina. Tras una disminución del rendimiento en el siglo XVII, esta industria conoció una recuperación en el XVIII, debido a las innovaciones técnicas. En efecto, en esta época ya no se practicaba la explotación a cielo abierto, y para alcanzar los filones era necesario excavar pozos perpendiculares, operación que incrementaba los costes de un modo enorme. Las inversiones demostraron ser rentables, pues a comienzos del siglo XIX el 67 por ciento de las exportaciones provenían de México. La plata de Zacatecas reposaba en manos de una aristocracia minera formada por los descendientes de los conquistadores vascos del siglo XVI y de la nobleza colonial de México capital. Con ocasión de su viaje a México, Alexander von

Humboldt encontrará a los hombres más ricos del mundo, empresarios vizcaínos que también habían invertido en la compra de títulos nobiliarios.[39]

Esclavos y libertos de las ciudades

Las plantaciones azucareras, las minas y la ganadería emplearon una mano de obra esclava considerable. Durante el siglo XVIII la trata de negros conoció un gran desarrollo, sobre todo en la América hispánica, con la supresión progresiva de las trabas a la libre circulación de los navíos negreros. La imagen popularizada por Gilberto Freyre de los esclavos unidos al *engenho* en Brasil y que vivían en un régimen autoritario paternalista, o la otra, menos romántica, de las plantaciones del Caribe, no agotan la realidad esclavista de América, pues hasta finales del siglo XVIII se compraban numerosos esclavos para ser al mismo tiempo domésticos y jornaleros de familias que no eran siempre las más acomodadas, y que subsistían gracias al ingenio y a la laboriosidad de sus sirvientes. No hace falta demostrar la importancia de la esclavitud urbana, tanto en los reinos españoles como en Brasil, que en muchos casos anuncia la formación de un proletariado de color.

¿Cuáles eran sus características? En primer lugar, la proximidad física entre el esclavo y el amo. En términos generales, el esclavo cohabitaba con su amo, aunque pueden encontrarse numerosos casos en los que residía en otro lugar, junto al dueño de un taller, por ejemplo, o en una fábrica de pan. Asimismo, formaba parte de su familia, en virtud de un modelo medieval que los conquistadores introdujeron en el Nuevo Mundo en el siglo XVI. Efectivamente, el grupo de parentesco hispánico llamado *linaje* implicaba la cohabitación bajo el mismo techo del dueño de la casa, señor o hidalgo, además de sus parientes próximos, de todas las personas que dependían de él como *criados*. Esta palabra, que suele traducirse por lo general por doméstico o servidor, encierra asimismo la idea de criar a alguien, de alimentarlo y acogerlo. La propia categoría de los criados estaba jerarquizada y los esclavos ocupaban el rango más bajo.

Sin embargo, el esclavo urbano no estaba confinado en la casa, sino que podía circular por los espacios públicos: calles, plazas, mercados, tabernas, parcelas

---

[39] La bibliografía sobre Zacatecas es muy abundante. Citemos, para el estudio de estas élites, el libro de Frédérique Lange, *Mines, terres et société à Zacatecas (Mexique) de la fin du XVIIe siècle à l'indépendance*, Publications de la Sorbonne, París, 1992.

cultivadas en las afueras de la ciudad. Frecuentar estos lugares les ponía en contacto con los otros, les proporcionaba información y les inclinaba al rumor y al comadreo. La calle ofrecía un espacio de libertad que otras personas, las mujeres de las élites, por ejemplo, y pese a ser de condición libre, no conocían. Finalmente, a pesar de que las ciudades de la América hispánica no tenían todavía la densidad de hoy en día, se encontraban aun así muy pobladas para la época, y favorecían, en ciertas zonas, el anonimato o la disolución de los nexos personales.

La circulación de los esclavos urbanos era consustancial con el sistema, pues la mayor parte de los sirvientes estaban colocados como jornaleros en talleres. El dinero que recibían por su trabajo iba a parar al amo, que rentabilizaba así el precio de compra y el mantenimiento del esclavo, pero éste podía conservar para sí una parte del peculio con el fin de comprar su libertad. El ejercicio de un oficio manual, que en la época colonial se llamaban las *artes mecánicas*, era una marca de pertenencia a las clases bajas. En esta jerarquía las corporaciones de oficios ocupaban la posición más elevada, pero los estatutos selectivos y discriminatorios de muchos de estos grupos impidieron que los hombres de color se convirtiesen en maestros dentro de su oficio. Es interesante notar que los negros y los mulatos no ejercieron sus actividades en el marco estrecho y arcaico de las corporaciones, aunque los había a pesar de las prohibiciones, sino en el trabajo libre asalariado, modalidad que la Corona de España trató de impulsar ya desde el siglo XVI y que acabó desplazando a la esclavitud, demasiado costosa. Así pues, fueron los mulatos y los mestizos, las gentes llamadas con el término genérico de *castas*, quienes formaron este proletariado.

Aunque es cierto que, desde el punto de vista jurídico, los únicos a quienes se reducía a la esclavitud era a los negros africanos, en realidad las numerosas situaciones equívocas muestran las dificultades para establecer una frontera entre éstos y otras categorías sociales. La esclavización de los indios había sido prohibida por las Leyes Nuevas a mediados del siglo XVI. Sin embargo, ciertos estatus intermedios y ambiguos, como las *naborías* de las Antillas y Tierra Firme, o los *yanaconas* y *peinadillos* andinos, implicaban la privación o la restricción de la libertad. En el siglo XVIII el desarrollo del *concertaje* en el mundo rural indígena constituye una forma de esclavitud por deudas. Sin contar el estatuto servil de los *chinos filipinos* introducidos en Acapulco, provenientes de Filipinas. No disponemos todavía de estudios comparados de las distintas variedades de relaciones serviles que, si se daba el caso, nos permitirían captar mejor la especificidad de las gentes de color.

En fin, no olvidemos que en la época colonial la libertad no es, en la práctica, lo contrario de la esclavitud. Los negros libertos gozaban de un estatus

ambiguo y, en varios casos, se intentó obligarles a vivir con «amos» para sedentarizarlos.[40] ¿Y qué decir de la libertad de las mujeres, sobre todo cuando formaban parte de las élites? La frontera entre la privación de libertad y su goce es, en muchos casos, difícil de trazar.[41] En la América hispánica el estatuto de los esclavos se regía por un cuerpo de leyes medieval, las *Siete Partidas*, promulgadas por Alfonso X el Sabio. Aunque privados de libertad, gozaban de algunos derechos: podían comprar su libertad y la Iglesia les animaba a casarse, pues se pensaba que la vida conyugal era un elemento de estabilidad e integración. El amo no podía maltratarlos sin razón, y estaba obligado a vestirlos y a alimentarlos convenientemente. Si estas condiciones no se cumplían, el esclavo podía exigir ante un tribunal, presidido por el defensor de los pobres, cambiar de amo. Para ello necesitaba obtener una especie de «recibo», llamado «papel de venta», en el que el amo marcaba el precio estimado por el esclavo e indicaba sus defectos. Dotado de este papel que, en principio, no podía serle negado, el esclavo recorría la ciudad en busca de un nuevo amo dispuesto a pagar el dinero para adquirirlo. Si al cabo de cierto tiempo no hallaba comprador, le quedaban tres posibilidades: huir (lo que no siempre era fácil), volver con su antiguo amo, o bien —y era la peor solución— ser vendido «fuera del país», es decir, en otra ciudad o en otro medio rural.

Éstas eran las leyes, pero no se respetaban siempre. Lo que importa señalar es que entre el amo y el esclavo había al menos dos intermediarios: la Iglesia y, sobre todo, el sistema jurídico. La Iglesia constituyó para los esclavos y los negros libres un recurso para hacer valer su derecho a casarse y a elegir al cónyuge. Cuando el amo se negaba a casarlos, sólo la Iglesia podía modificar la situación. En cuanto al dispositivo jurídico, éste se reforzó en la segunda mitad del siglo XVIII por influencia de la modernización introducida por las reformas administrativas de los Borbones. Se designaron defensores de los pobres para resolver los contenciosos entre amos y esclavos. En muchos casos el esclavo ganó la causa. Nosotros hemos trabajado sobre todo en los archivos de Buenos Aires, ciudad en la que la esclavitud se manifestaba bajo su forma más «benigna», pero sería necesario comparar estos documentos tan particulares con otros del mismo tipo recopilados en otras ciudades de la América hispánica, como Caracas, Lima, Cartagena o Quito.

El valor de los esclavos variaba según la edad, las fuerzas y los defectos. Por lo general solía aumentar con la instrucción y el aprendizaje. Había esclavos

[40] Aguirre Beltrán, *op. cit.*, 1972, pp. 280-281.
[41] Konetzke, Colección, II-1, p. 291.

que habían sido adquiridos únicamente para trabajar en la calle, con la obligación de entregar al amo todo el dinero del salario hasta alcanzar la cifra del precio pagado por éste para comprarlos. Se parecían a los *engagés* [contratados] franceses del siglo XVII o a los *indentured men* [contratados ingleses] de la misma época. El amo podía comprarle a su esclavo una «tienda» si era hábil con las manos, a condición de que el jornalero le entregase la totalidad de las ganancias. Sin embargo, si el esclavo tenía éxito, era muy difícil controlarlo. Así, en Buenos Aires, el mulato Basilio Baldés, que practicaba sangrías en la tienda de un maestro barbero calificado de *pardo*[42], se negó a volver a la casa de su amo todos los días para dormir; prefería quedarse en la tienda por la noche como *agregado* (otro estatuto de dependencia), pero exigía que el amo le pagase la comida. Dado que el amo dependía del salario del negro para su subsistencia, tuvo que doblegarse.[43]

Son numerosos los documentos redactados en el último tercio del siglo XVIII en Buenos Aires que presentan argumentos inspirados por el espíritu de las Luces. Un esclavo pide sus papeles de venta tras diecisiete años de servicio y alega como justificación de su iniciativa los malos tratos que le ha infligido el amo —éste tiene un carácter «imposible» y «nunca lo trata como a un ser humano (*racional*)»—, unido al hecho de que ya no puede sufrir vivir en servidumbre. Otro esclavo de diecisiete años, José Atanasio, conoce el recurso que le ofrece la ley y acude al defensor de los pobres para obtener su carta de libertad, diciendo: «Mi amo, contra los sentimientos más íntimos del derecho natural, se opone a que yo compre mi libertad pagando el dinero de mi precio de venta, mientras que todos deberían unir sus esfuerzos para abolir la esclavitud como cosa que repugna a nuestra religión.» Es probable que tales argumentos le fueran inspirados por el defensor de los pobres, pero no se puede excluir que algunos esclavos se hayan familiarizado con los temas políticos debatidos durante las reuniones entre los amos. Con frecuencia el esclavo se lamentaba de que las numerosas tareas que se veía obligado a hacer le impedían salir a la calle para «comprar su libertad». Los esclavos jornaleros eran explotados duramente. Cuando el esclavo poseía un oficio cualificado (músico, cocinero, perfumero, peluquero, etc.) al amo le molestaba separarse de él, aunque el esclavo hubiese reunido el dinero para el rescate. Uno de los argumentos aportados por el amo en estos casos era que el esclavo no tenía derecho a sacar provecho de las inver-

---

42 *Pardo*: término empleado para designar a los mulatos de color relativamente claro.

43 Archivo General de la Nación (Argentina), *Autos de Basilio Baldés*, IX-35-5-3, 1772.

siones que aquél había hecho para enseñarle un oficio. Es difícil encontrar una justificación más cínica de la esclavitud.[44]

Sin embargo, la libertad, que el esclavo deseaba por encima de todo, era en muchos casos difícil de vivir para quien no tenía familia. He aquí un ejemplo, entre otros, el de Juan Rodrigo: liberado en Buenos Aires, cruzó el Río de la Plata y llegó a Montevideo. Allí, al no tener donde cobijarse, se puso al servicio de don Domingo de Irrazaval como *agregado*. Juan se querelló contra este hombre, que le trataba bastante peor que si hubiese sido su esclavo. Este caso es revelador de lo tenue que era la frontera que separaba la esclavitud de otras formas de dependencia, tan numerosas y corrientes en toda la América Latina, hispánica o portuguesa. Por lo que respecta a las mujeres esclavas, se consideraba un signo de consideración haberlas comprado para servir en el interior de la casa (y ahorrarles los peligros de la calle). Éstas no dudaban en denunciar a sus amos cuando las enviaban de compras, aunque encontraban en la calle una gran libertad de movimientos.

La violencia de los amos es un hecho indiscutible: golpes, encierros, humillaciones e injurias son acusaciones frecuentes. La violencia se ejercía más sobre las mujeres que sobre los hombres, más sobre personas viejas y enfermas que sobre las jóvenes y sanas. Cuando el esclavo ya no resultaba útil, podía ser rechazado como un objeto usado. Las víctimas se querellaban por esta ingratitud, que parecía la mayor injusticia. A fin de cuentas, los golpes eran más soportables que la indiferencia o el desprecio mostrado por un amo hacia aquel o aquella que había compartido su vida.

No obstante, por el lado de los esclavos y los libertos se descubren asimismo comportamientos violentos, al menos según los criterios de la época. A finales del siglo XVIII, en Buenos Aires, son numerosos los documentos que recuerdan la impertinencia de los servidores que osan contradecir a sus amos, desobedecerles, negarse a trabajar, que no se descubren en su presencia o se enfrentan directamente a él. Algunos se atreven incluso a levantar la mano al amo o a denunciarlo ante los tribunales por mala conducta, bigamia, adulterio o propósitos subversivos contra el gobierno colonial.

En las guerras de independencia se proclamó el rechazo a toda forma de servidumbre. La mita se suprimió en 1811, pero la esclavitud se mantuvo todavía

[44] Estos ejemplos, extraídos de los archivos de Buenos Aires, se analizan detalladamente en Mónica Quijada, Carmen Bernand y Arndt Schneider, *El proceso de homogeneización: el caso de la Argentina*, CSIC, Madrid, 2001.

algunos decenios. En Cuba y en Brasil no fue abolida hasta 1886 y 1888 respectivamente. Las razones de esta puesta al día son, a la vez, económicas y políticas. De una manera general, los propietarios de la tierra se opusieron, con el argumento de que el campo se hallaba en una situación desastrosa tras las luchas civiles. Se habló también del supuesto interés de los esclavos a permanecer bajo el techo de los amos, donde podían encontrar protección contra los azares de la existencia. Sin embargo, se temía sobre todo el establecimiento de una pequeña burguesía de color, la «pardocracia», que había empezado a surgir en Caracas a fines del siglo XVIII y hacia la cual el *Libertador* Simón Bolívar mostraba una desconfianza clara, pues el resentimiento de los descendientes de los esclavos sólo podía desembocar en una explosión social.

En Perú, donde la condición de los esclavos urbanos había sido más dura que en Venezuela, la llegada de las tropas del *Libertador* San Martín a Lima, en 1821, hizo temer una rebelión de negros y mulatos. Según los testimonios de los viajeros, Lima estaba dominada por la plebe. Desde 1840 las manumisiones se multiplicaron, pero para poder desembolsar el precio de su libertad, los esclavos se endeudaban y volvían a caer en una forma de dependencia que se parecía mucho a su antigua condición. Y si la esclavitud fue abolida en 1854, la discriminación de la que habían sido objeto los negros continuó. En todos los nuevos Estados latinoamericanos se planteó el problema de qué lugar debía ocupar el pueblo de color en la nación.

La América española: una colonización de Antiguo Régimen

Jacques Poloni-Simard

La llegada de Cristóbal Colón al Caribe y, más todavía, las expediciones de Hernán Cortés a México y de Francisco Pizarro a Perú marcan una ruptura en la historia de la expansión europea.[1] Aun cuando los grandes descubrimientos no son, desde muchos puntos de vista, más que la prosecución de la *Reconquista* castellana o, en el caso de Brasil, una prolongación del reconocimiento portugués de las costas africanas, y si a la colonización ibérica le precedió la explotación de las islas atlánticas, fue la conquista de los territorios densamente poblados del espacio americano, la destrucción de las estructuras estatales locales y el sometimiento de las poblaciones que vivían en el continente lo que abrió los Tiempos Modernos e inauguró el traslado del centro del mundo a Europa. No es nuestra intención aquí enumerar las causas —que en realidad se conocen bien[2]— de la expansión ibérica o trazar un cuadro de las formas de explotación de los indios y de los negros, presentadas en otro lugar de esta obra.[3] Se trata más bien de comprender cómo, más allá de la relación colonial basada en la violencia y en la coerción —comunes a todas las situaciones de conquista y de sometimiento—, hay una especificidad de la colonización que se llevó a cabo entre los siglos XVI y XVIII cuyo ejemplo más completo es la empresa castellana, diferente por ello de las experiencias anteriores y sobre todo posteriores. Conocemos la intensidad de la desestructuración inducida por la conquista de América a costa de las poblaciones indias, sus estructuras sociales y sus sistemas de creen-

---

[1] Véase Pierre Chaunu, *Conquête et exploitation du Nouveau Monde*, PUF, París, 1969, Nouvelle Clio; véase asimismo C. Bernand y S. Gruzinski, *Histoire du nouveau monde*, Fayard, París, 1991.

[2] Puede verse Ruggero Romano, *Les mécanismes de la conquête: les conquistadores*, Flammarion, París, 1972.

[3] Véase *supra* el trabajo de Carmen Bernand, «Imperialismos ibéricos».

cias[4], y se ha calculado la amplitud de la catástrofe demográfica, de la explotación de las minas —como las de Potosí— o de la trata negrera sobre la que se construyó la prosperidad europea.[5] El control de los espacios y de los hombres que los habitaban se efectuó según unas modalidades e instrumentos (normativos, jurídicos, fiscales, políticos) que no sólo confieren sus especificidades a la relación colonial instaurada por la conquista española, sino que, sobre todo, dan cuenta de su capacidad de mantenerse y reproducirse. Es en este enfrentamiento entre las formas de la explotación colonial, el marco jurídico en el que éstas se desarrollaron y la movilidad y el juego social que paradójicamente permitió la colonización española, en el que desearíamos considerar América en la época moderna.[6] Con este fin, proponemos calificar a esta construcción como «colonización de Antiguo Régimen». ¿Cuáles son las formas específicas de la colonización ibérica, en particular de la española? ¿En qué sentido determinó el desarrollo de aquéllas a lo largo del período moderno la formación de una sociedad colonial original? ¿Y cómo, finalmente, en la interacción entre el personal administrativo impuesto por la Corona, su puesta en práctica por los representantes de la autoridad real y su apropiación, e incluso su distorsión por aquellos que padecían la dominación, podemos salir de una visión esquemática y reductora de la colonización? Con este fin privilegiaremos al espacio andino como laboratorio de esta construcción.

Nacimiento y estatuto del indio

Cristóbal Colón pensó que había llegado a las Indias o al menos a Cipango, ante el mítico Catay del que había hablado Marco Polo, cuyo *Libro de las ma-*

---

[4] Véase la obra clásica de Nathan Wachtel, *La vision des vaincus. Les Indiens du Pérou devant la conquête espagnole*, Gallimard, París, 1971 [ed cast.: *Los vencidos. Los indios del Perú frente a la conquista española (1530-1570)*, Alianza Editorial, Madrid, 1976].

[5] Véase *supra* el trabajo de Y. Bénot, «La destrucción de los indios del área caribe».

En una bibliografía importante, podemos consultar Noble David Cook, *Demografic Collapse. Indian Peru 1520-1620*, CUP, Cambridge, 1981; Peter J. Bakewell, *Mineros de la Montaña Roja. El trabajo de los indios en Potosí, 1545-1650*, Alianza Editorial, Madrid, 1989; Enrique Tandeter, *Coacción y mercado. La minería de la plata en el Potosí colonial, 1692-1826*, Centro Bartolomé de las Casas, Cuzco, 1992; Germán Peralta Rivera, *Los mecanismos del comercio negrero*, Kuntur Ediciones, Lima, 1990.

[6] Es útil hacer notar que el *Tesoro de la lengua castellana o española* (Covarrubias, 1611) sólo conoce el término *colonia*: «Es un pueblo o término de tierra que se ha poblado de gente extranjera, sacada de la ciudad, que es señora de aquel territorio o llevada de otra parte». El modelo es, sin duda, en el de las colonias romanas: «También se llamavan colonias las que pobladas de sus antiguos moradores les avia el pueblo romano dado los privilegios de tales».

ravillas del mundo le había acunado sus sueños de alcanzar las riquezas del Oriente por la ruta marítima directa. Por eso subsistió el término, incluso cuando se supo, tras numerosas expediciones que siguieron al primer viaje transatlántico, que las tierras descubiertas eran un «nuevo mundo» y que el tan buscado paso hacia Asia, cuando Magallanes lo encontró en 1521, se abría sobre otro océano. Y cuando lo que se sospechaba que era otro continente fue denominado en 1507 con el nombre de «América» en el mapa de Martin Waldseemüller, adjunto a la publicación de Saint-Dié de las *Quatuor navigationes* [Cuatro navegaciones] de Américo Vespucio, la Corona de Castilla continuó utilizando la expresión «Indias», ya occidentales, para distinguirlas de las situadas al este respecto a Europa. Más allá de los debates y controversias sobre la humanidad de las poblaciones que habían permanecido hasta los últimos años del siglo XV fuera de todo conocimiento de los europeos, sobre su origen respecto de la concepción cristiana de la Historia y sobre su lugar en el plan divino de la salvación, a los habitantes de estas tierras se les llamó, por lo que a ellos respecta, «indios». Hay que captar toda la magnitud de esta denominación, incluidos los nativos y sobre todo en lo referente a ellos. En cuanto a los conquistadores, a los cronistas y funcionarios encargados de responder a los cuestionarios enviados desde Madrid para informar al rey sobre sus nuevos territorios (conocidos con el nombre de *Relaciones geográficas*), todos los grupos que los habitaban, con sus etnónimos, sus costumbres y sus particularismos, quedaban fusionados en una sola y única categoría: la de indios. Vencidos durante las expediciones realizadas en nombre del soberano de Castilla, los indios constituían otros tantos súbditos de su corona. Liberados del sometimiento a sus príncipes, calificados de tiranos por los europeos para asentar la legitimidad de la conquista española[7], quedaban sometidos a su jurisdicción, pero podían —y debían, de conformidad con las obligaciones del monarca respecto a ellos— beneficiarse de la protección real. Reconocidos como seres libres y dotados de razón, no debían ni podían, según las Leyes de Burgos de 1512-1513, ser sometidos a esclavitud, a excepción de los rebeldes a la autoridad monárquica, aunque fuesen considerados menores desde el punto de vista jurídico (no podían promover acciones judiciales) y neófitos desde el punto de vista religioso (dependían del ordinario del lugar y no de la Inquisición, pero les estaba prohibido el acceso al sacerdocio). Como propietario preponderante del suelo por derecho de conquista, el soberano, resti-

[7] Respecto a los debates relativos al derecho y legitimidad de la conquista, puede verse Thomas Gómez, *Droit de conquête et droit des Indiens*, Armand Colin, París, 1996.

tuyendo y reconociendo las tierras de sus nuevos súbditos, tenía el derecho de imponer la percepción de un impuesto: el tributo (capitación personal a costa de los hombres de edad comprendida entre los dieciocho y los cincuenta años, cuyo monto se repartía entre las colectividades que eran las unidades fiscales de base), y de exigir servicios en trabajo: *mita*, en el Perú, o *repartimiento* en la Nueva España (México). Desde este punto de vista, los indios se acercaban a los *pecheros* de Castilla de la misma época, y las obligaciones a las que se veían sometidos recuerdan tanto a las deducciones señoriales o reales como a las prestaciones precoloniales.[8]

El carácter jurídico de la definición del indio le convertía en miembro de un cuerpo del Antiguo Régimen, con sus obligaciones, sus derechos y sus autoridades naturales (lo veremos con mayor detalle en la sección siguiente). Esta concepción puede leerse claramente en la legislación concerniente a los indios: la concentración de la población en aldeas concretas (*reducciones* o *congregaciones*) para facilitar el control, la evangelización y la explotación; españoles, negros y mestizos tenían prohibido residir en estas localidades con el fin de proteger a los indios de sus exacciones y malos ejemplos; o el otorgamiento de instituciones particulares, los *cabildos de indios*, con sus instituciones propias (*regidores* y alcaldes). Estas disposiciones son elementos que establecen lo que se llama la *república de los indios*, junto a y según el modelo de la *república de los españoles*. El hecho de que esta política que llamaremos de «separación» —para evitar el anacronismo del término «segregación», aun cuando tenía muchos de sus rasgos, tanto por sus modalidades de desarrollo separado como por la exclusión que establecía[9]— no se realizase de manera total ni perfecta, no obsta para considerar que era el modelo inspirador y el que deseaban instaurar los representantes de la Corona.

---

[8] Hay que hacer notar, en efecto, que ni la imposición del tributo ni la exigencia de prestaciones laborales eran innovaciones hispánicas: el suministro de productos en especie o los aprovisionamientos de los depósitos, de cereales por ejemplo, como los de los trabajadores para el mantenimiento de las infraestructuras del transporte, de soldados para el ejército, de servidores y sirvientes para las aristocracias y los curas, eran exigidos también por los soberanos incas y mexicas. El propio término de *mita*, que no se limita sólo al trabajo de las minas, es de origen quechua, y estas prestaciones, de las que se beneficiaban los *kurakas*, el inca y los santuarios, existían antes de la llegada de los españoles (véase John V. Murra, *La organización económica del Tawantinsuyu*, Siglo XXI, México, 1978).

[9] Para una concepción semejante que considera la exclusión el fundamento de la definición del indio, véase Henri Favre, «Du colonialisme externe au colonialisme interne», *Cahiers des Amériques Latines*, 29/30, 1984, pp. 29-40.

Los propios indios se integraban en este nuevo estatus jurídico, pues ante los jueces, notarios o curas de las parroquias ellos se designaban, o se les designaba, de este modo: *indio natural de tal pueblo*. Las antiguas denominaciones étnicas, aparte de las crónicas del siglo XVI, de los mapas misioneros del XVII o de las narraciones de viajes del XVIII, desaparecen de la documentación colonial, ya que se trataba de documentos de carácter esencialmente administrativo o fiscal, aun cuando los elementos de la nomenclatura que definía al individuo se completasen con frecuencia con otros que remitían a la supervivencia de estructuras sociopolíticas prehispánicas. Por ejemplo, la pertenencia a un determinado grupo de parentesco o la dependencia respecto de un cacique, modelo jurídico de los cuerpos del Antiguo Régimen que se estableció sólidamente en América. Así pues, eran fundamentalmente el pago del tributo y la obligación de las prestaciones personales de trabajo los aspectos que definían al indio, en una especie de estigma unido a su persona, o bien de mácula que permitía localizarlo entre el resto de la población.

A esta concepción jurídica quedaba unido un conjunto de prejuicios. No hacen falta largas explicaciones para dar cuenta de la imagen despectiva del indio. Tras los primeros contactos, marcados por el irenismo de Colón, que dio vida a los mitos del buen salvaje y del estado de naturaleza —pese a la repulsión por la antropofagia— o el deslumbramiento de Cortés ante las riquezas de Tenochtitlán y de su «emperador» —a lo que hay que añadir el horror suscitado por la práctica sistemática de sacrificios humanos—, la imagen positiva del indio se modificó muy pronto en un desprecio y una desvalorización que dieron lugar a toda una serie de otros lugares comunes: los del indio bárbaro y vil, incapaz de gobernarse, que se abandona a la lujuria, a la pereza y a la bebida.[10] Vencidos y sometidos, sujetos a las obligaciones que les eran impuestas, los indios no eran sólo aquellos a quienes la conquista había permitido escapar de la barbarie y la evangelización de las tinieblas de la idolatría, sino que poseían, además, una naturaleza que les excluía de la cultura. Definidos como pertenecientes a una «raza» —la documentación y el espíritu de los tiempos no se molestaban en poner la palabra entre comillas—, el término opera como una categoría en los censos. Así pues, hay una naturaleza de los indios, mejor dicho, una raza india. Sin que se deba hablar de proyecto racista para caracterizar la colonización española, sí hay, pese a todo, una concepción «racialista» del indio, que se impone tanto como la jurídica, que establecía las bases institucionales de una «nación» india en el sentido antiguo del término.

---

[10] Véase Thierry Saignes (coord.), *Borrachera y memoria*, Hisbol/IFEA, La Paz, 1993.

El carácter jurídico-fiscal de la categoría india o, por decirlo de otra manera, el fundamento jurídico de la definición del indio puede constatarse por las distinciones de estatus que la propia Corona estableció respecto a la fiscalidad, especialmente en los Andes. Fundamentados sobre el acceso a las tierras llamadas de comunidad que la Corona reconocía a los indios, los tributos y las prestaciones personales de trabajo no se realizaban de forma completa y de acuerdo con los turnos de la *mita* salvo para los que disponían de ellos, es decir, los indios originarios. El abandono de las tierras permitía la exención de las prestaciones de trabajo y reducía el monto pagable de la capitación, y la propia Corona sancionaba esta situación de hecho otorgando tales ventajas a aquellos que habían abandonado sus aldeas de origen, llamados *forasteros*, reconociéndoles este estatuto fiscal particular. Ahora bien, la colonización vino acompañada por el desarrollo de migraciones internas de gran amplitud y a gran escala: las ciudades atraían, las usurpaciones de las tierras reducían el acceso a los mejores terrenos, los centros mineros absorbían la mano de obra que se establecía de forma permanente en los campamentos, la crisis de las estructuras socio-políticas tradicionales desbarataba la autoridad cacical sobre sus súbditos. Todos estos factores favorecieron las migraciones y alimentaron el número de *forasteros*.[11] No quiere decir esto que los migrantes fuesen vagabundos: los caciques y los indios les alquilaban tierras, estaban empleados en las haciendas, parece ser incluso que a veces se establecían en términos no explotados hasta constituir a su vez colectividades reconocidas por la Corona, con sus propias autoridades, o bien nuevas *parcialidades*. Sin embargo, en numerosos casos no se rompía el nexo con el cacique de origen, y los *forasteros* seguían pagando tributo a su «señor natural» y efectuando su turno de *mita* según la actividad que realizaban en su aldea y *parcialidad*. Más allá de esta diferencia entre el estatus reconocido y la condición vivida realmente, diferencia que se observa en cada recoveco de la documentación, es importante destacar que la lógica de los cuerpos fragmentaba el mundo indio respecto de la fiscalidad colonial.[12]

La fuerza de este punto de vista jurídico puede medirse mucho mejor sabiendo que el estatus de *forastero* era hereditario y que el privilegio fiscal se

[11] Sobre los *forasteros* y el aumento de su número véase Nicolás Sánchez Albornoz, *Indios y tributos en el Alto Perú*, IEP, Lima, 1978; T. Saignes, «Parcours forains: l'enjeu des migrations internes dans les Andes coloniales», *Cahiers des Amériques Latines*, 6, 1978, pp. 33-58.

[12] Hay otros muchos casos de exención que podríamos recordar aquí: los indios de iglesia (sacristanes, maestros de capilla, cantores), las autoridades de los *cabildos*, durante el año de ejercicio de su cargo, e incluso los artesanos, pero la efectividad de sus privilegios era frágil.

transmitía a la descendencia. Podríamos, entonces, preguntarnos por qué no todos los indios trataron de beneficiarse de esto, y por qué la Corona continuaba exigiendo perentoriamente un tributo cuyas bases ella misma minaba. Hubo muchas voces, sobre todo en el siglo XVIII, que pedían suprimir la distinción entre indios originarios e indios *forasteros*, en nombre de la racionalización y de la eficacia fiscal. Con todo, la Corona no dio nunca marcha atrás en lo que respecta a esta «aberración». Hay que destacar que la Corona disponía de otras muchas fuentes de ingresos y que las prestaciones de trabajo no tenían ya la importancia de los comienzos de la colonización para quienes se beneficiaban de ellos. El otorgamiento y mantenimiento de tales estatus suponían sobre todo un signo del carácter impuesto de la concepción jurídica de los cuerpos. Para los indios, el abandono del estatus originario por el de *forastero* no era una palabra vacía, puesto que les hacía perder los derechos, protección y recursos que significaba la pertenencia a una «república». Por el contrario, la emigración les hacía más frágiles ante las demás formas de dependencia, y les convertía en sospechosos de vagabundeo.

No hay más que observar las otras formas de dependencia que permitían captar mano de obra india para comprender esta lógica. Cuando la *mita* ya no alimentó en número suficiente las haciendas con trabajadores agrícolas, o bien para mantener a los *mitayos* en la propiedad, los amos trataron de hacerse con los servicios de todos esos pobres seres que iban en busca de alguna fuente de ingresos para ellos y para su familia. El mecanismo de la deuda —ya enganchase a los individuos por medio de adelantos en los salarios, o por el pago de una deuda anterior—, mantenido por la obligación tarifada de aprovisionarse en el almacén de víveres dirigido por el mayordomo de la hacienda, sirvió para atar a los obreros agrícolas a ésta, según una especie de neoservidumbre. Sea cual fuere el nombre que tomó este sistema en la América colonial (*peonaje*, *concertaje*), la concesión de un pequeño terreno a cambio de trabajar en las tierras del amo permitió fijar la mano de obra más de lo que la obligación fiscal había conseguido hacer. En este caso, también, la deuda de los padres recaía sobre la cabeza de los hijos; la mano de obra libre se hizo servil y los propietarios de haciendas disponían de trabajadores permanentes que no habían tenido que comprar y que no tenían que mantener, como era, en cambio, el caso de los esclavos. Y si el *concierto* deseaba recobrar la libertad, tratando de obtener, en solitario ante el juez, el pago de sus jornadas de trabajo, su palabra tenía poco peso ante la prueba escrita de los libros de contabilidad que el amo podía mostrar —en el caso en que, tras numerosas citaciones, le permitiese comparecer—. Así, el tributo y la *mita* pueden interpretarse como marcadores de la indianidad en un contexto co-

lonial, convirtiendo a quienes estaban sometidos a ellos en un cuerpo del Antiguo Régimen, en una república, con sus obligaciones y derechos, por muy paradójico que este término les pudiese resultar. Sin embargo, cuando fueron suprimidos en el siglo XIX, tras numerosas dilaciones y restauraciones, debido a la falta de ingresos fiscales permanentes que alimentasen los presupuestos de los nuevos Estados independientes, el indio, pese a todo, no desapareció. Sin ni siquiera recordar las creencias, las costumbres y lenguas «indias», la figura del indio se reprodujo en el imaginario y en las representaciones sociales. Asimismo, las formas de dependencia —aun entreveradas de paternalismo— que hemos calificado de neoservidumbre prepararon la expansión de nuevas relaciones sociales que tienen que ver más con las relaciones de clase que con las jerárquicas entre órdenes.[13] Al mismo tiempo, los prejuicios raciales heredados del período colonial y que habían quedado asignados a la figura del indio, continuaron expresándose con toda su fuerza en las relaciones sociales, y los países surgidos de las independencias se construyeron sobre la exclusión del indio de la ciudadanía, reenviándolo de este modo a su indianidad, más allá incluso de la incapacidad para escribir, que era la condición para acceder al voto, sin integrarlos nunca realmente en la nación de acuerdo con el principio de igualdad de derechos.

Caciques y otros intermediarios

Los grupos que poblaban América estaban sometidos a la autoridad de los jefes: *kuraka* en los Andes, *tlatoani* en la zona dominada por los mexicas, *batab* en el área maya, caciques en las islas del Caribe. Es este último término el que los españoles adoptaron y extendieron al conjunto de lo que llamaron y reconocieron como «señores naturales de los indios». Los caciques eran autoridades tradicionales de las poblaciones indias, y eran también los jefes de los grupos de parentesco (*ayllu* en los Andes) que formaban las estructuras sociopolíticas de base de la organización de los grupos étnicos. Eran garantes del orden natural y sagrado (y por ello intermediarios de las divinidades o de las fuerzas sobrenaturales), tenían por misión velar por la armonía interna del grupo, garantizar la ayuda y la protección a sus súbditos y darles los medios para reproducirse otorgando un terreno a las nuevas unidades domésticas, permitiéndoles, además,

---

[13] Brooke Larson, *Colonialism and Agrarian Transformation in Bolivia. Cochabamba, 1550-1900*, Princeton University Press, Princeton, 1988.

acceder a los productos exóticos que proporcionaban otras regiones.[14] El acceso se efectuaba en Mesoamérica por medio de la actividad de comerciantes especializados (*pochteca*), gracias a las redistribuciones que realizaba el tlatoani o el inca, y por medio del control de las tierras en los diferentes pisos ecológicos (el «archipiélago andino», cuyo modelo ha establecido John V. Murra), si bien las prácticas comerciales no parecen haber sido ignoradas totalmente por las poblaciones de la costa del Perú. Lo que, a falta de nada mejor, hay que llamar la élite prehispánica, estaba en todo caso altamente jerarquizada, desde los que tenían autoridad sólo sobre unas cuantas unidades domésticas hasta los señores de los grandes grupos étnicos, en una estructura muy ajustada y, en los Andes, desdoblada, según el principio dualista de la división en mitades de las unidades sociopolíticas, para llegar a la «aristocracia», es decir, a los miembros del grupo y del linaje del soberano reinante.

Son estos caciques los que tuvieron que enfrentarse a la llegada de los que venían del otro lado del mar. Ha producido siempre gran asombro la rapidez y facilidad con la que los conquistadores españoles —que eran muy poco numerosos, a fin de cuentas— lograron apoderarse de tan vastos territorios y derribar estructuras estatales aparentemente sólidas. Sin embargo, pensar esto es olvidar el papel de las alianzas de las que se beneficiaron Cortés, Pizarro y todos los demás conquistadores que vinieron luego, en su avance por estos parajes desconocidos.[15] En efecto, un buen número de *kurakas* fueron al encuentro de estos recién llegados y les aportaron su ayuda. Algunos lo hicieron para liberarse del yugo inca, cuya expansión había incluido una secuela de matanzas, presentes todavía en la memoria, o porque el sometimiento, unido al desplazamiento forzado de las poblaciones que le seguía, era muy duro de soportar; otros, porque unos años antes de la llegada de los españoles habían optado por el inca vencido (Huáscar) en su lucha contra su rival Atahualpa. En su descargo, aunque haya que tener en cuenta esta colaboración, incluso sin que sea necesario recordar el error funesto según el cual los castellanos habrían sido tomados por dioses o por enviados de éstos, nada hacía presagiar que estos extranjeros que llegaban por el mar habían venido a establecerse, a apoderarse de las riquezas y a

---

[14] Sobre el *ayllu* y la organización socioeconómica, véase J. V. Murra, *Formaciones económicas y políticas del mundo andino*, IEP, Lima, 1975; *Etnohistoria y antropología andina. Primera y segunda jornada del Museo Nacional de Lima*, Lima, 1978-1981; Frank Salomon, *Los señores étnicos de Quito en la época de los Incas*, Instituto Otavaleño de Antropología, Otavalo, 1980.

[15] Waldemar Espinosa Soriano, «Los huancas, aliados de la Conquista. Tres informaciones inéditas sobre la participación indígena a la conquista del Perú, 1558, 1560, 1561», *Anales Científicos de la Universidad del Centro del Perú*, I, 1972, pp. 3-407.

implantar un nuevo culto. En muchos aspectos la divinización de los españoles fue una reescritura a posteriori de la Conquista, para explicar el hundimiento de las estructuras que organizaban la sociedad y conferir a este acontecimiento incomprensible un sentido: los dioses lo habían querido así, o bien se integraba en los ciclos de la «historia», marcados por catástrofes que señalizaban el paso de una era a otra. Si los que se presentaban como enviados de un soberano y de un dios desconocidos no eran los primeros extranjeros llegados de países lejanos, en cambio no compartían las normas del funcionamiento interno de las sociedades locales. Hombres de armas montados en animales extraños y llevando una protección de hierro, que no respetaban las reglas de la guerra; si eran curas, pronunciaban fórmulas incomprensibles que hallaban en objetos misteriosos. Con los españoles no se trataba ya de la imposición de un poder que sustituía a otro, sino de un poder nuevo que establecía otras normas de dominación. Los hechos acaecidos en Tenochtitlán o en Cajamarca inauguraban una era nueva y duradera.

Tales caciques, y con ellos sus súbditos, fueron repartidos entre los conquistadores y entre todos aquellos a quienes la Corona deseaba retribuir por los servicios prestados, en el marco de la *encomienda.* Esta vieja institución hispánica había sido el instrumento con el que los reinos cristianos habían establecido su control sobre los territorios conquistados a expensas de los soberanos moros. En el Nuevo Mundo, en cambio, se centraba en los hombres, aun cuando los *encomenderos* pretendieron muy pronto poseer tierras allí donde habían recibido indios. El amo debía protección a sus súbditos y, sobre todo, era responsable de su evangelización; a cambio, tenía derecho a exigir el pago de un tributo y prestaciones de trabajo en el marco de la *mita.* Volvemos a ver aquí, tanto en sus modalidades como en sus fundamentos, las características de la fiscalidad real que hemos presentado en el apartado anterior. La *encomienda* fue denunciada como fuente de todo abuso, y así sucedió efectivamente. Sin embargo, hay que decir también que existía una dialéctica que se establecía entre el *encomendero* y los caciques. Las exigencias, la sed de enriquecimiento rápido del primero recaía sobre los segundos, pero las epidemias o las fugas vaciaban de su sustancia, es decir, de sus tributarios, a numerosas *encomiendas.* Junto a la relación de fuerzas establecida se daban negociaciones para disminuir las cargas que recaían sobre las unidades domésticas, como ha mostrado muy bien Steve J. Stern[16], y la posesión de numerosas *encomiendas*, aun despobladas, acabó in-

[16] Steve J. Stern, *Los pueblos indígenas del Perú y el desafío de la conquista española*, Alianza Editorial, Madrid, [1982] 1986.

dicando la pertenencia a la aristocracia colonial más que servir a la acumulación de riquezas.[17]

Un sistema tal podía implicar, para el soberano, una deriva feudal, a causa de la privatización del ejercicio de la autoridad[18] —aun cuando la *encomienda* no implicaba derechos de justicia— y de la perpetuidad adjunta al favor real otorgado. Así es como hay que comprender las resistencias de esta primera élite colonial en el momento en que el soberano tomó a su cargo los nuevos territorios a través de la implantación progresiva de una administración y promulgó las Leyes Nuevas de 1542-1543, que abolían la perpetuidad de las *encomiendas*.[19] Si este paso del control indirecto a un control directo de los indios se efectuó sin demasiadas dificultades en la Nueva España (la conspiración en favor de Martín Cortés en 1566 fue un caso aislado), en los Andes, en cambio, acabó en una revuelta abierta contra el rey, llamada «guerra de los encomenderos», a cuya cabeza se puso el propio hermano del conquistador del Perú, Gonzalo Pizarro. Por quedarnos en el ámbito peruano, hay que añadir que, asimismo, fue apoyándose en los caciques y con su ayuda como se pudo realizar este hecho. El reagrupamiento de la población en nuevas aldeas (las reducciones), la organización de la *mita* minera de Potosí y Huancavélica —por no hablar más que de los dos principales centros de producción de plata y mercurio— y las reformas del tributo (ya en dinero) pasaban a través de la colaboración con los caciques. En efecto, eran éstos quienes debían conducir a sus súbditos a los nuevos centros de poblamiento, proporcionar los contingentes de *mitayos* a los empresarios mineros y entregar el tributo al representante de la Corona cuando ya no dependían de un *encomendero*.

Esta colaboración se explica fácilmente sin necesidad siquiera de recordar las constricciones y vejaciones de las que eran víctimas aquellos que no cumplían el «contrato». En muchos aspectos, es la colonización la que explica su mantenimiento y su supervivencia. Reconocidos como señores naturales de sus súbditos (en la medida en que eran capaces de proporcionar pruebas de su legitimidad, lo que explica la presentación, en caso de impugnación, de genealogías

---

[17] Véase James Lockhart, *Spanish Peru, 1532-1560. A Colonial Society*, The Wisconsin University Press, Madison, 1968.

[18] R. Romano, «American Feudalism», *Hispanic American Historical Review*, 64-1, 1984, pp. 121-134.

[19] Estas leyes no pusieron fin a la institución de la *encomienda*, que subsistió hasta comienzos del siglo XVIII, pero las concesiones, ya por tres vidas, permitían al soberano conservar el control y reintroducirlas en el «mercado de la gracia». De hecho, a partir del siglo XVII, numerosas *encomiendas* ya no eran más que rentas que la Corona dispensaba como favores propios.

—patrilineales— y sucesiones —de varón primogénito a varón primogénito— según el más puro estilo hispánico, por lo que se hacía remontar su linaje a los tiempos prehispánicos e incluso preincaicos), los caciques quedaban exentos del tributo y de la *mita*, lo que igualaba su estatus al de los hidalgos castellanos, se beneficiaban de ciertos «privilegios» (no podían ser sometidos a penas infamantes y tenían la posibilidad, por medio de una licencia, de llevar armas y de montar a caballo), aunque no se los autorizó a entrar en el sacerdocio. Desde este punto de vista podemos decir que es la Corona la que facilita el mantenimiento y la reproducción de los caciques al frente de las entidades colectivas indias. Reconocido por la legislación como nobleza india, no por ello el grupo dejaba de estar en una posición subordinada, lo que se prefiere olvidar, y, además, era sólo un instrumento al servicio del poder colonial.

Con la conquista española y los desórdenes que provocó, las estructuras sociopolíticas amerindias fueron desbaratadas. Las aristocracias mexica e inca fueron las más afectadas por los trastornos. Perdieron sus privilegios, cuando no perecieron; de la educación de sus hijos se hicieron cargo los religiosos; y un buen número de sus hijas se convirtieron en concubinas o esposas de los conquistadores. Sin embargo, fue toda la jerarquía cacical la que se vio desbaratada. Se asistió, en efecto, a un proceso de nivelación de la pirámide, pues la Corona no se fió y no tomó bajo su protección a los más conspicuos señores étnicos: sólo le importaba el escalón que le garantizaba el ejercicio directo de la autoridad con el fin de movilizar a los hombres y apropiarse de los recursos. A lo que hay que añadir, sin duda, la desaparición de los jefes de las unidades sociopolíticas más pequeñas, reducidos al rango de simples indios del común, y no debemos olvidar nunca que las epidemias fueron una de las causas de la extinción de los linajes. Aunque sólo podemos hacer conjeturas respecto a la elevación de nuevas familias al rango cacical, cuando se operó la recomposición de la sociedad india su élite se encontraba fragmentada. Fuesen cuales fuesen los trastornos que incidieron en la élite india tradicional, los *kurakas* andinos pudieron continuar a la cabeza de sus súbditos. Veremos cómo no ocurrió lo mismo con los caciques mexicanos.

Al mismo tiempo, los caciques supieron adaptarse y renovar las normas antiguas de su autoridad en el nuevo contexto colonial. Garantes de la reproducción de los grupos de parentesco que estaban bajo su autoridad, continuaban repartiendo tierras a los nuevos hogares; al ser intermediarios religiosos, tomaron a su cargo las cofradías que el clero regular y seglar implantaba en las parroquias; al tener que respetar la vieja reciprocidad andina, ofrecían regalos para embellecer la iglesia de la aldea o pagaban las deudas de sus súbditos (a los que se re-

trasaban en pagar los tributos, por ejemplo); contables de la prosperidad general, promovían acciones jurídicas o contrataban ante notario para defender los intereses colectivos —al mismo tiempo que su condición social— y denunciaban los malos tratos. Apoyándose en la legislación real, los caciques incorporaron en particular las normas jurídicas de la propiedad de la tierra que los españoles habían traído consigo (*mercedes de tierras*, transacciones, etc.), para defender lo que todavía podía ser considerado patrimonio colectivo en un contexto de coyuntura demográfica baja.

Si bien perdieron los servidores de que disponían personalmente (los *yanaconas*), los caciques seguían beneficiándose del trabajo de sus súbditos para explotar sus bienes. Y también seguían disponiendo del respeto de las modalidades tradicionales de su cumplimiento: requerir, proporcionar la conservación, era un elemento esencial de su supervivencia. Tampoco es su participación activa en la economía colonial —de la que volveremos a hablar— lo que les permitía desmarcarse del resto de los indios del común (incorporando, por ejemplo, a su indumentaria numerosos elementos de la vestimenta española) y adquirir signos de riqueza. Asimismo, su capacidad para integrar las reglas del derecho y del funcionamiento de la justicia los colocaba como defensores de sus súbditos. La hispanización —y por lo tanto el mestizaje sociocultural consiguiente— era no sólo la condición de su reproducción como élite india, sino también de su diferenciación, por la integración de los signos de prestigio que rodeaban a los españoles: la lengua, la escritura, la religión, la cultura material, etc. Esta adaptación rápida y lograda explica en definitiva la facilidad con la que se reprodujo el sistema colonial.

Las obligaciones fiscales que incumbían a los caciques los mantenían en este papel de intermediarios. Éstos respondían con sus bienes de la cobertura del tributo y del aprovisionamiento de *mitayos*, pero la presión que ejercían sobre sus súbditos tenía unos límites que no podían violar. Atrapados entre las exigencias de la Corona y la capacidad contributiva de sus súbditos, entre las constricciones coloniales y la legitimación de su autoridad en términos tradicionales, su margen de maniobra era estrecho. Sin embargo, consiguieron tener éxito por esta vía. Por un lado, los caciques debían tener cuidado para no ir más allá de lo debido; por otro, multiplicaban los recursos para acrecentar lo más posible este margen de maniobra. Es decir, se trataba de una posición inestable, conflictiva y precaria.

En Nueva España la situación era diferente. En efecto, en este caso los señores naturales no subsistieron con el mismo vigor. Aunque se transformaron más deprisa en empresarios de la tierra, en su papel de intermediarios sufrieron la competencia de las autoridades comunales que la Corona española implantó en las al-

deas: los *cabildos de indios*. Calcados de los modelos de los concejos de villas españoles, con sus *regidores* y la elección anual de las autoridades, estos concejos de aldea prosperaron en la Nueva España hasta el punto de que erosionaron el antiguo poder cacical. Aunque estos cabildos se establecieron también en las reducciones andinas, las dinastías cacicales fueron allí capaces de controlarlos y reducirlos a la inoperancia. Asimismo, la institución no pudo consolidarse nunca realmente como una de las piezas de la recomposición del poder colonial: la documentación menciona a estos concejos sólo de manera episódica o sin un papel político claramente definido. Hubo que esperar a la crisis de la institución cacical en el siglo XVIII para que los *alcaldes* y *regidores* acabasen siendo interlocutores de la administración real e intermediarios de las comunidades.[20]

Los caciques y los *alcaldes* no agotan, aun así, el asunto de los intermediarios indios. Habría que recordar, igualmente, a los sacristanes y a los maestros de capilla, los cuales, al estar al servicio de la Iglesia, y por el papel desempeñado en las parroquias, gozaban de cierto prestigio y, en todo caso, de competencias, lo que les distinguía del resto de los indios del común.

Indios de las ciudades y mestizaje

La fundación de ciudades representa una de las principales innovaciones aportadas por los españoles a América.[21] No quiere decir esto que el fenómeno urbano fuese desconocido antes de la llegada de los europeos —las aglomeraciones que impresionaron tanto a los conquistadores, como Tenochtitlán o Cuzco, son el mejor ejemplo—, pero por todas partes la colonización española trajo consigo la creación o refundación de ciudades según un ritual y un modelo hispánicos. Ciudades nuevas, erigidas de acuerdo con un plan en damero, con el agrupamiento de los edificios que indicaban la existencia de los distintos poderes alrededor de una plaza central, mientras el espacio se dividía en lotes y se distribuía entre los fundadores y *vecinos* de la ciudad, concebida ésta como la ex-

---

[20] Para un análisis de la crisis caciquil en el siglo XVIII, véase Scarlett O'Phelan, *Kurakas sin sucesiones. Del cacique al alcalde de indios (Perú y Bolivia, 1750-1835)*, Centro Bartolomé de las Casas, Cuzco, 1997.

[21] Sobre la ciudad puede verse Francisco de Solano, *Estudios sobre la ciudad iberoamericana*, CSIC, Madrid, 1986; y *Ciudades hispanoamericanas y pueblos de indios*, CSIC, Madrid, 1990; Luisa Shell Hoberman y Susan Migden Socolow (compils.), *Cities and Society in Colonial Latin America*, University of New Mexico Press, Albuquerque, 1986.

presión, física e institucional, de la república de los españoles. Y sólo estos últimos podían residir en ella. La ciudad era el marco de una sociedad, la de los *encomenderos* al comienzo de la colonización, cuerpo político por intermedio del *cabildo* del que estaba dotada, al mismo tiempo que era jurisdicción sobre la que los titulares de los cargos, renovados anualmente, ejercían su autoridad. La ciudad era el punto de encuentro de la población que venía de la península, el instrumento de control de los territorios conquistados y de sus poblaciones, la sede de los diferentes poderes coloniales desde la cual éstos se ejercían.

Es fácil imaginar que este modelo ideal de sociedad urbana, concebida y pensada como española, no podía mantenerse. Se trasplantaron indios destinados a proporcionar mano de obra necesaria a la construcción de los edificios, otros eran obligados a marchar a la ciudad a realizar su turno de *mita*, y otros, finalmente, se vieron atraídos por la perspectiva de poder vender sus excedentes agrícolas o productos manufacturados, o bien por la posibilidad de ser empleados como criados en las casas particulares y en los conventos. Este tipo de desarrollo de la presencia india, casi contemporáneo de la fundación de las ciudades, invalidaba el esquema jurídico de la separación de las dos repúblicas. Los representantes de la Corona establecieron numerosas parroquias indias en las proximidades de las parroquias de los españoles, que, según el modelo de las reducciones rurales, debían agrupar y hospedar a la totalidad de los indios que abandonaban sus aldeas. Las autoridades municipales, por su lado, aprobaron numerosos edictos que trataban de expulsar a estos migrantes del centro de las ciudades y del ámbito de la parroquia de los españoles. Aunque los intentos de segregación estricta y total del área habitada fueron un fracaso, por lo menos inscribieron en el espacio los polos hispano-mestizo por un lado e indio por el otro y, al mismo tiempo, ponían de manifiesto la fuerza del modelo de separación de los cuerpos sociales. Ahora bien, las ciudades españolas representaban un factor esencial de perturbación del sistema colonial, ~~al menos tal~~ como había sido concebido de manera ideal, por la mezcla de poblaciones que en ellas se operaba. Podemos incluso hablar, en este caso, de subversión del orden colonial, pues la urbanización de los indios modificaba los términos del enfrentamiento entre los miembros de ambas repúblicas.

Éste no es lugar para analizar las múltiples formas de la participación india en el mercado colonial y en la economía de intercambio.[22] Aun así, la diversifi-

---

[22] Brooke Larson, Olivia Harris y Enrique Tandeter (compils.), *La participación indígena en los mercados surandinos. Estrategias y reproducción social. Siglos XVI a XX*, CERES, La Paz, 1987.

cación de las condiciones sociales inducida por las diferentes modalidades de integración en el sistema colonial y por las de la participación económica representa un dato esencial en la transformación de la sociedad india y, desde esta perspectiva, un factor de heterogeneidad que, a su vez, permitió al sistema colonial mantenerse y reproducirse dejando márgenes de iniciativa y de maniobra que de este modo podían aprovecharse.[23] Por lo pronto, el modelo jurídico de los cuerpos era más abierto de lo que su aparente rigidez formal permitía entrever. A su vez, la economía colonial dejaba espacios que podían ser ocupados por nuevos actores de la sociedad india, todavía indios para la legislación colonial, pero ya mestizos en cuanto a las condiciones y modos de vida (piénsese en la vestimenta, en el hábitat y en las formas de sociabilidad y redes sociales establecidas).

En lo referente a esta participación, no hay duda de que los caciques fueron los que se encontraban en mejores condiciones para aprovechar estas oportunidades comerciales. Al poseer recursos y capacidad de movilizar a la mano de obra, disponiendo de importantes medios de producción, muchos de ellos abordaron con éxito la economía colonial. Algunos ejemplos son bien conocidos en los Andes, y muestran la amplitud de sus actividades, en particular en el campo del comercio y de los transportes.[24] Sólo la minería quedaba fuera de sus actividades. Así pues, los caciques acumularon tierras y rebaños a través, también, de la modalidad hispánica de la propiedad privada, convirtiéndose algunos, con el tiempo, en verdaderos *hacendados* —y considerados así, en el siglo XVIII, por sus súbditos— que se insertaron en los circuitos de crédito para financiar sus actividades comerciales, gozaron de residencias múltiples y eran capaces de movilizar extensas redes de influencia y dependencia. Tales actividades y los beneficios que extraían de ellas aproximaban sensiblemente a los caciques al mundo de los comerciantes y los *hacendados*. De hecho, los testamentos y los inventarios tras defunción nos los presentan con todos los signos de la costumbre española, en sus casas con patio en el centro de las ciudades, adornadas con imágenes pías y con su mobiliario. Con todo, el éxito de su mutación no implicaba

---

[23] J. Poloni-Simard, *La mosaïque indienne. Mobilité, stratification sociale et métissage dans le corregimiento de Cuenca (Équateur) du XVIe au XVIIIe siècle*, Éditions de l'EHESS, París, 2000, pp. 113-300.

[24] Diego Caqui y Franklin Pease, «Las relaciones entre tierras altas y la costa del sur del Perú: fuentes documentales», en S. Masuda (comp.), *Estudios etnográficos del Perú meridional*, Universidad de Tokio, Tokio, 1981, pp. 209-221; J. V. Murra, «Aymara Lords and their European Agents at Potosi», *Nova América*, 1, 1978, pp. 231-243.

ruptura con sus indios. No sólo la administración colonial les recordaba sus obligaciones fiscales, sino que sus súbditos representaban también la mejor garantía de poder intervenir con éxito en la economía colonial.

Sin embargo, los caciques no fueron los únicos que entraron en este juego del intercambio al modo hispánico. Debemos hacer referencia aquí a los comerciantes, artesanos y *arrieros* indios.[25] Separados o no de sus grupos de pertenencia, representaban los fermentos de otra sociedad india colonial, diferenciada, heterogénea, y que no se parece a la imagen del indio que vive en su comunidad rural y que defiende un modelo igualitario surgido de una tradición a la que se ha presentado con demasiada rapidez como prehispánica, mientras que esta institución cristalizó igualmente a partir de elementos hispánicos.

La historia colonial de la América española está caracterizada por el desarrollo del mestizaje.[26] Era sobre todo biológico, aunque no exclusivamente, y permitía abandonar el estatus de indio; en efecto, los mestizos quedaban exentos del tributo y de las prestaciones personales. Si bien hubo algunas voces, como siempre, sobre todo en el siglo XVIII, que pedían que se les sometiese al régimen fiscal indio, tales propuestas no se tomaron nunca en consideración ni se aplicaron. La movilidad social en la América española colonial puede identificarse en gran medida con el mestizaje, y éste, a su vez, puede considerarse el principal factor de flexibilidad de esta colonización de Antiguo Régimen y, al mismo tiempo, el signo de su capacidad de reproducirse. Entre los españoles, los indios y luego los negros se introdujeron los mestizos y todos los de sangre mezclada, lo que indica así la fluidez relativa de la sociedad que se estaba construyendo en el Nuevo Mundo. La revuelta o la huida no eran los únicos medios —ni quizá los mejores— para escapar a la explotación colonial y, junto a la migración, que permitía obtener otro estatus jurídico-fiscal, el mestizaje permitía huir de la condición india y servil, e incluso podía liberar de otras formas de dependencia.

Sin embargo, no todos los mestizos eran «iguales». Si los frutos de las primeras uniones mestizas, en el siglo XVI, quedaron asociados a los españoles, el aumento de su número les dio una «visibilidad» que los censos tomaron en cuenta al crear la categoría de *mestizo*. Pese a todo, en la vida diaria se distinguió

---

[25] Luis Miguel Glave, *Trajinantes. Caminos indígenas en la sociedad colonial. Siglos XVI/XVII*, Instituto de Apoyo Agrario, Lima, 1989.

[26] Ángel Rosenblat, *La población indígena y el mestizaje en América*, Editorial Nova, Buenos Aires, 1954; Magnus Mörner, *Le métissage dans l'histoire de l'Amérique Latine*, Fayard, París, 1971.

pronto a los que estaban más próximos a los españoles de los que eran sobre todo indios —por su lengua o por la vestimenta, por ejemplo—, y, en los discursos los mestizos eran denigrados —acumulando los defectos de unos y otros—, síntoma, en todo caso, de que su número se consideraba perturbador para el orden colonial ideal. Tales prejuicios, por otro lado, se vuelven a encontrar en el siglo XVIII, cuando los de sangre mezclada alcanzaron proporciones suficientemente importantes en la ciudad como para que se pueda hablar de una sociedad de «castas». En efecto, las autoridades coloniales, tanto las administrativas como las eclesiásticas, multiplicaron las categorías según las cuales se designaban las distintas posibilidades de cruce, en un intento de poner orden en lo que se suponía que era un «desorden»[27]. Esta taxonomía manifiesta al mismo tiempo la dinámica del mestizaje en curso y los fundamentos racialistas que intentaban determinar el lugar de los individuos en la sociedad a través de su inscripción en grupos cuyo criterio de definición era la proporción de «sangre» española, india y negra.

En función de estos canales y principios de movilidad evidentes, podemos preguntarnos, por otra parte, por qué los indios no desaparecieron en el mestizaje, tanto biológica como socioeconómicamente. Es una prueba de la fuerza del marco colonial el hecho de que, aun desplazándola, haya impuesto, renovado y reproducido la barrera que separaba a los indios de los «demás», pues la existencia de los mestizos servía asimismo para amortiguar los conflictos a través de la posibilidad de integrar a este grupo, cuyos miembros buscaban, por su lado, distinguirse tanto más de los indios cuanto más próximos estaban a ellos. Al mismo tiempo, las estructuras cacicales sobrevivieron o se adaptaron y, tras su debilitamiento, tomó el relevo la comunidad, basada en el tríptico constituido por los concejos de aldea, las cofradías y las tierras llamadas comunales, cuyo cimiento era el sistema de rotación de cargos que garantizaba su funcionamiento.[28] Es, pues, esta estructura colectiva la que se erigió en los Andes tras la crisis de los cacicatos, y aun antes en Nueva España. La comunidad funcionaba como refugio o repliegue para la vida colectiva en los sectores más remotos y, con el de-

---

[27] Alberto Flores Galindo, *Aristocracia y plebe. Lima, 1760-1830 (Estructura de clases y sociedad colonial)*, Mosca Azul Editores, Lima, 1984; R. Douglas Cope, *The Limit of Racial Domination. Plebeian Society in Colonial Mexico City, 1660-1720*, University of Wisconsin Press, Madison, 1994.

[28] N. Wachtel, *Le retour des ancêtres. Les Indiens Urus de Bolivie, XXᵉ-XVIᵉ siècles. Essai d'histoire régressive*, Gallimard, París, 1990, pp. 414-435; Roger Rasnake, *Autoridad y poder en los Andes. Los Kuraqkuna de Yura*, Hisbol, La Paz, 1989; Antoinette Fioravianti-Molinié, «La communauté aujourd'hui», *Annales ESC*, 33-5/6, 1978, pp. 1.182-1.196.

sarrollo de otras formas de dependencia y de control de la mano de obra, la solidaridad entre los trabajadores de las haciendas se estableció según este modelo.

Se puede considerar una fluidez semejante, en las condiciones sociales coloniales, para los negros, pues los trabajos recientes centrados en los «negros de las ciudades» muestran la importancia de los libertos (lo que supone múltiples vías de manumisión) e indican la existencia de una autonomía de la que muchos esclavos gozaban en relación a sus amos.[29] La mácula del tributo y el estigma de la servidumbre podían perderse o diluirse, pero también podían mantenerse, por desplazamiento de las líneas de división social, pues los prejuicios sobre los que reposaban se reproducían igualmente. Respecto a esto, el sistema de categorías coloniales, surgido de las concepciones jurídicas del Antiguo Régimen y basado en una mezcla de exclusión y diferenciación, representa la herencia esencial de la colonización, incluso cuando ésta se caracterizaba por su fluidez y flexibilidad, de lo que dan fe las múltiples formas y posibilidades de mestizaje.

La justicia, en el centro de la relación colonial

En unos cuantos años en Nueva España, y en el lapso de casi una generación en Perú, la Corona española tomó en sus manos el destino de sus nuevos territorios americanos, instaurando una administración, la cual, por ser de Antiguo Régimen, era judiciaria más que fiscal. Todas las instituciones que dividían el espacio americano (virreinatos, audiencias, corregimientos, municipalidades) eran jurisdicciones territoriales, y las autoridades que las encabezaban (virreyes, presidentes y oidores, corregidores, tenientes-corregidores y alcaldes) eran sobre todo jueces cuya jerarquía representaba otros tantos niveles de apelación para las querellas y los procesos que instruían y resolvían. En el último escalón estaba el soberano en su Consejo, de Indias en este caso. La tarea más inmediata de los representantes de la Corona era la percepción del tributo indio, y su primera prerrogativa y principal función era impartir justicia. Así pues, si en la relación colonial establecida por la conquista y luego por la colonización española, las formas de percepción fiscal y las obligaciones en prestaciones de trabajo que recaían sobre las espaldas de los indios son esenciales, la justicia se situaba en el centro de las relaciones sociales de las colonias. Y a todas estas prestaciones

[29] C. Bernand, *Negros esclavos y libres en las ciudades hispanoamericanas*, Fundación Tavera, Madrid, 2001.

tenían acceso los propios indios. Sin duda se les consideraba súbditos menores de la Corona (lo mismo que las mujeres casadas o los individuos de menos de veinticuatro años) y, por lo tanto, no podían acceder a los tribunales más que a través de un *protector de naturales*, pero incluso así se hallaban bajo la protección del rey. Desde ese momento los indios no se privaron de hacer llamamientos a la misericordia real, y la propia monarquía reconocía la validez de este llamamiento, que había consagrado, por otra parte, por medio de toda una legislación cuya finalidad era protegerlos de los abusos y malos tratos, al tiempo que codificaba sus obligaciones. Esta legislación fue recogida en un corpus de leyes, la *Recopilación de Leyes de Indias*. No debe considerarse una especie de concesión a aquellos que hicieron suya la defensa de los indios, ni un medio de rehabilitarse fácilmente por la explotación que imponía la colonia, sino como expresión misma de una manera de gobernar y de la relación —en un contexto de Antiguo Régimen— que establecía el soberano con sus súbditos, hecha de obligaciones y derechos recíprocos. Así, se adoptó una legislación que protegía a los indios, con vías de acceso y de recurso, lo que representaba un cuerpo de leyes al que podían acudir los indios para la defensa de sus derechos, y que el soberano tenía la obligación de reconocer y hacer aplicar. Es en este sentido en el que se debe considerar la justicia como institución fundamental de la colonización española en América entre los siglos XVI y XVIII.

Así pues, el acceso a la justicia quedaba abierto a los indios, tanto para los litigios internos como para los conflictos que les enfrentaban con algún miembro de la sociedad colonial. El acceso a la justicia no estaba vacío de contenido. Los archivos judiciales constituyen el «pan de cada día» de los historiadores de la América colonial, y estos archivos representan una fuente inagotable de información sobre todos los aspectos de la vida social de la época. Es asombroso, en efecto, ver la cantidad de procedimientos judiciales iniciados por los caciques contra los abusos y los malos tratos de los que eran víctimas los indios, los esfuerzos que desplegaban para defender sus tierras u obtener nuevas tasas sobre el grupo que estaba a su cargo. Asimismo, numerosos indios del común trataban de hacer valer sus derechos para evitar el pago de tributos y la obligación de la *mita*, para poner fin a las extorsiones de que eran víctimas por parte de los mayordomos de haciendas o de los recaudadores de diezmos, antes de acusar a su vez a los caciques por tales injusticias. Si estos intentos eran vanos y destinados a fracasar, ¿por qué emprenden tales acciones judiciales, conociendo los riesgos, la lentitud y el coste de los procedimientos? Y si la perspectiva no era la de una sentencia favorable, ¿cómo explicar las apelaciones sucesivas a México o a Lima o incluso a Madrid? Sin duda, los archivos que han llegado hasta nosotros so-

bre hechos como éstos no deben impresionarnos hasta el punto de hacernos olvidar todas las violencias que no fueron objeto de denuncia, pero hay que interrogarse sobre el sentido de tales iniciativas, que resultan incomprensibles si no se reubican en el contexto del Antiguo Régimen en el que la colonización española —con sus características— se desarrolló y prosperó.

El acceso a la justicia era algo más que el medio por el que los caciques se sentían reconfortados en su papel de intermediarios y de garantes de los intereses colectivos, pues los iniciadores de las querellas desbordan —y ampliamente— el grupo caciquil. Hay varias interpretaciones posibles para dar cuenta de esta universalidad del recurso a la justicia. Podemos ver en ello, en primer lugar, el hecho de que la Conquista minó las bases de las instancias y modos prehispánicos de regulación de los conflictos internos, es decir, se trata de un capítulo suplementario de la desestructuración que sufrieron las sociedades indias. Podemos ver también un efecto de la imposición de nuevos marcos sociopolíticos, lo que sería un aspecto de la construcción y reestructuración de la sociedad india colonial, del modo en que se hispanizó o, más exactamente, de la integración de las instituciones hispánicas impuestas por los vencedores y adoptadas por los vencidos. Podemos considerar, entonces, que se trató de una pieza fundamental del «pacto colonial»: el rey era el propietario principal de la tierra y había restituido su uso a las colectividades indias —lo que fundamentaba la exigencia de la percepción de tributos—, y esto le convertía en garante de las tierras cuyo usufructo se había reconocido a los indios en contra de las usurpaciones y otras muchas intrusiones. Asimismo, al haber sido colocados los indios bajo protección real, podían apelar al soberano para que fuesen admitidos sus derechos conforme a la legislación que, por otra parte, todos conocían. Podemos ver, en fin, en este papel central y en el lugar central de la autoridad judicial para las relaciones sociales, el elemento distintivo de la colonización española, al contrario que las que florecieron en el siglo XIX, precisamente porque respondía a los esquemas de funcionamiento social del Antiguo Régimen.

Una integración tal puede explicar la rapidez y la eficacia con las que la colonización española se implantó y estableció, pese a la relación numérica desfavorable —aun incluyendo la despoblación que sufrió la sociedad india—, las dificultades administrativas para controlar un espacio desmesurado y la falta de personal para realizar el proyecto. La agregación de la población india a la monarquía hispánica a través de la justicia y, paradójicamente, la aceptación y sometimiento al orden colonial por parte de los propios indios son datos que hay que considerar para comprender cómo la colonia pudo implantarse, consolidarse y, finalmente, mantenerse con tanta facilidad. Dejando a un lado la cues-

tión de la resistencia inicial y el caso de las zonas fronterizas, la mayor parte de las revueltas, o intentos de levantamiento (hasta la rebelión de Túpac Amaru —1780-1781— que, en los Andes, es un caso particular), pueden ser interpretadas según el modelo de las revueltas antifiscales o causadas por el hambre que conoció la propia Europa moderna. Pueden considerarse también como manifestaciones violentas que reivindicaban el respeto de las prerrogativas reconocidas a la república de los indios e invocando la costumbre establecida por el propio rey en sus nuevos territorios. El hecho mismo de que la justicia española quedase situada en el centro de las relaciones internas de la sociedad india y de que fuese el canal de expresión de las tensiones interétnicas puede ser considerado —paradójicamente— un elemento decisivo de la fuerza del nexo colonial que los españoles establecieron en América y que los indios hicieron suyo. Junto a la coerción, la justicia debe ser considerada una pieza fundamental del dispositivo que permitía coexistir a los cuerpos, incluso en sus relaciones desiguales.

Las sentencias no eran todas desfavorables a los indios, ni mucho menos, en los procesos que iniciaban contra los propietarios usurpadores de tierras, los funcionarios prevaricadores o los administradores culpables de ignominias, teniendo en cuenta su estatus. ¿Quiere decir esto que la justicia colonial paliaba el rigor del sistema colonial? Sería caer en un anacronismo interpretar la institución en estos términos. Si bien no era una mascarada, el ejercicio de la justicia tampoco era un muro contra la explotación colonial. Sin embargo, a semejanza de la sorprendente polémica oficial sobre la legitimidad de la conquista que el soberano dejó que se desarrollase (aunque fuera en nombre de este soberano en el que se había efectuado precisamente la conquista), el rey también organizó el establecimiento de toda una legislación y de las instituciones que tenían por finalidad la protección de los indios. Ello se corresponde bien con la imagen del soberano responsable ante Dios del bienestar de sus súbditos y al que se impone igualmente el respeto del derecho. Se trataba de su salvación —lo que remite a la figura paternal— y de la preeminencia de su autoridad. Situar en primer plano esta especificidad de la colonización hispánica no significa liberarla de toda crítica (aunque no se trate de dar algún juicio de valor), sino, por el contrario, de dar cuenta de su naturaleza particular, que la distingue de otras colonizaciones.

Sea como fuere, había gran distancia entre el derecho y el hecho, y para obtener la ejecución de una sentencia que podía serles favorable los indios debían recurrir de nuevo a los jueces. Este desfase se observa igualmente cuando vemos que, a varios decenios de distancia, resurge el mismo conflicto y en los mismos

términos. Para explicar esto no es necesario rememorar el lugar común de la lentitud de la justicia o recordar las solidaridades familiares y la comunidad de intereses, sino la colusión de los jueces con la parte contraria, cuando no eran ellos mismos quienes participaban en la explotación de los indios. No es necesario, asimismo, sospechar la existencia de un prejuicio favorable a los intereses españoles en cuestión. Es simplemente el hecho colonial lo que explica este improbable respeto del derecho en razón de la relación de fuerza que se imponía a la sentencia cuando ésta era favorable a quienes sufrían aquél. En efecto, hay que considerar ambos elementos juntos: la violencia de la relación colonial y el derecho reconocido, y es en esta contradicción en la que se puede comprender la capacidad del sistema para reproducirse. Por un lado, los conflictos se llevaban ante la justicia, contribuyendo a mantener el nexo y facilitando la incorporación de normas que presidían la articulación de los diferentes componentes de la sociedad colonial; por el otro, debido a la inserción de aquellos que la ejercían en el seno del tejido de las relaciones sociales locales, la justicia era, a su vez, objeto de tensiones que atravesaban esta misma sociedad colonial.

Vuelta a la relación colonial

La violencia se halla en el origen de la relación colonial, ya que se estableció por medio de la conquista. Aparte de las armas y de la coacción, es la desestructuración de lo esencial de los marcos sociales existentes lo que hizo posible la instauración de la dominación española. Más que la colaboración de las élites caciquiles, fue su debilitamiento primero, y luego su inserción en la maquinaria administrativa y en los mecanismos económicos, de los que se beneficiaban, lo que permitió que el sistema se mantuviese y se reprodujese. No obstante, si varios de estos elementos articuladores los encontramos también en otras colonizaciones, los espacios de movilidad, los márgenes de maniobra permitidos y aprovechados por los indios, en una palabra, el juego que implicaban los engranajes coloniales, eran particularmente importantes en la América española. Ahí reside, pues, la originalidad de la experiencia americana, en su aptitud para integrar por los múltiples espacios de participación que dejaba a la población. Y, a cambio, a partir de las instituciones hispánicas y de las nuevas formas de relaciones sociales, han podido reconstruirse las sociedades indias, han podido mostrar una capacidad de iniciativa tan notable. En este aspecto los indios no fueron solamente sujetos de la colonización, sino que se convirtieron también en actores de su desarrollo histórico. En este doble proceso el papel del mestizaje

y el de la justicia fueron fundamentales para permitir la estabilidad de la sociedad colonial. Así pues, no es sólo el tándem explotación-resistencia el que debe tomarse en consideración, sino todas las formas de adaptación, por un lado, y, por el otro, los puntos en los que los lazos coloniales tenían —y tienen— éxito en reproducirse. Lejos de nosotros la idea de ocultar el lado oscuro de la colonización. Basada en la conquista, la violencia residía en el propio corazón del sistema, y los prejuicios «raciales» que reorganizaban la división de la población en cuerpos, según un modelo jurídico antiguo, se desplazaron al ritmo de las transformaciones sucesivas. Si la explotación, las coacciones y los abusos son propios de la relación colonial, las formas que ésta asumió en América en la época moderna la distinguen de otras formas sociales, integrando pero excluyendo, y reconociendo por derecho un lugar a aquellos que se hallaban en una situación de dependencia. Las posibilidades de movilidad, el mestizaje, la justicia como sede de regulación (sin duda asimétrica) de los conflictos y las distintas formas de articulación social caracterizan a esta colonización de Antiguo Régimen, concebida de acuerdo con un modelo jurídico de la sociedad y construida aparte de sus propias normas establecidas.

«MÉXICO COMO NACIÓN INDEPENDIENTE Y LIBRE»[30]

«Confieso no hallar ninguna diferencia entre la condición del esclavo negro y la de los indios en nuestras haciendas. La esclavitud del primero tiene como causa el bárbaro derecho del más fuerte; la esclavitud de los indios tiene como causa el engaño, la malicia [de los propietarios] y la inocencia de seres casi incapaces de tener voluntad [...] y, bien es verdad, es una cosa muy apropiada para asombrarnos el pensar que la población india de Nueva España ha perdido en lugar de ganar con la revolución (independentista): aquélla ha intercambiado derechos abstractos por privilegios positivos [...].»

Lo que expresan los interesados en 1829 en *El Pájaro verde*, 26 de septiembre de 1965: «[...] Lo que es cierto, es que los indios no ven mejorar su suerte; al contrario, cada día reciben nuevas decepciones [...]. Si no obtenemos nada de los go-

[30] Atribuido a Tadeo Ortiz, 1822, citado en Robert Jaulin, *L'ethnocide à travers les Amériques*, Arthème Fayard, París, 1972, p. 67. [N. de la R.] [ed. cast., véase *El etnocidio a través de las Américas*, Siglo XXI, México, DF, 1976.]

bernantes [...] nosotros insuflaremos a nuestros hijos el odio contra ellos; con los ojos bañados en lágrimas, les contaremos la persecución que se desencadena contra nosotros, los maldeciremos mil y una veces y, en el momento de cerrar los ojos para siempre, nos llevaremos la esperanza consoladora del tiempo que verá una de nuestras generaciones realmente libre.»

Juan Rodríguez de San Miguel escribe:[31]

«[...] Después de la abolición de los privilegios y de la proclamación de la igualdad legal, los privilegios de los indios fueron destruidos y, a cambio de lo que les proporcionaba beneficios muy positivos, recibieron el simple título de ciudadanos [...]. Ellos han soportado casi todo el peso del terrible impuesto de sangre, pues ellos son las víctimas de la prensa inhumana y detestada [...] aplastados por los impuestos, han sufrido la supresión del *mirador en causas de indios*, la supresión de la ley que prohibía los préstamos por parte de los propietarios cuando superaban cinco pesos, y es de ahí de donde proviene el enorme desarrollo de las deudas de los trabajadores, deudas que fueron objeto de decretos del Estado de Puebla, decretos que no fueron censurados por la Cámara de la Federación.»[32]

Anexo

Intervenciones imperialistas y luchas en América Latina

Sería abusivo considerar que todos los movimientos políticos latinoamericanos nacionalistas, marxistas, populistas, castristas, maoístas o indigenistas pueden reducirse a la lucha antiimperialista, aun cuando este aspecto suele estar presente. La diversidad de metas, de actores, de proyectos y de situaciones exige matizar las opiniones, sin contar la importancia emocional de la ideología ligada a todos estos conflictos, desde los frescos de los muralistas mexicanos hasta la marcha mediatizada de los zapatistas enmascarados a Ciudad de México, pasando por la iconografía de Eva Perón y del Che Guevara. El peso de las oligarquías agroexportadoras, de las fuerzas armadas, de las clases medias, de los

[31] Véase *L'ethnocide à travers les Amériques*, *op. cit.*, pp. 67-68. [N. de la R.]

[32] Petición de don Pedro Patina Ixtolinque, firmada por numerosos letrados en nombre del pueblo, 17 de septiembre de 1829 (archivos de Luis Chávez Orozco). [N. de la R.]

intelectuales, de los campesinos, de la Iglesia y de los marginales ha de ser considerado en cada uno de los contextos históricos y geográficos. Así pues, nuestra intención no es elaborar una lista exhaustiva de las acciones políticas antiimperialistas llevadas a cabo en América Latina desde las independencias de los Estados hasta comienzos del siglo XXI, sino sólo citar algunos hitos políticos indispensables para poder realizar una reflexión sobre el colonialismo y el imperialismo.

Al contrario que la situación en Europa, la América ibérica española y portuguesa conoce una estabilidad política infrecuente durante casi tres siglos. Los combates por la independencia se sitúan en un marco temporal que va aproximadamente de 1750 a 1850. Sin duda son de otro estilo y de otra naturaleza que los que caracterizaron el surgimiento del tercermundismo en el siglo XX, pero el hecho mismo de su anterioridad cronológica es interesante para el estudio de las rupturas políticas con los regímenes coloniales y sus consecuencias. Sin entrar en los detalles de las revueltas, insurrecciones y guerrillas que marcan este largo período, en particular desde los últimos decenios del siglo XVIII, indiquemos dos grandes insurrecciones preindependentistas. La primera es la que agita el Perú y la actual Bolivia entre 1780 y 1781: el levantamiento de Túpac Amaru, que pertenecía a la élite india de la región de Cuzco, seguido del de Tomás Catari. La defección de los criollos que tenían que unirse a Túpac Amaru y la no participación de la plebe urbana —en especial de los hombres libres de color de Lima— debilitan y finalmente contribuyen a hacer fracasar la revuelta. Los dirigentes son encarcelados y ejecutados, y los indios pierden los pocos privilegios que conservaban, en particular los que se había otorgado a los jefes locales.

El otro gran levantamiento es el de los esclavos y hombres libres de color en La Española, bajo la dirección de Toussaint Louverture y de Jean-Jacques Dessalines. La guerra se prolonga de 1791 a 1803 y termina con el triunfo de los negros y de los mulatos, que obtienen su libertad y proclaman la independencia de Haití en 1804. A cambio de una indemnización de 150.000.000 de francos, Carlos X de Francia (1824-1830) concede a los habitantes de la parte francesa de La Española «la independencia plena y entera». El empobrecimiento de Haití data de esa época.

A lo largo del siglo XIX los desórdenes provocados por las guerras de independencia llevan a la escena política a *caudillos* nacionales. El Reino Unido, que había invadido Buenos Aires en dos ocasiones en 1806 y 1807, sin éxito al haber sido rechazada, desempeña un papel importante en la reestructuración de las relaciones de dependencia entre los nuevos Estados independientes y la Europa industrial. Este imperialismo «informal», pues nunca consiguió implan-

tarse localmente —salvo en Belice y en algunas regiones marginales del Caribe—, está ligado al comercio y a las finanzas. Se caracteriza asimismo por algunas acciones, como el bloqueo del Río de la Plata por la Royal Navy [Marina Real británica] a mediados de la década de 1840 contra el dictador Rosas, en favor del libre comercio. Sin ser realmente antiimperialistas, las dos guerras que ensangrentaron América del Sur en la segunda mitad del siglo XIX, la de la Triple Alianza y la del Pacífico, están relacionadas, aun así, a intereses neocoloniales. La primera (1864-1870), en la que Paraguay se enfrenta a una coalición formada por Brasil, Argentina y Uruguay, habría sido la consecuencia de la integración del Río de la Plata en la economía mundial británica, y de la oposición del Reino Unido al modelo de desarrollo autónomo seguido por Paraguay, aunque el papel desempeñado por los británicos ha sido cuestionado recientemente. Esta atroz guerra arruina a Paraguay, que pierde casi toda su población masculina y pasa de 1,3 millones de habitantes a 400.000. En el siglo XX, un nuevo conflicto, de 1932 a 1935, enfrentó a Bolivia y a Paraguay, y este último país quedó diezmado. La causa de este conflicto fue el descubrimiento por la Standard Oil estadounidense de un yacimiento de petróleo en la región de Santa Cruz de la Sierra, en el Chaco.[a]

Otro conflicto imperialista que marca el siglo XIX es la guerra del Pacífico (1879-1883). Las razones hay que buscarlas en los intereses exteriores ligados a la explotación de los nitratos. Las compañías británicas apoyan la agresión chilena, mientras que los grupos franceses sostienen a Perú y a Bolivia. Finalmente, Bolivia pierde el puerto de Antofagasta y toda salida marítima, mientras que Chile, victorioso, controla el nitrato, y su ejército sale reforzado de la experiencia. Por su lado, en la Amazonia, el auge del caucho favorece la separación del territorio de Acre, controlado por el Reino Unido.[b]

De forma paralela, y con frecuencia en conflicto con la influencia económica del Reino Unido, se asiste, desde fines del siglo XIX, al auge del imperialismo estadounidense. En 1865 Estados Unidos, en nombre de la Doctrina Monroe (que data de 1823, en el contexto de las luchas de las colonias latinoamericanas contra España), pide la retirada de México de las tropas francesas que apoyaban al emperador Maximiliano, colocado en el trono por Napoleón III de Francia. Sin embargo, la verdadera influencia estadounidense data de 1898, cuando los

[a] De ahí que se llamase a este conflicto guerra del Chaco. [N. del T.]

[b] Acre: colonizado por los portugueses, en 1867 una parte del territorio fue unida a Bolivia, pero los caucheros y colonos portugueses se rebelaron y se independizaron (1899); en 1903 fue cedido por Bolivia a Brasil. [N. del T.]

marines intervienen en Cuba para expulsar a los españoles. Los motivos económicos de esta actuación son evidentes: el control de la producción azucarera. En 1901 Cuba debe aceptar la enmienda Platt, que otorga a Estados Unidos el derecho de intervención en la isla y el establecimiento de bases navales estadounidenses.

Los intereses económicos en torno a la construcción del canal de Panamá son el origen de una revolución fomentada por Estados Unidos en 1903, que desemboca en la independencia de Panamá, anteriormente englobado en la Gran Colombia. El gobierno de Panamá otorga a Estados Unidos una zona de veinte kilómetros a lo largo del futuro canal, que permanecerá bajo control estadounidense hasta finales del siglo XX. Así pues, el presidente Theodore Roosevelt inicia la política del *big stick*, legitimada por una Doctrina Monroe puesta al día, según la cual los regímenes políticos inestables de los países latinoamericanos deben ser vigilados por una policía internacional, y Estados Unidos se reserva el derecho a desempeñar el papel de gendarme al servicio de las relaciones financieras. En 1914, temiendo que la revolución mexicana se desbordara, los estadounidenses desembarcan en Veracruz. Allí permanecen hasta 1917. En 1915 Haití es ocupado por los *marines* y permanecerá bajo control estadounidense hasta 1934. Tras el desembarco de los *marines* en Santo Domingo, en 1914, para garantizar los intereses financieros de Estados Unidos, la República Dominicana queda en 1916 bajo el control directo de un gobernador estadounidense hasta 1922.

La amplitud de la revolución mexicana y la complejidad de los grupos que se enfrentan, las luchas agrarias y las que oponen a las distintas corrientes políticas revolucionarias hacen difícil la interpretación de estos hechos como lucha antiimperialista. Sin embargo, se pueden hallar los primeros focos de guerrilla del siglo XX (Emiliano Zapata en Morelos, Pancho Villa en Chihuahua). La primera gran revolución del siglo XX está marcada por el nacionalismo, la reforma agraria y el anticlericalismo. Este período termina en 1930 con la institucionalización del partido revolucionario en el poder, el PRI, donde se mantendrá hasta el último año del siglo.

El período que se extiende hasta mediados del siglo XX está jalonado por una etapa de luchas antiimperialistas que servirán de modelo a movimientos ulteriores. Los partidos comunistas desempeñan un papel de primer plano en numerosos casos. En Brasil, en 1925, la columna de Carlos Prestes atraviesa este inmenso país en una hazaña que más tarde será comparada a la Larga Marcha de Mao Zedong. En América Central, César Augusto Sandino opone resistencia a los *marines*, de 1926 a 1933, con el objetivo de expulsarlos de Nicaragua. En El

Salvador, Agustín Farabundo Martí desencadena una revuelta en 1932, la primera insurrección comunista de América Latina. Antes de la revolución cubana la historia política de América Latina se caracteriza por una serie de conflictos, alianzas y enfrentamientos entre partidos comunistas regionales y movimientos populistas nacionalistas dirigidos por líderes carismáticos, los más importantes de los cuales fueron Haya de la Torre, fundador del APRA (Perú, 1924), Getulio Vargas (colocado en el poder en Brasil en 1930 por un golpe de Estado militar), Juan Domingo Perón (líder populista de Argentina de 1945 a 1956) y Víctor Paz Estenssoro, tras la revolución nacional boliviana de 1952. Es el comienzo de las nacionalizaciones masivas y de la política de sustitución de las importaciones. Indudablemente, en estos populismos hay formas antiimperialistas, aunque más bien son hostiles a las oligarquías latifundistas y mineras.

Después de la II Guerra Mundial, el enfrentamiento entre Occidente y la URSS alcanza también el escenario latinoamericano. Es en Guatemala, en 1954, donde la acción del imperialismo estadounidense se manifiesta de manera evidente. Un golpe de Estado orquestado por la CIA derroca al presidente de izquierdas Jacobo Arbenz Guzmán con el fin de defender los intereses de la United Fruit.

Sin lugar a dudas, la fecha más significativa, tanto en un plano político como en el simbólico, es la revolución cubana del 8 de enero de 1959, verdadero modelo de la lucha antiimperialista. Se trata de un fenómeno insoslayable que va a orientar todos los combates que se emprenderán en los distintos países latinoamericanos. Las críticas que se han dirigido contra el régimen castrista en los últimos decenios no pueden hacer olvidar el impacto emocional de estos acontecimientos, que reorientarán todas las acciones antiimperialistas.

Desde la década de 1960 surgen por todas partes focos guerrilleros. Tras un decenio de «violencia» en Colombia, desencadenado por el asesinato de Eliecer Gaitán, defensor de los movimientos populares desde 1929, las FARC (Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia) se crean en 1966 como respuesta a la destrucción de Marquetalia, la más duradera guerrilla rural de América Latina, aplastada en 1965. El líder de las FARC es Manuel Marulanda *Tirofijo*, que ha pasado más de medio siglo combatiendo. Las guerrillas urbanas de la década de 1960 y comienzos de la de 1970 (Brasil, Chile, Uruguay, Argentina) constituyen una destacada variante de la lucha armada de liberación de acuerdo con el modelo cubano. En Chile, golpe de Estado militar, bombardeo del palacio presidencial de la Moneda y muerte del presidente electo, Salvador Allende, el 11 de septiembre de 1973 —apoyado por el MIR, fundado en 1967—. Estos movimientos son aniquilados en la década de 1970, tras lo cual se produce una represión sin precedentes que dura varios años.

En Guatemala se desarrollan varias tendencias guerrilleras durante la década de 1960. En 1961 Carlos Fonseca Amador funda el Frente Sandinista en Nicaragua. El M-13, constituido en 1962, es fiel a la memoria de Arbenz. Los grupos dirigidos por Rolando Morán y Mario Payeras introducen una innovación en la guerrilla, al poner el acento en el componente indio de la población. Sin embargo, en este país las disensiones entre los distintos grupos en lucha y sobre todo la guerra desencadenada por el general Efraín Ríos Montt entre 1982 y 1983 arrasan las aldeas indias. La guerra civil de Guatemala, que duró treinta y seis años, termina con un acuerdo de alto el fuego firmado en Oslo en 1996.

Otro jalón importante en las luchas antiimperialistas lo constituye la revolución de Nicaragua, que se inicia el 19 de julio de 1979. Finaliza en febrero de 1990 con las elecciones que dan la victoria a la oposición. En esta revolución la Iglesia católica y sus comunidades eclesiales de base desempeñan un papel determinante, junto a la ayuda castrista.

En la década de 1980 es América Central la que se convierte en teatro de enfrentamientos muy violentos entre grupos de izquierda, anclados al medio rural, y las fuerzas armadas. En El Salvador varias tendencias izquierdistas, rompiendo la burocracia comunista, continúan la lucha armada, y durante más de un decenio se produce una verdadera guerra. Las que ensangrientan la América Central se ven impulsadas por el tráfico de armas que pasa por Cuba, proveniente de Etiopía y Vietnam.

En los últimos decenios del siglo XX, pese al ruidoso anuncio del fin de las ideologías, se desarrolla en Perú la guerrilla maoísta de Sendero Luminoso, movimiento fundado en 1960 y que se hace fuerte en la década siguiente. Durante más de diez años los Andes son devastados por una guerrilla que se extiende hasta Lima y amenaza la continuidad del Estado. Con la detención de Abimael Guzmán, su principal dirigente, en 1992, parece ser que el movimiento ha sido aniquilado en buena parte. Dos puntos merecen ser señalados: Sendero Luminoso, que no es un movimiento indio, sino que está formado por mestizos escolarizados y con frecuencia universitarios, incorporó a la lucha armada a los marginados urbanos. Por otro lado, gracias a sus nexos con la producción y el tráfico de cocaína, se beneficia de armas y dinero, como sigue siendo el caso de las diferentes corrientes guerrilleras de Colombia.

A partir de la década de 1970 los movimientos contra las dictaduras militares apoyadas por Estados Unidos encuentran un sostén en los grupos religiosos o éticos inspirados por la teología de la liberación, surgida después del Concilio Vaticano II (1962-1965) y la Conferencia Latinoamericana de Obispos reu-

nida en Medellín (Colombia) en 1963. La influencia de las *comunidades eclesiales de base* se hace sentir en todo el continente y en especial en El Salvador, en Perú y en Brasil. Tales comunidades están formadas por pequeños grupos de reflexión y de acción creados por religiosos y laicos. Tienen su base en los barrios de chabolas y en las zonas rurales urbanas o en el campo y proclaman la opción preferencial por los pobres. Duramente reprimidos en Argentina por la dictadura, estos activistas luchan contra la militarización y las políticas autoritarias, con referencias hacia los marginados, los indios y las mujeres. Por otro lado, estas últimas desempeñan un papel considerable en la lucha contra la dictadura: el Movimiento de las Madres de la Plaza de Mayo (de Buenos Aires, Argentina), desde 1978, es probablemente el más representativo, aunque no sea el único.

A finales del siglo XX, cuando se pensaba que las guerrillas habían pasado a la historia, el 2 de enero de 1994 el Ejército Zapatista de Liberación Nacional da la señal del comienzo de la rebelión en Chiapas (sur de México). El movimiento, dirigido por un intelectual, el subcomandante Marcos, canaliza el descontento indio, acrecentado por la supresión de la asignación de tierras comunales por el gobierno de Salinas de Gortari. El neozapatismo es contemporáneo de la entrada de México en la ALENA[c] junto a Estados Unidos.

El declive de los grandes combates ideológicos va en paralelo con el peso cada vez más formidable de los mercados financieros y las exigencias del Fondo Monetario Internacional respecto al pago de la deuda. Merece la pena que recordemos algunos datos:

— Agosto de 1982: comienzo de una crisis financiera extremadamente grave en México, que lleva a una fortísima devaluación del peso, a la renegociación de la deuda y a la nacionalización de los bancos. Los efectos de la crisis («efecto tequila») se hacen sentir en todo el continente americano.

— Mayo de 1989: en Argentina, el peronista Carlos Menem sustituye al presidente Raúl Alfonsín, perteneciente al Partido Radical, con la finalidad de detener la hiperinflación y llevar a buen puerto una política liberal de ajuste estructural. Es el comienzo de la pauperización de las clases medias argentinas y también de los estratos populares.

[c] ALENA: Acuerdo de Librecambio Norteamericano, fundado en enero de 1994; sus miembros son Canadá, México y Estados Unidos. También se lo conoce como TLC (Tratado de Libre Comercio) [N. del T.]

— Después de Panamá, Barbados y Belice, Ecuador es dolarizado en octubre de 2000, tras una prolongada crisis que lleva a los indios hasta la capital, Quito. El papel de la droga es preponderante en las economías regionales de la mayoría de los países latinoamericanos.

Al iniciarse el siglo XXI América Latina se ha convertido, pues, en el laboratorio privilegiado de la economía liberal, como en el siglo XVI lo fue de la occidentalización.

C. B.

GUAYANA FRANCESA:
DEL «PARAÍSO» AL INFIERNO DEL PENAL

Pascale Cornuel

«El penal no es una máquina de castigar bien definida, regulada, invariable. Es una fábrica de desgracia que trabaja sin plan ni matriz.»[1]

En la carta abierta al ministro de Colonias, que cerraba su célebre reportaje, Albert Londres lanzaba esta opinión, que no puede discutirse, a toda la Guayana Francesa: «Aun cuando la mano de obra vuelva a funcionar, lo esencial seguirá faltando: un plan de colonización.»[2] Ésta es la tremenda paradoja de la que fue víctima la Guayana Francesa: fueron muy pocas las colonias que vieron sucederse y desbaratarse tantos planes de colonización en una lógica tan destructiva, que culminó con la creación del penal de deportación por ley del 30 de marzo de 1854, cuando 3.000 condenados ya habían desembarcado en la Guayana con la primera partida, dos años antes, sin olvidar los centenares de deportados que, en tiempos de la Revolución, habían sido víctimas del primer intento de este tipo. Esta lógica descansaba en un postulado que queda trágicamente evidenciado por los comienzos de la colonización del noroeste de Guayana, desde las orillas del río Mana a las del río Maroni.

Errores de los que no se aprende nada

Todo se remonta a 1820 cuando, para paliar el hundimiento de su imperio colonial, Francia decide relanzar la exploración de la Guayana, el único territorio

[1] Albert Londres, *Au bagne* (en *Oeuvres complètes*), Arléa, París, 1992, 857 p. 13.
[2] *Ibid.*, p. 96.

de entidad que le quedaba.[3] El objetivo era enviar a blancos, pues la trata de negros ya había sido prohibida o, al menos, se había hecho ya muy difícil, en particular en la Guayana, colonia pobre en la que resultaba dificultoso el desembarco debido a una poderosa corriente marina que alejaba los navíos de la costa. La elección recayó en un punto a orillas del Mana. El envío, con grandes gastos, en 1823, de «obreros militares»[4], zapadores y huérfanos, 164 personas en total, es un desastre. El gobernador Milius incrimina de los excesos, el vicio y el alcohol a una parte de los colonos: «[...] Se ha deslizado entre ellos un pequeño número al que hay que hacer volver a las alcantarillas de nuestros arsenales para no salir nunca más. Estos mendigos han traído al Mana su pereza, sus borracheras y su inmoralidad. Yo he purgado la nueva colonia.»[5]

Una hecatombe en julio de 1824 —42 muertos en una semanas— provoca la repatriación precipitada de los supervivientes a Cayena, casi todos ellos en un estado lamentable. Sin cambiar de idea respecto al fondo de su análisis, Milius concede que exista «un enemigo invisible, estas miasmas deletéreas que se elevan de las aguas corrompidas sometidas a la acción de un sol ardiente». Son innumerables los despachos locales que confirman los efectos nefastos del clima. ¿Se ha aprendido la lección? La administración penitenciaria durante el II Imperio responde todavía así a los ataques de los que es objeto: «Se ha exagerado mucho la mortalidad de nuestra colonia. [...] Por poco que los europeos se dobleguen a una vida regulada y sobria y eviten los excesos de la bebida y del desenfreno, soportan el clima como los criollos de la colonia. La verdad es que allí, como en la mayoría de nuestras posesiones de ultramar, el europeo suele comprometer voluntariamente su salud abusando de los licores alcohólicos y de los amores fáciles.»[6]

Dejando a un lado el clima, resalta la templanza con la que Milius, comentando las fiebres y las heridas de sus agotados colonos, extrae la lección: «Mi primer pensamiento al ver este espectáculo deprimente se dirigió hacia esa verdad

[3] Además de la Guayana, Francia sólo poseía en ese momento algunas islas (Martinica, Guadalupe, Saint-Pierre-et-Miquelon) y algunos enclaves, unos en la India (las factorías) y otros en África (el nombre de «Senegal y dependencias» no da idea en absoluto de la exigüidad de un territorio que durante mucho tiempo se limitó a San Luis y a Gorea).

[4] Así se denominaba a los hombres contratados y destinados a la preparación del establecimiento colonial.

[5] Despacho del gobernador Milius al ministro de Marina y Colonias, 5 de octubre de 1824, CAOM/FM/SG/GUY60/FS (17).

[6] Citado por Michel Pierre en *Bagnards. La terre de la grande punition, Cayenne 1852-1953*, Autrement, col. Memoires, París, 2000.

que hay que escribir con grandes letras encima de la puerta del Ministerio de Marina: "*Para poder colonizar el Mana hay que rechazar a los individuos aislados, y enviar tan sólo familias sobrias y laboriosas: Familias.*"»[7]

Obra de familias del Jura, la colonización del Mana, de 1824 a 1828, no deja de ser un fracaso: demasiadas disfunciones arruinan la empresa. El joven oficial responsable, François Gerbet, ya en 1821, bastante antes de que se emprendiese este nuevo intento, analizó, a veces en términos patéticos, los errores de apreciación, las decisiones aberrantes relacionadas sobre todo con la elección de los lugares y con el aprovisionamiento de útiles, alimentos y grano.

¿Se habían arreglado las cosas cuarenta años más tarde? Eugène Mélinon, comisario-comandante del barrio de Mana desde 1847, encargado de fundar la colonia penitenciaria agrícola de Saint-Laurent, atestigua: «[...] Comienza la verdadera colonización, el 22 de febrero de 1858, por 24 concesionarios escogidos de entre los más dignos de los deportados. El cultivo de esta tierra debía efectuarse del siguiente modo: un tercio de caña de azúcar, un tercio de cafetales, un tercio de plantas alimenticias. [...] Medios mecánicos les fueron prometidos [...]. Y les fueron prometidas mujeres también [...]. Estos 24 concesionarios comenzaron con ardor. [...] La emulación les animaba a todos. [...] Por desgracia, la promesa de construir una fábrica tuvo que aplazarse. [...] La pérdida de la cosecha de caña y los obstáculos que retrasaron un año las uniones entre condenados de ambos sexos produjeron un desánimo profundo y numerosos recortes en las resoluciones de los concesionarios.»[8] Son innumerables los despachos que, entre 1821 y 1828, relatan situaciones semejantes. Parece ser que las dificultades técnicas reales, que dificultaban la colonización de regiones en las que la naturaleza es tan temible, no se atenuaron a lo largo del siglo. Con todo, jefes de negociado competentes deberían haber podido ya, después de tanto tiempo, extraer lecciones de lo ocurrido, pero no sólo no fue así, sino que eso fue lo contrario lo que se produjo.

Todos los intentos de colonización de las orillas del Mana obedecen al mismo escenario: alegría a la llegada, buenos deseos del gobernador basados en un sólido apoyo financiero y en la garantía de una ración durante dieciocho meses, y luego se empieza a trabajar con entusiasmo. Un año después la fatiga se hace

---

[7] Despacho del gobernador Milius al ministro de Marina y de Colonias, CAOM/FM/SG/GUY59/F5 (16), 15 de diciembre de 1823. Las frases en cursiva han sido destacadas por el autor del despacho, lo mismo que la «F» mayúscula de «Familias».

[8] Informe del comandante Mélinon, citado por Michel Pierre en *Bagnards. La terre de la grande punition*, *op. cit.*, p. 27.

notar, los fallos del sistema mencionados antes comienzan a aparecer, un colono muere, causa de dolor y desesperación de sus allegados. La ración llega a su fin, y se supone que los colonos deben ocuparse de su propia subsistencia, lo que no ocurre. Es el hundimiento.

Por lo menos estas personas estaban, a partir de 1824, unidas por lazos afectivos sólidos que compensaban parcialmente la soledad del lugar. ¿Qué sucedió cuarenta años más tarde? Los colonos contravienen la justicia, lo que les convierte en una especie considerada, en esa época, como «viciosa» por excelencia, la misma especie de la que Milius quería purgar a la colonia. ¿Qué familias podían consolidarse en estas condiciones?

«En unos años las maravillosas esperanzas puestas en este espacio penitenciario, en el que los forzados deberían regenerarse por el trabajo se hunden como una casa roída por las termitas [...]. Ciertamente, en 1866 las estadísticas indican 899 concesionarios varones de los que 155 están casados debidamente, habiendo engendrado 110 niños [...]. En realidad, sólo 126 se bastan a sí mismos. Los demás reciben todavía la ración prevista para los condenados que purgan su pena.»[9]

Luis Napoleón esperaba sinceramente la «regeneración» a través de la colonia penitenciaria.

Sin embargo, las lecciones de un pasado reciente mostraban claramente que la dureza de las condiciones de vida no hacía sino agravar las dificultades de los colonos y por tanto disminuir su eficacia. En los primeros intentos el almirante Fourichon, gobernador de la colonia, escribía en 1854: «Ya no me queda la más mínima duda respecto a esta empresa; y si se sigue persistiendo cada vez más, cada vez más el fracaso dañará a las finanzas y al honor del gobierno.»[10]

Sin embargo, no hay peor sordo que el que no quiere oír. En Francia, una muy poderosa corriente deseaba la existencia del penal: quería liberar a la metrópoli de indeseables. Esta expectativa excluye toda decisión sensata, basada en las enseñanzas de los intentos anteriores. Es la que procede del postulado mencionado arriba, sin la cual la tragedia guayanesa resulta incomprensible.

Nada era inevitable. La colonización del noroeste de la Guayana había conocido, en efecto, lo mejor y lo peor en un atajo geográfico fulgurante.

---

[9] Michel Pierre, *Le dernier exil. Histoire des bagnes et des forçats*, Gallimard, París, 1989, col. Découvertes, 192 pp., pp. 70-71.

[10] Citado por Michel Pierre, *op. cit.*, p. 124.

Al diablo los inútiles

El escándalo de esta política colonial iba mucho más allá de la ceguera recordada antes. Se trataba claramente de una opción y, por lo tanto, de la renuncia al otro modelo, del que fue escenario Mana de 1836 a 1846.

Mana nació en circunstancias excepcionales. Fue erigida por 477 africanos bajo el báculo de una religiosa, Anne-Marie Javouhey, fundadora de la congregación misionera Saint-Joseph de Cluny. Liberados en razón de la ley contra la trata, votada el 4 de marzo de 1831, estos africanos debían comprometerse con el Estado por siete años, bien contando desde el año de la ley, bien, para los más jóvenes, desde el año de su mayoría de edad. Hasta 1835 su vida no cambió en absoluto, pues los «habitantes»[11] de la colonia hacían lo posible para vaciar de contenido las leyes. Por lo tanto, el ministerio veía con inquietud el momento en que esas personas, ya totalmente libres, acabasen dedicándose al vagabundeo y a la mendicidad, como hacían muchos manumitidos. Confiárselos a la madre Javouhey, que el ministerio conocía y apreciaba desde mucho tiempo atrás[12], le parecía la mejor garantía de «moralización» de esta categoría de personas marginadas de la población negra. Un decreto ministerial de 18 de septiembre de 1835 decidió la creación de un «establecimiento del Mana», llamado así porque estaba dotado de un régimen especial: se hallaba bajo la autoridad exclusiva de las hermanas de Saint-Joseph y se prohibía la entrada a toda persona no autorizada. Como contrapartida de este monopolio, las religiosas debían asumir el funcionamiento y las necesidades del establecimiento[13], cuyo territorio se extendía del Organabo, pequeño río al este del Mana, hasta el Maroni, río fronterizo con la Guayana Holandesa.

Tras quince años de intentos desafortunados la aldea nació por fin en 1836.[14] Sin embargo, partió de un malentendido. La madre Javouhey veía en estos 477 africanos el núcleo de una sociedad que debía prosperar según el modo de los propios antepasados de ella —campesinos laboriosos de las tierras de Borgoña y del Franco Condado—. Por si fuera poco, esta sociedad debía prosperar al

---

[11] Se llama así a los propietarios de plantaciones esclavistas.

[12] La propia religiosa había dirigido un intento de colonización blanca de 1828 a 1830 que, aun habiendo estado lleno de enseñanzas para ella, no había tenido éxito.

[13] Pese a lo que decían los esclavistas, la subvención de 25.000 francos asignada por el Estado como ayuda al establecimiento de los primeros años no podía bastar.

[14] Los 477 africanos bajo la responsabilidad de la madre Javouhey llegaron a Mana en siete expediciones entre el 3 de marzo de 1836 y el 12 de abril de 1837.

modo de los guaraníes de las misiones jesuitas de Paraguay[15], en las que se inspira explícitamente.[16] Los blancos, aquí, no eran más de dos o tres padres jesuitas por cada aldea de tres mil guaraníes; en Mana, escribe la madre Javouhey, «no habrá ninguna mezcla de blancos: todos serán negros; los jefes negros. Sólo el protector será blanco».

Este proyecto de sociedad, totalmente negra de arriba abajo en la escala social[17] hizo que la religiosa contara con el apoyo de los miembros de la Sociedad Abolicionista Británica. Entre sus amigos estaba incluso Lamartine y sobre todo el barón Roger, uno de los pilares de esta sociedad. Apegada a la idea de una abolición gradual[18] de la esclavitud, esperaba que Mana fuese la prueba de lo sensato de su reivindicación.[19]

Se comprende así por qué la madre Javouhey era odiada por los habitantes de la Guayana, conscientes, con razón, del carácter subversivo de la pequeña sociedad que —lo que era el colmo— cubría cada vez mejor sus necesidades y no era fuente de ningún problema concreto, justo cuando las manumisiones definitivas se multiplicaban a partir de 1838. Así, la madre Javouhey tenía que esforzarse mucho para defender el monopolio de su congregación sobre el establecimiento, más aún porque había propuesto al ministerio, en 1841, cortar de raíz el desarrollo de la esclavitud, tomando a su cargo a los 3.500 hijos de esclavos de la colonia a través de la compra forzosa a sus amos.[20] Instruidos, evangelizados —ambas cosas iban juntas, evidentemente—, habrían reforzado a una

---

[15] En los siglos XVII y XVIII los jesuitas sedentarizaron a los indios guaraníes en vastos territorios, en los límites de los actuales Paraguay, Argentina y Brasil. En esa época formaban parte de la inmensa diócesis del Paraguay. Las ruinas de muchas de estas aldeas, llamadas «reducciones», reflejan una aculturación notable de los guaraníes. La madre Javouhey tuvo conocimiento de la labor de los jesuitas en Paraguay a través de la lectura de sus *Lettres curieuses et édifiantes*, que fue un enorme éxito editorial a comienzos del siglo XIX. Esta empresa, contra la que se ensañaron, al final con éxito, los esclavistas, inspiró en 1986 el film *The Mission*, de Roland Joffé, con Robert de Niro [en la versión española se titula *La misión*].

[16] *Correspondance d'Anne-Marie Javouhey*, Éditions du Cerf, París, 1994, 4 vols., carta del 22 de febrero de 1834.

[17] La madre Javouhey tenía planes para un seminario en la aldea, pues preveía proseguir en ella su proyecto de formación de un clero negro, ya contratado en la metrópoli, cuya consecuencia fue la ordenación de los tres primeros sacerdotes negros franceses.

[18] Sólo a comienzos de la década de 1840 va desarrollándose la idea de una abolición inmediata, que hace suya incluso Victor Schœlcher en esta época.

[19] Exigencia bastante equívoca, pues se esperaba la prueba de la «utilidad» de los negros para justificar la manumisión de éstos.

[20] *Correspondance de Anne-Marie Javouhey, op. cit.*, carta al ministro de Marina y Colonias, 1 de marzo de 1841.

población cristiana cuyos mandos saldrían del seminario que la religiosa tenía pensado crear en Mana, y constituirían una población alfabetizada, aculturada, cada vez más cualificada gracias a una escuela de agricultura, que también entraba en sus planes.

Quimeras. No es que todo eso fuese irrealizable. Esta aldea de ciento cincuenta casas, surgida en diez años con casa común[21], iglesia, hospital, escuela y casa-cuna, demostraba lo contrario. Sin embargo, muchas cosas se consideran irrealizables cuando no encajan en los intereses de la clase dominante, como era el caso. El grupo de presión colonial en París se apoyaba en un gobierno que esperaba que de esta experiencia surgiera, ciertamente, una población moralizada y cristianizada, pero para los fines de una libertad concebida de forma estricta, que aceptara producir los mismos artículos coloniales que las concentraciones esclavistas. Sin embargo, las concesiones que los mananeses recibían al mismo tiempo que su certificado de libertad producían abundancia de arroz, mandioca, plátanos y otros productos alimenticios. Sin embargo, de girasol, café o bija[22], nada. Por esta razón, el ministro de Marina y Colonias puso fin al monopolio de las monjas. Las sustituyó al mando de la aldea un joven botánico, Eugène Mélinon, el 1 de enero de 1847. De pleno acuerdo con la administración colonial, condicionó el carácter definitivo de las concesiones al cultivo de productos coloniales, con gran perjuicio de los mananeses que, considerándose embaucados, imploraron a la madre Javouhey que interviniese en París para que se les hiciese justicia. La población de la aldea inició un ligero declive, al tiempo que los gastos aumentaban y la masa salarial de una administración de barrio costaba bastante más cara que unas cuantas religiosas. De todos modos, la abolición de la esclavitud en 1848 hacía obsoleta la excepción mananesa. El gobierno Bonard le puso fin definitivamente el 4 de noviembre de 1854, con un decreto colonial. Mana se convirtió en un barrio[23] como cualquier otro.

Las medidas posteriores a la normalización del estatus de Mana eran de dos tipos: las primeras consistían en poner en entredicho todas las ventajas, sociales *ante litteram*, de los mananeses. La madre Javouhey, en efecto, había captado y desarrollado la infraestructura colonial en beneficio de aquéllos. El goberna-

---

[21] Antepasada de la actual alcaldía.

[22] La bija es un colorante rojo anaranjado extraído de los granos de la bija, arbusto de América Central cultivado desde hacía mucho tiempo por los habitantes de Guayana. [En otras partes de América se llama *achiote*, *onote* y *urucú*. (N. del T.)]

[23] La colonia estaba subdividida en circunscripciones llamadas «barrios». El establecimiento de Mana, al término del monopolio de las monjas, se convertía en un barrio de la colonia.

dor Bonard puso orden suprimiendo «el hospital sostenido por el dinero del Estado, establecimiento casi inútil, que se mantenía sólo en provecho de los negros de este barrio y que no existe en ninguna otra parte de la colonia, como la escuela de los hermanos de Ploërmel, otra redundancia introducida en este establecimiento en el que existe, además, una escuela para muchachas dirigida por las hermanas de Saint-Joseph»[24]. Y terminaba diciendo: «[...] Me propongo continuar caminando poco a poco por esta vía de asimilación con las demás partes de la colonia.» Poco después seguirá la supresión de la guardería infantil.

El segundo conjunto de medidas tenía que ver con la nueva dirección dada a la política colonial en la región, con la instalación de una colonia penitenciaria. La idea de un penal en el noroeste de la Guayana francesa no era nueva. Un funcionario de la Marina había tenido ya la idea en 1791.[25] Controvertida bajo la Restauración y la Monarquía de Julio, volvía a aparecer en una metrópoli que buscaba el medio de desembarazarse de los delincuentes, criminales y refractarios políticos. Había sido elegida la Guayana, pero se había tenido cuidado en preservar Cayena y a sus habitantes, tan respetables como los ciudadanos de la metrópoli, lo que no era el caso de los mananeses. El noroeste representaba, pues, una magnífica oportunidad: «No hay que tener ningún escrúpulo en cuanto al establecimiento de un grupo de deportados en Mana. La presencia de la población negra no es ninguna dificultad, desde el momento en que se renuncia a sacar partido y provecho de ella para el desarrollo de la colonización en este barrio. Esta población da al barrio una ventaja, la de proporcionar brazos y medios de explotación para la creación de un lugar de deportación.»[26]

Y el ministro precisaba en su despacho: «No hay propietarios colonos con los que tratar, y la presencia de 700 a 800 negros que pueblan esta localidad se convierte, desde el punto de vista de la creación de un taller de deportados, en una ventaja en lugar de un inconveniente.»[27]

---

[24] Decisión del 19 de agosto de 1854, comunicada al ministro por despacho del 13 de septiembre de 1854, CAOM/FM/SG/GUY61/F5 (21).

[25] En su *Exposé des moyens de mettre en valeur et d'administrer la Guyane*, Daniel Lescallier propugnaba la colonización por medio del penal en la región del Mana. Funcionario de la Armada, Lescallier había ejercido la función de ordenador de la Guayana de 1785 a 1788. Sobre Lescallier y la Guayana, véase Y. Bénot, *La Guyane sous la Révolution*, Éditions Ibis Rouge, Kourou, 1997, 222 pp.

[26] Nota preparatoria al despacho ministerial del 18 de mayo de 1854, CAOM/FM/SG/GUY61/F5 (21).

[27] Despacho ministerial del 18 de mayo de 1854 al gobernador de la Guayana, CAOM/FM/SG/GUY6/F5 (21).

Ya se sabe que las tierras habitadas por los amerindios eran «vírgenes». Y si estaban pobladas por «700 a 800 negros», he aquí que volvían a ser vírgenes. La falta de rendimiento de estas personas, rebeldes a todo cultivo que les recordase la condición de esclavos[28], les hacía tan evanescentes como los indios galibi, con la excepción momentánea de algunos, cuyos brazos serán empleados para la construcción de los bohíos[29], primicias del futuro establecimiento penitenciario.

Ciertamente, la microsociedad erigida por la madre Javouhey no era viable: confesional y estrictamente comunitaria, se encontraba en contradicción total con los principios de la Revolución de 1789 y, por si fuera poco, era un enclave ajeno a las normas. «¿Se puede constreñir a la población libre de Mana a reglas fuera del derecho común?», se preguntaba con razón el gobernador Layrle.[30]

Con todo, aun con estas restricciones, dentro de los límites de un presupuesto moderado Mana había demostrado que era posible vivir sin las raciones del ministerio, y conocía un auge demográfico sin precedentes en Guayana, en las antípodas del comportamiento de los esclavos y de los forzados, pues, como es sabido, estos últimos nunca tuvieron descendencia. A todas las razones alegadas para explicar la esterilidad, Serge Mam Fouck añade un elemento: «Los penados han vivido en una exclusión doble: la relegación a una región de las menos pobladas del país y, después de su liberación, la reclusión en la condición de ex forzado, abocado a una vida miserable.»[31]

Un médico-jefe de la Marina, destinado a la Guayana a finales del siglo XIX, lleva hasta sus últimas consecuencias el análisis subyacente a semejante exclusión:

---

[28] Los negros no eran reacios al trabajo, pero cultivaban sobre todo productos alimenticios por los que tenían un interés directo. Los cultivos coloniales, como el azúcar, el café o la bija no sólo no les hacían ganar nada, sino que resucitaban en ellos el doloroso recuerdo de su condición de esclavos. Por razones materiales y también psicológicas los negros rechazaban, pues, decididamente, estos cultivos, lo que hacía que los esclavistas les llamaran «perezosos» o «vagos».

[29] El bohío era la vivienda tradicional de los indios: una especie de cobertizo con techo de hojas.

[30] Despacho del gobernador Layrle al ministro de Marina y Colonias del 6 de octubre de 1843, CAOM/FM/SG/GUY61/F5 (21). Hay que resaltar que este pequeño enclave, aunque no pueda comparársele, chocó mucho más que el del establecimiento penitenciario del Maroni, que su administrador no abandonó sin resistencia al final del penal (véase artículo de Xavier Dectot: «Le pénitencier, le maire et le préfet. Le rôle du préfet et des administrations centrales dans la transformation de la commune pénitentiaire de Saint-Laurent-du-Maroni en commune de plein exercice», en *Cinquantenaire de la création de Saint-Laurent-du-Maroni*,1949-1999, Actes du Colloque des 9-11 novembre 1999, Saint-Laurent-du-Maroni, 2000, pp. 123-143).

[31] S. Mam Fouck, *Histoire générale de la Guyane française*, Éditions Ibis Rouge/Presses Universitaires Créoles/GEREC, París, 1996, p. 73.

«Estos hombres, en general, no deben reproducirse, deben desaparecer todos completamente. [...] Ya está bien de protestar en nombre de no sé qué sentimentalismo vago y mal razonado. Nosotros estamos autorizados por la ciencia a aplicar a estos seres los versos que Racine pone en boca de uno de sus personajes al hablar de los Atridas: "Tú sabes que han nacido de la sangre incestuosa. Y tú te sorprenderías si fuesen virtuosos."»[32]

La gran palabra ha sido dicha: la virtud. Es ésta la que fundamentaba ideológicamente la complementariedad de ambas medidas, la supresión de toda política social en Mana, por muy embrionaria que fuese en tan poco tiempo de existencia, y la creación del penal impuesto a los habitantes de la región. La virtud tenía por corolario la purga, término que ya había sido utilizado por el gobernador Milius en 1823, retomado a porfía a lo largo de todo el siglo. La purga, que culmina en las frases del médico-jefe: hay seres que deben pura y simplemente desaparecer. Éste era el caso de esos blancos «viciosos» de los que se liberaba al suelo de Francia. ¿Cómo la virtud, que Voltaire definía como «hacer el bien al prójimo»[33], había podido llevar a esto?

Se daba aquí una salida desafortunada de un debate convertido en combate en 1848. De la filantropía, en su apogeo durante la Restauración y la Monarquía de Julio, algunos de sus actores habían pasado a la exigencia de la acción social, negándose a incriminar al pobre, mientras que otros lo consideraban responsable de su infortunio, acusándole de malas costumbres. En su tesis sobre el tema, Catherine Duprat escribe: «A los partidarios de una política social, filántropos, católicos sociales, socialistas —que propugnarán, con Armand de Melun, "una gran asociación de defensa, de seguros, de protección mutua"—, los integristas del liberalismo no cejarán en su empeño de objetar el deber a la sociedad de preservar las buenas costumbres del pueblo.»[34]

Thiers, el 25 de julio de 1848, es decir, un mes después de los sangrientos días de junio, se convierte, ante la Asamblea Nacional Constituyente, en uno de los primeros que formula este discurso: «La finalidad esencial de la sociedad es proteger a los individuos que la componen; es para ella una obligación estricta hacer buenas leyes que garanticen la seguridad de todos. El resto es dominio de

[32] Citado por M. Pierre en *Bagnards. La terre de la grande punition*, *op. cit.*, p. 33.

[33] Catherine Duprat, *Pour l'amour de l'humanité. Le temps des philanthropes*, Éditions du Comité des Travaux Historiques et Scientifiques, París, 1993, 485 pp., p. XVIII.

[34] C. Duprat, *Usages et pratiques de la philanthropie, pauvreté, action sociale et lien social, à Paris, au cours du premier* XIX*e* *siècle*, Éditions du Comité d'Histoire de la Sécurité Sociale, París, 1996, 2 vols., p. 890.

la virtud.»[35] El «resto» es, como se sabe, el bienestar social del individuo. Salud, jubilación, escolarización, reglamentos que limitan la explotación laboral[36], todo esto depende de la esfera privada. Nada malo puede ocurrirle al hombre honesto y virtuoso: al Estado sólo le incumbe la misión de protegerle de la agresión de aquellos que no son virtuosos. El orden que se instaura el verano de 1848 retoma completamente en su beneficio esta ideología basada en la oposición del vicio y de la virtud, argumentación cómoda, de la que los africanos, tratados de «viciosos» por todo tipo de esclavistas, ya habían sido víctimas.[37] Viciosos eran también los obreros que hacían reivindicaciones; viciosos, asimismo, eran todos aquellos que dañaban el orden, fuese por un delito de pensamiento o por un delito de derecho común. Así pues, la virtud, que era el origen de tantas decisiones caritativas y filantrópicas que habían dado origen a la conciencia de una necesaria acción social por un lado, por el otro se había fosilizado como justificación de la exclusión de todos aquellos que no marchaban en la dirección del orden moral y del liberalismo dominantes.

Se hacía necesario un lugar que fuese como un exutorio de esta gran purga. Una colonia, pues, que de ahora en adelante ya no iba a tener interés económico, pues la esclavitud había sido abolida, que pudiese cumplir este cometido sin problemas, en especial en ese noroeste donde había tan pocos habitantes «útiles» y tantos negros «inútiles». Estos últimos, ignorados, eran a su manera unos «desaparecidos» de la sociedad colonial. La utilidad, indisociable de la idea de virtud, entendida como algo beneficioso en el siglo XVIII, llevaba a cabo asimismo su deriva semántica hacia la idea de rentabilidad. Lo vicioso y lo inútil eran los dos componentes del postulado sobre el que descansaba la política colonial guayanesa: el desprecio.

Desprecio asesino, desprecio imbécil, pues se perdía así la propia lógica del beneficio colonial. Más preocupados por la colonización agrícola que por la colonización comercial, el Mana de la madre Javouhey había prosperado sin duda en unos años, como nunca antes se había visto en la Guayana. Entonces, si todavía podemos comprender la preocupación por volver a situar al estableci-

---

[35] Citado por C. Duprat, *op. cit.*, p. 890.

[36] Anunciadoras del liberalismo triunfante son, en este sentido, las reticencias a la ley del 22 de marzo de 1841 sobre el trabajo infantil, ley importante, pero reducida luego a ser completamente ineficaz a causa de sus modalidades de aplicación.

[37] Actas de las sesiones del Consejo Privado, del Consejo Colonial, informes y despachos de los administradores: son innumerables los textos en los que los africanos son calumniados de esta manera. Los indios no salen mejor parados, aunque menos frecuentemente, lo que pone de manifiesto su situación marginal en las preocupaciones coloniales.

miento en el seno del «derecho común», ¿no era posible, aun así, proseguir una política que, simplemente, necesitaba tiempo? Después de todo, en el medio rural francés, el paso de una economía de subsistencia a una economía de intercambios no se hizo en un día, ni siquiera en una generación. Sin embargo, esto era lo que se exigía de los mananeses, de universos culturales diferentes[38], arrancados de África, vulnerados, gravemente traumatizados y que comenzaban apenas a recuperarse de las heridas de la deportación y del sometimiento. Por desear un beneficio inmediato, no se recolectó nada sino su desconfianza, y si en Guayana hubo algo vicioso, lo fue sin duda el círculo en el que se inició la política colonial. ¿Cuál era, en efecto, el «rendimiento» de la colonia penitenciaria establecida a orillas del Maroni? Su fundador, Mélinon, el mismo que había fracasado en Mana, escribe: «[...] Si la deportación abandonase hoy la Guayana, no quedarían restos, un año más tarde, de su estancia en el país.»[39] El balance del penal, como se sabe, fue catastrófico como plan de colonización, pues el desprecio destruyó toda motivación: ya hemos visto la desenvoltura con la que se ignoraron las experiencias del pasado, cuyas lecciones se vieron asfixiadas por los prejuicios de una época y por sus intereses mercantiles a corto plazo. También quedó ahogada la voz de una madre Javouhey que acusaba a la esclavitud de ser la causa del «embrutecimiento» de los negros[40], lo mismo que se ahogó en Francia la voz de aquellos que propugnaban una acción social. «Pensad más bien en igualar las condiciones, pensad en elevar al pueblo, tendedle la mano: multiplicad las instituciones caritativas que desarrollan las facultades naturales del pobre.»[41] Desprecio doblemente imbécil, pues era también falta de visión, fuente de una acción desarticulada, de disfunciones que autorizaban todos los desbordamientos del individualismo llevado al absurdo. Era un ruinoso «cada cual para sí» de los penados, que no sobrevivían si no era porque «se las arreglaban» como podían, pero también responsabilidad del personal de la administración penitenciaria, con frecuencia corrupto, cuando no era cómplice de los manejos que permitían desviar material y alimentos. Pérdidas, pues, para las finanzas públicas, que eran muy superiores a las ocasionadas por el mal fun-

---

[38] Los registros del Consejo Privado indicaban más de veinte «naciones» entre los fundadores de Mana. Hay que destacar claramente que, habiendo llegado recientemente, se trataba de personas todavía no familiarizadas con el criollo y que hablaban lenguas diferentes.

[39] Citado por M. Pierre en *Bagnards...*, *op. cit.*, p. 32.

[40] *Correspondance d'Anne-Marie Javouhey*, *op. cit.* Carta al ministro de Marina y Colonias, 26 de junio de 1841.

[41] C. Duprat reconoce en estas palabras el tono de Lamartine. Véase *Usages et pratiques de la philanthropie*, *op. cit.*, p. 562.

cionamiento de la década de 1820, y que se convertían en un factor complementario de criminalidad. «El penal pudre» escribía, resumiendo, Albert Londres.[42]

Saint-Laurent-du-Maroni, edificado en terreno del establecimiento de Mana, fue inaugurado por el gobernador Baudin en 1858. «Capital del crimen»[43], anti-Mana, Saint-Laurent-du-Maroni derivaba, pues, de esta lógica del desprecio absoluto hacia los seres humanos, que ya había fundamentado la sociedad colonial durante la esclavitud. Ésta se reconoce en Francia como crimen contra la humanidad por la ley del 10 de mayo de 2001.[44]

Naturalmente, lo mismo que no hubo «Tierra sin Mal» en las zonas de las reducciones jesuíticas[45], no hubo paraíso en Mana. Sin embargo, el microcosmos mananés derivaba de la fe que una religiosa tenía en la dignidad de todos los seres humanos, y por tanto también de los negros, pues son «Hijos del mismo Padre, son hombres como nosotros»[46]. Se trataba de construir de forma lenta y segura, sobre un valor sencillo, el respeto de la condición humana. La administración colonial abortó este intento de colonización. El penal se difundió. Cruel ironía, el campamento más próximo a la aldea de Mana, Charvein, fue el peor de todos, no siendo inferior en nada, en materia de atrocidades, a algunas de las que cometieron los nazis en el siglo siguiente.

Aun así, durante apenas un decenio, Mana había demostrado que la Guayana habría podido muy bien ser algo diferente a un infierno.

BIBLIOGRAFÍA

DUPRAT, Catherine, *Pour l'amour de l'humanité. Le temps des philanthropes*, Éditions du Comité des Travaux Historiques et Scientifiques, París, 1993.

---

[42] Albert Londres, *Au bagne*, *op. cit.*, p. 96. Respecto a la selección: «Cuando llega un convoy: ¡venga!, todos a la perrera, y que los más podridos pudran a los otros. Así se obtiene el resultado, señor ministro, no hace falta ni un año.»

[43] *Ibid.*, p. 55.

[44] Artículo 1: «La República Francesa reconoce que la trata negrera transatlántica y la trata en el océano Índico, por un lado, y la esclavitud por el otro, perpetrados a partir del siglo XV, en América y el Caribe, en el océano Índico y en Europa contra las poblaciones africanas, amerindias, malgaches e indias, constituyen un crimen contra la humanidad.»

[45] La «Tierra sin Mal» es un mito del pueblo guaraní.

[46] *Correspondance d'Anne-Marie Javouhey*, *op. cit.*, carta al ministro de Marina y Colonias, 10 de abril de 1838.

—, *Usages et pratiques de la philanthropie, pauvreté, action sociale et lien social, à Paris, au cours du premier XIXe siècle*, Éditions du Comité d'Histoire de la Sécurité Sociale, París, 1996, 2 vols.

HENRY, Arthur, *La Guyane française. Son histoire, 1604-1946*, Imprimerie Paul Laporte, Cayenne, 1950.

JAVOUHEY, Anne-Marie, *Correspondance*, Éditions du Cerf, París, 1994.

LONDRES, Albert, *Au bagne*, en *Oeuvres complètes*, Arléa, París, 1992.

MAM LAM FOUCK, Serge, *Histoire générale de la Guyane française*, Éditions Ibis Rouge/Presses Universitaires Créoles/GEREC, 1996.

PIERRE, Michel, *Le dernier exil. Histoire des bagnes et des forçats*, Gallimard, París, 1989, Col. Découvertes.

—, *Bagnards. La terre de la grande punition. Cayenne 1852-1953*, Autrement, París, 2000, Col. Mémoires.

Haití: de la hegemonía francesa al imperialismo estadounidense*

Leslie Manigat

No hay pueblo del que yo admire más que el genio y la actividad industriosa [se refiere al pueblo americano]. *[...] Pero abandonar en sus manos nuestras aduanas y nuestras finanzas, depender de él, jamás, jamás. Si tuviese que elegir entre esta vía y la desintegración de mi país, yo elegiría la desintegración.*

Doctor Rosalvo Bobo (1915)

Haití, ex colonia francesa en la isla de Santo Domingo, fue, en 1804, el primer Estado negro en la historia moderna que obtuvo la independencia y el único ejemplo de «descolonización» revolucionaria puramente indígena en el siglo XIX.[a] En los primeros años del siglo XX este pequeño Estado soberano se convierte en objeto de una «relación desigual» con las potencias mundiales, lo que determinará su futuro político y económico.

Desde que se independizó, Haití constituyó un objeto de rivalidad entre cuatro potencias: Francia, Alemania, Reino Unido y Estados Unidos. A fines del siglo XIX la rivalidad entre estos cuatro países provocó la formación de grupos de presión que no se correspondían exactamente con los bloques existentes en Europa en esos tiempos de paz armada. Además, Haití —la presa que se disputaban— podía realizar también su propio juego político. En efecto, para la isla la independencia política significaba que el país disponía al menos de algún derecho de iniciativa, aun limitado, y que trataba de servirse de él utilizan-

---

* Texto traducido del inglés: «Haiti, the Shift from French Hegemony to the American Sphere of Influence at the Beginning of the XXth Century: the Conjuncture of 1910-1911», en *The Caribbean Yearbook of International Relations*, coord. por Leslie Manigat, Mouton, Leyden, 1976, pp. 188-215.

[a] En realidad, los haitianos de origen africano no eran «indígenas» (lo habían sido los indios, prácticamente exterminados por los europeos). El autor quiere decir «independencia obtenida por los propios habitantes». [N. del T.]

do la rivalidad de las potencias. Así, muchos haitianos veían en el predominio francés un modo de protegerse de la avidez de los americanos, mientras que otros haitianos querían utilizar el escudo americano contra los intentos de los alemanes. Uno de los nacionalistas más clarividentes de su tiempo, el diputado-ministro Louis Edgar Puget, en un informe dirigido al Departamento de Estado el 17 de diciembre de 1910, hacía un llamamiento «a Washington para poner freno a la influencia de Alemania y Francia sobre el porvenir de Haití y sus planes conjuntos de una ocupación camuflada del país».

Ciertos dirigentes trataron de mantener nexos económicos privilegiados con países pequeños para prevenir toda posible presión por parte de las grandes potencias en caso de conflicto, lo que llevó a un ministro francés a observar, divertido: «Lo que a Haití le gusta de Bélgica es que este país no tiene armada.» Dentro de los límites de la libertad de acción de que disponían, su ministro de Asuntos Exteriores declaraba en 1883 que «Haití podría verse abocado a un matrimonio de conveniencia con Estados Unidos, a falta de un matrimonio por amor con Francia».

Entre otras características, la pasividad de la isla era inversamente proporcional a las exigencias del sentimiento nacional. Este sentimiento, segunda naturaleza de los haitianos, era, según Elihu Root, secretario de Estado americano, «la principal dificultad en las relaciones con este país». En un informe a Delcassé, ministro de Asuntos Exteriores francés, el jefe de la delegación gala en Haití confirmó esta opinión, añadiendo que «para los haitianos, los americanos[b] eran solamente un poco más blancos que ellos (como los europeos), pero que, de todos los blancos, son ellos los que tratan a los negros con el desprecio más insultante». De modo que, después de la independencia, el país se había replegado tras de un nacionalismo económico estrecho, impidiendo que los extranjeros poseyeran bienes y gozaran de facilidades comerciales, imponiendo condiciones duras y obligatorias al desarrollo de las empresas privadas extranjeras, lo que constituía un obstáculo eficaz contra toda veleidad del extranjero de inmiscuirse en el desarrollo del país. De este punto de vista surgió una fórmula inédita de «relaciones desiguales» en la historia de las relaciones internacionales.

Al comenzar el siglo XX asistimos a un cambio en el dispositivo de las esferas de influencia: Francia ha perdido sus posiciones, y Estados Unidos ha ocupado su lugar. ¿Cuándo se ha producido este cambio? Algunos historiadores lo hacen remontar a la Gran Guerra. Efectivamente, en julio de 1915 los americanos, aprovechando la parálisis que afectaba a Europa a causa de las hostilidades, y el desor-

[b] Quiere decir «estadounidenses». [N. del T.]

den político que reinaba en Haití, pudieron llevar a cabo la ocupación militar del país y asegurarse el control de sus asuntos a lo largo de los siguientes veinte años.

Con todo, el cambio esencial había ocurrido antes de 1914, y este paso de una hegemonía a otra había tenido lugar aun antes. Los años que presenciaron la emergencia de un nuevo *boss* se sitúan entre 1909 y 1911. Es durante este período cuando los americanos forjaron el arma de su supremacía y de su victoria: la implantación económica y financiera. Y esto fue así hasta tal punto que podemos preguntarnos si el establecimiento de la supremacía económica y financiera americana es o no el origen de la intervención militar y del dominio político tal como quedó plasmado en el tratado de ocupación. ¿O bien el factor motor fue la iniciativa de grupos de intereses?

El paso de una dominación a otra parece sugerir una partida con tres jugadores, al pasar el «objetivo Haití» de uno de ellos, Francia, a otro, Estados Unidos. En realidad, la partida no se jugó nunca con tres contendientes, sino con cuatro, al intervenir Alemania de manera activa. La paradoja fue que, para echar a Francia, los americanos jugaron contra Alemania. El secretario de Estado Lansing llegó a escribir que la actitud de Alemania fue uno de los puntos más importantes de la política americana en Haití, y esto lo confirmó en 1909 el encargado de negocios francés en Haití, en un informe al Quai d'Orsay[c]: «Los verdaderos adversarios de Estados Unidos en Haití no eran los franceses, sino los alemanes.»

No carece de interés constatar que, aunque Alemania y Francia fuesen adversarios decididos en Europa desde 1870 —período interrumpido, bien es verdad, por ciertos momentos de distensión, e incluso de acercamiento—, ambos países trabajaron más o menos juntos cuando se trató de Haití entre 1909 y 1911.

El adversario común eran ciertamente los americanos, respecto a los cuales el Reino Unido había renunciado a hacerse independiente, al menos en lo que se refería a la isla. No siempre había sido así, pero ahora el Reino Unido se alineó con la política americana. Así, al igual que Estados Unidos, manifestó su hostilidad a Antenor Firmin, dirigente de los círculos intelectuales de Haití, debido a su animosidad contra los militares, pues intentaba instaurar una política de renovación nacional por una vía de modernización, por medio de una política de austeridad y de una renovación de las estructuras económicas y sociales, y de un mínimo de liberalismo político en el marco mediocrático que era conveniente establecer. Este autonomismo iba contra los proyectos de los extranjeros —sobre todo de Estados Unidos—. El ministro americano Furniss participó

[c] Quai d'Orsay: nombre que recibe el Ministerio de Asuntos Exteriores francés. [N. del T.]

en la redacción de las *Notes* [Notas] que el gobierno británico envió a Haití: «El Reino Unido no enviaría más barcos de guerra a aguas de Haití, salvo para proteger los intereses americanos[d].» Londres y Washington tenían una política financiera común frente a Francia y a Alemania.

Posturas e intereses recíprocos de las potencias en Haití

A las grandes potencias les interesaba Haití por cuatro razones diferentes: primero, por su situación estratégica en la ruta de Panamá, donde se estaba construyendo ya el canal transoceánico, con su puerto protegido, el muelle de San Nicolás, que algunos llamaban el «Gibraltar del Nuevo Mundo». Ya desde 1891 los americanos se interesaban por este muelle. Además, la victoria del *steamer* (de vapor) sobre el *clipper* (de vela) llevó a las potencias a buscar puntos de aprovisionamiento de carbón a lo largo de las rutas comerciales. Ahora bien, disponer de un Estado independiente como Haití, en medio de un mar más o menos colonizado, de un puerto abierto a todos en el que aprovisionarse, constituiría una baza. Esto es lo que interesaba a los alemanes, entre otros factores, de los puertos haitianos.

El segundo elemento de interés era la necesidad, para Haití, de transformarse económicamente una vez que había sido lanzada la Revolución Industrial. Hasta finales del siglo XIX el país había podido vivir con las estructuras creadas después de la independencia, restaurando lo que quedaba de la herencia colonial, saqueada y luego destruida, durante los acontecimientos revolucionarios. La asociación del trabajo libre y de las estructuras feudales se hizo inoperante cuando la población aumentó y se vio sumergida, lo quisiese o no, por la oleada de cambios económicos y tecnológicos de la segunda mitad del siglo, y sometida, pese al aislamiento del país, a las presiones de la competencia internacional. Sin embargo, la modernización debía ser financiada, lo que explica que las potencias financieras entraran a su vez en escena. Podrían explotarse la caña de azúcar, el cacao, los plátanos, los bosques, el café y, quizá, yacimientos petrolíferos o de otro tipo, como los concedidos a Edmond Roumain en 1906 por una refinería de petróleo. Estos proyectos prometían ser muy atractivos teniendo en cuenta que permanecía en la memoria la extraordinaria prosperidad del territorio en el siglo XVIII. Así pues, los proyectos elaborados no tenían relación, a veces, con el potencial real del país, que nunca había sido evaluado seriamente.

---

[d] Quiere decir «estadounidenses». [N. del T.]

El tercer punto era el control de hecho del comercio exterior de Haití por parte de los comerciantes americanos, franceses, alemanes e ingleses, que no dudaban, en caso de litigio, en pedir ayuda a sus legaciones respectivas, lo que era una especie de barrera para toda iniciativa haitiana. Incluso eran extranjeros los barcos que se ocupaban de los intercambios entre los diferentes puertos haitianos abiertos al tráfico extranjero, lo que cortocircuitaba las posibilidades de Haití de vender bien los dos productos más buscados por los occidentales: el muy famoso café de Saint-Marc y la madera de campeche, muy apreciada por los alemanes antes de que la sustituyeran por productos químicos para el tinte. Pero, sobre todo —lo que constituía una rémora importante—, los comerciantes haitianos pagaban los productos americanos o europeos regulando tráficos cuyo monto se valoraba en moneda extranjera y que quedaban garantizados por entregas de café, lo que permitía la especulación.

Otra fuente de interés de Haití para las potencias era que la deuda contraída por los haitianos era garantizada por firmas extranjeras establecidas en la isla que «ayudaban» al gobierno, que solía hallarse en dificultades entre una cosecha y la siguiente. Esto no hacía sino aumentar la deuda con el extranjero, que era susceptible de renegociación, de moratoria, etc.

A todo ello se añadía el interés por los resultados que podía alcanzar una república negra, una anomalía en una época en la que la ideología del imperialismo continuaba pensando que un Estado negro era incapaz de gobernarse por sí mismo. Tales teorías tenían la finalidad de justificar, por un lado, la partición de África entre las potencias occidentales y, por el otro, el mantenimiento de la discriminación racial en la sociedad americana que, aun así, se presentaba como la garantía de los principios democráticos.

La preponderancia francesa amenazada

A comienzos del siglo XX la preponderancia francesa era a la vez cultural y tecnológica. Haití era francohablante, educaba a sus élites según el sistema francés, y la religión la administraba un clero concordatario controlado por el Quai d'Orsay. La francofonía expresaba preferencias, pero también afinidades, pues imperaba en la isla una especie de «gusto francés»: se prefería el tabaco Scaferlati *petit caporal* al de Virginia, y a Francia se la consideraba una especie de modelo. Michelet no se equivocaba cuando decía, en el siglo XIX, que «Haití era la Francia negra».

El predominio era también comercial: el café y la madera de campeche estaban destinados a los puertos franceses, sobre todo a Le Havre. Como primer cliente

Francia absorbía los dos tercios de las exportaciones haitianas y exportaba sus productos de lujo, sus «artículos de París», pero también libros y máquinas cuya reputación superaba, en aquel tiempo, la de las máquinas alemanas, copiadas de ellas.

Los comerciantes haitianos obtenían créditos a cuatro y seis meses, seguidos de letras a sesenta e incluso a noventa días. La bandera francesa ondeaba en los puertos haitianos gracias a la Compagnie Générale Transatlantique que disponía de todo tipo de ventajas ligadas en parte a un protocolo firmado en secreto en 1889. También el cable submarino transatlántico era francés.

Finalmente, la preponderancia era de tipo financiero: como recordaba el historiador Pierre Renouvin, «Francia era el cajón del dinero». Era el principal e incluso el único acreedor de los préstamos franceses de 1825 a 1896 y, según el Quai d'Orsay, Haití restituía bien sus deudas. Había más: el Banco Nacional y el Banco Central eran franceses. Para los nacionalistas, la banca era «la Bastilla del capital extranjero».

Sin embargo, a comienzos del siglo XX la preponderancia francesa se vio amenazada. Tenía un punto flaco: la falta de inversiones en la producción haitiana. Sobre todo, Francia tenía la sensación de que, en este terreno, había que evitar el enfrentamiento con Estados Unidos, y parecía que no estaba dispuesta a un combate a la desesperada para defender su preeminencia. Esto no se debía a una falta de información, ya que Pichon, ministro de Asuntos Exteriores, había dirigido la legación francesa de Puerto Príncipe.

En primer lugar, la amenaza americana era comercial, pues Estados Unidos controlaba el 67 por ciento de las importaciones de Haití en 1907-1908, y el tráfico comercial se duplicó entre 1900 y 1910. Los americanos tenían la ventaja de la proximidad, por lo que el coste de los transportes representaba la mitad de lo que suponían entre Haití y Europa. Además, los americanos vendían productos baratos de gran consumo: monos de trabajo, materiales de construcción, etc. En particular, la amenaza americana tomó una dimensión estratégica que se resume en pocas palabras: la política del canal de Panamá. En sus cartas, Elihu Root lo indica ya desde 1905: nosotros debemos mantener el orden en el mar Caribe, explica en resumidas cuentas, y controlar las rutas hacia Panamá. Las etapas de la presencia americana son conocidas: Cuba y Puerto Rico en 1898, Panamá en 1903, la República Dominicana en 1907. En este contexto Haití, por decirlo así, «había quedado emparedado».

La competencia americana era real también en el terreno de las inversiones financieras. Éstas pasaron de 50.000.000 de dólares en 1898 a 200.000.000 en 1911 y a 500.000.000 en 1920. En América Central, la United Fruit, establecida desde 1899, había invertido 7.000.000 en platanares y ferrocarriles en 1900,

y 83.000.000 en 1913. Haití estaba, por así decir, rodeado de capitales americanos, situación que había comenzado en 1905 con inversiones en ferrocarriles, luego había continuado en 1908 en los tranvías y las instalaciones eléctricas. Para los primeros, el contrato McDonald preveía la concesión de tierras a cada lado de la vía férrea, monopolio que valía para el subsuelo, el suelo y el espacio aéreo por encima de la zona cedida. Ciertamente, no todos los contratos eran de este tipo. Con todo, hay que decir que los grandes bancos americanos eran los que salían ganando de esta inserción conquistadora, pues Estados Unidos hallaba en todo esto el modo de introducirse en la economía haitiana.

La amenaza americana tenía también un carácter cultural que reveló, en mi opinión, el gran debate que en Haití dividió a la opinión pública aproximadamente entre 1908 y 1910. Se oponían los méritos de la cultura latina a los de la mentalidad anglosajona: pragmatismo, sentido de la eficacia y del rendimiento, espíritu de solidaridad y disciplina, espíritu de iniciativa y de empresa. Un nuevo modelo cultural hacía su aparición.

En Europa había otro rival que pretendía competir con Francia en Haití: la Alemania de Guillermo II. Desde hacía mucho tiempo, Alemania era un gran comprador de café haitiano, lo que situó al mercado de Hamburgo justo detrás del de Le Havre. Alemania exportaba cerveza, cemento, productos textiles y, lo que era mucho más determinante, productos metalúrgicos y farmacéuticos. Consiguió introducirse en la sociedad haitiana adaptándose a sus gustos, copiando los productos franceses, expidiendo los suyos en embalajes adaptados a las carreteras haitianas, mientras que los americanos sólo exportaban enormes envíos, con frecuencia intransportables. Además, los alemanes imponían precios hasta un 30 por ciento inferiores a los de otros países europeos. En 1901 el gobierno alemán no dudó en declarar una pequeña guerra de tasas aduaneras sobre el café haitiano, con el fin de forzar a Puerto Príncipe a conceder a su país las mismas ventajas que a Francia.

Además, los barcos mercantes alemanes garantizaban las relaciones entre los distintos puertos de Haití y transportaban aproximadamente los dos tercios de la producción de café. Dos barcos por semana unían Hamburgo a Puerto Príncipe, mientras que en 1910 sólo un barco unía a Haití con Le Havre. Independientemente de sus proyectos —como la creación de una línea de *steamers* para unir los puertos haitianos—, los alemanes tenían intereses en los ferrocarriles, y una de sus sociedades se había instalado en Bayeux, en el norte de la isla, para dirigir una plantación de productos tropicales que empleaba a unos 500 jornaleros. Sobre todo, los alemanes se habían hecho maestros en especulación, mostrando un genio especial para los «golpes» de bolsa.

Resumiendo, parecía que Alemania, claramente, estaba dispuesta a aprovechar todas las oportunidades para adquirir las posiciones que le garantizasen la hegemonía en la isla por medio del control de las aduanas, como atestigua la multiplicidad de incidentes diplomáticos con Haití, que no existían con Francia o con Estados Unidos, al menos entre 1870 y 1900. Los americanos se mostraban muy atentos a estos intentos de penetración alemanes en América Latina y en Haití, y Elihu Root, al igual que Theodore Roosevelt, contemplaban la posibilidad de una guerra contra Alemania para defender la Doctrina Monroe.[1]

El combate decisivo por el predominio (1909-1911)

La novedad fue la intervención del gobierno haitiano en los conflictos entre los intereses extranjeros, y la toma de conciencia del carácter político de estos problemas que determinarían el futuro del país. Todo lo que concernía a la constitución de un banco nacional no se refería ya solamente al control de las relaciones económicas, sino que, dado que estaba destinado a conceder los préstamos, a arbitrar las inversiones, etc., se refería a la instancia que poseyera el predominio en el país. La diplomacia del dólar obtuvo ventaja sobre las pretensiones imperialistas alemanas (su *Weltpolitik* [política mundial o internacional]), y atacó la hegemonía francesa en nombre de la Doctrina Monroe.

El Banco Nacional que existía entonces era una empresa francesa, de responsabilidad limitada, derivada de la Société Générale y del Crédit Industriel et Commercial. Su concesión era por cincuenta años, hasta 1930. El banco garantizaba las funciones de un banco comercial y de un banco emisor, al menos para los billetes, y ejercía, asimismo, las funciones del Tesoro Público. Era, pues, vital que colaborase con el Estado. De hecho, el banco llevaba a cabo funciones gubernamentales. Siempre que se adecuase a las necesidades del Estado, fuese haitiano o no, era percibido como un simple engranaje en el seno de éste, o como un Estado dentro del Estado. El sistema funcionaba mal, pues el banco no se sentía comprometido con los efectos de sus decisiones sobre el curso de la moneda haitiana; manejaba bien sus propios asuntos, pero se mostraba indiferente hacia los del país. En 1905 el gobierno le privó de sus funciones respecto al

---

[1] La Doctrina Monroe se oponía a toda injerencia europea en los asuntos del continente americano.

Tesoro Público. Pronto el Banco se quedó sin fondos y cayó en hibernación. Su desaparición parecía próxima.

Ya que el Banco Nacional de Haití había traicionado las esperanzas depositadas en él en 1880, se impuso la idea de hacer que entrase en competición con otros. En 1893 fracasa la creación de otro banco haitiano a causa de la falta de los capitales necesarios, pero los extranjeros se presentaron con varios proyectos. Dos provenían de americanos, que querían obtener garantías a costa de los ingresos del Estado, como en la República Dominicana. Ante la petición de la Banca Morgan, el Departamento de Estado respondió que «carecía de planes a la dominicana para Haití». Hubo incluso una propuesta austriaca, pero el agente responsable de su realización no tenía capitales. La oferta más seria vino del Dresden Bank, que propuso que el capital alemán cubriría la mitad del total, con un cuarto para Francia y un cuarto para Estados Unidos, pero este proyecto no tuvo éxito, ni tampoco un intento del Banco Nacional de Haití de renegociar sus acuerdos con el gobierno.

Un paso más se dio cuando los bancos alemán y francés formaron un grupo asociado y como garantía sólo exigieron el control de las aduanas. La principal baza de este consorcio era el apoyo de los gobiernos respectivos de ambos bancos y el hecho de que reintroducía al Banco Nacional de Haití. Este grupo franco-alemán llegó a comprar a cierto número de elegidos y urgió las negociaciones para que se votase una vez que hubiesen sido firmados los acuerdos preliminares, en julio de 1910.

Otro consorcio americano, que comprendía al National City Bank y al grupo Speyers and Cy, propuso de nuevo un préstamo de 12.500.000 dólares para cubrir la deuda, y también una reforma monetaria y una reorganización financiera, al tiempo que sugería multiplicar las inversiones sin exigir el control de las aduanas, sino solamente una parte de sus ingresos con el fin de garantizar el préstamo. La finalidad era, claramente, obtener un lugar preponderante en los negocios haitianos. El Departamento de Estado apoyaba abiertamente el proyecto, cuyo objetivo era hundir el de los franco-alemanes.

Los americanos ganaron el primer asalto al conseguir que en Puerto Príncipe no se votase nada mientras su proyecto no fuese examinado con los otros. Obtuvieron, asimismo, como signo de amistad, poder consultar el proyecto competidor, lo que significaba que se otorgaban a sí mismos una especie de derecho de injerencia en los asuntos haitianos. De este modo pudieron hacer también la crítica del proyecto franco-alemán en el momento en que iba a ser adoptado. Sobre todo, declararon que el proyecto atentaba contra los intereses americanos, puesto que les eliminaba del sistema bancario y del control de las aduanas. «La

aprobación del proyecto franco-alemán nos obligaría a reconsiderar toda nuestra acción en el país», decía una nota del Departamento de Estado. Pese a todo, el proyecto franco-alemán proseguía su curso e iba a ser adoptado, bajo la amenaza del ministro de la Guerra en persona, una vez detenidos los opuestos al proyecto. Por su lado, el ministro alemán en Haití hablaba de las «amenazas americanas como de un farol», y aseguraba que con la ayuda francesa los haitianos no tenían nada que temer.

De hecho, aunque los americanos reiteraron las amenazas, el temor de que su intervención pudiese provocar una revolución los detuvo. Y dado que en Europa las relaciones franco-alemanas se deterioraban, París hizo saber a Washington que las críticas al proyecto franco-alemán serían tenidas en cuenta y que París permanecería al lado de Estados Unidos en el asunto haitiano.

La verdad es que en octubre de 1910 el consorcio franco-alemán ofreció a los americanos la posibilidad de unirse al mismo. Entonces el Departamento de Estado dio la vuelta completamente a su postura considerando que, por primera vez en la historia de Haití, los bancos americanos tendrían un pie puesto en ese país. Después resultó más fácil hacer del Banco Nacional de Haití una institución americana, colocando paulatinamente a personal favorable a Estados Unidos, mientras que la parte francesa seguía siendo antiamericana. De este modo se inicia un giro decisivo que dio paso a su burocratización ininterrumpida y a su «americanización» creciente. El representante americano del National City Bank fue nombrado representante del Banco de Haití en Nueva York, hasta el momento en que el propio director del banco fue nombrado por el Departamento de Estado (1911). Finalmente, del control de esta institución financiera, Estados Unidos pasaron al control de las aduanas, y luego al control político del país.

Tras el proceso que termina con la ocupación militar de la isla en 1915, Alain Turnier, ex agregado haitiano en la Embajada de Washington, pudo afirmar que la política estadounidense fue, hablando con propiedad, maquiavélica, y que el banco fue el caballo de Troya que permitió llevar a cabo el proyecto de control del país. Por el contrario, el historiador Dana G. Monroe estima que fueron más bien la anarquía que reinaba en Haití y el temor a una ocupación extranjera los principales datos de esta historia, unido todo ello al temor de que la inadaptación de la sociedad a las exigencias de una modernización deseada por las élites desembocase en disturbios, situación que la Doctrina Monroe pensaba que debía regular sin que ningún otro gobierno, salvo el de Estados Unidos, pudiese intervenir: «La política contó más que la economía.»

De hecho, más que estas oposiciones, o estas dos etapas, la evolución enfrentaba a la vez los intereses financieros antagonistas —los intereses privados americanos que presionan para llevar a cabo una intervención considerada inevitable, y los de los dirigentes políticos de Washington, que deseaban eliminar, en primer lugar, todo riesgo de intervención europea en los asuntos de Haití— y una mezcla contradictoria de fascinación y ansiedad que se originaba en la multiplicación de relaciones con Estados Unidos. Los haitianos son conscientes de que, abandonados a sí mismos, nunca lograrán modernizar su país. La ambigüedad de las actitudes de un gran número de haitianos hacia los americanos se expresó por entonces en el «Llamamiento al Pueblo Haitiano», tres meses antes de la intervención armada de 1915, del doctor Rosalvo Bobo, candidato a la presidencia: «No hay pueblo del que yo admire más el genio y la actividad industriosa [se refiere al pueblo americano]. Amo profundamente a este gran pueblo. Uno de mis sueños es que se dispusiese de sus métodos en nuestro país, que sus industriales dispusiesen de un régimen preferente, y que nosotros nos beneficiásemos también del mismo régimen en aquel país. Sin embargo, dejar en sus manos nuestras aduanas y nuestras finanzas, depender de él, jamás, jamás. Si tuviese que elegir entre esta vía y la desintegración de mi país, elegiría la desintegración.»

Anexo

Ideología y movimientos políticos en Haití, 1915-1946*

David Nicholls

Los tres movimientos de protesta que estudiaré aquí son el nacionalismo, el negrismo y el socialismo. El primero iba dirigido contra la ocupación militar de Haití por Estados Unidos y contra el imperialismo cultural francés; los nacionalistas exigían la retirada de las tropas estadounidenses y el desarrollo de una cultura indígena criolla. El segundo estaba dirigido contra el dominio de los mulatos en la vida económica, social y política de Haití, y contra la aceptación de una cultura y una estética europeas; los negristas propugnaban un poder ne-

* David Nicholls, *Annales ESC*, nº 4, julio-agosto, París, Armand Colin-Éditions de l'EHESS, 1975, pp. 655-657, 662, 663, 665.

gro, y trataban de demostrar la importancia de las costumbres y creencias africanas en Haití. El movimiento socialista era contrario al control de la economía haitiana por capitalistas locales o extranjeros, al sistema de la «libre empresa» y a las grandes desigualdades de las fortunas, que derivaban, según ellos, de estos hechos económicos; en el seno de los socialistas había divergencias en cuanto a los remedios más adecuados: algunos preconizaban la planificación estatal de la economía y un gobierno de expertos; otros preferían el control revolucionario de los engranajes del Estado por parte de la clase obrera, lo que conduciría, según las perspectivas marxistas, a la instauración de un Estado proletario.

Durante el período de la ocupación, el nacionalismo se basó en un amplio abanico de clases que iba de la clase obrera y campesina a la clase media de las ciudades y a la élite mulata. El negrismo era sobre todo la ideología de la clase media de los intelectuales negros —enseñantes, hombres de leyes y médicos—. El socialismo, marxista o tecnocrático, era sobre todo asunto de una parte de la élite mulata: sus defensores trataban de sustituir el enfrentamiento político en términos de raza por una lucha que ahora sería entre clases, lo que habría tenido como consecuencia el mantenimiento del liderazgo al que estaban acostumbrados.

La ocupación estadounidense

Para comprender la emergencia de estos movimientos de protesta es necesario que nos interesemos en primer lugar por el impacto de la invasión y ocupación de Haití por Estados Unidos. El 28 de julio de 1915 es una fecha que quedará grabada en la memoria del pueblo haitiano. Ese día los *marines* americanos desembarcaban en Haití e iniciaban una ocupación militar que iba a durar casi veinte años.

Uno de los pretextos invocados para justificar la intervención fue la inestabilidad del gobierno haitiano: el siglo XX había visto cómo se sucedían ejecutivos efímeros (encabezados por presidentes de vida corta). El fenómeno había llegado a su culminación con el presidente Sam, masacrado por la muchedumbre tras ser sacado de la Embajada de Francia, donde se había refugiado.

Un número considerable de haitianos se opuso a la intervención militar estadounidense desde el primer momento, pero la resistencia militar fue mínima. Estos nacionalistas expresaban sus opiniones en diarios tales como *Haïti intégrale* [Haití integral], *La Patrie* [La Patria], *La Ligue* [La Liga] y *La Tribune* [La Tri-

buna].[2] Élie Guérin y Georges Sylvain se contaban entre los líderes nacionalistas de este primer período. Se formaron ciertos grupos —como la Union Patriotique [Unión Patriótica]— que comenzaron una larga campaña para conseguir la retirada de las tropas estadounidenses. La resistencia militar había sido insignificante en 1915, pero los disturbios campesinos se multiplicaron en 1918. Estos campesinos «vagabundos», a los que se llamaba *cacos*, eran dirigidos por Charlemagne Péralte y Benoît Batraville. La causa inmediata del levantamiento residía en el intento de la administración estadounidense de imponer un sistema de trabajo forzado, la *corvée*. La gendarmería fue totalmente incapaz de enfrentarse a una revuelta que adquirió grandes proporciones. Se hizo necesaria una intervención directa de los *marines* y hubo que enviar refuerzos a toda prisa desde Estados Unidos. Así pues, el movimiento nacionalista tenía por objetivo político inmediato la retirada de las tropas invasoras, pero tenía interés en el desarrollo de una cultura criolla autónoma que fuese específicamente haitiana, y contribuía a ello. En 1929, tras una serie de desórdenes, los americanos enviaron a Haití una comisión de investigación. Al presidente Louis Borno, colaborador reconocido de los ocupantes, le sucedió en 1930, después de un interregno de algunos meses, un político nacionalista: Stenio Vincent. Era la primera victoria política de los nacionalistas. Cuatro años más tarde los americanos evacuaban sus tropas, y los partidarios de Vincent lo proclamaban segundo libertador de Haití. Los nacionalistas habían alcanzado su primera meta política y, en el campo de la cultura, los intelectuales haitianos admitían, en su mayoría, que la literatura de su país no podía ser considerada como simple parcela de la tradición francesa. Sin embargo, en 1934 dos ideologías íntimamente conectadas, aunque opuestas en ciertos aspectos, habían sustituido de sobra al nacionalismo como movimiento ideológico de oposición: el negrismo y el socialismo.[e]

Negristas y nacionalistas

Aunque los negristas se decían partidarios del nacionalismo, su insistencia en los nexos de Haití con África y su reconocimiento explícito del factor racial en la

---

[2] G.-S. Jean-Baptiste, *L'attitude de la Presse port-au-princienne sous l'occupation américaine 1915-1926*, tesis sin publicar, Facultad de Etnología, Universidad del Estado, Haití, 1968.

[e] Ha habido desde entonces otras intervenciones estadounidenses, con sendas instauraciones de protectorado: en 1994 Clinton envió a los *marines* a Haití para reponer en el poder a Jean-Bertrand Aristide; en febrero-marzo de 2004 Bush (hijo) invadió de nuevo el país para expulsar a Aristide. [N. del T.]

vida social de Haití resultaban desagradables a Vincent y a los «burgueses» nacionalistas, para los cuales el africanismo, al hacer predominar la raza sobre la nación, minaba los fundamentos de un verdadero patriotismo haitiano; por consiguiente, era una fuerza de división del país. «Parecía que nada podía detener a nuestra mística racista en su trágica y vengadora carrera», se lamentaba el presidente.[3] Y hacía notar que si estos escritores negristas y de la negritud hablaban mucho de África, no se planteaban tratar de ir a África para establecerse allí; su cuartel general era París.[4] Dantès Bellegarde, un nacionalista que no se mordía la lengua a la hora de criticar la ocupación estadounidense (con la que en un primer momento había colaborado), atacaba la «falsa concepción de la idea de raza», que en tiempos pasados había provocado luchas sangrientas entre haitianos, y la comparaba al racismo de Hitler. Haití estaba formado sólo por una nación que se había forjado gracias a la «colaboración fraterna de los negros y de los amarillos»[5]. «Es realmente extraño —escribía— que jóvenes estetas, vestidos a la última moda de París o disfrazados como los bailarines de "tape" de los *night-clubs* de Harlem, crean poder imponerse a sus compatriotas, escritores, abogados...»[6] Bellegarde se negaba a considerar el vudú como una religión aceptable para el pueblo, inventada por «la imaginación pueril de sus antepasados del África primitiva»[7].

[3] *En posant des jalons*, I, Puerto Príncipe, 1939, p. 41.
[4] *Ibid.*, I, p. 153.
[5] D. Bellegarde, «La race n'existe pas», *La Phalange*, 1 de abril de 1939, y «La nation haïtienne», *La Phalange*, 22 de abril de 1939.
[6] D. Bellegarde, «Vaudou et civilisation chrétienne», *La Phalange*, 27 de mayo de 1939.
[7] *Haïti et ses problèmes*, Montreal, 1942, p. 95.

Asia

El colonialismo en las Indias Holandesas

Thomas Beaufils

Il est près de la mer un royaume pirate entre la Frise et l'Escaut...[*]

Antes de la II Guerra Mundial los Países Bajos constituían la tercera potencia colonial, después de Reino Unido y Francia. En el catálogo oficial de la Exposición Colonial de París de 1931, un cronista hizo una observación esencial para captar la particularidad del colonialismo holandés: «Los Países Bajos son un reino que comprende cuatro partes: los Países Bajos, las Indias Holandesas, Surinam y Curaçao. Ésta no es una apreciación personal, sino el artículo primero de la Constitución de este país amigo. Los Países Bajos, pues, oficialmente, no conocen colonias; las han identificado con su propio territorio.»[1] Para mezclar los destinos y asimilar a los indígenas de ultramar a la metrópoli, los holandeses inventaron procedimientos de expansión colonial muy eficaces. Son los aplicados en las Indias Holandesas a partir del siglo XVII los que nosotros vamos a estudiar aquí.[2] Este «cinturón de esmeraldas que serpentea a lo largo del ecuador»[3] se llama hoy Indonesia, formado principalmente por los siguientes territorios: Java, Sumatra, Borneo (Kalimantan), Célebes (Sulawesi), Irian Jaya,[a] las Molucas y Bali.

---

[*] «Hay cerca del mar un reino pirata entre Frisia y el Escalda...»

[1] *Guide officiel de l'Exposition coloniale internationale*, París, 1931, p. 133.

[2] Para un estudio del colonialismo en Surinam y en las Antillas holandesas, consúltese la obra de G. van de Louw y B. Verstraete, *L'émancipation de la littérature néerlandophone des Caraïbes*, Université Lille III-La Maison Coornhert, Lille, 1997.

[3] Esta expresión célebre es del escritor Multatuli, *Max Havelaar ou les ventes de café de la Compagnie commerciale des Pays-Bas*, Actes Sud, Arles, 1991, traducido de la edic. de 1860, p. 397.

[a] Irian Jaya se denomina oficialmente hoy Papúa (es la parte occidental de la isla de Nueva Guinea; la parte oriental es Papúa-Nueva Guinea, que es un país independiente). [N. del T.]

Surgimiento de una nación de mercaderes

Por medio de un juego de alianzas y matrimonios Carlos V y luego su hijo Felipe II se encontraron, en el siglo XVI, a la cabeza de un imperio en el que «nunca se ponía el sol», que comprendía, entre otros territorios, España, los Países Bajos y Portugal. Estas imbricaciones geopolíticas favorecieron los viajes de los comerciantes y aventureros, al igual que la circulación de informaciones marítimas de un lado a otro de Europa. Sin embargo, este conjunto no tardó mucho en desmembrarse. El holandés Guillermo de Orange-Nassau (1533-1584) tomó las armas contra su monarca católico. Las Provincias del Norte, convertidas al protestantismo, se aliaron y firmaron la Unión de Utrecht en 1579. Dos años más tarde se fusionaron para formar la República de las Provincias Unidas. Las principales ciudades de Flandes, de gran importancia estratégica para los españoles, optaron por pasarse a los rebeldes bátavos. Para poder hacerse con el control sobre sus adversarios, Felipe II tomó medidas políticas radicales: mandó asesinar a Guillermo, bloqueó el puerto de Amberes con un sistema de cámaras de esclusa y los barcos holandeses tuvieron prohibido el acceso a Lisboa. Estas respuestas militares, destinadas a castigar y a asfixiar económicamente a los Países Bajos acabaron resultando un cálculo muy equivocado, pues fueron el origen de la prosperidad de la República. Al cerrar el acceso a sus puertos, Felipe II empujó, en efecto, al nuevo Estado a desarrollar sus aptitudes marítimas con el fin de aprovisionarse directamente en las Indias. El bloqueo hizo perder a Amberes su prestigio comercial, por lo que esta ciudad fue suplantada por Ámsterdam, a la que llegaban por centenares riquísimos comerciantes judíos y protestantes huyendo de las persecuciones católicas españolas. Cuando en 1585 Amberes fue tomada de nuevo por las tropas de Felipe II, los holandeses bloquearon a su vez el puerto de la ciudad flamenca, conscientes del peligro que un competidor así podría representar para sus nuevas actividades.

Impulsados por este contexto económico inédito, numerosos negociantes holandeses fundaron en 1594 una compañía privada para el comercio con el Extremo Oriente, que tomó el nombre de Compañía Van Verre, la compañía de los países lejanos. Al año siguiente partió hacia las Indias una primera expedición, dirigida por Cornelis de Houtman. Llegó a Banten el 22 de junio de 1596. Este puerto del oeste de Java era entonces el eje principal de los intercambios comerciales del archipiélago. La flota no llevaba intenciones guerreras, ninguna finalidad de conquista. Los comerciantes esperaban tan sólo volver a Europa con las calas repletas de especias. El viaje, de dos años y cuatro meses, no tuvo las consecuencias esperadas, y las ganancias fueron sólo suficientes para rentabili-

zar la expedición. Por otro lado, las informaciones recogidas y un tratado firmado con el príncipe de Banten suscitaron las ambiciones de otros mercaderes que, a su vez, despacharon barcos hacia este nuevo Eldorado. Sin experiencia, cometieron el error de partir a la conquista del mercado de las especias en orden disperso. La confusión en los esfuerzos y la implacable competencia, sobre todo entre la Zelanda y Ámsterdam, condenaron el éxito de numerosas expediciones. Y, asimismo, la abundancia provocó el hundimiento de las cotizaciones y el fracaso de numerosos accionistas imprudentes.

Con el fin de poner orden en esta falta de coordinación, los accionistas se unieron para aunar energías a veces contrarias en este esfuerzo común. En 1602 crearon una nueva compañía privada, más poderosa, la Vereenigde Oost Indische Compagnie (VOC), la Compañía de las Indias Orientales. La compañía recibió del príncipe de Orange y de los Estados Generales (*Staten Generaal*) el privilegio exclusivo del comercio con las Indias y también el derecho a construir fuertes y estacionar tropas. La dirigían los Heren XVII, consejo de administración compuesto por diecisiete directores o señores: ocho escaños se encontraban en Ámsterdam, cuatro en Zelanda (Middelburg), uno en Rotterdam, uno en Delft, uno en Hoorn, uno en Enkhuizen y otro se atribuía por turno a cada una de las ciudades minoritarias. Todos ellos eran designados en función de su antigüedad, de la importancia de su aportación en capitales, o de ambas cosas. En las Indias, sus representantes se encargaban de negociar la compra de especias con los jefes locales —esencialmente pimienta, clavo, nuez moscada, canela y alcanfor[4]—. Estas especias llegaban a los Países Bajos y luego se vendían en toda Europa, e hicieron la fortuna de los accionistas, que reinvertían sus beneficios en nuevos viajes y en la construcción de magníficas mansiones. Las Indias fueron también el origen del nacimiento de este siglo de oro que aún hoy hace célebre a los Países Bajos.

Durante esta primera fase la compañía no trataba todavía de conquistar territorios, sino más bien establecer puntos de aprovisionamiento para abastecer a sus barcos y factorías a lo largo de la ruta de las Indias. Quería evitar mezclarse en guerras territoriales que podrían haber amenazado su prosperidad. Y sus agentes, hábiles negociadores muy poco llevados a hacer proselitismo religioso, estaban absorbidos por sus preocupaciones comerciales. Holanda, primera potencia marítima del mundo, dueña absoluta de los mares, podía a voluntad au-

---

[4] Estos mercaderes se dedicaban asimismo al comercio del opio, que venía sobre todo de Bengala, además de oro, plata, estaño, porcelana y elefantes.

torizar o prohibir el acceso a las islas. Rechazando el libre intercambio, demasiado arriesgado para su gusto, y deseosa de eliminar la más mínima competencia, la primera meta de la compañía consistió en arrogarse el monopolio sobre el conjunto del archipiélago indonesio. Imaginó para ello métodos muy eficaces para disuadir e intimidar a las demás naciones europeas. Por ejemplo, las autoridades holandesas exageraban deliberadamente los riesgos y los peligros de la navegación en estos parajes, mientras que los mapas se mantenían secretos. Y ay de aquellos, extranjeros o compatriotas, que, pese a todo, trataban de infringir el monopolio: sus navíos eran apresados y confiscados y, cuando se trataba de contrabandistas, se les condenaba a muerte. Un siglo después Bougainville hará la misma constatación que sus antecesores: toda escala en los puertos de las Molucas[b] estaba formalmente prohibida: «Apenas hubimos echado el ancla cuando dos soldados holandeses, uno de los cuales hablaba francés, subieron a bordo a pedirme, de parte del residente en la factoría, cuáles motivos nos traían a este puerto, aunque no debíamos ignorar que la entrada estaba permitida sólo a los barcos de la Compañía holandesa.»[5]

Los Heren XVII temían la superproducción y la caída de los precios de las especias. Para regular el mercado disminuyeron los espacios de producción, concentrando las plantaciones de clavo en Amboina, en Ternate y en Tidore,[c] en las Molucas, arrancando estos valiosos árboles en otros lugares. En las islas de Banda 15.000 habitantes fueron asesinados o deportados, y las tierras se convirtieron en centro de producción de la nuez moscada. Así, la VOC pudo crear, con éxito, en unas decenas de años, un espacio económico cerrado a la competencia.

El príncipe de Banten dificultaba mucho estas florecientes transacciones, pues imponía derechos de aduana considerables a las mercancías. Para poner fin a estas dolorosas sangrías, los ejércitos de la VOC se apoderaron de Yacatra, pequeño puerto a unos kilómetros al este, con el fin de convertirla en un establecimiento estratégico seguro desde el que organizar las actividades comerciales. A la ciudad le fue cambiado el nombre por el de Batavia en 1619. A largo pla-

---

[b] Molucas es la forma española; hoy aparece en los mapas modernos, con frecuencia, como Maluku. [N. del T.]

[5] Louis-Antoine de Bougainville, *Voyage autour du monde*, Gallimard, París, 1982, para el establecimiento del texto, la modernización de la grafía, el prefacio y el informe [ed. cast.: *Viaje alrededor del mundo*, Espasa-Calpe, Madrid, 1943, 4ª edic., 1966. (N. del T.)]

[c] Amboina es la forma española; en los mapas modernos aparece Ambon; y hoy se dice Ternate, pero puede encontrarse a veces la forma antigua Terrenate. [N. del T.]

zo Banten no logrará sobrevivir ante esta competencia y desaparecerá, mientras que Batavia se convertirá en Yakarta, capital actual de Indonesia. Para edificar y embellecer su nueva ciudad, los holandeses utilizaron esclavos provenientes de la India, de Birmania[d], de Bengala, de Sri Lanka[e] y de las islas del sudeste, sobre todo de Bali y de las islas Célebes[f]. En 1630 Batavia contaba un millar de esclavos, y 25.000 a fines de siglo, es decir, más de la mitad de la población. Era aquí donde se efectuaban ya las principales transacciones comerciales, y aquí se reunían los cargamentos antes de ser enviados a Europa. La VOC estableció también en esta ciudad al gobernador general del archipiélago, Jan Pieterszoon Coen. Su función política consistía en realizar adecuadamente los planes económicos en estas tierras lejanas. Era el jefe supremo de los ejércitos de las Indias, firmaba tratados, poseía toda la autoridad de los señores y, en nombre de éstos, era responsable de los negocios. Representante todopoderoso, era un verdadero soberano y su autoridad era casi absoluta durante los varios años que cubría su cargo.

A comienzos del silgo XVII Java estaba bajo la influencia de varios príncipes musulmanes llamados sultanes. Los ejércitos del sultán Agung (1613-1646), origen de la fundación del poderoso imperio de Mataram,[6] asediaron Batavia en 1629, pero fueron mantenidos a raya por las tropas holandesas y el soberano perdió buena parte de su prestigio ante sus iguales de Java. Con todo, el imperio de Mataram siguió siendo una amenaza. Para paliar sus veleidades guerreras, algunos tratados asignaron al sultán la plena propiedad sobre todas las regiones situadas en el centro y este de la isla. Sin embargo, consciente del peligro que representaban los ejércitos enemigos, la VOC hubo de revisar sus ambiciones territoriales al alza y se lanzó a una segunda fase de implantación, que esta vez se puede calificar de expansionista, dirigida ya no sólo a la conquista de mares y factorías, sino también de amplios territorios para consolidar los objetivos comerciales. De este modo, para proteger su retaguardia y reforzar sus posiciones en la costa, la compañía se apoderó progresivamente, entre 1677 y 1684, del Preanger (llamado todavía Priangan), al sur de Batavia. Banten, antaño temible com-

---

[d] El autor utiliza todavía el nombre antiguo; desde hace casi dos decenios se denomina Myanmar. [N. del T.]

[e] Antes Ceilán. [N. del T.]

[f] Hoy se llaman Sulawesi. [N. del T.]

[6] El imperio de Mataram se extendía de Bandung hasta casi la extremidad este de Java, es decir, sobre los dos tercios de la isla. Las principales ciudades de la región eran Surakarta (Solo) y Yogyakarta.

petidor, se convirtió en país vasallo de la VOC en 1684. Los navíos holandeses tomaron posesión asimismo de dos puertos estratégicos: Malacca, en la península de Malaca, en 1641, y luego Macassar, en las Célebes, en 1668. Sin embargo, como indica Denys Lombard, «No nos equivoquemos, el proceso de conquista fue extremadamente lento: no terminará hasta comienzos de la I Guerra Mundial»[7].

En Batavia, las tensiones con los comerciantes chinos de Java eran notables. Los holandeses temían su dinamismo económico, pero los necesitaban para distribuir sus mercancías por los mercados de Asia. En 1740 se hunde el mercado javanés de caña de azúcar por la competencia de Brasil. Numerosos comerciantes chinos cayeron en bancarrota y sus coolíes se vieron sin trabajo. La VOC decidió enviarlos a Ceilán, donde escaseaba la mano de obra, pero corrió el rumor de que, para desembarazarse de ellos, los echaban por la borda en alta mar. Los coolíes se rebelaron y trataron de atacar Batavia. Para terminar con la rebelión las tropas de la VOC masacraron de 5.000 a 7.000 chinos en la capital, entre el 9 y el 11 de octubre.

Las querellas entre príncipes javaneses perturbaban también profundamente la paz de los reinos musulmanes. Con frecuencia enemigos entre sí, cada uno de ellos buscaba sus intereses particulares sin tratar de unirse contra la invasión holandesa. La compañía prefería dejar que se matasen entre ellos y se debilitasen, antes de intervenir. Las rivalidades solían estallar con ocasión de las candentes cuestiones de sucesión al trono. Como el islam aceptaba la poligamia, cuando moría un príncipe reinante los competidores susceptibles de apoderarse del poder solían ser muy numerosos, y por ello se oponían entre sí en una competencia encarnizada. Con gran habilidad, los gobernadores generales holandeses supieron presentarse como árbitros naturales: su apoyo resolvía los problemas más insolubles. Los agentes de la compañía otorgaban su alianza al pretendiente que les era favorable y que aceptaba la soberanía de la VOC. El protegido, al disponer de la fuerza de disuasión militar holandesa, tenía así muchas probabilidades de obtener el trono. A cambio de esto, el vencedor concedía a los holandeses una parte de las tierras de su reino. Una vez establecida, la compañía le comunicaba instrucciones agrícolas para garantizar su tren de vida, y le proponía la compra de grandes cantidades de un producto que les era necesario. Entonces el soberano impulsaba un cultivo con exclusión de otros. Por el contrario, en el plano político la compañía le dejaba el campo libre. Esta astuta política

---

[7] Denys Lombard, «Indonésie-Histoire», *Encyclopedia Universalis*, p. 202.

acentuó la dependencia económica de numerosos príncipes javaneses, que se veían obligados a comprar fuera de sus reinos —en Batavia sobre todo, que drenaba el conjunto de los intercambios— los productos necesarios de los que carecían. Con mucha paciencia, la compañía adquirió de este modo, legalmente, y no sólo declarando guerras, grandes propiedades en Java que, a fines del siglo XVIII, había sido conquistada casi por completo.

Desaparición de la VOC y establecimiento del régimen de Estado

Numerosas causas —no todas han sido elucidadas por completo todavía— provocaron la desaparición de la compañía. En primer lugar, un exclusivismo tan absoluto tenía que sucumbir tarde o temprano. A fines del siglo XVIII la VOC era incapaz ya de cubrir militarmente su inmenso territorio. Los barcos de las grandes potencias, de Reino Unido, por ejemplo, que habían suplantado a una armada holandesa ya en pleno declive, entraban sin temor en los puertos de Java y de las Molucas. Los príncipes, a pesar de los contratos que les ligaban a los holandeses, vendían de buena gana sus mercancías a los otros compradores europeos. También el monopolio bátavo fue declinando debido la aparición de plantaciones de especias en otras regiones del mundo. Pierre Poivre (1719-1786) consiguió robar, en 1753, ante las mismas narices de los holandeses, cinco mirísticas y algunos claveros que aclimató en su huerto de Mont-Plaisir, el famoso Jardin des Pamplemousses [Huerto de Pomelos] de la isla de Mauricio. Introdujo también el cultivo de la pimienta, de la canela y de decenas de especies vegetales que sirvieron para lanzar las plantaciones a gran escala. El comercio clandestino iba igualmente bien. Los capitanes y los marinos habían adquirido la costumbre de utilizar los barcos de la compañía con el fin de dedicarse por su propia cuenta a un fructífero comercio. La invasión de los Países Bajos por los ejércitos de Napoleón en 1795 tampoco arregló los asuntos de los comerciantes bátavos, y el archipiélago se encontraba ya bajo control francés. La pérdida de poder en los mares, la competencia, la disminución de los ingresos y, finalmente, la ocupación del país, todo ello trajo consigo graves pérdidas. La VOC se disolvió el 1 de enero de 1800.

Tras este sonoro fracaso, el Estado holandés tomó el relevo y se hizo responsable directo de la explotación colonial. Los primeros intentos de controlar los intercambios resultaron laboriosos. Los cultivos seguían siendo prósperos y el comercio activo, pero los extranjeros, que realizaban ya un trabajo eficaz, drenaban una gran parte de los beneficios hacia su metrópoli. En el ámbito in-

terno la situación era incierta y peligrosa. En Java los soberanos indígenas parecían dóciles, pero no estaban sometidos totalmente. En el ámbito externo, la flota inglesa había arrasado las islas de la bahía de Batavia en 1806. Era inminente un nuevo ataque y por lo tanto había que prepararse para la defensa de Batavia. Con el fin de hacer frente a esta invasión previsible el mariscal holandés Herman Willem Daendels (1762-1818), bonapartista convencido, fue nombrado gobernador general de las Indias el 28 de enero de 1807. La atención de este hombre autoritario se vio absorbida totalmente por los asuntos bélicos. Consiguió, con gran vigor, calmar a los príncipes javaneses y reforzó las defensas de Java; hizo trazar de una punta a otra de la isla una gigantesca carretera transitable para el transporte de tropas; y creó una milicia indígena y una escuela de artillería en Semarang. Sin embargo, sus 8.000 hombres no pudieron oponerse a las tropas británicas, mucho más numerosas y poderosas.

La isla capituló el 18 de septiembre de 1811. El teniente general, sir Thomas Stamford Raffles (1781-1826),[8] fue encargado, a su vez, de reorganizar los asuntos del territorio. Reafirmó un poco más el poderío del Estado y sus ejércitos prosiguieron la conquista del archipiélago, que ya había sido bien encaminada por la VOC en su día. Java ya no se encontraba bajo la amenaza de un ataque extranjero, por lo que su vida económica volvió a ser floreciente. Durante esta breve interrupción la administración británica no tuvo tiempo de implantarse en profundidad, pero aun así subrayemos algunas de las orientaciones políticas de Raffles: «Su idea era introducir el sistema de la renta de la tierra (*landrent*) que ya se había experimentado en Bengala: la tierra era considerada propiedad del gobierno, y cada cultivador debe entregar, en arroz o en metálico, una tasa correspondiente al alquiler de su campo (de un tercio a la mitad de la cosecha según la calidad del terreno). Y anima, además, a intensificar el control respecto de los regentes javaneses e interviene en los asuntos locales (creación, en 1812, de un cuarto príncipe en Java central: el Paku Alam, establecido al lado del sultán de Yogyakarta).»[9]

Tras las derrotas napoleónicas los Países Bajos recuperaron la independencia. El Tratado de Londres del 13 de agosto de 1814 les restituyó sus posesiones de ultramar, y los británicos abandonaron el archipiélago dos años después, justo el tiempo para efectuar el traspaso de la soberanía. Raffles, por su lado, decidido a llegar a las manos con los comerciantes holandeses, obtuvo la autori-

---

[8] Autor de un notable tratado sobre Java: *The History of Java*, 1817.

[9] D. Lombard, artículo «Indonesia-Historia», *op. cit.*

zación del sultán de Riau-Johore para fundar la ciudad de Singapur en 1819, con el fin de establecer en ella un puerto franco. Atrajo así a la nueva ciudad, muy bien situada en las rutas comerciales de Asia, una buena parte de los intercambios que antes se concentraban casi exclusivamente en Batavia.

Estos interludios permitieron regenerar el espíritu pionero de los holandeses. Los Países Bajos prosiguieron los esfuerzos de Daendels y de Raffles con vistas a implantar de forma duradera un Estado que influyese sobre el conjunto de las islas. La intenciones holandesas ya no eran sólo comerciales, sino que podemos constatar una voluntad real de ocupar las tierras e imponer modelos idénticos a los de la metrópoli. Los granjeros holandeses que se establecían en las Indias reproducían, por ejemplo, el ambiente de los *polders* de Holanda.[10] Los colonos se sentían como en su país, de forma natural y con plena legalidad. Por otro lado, el término «colonia» solía utilizarse poco para designar las tierras conquistadas. Se prefería utilizar una tierna palabra holandesa, *moederland* (tierra madre o madre patria) para subrayar el nexo afectivo que ya se había establecido con los Países Bajos, la *vaderland* (tierra padre, o patria). La vida de esta «pareja geográfica» continuaba animada totalmente por los intercambios de productos agrícolas. La creación de un jardín botánico en Buitenzorg (hoy Bogor), el 18 de mayo de 1817, tuvo repercusiones considerables en las islas. Del mundo entero llegaban plantas a este laboratorio de investigación científica. Una vez realizada la selección, los botánicos comprobaban su capacidad de aclimatación a pequeña escala. Si la planta se adaptaba bien al suelo y al clima de las Indias, el jardín proporcionaba semillas y esquejes a los colonos holandeses, que se lanzaban a cultivar a gran escala. Así aparecieron en las Indias plantaciones de té (1826), de palmeras de aceite (1848), de quina (1854), de tabaco (en Deli, actualmente Medan, en 1863) y de hevea (1876), aunque la principal riqueza la constituían el café, la caña de azúcar y el arroz. Planta natural en los distintos países de clima tropical, el arroz había sido siempre el cultivo alimenticio esencial en el archipiélago. El viajero chino Fa Hien señaló ya la presencia de la caña de azúcar en Java en el 400 d. C. La compañía lo comercializó desde 1637, con la ayuda de comerciantes chinos. Este cultivo, más costoso, exigía además más cuidados. En cuanto al café (Coffea arabica y Coffea liberica)[11], fue trans-

---

[10] F. Colombijn, «The Javanese Model as Basis for Nineteenth Century Colonial Policy in West Sumatra», *A Journal of Indonesian Human Ecology*, Depok, 3, 1995, pp. 32-33.

[11] Coffea arabica y Coffea liberica fueron sustituidos por Coffea robusta en 1901, que era más resistente a las enfermedades.

portado en las calas de los barcos bátavos en 1696. A comienzos del siglo XIX estas dos últimas plantas fueron apartando progresivamente de los circuitos comerciales a las especias, que antaño se exportaban en grandes cantidades en los barcos de Holanda. Por medio de estos intercambios los holandeses dieron forma poco a poco, a su manera, a los paisajes y borraron en parte el trabajo de los habitantes originarios, ocupando su lugar y expulsándolos.

Los soldados holandeses se aventuraron más profundamente en los territorios con el fin de reforzar sus posiciones militares y proseguir las conquistas fuera de Java. Aunque ciertos príncipes preferían evitar la guerra firmando tratados de cooperación, otros optaban por el combate, siendo vencedores muy pocas veces. Entre 1817 y 1906 los conflictos[12] fueron largos y numerosos sobre todo en Lombok, Bali, Sumatra y Borneo, aunque es difícil conocer el número exacto de bajas. Estas campañas permitieron a los holandeses controlar cada vez más el archipiélago. El gobernador general de las Indias, Johannes van den Bosch (1780-1844), formó el 4 de diciembre de 1830 un nuevo cuerpo de soldados, el *Oost-Indisch Leger* (ejército de las Indias orientales)[13]. Mandado por oficiales blancos, estaba formado por insulares, en su mayoría cristianos: amboneses, menadeses, timoreses, madureses y bugis. Estos hombres eran apreciados especialmente por su fidelidad y eficacia en el combate. Entonces no existía todavía una conciencia colectiva indonesia, por lo que su origen les permitía combatir sin problemas a los demás grupos étnicos del archipiélago, con los cuales no tenían ninguna afinidad. A la tropa la acompañaban los *kettingberen* (literalmente, los «osos encadenados»). Debían su apodo, al parecer, a los animales que divertían al público en las ferias. Solían ser criminales a los que se ofrecía así la posibilidad de expiar sus faltas. Cuanto más peligrosas eran las operaciones, más se reducía la pena. El ejército colonial holandés tuvo en sus filas algunos reclutas célebres, entre ellos, Arthur Rimbaud, que en 1876 se alistó, a la edad de veintidós años, y al llegar a las Indias se dio prisa en desertar y volver a Francia.

Con el fin de evitar las guerras y de controlar mejor a los príncipes, se crearon de forma especial nuevos funcionarios a partir de 1843, en la recién creada

---

[12] He aquí los principales: insurrección en Amboina, en las Molucas en 1817; guerra de los Padri de 1821 a 1838, y de Jambi de 1858 a 1907, en Sumatra; rebelión de Palembang en 1848 y rebelión de Lampung de 1825 a 1856 en Sumatra; guerra de Java (levantamiento de Diponegoro) de 1825 a 1830; guerra de Bali de 1846 a 1849; guerra de Flores en 1846; guerra de Kongsi de 1850 a 1854; y guerra de Banjarmasin de 1859 a 1906, en Borneo.

[13] La denominación KNIL, o Koninklijk Nederlands-Indisch Leger (Ejército Real de las Indias Holandesas), más conocida hoy, fue adoptada en realidad en 1933.

Escuela Politécnica de Delft, en los Países Bajos. Estos hombres, llamados familiarmente «BB» (iniciales de *Binnenlands Bestuur*, administración del interior), fueron sensibilizados respecto a las realidades del país. Solían hablar corrientemente una o varias lenguas del archipiélago y conocían perfectamente las costumbres y hábitos de los diferentes grupos étnicos. De este modo resultaban más adecuados para gestionar los territorios que les eran confiados y responder a las necesidades comerciales dictadas por el Estado holandés. Como en los tiempos de la compañía, los jefes locales pudieron preservar su autoridad sobre su pueblo. Los regentes, antiguos representantes de los príncipes indígenas, conservaban plenos derechos de control sobre los campesinos. Les asistían los *patih*, que solían ser una personalidad con experiencia perteneciente a una gran familia[14] del país. Los regentes eran muy respetados, y ejercían igualmente su influencia sobre los diferentes *wedono* o jefes de distrito. Para organizarlos y controlarlos de cerca y mejorar su rendimiento agrícola, los holandeses imaginaron un sistema nuevo. Superpusieron a este edificio todos los mecanismos de la administración holandesa: «Los príncipes y notables indígenas subsistieron casi sin modificaciones esenciales desde los tiempos del feudalismo javanés, pero por encima de esta antigua organización se aplicó otra administración completamente nueva, que penetró en la antigua desde arriba, sin alcanzar a los estratos inferiores, y garantizando su funcionamiento. Al mismo tiempo era capaz de imprimirle, si llegaba el caso, una sabia y útil dirección.»[15] En todos los grados superiores de la jerarquía javanesa los nobles tenían a su lado a un funcionario del gobierno holandés.

Este funcionariado estaba jerarquizado en tres clases. Los que casi no tenían estudios se convertían, en las Indias, en funcionarios de tercera clase y se ocupaban de los asuntos menores y del secretariado. La primera clase estaba formada básicamente por doctores en derecho, especialistas en la *adat*, el derecho de los pueblos del archipiélago. Una vez completada su formación durante dos años en Delft, se convertían sin más en abogados o jueces y reglamentaban minuciosamente los contratos, los asuntos de propiedades, los testamentos y las sucesiones: «El gobierno holandés ha reunido y puesto en sus manos, paulatinamente, todos los hilos de la vida javanesa. Se ocupan de la alta dirección política,

---

[14] Para una descripción de la nobleza javanesa, consúltese el artículo de Romain Butrand, «La rencontre coloniale, une affaire de mœurs? L'aristocratie de Java face au pouvoir hollandais à la fin du XIXe siècle», en *Genèse*, 43, junio de 2001, pp. 32-52.

[15] Pierre Gonnaud, *La colonisation hollandaise à Java*, Augustin Challamel, París, 1905, p. 447.

han acaparado las fuentes de producción y los elementos de riqueza. Actualmente, conservan, autorizándolas y regularizándolas, las formas jurídicas y, al darles como guía y control los tribunales superiores de origen holandés, penetran por medio de sus jueces, de sus hombres de leyes, en la existencia íntima de los indígenas, en su vida moral: intento que es mucho más peligroso que todas las expediciones, que todas las empresas militares y políticas.»[16] Así, los holandeses controlaban todos los sectores vitales de las sociedades indonesias: la economía, la agricultura, la justicia, los mecanismos políticos, el ejército y los intercambios marítimos.

Los que no eran especialistas en derecho pero habían efectuado un curso completo en la escuela de Delft se convertían, en general, en funcionarios de segunda clase, destinados a las provincias indonesias. La mayor parte empezaban siendo interventores del Estado. Su labor consistía en visitar, a lo largo de todo el año, por lo general en compañía de un *wedono*, las aldeas de una zona geográfica dada. Durante su itinerario, a caballo, los interventores se informaban del estado de su jurisdicción, se entrevistaban con los jefes locales, les hacían sugerencias y verificaban la buena marcha de las plantaciones. También transmitían a la administración los más mínimos deseos de los jefes indígenas con el fin de conseguir sus favores. Elaboraban asimismo innumerables monografías muy exactas sobre las costumbres y la vida de los indígenas, para anticiparse a eventuales desbordamientos y evitar provocar su susceptibilidad, fuente de conflictos. Sus superiores jerárquicos, llamados en holandés *assistent resident*, administradores de un distrito, se instalaban en las ciudades secundarias. En la jerarquía javanesa estos funcionarios correspondían a los *patih*. Los más dotados se convertían en *resident*, personajes muy importantes que administraban territorios de la extensión de una regencia. Cumplían una función de «hermano mayor» y consejero al lado del regente. Si este último deseaba instruirse, iniciarse en la profesión de administrador o incluso aprender el holandés, lo más frecuente es que el residente le disuadiese para poder mantenerlo mejor bajo su tutela: «La verdad profunda es que el holandés ha querido y sigue queriendo establecer su superioridad sobre la ignorancia del indígena.»[17] Así, «la política colonial holandesa [...] trató [...] de privar a su pupilo del contacto con el mundo exterior, oponiéndole la barrera de una lengua destinada a marcar la distan-

---

[16] P. Gonnaud, *op. cit.*, p. 548.

[17] G. Bousquet, *La politique musulmane et coloniale des Pays-Bas*, Paul Hartmann, 1954, pp. 128-129.

cia que lo separa del europeo»[18]. Finalmente, este sistema de superposición sólo necesitaba un pequeño ejército de administradores: «En 1844 había 18 *resident* y 32 *assistent resident*. En 1866, 18 *resident*, 60 *assistent resident* y 100 interventores; en 1897, 22 *resident*, 78 *assistent resident* y 114 interventores.»[19] Así pues, el poderío holandés estaba presente en todos los niveles. En 1833 el gobernador general Johannes van den Bosch escribía en uno de sus informes: «En mi opinión, debemos atraernos a los jefes indígenas por todos los medios apropiados; es lo que yo he tratado de hacer, respetando sus derechos hereditarios siempre que he podido, vigilando para que fuesen tratados con el respeto que les es debido, incluso con atención, prestándoles ayuda siempre que estén en dificultades financieras, otorgándoles la propiedad de las tierras que ambicionan; en resumen, portándonos con ellos de modo que se sientan más felices bajo nuestra administración que bajo la de sus príncipes...»[20]

Una de las misiones más importantes de los funcionarios holandeses consistió en organizar las plantaciones y hacer que se aplicase la *cultuur-stelsel*, o sistema de cultivos ideado por Van den Bosch en 1834. El gobierno de las Indias pedía a los indonesios una explotación del suelo más activa y metódica. Van den Bosch declaró que los Países Bajos podían beneficiarse a voluntad de la quinta parte del trabajo de los campesinos y utilizarlo con la finalidad que les pareciese. Decidió, asimismo, que un quinto de las tierras (en Java, Célebes septentrionales y Sumatra occidental sobre todo) se dedicaría totalmente al cultivo del café, del azúcar, del índigo, del té, de la pimienta y de la canela, en detrimento de los cultivos alimenticios. Para garantizar la aplicación de estas directivas, las estructuras sociales javanesas fueron sometidas a una amplia explotación: se distribuyeron primas a los regentes para que hiciesen vigilar el trabajo y la recolección por medio de hombres armados. En ciertos casos, una parte de los beneficios revertía sobre los aldeanos, que sacaron provecho así de la prosperidad, pero algunos regentes, cegados por el beneficio, obligaron a sus súbditos a proporcionar mayor cantidad que la estipulada en las cuotas, a menudo bajo la mirada benevolente del colonizador, que veía cómo se iban llenando sus cofres: «Los cultivos para la exportación fueron ampliados más allá de los límites previstos. Se llegó a poner a disposición de las azucareras no un quinto, sino

---

[18] *Ibid.*, p. 129.

[19] J. Chailly-Bert, *Java et ses habitants,* Armand Colin, París, 1900, pp. 207-208.

[20] D. Lombard, *Le carrefour javanais: Essai d'une histoire globale,* vol. I, EHESS, París, 1990, p. 88 (véase igualmente BKI XI, 1863, p. 295).

un tercio e incluso la mitad del suelo, a veces incluso la totalidad de las tierras de regadío. En lugar de los sesenta días de trabajo al año, se llegaron a exigir hasta doscientos cuarenta días e incluso más al año, sin contar las requisas no pagadas para la construcción de las carreteras, los puertos y los edificios que necesitaba el sistema. Los escasos salarios asignados al cultivo, que variaban según la cotización de los productos, podían caer y quedarse en nada. Pese a las promesas, el impuesto sobre la tierra continuó siendo elevado, e incluso se duplicó en quince años. Las principales producciones exigidas con trabajo forzado [...] solían no ser aptas para los suelos. El campesino, al faltarle el espacio y el tiempo, abandonó los cultivos alimenticios y adoptó variedades de arroz de crecimiento rápido, pero de rendimiento menor. E incluso se exportó arroz de la poblada isla. La alarma la dio la hambruna que asoló la región de Ceribon [pronúnciese Cheribon] en 1843: miles de familias emigraron, abandonando al borde de los caminos a las personas agotadas...»[21] Un libro se alzó violentamente contra las prácticas de este sistema. Era el célebre *Max Havelaar o las ventas de café de la Compañía comercial de los Países Bajos*, publicado en 1860. Se trataba de una autobiografía novelada en la que se describían las decepciones de su autor, Eduard Douwes Dekker (1820-1887), más conocido por el seudónimo de Multatuli (que significa en latín «he sufrido tanto» —*multa tuli*—), quien denuncia la opresión ejercida sobre los javaneses. En aquellas fechas era *assistent resident* al servicio del gobernador holandés, y en su libro acusaba ante testigos a Karta Natta Negara, regente de Lebak, de maltratar a la población. Sus afirmaciones no fueron totalmente del gusto de sus superiores, que necesitaban a este cómplice javanés para manejar el cauce de riquezas en dirección a la metrópoli. Pese a las acusaciones y al clamor que levantó su libro en Europa, Multatuli no consiguió romper la cooperación y la colusión entre la clase dominante indonesia y el poder holandés.

En el campo de la esclavitud la situación no había mejorado desde el siglo XVII. Al igual que los holandeses, la aristocracia javanesa se amoldaba muy bien a tales prácticas, de las que se beneficiaba desde hacía varios lustros. En 1824, el diario *Bataviasche Courant* proponía en los anuncios por palabras la venta de esclavos, junto a mesas de billar, habitaciones para alquilar o muebles. La abolición de la esclavitud fue votada en los Países Bajos el 7 de mayo de 1859, y la ley entró en vigor el 1 de enero de 1860. Los propietarios recibieron

---

[21] Roger Vailland, *Borobudur, voyage à Bali, Java et autres îles*, Éditions Kailash, París, 1996, pp. 75-76.

del gobierno una indemnización por cada esclavo puesto en libertad. Sin embargo, al no tener por lo general ningún medio de subsistencia, los ex esclavos permanecían al servicio de sus amos. A pesar de la ley, las prácticas esclavistas continuaron todavía por mucho tiempo. En 1875 el gobierno seguía desembolsando sumas considerables para los esclavos puestos en libertad. En Bali la esclavitud fue abolida en 1877; en Lombok, en 1901, se contaban todavía 7.741 esclavos.[22]

LA FIBRA ANTICOLONIAL DEL ESCRITOR HOLANDÉS MULTATULI EN 1860[23]

Si se insiste en no creerme, entonces traduciré mi libro en las raras lenguas que conozco, y en las numerosas otras lenguas que puedo aprender todavía, para pedir a Europa lo que yo habría buscado en vano en los Países Bajos. Y se entonarían, en todas las capitales, canciones que tendrían este tipo de estribillo: ¡Hay cerca del mar un reino pirata, entre la Frisia oriental y el Escalda! ¿Y si aun así esto no me sirviese de nada? Entonces traduciría mi libro al malayo, al javanés, al sundanés[24], al alfur, al bugi, al batak... Y me inspiraría en los cantos guerreros, *cantos para afilar sus klewangs*, en el corazón de los pobres mártires a quienes yo, Multatuli, he prometido asistencia. Liberación y asistencia, por vías legales, por todas partes donde sea posible... por las vías legítimas de la violencia, allí donde sea necesario. ¡Lo que no dejaría de tener repercusiones muy negativas sobre «las ventas de café de la Compañía Comercial de los Países Bajos»! Pues yo no soy un poeta compasivo con las moscas, un suave soñador como Havelaar, víctima humillada que cumplía con su deber con el valor de un león y padece hambre con la paciencia de una marmota en invierno. Este libro no es más que el comienzo... Yo creceré por la potencia y el filo de mis armas, todo lo que sea preciso... Dios quiera que esto no sea necesario. ¡No, no lo será! Ya que es a Vos al que dedico el libro, a Vos, Guillermo III, rey, gran duque, príncipe... pero aún más que príncipe, gran duque o rey... EMPERADOR de este espléndido imperio de INSULINDIA que se enrolla allí alrededor del ecuador,

→

[22] S. Kalff, *De slavernij in Oost-Indië*, Hollandia-Drukkerij, Baarn, 1920, p. 33.
[23] Multatuli, *Havelaar*, *op. cit.*, pp. 396-397. [N. de la R.]
[24] El sundanés es una lengua de Indonesia, al igual que el alfur, el bugi y el batak. [N. de la R.]

como un cinturón de esmeraldas... A Vos yo oso, en confianza, preguntaros si tal es vuestra imperial voluntad. ¿Que un Havelaar sea salpicado por el fango de los Slymering y de los Droogstoppel? ¿Y que más allá de los mares treinta millones de vuestros súbditos sean OPRIMIDOS Y EXPRIMIDOS EN VUESTRO NOMBRE?

Fin del compromiso del Estado holandés y privatización de las tierras

A medida que se sucedían las conquistas militares, las plantaciones se extendieron a Sumatra, isla que la administración holandesa deseaba desarrollar al igual que Java. Desde 1859 los empresarios holandeses llamaron a miles de coolíes chinos[25] —aunque no les gustaban demasiado— para cubrir la falta de mano de obra indonesia en el territorio: «¿La mano de obra? Sobre todo china: los malayos son perezosos; trabajador, el javanés, pero el chino es trabajador duro. Además, prefiere nuestras Indias a las otras Indias, donde le pagan medio céntimo en vez de uno.»[26] La política imperialista de los Países Bajos se seguía justificando por el mito colonial del indígena perezoso, que buscaba confirmar la incapacidad de estos pueblos para ser autónomos. Los colonos se consideraban los tutores naturales de estos indígenas llamados inmaduros a los que había que civilizar. De mentalidad muy estrecha, Johannes van den Bosch estimaba que los javaneses no llegaban a alcanzar la capacidad intelectual de un niño de doce o trece años.[27] En realidad, los hábiles agricultores javaneses no tenían el gusto de las grandes explotaciones y de las parcelas inmensas a la holandesa. Trabajaban mucho, pero a su modo y a su ritmo. Preferían cultivar, en los llanos, pequeñas parcelas, sobre todo de arroz, cerca de su *kampung* (aldea). Las *sawah*, arrozales inundados artificialmente, eran aradas con gran paciencia por los *karbau*[g] (búfalos). Las propiedades solían ser comunes e indivisibles para todos los habitantes de la aldea.

El abandono del *cultuurstelsel* se llevó a cabo gracias al impacto del Partido Liberal, dirigido por Thorbecke, entonces en el poder en los Países Bajos. Éste

[25] En 1850 la población de las Indias contaba con 250.000 chinos.
[26] Marie-Thérèse Gadala, *Fleurs océaniennes, Java-Bali*, Les Presses Françaises, París, 1938.
[27] S. H. Alatas, *The Myth of the Lazy Native*, Krank Cass, Londres, 1977, p. 61.
[g] El karbau es el bóvido que en España se llama carabao. [N. del T.]

no actuaba por humanismo, sino porque los cultivos del Estado, de mantenimiento muy caro, comenzaban a ser menos rentables, y porque numerosos empresarios privados aspiraban a establecerse en las Indias. En 1870 dos leyes pusieron fin al sistema. Ahora imperaba el liberalismo. La *Suiker Wet* (Ley del Azúcar) decidió que el gobierno ya no podría desarrollar sus plantaciones de caña de azúcar y que reduciría incluso la producción, desde 1878, en una treceava parte cada año, para que en 1890 todas las plantaciones de caña quedaran en manos de la iniciativa privada. Los cultivos de café gubernamentales, que todavía aportaban mucho al Estado holandés, no desaparecieron hasta 1918. La *Agrarische Wet* (Ley Agraria) estableció una nueva regulación de la propiedad y el arrendamiento de tierras. El archipiélago estaba formado mayoritariamente por territorios salvajes. Una vez desbrozados, el gobierno se convertía en propietario legal y nadie habría osado nunca oponerse y reclamar estas tierras sin cultivadores. En cambio, respecto a las tierras ocupadas por los habitantes de las islas desde hacía mucho tiempo la situación era muy espinosa. Pese a sus baterías de juristas los Países Bajos nunca pudieron resolver totalmente la cuestión de los títulos de propiedad. Las leyes holandesas impusieron a los indígenas que demostrasen que eran realmente los propietarios de sus tierras; en caso contrario, éstas irían a parar automáticamente al Estado. Los regentes y los príncipes, por su estatus aristocrático, solían poseer títulos de propiedad en debida forma, pero los campesinos, aun cuando vivían en las tierras desde siempre —en todo caso mucho antes que los holandeses—, no tenían ninguna prueba jurídica que presentar, lo que quería decir que no poseían nada. Conscientes de la injusticia y sobre todo debido a lo que se dejaba de ganar, los legisladores holandeses decidieron que, desde 1879, las parcelas, que se regían antaño por el sistema del trabajo forzado (*cultuurstelsel*), disminuirían cada año un décimo, con el fin de ser distribuidas a los insulares para que pudiesen disponer de ellas a su albedrío y, eventualmente, arrendarlas a los colonos europeos por un período de 79 años. Ahora que participaban en los beneficios, los javaneses se aficionaron a la agricultura intensiva y la practicaron ellos mismos, sin intervención del gobierno holandés. Sacaron provecho del cultivo de la caña de azúcar en particular. Ahora el dinamismo agrícola e industrial provenía del trabajo libre de los indonesios y de los nuevos pioneros, que llegaban en masa, después de que la apertura del canal de Suez en 1869 hubiese hecho más seguros y más cortos los viajes. Otra novedad de la modernización fue la llegada de un notable número de mujeres holandesas, lo que cambió el rostro de la sociedad de las Indias. Los hombres se casaron con menos indonesias, lo que contribuyó a ensanchar la distancia entre las comunidades europea e indígena.

La *Koelie Ordonnantie* (Ordenanza Coolí) de 1870 estableció nuevas reglas para la utilización de la mano de obra en las plantaciones. Los coolíes, que eran en su mayoría chinos, se comprometían por contrato para un período no superior a tres años, y los reenganches no podían prolongarse más de un año y medio. En caso de ruptura del contrato se preveían sanciones penales. Con esto el gobierno quiso dar garantías a los empleadores que se veían obligados a desembolsar sumas considerables para cubrir los gastos de viaje, de alojamiento y de asistencia médica. Las sanciones autorizaban a la policía a detener y devolver al coolí fugitivo. Los empresarios no dudaban en golpearles en público: «Una vez, unos coolíes se habían escapado; Isnan, a caballo, los había capturado de nuevo y los había devuelto; los echó en el patio, los tres, uno al lado del otro, y mi padre empezó a increparlos; luego les golpeó, uno tras otro...», cuenta Edgar du Perron en *Le pays d'origine*[28]. Se crearon oficinas de reclutamiento en Java y en China del Sur, pero los coolíes que, por lo general, no sabían leer, no comprendían lo que decía el contrato y no imaginaban lo que les esperaba. Las condiciones de vida en los barcos que los transportaban a Sumatra eran desastrosas: falta de higiene, de víveres, enfermedades... Y además, lo que era el colmo del cinismo, a veces debían devolver el dinero del billete con horas de trabajo en las plantaciones. Una vez llegados al lugar de destino, se les podía someter a cualquier tipo de trabajo forzado. Algunos se encontraron en las plantaciones de Surinam creyendo que estaban en las Indias Orientales. La ordenanza no se suprimió hasta 1936, a causa de la indignación de Estados Unidos, que acababa de descubrir este nuevo tipo de esclavitud, por lo que amenazó con boicotear los productos agrícolas provenientes de las Indias holandesas.

La política liberal había dado sus frutos, la economía tenía buena salud. El siglo XIX fue el segundo siglo de oro de los Países Bajos. A partir de 1880 los dueños de las explotaciones fueron absorbidos cada vez más por las grandes compañías y por los bancos famosos que construían suntuosas sedes en la capital, Batavia. En el interior, las guerras de conquista proseguían y las resistencias se reafirmaban cada vez más.

En 1898 el reclutamiento para el ejército colonial alcanzó los efectivos más altos, con 1.442 oficiales y 42.235 suboficiales y soldados. En este fin de siglo hubo dos guerras particularmente mortíferas. La de Aceh,[h] Estado situado en la

---

[28] Gallimard, París, 1980, p. 223.

[h] Pronúnciese aproximadamente «Achéh». [N. del T.]

punta extrema occidental de Sumatra, de 1873 a 1903, que provocó en cuarenta años más de 10.000 víctimas del lado holandés y 70.000 del lado acheense.[29] Edgar du Perron recuerda en su novela *Le pays d'origine* la violencia de los combates: «En Aceh, tú no habías dado dos pasos por la hierba cuando te salían los muchachos ante las narices. Esa vez acabé con dos sin resultar herido yo mismo. Estos mozos son vivos como el relámpago, y además son un rato decididos, no hay tiempo para pensar cuando tienes que vértelas con ellos. Pero cuando has abatido a uno a tus pies, entonces ves que le has ganado en velocidad y que tú le has hecho lo que él quería hacerte; ya no piensas en la sangre derramada ni en la muerte que has ocasionado, sólo tienes un sentimiento, el orgullo. Esos muchachos son bestias salvajes para ti, y en cuanto a ti mismo; ¡te sientes un hombre!»[30] Los acheenses, temibles guerreros, pagaron a los soldados con la misma moneda: «Hay que ver los tipos que se ven cuando los acheenses les han hecho *tjing-tjang*[31], o los soldados heridos que caen en sus manos y sobre los que se ve la bandera inglesa dibujada sobre el rostro.»[32] El general Van Heutsz, del temple de los militares intransigentes, sanguinario notorio, pudo finalmente, tras largas y ásperas batallas, capturar a los principales jefes de la resistencia. Aureolado por su gloria y sus éxitos militares, fue nombrado gobernador general de las Indias el 20 de julio de 1904.

En Sumatra prosiguieron los combates a escala menor entre 1903 y 1907. Del 8 de febrero al 23 de julio de 1904 el teniente coronel Van Daalen organizó expediciones contra los gojos y los alaser, aliados de los acheenses, que no habían abandonado la lucha. Las operaciones se transformaron en carnicería. Las aldeas fueron arrasadas, la población, diezmada. En total, más de 2.900 personas, de las cuales 1.150 eran mujeres, resultaron asesinadas. Terribles imágenes tomadas por el fotógrafo holandés Neeb dan testimonio de estas matanzas, que eran algo corriente. En las fotos se observa a los militares que posan completamente relajados ante el objetivo. En una de ellas, un soldado indígena coloca su pie sobre un cuerpo como si se tratase de la captura de un león durante un safari. Durante la batalla, en Koeta Reh,[i] Van Daalen se vio obligado a amenazar con la pistola a algunos soldados que, borrachos de acción, seguían disparando, a pesar del alto el fuego.

---

[29] También se ha escrito, a la holandesa, Atjeh.

[30] E. du Perron, *op. cit.*, p. 385.

[31] *Tjing-tjang:* acribillar a cuchilladas, cortar en pedazos y mutilar. [El autor escribe esta expresión a la holandesa; en indonesio se escribe cingcang (N. del T.)]

[32] E. du Perron, *op. cit.*, p. 386.

[i] Hoy se escribe Kuta Reh. [N. del T.]

Hubo otra guerra mortífera que se hizo famosa en la historia militar de las Indias. En Lombok el rajá Anak Gde Ngurah Karang Asem había conseguido controlar fructíferos intercambios comerciales. La competencia disgustaba notablemente al gobierno de las Indias, preocupado por reforzar sus monopolios. El rajá poseía una fábrica de opio, sustancia cuya venta proporcionaba verdaderas fortunas, y, asimismo, tenía intereses en compañías extranjeras de barcos de vapor. Se sospechaba que también se dedicaba al tráfico de armas con los ingleses de Singapur. Así, se decidió una intervención militar. Como era su costumbre, los holandeses inventaron un hábil subterfugio para justificar el nuevo ataque sin molestar a sus rivales británicos. Según decían, los sasak, una minoría étnica de la isla, no podía hacer frente sola a los peligros que representaban los soldados del rajá. Para restablecer el equilibrio y proteger las aldeas amenazadas, los holandeses les ofrecieron ayuda. Dieron la impresión, así, de que intervenían como salvadores, por una causa humanitaria, aun cuando sus motivaciones eran puramente económicas. El 6 de julio de 1894 las tropas holandesas desembarcaban en Lombok. La tarde del 25 de agosto los hombres del rajá atacaron a las tropas coloniales por sorpresa. Fueron muertos cien soldados y otros trescientos heridos. Comparadas con otras derrotas, las pérdidas no fueron considerables, pero el honor holandés había sido dañado cruelmente. Como represalia, los holandeses lanzaron un ataque contra Tjakranegara, capital de Lombok,[j] que fue saqueada y luego totalmente arrasada a golpes de pico por los coolíes. En el curso de la batalla, un joven teniente segundo se distinguió de modo particular: se trataba de Hendrikus Colijn (1869-1944) que se convertiría en héroe nacional y en un célebre ministro-presidente de los Países Bajos. En 1998, el historiador Herman Langeveld desvelaba, en una biografía, las cartas que Colijn escribió a su mujer y a sus padres después de la batalla. Las siniestras hazañas guerreras de Colijn salían a la luz, descubriéndose con estupor que el héroe había hecho ejecutar a sangre fría mujeres y niños que imploraban piedad. A su mujer le contaba el horrible deber militar de los soldados coloniales: «He tenido que reunir a nueve mujeres y a tres niños que pedían piedad y entregarlos así a la muerte. Era una tarea desagradable, pero no podía hacer otra cosa. Los soldados los mataron a bayonetazos.»[33] Su mujer añadió en la carta: «¡Qué

[j] Hoy se escribe Cakranegara, y ya no es la capital (lo es Mataram). [N. del T.]

[33] Narración de la batalla de Tjakra Negara, en Lombok, por Hendrikus Colijn, 1894. J. de Bruijn, H. Colijn, *De slag om Tjakra Negara. Een verslag in drie brieven*, VU Uitgeverij, Ámsterdam, 1998.

horrible!» Finalmente, los holandeses acabaron perdiendo un general, 14 oficiales, 165 soldados y contaron unos 500 heridos; se estiman en unos 2.000 hombres y mujeres las pérdidas de Karang Asem. El príncipe fue enviado a las mazmorras de Tanah Abang, en Batavia, donde murió al cabo de un año.

Los soldados no tuvieron siempre la diversión de perpetrar por ellos mismos su sucio trabajo. En Bali se dio el caso de que los habitantes de las aldeas, hombres, mujeres y niños, vestidos con sus mejores ropajes, se dirigieron al encuentro de las tropas holandesas, colocándose ante ellas: en vez de morir a manos del enemigo, prefirieron suicidarse colectivamente apuñalándose delante de los soldados estupefactos. Este acontecimiento histórico se conoce en Bali con el nombre de *puputan*,[k] es decir, «el final». Tras haber ganado una batalla, las tropas, dirigidas a veces por un especialista en arte, se encargaban de recoger el botín. Entre los tesoros, ciertas piezas de oro se fundían y se incorporaban a la caja del Estado; otras eran recuperadas por numerosos museos. Su proveniencia y las condiciones macabras de su adquisición se mencionan raramente en los rótulos explicativos de los museos o en los libros de arte.

La *pax neerlandica* sólo pudo establecerse por completo poco antes de la I Guerra Mundial. La mayor parte de los territorios (que corresponden a las fronteras de la actual Indonesia) acabaron siendo conquistados, por lo que los combates se hacían menos frecuentes: en 1916, batalla de Jambi; en 1926, acciones contra las organizaciones comunistas; en 1927, algunas acciones en Tapanoeli[l].

PUPUTAN EN BALI EN 1906[34]

Los balineses querían morir. Nada podía detener su carrera hacia la muerte, ni los morteros, ni los fusiles infalibles de los mejores tiradores, ni el brusco silencio que sobrevenía cuando los holandeses dejaban de disparar. Centenares de ellos caían bajo las balas, otros cientos blandían sus *kris* y los hundían en sus propios pe-

→

[k] El autor escribe «poepoetan» a la holandesa, que se pronuncia «puputan». Hoy los indonesios escriben *puputan*, y nosotros optamos por esta forma. [N. del T.]

[l] Hoy se escribe Tapanuli. [N. del T.]

[34] Vicki Baum, *Sang et volupté à Bali*, Le Livre de Poche (Stock), París, 1966, p. 495. [N. de la R.]

chos. Se los clavaban por encima del omoplato, de modo que la punta alcanzase el corazón, según la antigua y santa costumbre. Tras los hombres llegaron las mujeres y los niños: muchachos, muchachas, con los cabellos adornados con flores, bebés en brazos de sus madres, viejas esclavas con pechos de adolescente y los cabellos blancos. Todas se adornaban con flores cuyo perfume se mezclaba con el humo, con el olor a pólvora y el aroma dulzón de la sangre y de la muerte que no tardó en difundirse por el lugar.

Una política ética ambigua. Nacimiento de los movimientos nacionalistas

A comienzos del siglo XX, en los Países Bajos, los liberales perdieron su influencia parlamentaria en beneficio de gobiernos de tendencia confesional. En 1901 Abraham Kuyper, líder del partido protestante ARP (Partido Antirrevolucionario), fue nombrado ministro-presidente del nuevo gobierno, y formó una coalición con los católicos. Las leyes votadas a partir de ese momento adquirieron un color fuertemente cristiano. Ese mismo año, en su discurso anual, la reina de los Países Bajos abordó oficialmente la noción de «política ética». Afirmó que su nación, como potencia cristiana, tenía un deber moral ante las poblaciones de las colonias (Indias Orientales, Surinam y Antillas Holandesas) y preconizó una mejora de las condiciones de vida de los más pobres de las Indias. El 1903 el gobierno Kuyper encargó un informe (el «Rhemrev-Rapport») para evaluar la situación económica y social de las clases más desfavorecidas de las colonias y en particular de los cien mil coolíes de Sumatra, cuya tasa de mortalidad era muy elevada. Ante el avance del socialismo y de los sindicatos obreros, un gobierno opuesto a toda revolución del proletariado estaba obligado a desactivar estos movimientos tomándoles la delantera. Finalmente, esta política ética permitió subvencionar a las asociaciones de caridad y permitió igualmente a algunos indonesios recibir una educación, a la europea, se entiende. Sin embargo, las verdaderas intenciones del gobierno eran bastante vagas. No se sabe si esta política buscaba crear bienestar social o servir a los intereses de los plantadores, que tenían todas las razones para tratar bien a una mano de obra cualificada difícil de encontrar, con el fin de garantizar una productividad suficiente.

Pese a esta aparente buena voluntad, el Estado no hacía casi ningún esfuerzo para desarrollar las estructuras de la enseñanza en las Indias, y el nivel de ins-

trucción de los indonesios seguía siendo muy bajo. ¿Se debía esto a que, de este modo, se les mantenía mejor en la ignorancia de los asuntos políticos y comerciales? En las Indias no existían universidades, los estudiantes se veían obligados a realizar un largo y costoso viaje a los Países Bajos si querían seguir una carrera. Sólo las familias ricas podían permitírselo, y si algunos indonesios lograron culminar brillantes estudios, no por ello fueron aceptados en el seno de las élites europeas:

> Ávido de distinción y siempre más o menos criado en el régimen de castas, el oriental ve ante todo en la instrucción superior que se le ofrece un medio de separarse efectivamente de los indígenas del común y de participar en las ventajas y, por lo tanto, en el poderío de la raza dominante. En esta marcha hacia el poder un obstáculo le detiene: los europeos, dispuestos a conservar el gobierno en sus manos y muy poco decididos, pese a las declaraciones de igualitarismo que emiten, a admitir al indígena en sus filas, aunque sea instruido. Así, por encima y fuera del campesino malayo, javanés, annamita o indio, resignado a la servidumbre y poco preocupado, por consiguiente, por la nacionalidad de sus amos, la lucha se plantea entre los dos elementos activos y ambiciosos, y la sociedad europea no tiene así peor enemigo que el indígena que ella misma ha instruido y elevado casi a su altura, pero sin querer abrirle sus puertas.[35]

Suelen ser estos intelectuales indonesios formados en Europa los que van a originar los movimientos nacionalistas que nacerán algunos años más tarde. Hasta 1915 los partidos políticos estuvieron prohibidos en las Indias. Por el contrario, todos tenían derecho a crear un sindicato o una asociación. Así, fueron importantes dos movimientos en la historia de Indonesia, que marcan el despertar político y el nacimiento de las luchas por la independencia: el movimiento Budi Utomo, fundado en 1908, que era una asociación de estudiantes javaneses cuyo objetivo consistía en «liberar al pueblo de la noche de la ignorancia»; y la Sarekat Islam, asociación islámica creada en 1912, que se convirtió en una de las primeras organizaciones nacionalistas de masas: en 1916 contaba con más de 360.000 miembros.

Para calmar las presiones nacionalistas el gobierno de las Indias les dio esperanzas respecto a una independencia futura de la colonia, naturalmente bajo la estricta supervisión de los holandeses. Esto significaba proponer la autonomía en un futuro más o menos lejano, a condición de que los indonesios se mantuviesen tranquilos y se sometiesen al colonizador. El gobierno colonial forjó asimismo una añagaza para dar una ilusión de democracia: un órgano que fuese re-

---

[35] P. Gonnaud, *La colonisation hollandaise à Java*, *op. cit.*, p. 557.

presentativo de las tendencias políticas del país, el *Volksraad* (Consejo del Pueblo), instituido en 1917. Sin tener verdadero poder, estaba sometido al Parlamento de los Países Bajos y sólo podía emitir pareceres sobre la política llevada a cabo en las Indias. Estaba constituido por 61 miembros: 26 holandeses, 30 indígenas y 5 representantes de las comunidades china y árabe. El reparto correspondía a la imagen de la sociedad de las Indias, dividida asimismo en tres grupos distintos: *Europeanen* (los europeos), *Vreemde Oosterlingen* (los orientales: chinos, árabes, indios) y los *Inlanders* o *Inheemsen* (los indígenas). Sin embargo, no siempre resultaba fácil saber a qué categoría pertenecía una persona. En 1930 los europeos representaban el 0,4 por ciento de la población total, es decir, 240.417 individuos, de los que 8.948 eran indonesios (mujeres indonesias casadas con europeos), 3.000 chinos, y también americanos y japoneses. El grupo de los europeos era muy heterogéneo y jerarquizado. De manera general, sólo el reconocimiento oficial del niño por parte de un padre europeo le permitía pertenecer a esta comunidad. A los holandeses nacidos en las Indias, de pura sangre, se los llamaba *totoks*. Los mestizos, llamados *indo's*, reconocidos por su padre europeo, formaban el 60 por ciento de este grupo. Esto planteaba problemas: «Una cosa es considerarlos holandeses y otra tratarlos como holandeses. La opinión sobre esto no es suave para los mestizos. Está celosa de lo que la ley les concede, de todos esos empleos en los que se les admite. La opinión les imputa todo tipo de fechorías y de malos designios. Los tacha unas veces de incapacidad y otras de perfidia.»[36] La población indonesia, inmenso cruce de etnias, contaba por su lado, en 1930, 65.000.000 de personas, y se componía de una pequeña minoría de nobles y de una mayoría aplastante de obreros y campesinos. Los chinos eran 1.250.000.

El período llamado «ético» corresponde, paradójicamente, a uno de los momentos más negros de la política militar de las Indias. El ejército colonial, el KNIL (*Koninklijk Nederlands-Indisch Leger*) fue empleado todavía en operaciones militares muy duras, de manera ininterrumpida, hasta 1913, teniendo a su disposición un armamento cada vez más sofisticado y mortífero. Nuevas guerras tuvieron lugar a comienzos del siglo XX: la guerra de Bali de 1906 a 1908; la de Flores de 1907 a 1908; la guerra Toraja en 1905 en las Célebes. Los holandeses han ocultado siempre sus verdaderas intenciones imperialistas y, pese a la buena voluntad aparente y a las esperanzas de independencia que hacían nacer en las gentes, estaban muy decididos a seguir siendo los amos indiscutidos del archipiélago. En la década

[36] J. Chailly-Bert, *Java et ses habitants*, Armand Colin, París, 1900, p. 95.

de 1920 aparecieron nuevos movimientos de protesta. El Partido Comunista, PKI, fue fundado en 1920, y ante el peligro que representaba, ya que sus líderes preparaban huelgas y rebeliones armadas, fue prohibido en 1927 y sus dirigentes recluidos en campos de concentración. Ese mismo año Sukarno creaba el PNI, Partido Nacional Indonesio, que reivindicaba la independencia por medio de la resistencia pasiva. Fue exiliado entre 1930 y 1933. En 1932 Sutan Sjahrir[m] y Muhammad Hatta fundaron por su lado un partido promarxista. De vuelta del exilio, Sukarno se unió a su grupo. Los tres fueron encarcelados en 1934. La policía secreta holandesa perseguía a los opositores. El célebre escritor Pramoedya Ananta Toer,[n] encarcelado varias veces durante la ocupación holandesa, cuenta en sus novelas las condiciones de detención y la brutalidad de los guardianes:

> Llegó otro holandés. Llevaba un fusil con la bayoneta calada. Con una risa de placer me tocó la sien izquierda con su arma, mientras el mestizo me daba un golpe en la sien derecha. [...] Los golpes cesaron. El mestizo se dirigió a mi con arrogancia: «¡Mira esto!» Y me mostraba el puño. Sus cinco dedos tenían una cicatriz, como el corte de una espada. «¿Ves? Esto es porque fui atacado por los indonesios en Surabaya.» Examiné su sólido puño. La mano desapareció de improviso. Recibí un golpe en la barbilla como para arrancarme la cabeza. Estuve a punto de caer. Hubo una explosión de risas. «Está bueno, ¿eh?», exclamaron entre carcajadas los holandeses, cada vez más numerosos. Todavía no había dejado de oírles cuando llovieron los golpes otra vez en mis ojos y orejas.[37]

En la escena política los parlamentarios del Volksraad, los miembros del gobierno y los empresarios comenzaron a aceptar conversaciones, ya en la década de 1920, para tratar de regular el asunto de la asignación de parcelas cuyo arriendo, de 79 años, no terminaba en realidad hasta 1949. Los plantadores deseaban que los arrendamientos fuesen reestructurados de manera uniforme de acuerdo con los mismos términos de la ley de 1870. El Estado, por su parte, pretendía limitar el derecho de los indonesios a la posesión de estas tierras. Sin embargo, hubo que dar marcha atrás por la presión de grandes juristas y profesores de derecho holandés, con Van Vollenhoven a la cabeza, que conocían bien su Código Civil. Según ellos, la ley de 1870 protegía a la comunidad indo-

---

[m] Está escrito a la holandesa; en indonesio se escribe hoy Syahrir. [N. del T.]
[n] Ésta es la ortografía holandesa; en indonesio se escribe Pramuja Ananta Tur. [N. del T.]
[37] P. A. Toer, *La vie n'est pas une foire nocturne*, Gallimard, París, 1993, p. 80.

nesia de toda expropiación, lo que el gobierno rechazaba. La cuestión fue resuelta simple y cruelmente antes de la fatídica fecha de 1949. En efecto, el KNIL tuvo que hacer frente por primera vez a un agresor exterior. Los Países Bajos habían declarado la guerra a Japón el 7 de diciembre de 1941, el día del ataque a Pearl Harbor. En 1942 las tropas japonesas atacaban Java. El KNIL, poco adiestrado, mal preparado, carente de equipos modernos, sufrió una rápida y fuerte derrota. Durante la ocupación japonesa, 140.000 europeos se vieron encerrados en campos de concentración. Un 7 por ciento halló en ellos la muerte. La cifra puede parecer sorprendentemente baja comparada con lo que sucedió en los campos de concentración de Alemania, pero no nos engañemos: los japoneses no optaron nunca por la «solución final». Por el contrario, dejaban morir a los holandeses a fuego lento en condiciones espantosas.

Los combates por la independencia

La ocupación japonesa de las Indias, del 8 de marzo de 1942 al 15 de agosto de 1945, había contribuido en gran medida a hacer pedazos el prestigio occidental. El 17 de agosto de 1945 el presidente Sukarno y el vicepresidente Hatta proclamaron la independencia de Indonesia. Pasó más de un mes entre la capitulación de Japón y la llegada de las primeras tropas aliadas a Java. Entrando en Batavia, el 28 de septiembre de 1945, las tropas británicas e indias descubrieron una ciudad cubierta de pintadas antiholandesas. Los soldados tuvieron que dedicarse, aún con desgana, a la doble tarea de desarmar a unos 250.000 japoneses y de proteger a 140.000 prisioneros de guerra e internados civiles, aliados y holandeses. Una vez fuera de los campos de concentración, estos últimos fueron objeto de amenazas e intimidaciones por parte de la población indonesia, que utilizó todos los medios necesarios para que reinase el miedo y crear un clima de inseguridad, con el fin de acelerar la marcha de los europeos. Algunos, para arreglar ciertos rencores y reparar su humillación, no dudaron en asesinar a sus antiguos amos. Este período de confusión se llama *Bersiap*, lema indonesio que significa «Estad preparados», y que muestra la determinación de los nacionalistas de luchar contra toda nueva ocupación holandesa.

Las tropas holandesas —150.000 hombres— comenzaron a desembarcar bajo la protección de fuerzas británicas. En numerosos puntos del archipiélago se entablaron violentos combates. Había empezado la verdadera lucha armada indonesia por la independencia. El Reino Unido, una vez más, ofreció su mediación en agosto de 1946, y lord Killearn obtuvo la firma del Acuerdo de

Linggadjati,[o] el 25 de marzo de 1947. Los holandeses reconocieron la autoridad del autoproclamado gobierno de la República en Java, Madura y Sumatra. Por su lado, la República se comprometía a restituir a los no indonesios todos sus derechos y bienes y a colaborar en el proyecto de instauración de una unión o federación holandeso-indonesia bajo la Corona holandesa. Sin embargo, no se había secado todavía la tinta del documento cuando sus términos eran objeto de interpretaciones divergentes. Era sólo un acuerdo de fachada, que ocultaba, para cada uno de los antagonistas, otros planes. Para los indonesios se trataba de la independencia; para los holandeses, de una misión civilizadora basada en la moral y el puritanismo. Los holandeses creían sinceramente que tenían todavía responsabilidades en el desarrollo indonesio. Jugaron su primera carta enviando un ultimátum el 27 de mayo de 1947: aceptar las condiciones de los acuerdos o la guerra continuaría. El gobierno justificaba esta operación afirmando que la pérdida de las Indias sería una catástrofe que había que evitar a toda costa. Un lema muy popular decía: «*Indië verloren, rampspoed geboren*» (en traducción libre: Indias perdidas, Países Bajos arruinados).

Del 21 de julio al 4 de agosto de 1947 las fuerzas holandesas iniciaron lo que se suele llamar en un primer momento una simple operación de policía (*Eerste politionele actie*, llamada también *Operatie Product*) con finalidad económica. Así, pudieron apoderarse del este y del centro de Java, de la región petrolífera de Palembang y de las plantaciones de Medan, en Sumatra. A iniciativa de la India y de Australia, el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas ordenó el 5 de agosto el alto el fuego. Sin embargo, las operaciones militares continuaron. A su vez, Estados Unidos presionó sobre los beligerantes, que se encontraron de nuevo en la mesa de negociaciones. Los norteamericanos temían que la influencia de la Unión Soviética hiciese caer a Indonesia en el campo comunista. El 17 de enero de 1948, a bordo del *Renville*, barco de guerra americano presente junto a otros en aguas indonesias delante de Batavia, se firmó un nuevo acuerdo. Sin embargo, todo volvió al punto de partida: se confirmó la soberanía de los Países Bajos sobre Indonesia, a la espera de la formación de los Estados Unidos de Indonesia, de los que formaría parte la República. Las elecciones holandesas de 1948, influidas por los problemas de las Indias, reforzaron al clan de los conservadores a expensas de los socialistas. El 18 de diciembre de 1948 los Países Bajos lanzaron una segunda operación policial (*Tweede politionele actie*), mucho más rotunda. Así, las fuerzas bátavas ocuparon la mayor parte

---

[o] Hoy se escribe Linggajati. [N. del T.]

del territorio de la República. De nuevo, por presión de los americanos, se suspendió la ayuda atribuida por el Plan Marshall a los Países Bajos hasta que éstos no cesasen las hostilidades. Así, los holandeses, al carecer ya de medios para financiar el esfuerzo de guerra, aceptaron por tercera vez sentarse a la mesa de negociaciones, en La Haya en este caso. El 27 de diciembre de 1949 el negociador indonesio, M. Hatta, obtuvo, tras una votación en la segunda cámara de los Estados Generales de los Países Bajos, la transferencia de la soberanía (*Soevereiniteitsoverdracht*) de la reina de los Países Bajos a la República Indonesia. El capitán holandés Raymond Westerling tratará, en 1950, de hacer una última jugada. Este «liberado», que actuaba en contra de su Estado Mayor, no aceptó la independencia. Se dirigió a Bandung con un comando compuesto de soldados del KNIL, para intentar, sin éxito, dar un golpe de Estado y derrocar a los nacionalistas indonesios. Después de la guerra, sus métodos expeditivos y sanguinarios (torturas y ejecuciones) fueron objeto de grandes controversias en los Países Bajos.

En cuanto a Nueva Guinea occidental no fue anexionada a Indonesia hasta 1963.[p] Así, en poco más de cuatro años de combate, la proclamada independencia era ya una realidad. Los indonesios estiman haber perdido en esta lucha de 100.000 a 150.000 hombres, mujeres y niños, pero no hay cifras seguras. Los Países Bajos perdieron 2.500 soldados[38].

EL INTENTO DE GOLPE DE ESTADO DE RAYMOND WESTERLING EN 1950[39]

El último plazo fijado por mi ultimátum había pasado. Yo no había recibido ninguna respuesta oficial. Había llegado el momento de pasar a la acción. No ignoraba, como ya he dicho, que los republicanos querían empujarme a actuar el primero. No pude evitar darles gusto. No tenía otra elección, a menos que me desdijese y dejase el campo libre a los antifederalistas. Así pues, decidí inten-

[p] En la actualidad (primera década del siglo XXI), y desde la década de 1960, hay varios movimientos nacionalistas, algunos armados, que se oponen a la anexión a Indonesia de este territorio, y que desearían independizarse o unirse a Papúa Nueva Guinea. Indonesia llamó a este territorio Irian Jaya; hoy ha cambiado la denominación por la menos conflictiva de Papúa. [N. del T.]

[38] Otras cifras dan 6.200 muertos holandeses.

[39] Raymond Westerling, *Mes aventures en Indonésie*, DR, pp. 195-196. [N. de la R.]

tar dar un golpe de Estado. La empresa superaba en envergadura a todo lo que yo había emprendido hasta entonces. Me hallaba a la cabeza de una fuerza de policía en el Pasundan. El alcance de mi acción iba a superar ahora las fronteras de este Estado y extenderse a toda Indonesia. Yo me proponía, en efecto, apoderarme de la capital del gobierno federal, Yakarta. Se trataba nada menos que de derribar este gobierno de falsos republicanos y tomar el poder en todo el archipiélago. Una vez más es necesario que concrete bien el papel que iba a desempeñar en este asunto. No quería tomar el poder en mi propio nombre. El pensamiento de convertirme en el rajá blanco de Indonesia y de reinar en las islas de la Sonda estaba a cien leguas de mí. No era mi persona la que estaba en juego; yo actuaba para el pueblo indonesio. Me aprestaba a derribar al gobierno que les había traicionado en interés de millones de indígenas y no en el mío, gobierno que tras haber aceptado el principio de la federación, se dedicaba a violarlo. La constitución federal no era más que una fachada, y los escasos miembros del gobierno sinceramente federalistas no eran sino rehenes [...]. Me proponía sustituir a los opresores del pueblo no por un dictador, por muy esclarecido y bien intencionado que fuese, sino por un gobierno formado por nacionalistas indonesios auténticos, que no fuesen antiguos colaboradores de Japón, ni colaboradores eventuales de Moscú.

Consecuencias económicas y sociales

Pese a la pérdida de las Indias, la economía de los Países Bajos prosperó de manera espectacular después de la guerra. En cambio, las consecuencias humanas fueron alarmantes. De 1945 a 1960 varias oleadas de exiliados, amenazados de represalias en Indonesia, hubieron de abandonar definitivamente ese país al que se sentían extremadamente apegados. Los servicios de inmigración holandeses estiman su número en unos 300.000. Los grupos, muy heterogéneos, estaban compuestos por *totoks*, salidos de los campos de concentración japoneses, de *indo's* y de soldados de color del KNIL, de origen étnico muy variado, como ya vimos antes. Estas poblaciones llegaron a los Países Bajos, todavía trastornados por la guerra, en plena mutación social y política. Los mestizos eran recibidos con un «*Indo's, ga weg*» (*Indo's*, largaos); los militares originarios de las Molucas, los gurkhas de las Indias holandesas, se encontraron a su pesar en un país con el que no tenían ningún nexo. En 1950 habían esperado poder crear

un Estado independiente, la República de las Molucas Meridionales.[q] Sin embargo, esta región fue ocupada rápidamente por los ejércitos de Sukarno: el primer presidente de Indonesia deseaba preservar la unidad de su nueva república. Sin embargo, la fidelidad de los soldados que habían servido a los holandeses no fue recompensada por el reino de los Países Bajos. Cuando creían que iban a ser reintegrados en el ejército holandés, fueron desmilitarizados y alojados en campamentos provisionales. Las autoridades holandesas pensaban que los moluqueños podrían volver pronto a su país y que serían perdonados rápidamente, pero los rencores continuaron siendo tenaces. Para denunciar su precaria situación, entre la espada y la pared, lanzaron espectaculares operaciones terroristas en 1975, 1977 y 1978, tomando como rehenes una escuela, un tren, una embajada y la sede de un gobierno provincial. Esto les desacreditó ante la opinión pública y su situación no se resolvió en absoluto. En 1988, en Vught, había todavía 400, alojados en viejos barracones.

La asimilación de otros grupos de repatriados se desarrolló, oficialmente, sin dificultades. Sin embargo, hoy siguen llevando una cicatriz, la de la exclusión de su tierra natal. Para paliar esta dolorosa separación, los exiliados han recreado en los Países Bajos el ambiente de las Indias. Han llevado con ellos toda una memoria familiar de objetos, perfumes y platos sabrosos, entre los que se cuenta la suculenta y famosa *rijstaffel* (mesa de arroz), conjunto de platos exóticos de Indonesia. Poco a poco, tales ambientes exóticos han acabado por imponerse incluso en la vida cotidiana de aquellos que no tenían ningún nexo con Indonesia. Más allá del malestar del exilio, lo que se ha manifestado, finalmente, ha sido toda la riqueza humana de este mestizaje. Esta comunidad ha conseguido imprimir un extraordinario dinamismo cultural al conjunto del país. Pese a la desaparición progresiva de las generaciones que conocieron las Indias, los jóvenes perpetúan las fiestas y las costumbres de las islas y, asimismo, reinventan otras. Esta situación se manifiesta con ocasión de los gigantescos *Pasar Malam* (mercados nocturnos), el más célebre de los cuales tiene lugar cada año en junio en La Haya, ciudad llamada la «viuda de las Indias», debido al gran número de *indo's* y *totoks* que acogió. Varios de estos exiliados se han convertido en grandes escritores, traducidos en numerosas lenguas: Hella Haasse, Adriaan van Dis y Jeroen Brouwers tienen hoy mucho éxito en Francia. En sus novelas, próximas

[q] En indonesio se denomina Republik Maluku Selatan (República de Molucas del Sur). Llegó a establecer algunas instituciones y a tomar algunas medidas administrativas (por ejemplo, la emisión de sellos de correos, ya en 1949 y hasta 1953 o más adelante). [N. del T.]

a la autobiografía, sienten un continuo e imperioso deseo de contar, de rememorar esa época, como si quedase algo por reparar después de la terrible pérdida. Al no haber comprendido realmente las razones de este rechazo repentino del vientre del archipiélago, se interrogan y reconstituyen el universo de los buenos y viejos tiempos, el *Tempo Doeloe*,[40] el tiempo de la despreocupación, que la escritura, por un momento, consigue restaurar para permitir el duelo.

LA NOSTALGIA DE LAS INDIAS HOLANDESAS[41]

A Jana no le gustaban Los Países Bajos, esto es por lo menos lo que decía en casa; lo que sobre todo echaban de menos ella y su padre era su tierra natal: un vergel de mangos y yambos, una tierra en la que cualquier hueso tirado al azar os proporcionaba una cosecha, una tierra rebosante de agua, hojas y podredumbre. ¡Ah, los pardos olores de las islas! No podían acostumbrarse al cielo gris de los Países Bajos, a los rudos inviernos a orillas del mar, a las ropas gruesas y a las fachadas oscuras de las casas que no tenían la blancura radiante de las de allá. En verano, cuando después de las cuatro tomábamos el té en el jardín, de espaldas a las dunas todavía rojizas, soñaban con la tibieza de las puestas de sol. La *lingsir kulon* era la más bella luz de las Indias, la hora que precede al momento en que el sol es inmolado y en el que las sombras de un rojo rosa se deslizan fuera de los bosquecillos. ¡*Kasian* —pobres de nosotros—, las lluvias de aquí no invitaban al baile y los árboles no humeaban en las luces del alba! En las Indias, el cielo de la mañana era verde.

En los Países Bajos la cuestión del colonialismo ha sido planteada siempre con ambigüedad: por un lado, la misión civilizadora que los holandeses se autoatribuyeron y, por el otro, la explotación de las poblaciones y las intervenciones armadas. Ha habido un Multatuli, pero éste oculta a los otros, a los masacradores y destructores de la cultura original. La labor de la memoria fue larga y difícil, y prosigue todavía hoy. Necesitaron mucho tiempo los historiadores para hacer públicos los archivos, en especial los que demostraban los horrores

[40] *Tempo* proviene del portugués y significa «tiempo». *Doeloe* o *dahoeloe* proviene del malayo, y significa «pasado». Se trata simplemente de la frase «cualquier tiempo pasado fue mejor». Después de la reforma de la ortografía en Indonesia, la expresión se escribe hoy *Tempo dulu*.

[41] Adriaan van Dis, *Les dunes coloniales*, Actes Sud, Arles, 1999, p. 100. [N. de la R.]

de las guerras de expansión. Durante muchos años se rechazó este período atormentado de la historia del país: «La historia colonial estaba asimismo fuera del estado de gracia y no atraía prácticamente a ningún estudiante.[42] Resumiendo, no existía ninguna imagen histórica del pasado de la colonización y de la descolonización. Nadie sentía necesidad de ella. Este pasado no se había convertido en "historia". Simplemente, había sido extirpado, rechazado, se había hecho desaparecer.»[43] Sin embargo, varios asuntos se encargaron de despertar las conciencias. El 17 de enero de 1969, la opinión de los Países Bajos se vio sacudida por un programa de televisión. M. Hueting, ex militar convertido en psicólogo, hizo revelaciones sobre las atrocidades cometidas por los soldados holandeses en las Indias: «La emisión tuvo el efecto de una bomba. Los ex combatientes negaron categóricamente tales afirmaciones. Otros, impresionados, exigieron una investigación y que los culpables fuesen juzgados, aun con retraso. El gobierno hizo lo que debía hacer: ordenó una investigación. El informe, llamado "Excessennota" fue vago y tenía escaso contenido, al limitarse a mencionar algunos incidentes.»[44] Ha sido publicado en 1995.

La sociedad holandesa, como otras, tiene la facultad de erigir pantallas detrás de las que ocultar sus crueldades e inventar proyecciones imaginarias de un mundo liso y sin historia. Durante largo tiempo los holandeses se han cuidado muy mucho de poner en entredicho sus valores protestantes que impulsan virtudes tales como la responsabilidad moral y que hacen de ellos individuos irreprochables. Esta cuestión de la culpa mantiene en vilo a la conciencia nacional, persuadida de su buena fe civilizadora. En cada conmemoración siguen vivas las polémicas sobre las responsabilidades. En el otoño de 1994 la vuelta a los Países Bajos del desertor Proncke Princen (Johann Cornelis Princen) fue especialmente mal recibida. En 1947 este traidor —para los ex combatientes holandeses— se puso del lado de los indonesios y no dudó en disparar contra sus compatriotas. En 1998, gravemente enfermo, deseó ir a los Países Bajos para someterse a cuidados. El viaje causó otra serie de controversias para saber si había que dejarle regresar o no. La policía tuvo que protegerle, al haber sido amenazado de muerte. La memoria de los Países Bajos choca continuamente contra

[42] La situación hoy ha cambiado bastante. Los estudios coloniales han vuelto a ser objeto de atención en los Países Bajos.

[43] H. L. Wesseling, «Fin des empires, fin des nations?», en Pim den Boer y Wilem Frijhoff (compils.), *Lieux de mémoire et identités nationales*, Amsterdam University Press, Ámsterdam, 1993, p. 281.

[44] H. L. Wesseling, «Fin des empires, fin des nations?», art. cit., pp. 281-282.

estos asuntos de disculpas y de perdones. El 5 de agosto de 1995 la reina Beatriz viajó a Indonesia. Era la primera visita oficial de un monarca holandés después de la independencia de ese país. Los grandes diarios holandeses la exhortaron a reconocer oficialmente los crímenes que su pueblo había cometido en Indonesia. La reina expresó su tristeza, pero no se disculpó.

Al comenzar el siglo XXI todavía se habla de la comunidad de las Indias en los Países Bajos. Desde hace años las familias, desposeídas de sus bienes, y también aquellos que no recibieron salario durante la guerra a pesar de haber sido internados, presionan sobre el gobierno para obtener reparaciones. Con el fin de responder a las reclamaciones, el gobierno creó en 1998 una comisión, la *Commissie Van Galen*, encargada de hacer inventario de las pérdidas materiales de los *totoks* y los *indo's*. Se les hizo una oferta de 125.000.000 de euros, a repartir entre los 144.000 *totoks* e *indo's* repatriados y que todavía viven en la actualidad, 900 euros por persona. Esta cantidad, ridícula si tenemos en cuenta sus sufrimientos, fue rechazada. La comunidad de las Indias, representada, entre otras, por la asociación Het Indisch Platform [Plataforma de las Indias], presentó una segunda petición y reclamó la suma de 250.000.000 de euros. En 2000, el gobierno propuso una nueva cantidad, 190.000.000, que finalmente fue aceptada. Este dinero se utilizará para realizar proyectos colectivos en memoria de las Indias.

En los últimos años han aparecido varios monumentos a la memoria del *Tempo doeloe* en los Países Bajos, y se ha restaurado en La Haya, en 2001, una Casa de las Indias (Het Indisch huis aan de Hogeweg). En cambio, la estatua del tiránico general Van Heutsz, que se levantaba fieramente en Ámsterdam, ha sido retirada y colocada discretamente en el jardín del museo dedicado al KNIL, en Bronbeek, cerca de Arnhem. Algunas asociaciones han propuesto levantar estatuas para recordar también a todos los indonesios asesinados y caídos en los combates, víctimas que nunca han engrosado las estadísticas, pero esta demanda ha sido papel mojado. Parece ser que en los Países Bajos la muerte de un holandés ha sido siempre mucho más importante que la de un indonesio.

Para terminar

En los Países Bajos resulta duro recordar y a veces se cae en las exageraciones de unos y en las negativas de los otros. Como en Francia, la cuestión de la legitimidad y de las consecuencias de la colonización siguen estando de plena actualidad. Cincuenta años representan un período muy corto como para esperar

cerrar las heridas aún abiertas. Las jóvenes generaciones indonesias y holandesas ha retomado la bandera de la memoria para honrar a sus antepasados o reconciliarse con ellos, pues les han legado varios ovillos para desenredar. Para muchos, el pasado parece una foto desenfocada, y las Indias Holandesas suscitan en ellos numerosos interrogantes sobre su origen e identidad. El rompecabezas se recompone progresivamente gracias a la energía de quienes investigan, estudian o buscan en los archivos familiares o nacionales. Sin embargo, todavía, con demasiada frecuencia chocan con lo que no se ha dicho de historias muy difíciles de exhumar: ¿se obtenían privilegios debido al color de la piel? ¿Los europeos de las Indias eran racistas, o incluso fascistas? ¿Se puede resumir el papel de los Países Bajos en las Indias Holandesas a tres siglos de opresión y de explotación y no de progreso ilustrado? Algunos relativizan la situación: no se puede juzgar la colonización según el rasero de nuestras democracias actuales, y muchos de los que dan lecciones deberían mirarse en el espejo. Tampoco hay que olvidar que numerosos holandeses participaron en los combates al lado de los indonesios para contribuir a la independencia del país. Además, después de todo, en el contexto de los siglos pasados, los holandeses garantizaron a los indonesios su arroz diario y valorizaron las tierras del archipiélago con realizaciones notables que hoy son todavía visibles y provechosas: los trabajos de regadío, los ferrocarriles, las plantaciones, las ciudades y los puertos. No obstante, ¿unos cientos de miles de holandeses podían continuar administrando de manera autoritaria a 80.000.000 de indonesios?[45]

Bibliografía

Novelas y memorias

BAUM, Vicki, *Sang et volupté à Bali*, Stock, Le Livre de poche, París, 1966.
BOUGAINVILLE, Louis-Antoine de, *Voyage autour du monde*, Gallimard, París, 1982 (para el establecimiento del texto, la modernización de la grafía, el prefacio y el informe).
BROUWERS, Jeroen, *Rouge décanté*, Gallimard, París, 1995.
—, *L'Éden englouti*, Gallimard, París, 1998.

[45] Para evaluar de manera más concreta la importancia de las realizaciones holandesas en Indonesia, consúltense: Thomas Beaufils, «Des polders sous l'Équateur. Nouvelles organisations régionales en Asie orientale», en *Nouvelles organisations régionales en Asie orientale*, París, 2003.

COUPERUS, Louis, *La Force des ténèbres*, Le Sorbier, París, 1986.
DAUM, P. A., *Uit de suiker in de tabak*, Querido, Ámsterdam, 1963 (1883-1884).
GADALA, Marie-Thérese, *Fleurs océaniennes*, *Java-Bali*, Les Presses Françaises, París, 1938.
HAASSE, Hella S., *Le lac noir*, Actes Sud, Arles, 1991.
—, *Les Seigneurs du thé*, Le Seuil, París, 1996.
KOUSBROEK, Rudy, *Het Oostindisch kampsyndroom*, Meulenhoff, Ámsterdam, 1995.
MULTATULI, *Max Havelaar*, Actes Sud, Arles, 1991.
PERRON, Edgar du, *Le pays d'origine*, Gallimard, París, 1980.
PRAMOEDYA ANANTA TOER, Pram, *La vie n' est pas une foire nocturne*, Gallimard, París, Connaissance de l'Orient, 1993.
—, *Le Monde des hommes*, Poyot et Rivages, París, 2001.
SZÉKELY-LULOFS, M. H., *Rubber*, Manteau, Ámsterdam, 1984.
VAILLAND, Roger, *Borobudur, voyage à Bali, Java et autres îles*, Éditions Kailash, París, 1996.
VAN DIS, Adriaan, *Les dunes coloniales*, Actes Sud, Arles, 1999.
VAN GULIK, Robert, *Le jour de grâce*, Union Générale des Éditions, 10/18, París, 1992.
WESTERLING, Raymond, *Mes aventures en Indonésie*, Hachette, París, 1952.

Estudios y obras de referencia

ALATAS, S. H., *The Myth of the Lazy Native*, Krank Cass, Londres, 1977.
BEAUFILS, Thomas, «La Hollande, l'autre pays du structuralisme», *Gradhiva*, n° 21, Jean-Michel Place, París, 1997.
—, «L'énigme du pavillon hollandais», *Gradhiva*, n° 26, Jean-Michel Place, París, 1999.
BOER, Pim den, y FRIJHOFF, Willem (red.), *Lieux de mémoire et identités nationales*, Amsterdam University Press, Ámsterdam, 1993.
BOUSQUET, G., *La Politique musulmane et coloniale des Pays-Bas,* Paul Hartmann, 1954.
BRETON DE NIJS, E., *Tempo Doeloe, fotografische documenten uit het oude Indië*, Querido, Ámsterdam, 1961.
BRUIJN, J. De , COLIJN, H., *De slag om Tjakra Negara. Een verslag in drie brieven*, VU Uitgeverij, Ámsterdam, 1998.
CHAILLY-BERT, J., *Java et ses habitants*, Armand Colin, París, 1900.

CHARRAS, Muriel, «L'Indonésie, un archipel-nation», *Géographie universelle-Asie du Sud-Est-Océanie*, Roger Brunet (dir.), Belin-Reclus, 1995.

COLOMBIJN, F., «The Javanese Model as Basis for Nineteenth Century Colonial Policy in West Sumatra», *A journal of Indonesian Human Ecology*, Depok, 3, 1995, pp. 25-41.

CRIBB, Robert (compil.), *The Late Colonial State in Indonesia. Political and Economic Foundations of the Netherlands Indies, 1880-1942*, KITLV Press, Leiden, 1994.

FASSEUR, Cees, *The Politics of Colonial Exploitation: Java, the Dutch, and the Cultivation System*, Ithaca, Nueva York, 1992.

—, *De Indologen, Ambtenaar voor de Oost 1825-1950*, Uitgeverij Bert Bakker, Ámsterdam, 1993.

GONNAUD, Pierre, *La colonisation hollandaise à Java*, Augustin Challamel, París, 1905.

Guide officiel de l'Exposition coloniale internationale, París, 1931.

HOUBEN, Vincent, «Wachten op een mentale dekolonisatie», *Ons Erfdeel*, enero-febrero, nº 1, 1996.

JOSSELIN DE JONG, J. P. B. de, *De Maleische Archipel als ethnologische studieveld*, Ginsberg, Leiden, 1935.

KALFF, S., *De slavernij in Oost-Indië*, Hollandia-Drukkerij, Baarn, 1920.

LOMBARD, Denys (compil.), *Le carrefour javanais: essai d'une histoire globale*, vol. I, *Les limites de l'occidentalisation*, EHESS, París, 1990.

—, *Rêver l'Asie*, École des Hautes Études en Sciences Sociales, París, 1993.

—, (en colaboración con Michel Bruneau), «De la mosaïque ethnique aux États nationaux», *Géographie universelle-Asie du Sud-Est-Océanie*, Belin-Reclus, 1995, p. 39.

MACKIE, J. A. C. (compil.), *The Chinese in Indonesia*, Heinemann Educational Books (Asia), Singapur, Hong Kong, Kuala Lumpur, 1976.

MENDE, Tibor, *L'Asie du Sud-Est entre deux mondes*, Le Seuil, París, 1954.

MONEY, J. W. B., *Java or How to Manage a Colony*, Oxford University Press, Singapur, 1985 (reedición).

NIEUWENHUYS, Rob, *Oost-Indische Spiegel*, Querido, Ámsterdam, 1972.

OBDEIJN, Herman, «Vers les bords de la mer du Nord. Les retours aux Pays-Bas induits par la décolonisation», en Jean-Louis Miège y Colette Dubois, *L'Europe retrouvée. Les migrations de la décolonisation*, L'Harmattan, París, 2000, pp. 49-74.

SCHAMA, Simon, *L'embarras de richesse. La culture hollandaise du siècle d'or*, Gallimard, París, 1991.

VAN HÖEVELL, W. R., *De emancipatie der slaven in Nederlands-Indië: eene verhandeling*, C. M. Van Bolshuis, 1848.

VANVUGT, Ewald, *De schatten van Lombok. Honderd jaar Nederlandse oorlogsbuit uit Indonesië*, Uitgeverij Jan Mets, Ámsterdam, 1995.

—, *Het dubbele gezicht van de koloniaal*, In de Knipscheer, Haarlem, 1988.

WESSELING, H. L., *Indië verloren, Rampspoed geboren*, Uitgeverij Bert Bakker, Ámsterdam, 1988.

WILLEMS, Wim; RABEN, Remco; SERIESE, Edy; VAN DER LINDEN, Liane; BOSMA, Ulbe; *Uit Indië geboren. Vier eeuwen familiegeschiedenis*, Waan-ders Uitgevers, Zwolle, 1997.

La India: el primer siglo colonial

Jacques Pouchepadass

Lo que se denomina *India* cuando se habla de la historia de la colonización es en realidad el Asia meridional, inmenso espacio, pocas veces unificado a lo largo de la historia, que se extiende desde el Himalaya al cabo Comorín y de Beluchistán a Birmania.[a] La conquista de esta parte del mundo por el Reino Unido a partir de 1757 es un proceso deshilvanado que se prolongó durante más de un siglo, y dio lugar a lo que, en su época, fue la mayor entidad colonial del planeta, el imperio de la India, conglomerado de territorios de estatus diversos y verdadero mosaico cultural que accedió a la independencia en 1947 y del que surgieron cuatro Estados contemporáneos: India, Pakistán, Bangladesh y Birmania [Myanmar].[b] Durante mucho tiempo la historiografía británica ha presentado la conquista como resultado involuntario de un encadenamiento de iniciativas militares y diplomáticas impuestas a los agentes de la Compañía Inglesa de las Indias orientales (East India Company, de ahora en adelante EIC) por la necesidad de proteger su comercio contra las empresas rivales de la Compañía Francesa de las Indias y contra los problemas ligados a la decadencia del Imperio moghol.[c] La historiografía nacionalista india, por el contrario, ve en esto una

---

[a] El cabo Comorín se halla en el extremo sur de la India; el Beluchistán está repartido entre los actuales Irán y Pakistán, y está habitado por una etnia de lengua indoeuropea, los baluchi o beluchi. La mayor entidad colonial después del aún existente, en esa época, imperio español, al menos en cuanto a kilómetros cuadrados. [N. del T.]

[b] El autor deja fuera del Imperio británico del sur de Asia a Ceilán, hoy Sri Lanka, y a las islas Maldivas (pese a que también pertenecieron al Reino Unido y fueron, en cierto modo, dependencias de la India). [N. del T.]

[c] Preferimos traducir *moghol* y no *mogol* y menos aún *mongol* (aunque la forma más correcta sería *mughal*, pero es menos conocida en España). Las formas *moghol* y *mongol* las aplicaron los europeos al reino y dinastía que dominó gran parte de la península del Indostán entre 1526 y 1858, ~~y era de origen~~ turco, no mongol. El nombre de *moghol* o *mughal* («mongol») se lo aplicaron a sí mismos los gobernantes de esta dinastía, en recuerdo de y por considerarse herederos ideales del

acción deliberada destinada a someter a la India, por medio de la violencia, a la más implacable explotación. Los historiadores actuales relativizan considerablemente esta oposición simplista mostrando, al mismo tiempo, que los británicos no cayeron en esta espiral expansionista simplemente por haber querido defender sus intereses comerciales amenazados por un contexto agitado, y que sometieron el subcontinente sin tratar, en un primer momento, de transformar o destruir las estructuras políticas, económicas y sociales, sino, más bien al contrario, tratando de utilizarlas lo mejor posible para sus intereses en cada coyuntura concreta. Se trataba, en efecto, de una forma poco dispendiosa pero eficaz de intervención colonial, cuyo móvil inicial no era una ideología misionera o progresista, ni la voluntad de poder, sino sólo la búsqueda pragmática del mayor beneficio con el menor coste material y humano.

La conquista

Los planes coloniales

Una cosa es cierta: la conquista inglesa de la India no obedeció a un plan preconcebido. A mediados del siglo XVIII la EIC, como las demás compañías comerciales europeas, poseía en la India sólo enclaves dispersos situados en las dos costas del Deccán y en el delta del Ganges, en los que se agrupaban algunas aldeas de artesanos sobre unos cuantos kilómetros cuadrados. Ahora bien, entre el combate en el que resultó vencedor Robert Clive en Plassey contra el soberano (*nawab*)[d] de Bengala (1757) —hecho que se presenta habitualmente como el acontecimiento inaugural de la conquista inglesa— y la Gran Rebelión de los cipayos, que sublevó el norte de la India británica exactamente un siglo después, la compañía inglesa había anexionado casi dos tercios del subcontinente indio y reinaba soberana sobre los príncipes a los que había permitido la posesión de lo que quedaba. Es difícil creer que una empresa tan gigantesca llevada a cabo a lo largo de tanto tiempo no haya obedecido a un vasto plan. Sin embargo,

imperio de Tamerlán (ss. XIV-XV), exclusivamente turco, pero que se autoconsideraba a su vez heredero del imperio mongol (esta vez sí) de Gengis Khan, como Carlomagno se consideró heredero ideal del Imperio romano. [N. del T.]

[d] *Nawab* es lo que en español se llama *nabab*. [N. del T.]

está claro que en un primer momento no hubo una «política india» coherente por parte del Reino Unido. En Londres no había una, sino dos instancias susceptibles de intervenir en los asuntos indios: el gobierno, por un lado, y la «Corte de los Directores», es decir, el consejo de administración elegido por los accionistas de la EIC. Por otra parte, el control que estas autoridades ejercían sobre sus representantes en tierras indias era limitado, pues había que contar con que se tardaba dieciséis meses por término medio para un intercambio de despachos entre Londres y Calcuta, lo que dejaba a los agentes de la compañía una autonomía considerable sobre el terreno. Finalmente, los tres establecimientos ingleses de Calcuta, Bombay y Madrás[e] (las tres «presidencias») eran más o menos independientes unas de otras y mantenían correspondencia con Londres por separado.

Sin embargo, la cadena de mando fue despejándose poco a poco, sobre todo después de la creación en 1784 del *Board of Control* [Oficina de Control], órgano gubernamental encargado del seguimiento de los asuntos de la EIC. Sin embargo, no se podría hablar todavía de una política expansionista clara y continua. La compañía estimaba que tenía menos que ganar y más que perder con las aventuras militares, necesariamente costosas y capaces de desorganizar las redes comerciales, siempre frágiles. Tampoco la opinión inglesa ni el gobierno veían en ello ventajas dignas de interés. La Cámara de los Comunes declaraba en 1782: «La búsqueda de fines de conquista y la expansión de nuestros territorios son medidas contrarias al deseo, al honor y a la política de nuestra nación.» A esto hay que añadir el interminable proceso en 1786, que hizo sensación, contra el gobernador general Warren Hastings por la Cámara de los Comunes, que se basaba, entre otras cosas, en el hecho de haber realizado guerras injustificadas. No obstante, con el tiempo, los partidarios de la expansión fueron cada vez más numerosos. Se justificaban con tres argumentos principales: la necesidad de defender las fronteras de los territorios ya anexionados, los beneficios que podían derivarse para el comercio y las empresas británicas y, finalmente, las supuestas ventajas derivadas de las conquistas «civilizadoras» para las poblaciones sometidas. E incluso, en tiempos de la tercera guerra contra Mysore[f] (1790-

[e] La ortografía de Calcuta (Kalikātā en bengalí) se debe a los ingleses, que pronunciaban más o menos Calcata; en español se mantuvo la grafía inglesa pero se pronunció a la española. Bombay, que es forma portuguesa, es hoy Mumbai (Mumbai en marathi). Madrás mantiene en español, más o menos, la pronunciación Madrās en telugu). [N. del T.]

[f] Mysore es la forma inglesa, que se ha aceptado así en español. En kannada es Maisur. [N. del T.]

1792) se vio aumentar en el Reino Unido un verdadero impulso de exaltación nacionalista. Las notorias simpatías de Francia por el adversario indio del momento, Tipu Sultán, no eran ajenas a ello, ciertamente, pero la opinión británica no volvió a oponerse nunca más de forma unánime y duradera a las conquistas militares ni a las anexiones en la India, lo que no quiere decir que la política de expansión no haya dado lugar siempre, tanto en la colonia como en la metrópoli, a vivos debates, e incluso a verdaderos conflictos internos, a causa también de las muy costosas incidencias presupuestarias de las operaciones militares.

Eran estas fuertes reticencias iniciales ante la expansión en la India las que daban una base a la antigua tesis según la cual la EIC había sido constreñida a transformarse en potencia territorial para defenderse de la inseguridad causada por la descomposición del Imperio moghol y para responder a las actividades concurrentes de la Compañía Francesa de las Indias, que Dupleix y sus sucesores manejaban hábilmente gracias a un contexto revuelto. De acuerdo con esta tesis la compañía británica, al verse dueña de Bengala en 1757, habría tenido que seguir, a su pesar, por la vía de la conquista, pues las fronteras se veían amenazadas por los Estados indios vecinos, que estaban modernizando sus ejércitos con la ayuda de mercenarios franceses. Resumiendo, en la India los británicos no habrían sido más que actores, sin duda los más brillantes, en una obra que ellos no habían escrito.

Esta interpretación ha sido seriamente desacreditada por las investigaciones recientes, las cuales han atenuado considerablemente las afirmaciones referentes a la anarquía que habría acompañado al declive del Imperio moghol. Este panorama dramático, lleno de estereotipos de las crónicas musulmanas de la época, fue cultivado por la historiografía colonial para resaltar los contrastes entre la situación anterior y la instaurada por la *pax britannica* impuesta a la India después de la conquista. Los estudios de historia regional llevados a cabo en los últimos veinte años han revelado un paisaje mucho más diverso. Hubo, sin duda, numerosos desórdenes violentos y destrucciones en diferentes partes del subcontinente indio a lo largo del medio siglo que siguió a la muerte del emperador Aurangzeb en 1707, pero Bengala próspera comercialmente y, dirigida con mano firme por sus gobernantes, pudo zafarse en gran medida. Sin embargo, fue precisamente en Bengala donde comienza la conquista colonial. Por otro lado, se sabe hoy que los Estados premodernos del subcontinente indio tenían en general estructuras descentralizadas con varios niveles de poder intermedio, y las vastas dominaciones unificadoras no han representado nunca más que casos límites más o menos efímeros. Así, la desmembración del Imperio moghol después de ciento cincuenta años de existencia no significaba tanto un hundimiento general

como la vuelta del espacio indio, una vez que la superestructura estatal panindia hubo desaparecido, al régimen de fraccionamiento y de fluidez política, que es el más constante en su historia. Hoy se ha empezado a comprender que los principales Estados regionales que sustituyeron al Imperio moghol estaban, en la época de la conquista colonial, en pleno proceso de modernización capitalista comparable en más de un aspecto a los que afectaban a los reinos de la Europa occidental en la misma época. Así pues, el cuadro de marasmo generalizado que se asocia tradicionalmente a la coyuntura política del siglo XVIII ya no es creíble en absoluto. Fragmentación y prosperidad económica, por otro lado, han coincidido frecuentemente en la historia india. El Asia meridional era desde el siglo XVI, y seguía siéndolo en el XVIII, el centro de una de las mayores producciones textiles del planeta, que exportaba su producción hacia el este, al sudeste asiático, y hacia el oeste, hasta México. En todas partes hacía una dura competencia a la producción local, incluida la de Europa, y no mostraba entonces retraso tecnológico respecto a Occidente. Sus potencialidades de desarrollo comercial y manufacturero eran considerables, y si no era, como decía la leyenda surgida en el siglo XVII de las narraciones de viaje de Bernier, «la tumba del oro y de la plata» del mundo, sí absorbía un porcentaje sustancial (sobre todo *bullion*[g] de plata), pues vendía mucho y compraba poco. La India, resumiendo, estaba en efervescencia, pero no en el caos, y su economía era próspera.

La dinámica de la expansión

Sin embargo, si no ha habido en un primer momento voluntad expansionista por parte británica en el subcontinente indio, y si la East India Company, enfrentada a las ambiciones coincidentes de la Compañía Francesa de las Indias, no se vio involucrada, a su pesar, en los conflictos internos de una India en plena decadencia, ¿cuál fue, entonces, el motor de la conquista colonial? Cuestión tanto o más inquietante si vemos que hay una paradoja en la conquista, que se produjo cuando el colonialismo de la época mercantilista había entrado en una fase de repliegue general, y cuando el principio mismo de la colonización se veía criticado por las ideas liberales en auge, en particular en los escritos de los filósofos y los fisiócratas. Asimismo, hoy ya no se cree la explicación de la conquista de la India por la necesidad en la que se habría encontrado el Reino Uni-

[g] *Bullion*: en inglés, oro y plata en lingotes. [N. del T.]

do de abrirse mercados, pues se hallaba en la fase ascendente de su Revolución Industrial. La India fue conquistada antes de que el comercio mundial se viese transformado por la llegada masiva de los productos de la industrialización. En concreto, la competencia de los textiles fabricados del Lancashire no se hizo seria en la India hasta finales de la década de 1820. Ciertamente, la India conquistada proporcionó a esta producción magníficas salidas, pero la conquista no se llevó a cabo para proporcionárselas. La EIC pertenecía a la edad del mercantilismo y su objetivo a mediados del siglo XVIII seguía siendo aumentar su participación en el muy antiguo comercio entre la India y Europa. La verdadera respuesta al problema ha de buscarse en la propia India, y por el lado del comercio que los europeos practicaban allí por su propia cuenta. Desde finales del siglo XVII la EIC había renunciado prácticamente a controlar el comercio «de la India en la India», realizado a título privado por sus representantes, al margen de sus funciones mercantiles oficiales, y también a tratar de impedir a los británicos que no eran empleados a ir a la India para dedicarse a los negocios «fraudulentos» con otras partes de Asia. Aunque seguía manteniendo de manera inflexible su monopolio comercial entre la India e Inglaterra, toleraba la actividad que estos europeos desarrollaban para ellos mismos y con sus propios barcos a lo largo de las costas de la India y a través del océano Índico.

Tras la demostración de fuerza de Plassey, Clive destronó al nabab de Bengala, Siraj-ud-Daula, sustituyéndolo por su general, Mir Jafar, con el que había conspirado a cambio de una enorme suma de dinero para él y de primas importantes para otros agentes civiles y militares de la compañía. El ascendiente militar y político así adquirido abría a la empresa privada británica, acostumbrada a operar a la sombra de las franquicias obtenidas por la compañía desviándolas ilícitamente en su propio provecho, un campo de actividad nuevo y extremadamente rentable, es decir, el comercio interior de Bengala. Los ingleses invirtieron rápida y masivamente en este sector de actividad por métodos muchas veces brutales. La producción de sal, opio y nuez de betel del país pasó así, casi del todo, bajo su control a lo largo de la década de 1760. No era nada nuevo el hecho de que unos europeos en la India utilizasen la coerción hacia los artesanos o agricultores a los que (por medio de los comerciantes indígenas) concedían adelantos sobre la producción o la cosecha para poder constituir la carga de sus barcos; ni tampoco que se apoderasen de la persona o de los bienes de los comerciantes que no cumplían sus compromisos; ni que infringiesen los monopolios impuestos por los poderes indios locales, a los que estafaban para no pagar las tasas sobre el comercio. La compañía era ducha en la gestión de las relaciones de poder con los poderes indígenas, pero a mediados del siglo XVIII, con

las fuerzas formadas para luchar contra la competencia francesa, sus agentes en la India disponían de medios navales y militares suficientes como para hacer frente a conflictos de más envergadura y resolverlos en su propio beneficio. No obstante, los empresarios privados se aventuraban más que la propia compañía y comerciaban con las mercancías más variadas, no dudando en conseguirlas en lugares lejanos del interior si era necesario. Por consiguiente, su actividad constituía potencialmente un factor mucho más temible de conflictos con los poderes indios. Los agentes de la EIC se dedicaban todos ellos, incluido el gobernador, a los negocios privados, y todos contaban con esta actividad para regresar al Reino Unido con una fortuna. No es extraño, pues, que las necesidades de este sector de su actividad hayan tenido un gran peso en el modo en que gestionaban in situ los asuntos de la compañía. Además, la autonomía de la que gozaban respecto a las autoridades de Londres les permitía practicar continuamente la política del hecho consumado, alegando que era imposible, en una coyuntura política y militar siempre fluctuante, esperar un año y medio para tomar una decisión.

Ahora bien, los progresos del control británico sobre el país multiplicaban las posibilidades de beneficio privado, permitiendo el retroceso de los monopolios de los poderes indígenas, desafiar las normas aduaneras y los tribunales, pedir préstamos convenientes e invertir imponiendo condiciones a sus socios indios. Por otro lado, se habían multiplicado las ocasiones de beneficios paralelos, y los agentes de la EIC sacaban partido de sus intervenciones oficiales como si fuesen favores privados. Fue la multiplicación de tales abusos lo que proporcionó un pretexto al nabab de Bengala para tomar las armas contra la compañía en 1763, una vez asegurada la alianza del reino de Audh (que se escribe también Oudh) y la del emperador moghol —que por estas fechas ya no ejercía en Delhi más que un poder puramente local, aunque gozaba todavía de un ascendiente simbólico inmenso en toda la India—. La coalición fue derrotada en Buxar en 1764. Al año siguiente la compañía obtuvo la gestión civil y fiscal (*diwani*) de Bengala, y el trono recayó sobre un nabab menor, completamente sometido y dependiente de aquélla. Semejante situación, que le daba de hecho el control directo de toda la administración —incluida la justicia civil—, la autorizaba a recoger los beneficios del poder sin tener ninguna responsabilidad oficial. Esto permitía ya a la compañía financiar sus gastos civiles y militares, y la compra de sus mercancías, con los ingresos fiscales del país. Por si fuera poco, en vez de tener que someterse a la ley del mercado para adquirir las mercancías de exportación, iba a poder obligar a los artesanos y otros productores a proporcionárselas a precios que fijaría la propia compañía. Es precisamente este tipo

de ganga mirífica la que Dupleix había utilizado como señuelo ante sus mandantes parisinos para justificar sus empresas indias, antes de que terminasen por desaprobarlas.

Un campo de acción mucho más vasto que en el pasado se abría ya a los negocios privados europeos. Un joven inglés, astuto y suficientemente osado como para hacer frente a los altos riesgos de su estancia en la India, podía amasar una fortuna en Bengala en pocos años. Teniendo en cuenta que los europeos sólo iban a la India para ganar dinero, y como los negocios individuales y la rentabilización de las posiciones de poder con fines de enriquecimiento personal eran los medios más seguros para hacer fortuna, la EIC acabó siendo, con el tiempo, nada más que «una concha que cubría los intereses privados»[1]. Es la lógica de los intereses privados la que constituyó el verdadero motor de la expansión colonial inicial en Bengala: se trata de lo que se ha llamado frecuentemente «subimperialismo» de los agentes de la EIC. La misma lógica presidió al control inglés sobre otras regiones marítimas del subcontinente, comenzando por Coromandel en 1763, y luego en la India occidental (Malabar, Gujerat), por instigación de los negociantes de Bombay. Las autoridades de Londres, sin duda, no buscaban conquistas territoriales, pero no disponían de ningún control previo sobre la política que sus responsables llevaban a cabo en su nombre en la India, ni sobre el modo en que utilizaban sus tropas en el día a día. Incluso si tales representantes no tenían a priori grandes planes de conquista, no por eso dejaban de imponer a los gobernantes locales, por la fuerza o con amenazas, acuerdos constrictivos, junto a concesiones fiscales, privilegios comerciales y derechos de control o restrictivos sobre los productores, los comerciantes y los financieros que en un primer momento les arrebataban una parte de su poder. Así terminaban por someterlos de manera más o menos total, o los suprimían pura y simplemente.

Más adelante, cuando los ejércitos británicos comenzaron a llevar su actividad desde las zonas costeras río arriba por la cuenca del Ganges y hacia las regiones centrales del Deccán, es cuando se da una dinámica más compleja. Ahora ya entraban en liza con claridad consideraciones políticas y militares propiamente dichas. Por un lado, se trataba de la necesidad de garantizar la estabilidad de las regiones contiguas a las que ya controlaba la EIC y contrarrestar la amenaza —en parte imaginaria— de las maquinaciones de Francia en los

---

[1] E. Stokes, *The Peasant Armed: The Indian Rebellion of 1857*, Clarendon Press, Oxford, 1986.

Estados indígenas del interior. Por otro lado la compañía, para evitar la bancarrota, tenía que lograr perentoriamente financiar los crecientes gastos militares a costa de los ingresos fiscales del país, como ya había empezado a hacer, incluso antes del cañoneo de Plassey, en tiempos de las hostilidades contra los franceses en el Carnatic, en la costa este del Deccán. La EIC había firmado un acuerdo con un pretendiente al trono de este reino, en virtud del cual aquélla le proporcionaría tropas a condición de que le garantizase su mantenimiento asignándoles ciertos recursos fiscales. La compañía firmó cada vez más acuerdos de este tipo a lo largo de los decenios que siguieron. Ahora bien, cuando un soberano indio que hubiese asignado de este modo la recaudación de los impuestos de uno o de varios de sus distritos a la EIC era incapaz de recaudarlos de manera efectiva, rápida y regular, entonces la compañía se sentía tentada de asumir ella misma la administración fiscal del territorio en cuestión. Así, la compañía se anexionó vastos distritos del Carnatic en 1760, cinco años antes de poner en sus manos la gestión fiscal de todo Bengala. A fines de la década de 1770 las sangrías que ésta llevaba a cabo a costa de las finanzas del reino de Audh, protectorado de hecho al que utilizaba de Estado-cojinete ante la Confederación Maratha, se aproximaban asimismo a la mitad del monto de los impuestos fiscales del país. Tales ingresos contribuían, entre otras cosas, a la financiación de las hostilidades contra el reino meridional de Mysore, al igual que una parte de los ingresos fiscales de Bengala servían para pagar la defensa de Madrás y Bombay. Sobre Audh ya se habían volcado los empresarios privados europeos, agentes de la compañía o negociantes fraudulentos, dedicados al comercio de exportación de telas de algodón, añil, nitratos y azúcar, que se portaban como en país conquistado, saltándose desvergonzadamente leyes y reglamentos, y provocando repetidos conflictos entre el nabab y sus súbditos, lo que traía consigo nuevas intervenciones. Es este engranaje económico-político lo que convirtió paulatinamente a la EIC, de compañía comercial en un principio, en un actor diplomático y militar, luego en una máquina de recaudar impuestos y, finalmente, en un poder territorial.

A comienzos del siglo XIX (1805) la EIC era dueña ya de un vasto imperio indio gobernado directamente (las tres cuartas partes de la llanura del Ganges, toda la fachada marítima oriental, una parte del Deccán meridional y de la costa oeste), y reinaba indirectamente sobre grandes reinos vasallizados, como el Audh y Mysore. Había adquirido el imperio en medio siglo, por medio de una combinación empírica de medios de presión económicos, diplomáticos y militares, puestos en marcha sin planes preconcebidos, según iban surgiendo las necesidades y las oportunidades de la coyuntura política, y con una óptica do-

minada durante mucho tiempo por las preocupaciones prioritarias de los intereses del comercio. El papel de las campañas militares y de las batallas campales no había sido menor, pero había quedado limitado por las reticencias financieras permanentes de la compañía, que no incluía en sus planes la expansión territorial y que, en lo posible, trató de hacer coincidir sus gastos militares con los presupuestos de los Estados sometidos. Finalmente, sólo había aceptado los enfrentamientos bélicos —que, por otro lado, oponían entre sí a ejércitos indígenas— cuando se veía obligada a ello por sus adversarios, prefiriendo, en cambio, imponerse, siempre que fuese posible, por medio del juego combinado de las presiones políticas y de la colaboración interesada de ciertos sectores de las élites principescas, financieras o comerciales locales. En la India, como en el resto del mundo colonizado, la conquista colonial había sido fruto de una mezcla de violencia e intrigas. El papel de los colaboracionistas indígenas en el éxito de la EIC se convirtió para las generaciones posteriores indias en la causa de una herida secreta, que hoy todavía no ha desaparecido del todo.

El «Company Raj»

El carácter del régimen

El hecho de que una compañía de mercaderes, cuya meta principal era necesariamente el beneficio, gobernase un imperio territorial que podía explotar de manera irresponsable, era una incongruencia que provocaba críticas continuas en el Reino Unido, e incluso, en ciertos casos, verdaderas campañas de la opinión pública. Sin embargo, en la segunda mitad del siglo XVIII el gobierno británico no deseaba en absoluto asumir la peligrosa conducción de estos lejanos asuntos, cuyo imprevisible curso podía tener graves repercusiones políticas. Temía además que el coste de la defensa de las posesiones indias llegase rápidamente a ser superior a los beneficios que reportaban. Así pues, el Parlamento, periódicamente, prorrogaba la carta de la EIC cuando había que renovarla, pero imponiéndole, en 1767, a título de participación en los beneficios y como precio de la mansedumbre gubernamental, el pago de un tributo anual apropiado. El monopolio del comercio con Asia que la carta reconocía a la EIC estaba resultando cada vez más un anacronismo en esta época caracterizada por el ascenso y luego la consagración del liberalismo político y económico. No obstante, el engranaje político-militar de la conquista era caro, la compañía se encontraba muy endeudada, y los accionistas tenían que recibir los dividendos pues, si no era así,

se corría el riesgo de que rompiesen su compromiso con la gestión de la India. La gravedad de los rumores y la amplitud de las polémicas suscitadas por los abusos de los negocios privados europeos en Bengala, la denuncia de las guerras de conquista atribuidas a la mera avidez, y los procesos sensacionalistas a los que debieron enfrentarse los altos responsables de la Compañía, como Clive, Verelst o Warren Hastings a su vuelta a la metrópoli, exigieron que, como mínimo, el gobierno británico estableciese procedimientos de control político permanente sobre los asuntos indios.

Éste fue uno de los objetivos de la *Regulating Act* [Ley Reguladora] de 1773, primera afirmación de un derecho de control parlamentario sobre las actividades de la compañía, y luego la *India Act* [Ley de la India] de 1784, que imponía a la EIC una tutela gubernamental efectiva. El primer texto colocaba a las tres presidencias, hasta ese momento autónomas, bajo la supervisión única de un gobernador general nombrado por cinco años que residía en Calcuta (entonces Fort William). Con éste colaboraba un consejo de cuatro miembros, en el que no tenía voto decisivo, por lo que podía ser puesto en situación minoritaria. El resultado, durante los primeros años del proconsulado de Warren Hastings (1772-1785), fue una oposición interna feroz y paralizante. La segunda ley rectificaba el tiro otorgando al gobernador general el poder de pasar por encima de la oposición de su consejo, lo que le daba una autoridad más efectiva sobre las presidencias de Madrás y Bombay, aunque le prohibía declarar la guerra sin acuerdo de los directores de la EIC. Ésta instituyó en Londres un consejo de vigilancia política de tres miembros, el Board of Control [Oficina de Control], que se encargaba de establecer, de acuerdo con los directores de la compañía, las grandes directrices de la política india (sin tocar las cuestiones comerciales), y cuyo presidente era miembro del gobierno. Naturalmente, el gobernador general estaba obligado a aplicar las decisiones del Board, pero, de hecho, conservaba una gran amplitud de decisión debido a la lentitud de las comunicaciones entre la India y el Reino Unido. Las órdenes que le llegaban de Londres —donde conocían mal el contexto local— solían adaptarse de forma no adecuada o bien no eran aplicables porque habían quedado superadas. El gobernador se veía obligado, siempre, a decidir y a zanjar entre los puntos de vista a veces muy divergentes de los altos responsables civiles y militares y de los grupos de presión de la colonia, sin esperar a verse cubierto. Con todo, la responsabilidad última, aunque distante, del Parlamento británico en la conducción de los asuntos de la India estaba ya instituida irreversiblemente. Cuando hubo de renovarse la carta de la compañía en 1793, la presión de los intereses comerciales convergentes de ésta produjo una neta flexibilización de su

monopolio, aunque no todavía su supresión: se vio obligada desde ese momento a hacer sitio en sus calas a las mercancías de los particulares. Sólo en 1813, en un contexto profundamente transformado, cuando la EIC era ya, en la India, desde hacía mucho tiempo, una vasta estructura de gobierno, los defensores del libre comercio obtuvieron la abolición del monopolio, al menos en lo que se refería a los intercambios con la India (pero subsistía para los negocios con China, que constituían desde hacía tiempo la principal fuente de ingresos comerciales de la compañía). De hecho, la EIC cesó toda actividad comercial con el subcontinente indio cuando se renovó de nuevo su carta, en 1833. Desde este momento hasta su abolición en 1858 no constituyó nada más que un órgano gestor de la India que operaba por cuenta de la Corona británica.

Los británicos habían llegado a la India como comerciantes. Cuando tuvieron que ocuparse también de funciones de gobierno desde 1765, dieron cada vez más prioridad a la recaudación de los impuestos, y la *ultima ratio* de las orientaciones políticas y de los métodos de gestión administrativa que aplicaron se convirtió en la necesidad de garantizar y, si era posible, mejorar el rendimiento fiscal de la colonia. Todo responsable colonial, para no quedar desautorizado, debía poder justificar las iniciativas sobre la base de esta exigencia primaria y, en un último análisis, se juzgaba la actividad de cada administrador con referencia a este criterio, que el gobernador general Cornwallis definía de esta manera en 1793: «Hacer que la posesión del país sea tan ventajosa como sea posible para la East India Company y para la nación británica.» Es cierto que a partir de la década de 1820 se comienzan a ver planes reformadores nuevos que se superponen a este objetivo fiscal de base, pero no deja por ello de ser fundamental, pues era evidente que la gestión colonial de la India, entendida de una vez por todas como factor de progreso para ésta, debía ser financiada por su propia fiscalidad, sirviendo al mismo tiempo a la grandeza y a los intereses económicos del Reino Unido. Durante la fase más activa de la conquista, es decir, hasta la década de 1810, la defensa de los ingresos de las provincias pasaba en primer lugar por su protección contra los Estados indígenas hostiles y por la guerra contra éstos. Era frecuente que en esos años los gastos militares superasen el 40 por ciento de los ingresos presupuestarios del gobierno colonial. Posteriormente se estabilizaron en aproximadamente un tercio.

Para recaudar los impuestos en las regiones que iban cayendo bajo su control, y de forma más general, para administrarlas, la compañía debía desarrollar un aparato de gobierno. Y fue la pequeña burocracia mercantil, estricta-

mente jerarquizada por antigüedad en administrativos, corredores y comerciantes, la que se adaptó a las nuevas tareas, es decir, al hecho de hacerse cargo de las funciones de gestión de los Estados regionales surgidos de la desmembración del Imperio moghol, del que se habían perpetuado en todas partes sus poderosas tradiciones de gobierno. Mantener un ejército, conservar el orden, recaudar impuestos, impartir justicia: tales eran las amplias responsabilidades que la EIC tenía que asumir en este contexto oriental. Su personal de origen metropolitano, no hay que decirlo, representaba en un primer momento sólo una exigua superestructura que culminaba un aparato gubernamental completamente indígena. El control de la conducta de los asuntos al más alto nivel, sin ninguna duda, no era ya, en el mismo grado que en las cortes principescas anteriores, meta de la competencia entre facciones indígenas. Sin embargo, la compañía no podía prescindir de los servicios de los principales banqueros y comerciantes indios y de la aristocracia de los grandes *zamīndar* (terratenientes), y esta élite indígena continuó, como en el pasado, disputándose el favor de los detentadores del poder, ahora ya británicos, y explotando sus rivalidades internas. En todos los niveles de la estructura, los agentes de la EIC comenzaron por ejercer sus responsabilidades continuando con las prácticas indias anteriores, y buscando, por necesidad, la colaboración de las élites locales. De todos modos, realizaban al mismo tiempo sus nuevas funciones de autoridad y sus planes personales de enriquecimiento rápido, situación que necesariamente generaba corrupción y abusos, pero que se aceptaba de manera oficial. Los salarios que les pagaba la compañía eran mínimos, pues se sobrentendía que podían practicar el comercio privado, y no recibían pensión alguna cuando dejaban el empleo, lo que les impulsaba a enriquecerse rápidamente por todos los medios posibles para asegurarse un porvenir confortable a su vuelta a la metrópoli.

Los historiadores se han preguntado insistentemente por qué los británicos, a lo largo de los decenios que siguieron a la batalla de Plassey, optaron, pese a todo, por desmantelar progresivamente los principados, las estructuras y los procedimientos de la administración indígena, en vez de mantener, como los holandeses en Java, una política de mínima interferencia en el funcionamiento de la sociedad local, en la que se contentaran con obtener por medio de la coacción los productos de la economía del país que antes iban a comprar en él. Su objetivo, como vimos, no podía ser, en esta época, transformar la India en una economía de mercado proveedora de productos en bruto para las necesidades de la Revolución Industrial inglesa. Los británicos buscaban, sin duda, maximizar los rendimientos de la inmensa máquina fiscal india, lo que impli-

caba controlar o eliminar, en lo posible, los mecanismos intermedios. Sin embargo, el proceso sólo se pudo poner en marcha de forma progresiva. No fue hasta la época del gobernador general Cornwallis, en la década de 1790, cuando se manifestó en Bengala una verdadera voluntad de ruptura con el sistema de gobierno precolonial. En la India del sur la reforma administrativa, inspirada por Thomas Munro, no se inicia en realidad hasta comienzos del siglo siguiente. Por otro lado, no había unanimidad en el propio seno de la compañía, ni en la India ni en el Reino Unido, respecto a los principios y métodos de gestión colonial a adoptar. Cada provincia del imperio de la India acabó teniendo su propia «tradición» administrativa, variedad que derivaba del hecho de que los administradores coloniales solían hacer toda su carrera en el seno de la provincia cuya lengua habían aprendido. Estas tradiciones habían surgido en cada región a lo largo de los decenios posteriores a la conquista, por el efecto combinado de la relación de fuerzas ideológicas internas del personal colonial y de las exigencias empíricas impuestas por las coyunturas sucesivas y la naturaleza del terreno.

A veces se ha definido al Company Raj como una especie de despotismo militar, o incluso como un Estado-guarnición, pero es una reducción demasiado simplificadora. Ciertamente, los efectivos de las tropas de la compañía alcanzaban los 115.000 hombres en 1790 y 155.000 en 1805. Era, entre los ejércitos permanentes adiestrados y organizados a la europea, uno de los más grandes del mundo en su época. Es cierto también que los gastos militares consumían una parte muy importante de los presupuestos del Estado colonial y que, a falta de suficiente personal civil, muchos de los empleos europeos de la administración estaban ocupados por militares. Así pues, hay que reconocer el papel fundamental del ejército en el dispositivo colonial, y el papel crucial que desempeñaba en el mantenimiento de la dominación de un grupo ínfimo de británicos sobre 180.000.000 de indios (estimación de la población del subcontinente en 1750), y la convicción general de que su ejército era invencible. Sin embargo, no hay que olvidar que estas tropas eran indígenas en su totalidad, y que su lealtad estaba condicionada por la regularidad del pago de las soldadas —causa periódica de motines—. Más que un régimen de ocupación militar basado en una política de poder, el Company Raj era un sistema burocrático con finalidades de extracción fiscal, apoyado en un ejército mercenario y en la colaboración interesada de al menos una fracción de la élite culta y de los comerciantes. Sobre una parte del territorio indio —aproximadamente un tercio del total al finalizar la conquista—, generalmente menos rica y menos densamente poblada que el resto del sub-

continente, este régimen ejercía sólo una soberanía indirecta, impuesta por medio de tratados a príncipes grandes y pequeños, desmilitarizados y a los que se prohibía la actividad diplomática, pero conservando un margen de autonomía interna bajo la temida tutela de los residentes o de los agentes políticos británicos.

Sin lugar a dudas, este régimen se imponía desde arriba y no tenía en absoluto raíces en la sociedad indígena. En vez de atenuarse, la separación se reforzó con el tiempo. Al principio, la administración de la compañía, como hemos visto, no era más que una prolongación de la de los regímenes autóctonos anteriores. Tras la marcha de Warren Hastings en 1785 los gobernadores generales nombrados en virtud de la India Act de 1784 ya no fueron agentes de la compañía provenientes de sus filas, sino hombres políticos o militares de alta graduación elegidos en la metrópoli. Tales personajes, al carecer de una experiencia anterior en la India, eran mucho menos accesibles y permeables a las influencias indias, y también a los conflictos internos entre las camarillas que dividían al personal británico de la colonia. El servicio administrativo colonial se deshacía gradualmente de sus connotaciones mercantiles y de sus formas de actuación tomadas del mundo indígena. Se impregnaba, en cambio, de un espíritu de cuerpo cada vez más conscientemente británico a medida que se profesionalizaba en sus diferentes ámbitos de competencia, y se iba formando una idea más elevada de su misión y de sus méritos. El cuerpo de administradores civiles (*civil servants*) estaba formado entonces por una media de 400 miembros, y la madeja de reglamentos dispares e improvisados que marcaba su acción fue refundida por el gobernador general Cornwallis en 1793 en un todo coherente. La confusión entre el ejercicio de responsabilidades de gobierno y administración y el comercio privado, que había engendrado tantos abusos y tanta corrupción, quedó prohibida. Como compensación, se aumentaron considerablemente los salarios de los administradores, lo que estaba pensado para alejar el riesgo de corrupción y para permitir el reclutamiento de un personal de mayor nivel. Sin duda, las operaciones comerciales laterales privadas no cesaron de golpe, pero se redujeron y tomaron más bien la forma de inversiones para los negociantes independientes (*private traders*), que la compañía toleraba en la India desde hacía mucho tiempo, aunque en pequeño número. En la época del gobernador general Wellesley (1798-1805), el cuerpo de *civil servants* cambió hacia una actitud de exclusivismo racial respecto de los indígenas, a los que se aplicaba ya la acusación genérica de incompetencia y corrupción que hasta ese momento se dirigía sólo a los miembros del personal británico de la EIC, y que se vieron relegados durante mucho tiempo a los escalones

subalternos de la administración (salvo en la jerarquía judiciaria). Sin embargo, la compañía, para dotarse al menos de la apariencia de una legitimidad política ante los indios, tuvo mucho cuidado en maquillar los procedimientos de gobierno con un simbolismo palabrero y ceremonial que recordaba a los mogholes. Asimismo, conservó hasta 1835 el persa como lengua de la administración —lo que benefició a la élite administrativa culta—, y continuó aplicando a sus súbditos indios el derecho tradicional (hindú o musulmán, según los casos), pero fue anglicanizando paulatinamente los procedimientos judiciales.

Con todo, un marco tan restringido de administradores como el de la compañía no podía gestionar un espacio y una población tan grandes sin remitirse, para la ejecución de las tareas, a una inmensa infraestructura de personal indígena. La unidad administrativa de base era el distrito, cuyo responsable, llamado recaudador (*collector*), tenía por cometido, en primer lugar y como indica su nombre, la organización de la recaudación de los impuestos en su circunscripción, y ejercía asimismo poderes judiciales, aunque esta segunda facultad le era retirada o reasignada alternativamente según prevaleciese la exigencia liberal de la separación de poderes o la preocupación empírica de aceptar una concepción indígena, más global, de la autoridad. En este escalón de base, el contacto con los administrados suponía el conocimiento de los distintos dialectos que los coloniales dominaban mal. El derecho consuetudinario, que variaba hasta el infinito según los distintos lugares, desempeñaba en todas las ramas del gobierno un papel tan importante como la ley escrita. Los procedimientos vigentes solían ser de gran complejidad. Finalmente, la rápida rotación de los titulares de los puestos les impedía adquirir una experiencia profunda de sus circunscripciones. Dependían, pues, para el cumplimiento de sus tareas, y en muy gran medida, de su personal indio: asistentes, oficinistas, contables e intérpretes. Y es este personal técnico ejecutivo el que proporcionó a la administración colonial, en parte, su rostro cotidiano. Esto era todavía más evidente en el caso de los residentes y agentes políticos destinados en los Estados principescos dentro del marco de la administración indirecta. El personal indígena era indispensable y al mismo tiempo impenetrable para el recaudador, que cambiaba demasiado frecuentemente de destino con el fin de poder introducirse en los arcanos, y se ha demostrado que solía ser manipulado sin saberlo dependiendo de las posibilidades locales de prestigio, influencia e intereses que sus empleados buscaban para ellos mismos. En todo caso, no era cuestión de preocuparse excesivamente, mientras este estado de cosas no impidiese el cumplimiento de su ta-

rea prioritaria, que no era la de gestionar el funcionamiento de la sociedad indígena, sino la de hacer que se pagase el impuesto y mantener el orden para estabilizar el rendimiento.

La fiscalidad

En efecto, a medida que la EIC se transformaba en una potencia territorial, el impuesto sobre la tierra, que seguía siendo con mucho la principal fuente de ingresos del Estado, se fue convirtiendo en la piedra angular de su presupuesto. Esta situación duró largo tiempo: todavía a mediados del siglo XIX la mitad de las entradas del gobierno colonial provenían de esta fuente, y si se incluyen los beneficios del monopolio del opio y los derechos de aduana sobre las exportaciones de los productos agrícolas, la contribución de la agricultura a los ingresos del Estado representaba aproximadamente un 70 por ciento del total. Al padecer un déficit presupuestario crónico, la compañía, cuando hubo adquirido el *diwani* de Bengala, se afanó por extraer del país los mayores beneficios posibles. Sin embargo, en 1765 no tenía los medios ni las competencias necesarias para recaudar el impuesto por ella misma, por lo que confió la tarea a los apoderados indios. Al no haber nadie que les controlase, se acabó sospechando que los delegados presionaban al campesinado para enriquecerse a su costa desviando en provecho propio una parte del producto de los impuestos. El gobierno de Warren Hastings decidió en 1772 que podía prescindir de aquéllos y crear su propia estructura de percepción fiscal. Así pues, en cada distrito nombró a un recaudador inglés. Estos recaudadores comenzaron por otorgar la recaudación del impuesto al mejor postor, pero el producto fiscal siguió siendo muy bajo, y además el campesinado se vio sometido a sacrificios onerosos por los especuladores que disponían del impuesto en firme. Finalmente, tras una larga reflexión, se decidió recaudar el impuesto directamente a costa de los zamindar, es decir, de los grupos dominantes y jefes locales que reinaban en el medio rural desde la época de los mogholes, a los que se reconoció la propiedad plena y entera del suelo según el espíritu moderno. El monto de la tasa se fijó de una vez por todas un 90 por ciento del producto total de los cánones de la tierra que los campesinos entregaban. Se pensaba que los zamindar no tardarían en invertir en la tierra, pues todo superávit de beneficio iría a ellos integralmente: se esperaba que en Bengala se produjese una revolución agrícola a la inglesa. Este *Permanent Settlement* [Arreglo Permanente] se promulgó oficialmente en 1793 y se aplicó a los territorios de administración directa de la época, es de-

cir, a toda la India oriental (la presidencia de Calcuta) y también la costa de los Circars y a una fracción del país tamil, que constituía entonces toda la presidencia de Madrás.

Esta solución, sencilla y barata, resultó una mala idea. Los zamindar, a quienes la ley colonial reconocía ya todos los derechos de los propietarios pero sin garantizar eficazmente los derechos de los agricultores que trabajaban para ellos, se portaron menos como empresarios que como rentistas de tierras, aumentando todo lo posible el peso de los cánones impuestos a sus arrendatarios. Sólo en la segunda mitad del siglo XIX comenzará a tomar cuerpo una verdadera legislación que protegía los derechos de los arrendatarios, pero seguirá siendo inoperante en gran medida para la masa de los pequeños agricultores, mientras que la continuada reducción de las tierras hacía que su resistencia fuese difícil. Para la inmensa población rural de la India oriental esto supuso la verdadera maldición de la época colonial, de la que nunca más se rehízo. Finalmente, el Estado colonial, al congelar el monto del impuesto, se vio privado de antemano de recaudar a través del mismo su justa porción del crecimiento tendencial de los precios y de las rentas agrícolas, de modo que la tasación de la tierra, en las zonas del *Permanent Settlement*, acabó siendo insignificante con relación al valor de las propiedades y de su producto, lo que representó el mayor beneficio para los propietarios.

El error no se repitió en las conquistas posteriores. En la presidencia de Madrás —conjunto de conquistas que se terminaron en 1802 bajo lord Wellesley con el aplastamiento final de Mysore y varias anexiones—, la base tributaria de los impuestos de la tierra se fijó con los propios dueños de las explotaciones (*raiyat*), y se estableció que sería revisada a intervalos regulares, por lo general cada treinta años. Se trata de un sistema del mismo tipo que el instaurado en los territorios de la India occidental conquistados a los marathas en 1818, y que fueron unidos a algunas conquistas anteriores para formar la presidencia de Bombay. Finalmente, en la mitad septentrional de la llanura del Ganges, anexionada prácticamente entre 1801 y 1803, como en Pendyab, conquistado en 1849, y en el reino de Audh, anexionado en 1856, el impuesto se estableció solidariamente con cada comunidad aldeana, y sus miembros quedaron encargados de repartir entre ellos las cargas fiscales, de acuerdo con las tradiciones comunitarias supuestas del campesinado local. La base tributaria de la tierra fue sometida asimismo a una reevaluación periódica.

De manera general, parece ser que el nivel de tasación impuesto inicialmente por la EIC en las regiones conquistadas fue muy elevado. No obstante, suele resultar difícil descubrir cuáles eran las tasas impositivas fijadas por los regímenes anteriores en esas mismas regiones, y las cifras oficiales, cuando se co-

nocen, no nos dicen nada sobre el porcentaje que se deducía realmente de estos montos teóricos. Por otro lado, es difícil medir con exactitud el impacto que la demanda fiscal británica haya podido tener sobre la masa de cultivadores directos de la tierra. La demanda reposaba en buena medida en los intermediarios, ya fuesen los zamindar, los raiyat en las zonas *raiyatwari* (que solían ser campesinos acomodados que empleaban a arrendatarios) o las comunidades con explotaciones en las zonas *mahalwari* (*mahal*: ámbito fiscal). Los intermediarios, evidentemente, descargaban las cargas fiscales sobre los campesinos, bajo forma de alquileres de la tierra y de ingresos anejos, legales o ilegales, arreglándoselas para obtener un margen de beneficios. El problema es saber si los dueños de la tierra disponían de ascendiente suficiente en sus aldeas como para asegurarse márgenes sustanciales e imponer, llegado el caso, cuando la coyuntura agrícola era adecuada, aumentos de los alquileres o nuevos ingresos. La respuesta variaba según las regiones y, en cada una, de una aldea a otra, sobre todo en función de las capacidades de resistencia del campesinado local y de su aptitud a sacar partido de la ventaja que para aquél representaba, en esta época, la relativa escasez de mano de obra. Y la respuesta varió sobre todo a lo largo del tiempo, a medida que el crecimiento demográfico (muy accidentado hasta comienzos del siglo XX, pero de tendencia positiva), al hacer escasear la oferta de tierras al tiempo que la mano de obra se incrementaba de manera notable, permitía al dominante imponer sus condiciones con más facilidad. En otros términos, la base tributaria de los impuestos de la tierra se estableció, indiscutiblemente, a un nivel demasiado elevado en todas las regiones durante los primeros decenios, tras las sucesivas anexiones, pero la tesis nacionalista, según la cual su incidencia sobre el nivel de vida de las masas rurales habría resultado masiva y uniformemente más gravosa que bajo los regímenes indígenas anteriores (y de ahí un agravamiento de las hambrunas) es muy difícil de demostrar. Por otro lado, a partir de la década de 1840 el gobierno se comprometió claramente con una política de reducción de tasas imponibles sobre la tierra en las regiones en las que la base tributaria se revisaba periódicamente. El gobierno había comprobado, en efecto, que el total de los ingresos fiscales aumentaba en este caso en vez de disminuir, puesto que los propietarios se retrasaban o desaparecían con menos frecuencia, y se mostraban más dispuestos a emprender tareas de roturación que permitían aumentar la superficie de tierras imponibles. El efecto más negativo de la situación colonial en este campo residió menos, quizá, en el monto de las deducciones fiscales que en la situación de vulnerabilidad agravada en la que colocó a los más pobres ante las exigencias de los dominantes, dando a estos últimos derechos de propiedad sin proteger realmente los

derechos de sus arrendatarios, instituyendo tribunales cuyos procedimientos sólo una élite podía comprender, además de disponer de los medios financieros para utilizarlos (para hacer devolver a sus dependientes), perpetuando en fin una infraestructura de policía rural mal pagada, muchas veces venal y que se inclinaba siempre del lado del más fuerte.

Sea como sea, el rendimiento fiscal de la colonia tenía unos límites que era razonable no tratar de franquear. El producto de los impuestos había permitido, desde 1765, aumentar considerablemente el volumen del comercio de la EIC con la metrópoli, y luego se había convertido en el fundamento financiero de la dominación política y militar del país (es, pues, el propio contribuyente indio el que financió la prosecución de la conquista colonial). Tras la abolición del monopolio de los intercambios con el Reino Unido, en 1813, el impuesto siguió siendo lo que permitió adquirir, en la India, el valioso opio que partía hacia China para su venta (ilegal), donde financiaba las compras de té con destino a Londres, tráfico que, desde este momento, constituyó la principal fuente de beneficios comerciales de la compañía hasta la abolición total de su monopolio en 1833. Este maná fiscal proporcionaba, pues, al Reino Unido, un instrumento estratégico para el despliegue de su influencia y de su comercio en el resto de Asia. En efecto, fueron las tropas indias de la EIC las que, entre 1820 y 1850, al tiempo que terminaban la conquista del subcontinente con la anexión del Sindh (1843) y del Pendyáb (1849), fueron lanzadas contra Afganistán, empleadas en Birmania (cuya anexión, escalonada, comenzó en 1826) y contra la península malasia, e intervinieron en el golfo Pérsico, en Arabia y en Mesopotamia y, finalmente en China junto a las tropas metropolitanas, es decir, en empresas expansionistas en las que figuraban casi siempre motivaciones comerciales concretas. Había que evitar, pues, matar la gallina de los huevos de oro por medio de una presión fiscal insoportable. Incluso se ha calificado de paternalista la ideología subyacente a los regímenes de propiedad e imposición fiscal sobre la tierra llamados *raiyatwari* y luego *mahalwari*, que triunfaron después del abandono del principio del *Permanent Settlement*, queriendo significar con ello que encarnaban una preocupación por la equidad y por el respeto de las tradiciones locales. Por otro lado, pronto, y hasta el final de la época colonial, el gobierno se presentó como protector de las masas trabajadoras del medio rural frente a los abusos de sus amos indígenas. Por desgracia, el liberalismo dominante, la prudencia política y el conservadurismo social de la administración colonial retrasaron, hasta la segunda mitad del siglo XIX, la puesta en funcionamiento de leyes realmente capaces de frenar la propensión de los propietarios a la multiplicación de in-

gresos y a las expulsiones abusivas de los arrendatarios. Y por muy equitativa que pretendiese ser, no por ello la política fiscal colonial dejaba de servir para financiar una dominación extranjera, cuya única meta, en un primer momento, y uno de sus objetivos más importantes hasta el final, era la explotación comercial del país.

La explotación del país

La India, hay que repetirlo, no fue nunca una colonia de poblamiento. Se consideraba que las condiciones climáticas y sanitarias eran letales para los europeos, cuya esperanza de vida media en Bengala, en 1760, no superaba los cuarenta años. La aventura india podía proporcionar pingües beneficios, pero a condición de que se pudiese salir con vida. La población británica en el subcontinente indio se componía preponderantemente de elementos metropolitanos temporalmente asignados a empleos militares o civiles, y sus efectivos fueron siempre microscópicos con respecto a la población del país. A finales de la década de 1820 no comprendía más que 35.000 soldados, 3.500 administradores y 2.000 inmigrantes que ejercían actividades privadas, entre los cuales los británicos nacidos en la colonia no eran más que una exigua minoría. La India era más bien, por retomar la vieja (y reduccionista) clasificación binaria de los regímenes coloniales, lo que se denomina colonia de explotación. Esta explotación, sin embargo, cambió progresivamente de naturaleza a medida que la economía británica se iba alejando de la era del mercantilismo para entrar en la del capitalismo industrial. A comienzos de la década de 1760 la EIC invertía cada año en la India unas 400.000 libras esterlinas en *bullion* importado en la compra de su mercancía de exportación. Cuando la compañía adquirió el *diwani* de Bengala comenzó financiando el aprovisionamiento con las recaudaciones fiscales del país, a costa del cual recaudaba de este modo un verdadero tributo. A finales de la década de 1770 las inversiones comerciales anuales superaban netamente el millón de libras, y luego no dejaron nunca de oscilar en torno a esta cifra. Este estancamiento relativo, que no reflejaba en absoluto las fluctuaciones de la demanda mundial de los productos en cuestión, se explicaba en parte, pero sólo en parte, por las dificultades que había para obtener con qué aumentar masivamente el volumen de los cargamentos en el contexto todavía preindustrial de Bengala. La causa principal era que los ingresos fiscales de la provincia quedaron pronto absorbidos por completo por las cargas del gobierno territorial y los gastos militares, por lo que la compañía, desde ese momento, se vio obligada, para financiar sus inversio-

nes, a recurrir a préstamos. Las expediciones anuales eran para ella una obligación casi estructural, que a veces la llevaba a vender con pérdidas a la llegada. En efecto, aquéllas se habían convertido ante todo en un modo de transferencia de fondos necesarios para la financiación de las muy pesadas cargas que abrumaban a la EIC en el Reino Unido (lo que se denominaba las *home charges* [cargas metropolitanas]): compra de suministros, pago de pensiones del personal colonial jubilado, intereses de los préstamos suscritos en Londres y, naturalmente, dividendos de sus accionistas. El comercio privado, tanto antes como después de 1813, operaba, por otro lado, con la misma idea, pues tenía que ver en muy gran medida con las mercancías adquiridas con las economías que los ingleses de la colonia deseaban transferir de esta manera a la metrópoli.

El principal objeto del comercio desde finales del silgo XVII era, pues, el de las lujosas cotonadas de Bengala, de las que la EIC se había convertido en la principal proveedora en Europa y también en Asia y, en particular, en China. Desde 1765 la compañía apostó a sus agentes en los mejores centros de producción textil de Bengala, tolerando que utilizasen métodos coercitivos con el fin de hacerse con la exclusiva de la actividad de los tejedores, transformados de golpe en empleados a domicilio, y poner fuera de juego la actividad económica indígena. Sin embargo, la verdadera competencia vino de la propia industria textil inglesa. Desde finales del siglo XVIII esta competencia comenzó a expulsar a los calicós de Bengala del mercado metropolitano con la ayuda de la protección aduanera que había obtenido el grupo de presión textil de Manchester. Desde la década de 1820, tras haber aprendido a controlar sus costes para ser competitiva, los apartó de sus otros mercados europeos y luego de los asiáticos. Por lo menos, el otro artículo importante del comercio tradicional de la EIC, el hilo de seda, quedó preservado de toda competencia metropolitana. Junto a estas actividades antiguas surgieron otras nuevas. La más notable fue la exportación de índigo (o añil), que la EIC compraba cada año en grandes cantidades a los plantadores privados europeos establecidos en Bengala y en Bihar, con el fin de revenderlo en Londres, desde donde volvía a salir rumbo a toda Europa y más allá. Era entonces la principal de estas mercancías, que le servía para transferir sus fondos a la metrópoli. Los plantadores, que utilizaban a los campesinos para el cultivo del añil a cambio de adelantos de dinero líquido, solían servirse, sobre todo en los primeros tiempos, de la coacción física e incluso de la violencia para que estos cultivadores aceptasen y cumpliesen los contratos. Un recaudador británico del distrito de Fardipur, en Bengala, llegó a escribir: «Ni una sola caja de añil llega a Inglaterra que no esté manchada de sangre humana.»

CIRCULAR DEL GOBIERNO GENERAL DE BENGALA A LOS RECAUDADORES DEL DISTRITO, 13 DE JULIO DE 1810

Recientemente la atención del gobierno se ha visto atraída de manera particular por los abusos y los actos de opresión perpetrados por los europeos que se han establecido como propietarios de plantaciones de índigo[2] en diferentes partes del país [...]. Los delitos comprobados formalmente, cometidos por los plantadores identificados pueden ser clasificados en los apartados siguientes:

1. Actos de violencia que, aunque no responden a la definición legal de asesinato, han ocasionado la muerte de indígenas.
2. Detención ilegal de indígenas, especialmente sometidos a encarcelamiento, con el fin de recuperar sumas supuestamente adeudadas o por otras causas.
3. Formación de grupos de empleados de las añilerías y de gentes de fuera para realizar agresiones y enfrentamientos violentos entre plantadores.
4. Castigos corporales ilegales infligidos a cultivadores y otros indígenas.
   [...] Tomará usted las disposiciones necesarias para verificar sin demora si los plantadores de índigo establecidos en su distrito han establecido cárceles en sus manufacturas y, si éste es el caso, exigirá usted su destrucción inmediata. Si el plantador manifiesta la más mínima mala voluntad para cumplirla, usted informará al gobierno, que le hará saber su expulsión del distrito con orden de presentarse [en Calcuta].

Usted hará lo necesario para impedir la práctica, sobre la que el gobierno posee todos los elementos para pensar que está muy extendida entre los plantadores de índigo, que consiste en la aplicación de castigos corporales a los cultivadores y a otros. Cuando se produzcan estos hechos, y si su gravedad no justifica la aplicación de un procedimiento criminal ante el Tribunal Supremo, usted dará cuenta de ello al gobierno, que decidirá si es conveniente retirar al responsable de estos actos el permiso de residencia en el interior del país.

[2] Los plantadores de añil comenzaron a operar en Bengala en 1777. [N. de la R.]

El azúcar, que era otra de las exportaciones antiguas del campesinado gangético, obedecía a un esquema sensiblemente diferente, pues los negociantes europeos adquirían la mercancía de los comerciantes indios en lugar de tratar directamente con el campesino, y este comercio no alcanzó una amplitud como la del añil debido a la competencia del azúcar antillano en Europa y de los elevados derechos aduaneros que gravaban en la metrópoli al que provenía de Bengala.

Exportando el añil y el azúcar, la EIC vendía productos comprados en gran medida a los empresarios privados. El caso del opio era inverso. Los agentes de la compañía en Bihar, a título de negocio privado, habían logrado suplantar a los mercaderes de opio indios a lo largo de la década de 1760. Por ello en 1773 se decidió colocar este sector de actividad bajo monopolio público, para financiar el comercio del té entre China y la metrópoli. Desde entonces sus agentes, por cuenta propia, trataron con los cultivadores en un marco de producción administrada estrechamente regulado. Las cosechas adquiridas a los campesinos se trataban en sus fábricas, y el producto acabado era vendido finalmente a *traders* privados de Calcuta. Sus *agency houses* (sociedades de corretaje europeas), propietarias de barcos, lo transportaban y comercializaban en China a pesar de las leyes de prohibición locales. Éstas entregaban el producto de las ventas a los agentes de la compañía en Cantón contra letras de cambio libradas a la compañía en Londres. Tales fondos se utilizaban para la compra de los cargamentos de té de China que la EIC exportaba desde allí al mercado británico. El monopolio del opio proporcionaba al Company Raj aproximadamente un 15 por ciento de sus ingresos.

Hay muchas razones para pensar que el desarrollo considerable de este comercio exterior de Bengala a partir de 1765 trajo al país más efectos negativos que positivos. Hasta 1765 la Compañía había pagado los cargamentos en *bullion* importado. Después de esta fecha financió sus inversiones anuales con los ingresos de los impuestos. En cuanto a los comerciantes privados europeos, éstos adquirían sus mercancías con los beneficios acumulados in situ y los salarios (pagados por el Estado con sus ingresos fiscales) que el personal británico les ingresaba a ellos. Así pues, la India era víctima de un notable «drenaje de riqueza» (*drain of wealth*, expresión creada hacia 1900 por los ideólogos del movimiento nacionalista), pues una parte de la riqueza que producía se exportaba así, bajo forma de beneficios comerciales, a lo cual se añadían las *home charges*. Los métodos de producción empleados implicaban recurrir a la coerción extraeconómica en amplia escala en contra de los artesanos, que ya no eran más que asalariados infrapagados, y de los cultivadores, que debían vender sus cosechas con tarifas impuestas. Las regiones interesadas no recogieron ninguno de los be-

neficios que, en un contexto de libre competencia, habrían sido resultado normal del desarrollo de los cultivos de mercado y de la estimulación del empleo. Ninguna de estas actividades productivas ejerció ni un mínimo efecto de incitación sobre la economía del entorno. Estas actividades, en efecto, repercutían en la pequeña agricultura campesina y en la artesanía tradicional, sectores cuyos costes de producción eran muy bajos. Los europeos, que obtenían las mercancías a un precio mínimo para revenderlas a un precio elevado en los mercados exteriores, estaban seguros de conseguir márgenes de beneficio altos. Casi todos los barcos que cargaban estas exportaciones habían sido armados por europeos, principalmente por las *agency houses*. La competencia que ejercían estas últimas incidían negativamente también en el ámbito bancario, al menos en Calcuta, centro de los negocios (los banqueros indígenas seguían siendo predominantes en el interior). Si hubo algunos casos de empresarios indios que pudieron prosperar en el contexto colonial, la competencia del capital europeo era demasiado poderosa como para que una empresa indígena pudiese desarrollarse, tal como las potencialidades capitalistas de Bengala de antes de Plassey parecían anunciar. Finalmente, el crecimiento de las ciudades portuarias coloniales engendraba un sinfín de actividades nuevas, una creciente demanda de productos agrícolas que, sin duda, benefició al campo, pero a expensas de las antiguas metrópolis del interior, que declinaron.

Todavía a comienzos del siglo XIX la actividad comercial de la EIC y de los negociantes privados continuó siendo de tipo mercantilista. Se trataba aún de reexportar por todo el mundo mercancías exóticas de antigua tradición, adquiridas en un medio indígena por métodos experimentados durante siglos. La transformación de la compañía en potencia territorial no había significado más que un cambio de escala: ésta había optado ya por el mercantilismo de Estado. Sin duda, el hecho de que su comercio se convirtiera sobre todo en un método de transferencia de fondos (*remittance trade*) de la India al Reino Unido desempeñó su papel en el mantenimiento de tal anacronismo. Este universo comercial de Antiguo Régimen era extraño a la modernización tecnológica, a la producción masiva, a las prácticas competitivas contundentes de la era industrial, en la cual, por otra parte, la metrópoli estaba ya muy comprometida. Es cierto que el mantenimiento del monopolio de la compañía hasta 1813 representaba un obstáculo infranqueable para la importación de capital británico a la India para el desarrollo de las exportaciones indias. También el contexto de las guerras de la Revolución y del Imperio era desfavorable. Este panorama comenzó a cambiar después de 1815. Inglaterra se convertía en la principal nación industrial y su capital en el primer polo comercial y financiero del planeta. Fue entonces cuando

la India, cuya conquista había terminado básicamente en 1818 con el aplastamiento final de los marathas, empezó a transformarse bajo su influencia en una economía colonial en el sentido moderno de la expresión, es decir, en una economía estructuralmente dependiente, fuente de materias primas para una industria metropolitana en plena expansión, y mercado no protegido para los productos de esta industria, que la reducción de los costes de producción hacía competitivos respecto a las producciones locales. El comercio exterior fue el principal instrumento de la transformación, aun cuando no representaba más que una fracción menor de la actividad económica total del país. No obstante, entre 1815 y la Gran Rebelión de 1857, los intercambios exteriores del subcontinente se multiplicaron por cuatro, tanto en valor como en volumen. Fue en esta época cuando cristalizaron diversas características de la economía y de la sociedad indias que más adelante se interpretarían como rasgos de atraso de origen sociocultural y de obstáculos al desarrollo. Sin duda, no se podría afirmar, teniendo en cuenta solamente las potencialidades de crecimiento indiscutibles que presentaba en vísperas de la conquista, que la India habría seguido la vía del capitalismo y de la industrialización si no hubiera sido colonizada. Sin embargo, una cosa es evidente, en todo caso: el capital indígena, desposeído por el Company Raj de sus antiguas responsabilidades en la gestión fiscal y en el servicio bancario de las monarquías, que le daban amplitud y horizonte, excluido por la acción colonial de las principales actividades de exportación, enfrentado a una insuperable competencia europea en el sector manufacturero, se encontró reducido a un campo de actividad subordinado, el más local y el menos innovador, en el que, por otro lado, prosperó: la tierra, el comercio interior, el préstamo con usura. De este modo, si podemos decirlo así, fue «tradicionalizado».

Los historiadores han debatido durante mucho tiempo la cuestión de la «desindustrialización» de la que habría sido víctima, según los autores nacionalistas, a causa de la dominación económica británica. El declive de la artesanía fue en efecto patente en algunas regiones y en algunos sectores, pero fue ésta la suerte que sufrieron todas las artesanías de exportación en el siglo XIX, y el declive se habría producido del mismo modo en el caso de que la India no hubiera sido colonizada formalmente. Por el contrario, la desindustrialización es casi imposible de demostrar a escala de la economía global y del país en general, a falta de estadísticas de población activa disponible anteriores a finales del siglo XIX. Sabemos que el porcentaje de población artesana respecto de la población total a escala de la India en conjunto siguió siendo elevado hasta el fin de la época colonial, aun teniendo en cuenta las oscilaciones regionales de la cifra. Se trataba en este caso, a decir verdad, de un síntoma más alarmante desde el punto de vista del de-

sarrollo económico de la India colonizada, porque dejaba clara la debilidad del movimiento hacia la industrialización. La India se hallaba atada, ya, con las cadenas de la dependencia económica colonial. No sólo la India servía de mercado para los productos de la industria metropolitana (sobre todo textil), sino que exportaba, semiacabados, productos de su agricultura campesina (índigo, hilo de seda, opio, algodón), financiados en buena medida con inversiones coloniales tomadas de los ingresos fiscales del país, y vendidos en los mercados externos (sobre todo en China) para adquirir importaciones que necesitaba la metrópoli. Esta estructura de explotación comercial triangular sobrevivió a la extinción de la actividad mercantil de la compañía. Por medio de ésta, el Reino Unido imponía cada año a la India una pérdida de capital que era útil al equilibrio de su propia balanza de pagos, en detrimento de la acumulación y de la inversión *in loco*. El dominio de las empresas europeas prohibía a los hombres de negocios indígenas operar a gran escala en los sectores más rentables de la economía. Solamente las comunidades mercantiles indígenas de la India occidental, regiones de conquista relativamente tardía (1818), fueron capaces de conservar un papel económico notable y pudieron fundar, en la década de 1850, las primeras unidades de producción modernas de la industria algodonera india.

Colonizadores y colonizados

El alejamiento racial

Por muy sorprendente que pueda parecer, la actitud preponderante de los europeos ante los indios en la fase de agresión y de pillaje comercial desenfrenado de los años 1760 a 1780 no se caracterizaba todavía por la arrogancia despectiva que se generalizaría desde finales del siglo XVIII. En un primer momento, se constata entre los británicos de Bengala, y sobre todo entre los más eminentes, un verdadero interés por la grande y compleja civilización exótica que veían a su alrededor, y a la que no consideraban inferior. En Calcuta, Warren Hastings favoreció los primeros pasos de la indología, y apoyó la creación de la Sociedad Asiática de Bengala por William Jones, presidente del Tribunal Supremo de Calcuta, que será el primer traductor de la *Sakuntala* de Kalidasa, obra maestra del teatro sánscrito clásico. Es evidente, desde un primer momento, que el interés estaba orientado menos hacia el estudio de la cultura y de las prácticas religiosas de la mayoría de la población que hacia las tradiciones cultas del hinduismo y del islam indio, las de los brahmanes y de los ulemas, cuya influencia

sobre la visión británica de la India iría creciendo con el tiempo. Esto tenía relación, sin duda, con el hecho de que el gobierno de la EIC jugaba ostensiblemente la carta de la continuidad con el régimen indígena al que había suplantado y trataba de dotarse de una imagen oriental, acuñando moneda con la efigie del emperador moghol fantoche, conservando el persa como lengua de la correspondencia oficial y de los tribunales, aplicando a hinduistas y musulmanes sus propias costumbres en materia de derecho de las personas, y dando su apoyo a las instituciones de las dos religiones indígenas, desalentando al mismo tiempo la actividad misionera cristiana. A lo que hay que añadir que el concubinato entre hombres europeos y mujeres indias era una práctica corriente (había muy pocas mujeres europeas en la India en esta época), y que el modo de vida de los europeos, sobre todo en el interior del país, estaba muy indianizado.

Este estado de ánimo se transformó a partir de la década de 1790, en la época en la que el Company Raj, un cuarto de siglo después de su surgimiento como potencia territorial, salía definitivamente de la era de la administración *mercantil para entrar en la del gobierno moderno.* Los europeos destinados en la India ciertamente no se habían mostrado libres de prejuicios raciales hasta ese momento, pero parece ser que estas prevenciones no eran obstáculo al trato mutuo, a la colaboración estrecha, a las sociedades de negocios en las que el asociado europeo no se hallaba siempre en una situación de predominio. Lo que se generalizó posteriormente en la minoría británica en el poder fue la necesidad de mantener a distancia al mundo indígena, en lo que se mezclaba un complejo de superioridad y temores inhibidos que tomó un giro doctrinario y degeneró en segregación. El racismo no impidió, sin embargo, que se perpetuase la práctica del concubinato, aunque las mujeres indias involucradas en él sufrían ostracismo por parte de la sociedad europea. Así pues, los británicos se pusieron a vivir entre ellos, en una especie de comunidad moral del exilio, y sus nexos con la sociedad local tendieron a reducirse a las relaciones impuestas por las circunstancias con sus domésticos y sus subordinados inmediatos indios, así como a los contactos distantes que mantenían oficialmente con los miembros más eminentes de las élites locales.

El reformismo liberal

Desde la década de 1820 comenzó a penetrar en la India, en los medios coloniales, cierto reformismo inspirado en el aumento del entusiasmo liberal de comienzos de la era victoriana. La admiración por la civilización india manifesta-

da en el siglo anterior por hombres como Burke o Warren Hastings se iba borrando detrás de la imagen de la India como conservatorio de supersticiones y escandaloso ejemplo de atraso social. En la metrópoli se difundía la idea de que el poderío conquistado en el subcontinente por la más avanzada de las naciones cristianas implicaba también, para ella, una misión civilizadora, el deber de liberar al individuo de la opresión social y de la esclavitud de las costumbres, y de encaminar al país hacia el progreso a través de la reforma de las costumbres, la reestructuración de la legislación y la educación. Dos corrientes de pensamiento de bases muy diferentes e incluso opuestas confluían en este reformismo al mismo tiempo moralizante y progresista, en el que se hallaban igualmente bien los medios empresariales librecambistas, convencidos de que la modernización reforzaría la dominación colonial al tiempo que la haría más rentable, y los misioneros preocupados por la salvación de las almas. Se trataba, por un lado, del utilitarismo de Bentham y James Mill, doctrina en la que se expresaba la confianza del Occidente moderno en la superioridad de la fuerza de la razón y de la ciencia, y que era la base de un hedonismo secular. Por otro lado, el movimiento evangelista, tendencia a un tiempo fundamentalista y radical del protestantismo, activa desde finales del siglo XVIII en favor de la expansión misionera y de la abolición de la trata de negros, y que ejerció a lo largo de todo el siguiente siglo una presión considerable sobre las políticas indígenas del Reino Unido en las distintas colonias de su imperio planetario. Los evangelistas desaprobaban en particular el conservadurismo cautelar practicado por la EIC, que garantizaba escrupulosamente la función de patronato de las religiones indígenas que en la India, tradicionalmente, correspondía a los poderes soberanos, y a la que acusaban de ser «el ama seca de Vishnú».

El agente más precoz de este reformismo fue la red de misiones cristianas, a la que la EIC negó el permiso a establecerse en sus territorios indios hasta el último día de su monopolio, abolido en 1813. No obstante, aquéllas se expandieron posteriormente, abriendo escuelas y dispensarios al tiempo que practicaban la evangelización. Luego, las nuevas ideas penetraron en la cúspide del poder colonial durante el gobierno de lord Bentinck (1828-1835), liberal, discípulo de Bentham. Se decidieron entonces diversas medidas de reforma social: prohibición de la *sati*[h] (autoinmolación de las viudas de casta elevada en la pira del

[h] A veces se encuentran diferentes grafías de este término, en sus formas inglesas (suttee, sutti), o en otras (suti, o satti), pero es preferible la utilizada por el autor, más próxima a la pronunciación hindi. [N. del T.]

marido) y del infanticidio de las niñas, o exterminio de la secta de los «thugs» (salteadores de caminos que estrangulaban a sus víctimas). Eran medidas de fuerte carga simbólica, pero dirigidas contra fenómenos marginales (la sati), o bien en parte inconcretos (los thugs) o, en todo caso, difíciles de controlar (el infanticidio), por lo que el impacto fue limitado. Por el contrario, la imagen del Company Raj como régimen impío se vio consolidada en la opinión popular india, y más ahora que el régimen parecía favorecer el proselitismo cristiano.

Se decidió asimismo desarrollar la educación inglesa (al tiempo que se substituía el persa por el inglés como lengua oficial de la administración y de los tribunales superiores), con el fin de formar una clase de indios anglohablantes que serían los intermediarios entre el gobierno británico y la población gobernada. El historiador Macaulay, miembro del consejo de Bentinck, dio la medida del desprecio por las culturas de la India que significaba la acción británica, en una frase de su célebre «Nota sobre educación» de 1835: «Un solo estante de buena biblioteca europea vale por toda la literatura indígena de la India y de Arabia.» De todos modos, la nueva política educativa marchaba en el sentido de la fracción modernista de la élite culta de Bengala, cuya figura emblemática era Ram Mohan de Roy (1772-1833), fundador del movimiento reformador llamado Brâhmo Samâj[i] e infatigable apóstol de un hinduismo renovado por la razón, la ciencia y el reconocimiento de las libertades. Esta élite, con el fin de permitir a sus hijos acceder a los empleos del gobierno a través de una formación a la inglesa —como las generaciones anteriores lo habían hecho formándose a la persa—, había creado por su propia iniciativa, en 1818, el Hindu College [Colegio hindú] de Calcuta, primera institución universitaria india de tipo europeo. Otros muchos se crearon más tarde en las capitales de las tres presidencias impulsados por el gobierno o por congregaciones misioneras, formando de este modo la base del más precoz de los sistemas de enseñanza superior modernos del mundo no occidental.

Finalmente, la ambición modernizadora pasaba por el desarrollo de las infraestructuras y la difusión del progreso técnico y, sobre todo, la mejora de la red viaria y la construcción de redes de regadío (necesarias al mismo tiempo para el rendimiento del impuesto sobre la tierra y para la prevención de las hambrunas). El gobierno Bentinck impulsó la actividad en esas direcciones, pero se trataba de tareas a largo plazo, por lo que los progresos fueron lentos, ya que figuraron pocas veces en el primer puesto de las prioridades financieras del Estado colo-

[i] Brâhmo Samâj: significa Sociedad de Brahma o, mejor, Sociedad de Dios. [N. del T.]

nial. Fue el gobierno de lord Dalhousie (1848-1856) quien imprimió el impulso más decisivo en este campo desde el comienzo de la conquista. En 1854 el establecimiento de la primera conexión por cable entre Calcuta y Agra hizo entrar a la India en la era del telégrafo, y fue Dalhousie quien supo convencer a Londres, en ese mismo año, tras diez años de tergiversaciones, de que la construcción de una línea férrea a lo largo de los ejes de penetración, que uniese a las capitales portuarias de las presidencias con los principales centros del interior, sería el más eficaz auxiliar de la rentabilización económica de la colonia, sin mencionar su interés militar estratégico. Fue esta idea la que presidió el plan de creación de una red ferroviaria y lo que permitió iniciar las obras de las primeras líneas.

La «tradicionalización» de la India

Por muy bien documentados que estén estos primeros pasos de la «obra colonial» británica en la India, los historiadores se han alejado ya de la idea antaño admitida de que la India había entrado en esta época en una «edad de reformas». En primer lugar, se calibra mejor hoy el abismo que separaba las corrientes de ideas reformadoras (cristianos o progresistas) que agitaban la metrópoli, y la política económica y social aplicada realmente en la colonia, en la que la prudencia, la rotación de los responsables, las constricciones del terreno y del presupuesto, el contragolpe de las alternancias políticas londinenses, y las presiones contradictorias de los grupos de interés complicaban enormemente el paso de las meras intenciones a la puesta en práctica de medidas efectivas. Las únicas iniciativas de reforma social e institucional o de modernización técnica que realmente tuvieron éxito fueron aquellas cuyo interés por la estabilidad y la rentabilidad de la dominación británica se imponían con suficiente evidencia como para superar las presiones contrarias y para sobrevivir a las fluctuaciones de la política colonial. En segundo lugar, hace unos veinte años que ha empezado a comprenderse que uno de los mayores efectos de la colonización en la India, junto a las innovaciones modernizadoras que sin duda trajo consigo, fue el de fijar a la sociedad indígena de varias maneras, e incluso de «tradicionalizarla», de acuerdo con la imagen «esencializada», estática e intemporal de la indianidad que elaboraban los orientalistas europeos en aquella época.

Una de las tendencias onerosas de la época fue la expansión del modo de vida campesino sedentario y aldeano, que constituía para muchos de los coloniales el verdadero rostro de la India «eterna». La evolución se explicaba parcialmente por el reflujo hacia la tierra de los soldados, artesanos, emplea-

dos y sacerdotes que se vieron privados de sus empleos a causa de la desaparición de los poderes y tribunales indígenas a medida que avanzaba la conquista colonial. Sin embargo, la principal causa fue la fijación progresiva, en el seno de las estructuras aldeanas del mundo rural, de la amplia proporción de grupos migrantes ocasionales o regulares existentes en la población de la India. El establecimiento del orden colonial era paralelo en todas partes a la represión del modo de vida nómada, calificado siempre como primitivo, inmoral e improductivo. La represión tuvo el efecto de relegar a las zonas marginales a las poblaciones de los bosques, que anteriormente circulaban de forma abundante por el mundo campesino, del que con frecuencia habían salido, y que mantenían relaciones de intercambio multiforme con éste (la constitución de estas poblaciones en «tribus» separadas de la sociedad dominante es en parte una creación colonial artificial). Todo esto trajo consigo asimismo la sedentarización gradual de grupos de desbrozadores y pastores, poblaciones móviles que vivían de la explotación extensiva de las regiones forestales o de vastas zonas de trashumancia, con frecuencia turbulentas y rebeldes a toda regimentación, a las que el colonizador deseaba «pacificar», disciplinar y cobrar impuestos. Para terminar, las prácticas coloniales de registro de la propiedad de la tierra y catastrales comenzaron a estabilizar la importante población agrícola que periódicamente migraba a medida que se abrían nuevos frentes pioneros, siempre dispuesta a largarse para huir de un amo opresor, o a volver a los caminos para huir de la guerra o de las calamidades.

Al mencionado movimiento hacia la sedentarización se unió una tendencia a generalizar y oficializar en el mundo indio los conceptos brahmánicos del orden social, a través de toda una serie de prácticas y políticas convergentes. La integración de las poblaciones marginales o itinerantes en el mundo aldeano significó para ellas la asignación de un estatus ritual depreciado, con frecuencia marcado por el estigma de la intocabilidad, en el medio social jerarquizado en el que arraigaban. La aristocracia indígena, desarbolada por la conquista, privada de medios militares de prestigio, se decantó ampliamente hacia otra función no menos prestigiosa, asociada habitualmente al ejercicio del poder, y que quedaba abierta, es decir, el patrocinio de instituciones religiosas y la munificencia respecto a los brahmanes, cuyo ascendiente social se vio también reforzado. Por su lado, la EIC, que reclutaba para sus ejércitos sobre todo en las castas altas, les garantizaba que sus tabúes rituales serían respetados escrupulosamente y, al mismo tiempo, confería la sanción del poder soberano al principio jerárquico de la gradación de las castas y de las reglas de evitación que de-

rivaban de ellas. Los tribunales coloniales, al querer aplicar a los indígenas su propio derecho, se referían sistemáticamente a la interpretación que sus asistentes brahmanes les daban de los tratados de derecho sánscrito, erigiendo así una jurisprudencia brahmánica particular de norma fija y aplicable a todos los hindúes. De una manera general, el Estado colonial, deseoso siempre de asentar su legitimidad en la opinión pública, se presentaba en todos los casos como heredero y guardián de la «tradición». Sin embargo, de las múltiples tradiciones que habían formado la sociedad hindú, fue una tradición culta la que los orientalistas, con la ayuda interesada de sus informantes brahmanes, definían como la tradición hindú por excelencia, la que fue favorecida de modo exclusivo. Esto contribuyó a fijar el sistema de castas según el concepto brahmánico más discriminatorio y rígido, y a través de todo esto el saber orientalista fue un aliado efectivo del poder. Paradójicamente, la *pax britannica* realizaba así, por primera vez en la historia del subcontinente, una aproximación al modelo del despotismo oriental, régimen burocrático omnipotente que reinaba desde las grandes alturas sobre miríadas de aldeas inmovilizadas en marcos sociales inalterables, y para las cuales la historia se había detenido. Con todo, si es cierto que el Estado colonial, por influencia de la visión orientalista de la India, aplicó una especie de ingeniería social de inspiración brahmánica sancionando una concepción jerárquica particularmente inflexible de la sociedad hindú debido al reconocimiento que asignaba a las castas, esto no puede hacernos decir, como han hecho algunos autores recientes, que las castas son una tradición inventada en la época británica. El *pathos* de la petrificación progresiva de la India colonizada en formas sociales pseudotradicionales, aunque no es del todo falso, peca sin duda de una apreciación exagerada de la capacidad del régimen colonial para influir en la ideología social del pueblo que dominaba.

Las resistencias a la colonización y la Gran Rebelión

Ya hemos visto que en la época de la conquista las élites comerciantes indias se prestaron en más de un caso a la colaboración interesada con los británicos. Lo mismo ocurrió en el caso de numerosos jefes locales y elementos de las élites principescas, que supieron sacar ventaja de los conflictos entre la EIC y los poderes indígenas con los que ellos mismos competían o de los que dependían, para hacerse con posiciones de poder o prestigio en el marco del régimen colonial, aun cuando, por otro lado, lo despreciaban o detestaban. Por el contrario,

en las regiones conquistadas se dieron también casos de resistencia armada, a veces prolongada, por parte de los jefes locales derrotados, expoliados o arruinados por los impuestos, pero irredentistas. Y no fue sólo en las regiones periféricas boscosas o accidentadas, siempre de control difícil para los poderes centrales. Veinte años después de la conquista se vio a algunos zamindar atrincherarse en sus fortalezas aldeanas, en pleno valle del Ganges, y desafiar a la EIC para defender sus ingresos o su estatus en medio de sus campesinos en armas. Tales resistencias violentas, puramente locales y dispersas, cuya memoria heroica se ha perpetuado en más de un caso en las tradiciones populares, estaban condenadas al fracaso. Con todo, muchas veces forzaron a las autoridades regionales de la EIC a mostrar flexibilidad fiscal o a conceder derechos o privilegios. A esto hay que añadir los casos de bandolerismo; las luchas de los colonos contra los dueños de la tierra; los conflictos entre poblaciones nómadas o de los bosques y los prestamistas y campesinos de las llanuras que los explotaban o competían con ellos, de lo que se halla mención en las fuentes, y que el ejército se encargaba de reprimir; y también la recurrencia de las revueltas de artesanos en las ciudades, arruinados por la competencia inglesa, además de disturbios frumentarios y desórdenes religiosos intercomunitarios. Todavía no se sabe si tales desórdenes más o menos endémicos tenían o no una dimensión explícitamente antibritánica, pero estaban relacionados casi siempre de manera próxima o lejana a los efectos de la situación colonial. Lo que muestra en todo caso es que hicieron falta decenios para que la India conquistada fuese real y totalmente «pacificada», y que en ciertas regiones era difícil todavía, mucho tiempo después de la conquista, distinguir claramente entre el mantenimiento del orden y la guerra.

Así pues, la sociedad india se vio agitada a lo largo de toda la fase de consolidación del régimen colonial, es decir, el período del Company Raj, y la turbulencia afectaba a las ciudades y al medio rural, a las élites y a las clases populares, a las poblaciones «tribales» lo mismo que a la sociedad campesina. Sin embargo, siempre les faltó a estos estallidos de resistencia heterogéneos y deshilvanados una estructura de mando que superase el marco local y, asimismo, un mínimo de concomitancia cronológica. Ésta es la diferencia que las separa de la Gran Rebelión, antes llamada Revuelta de los Cipayos, que estalla en 1857. Buen número de ingredientes de este movimiento se encontraban ya de manera abundante en las numerosas revueltas del siglo anterior, pero su carácter de deflagración en cadena, que agitó en unas semanas todo el norte del subcontinente, lo convirtió en un verdadero seísmo que amenazó de forma temporal la existencia misma del régimen colonial antes de hacerlo bascular ha-

cia una nueva época política. El significado del levantamiento, que estalló el año del centenario de Plassey, ha sido siempre objeto de controversia: motín de los cipayos (los soldados indígenas del ejército de la India) según la historiografía colonial; primera guerra de independencia de la India según la historiografía nacionalista; movimiento progresista por la libertad o movimiento retrógrado para la restauración del Antiguo Régimen; reacción feudal de la élite poseedora de la tierra; insurrección de los campesinos míseros; movimiento secular pluriconfesional o guerra santa; revuelta anticolonial o guerra civil entre resistentes y colaboradores... A decir verdad, cada una de estas tesis tiene una parte de verdad.

El ejército mercenario de la EIC ya se había amotinado varias veces en el pasado, pero sus jefes británicos, desde comienzos de la década de 1850, venían cometiendo contra aquél una acumulación de torpezas, obligando a los soldados a cruzar el mar para ir a combatir a Birmania (viaje tabú para las gentes de casta elevada), reclutando nuevos efectivos en castas inferiores, o suprimiendo las primas por servicios en el extranjero. El reino de Audh, del que provenían muchos de estos soldados, fue anexionado brutalmente por lord Dalhousie en 1856, lo que provocó humillación y resentimiento, y las familias de los soldados se vieron penalizadas por la severa fiscalidad establecida en la región por el gobierno colonial. La chispa que prendió la pólvora fue la distribución de cartuchos engrasados, cuya parte superior había que cortar con los dientes, y que un rumor afirmaba que estaban untados de grasa animal.[i] El motín de un cuartel próximo a Delhi en mayo de 1857 fue el punto de partida de un estallido sangriento que se propagó a través de la llanura del Ganges. Los amotinados se apoderaron de Delhi, aceptando como jefe simbólico al antiguo emperador moghol que vivía recluido en su palacio. En pocas semanas la revuelta alcanzó a todas las guarniciones del alto valle del Ganges, luego la llanura media a través del Audh hasta los confines de Bihar, para luego extenderse a la India central y a una parte del Rajastán. En las zonas sublevadas la administración británica se disgregó y la rebelión se extendió rápidamente de los cipayos a los medios principescos, a los propietarios de la tierra y al campesinado, en un impulso en el que se mezclaban la nostalgia de las antiguas aristocracias decaídas, el resentimiento de los príncipes y de los notables expoliados y escarnecidos, y las solidaridades campesinas cimenta-

[i] Entre los musulmanes corrió el rumor de que se trataba de grasa de cerdo; entre los hinduistas, de que se trataba de grasa de vaca. [N. del T.]

das por la lealtad hacia las antiguas familias dominantes y por la oposición a los impuestos. A todo ello se añadía el malestar difuso, de naturaleza religiosa, provocado por el reformismo social británico, el proselitismo de los misioneros y la modernización, además del resentimiento contra la arrogancia racista ordinaria de los europeos. Sin embargo, ni el Pandyáb, conquistado recientemente y controlado sólidamente, ni Bengala, cuyas élites estaban comprometidas con el régimen colonial, ni el Deccán, que seguía siendo autónomo respecto a la India del norte, siguieron el movimiento. Así, con los contingentes del Pendyáb, Bombay y Madrás, y luego con los refuerzos llegados por mar, fue como los británicos fueron recuperando paulatinamente las zonas sublevadas, desde la toma de Delhi en septiembre de 1857 al aplastamiento de la revuelta en la India central —donde los rebeldes acababan de restaurar al *peshwa*, soberano de los marathas— en mayo de 1858, y la reconquista del Audh en diciembre. La revuelta había golpeado el corazón de la buena conciencia y del sentimiento de superioridad de la sociedad colonial. Las pruebas y a veces las matanzas sufridas por los civiles europeos, mujeres y niños incluidos, desencadenaron en la metrópoli estallidos de histeria colectiva. Las represalias, como la propia revuelta, fueron con frecuencia de un salvajismo extremado. El traumatismo dejó un rastro indeleble en las relaciones entre británicos e indios.

A los cipayos les había faltado un verdadero jefe, una estrategia concertada y la indispensable unidad de acción. La rebelión había sido solamente una suma de levantamientos locales no coordinados, que los británicos habían podido reducir uno a uno en el orden elegido por ellos. Los indios habían pagado incluso en la revuelta su condición de dominados: los cipayos no eran más que un ejército de subalternos, pues toda su oficialidad era británica desde siempre. Y combatían bajo la autoridad de príncipes nacidos bajo el yugo colonial, que ya no conocían el arte de la guerra. Además, la reconquista británica se vio favorecida por la valiosa contribución indígena: príncipes protegidos favorables al régimen, propietarios enriquecidos por el aumento del valor de la tierra y de los cultivos comerciales, y tropas indias no originarias de la llanura del Ganges. El carácter parcial del levantamiento dará argumentos a los historiadores coloniales en un futuro, que lo presentaron como un simple motín agravado por los grupos dominantes de los gobernantes locales interesados y por la delincuencia de una plebe siempre dispuesta a aprovecharse de la anarquía. Según la mitología nacionalista, por el contrario, la rebelión había constituido una repetición general de los combates de independencia y había dado a la nación india sus primeros héroes y sus primeros mártires. La mayor parte de los historiadores están de

EDITORIAL DEL *TIMES* DE LONDRES, 31 DE AGOSTO DE 1857

Hay algo nuevo para una mentalidad inglesa en la noticia de estas violencias atroces cometidas contra las personas de hombres y mujeres ingleses. Nosotros nos creíamos inaccesibles a un riesgo tan horrible, protegidos por nuestro estatus más elevado que el de ciudadano romano, como si algún Paladio[3] impidiese que una persona de sangre inglesa pudiese sufrir los últimos ultrajes, incluso en circunstancias tan extremas como éstas. Pues bien, nos equivocábamos. He ahí hombres que nos conocían bien, que no ignoraban nada de nuestro poder, de nuestra superioridad, de nuestra disciplina, que se beneficiaron de nuestra bondad, a los que incluso hemos elevado a un nivel que nunca habrían alcanzado por sí mismos, y que, pese a todo, pueden todavía [...] hacer lo que han hecho a los cuerpos de personas inglesas, quebrando la inviolabilidad que parecía unida a todo inglés en cuanto tal, y precipitándose de cabeza en este abismo de crueldad innombrable. [...] Si antes eran los más viles y sumisos —los que más se rebajaban ante la mirada del amo que reinaba sobre ellos—, ahora son los más desenfrenados en su violencia. Gozan y se revuelcan en la falta de respeto como si fuese la mayor voluptuosidad y, una vez arrancado el velo, se lanzan vorazmente sobre el santuario para contaminarlo. Ése es el exceso al que conduce la irreverencia vulgar: ensuciar con la más infame basura el mármol del templo, escupir al rostro de la majestad, maltratar a la realeza que conquistó tanto respeto, para vengarse del respeto que ésta mereció.

Y no es porque nuestro prestigio haya sido aniquilado por lo que estos miserables lo insultan de manera tan ultrajante; no, es porque sigue entero incluso en la mente de estos hombres, pues es de eso de lo que no pueden liberarse, por mucho encarnizamiento que muestren en profanarlo y, en la medida que eso sea posible, en degradarlo. En efecto, en eso no tenemos más que un motín furioso de soldados movidos por su egoísmo, que sigue su curso lógico. No se vislumbra el más mínimo destello del honesto patriotismo que anima con frecuencia las revueltas nacionales. [...] Con todo, cada hora que transcurre lleva refuerzos de Inglaterra. Cada mañana y cada tarde saben que el espacio entre las tropas inglesas y la India se ha reducido aún más. El futuro, para ellos, no es más que tinieblas y horror; sólo el presente les pertenece, y tratan de utilizarlo a su manera. Henos aquí, pues, en pre-

→

[3] Estatua de Palas (Minerva) que protegía la ciudad de Troya contra todo agresor. [N. de la R.]

sencia del hindú verdadero, abandonado a su propia naturaleza cuando no hay ningún poder, civil o militar, que los doblegue. Pocas personas podrían padecer esta prueba sin desfallecer, pero el hindú no tiene ni siquiera un átomo de la fuerza moral que necesitaría para estar a la altura. Su religión es puramente formal, sus creencias son un tejido de estupideces, y su conciencia, papel mojado.

acuerdo hoy en decir que el movimiento fue mucho más que un motín pero menos que una guerra nacional. Era tradicionalista en un principio, pues trataba de restaurar el orden precolonial y no vehiculaba una verdadera ideología nacional. Sin embargo, sí era un movimiento popular, y además notablemente unitario, aunque heterogéneo, pues las diferencias étnicas y el antagonismo entre musulmanes e hinduistas se obvió con frecuencia ante el enemigo común. Y fue, sin lugar a dudas, un movimiento político, pues con la restauración del emperador moghol por un lado, y el peshwa de los marathas por el otro, el objetivo era claramente un cambio de soberanía y la supresión del poder colonial.

Pese a su fracaso, la revuelta modificó sensiblemente el régimen colonial y las relaciones entre británicos e indios. Ya en agosto de 1858 una ley del Parlamento de Londres puso fin al régimen de la East India Company, y la India pasó bajo la autoridad directa de la Corona británica. Un poco más tarde la reina Victoria hizo publicar solemnemente en todas las grandes ciudades una proclama conciliadora en la que se comprometía a proteger a los príncipes y a respetar las religiones y costumbres indígenas, y en la que otorgaba su perdón a todos los rebeldes, a excepción de los asesinos de súbditos británicos. A las veleidades reformistas y al intervencionismo político de la época anterior siguieron circunspección y conservadurismo social. Se puso fin a las anexiones de los Estados principescos y se colmó de honores a sus soberanos. Se favoreció a la aristocracia de la tierra para congraciarse con esta clase que había proporcionado demasiados jefes a la revuelta, y para encauzar, por medio de ella, a las masas rurales que les eran fieles. En general, se reforzaron las jerarquías sociales indígenas. Al mismo tiempo, el ejército de la India fue reequilibrado (100.000 cipayos menos, 20.000 europeos más) y reorganizado sobre la base de las castas y las religiones. Fraccionado en comunidades internamente homogéneas, se hizo menos susceptible de formar un bloque contra sus amos. Una vez garantizado el orden de esta manera, la dominación británica en la India entraba en su fase de apogeo, que iba a durar hasta la I Guerra Mundial.

BIBLIOGRAFÍA

BAYLY, C. A., *Rulers, Townsmen and Bazaars: North India Society in the Age of British Expansion, 1770-1870*, Cambridge University Press, Cambridge, 1983.

CHAUDHURI, S. B., *Civil Disturbances during British Rule in India, 1765-1857*, World Press, Calcuta, 1955.

CHOWDHURY-ZILLY, A. N., *The Vagrant Peasant: Agrarian Distress and Desertion in Bengal, 1770-1830*, Harrassowitz, Wiesbaden, 1982.

COHN, B. S., *Colonialism and Its Forms of Knowledge: The British in India*, Princeton University Press, Princeton, 1996.

DATTA, Rajat, *Society, Economy and the Market: Commercialisation in Rural Bengal, c. 1760-1800*, Oxford University Press, Delhi, 2000.

FISHER, M. H., *The Politics of British Annexation of India, 1757-1857*, Oxford University Press, Delhi, 1993.

GUHA, Ranajit, *Elementary Aspects of Peasant Insurgency in Colonial India*, Oxford University Press, Delhi, 1983.

MARSHALL, P. J., *East India Fortunes: The British in Bengal in the Eighteenth Century*, Clarendon Press, Oxford, 1976.

—, *Trade and Conquest: Studies on the Rise of British Dominance in India*, Variorum, Aldershot, 1993.

—, *The British Discovery of Hinduism in the Eighteenth Century*, Cambridge University Press, Cambridge, 1970.

New Cambridge History of India, Cambridge University Press, Cambridge:

—, Vol. II, 2, MARSHALL, P. J., *Bengal: The British Bridgehead. Eastern India, 1740-1828*, 1987.

—, Vol. II, 1, BAYLY, C. A., *Indian Society and the Making of the British Empire*, 1988.

—, Vol. III, 2, BOSE, Sugata, *Peasant Labour and Colonial Capital: Rural Bengal since 1770*, 1993.

—, Vol. III, 4, METCALF, T. R., *Ideologies of the Raj*, 1994.

—, Vol. IV, 3, BAYLY, S., *Caste, Society and Politics in India from the Eighteenth Century to the Modern Age*, 1999.

PHILIPS, C. H., *The East India Company, 1784-1834*, Manchester University Press, Manchester, 1961, 2ª edic.

SEN, S. N., *Eighteen Fifty Seven*, Publications Division, Delhi, 1957.

STOKES, E., *The Peasant Armed: The Indian Rebellion of 1857*, Clarendon Press, Oxford, 1986.

—, *The English Utilitarians and India*, Clarendon Press, Oxford, 1959.

TRIPATHI, A., *Trade and Finance in the Bengal Presidency, 1793-1833*, Oxford University Press, Calcuta, 1979, 2ª edic.

ANEXO

LUCHAS DE RESISTENCIA EN LA INDIA COLONIAL

Desde los comienzos de la conquista (1757) a la rebelión de 1857-1858

— En las regiones anexionadas sucesivamente, revueltas de los jefes y potentados locales (*zamindar* de la India oriental, *poligar* de la India del sur, Rajput y Rohilla en la India del norte y del centro, etc.), seguidos por sus campesinados, contra las exigencias de la fiscalidad colonial y el derrocamiento del orden político antiguo.

— Revueltas de las poblaciones «tribales» desestabilizadas por la creciente actividad de las gentes de las llanuras, que favorecen la «pacificación» y la comercialización de la economía: en especial los bhil de la presidencia de Bombay (años 1820) y, en la India oriental, los kol (1829-1833) y los santal (1855-1856).

— Conflictos agrarios entre terratenientes dominantes y campesinos dependientes, especialmente violentos y prolongados cuando se injertan en el antagonismo religioso entre musulmanes e hindúes: por ejemplo, el movimiento de los faraizi, en Bengala Oriental (décadas de 1820-1850) y el de los mappilai (o «moplahs») de Malabar (endémico durante todo el siglo XIX y aun después).

— Revueltas urbanas: disturbios por hambre o huelgas, movimientos contra los comerciantes, contra las tasas coloniales, contra los musulmanes, contra las conversiones al cristianismo.

— Motines de tropas (retrasos en el pago de las soldadas, motivaciones religiosas, deficiencias del mando británico...).

Estas manifestaciones de agitación popular de carácter local o regional son impulsadas sobre todo por elementos de las élites «tradicionales». Se trata de hechos dispersos, pero estallan continuamente, lo que relativiza la imagen oficial de la *pax britannica*. En ciertos contextos regionales, estos disturbios son recurrentes, incluso endémicos. Aun cuando algunos de estos movimientos se explican claramente por una causa única, la mayor parte presenta una compleja pluralidad de motivos aparentes y expresa un malestar global relacionado con la situación colonial.

La Gran Rebelión de 1857-1858 reúne todos estos aspectos en un vasto levantamiento heteróclito y poco coordinado, pero potente, cuya sangrienta represión marca el final de las veleidades reformadoras que se habían derivado de la conquista colonial y la entrada en la época del gran Raj conservador y centralizado del apogeo victoriano.

De la rebelión de 1857 al surgimiento del nacionalismo de masas (1858-1917)

La agitación tradicionalista de antes de la rebelión va consumiéndose progresivamente desde 1858 (consolidación de los nexos entre el gobierno colonial y las élites principescas y terratenientes indígenas, reforzamiento del aparato militar, mejora de las comunicaciones y de la máquina administrativa).

Siguen registrándose erupciones de agitación popular violenta y radical, con frecuencia de tono religioso, que ponen en movimiento a segmentos de sectores sociales más pobres:

— Por ejemplo, los movimientos tribales de las zonas boscosas y montañosas, siempre numerosos, que suelen estar teñidos de milenarismo. Los principales son la nueva agitación del país Rampa en 1879-1880 y el levantamiento de los «tribales» munda del Bihar, encabezados por Birsa Munda (1899-1900).

— Asimismo, los resurgimientos periódicos de la agitación de los mappilai de Malabar (hasta 1919).

También se desarrollan movimientos agrarios organizados por el campesinado medio o acomodado en contra de los terratenientes dominantes, del fisco o de los prestamistas:

— «Disturbios del añil» (1859-1862), movimiento de resistencia de los campesinos de las plantaciones de índigo de Bengala.

— Disturbios del Deccán (1875, dirigidos contra los prestamistas rurales del Maharashtra).

— Movimiento anti-zamindar de los campesinos del distrito de Pabna, en Bengala (1873), contra el monto elevado de los arrendamientos rurales. Agitación pacífica imitada luego por numerosos otros distritos de Bengala.

— Movimientos antifiscales varios (Assam, 1894; Maharashtra, 1896-1897; Gujerat 1900, etc.).

La *intelligentsia* nacionalista, que surge a partir de la década de 1860 en el marco de una multitud de clubs y asociaciones militantes y luego adopta una estructura de expresión unificada bajo la forma de Congreso Nacional Indio en 1885, colabora de modo puntual en el surgimiento de movimientos del segundo tipo. Este partido se lanza por primera vez a una actividad de movilización campesina a gran escala en Bengala, con ocasión del movimiento «swadeshi» (1905-1908), campaña de agitación anticolonial y de boicoteo de los productos importados, pensada para hacer fracasar la partición de Bengala decidida por el gobierno inglés en 1905. Es la misma época en la que nace en Bengala un terrorismo antibritánico de grupúsculos clandestinos que llevan a cabo atentados, que pasa luego al Pendyáb, a la presidencia de Madrás, y a Maharashtra, y

más tarde a la emigración india en Europa y en Estados Unidos, donde operan pequeños grupos de revolucionarios indios muy aislados (propaganda, conexión con los movimientos revolucionarios extranjeros, circulación de armas). Es el medio del que saldrán los primeros comunistas indios después de la Revolución de Octubre de 1917 en Rusia.

Los movimientos de la fase gandhiana (1917-1947)

Tras haber vuelto a la India desde Sudáfrica en 1915, Gandhi organizará, en un primer momento por sí solo, en 1917-1918, movimientos de envergadura limitada, pero en los que aplica su original método de agitación no violenta, y populariza su mensaje de regeneración moral y su imagen de defensor desinteresado de los más pobres (movimiento del distrito de Champaran, en Bihar, entre los campesinos cultivadores de índigo, movimiento antifiscal entre los campesinos del distrito de Kaira, en Gujerat, intervención en la huelga de los obreros textiles de Ahmedabad). En 1919 tiene éxito en la organización de una jornada de manifestación nacional contra las leyes de excepción, llamadas Leyes Rowlatt, lo que le pone a la cabeza del movimiento del Congreso. A ésta le siguen las grandes campañas nacionales de masas que fueron marcando las etapas de la India hacia la independencia:

— Movimiento de no cooperación (1920-1922).
— Movimiento de desobediencia civil (1930-1931 y 1932-1934).
— Movimiento «Quit India» [Dejad la India] (1942).

La historia de estos tres decenios, según la ideología nacionalista oficial, es la de la convergencia gradual de la *intelligentsia* y del pueblo en la unanimidad que constituye la nación, proceso catalizado por el carisma de Gandhi. En la realidad el Congreso gandhiano, dominado por una coalición de nacionalismos «burgueses» (*intelligentsia* angloparlante y campesinado acomodado), rechaza o abandona a la represión colonial (cuando no puede recuperarlo políticamente) el empuje reivindicativo radical de las poblaciones «tribales» y de los campesinos pobres. El propio movimiento comunista indio permanece irremediablemente minoritario. Es la coalición del Congreso, socializante en su cúspide y conservadora en su base rural, la que accederá al poder tras la independencia.

Los británicos en la India (1858-1947) o el reinado de lo «cínicamente correcto»

Marie Fourcade

El auge del poderío británico de 1830 a 1880 acapara aproximadamente el 90 por ciento de todas las superficies y de las poblaciones colonizadas. Esta dominación ultrajante, reflejo mismo de la supremacía económica, política y cultural de la que gozaba el Reino Unido tras las guerras napoleónicas, sin duda no tiene equivalente en la Historia. Sólo con la ocupación del subcontinente indio los ingleses disponen de un conjunto más extenso y más poblado que el Imperio romano en su apogeo.

BOUDA ETEMAD, *La possession du monde.*

Los escándalos de antaño, los saqueos de Clive, la represión del motín de los cipayos, [...] dan la sensación de ser episodios anodinos al lado de lo que descubre hoy en día el sondeo de nuestros lodos venerables. [...] Todo se consuma en la década de 1940. En la India, el British Raj está ya sin aliento. Es el momento, para él, de balances preocupantes, de un maquiavelismo todavía astuto, pero templado por el consentimiento de lo inevitable.

JACQUES BERQUE, *Dépossession du monde.*

Así pues, los cínicos pasaron del desprecio de los vicios al desprecio de las costumbres y de los decoros; se hicieron insolentes, su sabiduría consistió en no ruborizarse por nada.

CONDILLAC, *Histoire ancienne*, III, 48.

La conquista de la India no le costó ni un céntimo a Inglaterra, pues era la propia India la que debía cargar con los gastos. Es lo que destacó orgullosamente la Compañía de las Indias en un memorándum dirigido en 1858 al Parlamento británico: «Durante un período de unos cien años, las posesiones británicas de la India fueron adquiridas y defendidas sirviéndose de los propios medios de que disponían estas posesiones, sin que hayan representado el más mínimo gasto para el Tesoro británico.» No sólo el coste de mantenimiento de las tropas autóctonas estuvo a cargo de los indios, sino, asimismo, el de los regimientos británicos estacionados en el subcontinente. Por si fuera poco, la India hubo de soportar en gran parte las cargas financieras de las tropas indias utilizadas en las demás aventuras coloniales inglesas en Asia y África. Esta consta-

tación ha llevado a un autor inglés a decir que el Imperio Británico fue adquirido a «precios de saldo»[1]. Es sin duda uno de los grandes rasgos de cinismo que se pueden atribuir a Inglaterra cuando se trata de su imperio de la India. Lenguaje doble, maquiavelismo, bizantinismo son otras nociones, primas próximas o lejanas del cinismo, que hallamos de manera recurrente en los autores para calificar a los dirigentes del Raj y su política.

El término «colonialismo» se ha difundido en el uso corriente precisamente en el momento en que el fenómeno que designa se encaminaba rápidamente a su declive, y se ha ejercido en la expansión de las sociedades industriales avanzadas a expensas de las regiones agrícolas tecnológicamente atrasadas. Los europeos han considerado que su civilización era «la» civilización, midiéndose ésta para ellos no a través de los productos del espíritu, sino del nivel tecnológico. «No significaba nada en absoluto haber leído el *Ramayana*, o el Corán, o haber visto los templos de Ellora; éstos [los indios, N. del T.] no tenían cañones, máquinas de hilar ni arcabuces; por lo tanto, eran bárbaros.[2]» Desde este punto de vista el colonialismo ha sido esencialmente un capítulo de la lucha entre la civilización industrial y otras formas de civilización o de cultura —con técnicas diferentes y principalmente agrícolas—.

¿De qué modo la difusión de la cultura occidental ha incitado a los vencidos a rebelarse contra sus amos? La historia de la lucha de los pueblos dominados y de la sangre vertida ha producido ya numerosas y dolorosas páginas. A fin de cuentas, quienes dieron un golpe mortal al colonialismo fueron los mismos colonialistas o, mejor dicho, su civilización, pues al mismo tiempo que los productos industriales, los productos intelectuales comenzaron a ser exportados a los países coloniales. No iba a tardar en llegar el momento en que los europeos viesen cómo los pueblos coloniales se levantaban contra ellos en nombre de esos mismos ideales por los cuales los europeos habían combatido en Europa tiempo atrás.

El punto crítico se alcanzó durante la II Guerra Mundial. La lucha de los pueblos contra la tiranía nazi y fascista no podía dejar de tener resonancia en todo el mundo; también en este caso los europeos habían dado el ejemplo: la resistencia armada y otras formas de combate se trasladaban ahora a las junglas de Asia y a las arenas del Mágreb. Comenzaba el último acto: el declive del sistema

---

[1] V. G. Kiernan, *European Empires from Conquest to Collapse 1851-1960*, Leicester University Press, Leicester, 1982, p. 140.

[2] R. Luraghi, *Histoire du colonialisme, des grandes découvertes aux mouvements d'indépendance*, UTET, Turín, trad. francesa Gérard & Co., Verviers, p. 10.

colonial. En 1917, en Rusia, se erigía el poder soviético. Su fundador, Lenin, había proclamado que el mundo colonial constituía una «reserva» del mundo capitalista, y los comunistas habían iniciado una vasta labor de agitación entre los pueblos dominados. Esto no tardó en producir efectos incalculables y, sobre todo después de la II Guerra Mundial, llevó a los pueblos de Europa occidental por la vía de la liquidación del colonialismo. Ya en el siglo XIX era visible una renovación en las actitudes. «Quedaba lejos el tiempo de los *conquistadores*, que fundían los maravillosos cincelados aztecas para hacer lingotes de oro»[3]; iba gestándose un gran interés por las civilizaciones no occidentales, que aumentaba sin cesar. La literatura exótica servía de corolario al desarrollo de la civilización técnica, de la que era una compensación patética.

Como escribe Sartre en *Situations*, V [Situaciones, V]:

> En el origen de lo pintoresco está la guerra y el rechazo de la comprensión del enemigo. De hecho, nuestras luces sobre Asia nos han llegado, en primer lugar, de los misioneros irritados y de los soldados. Más tarde llegaron los viajeros —comerciantes y turistas— que son militares enfriados. El pillaje se denomina *shopping* y las violaciones se practicaban onerosamente en las tiendas especializadas. Sin embargo, la actitud de principio no ha variado: ahora se mata menos a menudo a los indígenas, pero se los desprecia en bloque, que es la forma civilizada de las matanzas.[4]

Desde los tiempos más remotos la India fue, para todos los pueblos, objeto de sus ambiciones, tierra de fábula y objetos valiosos —perlas, diamantes, perfumes, agua de rosas, elefantes, tigres—, y también de tesoros de la sabiduría. «La India, país del deseo», escribirá Hegel... No obstante, pasado el tiempo de las conquistas, llegó el de la organización, cuya responsabilidad recayó en el gobernador lord Dalhousie (1812-1860), auténtico hombre de Estado que fue quien encarnó mejor la esencial doblez de la dominación británica en la India: explotación y organización, cinismo y buena administración, saqueos y labor modernizadora.

Aunque el Reino Unido haya sido tan ávido como las demás potencias coloniales (incluso más, porque se organizó de manera excelente), su papel no se limitó a un pillaje estéril. Los británicos fueron de los pocos colonizadores que

---

[3] R. Luraghi, *op. cit.*, p. 14.

[4] J.-P. Sartre, *Situations*, V, *Colonialisme et néocolonialisme*, Gallimard, NRF, París, 1964, p. 181.

aportaron también a sus súbditos las ventajas de su administración y de su civilización. Aun cuando no fueron los primeros conocedores de la civilización india, ni los más penetrantes —su mentalidad empirista les condicionó—, tuvieron siempre el mayor respeto hacia las costumbres y las creencias religiosas locales, evitando ofender las opiniones de los indios y procurando que nadie las ofendiese. Sólo intervinieron, y enérgicamente, cuando los ritos religiosos tomaron la forma de ceremonias crueles.[5] Por otro lado, los británicos instauraron la paz y el orden en toda la península y los conservaron con eficacia. Finalmente, al unir a todos los indios bajo una única dominación y, paradójicamente, al proporcionarles a todos ellos el mismo enemigo, contribuyeron en gran medida a establecer las bases de una realidad hasta ese momento inexistente: la nación india:[6] la introducción de la lengua inglesa, que es todavía hoy en día, para los indios, el único medio para comprenderse entre sí desde Cachemira a Sri Lanka; luego, la introducción de un sistema de administración civil y judicial uniformizado, aunque por respeto a las tradiciones locales los británicos permitieron la subsistencia de numerosas instituciones jurídicas preexistentes; finalmente, la difusión de un sistema de pesas, medidas y monedas, y la creación de un mercado indio unificado. Sucedió en la India lo que en todos los países coloniales: en el choque entre la economía capitalista moderna del Reino Unido y la economía, sobre todo agrícola y artesanal, de la India, esta última se rompió en mil pedazos. Éste fue el gran drama de la dominación colonial y la razón por la que la colonización británica, pese a sus cualidades, se convirtió en una larga calamidad que fue empeorando progresivamente la situación de la India.

De 1858 a la independencia

El cruel episodio de la Gran Rebelión de 1857[7], en la que centenares de insurgentes fueron ahorcados o atados a la boca de un cañón y «desintegrados», tuvo como consecuencia inmediata la abolición de la East India Company y el paso de la India a la soberanía directa de la Corona británica. En un plano formal, el principal cambio fue la sustitución del Board of Control [Oficina de Control] de la compañía por un ministerio cuyo titular, el secretario de Estado en la In-

[5] Véase *supra* el trabajo de Jacques Pouchepadass: «La India: el primer siglo colonial».
[6] Luraghi, *op. cit.*, p. 135.
[7] Véase *supra* el trabajo de Jacques Pouchepadass: «La India: el primer siglo colonial».

dia, era miembro del gabinete británico. El Ministerio de la India, el India Office, diferente del Colonial Office [Ministerio de Colonias], que se ocupaba de las colonias de la Corona, disponía de un personal formado por altos funcionarios, lo que le permitía ejercer un estricto control sobre las actividades del gobierno, control facilitado, desde finales de la década de 1860, por la notable mejora de las comunicaciones entre el Reino Unido y la India (apertura del canal de Suez en 1869, difusión del telégrafo).[8]

Los ingleses reprimían las insurrecciones con mano dura y sin retroceder ante las atrocidades, pero sabían extraer la lección de los acontecimientos y, una vez superada la revuelta, trataban de satisfacer, al menos en parte, las reivindicaciones formuladas. La introducción del papel moneda y la creación de bancos permitieron el desarrollo del crédito y animaron a numerosos capitalistas ingleses a fundar empresas industriales en la India. Esto trajo consigo, a fines del siglo y como contrapartida, el movimiento *swadeshi*, es decir, «nacional». Se crearon, sí, dos bancos puramente indios: el Bank of India [Banco de la India], de Bombay, y el Indian Bank [Banco Indio] en Madrás. Los parsis, provenientes de Persia y fieles de la muy antigua religión mazdeísta, formaban una burguesía dinámica, ahorradora y perspicaz. Bajo su influencia se desarrolló una poderosa industria algodonera, principalmente en Allahabad; una industria del yute en Calcuta; una industria lanera en Kanpur; y, creada por el rico parsi Yamshed Tata, la Tata Iron and Steel Company [Compañía Tata del Hierro y del Acero], que se dedicó a la fundición y producción de acero desde 1913.

En 1885 se reunió en Calcuta, a iniciativa de un funcionario inglés retirado, el Congreso Nacional Indio [Indian National Congress]. En teoría, su finalidad era solamente hacer conocer a los gobernantes las verdaderas aspiraciones del pueblo indio. Los virreyes británicos lo acogieron del modo más favorable, pero pronto el Congreso se dio cuenta de que las reformas que proponía no se llevaban a cabo, por lo que entró en la lucha política. En esta época comenzó a perfilarse una tendencia creciente a la división entre comunidades musulmanas e hindúes.

Los musulmanes no se adhirieron al Congreso, y este gesto tuvo consecuencias graves para el futuro, sobre todo cuando los partidarios del islam exigieron y obtuvieron que hindúes y musulmanes votasen de manera separada en las elecciones para el Consejo Legislativo. Los más miopes entre los funcionarios ingleses acogieron favorablemente esta tendencia y la fomentaron, porque

---

[8] C. Markovits, *L'Asie orientale*, Nouvelle Clio, París, 1999, p. 424 (dirigido por Rotermund).

esperaban que, dividiendo la India, la mantendrían sometida más tiempo. Pronto hubieron de darse cuenta de que el tiempo de las pequeñas maniobras había concluido: la India se encaminaba hacia grandes acontecimientos históricos. En 1909 se aprobó el principio de libre elección por parte de los indios de los miembros del Consejo Legislativo no perteneciente a la burocracia (es decir, no ingleses). Al mismo tiempo se instituyeron consejos regionales y comunales electivos. Se reorganizó y mejoró el sistema judicial, de modo que jueces indios comenzaron a sentarse al lado de los ingleses. Se estableció un nuevo sistema fiscal y, en 1916, se convirtió en progresivo con el fin de cargar más sobre las clases ricas. Vastos planes de regadío proporcionaron agua a los campesinos. Se crearon universidades, institutos técnicos y fundaciones para el estudio de la medicina y de las ciencias físicas, químicas y naturales. Se estudiaba la historia de Europa, cómo se habían constituido las naciones europeas, cómo habían alcanzado la unidad y la libertad; el estudiante podía impregnarse de los principios del liberalismo, de la democracia y del parlamentarismo inglés. Se formaron movimientos análogos al de Ram Mohan Roy,[9] que pretendían relanzar los principios del hinduismo a la luz de la cultura occidental. La tradición cultural india era un obstáculo serio a la penetración de la ideología comunista. En definitiva, esto no impedía a la India recibir mucha ayuda de la Unión Soviética y del movimiento comunista. Con todo, la India siguió su propia vía, básicamente gracias a un hombre que le dio una ideología adecuada para luchar contra el sistema colonial. En pleno siglo XX, alguien se preocupaba de situar en primer plano la tradición india tal como había sido forjada desde los tiempos del emperador Asoka. Se trata de Gandhi, un abogado de Bombay, cuya silueta demacrada sería pronto conocida en el mundo entero.

Gandhi se interesaba por la liberación en la medida en que era una etapa en la vía hacia lo que consideraba valioso por encima de todo: la regeneración. Miraba hacia atrás, a la cultura milenaria del subcontinente, y descubría una sociedad que tenía sin duda muchos defectos, pero que no era rapaz ni ávida. Había

---

[9] Roy (Ram Mohan, 1772-1833) es un reformador religioso y hombre político nacido en una familia brahmánica. Famoso lingüista en inglés, persa, árabe y sánscrito, estuvo empleado de 1804 a 1815 en la administración de la East India Company. Estudió los textos sagrados de varias religiones y combatió ardientemente los defectos de la sociedad india de su tiempo (era adversario de la práctica de la inmolación de las viudas, *sati*, en la pira funeraria de su marido). Este «padre» de la India moderna fundó en 1828 el Brâhmo Samâj, movimiento a través del cual creyó poder hacer que la India pasase de la Edad Media a la época moderna —aun permitiéndole conservar su espíritu tradicional— gracias a la educación occidental.

que volver a este ideal, a la vida patriarcal y simple basada en los oficios artesanales que el maquinismo había arruinado. Gandhi, muy alejado del marxismo, descubría aun así la esencia de las transformaciones sociales en la evolución de los instrumentos de producción. La sociedad maquinista, que consideraba tan condenable, la veía basada en la violencia: ¿había, acaso, que asombrarse de que hubiese engendrado el colonialismo? El colonialismo era injusticia y la injusticia sólo podía engendrar injusticia. Gandhi, pues, iba al fondo de la crisis que atormentaba a Occidente y, al mismo tiempo, trazaba la vía de la emancipación de su pueblo. Éste debía traducir en actos su voluntad de justicia, pero, ya que la justicia no podía basarse en la violencia, la lucha debía ser «no violenta». Gandhi se esforzó por descartar los elementos negativos implícitos en la sociedad capitalista, sin tomar la vía del comunismo ruso: la ayuda mutua, la cooperación. En suma, un socialismo no violento podía —y debía— comenzar de inmediato: reunir a la élite y a las masas indias y no colaborar con los amos extranjeros. Esto paralizaría la máquina gubernamental de la India y, entonces, ¡el Reino Unido debería negociar! El «rey sin corona» había dado a su país el arma más adecuada a sus tradiciones y a su mentalidad para luchar contra los dominadores.

Prosiguiendo su política de concesiones moderadas los ingleses habían introducido a dos indios en el War Cabinet [Gabinete de Guerra] y había hecho admitir a un representante indio en la Conferencia de Paz tras la I Guerra Mundial. Sin embargo, la situación en la India seguía siendo tensa, y una dura represión en el Pandyáb hizo aumentar el descontento. Gandhi pensó que había llegado el momento de actuar. De vuelta de una larga ausencia en África del Sur, y al comprobar que el Partido del Congreso carecía prácticamente de personalidades de peso, tomó en sus manos resueltamente la dirección del movimiento y desencadenó la primera oleada de manifestaciones no violentas para protestar contra la «dominación de los ingleses», con lo que obtuvo rápidamente un inmenso éxito. Los británicos trataron de acabar con el movimiento endureciendo aún más la mano. En Amritsar[10] el general Dyer ordenó disparar contra un gentío que se había reunido pacíficamente, provocando una verdadera

---

[10] Sobre la matanza de Amritsar, Salman Rushdie (*Patries imaginaires*, Christian Bourgois, París, 1993, p. 115) comenta así el episodio: «En 1919, en el Pandyáb, los británicos tenían pánico. Temían un segundo levantamiento indio (después de la Gran Rebelión de 1857) [...]. Quizá el tribunal militar condenó a Dyer, pero no a los colonialistas. Había dado una lección a los «metecos»; era un héroe. Y cuando volvió a Inglaterra recibió una acogida como si fuese un héroe. Se reunieron fondos entregados por el público y se convirtió en un hombre rico. Tagore, disgustado por la reacción de los británicos ante la matanza, renunció a su título de nobleza.»

matanza: 379 muertos y 1.200 heridos. En Londres algunos dijeron que Dyer había salvado a la India británica. En realidad, la había perdido.

En una reunión en 1920, el Partido del Congreso concretó claramente el objetivo de la independencia: en el marco del Imperio británico si era posible, fuera de él si era necesario, y a Gandhi se le encargó que dirigiese la resistencia no violenta en toda la India. Algunas violencias se produjeron aquí y allí. Gandhi hizo suspender la campaña, pero poco después fue detenido y condenado a seis años de cárcel. Tras su encarcelamiento, el Congreso encontró un dirigente enérgico y dinámico en la persona de Nehru, un abogado que había hecho suyas una gran parte de las ideas de Gandhi. El Mahatma Gandhi fue liberado en 1924. Sobre la marcha lanzó una serie de campañas nacionales para la regeneración del hombre: contra las bebidas alcohólicas, por la artesanía, contra la industrialización, por la defensa de los intocables, y puso en pie la célebre «Marcha de la Sal» del 12 de marzo al 16 de abril de 1930.

Si Gandhi se preocupaba sobre todo de la reforma del hombre, Nehru, que en parte era su discípulo, pensaba en la liberación de la India. Para él, el colonialismo era un sistema que degradaba tanto a los opresores como a los oprimidos: había que destruirlo. Nehru y Gandhi aspiraban ambos, esencialmente, a la recuperación de la persona humana. Gandhi lanzó su segunda campaña de desobediencia civil (1932-1933), lo que llevó a su segunda detención, pero el número de sus partidarios era ya imponente. Así, en 1935 el Reino Unido cedió e hizo concesiones: las asambleas provinciales se elegirían de ahora en delante de un modo democrático. Y pasaron, casi en su totalidad, a las manos del Congreso.

Llegó la II Guerra Mundial. ¿Qué iba a hacer la India? Ya que luchaban por la libertad, se rogó a los ingleses que liberasen el país, y éstos se hicieron de rogar. Sin embargo, los líderes del pueblo indio no dudaron: el lugar de la India no podía estar del lado de los asesinos hitlerianos y los agresores japoneses, «aunque no hay que olvidar la acción militante del político nacionalista disidente Subhas Chandra Bose, que se convirtió en un héroe nacional»[11]. En nom-

---

[11] Subhas Chandra Bose había roto con Gandhi y Nehru y había buscado, sin éxito, apoyos de Hitler a la causa de la independencia de la India. Se unió a los japoneses y consiguió reclutar, en un ejército improvisado, a un tercio de los prisioneros indios capturados por los japoneses en Malasia y Singapur, tras el desastre británico de 1942, es decir, unos 20.000 hombres. En 1944 participaron, junto a las tropas japonesas, en un intento de invasión de Assam, operación de diversión lanzada por el Estado Mayor japonés para retrasar el ataque aliado contra Birmania. Fue un fracaso militar, pero un avance simbólico, pues los soldados perdidos de Bose obtuvieron las simpatías de una parte de la opinión pública india. (Véase Markovits, «Le mouvement national et la décolonisation de l'Inde (1919-1947)», *Historiens et géographes: Dossier Inde*, 1989, p. 233).

bre de su país, Sri Aurobindo se declaró públicamente contra Hitler y afirmó que la India debía contribuir a la victoria de los países democráticos. Los soldados indios aportaron una ayuda valiosa a la victoria de los aliados: 2.500.000 fueron los voluntarios que combatieron junto al Reino Unido; 8.000.000 trabajaron en los servicios auxiliares del ejército; 5.000.000 en los talleres de producción de guerra; y más de 1.000.000 en los transportes.

De todos modos, y con el fin de dejar bien claro que el apoyo a la causa de los Aliados no significaba la aceptación del colonialismo británico, los dirigentes del Congreso no suspendieron la lucha política e ideológica contra los ingleses, por lo que no faltaron los conflictos. Al terminar la guerra, el nuevo gobierno laborista del Reino Unido no pudo hacer otra cosa sino sacar conclusiones de los acontecimientos. La India se había ganado la independencia y no se le podía negar.

En 1947 sonó la última hora de la dominación inglesa: las tropas británicas abandonaron la península, y el rey de Inglaterra renunciaba al título de emperador de la India. Sin embargo, en vez de una India, iban a nacer dos, con gran desesperación de Gandhi. Desde hacía mucho tiempo los musulmanes se habían agrupado en organizaciones separadas y se había abierto camino la idea de una secesión. Los miembros de la Liga Musulmana, sabiendo que los fieles del islam eran minoritarios en el país, temían que su comunidad pudiera ser marginada irremediablemente en caso de formación de un Estado único. Así, se otorgó la independencia a la Unión India, por un lado, y por el otro a Pakistán, Estado musulmán. La India proclamó la república, aunque permaneció en el seno de la Commonwealth. Contrariando ciertas interpretaciones, la de la India británica no fue un «modelo de descolonización exitosa». Si se evitó un conflicto armado entre la potencia colonial y el nacionalismo indio, la sangre fue derramada igualmente entre las comunidades indias, bajo la mirada indiferente de un poder colonial reducido a la impotencia. Sin responsabilizar a la política británica como única causante de los males de la partición, podemos decir que la responsabilidad de Londres fue, aun así, muy grande. No obstante, la partición fue también un gran fracaso del nacionalismo indio, que se había situado siempre por encima de los enfrentamientos entre comunidades religiosas. El Congreso se resignó, sobre todo por razones pragmáticas: dar satisfacción a Jinnah[12] y a la

---

[12] Muhammad Ali Jinnah, hombre de Estado musulmán shií (1876-1948), dirigente de la Liga Musulmana y partidario de la partición. Fue, tras ésta, en 1947, el fundador del nuevo Estado del Pakistán.

Liga Musulmana habría significado concesiones tan notables que habrían hecho el gobierno del país, si hubiera permanecido unido, extremadamente difícil. Pareció preferible cortar por lo sano y dejar que las provincias de mayoría musulmana formasen su propio Estado (que, a su vez, conoció una partición en 1971)[a]. «La vida política india iba a quedar profundamente marcada por el "comunalismo", herencia de una descolonización caótica.»[13] En 1950 la India había liquidado su régimen colonial.

Aspectos característicos y cifras del colonialismo británico en la India

La dominación occidental, implícita desde la época de Cristóbal Colón y de Vasco da Gama, se hace ilimitada a partir del último tercio del siglo XIX. La inferioridad numérica calculada de los blancos que se apoyaba en las multitudes amarillas y negras como condición para limitar en origen el coste humano de los imperios para las metrópolis, es una característica esencial de todo el período colonial contemporáneo. Y explica, además, la rapidez con la que cayeron estos imperios y la dificultad para dominar los traicioneros trópicos, medio altamente patógeno para el hombre blanco. Así, la utilización de la quinina contra la malaria en el mundo colonial data de 1830-1840. A mediados del siglo XIX, la «estrategia de la esquiva», que consistía en alejarse de las zonas infectadas, salvó numerosas vidas humanas.[14] En la India fue gracias a este tipo de estrategia por lo que la tasa de mortalidad de los soldados británicos disminuyó al 69 por ciento en la década de 1860, luego al 15 por ciento a fines del siglo XIX, para pasar al 7 por ciento entre 1920 y 1925. «Pero, a fin de cuentas, la actividad del hombre blanco en tierras lejanas es posible porque en todos los lugares del trópico los colonizadores recurren a intermediarios y a auxiliares indígenas para reducir el número de soldados y funcionarios europeos expuestos a la insalubridad de medios hostiles.»[15] En la India el europeo no puede prescindir de intermediarios locales. «Miles de esclavos, de servidores, de auxilia-

---

[a] Se trata de la secesión del Pakistán Oriental, separado físicamente del occidental por toda la masa de la India. El nuevo país se denominó Bangladesh. [N. del T.]

[13] Véase C. Markovits, *op. cit.*, p. 236.

[14] Según P-D. Curtin, *Death by Migration. Europe's Encounter with the Tropical World in the Nineteenth Century*, Cambridge University Press, Cambridge, 1989.

[15] B. Etemad, *La posesión del mundo: poids et mesures de la colonisation*, Éditions Complexe, Bruselas/París, 2000, p. 34.

res, de asociados, de colaboradores se ajetrean a su alrededor, cien veces, mil veces más numerosos que los que todavía no son los amos.»[16] Limitando el número de soldados europeos expuestos a las enfermedades y al fuego del enemigo, la incorporación de los autóctonos a los ejércitos coloniales contribuye a reducir el coste del imperio.

Recurrir a reclutas indígenas es una práctica antigua. Los portugueses la adoptan ya en los primeros decenios del siglo XVI, y luego se extiende enseguida a la India, donde nadie la impulsará más que los británicos. El ejército de la compañía reúne, en vísperas de la Gran Rebelión de 1857, a más de 310.000 cipayos, es decir, a un 90 por ciento del total de los efectivos. Esta porción disminuye al 60 por ciento en 1881, para aumentar en la primera mitad del siglo XX. Las tropas indias participan en la expansión británica en Birmania [hoy Myanmar] (en varias ocasiones entre 1824 y 1885), en Persia (1856-1857), varias veces en China (1839-1842, 1857-1860), durante la revuelta de los *boxers* en 1900, en Afganistán (1878-1880), en Egipto (1882-1885), en África oriental y central (1897-1898 y 1902-1904), y en África occidental a fines del siglo XIX. En ninguna otra parte hallamos una movilización tan masiva. Ninguna otra potencia colonial dispone, a diferencia del Reino Unido, de una reserva humana del tamaño de la India. El colonizador recluta entre las «razas guerreras»: rajput, jat, sikh, gurkha. Los sueldos relativamente elevados y, sobre todo, regulares, son un atractivo suficiente para impulsar a los guerreros autóctonos a ponerse al servicio de la East India Company. Para la mayoría de los colonizados que se enrolan en el ejército del conquistador, el orden militar puede parecer menos injusto que la sociedad colonial. Hacia 1913, 76.000 soldados ingleses «controlan» la India, habitada por 315.000.000 de habitantes. El coste financiero de la conquista y de la defensa del imperio lo garantiza la metrópoli sólo en el caso de los *dominions*[b]. En las colonias de explotación, entre 1860 y 1912 los gastos militares representan del 35 al 40 por ciento del presupuesto. Londres logró que la India se hiciera cargo de una parte significativa.[17] Por otro lado, las primeras líneas férreas se construyen respectivamente en 1853 y 1862. La India es el primer territorio

---

[16] F. Braudel, *Civilisation matérielle, économie, capitalisme XVe-XVIIIe*, t. 3: *Le temps du monde*, Armand Colin, París, 1979, p. 421.

[b] *Dominion*: Estado miembro independiente de la Commonwealth británica, diferentes de las colonias; pero el término apenas se usa ya. [N. del T.]

[17] Véase L. E. Davis y R. A. Huttenback, *Mammon and the Pursuit of Empire. The Political Economy of British Empire, 1860-1912*, Cambridge University Press, Cambridge, 1986, pp. 154-156.

de Asia al que se equipa con ferrocarril. La instalación de cables telegráficos intercontinentales se inicia en 1870.

La evaluación del impacto colonial sobre la población del subcontinente indio pone en aprietos a los historiadores. La conquista militar occidental de la India no introduce, como en América y Oceanía, nuevas enfermedades. Por otra parte, la mortalidad de los indios no alcanza su mayor nivel en el momento de la conquista y de las campañas militares (1757-1857), sino en la segunda mitad del siglo XIX, en una época en la que el colonizador británico trata de extender medidas sanitarias y médicas al conjunto de la población india. Las estadísticas coloniales revelan, en cambio, que la malaria, las enfermedades respiratorias, la tuberculosis y la disentería son la causa de aproximadamente el 90 por ciento de la fuerte mortalidad india de 1872 a 1921. O, lo que es lo mismo, son menos las enfermedades «importadas» (peste, gripe) o las grandes hambrunas —de las que se suele considerar responsable al colonizador británico— lo que explicaría las graves crisis demográficas de la India colonial, que la generalización de las enfermedades endógenas y, en particular, la malaria, que por sí sola mata a más de 1.000.000 de personas al año.

La modernización de la India bajo el yugo de los ingleses, a partir de mediados del siglo XIX, rompe brutalmente los equilibrios regionales anteriores. Al provocar una dislocación de las estructuras económicas tradicionales, una mezcla sin precedentes de las poblaciones y alteraciones medioambientales, la modernización modifica de manera significativa la ecología patológica (*disease ecology*) del subcontinente, exponiendo a las masas indias pobres y sin medios a las enfermedades importadas e indígenas que tienen ya un alcance nacional. El coste humano de la modernización ¿podría haberse evitado o reducido en una India independiente? La historia-ficción se presta a las afirmaciones más contradictorias. Klein estima que aproximadamente el 10 por ciento de los 280.000.000 de decesos computados en la India entre 1901 y 1921 tendrían relación con la nueva patología ecológica. El resto hay que incluirlo en las causas de muerte que sufre la India desde tiempo inmemorial.

Debido a la situación colonial, las estadísticas y censos «oficiales» no son mucho más fiables que las estimaciones «salvajes» de las épocas pioneras, pues las poblaciones colonizadas son reticentes en dejarse incluir en un registro por funcionarios venidos de «allende los mares». Ni qué decir tiene que las iniciativas coloniales en materia de estadística varían también en el tiempo y en el espacio en función de la resistencia y de las iniciativas de los colonizados que, pese a su situación de dominados, no pierden del todo la de actores históricos.

La dominación inglesa no dejó la misma huella en la India británica y en la India de los aproximadamente seiscientos Estados principescos que, hacia 1940, representan alrededor de la cuarta parte de la población total del subcontinente y gozan de más autonomía que las provincias administradas directamente. Un reciente sondeo efectuado en la India ha revelado que «un tercio de las personas interrogadas ignoraban que su país fuese una posesión británica»[18]. La evaluación de las poblaciones coloniales, sea como resultado de «censos», de «enumeración» o de «estimación», sigue siendo incierta en la mayoría de los casos. Los censos administrativos sirven sobre todo para las necesidades del colonizador. He aquí lo que dice Kingsley Davis, uno de los mejores conocedores de la población del subcontinente.[19] Este autor nos dice en primer lugar que en la India las operaciones sistemáticas de censo comienzan en 1867-1872, lo que, teniendo en cuenta su nivel de desarrollo o de atraso económico, sitúa a este territorio por encima de la «media mundial» en materia de estadísticas históricas de población. A continuación describe los obstáculos concretos hallados en esta tarea: «Imaginemos un subcontinente macizo y diversificado, que engloba a centenares de millones de habitantes, de los que la mayoría son campesinos analfabetos; algunos viven aislados en las junglas o en las montañas, algunos atados a supersticiones hostiles a toda operación de recuento, algunos encerrados en diferencias políticas y religiosas, algunos asimilables a verdaderos salvajes de la edad de la piedra. Imaginemos todo eso y se hará evidente la dificultad a la hora de efectuar un censo.» La reticencia de las poblaciones a ser censadas se debe a la existencia de tabúes o de miedos no justificados. Al temer los impuestos, la prestación personal, la confiscación e incluso la deportación, los indígenas enmascaran su número ocultándose.

Después de 1880 las rivalidades entre las potencias coloniales cambian. Los antiguos duelos son sustituidos por un juego más complejo, debido a la aparición de nuevos competidores (Alemania, Italia, Bélgica, Japón, Estados Unidos). Entre 1913 y 1938 es la hora de la glorificación de los imperios. El período de entreguerras marca, en la historia de la colonización, el comienzo de una era de explotación sistemática de los recursos y de los hombres sometidos a la *pax colonia.*

---

[18] B. Etemad, *op. cit.*, p. 146.

[19] K. Davis, *The Population of India and Pakistan*, Princeton University Press, Princeton, 1951, pp. 4-7.

Hambrunas y responsabilidad británica: cinismo social

A partir de la década de 1860 hasta aproximadamente la de 1920, la India conoce una sucesión de carestías y hambrunas que son las más graves del período colonial: en 1865-1866 afecta a Bengala, Orissa y el sur de la India; de 1868 a 1870 afecta al Rajasthán y a la India central; entre 1876 y 1878 la gran hambruna causa casi 4.000.000 de muertos en la India del sur; de 1896 a 1900, 5.000.000 de habitantes perecen en la presidencia de Bombay y en las provincias centrales; finalmente, en 1907-1908, la sufre también la India del norte. Durante cincuenta años la tasa de crecimiento de la población —que se conoce regularmente desde 1871 gracias a los censos decenales— no supera el 0,4 por ciento para el conjunto de la India. En 1918 la epidemia de gripe, que diezma a una población ya debilitada por el paludismo o el cólera y atacada en 1896 por la peste, cierra medio siglo de crisis demográficas agudas. El carácter excepcional de esta serie de hambrunas de la época colonial es para los historiadores, hoy como ayer, «objeto de enfrentamientos más ideológicos que científicos entre adversarios y defensores del poder colonial»[20].

Con el establecimiento del poder colonial, que se encarna en una administración centralizada, las estadísticas de Estado y, sobre todo, la aplicación progresiva a partir de 1880 de un Código de la Hambruna, la crisis agraria se convierte en una realidad nueva, previsible. «Si todavía es objeto de rumores, la hambruna se define ya con precisión: el déficit pluviométrico, la subida del precio de los cereales, el aumento de la mortalidad y la caída de las tasas de crecimiento de la población son otros tantos índices que los funcionarios coloniales aprenden a escrutar.»[21] Es el nacimiento del movimiento nacionalista lo que convierte las hambrunas en baza de la lucha política. Periodistas, abogados, maestros o funcionarios indios la convierten en el estigma más llamativo de la «pobreza de la India», según los discursos de Dadabhai Naoroji,[22] célebres a finales del siglo XIX. Como respuesta, la administración británica atribuye las hambrunas a las vicisitudes de la naturaleza: en 1902, el virrey lord Curzon reconoce como única causa de aquéllas la fatalidad climática, pero ¿acaso se puede, para explicar la intensidad de las hambrunas que se suceden unas a otras en-

---

[20] R. Lardinois, «Les famines en Inde: la colonisation en question», *L'Histoire*, 139, 1990, p. 35.

[21] *Ibid.*

[22] Publicista y periodista nacionalista de origen parsi (1825-1917), fue miembro del Parlamento de 1892 a 1895 y escribió varias obras políticas en las que exponía las quejas de los indios.

tre 1870 y 1920, contentarse con mencionar, como hacen los funcionarios coloniales, una sucesión excepcional de años secos? Los nacionalistas indios, entre los que se cuenta el historiador marxista Romesh Chandra Dutt, han recordado con fuerza la pobreza del mundo rural, de la que responsabilizaban a la tasa de imposición sobre la tierra, demasiado elevada. Ahora bien, estas tasas, como explica R. Lardinois, disminuyeron en valor real desde 1850, mientras que los precios agrícolas se duplicaron entre 1870 y 1915. Con todo, a finales del siglo XIX el surgimiento de medios de comunicación modernos permite el desarrollo de los cultivos de exportación que la India puede producir a bajo precio: se trata de los cultivos de opio, yute y té, sostenidos por las grandes compañías británicas, y los de algodón, trigo y arroz. En 1890 —¡la balanza comercial de la India es excedentaria!— estos seis cultivos representan el 60 por ciento de las exportaciones. ¿Su crecimiento se ha hecho a expensas de los cultivos alimenticios? Para los decenios 1860-1880 no se constata disminución de las superficies cultivadas de cereales ni reducción de los rendimientos. Sin embargo, en la segunda mitad del siglo XIX se produce un lento deterioro de las condiciones agrarias tradicionales. Para el mundo rural, las hambrunas son dramáticas. En primer lugar se manifiestan por una disminución de las labores agrícolas y de la contratación de mano de obra para los campesinos, además de por un parón en los pedidos de sus patronos ancestrales para los artesanos, es decir, se trata, para todos, de una reducción de los ingresos en especie o en dinero. Todos se ven duramente golpeados por el aumento del precio del mijo, que se triplica e incluso cuadruplica habitualmente en tiempos de hambruna. Los créditos y las privaciones son el resultado. Los testimonios de la época en conjunto, incluidos los informes de las comisiones oficiales creadas después de cada hambruna, dan fe de la importancia del endeudamiento campesino y de su aumento a lo largo de los años.[23] Éste es el origen principal de los disturbios que desgarran la India central en 1875, sin que las leyes agrarias que se suceden puedan poner remedio.

Después de 1920, la hambruna de Bengala, en 1943-1944, es la última de gran amplitud que ha conocido la India. Ésta se inscribe en una nueva coyuntura económica y demográfica, anunciada ya hacia la década de 1920. El aumento de la población, debido a una reducción de la mortalidad, sobre todo de la infantil, comienza realmente en este período y se prolonga hasta la década de 1970. Paradójicamente, la evolución demográfica no va acompañada de nin-

[23] R. Lardinois, *op. cit.*, p. 37.

gún progreso agrícola. Entre 1891 y 1947 la producción se intensifica débilmente en beneficio tan sólo de la agricultura comercial. Por último, justo hacia 1920 se invierten las coyunturas demográfica y económica. La producción agrícola se degrada en el momento en que aumenta la población, trayendo consigo, inevitablemente, la pauperización del campesinado. La creación, en 1880, de la primera Famine Commission [Comisión para la Carestía] y el establecimiento de un Código de la Hambruna marcan un intervencionismo calculado para controlar las crisis. Se trata, en primer lugar, de proporcionar a los menos favorecidos ingresos que les permitan comprar grano. Las constricciones financieras que derivan de esto provocan numerosas polémicas. «¿Hay que mantener con vida a nuestros campesinos a cualquier precio y sin mirar los gastos?», exclama el virrey lord Lytton en 1877. En esos días, Richard Temple, enviado del gobernador británico a Madrás, impone una reducción de los salarios y de las raciones de alimentos servidas en los campamentos de socorro a los refugiados. Incluso el Famine Relief and Insurance Grant (Fondo de Garantía y Socorro contra las Hambrunas), creado por el gobierno en 1877-1878, será criticado severamente unos años más tarde: se ha convertido en la caja B del Departamento de Obras Públicas.[24]

Con todo, la política económica y social de los británicos habría ayudado a contener las hambrunas, gracias, sobre todo, a las grandes obras de regadío y a la construcción de una red ferroviaria. Muchas veces se ha reprochado a esta política sus consecuencias económicas, sociales y ecológicas: prioridad a las obras financieramente rentables respecto a las ordinarias concebidas con el único fin de la protección; degradación de las tierras regadas; recrudescencia de la malaria, etc. Aun así, está demostrado que estas operaciones permitieron, sobre todo en el Pandyáb, el desarrollo de una agricultura comercial y garantizaron una mayor flexibilidad de las estructuras agrarias en períodos de sequía. La revolución de los transportes que siguió a la construcción del ferrocarril ayudó a la apertura de los mercados regionales y facilitó el transporte de cereales en tiempos de crisis. Finalmente, el crecimiento industrial (de un 4 por ciento aproximadamente entre 1919 y 1939), la multiplicación de los puestos de trabajo en este sector y la expansión urbana han contribuido también, al diversificar las fuentes de ingresos, a reducir las consecuencias de las hambrunas, que casi habían desaparecido en el momento de la independencia. Sin embargo, la producción agrícola se estanca, la industria está poco desarrollada, la población

---

[24] R. Lardinois, *op. cit.*, p. 38.

aumenta regularmente desde aproximadamente 1920 y la situación alimentaria se degrada.[25] La historiografía refleja esta evolución contradictoria entre los nacionalistas, para quienes las hambrunas son consecuencia de la pobreza de la India, del «drenaje» de riquezas del país hacia la metrópoli, y sus adversarios, para los cuales la India nunca habría podido superar esta plaga sin la política de ayudas y de prevención aplicada por los británicos.

Si esta exposición sobre el asunto de las hambrunas, alimentado por el estudio riguroso y mesurado de Roland Lardinois, podría no ser concluyente respecto al cinismo de los británicos, una visión más negra en cuanto a la responsabilidad de éstos nos la ofrece una obra muy reciente sobre la cuestión. El investigador estadounidense Mike Davis, en su combate antiimperialista, llega a titular su libro *Late Victorian Holocausts. El Niño Famines and the Making of the Third World.*[26] Nos presenta, entre otras cosas, una panorámica de las hambrunas de 1896 a 1908 con una pluma sagaz, muchas veces socarrona respecto a los dirigentes ingleses, en un capítulo titulado (no sin un humor burlón) «Skeletons at the Feast» (literalmente, «esqueletos en el festín», pero que significa también «aguafiestas»). He aquí algunos aspectos de su análisis crítico que nos interesan en este trabajo.

Los gobernadores de la India no previeron, evidentemente, que las bodas de diamante de la reina Victoria (1897) iban a celebrarse en «el año más triste por su acumulación de calamidades desde los tiempos en que la India pasó de las manos de la East India Company a la Corona», como dirá más tarde Romesh Chandra Dutt en el Congreso Nacional Indio. En ese momento el subcontinente espera el monzón de 1896, persuadido de que ya no es posible una hambruna como la de 1876. Gracias al informe de la Comisión de 1880 de Richard Strachey, hay ahora ya códigos de hambrunas regionales que dan instrucciones para organizar un seguro local y proporcionan nuevos controles (registro de «círculos de hambruna» en el interior de los subdistritos) respecto a los movimientos de población en estado de pánico, análogos a los que habían alarmado tanto al gobierno veinte años atrás. Además, en 1878 se crean una «subvención para hambrunas» y un «fondo de garantía» para permitir que Calcuta pudiese financiar la asistencia durante las sequías más importantes y las inundaciones, sin riesgo fiscal con relación a sus otras prioridades, en particular la campaña militar permanente a lo largo de la frontera del noroeste. Además, escribe un eco-

---

[25] *Ibid.*, p. 39.
[26] M. Davis, *Late Victorian...*, Verso, Londres-Nueva York, 2001, p. 141.

nomista contemporáneo, «las condiciones históricas de control de la producción y de la distribución habían sido revolucionadas». La integración de los enormes superávits de trigo de Birmania en el sistema imperial, paralelamente a las 10.000 millas de nuevas vías férreas (la mayor parte financiada por el Famine Fund), se anuncia como capaz de proveer a la población rural de un margen decisivo de seguridad alimentaria. Las hambrunas, en su sentido estricto, se han hecho imposibles. En caso de necesidad, Birmania puede alimentar al Pandyáb y a las provincias del noroeste y viceversa. Asimismo, Madrás puede ayudar a Bombay o al contrario. De este modo lord Elgin tranquiliza a la reina Victoria: «El progreso de los medios de comunicación, en particular el tren, permiten ya combatir las carestías de una manera que estaba fuera del alcance de los funcionarios en los primeros tiempos.» Sin embargo, en la práctica tales progresos resultan insignificantes. Un monzón incompleto obstaculiza las cosechas de primavera de 1896 en Pandyáb, en la frontera noroeste, en el Oudh, en Bihar y en la presidencia de Madrás. La falta de lluvias es aún más devastadora en las provincias centrales y en el este del Rajputana (Rajasthán), donde tres años de mal tiempo y de cosechas escasas ya han empobrecido a los campesinos. Los precios del grano aumentan en toda la India, y luego suben de forma imparable después de que el monzón de otoño no tenga lugar. Además, las reservas de grano, en especial en el cinturón de trigo del norte de la India, se ven reducidas por las exportaciones masivas hacia Inglaterra, destinadas a compensar su desastrosa cosecha del año anterior. Mientras que los progresos «revolucionarios» de Elgin en la distribución sólo permiten garantizar que los precios de los productos agrícolas serán tan elevados en los distritos no afectados por la sequía como en los que la cosecha ha faltado, los funcionarios británicos, fortalecidos por su fe doctrinaria en la racionalidad del mercado, se muestran temerosos al ver que los precios del mijo y de otros *poverty grains* [cereales de pobreza] superan al del trigo utilizado en la fabricación de pan europeo. Y lo mismo ocurría con el Famine Fund, del que se vanagloriaban, y del cual una parte substancial había sido desviada, pese a las protestas de los indios, para aprovisionar otra mala guerra afgana. En Londres, en el mitin inaugural de la campaña para el «socorro a la hambruna india» de enero de 1897, el líder socialista Henry Hyndman era obligado por la policía a abandonar su estrado cuando propuso que las «"Home Charges" [gastos nacionales] para el año en curso fueran suspendidas y que su totalidad se destinara a los gastos de las garantías contra las hambrunas». El gobierno, deliberadamente, no había tenido en cuenta las advertencias de los nacionalistas indios ni las de sus propios funcionarios de sanidad respecto a la población de pobres, en continuo crecimiento, y vulnerable a los au-

mentos del precio de los alimentos. La desnutrición, pensaban los observadores, había alcanzado niveles épicos, sin precedentes en la historia de la India, pero el India Office no tenía más prisa entonces, en 1896, que en 1876 para hacer frente a la «pesadilla» de la ayuda a los pobres de la India. Los precios elevados transforman rápidamente la sequía en hambruna. En las provincias del noroeste y del centro, en 1896, se constata ya una creciente miseria; en octubre la policía abre fuego sobre saqueadores de cereales en Bihar y en la presidencia de Bombay. Ante la policía y los tribunales, éstos declaran: «Deténgannos por robo y téngannos en prisión. Allí por lo menos no nos moriremos de hambre.» Margaret Denning, misionera estadounidense, expone el caso de un pequeño cultivador musulmán constreñido, tras haber vendido su tierra, su vivienda, y finalmente sus utensilios de cocina, a «entregar» a su hijo primogénito a los misioneros —violando así su religión—, porque ya no tenía esperanza alguna de poder alimentarlo y enviarlo a la escuela. El muchacho comprendía a su padre. Éste le dijo hasta la vista y, sin pedir nada para sí, se fue. Más tarde, el gobierno abrió, a regañadientes, una «casa de pobres» (*poorhouse*) en las cercanías, pero el padre, su mujer y el hijo más pequeño perecieron, víctimas del régimen sórdido de las malas condiciones sanitarias, de las raciones de comida insuficientes y del excesivo y duro trabajo.

Historias como ésta son moneda corriente y comienzan a sembrar cierto malestar en el extranjero. Se moviliza a sir Edwin Arnold para dar garantías a los estadounidenses sobre el hecho de que «los ingleses en la India gobernaban en interés de los indios en primer lugar, y por los beneficios, la reputación y el poder en segundo lugar». Sin embargo, debido al *Spectator* y a otras instancias editoriales de importancia que le amonestan por su excesiva parsimonia, el virrey —preocupado, por otro lado, por destruir las aldeas rebeldes a lo largo de la frontera afgana— consiente, de manera reticente, en crear estructuras de asistencia en los distritos más afectados. Sin embargo sigue oponiéndose con obstinación a la caridad privada, resistiendo a las presiones de los misioneros internacionales, y condena con acritud a la prensa por sus «exageraciones». Elgin prohíbe al gobierno de Bengala que adelante dinero a los comerciantes para importar grano (Birmania, por ejemplo, exporta sus grandes superávits de arroz a Europa). Finalmente, cuando sus arcones se ven vacíos por la guerra en la frontera noroeste, su gobierno reduce un tercio las contribuciones al Famine Fund (pasando de 1,5 rupias a 1 rupia), en flagrante violación de las anteriores promesas oficiales que se hicieron a los indios.

En diciembre de 1897 Elgin atraviesa Jubbolpor, en las provincias centrales. La sequía ataca de manera ininterrumpida tras la de 1895, y la tasa mensual de

mortalidad ha seguido subiendo desde septiembre. Anteriormente el gobierno ha rechazado los llamamientos desesperados para crear un trabajo de asistencia, o de control del precio de los cereales, pero Elgin, lo mismo que Temple y Lytton una generación antes, permanece fríamente impasible ante todo lo que ve: «Puedo decir con claridad que, viajando estos últimos días a Indore y a Gwalior y ahora por estas provincias a las puertas de la ciudad, he quedado impresionado por la apariencia de prosperidad del país, incluso con la cantidad reducida de lluvia que ha caído recientemente.» Toda la India se siente ultrajada por esta observación —declara un reportero— basada en un rápido vistazo «desde la ventana del salón de un tren virreinal»[27]. Convencido de que los indios son por naturaleza vagos y unos mendigos, Elgin importa al subcontinente la vieja piedra angular disciplinaria del utilitarismo, la *poorhouse*. Prevista a favor de aquellos que son demasiado débiles para el trabajo duro, las casas de pobres no son aceptadas por los campesinos, que temen que se les quiera «convertir al cristianismo» o que se les deporte allende los mares, lo que constituye un tabú para los hinduistas. El encierro resulta particularmente insoportable para los individuos de las poblaciones tribales, como los gond o los baiga, sobre los que un misionero afirma que «morirán enseguida en sus alojamientos o en su jungla nativa, antes que someterse a las constricciones de los reglamentos de las *poorhouses*». Estas afirmaciones las confirma una autoridad inglesa sobre las hambrunas: «El odio a la *poorhouse* se ha revelado en muchos casos más fuerte que el miedo a la muerte.» Un visitante oficial norteamericano del Socorro queda horrorizado ante las condiciones en el interior de las *poorhouses*, en particular en lo que respecta a la alimentación: «La comida no consistía más que en harina seca y un poco de sal. Un ojo experto podía ver enseguida que el grano se había adulterado con tierra antes de ser mezclado con la harina.» Un misionero mennonita escribe al editor del *Christian Herald*, en Nueva York, que «la tasa de mortalidad en este distrito, que solía estar por debajo del 50 por mil, había aumentado a causa de la falta de alimento hasta la tremenda cifra del 627 por mil».

La peste bubónica llega a Bombay en el verano de 1896, probablemente como «pasajero clandestino», nos dice Davis, en un barco proveniente de Hong Kong. Bombay ofrecía una ecología ideal para una pandemia: atmósfera fétida y tugurios (*slums*) superpoblados infestados por una población colosal de ratas. Durante años, los funcionarios de sanidad avisaron a los administradores británicos de que su rechazo a gastar la más mínima suma para mejorar el estado sa-

[27] Citado en Davis, *op. cit.*, p. 147.

nitario de los tugurios estaba preparando el caldo de cultivo de una «epidemia apocalíptica». Florence Nightingale, la eminente victoriana, llevó a cabo repetidas cruzadas contra la «fantasmagoría» de las condiciones de la enfermedad, pero los ciudadanos europeos formaron un bloque contra el aumento de impuestos destinados a financiar la renovación del sistema de aguas y los proyectos de drenaje. La falta de alimentos y el cólera se añaden enseguida a la peste, diezmando a un quinto de los trabajadores de las castas bajas de la ciudad y, lo que es más alarmante para las élites comerciantes, en los puertos extranjeros se comienza a poner en cuarentena los transportes de trigo que llegan de Bombay. Se teme que un embargo general pueda destruir el comercio exterior de la India occidental. Durante ese tiempo, las cargas por vía férrea de trigo de socorro contaminado extienden la peste muy eficazmente a través de los *ghat*[28], en el Deccán árido y hambriento. La modernización y el aumento de la miseria forman, una vez más, una combinación mortal. La nueva Epidemic Disease Act [Ley de Enfermedades Epidémicas] proporciona a W. C. Rand, personaje conocido por su racismo arrogante, el poder de «detener y aislar a los presuntos apestados, destruir sus bienes, inspeccionar, desinfectar, evacuar e incluso demoler las viviendas sospechosas de tener la peste, prohibir fiestas y peregrinajes». Rand se enorgullece de que sus medidas «eran quizá las más drásticas que se hayan tomado jamás para erradicar una epidemia». Por el país se difunden rumores según los cuales pacientes indios han sido asesinados para «extraerles el aceite vital que servirá de ungüento mágico para los europeos». A través de la India, mientras tanto, estalla un escándalo que crece debido a los preparativos suntuarios para la celebración del sexagésimo aniversario del reinado de Victoria. En el Lahore Town Hall un grupo de colegiales indios interrumpe en un mitin de dirigentes ingleses y ciudadanos indios para declarar que el dinero debía recogerse en beneficio de los huérfanos de la hambruna y no para un memorial dedicado a la reina Victoria. Sin embargo, fue en la ciudad de Poona, hambrienta e infestada por la peste, donde se mostró la arrogancia imperial con ocasión de lo que muchos interpretaron como el preludio de una segunda rebelión como la de 1857. El 22 de junio, dos patriotas indios asesinan a Rand y a su subordinado mientras abandonan en automóvil el lugar donde se lanzaban los fuegos artificiales para celebrar el jubileo de diamante en la Government House. Tienen lugar numerosos actos de este tipo. Se vota una nueva Sedition

[28] *Ghat*: «límites, fronteras», nombre dado a los bordes oeste y este de la meseta del Deccán y que forman, entre aquéllas y el mar, estrechas fajas costeras.

Law [Ley de Sedición]. «La más mínima crítica indígena sobre la asistencia a la hambruna o sobre la campaña antipeste se "criminalizaba".»[29] Al mismo tiempo, la *Missionary Review of the World* [Revista Misionera del Mundo], que habitualmente elogiaba la filantropía británica, denunció el doble lenguaje a través del cual el gobierno minimizaba la gravedad de la crisis y saboteaba el esfuerzo de los misioneros para organizar una rápida ayuda internacional. *Cosmopolitan* [Cosmopolita] publica ostensiblemente dos fotografías de víctimas de la hambruna de las provincias centrales junto a un gran monumento dedicado a la gloria de la reina Victoria. En el editorial se decía que «según las estimaciones basadas en Londres, un total de más de 100.000.000 de dólares se habrían gastado directa o indirectamente en las ceremonias del jubileo de la reina». Los críticos de Elgin no sabían precisamente lo que resultaba todavía más escandaloso: la suma que gastó para las extravagantes bodas de diamante, o lo poco que se destinó a la lucha contra la hambruna que afectaba a 100.000.000 de indios. En 1898 la prensa mundial titula, en el caso de los 11.000.000 de muertos que provocó el hambre: «La hambruna del siglo.» Sin embargo, este lúgubre título es desbancado casi inmediatamente por una sequía aún más grande y un hambre todavía más mortífera en 1899-1902. Curzon, más que Elgin, representa una política imperial rígida. Éste se dirige a los aldeanos diciendo: «Todo gobierno que comprometiese la situación financiera de la India por intereses de una filantropía pródiga se expondría a serias críticas; pero todo gobierno que, por medio de limosnas distribuidas sin discernimiento, debilitase la fibra moral y destruyese la confianza de la población en sí misma, se haría culpable de un crimen público.» C. J. O'Donnell, distinguido veterano del Bengal Civil Service [Servicio civil de Bengala], comenta sarcásticamente: «Con la hambruna que sigue a la hambruna en todas las provincias de la India, y por todas partes una peste devastadora, ¿quién podría negar que por fin hemos encontrado a un verdadero "virrey imperialista"?»[30] Lo mismo que Lytton veinte años antes, Curzon se convertirá en el arquitecto de una «*brilliantly organized famine*» [una hambruna brillantemente organizada]. Y mientras Herbert Spencer advertía sobre la *rebarbarization* [rebarbarización] (*sic*) del espíritu inglés alimentado por el chovinismo rampante, la prensa popular ignora el nuevo «holocausto» indio para centrarse casi exclusivamente en la lucha contra los bóers de Sudáfrica, que están oponiendo una resistencia inesperada.

[29] M. Davis, *op. cit.*, p. 152.
[30] *Ibid.*, p. 164.

La ayuda internacional más cuantiosa llega a la India no de Londres, sino de Topeka (Estados Unidos), bajo la forma de 200.000 fardos de cereales «por solidaridad con los campesinos indios». A esto le siguen notables contribuciones de las comunidades indígenas y de grupos de iglesias negras norteamericanas. En 1901, *The Lancet* [La Lanceta], revista médica anglosajona de gran reputación, sugirió que las estimaciones mínimas del excedente de mortalidad de la India en el decenio anterior (calculado a partir del *Census* [Censo] de 1901, tras deducir los muertos causados por la peste) eran de 19.000.000 de fallecidos. Cierto número de historiadores, como Kingsley Davis, Ira Klein y Pierre Le Roy, admiten esta cifra como orden de magnitud aproximado para la mortalidad combinada de la crisis de 1896-1902. En estas grandes hambrunas de «fin de siglo», seguidas por otra combinación «El Niño/sequía/hambruna» en 1907-1908, se calcula la pérdida de 2.100.000 a 3.200.000 vidas en las Provincias Unidas. Es decir, una gran sombra de mortalidad sobre los diez primeros años del siglo XX. Con la capacidad de reacción inmunitaria reducida por el prolongado período de hambre, los campesinos pobres del norte y del oeste de la India se vieron diezmados por millones en las oleadas de epidemias de malaria, tuberculosis y peste. La peste negra se atrinchera en los primeros distritos afectados por la hambruna de Uttar Pradesh y del Pandyáb, donde se declararon 8.000.000 de nuevas víctimas en 1914. El daño acumulativo de las fuerzas productivas del subcontinente es colosal. «Casi todos los progresos del desarrollo agrícola desde 1880 fueron aniquilados durante las hambrunas.» Srivastava declara que el 92 por ciento de los animales de labor del Pandyáb muere en 1896-1897. Durante este tiempo, en la presidencia de Bombay (según Tomlinson en la *New Cambridge History* [Nueva Historia de Cambridge], los rebaños no recuperarán el nivel de los años 1890 antes de la década de 1930. En parte debido a esta carencia de capacidad animal, la red de tierras cultivadas tanto en la Presidencia de Bombay como en las provincias centrales en 1900 se reduce en un 12 por ciento con relación a 1890. En los distritos más afectados, la reducción de los cultivos oscila entre el 25 y el 41 por ciento. Asimismo, el mecanismo demográfico del país se inmoviliza. Para el conjunto de la India, sólo la década de 1880 conoció un cociente relativamente saludable entre la tasa de nacimientos y la de mortalidad.

¿Qué lección extraen los británicos de estas catástrofes? El informe oficial más exhaustivo, el *Report on the Famine in Bombay Presidency 1899-1902* [Informe sobre la Hambruna en la Presidencia de Bombay, 1899-1902] concede que una gran parte de la excesiva mortalidad podría haberse evitado mediante «una asistencia (*Home*) gratuita ampliamente repartida desde un comienzo»,

pero sostiene que «el coste habría sido tal que ningún país habría podido soportarlo o ser obligado a soportarlo» (aunque los mogholes, menciona Davis, hayan proporcionado este tipo de ayuda en el siglo XVIII). Asimismo, la principal conclusión del informe de la *1901 (All India Famine Commission)* [1901 (Comisión Panindia para la Hambruna)] era que —pese al hecho de que apenas un quinto de las víctimas estimadas de la hambruna había recibido asistencia británica—, «la ayuda distribuida era excesiva».

La categoría colonial abusiva de «tribus criminales»: cinismo legislativo

La categoría de «tribus criminales», que ilustra un ejemplo de organización de la dominación británica, no revela una concepción propia de la sociedad india, sino una noción importada a la India del siglo XIX por los administradores y los juristas del régimen colonial británico. Se aplica a grupos sociales cuyas ocupaciones tradicionales se identifican según ellos con la «depredación» y la «delincuencia». El término «tribu» se refiere a un carácter étnico y el de «criminal» al surgido directamente del derecho occidental: estos grupos sólo se convierten en criminales respecto a los conceptos occidentales de marginalidad. Lejos de verse excluidos de las formas sociales específicas del conjunto de sociedades del subcontinente indio, evolucionan en su universo ideológico, cuyo principio dominante es el de la clasificación de la diferencia y la ausencia de exclusión.[31] Las disposiciones legales tomadas respecto a las tribus criminales deben ser consideradas en el contexto más general de las diversas parrillas de inventario introducidas por la administración colonial, en particular las del *Census* y de los *Gazetteers*.

A partir de 1830 se inicia un cambio debido a la influencia de las corrientes evangélicas y utilitaristas. Esta última, motivada por la búsqueda de intereses materiales, tiene sus fundamentos filosóficos en el corazón de la economía política, lo que ha inspirado una política social en la que uno de sus rasgos es la eliminación de ciertos «abusos» de la sociedad indígena. Entre ellos se halla el suicidio de las esposas en la hoguera del marido y la criminalidad de los thugs

[31] M. Fourcade, «Les dénommées "tribus criminelles" de l'Inde britannique: violence coloniale, violence traditionnelle», *Purushartha*, 16, *Violences et non-violences en Inde*, EHESS, París, 1994, p. 187.

—cofradía de salteadores de caminos—. Hasta este momento no se había operado una ruptura fundamental respecto al orden tradicional indio. El gobierno no hacía sino tomar a su cargo una parte de la función de defensa y represión que las aldeas indígenas garantizaban por sí mismas, pero se opera un cambio decisivo cuando los conceptos occidentales en materia judicial punitiva se amoldan a las leyes que se hacen imperativas para el conjunto del cuerpo social. El punto de partida es la Criminal Tribes Act [Ley de Tribus Criminales] (CTA) de 1871, que faculta a todo gobierno provincial con autorización del gobernador general a declarar «criminal» a todo grupo, tribu o clase que aquél considere que «se dedica a la perpetración sistemática» de ciertas categorías de delitos que atentan contra las personas y los bienes. Este procedimiento equivale, pues, a reconocer como culpable a un grupo entero sin que haya habido proceso, lo que permite a las autoridades imponer al grupo incriminado la detención y un régimen más o menos estricto.

Citemos el discurso de J. V. Stephens, miembro titular del Ministerio de Justicia del Consejo del virrey, con ocasión de la introducción del proyecto de ley (*bill*) de la CTA de 1871:

> El rasgo distintivo de la India es el sistema de castas. En virtud de este sistema los comerciantes están divididos en castas, y una familia de carpinteros seguirá siendo una familia de carpinteros dentro de un siglo o de cinco siglos, si dura hasta esa fecha. Conservemos este hecho en nuestra memoria y captaremos de una sola vez lo que hay que entender por criminal profesional. Se trata de una tribu cuyos antepasados son criminales desde los orígenes de los tiempos, cuyos miembros se dedican por las leyes de la casta a cometer delitos y cuya descendencia, a su vez, será delincuente hasta que sea exterminada, como se ha hecho con los thugs. Cuando un hombre os declara que es delincuente, hay que entenderlo como que lo es desde el comienzo y que lo será hasta el final. Es imposible reformarlo, pues su oficio, su casta, diría casi su religión, es cometer delitos.[32]

Amalgama de términos: casta, tribu, oficio; mezcla de nociones de orden ritual, étnico y secular, situadas en un mismo plano para comodidad de la legislación británica. La impropiedad del vocabulario empleado pone de manifiesto el hiato existente entre el punto de vista colonial sobre las realidades hindúes y las propias realidades que resultan desviadas del significado que tienen

---

[32] G. Shankar, *Born Criminals*, Kishor Vidya Niketan, Varanasi, 1979, p. 61.

en su sociedad de origen. El propio texto determina una categoría de orden penal puro para facilitar la aplicación de una ley basada en criterios arbitrarios, que no tiene en cuenta el sistema de castas en el que la interdependencia constituye un principio básico que el ojo inglés es incapaz de ver.

Bajo la etiqueta de «tribus criminales» (que no engloba a las auténticas comunidades «primitivas» de la India, los *âdivâsî*) hallamos grupos cuya profesión es la depredación; los grupos cuya depredación es accidental (hambrunas, cataclismos naturales...); los excluidos, desclasados, disidentes originarios de las castas ordinarias; y otros grupos más, formados, al contrario, por los desclasados de orígenes diversos. Funcionan como crisoles, acogiendo a los miembros de origen, casta o religión diferentes.[33] Los historiadores se han puesto de acuerdo hace ya mucho tiempo sobre los orígenes mixtos de estas tribus criminales, que se debe, en parte, a su reclutamiento abierto. Indiferentes a la noción de identidad o de pureza a preservar, poseen sus propios mitos de origen, sus valores interiorizados desde la infancia, su código de honor, y se dedican a actividades delictivas que forman su función específica. La CTA, en la práctica, autoriza a todo magistrado de distrito a catalogar y actuar sobre esos grupos allí donde tenga a bien indicarles la residencia obligatoria, o a encerrarlos en una colonia de reeducación. Tales colonias no las gestiona la policía, sino funcionarios especializados o, desde 1910, asociaciones filantrópicas o misioneros (*London Mission* [Misión de Londres], o el *Salvation Army* [Ejército de Salvación]).

El examen de los orígenes ideológicos de la CTA de 1871 —y de sus revisiones posteriores— demuestra que se inspira en las nociones contemporáneas de criminalidad. Las definiciones de delito dadas por los ingleses en la India tienen relación con sus ideas sobre las estructuras y funcionamiento de la sociedad y la cultura indias, pero también con la ideología del gobierno que justifica su dominación y el sometimiento de los indios.[34] Las políticas legales del poder colonial se basan en afirmaciones acomodaticias y erróneas referentes a la sociedad india y conocen, así, resultados imprevistos (véase Fourcade, 1994). La autoridad inglesa ha fusionado la idea de una influencia moral y la del concepto del «poder del Estado»[35].

---

[33] J. Pouchepadass, «Délinquance de fonction et marginalisation coloniale: les «tribus criminelles» dans l'Inde britannique», en (colectivo) *Les marginaux et les exclus dans l'Histoire*, Plon, París 1979, p. 130.

[34] B. Cohn, «Notes on the Study of Indian Society and Culture», en M. Singh y B. Cohn, *Structure and Change in Indian Society*, J. L. Aldine, Chicago, 1968.

[35] *Ibid.*, pp. 5-6, 78.

Una vez denominados oficialmente *criminal tribes* [tribus criminales] (CT), estos grupos carecen de recursos ante el sistema judicial para salir de tal designación. Se producen protestas, pero quedan sin efecto. La tendencia de los legisladores es aceptar la idea de un «delito hereditario» según las teorías criminológicas de la época. Los grupos que han sido identificados como CT quedan marcados de manera indeleble y dotados de características sociales y de comportamiento concretas. La opinión oficial sobre las CT conduce a que una parte de ellas sean reconocidas como gitanas (*gypsies*), tribus errantes (*wandering tribes*) o tribus vagabundas (*vagrant tribes*). Estos conceptos adquieren sentido respecto de la visión contemporánea según la cual el vagabundeo es «un vivero de delitos». La excepción es el *chief commissioner* de las provincias centrales, que reconoce que estos grupos errantes se han integrado con frecuencia, y bien, en la economía regional y en la sociedad. «Cada una de estas tribus tenía su propio nombre, su artesanía, muchos eran visitantes bienvenidos en las aldeas que frecuentaban.»[36] Así pues, los británicos consideraron delincuentes, indiscriminadamente, a grupos enteros, sin preocuparse en absoluto de hacer una distinción entre las poblaciones «peripatéticas», como los pastores nómadas, los bardos, los ministriles, los mendigos y los comerciantes, ni entre las castas y las tribus. En especial respecto a los grupos errantes cuya movilidad es causa de sospecha, la incomprensión es total respecto a los caracteres destacados del nomadismo (variaciones rítmicas y cíclicas, en realidad previsibles, cambios de lugar con límites territoriales o fronteras de estructuras de linaje que definen al grupo migratorio). Así, las descripciones oficiales de las tribus criminales son estáticas, no teniendo en cuenta su dimensión histórica.[37] El contenido de la CTA de 1871 fue forjado, pues, de acuerdo con las ideas de su tiempo sobre la causalidad del delito y con las de los conceptos coloniales de la desviación.

El régimen colonial descansa al mismo tiempo sobre la policía como factor de vigilancia y de coerción. Además, los recursos que el poder británico estaba dispuesto a conceder a la policía eran limitados debido a la preocupación por el beneficio que animaba la explotación colonial y por un deseo de interferir en la sociedad india en la menor medida mientras esto fuera compatible con el control y los intereses coloniales.

---

[36] Citado en A. A. Yang, *Crime and Criminality in British India*, University of Arizona Press, Tucson, 144, nº 25, 1985.

[37] S. Nigam, «Disciplining and Policing the Criminal by Birth. Part 2: The Development of Disciplinary System 1871-1900», en *The Indian Economic and Social History Review*, 27 (3), 1990, pp. 257-287.

La abolición de la CTA se hizo realidad en toda la India en 1952, después de la independencia, cuando la delincuencia de las tribus criminales volvió a ser competencia del derecho común, sin que ello trajese consigo «un aumento considerable de la delincuencia de los grupos en cuestión»[38]. Finalmente, esta categoría jurídica da lugar a juicios y encarcelamientos arbitrarios, pues está construida artificialmente sin tener en cuenta el modus vivendi de las poblaciones incriminadas erróneamente, y de ahí su ineficacia y, al final, su abandono.

El opio, el «primer dinero de la droga»: cinismo moral

La opiomanía de la India, junto con el alcoholismo, constituyó uno de los medios a los que recurrió Inglaterra para mantener su dominación. La amapola, de origen mediterráneo, fue introducida en la India y China por los árabes, pero la aclimatación a la India fue anterior, parece ser, a la época del Profeta (570-632 d. C.).[39] Los primeros viajeros británicos, en el último cuarto del siglo XVI, mencionan «enormes cantidades de opio» entre las mercancías transportadas de Agra y de Patna hacia Bengala. Estos orígenes dan testimonio de un cultivo ya establecido en Malwa (India central) y en la región de Patna, que serán también en el futuro las principales regiones productoras a lo largo del siglo XIX y hasta nuestros días. Encontramos el opio con dos denominaciones: opio de Malwa y opio de Bengala. A comienzos del siglo XVI, bajo el emperador moghol Ákbar, la amapola es el cultivo comercial que se ha impuesto en mayor medida y por ello es objeto de un severo control por parte de las administraciones fiscales.

Los europeos darán una amplitud sin precedentes al comercio del opio, que utilizan como medio para financiar sus compras de especias, de tejidos de algodón y de seda. Tras los portugueses, y luego, en el siglo XVII, tras los holandeses, los ingleses querrán gestionar y aumentar la producción, fuente de beneficios considerables, que van a convertir en una herramienta decisiva para el imperio. «Es sin duda la primera vez —como escribe juiciosamente la antropóloga Marie-Claude Mahias— que podemos hablar de "dinero de la droga" en el

[38] J. Pouchepadass, *op. cit.*, p. 149.

[39] Marie-Claude Mahias, «Le tabac et l'opium en Inde: leur rôle dans l'histoire des Nilgiri», en A. Hubert y P. Le Failler, *Opiums: les plantes du plaisir et de la convivialité en Asie*, L'Harmattan, París, 2000, p. 216.

sentido de que la financiación de una política imperial se obtiene deliberadamente de la droga, apostando sobre la toxicomanía del otro.»[40]

La exportación del narcótico indio fue legalizada por el Tratado de T'ien-tsin[c] de 1858.[41] Los beneficios del monopolio gubernamental del opio, unidos a las tasas sobre el opio de Malwa, región incluida en los Estados principescos hindúes, constituyen desde entonces un elemento no despreciable de los ingresos del Estado colonial: 11 por ciento en 1891-1892, el 9 por ciento en 1911-1912. El opio del valle del Ganges, exportado por Calcuta, representa como mínimo los dos tercios del total de las exportaciones de droga indias. La droga se fabrica, a partir del producto entregado por los campesinos, en manufacturas autorizadas y supervisadas por el gobierno. Es este mismo gobierno el que, a comienzos del siglo XX, decide poner fin, por etapas, en el marco de los acuerdos firmados con China en 1907 y 1911, a esta actividad juzgada cada vez más severamente a escala internacional. El estanco de opio de Bihar es disuelto en 1910. Después de la I Guerra Mundial el gobierno de la India toma completamente bajo su control las exportaciones de opio y, de acuerdo con la Convención de Ginebra, ya no se exporta si no es con fines científicos y medicinales. El gobierno colonial, desde finales de la década de 1920, trata de detener la producción de los Estados principescos. Las exportaciones de opio indio terminan completamente en 1935.

Sin duda, antes de la llegada de los británicos a la India se conocía el uso del opio, pero bajo forma benigna y en proporciones modestas. Gandhi decía al respecto: «Antes de los ingleses no había en la India ningún gobierno que impulsase el mal que es el uso del opio y que organizase la exportación con fines fiscales como han hecho los ingleses.» Tras la implantación del dominio inglés, el consumo de opio fue aumentando. En 1880 el alto comisario de la Birmania británica dirigía al gobierno británico un informe oficial en el que se podía leer: «El uso habitual de estas drogas corroe las fuerzas físicas y morales, destruye los nervios, debilita el cuerpo, disminuye su fuerza y su resistencia, hace que las personas sean perezosas, negligentes y sucias, aniquila el amor propio, constituye una de las fuentes más horribles de la miseria, de la indigencia y de la criminalidad, puebla las prisiones de inquilinos flojos y apáticos, pronto víctimas de la

---

[40] *Ibid.*, p. 217.

[c] La ciudad china de T'ien-tsin se escribe hoy Tianjin. [N. del T.]

[41] J. Pouchepadass, «L'opium», en *Paysans de la plaine du Gange: le district de Champaran 1860-1950*, École Française d'Extrême-Orient, París («EFEO» CLVII), 1989, p. 458.

disentería y del cólera, impide la deseable difusión de la agricultura y el progreso moral del impuesto sobre la tierra, detiene el aumento natural de la población y debilita la constitución de la generación siguiente.»

Esto no evitó que una comisión oficial enviase a Londres, en 1895, un informe debidamente optimista del que damos aquí lo principal:

> El consumo de opio no es en absoluto un vicio en la India [...]. Se recurre ampliamente a este producto con fines médicos y semimédicos, con buenos resultados en algunos casos y, en la mayoría de las circunstancias, sin repercusiones nocivas [...]. No es necesario no permitir en la India el cultivo del *papaver* y la fabricación y el uso del opio sólo para fines medicinales. Una experiencia tradicional ha enseñado al pueblo indio a no recurrir a este producto si no es con circunspección, y el abuso que se hace de él es un rasgo de la vida del pueblo indio sobre el que no hay razón para detenerse [*¡sic!*]. La mayoría de los opiófagos indios no están sometido a su hábito. Estas gentes toman pequeñas dosis que necesitan en el momento y pueden renunciar a su ración una vez pasada la apetencia. El opio es el más común y el más apreciado de los remedios de la abuelita de que dispone la gente. Lo toman para prevenir la fatiga o atenuarla, como medio profiláctico de la malaria o bien para reducir la cantidad de azúcar en la diabetes y, de manera general, se emplea en todas las edades como sedante. El uso del opio en pequeñas dosis es uno de los medios principales para tratar las enfermedades infantiles [!]. Prohibir la venta de opio sin prescripción médica sería una medida ridícula y claramente inhumana hacia numerosos millones de seres humanos [!].

Este informe no podría justificarse ocultándose tras el hecho de que todavía no se tenía, en esa época, un conocimiento adecuado de las consecuencias de tomar opio sobre el cuerpo y la mente. En efecto, tres años antes, en 1892, 5.000 médicos habían declarado en Inglaterra que fumar o ingerir opio era nocivo para el cuerpo y desastroso para la mente, y que era necesario que se considerase al opio un veneno y tratarlo en consecuencia, lo mismo que en la metrópoli. Una comisión de la Sociedad de Naciones había establecido que el consumo anual normal de opio con fines terapéuticos era de menos de seis kilos por cada 10.000 habitantes (es decir, 0,6 gramos por habitante). Ahora bien, en Calcuta, en la década de 1900, la media de consumo era de 144 kilos por cada 10.000 habitantes, lo que representa para cada opiófago la absorción de cantidades enormes. En 1923 es la Comisión de las Economías del gobierno la que publica un informe, insistiendo claramente sobre «la importancia de mantener la venta de opio, fuente capital del rendimiento de los impuestos», y declaraba que no había que pensar en re-

comendar una disminución del monto de la tasa. El pastor John Liggins escribe en su opúsculo sobre el opio: «En cuanto Inglaterra instauró su dominación sobre el país los funcionarios subalternos británicos distribuían gratis el opio a los indígenas para crear un mercado en la India.» Otro pastor, C. E Andrews, informa de lo siguiente: «En 1921 el pastor de misión J.-N. Roy presentó en el Consejo Legislativo de Assam una moción según la cual la venta de opio en el país debía reducirse anualmente en un 10 por ciento. La moción fue adoptada por una mayoría aplastante; sólo se pronunciaron en contra los funcionarios, los europeos y algunos dignatarios indios. Sin embargo, el gobierno, que detentaba el poder ejecutivo, se negó a aceptar la voluntad de la autoridad legislativa...»

Los partidarios de Gandhi organizaron una campaña contra el alcohol y el opio. Gracias a su acción, puramente moral, consiguieron reducir en un 50 por ciento el consumo en la provincia del Assam. ¿Qué hace el gobierno? Interviene para llevar a la cárcel a 44 de los 63 oradores que recorren el país.

«Si el gobierno del país no entregase este tóxico al pueblo, éste lo conseguiría de contrabando —dicen los ingleses, en respuesta a las acusaciones de las que son objeto—. Es, pues, absolutamente normal que las autoridades den satisfacción a una necesidad existente y perciban el impuesto que la grava.»

En una carta de Calcuta a la *Nation*, de Nueva York, Gertrude Marvin Williams escribe, con fecha del 2 de junio de 1925:

> En un solo día se han contado, en uno solo de los depósitos de opio de la administración en Calcuta, 2.300 compradores de ambos sexos. Yo he visitado uno de estos depósitos que se encontraba cerca de Chowringhee, la arteria principal de la ciudad. Tras una ventanilla con rejas de hierro, un hombre, sentado en cuclillas sobre un mostrador, enrollaba en una hoja verde fragmentos de opio marrón viscoso. Cerca de él, otro individuo iba recogiendo un flujo ininterrumpido de monedas de un *anna* [aproximadamente 0,02 euros]. Las personas que estaban en la cola pertenecían a las categorías sociales más diferentes. Por un anna se obtenían casi siete granos de opio. Los defensores del monopolio gubernamental siguen subrayando que los depósitos no deben vender a cada cliente más que una cantidad limitada. Informándome sobre este particular, supe que el límite es un *tola*, es decir, 188 granos, pero sé que los consumidores pueden reclamar esta cantidad a diario. Nada les impide, además, hacer una gira por todos los depósitos o volver, cinco minutos después, al depósito donde han hecho la primera compra.

¡Es lo que se llama la Regulación (*Government Regulation* [Regulación Gubernamental]) del tráfico de opio! Pero lo más grave es la ingestión del opio por

los niños. Las mujeres que trabajaban en las fábricas de Calcuta y de Bombay se lo daban a sus bebés por la mañana para que durmieran todo el día y no las importunaran en su trabajo con sus lloros de hambre. En las aldeas, las mujeres aturdían a sus bebés antes de ir a trabajar al campo.

Se reconoce a la India contemporánea como principal productora y consumidora de opio, pero el cultivo de la amapola está ya controlado totalmente por el Estado, limitado a las zonas de fácil acceso y se practica con licencia.

Censura del Raj sobre las obras bengalíes «sediciosas»: cinismo intelectual

Es Robert Darnton, historiador especializado en el siglo XVIII francés, quien nos abre esta vez horizontes sobre el funcionamiento de la censura en la literatura bengalí durante el último período del Raj.[42] Nos presenta a William Lawler, bibliotecario instruido y «agente de policía literaria» sin igual.

Lawler trabajaba sentado ante una enorme hoja de papel dividido en dieciséis columnas. A su alrededor se amontonaba una enorme cosecha de libros publicados en Bengala en 1879. Su tarea consistía en llenar las columnas. En las primeras escribía el título, el autor, el editor, etc., de cada obra, informaciones exigidas para la inscripción de nuevos libros de acuerdo con la ley promulgada por el Acta XXV del Gobierno General de la India en Consejo para 1867. Inscribiendo la obra y pagando dos rupias el editor adquiría los derechos para toda la India británica y quedaba protegido contra las prohibiciones, pues un libro no registrado era considerado ilegal, y su editor podía ser castigado por el gobierno colonial con dos años de prisión y una multa de 5.000 rupias. Además, en Bengala el gobierno conservaba en los archivos todos los libros publicados en la provincia. Estos catálogos no podían ser consultados por el público. Circulaban secretamente en el interior de los canales del Indian Civil Service (ICS) [Servicio Civil Indio], «materia» considerada confidencial, como las análogas que emanaban de los gobiernos provinciales. El conjunto proporcionaba a los agentes del British Raj una rápida información puesta al día de todo lo que aparecía en el subcontinente o, al menos, de todo lo que los editores sometían al inventario. Las entradas del catálogo de 1868 a 1905 cubren unos 200.000 títulos.

---

[42] R. Darnton, «Un-British Activities», *The New York Review of Books*, 12 de abril de 2001, VIII (6), pp. 84-88.

Sólo para Bengala, los catálogos de esos años suman alrededor de quince volúmenes, que contiene cada uno de ellos al menos quinientas páginas. El Indian Civil Service dialoga consigo mismo a propósito de los nativos (los indios): un discurso sobre la literatura que proviene de las autoridades coloniales en el apogeo del imperialismo. En efecto, en el espacio en blanco en la última de las secciones —columna 16, «*Remarks*» [Observaciones]— Lawler resumía el argumento de las novelas, poemas y obras teatrales para enseñar una moral clara a sus lectores —los hombres del ICS—. El catálogo era, en realidad, un condensado literario reservado a los administradores del Raj. Consultándolo, un magistrado del distrito del Pandyáb o un secretario de la India Office de Londres podían saber lo que tramaban los nativos. Los lectores implícitos de la columna 16 eran los amos de la India. Necesitaban estar informados sobre la literatura que salía de las prensas de las imprentas en una mareante variedad de lenguas. No obstante, ¿por qué el Raj se contentaba con acumular conocimientos? ¿Por qué no reprimía los libros que hombres como Lawler habrían quemado sin remordimientos? ¿La catalogación puede ser considerada una forma de censura? Evidentemente no, incluso si la historia del imperialismo y de las literaturas indígenas implica bastante más que la simple represión.

El libro impreso existía en el subcontinente indio desde 1556, pero había quedado limitado a pequeños enclaves misioneros dispersos a lo largo de las costas, y el número total de publicaciones, incluidos los opúsculos y panfletos, alcanzaba menos de 2.000 títulos en 1800. En la segunda mitad del siglo XIX es cuando el libro impreso penetra profundamente en la sociedad india, aunque encuentra todavía formidables obstáculos, como el analfabetismo de las masas. Cuando los británicos reflexionaron sobre los daños causados por la Gran Rebelión de 1857-1858, midieron la distancia cultural que les separaba de los nativos y optaron por una nueva forma de imperialismo que iba a combinar un aumento de los conocimientos con una expansión del poder, y que sería fundamentalmente liberal. The *Press and Registration of Books Act* [Ley de Prensa y Registro de Libros] de 1867 fue uno de los intentos para restaurar el orden en un mundo todavía tembloroso tras el choque de 1857 y las insurrecciones campesinas de 1858. El Parlamento abolió la East India Company en 1858, colocó a la India directamente bajo la Corona y gobernó a través de una administración que dependía de los medios modernos de información, es decir, de un flujo incesante de palabras sobre papel. Desde 1853 todo quedaba escrutado, cartografiado, clasificado. Los catálogos de libros pertenecían al mismo intento de «catalogarlo todo»: en efecto, había un *Census* de literatura india ideado de acuerdo con los criterios de las autoridades imperiales. El sistema de instrucción, inspirado por

Macaulay, que se basaba en la creación de una élite india formada a la inglesa, desarrolló una literatura moderna marcada por la tradición occidental y también por la oriental (por ejemplo, el movimiento del «renacimiento bengalí»). Los *babu*,[43] como se les llamaba a veces con respeto, a veces para reírse de ellos, rellenaban los impresos y establecían las relaciones que daban forma a la comprensión que el Raj podía tener de sí mismo. Era, pues, un proceso complejo. La columna 16 no se añadió a la *standard form* [formulario normal] antes de 1871. La confrontación entre la imaginación victoriana y la imaginación bengalí en la columna 16 produjo reacciones cada vez más complicadas, y los *remarks* se multiplicaron rápidamente. En 1875 comenzó a ser leída como la columna de un diario, y las observaciones se convirtieron en reseñas. En 1879, cuando Chundra Nath Bose sustituyó a William Lawler, compilaron el catálogo los indios, pero el tono de las observaciones siguió siendo prácticamente el mismo, «aun cuando los bibliotecarios "babus" parecían estar menos obsesionados por el sexo y les preocupaba más la exactitud filológica», explica Darnton (2001). Para los bibliotecarios ingleses de la década de 1870 la literatura bengalí era un surtido extraño de elementos incompatibles. En la década de 1890, cuando ya los indios controlaban el catálogo, las expresiones de incomprensión dejaron sitio a una segunda faceta: el desprecio por la vasta literatura popular, que se desbordaba de las imprentas y que vendían los buhoneros a los pobres de Calcuta y a los campesinos del interior. Esta literatura tocaba los horrores urbanos —sinvergüenzas, asesinos, detectives, prostitutas— y las fantasías rurales —cuentos de hadas, magia, aventura, astrología—. Los «catalogadores», que ejercían un papel de guardianes de la llama de la cultura, identificaban la civilización con la sanscritización[44] o con lo que éstos consideraban una corriente cultural que volvía a un mundo de pureza clásica. Esta tendencia pertenecía también al Raj, construido conjuntamente por los ingleses y por los indios, y contenía un elemento de *self-imposed orientalism* [orientalismo autoimpuesto].

Finalmente, la columna 16 nos muestra cómo el Raj vigilaba la literatura como fermento de peligro. Los responsables de los catálogos inscribían en enormes can-

[43] *Babu:* en hindi este término indica a un empleado de oficina indio y también a una persona instruida, y caballero. Es asimismo el término de cortesía consagrado para el padre, el hombre respetable, de cierto rango. En el contexto de este trabajo significa más bien un producto del sistema del Raj, un poco verboso, odioso para los ingleses y al mismo tiempo para sus propios compatriotas.

[44] Este concepto ha sido propuesto por el antropólogo indio M. N. Srinivas para designar principalmente la tendencia de los inferiores a imitar a los brahmanes, con la esperanza de mejorar su estatus. De manera más general, el término se refiere al proceso o procesos de ascenso social.

tidades libros que se quejaban del sometimiento de los indios a la ley extranjera y que se lamentaban de su decadencia, su pobreza y la pérdida del poder, tema que se oponía frecuentemente a la gloria de los antiguos arios, celebrados tanto por su fiero espíritu de independencia como por su cultura superior...

Junto a este catálogo, que era un medio de conocimiento y, por tanto, de control, ¿cuál era la verdadera naturaleza de tal censura? El régimen (semi-foucaul-diano) era «vigilar» pero no «castigar». Los británicos gobernaban y la prensa seguía libre, libre incluso de lamentarse sobre la falta de independencia del país. Este extraño manojo de incongruencias se mantuvo en pie hasta 1905, cuando los ingleses llevaron a cabo la partición de Bengala. Para los ingleses, la partición tenía una finalidad benéfica, sólida y burocrática. Bengala era una vasta provincia con una población de 85.000.000 de habitantes, más del doble de la del Reino Unido, y no podía ser administrada de manera adecuada por un lugarteniente gobernador y por funcionarios de distrito dispersos. Sin embargo, para los bengalíes se trataba de un verdadero atentado criminal que cortaba en dos, de manera sangrante, su cuerpo político. Los bengalíes atribuían la decisión a una estrategia cínica del «dividir para reinar»; la nueva provincia de Bengala Oriental y del Assam proporcionaría a los ingleses una dócil dependencia de los musulmanes mientras que los intelectuales nacionalistas de Calcuta, que formaban un cuerpo en continuo aumento de *babus* muy instruidos y subempleados, iban a perder su influencia con relación a los oradores no bengalíes de Bengala Occidental. Las peticiones y mítines de protesta quedaron en papel mojado. Lord Curzon, el virrey, era tan rígido como el corsé de hierro que llevaba para sostener su dorso. Y lord Minto, el colega *tory* que le sucedió en agosto de 1905, manifestó todavía menos interés por los deseos de la población indígena, pese a las exhortaciones de su superior, John Morley, secretario de Estado para la India en Londres, que asumió el cargo con el gobierno liberal elegido a finales de 1905. Éste favoreció toda suerte de reformas, incluida la elección de indios para los consejos de provincia, pero cuando habló de la partición del Bengala como un «hecho consumado», los intelectuales bengalíes se sintieron traicionados por los mismos principios que se les había inculcado en las escuelas inglesas. Tras el fracaso de la *mendicancy* [mendicidad] —la política de colaboración preconizada por el ala moderada del Partido del Congreso— los nacionalistas bengalíes se volvieron hacia la *swadeshi* [del propio país],[d] estrategia de boicot a las importaciones inglesas que favorecía las mercancías *home-made* [de producción nacional]. El boicot a las manufacturas condujo

[d] También se escribe *svadeshi*. [N. del T.]

al de las instituciones, cursos, escuelas, Civil Service y, finalmente, a la exigencia de *swaraj* (independencia). Grupos de militantes se inspiraron en el hinduismo revivalista, precursor del fundamentalismo actual, para desarrollar formas alternativas de vida civil, pero esta estrategia llevó a conflictos con la importante minoría musulmana de Bengala, el 30 por ciento de la población de Calcuta, por ejemplo. La creación, impulsada por lord Minto, de la All-India Muslim League [Liga Musulmana Pan-India], a finales de 1906 reforzó a los bengalíes en sus convicciones de que los ingleses aplicaban la regla «dividir para reinar». Los disturbios hindúes-musulmanes en Comilla y Mymensingh en la primavera de 1907 crearon una separación entre ambas poblaciones. Con el pretexto de restaurar el orden, los ingleses suspendieron las libertades civiles y comenzaron a detener a los agitadores por todas partes, de Bengala al Pandyáb. Sin embargo, los propios hindúes se dividieron cuando el Partido del Congreso se escindió en su mitin anual, en diciembre de 1907. Los extremistas se encontraron cada vez más aislados, imposibilitados de colaborar con la vieja élite políticamente moderada, por un lado, e incapaces de movilizar a la masa empobrecida e iletrada de los campesinos, por otra parte. El 30 de abril de 1908 una bomba mató a dos ingleses en Muzzafarpur y hechos semejantes se produjeron hasta el atentado de lord Hardinge, sucesor de Minto, en 1912. El traslado de la capital a Delhi y la reunificación de Bengala en 1911, seguidos por el estallido de la I Guerra Mundial, pusieron fin a la primera fase de la agitación nacionalista. La prensa había alimentado la explosión del nacionalismo tras sus primeros pasos. Los dirigentes eran hombres de letras que se inspiraban en la literatura, tanto india como inglesa, y que se reunían alrededor de los periódicos y las bibliotecas. Canciones, piezas teatrales, poemas, panfletos, etc., una literatura variada iba apareciendo por todas partes, que resultaba propicia al agente inglés que iba en busca de señales de sedición. Los servidores del Raj la conocían muy bien por haberla seguido durante cuarenta años en sus catálogos. Desde 1905 la cuestión fue cómo utilizar la información para reprimir el auge del nacionalismo.

La represión, bajo forma de censura, llevó a los mismos tipos de intervención policial que los utilizados en Europa: detención de los autores, de los editores; incursiones en las librerías; interceptación de cartas y de paquetes en el correo; e incluso utilización de agentes secretos para informar de lo que se decía en los mítines y de lo que se leía en las escuelas... Quedó claro que la literatura, que se consideraba ya sediciosa, era la que había aparecido en esos años en los catálogos. En todas partes, los ingleses, sobre el terreno, parecía que consideraban la libertad de expresión como un lujo occidental que haría imposible el gobierno británico en la India. Lord Minto apoyó sus puntos de vista con relación a

Morley, pidiendo poderes arbitrarios para ponerle bridas a la prensa. Sin embargo, la libertad de prensa pertenecía a lo más sagrado de los artículos del credo liberal de Morley. La contradicción entre predicar el liberalismo y la práctica del imperialismo resurgía cada semana en el momento en que se planteaban preguntas en el Parlamento, cuando diputados como Henry Cotton, experto bien informado en asuntos indios, expusieron la falta de liberalismo de la *British Rule* [dominación británica] en la India ante la opinión del mundo entero. Mientras Morley y Minto combatían a golpe de despachos, los humildes agentes del Raj rellenaban la correspondencia confidencial del Indian Civil Service con informes sobre la represión. Con ocasión de una incursión contra una asociación nacionalista, los libros confiscados por la policía incluían la *Política* de Aristóteles y también obras en inglés como *The Awakening of Japan* [El despertar del Japón] y *The Life and Writings of Joseph Mazzini* [La vida y los escritos de Giuseppe Mazzini]... El gobierno prohibió también una reimpresión de una *Historia de la East India Company* [Historia de la E. I. C.], publicada por primera vez en 1838 y que luego se podía encontrar en varias bibliotecas públicas. En el sumario de diligencias judiciales un consejero legal del gobierno no discutió la exactitud o la fecha del libro, sino que argumentó que el texto había adquirido «un nuevo significado». Tras haber llenado las cárceles del subcontinente con autores *under arrest* [bajo arresto], a los agentes del Raj les quedaba la tarea de declararles culpables ante el tribunal. Esta última etapa era la más difícil de todas, pues se corría el riesgo de que se destapasen las contradicciones inherentes al imperialismo liberal. Los ingleses se habían comprometido a respetar las reglas que habían impuesto a los indios, pero la sedición había adquirido un sentido particular bajo el Raj. Según el Código Penal indio de 1860, redactado en plena confusión tras la Gran Rebelión de 1857, la sedición se aplicaba «a todo aquel que excitase o tratase de excitar los sentimientos de desapego respecto al gobierno». El «desapego» quedó sin definir hasta 1898, cuando el gobierno añadió una nota explicativa a las disposiciones de la ley principal, sección 124A: «La expresión "desapego" incluye la deslealtad y todos los sentimientos de hostilidad.» Una vez aclarado esto, todo quedaría resuelto en los diez años siguientes, cuando el Raj perseguiría judicialmente a decenas de autores que incitaban a la sedición en sus obras. La mayoría eran condenados a «prisión firme», por lo general a seis años, a lo que se añadía una fuerte multa y una «deportación» a una prisión con un insoportable calor en Mandalay.[e]

[e] Hoy Mandalai, ciudad de Myanmar (ex Birmania). [N. del T.]

En estos juicios el lenguaje legalista y la cortesía —«Su Honor», etc.— demostraban la legitimidad de la justicia inglesa en el marco de la India, pero también los indios habían aprendido el juego. Sus abogados habían estudiado en las escuelas inglesas y podían defender a sus clientes citando precedentes británicos o, si era necesario, a Shakespeare o a Milton. Por otro lado, los agentes del Raj, que se referían a las decenas de comentarios reunidos en los catálogos, daban prueba de su vasto conocimiento de la literatura india. «Así, la sala de la audiencia se transformaba en campo de batalla hermenéutico, en el que cada parte representaba su interpretación del otro, y el imperialismo parecía, al menos durante unos momentos, cuando los floretes volvían a ser colocados en sus fundas, una competición por una dominación simbólica a través de la exégesis de textos.»[45]

Consideremos el paso incluido aquí, extraído de un poema publicado en una revista literaria, *Pallichitra*, en 1910, y que caracteriza al material condenado como sedicioso en los tribunales. Dado que su autor no podía ser identificado (lo fue más tarde y lo enviaron a la cárcel durante dos años), el editor del volumen fue juzgado, declarado culpable de sedición por la sección 124A y condenado a dos años de prisión. En realidad, el juez anunció que habría merecido ser deportado perpetuamente, tan odioso era su delito. ¿Dónde está, pues, la perversidad en las palabras que siguen, traducidas del bengalí por el traductor oficial del tribunal?

«*Under the stamp of Asur's feet there are no Parijat flowers in the Nanda Gardens; and in the garb of a beggar, Indrani is sorely suffering in the most recess* [sic] *of her heart.*» [«Bajo el pisoteo de los Asura [demonios] no hay flores Parijat en los jardines de Nanda, y bajo las ropas de un mendigo, Indrani sufre cruelmente en los más profundos pliegues de su corazón.»]

A la mayor parte de los occidentales estos versos les resultan absolutamente opacos, pero para el magistrado del distrito se trataba de la sedición total. El poema no contenía nada esotérico que no pudiese ser captado por un «lector corriente», clamó, pues su sentido era transparente para todo aquel que tuviese un conocimiento elemental de la mitología hindú: Indrani era la «Madre India»; el jardín florido era el paraíso que los británicos habían destruido; los Asura eran los demonios, es decir, los ingleses; y sus enemigos, los indios reducidos ya a la mendicidad, que estaban dispuestos a sublevarse pronto y a derrocar a sus opresores. El contexto de los acontecimientos en curso convertía el mensaje del poema en algo terriblemente claro para el juez que presidía el juicio.

[45] R. Darnton, *op. cit.*, p. 87.

> El poema ha sido publicado [...] a mediados del pasado julio; antes de su publicación había habido una serie de ataques mortales contra hombres ingleses y mujeres inglesas, en particular contra oficiales británicos. Evidentemente, el objeto del escritor era incitar a sus compatriotas hindúes a unirse para matar a los ingleses de la India. En vista del efecto terriblemente pernicioso que una literatura como ésta es capaz de producir sobre la joven generación de Bengala [...] pienso que no hay ninguna razón para tratar a la ligera este delito. Por consiguiente, yo lo condeno a dos años de prisión.[46]

Sin embargo, esta interpretación no quedó sin respuesta. El juez no obtuvo la sentencia hasta después de un enfrentamiento entre el abogado de la defensa y el ministerio público.

¿Por qué estos procesos? Las autoridades podrían haber metido en la cárcel a autores y editores sin obligarles a pasar a través del elaborado ritual del tribunal. En lugar de esto, necesitaban hacer una demostración de la justicia de su gobierno ante los nativos y, lo que era más importante, ante ellos mismos. Si el Raj no podía ser identificado con el imperio de la ley, corría el riesgo de ser percibido como un gobierno por la fuerza. Si sus jueces no apoyaban la libertad de prensa se exponían a ser considerados agentes de la tiranía. Y, pese a todo, era imposible que se permitiese a los indios utilizar las palabras tan libremente como lo hacían los británicos en el Reino Unido. Así pues, interpretaron «sentimientos de enemistad» como «desapego», y el «desapego» como «sedición», traduciendo libremente de una lengua a la otra según sus necesidades. Que los indios les hayan superado a veces en su propio juego no importa, pues los británicos disponían de la última palabra: la fuerza. No quiere decir que detuviesen y encarcelasen a gran escala. En su mayoría, permanecían fieles a sí mismos, se enredaban en contradicciones —y el imperialismo liberal era la mayor contradicción de todas—. Así, los agentes del Raj se servían del máximo de «ceremonial», con la finalidad de ocultarse a sí mismos lo que eran realmente.

Conclusión

Como se trataba de evaluar, con varios registros, las negruras del colonialismo en la India, estos sondeos llevados a cabo durante su apogeo y hasta las horas crepusculares del Raj nos han mostrado, en los cuatro ejemplos que ilustran lo

[46] Citado en Darnton, *op. cit.*, p. 88.

«cínicamente correcto» de los británicos, que en todos los casos los indios fueron «criminalizados» por el poder colonial.

Sea como sea, no por ello hay que valorar sistemáticamente lo precolonial y lo indígena de manera simplista, sino que hay que relativizar los distintos puntos de vista. Muchos indios no deseaban que se fueran los británicos, tanto en el seno de las élites ilustradas como en el pueblo. Si la situación era catastrófica en la agricultura en 1947, era buena en la industria ligera, en la que un 50 por ciento o más de los capitales invertidos eran de origen indio. Numerosos ingleses muy apegados a la India se quedaron después de la partición, hasta su muerte, unidos por lazos afectivos, filosóficos y estéticos. Finalmente, la delicada cuestión de los «angloindios» ilustra igualmente la complejidad evidente de las relaciones colonos/colonizados, más allá de la caricatura.

Edward Said, en su penúltima recopilación, *Cultura e imperialismo*, nos demuestra cómo la novela «ha desempeñado» un papel inmenso en la constitución de las actitudes, de las referencias y de las experiencias imperiales «en la medida en que las propias naciones *son* narraciones»[47], pero también de qué modo la dominación occidental provocó, como rechazo, en los países dominados «considerables esfuerzos de resistencia cultural», de los que son testimonio las obras literarias más importantes. Su tesis prolonga una investigación iniciada hace veinte años en *Orientalismo*, en la que el autor explicaba entonces cómo el Oriente es una invención de los orientalistas, es decir, de los occidentales, y sobre todo cómo esta invención sirvió para justificar la «superioridad» del hombre blanco sobre el resto del mundo. «Es principalmente a través de ella [de esta superioridad] por la que la nebulosa del pensamiento crítico, al que se califica globalmente de posmodernista, ha comenzado a infiltrarse en la historiografía india con los *Subaltern Studies* [Estudios subalternos][48] como punto de fijación principal. Su efecto más evidente ha sido el desplazamiento de la crítica al colonialismo del campo económico y político al cultural.»[49]

---

[47] E. Said, *Culture et impérialisme*, traducc. francesa, Fayard, París, 2000 (edición original 1993), p. 13 [ed. cast.: *Cultura e imperialismo*, trad. de Nora Catelli, Anagrana, Barcelona, 1996.].

[48] Los *Subaltern Studies* designan al grupo de historiadores indios que, desde hace veinte años, estudian a los subalternos, es decir, a los grupos de «rango inferior» que sufrieron la hegemonía de las clases dirigentes, y cuya revista, *Subaltern Studies*, conoce ya más de diez números. La expresión «subalterno» (o «subordinado») se debe a Antonio Gramsci y se refiere tanto a las relaciones de poder en los planos ideológico y cultural como al campesinado.

[49] J. Pouchepadass, «Les Subaltern Studies ou la critique postcoloniale de la modernité», *L'Homme*, 156, *Intellectuels en diaspora et théories nomades*, EHESS, París, 2001, p. 172.

La crítica que hace Said al denunciar las «representaciones» coloniales de la sociedad india como «creaciones» de la imaginación occidental motivadas por su sed de dominación ha servido para poner en guardia en contra de la utilización de las fuentes coloniales sin discernimiento. Sin embargo, nos dice Marc Gaborieau, se corre el riesgo así de «falsear y esterilizar la investigación rompiendo la continuidad histórica entre la dura realidad colonial y poscolonial, por un lado, y, por el otro, de reconstruir el período precolonial según un modo mítico, como una edad de oro virgen de conflictos en el que las identidades eran fluctuantes»[50]. Utilizando históricamente la documentación de base reunida por los autores coloniales se evita el escollo del primordialismo y se puede restaurar así la continuidad de la historia india, en el curso de la cual se han constituido las identidades y se han modificado a lo largo del tiempo.

En *Cultura e imperialismo* Said centra su estudio en las «culturas imperiales» inglesa, francesa y estadounidense, apoyándose, entre otros, en Dickens, Kipling, Conrad y Camus. Sobre todo muestra cómo esta dominación occidental ha sido contrabatida ya en la primera mitad del siglo XX por escritores y artistas de los países colonizados, tales como Aimé Césaire y Salman Rushdie, pasando por Rabindranath Tagore y Frantz Fanon. No obstante, podemos constatar hoy, nos dice, que el efecto paradójico del imperialismo ha sido el de acercar los diversos mundos: «Ignorar o restar importancia a la experiencia superpuesta de orientales y occidentales, la interdependencia de territorios culturales en los que colonizadores y colonizados han coexistido y se han enfrentado tanto con proyecciones como con geografías, historias y narraciones rivales, significa no contar con lo esencial de lo que pasa en el mundo desde hace un siglo.»[51] Al historiador le corresponde no caer en el callejón sin salida de la industria de la (buena) conciencia, que está de moda en el Occidente culpabilizado o, por retomar la ingeniosa expresión de Jacques Berque, «el Edipo colonial» encuentra grandes dificultades para ser reabsorbido. Al historiador le toca, asimismo, evitar la trampa de la postura nacionalista o «identitaria», poderosamente presente en los países ex colonizados.

Salman Rushdie nos hace recordar que en 1982 Margaret Thatcher, en la euforia del triunfo tras la guerra de las Malvinas contra Argentina, izó sus colores en el viejo mástil del colonialismo, afirmando que el éxito en el Atlántico sur

[50] M. Gaborieau, «Identités musulmanes, orientalisme, ethnographie. Faut-il réhabiliter les auteurs coloniaux?», *Purushartha*, 22, *La question identitaire en Asie du Sud*, EHESS, París, 2001, p. 88.

[51] E. Said, *op. cit.*, p. 23.

probaba que los británicos seguían siendo el pueblo que «había dirigido a la cuarta parte del mundo»; y si «una responsable política así, en un determinado momento, se ha creído autorizada a recordar el espíritu del imperialismo —escribe—, ha sido porque ella sabía hasta qué punto este espíritu está en el centro de la imagen que los británicos blancos de todas las clases tienen de sí mismos. Digo los británicos blancos —concreta el Hijo de la Medianoche— porque es evidente que la Sra. Thatcher no se dirigía a los dos millones de no blancos que no piensan exactamente la misma cosa sobre el imperio.»[52] Ciertamente, el discurso victorioso y victoriano de la Sra. Thatcher está desfasado, pues ella misma es un producto de la educación imperialista y se dirige a un pueblo que, también él, emana de la «Gran Época Rosa». Este mismo discurso, cien años atrás, habría obtenido una adhesión unívoca. ¡Suelen ser pocos los que son contemporáneos de su época! En la Historia, el pasado varía en función del presente. Hay interacción permanente entre los acontecimientos pasados y nuestro conocimiento presente de tales acontecimientos. Como recuerda Faulkner, «el pasado no está nunca muerto del todo, incluso ni siquiera ha pasado»[53]. Y la comprensión del hecho colonial no puede concebirse más que en tiempos largos, en la larga duración, la única que permite tomar en consideración los méritos y deméritos de los protagonistas de la Historia, más allá del poscolonialismo, más allá del posmodernismo, más allá de todo lo contemporáneo *post-everything*.

ANEXO

VARIOS PUNTOS DE VISTA ANTICOLONIALISTAS

Dejaremos la palabra sucesivamente a dos puntos de vista anticolonialistas que derivan de corrientes políticas muy diferenciadas.

El primero nos lo ofrece Andrée Viollis, escritora y periodista de tendencia comunista,[54] en *L'Inde contre les Anglais* [La India contra los ingleses], libro

---

[52] S. Rushdie, *Patries imaginaires*, trad. francesa, Christian Bourgois, París, 1993 (edic. original 1991), p. 146.

[53] Citado en H. Arendt, *La crise de la culture. Huit exercices de pensée politique*, Gallimard, París, 1972, p. 20 [ed. cast.: *La crisis en la cultura: su significado político y social*, Península, Barcelona, 1996.]

[54] Andrée Viollis (1879-1950), escritora y periodista, fue codirectora de *Vendredi* (1935-1938). El semanario representaba la tendencia del Frente Popular próxima al Partido Comunis-

escrito en 1930, después de cinco meses de estancia en la India y como respuesta al libro de la estadounidense Catherine Mayo, *L'Inde et les Anglais* [La India y los ingleses], traducido por la editorial Gallimard en 1929.

El segundo texto se ha tomado de *L'Inde martyre* [La India mártir], de André Chaumet, antibritánico y colaboracionista notorio.[55] La obra fue publicada en las ediciones Jean-Renard[56] en 1942 en la colección «Problèmes Actuels» [Problemas Actuales].

Un primer punto de vista: Andrée Viollis

El indianista Sylvain Lévi, autor del elogioso prefacio para *L'Inde contre les Anglais*, escribe: «Sí, la señora Andrée Viollis tiene razón: la India está contra los ingleses. Los que, como yo, tienen el desagradable privilegio de conocer la India desde hace mucho tiempo, han visto con dolor, en este país tan suave, tan dócil, tan respetuoso de la autoridad, cómo ha nacido el odio, cómo ha crecido y, finalmente, cómo ha hecho explosión. ¿Por qué? La señora Viollis os contará las explicaciones que ha oído de la misma boca de los indios que consultó, que reproduce con un tono notablemente justo [...]. Ella sabe [...] recordarnos honestamente la grandeza de la obra llevada a cabo por los ingleses en la India.

ta. Tras la desaparición de *Vendredi* en 1938, se unió a *La Lumière*, semanario de izquierdas, al mismo tiempo que L. Martin-Chauffier y A. Wurmser. Después de la liberación de Francia Viollis volvió al lado de los comunistas.

[55] André Chaumet era corresponsal de la publicación alemana *Weltdienst* desde 1935, con sueldo de la DNB (agencia de prensa oficial alemana durante el régimen nazi), creación probada de la *Propaganda Abteilung*, sospechoso de las más dudosas amistades. Para saber más detalles sobre el personaje, puede leerse con provecho el libro de Pascal Ory, *Les collaborateurs 1940-1945*, Le Seuil, París, 1976, de donde hemos extraído estas informaciones.

[56] El editor Jean Renard fundó las ediciones Jean Renard en octubre de 1937. Movilizado en 1939, cayó prisionero en junio de 1940 y no fue liberado hasta febrero de 1942. El 17 de noviembre de 1945, en el tribunal de justicia, fue acusado de inteligencia con el enemigo. Se le reprocha que de los 138 títulos publicados por su editorial entre 1940 y 1944 hubiera 19 libros antisemitas, antimasónicos, antibritánicos y proalemanes publicados entre 1941 y 1943. En el proceso, las conclusiones del informe son las siguientes: «A su vuelta publicó obras proalemanas, pero luego abandonó esta vía al cabo de unos meses. Procedió personalmente a la destrucción material de numerosos ejemplares de las obras proalemanas, reduciendo de este modo su difusión. Este gesto, oneroso para la empresa, corrigió en cierta medida la falta inicial.» Así, se estimó que no había lugar para una investigación judicial, sino sólo para una censura profesional, y el tribunal ordenó que la causa fuera archivada (véase Fouché Pascal, *L'édition française sous l'Occupation, 1940-1944*, Bibliothèque Française Contemporaine de l'Université de Paris-VII, París, 1987, p. 115.

Pero la cuestión no es ésa [...]. Inglaterra no es sólo una aliada, a veces caprichosa, es cierto; es la madre de las libertades políticas que crearon la sociedad moderna. Una dramática ironía de la suerte la ha condenado a alzarse contra una multitud que reclama esas mismas libertades. Es el doloroso equívoco que envenena el régimen colonial.»

Extractos de los correos dirigidos a la señora Andrée Viollis a finales de la década de 1920

Carta de un gran empresario parsi: «Las cosas van aquí [en Bombay] de mal en peor: se detiene a nuestros presidentes del Congreso uno detrás de otro [...] y entre quince y veinte mil de los mejores de entre nosotros son encerrados en todas las prisiones del país. Es pura pérdida de tiempo esta famosa Conferencia de Mesa Redonda. No hay más que una salida a la situación: ¿los ingleses quieren, o no quieren, dejarnos el control de nuestra propia bolsa, la dirección de nuestras finanzas? Ahí está todo.»

Carta de un voluntario gandhista: «Nosotros no pretendemos echar a los ingleses de nuestro país, incluso seríamos felices si pudiésemos cooperar con ellos; pero queremos acogerlos como iguales, como hermanos, y no sufrir su yugo. Que nos devuelvan nuestra alma degradada, nuestro orgullo herido por tantos siglos de servidumbre, y les abriremos nuestros brazos.»

Carta de un miembro de una liga juvenil: «Acabo de hacer una gira por las aldeas de la provincia de Madrás. La miseria, causada por una serie de medidas inicuas, es atroz. Así, la propaganda contra el Imperio británico, encarnación del capitalismo, prende como la yesca y se propaga con una rapidez tal que me asombra a mí mismo.»

Misiva de un inglés, constructor de puentes y vías férreas (Andrée Viollis precisa que se trata de un hombre de mente recta y clara que en aquel tiempo, ante los que él llamaba despectivamente *the natives* [los nativos], mostraba una intransigente arrogancia): «Ahora me inclino a creer que nos merecemos una gran parte de lo que padecemos hoy en día, pues no hemos sabido reconocer el hecho de que nuestros súbditos indios tenían tanto derecho como nosotros a la existencia en este globo terrestre del que ellos han poblado una parte tan grande. El mundo cambia con una rapidez desconcertante y debemos evolucionar con él...»

Reflexiones de un profesor de economía política hindú: «Ellos [los ingleses] se han deslizado furtivamente entre nosotros como ladrones, y como ladrones han actuado. La India es la vaca lechera de Inglaterra.»

«¡La *milk-cow* [vaca lechera]! —escribe Andrée Viollis—. ¡Cuántas veces en la India he leído y oído este término, en los periódicos, en las paredes, en los carteles, en las banderas, en los discursos y las manifestaciones nacionalistas!»

La India sin los ingleses: testimonios

Confidencias de un profesor de economía hindú: «Hacia mediados del siglo XIX, tras la guerra de tarifas sin piedad, todo estaba consumado. Las industrias locales indias se encontraban arruinadas, el éxodo natural hacia las ciudades se había detenido, los puertos se paralizaron, los artesanos de las aldeas no tenían trabajo. En cuanto a los agricultores, ya sólo se esforzaban por producir las materias primas pagadas a precios viles, destinadas a alimentar las fábricas británicas y a garantizarles su propia prosperidad. [...] Y esto no es todo: Inglaterra, al poner trabas a nuestro desarrollo, impidió las reformas sociales y religiosas que habríamos llevado a cabo si hubiésemos conservado nuestra libertad; al declarar en 1830 que el inglés sería la única lengua utilizada en los establecimientos escolares, ha arruinado nuestras escuelas [...]. Los niños de nuestra raza tienen la inteligencia viva y un apasionado deseo de instrucción. Sin embargo, ¿cuál es nuestro balance intelectual tras un siglo de ocupación inglesa? Hay un 90 por ciento de iletrados, casi 300.000.000 de seres hundidos en las tinieblas de la ignorancia. Al impedir que "nos realicemos", nuestros amos nos han dotado, además, de una mentalidad de esclavos que hoy en día, encima, nos reprochan. Durante más de un siglo han esclavizado nuestras almas, emasculado nuestras voluntades y paralizado el surgimiento de nuestro espíritu nacional...

»A. V.: ¿Y la rebelión de 1857, que causó tantas víctimas inglesas?

»—Mero amotinamiento militar, fomentado por soldados descontentos y por rajás inquietos al considerar que su poder y sus privilegios se les escapaban...

»A. V.: ¿Pero ahora?

»—¡Ah! Ahora es otra cosa. Estudie atentamente los acontecimientos de los últimos cuarenta años y se dará cuenta usted de que el egoísmo político de los ingleses se volvió en contra de ellos. A ellos es a quienes debemos nuestro sentimiento patriótico, la solidaridad de nuevo cuño que cementa entre nosotros razas y castas y que las alza por la liberación del país. Pero no lo hicieron aposta.»

Diálogo con un economista de Bombay: «Cuando el 90 por ciento de los habitantes de un país fértil no comen según sus necesidades, ¿no significa eso la condena del régimen?

»A. V.: Quizá, pero ¿los ingleses son los únicos responsables de esta situación?

»—Para limitarnos a un ejemplo llamativo, la India proporciona el 64 por ciento de la producción mundial de arroz. Y el campesino se muere de hambre. ¿No es, acaso, una situación paradójica y repugnante?»

La miseria de los campesinos en la India

«Nosotros [la] deploramos, responden [los ingleses], pero ¿a quién hay que culpar? ¿Acaso no hemos hecho todo lo posible e incluso más? Los kilómetros de carreteras y de líneas férreas se cuentan por cientos de miles; hemos construido puentes, hemos abierto mercados, hemos excavado pozos, hemos organizado cultivos regulares de lino, arroz, trigo, mijo y algodón; hemos dejado en barbecho miles de hectáreas de tierras, sin contar los innumerables canales de regadío abiertos gracias a nosotros. Hemos fertilizado el Pandyáb, donde las tierras en regadío alcanzan 10.000.000 de acres, y las de Madrás 7.000.000. Por no hablar del movimiento cooperativo, que hemos creado desde cero, de los bancos agrícolas que hemos fundado, y que mantenemos con nuestros dineros, y que defendemos con una tenaz energía contra la apática indiferencia de los interesados. Entonces, ¿qué se nos reprocha? ¿Los impuestos? Pero los impuestos existían ya antes de llegar nosotros, quizá más fuertes y percibidos como menos equitativos. ¿Es el descuido y la pereza de los indios, que provienen de sus prejuicios religiosos y de sus costumbres seculares: matrimonios demasiado precoces que agotan la raza, régimen vegetariano que les produce anemia, fatalismo que destruye la iniciativa y condena el progreso, régimen de castas que sitúa fuera de la vida y de la acción a 60.000.000 de seres? [...].

»Los *zamindar*[57] son indios; indios son también esos usureros, los *baniya*,[58] azote de las aldeas. Hay inmensas fortunas indias, pero ninguna de ellas se dedica a la mejora del pueblo. Pregunte a los campesinos: os dirán que como administradores, recaudadores de impuestos, incluso como propietarios, prefieren infinitamente a los británicos, más justos, más humanos y sobre todo inaccesibles a la corrupción, que es la plaga de la India. Por principio, nosotros hemos

[57] *Zamindar:* literalmente, poseedores del suelo, propietarios de la tierra.
[58] *Baniya:* comerciantes y prestamistas aldeanos.

respetado la religión y las costumbres del país. ¿Acaso somos responsables de los vicios y de las taras que derivan de todo esto? [...].

»Entonces, ¿quién es el responsable? —replican los indios—. ¡Si los británicos se hubiesen limitado a despojarnos! Pero en el siglo XVIII nosotros empezábamos a tener ciudades importantes, puertos frecuentados; nuestros fabricantes y comerciantes formaban una clase en crecimiento, cuya iniciativa y actividades aumentaban también, y que comenzaba a ocupar, en los asuntos públicos, el lugar de los rajás y de los jefes feudales debilitados y divididos. Inglaterra, poco a poco, detuvo esta evolución natural. Luego, sus esfuerzos metódicos y tenaces se manifestaron, respecto a nosotros, en el siglo XIX, por una serie de medidas aduaneras y financieras que, en un primer momento, parecían inocentes. Sin embargo, todas ellas tendían a destruir nuestro comercio y nuestra industria. Por otra parte, la India tenía sus universidades, sus escuelas técnicas y, en cada aldea, un rudimento de escuela. Hoy apenas un 4 por ciento de los niños asisten a la escuela primaria; el número de analfabetos sigue siendo del 98 por ciento. ¿Cómo podrían progresar, mejorar su suerte los campesinos ignorantes? [...].

»¿Los *zamindar*, los *baniya*? Pero si están protegidos o al menos tolerados por Inglaterra. ¿La higiene? ¿Qué se ha hecho para enseñar la higiene en las aldeas y sanearlas? Y si nosotros hubiéramos estado al timón, ¿acaso no habríamos luchado contra los prejuicios y las costumbres que se nos reprochan, no habríamos propuesto e impuesto reformas? ¿Es culpa nuestra si se ha detenido nuestro desarrollo normal, si se ha paralizado nuestra vida nacional?»

Testimonio de un ex condiscípulo indio de Andrée Viollis: «Yo había conocido a Srinivasa tiempo atrás en Oxford. Seguía, como yo, los cursos del colegio de Corpus Christi [...]. Yo era la única que me ocupaba de él. Nunca las jóvenes inglesas dirigían hacia él sus claras pupilas y sus gentiles sonrisas. "¿Cómo puede usted interesarse por este negro?", me decían con desdén [...]. Éste tenía un aire de príncipe de miniatura persa [...]. Yo llegué a conocerlo. Pertenecía a una rica familia brahmana del norte de Bengala, pero no era hablador como los bengalíes. Hablaba poco, hablaba exclusivamente de Gran Bretaña, de la que parecía admirar ardientemente sus instituciones políticas. Su única ambición parecía ser vestirse como los ingleses, practicar sus deportes, tomar sus costumbres y sus ideas. Se preparaba para las oposiciones del Civil Service de la India, uno de los más difíciles de Inglaterra, y aparentemente no soñaba más que con ser un funcionario modelo de un cuerpo de élite. Un día le hice la siguiente pregunta:

»—Entonces, aunque los ingleses sean amos y conquistadores en su país de usted, usted está dispuesto a dedicarles su vida? ¿Les tiene usted afecto? [...].

»Él dudó; luego, con voz baja y temblorosa:

»—¡Los odio! —me lanzó apasionadamente, y calló—. Sin embargo, para combatirlos —repuso otra vez— necesitamos sus propias armas. Necesitamos conocer los mecanismos de su administración, los secretos de su gobierno, las razones de su poder. Es necesario que penetremos en todos sus servicios. El día que tengamos un número y fuerza suficiente... ¡Ah!, ese día...»

En otra ocasión, recordando Oxford, confía a Andrée Viollis: «Yo era muy desgraciado allí. No era sólo por el clima y las costumbres; pero podría ser que nosotros, los hindúes, tuviésemos la epidermis muy sensible, ¡esta epidermis oscura que nos reprochan tan cruelmente! No pasaba un solo día sin que me hiriesen en mi amor propio. Desde luego, nuestros compañeros no nos evitaban. Habían recibido la orden de tratarnos, pero, a su pesar, su tono se hacía diferente cuando nos hablaban; siempre había un matiz de protección o de desdén. Y nuestros profesores nos invitaban, ciertamente, a visitarles, ¡pero con qué esfuerzo de buenos modales estudiados nos hablaban sus esposas y sus hijas! ¡Unos modales que eran casi un insulto!

»Y a la vuelta, en nuestro propio suelo, pese a nuestros diplomas, continúa el mismo desprecio. Siempre el asunto de la piel. Para el más vulgar de estos británicos, nuestros sabios, nuestros pensadores, nuestros grandes poetas, no son más que "hombres de color". Es, por ejemplo, el caso del parsi Tata, gran capitán de la industria y multimillonario, a quien en Colombo [Sri Lanka] se le niega la entrada en un hotel. De vuelta a Bombay hace construir este hotel Taj Mahal donde usted ha residido, el más grande palacio de la India, en el que los indios son tratados con más consideración que los blancos. Es el caso de uno de nuestros brahmanes, de la más noble familia, que un subjefe de estación expulsa de la sala de espera reservada a los europeos. Y otro más al que un oficial inglés ruega que abandone su compartimiento de primera, y por venganza instala en él a su secretario inglés, a su gobernanta alemana, a su cocinero francés, ¡blancos todos ellos!... ¡Tantas anécdotas [...]!

»En los empleos más elevados, el Civil Service, por ejemplo, los puestos inferiores son los que ocupan los nuestros. A igual talento, ¡qué dificultad para llegar a la cúspide! Si un indio se distingue por sus cualidades superiores, por su iniciativa, espíritu de organización y autoridad, se le empuja suavemente hacia vías laterales en las que se pudre y se atasca. ¿Muestra independencia? Entonces le rompen el espinazo...

»—¿Y usted, veamos, usted? ¿Es usted una de esas excepciones?

»—¡Ah! ¿yo? —exclama con una voz ardiente—. ¡Qué paciencia, durante años, qué prodigios de flexibilidad y de diplomacia para captar la confianza de

los británicos! Y no soy yo el único que piensa, que actúa así. Miles de nosotros se encuentran ahora, en todos los niveles, en los servicios administrativos del Reino Unido. Exceptuando algunos vendidos de las viejas generaciones, que recibieron honores y fortunas, y cuyo número, por otra parte, disminuye todos los días, usted no encontrará uno solo que, en el fondo de su corazón, no desee que los ingleses se vayan y que no trabaje contra éstos de manera más o menos abierta, más o menos activa. ¿Por qué deberían quedarse? Siempre se han portado como extranjeros aquí. Los musulmanes, con los grandes mogholes, nos conquistaron, es cierto; pero se establecieron entre nosotros, se casaban, formaban familias, nacían aquí, morían aquí. Y se rodeaban de consejeros, de ministros hindúes que dirigían los asuntos del país. [...].

»Yo dejo caer:

»-¿No se dice que son esos brahmanes, confidentes e instrumentos de los emperadores mogholes, los que han preparado y consumado su ruina?

»Sólo una imperceptible sonrisa me responde.

»—Pero ellos, los ingleses —continúa mi amigo—, llegan a la India únicamente para explotarnos y enriquecerse. Vienen en edad viril, dejan en Inglaterra a sus mujeres, a sus hijos. Su único pensamiento es volver, y es con nuestro dinero, las pensiones fastuosas que les pagamos con nuestra miseria, con las que se van a su país para terminar allí su existencia [...]. ¡Que se queden para siempre en su país! Nosotros les hemos tomado prestado todo el bagaje necesario para caminar nosotros solos. Ya no los necesitamos [...].

»—No obstante, ¿no tienen algo de gratitud hacia ellos. Con todo, sus grandes administradores han transformado la India. ¡No puede usted negarlo!

»—¿Seguro? En el momento en que desembarcaron estábamos saliendo de un período de anarquía; íbamos a desarrollarnos según nuestras tradiciones y nuestras ideas. Ellos detuvieron nuestra evolución para imponernos por la fuerza *su* civilización. Todo lo que hicieron aquí lo hicieron para ellos y contra nosotros. ¡Estamos hartos!»

Un segundo punto de vista: André Chaumet

André Chaumet afirma en su obra *L'Inde martyre*: «Todos los detalles citados en el libro están tomados de las encuestas efectuadas por comisiones neutrales o inglesas, de las que podemos pensar que tienden a silenciar ciertos hechos, más que a exagerarlos.»

Panorama de la India sin los ingleses

«Podemos imaginar muy bien cuál podría haber sido el desarrollo de la economía nacional de la India si los ingleses no la hubiesen encadenado. Durante muchos años todavía, la agricultura y la industria a domicilio reunidas habrían podido seguir formando la base sana de la vida económica, y más aún porque la calidad de los productos no habría podido ser reproducida por los artículos fabricados con las máquinas de Occidente. Una política aduanera juiciosa habría facilitado la transición hacia una industrialización del país que, finalmente, habría podido soportar la competencia de otros países. Por su lado, la agricultura se habría servido de los medios de la técnica moderna y habría podido no sólo aprovisionar a la India con productos alimenticios, sino también completar la alimentación del mundo entero aportándole su ayuda.

»Aproximadamente hacia 1850 ya se daban todas las condiciones de una explotación sistemática tras la completa supresión de las bases naturales de la vida económica. El equilibrio entre la agricultura y la artesanía fue destruido. La masa de campesinos gravados por los impuestos demasiado elevados no podía recurrir ya a las ganancias obtenidas por la industria a domicilio. Si los ingresos provenientes de la producción de materias textiles apenas era suficiente para pagar los impuestos, la producción agrícola, que había disminuido, ya no podía satisfacer las necesidades alimenticias. La penuria se agravaba aún más por el hecho de que, fuese cual fuese el resultado de las cosechas, se exportaban importantes cantidades de trigo y de arroz. Las consecuencias eran que, por un lado, la masa de los campesinos se endeudaba cada vez más y perdía sus tierras y su casa; por el otro, que crisis de hambrunas arrasaban el país ya tan baqueteado.

»Hacia mediados del siglo XIX asistimos a una lucha permanente entre Inglaterra, empecinada en conservar su política económica que consistía en mantener a la India en su papel de proveedor de materias primas y de mercados para Inglaterra, y las fuerzas antagonistas de la India. Estas fuerzas fueron aumentando su influencia paulatinamente. Arraigaron cada vez más en los medios intelectuales indios, educados en un primer momento en Inglaterra, y que, al emanciparse, comenzaron a hacerle frente. Cuando, por fin, las masas hallaron en Gandhi al jefe que supo reunir todas las energías populares en un único y gran movimiento nacional, entonces estas energías hostiles acabaron siendo un peligro respecto al cual tomó conciencia Inglaterra y contra el cual luchó (diplomacia hipócrita, represión violenta). Al principio, se impidió la creación de industrias nacionales manteniendo lo más bajos posible los derechos de importación. Sólo en los sectores en los que la India ejercía una especie de monopo-

lio, por su riqueza en materias primas, pudieron formarse y desarrollarse ciertas empresas. Éste fue el caso de la industria del yute. Sin embargo, la situación cambió cuando, durante la guerra de 1914, cesaron los envíos a Inglaterra; los pocos años que transcurrieron entre 1914 y 1919 fueron suficientes para permitir el surgimiento de grandes industrias algodoneras. El número de telares para la industria del algodón aumentó de 94.136 a 186.407 entre 1913 y 1930 y, en la industria yutera, de 36.050 a 61.834. La industria metalúrgica y minera comenzó a florecer, se crearon numerosas plantaciones de té. Se constató entonces qué auge podía alcanzar la India si se permitía que actuase libremente.»

El ejército anglo-indio, instrumento del British Empire [Imperio británico].

«La India fue el punto de partida de la "carrera imperial" de Inglaterra. Para defender la India fue necesario, sucesivamente, garantizar la posesión de Aden, del África del Sur, del canal de Suez, de Egipto, de África oriental, de Palestina, de Arabia, de Chipre, de Iraq, del Beluchistán, de Indochina y de puntos de apoyo en el Extremo Oriente, en el Pacífico y en el océano Índico.

»Poco después del estallido de la guerra de 1914, lord Linlithgow, gobernador general y virrey del país, decretó que los indios debían participar al lado de Inglaterra en la "lucha por la libertad y la democracia". Soldados indios se emplearon en el frente occidental [de Europa] y en varios frentes de Oriente y África: más de 621.000 soldados y 475.000 civiles de la India fueron reclutados para la guerra.

»El 12 de diciembre de 1934 (en sesión del Parlamento) Lansbury describía, según las *Memorias* de lord Birkenhead, la impresión producida en algunos soldados ingleses del frente occidental por la "lacerante tragedia del cuerpo de ejército indio". Tras graves pérdidas, este cuerpo, junto al cuerpo expedicionario británico, había detenido el primer gran asalto alemán del otoño de 1914, salvando así al Imperio británico. [...] Estas tropas habían sido enviadas desde su soleada patria a Francia, la Francia que sólo habían alcanzado después de una larga travesía. Muchos de ellos no sabían quién era el enemigo al que iban a combatir: algunos creían que era ¡a los rusos! Totalmente novatos en las tácticas modernas, estas tropas habían sido metidas en la terrible carnicería de Ypres. Y el diputado proseguía en estos términos: "Querría subrayar que fuimos a buscar a estos hombres para que luchasen por la libertad y el derecho de los pequeños pueblos a gobernarse por sí mismos. ¡Y hoy les decimos que son incapaces de dirigir sus propios asuntos!»

La situación de los obreros de la industria

La prohibición de la industria a domicilio había arrebatado el trabajo y el pan a millones de personas que fueron devueltas a la agricultura, donde no hallaban condiciones de trabajo suficientes. Y los indios se apretujaban en masa en las puertas de las fábricas para obtener, al menos de forma pasajera, pan y trabajo. Sin alojamiento fijo, no comiendo lo suficiente, podemos imaginar de qué manera los obreros indígenas se hallaban absolutamente a merced de los fabricantes. Sin embargo, durante la Gran Guerra y después, el desarrollo industrial hizo rápidos progresos y, según los censos de 1931, unos 18.000.000 de personas estaban ocupadas en empresas industriales, en las minas, etc. Sin embargo, esta masa representaba tan sólo un 11 por ciento de toda la población obrera.

«De los 319.000.000 de habitantes con que contaba la India en 1921, no había más que 22.600.000, es decir, aproximadamente el 7 por ciento, que supiesen leer y escribir inglés, y muy pocos de éstos eran obreros de las fábricas [....]. Sólo cuando la industria textil de la India, cuyos costes de producción eran mucho menores que los de la inglesa, comenzó a hacer una peligrosa competencia a las textiles de la metrópoli, entonces, de improviso, los industriales británicos se acordaron de los pobres obreros indios explotados y reclamaron medidas sociales a favor de éstos. Así pues, los indios vieron cómo se nombraba, en 1875, una comisión de investigación de las condiciones de trabajo en la industria textil de la India, y seis años después se promulgó la primera ley laboral. Ésta prohibía el trabajo infantil en edades inferiores a los siete años y establecía en nueve horas la duración de la jornada laboral para los menores de doce años. Los niños mayores de doce años, los hombres y las mujeres podían, sin embargo, ser empleados sin limitaciones en la duración del trabajo.

»Los fabricantes alegaban que ellos no podían saber la edad de los niños porque no se registraban los nacimientos. "¡Cuando entrábamos en una hilandería se producía de inmediato una huida de niños que estaban trabajando, y que pensaban que éramos inspectores de fábricas!"[59] Hasta 1891 no se limitó la duración de la jornada laboral para las mujeres a once horas y, en 1910, la de los hombres a doce horas. En 1922, doce años después, la ley laboral reducía la duración general de la semana laboral a sesenta horas [...].

---

[59] Thomas Johnstone, miembro del Parlamento, y John F. Sime, secretario del Sindicato de Obreros de la Industria del Yute y del Cáñamo por el distrito de Dundee.

»Sin duda, la esclavitud fue abolida en el Imperio británico en 1834, pero precisamente los indios sufrieron, fuera de las condiciones de trabajo en las fábricas, otro sistema que no era menos atroz que el de la esclavitud antigua. La abolición de la servidumbre de los "negros" había creado una necesidad urgente de mano de obra en África del Sur, en la Guayana, en las islas de Malasia y en las demás regiones sometidas a la dominación inglesa. Para evitar tener que contratar a asalariados libres, los ingleses inventaron el *Indentured System*, es decir, el sistema de contrato. Con el pretexto de que se trataba de un contrato de trabajo libre, una masa de indios, provenientes sobre todo de las zonas donde reinaban la miseria y el hambre, se comprometieron a aceptar un contrato de trabajo por cinco años en las colonias inglesas. Cuando llegaban a su destino se les hacía trabajar como bestias de carga, y se les pagaba salarios de hambre. Como no podían nunca ahorrar lo suficiente como para pagar los gastos de vuelta a su país, quedaban encadenados a su vida de esclavos hasta la muerte. Este sistema no fue abolido "formalmente" hasta 1922, sin que, aun así, se modificasen realmente las condiciones de trabajo.

»El informe imparcial y objetivo presentado en la Conferencia Internacional del Trabajo, en enero de 1925, por Joshi, dirigente sindicalista indio y representante de la India en esta conferencia, relata las condiciones de vida del obrero indio. He aquí algunos extractos: "La duración de la jornada de trabajo en nuestras industrias era extraordinariamente larga hace tan sólo diez años... Las fábricas de algodón de Bombay podían hacer trabajar a sus obreros hasta dieciséis horas al día no hace todavía muchos años. Los amos tenían la costumbre de decir que los propios obreros deseaban una jornada laboral tan larga con el fin de obtener un salario mayor. La ley de 1922 sobre el trabajo en las fábricas sólo concierne a las empresas que utilizaban maquinaria y con una plantilla de al menos veinte obreros, por lo que la multitud de pequeñas empresas no se beneficiaba de la protección proporcionada por esta ley. Según los datos oficiales, todavía en 1921 se trabajaban de diecisiete a dieciocho horas en las minas. La India es actualmente el único país en el que las mujeres trabajan en el fondo de las minas... Los hechos se basan en el (último) informe de la Oficina Internacional del Trabajo (OIT) sobre el trabajo industrial en la India.»

«En los centros de la industria textil, como en Kanpur, donde domina el patrono inglés, se engaña al obrero de la manera más burda sobre la duración de la jornada laboral. Así, a lo largo de la jornada de trabajo, se paran los relojes varias veces para engañar al obrero, que no tiene reloj, o bien los directores cuentan que la duración de la jornada laboral se mide por el número de vueltas que dan las máquinas.»

El trato de las mujeres embarazadas en las fábricas

«En 1919 la Oficina Internacional del Trabajo en Washington pidió al gobierno de la India que examinase la cuestión del empleo de la mujer antes y después del parto y la de los subsidios a asignar. El interesado respondió en 1921 que las obreras no podían abandonar su lugar de trabajo durante el embarazo y que, por otra parte, no había suficientes mujeres médicos como para organizar una asistencia general a la madre [...]. En 1924, un MLA (Miembro de la Asamblea Legislativa) presentó un proyecto de ley que preveía la prohibición de trabajar para las mujeres en las fábricas, en las minas y en las plantaciones de té antes y después del parto, y exigía que durante este tiempo se les asignase un subsidio. El gobierno de la India rechazó el proyecto de ley alegando que no se había demostrado la necesidad de tales medidas y que la aceptación de tales propuestas implicaría consecuencias incalculables para las obreras. Ahora bien, la descripción que sigue muestra, en realidad, hasta qué punto se hacía necesaria para las obreras indias introducir la protección de la madre: "La situación de las obreras que trabajaban el yute es, con mucho, la peor de Bengala. No se ha previsto ningún tipo de asistencia para las mujeres de parto; y hay más: las obreras que se ven impedidas para presentarse al trabajo debido al parto se consideran despedidas, como si hubiesen abandonado el trabajo por cualquier otra razón. El temor a ser despedida, que obliga a la obrera a ceder aproximadamente un mes de su salario al capataz para ser readmitida, lleva a muchas mujeres a esperar el parto en el propio taller [...]. Como media mueren 660 niños de obreras de cada 1.000 antes del primer año de edad [...]. La mujer embarazada trabaja hasta el momento del parto entre espesas nubes de polvo que desprenden las fibras de yute; en cuanto se repone del parto, ha de volver a esta atmósfera. La mujer tiene al recién nacido junto a ella, cerca de la máquina con la que trabaja, y no es raro verla llevar al niño en un brazo, mientras que con el otro maneja la máquina."

»Hasta 1937, año en que se promulgó la ley de salarios, reinaba la más completa arbitrariedad en lo referente al pago de éstos. El patrono los pagaba cuando le parecía. Un buen número de patronos pagaba en especie una parte del salario (lo que daba ocasión de engañar al obrero, impotente para defenderse).

»He aquí lo que decía en la Cámara de los Comunes el 6 de febrero de 1935 el comandante Attlee, jefe de los laboristas ingleses: "En este país las condiciones de la vida industrial siguen siendo deplorables. Recordemos la situación en los barrios bajos urbanos (*slums*). ¿En qué estado se encuentran las viviendas en los distritos industriales? Callejas estrechas y tortuosas, montones de desechos

en putrefacción y cloacas por todas partes. Los hombres, amontonados en pequeñas habitaciones miserables que carecen de ventanas y de ventilación. Los peores síntomas de la industrialización se han reproducido en la India. Se han reproducido bajo nuestro dominio. Nosotros somos los responsables."»

M. F.

BIBLIOGRAFÍA

ARENDT, H., *La crise de la culture. Huit exercices de pensée politique*, Gallimard, París, 1972.

BALLHATCHET, K., *Race, Sex and Class under the Raj. Irnperial Attitudes and Policies and their Critics. 1793-1905*, Vikas Publishing House, Nueva Delhi, 1980.

BERQUE, J., *Dépossession du monde*, Le Seuil, París, 1964.

BRAUDEL, F., *Civilisation matérielle, économie, capitalisme XVe-XVIIIe*, t. 3, *Le temps du monde*, Armand Colin, París, 1979.

CHAUMET, A., *L'Inde martyre*, Jean Renard («Problèmes actuels»), 1942.

CURTIN, P. D., *Death by Migration. Europe's Encounter with the Tropical World in the Nineteenth Century*, Cambridge University Press, Cambridge, 1989.

DARNTON, R., «Un-British Activities», *The New York Review of Books*, 12 de abril de 2001, VIII (6), pp. 84-88.

DAVIS, K., *The Population of India and Pakistan*, Princeton University Press, Princeton, 1951.

DAVIS, L. E., y Huttenback, R. A., *Mammon and the Pursuit of Empire. The Political Economy of British Empire, 1860-1912*, Cambridge University Press, Cambridge, 1986, pp. 154-156 (cap. 5 de la obra consagrada a los costes de defensa del Imperio británico).

DAVIS, M., *Late Victorian Holocausts; El Niño Famines and the Making of the Third World*, Verso, Londres-Nueva York, 2001.

ETEMAD, B., *La Possession du monde: poids et mesures de la colonisation*, Complexe, París, 2000.

FOUCHÉ, P., *L'Édition française sous l'Occupation, 1940-1944*, Bibliothèque de Littérature Française Contemporaine de l'Universitě de Paris-VII, París, 1987.

FOURCADE, M., «Les dénommées "tribus criminelles" de l'Inde britannique: Violence coloniale, violence traditionnelle», *Purushariha*, 16, *Violences et non-violences en Inde*, Edición de l'EHESS, París, 1994, pp. 187-211.

GABORIEAU, M., «Identités musulmanes, orientalisme, ethnographie. Faut-il réhabiliter les auteurs coloniaux?», *Purushartha*, 22, *La question identitaire en Asie du Sud*, Edición de l'EHESS, París, 2001, pp. 47-70.

KIERNAN, V. G., *European Empires from Conquest to Collapse, 1851-1960*, Leicester University Press, Leicester, 1982.

KLEIN, I., «Population Growth and Mortality», I, «The Climateric of Death», IESHR, vol. 26 (4), 1989, pp. 387-403; y «Population Growth and Mortality», II: «The Demographic Revolution», IESHR, vol. 27 (1), 1990, pp. 33-63.

LARDINOIS, R., «Les famines en Inde: La colonisation en question», *L'Histoire*, n° 139, 1990, pp. 32-39.

LURAGHI, R., *Histoire du colonialisme des grandes découvertes aux mouvements d'indépendance*, UTET, Turín, trad. franc. Gérard et Cie. Verviers, 1964.

MAHIAS, M.-C., «Le tabac et l'opium en Inde: leur rôle dans l'histoire des Nilgiri», en A. Hubert y P. Le Failler, *Opiums: Les plantes du plaisir et de la convivialité en Asie*, L'Harmattan, París, 2000, pp. 207-238.

MARKOVITS, C., «Le mouvement national et la décolonisation de l'Inde (1919-1947)», *Historiens et géographes: Dossier Inde*, 1989, pp. 227-237; *L'Asie orientale* (4 cap.), s. dir. Rotermund, Nouvelle Clio, París, 1999, pp. 409-509.

ORY, P., *Les Collaborateurs 1940-1945*, Le Seuil, París, 1976.

POUCHEPADASS, J., «Délinquance de fonction et marginalisation coloniale: les "tribus criminelles" dans l'Inde britannique», en (colectivo) *Les Marginaux et les exclus dans l'histoire*, Plon, París, 1979, pp. 122-154; «L'opium» en *Paysans de la plaine du Gange: le district de Champaran 1860-1950*, École Française d'Extrême-Orient («EFEO» CLVII), París, 1989, pp. 456-467; «Les Subaltern Studies ou la critique postcoloniale de la modernité», *L'Homme*, 156, *Intellectuels en diaspora et théories nomades*, Edición de l'EHESS, París, 2000, pp. 161-185.

RUSHDIE, S., *Patries imaginaires*, trad. franc. Christian Bourgois, París, 1993, ed. orig. 1991.

SAID, E., *Culture et impérialisme*, trad. franc. Fayard, París, 2000, ed. orig. 1993.

SARTRE, J.-P., *Situations*, V, *Colonialisme et néocolonialisme*, Gallimard, NRF, París, 1964.

SHANKAR, G., *Born Criminals*, Kishor Vidya Niketan, Varanasi, 1979.

VIOLLIS, A., *L'Inde contre les Anglais*, pref. de S. Lévi, Éditions du Portique, París, 1930.

YANG, A. A., *Crime and Criminality in British India*, University of Arizona Press, Tucson, 1985.

El colonialismo francés en Indochina

Pierre Brocheux

La contradicción es la esencia de las cosas.

Lenin.

El II Imperio Francés se lanzó a la conquista de la Península indochina comenzando por el reino del Vietnam[1], seguido por el reino de Camboya y luego por los principados lao del valle del río Mekong.[a] No obstante, fue la III República, liberal y democrática, y pese a que había hecho suyos los valores del Siglo de las Luces y la divisa de «Libertad, Igualdad, Fraternidad», la que completó la empresa y organizó y administró las posesiones. Su dominación fue considerada como una opresión por muchos indochinos, que la combatieron, pero también como modelo y fuente de inspiración de esta lucha. Así, el colo-

[1] Utilizo el término Vietnam (el Sur de los Viêt), que designaba al reino que se extendía en el siglo XIX de las puertas de China a la punta de Ca Mau. Así había bautizado a su país el emperador Gia Long. Los monarcas que le precedieron lo llamaban Dai Viêt (el Gran Viet). Minh Mang, sucesor de Gia Long en 1820, cambió el nombre del país por el de Dai Nam (el Gran Sur), pero esta denominación no llegó a suplantar a la anterior en el uso corriente. Los franceses utilizaron la expresión An Nam (Sur Pacificado) que los chinos empleaban normalmente para recordar que «durante mil años el Nan Yue (Nam Viêt o Viet del Sur) fue una frontera meridional del Celeste Imperio». Al recuperar esta denominación, los franceses querían significar que eran los sucesores del «soberano» anterior, al igual que el rey Tuc Da había hecho un llamamiento al emperador de China contra los franceses. Los nuevos amos hicieron aún más, reduciendo el reino de Annam a la extensión adecuada: la parte central del reino. El norte y el sur, denominados respectivamente Tonkín y Cochinchina, fueron sustraídos a la autoridad (completamente teórica) del monarca «protegido».

[a] Camboya se denomina hoy con su antiguo nombre, Kampuchea; los principados lao formaron luego Laos. En este libro emplearemos el término «lao» para denominar a las poblaciones de etnia lao; y emplearemos «laosiano» para indicar al ciudadano de la actual República Democrática de Laos. [N. del T.]

nialismo muestra una doble contradicción: una interna, la otra externa, que son ambas los dos resortes de su evolución.

Conquistar y justificarse

Francia se estableció en el sur de la península anexándose las provincias meridionales de Vietnam (1860, 1862, 1867) y presentándose como protectora de Camboya ante Siam[b]. Luego los franceses remontaron progresivamente hacia el norte, es decir, hacia China, principal si no único objeto de sus ambiciones, y llegaron a declarar la guerra a este país para apoderarse del norte de Vietnam, el Tonkín, donde el río Rojo les parecía una vía de acceso al Imperio chino más cómoda que el Mekong.

Dado que «el derecho o el deber de injerencia» no era todavía un concepto ni un instrumento de las relaciones internacionales, los gobiernos europeos ponían en práctica la injerencia en nombre del liberalismo económico y de la libertad religiosa, la de los cristianos, claro está. En esas fechas reinaba en Francia Napoleón III. Veinte años después de la entrada en China, le tocó al republicano Jules Ferry retomar la antorcha del expansionismo, del que acabó siendo un teórico. Siguiendo a Léon Gambetta, Jules Ferry englobó la libre circulación de bienes, mercancías y misioneros cristianos, y también los móviles geoestratégicos relacionados con la competencia interimperialista en la «acción civilizadora» que invocaba para justificar su petición de créditos militares ante la Cámara de Diputados y en su réplica a Georges Clemenceau: «¿Provocadora la civilización, cuando lo que busca es abrir tierras que pertenecen a la barbarie? ¿Provocadoras, Francia e Inglaterra cuando, en 1860, imponían a China la apertura de cierto número de puertos y, por consiguiente, una comunicación directa con la civilización?»[2] Así, la expansión colonial se vestía de nobles intenciones por parte de uno de sus abogados más elocuentes.[3]

Un poco más tarde, y dentro de la misma veta ideológica, el gobernador

[b] Siam es hoy Thailandia. [N. del T.]

[2] Sesión del 10 de diciembre de 1883.

[3] Citado por J.-M. Gaillard, *Jules Ferry*, París, 1989, cap. 6, p. 585.

Fue en la Cámara de Diputados, el 28 de julio de 1885, cuando Ferry presentó una exposición global de los móviles, al mismo tiempo que una legitimación de la expansión colonial. Véase *Les constructeurs de la France d'outre-mer*, antología de R. Delavignette y C.-A. Julien, París, 1945, pp. 292-298.

general Paul Doumer evocó el pasado al mismo tiempo que el porvenir para legitimar la anexión de Vietnam y el reagrupamiento de los países de la región en una Unión Indochina bajo la égida de Francia: «Francia, en Annam, ha agregado, ha ligado a ella cada día más, un perfecto instrumento para el gran papel económico y político al que puede pretender en Asia. El imperio de Annam ha adquirido su mayor poderío hace un siglo, cuando estaba aconsejado y dirigido por franceses. Al convertirse en parte integrante de Francia, el imperio modernizado, la nueva Indochina, puede aspirar a una prosperidad y a una gloria que los antepasados de nuestros súbditos actuales nunca podrían haber soñado.»[4]

GUY DE MAUPASSANT[5]

Así pues, se habla de guerra con China[6]. ¿Por qué? No se sabe. Los ministros, en este momento, dudan, se preguntan si van a hacer que se mate gente allí. Hacer que se mate gente allí les da igual, lo único que los inquieta es el pretexto. China, nación oriental y razonable, trata de evitar estas matanzas matemáticas. Francia, nación occidental y bárbara, empuja a la guerra, la busca, la desea. [...].

¡La guerra!... ¡Luchar!... ¡Masacrar hombres!... Y nosotros tenemos hoy, en nuestra época, con nuestra civilización, con la extensión de la ciencia y el grado de filosofía al que ha llegado el genio humano, escuelas en las que se enseña a matar,

→

[4] P. Doumer, *Indochine française (Souvenirs)*, sin fecha, citado por P. Ajalbert, *L'Indochine par les Français*, antología, París, 1931.

En el pasaje subrayado, Doumer retoma una idea preconcebida entre los franceses según la cual el señor Nguyễn Phuoc Anh (el futuro emperador Gia Long) reconquistó sus posesiones meridionales y luego se apoderó de todo el país gracias a la ayuda de monseñor Pigneau de Béhaine, que reclutó a franceses, marinos, soldados e ingenieros, para dirigir la flota y el ejército del príncipe. Los extranjeros (pues los portugueses fueron más numerosos que los franceses) vieron cómo se les confiaban mandos importantes pero nunca los más altos. Los pocos supervivientes fueron recompensados con títulos honoríficos y privilegios (véase la biografía de *Mgr. Pigneau de Béhaine. Évêque d'Adran, dignitaire de Cochinchine*, por F. Mantienne, MEP, Études et documents 8, 1999). La afirmación de Doumer es, pues, falsa, pero figura en buen lugar entre los argumentos de la conquista y de la dominación.

[5] Guy de Maupassant, revista *Gil Blas*, 11 de diciembre de 1883, citado pp. 193-194 en *La France colonisatrice*, colecc. «Les reporters de l'Histoire», n.º 3, Liana-Lévi-Sylvie Messinger, 1983. (Texto seleccionado por Marc Ferro.)

[6] El 18 de diciembre de 1884 Francia declarará la guerra a China; la intervención se produce en Tonkín. [N. de la R.]

a matar desde muy lejos, con perfección, a mucha gente a la vez, a matar a unos pobres diablos de hombres inocentes, cargados de familia y sin registro de antecedentes penales. M. Jules Grévy perdona con obstinación a los asesinos más abominables, a los que cortan en trozos a mujeres, a los estranguladores de niños. Y he aquí que Jules Ferry, por un capricho diplomático que asombra a la nación, que asombra a los diputados, va a condenar a muerte, con ligereza, a varios miles de buenos chicos.

Y lo más asombroso es que el pueblo entero no se levanta contra los gobiernos. ¿Qué diferencia hay, entonces, entre las monarquías y las repúblicas?

Paul Doumer quería articular el espacio indochino con la zona de influencia francesa en el sur de China, principalmente la provincia de Yunnán, pues era partidario de una expansión predominantemente económica que trascendiese las fronteras políticas. El ferrocarril del Yunnán que unía el puerto de Haiphong a Yunnansen fue la expresión tangible del ambicioso programa doumeriano.[7]

Conquistar, pacificar y proteger eran las palabras clave de la retórica colonial para describir la dominación de Francia sobre las poblaciones y los territorios indochinos. Para llevar a buen término la empresa los franceses utilizaron las contradicciones de la sociedad vietnamita y los antagonismos interétnicos de la península. Reclutaron a sus aliados y colaboradores entre los católicos, los khmer krom (camboyanos de Cochinchina), y los montañeses del norte y del centro de Vietnam; utilizaron a los fusileros camboyanos de etnia rade o tho[c] para reprimir a los vietnamitas. Las autoridades francesas se adaptaban a la observación del capitán Barrault en 1927 sobre la Cochinchina: «¿Acaso no salta a la vista que esta dualidad de razas cuyas civilizaciones son tan diferentes es la mejor baza de la dominación francesa?»[8]

El coronel Gallieni la había convertido en un principio rector de su política de «pacificación» del Tonkín, recordando:

[7] C. Fourniau, «Politique coloniale et politique mondiale: Doumer et le Yunnan», en *Mélanges en l'honneur de Louis Miège*, Publications de l'Université de Provence, 1992, pp. 49-72.

[c] Los rade (también se escribe rhade) son una etnia de Vietnam de lengua malayo-polinésica, es decir, no camboyana; son unos 200.000. Los tho, que también son una etnia de Vietnam, sí son de lengua camboyana, o mejor dicho mon-khmer; son poco más de 30.000. [N. del T.]

[8] *Extrême-Asie*, septiembre-octubre de 1927, p. 146.

> La acción política es con mucho la más importante. [...] Un oficial que ha logrado trazar un mapa etnográfico suficientemente exacto del territorio que gobierna está muy próximo a obtener la pacificación completa. [...] Toda aglomeración de individuos, razas, pueblos, tribus o familias representa una suma de intereses comunes u opuestos. Si hay usos y costumbres a respetar, hay también odios y rivalidades que hay que saber manejar y utilizar en nuestro provecho, oponiendo unos a otros...[9]

La política clásica de «dividir para reinar» continuó produciendo efectos aun después de que los Estados recuperasen la independencia y de que las guerras incendiaran la península entre 1945 y 1989, guerras cuyas secuelas se perciben todavía hoy.

Como todas las guerras, la que estableció la dominación francesa tuvo su séquito de muertos en combate, de ejecuciones capitales, de aldeas incendiadas y arrasadas, de civiles masacrados, de miles de porteadores reclutados por la fuerza[10] y... fusilados si huían. Además, la población fue diezmada por las epidemias (paludismo, disentería, tifus y cólera) o por el hambre. La muerte no perdonó tampoco a los soldados del cuerpo expedicionario francés, afectado por una tasa elevada de morbilidad y de mortalidad.

Las columnas militares francesas acompañadas por auxiliares locales convirtieron al Tonkín en un país «exangüe», pues se ensañaron contra una población ya probada por las bandas armadas chinas que recorrían las fronteras. El historiador Ch. Fourniau cita a monseñor Puginier, que observaba que en 1884 «quizá la mitad de las aldeas habían sido incendiadas, saqueadas o despojadas»; y menciona numerosos testimonios sobre los métodos del cuerpo expedicionario, análogos a éste:

> Al pasar por las aldeas teníamos derecho a matar a todo el mundo y a saquearlo todo cuando los habitantes venían a someterse. De este modo no nos han faltado pollos ni cerdos... Nos vamos por la tarde, hacia las diez o las once, vamos a las aldeas y sorprendemos a los habitantes en la cama. Matamos todo lo que hay, hombres, mujeres, niños, a culatazos o a bayonetazos, es una verdadera matanza.[11]

---

[9] *Les constructeurs de la France...*, *op. cit.*, p. 403.

[10] «Así, en el momento en que llegué a Hanoi había 11.000 coolies reclutados por la fuerza, y el general me exigía, ocho días después, que reclutase a 6.000 coolies por lo menos...», declaró el gobernador general Constans. Citado por P. Devillers, *Français et Annamites. Partenaires ou ennemis? 1856-1902*, París, 1998, p. 375.

[11] Ch. Fourniau, *Annam-Tonkin, 1885-1896. Lettrés et paysans vietnamiens face à la conquête coloniale*, París, 1989, p. 22; G. Dreyfus, *Lettres du Tonkin 1884-1886*, París, 2001.

CLAUDE FARRÈRE: *LES CIVILISÉS*[12]

El chino es ladrón y el japonés, asesino; el annamita lo uno y lo otro. Dicho esto, reconozco de buena gana que las tres razas tienen virtudes que Europa no conoce, y civilizaciones más avanzadas que nuestras civilizaciones occidentales. Nos convendría, pues, amos de estas gentes que deberían ser nuestros amos, predominar sobre ellos por lo menos por nuestra moralidad social. Convendría que nosotros, los colonizadores, no fuésemos ni asesinos ni ladrones. Pero esto es una utopía. [...].

—¿Por qué? —pregunta alguien.

—Porque ante la mirada unánime de la nación francesa, las colonias tienen la reputación de ser el último recurso y el supremo refugio de los desclasados de todas las clases y de los fugitivos de todas las justicias, con lo que la metrópoli guarda para ella, cuidadosamente, a todos sus reclutas de valor, y no exporta nunca sino los desechos de su contingente. Nosotros alojamos aquí a los malhechores y a los inútiles, a los gorrones y a los carteristas —los que trabajan el campo en Indochina no han sabido trabajarlo en Francia; los que trafican han caído en bancarrota; los que mandan sobre los mandarines letrados son los que no han dado golpe en el colegio; y los que juzgan y condenan han sido, alguna vez, juzgados y condenados—. Tras todo esto no hay que asombrarse de que en este país el occidental sea moralmente inferior al asiático, como lo es intelectualmente en todos los países...

Gallieni había justificado la necesidad de utilizar tales métodos, sin ocultar por ello los efectos que podrían tener sobre la población: «Una vez que se haya calmado el primer temor, germinará en las masas el fermento de revuelta que los rencores acumulados por la acción brutal de la fuerza multiplicarán y aumentarán aún más.»[13]

En el centro de Vietnam, el 5 de julio de 1885, cuando los franceses asaltaron la ciudadela de Huế, que englobaba los palacios reales en los que residía la corte, los informes dan cuenta de las matanzas (1.500 vietnamitas muertos por

[12] C. Farrère, *Les civilisés*, Ollendorf (premio Goncourt 1905), reed. Kailash, 1997. (Texto seleccionado por Marc Ferro.)

[13] *Les constructeurs...*, *op. cit.*, p. 409.

11 franceses), incendios y saqueos de la ciudad. Los palacios, los archivos, la biblioteca, toda una herencia cultural valiosa fue reducida a cenizas. Varios generales aprovecharon la situación: «Un saqueo tal que duró dos meses y que supera en mucho... el del Palacio de Verano de Pekín.»[14]

Al final de la conquista y de la «pacificación» del norte y del centro de Vietnam, que se prolongaron de 1883 a 1896, estas regiones fueron escenario de una verdadera catástrofe demográfica. Hubo que esperar a 1910-1920 para que su población recuperase el crecimiento normal.

Una vez sometida la población y reprimida la resistencia, la soberanía del Estado vietnamita se vio confiscada, como lo habían sido las de Camboya (1863) y Laos (1893). A partir de ahora los tres países fueron sometidos a un régimen de protectorado puramente nominal y su funcionamiento evolucionó hacia la administración directa en virtud del postulado «los indígenas son incapaces de gobernarse a sí mismos».[15]

Para despojar a estos países de su soberanía, los gobernadores generales comenzaban por designar un nuevo monarca. Lo arbitrario de la decisión y, eventualmente, la deposición, hace plausible del todo lo que el escritor Roland Dorgelès relataba a propósito de la elección del emperador Duy Tan: cuando el rey Thanh Thái fue destituido por los franceses en 1907, una delegación visitó el palacio.

> El principito [hijo del rey y de una concubina] se puso a llorar, a llamar a su madre, a patalear, pero el médico militar que lo había acercado a la luz lo examinó sin dejarse conmover. «A fe mía, éste me parece que tiene aires de estar bien —dijo, manoseándolo, como si hubiese tenido que elegir, de entre una camada de perros jóvenes, al que no pensaba ahogar—. ¿Le gusta? Bueno, pues vamos allá.»[16]

Esta costumbre perduró de tal modo que unos treinta años más tarde los franceses sacaron a Norodom Sihanuk del internado del liceo de Saigón para colocarlo en el trono, pues le consideraban más dócil y manejable que su primo Monireth, a quien habría correspondido el trono, según la costumbre.[17]

Una vez en el trono, los soberanos quedaban reducidos a un estado político vegetativo, lo que perjudicaba gravemente el crédito de la institución mo-

---

[14] El periodista Penne-Sieffert citado por Charles Fourniau, *op. cit.*, pp. 34-35.

[15] Nguyễn The Anh, *Monarchie et fait colonial au Vietnam (1875-1925). Le crépuscule d'un ordre traditionnel*, París, 1992.

[16] R. Dorgelès, *Sur la route mandarine*, París, 1925, p. 140.

[17] N. Sihanuk, *L'Indochine vue de Pékin. Entretiens avec Jean Lacouture*, París, 1972, p. 27.

nárquica: «Al rey de Camboya no se le consultaba. De 1884 a 1945 nuestros soberanos no eran más que lo que el pueblo khmer llamaba los "loritos amaestrados sólo para decir '*bat*, *bat*' (sí, sí)"[d]. Desde el comienzo de su instauración, el protectorado es, en realidad, una dictadura.»[18]

Los monarcas no gozaron ya de libre disposición de sus presupuestos: el gobierno general entregaba una lista civil a los soberanos y refundía los ingresos en el presupuesto general indochino. Era el residente superior de Francia quien presidía el Consejo de Ministros y tenía la última palabra y, en cada provincia, el mandarín tenía por encima de él a un residente francés. «Los franceses ordenan, los vietnamitas obedecen; los funcionarios de todos los rangos y de todas las funciones adulan servilmente a los franceses.»[19]

Los funcionarios franceses eran numerosos, incluso en los escalones subalternos, hasta el punto de que se aplicó a Indochina el calificativo de «colonia de funcionariado». La burocracia colonial estaba destinada a perpetuar la supremacía europea manteniendo la distancia entre los colonizadores y los colonizados y dejando a los funcionarios indochinos en los escalones inferiores.

Sea cual fuere el régimen político y jurídico, de colonia o de protectorado, el colonialismo establece la dominación de una minoría extranjera sobre una mayoría autóctona. Resultó que mayoría y minoría pertenecían a dos «razas», según la terminología clasificatoria del género humano que estaba en vigor en los siglos XIX y XX: la blanca y la amarilla.

Esta dualidad tenía una lectura al mismo tiempo jurídica, política y sociológica con una serie de estatus diferentes: europeos, indígenas, asiáticos no indígenas, súbditos y protegidos franceses. La dualidad quedaba reforzada por la jerarquía socioprofesional en la que la toma de decisiones y las funciones de mando pertenecían a los blancos.

---

[d] En camboyano «sí» se dice de distinta manera si se es hombre o mujer: *baat* para los hombres, *jaa* para las mujeres [pronunciando la «j» a la inglesa]. [N. del T.]

[18] Extraído del poema de un anónimo escrito hacia 1900, publicado en su transcripción en caracteres latinos (*quốc ngu*) en *Nghien cuu lịch sụ- Recherches historiques*, 73, 1965, pp. 21-29; versión inglesa en *Patterns of Vietnamese Response to Foreign Intervention, 1858-1900*, Yale, 1967. pp. 140-151.

[19] *Ibid.*, p. 143. El letrado Phan Chu Trinh denunciaba también la actitud servil y las prácticas de prevaricación del mandarinato en tiempos del protectorado, pero añadía: «Sea cual fuere vuestro rango social, si un francés estima que se le ha faltado el respeto, entonces les castigará sin piedad aunque sean ustedes inocentes... Estos hechos son comunes en todo Vietnam y provocan miedo y cólera...» (extraído de su carta al gobernador general Paul Beau, 1908, p. 235, *Anthologie de la littérature vietnamienne*, t. III, siglo XIX-1945, Hanoi, 1975). Con todo, Phan Chu Trinh eligió la vía reformista para hacer evolucionar su país bajo la égida de la Francia de los derechos del hombre.

No se podría analizar el colonialismo de forma pertinente si se ignora la referencia racialista creada por el cientifismo del siglo XIX. Jules Ferry era partidario, como otros muchos republicanos y «humanistas», de las nociones de razas superiores e inferiores. La diferencia era que Ferry no estaba de acuerdo con aquellos que llegaban a la conclusión de que había que eliminar a las «razas inferiores»: «Yo repito que hay, para las razas superiores, un derecho, porque hay un deber para ellas. Tienen el deber de civilizar a las razas inferiores...»[20]

El racialismo impregnaba el sistema colonial en su conjunto, inspiraba las opiniones y los comportamientos racistas, es decir, discriminatorios, ofensivos y a veces criminales, en las relaciones diarias entre colonizadores y colonizados, aun cuando nunca hubo un régimen de *apartheid* en Indochina. La crónica indochina estaba llena de incidentes cotidianos con el sello de la brutalidad, de la humillación y de la injusticia. Pese a los avisos de Albert Sarraut contra los «veredictos de raza», franceses culpables de asesinato fueron absueltos o condenados pero con la sentencia en suspenso, o bien se les obligó a pagar una suma ridícula por daños y perjuicios. En 1937 la absolución de los dos autores franceses del asesinato de un vietnamita llevó a un banquero, vietnamita naturalizado, a escribir a un compatriota, también ciudadano francés: «Si el crimen de... es horrible, no es más que uno de los accidentes que ocurren de vez en cuando en la vida en común de dos pueblos, pero lo que es definitivo es que... *anula todas nuestras ilusiones,*[21] *es el veredicto pronunciado por la élite francesa, y que refleja el pensamiento francés respecto al valor de la vida de un annamita...*»[22]

En el centro del sistema colonial el coeficiente racial agravó las desigualdades y las tensiones sociales y dio un giro más agudo a los enfrentamientos políticos.

Extraer el máximo beneficio de sus posesiones

Desde el comienzo de la conquista francesa de Indochina la expansión económica y la explotación de los recursos naturales y humanos son, evidentemente, la meta principal. En cuanto los franceses se instalaron en Cochinchina (el Vietnam meridional), el almirante De La Grandière quiso hacer de Saigón «una segunda

---

[20] Sesión de la Cámara de los Diputados, 28 de julio de 1885, citado en *Les constructeurs de...*, p. 295.

[21] Subrayado por el autor.

[22] Centre d'Archives d'Outre-Mer, fondo del Service de Protection du Corps Expéditionnaire, 350.

Singapur». Esta última, fundada por el Reino Unido en 1819, era ya un próspero emporio. Los holandeses había obtenido un provecho considerable del *Kultuurstelsel*, sistema de cultivos «forzados» que el gobierno Van den Bosch había instaurado en Java en 1830; los españoles integraron la economía de las Filipinas en el sistema mundial en 1840; y Siam [hoy Thailandia] abrió sus puertas a los europeos en 1855, tras la firma del Tratado Bowring. Entre el Asia del nordeste (China, Japón, Corea) que acababan de abrirse, y el mundo indio entonces ocupado totalmente por los británicos, el sureste asiático se convirtió en un campo de emulación para los europeos en esta segunda mitad del siglo XIX.[23]

Cuando el almirante Dupré dio inicio a la acción en Tonkín, justificó su decisión en un telegrama dirigido al gobierno el 28 de julio de 1873:

«El Tonkín ha sido abierto, de hecho, por el éxito de la empresa Dupuis.[24] Efecto inmenso en comercios inglés, alemán, americano. Necesidad absoluta de ocupar el Tonkín antes de que se produzca la doble invasión que amenaza a este país por parte de los europeos y de los chinos, y asegurar a Francia esta ruta única. No pido ninguna ayuda, haré con mis propios medios.»[25]

Desde 1897, Paul Doumer, entonces gobernador general de Indochina, construyó la Unión Indochina, organización político-administrativa que reunía a los países de la península, con el fin de estructurar, articular, orientar y estimular las iniciativas económicas. Éstas fueron acompañadas por una acción sanitaria y educativa[26] destinada a garantizar eficacia, productividad y rentabilidad.

Con todo, hay que evitar reducir esta acción sólo a su dimensión instrumental y utilitaria. Dos de los primeros administradores, el residente superior en Annam-Tonkín, Paul Bert, y el gobernador general, Jean-Marie de Lanessan, fueron respectivamente un fisiólogo mundialmente conocido, académico y médico. Ambos, republicanos y francmasones, entremezclaron estrechamente sus convicciones filosófico-políticas —especialmente su fe en la esencia progresista de la civilización europea— y su papel de gobernantes.[27] Por desgracia, su gobierno fue breve —menos de dos años— y sus ideas quedaron sin aplicación.

---

[23] *The Cambridge History of Southeast Asia*, vol. II, cap. I, Cambridge (Reino Unido), 1992.

[24] Comerciante y aventurero cuya actividad principal se desarrollaba en la China del sur. Quería obtener la libre circulación por el río Rojo y, con este fin, arrastró a los franceses a la primera expedición militar en Tonkín en 1873.

[25] A. Thomazi, *La conquête de l'Indochine*, París, 1934, p. 114.

[26] Véase L. Monnais-Rousselot, *Médecine et colonisation, 1860-1939*, Éditions CNRS, París, 1999; y Trinh Văn Thao, *L'école française en Indochine*, Karthala, París, 1995.

[27] Ph. Devillers, *Français et Annamites...*, *op. cit.*

Para emprender lo que Albert Sarraut llamaba la valorización de las colonias, los franceses elaboraron una legislación, movilizaron capitales y reclutaron en el lugar la mano de obra necesaria para los nuevos sectores de la economía que acababan de abrir. Se decretó que el suelo y el subsuelo eran propiedad del Estado, y con una legislación apropiada en materia de concesiones de tierras y de minas reservaba las actividades agrícolas y extractivas a los franceses y a los indochinos, lo que permitió excluir a los chinos de las actividades mineras que desarrollaban casi en exclusiva antes de la llegada de los franceses. Una de las poderosas sociedades capitalistas en este campo, la Société des Charbonnages du Tonkin [Sociedad de Carbones del Tonkín], poseía el cuasimonopolio de la extracción y de la venta del carbón tonkinés. En 1939 sus actividades situaban a Indochina en el segundo puesto de los productores de carbón del Extremo Oriente, detrás de Manchuria.[28]

Una política de concesiones de tierras muy liberal permitió instalarse a franceses, individuos o sociedades anónimas, en vastas propiedades dedicadas al cultivo del arroz, de hevea y, a una escala menor, de café y de té. En 1931 los franceses poseían 1,025 millones de hectáreas de concesiones.[29] Estas concesiones no se hallaban en zonas densamente pobladas, pero aun así los primeros ocupantes indígenas se vieron obligados a abandonar sus tierras.

En el delta del Mekong las grandes propiedades arroceras de 2.000 a 10.000/15.000 hectáreas se constituyeron a expensas de los pequeños roturadores indígenas libres que ignoraban la legislación o los procedimientos de registro de la tierra. Se convirtieron en arrendatarios de los latifundistas, en una situación comparable al peonaje, pues estaban endeudados o sometidos a contratos de los que no comprendían una sola palabra.

Esta situación fue el origen de numerosos conflictos por la tierra, que alcanzaron su paroxismo en los años 1936-1938, cuando se multiplicaron las ocupaciones de parcelas y las transgresiones del derecho colonial respecto a la propiedad de la tierra. Aun cuando hizo su aparición la idea de reforma agraria, la administración francesa nunca pasó de las palabras a los hechos, pues no se podían perjudicar los intereses de los latifundistas franceses o indígenas que formaban la base social del sistema colonial.[30]

---

[28] SFCT, Rapport Annuel 1956.

[29] Ch. Robequa, en *L'évolution économique de l'Indochine française*, París, 1939.

[30] P. Brocheux, *The Mekong Delta. Ecology and Revolution, 1860-1960*, Wisconsin University Press, Madison, 1995.

En otros lugares, en los límites de la Cochinchina, de Camboya y de Annam, allí donde las grandes sociedades habían establecido sus plantaciones de hevea, una población numéricamente débil (como los stieng, en la frontera de Camboya y Vietnam, en la región de Mimot), que practicaba la agricultura itinerante de roza y quema, la caza y la recolección, se vio privada de sus territorios de paso, de roza y de acceso a los puntos de agua.[31]

Los grandes trabajos de equipamiento —redes fluviales y viarias, hidráulicas y agrícolas—, indispensables para la apertura de las obras, para el desbrozamiento de las tierras y para la expansión de las superficies cultivadas, necesitaron un capital importante. Éste provino en gran medida de las grandes sociedades, como el grupo franco-belga Hallet-Rivaud, la Société Financière Française et Coloniale [Sociedad financiera francesa y colonial] de Octave Homberg, y también de los créditos obtenidos en la plaza de París.

Finalizada la Gran Guerra, una especie de entusiasmo por invertir en Indochina se apoderó de los medios financieros franceses. Entre 1915 y 1925, 37 sociedades indochinas tenían su sede en Francia; en 1924 el valor de sus acciones cotizadas en Bolsa se elevaba a 1.300.000.000 de francos, y el de las acciones no cotizadas, a 207.527.500 francos, según un informe que estimaba que el valor de las inversiones francesas (incluidos los préstamos públicos) superaba los 3.000.000.000 de francos.[32]

Antes de que afluyesen estas inversiones, el gobierno general obtenía sus recursos financieros in situ a través de la fiscalidad. Asimismo, fueron estos impuestos los que permitieron restituir los préstamos públicos obtenidos en la metrópoli.

La fiscalidad indochina fue organizada durante el gobierno de Paul Doumer, que creó el Presupuesto general de la Unión Indochina. Los ingresos reposaban esencialmente en los impuestos indirectos.

> En los países en los que los europeos son poco numerosos —escribía Paul Doumer— el poder debe ejercerse para defender el interés metropolitano y los intereses comunes de la colonia [...]. Los impuestos directos proveen las fuentes y los trabajos de interés puramente local [en tanto que] las contribuciones indirectas [...]

---

[31] CAOM (Centre des Archives d'Outre-Mer), fondo Concessions 11. En 1927 siete peticiones de concesiones que totalizaban 27.560 hectáreas provocaron las quejas de diecisiete aldeas stieng, que veían cómo se les privaba de la integridad de sus tierras. Las mismas quejas se repitieron en 1937 (CAOM, fondos Résidence Supérieure du Cambodge, 242).

[32] CAOM, fondo Agence Économique de l'Indochine, 927.

pueden asignarse sin inconvenientes a las obras del imperio, es decir, a los pagos de obras y de trabajos de interés genera.l[33]

En relación con esta doctrina, Paul Doumer organizó un sistema de imposición sobre tres productos de consumo corriente, mejor dicho, de primera necesidad para el primero: la sal, el alcohol y el opio. En el régimen precolonial la sal y el alcohol se podían recoger en el primer caso y destilar en el segundo libremente, mientras que el refino y la venta del opio los otorgaban a chinos el emperador del Vietnam y el rey de Camboya. Doumer estableció el monopolio estatal de la sal, del alcohol y del opio, convirtiendo estos productos en las «bestias de carga» del sistema fiscal de Indochina. Estos tres impuestos fueron de los más rentables para el Presupuesto General hasta la II Guerra Mundial, ya que, todavía en 1942, cubrían el 29 por ciento de los ingresos.[34]

Cuando sabemos que la sal ocupa un puesto central en la alimentación diaria de los vietnamitas, en particular bajo la forma de salmuera de pescado (*nůóc-mắm*), pero también de los camboyanos (el *prahoc*[e], condimento de pescado fermentado), es fácil imaginar el peso que representaba este impuesto, lo mismo que para los salmoreros, antes productores libres, que se convertían en empleados del estanco estatal. De este modo la III República había establecido en sus posesiones indochinas la gabela maldita que la Revolución de 1789 había abolido. Por lo que se refería al alcohol, que ocupaba un lugar muy importante en las fiestas y los ritos, una gran firma francesa, la Société des Distilleries d'Indochine [Sociedad de Destilerías de Indochina], detentaba ya la exclusividad de la fabricación, privilegio concedido por las Douanes et Régies de l'Indochine [Aduanas y Estancos de Indochina], y controlaba el mercado de venta eligiendo como le parecía a los distribuidores. Ambos impuestos, el de la sal y el del alcohol, los soportaban mal los aldeanos, pues estaban obligados a comprar la cantidad que los notables fijaban a cada uno de ellos, y además se veían sometidos a una estrecha vigilancia por parte de los aduaneros, que estaban autorizados a registrar los domicilios de los contraventores y a requisarles sus bienes.[35]

---

[33] Frase de Doumer citada por H. Guermeur, *Le régime fiscal de l'Indochine*, Hanoi, 1909, reedición L'Harmattan, París, 1999, pp. XV-XVI.

[34] Ch. Descours-Gatin, *Quand l'opium finançait la colonisation en Indochine française*, París, 1992. En 1942 el opio proporcionaba 22.000.000 de piastras, el alcohol 18.000.000 y la sal 7.000.000 (CAOM, fondos Conseiller Politique, 98). Sobre los monopolios, véase J. Dumarest, *Les monopoles de l'opium et du sel en Indochine*, Lyon, 1938.

[e] Prahoc: en la transcripción normal (inglesa) se escribe *prawhohk*. [N. del T.]

[35] D. Niollet, *L'épopée des douaniers en Indochine*, París, 1998.

El opio era considerado una droga debilitante y por tanto peligrosa para los individuos y la sociedad. Era objeto de reprobación moral y las autoridades religiosas y los organismos internacionales lo condenaban, e incluso los Estados lo prohibían. Sin embargo, en Indochina, el Estado colonial había legalizado su consumo y las Douanes et Régies de l'Indochine participan incluso en un lucrativo contrabando con China.[36]

Estos tres impuestos, pero en especial los del alcohol y la sal, al enfrentar a las poblaciones con las autoridades coloniales, representaron, por excelencia, la naturaleza opresiva del régimen colonial; su denuncia es el tema principal del panfleto que redactó Nguyễn Ai Quốc/Hồ Chí Minh en 1925: *Le procès de la colonisation française* [El proceso de la colonización francesa].

Otra fuente de dificultades es la monetarización del impuesto, que obligó a los campesinos del Annam y del Tonkín, que utilizaban ciertas monedas llamadas sapecas, hechas de zinc, para sus transacciones cotidianas, a comprar piastras para pagar los impuestos. El vencimiento del pago hacía aumentar la tasa de cambio de una moneda a otra y ponía en dificultades a los campesinos. En las tierras altas de la península, las distintas etnias practicaban cultivos de subsistencia y el trueque, pero ahora tenían que producir más para vender el excedente de producción y conseguir así el dinero de los impuestos.

Aunque medir las deducciones por los impuestos sea imposible o, más exactamente, todavía no se ha intentado realizar de manera sistemática, el impuesto sobre la tierra y el impuesto personal que constituían la fiscalidad directa tuvieron, sin duda, un gran peso. Como el documento del impuesto personal servía de medio de identificación, era fácil verificar en todo momento si los contribuyentes habían cumplido o no; aquel que no estaba en regla iba a parar a la cárcel.

La capacidad de los contribuyentes para pagar los impuestos alcanzaba con frecuencia el límite de lo soportable, y de ello son muestras los avisos de los administradores y misioneros, mientras que el barómetro de las revueltas antifiscales oscilaba de las provincias (1908, 1930-1931, 1937-1938) a las localidades, donde eran más frecuentes pero más dispersas y, por consiguiente, menos visibles como para ser recordadas por la crónica periodística y judicial.

La explotación de la naturaleza necesitaba la movilización de una mano de obra numerosa remunerada con salarios bajos. La superpoblación relativa de las llanuras septentrionales del Vietnam, delta del río Rojo y llanuras costeras del

---

[36] Ph. Le Failler, *Opium et pouvoir colonial en Indochine.*

centro-norte, convirtió estas áreas en reservas de reclutamiento y en bases de partida hacia las plantaciones de Camboya y de las altas mesetas del centro de Vietnam. Esta última región proporcionaba también lo que se denominaba coolíes, empleados en las minas y en factorías forestales de Laos, a los que también se enviaba a las plantaciones lejanas de las Nuevas Hébridas y a las minas de níquel de Nueva Caledonia.[37] [f]

La economía colonial adoptó forma de trata de la mano de obra que no fue, ciertamente, esclavitud ni servidumbre, sino una forma de dependencia opresiva basada en condiciones de trabajo muy duras, y no solamente en la fase de desbrozamiento forestal. Los trabajadores eran transportados en los *pig pen*,[38] las jornadas laborales de doce horas los extenuaban, solían quedar sometidos a las arbitrariedades y a los golpes de los capataces y de los brutales vigilantes, y el paludismo y la disentería diezmaban sus filas. La mano de obra de las plantaciones conoció una mortalidad elevada; los dísticos y las quejas populares recordaban las heveas que se dejaban en reposo cuando estaban en mal estado, al contrario que los coolíes de las plantaciones, de los que «decenas de miles de huesos abonan los árboles del caucho», al igual que «nuestro sudor abona a los franceses». Incluso cuando las condiciones materiales —alojamientos, alimentos, higiene, sanidad— mejoraron, lo arbitrario y la brutalidad de los mandos de las plantaciones persistieron hasta tal punto que el procurador general de la República denunció en 1936 su «mentalidad de negreros que provoca odio», y reclamó sanciones severas contra ellos. El gobernador de la Cochinchina, Pagès, le imitó en 1937 respecto a una plantación en la que Michelin trataba a sus coolíes «como prisioneros, como pobres andrajosos a los que los asistentes aplastaban bajo su desprecio y sus injurias cuando no bajo sus golpes»[39].

Al multiplicar los flujos migratorios, el régimen colonial reforzó el mosaico étnico de los países de Indochina, sin que se produjese una verdadera amalgama. Preparó así un terreno favorable a la eclosión de conflictos interétnicos que se produjeron en los Estados poscoloniales.

---

[37] J. Vanmai, *Chân Dâng. Los tonkineses de Nueva Caledonia en los tiempos coloniales*, Numea, 1980.

[f] Nuevas Hébridas, ex colonia anglo-francesa, se denomina hoy Vanuatu; Nueva Caledonia sigue siendo posesión francesa (su nombre alternativo es, para los independentistas, Kanaky). [N. del T.]

[38] Véase J. Conrad en la novela corta *Typhoon* [hay varias traducciones españolas con el título *Tifón*).]

[39] P. Brocheux, «Le prolétariat des plantations d'hévéa au Vietnam meridional. Aspects sociaux et politiques (1927-1937)», en *Le mouvement social*, 90, 1975, pp. 55-86.

La Francia colonialista no sólo ha extraído trabajadores de la reserva demográfica indochina, principalmente vietnamita, para un empleo interno, sino que además llevó a todo un ejército de trabajadores y fusileros [tropas coloniales] a servir en Francia, en el frente y en la retaguardia durante las dos guerras mundiales. En teoría, eran voluntarios; en la práctica, muchos no lo fueron. De 1915 a 1919, 42.922 soldados y 49.180 trabajadores fueron enviados a Francia.[40] En 1939, Georges Mandel reclamó 80.000 indochinos, pero no llegaron más de 28.000 en 1940 (8.000 soldados y 20.000 trabajadores); de ellos, 15.000 conocieron la ocupación alemana, acuartelados en condiciones a veces deplorables.[41]

De todas las posesiones francesas, Indochina fue la que, sin lugar a dudas, funcionó como un sistema económico en el que, teniendo en cuenta las variantes y las especificidades regionales y locales, las economías de las colonias se dirigían desde la metrópoli, por el papel dominante que desempeñó el Banco de Indochina (BIC, Banque de l'Indochine).

Finanzas y moneda fueron los dos pilares de este sistema, del que el Banco de Indochina se convirtió rápidamente en el pilar fundamental. Fundado por grandes bancos franceses, se independizó pronto y se le otorgó un importante privilegio en una Francia republicana: la emisión de moneda. Además, en 1888 se convirtió en auxiliar indispensable del gobierno general que le confió el Fondo de Reserva de la colonia con el derecho de disponer de dinero para inversiones a corto plazo, pudiendo recaudar una tasa de interés anual del 2,5 por ciento para gestionar este fondo. La BIC cumplió esta tarea hasta la II Guerra Mundial cuando, el 9 de marzo de 1945, la BIC era acreedora del gobierno general por 200.000.000 de piastras. Por otro lado, al final de la guerra, la banca, en su calidad de negociadora de los intercambios económicos con los ocupantes japoneses, se encontró con que poseía 32 toneladas de oro depositadas en su cuenta del Yokohama Specie Bank.

En 1933 al banco se le confió la tarea de sanear la economía, muy dañada por la crisis. Así absorbió 27 sociedades y se convirtió en un gran banco de negocios y al mismo tiempo en un gran propietario inmobiliario por intermedio de sus filiales, el Crédit Foncier Indochinois [Crédito Hipotecario Indochino] y la So-

---

[40] CAOM, fondo Agence FOM 271, «Contributions de l'Indochine à l'effort de guerre de la métropole», 1920.

[41] Lê Huu Khoa, «La communauté vietnamienne, 1940-1946», en *Approches-Asie*, 10, 1989-1990, Niza. Véase el testimonio de Le Huu Tho que llegó a Francia como intérprete de los trabajadores en 1940: *Itinéraire d'un petit mandarin*, París, 1997.

ciété Immobilière Indochinoise [Sociedad Inmobiliaria Indochina]. Alcanzaba ahora la cúspide de su poder,[42] lo que le atrajo muchas enemistades.

La Gran Depresión (1929) fue la ocasión para reorientar hacia la «metrópoli» las exportaciones indochinas, empezando por el arroz. Además, la moneda constituyó un instrumento para reforzar los lazos imperiales y también un signo de la dependencia colonial. En efecto, la piastra indochina, antes ligada a la plata, fue incluida en el patrón oro en 1931 y, muy pronto, en el franco francés (1936), y su tasa de cambio se fijó en 10 francos por piastra. Estas dos medidas, al poner fin a las fuertes fluctuaciones del cambio aun acercando más estrechamente la piastra al franco, trataban de proporcionar una garantía a los capitales metropolitanos invertidos y a la repatriación de sus beneficios.

La integración de Indochina en una economía imperial fue parte de la inserción en la más amplia economía mundial, y esta doble relación creó al mismo tiempo dependencia y vulnerabilidad. La «gran crisis económica de 1929» en las colonias asiáticas supuso el preludio de la crisis general del imperio colonial que trajo consigo la II Guerra Mundial, pero en un primer momento reforzó los «lazos imperiales», mientras el Partido Comunista Indochino aprovechaba la situación para anunciar el fin próximo del sistema colonial.

Agresión cultural, humillación social y represión política

Al llevar a cabo la ocupación del reino de Vietnam, los franceses se hallaron ante una fuerte resistencia. En primer lugar, la del Estado, y luego, cuando éste capituló, la de los súbditos conducidos por los mandarines, e incluso por los hombres del pueblo. No se trató sólo de un enfrentamiento entre dos Estados, dos ejércitos, un ejército y una población, sino entre dos universos culturales diferentes.

La concepción evolucionista del universo y de las sociedades humanas, sustentada por el progreso tecnológico, condujo a los franceses, y a los occidentales en general, a concebir la existencia de una jerarquía de culturas, que algunos mezclaban con una jerarquía de «razas» en la que la «blanca» ocupaba la cúspide. Semejante concepción legitimaba, para los europeos, su dominación, pues

---

[42] M. Meuleau, *Des pionniers en Extrême-Orient. Histoire de la Banque de l'Indochine. 1875-1975*, París, 1990.

ésta traía consigo la civilización moderna, y a ellos les correspondía, por lo tanto, poner al día a las culturas atrasadas.[43]

La paradoja del progreso y de lo mejor impuesto llevó a un francés a preguntarse:

> Quizá sea cierto que el pueblo annamita sea más feliz desde que nosotros lo *protegemos* (¡un poco como Arnulfo *protege* la juventud de Inés!). Las enormes diferencias de fortuna existentes entre las diferentes castas del viejo imperio van desapareciendo paulatinamente... Y la medicina: es un hecho que las epidemias, las enfermedades, disminuyen. La población annamita aumenta, según las estadísticas, en proporciones considerables... Sin embargo, éste es precisamente el problema: un hombre ¿es más feliz sirviendo a un amo suave y benévolo pero extranjero, que no le comprende, o prefiere recibir los habituales bastonazos por parte de un amo cruel, pero que es de la misma raza, que tiene las mismas costumbres, que habla la misma lengua que su víctima? Había, quizá, un modo de colaborar, de dirigirle sin brutalidad, tratando de seguirle en sus cosas en vez de tratar de atraerlo a nosotros, en vez de hacerle sentir la férula, y ganar su confianza...[44]

No hay que ocultar que existe una visión sino-vietnamita de los otros muy próxima a la de los europeos, pero es culturocéntrica y no racial, y se basa en la idea de que las sociedades evolucionan desde el estado de salvajismo al de civilización. Así, en Vietnam, a las etnias de las tierras altas se las considera salvajes. Quizá esta mentalidad determinó el acercamiento de la élite a la modernidad europea.

De entrada, los vietnamitas reivindican su diferencia, el valor intrínseco y relativo de la personalidad nacional y su aptitud a evolucionar por su cuenta, como atestiguan otros asiáticos, japoneses y siameses.

Capitular ante la dominación francesa no era sólo perder el territorio y la soberanía política (*mât nủôc*) sino también su alma (*mât hôn*). Cuando la ideología occidentalista invadió el mundo, el darwinismo social estaba presente en todos los debates sobre la supervivencia de la «raza», de la patria —la «tierra de los antepasados»—, que entusiasmaron a los círculos de letrados chinos y, por intermedio de éstos, a los vietnamitas.

---

[43] Cl. Liauzu, *Race et civilisation. L'autre dans la culture occidentale. Anthologie critique*, París, 1992. Véase asimismo A. Ruscio, *Le Credo de l'homme blanc*, París/Bruselas, 1995.

[44] J. Tardieu, *Lettre de Hanoï*, París, 1997, pp. 22-23. Jean Tardieu, poeta e hijo de Victor Tardieu, fundador de la Escuela de Bellas Artes de Indochina, cumplía su servicio militar en Indochina, desde donde escribió esta carta a Roger Martin du Gard en enero de 1928.

Para aquellos que tenían la mirada vuelta hacia el pasado, la sustitución de los ideogramas chinos por el *quốc ngữ* (transcripción de la lengua con el alfabeto latino), la abolición final, en 1919, de las oposiciones de los letrados-funcionarios concebidas según el modelo chino, el establecimiento de la enseñanza franco-indígena, todo ello se vio como otros tantos asaltos contra la identidad nacional. En efecto estas medidas cortaban los nexos pluriseculares con la civilización china, tan determinante y apabullante como la civilización greco-latina para la cultura francesa.

El sistema colonial no pudo admitir además las iniciativas de los dominados para modernizar su cultura, como se constata por la prohibición, en 1907, del movimiento cultural independiente conocido por el nombre de *Đông Kinh Nghĩa Thục*, «Escuela de Hanoi de la Justa Causa». Este movimiento era producto de la efervescencia cultural y política que dio lugar a una nebulosa de iniciativas, entre las cuales estaban *Zuy tân* (Modernismo) y *Minh tân* (Luz Nueva) en el centro y sur de Vietnam en 1907 y 1908.[45] La *intelligentsia*, que estaba compuesta todavía por letrados de formación clásica, es decir, sino-vietnamita, había iniciado un giro, decidiéndose por adoptar la modernidad europea trasplantándola sobre la cultura nacional. Fueron sustituidos luego por intelectuales formados en la enseñanza franco-indígena, y esta «generación de 1925» confirmó la evolución modernista de los vietnamitas.

La resistencia cultural contra la dominación francesa se hizo inseparable de la resistencia política. La actividad de los letrados o de los intelectuales consistía en tomar del amo sus propias armas para combatirlo. El reformismo moderado de Phan Chu Trinh, Quang Chieu, Huynh Thuc Khang, el radicalismo de Nguyễn An Ninh inspirado por el libertarismo, el marxismo y sus manifestaciones, como el leninismo y el trotskismo en Hồ Chí Minh, Ta Thu Thau y otros, invadieron el campo político indochino.

La fundación del Partido Comunista Indochino fue un hecho capital porque el leninismo y la III Internacional, a la que se adhirió el PCI en 1931, elabora-

---

[45] *Prose et poésie du DKNT*, edición trilingüe, EFEO, Hanoi, 1997.

Sobre los movimientos Zuy Tân y Minh Tân, véase D. Marr, *Vietnamese Anticolonialism, 1889-1925*, Berkeley, 1971; y *Vietnamese Tradition on Trial 1920-1945*, Berkeley, 1981.

Sobre el período 1920-1928, véase Hue Tam Ho Tai, *Radicalism and the Origins of the Vietnamese Revolution*, Cambridge (Mass.), 1992; y Trinh Van Thao, *Vietnam, du confucianisme au communisme*, París, 1990.

En uno de estos «retornos a Francia», Nguyễn An Ninh escribía que «ellos habían recibido de manos de los franceses incluso el acta de condena del régimen impuesto por los coloniales en Indochina... Combatían abiertamente en nombre de las ideas humanitarias y de los principios de 1789». Extracto del opúsculo *La France en Indochine*, abril de 1925 (BDIC-Nanterre).

ron una teoría global de los fenómenos de la dependencia, lo que dotó a los anticolonialistas vietnamitas no sólo de argumentos para justificar su combate, sino también de una organización portadora de un ideal y una voluntad de hacer triunfar la causa anticolonialista. El itinerario de un hombre como Hồ Chí Minh es muy ilustrativo.[46]

El desarrollo de una resistencia pluridimensional contra la imposición de la picota a la francesa hizo ilusoria la tentación asimiladora, si es que la hubo. Hubo que constatar que los siglos habían formado personalidades colectivas indochinas —de las que la más reactiva y dinámica era la de los vietnamitas, pues los demás colonizados solían oponer al colonizador la fuerza de la inercia—, y que eran refractarias a una reproducción o facsímil, aun impuesto por la fuerza.

No obstante, ¿acaso los franceses tuvieron la idea de imitar a los británicos —pragmáticos en su política colonial— respecto a los *dominions* y el *self-government* promocionando a las élites indochinas al poder?

Hasta la II Guerra Mundial la enseñanza indochina estaba lejos de englobar a toda la población en edad de escolarización: siete de cada diez niños y niñas frecuentaban la escuela; el número de estudiantes de la Universidad de Hanoi llegó a ser de 1.500 en 1943-1944. Hasta el conflicto mundial, la Facultad de Medicina no tenía más que una modalidad corta, que sólo formaba «médicos indochinos» tras cuatro años de estudios, pero no doctores en medicina. Las demás escuelas superiores estaban destinadas a formar personal subalterno. Por otra parte, los indochinos admitidos para proseguir sus estudios en Francia fueron muy poco numerosos.

Las naturalizaciones se otorgaban con parsimonia —300 en 1939—, y no garantizaban, además, la ciudadanía francesa de pleno derecho de la que tendrían que haber gozado. Los graduados indochinos, incluidos los poseedores de diplomas metropolitanos, sufrieron durante largo tiempo una discriminación en materia de salarios y ascensos cuando eran funcionarios. En lo que respecta a la evolución de las carreras, la más flagrante y escandalosa desigualdad concernía a los indochinos que eran oficiales en el ejército francés, todos naturalizados franceses, muchas veces condecorados por su valentía bajo el fuego enemigo durante la Gran Guerra, pero a los que el mando cerraba el acceso a los grados más elevados de la jerarquía militar. El caso del teniente coronel Do Hữu Chanh es significativo: este oficial pertenecía a una familia naturalizada desde antiguo, y solicitó en 1913 la autorización para seguir los cursos de Altos Estudios Mili-

[46] P. Brocheux, *Hô Chin Minh*, París, 2000.

tares. El general Joffre, jefe de Estado Mayor del ejército, motivó el rechazo de la petición en los siguientes términos: «Dado su origen, el teniente coronel Do Hữu Chanh no debe llegar a lo alto de la jerarquía. En estas condiciones, no es cuestión de proporcionarle instrucción militar superior.»[47] Jerarquía racial y jerarquía profesional no podían armonizarse.

Como vemos, la disparidad de estatus y de trato social entre indígenas y europeos se basaba en una clasificación racista destinada a garantizar la supremacía «blanca». En 1926, de modo premonitorio, el gobernador general Alexandre Varennes había alertado al ministro de Colonias sobre la existencia de un «tercer estado annamita» que reivindicaba un lugar al sol y sobre el hecho de que no habría que tardar en darle su lugar si no se quería que lo reivindicase él mismo.

El colonialismo muere pero no se rinde

Este apartado da cuenta del final del régimen colonial en Indochina, donde los pueblos, con los vietnamitas a la cabeza, fueron obligados a arrancar su independencia a los amos franceses.

La dominación francesa nunca fue aceptada como definitiva. Por ello el gobierno general había creado un aparato de vigilancia y represión perfeccionado y eficaz: Sûreté Générale [Seguridad General] indochina, guardia indígena, infantería colonial indígena, tropas de Marina y Legión Extranjera europeas, armada, aviación, cárceles y penales. Prensa, libros y cine se encontraban sometidos a la censura. Reuniones y sindicatos estaban prohibidos. Se negaba el *habeas corpus* a los acusados, los malos tratos corporales se practicaban corrientemente, desde palizas a torturas propiamente dichas. En los períodos de disturbios funcionaban tribunales de excepción.[48]

Entre 1916 y 1926 reinó una calma relativa. Luego la protesta empezó de nuevo entre los jóvenes de las escuelas (1926-1929) y en la *intelligentsia*, antes de extenderse hasta afectar a todo el país: huelgas obreras y manifestaciones

---

[47] Coronel Rives, dos artículos sobre los oficiales indochinos del ejército francés en el *Bulletin de l'Association Nationale des Anciens d'Indochine*, I y II trim. 2000. El caso Do Hữu Chanh no es una excepción, pues todos los oficiales de los que habla el coronel Rives chocaron contra las mismas barreras.

[48] P. Morlat, *La répression coloniale au Vietnam (1908-1940)*, París, 1990. Véase asimismo Ngô Văn, *Au pays de la cloche fêlée. Tribulations d'un Cochinchinois à l'époque coloniale*, París, 2000. P. Zinoman, *The Colonial Bastille. A History of Imprisonment in Vietnam, 1862-1940*, Berkeley (Cal.), 2001.

antifiscales de los campesinos en 1928-1929, amotinamiento de las tropas coloniales en Yên Bái en 1930, levantamiento generalizado de los campesinos en todo Vietnam en 1930-1931, con el episodio significativo de los xo-viet del norte de Annam.[49]

Más adelante se dio, en Cochinchina, la acción legalista del grupo stalino-trotskista La Lutte [La lucha],[50] en 1933, al que luego siguió y amplió en 1936 el Frente Popular francés. El período 1936-1938 conoció una efervescencia política y social de las más vigorosas colonias francesas.[51]

El PCI prendió el último incendio en Cochinchina en 1940, fomentando la insurrección armada que movilizó a 15.000 insurrectos. Pero el ejército, la aviación y la marina franceses la aplastaron. Hubo 106 condenas a muerte, según las fuentes oficiales, que no precisan que, hasta mayo de 1941, fueron fusilados en grupos de tres a diez personas en las plazas de los mercados, con el fin de impresionar a la población. Una violenta oleada de represión causó 5.248 víctimas (según los vietnamitas) y miles de encarcelados (5.848 según los franceses, 80.000 según los vietnamitas) que fueron a unirse a los que ya habían sido detenidos en 1939 (en virtud del Decreto Sérol)[52] y que se encontraban en el penal de Pulo Condor, Son La, Lão Bao y en los campos de concentración de Ta Lái y Ba Tô, sin contar a los presos propiamente dichos.[53]

Al comienzo de la II Guerra Mundial el orden reinaba en Indochina —al precio de una represión sin piedad—. Con todo, el sistema de dominación presuponía la potencia del Estado francés, una economía próspera, un ejército no vencido. La historia decidió otra cosa: la economía se vio conmocionada por la gran depresión mundial de 1929, la sociedad fue sacudida por la lucha de cla-

---

[49] P. Brocheux, «L'implantation du mouvement communiste en Indochine française: le cas du Nghệ Tĩnh, 1930-1931», *Revue d'Histoire moderne et contemporaine*, I trim. 1977.

En los documentos de la comisión de investigación presidida por M. Morché, presidente del Tribunal de Apelación de Hanoi, el número de víctimas de la represión no se concreta, pero sin duda fueron centenares, pues por el comandante Lambert, de la Legión Extranjera, se sabe que había recibido la orden verbal de «reprimir, matar, hacer el menor número posible de prisioneros». CAOM, Nuevo Fondo Indochina, 1597. (Sin embargo, los manifestantes se contaron por miles entre el 1 de mayo de 1930 y abril de 1931.)

[50] La Lutte publicó un mensaje de prensa y participó en las elecciones municipales de Saigón.

[51] D. Hémery, *Révolutionnaires vietnamiens et pouvoir colonial en Indochine. Communistes, trotskistes et nationalistes à Saïgon de 1932 a 1937*, París, 1975.

[52] El Decreto Sérol del 26 de septiembre de 1939 disolvió el PCI y sus organizaciones.

[53] P. Brocheux, «L'occasion favorable, 1940-1945. Les forces politiques vietnamiennes pendant la Seconde Guerre Mondiale», en *L'Indochine française 1940-1945*, P. Isoart (compil.), París, 1982, pp. 131-178. El balance oficial francés computó tres europeos muertos, tres heridos y unos treinta milicianos y notables asesinados.

ses, y la cohesión nacional salió dañada, el ejército fue vencido, y el territorio nacional fue ocupado por los alemanes. El amo se vio desnudo.

La situación que se instauró en este momento confirió un carácter premonitorio a la lúcida advertencia del general Henri Claudel, inspector general de las tropas coloniales, en misión de información en Extremo Oriente entre mayo y septiembre de 1931: «Pero a un movimiento social no se le puede poner diques, los arrasa todo a su paso. El ejército sabe combatir a un enemigo armado, al que ve, con el que puede medirse; no puede cambiar las mentalidades y aportar mejoras sociales. La Sûreté detendrá a los hombres, pero no encarcelará el pensamiento.»[54] A partir de 1940, el protector no desempeñará ya su papel, pues no pudo impedir que Thailandia se apoderase, en 1941, de 70.000 kilómetros cuadrados de territorio de los protegidos camboyanos y laosianos, mientras que Japón imponía la presencia de sus tropas y la satisfacción de sus necesidades logísticas.

El 9 de marzo de 1945, el apartamiento de las autoridades francesas, el desarme de su ejército, la concesión de la independencia a las monarquías indochinas por parte del ocupante japonés, y luego la capitulación de este último ante los aliados, crearon un vacío político. Los vietnamitas supieron sacar provecho de la situación con el fin de restaurar un Estado independiente, proclamando la República Democrática de Vietnam (RDV) el 2 de septiembre de 1945.

Los franceses rechazaron el hecho consumado y se lanzaron a «restaurar la soberanía francesa en Indochina». Se trataba de borrar el recuerdo de la derrota ante el Eje en 1940 y de mantener a Francia entre las grandes potencias mundiales. Sólo que en 1945 ni el estado de Francia ni el del mundo iban a permitirlo. Impulsados por la ignorancia y la arrogancia, los gobiernos de la IV República Francesa metieron a la península indochina en una guerra que la ensangrentó durante nueve años. El primer acontecimiento que sacudió a la opinión fue el bombardeo de Haiphong, en noviembre de 1946, por parte de la marina y la aviación francesas. La operación causó más de 6.000 víctimas entre la población, aunque la cifra es objeto de debate y se rebaja a 600 (lo que, por otra parte, es un número suficiente como para dar una idea de la gravedad de la acción militar francesa).

Sin embargo, ya en octubre de 1945 la guerra arrasaba la Cochinchina. Al final del conflicto las pérdidas francesas se estimaron inferiores a 10.000,

[54] CAOM, NF Indo 2328.

mientras que perdieron la vida entre 30.000 y 40.000 combatientes vietnamitas. Incluyendo a los civiles, fueron muertas de 400.000 a 500.000 personas.

El asunto Boudarel, en 1991, fue la ocasión para rememorar los malos tratos infligidos a los prisioneros franceses. Permitió, asimismo, recuperar una carta (fechada el 11 de marzo de 1955) del general Beaufort respecto a las reclamaciones francesas para obtener del adversario la lista y la suerte de los prisioneros y desaparecidos del cuerpo expedicionario. He aquí un extracto:

> A título de reciprocidad [...] la necesidad para nosotros de publicar listas análogas [...] sería un riesgo, pues podría situarnos en una situación desagradable si no difícil, pues [haría salir a la luz] los más de 4.500 detenidos muertos en cautividad... Informaciones oficiosas me permiten pensar que el número de prisioneros de guerra indochinos muertos y ejecutados supera en total los 9.000.[55]

La guerra fue convencional sólo desde 1950 en el norte, pero tanto allí como en otras partes conservó la forma de guerrilla y de contraguerrilla en la que, de grado o por fuerza, la población se vio metida y sufrió considerablemente. Este tipo de conflicto necesita, en efecto, que se gane a las poblaciones, voluntariamente o no, para la causa de los beligerantes: «limpiezas», encarcelamientos, toma de rehenes, torturas, ejecuciones sumarias, matanzas o «reeducación» fueron moneda corriente en Indochina, sin dejar fuera a las mujeres ni a los niños, sin contar las exacciones de derecho común de los militares: *rackets*, robos a mano armada, violaciones, de todo ello fue víctima la población.[56] La guerra de Indochina produjo todos los males habituales en una guerra, pero la situación colonial justificaba el desprecio racista de los soldados franceses y sus exacciones. En esta «guerra sucia» se quería «machacar viets», «machacar *nhac*» (de *nha quê*, campesino), «machacar al negro».

---

[55] El general De Beaufort era el jefe de la misión militar francesa de enlace cerca de la Comisión de Control Internacional de los Acuerdos de Ginebra. Carta citada, p. 292 de la tesis no publicada del coronel Bonnafous: *Les prisonniers de guerre du corps expéditionnaire français en Extrême-Orient dans les camps Viêt-minh, 1945-1954*, Université de Montpellier-III, 1985.

[56] El 23 de abril de 1947 el alto comisario de Francia, Bollaert, envió instrucciones secretas a todos los niveles del mando del cuerpo expedicionario francés sobre las exacciones cometidas en grupo o aisladamente por las tropas francesas: «Hay que poner fin definitivamente a estos abusos», y añadía que la responsabilidad de los superiores se veía comprometida, CAOM, fondo Conseiller Politique, 139.

La transformación de la guerra de Indochina en un frente caliente de la guerra fría permitió a los franceses zafarse de la acusación de llevar a cabo una guerra colonial, al menos para sus aliados principales, los estadounidenses. Todos ellos convirtieron la guerra en un frente de la lucha del «mundo libre» contra el comunismo internacional, y para ello abrieron un «cortafuego nacionalista». Sin embargo, la realización de esta solución, llamada «Bao Dai», fue muy lenta y dejó que se impusiera el colonialismo en la persistencia de los franceses en ejercer una tutela. Su comportamiento explica las fuertes reticencias de los nacionalistas vietnamitas a ponerse del lado de los franceses, y explica asimismo cómo el rey de Camboya, Sihanuk, abandonó Phnom Penh en 1953 para encabezar la «cruzada por la independencia» contra lo que opinaba que era mala voluntad de los gobernantes franceses para «soltar la presa».

Conclusión

El académico-residente superior Paul Bert declaró que Francia poseía «los secretos del progreso civilizador» para evocar luego la visión futura de una «colonia de comerciantes y de industriales... de creadores de recursos y de riqueza [pero también] una colonia de ciudadanos libres en la que colonizados y colonizadores trabajarán como asociados»[57]. Los gobernadores generales que se sucedieron aplicaron más o menos el mismo lenguaje: en 1905-1906, Paul Beau aseguraba que la modernización intelectual debía preparar y servir a la colonización económica; en 1917, Albert Sarraut dejaba entrever la brillante perspectiva de «agrandar a nuestros protegidos en potencia material y luego asociarlos a los beneficios de lo común». El nombramiento del radical-socialista Varennes en 1925 hizo renacer estas esperanzas, por no decir las ilusiones, de los indochinos respecto de las reformas progresistas.

¿Qué les ocurrió a las magníficas perspectivas lanzadas por el verbo de grandes personalidades de la III República? La repetición de los ideales y de las buenas intenciones de la colonización francesa no borró la realidad de la dominación y de la explotación, que no pudieron compensar los discursos ni la acción sanitaria y educativa desarrollada de modo progresivo y lento.

---

[57] Discurso del 28 de marzo de 1886, citado por *Le Progrès Saïgonnais*, 1 de abril de 1886.

En la declaración de independencia de la RDV, Hồ Chí Minh recordó que Francia había violado la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano que había adoptado en 1789. Jean Tardieu afirmó que la conquista militar fue el pecado original de la dominación francesa y que, para los dominados, no se trataba del comportamiento individual de este o aquel francés lo que podía hacerlo perdonar: «[...] todos los esfuerzos que yo pueda hacer para ser afable, benevolente, sonriente, y para inspirar confianza a mis interlocutores annamitas no podrán hacerle olvidar que yo soy el usurpador, el conquistador»[58].

A propósito de Argelia, Jean-Paul Sartre insistía en el hecho de que «el colonialismo es un sistema»[59]. La naturaleza de este sistema era doble. En primer lugar, consistía en transponer a la colonia las actividades del capitalismo financiero y, en menor medida, industrial de la metrópoli, incluida una característica francesa, la intervención del Estado para apoyar a los grupos de interés capitalistas. Un vietnamita escribía a un funcionario francés:

> Un jefe de servicio (como usted por ejemplo) o un gobernador general, aunque fuese el mejor intencionado del mundo, nunca jamás podrá mejorar en algo el conjunto de todas las poderosas fuerzas del dinero y de la explotación que dominan en Francia lo mismo que en Indochina, que someten al proletariado francés y annamita política, económica, social y personalmente.[60]

Refiriéndose a la visión marxista de las relaciones sociales, el autor de estas palabras definía lo que distinguía la opresión colonialista de la que ejercía el capitalismo, que hacía que el proletariado europeo fuese menos sensible a la solidaridad entre los oprimidos de las colonias y de las metrópolis. Esta distinción representa el segundo aspecto del sistema: el coeficiente racial y su derivado, la ideología racista, agravaban y exacerbaban las relaciones entre dominadores y dominados. Este hecho fundamental no se le había escapado al general De Gaulle que, hablando con alguien de su entorno, decía, respecto a los argelinos: «La humillación... No olvide la humillación...»[61]

---

[58] *Lettre de... op. cit.*, pp. 13-15.

[59] *Les Temps modernes*, 123, 1956, pp. 1.372-1.386.

[60] Carta fechada el 15 de mayo de 1927, enviada por el maestro Nguyễn Văn Ba a M. Sogny, jefe de la Sûreté en Annam, CAOM, fondo SLOTFOM, III, cartón 39, archivo 838.

[61] Sobre esta cuestión pueden leerse con interés las memorias de una vietnamita de la élite educada en el convento de los Oiseaux (establecimiento francés de enseñanza) que padeció la discriminación y el desprecio antes de unirse a la lucha de liberación nacional, Xuân Phuong, *Ao Dai*, Plon, París, 2001.

ANEXO

LAS GRANDES PENALIDADES DE LOS TRABAJADORES ANNAMITAS*

Los extractos de este informe redactado en 1928 por M. D., inspector de asuntos políticos en Indochina, se publicaron en *La Résurrection*, diario vietnamita que salía en Francia.

El número 3 de *La Résurrection* (el número 2 había sido secuestrado) publica la continuación del informe con el título:

«¿Sadismo o barbarie?»

Sevicias-castigos corporales. El conjunto de la mano de obra lo dirige M. V., belga de 23 años, asistente de plantación. Los coolíes se han quejado de un régimen de brutalidades al que están sometidos, tanto por parte de M. V., del que destacan en especial su maldad, como de los vigilantes bajo su mando. [...] Las declaraciones efectuadas en el curso de la investigación sobre las plantaciones de Mimot el 27 y 28 de marzo han permitido establecer los siguientes hechos:

1. Castigo con veinte golpes de caña infligidos a una docena de coolíes. El 21 de marzo, tras pasar lista por la mañana, entre las 04.30 y las 05.00, una docena de coolíes, que habían huido de la plantación y que habían sido capturados de nuevo, por orden de M. d'U., director del Syndicat de Mimot, han recibido cada uno veinte golpes de fusta dados por unos *caïs*[g] o por unos vigilantes. M. V. declaró que había procedido a su cumplimiento por orden; que, por otro lado, los coolíes había sido avisados de que todo desertor recibiría veinte golpes de caña.

El hecho ha sido reconocido en la declaración del 26 de marzo por M. d'U. Por otro lado, yo lo he sabido por M. V.; los coolíes, con ocasión de la investigación, no me lo habían denunciado.

2. Veintiséis golpes de nervio de buey aplicados a Lê Vạn Tao por M. V. La misma noche que siguió a la ejecución de este castigo colectivo, otros tres coo-

* Citado en pp. 162-165, en Félicien Challaye, *Un livre noir du colonialisme. «Souvenirs sur la colonisation»*, Les Nuits Rouges, París, 1998.

[g] Caï está escrito con ortografía francesa. En vietnamita es cai. [N. del T]

líes tonkineses volvían a evadirse. Sólo uno, llamado Lê Vạn Tao, nº 649, originario de Cu Thong, Huyền Cat Giang (Haiduong), de 33 años de edad, que ha entrado a trabajar para poder enviar subsidios a su mujer y a sus tres hijos que se quedaron en Tonkín, ha podido ser capturado de nuevo.

Capturado inmediatamente, ha sido conducido por un caï y tres vigilantes ante M. V. hacia las 23 de la noche. Éste, que ocupa una habitación en el pabellón del director, M. d'U., dio orden de atarlo a una columna del porche, colocando los brazos alrededor de la columna y juntándole las manos con esposas, de las que la dirección posee cierto número. Lê Vạn Tao pasó la noche en esta postura. A la mañana siguiente, 22 de marzo, M. V. condujo a Lê Vạn Tao, siempre esposado, ante los coolíes reunidos para pasar lista en la plaza del campamento.

Y ordenó al caï del equipo de Lê Vạn Tao, llamado Lê Vạn Toan, que lo sujetase por los pies, y a otro annamita que no ha podido ser identificado —pues nadie ha querido u osado denunciarlo—, que le sujetase las manos. De las declaraciones de Lê Vạn Tao, y de las de otros muchos (Tiến Khan, n.° 645, Vạn Thịnh, n.° 642, y otros 16 testigos), parece deducirse que Tao fue suspendido en el aire a unos veinte centímetros del suelo, habiéndole sido retirado el pantalón. Sin embargo, la declaración del caso Tuân sobre este último punto no concuerda. Como todavía no era de día, la escena se desarrollaba a la luz de una lámpara de petróleo. Sostenido así, Lê Vạn Tao recibió de M. V., operando él mismo, 26 golpes de nervio de buey que hirieron la piel provocando llagas que supuraban cuando yo examiné a este coolíe, el 27 de marzo (ver comprobaciones médicas adjuntas). Entonces Lê Vạn Tao fue enviado al trabajo y no ha sido curado. El caï Lê Vạn Toan, que ha asegurado que lo sostuvo por los pies, ha declarado que si actuó así es porque obedeció al jefe, M. V., que le había pegado varias veces también.

M. V. ha reconocido los hechos concernientes al mencionado Lê Vạn Tao, pero reduciendo a 20 el número de golpes con nervio de buey, aunque sobre la cifra de 26, las declaraciones de los 18 testigos concuerdan con la del querellante [...].

3. Corrección con golpes de vara dados por M. V. a tres mujeres, una de ellas embarazada, y a un coolíe. El 25 de marzo, hacia el final del día, en una obra situada a unos dos kilómetros y medio de la aldea de Dong, el agua, que llevaba en unas latas un coolíe encargado de proveer de agua potable a los trabajadores durante el trabajo, se había acabado, y algunos de los trabajadores, sedientos, abandonaron sus tareas para ir a beber. Los encontró por el camino M. V., que venía en sentido contrario, quien los fue deteniendo sucesivamente por el camino

y se los llevó con él de nuevo a la obra. Tras una breve investigación, dejó libres a los que habían tenido permiso para ir a beber y retuvo a tres mujeres, Nguyễn Thị Tuong, n.° 9, de 21 años de edad, esposa del caï Nguyễn Vạn, que en ese momento estaba en el hospital de Kompong Som para aprender el oficio de enfermero; Nguyễn Thị Liên, n.° 1.021, viuda, de treinta años de edad, embarazada de seis meses; Nguyễn Thị Nhon, de 36 años, madre de tres hijos, y uno llamado Nguyễn Văn Ty, n.° 312, de 19 años, soltero.

M. V. les indicó que se tumbaran en el suelo, lo que hicieron los cuatro. Con una caña, gruesa como el pulgar y cuya empuñadura estaba rodeada de hilo telegráfico, golpeó por sí mismo sucesivamente a las tres mujeres en las nalgas y en la parte alta de los muslos; en primer lugar, a la más joven, Thị Tuong, luego a Thị Kiên, y finalmente a Thị Nhon. Cada una recibió diez golpes.

Al llegar a Nguyễn Văn Ty, M. V. le indicó que se quitase los pantalones, lo que éste hizo. Entonces le dio 20 golpes en las nalgas. M. V. explica este redoblamiento del castigo hacia Nguyễn Văn Ty por el hecho de que, al no querer molestar inútilmente a su vigilante, le había pedido que dijese sinceramente si tenía autorización para ir a beber, prometiéndole, en caso de que mintiese, una «ración doble». Como éste había mentido, M. V., dijo, llevó a cabo su promesa; M. V. ha pretendido que sólo ordenó que se dieran 3 golpes a las mujeres y 10 a Nguyễn Văn Ty. Sin embargo, las comprobaciones médicas indican que las mujeres recibieron sin duda al menos 10 golpes, lo que confirma sus declaraciones; y en el caso de Nguyễn Văn Ty el médico sólo constató diez equimosis de un centímetro y medio de anchura por 5 centímetros de longitud, que pueden corresponder a varios golpes. Las comprobaciones médicas, que constatan para las mujeres al menos 10 golpes, la «doble ración» infligida por M. V. a Ty tuvo que ser sin duda 20 golpes, como declaró el paciente.

Por otro lado, el aguador Tao Vạn Chí, n.° 261, y el caï Nguyễn Văn But, n° 283, que asistían a la ejecución del castigo, han confirmado en sus declaraciones las afirmaciones de los querellantes en cuanto al número de golpes dados por M. V. Tres de los querellantes, Nguyễn Văn Ty, Nguyễn Thị Nhon y Nguyễn Thị Liên, han afirmado que, para golpearlos, M. V. se servía de un bastón con la contera de hierro, y para hacerlo sostenía el bastón por la parte más estrecha, con el fin de que los azotase el mango envuelto en alambre.

En Vietnam: un siglo de luchas nacionales

Alain Ruscio

El pensamiento colonial francés, que a veces ha sido tachado de incoherencia, ha conocido, en cambio, notables permanencias en el espacio y en el tiempo.

Con un eje esencial, una especie de columna vertebral del *credo*: la *paix française* que los franceses han hecho triunfar en los trópicos ha sacado a los pueblos de la tiranía de las tinieblas; se han abierto estas naciones, antes sin historia, sin tradiciones, sin culturas, horizontes tales que no pueden por menos que hacerlas estar agradecidas. Los pueblos colonizados (entonces se decía las *masas indígenas*), que no son ingratos, saben bien que nuestra presencia es garantía de su tranquilidad actual, de sus progresos de mañana.[1] Si, a pesar de todo, hay movimientos de protesta, se trata de *agitadores* manipulados por el *extranjero* —o incluso directamente *extranjeros*— que encuentran algún interés malsano en amenazar la armonía alcanzada gracias a los franceses.[2]

En el caso de Indochina se denunciaron sucesivamente las dinastías chinas con ocasión de la conquista del Tonkín, a los agitadores nipones tras la victoria de Japón sobre la Rusia zarista, a los agentes del comunismo internacional entre las dos guerras mundiales... y luego, con la ayuda de la aceleración de la Historia, a los desertores japoneses de 1945... y, finalmente, a los comunistas chinos después de 1949. Si no eran los extranjeros los que excitaban al pueblo, entonces se señalaba con el dedo a los agitadores: mandarines astutos, miembros de las sociedades secretas y, finalmente, en el siglo XX, bolcheviques, annamitas,

---

[1] Me permito remitir a mi ensayo sobre las mentalidades coloniales francesas, *Le Credo de l'homme blanc*, Éditions Complexe, Bruselas, 1996, nueva edición 2002.

[2] Este pensamiento perdura. Por una especie de inclinación natural, el *Dictionnaire de la langue française* de la casa Hachette, en su edición de 1988, propone, como ilustración de la utilización de la palabra «rebelión»: «El extranjero arma a la rebelión.»

revolucionarios en la sombra. El propio vocabulario ha intentado negar la realidad nacional de las revueltas. Los términos «rebeldes» y «piratas» se han utilizado con generosidad a lo largo de un siglo. Lo mismo ocurre con expresiones de consonancia vagamente misteriosa: habría que realizar un estudio sobre la utilización por parte del discurso político y de la prensa de las expresiones «Banderas Negras» y «Viêt-minh» después de tres cuartos de siglo. Los mismos términos «Vietnam» y «vietnamita» han desaparecido del discurso oficial durante todo el período de la paz francesa, para reaparecer solamente en los tres o cuatro últimos años de la guerra de Indochina. Por una paradoja de la Historia, estos términos malditos fueron distorsionados entonces por la propaganda francesa contra el movimiento nacional. *Vietnam*, en la prensa bienpensante francesa de la década de 1950, sólo podía designar al Estado construido en parte por Francia en torno a la persona de Bao Dai, y *vietnamitas* sólo se aplicaba a los buenos ex colonizados, los que aceptaban a los franceses...

Esta escritura tan particular de la Historia —que todavía subsiste, en puntos concretos— se olvida evidentemente de los actores, los pueblos colonizados. Es decir, de los nacionalistas, pero también, más allá, de aquellos que nunca aceptaron, de forma masiva, la dominación del hombre blanco.

La primera resistencia: el tradicionalismo monárquico

A partir de la conquista de Cochinchina, que fue el primer territorio de la región anexionado por Francia (en 1859), se manifestaron formas de resistencia. Se vio entonces, de manera regular, cómo los mandarines se ponían a la cabeza de las revueltas. O campesinos particularmente decididos, como Phu Cao, llamado *Ông Cop* (Señor Tigre), que impulsó la resistencia en la región de Mỹ Tho'. O Nguyễn Trung Trúc, que en diciembre de 1861 consiguió incendiar la cañonera *L'Espérance*, provocando la muerte de diecisiete marineros franceses. La lista de las revueltas en esta primera conquista francesa es larga: 1867, Vĩnh Long; 1868, Rach Gia; 1872, Bến Tre y Trà Vĩnh; 1873, Long Xuyen; 1878, Mỹ Tho'...

Lo mismo ocurrió durante las conquistas del Annam y del Tonkín. La Francia de la III República hubo de movilizar una masa de 30.000 hombres, a los que hay que añadir 6.500 fusileros tonkineses. Frente a ellos, no son sólo los campesinos sin tierra o muy pobres que no tienen nada que perder los que reaccionan a la implantación francesa. Es casi toda la población, siendo la única excepción —pero es de envergadura— la de la comunidad católica, que era ya muy numerosa. Como prueba, la revuelta y el paso a la guerrilla del

rey Ham Nghi y de su entorno directo, como el ministro de la Guerra, Ton That Tuyet, en julio de 1885. Desde este momento, la insurrección se extiende por todo el país.

Esta oposición ha pasado a la Historia con el nombre vietnamita de *Can Vuong* («Sostén del rey»). Era una resistencia llevada a cabo en nombre de la tradición, en nombre de la fidelidad a la monarquía, en el respeto de la ideología y de la estratificación social del antiguo Vietnam.[3] Sin embargo, era al fin resistencia de masas, de esencia popular, como atestigua el llamamiento del rey Ham Nghi el 13 de julio de 1885:

> Nos, cuya virtud es poca, no hemos podido enfrentarnos a los acontecimientos y hemos dejado que la capital cayese en manos del enemigo, forzando de este modo al trono a alejarse de ella. Tomamos sobre nosotros la culpa y la vergüenza infinita. Pero subsiste el orden de los lazos que nos unen. Los mandarines grandes o pequeños no nos abandonarán; los hombres de talento nos van a proporcionar sus planes, los hombres robustos pondrán su fuerza a nuestro servicio, los ricos nos darán sus bienes para el servicio del ejército, nuestros compatriotas se unirán con desprecio del peligro...[4]

En menos de dos meses, arde el conjunto del Annam. Las descripciones de la movilización alrededor de un presunto rey *feudal* tienen extraños reflejos de guerra popular del siglo XX. El edicto real lo difunden de aldea en aldea los porteadores que pasan a través de las mallas del cuerpo expedicionario francés. Aquí, la asamblea comunal se reúne en el *dình* (templo del genio local que sirve de lugar de reunión público, que existía en cada ayuntamiento del antiguo Vietnam). En medio de un bosque de banderas imperiales se levanta un altar. El edicto real, depositado en un cofrecito lacado, es leído públicamente por el principal letrado de la aldea. El entusiasmo aumenta. Todos prometen incorporarse a la lucha, expulsar al enemigo. Se juntan las armas disponibles y se empieza, ya, a forjar otras nuevas. La tropa se forma rápidamente. Se organiza una jerarquía militar, casi siempre improvisada. Pero estos «soldados» de un tipo tan particular, estos guerrilleros *ante litteram*, pueden, en el caso de que el

---

[3] Charles Fourniau, *Les contacts franco-vietnamiens en Annam et au Tonkin de 1885 à 1896*, tesis doctoral, Universidad de Provenza, Aix-en-Provence, 1983, publicada con el título *Annam-Tonkin, 1885-1896. Lettrés et paysans vietnamiens face à la conquête coloniale*, L'Harmattan, París, 1989.

[4] Citado por Ch. Fourniau, *op. cit.*

enemigo se aproxime, reconvertirse perfectamente en campesinos o en pequeños letrados pacíficos, difícilmente identificables como combatientes:

> Los jefes y un número bastante pequeño de sus fieles son los únicos que son francamente piratas —constata el presidente Nam Đinh en diciembre de 1885—. Los soldados rasos de este ejército los proporcionan todas las aldeas de la región, indistintamente, sobre las cuales los jefes ejercen una acción aterrorizante. Llega una columna francesa, la banda, organizada sobre todo para difundir disturbios en el país y para poner en movimiento a nuestros soldados, resiste apenas formalmente. Los jefes conocidos y sus fieles huyen y queda en el territorio el grueso del ejército y los jefes de menor importancia, que son los campesinos con los que convivimos todos los días. En cierto modo hay una organización latente que, en presencia de nuestras tropas, se confunde con el resto de la población y acaba en la nada.[5]

Tenemos la impresión, claramente, de que estos combatientes vietnamitas aplicaban ya la célebre fórmula de Mao: «El soldado está entre el pueblo como el pez en el agua.»

Pese a todo, esta resistencia acaba siendo derrotada. Comete el error básico de aceptar el combate frontal con el ejército francés. En diciembre de 1886 y enero de 1887 la fortaleza de Ba Đình cae en manos francesas. Las tropas se encuentran en mayores dificultades tras la captura del rey Ham Nghi, en noviembre de 1888.[6] Phan Đình Phung, que le sustituyó, mantuvo en pie la guerrilla, en el centro, hasta su muerte en combate en 1895. Paulatinamente los últimos elementos del Can Vuong, sin jefes, sin perspectivas, se dispersaron. La pacificación del Annam y del Tonkín puede considerarse terminada, pero estamos en 1895, unos cuarenta años después del primer disparo francés en tierras de Vietnam. Varios miles de combatientes de la metrópoli han perdido la vida. Se estima que las operaciones militares en el sur del Vietnam costaron, en total, 2.000 muertos a este primer cuerpo expedicionario,[7] y las del centro y norte, 5.000 sólo en el año 1885, el más mortífero sin duda.[8] Lo que cuenta, dada la disparidad de fuerzas, es que indica una resistencia encarnizada.

---

[5] Residente Gouin, citado por Ch. Fourniau, *op. cit.*

[6] Ham Nghi acaba siendo exiliado a Argel (entonces colonia francesa). Fue una práctica permanente del colonialismo francés exiliar a los nacionalistas molestos a otras colonias.

[7] Paul Isoart, *Le phénomène national vietnamien. De l'indépendance unitaire à l'indépendance fractionnée*, Librairie Générale de Droit et de Jurisprudence, París, 1961.

[8] Ch. Fourniau, *op. cit.*

Hoàng Hoa Tham, llamado Lê Đê Tham, una especie de Robín de los Bosques vietnamita, continuará resistiendo en zonas aisladas. Será asesinado ¡en 1913!, pero los oficiales franceses de la época, que solían hablar por lo general de piratería y sólo de piratería, vivían fuera de la realidad. La persistencia de una resistencia armada, por muy poco peligrosa que fuese para el orden colonial, era una señal que no debería haber llevado a engaño. «Personas que conocían el Tonkín por haber vivido en él largo tiempo con los indígenas, afirmaban que Lê Đê Tham no era ni más ni menos que el símbolo viviente de la protesta y la revuelta contra la dominación extranjera», escribe, en 1910 el observador más avisado, Adolphe Combanaire.[9] O también el residente Neyret, que ya en 1888 hacía la siguiente constatación llena de sentido común: «Si la piratería no fuese más que una asociación de bandidos, habría desaparecido», antes de intentar hacer un paralelo histórico que, reflexionando, tiene fundamento: «La piratería es una especie de carbonarismo.»[10] [a]

En todo caso, cuando empieza el siglo XX el colonialismo francés reina casi sin oposición. Puede pensar que es eterno. Su dominación es una evidencia de ello, se ha convertido en un *hecho natural*.

Sin embargo, el malestar se desplaza de lo militar hacia lo político.

La segunda resistencia: el modernismo nacionalista

Varias sociedades secretas actúan en la sombra. Sobre todo, estudian las experiencias extranjeras. La victoria de Japón sobre la Rusia zarista, en 1905, y el triunfo de la revolución republicana en China, en 1911, tienen un eco considerable en toda Asia. La penetración de las ideas generosas del Siglo de las Luces francés constituye asimismo un hecho importante. Curiosamente, la III República, que se dice heredera de las mejores tradiciones democráticas francesas, se toma la molestia de controlar debidamente este movimiento. A través de traducciones... chinas se conoce *El contrato social* de Rousseau en Vietnam.

---

[9] *Mensonges et vautours coloniaux. L'Indochine en déliquescence*, Jouve et Cie., París, 1910.

[10] «Rapport sur la situation dans la province de Hai Duong», 18 de junio de 1888; citado por Charles Fourniau: «Les traditions de la lutte nationale au Vietnam. L'insurrection des lettrés (1885-1895)», *La Pensée*, febrero de 1966.

[a] El carbonarismo deriva su nombre de una sociedad secreta nacionalista italiana de los años anteriores a la unificación (década de 1830) que tenía un carácter liberal y antiabsolutista; también se difundió en Francia. [N. del T.]

El nombre de Phan Boi Chau domina los dos primeros decenios del siglo.[11] Letrado de gran finura, hombre de gran experiencia, es de Japón de donde extrae una parte de su inspiración. Desde Tokio hace conocer sus ideas a sus compatriotas en un panfleto de gran fuerza, «Lettre écrite d'outre-mer avec du sang» [Carta escrita desde ultramar con sangre]. En 1906 crea la Asociación para la Modernización de Vietnam (*Việt Nam Duy Tan Hội*). Hombre de transición entre dos épocas, Phan Boi Chau es partidario de mantener la monarquía, simbolizada por el príncipe Cuong Đê, pero libre de la tutela francesa; al mismo tiempo desea que se promulgue una constitución moderna, calcada sobre el modelo japonés. Chau y el príncipe Cuong Đê se instalarán en Tokio, desde donde participan en secreto en diversas acciones contra la presencia francesa, como el intento de envenenamiento de la guarnición de Hanoi en 1908.

Sin embargo, Japón decepcionaría a esta primera generación de emigrados. Deseando obtener préstamos de financieros franceses, Tokio expulsa a Phan Boi Chau y a Cuong Đê. Refugiado en Cantón, Chau descubre la república, que acaba de instaurarse en China. Poco a poco fue convirtiéndose a la idea republicana. En 1912 crea una nueva Asociación «para la restauración del Vietnam» (*Việt Nam Quang Phuc Hội*). En Saigón y en Hanoi se producen atentados con bomba y se cometen asesinatos de notables colaboracionistas. En vísperas de la I Guerra Mundial esta asociación es la bestia negra de las autoridades coloniales. Phan Boi Chau es condenado a muerte en rebeldía.

La acción y el pensamiento de Phan Chau Trinh,[12] el segundo gran pensador del nacionalismo vietnamita de comienzos del siglo XX, son de naturaleza diferente. Trinh, a diferencia de Chau, es un modernista convencido y adversario de la antigua clase de los mandarines y de la monarquía. Formado con la lectura intensiva de los filósofos franceses del siglo XVIII (siempre en chino), propugna para su país la instauración de una democracia. Sin embargo, no por ello es hostil a priori al protectorado francés, aunque desea una reorganización de las formas de la dominación. Para él es el desarrollo económico de su país, garantía del despertar de las poblaciones, la clave de todo progreso. Este pensador es el origen de la creación de una escuela, en Hanoi, el *Đông Kinh Nghia Thuc* (1907), sin oposición de las autoridades francesas. La enseñanza, impartida en

---

[11] Georges Boudarel, «Phan Boi Chau y la sociedad vietnamita de su tiempo», revista *France-Asie-Asia*, 199, 4° trimestre de 1969.

[12] Madame Công Thị Nghia, alias Thu Trang, *Contribution à l'étude de la vie et de l'œuvre de Phan Chau Trinh (1872-1926)*, tesis de III ciclo, Universidad de París-VII, 1978.

vietnamita, chino y francés, es mucho más moderna que en las escuelas confucianas tradicionalistas. Las ciencias exactas y la economía política ocupan un lugar privilegiado. La iniciativa tiene una enorme repercusión. Miles de jóvenes vietnamitas se interesan por ella.

Sin embargo, esta nueva manifestación del espíritu nacional, aun enmascarada, inquieta al gobierno general, por lo que la escuela es clausurada. Trinh, acusado de mantener ocultos a los hijos de la protesta, es detenido y deportado a Pulo Condor. Liberado en 1911, tras una campaña emprendida sobre todo por la Liga de los Derechos Humanos, se refugia en Francia. Aquí prosigue su actividad, lo que le acarrea una nueva estancia en la cárcel de La Santé, de un año esta vez. Respecto a las ideas de origen, se fue acercando progresivamente a la idea de asociación franco-vietnamita. Haciendo esto se aleja de sus jóvenes compatriotas de la comunidad vietnamita de París, a la que pertenece Nguyễn Ai Quốc, quien, pese a todo, la frecuenta asiduamente. En 1925, hacia el fin de su vida, declara: «Para vivir y desarrollarnos en Asia, necesitamos una fuerza material que sólo Francia nos puede dar. Por su lado, Francia, para conservar su prestigio en Extremo Oriente, necesita nuestra colaboración. Unidos, lo podremos todo; separados, no podremos nada.»[13] Como se ve, Trinh no tenía nada de extremista. Finalmente, de vuelta a su país natal, muere en 1926. Sus funerales son la ocasión de una vibrante demostración de la juventud patriota. Los manifestantes celebran en él sobre todo al hombre entero, íntegro, que nunca renunció a los sacrificios, y menos al partidario de la cooperación franco-vietnamita. Sin embargo, las autoridades coloniales no se engañan, y proceden a efectuar numerosas detenciones y cierres de establecimientos escolares.

Por influencia de los medios más conservadores, el colonialismo francés deja pasar una primera ocasión de reformarse a través de un diálogo franco con un nacionalismo moderado. No obstante, ¿era posible? ¿Lo ha sido alguna vez?

Más radical es el Việt Nam Quốc Dân Dang (VNQDD), Partido Nacional Vietnamita, que ha pasado a la Historia con el sobrenombre de «Guomindang vietnamita». En realidad, su ideología y prácticas estaban muy próximas, efectivamente, a las del hermano mayor chino. Creado en 1927 por un joven maestro, Nguyễn Thái Hoc, este partido (evidentemente clandestino) quería desestabilizar el régimen colonial por medio del terrorismo generalizado. El 9 de febrero de 1929 es asesinado el agente reclutador Bazin, director de la Oficina General de Mano de Obra. La acción tiene un alto valor simbólico. Las requi-

[13] Citado por Thu Trang, *op. cit.*

sas de mano de obra, injustas y violentas, son entonces moneda corriente. El VNQDD es identificado inmediatamente como instigador del asesinato. Sus militantes son perseguidos y encarcelados. En cierta medida el propio Nguyễn Thái Hoc es perseguido, por lo que decide urgir al movimiento y pasar a una acción que desea más global. En la noche del 9 al 10 de febrero de 1930 los fusileros de la guarnición de Yên Bái, en el extremo norte del país, se rebelan y masacran a los pocos mandos franceses presentes. Contrariamente a las expectativas de los dirigentes, que en realidad no han preparado a las poblaciones (no disponían de los medios para hacerlo, pues su organización era todavía embrionaria), la revuelta de Yên Bái queda aislada. En ningún lugar se producen movimientos de apoyo. Así, el VNQDD es objeto de una represión violenta y sistemática. Los soldados amotinados de Yên Bái son ejecutados, y puede verse incluso a las autoridades francesas ordenar el bombardeo aéreo de la aldea de Co Am, en la que se habían refugiado algunos amotinados. Siguen una serie de procesos: son juzgados 1.086 acusados; de éstos, 80 son condenados a muerte, 383 a la deportación... El propio Nguyễn Thái Hoc es detenido y ejecutado. El VNQDD, espina dorsal del nacionalismo vietnamita no comunista, es decapitado. Los escasos dirigentes supervivientes huyen a China. Nunca volverá a renacer del todo.

La tercera resistencia: el radicalismo comunista

Sin embargo, un nuevo actor histórico hace su aparición: el comunismo vietnamita. Un nombre lo simboliza: Nguyễn Tat Thành, llamado Nguyễn Ai Quốc y, más tarde, Hồ Chí Minh.

Nguyễn Tat Thành nace el 19 de mayo de 1890 en una aldea de Hoang Tru, ayuntamiento de Kìm Lien, en la provincia de Nghệ Tình, una de las más pobres del Vietnam colonial. Pertenece a una familia de letrados patriotas. El tío abuelo del pequeño Thành se había unido a los partidarios de Le Đe Tham. El padre, Nguyễn Sinh Sac, también letrado, participó en las luchas contra los colonialistas y era amigo de Phan Boi Chau. Así pues, toda la infancia del futuro jefe revolucionario se había visto rodeada de los recuerdos, todavía recientes, de la epopeya de la resistencia y de las largas discusiones sobre la búsqueda de vías para la liberación nacional.

No obstante, al contrario que muchos de sus compatriotas, el joven Thành quería ir a Occidente. Es en *el corazón del monstruo* donde, según él, hay que buscar las causas del fracaso del movimiento patriótico y de la superioridad de

los europeos. Consigue un trabajo en un barco, el *Latouche-Tréville*, de la Compagnie des Chargeurs Réunis. El 5 de junio de 1911 ve cómo se va alejando Saigón, luego las costas del Vietnam. El 6 de julio está ya en Marsella y a continuación se establece durante un tiempo en Sainte-Adresse, cerca de El Havre. ¿Le tienta, por un momento, un acercamiento a esta Francia a la que, por otra parte, tanto combate? ¿O trata de conocer mejor, realmente desde dentro, todos los mecanismos del sistema? Sea como fuere, hace una petición para ser admitido en la École Coloniale [Escuela colonial] el 15 de septiembre de 1911. Su petición es rechazada.

A finales de 1912 abandona Francia. Empieza ahora una vida de vagabundeo, adquiriendo de este modo un conocimiento práctico del mundo que le será muy valioso más tarde. Conoce el norte de África y el África Negra, donde observa la situación de los colonizados, que puede comparar con la de los campesinos pobres de su país. Pasa un tiempo también en Estados Unidos: Nueva York (donde asiste a los mítines de los negros en Harlem) y San Francisco.

Al comienzo de la I Guerra Mundial se encuentra en Londres. Se hace miembro de una sociedad secreta vietnamita, el *Lao Dông Hai Ngoa* (Trabajadores de Ultramar), que se convierte luego en *Cứu Quốc Hoi* (Comité para la Salvación de la Patria). En esta época comienza su correspondencia con Phan Chau Trinh, veinte años mayor que él. ¿Es la influencia de Trinh? En 1917 decide establecerse en Francia. Frecuenta asiduamente los medios nacionalistas, pero también a los franceses. Michele Zecchini, militante del partido socialista SFIO [Section Française de l'Internationale Ouvrière, Sección francesa de la Internacional Obrera] conoció bien a Hồ Chí Minh durante esos años, antes del Congreso de Tours, y de él nos ha dejado un retrato emocionante:

> El joven Nguyễn Ai Quốc de esta época era un joven pobremente vestido del que resultaba difícil calcular la edad; más bien alto para ser annamita, enclenque, de facciones hundidas y cerúleas como quien tiene paludismo, con unos ojos que le saltaban a uno literalmente al rostro, vivos e inteligentes. Bastaba encontrárselo para comprender que el hombre tenía un temple poco común y que con una mirada así llegaría lejos [...]. El futuro Hồ Chí Minh tenía un rostro de gran pureza ascética, animado por tal fe revolucionaria que resultaba maléfico.[14]

[14] *Planète-Action*, especial Hồ Chí Minh, marzo de 1970.

Desde 1919 el futuro Hồ Chí Minh parece haber perdido sus últimas ilusiones sobre el colonialismo francés. Ya nada lo detiene: ha adoptado uno de sus pseudónimos más célebres, Nguyễn Ai Quốc, es decir, Nguyễn el Patriota. Se convierte en uno de los principales impulsores de la Asociación de los Annamitas Patriotas, fundada en 1915 por Phan Chau Trinh. Como tal, redacta (o participa en la redacción) y firma el panfleto «Reivindicaciones del pueblo annamita», que trata de hacer llegar a los delegados de la Conferencia Internacional de Versalles (1919). En vano: ninguna delegación participante quiere correr el riesgo de importunar al país anfitrión por el pequeño Annam, cuya situación en el globo incluso ignoran algunos de los delegados. Es una cruel desilusión para Quốc y sus camaradas, pero el texto, enviado a Vietnam de forma clandestina, tiene gran repercusión en los medios nacionalistas del país, y va a contribuir notablemente al nacimiento de la leyenda de Nguyễn Ai Quốc.

El joven militante se interesa por la vida política francesa. Se siente atraído por la izquierda por la sencilla razón de que es la única que le presta alguna atención. El único diario en toda la prensa nacional que publica las «Reivindicaciones del pueblo annamita»[15] es *L'Humanité*. Nguyễn Ai Quốc se adhiere a las Juventudes Socialistas en 1918, primer paso de un compromiso que habrá de llevarle al más extremo radicalismo.

El resto es más o menos conocido. En el amplio debate que agita a la izquierda socialista en aquella posguerra, Nguyễn Ai Quốc toma partido por la adhesión a la III Internacional, pero no por una opción ideológica elaborada seriamente: él mismo confesó más tarde que muchas de las palabras que se intercambiaron entonces se le escapaban,[16] pero para él hay un criterio que decidió su adhesión: ¿qué tendencia prometía un apoyo sin fisuras a la lucha de liberación de su país? Quốc se convence leyendo a Lenin. Los comunistas, por su promesa de revolución mundial, acababan de hacerse con un recluta de envergadura. En diciembre de 1920, en Tours, Quốc vota, con la mayoría del Partido Socialista, por la adhesión a la nueva Internacional.

Si había esperado un cambio rápido (y radical) en las prácticas de la vieja SFIO, Nguyễn Ai Quốc quedará decepcionado. El Partido Comunista Francés (PCF) de los primeros años no practica todavía el discurso anticolonialista ra-

---

[15] 18 de junio de 1919.

[16] Tran Dan Tien (pseudónimo de Hồ Chí Minh), «Nguyễn Ai Quốc», en *L'Oncle Hô*, Éditions en Langues Étrangères, 1979.

dical y sistemático que lo caracterizará tras la guerra del Rif[b]. A Quôc, ciertamente, se le ofrecerán tribunas en *L'Humanité* y en *La Vie Ouvrière* [La Vida Obrera], e interviene con regularidad en las reuniones comunistas. La Librairie du Travail [Librería del Trabajo] edita su libro-panfleto *Le procès de la colonisation française* [El proceso de la colonización francesa][17], pero en la práctica, eso es todo. Está convencido, a estas alturas, de que sólo acercándose al centro de la revolución mundial podrá servir mejor a la liberación de su país. Tras los seis años en Francia, abandona París por Moscú.

En Moscú, precisamente, comienza una intensa actividad para la formación de dirigentes de los movimientos de defensa de los colonizados. La capital soviética es una ciudad cosmopolita en la que se entrecruzan militantes hostiles a Occidente llegados de todo el mundo. Nguyễn Ai Quôc es uno de ellos, ¡pero su ortodoxia bolchevique no deja de tener fallos! La revolución comunista, afirma, hallará un terreno más fértil en Asia que en Europa, y cita el sentido de igualdad, más fuerte en Asia, las muy antiguas prácticas de reparto de tierras... En apoyo de sus ideas: «el gran Confucio» y «su discípulo Mencio»[18]. En otro texto, no obstante de uso interno, de 1924, es aún más explícito: «Marx ha construido su doctrina sobre una determinada filosofía de la Historia, pero ¿qué Historia? La de Europa. Pero, ¿qué es Europa? No es toda la humanidad.»[19] Todo Hồ Chí Minh se encuentra ya en esta fórmula.

Así pues, va desplazándose de nuevo hacia el este de forma natural. Sin embargo, no puede ir a Indochina, donde se ha puesto precio a su cabeza. En Hong Kong se encuentra el origen de la creación del Partido Comunista Vietnamita (PCV), en febrero de 1930. Hay que decir, por otro lado, que la Internacional Comunista, en octubre, impone a los militantes que se adopte la denominación de Partido Comunista *Indochino* (PCI), aprobando así el marco de la entidad colonial existente, lo que no carece de significado. La sospecha de *nacionalismo pequeño burgués* pesa fuertemente sobre los comunistas vietnamitas. Todavía en plena guerra de Indochina, Stalin y sus colaboradores lo dieron a entender con frecuencia, pero en realidad es esta orientación patriótica la que

---

[b] Es la misma guerra del Rif de los españoles: para España comienza en 1921 con el Desastre de Annual y otros; para los franceses comienza en 1924; para unos y otros termina en 1927. [N. del T.]

[17] París, 1925. Reeditado en Au Temps des Cerises, París, 1999. Notas e introducción de Alain Ruscio.

[18] *La Revue Communiste* [La Revista comunista], mayo de 1921.

[19] «Rapport sur le Tonkin, l'Annam et la Cochinchine», Moscú, 1924; citado por Alain Ruscio, *Hô Chí Minh. Textes, 1914-1969*, L'Harmattan, París, 1990.

explica su implantación y luego su éxito final. De hecho, desobedecer a la Internacional fue el mejor servicio que los revolucionarios vietnamitas hicieron... ¡al comunismo!

Desde su primer año de existencia, el joven partido inicia un pulso con el poder colonial. Ya en mayo de 1930 se producen manifestaciones en el medio rural, a caballo entre rebeliones campesinas espontáneas y movimientos comunistas organizados, en las provincias del Nghệ Tĩnh, en el centro del país. El Nghệ Tĩnh fue siempre una región rebelde, conocida por sus bruscos estallidos, pero en 1930-1931 el movimiento supera ampliamente los límites de la simple revuelta. Durante algún tiempo dos provincias caen totalmente en manos de los insurrectos. Los agentes vietnamitas de la autoridad colonial huyen o se rinden. Muchos son asesinados. Los franceses van abandonando una a una sus posiciones. Los campesinos, organizados por el PCI, reestructuran la producción de arroz y forman soviets. La expresión, utilizada en la época, ha pasado a la Historia con el nombre de *Soviets de Nghệ Tĩnh*. Será necesaria una reacción implacable por parte de las autoridades francesas —intervenciones sangrientas de la Legión Extranjera, bombardeos aéreos, miles de detenciones y ejecuciones— con el fin de reducir el movimiento. Desde este momento el PCI queda identificado como blanco principal. Su primer secretario general, Trần Phú, detenido en marzo de 1931, muere en la cárcel en septiembre. Las células comunistas acaban decapitadas una tras otra. Pulo Condor rebosa de presos políticos. Se estima en 10.000 el número de sospechosos detenidos.

Sin embargo, al contrario que los movimientos nacionalistas, las organizaciones comunistas no desaparecen del todo, sin duda porque los propios modelos de organización de la lucha anticolonialista son diferentes. El VNQDD sigue condicionado por los esquemas muy constrictivos del pensamiento vietnamita: unos cuantos hombres valientes y decididos que practican la acción directa, que suele ser muy violenta, con la que se pretende «despertar» al pueblo e incitarle al levantamiento. Los comunistas, por el contrario, intentan establecer una densa red de organizaciones, también clandestinas pero profundamente ancladas en la población. Además, el PCI es la única fuerza política que sabe conjugar *dialécticamente* la aspiración nacional (aun a costa, como hemos visto, de tomarse ciertas libertades con la ortodoxia comunista) y la protesta social. Su actividad, en el período de los soviets de Nghệ Tĩnh, marca desde este punto de vista la especifidad del comunismo vietnamita.

Los hechos están ahí: la represión contra el VNQDD lo dejó definitivamente fuera de combate ya en 1930; la represión contra el PCI, igualmente violenta, igualmente extendida, no erradicó nunca la influencia comunista. Esto se

ve bien cuando la evolución de los asuntos metropolitanos permite que se amplíen ciertas libertades. En 1936, la victoria del Frente Popular en Francia significa para Indochina un período excepcional para un medio colonial, en el que pueden expresarse de manera cuasilegal varias fuerzas políticas vietnamitas. El PCI no duda en aliarse con sus hermanos enemigos los trotskistas, por ejemplo en Saigón. Nace entonces un formidable movimiento, llamado *Congreso Indochino*, que va a agrupar a centenares de miles de manifestantes. Durante algunos meses los militantes comunistas no se ocultan, se ponen a la cabeza del movimiento, demuestran su profunda influencia sobre las masas urbanas poco después de haber demostrado otro tanto respecto al campesinado.

Sin embargo, pronto la represión vuelve a predominar. No importa. Desde este momento la hegemonía del comunismo en el movimiento nacional es un hecho consumado.

> ¿Es abusivo —se pregunta Pierre Brocheux— percibir, en la ruptura de 1930-1931, las señales precursoras del triunfo del PCI y de la incapacidad del nacionalismo o de una *tercera fuerza* para surgir e imponerse en la historia del Vietnam? Una cosa me parece cierta: lo que sucede en Vietnam en estos años treinta es el matrimonio del comunismo y del nacionalismo, un proceso de estructuración y no de simple convergencia que no ha cesado de producirse en nuestros días.[20]

Todos los responsables políticos franceses,[21] más bien aterrorizados, hacen, en efecto, esta constatación en vísperas de la II Guerra Mundial.

La guerra de Indochina: un desenlace

Sólo hay que esperar la *ocasión favorable*.

Es la II Guerra Mundial la que crea esta oportunidad. En 1941, Nguyễn Ai Quốc, después de treinta años de ausencia, ha vuelto a Vietnam. Al año siguiente

[20] «Vietnam, le grand tournant de 1930», *L'Histoire*, 69, 1984.

[21] Así, por ejemplo, Marius Moutet, el mejor informado de ellos. Contrario a las brutalidades coloniales, reformista sincero, no por ello dejaba de estar muy apegado a la presencia francesa en Indochina. Nombrado ministro de Colonias durante el Frente Popular, considera que el enemigo principal es el comunismo indochino. Véase Daniel Hémery, *Révolutionnaires vietnamiens et pouvoir colonial en Indochine. Communistes, trotskistes, nationalistes à Saigon de 1932 a 1937*, Maspero, París, 1975.

adopta el pseudónimo definitivo de Hồ Chí Minh. En este momento el país se encuentra sometido a la doble dominación francesa y japonesa. Hồ va a reorganizar el PCI. La mayoría de los militantes de los primeros años están muertos o en la cárcel, por lo que ahora le rodea una joven guardia plenamente devota: Pham Văn Đồng, Vô Nguyễn Giap, Trǔòng Chình... Sin embargo, aunque trabaja en el día a día, el PCI, como tal, no aparece en primer plano. Es el origen de un frente, el *Việt Nam Độc-Lập Dồng Minh*, abreviado en *Việt Minh*.

Tras el hundimiento del edificio colonial francés, en marzo de 1945, y después de la capitulación de los nuevos amos japoneses, en agosto de ese año, se presenta la ocasión favorable y son los comunistas vietnamitas los únicos que pueden aprovecharla. Todas las demás fuerzas políticas locales se han desacreditado (los colaboracionistas de los franceses, la corte de Huế, detrás de Bao Dai, que durante un tiempo fue projaponés), o bien se han alejado (los residuos del VNQDD, que se habían refugiado en China quince años antes). Contrariando lo que cierta historiografía francesa escribe todavía con frecuencia, la revolución de agosto de 1945 no fue un *putsch* ni una maniobra maquiavélica de los hábiles comunistas vietnamitas. Sin duda, la intrepidez, el aprovechamiento de la oportunidad por parte de los revolucionarios son indiscutibles. Sin duda el Việt-Minh eliminó implacablemente a sus adversarios, nacionalistas o trotskistas. ¿Puede pretenderse, pues, que el Việt-Minh supo manipular a una masa que no reaccionaba, o incluso que no tenía opinión? Decir esto sería olvidar demasiado deprisa lo que hemos recordado aquí: nunca desapareció del todo la oposición al orden colonial del pueblo vietnamita, y se ha manifestado bajo diversos aspectos. Todos esperaban. La noción de ocasión favorable, tantas veces utilizada para analizar la revolución de agosto de 1945, no era un invento del Việt-Minh. Desde siempre estaba profundamente arraigada en la conciencia de la casi totalidad de los vietnamitas. Paul Mus,[22] probablemente el francés que mejor conocía a los vietnamitas en 1945, ha escrito sobre este asunto páginas de una profundidad inigualable.

En el fondo, la dominación colonial francesa nunca había sido aceptada. Era, para todos, transitoria, pero ¿cuánto tiempo iba a durar esa transición? ¿Unos años? ¿Unos decenios? ¿Un siglo? Eso no importaba. Acabaría un día. En 1945, derrotados los franceses, la reconquista de la independencia parecía no una ruptura, sino como una vuelta al orden normal, natural, de las cosas.

---

[22] *Vietnam, sociologie d'une guerre*, Le Seuil, París, 1952.

Si era necesaria una última prueba de esta afirmación, podríamos hallarla en la guerra que siguió. En noviembre-diciembre de 1946, tras un intento infructuoso de arreglo pacífico, Francia y la República Democrática de Vietnam se enfrentan. Y, al contrario de lo que había sucedido en el siglo anterior, el cuerpo expedicionario francés iba a empantanarse progresivamente, como escribirá Lucien Bodard. De 1946 a 1949 la guerrilla vietminh, totalmente aislada del exterior, no recibió ninguna ayuda del mundo socialista, que habría podido, que habría debido ser su aliado natural. Ahora bien, nunca, pese a su superior potencia de fuego, el cuerpo expedicionario francés fue capaz de aniquilarla. Después de 1949 la unión física con el mundo socialista y la ayuda masiva de la China comunista iban a echar leña al fuego de las desgracias del ejército francés. Desde este momento, todo estaba decidido. Algunas (raras) mentes lúcidas del lado francés lo comprendieron. O, en todo caso, lo escribieron y lo dijeron.

La irremediable descolonización

En 1913, Phan Chau Trinh, el más moderado de los nacionalistas vietnamitas, había declarado a un periodista francés: «¿No piensa usted que Francia tiene interés en llegar a un entendimiento con los annamitas? El día en que el pueblo de Annam, instruido por Francia, obtenga de ella normalmente su autonomía, Francia, que nos habría preparado para la libertad, que nos la habría concedido, conservaría en nuestro país todos sus intereses y nosotros seguiríamos siendo sus amigos y sus aliados. Vuestro interés dicta vuestro deber: ustedes deben conceder al pueblo de Annam, que es digno de ellas, las reformas que reclama.»[23] A este hombre la justicia colonial lo envió al penal de Pulo Condor y a la cárcel de la Santé.

La rigidez colonial, el rechazo de cualquier evolución real del sistema, la ausencia de todo diálogo con el nacionalismo más moderado, provocaron increíbles situaciones de bloqueo. Un prudente reformismo colonial habría evitado, sin duda, que la colonización terminase de la manera que conocemos, en la triste hondonada de Dien Bien Phú. De todos modos, tarde o temprano, de forma violenta o pacífica, habría llegado a su fin.

El divorcio estaba inscrito en la necesidad de las cosas. ¿Desde cuándo? Probablemente desde el comienzo de la conquista.

[23] Entrevista a Fernand Hauser, *Le Journal*, 13 de mayo de 1913; citado por Thu Trang, *op. cit.*

ANEXO I

UNA PELÍCULA DEL LADO DE LA VIOLACIÓN Y DE LOS VERDUGOS: «LOS VISITANTES», DE ELIA KAZAN

No son numerosas las películas que pueden incluirse en *El libro negro del colonialismo*, es decir, las que justifican los abusos y los horrores cometidos en Vietnam. En todo caso, en la producción francesa, más que justificar sus actos, los personajes de las películas de Schoendoerffer defienden la rectitud de los que han sobrevivido o han muerto (*La 317e. section* [La sección 317a], 1964; *L'honneur d'un capitaine* [El honor de un capitán], 1982; *Diên Biên Phú*, 1992). El colonialismo es aquí el marco, y lo esencial son los combates más que la guerra, y menos todavía sus causas, mientras que *Fort de Fou*, de Léo Joannon, trata de justificar los peores métodos de la guerra colonial (1963), de los que se adivinan los excesos en *Le boucher* [El carnicero], de Claude Chabrol (1969).

Sin embargo, el hecho fundamental es que, durante más de treinta años, al menos para el público francés, la imagen de la guerra de Indochina ha quedado difuminada por la de la guerra de Vietnam de los estadounidenses —hasta el punto de que ésta ha ocultado en alguna medida incluso la guerra de Argelia de los franceses—. Las películas que han tenido un mayor número de espectadores [en Francia, N. del T.] han sido *Apocalypse Now*, de F. F. Coppola (1979, 600.000 espectadores) y *Voyage au bout de l'enfer* (1979). El ruido y la furia de estos largometrajes, la locura de los hombres y la violencia de las situaciones han hecho olvidar los datos políticos de estos conflictos y, sobre todo, los abusos de la colonización.

Sin embargo, hay una película que se toma el trabajo de encontrarle justificación política a las violencias y violaciones cometidas en Vietnam: *Los visitantes*, de Elia Kazan. Filmada en 1972, *Los visitantes* no nos muestra Vietnam; el marco es una casa aislada en unas montañas estadounidenses. La legitimación de la guerra de Vietnam y de los horrores cometidos se encuentra en un escenario de suspense de una sutileza perversa.

La habilidad de Kazan consiste en recordar estas violencias mientras la guerra todavía sigue su curso (¿quién se atrevió a hacer lo mismo en Francia durante la guerra de Indochina?) y en identificar a los espectadores con una joven pareja «radical» pacifista, casi *hippie*. Allí están, en la casa del suegro, criando a su bebé. La joven ¿se está cansando ya de su compañero, a menos que, desde que ha vuelto de Vietnam, no sea la propia pareja la que juzga que su existencia es triste, sin futuro?

Sea como sea, en esto se anuncian dos visitantes a los que el joven marido ha denunciado ante su comandante, indignado por haberles visto violar y luego matar a una vietnamita. Pero cuando llegan, la esposa no sabe quiénes son estos «compañeros» de su marido.

Éstos cumplen bien su papel, mientras se presiente que el asunto va a terminar en drama cuando merodean alrededor del bebé, le hacen zalamerías, halagan al suegro, novelista matasiete del *Far West* que, de manera manifiesta, prefiere a uno de los mocetones visitantes —al blanco— en vez de a su poco viril yerno. Inevitablemente, los visitantes golpean brutalmente al denunciante, que se defiende bien y que, valientemente, termina postrado, roto. Luego, con calma, los visitantes violan a la joven, que está como seducida por el sargento blanco del que ella sabe muy bien ya lo que fue, las fechorías que cometió y por qué está allí. Bajo la mirada de la cámara, ella se nos aparece, finalmente, consentidora.

Así, implícitamente, la película dice que las pulsiones sexuales son más fuertes que las ideas, que la joven izquierdista abandona las suyas para unirse a quienes las violan y, a través de este rodeo, justifica los horrores de esa guerra.

La demostración se hace en nombre de lo que fue el combate de Kazan: la lucha contra el comunismo. Éste fue para él un problema moral en tiempos del maccarthysmo, cuando denunció a los cineastas favorables a Moscú. Ahora bien, la crónica de estos hechos ignora que con ocasión del pacto germano-soviético, que Kazan había condenado, estos mismos cineastas lo boicotearon a él a su vez...

Sea como fuere, esta película resulta ser la única obra fílmica que justifica la violación y se pone del lado de los verdugos.

M. F.

ANEXO II

VIETNAM: EL OTRO ASPECTO DE LOS CONFLICTOS...*

La guerra de Indochina y la del Vietnam ¿ha representado solamente «la lucha del mundo libre contra la expansión del comunismo»? ¿Son ejemplares en cuan-

* Tomado de Cam Thị Doan Poisson, *La Guerre du Vietnam au prisme de la littérature: amours entre ennemis dans trois fictions vietnamiennes contemporaines*, Comunicación en el coloquio celebrado en la Maison Franco-Japonaise, Tokio, 2002.

to a la «revolución internacional contra las fuerzas reaccionarias, una guerra de liberación de la nación»? Son puntos de vista defendidos por Washington, Moscú, París o Hanoi. Esta ideologización ha tenido el efecto de aminorar el papel del sur, de Saigón, debido a su dependencia respecto de los estadounidenses, aunque las fuerzas del Vietnam del Sur llegasen a tener más de un millón de combatientes.

El interés de la comunicación de Cam Thị Doan Poisson reside en que cuestiona la validez de los discursos oficiales sobre la reconciliación nacional, y en que muestra, a través de obras de ficción, qué representación recíproca tenían de ellos el «hermano del sur» y el «hermano del norte».

Varias relaciones amorosas sirven de barómetro para esta evaluación. En *Fragile comme un rayon de soleil* [Frágil como un rayo de sol], *Vents sauvages* [Vientos salvajes] y *Victimes* [Víctimas], tres cuentos escritos por novelistas del norte, una mujer y dos hombres nos narran relaciones amorosas. Rememorando la figura clásica de Romeo y Julieta, se trata de amores necesariamente prohibidos, clandestinos. Las narraciones tienen lugar por la noche, como una confesión, antes de la muerte de uno de los protagonistas. Los héroes del norte terminan sometiéndose, los del sur son prisioneros o prisioneras, lo que permite al norte conservar su complejo de superioridad. Ninguna de estas relaciones termina en matrimonio —quizá un truco de los autores para evitar la censura, ya que, salvo excepciones, estas narraciones no han sido bien recibidas por la crítica—.

Tales textos muestran claramente que si el desnivel norte/sur está fuertemente anclado en el pasado vietnamita, las guerras lo han revigorizado; dicen, asimismo, que sólo la comprensión y el amor han permitido superar lo que ha sido sin duda otra verdadera guerra, en Vietnam.

M. F.

Los rusos en el Cáucaso

Claire Mouradian

La implosión del imperio soviético se ha efectuado de manera única y paradójica: fue una «descolonización» de iniciativa rusa ya que, para poner fin a las funciones de Gorbachóv, Yéltsin proclamó la soberanía de Rusia en el seno de la URSS, ejemplo que siguieron las otras repúblicas. Prescindiendo de que quisiesen o no ser independientes, estas repúblicas lo acabaron siendo *de iure* y *de facto* sin que se produjera ninguna verdadera guerra... al menos contra Rusia.

Chechenia iba a ser la excepción. En efecto, como resultado de las reestructuraciones institucionales y territoriales operadas en la época soviética, Chechenia no era una república federal (como lo eran Georgia, Armenia, etc.), sino una antigua república autónoma en el seno de la Federación de Rusia (al igual que Tatarstán). En alguna medida, del mismo modo que el estatuto de la Argelia francesa, que constituía tres «departamentos» franceses y no un territorio aparte, hizo más compleja la emancipación de esta colonia, el estatus de Chechenia paralizó la capacidad de sus habitantes para hacerse independientes. Este rasgo no constituye más que uno de los aspectos de las relaciones entre las poblaciones alógenas y los rusos.

El Imperio ruso se nos presenta como una potencia colonial desconcertante, que no osa decir su nombre. Su denominación a través de las distintas épocas —Moscovia, *Rossískaia Impéria*,[1] Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, Federación de Rusia— nos remite más a un concepto geográfico, estatal-territorial, que a la nación conquistadora de una metrópoli de límites inciertos y en busca de identidad.

---

[1] El término *rossískaia*, «rusa» en un sentido territorial (de Rusia), no tiene la connotación nacional del término *rússkaia*, «rusa» en sentido étnico.

Todavía está por escribir la historia de este imperio, uno de los más antiguos (siglo XVI) y de los más duraderos: sobrevivió a las crisis dinásticas y revolucionarias y a los reveses militares de las dos guerras mundiales; una historia en la línea de las de larga duración y a lo largo de toda su inmensa extensión, más allá de las rupturas políticas y de la variedad de las ideologías y prácticas en el tiempo y en el espacio, dando el lugar que le corresponde a todos sus componentes, a las interacciones entre centro y periferia, tomando en consideración asimismo las fuentes rusas y las menos accesibles y olvidadas de los pueblos sometidos. Si toman en consideración adecuadamente su carácter pluralista, con alguna excepción,[2] la mayor parte de los trabajos, tributarios de los estudios y de los archivos centrales rusos, abordan este imperio multiétnico como si fuese un Estado-nación. Su expansión se considera desde el punto de vista de las relaciones internacionales más que desde el de las relaciones entre los pueblos conquistados.

Ciertamente, su configuración geográfica no es idéntica a la de los imperios coloniales europeos «clásicos». Aquí no hay posesiones ultramarinas. La expansión, uno de cuyos objetivos era obtener una salida al mar, se efectuó en un contexto de continuidad territorial de un Estado nacional todavía en gestación, sin «fronteras naturales». La expansión implicó una política de poblamiento de los territorios conquistados, con el fin de garantizar mejor su defensa y también para explotar nuevas tierras «vírgenes». De ahí la ausencia de diferenciación espacial y demográfica clara entre «metrópoli» y «colonias» en este imperio continuo, incluida la falta de metrópoli salvo la sede del poder político. El hecho diferencial respecto a la Europa occidental es que la formación del imperio no es posterior a la formación del Estado, sino que la acompaña, lo que ha creado confusión en cuanto a sus límites formales. Idea nacional y ambición imperial se confunden desde el momento en que Moscú, el primer centro del Estado moderno, comienza a predominar sobre los principados rivales

[2] Véase, entre otros, el estudio, por desgracia inacabado, de Boris Nolde: *La formation de l'Empire russe*, Institut d'Études Slaves, París, 1952-1953, 2 vols. Y, más recientemente, Andreas Kappeler, *La Russie, Empire multiethnique*, Institut d'Études Slaves, París, 1994. En el siglo XX, cuando se desarrolló la historiografía del colonialismo, la escritura de la Historia se encontraba estatalizada aquí, y salvo el corto paréntesis de la escuela histórica de Pokrovski en la década de 1920, en la que predominaba la crítica del Antiguo Régimen inmediatamente después de la revolución de 1917, la historia oficial soviética no sólo ha fabricado una imagen de la URSS como campeona de la lucha anticolonial en el propio país o en el mundo, sino que, progresivamente, ha ido rehabilitando el imperio de los zares, como «mal menor» e incluso como «bien absoluto» con respecto a los «despotismos orientales» vecinos, ya que iba a permitir a los pueblos conquistados, conocer el «magnífico porvenir» del comunismo.

rusos, y luego sobre sus soberanos mongoles, ya debilitados. Habiéndose liberado de las constricciones y del tributo a los que le sometía el kan tártaro musulmán de Kazán, Iván III (1462-1505) se proclama soberano «autócrata». Después de su matrimonio con Sofía Paleólogo, sobrina del último emperador romano de Oriente, adopta el ceremonial bizantino y la orgullosa águila bicéfala, símbolo del imperio mundial. Cuando, con ocasión de su coronación (1547), su nieto Iván IV el Terrible (1533-1584), magnificado más tarde por Stalin, añade solemnemente a su título de gran príncipe el de *tsar* (zar, es decir, césar), vemos cómo se confirma el designio imperial dos siglos antes de que Pedro el Grande asuma realmente el título de emperador. Mientras se libera definitivamente de la Horda de Oro,[a] ya en descomposición, el Estado moscovita se lanza a anexionarse los kanatos sucesores de aquélla —Kazán (1552), Astraján (1556) y Sibir (1584)— y sus clientes, como «patrimonio hereditario». Aun cuando fracasa en la ofensiva contra el kanato de Crimea y los países del Báltico, no anexionados hasta dos siglos más tarde, la dimensión imperial resulta ser consustancial al Estado en su nacimiento.

La concepción de este imperio a caballo entre Europa y Asia se manifiesta bajo el signo de una doble tradición que había logrado sintetizar. El fin de Bizancio, después de que la caída de Constantinopla en 1453 hiciera de Rusia la heredera de la ortodoxia y su defensora, permite a Moscú extraer su concepción patrimonial, centralizadora y burocrática de la autoridad y también su mesianismo. Secundada por una Iglesia ortodoxa nacional que se ha convertido en autocéfala[3] por el debilitamiento del patriarcado griego de Constantinopla, ya bajo dominación otomana, Moscú pretende ser la «tercera Roma». Sin embargo, es también el primer país de Europa que engloba una importante población musulmana adversa a la conversión. Del antiguo imperio nómada mongol de fronteras difusas, que dividía el mundo entre «súbditos» y «enemigos», el Estado ruso toma sus modalidades de poder más flexibles, una relativa tolerancia hacia

---

[a] La Horda de Oro (*Altyn Ordu*) fue un Estado mongol que dominó buena parte del Asia central, el sur de Rusia, el Cáucaso, etc., entre los siglos XIII y XVI. Fundado por el hijo y el nieto de Gengis Khan, más tarde sus continuadores fueron los tártaros, por lo que el kanato se turquizó e islamizó. La Horda de Oro acabó fraccionándose en los kanatos de Astraján, Kazán, Crimea y Sibir. [N. del T.]

[3] Se establecen en el sínodo de Moscú de 1448 —que, pasando por encima de la autoridad del patriarcado de Constantinopla, designa a un metropolitano que rechaza la Unión de Florencia— los inicios de la autocefalia de facto de la Iglesia rusa. Se institucionalizó con la creación del patriarcado de Moscú en 1589.

las diferencias religiosas y una especie de *indirect rule* sobre los pueblos y Estados clientes, basada en la lealtad personal de los dirigentes y el pago de un tributo. La ambivalencia y el pragmatismo de esta dominación hacen que sea aún más difícil de captar.

La singularidad del Imperio Ruso se debe también al estatus de los territorios conquistados: se trata, en general, de regiones fronterizas de otros imperios, de zonas invadidas y repartidas con frecuencia, con entidades políticas más o menos estructuradas y autónomas, y con un mosaico étnico y religioso. A veces una parte de sus élites busca incluso el apoyo de los rusos, como antaño de otros conquistadores, para emanciparse de su amo del momento o bien para zanjar sus querellas intestinas o sus luchas dinásticas. Esto dará lugar al mito de la «unión voluntaria a Rusia», prolongando el tema más clásico del «reagrupamiento de las tierras rusas» y que parece apoyar una práctica particular, surgida de otra concepción feudal,[4] de cooptación de las élites leales de las zonas conquistadas.[5] Y lo mismo ocurre con los nobles tártaros, bálticos, georgianos, entre otros, integrados en el ejército y en el aparato del Estado imperial.

Otra particularidad con respecto a otras potencias europeas: la comparación del nivel de desarrollo político y cultural y de la condición económica y social de los «indígenas», con fuertes identidades y con pasados a veces gloriosos y prósperos, no es favorable siempre a un colonizador cuyos campesinos están sometidos a la servidumbre y cuya nobleza se encuentra domesticada por el Estado. Esto es evidente en la parte europea del imperio (Polonia, Báltico), pero también en el Cáucaso y en Asia central, cruce de antiguas civilizaciones y de grandes vías comerciales entre Oriente y Occidente, como la Ruta de la Seda. La imagen de Rusia, grosera y pobre, es con frecuencia mediocre en opinión de los colonizados, a pesar de su eventual superioridad numérica y militar.

En la larga historia de la formación de este imperio atípico que comienza en el siglo XVI y que se prolonga hasta finales del XX, es probablemente la difícil conquista militar del Cáucaso,[6] seguida por la del Asia central que, aun cuando

---

[4] Véase André Verelovitch, *La hiérarchie des égaux. La noblesse russe d'Ancien Régime, XVIe-XVIIe siècle*, Le Seuil, París, 2001.

[5] Al casarse con una hija de un príncipe kabardo en 1561, Iván IV se compromete incluso personalmente a apadrinar a un soberano local como interlocutor privilegiado y le otorga ayuda militar contra sus rivales.

[6] Esta conquista queda escalonada a lo largo de tres siglos, si se toma como referencia la fecha de la construcción del primer fortín ruso en la desembocadura del río Terek, en el Caspio (hacia 1560) y la rendición del más famoso de los resistentes, el imam Shamyl (en 1859). Es decir, unos

ha sido definida como «imperialismo defensivo» (Marc Raeff), es la que más se parece a la aventura colonial europea, de la que, por otra parte, es contemporánea, tanto a nivel de métodos y de fines económicos y comerciales como en la faceta del efecto sobre los pueblos, las sociedades y los Estados de esas regiones. Quizá, también, por el exotismo de las poblaciones conquistadas. En términos de poder y de imagen, en efecto, es aquí donde los rusos podrán desembarazarse de su complejo de «asiáticos», como se les percibía en París o en Londres al menos hasta Pedro el Grande y Catalina II. La conquista de Ucrania, de Polonia y de los países bálticos los había acercado ya, geográficamente, a Europa occidental. La penetración hacia el sur y el este, que los ata a Asia, asienta su «europeidad», permitiéndoles proyectar todos los estereotipos del orientalismo sobre los verdaderos «orientales» de su periferia, con las consecuencias de inferiorización de este otro «bárbaro» y «atrasado». Aparece el discurso sobre la misión civilizadora o la legitimación del exterminio de los «salvajes», que son el «montañés» y el «nómada»[7].

Es aquí donde se concentra la casi totalidad de los conflictos «interétnicos» o de las guerras civiles del antiguo espacio soviético, en realidad inevitables conflictos de interés y guerra de frontera entre los antiguos colonizados que, con ocasión del acceso a la independencia, luchan por la revisión de las subdivisiones territoriales, de los exilios o de los estatus administrativos impuestos arbitrariamente por la potencia imperial. Y es ahí, precisamente, donde se desarrolla la última guerra colonial, en Chechenia, guerra presentada como «operación de policía» contra los «terroristas» y los «bandidos» en nombre del «orden constitucional» o de la lucha contra la «amenaza islamista» y los «traficantes» por parte de una Rusia con ambiciones hegemónicas aparentemente intactas, pero que choca con la resistencia obstinada de los caucásicos y, más allá de los pueblos

---

cinco siglos si consideramos las guerras actuales para conservar una Chechenia siempre insumisa. Sobre la historia de la conquista militar, véase J. F. Baddeley, *The Russian Conquest of the Caucasus*, Londres, 1908, reedic. Curzon, 1999; y W. E. D. Allen, P. Muratoff, *Caucasian Battlefields: A History of the Wars on the Turco-Caucasian Border, 1828-1921*, Cambridge University Press, Cambridge, 1953. Para una bibliografía más general sobre la historia de la región, véase C. Mouradian, «Éléments de bibliographie et de chronologie sur le Caucase entre les empires, XVIe-XXe siècle», *Slovo* (Inalco), número especial: *La Russie et le Caucase*, vol. 18-19, 1999, pp. 235-304. Hay también numerosas bibliografías en internet.

[7] Véase D. R. Brower y E. J. Lazzerini (compils.), *Russia's Orient. Imperial Borderlands and Peoples, 1700-1817*, Indiana University Press, Bloomington & Indianapolis, 1997; y K. Sapahni, *Crucifying the Orient. Russian Orientalism and the Colonization of the Caucasus and Central Asia*, White Orchide Press, Oslo, 1998.

no rusos, en nombre de lo que se llamaba en la época romántica el amor por la libertad y, en la era de la ONU, derecho de autodeterminación de los pueblos.

Desde comienzos de la penetración rusa en el siglo XVI hasta las violencias actuales de la descolonización en curso, última manifestación del colonialismo, esta periferia meridional desempeña el papel de laboratorio: desde el punto de vista de los modos de expansión, efectuándose por medio de pequeñas expediciones o por medio de una guerra total, uniendo la diplomacia al uso de la fuerza; desde el punto de vista de las prácticas administrativas[8] que tantean y, en función de la resistencia hallada, alternan centralismo y regionalismo, gobierno directo o protectorado formal, multiplicando las divisiones territoriales para diluir los nacionalismos y los riesgos de secesión; desde el punto de vista de la explotación de las riquezas naturales (minas, petróleo) y de la colonización por parte de miembros de sectas (molokanes, dujobores), de cosacos o de alemanes; y, finalmente, desde el punto de vista de las relaciones con los pueblos locales. La muy grande diversidad etnorreligiosa de la «Montaña de las Lenguas», como la llamaban los árabes, ofrece un terreno ideal para la tradicional política imperial de «dividir para reinar», lo mismo que para la del «palo y la zanahoria»: de la tolerancia (o desinterés) respecto a las diferencias culturales y religiosas[9] a la rusificación impuesta; de la cooptación de los más leales a la deportación masiva o a la destrucción de los más reacios, el abanico de las relaciones con las poblaciones indígenas es amplio. Y también lo es la actitud de estos últimos respecto a la conquista rusa, que varía de la rebelión fiera a la colaboración. Así, la expansión rusa, prudente y exploratoria hasta finales del siglo XVII, más irresistible a partir de Pedro el Grande (1695-1725) y sobre todo Catalina II (1762-1796),[10] fue en general más fácil al sur de la cadena montañosa del Gran Cáucaso que al norte, aunque habría que matizar la distinción habitual entre las poblaciones cristianas de Armenia y Georgia, favorables a Rusia, y las musulmanas, irreductiblemente hostiles. La actitud de las poblaciones supera las diferencias con-

[8] Sobre las prácticas administrativas, véase, entre otros, A. L. H. Rhinelander, *Prince Michael Vorontsov, Viceroy to the Tsar*, McGill-Queen's University Press, Montreal, 1990.

[9] Véase R. P. Geraci y M. Khodarkovsky, *Of Religion and Empire. Missions, Conversion and Tolerance in Tsarist Russia*, Cornell University Press, Ithaca/Londres, con varios artículos sobre el islam.

[10] En 1772, la campaña de Pedro I contra Persia, que le conduce hasta Derbent y Bakú, es la primera de una larga serie de guerras contra los dos imperios rivales, el otomano (1768-1774, 1806-1812, 1828-1829, 1853-1856, 1877-1878) y el persa (1804-1813, 1826-1828), que finalizarán con el establecimiento de la dominación rusa sobre el conjunto del Cáucaso. Estas guerras se imbrican con frecuencia en conflictos europeos más amplios (guerras napoleónicas, guerra de Crimea), y están relacionadas con la penetración rusa en los Balcanes, en Occidente, y en Asia central, en el este.

fesionales, pues la han determinado otros factores: localización geográfica más o menos propicia para la defensa o para un apoyo exterior, percepción de la amenaza principal, intereses de una dinastía o de un clan, altivez o, por el contrario, inteligencia administrativa de los gobernadores rusos. Musulmanes como ciertos kanes de Azerbaidyán pueden optar por el zar contra el sha (o tratar de utilizar a éste contra aquél). Cristianos ortodoxos como los georgianos, cuyo soberano firmó un tratado de protectorado con Rusia (Gueorguíevsk, 1783), no aceptarán sin combatir la anexión de su reino y el fin de la antigua dinastía reinante (1801), seguida de la abolición de la autocefalia de su venerable Iglesia nacional (1811). A finales del siglo XIX la política de rusificación (cierre de las escuelas nacionales, limitación de la actividad de las sociedades de beneficencia, confiscación de bienes del clero) provocará el levantamiento de los armenios.

Asimismo, todos los períodos de debilitamiento del centro imperial —derrotas militares, perturbaciones políticas— conducen al resurgimiento de los movimientos de emancipación, pero también a choques entre los pueblos del Cáucaso cuyo nacionalismo naciente toma como blanco, por lo general, más al vecino inmediato que al poder colonial. Esto sucedió con ocasión de la primera revolución rusa de 1905, que adopta un giro particularmente violento debido a la combinación de luchas sociales y nacionales: en Bakú, los primeros pogromos de febrero de 1905 contra los armenios, considerados la encarnación de una rica burguesía petrolera prorrusa, desencadena durante dos años sangrientas «guerras armenio-tártaras»[11] que, según los contemporáneos, fueron favorecidas por el poder zarista como medio para desviar la llamarada revolucionaria dirigida contra éste. Será el preludio de los conflictos de frontera que acompañarán a las primeras independencias cuando caiga el imperio en 1917.

De un imperio a otro

La independencia es efímera. En un contexto de derrota militar, de ruina económica y de caos político, los nuevos Estados se enfrentan a las aspiraciones nacionales de sus minorías y se lanzan a guerras feroces para delimitar sus territorios. Destrozada por sus múltiples conflictos internos, sobrecargada de re-

---

[11] Hasta la creación de la primera República de Azerbaidyán, los azeríes, de religión islámica shií pero de lengua turca, son denominados «tártaros del Cáucaso». Véase F.-X. Coquin y C. Gervais-Francelle (compils.), *1905, la première révolution russe*, Publications de la Sorbonne-IES, París, 1986.

fugiados, la región se ve arrastrada al juego de las rivalidades entre las potencias que continúan enfrentándose, y entre las corrientes opuestas que existen en cada lado: el de las potencias centrales (alemanes, turcos otomanos, luego kemalistas), el de los aliados de la Entente (británicos y franceses), y los rusos, blancos[b] o rojos. Serán los bolcheviques los que sabrán sacar partido de estos múltiples antagonismos. Ya en 1920-1921 el Ejército Rojo lleva de nuevo el Cáucaso a la órbita de Moscú con la ayuda de un puñado de bolcheviques locales, algunos de los cuales desempeñarán más adelante un gran papel, como Stalin, Ordzhonikidze, Beria [georgianos] o Mikoyán [armenio].

Por los tratados de amistad con Persia (21 de febrero de 1921) y Turquía (16 de marzo de 1921), la nueva Rusia soviética llega a acuerdos con las potencias regionales con el fin de fijar las fronteras exteriores de las tres repúblicas transcaucásicas —Armenia, Georgia, Azerbaidyán—, tal como existen en ese momento, excluyendo de esta región a los aliados franco-británicos. Las delimitaciones interiores quedan definidas por la Oficina Caucásica del Partido Bolchevique, bajo la égida de Stalin, que vigila para que las aspiraciones de las naciones se sometan al «interés de la revolución» (el control por parte del Partido Comunista, atraerse a los musulmanes más reacios a la vuelta de los rusos, aunque ahora convertidos en internacionalistas y proletarios). Así, el Estado federal soviético, para hacer alarde de la ruptura con la «prisión de pueblos» que era el imperio zarista, crea entidades administrativas de base étnica, pero jerarquizadas de acuerdo con el «nivel de desarrollo nacional» supuesto de los distintos pueblos, según posean, entre otras cosas, una literatura escrita u oral. El poder central consolida el conjunto entremezclando tres niveles de subdivisión (económico, administrativo, nacional), bajo el partido único, e imbricando naciones cuyas rivalidades mutuas permiten que se las controle mejor. El caso del enclave del Alto Karabagh, organizado como región autónoma (RA), unido en contra de la voluntad de su mayoría armenia (95 por ciento) a Azerbaidyán, cortejado entonces como punto de apoyo para extender la revolución a Oriente, es una de las primeras ilustraciones de lo que hemos dicho.

En diciembre de 1922 se instituye una República Socialista Federativa Soviética de Transcaucasia (capital Tiflis)[c], que se adhiere a la URSS. La Constitu-

[b] El autor se refiere a los rusos contrarios a los bolcheviques, llamados «blancos» para contraponerlos a los «rojos», no a los habitantes de la Rusia Blanca o Bielorrusia. [N. del T.]

[c] En español se adoptó hace decenios la forma Tiflis y es la que utilizaremos aquí; la correcta es Tbilisi. [N. del T.]

ción soviética de julio de 1936 disuelve esta república, y Armenia, Azerbaidyán y Georgia se convierten en repúblicas federadas (RSS, o Repúblicas Socialistas Soviéticas), de soberanía ficticia, pero cuyos límites se convierten desde ese momento en verdaderas fronteras. La organización del Cáucaso del norte, unido a la República Socialista Federativa de Rusia, cambia varias veces: en enero de 1921 se crean la RSSA (República Socialista Soviética Autónoma) del Daguestán y una RSSA de la Montaña que agrupa a los distritos checheno, ingush, kabardo, balkar, karachai, cherkés y ossetio del norte. Estos distritos son separados más tarde en repúblicas autónomas monoétnicas entre 1922 y 1928, para ser agrupadas luego, entre 1934 y 1936, en RSSA biétnicas. Algunas entidades se suprimen, al ser deportadas sus naciones titulares por ser «pueblos castigados». A partir de 1937, mientras el terror de masas golpea a la *intelligentsia* nacional del Cáucaso —como, por otro lado, ocurre en la toda la URSS—, se producen las primeras deportaciones de chechenos, ingushes y kurdos del Azerbaidyán, cuya RA ya había desaparecido en 1930. Es frecuente que el poder les haga pagar las revueltas contra la colectivización forzada. Sin embargo, es en 1943-1944, durante la II Guerra Mundial, al recuperar los soviéticos zonas del Cáucaso del norte que habían sido ocupadas por las tropas alemanas, cuando se efectúan las deportaciones de chechenos, ingushes, karachais, balkares y mesjetos, «pueblos castigados» como colaboradores presuntos o potenciales del enemigo. Una parte de sus territorios respectivos, a los que suprime el estatuto de autonomía, se ceden a Georgia o a Ossetia del Norte, y se pueblan con otras poblaciones desplazadas. Sólo en 1957, tras la muerte de Stalin (1953), serán rehabilitados y se les autorizará a volver a su territorio, parcialmente reconstituido. De ahí, nuevos litigios, sobre todo porque el «deshielo» reaviva el nacionalismo cultural.

A pesar de los discursos internacionalistas ritualizados sobre la «amistad entre los pueblos» y la creación del «hombre nuevo» soviético, el régimen, paradójicamente, favoreció la evolución de las repúblicas para que se convirtiesen en Estados-naciones y reforzó su identidad. Iniciada en el período de independencia de 1918-1921 con los movimientos de refugiados, la homogeneización étnica se acentuó progresivamente en detrimento de las minorías, debido al concepto estalinista de la autonomía cultural sobre una base territorial, pero carente de las libertades necesarias para su supervivencia como grupo. Los progresos realizados en el campo de la educación, el dogma estaliniano de la «cultura nacional en la forma y socialista por el contenido», seguido del «deshielo» y la rehabilitación selectiva de la cultura y del pasado desde la década de 1960, han conducido a una fetichización de lo «nacional», e incluso a su folklorización. Mucho antes de la Perestroika, el nacionalismo cultural se había convertido en

Transcaucasia en la alternativa ideológica al comunismo, en la expresión discreta del rechazo al régimen.

Cuando, con ocasión del fracaso militar en Afganistán (1985), Gorbachóv trata de reformar un régimen que está ya agotado a través de su campaña de *Perestroika* (reestructuración) y *glásnost* (publicidad), las naciones del Cáucaso son las primeras, junto a las bálticas, en tratar de nuevo de separarse del debilitado «último imperio»[12]. En febrero de 1988, tomando al pie de la letra los lemas que hacían un llamamiento para corregir los errores del estalinismo, el Soviet Regional del Alto Karabagh vota la reunificación de esta región con Armenia. Alternado con huelgas generales y manifestaciones gigantescas en Stepanakért y en Ereván, que provocan pogromos antiarmenios en Azerbaidyán, choques entre poblaciones y entrecruzamientos de refugiados, la exigencia de autodeterminación y de emancipación de la tutela de la nación rival, impuesta por el ex colonizador, desempeña al mismo tiempo el papel de revelador y detonante de los múltiples movimientos centrífugos que harán que se derrumbe el edificio soviético (diciembre de 1991).

En el sur, las tres repúblicas federadas acceden a la independencia y entran en la ONU. En el norte, tras un intento abortado de reconstitución de una Confederación de la Montaña (1989), sólo Chechenia manifiesta un separatismo radical y proclama en noviembre de 1991 la independencia, que Moscú se niega a reconocer. En la nueva Federación de Rusia, como en los demás Estados recién independizados en los que había enclaves nacionales, se multiplican los conflictos, con frecuencia presentados como «interétnicos» o incluso «interreligiosos», aunque en realidad son conflictos políticos entre aspiraciones autonomistas o irredentistas concurrentes, propias de las fases de descolonización. El Cáucaso, como los Balcanes, acaba siendo un polvorín. Cinco de los ocho casos de conflictos armados de la ex URSS se concentran aquí, y cuatro de ellos son secesionistas —Alto Karabagh, Ossetia del Sur, Abjazia y Chechenia—, además de uno en el distrito de Prigoródnyi, donde los antiguos deportados ingushes reclaman su derecho a volver en contra de las aspiraciones de los ossetios. En diez años estos conflictos han provocado unos 100.000 muertos, han echado a las carreteras a 2.500.000 de refugiados y personas desplazadas, y han arruinado regiones enteras. Y amenazan con extenderse a otras zonas sen-

---

[12] Según expresión de Robert Conquest en el título de su obra *The Last Empire*, Amperstand Books, 1962, uno de los primeros estudios de referencia occidentales sobre el problema de las nacionalidades.

sibles: Daguestán, Adzharia y Dzhavajetia en el sur de Georgia, territorios lezgi al norte de Azerbaidyán, etc.

Terreno de experimentación ideal para el concepto estaliniano de la nación, la región es hoy, como ayer, un campo de pruebas para los métodos neoimperiales de Rusia. Este país ha sabido utilizar el peso de la Historia, de su propia supremacía demográfica, económica y militar, de un cuasimonopolio de las fuentes de energía, de la presencia de sus tropas, y también de las tensiones políticas internas y de los conflictos. Todo ello son palancas que le deberían servir para devolver el Cáucaso a la órbita rusa, al igual que el resto de su «extranjero próximo», y además hacer que se reconozca su papel de «gendarme» de Eurasia. Conquistado tras grandes luchas, este margen estratégico, en el centro de un arco de crisis que se extiende de los Balcanes al Asia central, representa, en efecto, ante las dos potencias regionales en competición (Turquía e Irán), que tratan también de volver a su antigua esfera de influencia, una puerta hacia el «nuevo Medio Oriente»; constituye, al mismo tiempo, una llave de seguridad, un medio de preservar lo que ha sido uno de sus objetivos constantes desde mediados del siglo XVI: el acceso a los «mares calientes» —Mediterráneo y golfo Pérsico—, por el mar Negro y el Caspio, y prevenir, a su vez, el desmembramiento de la Federación de Rusia. De ahí la brutalidad de las guerras llevadas a cabo por Moscú contra los independentistas chechenos (1994-1996 y 1999), que recuerdan los peores episodios de la conquista zarista.

El caso de los chechenos

Junto a los ingushes, los chechenos forman parte del grupo naj de la familia de pueblos paleocaucásicos del centro-este del Cáucaso.[d] Se distribuyen en más de cien clanes (*teipe*) cuyos jefes, con los dirigentes religiosos y los ancianos, encarnan el poder tradicional en una sociedad poco jerarquizada, esencialmente rural y patriarcal, regida por el derecho consuetudinario, la *adat*, el deber de hospitalidad y un código de honor que legitima la venganza. Elementos de sus antiguas creencias politeístas (cultos a las montañas, a las rocas, a las aguas y árboles, etc.) han sobrevivido hasta nuestros días pese a su adhesión al cristianis-

[d] Los chechenos (que se llaman a sí mismos najchuo, en singular, y nojchi, en plural) son más de un millón; su lengua pertenece, con el ingush, a la familia norcaucásica, subfamilia norte central, grupo checheno-ingush. [N. del T.]

mo y luego al islam sunní, que se impuso realmente a partir del siglo XVIII, con influencia preponderante de las cofradías sufíes, todo ello reforzado por la resistencia a la conquista rusa.

Una larga tradición de insumisión

Los antepasados de los chechenos, los gargares, formaron parte del poderoso reino de la Albania del Cáucaso, contra el que Pompeyo lanzó una campaña. Atrincherados en los *aul*, aldeas fortificadas a alturas inviolables, con ocasión de las sucesivas oleadas invasoras de los pueblos de la estepa —hunos, jázaros, mongoles, tártaros, etc.—, los chechenos nunca fueron sometidos por completo. Sin embargo, fue sobre todo ante los rusos y los colonos cosacos, cuya penetración, que comienza a mediados del siglo XVI, se acentúa a finales del silgo XVIII, cuando demostraron su capacidad de resistencia.

La nueva fortaleza de Groznyi (la «terrible»), que es la actual capital de Chechenia,[e] construida en 1817 por el general Ermolov, héroe de las guerras contra Napoleón, pero pronto tristemente célebre por su brutalidad a costa de los caucásicos,[13] es uno de los jalones importantes en el avance al corazón de la cadena montañosa. Constituyó una de las bases de las ofensivas llevadas a cabo contra el movimiento *murid*, centrado en Daguestán en torno a las cofradías que practicaban el sufismo, que es una mezcla de misticismo religioso y reformismo social que consiguió movilizar a una gran parte de los caucásicos del norte en nombre de la guerra santa (*ghazawat*) y alrededor de jefes carismáticos: Jazi Molláh, el primer imam de Daguestán, y sus sucesores, Hamza Beg y, sobre todo, Shamyl, que era un jefe ávaro.[14]

---

[e] En realidad, Groznyi es el nombre dado por los rusos; en checheno es Syelzha Ghaala. [N. del T.]

[13] Baddeley, *op. cit.*, cita su profesión de fe respecto de los caucásicos no pacificables: «Quiero que el terror de mi nombre proteja nuestras fronteras de manera más poderosa que la línea de fortalezas y que mi voluntad sea para los indígenas una ley más inevitable que la muerte. Las concesiones, para los asiáticos, son un signo de debilidad, y es por pura humanidad por lo que soy inexorablemente severo. Una ejecución salva a centenares de rusos de la destrucción y a miles de musulmanes de la traición.»

[14] Véase sobre todo M. Bennigsen-Broxup (compil.), *The North Caucasus Barrier. The Russian Advance towards the Muslim World*, Hust & Co., Londres, 1992; M. Gammer, *Muslim Resistance to the Tsar. Shamil and the Conquest of Chechnia and Daghestan*, Frank Cass, Londres, 1993; y del mismo autor, «Shamil and the Murid Movement, 1830-1859: an Attempt at a Comprehensive Bibliography», en *Central Asian Survey*, vol. 10, nº 1-2, 1991, pp. 189-247.

Sólo después de la anexión del Cáucaso del sur (1828-1829) se reemprende la conquista sistemática del norte. La cronología es más difícil de establecer, pues no se trata ahora de guerras clásicas contra Estados, que concluyen con tratados de anexión, sino de guerrillas. Se suceden con ritmo variable levantamientos y ataques punitivos contra los dos grandes focos de resistencia al oeste y al este de la cadena, mezclados con campañas de mayor envergadura (1837-1839, 1841-1844, 1847-1848, 1858). Alternando ofensivas y acciones defensivas, los rusos van ocupando paulatinamente las montañas, atacando los valles uno tras otro, consolidando cada avance por la construcción de fortificaciones y carreteras militares, el establecimiento de colonos y guarniciones, la introducción del orden y de leyes «iluminadas», como los «tribunales de tribu», elegidos para combatir el derecho consuetudinario o shariático (de la ley musulmana o sharí'a), o el reclutamiento de auxiliares locales. A los resistentes se les rechaza cada vez más a lo alto de los montes y se les aísla por medio de una política de tierra quemada. Aldeas destruidas, habitantes masacrados para dar ejemplo, atrocidades, poblaciones desplazadas, desforestación sistemática para desalojar a los montañeses, explotación de los antagonismos tradicionales y deshumanización del enemigo, al que se presenta como una horda de bestias feroces. Se experimentan todas las tácticas de las guerras totales.

Las guerras del Cáucaso han constituido un verdadero absceso que ha obsesionado a Rusia: de 170.000 a 200.000 hombres movilizados permanentemente durante más de treinta años; casi 1.000.000 de muertos en combate o debido a enfermedades tales como la malaria, la malnutrición o la falta de cuidados a los heridos. Coste en hombres, pero también en mandos: oficiales salidos de la nobleza, élites liberales o nacionales de las periferias turbulentas enviadas al frente del Cáucaso como medida punitiva y, por otra parte, no sin efectos perversos. Así, los decembristas o los insurgentes polacos de 1831 fueron enviados a primera línea contribuyendo a la conquista pero también a su denuncia. Asimismo, un alto coste financiero: gastos militares evaluados, a veces, en la mitad del presupuesto del Estado, que generaron una presión fiscal creciente y disturbios en el resto del imperio. Finalmente, un coste moral: el mal trato recibido por los soldados rusos les incita a vengarse en el enemigo. La humillación de la poderosa Rusia, tenida en jaque por un puñado de montañeses peor armados que ellos, considerados además unos salvajes, engendra a la vez odio y sentimiento de culpabilidad: odio en los círculos militares y dirigentes, que incitan a una guerra de exterminio; culpabilidad de la *intelligentsia* liberal y romántica naciente, que pasa de la convicción de la legitimidad de una conquista civilizadora a la autocrítica feroz de una política que sólo ha traído consigo

muerte y ruinas. De Púshkin a Liérmontov y a Tolstói, las grandes figuras de la literatura romántica rusa dan fe de esta evolución,[15] y también de la imagen ambigua del montañés, emblema de la libertad, como la naturaleza salvaje y sublime en la que vive, pero que es también oriental «bárbaro» y «bandido».

PÚSHKIN JUZGA A LOS CHERKESES[16]

Los cherkeses nos odian. Nosotros les hemos expulsado de sus ricos pastos, sus *aul* han sido arrasados, tribus enteras han sido aniquiladas. Se meten cada vez más profundamente en las montañas y desde allí lanzan sus incursiones. La amistad de los cherkeses pacificados no es segura: están dispuestos siempre a apoyar a sus turbulentos congéneres. El espíritu de su feroz caballerosidad ha disminuido sensiblemente. Atacan rara vez con igualdad numérica a los cosacos, nunca a la infantería, y huyen en cuanto ven un cañón. En cambio, nunca dejan escapar una ocasión para echarse sobre un destacamento débil o un individuo sin defensa. La comarca que atravesamos está llena de los rumores de sus desaguisados. Prácticamente no hay ningún medio para mantenerlos tranquilos en tanto no se les desarme, como se ha desarmado a los tártaros de Crimea, lo que es extraordinariamente difícil de llevar a cabo debido a las discordias hereditarias y a las deudas de sangre que reinan entre ellos. Puñal y sable son miembros de sus cuerpos, y el niño aprende a utilizarlos antes incluso de saber hablar. El homicidio es para ellos un simple ejercicio corporal. Guardan a sus prisioneros con la esperanza de pedir rescate, pero los tratan de forma terriblemente inhumana, les hacen trabajar más allá de sus fuerzas, les alimentan de pasta cruda, les golpean como les parece, les ponen de guardianes a los niños, que por una palabra pueden mutilarlos con sus sables infantiles. Recientemente han detenido a un cherkés «pacificado» que había disparado contra

[15] Véase Susan Layton, *Russian Literature and Empire. Conquest of the Caucasus from Pushkin to Tolstoy*, Cambridge University Press, Cambridge, 1994; y también Harsha Ram, «Prisoners of the Caucusus: Literary Myths and Media Representation of the Chechen Conflict», *Working Paper*, Berkeley, verano de 1999, para un análisis de la herencia de esta imagen literaria hoy.

[16] Púshkin, *Voyage à Erzeroum*, Gallimard, La Pléiade, París, pp. 484-485. En la época el término «cherkés» designaba indiferentemente a varios pueblos montañeses del Cáucaso del norte. Hoy los cherkeses forman, con los karachais, una república en el seno de la Federación Rusa. [N. de la R.]. (Los cherkeses son los que en Europa se ha conocido por circasianos; ellos se denominan adygué. [N. del T.])

un soldado: ha dicho, para justificarse, que su fusil estaba cargado desde hacía mucho tiempo. ¿Qué hacer con un pueblo así? Hay que esperar, con todo, que la conquista de la orilla oriental del mar Negro, que ha cortado el comercio de los cherkeses con Turquía, les forzará a acercarse a nosotros. La influencia de la comodidad puede contribuir a dulcificar sus costumbres: el samovar podría ser una importante innovación. Hay un medio más poderoso, más moral, más conforme a las luces de nuestro siglo: la predicación del Evangelio. Es muy reciente la fecha en que los cherkeses adoptaron la fe musulmana.[f] Han llegado a ella por el fanatismo activo de los apóstoles del *Corán,* entre los cuales se distingue Mansur, hombre de cualidades poco comunes, que durante mucho tiempo agitó el Cáucaso contra la dominación rusa, y que finalmente ha sido capturado por nosotros y que ha muerto en el monasterio de Solovki. El Cáucaso espera misioneros cristianos, pero es más fácil para nuestra pereza crear cosas muertas que hacer oír la palabra viva, y enviar libros mudos a gentes que no saben leer.

Tampoco falta ambigüedad en la actitud de las potencias europeas, que se han visto comprometidas también en sus propias guerras coloniales en otros continentes. Desde el recurso de Francia a «expertos» rusos en la guerra contra los montañeses durante la conquista de la Kabilia, a la requisitoria contra los crímenes zaristas durante la guerra de Crimea (1853-1856) y a la admiración por Shamyl, el «'Abd el-Qáder del Cáucaso»,[17] el tono varía según los cambios de alianzas. Sin embargo, la suerte de los pueblos preocupa menos cuando el interés por la región está en su apogeo: sólo de 1854 a 1860, una treintena de obras o de memorias de viajes se dedicaron en Europa a las guerras del Cáucaso. El *Caucase* [Cáucaso] o los *Romans caucasiens* [Novelas caucásicas] de Alejandro Dumas son ejemplos de ello.[18]

---

[f] Púshkin emplea el adjetivo «musulmana» para calificar a esta fe. En realidad, «musulmán» debe usarse cuando nos referimos a seres humanos, individual o colectivamente; y debe usarse «islámico» para calificar objetos, cosas, conceptos, etc. Nosotros respetaremos aquí el término utilizado por Púshkin porque es una cita; en los demás casos nos atendremos a la diferenciación apuntada, que es la correcta. [N. del T.]

[17] Por otro lado, ambos hombres mantuvieron correspondencia. B. Bessaïh, *De l'émir Abd el-Kader à l'imam Chamyl, le héros des Tchétchènes et du Caucase*, Éditions Dahlab, Argel, 1997.

[18] Alexandre Dumas, *Le Caucase. Impressions de voyage, suite de En Russie*, París, 1859, reedic. F. Bourin, París, 1990; y *Romans caucasiens*, Éditions des Syrtes, París, 2001.

La rendición de Shamyl en 1859, luego la de los abjasios (1864) y de los ubij (1866) y el fin de la guerra contemplan masacres, deportaciones y el exilio forzado masivo hacia el Imperio otomano, donde los chechenos, como otros pueblos montañeses musulmanes del Cáucaso —cherkeses, ubij, ávaros, etc., en total aproximadamente medio millón—, son reinstalados en las fronteras estratégicas (donde se vengan a veces de los habitantes cristianos) y se les utiliza en los puestos militares (hallamos todavía hoy a sus descendientes ocupados en estas funciones, como es el caso de la guardia chechena del rey de Jordania)[g]. Bajo los zares se produjeron, aun así, revueltas con ocasión de la guerra ruso-turca de 1877-1878 y luego, de nuevo, durante la I Guerra Mundial.

De la independencia a la sovietización

Como en el resto del Cáucaso, el hundimiento del imperio zarista en 1917 da nuevo impulso a las aspiraciones autonomistas. Los chechenos participan en la efímera República de la Montaña, confederación de pueblos del Cáucaso del norte, que proclama su independencia en abril de 1918, en Batum, y choca contra la hostilidad de los ejércitos blancos y también de los bolcheviques, antes de ser sovietizados por el Ejército Rojo durante el invierno de 1920-1921. Su territorio fue convertido en región autónoma en 1921, unida a Ingushetia en 1934 y transformada en república autónoma biétnica en 1936. A fines de la década de 1920 las persecuciones religiosas y la represión masiva que siguió a la colectivización forzada provocan una serie de revueltas contra el régimen. El movimiento se hace más amplio a comienzos de la II Guerra Mundial, sobre todo después del ataque alemán contra la URSS y la penetración de las tropas del Reich hasta el Cáucaso. Y en febrero de 1944 los chechenos, con los ingushes, forman parte de los pueblos «castigados», que Stalin decidió deportar en su totalidad al Asia central con el pretexto de una presunta colaboración con los alemanes. A la destrucción física (un tercio de los deportados murieron durante el traslado) se añadieron la de la memoria colectiva (archivos, monumentos) y la supresión de la república checheno-ingushetia. Los chechenos no serán rehabilitados ni se les permitirá volver a su república, de nuevo establecida, hasta 1957. El «deshielo» postestaliniano permitirá la reconstitución de una élite y su inserción en

[g] En otros lugares hemos encontrado que la guardia del monarca jordano es cherkesa o, lo que es lo mismo, circasiana. [N. del T.]

el tejido económico y social soviético, aun cuando la importante minoría eslava ocupa los empleos más cualificados a nivel local.

La nueva guerra del Cáucaso

La *Perestroika* halló a los chechenos divididos, en cierto modo como en 1917, en un campo «prorruso» y en otro independentista, según una línea divisoria que es, al mismo tiempo, geográfica (montaña rural contra llanura más industrializada) y clánica. En 1989, cuando se intenta reconstituir una confederación de pueblos montañeses, Moscú designa por primera vez a un checheno prorruso, Doku Zavkáiev, para el puesto de primer secretario. Sin embargo, éste pronto deberá apartarse para dejar sitio al dirigente del movimiento secesionista, el general de aviación Dzhójar Dudáiev, que proclama la independencia en 1991, en el momento en que la URSS está en curso de desaparición, e instaura un régimen autoritario. Tras haber intentado varias veces derrocarle apoyándose en sus opositores, los dirigentes rusos optan por la intervención militar, el 11 de diciembre de 1994, dando por descontada una victoria rápida. Sin embargo, la guerra, que dura dos años y medio, termina con una humillante derrota de las fuerzas federales, no sin importantes pérdidas civiles (más de 4.000 soldados rusos, 2.000 combatientes chechenos, 35.000 víctimas civiles y unos 500.000 refugiados) e ingentes destrucciones, sobre todo en la capital, que fue bombardeada.

Por el acuerdo de alto el fuego del 31 de agosto de 1996, la definición del estatuto de la república se retrasa cinco años, mientras que Moscú se compromete a retirar sus tropas, a ayudar a la reconstrucción y a permitir que se organicen elecciones libres. En enero de 1997 el comandante militar Aslán Masjádov, sucesor de Dudáiev —muerto en un atentado en abril de 1996—, es elegido para dirigir un país exangüe y desorganizado, presa de una grave crisis económica y social, con derivas mafiosas y una agitación integrista. Masjádov no es capaz de controlar a los otros jefes militares. Como afirma Silvia Serrano,[19] la atribución de la violencia legítima no pertenece, entre ellos, al Estado, sino al *teipe*, es de-

[19] «Tchétchénie. Entre terreur et désarroi», en *Courrier des Pays de l'Est*, La Documentation Française, París, mayo de 2002, pp. 61-69. Véase asimismo, sobre las guerras recientes, J. B. Dunlop, *Russia Confronts Chechenya. Roots of a Separatist Conflict*, Cambridge University Press, Cambridge, 1998; I. Astigarraga, *Tchétchénie, un peuple sacrifié*, L'Harmattan, París, 2000.

cir, al clan, que prima sobre las demás lealtades; pero no por ello deja de sufrir la competencia de las demás fuentes de legitimación. Así, Aslán Masjádov deseaba trascender las lealtades tradicionales construyendo un Estado. Para prevenir la guerra civil, que llevaría al engranaje de crímenes de sangre y de venganza clánica, accede a que los islamistas accedan a puestos clave: «Apostaba por los compromisos para huir del caos: habrá caos e islamistas.» Frente a él, Shamyl Basáiev, aunque derrotado en las elecciones, encarna a pesar de todo al héroe de las operaciones terroristas (desvío de aviones, incursiones en territorio ruso, etc.) que recuerdan las acciones heroicas de los defensores del Cáucaso contra la penetración rusa. Adepto de una cofradía sufí, se asoció a los islamistas sin integrarse en sus filas. El tercer hombre surgido de los mayores *teipe*, y miembro de otra cofradía, Áhmad Kadirov, partidario de los métodos violentos contra los wahhabíes, representa al islam tradicional: «Sirve de garantía a una Rusia que trata de presentar la guerra en Chechenia como una cruzada contra el integrismo.» En el otoño de 1999, pretextando varios atentados en Rusia e incursiones en el vecino Daguestán, atribuidos a los islamistas, Moscú lanza una nueva campaña militar. A pesar de una mejor preparación que en el conflicto anterior, y pese a las tensiones políticas internas de Chechenia, las fuerzas rusas, en el otoño de 2002, vuelven a estancarse en una «guerra sucia» de resultado incierto, pero de balance siempre dramático. Las organizaciones de defensa de los derechos humanos denuncian las atrocidades de un conflicto que a veces adquiere el aspecto de una guerra de exterminio;[20] la comunidad internacional duda en tomar partido en lo que los rusos presentan como un «asunto interno» y una «operación de policía», y que constituye un examen para el futuro de la Federación. El atentado de Nueva York del 11 de septiembre de 2001 pone fin a la tímida reprobación de Estados Unidos. En las horas siguientes al ataque contra el World Trade Center y el Pentágono, Vladímir Pútin recordaba la necesaria solidaridad en la lucha antiterrorista contra los amigos de Al-Qaida para obtener un cheque en blanco, e incluso el apoyo estadounidense a su política en Chechenia. Argumentación reforzada por el atentado contra el teatro de Moscú del 23 de octubre de 2002: «También nosotros hemos tenido nuestro 11 de septiembre», han podido decir las autoridades rusas, valiéndose de este notable factor de solidaridad.[h]

---

[20] La Federación Internacional de Derechos Humanos y Amnistía Internacional han publicado varios informes sobre Chechenia.

[h] En mayo de 2004 Áhmad Kadirov, el presidente checheno (prorruso) fue asesinado por los independentistas; le sustituyó su hijo Ramzán Kadirov. [N. del T.]

La colonización japonesa: un colonialismo moderno pero no occidental

Pierre-François Souyri

La expansión japonesa ocupa un lugar singular en la historia mundial de las políticas coloniales por varias razones. El fenómeno de la colonización japonesa tiene lejanas raíces, pero éstas arraigan en un universo de referencias culturales muy diferente del occidental. En cuanto a la creación de un imperio colonial japonés en la primera mitad del siglo XX, se trata del único intento de este tipo realizado por una potencia culturalmente no occidental.[a] En ambos casos, es decir, antes y después de la modernización, esta colonización se apoya en presupuestos políticos e ideológicos muy alejados de los de Occidente, sin que por ello pueda parecer de naturaleza distinta de las diversas expansiones coloniales del mismo período.

A lo largo del primer milenio, el aprovechamiento del archipiélago puede representarse bajo la forma de una expansión a partir de un centro, el Kansai, que tiende a colocar bajo su dominación política, pero también bajo su universo cultural, a regiones cada vez más lejanas y extranjeras. Esta expansión implica ciertos aspectos de una colonización militar, económica y cultural. Centrado alrededor del Kansai (Nara y luego Kyôto)[b], del mar Interior y del noroeste de Kyûshû (región actual de Fukuoka), el Japón antiguo engloba paulatinamente el Kantô (la actual región de Tokio) y el sur de Kyûshû ya desde los siglos VII y VIII, para luego avanzar en dirección noreste (conquistado a comienzos del si-

---

[a] Esta afirmación es dudosa, desde el momento en que otras potencias no europeas se expandieron entre los siglos XIX y XX (véase, por ejemplo, el caso de los zulúes con el rey Shaka, o el de los etíopes con el rey Menelik II, por poner dos ejemplos). [N. del T.]

[b] La lengua japonesa posee vocales cortas [a] y largas [aa, a:]: los anglosajones emplean un signo diacrítico sobre la vocal larga para diferenciarlas: a, corta; ā, larga. Los franceses emplean un signo diacrítico diferente: a, corta; â, larga. Nosotros emplearemos aquí el sistema francés. [N. del T.]

glo IX, pacificado en los siglos XI-XII, pero no integrado en el plan económico antes del siglo XVII). Los japoneses ponen pie en Ezo (el futuro Hokkaidô) en el siglo XV, y las islas Ryûkyû (Okinawa) pasan bajo dominio del principado de Satsuma (Kagoshima) a comienzos del siglo XVII. Las dos últimas regiones, Hokkaidô en el norte, Okinawa al sur, no quedan integradas administrativamente en la esfera japonesa hasta la década de 1870, como consecuencia del movimiento de modernización emprendido en la época Meiji.

En el proceso de modernización económica y de las relaciones de fuerza políticas, la historia del expansionismo japonés hacia el norte (regiones de Tôhoku, luego Ezo-Hokkaidô) se parece bajo ciertos aspectos a la de la colonización inglesa o francesa en América del Norte: sociedades locales constreñidas a la aculturación, luego a la regresión y, finalmente a la cuasiextinción bajo el impacto económico del intercambio desigual con la potencia colonial y el crecimiento demográfico de los colonos.

La historia de la dominación japonesa sobre Okinawa es sensiblemente diferente: aquí se trató de la absorción de un antiguo reino insular tributario de China en el espacio político-cultural japonés, proceso que recuerda más bien —aunque ciertamente con diferencias— al de la integración corsa en el espacio nacional francés.

No obstante, en ambos casos estos movimientos de expansión, anexión, asimilación o colonización se conciben por parte de Japón a partir del centro nipón en el marco de las relaciones tributarias que rigen las relaciones internacionales desde hace siglos en el Extremo Oriente asiático. Estas relaciones son las que mantienen la mayoría de los reinos locales en Asia con el Imperio chino. A cambio de un reconocimiento oficial, la dinastía local admite la superioridad china. Aquí las relaciones se reproducen a una escala menor por parte del propio Japón con respecto a las poblaciones periféricas, pero después de la victoria inglesa contra China en la guerra del Opio de 1842, este sistema de dominación más o menos ficticio en cuanto al centro, se encuentra en vías de hundimiento. Ahora las relaciones internacionales en Asia se piensan dentro del marco de otro universo mental, el que predomina en Europa.

Es conveniente, asimismo, captar el fenómeno de esta colonización en Asia oriental en un contexto internacional lleno de tensión. Tras la firma de los tratados desiguales con los países occidentales en los años 1856-1863, los dirigentes japoneses viven con el temor de una dominación occidental sobre el país. La expansión se inscribe en un proyecto deliberado, el formulado con ocasión de la restauración Meiji de 1868 y que se resume en el célebre lema «Un país rico, un ejército fuerte». Se presenta como una respuesta de Japón a las amenazas im-

perialistas occidentales, pero si nos atenemos a esta explicación coyuntural —sin duda fundada— podríamos no comprender bien por qué la colonización japonesa es también consecuencia de un proceso que se inscribe en la larga duración, que responde a lógicas o a expectativas identificables en un contexto cultural concreto.

Desde los últimos años del siglo XIX se pusieron en práctica políticas coloniales de gran envergadura y de tipo «moderno» —es decir, según una «lógica occidental»— por parte del Estado japonés. Muy pronto estas políticas hacen aparecer a Japón como una de las grandes potencias coloniales de Asia junto al Reino Unido, Francia, Rusia, los Países Bajos o Estados Unidos. Las políticas de expansión llevan a situar bajo su dependencia administrativa y colonial a regiones enteras del Extremo Oriente: la isla de Formosa (Taiwán), la península coreana, las llanuras de Manchuria, varias concesiones en China, y también Sajalín y las islas Kuriles y varias islas del océano Pacífico, como Guam o las Marianas. Desde este punto de vista, Japón se porta como una de las principales potencias imperialistas de su tiempo, dentro del juego de rivalidades territoriales con los otros grandes imperios coloniales. No obstante, es asimismo la única potencia no occidental que fue capaz de serlo.

Ahora bien, si observamos más de cerca, se comprende que Japón —como Rusia— sólo actúa regionalmente. ¿Tenía Japón la fuerza suficiente para intervenir en otras partes? Las colonias que consigue son contiguas al archipiélago japonés. E incluso pueden ser consideradas como su prolongación. En cierto modo, Japón es un Estado en expansión permanente, un Estado que engloba y trata de asimilar con mayor o menor éxito los territorios anexos. Visto así, Japón en Corea se parece más a Inglaterra en Irlanda que a Francia en Indochina. En la época del imperialismo moderno las grandes potencias no buscan constituir un territorio en un solo bloque. Rusia y Japón parecen ser los únicos que se hallan en este caso.

Ciertas zonas sometidas al antiguo Imperio chino (Formosa, que era una colonia china, Corea, que era un Estado tributario de China, Manchuria, cuna de la dinastía Qing, pero sinizada desde hacía siglos) pasan, pues, a finales del siglo XIX y a comienzos del XX, a la órbita colonial japonesa, que se forma básicamente a costa del Asia sinizada, es decir, una zona relativamente homogénea desde el punto de vista cultural.

Es una expansión colonial que se inscribe en la larga duración, que funciona según el principio chino pero de modelo reducido, seguida de una segunda fase de expansión «a la occidental», pero de acuerdo con un *continuum* territorial: éstos son los caracteres particulares del colonialismo japonés.

No obstante, hay que tomar en consideración otro punto, sin duda polémico. Los dos países que durante más tiempo —aproximadamente medio siglo— sufrieron el yugo colonial japonés, es decir Taiwán y Corea, son también los primeros de los antiguos países colonizados que alcanzaron su despegue económico en la segunda mitad del siglo XX (con Hong Kong y Singapur, sin duda, ex colonias británicas, pero estos territorios no son más que ciudades). En el espacio de dos generaciones estos países, a pesar de tener que hacer frente a dificultades sin cuento, han conseguido surgir como potencias industriales medias. Este éxito, que les ha permitido figurar entre los miembros de la OCDE y, hoy, en los puestos entre décimo y decimoquinto de las naciones industriales, ¿se debe al hecho de que se trata de antiguas colonias japonesas? Ciertos círculos nacionalistas japoneses no temen afirmarlo. La industrialización, llevada a cabo bajo el régimen japonés, ¿contribuyó en esa región a echar las bases de un desarrollo económico durable, una vez pacificado el contexto político y social? En otras palabras, ¿Japón estableció «objetivamente» las condiciones de la expansión? En los países en cuestión, estas preguntas serían mal recibidas si se planteasen de manera tan cruda. Se podría oponer que el fracaso económico de Corea del Norte es paralelo al éxito económico de su vecino del sur y que no tiene nada que ver con la ocupación colonial de Japón. O bien que el auge económico chino actual se produce más bien en las franjas costeras, en las regiones de Shanghai y de Cantón, y no en Manchuria, aunque hay que decir que ésta es una de las grandes regiones industriales chinas. Resumiendo, es necesaria una relectura de las realidades sociales y económicas de la colonización japonesa.

Desde finales de la II Guerra Mundial los historiadores japoneses han mostrado una tendencia a describir el fenómeno colonial japonés como un aspecto particular del imperialismo económico y militar de Japón. Orden colonial y orden imperialista parecen estar, así, inextricablemente ligados. La propia palabra «colonia» (en japonés *shokuminchi*) no designa más que la extensión territorial «moderna» de Japón, pero no los fenómenos anteriores. En Occidente este término nos remite también a las ciudades de la Magna Grecia o del Ponto Euxino lo mismo que a los imperios coloniales español u holandés creados en la época moderna, o incluso a las expansiones francesa y británica del siglo XIX. En Japón, en cambio, se constata un corte en la historiografía entre una expansión calificada de territorial (la anterior a la Revolución Industrial y a la modernización) y una expansión llamada colonial (que comienza en 1895, tras la victoria japonesa sobre China). La primera se acepta y se considera un paso necesario hacia la creación de un territorio que llevó a la formación de un Estado-nación, aun cuando se juzguen severamente sus excesos, pero la segunda se considera ge-

neralmente ilegítima, violenta, aunque al mismo tiempo sería el precio que Japón ha tenido que pagar (y hacer pagar a sus vecinos) para evitar ser él mismo víctima de la colonización occidental. Dicho de otro modo, en la vulgata japonesa hay una clara diferencia de naturaleza entre la expansión antes y después de 1895. Esta diferencia de naturaleza remite a una diferencia de legitimidad. Es cierto que la cosa fue de poca monta entre 1855-1875. Los japoneses pensaron que los occidentales, aprovechando una relación de fuerza que les era favorable, querían ponerlos de rodillas y ocupar su país o desmembrarlo. La modernización, emprendida a marchas forzadas desde 1868, puede ser comprendida como una reacción nacional al temor a la colonización.

Como en Occidente, hay sin duda una ruptura entre las políticas coloniales anteriores a la expansión imperialista del siglo XIX y después. Sin embargo, mientras que en Occidente este corte es relativo y no es difícil localizar también continuidades, en Japón se describe como algo que remite a otro orden. La *Historia de las colonias japonesas*, en ocho volúmenes, que ha aparecido recientemente (a comienzos de 2001) en Ediciones Iwanami, subraya que el colonialismo japonés moderno en Asia oriental se substituye como orden político e ideológico al antiguo orden imperial chino que, desde los Tang, reposaba en las relaciones tributarias con los Estados periféricos de China. Sin embargo, la obra apenas hace mención al hecho de que el propio Estado japonés poseía o controlaba, antes de la modernización, territorios sometidos a una relación que bien puede llamarse orden colonial, aunque sea premoderna. ¿Ruptura o continuidad? Parece ser que en Japón no se ha producido el debate, pues la empresa colonial contemporánea parece marcar un cambio de escala en sus objetivos, sus metas internacionales y su amplitud.

Hay que distinguir las principales fases de la colonización japonesa en función de un orden cronológico:

— Una primera fase —que se admite pocas veces como tal por las diferentes corrientes principales de la historiografía japonesa— que corresponde a la formación del Estado japonés premoderno y desencadena conflictos y traumatismos entre las poblaciones sometidas de los confines septentrionales (Ezo) y meridionales (Ryûkyû). Estas regiones han de pagar tributo desde los siglos XVI o XVII, y son asimiladas por anexión o colonización demográfica en la década de 1870.

— Una segunda fase que va de la anexión de Taiwán (1895) a los años 1940-1942 y se inscribe en un proyecto ideológico y cultural coherente, aun cuando está lejos de ser aceptado por las poblaciones involucradas: el de la asimilación cultural forzada. Así, territorios contiguos al archipiélago japonés pasan sucesi-

vamente bajo la dominación de Japón: Taiwán, el Guangdong,[c] Sajalín en conjunto, Corea en 1910, luego Manchuria a partir de 1931 (aunque para este territorio se mantuvo la ficción de Estado independiente).

— Una tercera fase, muy breve, de 1942 a 1945, que corresponde al establecimiento de la «esfera de coprosperidad asiática», que implica el nacimiento de un bloque económico amalgamado en una lógica de guerra mundial. En el contexto de una ocupación militar, los países colonizados de antiguo por Occidente (Indochina, Filipinas, Malasia, Birmania, Indonesia) son forzados a ponerse a disposición de Japón para alimentar el esfuerzo de guerra. Productos agrícolas y materias primas industriales son requisados para las necesidades del aparato militar nipón. Sin embargo, al igual que la Francia vencida y ocupada por Hitler en 1940 no se convierte en una colonia alemana, las antiguas posesiones occidentales en Asia no se convierten tampoco en colonias japonesas en sentido estricto.

La construcción territorial de las fronteras: Naichi y Hondo

Antes de la derrota de 1945 era habitual entre los habitantes de Hokkaidô y de las islas Ryûkyû designar al resto del país y en especial a las islas Honshû, Shikoku y Kyûshû por medio de expresiones particulares. Los habitantes de la gran isla septentrional llamaban al resto del país Naichi («tierras del interior»), y los de las Ryûkyû llamaban Hondo a Japón («tierra principal»). Pese a la existencia de una Constitución que garantizaba a los habitantes de estas tierras un estatuto idéntico a los demás, éstos constataban diferencias de consideración que aparecían incluso en el léxico. Tales denominaciones estaban en vigor porque los habitantes tenían una conciencia profunda de que vivían en territorios «diferentes» del resto del país. Por ello es imposible de todo punto ignorar el problema de las colonias premodernas en una historia de la colonización japonesa.

Los territorios situados en el extremo norte de la isla principal de Honshû (el norte de la actual Tôhoku), la isla de Hokkaidô, las Kuriles y Sajalín estaban habitadas antaño de manera irregular por poblaciones asiáticas de cazadores-pescadores, de cultura no japonesa. Aunque consideradas poblaciones bárbaras por los habitantes del archipiélago, habían desarrollado una civilización original,

[c] El autor escribe Kwantung, que es la forma antigua; hoy se escribe Guangdong, según el sistema de transcripción pinyin, y es la que emplearemos en todos los términos chinos. [N. del T.]

que se denomina hoy Ainu y que, hacia el siglo XIII, practicaba un comienzo de agricultura, al menos en las franjas de terreno meridionales. En el siglo XV los habitantes de Honshû, que tenían la costumbre de comerciar con estas poblaciones, comienzan a crear establecimientos fortificados permanentes (*tate*), bajo la dominación de señores que controlaban el estrecho de Tsugaru: empresas de roturación agrícola, centros de comercio y de intercambio, puntos de apoyo militares en zonas medio insumisas.

A comienzos del siglo XVII los señores que dominan la región, *daimyo* cuyo nombre de linaje es Matsumae, entran en el vasallaje shogunal a cambio de su reconocimiento oficial. Las poblaciones no japonesas, minoritarias, del norte de Honshû son tratadas como parias, y poco a poco van siendo asimiladas, mientras que las de la isla del norte, Ezo (Hokkaidô), son sometidas y rechazadas. Ya en el siglo XVI se inicia un movimiento de colonización en el sur de Hokkaidô (en torno a la actual ciudad de Hakodate) y las tierras ainu son invadidas progresivamente por colonos que se las apropian. Los jefes de las poblaciones fortificadas que se multiplican por la isla septentrional acceden al estatus de samurái.

Obligados a pagar tributos constituidos por el producto de la caza (pieles) y de la pesca (mamíferos marinos), los ainu van abandonando paulatinamente la artesanía y la agricultura y se dedican a una monoactividad, la economía de predación. A cambio de las pieles y de los productos de la pesca, los ainu obtienen, en términos extremadamente desfavorables, arroz, sake, productos artesanos, en especial laca, y a veces útiles de hierro. Se hacen económicamente dependientes de los colonos japoneses, cuyo nivel de vida es muy superior al de ellos. Las relaciones entre ambas poblaciones se deterioran continuamente. Por otro lado, en los siglos XVII y XVIII los colonos japoneses se convierten en mayoritarios demográficamente. Pese a algunos sobresaltos, con ocasión de revueltas rápidamente dominadas los ainu ven cómo su universo se hunde y su sociedad se desestructura. A fines del siglo XIX se ven reducidos a la situación de población minoritaria, duramente explotada por los colonos.

En 1869, inmediatamente después de la restauración Meiji, se crea una «misión para la roturación» que sustituye al antiguo feudo de Matsumae. Luego, desde 1886, el territorio será gobernado por una agencia del ejecutivo central. A partir de este momento se tratará de favorecer el cultivo de tierras nuevas y de explotar las materias primas de la isla. Para la roturación de los bosques, la construcción de carreteras y la explotación de minas se requisa mano de obra ainu, que pronto resultará insuficiente, por lo que el Estado echa mano de la fuerza laboral de los presidiarios, enviados a las fronteras del norte para garan-

tizar el grueso del trabajo de infraestructura. Hokkaidô se convierte así en tierra de relegación, pero también la mano de obra presidiaria resulta insuficiente. Sociedades de colonización invitan a los japoneses «del interior» a ir a esas tierras nuevas. Son sociedades que organizan la emigración de campesinos pobres llegados de Tôhoku, del Hokuriku o incluso de regiones más alejadas, y les ceden tierras sin ocupar, con frecuencia antiguos terrenos de caza arrebatados a los ainu. Los japoneses del interior establecidos en este *Far North* [Lejano Norte] reconstituyen en las localidades en las que se establecen réplicas de las comunidades que han abandonado. A comienzos del siglo XX, con 1.700.000 habitantes (de los que apenas 50.000 son indígenas), la isla del norte se convierte por fin en económicamente viable. Sin embargo, el proceso de colonización e integración en el Estado japonés ha implicado el hundimiento de la sociedad ainu.

Por muchos aspectos, el desarrollo de Hokkaidô a finales del siglo XIX recuerda a la política aplicada en Australia por el Reino Unido: una sociedad local desestructurada por la emigración de poblaciones de *convicts* [convictos] que llegan a ser mayoritarios rápidamente, seguidos de un flujo de inmigrantes provenientes de la metrópoli. Además de la escala geográfica, la diferencia reside en el carácter contiguo de la isla del norte respecto al resto del archipiélago. De improviso se plantea como cuestión diplomática de primer plano, ya desde mediados del siglo XIX, la noción de línea fronteriza, en contacto con las fronteras del Imperio ruso. Hokkaidô se ha convertido así en una especie de *Far North* de Japón, con una *frontier* [frontera], un frente pionero que retrocede a medida que progresa la ocupación de los territorios por parte de los colonos japoneses. Siguiendo las relaciones de fuerza entre Japón y Rusia, se firmaron tratados para fijar una línea fronteriza, que seguirá siendo móvil a lo largo de la Historia: Japón se anexiona finalmente Sajalín y las Kuriles tras la victoria contra el ejército del zar de 1905, para perderlas en 1945 ante el avance del Ejército Rojo. Las poblaciones locales ainu que pueblan o poblaban estas tierras nunca fueron consultadas, evidentemente.

El problema de los «territorios del norte» (cuatro islas de las Kuriles del sur, a lo largo de la costa de Hokkaidô), que actualmente reclama Japón, reposan en una legitimidad discutible. Desde el siglo XVIII se fueron creando en ellas establecimientos de pescadores japoneses, en una época en la que se señalaron también otros establecimientos rusos. La integración de Kunashiri, una de las islas reivindicadas, en el feudo de los señores de Matsumae, data de 1789. Es la consecuencia del fracaso de una revuelta ainu contra los samuráis vasallos de Matsumae. Sea como fuere, la cuestión del «archipiélago de las brumas» continúa envenenando aún hoy las relaciones entre Moscú y Tokio.

En lo que se refiere al archipiélago de las Ryûkyû, al sur de Kyûshû, y su isla principal, Okinawa, la cuestión colonial se plantea en términos muy diferentes. En efecto, el archipiélago conoce un desarrollo autónomo que desemboca en la creación de una pequeña monarquía en el siglo XIV. Los embajadores de las Ryû Kyû son recibidos en la corte shogunal de Kyôto en el siglo XV y son considerados «extranjeros». Los habitantes de las Ryûkyû se lanzan al comercio internacional, en el que hacen de intermediarios, en tanto que sus juncos recalan en todos los grandes puertos de Extremo Oriente entre los siglos XV y XVI. Sin duda fue gracias a estos «requios» (gentes de Ryûkyû), instalados en Malacca, por lo que los portugueses oyeron hablar del archipiélago japonés a comienzos del siglo XVI.

Para sobrevivir y ser reconocida, la pequeña monarquía debe integrarse en el sistema de relaciones internacionales creado y dominado por el Imperio chino. Los jefes de los Estados que crean en las fronteras del Imperio del Medio —y que han sido sinizadas o están en proceso de serlo— quedan instituidos por los Hijos del Cielo como «reyes» (*wang*) y aceptan su preeminencia. Formalmente son delegados y por lo tanto súbditos del emperador en los territorios en los que reinan. A cambio de esta titularidad oficial el reconocimiento por parte del soberano chino les garantiza prestigio y, con frecuencia, legitimidad. De este modo, los Estados periféricos de China se insertan en una jerarquía internacional. Rehusando plegarse oficialmente a este régimen (y aceptándolo en la mayoría de los casos de hecho), Japón se mantiene en una independencia teórica, pero la monarquía de las Ryûkyû no dispone de esta libertad y se ve obligada, sobre todo para poder comerciar con los puertos del imperio, a aceptar la soberanía oficial china, que equivale, además, a una forma de protección. Asimismo, la monarquía coreana, en todas las épocas, ha sido sometida a esta supremacía china a cambio de su autonomía: ésta es más rotunda, evidentemente, cuando el imperio se halla en dificultades, o es más débil cuando el imperio es fuerte.

Tal es la situación en la región a comienzos del siglo XVII. El incremento de la potencia japonesa en el ámbito económico, el surgimiento de un poder central relativamente fuerte con el régimen de Hideyoshi (1582-1598), luego el shogunato de los Tokugawa desde 1603, la consolidación local de los príncipes japoneses, y los grandes daimyô como el de Satsuma en el sur de Kyûshû, todo ello lleva a la modificación local del sistema de dominación chino. No sólo los shôgun Tokugawa ya no se pliegan a China, sino que tratan de constituir un sistema idéntico al chino pero en su propio beneficio: exigen que la monarquía coreana (los japoneses invaden Corea dos veces a finales del siglo XVI) se sitúe en una relación de deferencia respecto al shôgun de Edo. Asimismo, obligan a los

capitanes holandeses de Nagasaki a rendirles vasallaje (lo mismo que los Qing de China obligan a los comerciantes ingleses de la Compañía de las Indias a aceptar esta «humillante» ceremonia hasta comienzos del siglo XIX). En 1609 el daimyô de Satsuma, con la aprobación del shôgun, lanza una expedición contra Okinawa: derrotado, el monarca de las Ryûkyû es obligado a aceptar la dominación administrativa de los samuráis de Satsuma y a pagar un fuerte tributo. Desde este momento Okinawa deberá reconocer una doble supremacía: la de la monarquía china de los Qing y la de los príncipes de Satsuma, mientras que ambos soberanos fingen ignorarse mutuamente.

Bajo la dominación de Satsuma, la monarquía mantiene una independencia ficticia, pero bajo el gran peso del impuesto relacionado con el sistema de doble tributo la población local sufre. El azúcar de caña se convierte en la única producción realmente rentable y susceptible de responder a las exigencias de las autoridades, por lo que la caña se convierte a su vez en producto de exportación. El resentimiento respecto a Satsuma es fuerte. La llegada de barcos occidentales —sobre todo franceses— a aguas de Okinawa en la década de 1840 permite por un instante que la monarquía tenga la vaga esperanza de poder tomar en consideración la independencia. Se firman tratados con las potencias occidentales, al mismo tiempo que los firmados por Japón. Sin embargo, en 1872 las veleidades de autonomía de la monarquía entran en un mal camino: la política exterior del reino la determinará Tokio, que prohíbe a Okinawa pagar su tributo a China en 1875, pese a las protestas de la población, para la que el tributo oficial chino pagado a un soberano ficticio y lejano es mucho mejor que una dominación japonesa muy real. El reino, transformado ya en simple señorío en 1872, se convierte en departamento japonés en 1879. Desde este momento las Ryûkyû son parte integrante, formalmente, del territorio japonés, y la monarquía es abolida. Sin ningún medio de acción en un teatro tan alejado, China deberá admitir la anexión, que será ratificada tras la derrota china ante Japón en 1895.

En Okinawa el régimen que se ha instalado en un territorio en el que no se habla japonés (la lengua de las Ryûkyû está emparentada con la nipona, pero es diferente) experimenta ciertas prácticas coloniales japonesas que se harán corrientes en el futuro. El sistema escolar sólo enseña la lengua de Tokio, y los habitantes de Okinawa deberán esperar a 1920 (unos treinta años después de «Hondo») para poder enviar diputados a la Cámara Baja. La crisis del azúcar en 1921 provoca el hundimiento del nivel de vida de los habitantes, de los que muchos (más de 50.000), empujados por la miseria, emigran al extranjero (sobre todo a Hawaii, pero también a la Nueva Caledonia francesa) o a las colonias japonesas (como Taiwán).

Mientras Japón reconoció de facto el sistema de organización de las relaciones internacionales en Asia, la suerte de Okinawa permaneció ambigua. El doble sometimiento al imperio de los Qing y a Satsuma era, a fin de cuentas, la expresión del orden tradicional en Extremo Oriente. Sin embargo, la llegada de las cañoneras británicas a China quiebra este orden. China debe aceptar la nueva titularidad, que ya no reflejaba la ficción del sometimiento de todos los Estados al imperio, sino otra ficción, la del orden occidental, que implicaba relaciones formalmente igualitarias entre Estados independientes.

Japón es el primer Estado asiático que penetra en esta falla ideológica para imponer a su vez la apertura de Corea en 1875 e introducir una formidable ruptura en el equilibrio milenario construido en torno a China. El proceso de construcción del Estado moderno japonés se inscribe, pues, en un contexto de desplome del antiguo orden imperial chino y es inseparable de su desaparición. Y su nuevo orden colonial se presenta, muy pronto, con una nueva vocación: la de sustituir a aquél. En unos años, las islas Ryûkyû son absorbidas unilateralmente, y les siguen poco después Taiwán y luego Corea.

La colonización de la que son víctimas las poblaciones de las Ryû Kyû se confirma trágicamente con ocasión de la batalla de Okinawa en la primavera de 1945. En un terrible lapsus, el Estado Mayor japonés la califica de «última batalla antes de la que se desarrollará sobre el suelo de la madre patria»: la «batalla de Japón» comienza sólo tras la caída de Okinawa, considerada una posesión colonial cuya pérdida era perfectamente previsible. Después de todo, China había renunciado a Taiwán en 1895 sin por ello desaparecer. Del mismo modo, es revelador constatar que el ejército japonés, en plena batalla de Okinawa, se vio obligado a anunciar oficialmente que aquellos que hablaran la lengua local de la isla serían tratados como espías y fusilados.

Ocupado por los estadounidenses en junio de 1945, el archipiélago fue restituido a Japón en 1972, a cambio de mantener las instalaciones militares geoestratégicas en la isla principal. Es útil recordar que el departamento de las Ryûkyû es el único que nunca ha recibido una visita del emperador reinante. Su presencia no es «deseada» por los isleños...

La constitución de un sistema colonial moderno

La empresa colonial japonesa puede entenderse, pues, como una prolongación de las experiencias antiguas en un contexto de rivalidades internacionales agu-

das. Entre 1895 y el final de la guerra del Pacífico (1945), se organiza en cuatro momentos clave:

— La victoria sobre China en 1895 permite a Japón obtener de Pekín que cese de mantener con Corea relaciones de tipo tradicional. El Imperio qing reconoce la independencia de la monarquía coreana en el marco de las nuevas relaciones entre Estados y renuncia igualmente a su soberanía sobre Taiwán. La isla es anexionada inmediatamente por Tokio.

— La victoria contra Rusia en 1905 deja a Japón las manos libres en Corea, constituida en protectorado dirigido por un residente general establecido en Seúl. Sin embargo, el residente general, Itô Hirobumi, es asesinado en 1909 por un nacionalista coreano. El incidente provee a Japón del pretexto para anexionar Corea el año siguiente. Desde el principio, la integración de Corea en el imperio se hace en un contexto de tensión local. Para controlar la península, Tokio deberá actuar continuamente, teniendo en cuenta la hostilidad latente o manifiesta de las poblaciones. La represión constituye uno de los aspectos más importantes de la ocupación colonial de Corea.

— Desde 1905 Japón goza de una zona de influencia en el sur de Manchuria, la región del Guangdong. El control del ferrocarril transmanchuriano representa una de las bazas importantes de la presencia nipona. Comienza a aplicarse una política de colonización agrícola. El «incidente de Manchuria» de 1931 (tras un atentado contra la vía férrea atribuido a los nacionalistas chinos, que sirve de pretexto a la intervención directa de las tropas japonesas) termina con la expulsión oficial de China de la región y el establecimiento de un Estado títere a sueldo de Tokio, el Manchukuo. De 1931 a 1945 Japón dispone de una colonia al norte de Corea, aunque no se la llame así.

— Las conquistas militares en China desde 1937 y luego en el sureste asiático crean zonas de influencia japonesa, pero aun así Tokio no las transforma en colonias: permite que se constituyan gobiernos vasallos (en la China ocupada), mantiene la administración local y colonial (en Indochina) o a veces elimina ésta (Filipinas, Indias Holandesas). En este caso se trata más de una ocupación militar que de colonias en el sentido estricto del término. Y no hay, tampoco, emigración japonesa organizada hacia estos territorios.

Así pues, es más bien en Taiwán y en el Asia del noreste donde funciona la política colonial. Desde la ocupación de Taiwán ésta queda definida y se ejerce, con algunos matices y con algunos desfases cronológicos en las otras regiones, según ciertos principios básicos:

— El ejército —y más concretamente el ejército de tierra—, asistido por una policía política, la *Kempeitai*, desempeña un papel fundamental en la administración de los territorios.

— Los territorios conquistados están destinados a ser «modernizados»: su valorización constituye uno de los objetivos de la colonización. Detrás existe una idea-fuerza: lo que permitió el éxito económico de Japón desde 1868 es exportable.

— Es visible el proyecto político general: así pues, las poblaciones han de ser «japonizadas» en su propio interés. Un día llegará en que los colonizados serán iguales a los japoneses. Hay que disponer los medios, pues, para que las poblaciones sometidas accedan a la «japonidad». La cuestión de la cultura es fundamental.

— En el fondo se perciben los efectos perversos del proyecto: la ocupación militar ligada a la represión, la confiscación de las energías por medio de una industrialización forzada, o la «incapacidad» de las poblaciones colonizadas para sentirse «japonesas», provocan una discriminación sistemática que alimenta la brutalidad del sistema.

El caso ejemplar de Taiwán

La dominación china sobre Taiwán no era tan antigua. Todavía en el siglo XVI la isla es poco conocida por el imperio. Habitada por poblaciones clánicas de origen malayo o provenientes del sureste de Asia,[d] «Xiao Liuqiu» (la Pequeña Ryûkyû), llamada Formosa por los portugueses, conoce un inicio de actividad comercial a finales del siglo XVI con el desarrollo de factorías en las que chinos, japoneses y ryukyuanos intercambian sus productos en lo que los historiadores japoneses llaman «comercio de encuentro». En 1624 los holandeses ocupan una de estas factorías, Anping, pero son desalojados en 1662 por Coxinga, general chino rebelde originario del vecino Fujian, que no acepta la dominación de los Qing manchúes sobre el Imperio chino. En efecto, ya a comienzos del siglo XVII se produce un movimiento migratorio chino proveniente de la provin-

[d] En realidad no son «malayos», sino poblaciones (etnias y subetnias) de lenguas del phylum Austronésico, de la macrofamilia formosana, excepto la de una de las etnias, los yami, cuya lengua pertenece también al phylum Austronésico, pero a la macrofamilia malayo-polinésica, y a la subfamilia malayo-polinésica occidental, y al grupo filipino septentrional. [N. del T.]

cia de Fujian y los colonos chinos rechazan a las poblaciones locales hacia el interior. A finales del XVII, tras haber sido gestionada de manera autónoma por Coxinga y sus descendientes, Taiwán entra oficialmente en el marco del imperio. Sin embargo, vista desde Pekín, la isla es una lejana posesión colonial poblada por chinos del sur y por poblaciones indígenas. Ante la agresividad japonesa el gobierno imperial abandona Taiwán en 1895 sin considerar que se trata de una pérdida irremediable, lo que contrasta, evidentemente, con las declaraciones actuales de Pekín sobre el carácter absoluto de la necesidad de recuperar la «provincia de Taiwán».

En 1895 Japón envía, pues, tropas a ocupar la isla, cedida oficialmente por Pekín. Sin embargo, los japoneses se enfrentan a una resistencia debida sobre todo a las poblaciones no chinas, a lo que se añade la malaria, que afecta al cuerpo expedicionario. Les serán necesarios seis meses a los japoneses para hacerse con la isla, y tres años para romper la resistencia que, por otra parte, seguirá de manera esporádica hasta 1915. Esta guerra, que no se llamará tal, provocará más muertos (unos 10.000) entre las tropas niponas que la guerra sino-japonesa de 1894-1895, y más todavía entre las poblaciones civiles locales. La resistencia de la población china establecida en las llanuras fue dominada con bastante rapidez, pero no así la de las poblaciones montañesas, más aisladas: obligadas al trabajo forzado a voluntad del invasor, aceptan mal la intrusión de un aparato militar que desorganiza su universo tradicional.

Ante esto Tokio establece una administración dominada por el ejército de tierra, pero apoyándose en un grupo de funcionarios civiles. En los primeros veinte años de colonización los gobernadores de Taiwán son generales del ejército de tierra, elegidos todos por el hombre fuerte del régimen, Yamagata Aritomo, y surgidos, como éste, del antiguo feudo señorial de Chôshû, uno de los que consiguieron abatir el antiguo régimen shogunal y que dieron lugar a la restauración Meiji de 1868. El primero de los administradores civiles que colabora con los oficiales es Gotô Shimpei, que llega en 1896 y tiene como misión formar el personal para la modernización de la isla. Shimpei, que había estudiado el sistema administrativo colonial británico, desembarca con un equipo dinámico: ordena la ejecución de un informe sobre las costumbres de las poblaciones de la isla, elabora un catastro de las tierras para garantizar los derechos de propiedad, crea el Banco de Taiwán, inicia trabajos de infraestructura (carreteras, puertos, ferrocarriles...) y trabaja en la modernización de la industria azucarera.

Todo con cierta prudencia: en el campo del derecho, Gotô Shimpei, siguiendo las prácticas británicas, es partidario de mantener un estatus jurídico especial en la isla, teniendo en cuenta sus prácticas consuetudinarias. Más tarde

chocará con los «políticos», es decir, con aquellos que, como Hara-Kei, futuro primer ministro en 1918, deseaban arrebatar la administración colonial a los militares y unificar en un plano jurídico «Naichi» (Japón) y las colonias, lo que conseguirá realizar en 1921. Mientras, Shimpei cree en la necesidad del *Ikkoku niseido* («un solo país, dos sistemas»)[1]. Volvemos a encontrar aquí los dos tipos de política que se enfrentaron en Tokio respecto a las colonias en todo este período: el de los «militares»[2] por un lado, que quieren evitar los roces con las poblaciones autóctonas, pues las colonias representan para ellos puestos avanzados útiles desde un punto de vista estratégico en caso de que tuviese que producirse un eventual progreso del ejército en dirección sur (*nanshin*) —lo que tendrá lugar a partir de 1937—. Shimpei, pese a ser un civil, opina así y se basa en el ejemplo de lo que hacen los occidentales en sus propias colonias. Por otro lado tenemos el punto de vista de los «políticos», que piensan que la mejor manera de consolidar las relaciones sociales en el seno de las colonias es garantizando del mejor modo posible la integración de las poblaciones, acelerando la «japonización». Taiwán, primera colonia japonesa, constituye un laboratorio de ideas y experiencias. Gotô Shimpei y sus hombres serán enviados más tarde a Corea o a Manchuria, donde aplicarán principios idénticos.

En 1906 se empieza a aplicar un plan quinquenal de desarrollo de las poblaciones aborígenes, al tiempo que se lanzan operaciones de «pacificación» contra las comunidades montañesas. A éstas se las reagrupa en zonas especiales controladas y, mientras tanto, se construyen carreteras y líneas de ferrocarril de carácter estratégico y al mismo tiempo económico. La *civilización* progresa al mismo ritmo que la represión.

De manera simultánea se inicia una inmigración japonesa, cuya estructura es muy típica de las sociedades coloniales. En lo alto de la jerarquía están los administradores y los jefes de empresa llegados de Japón, de Hondo, pero se aceptan igualmente trabajadores de Okinawa para obras y construcciones públicas. Este personal, muy pronto, asume funciones propias del plano administrativo: capataces de obra, policías, encargados especialmente de la represión en «zonas difíciles». La población china, descendiente de los antiguos colonos, en su ma-

---

[1] Notemos de pasada que de este lema se apropiará la propaganda de Pekín en la década de 1980 para justificar la reintegración de Hong Kong, Macao y, en un futuro, Taiwán en el seno de la madre patria: en este caso, «un solo país, dos sistemas» significa que es posible hacer coexistir el comunismo y el capitalismo en el seno de un mismo Estado.

[2] Queremos indicar con este nombre las personalidades más bien próximas a los medios militares, por oposición a otros más próximos a los partidos políticos.

yoría llegados de Fujian, está formada por campesinos y comerciantes que habitan sobre todo en las llanuras. Esta población acepta sin demasiadas dificultades la presencia japonesa, porque ésta es el origen de un proceso de desarrollo real del que obtiene también, en cierta medida, su parte de beneficios. Distinta es la situación de la población local, rechazada a las montañas y víctima de la discriminación, de la represión y del reclutamiento para los trabajos más penosos.

A estas poblaciones, que los japoneses aprenden pronto a diferenciar de los más acomodaticios chinos, se las califica de *dohi*, «bandidos locales». Tales «bandidos» serán reducidos finalmente, lo que será la prueba para Tokio, si hiciese falta, de la superioridad de la civilización sobre la barbarie: vista desde Japón, la resistencia resulta incomprensible y no haría más que demostrar el salvajismo de los indígenas. Un grave incidente, en 1930-1931, demuestra lo que decimos: grupos dohi de las mesetas altas masacran a un centenar de japoneses en una aldea. Se desencadena la represión: 6.000 hombres, apoyados por artillería y aviones, dotados de armas pesadas y de gas de guerra, dominan a los pocos centenares de insurgentes que, agrupados en un campamento, son masacrados a su vez por indígenas projaponeses. Verdadero ensayo general de futuras operaciones en el continente, esta demostración de fuerza dice mucho de la tensión latente entre las poblaciones coloniales y colonizadas de Taiwán. Sin embargo, esto no impide —como suele ser el caso en los regímenes coloniales— la preocupación de la administración colonial a la hora de favorecer, por ejemplo, la higiene pública, de construir hospitales o de abrir dispensarios. Así, en 1911, se abren veintisiete de estos centros de cuidados médicos en Taiwán.

La gestión económica del imperio

En el propio Japón la idea de poner todas las fuerzas posibles al servicio de la industrialización de las colonias es perceptible ya desde la ocupación de Taiwán. En todo caso, esta idea la apoya el gran intelectual Fukuzawa Yukichi tras la victoria de 1895 sobre China. Fukuzawa, que es uno de los artífices de la apertura a la ilustración y el teórico de la modernización de la década de 1870, recomienda «poner todas las energías de la isla al servicio de la industrialización y la modernización, pues los beneficios serán así considerables».

El proyecto «desarrollista» de la colonización japonesa ha sido como un espejismo respecto a las fuerzas intelectuales de los países vecinos. Los estudiantes chinos, coreanos e incluso vietnamitas van a Tokio, en la década de 1890, a

buscar las recetas de la independencia nacional y la modernización. En la década de 1920 hay ya varios miles de estudiantes asiáticos matriculados en las universidades japonesas, fascinados por la calidad de la enseñanza que se les prodiga y, al mismo tiempo, decepcionados por las condiciones discriminatorias de las que son víctimas. Los territorios ocupados y colonizados son objeto, pues, de una valorización real, aunque esto no significa que se haga en armonía con las poblaciones, a las que se requisa, se somete al trabajo forzado o se priva de todo acceso a los beneficios. Si bien en Taiwán las inversiones japonesas, la mayoría de las veces, se hacen de manera privada y sobre todo en la industria azucarera, en Corea son, en general, fruto del esfuerzo del Estado. Un ejército de más de 200.000 funcionarios japoneses gobierna Corea: una administración colonial muy centralizada organiza la planificación de la economía. Los resultados son desiguales, pero de 1911 a 1930 Corea conoce una tasa de crecimiento anual del 3,5 por ciento. El esfuerzo más notable se realiza en campos como infraestructuras, transportes, instalaciones portuarias, planes de urbanismo y explotación de tierras nuevas, sobre todo en Manchuria, donde emigran más de 1.200.000 japoneses para aprovechar las condiciones favorables que se les ofrece (lotes de tierras a bajo precio y préstamos con tasas favorables), pese a un entorno climático sin duda difícil. En Sajalín la construcción de fábricas de papel en la actual Korsakov transforma la isla en productora de este producto para todo el imperio.

El empuje de las reivindicaciones sociales en Japón tras la I Guerra Mundial, con los disturbios del arroz de 1918 y el auge del movimiento obrero, conduce a las grandes empresas a trasladar una parte de sus fábricas a las colonias, donde la mano de obra es menos cara. Por otro lado, el Estado tiende a incrementar las importaciones de arroz a Japón, con el fin de mantener este producto a bajo precio. En Corea las consecuencias son dramáticas: mientras que la producción de arroz ha aumentado sólo el 10 por ciento entre 1920 y 1930, las exportaciones se han triplicado. A comienzos de la década de 1930 la península está al borde de la hambruna. Las ciudades ven llegar a miles de campesinos míseros, arruinados, dispuestos, para sobrevivir, a emigrar a Japón, donde la máquina productiva funciona de nuevo a pleno rendimiento desde el comienzo de la guerra contra China (1937). En Taiwán las exportaciones agrícolas hacia Japón se intensifican en la misma proporción que en Corea, pero las grandes inversiones de la metrópoli en la industria azucarera atenúan los efectos de esta sangría y hacen que la crisis sea más soportable.

Las grandes compañías japonesas que explotan las materias primas en las colonias van a instalar asimismo los primeros elementos de una industria pesada.

Éste es, en particular, el caso de Manchuria, donde las inversiones industriales en torno al Mantetsu, la compañía mixta de explotación del ferrocarril transmanchuriano, son considerables. La burocracia japonesa, los conglomerados (*zaibatsu*) y los universitarios se interesan por las experiencias llevadas a cabo en las colonias, que a veces se convierten en lugares de experimentación. Así, en Taiwán, Gotô Shimpei, imitado más tarde en Manchuria, diseña planes de urbanismo que prevén, entre otras cosas, el saneamiento de las aguas ya usadas. En Taipei se instalan de modo experimental sistemas de evacuación, por completo desconocidos en Japón.

El caso de la red de ferrocarriles, y el de la red de transportes en general, es particularmente ilustrativo en cuanto a los proyectos lanzados por Tokio. Por supuesto, se trata de garantizar ante todo el transporte rápido de tropas, pero la construcción de una red de vías férreas de Taiwán a Sajalín, de Pusán hasta los límites de Mongolia, es una realidad que debemos al colonialismo japonés. En 1939 la metrópoli cuenta con 18.000 kilómetros de vías férreas y las colonias con 15.000. En la estación de Tokio se puede adquirir un billete para Harbin, en Manchuria. Se desarrolla así toda una red de transportes en estrella en torno a la metrópoli, que constituye el corazón del sistema.

Japón no duda en enviar a las colonias a lo mejor de sus ingenieros, de sus universitarios y de sus administradores. La creación de la Universidad Imperial de Seúl (Corea) según el modelo japonés no está pensada únicamente para acoger a los jóvenes salidos de la élite colonizadora nipona, sino que se abre igualmente a las élites locales japonizadas, que en la década de 1930 comienzan a formar un embrión de clase media. Hay que destacar que la gestión de los ferrocarriles de Corea queda confiada a administradores e ingenieros coreanos formados por los japoneses.

La «japonización»

En el marco del sistema de relaciones internacionales erigido alrededor del Imperio chino, numerosos pueblos y Estados podían conservar su autonomía y sus particularismos, y cohabitar reconociendo mutuamente su existencia. Este orden, a fin de cuentas —como se ha visto en el caso de las islas Ryûkyû—, era flexible y abierto, y Japón, en mayor o menor medida, compartía esta idea de las cosas. Sin embargo, para replicar a la penetración occidental en el siglo XIX, Japón abandona estas concepciones y adopta con mucha rapidez las nuevas configuraciones políticas occidentales. El punto de partida de este nuevo orden es la relación que se

establece con Corea y que se basa, desde el punto de vista de Tokio, en una depreciación más o menos sistemática del otro (L. Babicz, 2002). En la concepción del orden en Asia oriental, tal como se constituye a finales del siglo XIX y a comienzos del XX, Japón se halla en el centro y las colonias, en la periferia, están destinadas a ser asimiladas por el centro una vez que hayan accedido a una «japonidad» suficiente. A la espera de este ascenso, los pueblos colonizados deben soportar la tutela de los vencedores. Éste es el eje de la política colonial japonesa.

Surge así un concepto jerarquizado del espacio. Se trazan de forma abstracta círculos concéntricos alrededor de Japón, en función de un grado más o menos elevado de japonidad, considerada la norma. Esta distribución espacial lleva a la mayor o menor intensidad del control político y social ejercido sobre las poblaciones, según su capacidad de someterse al modelo impuesto.

Los territorios exteriores a Hondo (o Naichi) han de ser situados, así, bajo tutela imperial y «japonizados». El término japonés es *kôminka*, que significa, con una perífrasis, «proceso de sumisión de los pueblos a la figura imperial». Okinawa es o va a ser asimilada. Tokio querría hacer lo mismo con Taiwán, aunque se admite que el proceso de japonización tomará más tiempo, porque la estructura de las poblaciones (chinos, aborígenes) es más compleja. Corea —una especie de Japón arcaico sin pulir— acabará por entrar un día en el marco japonés y por japonizarse a su vez, según se piensa, en resumen, en los círculos coloniales nipones. Para desarrollar la japonización se adoptará un cierto número de medidas, más o menos aplicadas según el contexto, que tienden a transformar a las poblaciones colonizadas en «fieles súbditos del emperador». Por ejemplo, se les exige un juramento de fidelidad al soberano, se construyen santuarios shintoístas y se exige a las poblaciones que vayan a venerar a las divinidades japonesas «exportadas».

El proceso de japonización se basa ampliamente en la instrucción. En Taiwán, en Corea, en Manchuria, se intenta transformar a las poblaciones sometidas en «súbditos del imperio» haciendo que aprendan una moral, una historia centrada en torno al respeto y a la fidelidad debidos a la persona imperial. El núcleo es la enseñanza forzosa del *kokugo*, la «lengua nacional», es decir, el japonés. En 1911 se promulga en Corea un decreto imperial sobre educación que da la salida a la nueva política cultural, destinada a «convertir a los coreanos en un pueblo fiel». Bajo la influencia del levantamiento coreano de 1919, un segundo decreto imperial establece, en 1922, un sistema de enseñanza primaria de seis años, como en Japón, y suprime las escuelas tradicionales coreanas, que daban instrucción en la lengua local. En estos nuevos colegios se utilizarán desde entonces manuales japoneses idénticos, salvo alguna excepción, a los de la metrópoli. Con el decreto de 1937 la japonización se hace incluso más severa. *Naisen*

ittai era el lema oficial: «Convertir a los coreanos en japoneses de manera total» (literalmente, Japón y Corea, un solo cuerpo). «La historia nacional (la de Japón) tiene por objetivo hacer comprender mejor los principios del *kokutai* (la esencia nacional, concepto místico del nacionalismo japonés) de modo que se eduque el espíritu de las poblaciones del imperio en vías de japonización.»

En Taiwán, donde las primeras escuelas públicas aparecen en 1899, la japonización es más lenta: no será hasta 1922, al acelerarse la política de asimilación, cuando se comenzará a enseñar la historia y la geografía de Japón de manera sistemática. Los manuales utilizados en Taiwán en las escuelas públicas no son diferentes en absoluto de los de la metrópoli, y se prohíbe enseñar la historia de la isla en los libros, pues necesitaría demasiadas referencias a China. En Manchuria los manuales muestran la historia nacional de Manchuria, cuya «independencia y desarrollo son posibles gracias a la alianza indestructible con Japón». Las ediciones de 1943 dan prioridad al espíritu del *Nichiman isshin ittai* (la unión del espíritu y del cuerpo entre Japón y Manchuria).

Al aumentar el peligro en la segunda mitad de la década de 1930, se acentúa la presión japonizadora. En Taiwán el objetivo es claro: hacer que las poblaciones locales pierdan toda conciencia nacional para prepararlas a participar en la guerra contra China en el continente. En 1937 se prohíbe en las escuelas el chino clásico. Toda la enseñanza se efectúa en japonés y se crean cursos de tarde o de recuperación para los niños taiwaneses que no manejan demasiado bien la lengua de los colonizadores. Los resultados son bastante efectivos: se estima que en 1936 un 32 por ciento de la población de la isla habla japonés. En 1940 la cifra alcanza el 51 por ciento. Las autoridades obligan en cada hogar a colgar en las casas etiquetas sagradas, editadas por el gran santuario de Ise, y se invita a las poblaciones a adoptar apellidos japoneses según «el estilo de Naichi».

En Corea la única lengua de la enseñanza es el japonés, y las élites locales que terminan por formarse (y que proporcionarán personal al país después de la independencia en 1945) son efectivamente hablantes de japonés. Un decreto de 1939 exige la japonización forzosa de los apellidos coreanos y algunos topónimos se modifican para que se parezcan a los japoneses. Esta obligación impuesta a los coreanos, por la que tenían que renunciar a sus nombres (y que, hasta hace poco tiempo, era una condición para la naturalización de aquellos que residían en Japón), ha marcado fuertemente las mentalidades en Corea, donde encontró una viva resistencia. Para el orden colonial se trataba de acelerar un proceso de asimilación que, al finalizar, debía negar las diferencias entre ambos pueblos. Para los coreanos esto se vivió como una voluntad de hacerles perder su identidad negándoles su singularidad.

Discriminación y represión, consecuencias inevitables del sistema

En su ingenuidad asimiladora, el colonialismo japonés crea entre los colonos un fuerte complejo de superioridad, que limita con el racismo primario y provoca, evidentemente, resistencias. Los chinos son «sucios, ávidos y caguetas», los coreanos «huelen mal y son estúpidos», los manchúes son «bravos pero no muy listos». Estos estereotipos se oyen en los círculos del ejército o entre los colonos agrícolas japoneses, numerosos en Corea y sobre todo en Manchuria, y esconden casi siempre su extrema arrogancia. Apoyándose en un aparato militar considerable, los colonos se portan con frecuencia de manera brutal y condescendiente con los colonizados.

En el número 2 de la revista *Kokudô* (1923), que ella misma edita junto a su compañero coreano, una joven japonesa, Kaneko Fumiko, nos cuenta, molesta e indignada, sus recuerdos de infancia, que transcurrió en Corea en los años 1912-1919. Nos dice cómo los propietarios japoneses, convertidos en usureros, aterrorizaban a sus deudores coreanos obligándoles a devolver la suma debida decuplicada, bajo pena de ser abatidos a tiros de fusil. La mayor parte de los colonos japoneses eran, originariamente, pequeños aparceros míseros que, en Japón, sufrían a los propietarios de la tierra o a los usureros. En cuanto desembarcaban en Corea o Manchuria comenzaban a comprobar los beneficios del Imperio del Gran Japón, que obligaba a coreanos y manchúes a inclinar la cabeza ante ellos.

Lo dice a su manera el joven Takagi Utsuhiko, soldado-campesino en el frente pionero de Manchuria, en una carta fechada en 1937:

> Aquí, los japoneses mandan. Desde que estoy en Manchuria, constato la suerte que he tenido por nacer en el Imperio del Sol Naciente. El poderío japonés es considerable. Nosotros, los jóvenes, podemos utilizar a nuestro antojo la fuerza de trabajo de estos altos manchúes de un metro ochenta que nos respetan en todo. Si se les trata bien, lo hacen lo mejor que pueden. Nosotros tenemos la impresión de ser como dioses. Es una tarea grande y noble tener que dirigir a este pueblo ignorante y simple.[3]

Estos comportamientos provocan, naturalmente, resistencias. Sobre todo en Corea, el movimiento nacionalista es extraordinariamente combativo, como

[3] Citado por Yamada Shôji, «Shokuminchi» (las colonias), en *Nihon tsûshi*, Iwanami, 18, 3, 1994, p. 67.

atestigua, por ejemplo, el Movimiento del 1 de Marzo, en Seúl: en el curso de una manifestación se proclama la independencia de Corea en medio de los vivas del gentío. Durante las semanas siguientes estallan manifestaciones en muchas provincias, que reúnen a centenares de miles de personas. La represión es muy dura, con decenas de miles de detenciones y miles de ejecuciones. A pesar del terror, florecen las publicaciones nacionalistas o independentistas. En Vladivostok se establece un gobierno coreano independiente y en el exilio, y más tarde pasará a Shanghai. La sustitución, en las colonias, de la administración militar por una civil, a iniciativa del primer ministro Hara a comienzos de la década de 1920, permite cierta flexibilización de la dictadura japonesa en Corea. Una policía ordinaria sustituye a la política, al tiempo que se favorece la promoción de coreanos en la administración local. Sin embargo, la resistencia antijaponesa no se desarma y acaba creando, sobre todo en el norte del país, una guerrilla controlada por las fuerzas comunistas coreanas. En Taiwán surge en 1921 un movimiento autonomista, favorable a la instauración de un parlamento local.

Sin embargo, la resistencia abierta no es más que uno de los aspectos de la reacción de los colonizados contra la colonización. La otra actitud, en realidad muy extendida, es la adhesión/sumisión al sistema colonial. Por ejemplo, como consecuencia del desarrollo de la política de asimilación, la movilización de los jóvenes reclutas taiwaneses o coreanos para el ejército japonés se emprende sin demasiadas dificultades. En Taiwán se crean unidades de montañeses del interior que se emplearán en los combates de Bataan y Corregidor contra los estadounidenses. Algunos se ven destinados a trabajos de infraestructura y aprovisionamiento de las tropas, mientras que otras unidades se forman con taiwaneses de origen chino, que también participan en combates. Asimismo, coreanos reclutados por el ejército sirven con frecuencia para la vigilancia de los prisioneros de guerra. Algunos de éstos serán juzgados por los estadounidenses como criminales de guerra en 1945, tras haber sido abandonados por los japoneses que ahora los consideraban coreanos, y por los propios coreanos, que veían en ellos a colaboradores de Japón. La política de japonización se vuelve, de algún modo, contra ellos: «Yo quiero participar en la guerra como los japoneses, no quiero seguir siendo víctima de la discriminación», declara un joven taiwanés reclutado para una fábrica japonesa en 1945.[4]

[4] Citado por Yamada Shôji, *ibid.*, p. 77.

El caso de Manchuria

La actividad colonial de Japón en Manchuria se enmarca en un contexto un poco diferente de los demás intentos de colonización, por dos razones: primero, por la importancia de la emigración japonesa; luego, por el hecho de que Japón haya preferido instaurar un Estado títere en lugar de instaurar una administración directa.

Después de la guerra ruso-japonesa y de la I Guerra Mundial, Japón adquirió derechos particulares en la región. Japón gestionaba sobre todo el ferrocarril surmanchuriano, que une Harbin con la península de Liaodong, y gestionaba también la «zona del ferrocarril», con unos cuantos kilómetros a cada lado de la vía férrea sobre la que había obtenido derecho de administración y sobre la que, de hecho, el gobierno chino había perdido el control.

Después de 1917 y el declinar de la influencia rusa en Extremo Oriente, Japón se encuentra en una posición de fuerza. Obtiene, para sus ciudadanos, el derecho de establecimiento en el país, de adquisición de tierras y de explotación de los recursos del subsuelo. Sin embargo, a finales de la década de 1920 la administración del señor de la guerra Zhang-Xueliang, establecido en Mukden, atrae la inmigración y los capitales chinos, sobre todo a Harbin, donde los intereses japoneses comienzan a sentirse amenazados. El «incidente» de septiembre de 1931, provocado por los japoneses, es la respuesta de Tokio: el ejército japonés expulsa a los elementos chinos y es ocupada toda la provincia, mientras los agentes japoneses apoyan bajo mano un movimiento nacional manchú antichino. La creación, en 1932, de una Manchuria «independiente», el Manchukuo, conduce a la ruptura de Japón con la Sociedad de Naciones.

Si las instituciones supremas del Estado manchú están llenas de chinos (la población de origen chino es más numerosa que la propiamente manchú), la realidad del poder se sitúa en los ministerios y en la administración, donde todos los sectores clave se encuentran controlados por japoneses relacionados con el ejército del Guangdong que, a decir verdad, tiende también a autonomizarse con respecto a Tokio. El Manchukuo se convierte en protectorado de un ejército colonial autónomo (M. Vie, 1996). Esta práctica de infiltración (llamada *naimen shidô*, «conducir desde el interior») se inspira en intentos llevados a cabo ya en Corea antes de la anexión oficial (sobre todo entre 1895 y 1910), y volverá a practicarse, después de 1937, en los territorios chinos controlados por el ejército japonés: los asuntos diarios se dejan a la administración local, pero todas las cuestiones esenciales las gestionan los japoneses u hombres que trabajan para ellos.

En Manchuria, con todo, el esfuerzo industrial japonés es real, motivado por consideraciones estratégicas y por la abundancia de materias primas. Además de un sector minero importante (carbón, hierro), se crean industrias pesadas (acero, cemento) y de transformación, con un comienzo sorprendente de la industria automovilística (camiones, tractores), bajo la égida de Nissan. A comienzos de la década de 1940 Manchuria constituye un elemento fundamental del poderío industrial japonés, dispuesto a sostener el esfuerzo de guerra.

La penetración brutal de los ejércitos japoneses en la China septentrional ya en 1932, luego en la China central en 1937, corresponde más a un proyecto económico y militar (echar mano de las riquezas agrícolas y las materias primas de las regiones mencionadas, sostener las exportaciones industriales de Japón y obedecer a consideraciones estratégicas globales) que a un proyecto colonizador propiamente dicho. Desde 1940-1942 las victorias japonesas amplían de golpe la zona de control a regiones externas a la influencia cultural china y que están ya bajo el yugo de un régimen colonial: en la órbita de Japón entran sucesivamente la Indochina francesa, la Malasia y la Birmania británicas, las Indias Holandesas y las Filipinas —colonia estadounidense desde la victoria de Estados Unidos sobre España en 1898—. Con el fin de colocar este conjunto regional múltiple en un marco común, Tokio inventa en 1942 la «Esfera de Co-Prosperidad Asiática», concebida como bloque exclusivo y cerrado a las influencias externas en un Asia en guerra.

A guisa de conclusión

Desde su nacimiento, el sistema colonial nipón aparece ligado a las empresas militares de Japón. De hecho, no sobrevive a la catástrofe de su aparato militar en agosto de 1945, expresamente deseado y organizado por Estados Unidos. Producto directo de la derrota, la descolonización japonesa se lleva a cabo en el espacio de unos días y al mismo tiempo en todas partes. La salida de los colonos, del personal dirigente y de los soldados de los ejércitos de ocupación se desarrolla en un desorden indescriptible que se parece mucho a un sálvese quien pueda. Los ajustes de cuentas que tienen lugar en Corea o Manchuria, contra los funcionarios o los colonos japoneses, que se han visto privados de improviso de todo apoyo militar, dice mucho sobre el carácter fundamentalmente represivo de un mecanismo que se decía liberador, pero que era como la mayoría de los sistemas coloniales. El drama de los niños japoneses confiados ante la catástrofe a amas de cría locales, que acabaron siendo criados por éstas y que quedaron

bloqueados al final tras el «telón de bambú» —sobre todo en Manchuria—, alimenta regularmente la crónica mediática en Extremo Oriente.

La rapidez del hundimiento del sistema colonial japonés se debe, sin duda, a la decisión política estadounidense de no hacer concesión alguna a su adversario y de llevar la guerra hasta sus últimas consecuencias. Sin embargo, el hundimiento igualmente brutal de Francia en 1940 no condujo a la desaparición de su imperio colonial en condiciones como éstas. El carácter de contigüidad del imperio japonés respecto a la metrópoli, en vez de ser una fuerza, constituyó sin duda una debilidad.

La derrota de 1945 obliga a Japón a abandonar todas sus pretensiones directas sobre los territorios conquistados o absorbidos desde finales del siglo XIX. Desde este punto de vista, y si juzgamos las cosas de manera fría y objetiva, la guerra del Pacífico, que opone a Japón a una alianza de potencias militares occidentales (Estados Unidos, Reino Unido, Holanda, y Francia desde 1944) puede explicarse fácilmente en términos de conflicto entre potencias coloniales rivales. Con todo, aunque el reflujo de los ejércitos japoneses en 1945 se entiende por parte de los occidentales como una vuelta al antiguo orden colonial europeo y estadounidense —el *statu quo ante*—, para los asiáticos significa, en cambio, el comienzo de las guerras de liberación nacional. Las victorias estadounidenses desembocan en todas partes en situaciones de caos: en China, Corea, Indochina, Indonesia, Malasia, Filipinas. Un único país se zafará de los enfrentamientos armados: precisamente Japón. El hundimiento del orden colonial japonés en Asia no marca la hora de la paz, sino más bien la de la guerra civil.

El colonialismo japonés proporcionaba una respuesta a la amenaza occidental en Asia y se concebía asimismo como un medio de sacar a Asia del subdesarrollo. Al querer unificar y uniformizar, negaba la realidad existencial de los pueblos dominados y creaba las condiciones para que surgiese un vivo resentimiento. La voluntad de asimilar culturalmente a poblaciones no japonesas, por muy totalitaria que pueda parecer hoy, iba acompañada de un verdadero esfuerzo de modernización e industrialización, y podemos pensar que dejó huellas. De todos modos, el proyecto de asimilación forzada de los pueblos coloniales oculta mal una situación de hecho: la discriminación y la explotación total. Y, yendo aún más allá, no se puede negar lo que suele ser la realidad del orden colonial: el no derecho, la violencia desnuda en las relaciones sociales. Testigo de ello es, por ejemplo, el rapto, ya desde la década de 1930, sistematizado en 1942, por parte del ejército imperial —con frecuencia en colaboración con los bajos fondos locales— de más de 140.000 muchachas, llamadas «mujeres de consuelo», originarias de Corea, China o el sureste asiático, que eran sacadas por

la fuerza de sus familias y encerradas en los burdeles militares. En esto resulta del todo evidente el salvajismo del sistema: es la reducción a la esclavitud de una parte de la población colonizada (en este caso, muchachas).

Modernización, industrialización y represión: de esta ambivalencia se alimenta el sistema para hacerse aceptable. En Corea, el colonialismo hace posible, asimismo, la formación de una élite local que toma en sus manos el destino del país después de 1945. Se trata del personal dirigente formado en la «escuela japonesa». Son ellos quienes construyen, en un clima de dictadura anticomunista feroz que recuerda la brutalidad de la ocupación japonesa, la Corea del Sur de los años 1950-1970. Para hacer frente ideológicamente a la presión comunista de Corea del Norte, en un país cortado en dos y ocupado por el ejército estadounidense, esta élite, cuyos padres han colaborado frecuentemente con los japoneses, reconstruye una identidad nacional en comunión con un sentimiento antijaponés primario y casi sistemático. Todavía hoy contribuye a mantener un rencor que pesa sobre el porvenir de las relaciones entre ambos países, rencor alimentado, sin duda, por las declaraciones irresponsables de ciertos dirigentes japoneses.

En Taiwán, el sentimiento antijaponés es menos fuerte que en Corea, sin duda porque la situación taiwanesa se hizo más compleja por la llegada de refugiados políticos que huían ante el avance de los ejércitos de Mao a finales de la década de 1940. Originarios de la China central o de Pekín, los dirigentes del Guomindang se apoderan del poder tras la salida de los japoneses, y no dejan sitio a las élites locales originarias de China meridional. Las poblaciones taiwanesas, aplastadas por una nueva dictadura, en este caso anticomunista, y que casi hace añorar la colonización japonesa, deberán sufrir, en la década de 1950, una violenta represión contra toda forma de contestación política a la que se asimila a la propaganda comunista.

En el propio Japón la experiencia colonial no ha dejado de tener consecuencias en la sociedad de posguerra. Los administradores, todavía jóvenes, que hacían sus estudios en las colonias japonesas durante la década de 1930, han vuelto a ocupar los puestos de mando en numerosos ámbitos entre 1950 y 1960. Diversos sistemas de organización experimentados en las colonias antes de la guerra, y que a veces se habían adelantado a su tiempo, han sido adaptados y aplicados veinte o treinta años más tarde, y han acompañado de vez en cuando al formidable crecimiento del país en la década de 1960.

Última observación: en Occidente el régimen colonial japonés tiene la reputación de haber sido especialmente brutal. Acabamos de ver que su dominación ha implicado una gran violencia, pero cuidado con los prejuicios: porque

esta violencia no la ejercía el hombre blanco, ¿acaso por ser japonesa nos parece aún más ilegítima? ¿Acaso era de una esencia diferente de la practicada en las colonias occidentales?

BIBLIOGRAFÍA

BABICZ, Lionel, *Le Japon face à la Corée à l'époque Meiji*, Maisonneuve & Larose, París, 2002.

DELISSEN, Alain, «Ense et Abacco, la formation de l'Empire colonial japonais, 1895-1910», *Historiens et géographes*, 344, 1994.

DUUS, P., MYERS, R., PEATTIE M. (compils.), *The Japanese Wartime Empire 1931-1945*, Princeton University Press, Princeton, 1996.

IENAGA, Saburô, *The Pacific War, 1931-1945*, Pantheon Books, Nueva York, 1978.

IRIYE, Akira, *After Imperialism, the Search for a New Order in the Far East, 1921-1931*, Harvard University Press, Cambridge, 1965.

Iwanami Kôza Kindai Nihon to Shokuminchi (El Japón moderno y sus colonias), obra colectiva, Iwanami Shoten, 8 vol., Tokio, 2001.

KASAYA, Ken'ichi, *Chôsen no kindai* (Corea moderna), Yamakawa Shuppansha, Tokio, 1996.

MCCOY, A. W. (compil.), *Southeast Asia under Japanese Occupation*, Yale University Press, Harvard, 1980.

MICHELIN, Frank, «Les Coréens enrôlés dans l'armée japonaise et les procès de l'après-guerre-Un état de la recherche», *Cipango, Cahiers d'études japonaises*, n° 9, otoño de 2000.

MYERS, R. H., PEATTIE M. R. (compils.), *The Japanese Colonial Empire 1895-1945*, University of Hawaii Press, Honolulú, 1984.

NAHM, A. (comp.), *Korea under Japanese Colonial Rule*, Western Michigan University, Kalamazoo, 1973.

OGUMA, Eiji, *Nihonjin no kyôkai* (Los japoneses y la frontera), Shinyôsha, Tokio, 1995.

ROTERMUND, Hartmut O., DELISSEN, Alain, GIPOULOUX, François, MARKOVITS, Claude, Nguyễn The Anh, *L'Asie orientale et méridionale aux XIXe et XXe siècles*, PUF, Nouvelle Clio, París, 1999.

SOUYRI, Pierre-F., «Une forme originale de domination coloniale? Les Japonais et le Hokkaido avant l'époque Meiji», en *De Russie et d'ailleurs, feux croisés sur l'histoire. Pour Marc Ferro*, Institut d'Études Slaves, París, 1995.

TOBY, Ronald P., *State and Diplomacy in Early Modern Japan. Asia in the Development of Tokugawa Bakufu*, Stanford University Press, Stanford, 1984.
TSURUMI, E. P., *Japanese Colonial Education in Taiwan, 1895-1945*, Harvard University Press, Cambridge, 1977.
VIE, Michel, *Le Japon et le monde au XXe siècle*, Masson, París, 1996.
YAMADA, Shôji «Shokuminchi» (Las colonias), en *Iwanami kôza Nihon tsûshi*, 18, 3, Iwanami Shoten, Tokyo, 1994.

África

ÁFRICA CENTRAL: EL TIEMPO DE LAS MATANZAS

Elikia M'Bokolo

De la República Centroafricana a Angola, del Atlántico a los Grandes Lagos, el África central ha conocido tres colonizaciones —portuguesa, francesa y belgo-leopoldiana— cuyos discursos de legitimación, formulados mucho después de la conquista, parecen profundamente diferentes, pero cuyos comienzos, a finales del siglo XIX y primeros años del XX, presentaron muchas semejanzas. No obstante, es en el Estado Independiente del Congo, el futuro Congo Belga, donde los métodos de conquista alcanzaron un grado de brutalidad que hace de ella una especie de modelo en la historia de la colonización del siglo XIX y del XX.

Hay que empezar desde la independencia del Congo Belga en 1960 para medir hasta qué punto los colonizadores quisieron legitimar la empresa colonialista con desprecio de la Historia. ¿Acaso no se decía entonces de este país que era una *colonia modelo*: un modelo administrativo gracias a su tasa de personal excepcionalmente elevada, y un modelo de rentabilidad para la metrópoli?

El día de la independencia, el 30 de junio de 1960, Patrice Lumumba, la personalidad más notoria del movimiento nacionalista y primer ministro del primer gobierno congoleño, tuvo el valor, que iba a pagar con su vida, de recordar, en contra del discurso de legitimación pronunciado por el rey de los belgas, Balduino I, lo que había sido la historia real de los congoleños, la historia gloriosa de la lucha por la libertad, pero también la historia terrible de la dominación y de la explotación coloniales:

> Os pido que hagáis de este 30 de junio de 1960 una fecha ilustre que guardaréis imborrablemente grabada en vuestros corazones, una fecha cuyo significado enseñaréis a vuestros hijos para que éstos, a su vez, hagan conocer a sus hijos y nietos la historia gloriosa de nuestra lucha por la libertad.
>
> Pues esta independencia del Congo, si hoy se proclama en el entendimiento con Bélgica, país amigo con el que tratamos de igual a igual, ningún congoleño dig-

no de este nombre, sin embargo, podrá jamás olvidar que fue con la lucha como fue conquistada, por una lucha de todos los días, una lucha ardiente e idealista, una lucha en la que no hemos escatimado nuestras fuerzas ni nuestras privaciones ni nuestros sufrimientos ni nuestra sangre.

Esta lucha que fue de lágrimas, de fuego y de sangre, de la que estamos orgullosos hasta lo más profundo de nosotros mismos, pues fue una lucha noble y justa, una lucha indispensable para poner fin a la humillante esclavitud que se nos imponía por la fuerza.

Lo que fue nuestra suerte en ochenta años de régimen colonialista, nuestras heridas están todavía demasiado recientes y son demasiado dolorosas para que podamos apartarlas de nuestra memoria.[1]

La historia da la razón a la memoria de Patrice Lumumba, pero también a los testimonios terribles de los contemporáneos de la conquista. En aquel tiempo, Leopoldo II, rey de los belgas (1865-1909) y todopoderoso propietario, a título personal, del Estado Independiente del Congo, solía ser representado al lado del sultán otomano Abdülhamit, autor de la masacre de armenios (1894-1895) que iba a desembocar en el genocidio de 1915-1916. Para caracterizar al colonialismo leopoldiano, las fuentes más dispares utilizaban las nociones y los conceptos más evocadores para la época: *curse* (maldición), *slave state* (Estado esclavista), *rubber slavery* (esclavitud del caucho), crimen, saqueo... Hoy ya no se duda en hablar de genocidio y holocausto.[2]

Oficialmente fue con la Conferencia de Berlín (15 de noviembre de 1884-26 de febrero de 1885) cuando vio la luz el Estado Independiente del Congo, que luego se llamará Congo Belga y hoy República Democrática del Congo (RDC).[a] Desde el 23 de febrero de 1885 la Asociación Internacional del Congo (AIC), formada en 1879 por Leopoldo II, fue reconocida como «Estado soberano», autorizado a firmar, con los mismos títulos que los catorce homólogos, el Acta General de la Conferencia. El 29 de mayo, un decreto transformó a la AIC en EIC (Estado Independiente del Congo) y el 19 de julio de 1885 Leopoldo II era proclamado soberano del EIC a título personal, tras una votación del Parlamento belga que se lo autorizaba.

---

[1] El texto completo se halla en J. van Lierde (compil.), *La pensée politique de Lumumba*, Présence Africaine, París, 1963, p. 197.

[2] E. Morel, *King Leopold II Rule in Africa*, Negro University Press, Westport, 1970 (1ª edic. 1904); D. Vangroenweghe, *Du sang sur les lianes. Léopold II et son Congo*, Didier Hatier, Bruselas, 1986; A. Hochschild, *Les fantômes du roi Léopold. Un holocauste oublié*, Belfond, París, 1998.

[a] La actual RDC se llamó hasta hace pocos años Zaire. [N. del T.]

Estos estrafalarios arreglos jurídicos, realizados de acuerdo con todas las potencias europeas y con Estados Unidos de América, dieron vida a un régimen de conquista colonial que formó el colonialismo naciente para el conjunto del África central y cuyos efectos continuarán manifestándose en esta región hasta comienzos del siglo XXI.

Sin Henry Morton Stanley, el famoso periodista estadounidense de origen inglés, célebre por su periplo (1869-1871) que le condujo a encontrar al explorador y misionero David Livingstone, los sueños de imperio colonial del rey de los belgas habrían sido papel mojado. Fue después de su gran viaje de exploración en el África central de este a oeste, llevado a cabo entre 1874 y 1878, cuando Stanley se entrevistó con los emisarios de Leopoldo II, quienes le convencieron, por medio de generosos desembolsos de metálico contante y sonante, para que se pusiese al servicio del rey.

Hay que destacar que, al contrario que las demás potencias europeas, la penetración colonial en el Congo —cuyas salidas marítimas se hallaban en el océano Atlántico— se llevó a cabo, en un primer momento, gracias a las expediciones de Stanley: no desde el oeste, por los puertos de la costa atlántica abiertos desde hacía mucho tiempo al comercio europeo, sino por el este, a partir de los puertos swahili del océano Índico. En la costa atlántica, después de cuatrocientos años de trata negrera, el antiesclavismo enfurecido del Reino Unido y de otros países europeos había contribuido al surgimiento de una economía africana de producción: además de responder a las normas de la división internacional del trabajo propias del liberalismo manchesteriano, esta nueva economía se basaba en las iniciativas y el trabajo productivo de los africanos, que supieron proporcionar los productos vegetales que buscaba la industria naciente y las ciudades de Europa. Por el contrario, en la costa oriental fue precisamente en el siglo XIX cuando la trata esclavista tomó vigor, impulsada por los Estados occidentales, tanto en lo que se refiere a la promoción del proceso de sometimiento (a través del aprovisionamiento de fusiles necesarios para la captura de esclavos y de la venta de mercancías destinadas a la compra de esclavos), como en otros sentidos (gracias a la adquisición de marfil transportado por los esclavos y de las especias de todo tipo producidas por los esclavos destinados al trabajo de las plantaciones tras su llegada a la costa). Este tráfico lo encarnaba Tippu Tip, negrero swahili que, después de haber ayudado a Livingstone y a Cameron en sus exploraciones, había permitido a Stanley, en 1876, descubrir el sistema de navegación de la cuenca del río Congo e imaginar los recursos potenciales de la región. Así pues, desde un comienzo, la colonización leopoldiana estuvo asociada a las formas más arcaicas y violentas de la presencia extranjera en África.

Ahora bien, las potencias europeas presentes en la región (Francia en el Congo francés, Portugal en Angola, y Alemania en el Camerún y en el África oriental alemana) se apresuraron a hacer suyos los métodos leopoldianos, considerados los más eficaces y rentables. Este compromiso, de graves consecuencias, se confirmó en la Conferencia de Berlín. El Acta General, firmada «en el nombre de Dios omnipotente», por Alemania, Austria-Hungría, Bélgica, Dinamarca, España, Italia, Noruega, Países Bajos, Portugal, Reino Unido, Rusia, Suecia y también por el Imperio otomano y los Estados Unidos de América, quedaba ilustrada por una retórica «civilizadora» y «humanitaria» que nunca halló aplicación sobre el terreno. En uno de esos arrebatos «humanitarios» y «civilizadores», que se habían convertido en costumbre en Europa en relación con África después de las medidas de abolición del comercio negrero adoptadas a comienzos del siglo XIX, el artículo 6 del Acta General, en efecto, se toma la molestia de concretar las «disposiciones relativas a la protección de los indígenas, de los misioneros y de los viajeros, y de la libertad religiosa»: «Todas las potencias que ejercen derechos de soberanía o alguna influencia en los mencionados territorios —se dice en el documento— se comprometen a vigilar que se cumpla la conservación de las poblaciones indígenas y la mejora de sus condiciones de existencia morales y materiales, y colaborar en la supresión de la esclavitud y sobre todo de la trata de negros; aquéllas protegerán y favorecerán, sin distinción de nacionalidades ni de cultos, todas las instituciones y empresas religiosas, científicas o caritativas creadas u organizadas para estos fines o que tiendan a instruir a los indígenas y a hacerles comprender y apreciar las ventajas de la civilización.»

Sin embargo, todos tenían en mente no la pretendida misión civilizadora en la que colaboraba una Europa que se había convertido bruscamente en unánime, sino los intereses bien entendidos del comercio y de la economía de cada uno de los Estados. Le tocó al cardenal Lavigerie, fundador de los padres blancos y arzobispo de Argel, dar la bendición espiritual a este doble lenguaje y a esta hipocresía. Con ocasión de lanzar una suscripción, en 1888, destinada a financiar las operaciones de la lucha contra el «esclavismo árabe», se tomó la molestia de indicar a sus interlocutores las ventajas comprobadas de esta nueva cruzada:

> La cuarta parte de la tierra, cerrada hasta ese momento, se ha abierto con sus riquezas sin nombre, sus minas, la fertilidad de su interior, su sol fecundante, sus aguas abundantes. Pero no me toca a mí hablar, lo repito, de comercio ni de industria. Yo no soy más que la voz que clama en el desierto: preparad las vías del Señor, es decir, las vías de la verdad y de la justicia.

EL PRIMER ENCUENTRO[3]

Una tradición oral (recogida por Haveaux y reproducida por Randles) narra los primeros contactos de los negros de Angola con los portugueses, hacia 1700:[4]

«Nuestros padres vivían confortablemente en la planicie del Lualaba. Poseían vacas y cultivos. Tenían marismas de sal y un gran barco.

»De improviso vieron surgir del gran mar un enorme barco.

»Este barco tenía alas blanquísimas y destellos como cuchillos.

»Salieron hombres blancos del agua y dijeron palabras que no se comprendían.

»Nuestros antepasados tuvieron miedo, decían que eran *vumbis*, espíritus que volvían a la tierra.

»Los rechazamos hacia el mar con andanadas de flechas, pero los blancos escupieron fuego con un ruido de trueno. Mataron a muchos hombres y nuestros antepasados huyeron. Lo notables y los adivinos dijeron que esos *vumbis* eran los antiguos poseedores de la tierra.

»Nuestros padres se retiraron, temiendo el regreso del barco Ulungu.

»El navío volvió. Los hombres blancos pedían gallinas y huevos. Daban tejidos y perlas.

»Desde ese tiempo hasta nuestros días los blancos no nos trajeron nada más, salvo guerras y miserias, el maíz, la mandioca y la manera de cultivarlos.»[b]

En este ejercicio de mentiras, Leopoldo II se mostró insuperable. De entrada, consiguió engañar a la «opinión pública internacional» de su tiempo antes de engañar a la opinión pública y a la clase política de Bélgica, hostil a las aventuras en ultramar. Desde antes de su acceso al trono era conocido como admirador de los resultados de la colonización holandesa: poco importaban para él los métodos —expropiaciones masivas y trabajo forzado a gran escala— que

[3] W. D. L. Randles, *Le Royaume du Congo*, París, 1974, citado p. 298 en Marc Ferro, *Comment on raconte l'histoire aux enfants à travers le monde entier*, Payot, París, 1992 (edic. revisada y aumentada). [Hay traducción española ya citada en capítulos anteriores.]

[4] Las semejanzas con la memoria aborigen australiana son sorprendentes, véase *supra* el trabajo de Alastair Davidson [N. de la R.].

[b] Traducción de S. Fernández Bravo para la edición en español. [N. del T.]

Eduard D. Dekker, antiguo funcionario en Java, acababa de denunciar en *Max Havelaar* (1860), con el seudónimo de Multatuli. Tomándose la molestia de mostrar maneras humanitarias, al organizar en Bruselas una Conferencia Geográfica Internacional (1876), se decía decidido a «no dejar escapar una ocasión para obtener [él] una parte de esta magnífica tarta africana».

La creación de un Comité de Estudio del Alto Congo (1878) dio el tono de lo que iba a ser, hasta 1908, la primera ocupación colonial. Bajo el pretexto de exploraciones geográficas, se trataba en realidad de un poderoso sindicato financiero que reunía, detrás de Leopoldo II, intereses holandeses y británicos, aparte de los belgas. No obstante, teniendo en cuenta la inmensidad del territorio (ochenta veces más extenso que Bélgica), se necesitaba cada vez más dinero para adecuarse a las exigencias de la Conferencia de Berlín (Artículo 35) y «garantizar [...] la existencia de una autoridad suficiente para hacer respetar los derechos adquiridos y, si se daba el caso, la libertad de comercio y de tránsito», sin lo cual las demás potencias habrían podido hacer valer sus «derechos» de ocupación. Así pues, Leopoldo II hubo de invertir una parte de los beneficios de su fortuna (11.500.000 francos-oro de 1878 a 1908) y solicitar préstamos a Bélgica (25.000.000 en 1890 y 6.800.000 en 1895).

El sistema instaurado debía permitir al rey recuperar sus fondos invertidos y, como tenía que ser un buen negocio, beneficios sustanciales. Hay que hablar de un sistema, pues los hechos que fueron denunciados a continuación se debían claramente a una organización coherente al servicio de un proyecto bien definido, y no a rebabas atribuibles a individuos corruptos, que hubiesen perdido el norte en el aislamiento y la humedad y calor insoportables de los bosques ecuatoriales.

El sistema reposaba sobre varios pilares: eliminación de las empresas privadas en beneficio del Estado; confiscación de tierras indígenas; monopolio estatal sobre los productos más rentables. Desde el 1 de julio de 1885, una ordenanza declaraba que «las tierras vacantes debían ser consideradas pertenecientes al Estado». En 1889 se concretó que la explotación de estas tierras se vería sometida a una concesión especial del Estado. Fiel a su táctica, Leopoldo II organizó en Bruselas (18 de noviembre de 1889-2 de julio de 1890) una Conferencia Antiesclavista en el curso de la cual se instituyó en campeón de la lucha contra los traficantes árabes a los que, a pesar de todo, iba a utilizar en la administración del EIC. Para llevar a cabo esta cruzada necesitaba medios financieros; de ahí el establecimiento, en contra de las cláusulas del Acta Final de la Conferencia de Berlín, de derechos de aduana y monopolios de Estado. En 1891, un decreto no publicado en el *Bulletin Officiel* [Boletín Oficial] y algunas circulares

especiales pidieron a los administradores que «tomasen medidas urgentes y necesarias para conservar a disposición del Estado los frutos patrimoniales, en particular el marfil y el caucho». A las poblaciones se les prohibió cazar elefantes y explotar la hevea, salvo si el marfil y el caucho se entregaban a las autoridades del Estado. En 1892 la región de la cuenca, que representaba alrededor de un cuarto de la superficie total de la colonia y que era famosa por sus recursos en elefantes y hevea, quedó repartida entre tres socios cuyas actividades e intereses estaban estrechamente mezclados unos con otros: la Société Anversoise du Commerce au Congo [Sociedad de Amberes de Comercio del Congo], llamada Anversoise; la Anglo-Belgian India Rubber and Exploration Company [Compañía Anglo-Belga del Caucho y de Exploración], conocida por sus iniciales ABIR; y el Estado, es decir, Leopoldo II en persona. Fue en esta región, en la que quedaba resumido el «Congo útil» debido a su gran producción de marfil y de caucho, donde el colonialismo naciente mostró su verdadero rostro.

Formadas en un primer momento como sociedades de derecho belga, estas dos compañías iban a transformarse, en enero de 1898, para convertirse en «sociedades de derecho congoleño», registradas en el Congo; la maniobra tenía por finalidad ponerlas a cubierto de los eventuales controles del Estado y de los parlamentarios belgas. En el momento de su reconstitución, la Anversoise tenía un capital de 1.700.000 francos belgas repartidos en 3.400 acciones, de las que 1.000 eran del Estado Independiente del Congo y 1.100 pertenecían a un rico banquero de Amberes, Alex de Browne de Tiège. Esta compañía recibió, durante cincuenta años, la concesión de todos los bosques de la cuenca del Mongala, contra desembolso al Estado del 5 por ciento del valor de los productos exportados y del pago de tasas sobre la recolección del caucho y la cera. En cuanto a la ABIR, su capital de 1.000.000 de francos belgas, repartido en 2.000 acciones, estaba controlado por el mismo Alex de Browne de Tiège (que poseía 1.000 acciones como mandatario del Estado y 60 a su propio nombre), por la Anversoise (150 acciones), y el resto iba a un pequeño número de personalidades próximas o a hombres de paja del rey. La ABIR recibió, en las mismas condiciones que la Anversoise, las cuencas del Lopori y del Maringa. El personaje clave de este dispositivo, Alex de Browne de Tiège, era, junto a los Rothschild, uno de los principales banqueros y acreedores de Leopoldo II que, en 1894, le debía más de 2.000.000 de francos belgas. Si el rey no restituía, el banquero debía recibir 16.000.000 de hectáreas en el cauce ecuatorial. En cuanto al «dominio de la Corona», que Leopoldo se tomó mucha molestia en disimular, y luego en quemar los textos constitutivos y los informes de actividades, ocupaba el sur del cauce, alrededor del lago Mai Ndombe.

LAS EXPORTACIONES DE MARFIL DEL CONGO (EIC), 1886-1900[5]			
Año	Peso (kg)	Valor de los francos belgas	Exportaciones
1886	–	73.320	–
1887	–	795.700	–
1888	5.824	1.096.240	42
1889	45.252	2.270.640	52,8
1890	76.448	4.668.887	56,6
1891	59.686	2.835.508	53
1892	118.739	3.730.420	67,8
1893	223.384	3.718.668	60
1894	185.558	5.041.660	57,5
1895	273.287	5.844.640	53,4
1896	246.125	3.826.320	30, 9
1897	280.117	4.916.480	
1898	201.240	–	–
1899	292.193	–	–
1900	330.491	5.253.000	11

Utilizando los métodos de producción más rudimentarios —caza y recolección—, la economía del Estado Independiente del Congo se basó en un principio, como primer producto de exportación y principal fuente de tasas, en el marfil, luego en el caucho. Deficitario desde la creación de la colonia, el presupuesto sólo se equilibró a partir de 1896. La imaginería colonial presenta estos modos de explotación como si fuesen específicos de las sociedades del África central, por lo que no habría habido una ruptura con las llamadas «tradiciones» técnicas de los africanos, sino sólo una intensificación de tales técnicas con la finalidad confesada de hacer que la colonia entrase en la vía del «progreso». En realidad, en el momento en que los colonizadores pretendían tomar posesión

[5] Fuentes: A. J. Wauters, *L'État indépendant du Congo*, Librairie Falk Fils, Bruselas, 1899, p. 415; M. Buchler, *Der Kongostaat Leopolds II* (Zúrich 1912), citado por L. H. Gann y P. Duignan, *The Rulers of Belgian Africa*, Princeton University Press, Princeton, 1979, p. 118.

LAS EXPORTACIONES DE CAUCHO DEL CONGO (EIC), 1886-1900[6]			
Año	**Peso (kg)**	**Valor de los francos belgas**	**Exportaciones**
1886	–	79.503	8,6
1887	30.050	116.768	5,89
1888	74.294	260.029	9,96
1889	131.113	458.895	10,67
1890	123.666	556.497	6,75
1891	81.680	326.720	5,95
1892	156.339	625.356	11,39
1893	241.153	964.612	15,54
1894	338.194	1.472.944	16,81
1895	576.517	2.882.585	26,34
1896	1.317.346	6.586.730	53,16
1897	1.662.380	8.311.900	47,61
1898	2.113.465	15.850.987	
1899	3.746.739	28.100.917	
1900	5.316.534	39.874.005	
1901	6.022.733	43.965.950	
1902	5.350.452	41.733.525	
1903	5.917.983	47.343.864	
1904	4.830.939	43.478.451	
1905	4.861.767	43.755.903	
1906	4.848.930	48.489.310	
1907	4.529.461	43.982.748	
1908	4.262.531	30.770.550	
1909	3.492.392	38.416.312	

[6] Fuentes: A. J. Wauters, *op. cit.*, p. 415; M. Buchler, *op. cit.*, p. 219, citado por L. H. Gann y P. Duignan, *op. cit.*, p. 123.

de la cuenca del Congo, las sociedades locales se hallaban, desde hacía varios decenios, en pleno proceso de compleja innovación y reestructuración, sobre todo después de la abolición de la trata de esclavos en la costa atlántica. El primer modo de producción, por así decir, establecido por la colonización, constituía, desde todos los puntos de vista, una terrible regresión.

Con la mezcla característica de esta primera fase colonial de ignorancia, ceguera, mala fe y tranquila creencia en la superioridad de la «raza blanca», Leopoldo II y sus agentes quisieron justificar, en nombre de los imperativos del «progreso», el sistemático recurso a la imposición y a la violencia contra los africanos. Se trata realmente de un sistema y no de un orden que busca sus equilibrios y se expone, por ello, a abusos imputables a algunos individuos. Entre los contemporáneos de Leopoldo II, irritados por su discurso humanitario, y aun hoy entre algunos historiadores, existe una tendencia a rehabilitar el sistema, cuya existencia incluso se niega a veces, y se centra la atención en los individuos. En respuesta a la campaña antileopoldiana que, surgida en el Reino Unido en los años 1893-1904, se extendió por todas partes en Europa y Estados Unidos, fue ésta la argumentación que utilizaron los magistrados encargados de organizar los procesos contra agentes del Estado y de las compañías y, asimismo, los miembros de la comisión de investigación enviada al Congo en 1904-1905. Los acusados se vieron beneficiados con frecuencia por circunstancias atenuantes en las que hallamos constantemente las mismas consideraciones: «Las molestias nerviosas que padecía y las circunstancias en las que vivía en medio de una población hostil y salvaje; [...] los ejemplos de sus jefes que no tenían demasiado en cuenta la vida y los derechos de los indígenas; resulta que hay que considerar que estaba formado para la guerra más que para el comercio.»[7] Estas referencias a los efectos perniciosos de la «naturaleza africana» y la proximidad de los «salvajes de África» eran entonces lugares comunes sobre los cuales el tiempo ha hecho justicia.[8]

Aunque Stanley alardeaba de haber firmado más de quinientos tratados con los jefes locales desde antes de la creación del Estado Independiente del Congo, la ocupación del territorio resultó ser muy dura en todas partes, y los adminis-

[7] Juicio celebrado el 19 de diciembre de 1900 contra Joseph Moray, agente de la Anversoise, acusado de haber matado al jefe Alibu, y condenado a diez años de reclusión, citado por D. Vangroenweghe, *op. cit.*, p. 192.

[8] Véase sobre todo Chinua Achebe, *Image of Africa: Racism in Conrad's* Heart of Darkness (IId Chancellor's Lecture, University of Massachusetts, Amherst, 18 de febrero de 1975), reeditado en Rimbrough (compil.), *Heart of Darkness. An Authoritative Text. Backgrounds and Sources. Criticism*, Norton and Co., Nueva York, 1988, pp. 251-262.

tradores la llevaron a cabo recurriendo a las más espectaculares acciones violentas. Uno de los más conocidos, Charles Lemaire, que llegó al Congo en 1899 después de acabar sus estudios en la Escuela Militar —y que luego se convirtió en director del distrito de Équateurville (1890-1893)—, inauguró métodos de los que habrá numerosos ejemplos posteriormente. En primer lugar, estaba la amenaza:

> *Bula Matari*, jefe de todo el país, me ha enviado para construir aquí una gran población. Los que no sean sus amigos tendrán guerra. Para alimentar a mis hombres, las aldeas río arriba vendrán a hacer mercado en el puesto [...], y también las aldeas río abajo [...]. Las aldeas proporcionarán víveres a los blancos [...]. Cada aldea proporcionará por turno un garrafón de vino blanco gratis.» Luego vino la demostración de fuerza ante la resistencia de las aldeas: «Se niegan a venderme la menor cosa y ya no dispongo de víveres para alimentar a mis hombres. Por eso amenazo a los indígenas, porque si continúan rechazando las telas y las perlas que yo les presento, serán las armas las que hablarán. Yo apunto a un grupo de negros y abato a trescientos metros a un hombre. Todos desaparecen. Nosotros controlamos cinco pesquerías y encontramos cuatro gallinas, un poco de mandioca y algunos plátanos.[9]

La recolección de caucho dio lugar a iguales mecanismos violentos. Aunque, por precaución, las instrucciones fuesen orales con frecuencia, las que conocemos no dejan lugar a ninguna duda: «Tengo el honor de hacer conocer a Ud. —dice una instrucción a un jefe de puesto— que debe Ud. tratar de entregar, a partir del 1 de enero de 1899, 4.000 kilos de caucho. Para ello tiene Ud. carta blanca. Inténtelo primero con suavidad, pero si los indígenas persisten en negarse a entregar las tasas reclamadas por el Estado, emplee la fuerza de las armas.»[10]

Además del aprovisionamiento obligatorio de marfil y de caucho a los agentes del Estado y de las compañías, los africanos se veían obligados a toda una serie de obligaciones —trabajo forzado, transporte como porteadores, prestaciones personales, entrega de víveres, impuestos y tasas—. No respetar las obligaciones implicaba la respuesta inmediata del puesto administrativo o de la factoría más próxima. Presentado en un primer momento como una necesidad por la falta de medios de comunicación modernos, el transporte por porteadores fue legalizado en 1891 y subsistió en el conjunto

---

[9] Vangroenweghe, *op. cit.*, pp. 29 y 41.

[10] Citado por M. Merlier, *Le Congo, de la colonisation à l'indépendance*, Maspero, París, 1962, Cahiers libres, n. 32-33, p. 28.

de la colonia mucho tiempo después de la construcción del ferrocarril que unía Léopoldville (hoy Kinshasa) con Matadi (1890-1898). En la fase de la conquista y ocupación del territorio, fue en el Bajo Congo donde el transporte por porteadores resultó más desastroso:

> Incesantemente —cuenta un testigo—, nos encontramos a estos porteadores, aislados o en fila india, negros, miserables, cuya única vestimenta es un taparrabos horriblemente sucio, cabeza rizada y desnuda que soporta la carga, caja, fardo, punta de marfil, cesto lleno de caucho, barril; la mayoría enclenques, inseguros bajo el peso multiplicado por la fatiga y la insuficiencia de comida, que se compone de un puñado de arroz y de infecto pescado seco, penosas cariátides ambulantes [...] organizadas según un sistema de transporte humano, reclutados por el Estado armado con su fuerza pública irresistible, entregados por los jefes, de los cuales son esclavos y que les arrebatan sus salarios; [...] reventando a lo largo del camino y, cuando termina el recorrido, van a reventar de agotamiento a su aldea.[11]

Heredero directo de esa esclavitud cuya abolición era una de las principales justificaciones de la presencia de los colonizadores, el trabajo forzado fue legalizado en 1892 para contribuir a la construcción y mantenimiento de las pistas y de los primeros equipamientos colectivos, a la tala de los bosques, al transporte por porteadores. Por lo que respecta a la entrega obligatoria de víveres, la presión no dejó de aumentar en relación al número de personas a alimentar: agentes europeos, comerciantes, misioneros, soldados de la fuerza pública y sus dependientes. Productos de la caza, de la pesca, de la recolección o de la ganadería, todo servía. La entrega de *chikwangue* (palos de mandioca) era particularmente dura en el Bajo Congo y en la región del ecuador.

Todos los testimonios directos, en particular los de los misioneros protestantes y no belgas, concuerdan en atestiguar el rechazo de los africanos a someterse. Así, en 1894, una canción del Bajo Congo proclamaba:

> Nosotros estamos cansados de vivir en esta tiranía. Ya no podemos soportar más el ver cómo se llevan a nuestras mujeres y a nuestros hijos para ser utilizados por los salvajes blancos. Haremos la guerra. Sabemos que moriremos, pero queremos morir. Queremos morir.[12]

---

[11] E. Picard, *En Congolie, 1909*, pp. 96-98, citado por M. Merlier, *op. cit.*, p. 29.

[12] S. Axelson, *Culture Confrontation in the Lower Congo*, citado por Hochschild, p. 207.

Así pues, fue necesario erigir todo un impresionante aparato coercitivo, no sólo para obtener el cumplimiento de las tareas obligatorias, sino también para reprimir y prevenir las revueltas. Sólo con los europeos, el primer sistema colonial no habría podido hacer frente a los africanos: incluyendo los de todos los orígenes y profesiones, los europeos no eran más de 254 (de los que 46 eran belgas) en 1886, 1.076 en 1895 (691 belgas), 1.958 en 1900 y 2.511 en 1905.[13] Hubo que reclutar en el país a los miembros de las fuerzas de represión, pero las reticencias locales a enrolarse, y el temor a poner armas en manos de los indígenas, siempre dispuestos a rebelarse, llevaron en un primer momento a aceptar soldados de fuera del Congo, de Zanzíbar, Liberia, Abisinia [hoy Etiopía], Egipto y de la costa occidental de África (sierraleoneses, hausa, gentes de la Costa de Oro [hoy Ghana] y del Dahomey [hoy Benín].

El reclutamiento local, un «asunto de primera importancia» según Van Eetvelde (1892, Vangroenweghe 43), comenzó en 1885 entre los bangala, población del curso superior del río considerada belicosa: «Con el fin de estimular el gusto de la población, a los voluntarios se los viste y arma inmediatamente y, durante dos días, se los pasea, fieros como Artabán, entre los grupos de sus conciudadanos que los admiran.»[14] Desde 1890 se utilizaron tres formas de reclutamiento, según los lugares: enrolar a algunos hombres en las aldeas en las que los jefes parecían sometidos; obligación para las aldeas consideradas rebeldes de proporcionar un número relativamente elevado de hombres; compra pura y simple de esclavos y marginales, a los que se declaraba inmediatamente libres a cambio de varios años de servicio. Así, la fuerza pública vio aumentar sus efectivos de 1.487 hombres en 1889 a 13.011 en 1907.[15]

Se hizo de todo para suscitar, mantener o agravar las divisiones entre los africanos. Estos soldados se convirtieron en celosos auxiliares de los nuevos dominadores: todos —los jóvenes y los nuevos reclutas en particular— se mostraban muy sensibles a los privilegios que les confería su nueva situación: «Orgullosos de estar con los más fuertes, de mandar a su vez a los *basenji* [salvajes], muy pronto estos colaboradores se convierten a su vez en cazadores de hombres y de caucho y acompañan a los soldados como lanceros o portafusiles, con el fin de doblegar y ocupar nuevas aldeas.»[16] A éstos les fue fácil tomarse una especie

---

[13] A. J. Wauters, *op. cit.*, p. 431; L. Franck, *Le Congo belge*, t. II, p. 435.
[14] *La Force publique*, p. 28.
[15] *Ibid.*, anexo 6.
[16] E. Boelaert, «Ntange», *Aequatoria*, XV, 1952, p. 61.

de revancha hacia las sociedades en las que habían nacido marginados o estaban mal considerados; los *likili* (reclutas del ejército) y *capitas* (centinelas) aprovecharon esta situación para hacerse con un capital importante, con mujeres (a algunos se les conocía una veintena de esposas) y para aterrorizar las aldeas, persuadidos de que se les encubría e incluso de que los superiores les felicitaban. Más de cuarenta años después de los acontecimientos, el padre Boelaert recogió numerosos testimonios de esta violencia permitida:

> Yo vi, cuando era joven —informa una persona llamada Tswambe—, al soldado Molili, que estaba de guardia entonces en la aldea Boyeka, coger una gran nasa, meter dentro de ella a diez indígenas detenidos, colgar grandes piedras de la nasa y hacerla bascular en medio del río. Molili hacía eso, Losanja también. Waka y Ngondo, por su lado, cortaban la cabeza a sus condenados. La creación del caucho ha causado bastantes desgracias, por esto no queremos volver a oír hablar de este nombre. Los soldados obligaban a los niños varones ya crecidos a matar o a violar a sus propias madres y hermanas.[17]

Con las detenciones y la toma de rehenes —mujeres y niños por lo general, a veces los maduros y los viejos de los linajes, para obligar a los hombres activos a entregar caucho—, el Congo se convirtió en una especie de vasto sistema concentracionario en el que lo arbitrario constituía la regla. A lo largo de los años 1890-1900 el publicista británico Edmund D. Morel y su *Congo Reform Association* [Asociación para la Reforma del Congo] (1904-1913) supieron tocar los sentimientos de la opinión pública europea desvelando las fotos de los africanos con las manos cortadas. Eran los supervivientes de matanzas dejados por muertos. En caso de entrega de caucho insuficiente, la regla y el uso imponían en efecto a los soldados que matasen a los «culpables» antes de cortarles la mano —generalmente la derecha—, que luego había que entregar, generalmente ya seca, para probar que se había castigado adecuadamente a los miembros de las aldeas rebeldes. Numerosos informes de misioneros recuerdan, así, el número impresionante de cadáveres privados de una mano que se podían encontrar flotando en el río Congo y sus afluentes. Ejercida por lo general de manera colectiva y anónima, la violencia podía abatirse también sobre individuos considerados ejemplares. El régimen aplicado a estos últimos era la *chicotte*: ante la mirada

---

[17] *Ibid.*, p. 59.

complaciente de agentes europeos, los *capitas* o soldados les azotaban con el látigo —hasta cincuenta y cien golpes— dos veces al día, a las seis y a las catorce horas. Era costumbre que las víctimas quedasen expuestas, desnudas, al sol durante todo el día. Los menos afortunados eran fusilados tras la azotaina. En las concesiones del ABIR y de la Anversoise, ciertos agentes refinaron esta práctica diaria de la tortura: uno se daba el gustazo de verter resina de copal en la cabeza de un preso para luego prenderle fuego y ver cómo el torturado moría lentamente; otro sometía a los rehenes a ejercicios físicos en los que tenían todas las probabilidades de perder la vida; otro más retenía a jovencitos para su placer.

Aplicado al «Congo útil» de la época, el régimen de las concesiones no afectó a las demás zonas, pero no por ello la violencia fue menor. Antes incluso de pensar en la explotación de estas regiones, su ocupación efectiva se mostró difícil. Allí donde los jefes habían firmado «tratados» con los emisarios de Leopoldo II se había producido un malentendido flagrante entre los indígenas, que creían negociar con mercaderes de paso que practicaban desde hacía mucho tiempo el trueque en las costas, y los agentes del Estado, convencidos de que estas hojas de papel les conferían una soberanía plena y entera sobre los territorios en cuestión. De ahí los incesantes combates que enfrentaron a las tropas coloniales con las poblaciones locales.[18] La cronología completa de esta resistencia sigue sin haber sido establecida, pero sus modalidades se conocen bien.

La resistencia de las poblaciones segmentarias y aldeanas fue la más encarnizada y larga. Esta resistencia se afirmó ya durante la primera expedición de Stanley «a través del continente misterioso», cuando el explorador hubo de librar nada menos que treinta y dos combates. Luego asumió las formas más diversas: enfrentamientos armados contra los ocupantes; negativa a someterse a las obligaciones del Estado; huidas individuales o colectivas, con desplazamientos, a veces, de aldeas enteras, eventualmente hacia el territorio de otro colonizador (Congo francés, Rhodesia y Angola, África Oriental británica y alemana). Más conocida, porque permitió a numerosos oficiales belgas obtener su reputación de «héroes», la resistencia de los Estados fue más fácil de doblegar, en particular en las sabanas al sur del gran bosque y en las regiones orientales. Con todo, hicieron falta varias expediciones para someter a los Estados del Kwango (1889-1893), del Katanga (1890-1892) y del noreste (1883-1894). La «cuestión árabe» recibió los

[18] J.-L. Vellut, «Résistances et espaces de liberté dans l'histoire coloniale du Zaïre avant la marche à l'indépendance (ca. 1876-1945)», en C. Coquery-Vidrovitch, A. Forest y H. Weiss (compils.), *Rébellions Révolution au Zaïre, 1963-1965*, L'Harmattan, París, 1987, pp. 24-73.

honores de la prensa, porque reforzaba la imagen de empresa humanitaria antiesclavista del EIC.[19] Dueños de la mayor parte del este congoleño, al que habían conseguido incluir en el negocio del océano Índico, los árabes de Zanzíbar y sus aliados swahili (mestizos y africanos) colaboraron en un primer momento con los europeos —Stanley, con ocasión de su primera expedición, y luego los agentes de Leopoldo II—, en una estrategia ventajosa para ambas partes: los swahili podían así progresar hacia el oeste y los colonizadores podían proclamar, con escaso coste, su presencia en una región ambicionada igualmente por los británicos y los alemanes. En 1887 Tippu Tip fue nombrado *wali* (gobernador) del distrito de Stanley Falls. Competencia y antagonismo oponían también a swahilis y europeos. Los desacuerdos no tenían que ver sólo con la ocupación territorial: eran asimismo de naturaleza económica, pues unos y otros practicaban una fructífera economía de saqueo (marfil, esclavos y trabajo forzado). Al término de dos años de guerra (1892-1894) los swahili fueron expulsados o sometidos, dejando sobre el terreno 70.000 muertos, cifra probablemente exagerada.[20] Las grandes ciudades swahili —Kasongo (unos 60.000 habitantes), Nyangwe (40.000) y Riba-Riba— fueron destruidas e incendiadas (Kasongo y Riba-Riba) o abandonadas.

Apenas salido de esta serie de combates, el Estado colonial tuvo que luchar contra una parte de sus propias tropas amotinadas. A lo largo de más de diez años, los motines, que reunían a soldados llegados de todas partes, pueden considerarse hoy como la primera expresión de la «nación congoleña», basada en la comunidad de condiciones e intereses, y sobre el mismo rechazo del orden colonial.

Por sus características más importantes —organización a gran escala de una economía concesionaria de saqueo, instauración de un sistema generalizado de represión, desorganización y sufrimientos para las poblaciones locales, beneficios colosales obtenidos por los iniciadores de esta empresa—, el Congo sirvió de referencia y modelo para las colonias vecinas.

La transferencia de este sistema al Congo francés es, sin embargo, sorprendente: por un lado, porque a diferencia del Estado Independiente del Congo, propiedad personal del rey de los belgas, el Congo francés era una colonia de la República Francesa; por el otro, porque el conjunto territorial que fue consti-

---

[19] P. Ceulemans, *La question arabe et le Congo (1889-1892)*, Académie Royale des Sciences Coloniales, Bruselas, 1959.

[20] *Le Congo belge*, Office de l'Information et de Relations Publiques pour le Congo belge et le Rwanda-Urundi, Bruselas, 1958, pp. 98-99.

tuyéndose para formar el Congo francés y luego el África Ecuatorial francesa era resultado de un largo proceso de colonización que había empezado en la primera mitad del siglo XIX y que estaba marcado por la ideología de las «tres C», es decir, la creencia en la necesidad y la posibilidad para Europa de «civilizar África por el cristianismo y el comercio».

Fue después de los viajes de exploración de Pietro Paolo Savorgnan de Brazzà[c] (1875-1886) cuando comenzó la colonización real. En el contexto de exasperación nacionalista de Francia en esta época, Brazzà fue aureolado por la gloria del que no sólo supo «descubrir» y «abrir» el África central, sino también cerrar el paso a los malvados ingleses en la persona de Stanley, que trabajaba para el rey de los belgas. Así, fue creído a pies juntillas cuando, en un vibrante discurso pronunciado en el Circo de Invierno, en París (21 de enero de 1884), declaró que podría administrar el Congo francés con un presupuesto anual de sólo 1.000.000 de francos. De hecho, en 1886 el personal administrativo contaba con apenas 36 europeos, más 118 auxiliares y soldados coloniales provenientes de Argelia y África occidental, además de 500 trabajadores africanos reclutados en la costa. Sin embargo, como su vecino el Congo leopoldiano, se consideraba que el Congo francés escondía inmensas riquezas. Jules Ferry había obtenido de Leopoldo II en 1884 el «derecho de preferencia», que le confería una opción sobre las posesiones del rey en caso de que éste quisiera renunciar a ellas. Mientras tanto, había que explotar un territorio relativamente subpoblado en el que las sociedades se hallaban en un estado de brutal desestructuración por las violencias extranjeras. En efecto, hacia el sur, de la costa atlántica a la cuenca del río Congo, la penetración física de los franceses había arruinado el sistema de corretaje que garantizaba a los intermediarios locales del negocio euro-africano el acceso privilegiado a los bienes de consumo y «prestigio» provenientes de Occidente. Los africanos se vieron reducidos a aceptar oficios humillantes (*boys* y servidores de los blancos) o a desplazar sus aldeas lejos de los establecimientos franceses y de las rutas comerciales. Hacia el norte, en el límite del Sahel, se había asistido a una gran actividad de incursiones organizadas por algunos sultanes, por lo general de origen extranjero y de religión musulmana, en busca de esclavos destinados a los

---

[c] P. P. Savorgnan de Brazzà nació en Castelgandolfo, cerca de Roma (Estados Pontificios) en 1852 y murió en Dakar (Senegal) en 1905. En la década de 1870 se puso al servicio de Francia y exploró los ríos Ogowe y Congo, firmó tratados con gobernantes locales y fue comisario del Congo y Gabón. [N. del T.]

mercados locales (en particular en el norte de Camerún y de Nigeria), y de marfil, que cambiaban por armas de fuego europeas.[21] Dotada con pocos medios, la experiencia de Brazzà fue un fracaso y en 1897 al comisario general se le agradecieron los servicios prestados.[22]

Fue precisamente en esta época cuando se instauró el sistema concesionario en medio de una activa propaganda impulsada por Paul Leroy-Beaulieu (autor de un grueso libro de éxito, *De la colonisation chez les peuples modernes* [De la colonización en los pueblos modernos] (editado en 1873), y por Eugène Étienne, jefe del Partido Colonial.[23] En 1893 la Société du Haut-Ogooué [Sociedad del Alto Ogowe] había obtenido una inmensa concesión (11.000.000 de hectáreas de bosques, 700 kilómetros de río) con derechos de regalía (impuestos, policía y protección), que finalmente le fueron retirados en 1896. Una vez iniciada su actividad en 1897, la compañía se distinguió por no respetar las cláusulas relativas a las «reservas indígenas» y la obligación de reponer los árboles en las zonas explotadas. En 1899 otras 41 compañías obtuvieron a su vez concesiones, repartiéndose el 70 por ciento del territorio. La más importante, la Société des Sultanats du Haut-Oubangui [Sociedad de los Sultanatos del Alto Ubangui], recibió 140.000 kilómetros cuadrados, y la más pequeña, la Société de la Nkémé-Nkéni [Sociedad del Nkeme-Nkeni], 12.000 kilómetros cuadrados.[d] El decreto de concesión significaba otorgar un monopolio de treinta años sobre los productos del suelo, la plena propiedad de las tierras explotadas al término de estos treinta años y el pago al Estado de un canon del 15 por ciento de los beneficios. Para saltarse las disposiciones del Acta de Berlín, que enunciaba la total libertad de comercio, las compañías tuvieron que renunciar al monopolio comercial, pero se constituyeron como sociedades de explotación con goce exclusivo de los productos del suelo. Esto no impidió que ciertas compañías cayesen bajo el control de firmas extranjeras —belgas (Société de la Nkémé-Nkéni, Société de l'Alima [Sociedad del Alima]) y holandesas (Compagnie Commerciale de Colonisation au Congo français [Compañía comercial de coloniza-

---

[21] E. M'Bokolo, *Noirs et Blancs en Afrique équatoriale. Les sociétés côtières et la pénétration française (ca. 1820-1874)*, EHESS, París, 1981; D. D. Cordell, *Dar al-Kuti and the Last Years of the Trans-Saharan Slave Trade*, University of Wisconsin Press, Madison, 1985.

[22] E. Rabut, *Brazza commissaire général. Le Congo français, 1886-1897*, EHESS, París, 1989.

[23] C. Coquery-Vidrovitch, *Le Congo au temps des grandes compagnies concessionnaires*, Mouton, París-La Haya, 1972.

[d] Para hacernos una idea de la extensión de las concesiones, 140.000 km^2 representan más de la mitad del Reino Unido, y 12.000 km^2 son 1.600 más que el Líbano. [N. del T.]

ción en el Congo francés]— que exportaron al Congo francés los métodos en vigor en el Congo leopoldiano, tan admirados, por otro lado, por las empresas galas. Volvemos a encontrar aquí el mismo predominio, casi exclusivo, del marfil (90 toneladas en 1896; 210 en 1905; 120 en 1910; 97 en 1920) y del caucho (1.950 toneladas en 1905), lo que, del mismo modo, implicó el pillaje de los tesoros de marfil conservados por los linajes africanos, con fines de intercambio simbólico, la matanza de los rebaños de elefantes, el agotamiento de las heveas y, finalmente, el empobrecimiento de la economía colonial, que no supo dotarse de recursos de sustitución.

La miseria era aún mayor para los propios africanos: trabajo forzado; compra de mujeres y reclutamiento de los hombres a los que se mantenía, en realidad, en situación de esclavitud; retribución a los precios más bajos posibles, y eso cuando había retribución; proveer obligatoriamente de víveres a los ocupantes, blancos o negros; impuesto de capitación; transporte por porteadores, particularmente duro en las regiones sin navegación fluvial (entre Brazzaville y Loango y del Ubangui Shari al Chad) y con ocasión de algunas grandes expediciones (la misión Marchand en 1896-1897, y la misión Gentil en Chad, en 1899); represión severa de las incesantes revueltas. Como ocurría en el Congo leopoldiano, las poblaciones tuvieron su cupo de epidemias en aumento, sobre todo la enfermedad del sueño (cuya fase crítica se sitúa precisamente entre 1898 y 1920), además de hambrunas recurrentes. Contrariamente a la tendencia de la época, que consistía en constatar algunos abusos en un proceso de conquista y de ocupación que en realidad, en conjunto, era beneficioso, hay que reconocer, en cambio, la existencia de un sistema en cuyo seno se inscribían algunos abusos especialmente feroces. Tal fue, entre otros, el escándalo Gaud-Toqué, que involucraba a tres administradores del *fuerte* Crampel, nudo estratégico en la ruta de porteadores entre el Ubangui-Shari y el Chad. En medio de una larga lista de atrocidades, el administrador Gaud no encontró otra cosa mejor, para celebrar el 14 de julio de 1793,[e] que hacer saltar por los aires con dinamita a un prisionero indígena.[24] Si las cifras, demasiado escasas, dan lugar a controversias, los trabajos de los especialistas confirman los testimonios de la época sobre el desastre demográfico que provocó esta fase de la conquista del Congo francés. La región de Niari (Congo Medio), arrasada

[e] Durante la Revolución Francesa. [N. del T.]

[24] J. Saintoyant, *L'Affaire* du *Congo 1905* (publicado por Charles-André Julien), Éditions de l'Épi, París, 1960.

por la enfermedad del sueño, vio cómo su población se reducía a la mitad entre 1900 y 1910. En el Ubangui-Shari las proporciones son las mismas en la región del Shari y en el sultanato de Bangasu, sometidas a una «economía de pillaje modelo»[25].

Al sur de ambos Congos, Angola, a primera vista, parece que se separa de las lógicas en vigor en estas colonias de creación reciente. Situada en el centro del proyecto portugués de creación de un «tercer imperio» —tras el Imperio de las Indias y el Imperio de Brasil—, Angola tenía tras de sí una larga historia, la de la primera colonización preimperialista caracterizada por el tráfico de esclavos y por el establecimiento precoz de los portugueses que se hallaban en el lugar. Sin embargo, como en otros lugares, se daba por sentado que las colonias no sólo no debían costar nada o muy poco a la metrópoli, sino que además debían aportarle beneficios apreciables. Cuando, tras la abolición de la trata de esclavos, las sociedades africanas habían sabido hallar alternativas a las exigencias de la economía internacional,[26] la administración colonial se mostró mucho menos imaginativa y más fría, y simplemente agitó varios proyectos de explotación de minerales (hierro y cobre) y de cultivos (café y algodón). En realidad la economía colonial conoció un marasmo permanente, atenuado apenas por el *boom* del caucho, desde comienzos de la década de 1880 a finales del siglo XIX, y por la producción de alcohol de caña de azúcar, intercambiado in situ por trabajadores que los portugueses revendían para las necesidades del archipiélago de Santo Tomé y Príncipe.

La persistencia de la esclavitud y su papel fundamental en el sistema colonial fueron una de las originalidades de los comienzos de la colonización imperialista en Angola. La situación estaba relacionada con las transformaciones económicas de Santo Tomé y Príncipe. A la altura de las costas del África central las islas habían sido, en los siglos XV y XVI, y gracias a la caña de azúcar, el laboratorio portugués del sistema de grandes plantaciones esclavistas que florecerían más tarde en el Brasil. Luego, a comienzos del si-

---

[25] G. Sautter, *De l'Atlantique au fleuve Congo. Une géographie du sous-peuplement*, Mouton, París, 1966; E. De Dampierre, *Un ancien royaume Bandia du Haut-Oubangui*, Plon, París, 1967; Dr. A. Retel-Laurentin, *Un pays à la dérive. Une société en regression démographique. Les Nzakara de l'Est centrafricain*, Jean-Pierre Delarge, París, 1979.

[26] En el lugar de los esclavos, los africanos desarrollaron lo que los europeos llamaban «comercio lícito» o «comercio legítimo» vendiendo productos tales como marfil, cera, orchilla, goma de copal y caucho. I. de Castro Henriques, *Commerce et changement en Angola au XIXe siècle. Imbangala et Tshokwe face à la modernité*, L'Harmattan, París, 1995.

glo XIX, la introducción del café y el cacao iban a hacer la fortuna del archipiélago: éste acabó siendo, en los años 1880-1914, la única colonia rentable de Portugal.[27]

Para mantener una fuerza de trabajo de unas 30.000 a 40.000 personas sometidas a una fuerte mortalidad, era necesario inyectar una media de 4.000 trabajadores nuevos (*serviçais*) cada año. Éstos eran reclutados en principio con un contrato de cinco años, renovables, y venían en su mayoría de Angola, aunque no se dudó en importar chinos de la colonia portuguesa de Macao. Ante la inestabilidad del curso de los productos de la caza y la recolección, la economía de Angola se organizó en buena medida para responder a la demanda de mano de obra de los plantadores santotomeses que recibieron, de 1885 a 1903, un total aproximado de 56.200 trabajadores. Así, plantaciones establecidas en el centro y sur de Angola y en el interior de Luanda, que utilizaban esclavos —la prohibición de la esclavitud, formulada en 1858, no fue efectiva hasta 1878—, comenzaron a producir azúcar de caña y destilado para fabricar aguardiente (*aguardente*), que cada vez se demandaba más a cambio de esclavos. La trata y la esclavitud, oficialmente prohibidas, volvieron entonces a florecer, impulsando y manteniendo las incursiones y los demás procedimientos de esclavización de la región. Enviado en 1904 a hacer un reportaje en la meseta central de Angola, conocida como «país del hambre», el periodista Henry Nevinson nos ha dejado, sobre las columnas de esclavos destinados a convertirse en *serviçais* [serviciales], descripciones que recuerdan en todo las escenas más terribles de los grandes siglos de la trata negrera: «El [río] Cuanza está justo delante y detrás de ellos se encuentran los grandes espacios del país del hambre que no podrían atravesar nunca vivos, en caso de que quisiesen huir para volver a sus casas. Asimismo, de los árboles del país del hambre están colgadas las trabas para las manos, para los pies, para tres o cuatro esclavos trabados juntos durante la noche. Los conductores de esclavos lo hacen así pensando que podrán emplearlos cuando vuelvan con el próximo cargamento de mercancías humanas.»[28]

Como en el caso del Estado Independiente del Congo y en el del Congo francés, las revelaciones sobre estas prácticas causaron escándalo y llevaron a la

---

[27] T. Hodges y M. Newitt, *Sao Tomé and Principe. From Plantation Colony to Microstate*, Westview Press, Boulder y Londres, 1988.

[28] Citado por B. Davidson, *L'Angola au cœur des tempêtes*, Maspero, París, Cahiers libres, 1972, 246-247, p. 115.

Cámara de Comercio de Liverpool y a los cuáqueros, propietarios de chocolaterías que utilizaban el chocolate santotomés, a organizar un boicot.[29] Pese a las medidas de circunstancias tomadas bajo presión de la opinión internacional, el sistema persistió hasta la I Guerra Mundial.

La inseguridad provocada por esta esclavitud moderna se acrecentaba por las incesantes campañas de conquista, de pacificación, de sometimiento y de castigo llevadas a cabo por las tropas coloniales portuguesas entre la década de 1880 a la de 1910 en las regiones del interior, mientras que en Luanda, desde 1874, circulaban rumores de revuelta en el seno de los estratos sociales más ligados a la colonización portuguesa.[30] La revuelta de esta «élite» negra y mestiza que, aun distinguiéndose de los *gentios* (indígenas «no civilizados», paganos), comenzaba a reivindicar sus derechos como *filhos da terra* (hijos del país), se inscribía en una coyuntura colonial nueva. Los portugueses afluían de la metrópoli, funcionarios coloniales y, sobre todo, blancos pobres que habían hecho suyas la mayoría de las convicciones del racismo colonial y compartían el mismo temor de que se produjese en Angola no ya un separatismo a la brasileña, sino una insurrección según el modelo de Haití. Todo esto dio por resultado, además de las prácticas más humillantes para los negros y los mestizos, su eliminación sistemática de los puestos públicos de responsabilidad. Así, la reforma militar de 1901 estipulaba que «el mando ha de darse al europeo», que «los soldados indígenas se vean fuertemente organizados por europeos» y que «la sección de artillería debe ser servida por soldados europeos, pues no conviene confiar esta arma a militares indígenas». Los *filhos da terra* respondieron a estas innovaciones con un número impresionante de textos periodísticos, literarios y políticos, y con la creación de diarios y organizaciones de carácter nacionalista y «protonacionalista», como el libro colectivo *Voz de Angola clamando no deserto oferecida aos amigos da verdade pelos naturais* (Voz de Angola clamando en el desierto ofrecida a los amigos de la verdad por los naturales), los diarios *Arauto Africano* [Heraldo africano], *O Angolense* [El angoleño], *Luz e crença* [Luz y creencia], y los movimientos *Liga Angolana* [Liga angoleña] (1912) y *Gremio Africano* [Gremio africano] (1913). Si tales posicionamientos no siempre constituían una ruptura frontal con el colonialismo, sí fueron al menos la primera fisura política por la que iban a colarse las reivindicaciones nacionalistas.

---

[29] J. A. Duffy, *Question of Slavery*, Clarendon Press, Oxford, 1971.

[30] R. Pélissier, *Les guerres grises: résistances et révoltes en Angola, 1845-1941*, Pélissier, Orgeval, 1977.

Es decir que, pese a su brutalidad extrema, la conquista colonial de fines del siglo XIX y comienzos del XX no sólo no ha destruido la capacidad de resistencia de las sociedades del África central, sino que les ha proporcionado motivos suplementarios para rebelarse y, al mismo tiempo, recursos nuevos para organizar la rebelión. No obstante, queda por preguntar si, con relación al África de hoy, este primer colonialismo no actúa como una herencia envenenada, cuyos restos se pueden comprobar en la violencia de los Estados que sirvieron a la colonización, en su modo de acumulación de riquezas y en las respuestas, no menos violentas, de las sociedades mismas.

La colonización árabe de Zanzíbar[1]

Catherine Coquery-Vidrovitch

Lo que se produjo en África oriental en el siglo XIX es contemporáneo de la colonización occidental, y tampoco vale más desde el punto de vista de los derechos humanos. Se trata de la colonización de la costa africana por el sultán de Omán, quien fijó su residencia imperial en la isla de Zanzíbar, que se convirtió en su capital en 1840. Desde aquí, Sa'íd ben Sultán emprendió la dominación de los establecimientos de la costa, disputados durante largo tiempo por las aristocracias locales swahili más o menos mestizadas, como herencia de la islamización de los primeros tiempos del contacto a partir del siglo X y sobre todo del XII. Los árabes de Omán habían confirmado sus derechos desde hacía mucho tiempo a lo largo de la costa, desde Cabo Delgado al sur de Somalia, incluidas algunas vagas pretensiones sobre las islas Comoras e incluso sobre Madagascar. Sin embargo, su autoridad efectiva se limitaba, en el siglo XVIII, a Kilwa (Kisiwani), antiguo puerto swahili bastante decaído, y sobre todo a la isla de Zanzíbar *strictu sensu.* Todo va a cambiar en el siglo XIX.

No hay que olvidar los intereses franceses y británicos antiguos en la zona del océano Índico: en el siglo XIX los franceses seguían ocupando la isla de Reunión (ex isla Bourbon), mientras que los ingleses habían puesto pie en la isla de Mauricio (ex Isla de Francia). Desde hacía tiempo los colonos franceses habían establecido una economía de plantación para la que utilizaban mano de obra servil que se extraía de la costa africana. Fue uno de estos colonos quien introdujo en Zanzíbar el clavo, especia que, en pleno siglo XIX, iba a hacer la fortuna del sultán.

[1] Este texto se inspira, entre otros, en los datos reunidos por el autor en *L'Afrique et les Africains au XIXe siècle. Mutations, révolutions et crises*, Armand Colin, París, 1999; y en Jonathon Glassman, *Feasts and Riots. Revelry, Rebellion, and Popular Consciousness on the Swahili Coast, 1856-1888*, James Currey, Londres, 1995.

El sultanato de Zanzíbar, un Estado colonial

El sultán acabó haciendo triunfar su autoridad sobre el conjunto de la costa, a lo largo de varios miles de kilómetros, desde Mombasa en el norte (hoy en Kenya) hasta los límites de Mozambique, que controlaban los descendientes de los portugueses. Los jefes locales le pagaban tributo y le proporcionaban esclavos y trabajadores; el sultán mantenía en la zona fuerzas armadas, en general poco numerosas, formadas principalmente por soldados provenientes del Beluchistán o del Hadramaut,[a] encargadas esencialmente de proteger a los jefes indios de las aduanas establecidos en las diferentes ciudades de la costa. En efecto, el imperio vivía del comercio internacional. El principal personaje del Estado después del sultán era el jefe de aduanas, elegido siempre de entre los grandes comerciantes y financieros indios. El sultán poseía una flota, militar y comercial a un tiempo, que disponía, en la década de 1820, de 70 a 80 veleros de cuatro a 74 cañones. Era, en 1834, según decía el cónsul británico en Zanzíbar, una flota más impresionante que la totalidad de las que entonces existían entre el cabo de Buena Esperanza y Japón. Entre 1830 y 1850 se vieron sus barcos en Boston y Nueva York, en Londres y Marsella.

Aunque de una manera diferente a la codificación europea, se trataba claramente de colonización económica y al mismo tiempo política, esta última en menor medida, pues seguía siendo grande la autonomía de las aristocracias locales.

Aniquiladores oficiales de la trata negrera en 1807, los británicos mostraron ante el sultán de Zanzíbar una postura ambigua. Lo que les importaba era mantener con él buenas relaciones que les permitiesen proteger la ruta de la India. Sin duda le arrancaban con periodicidad documentos que prometían la supresión de la trata de esclavos, pero el cónsul británico, John Kirk, que desempeñó un gran papel en Zanzíbar desde 1866, no se hacía ninguna ilusión. En el tratado de 1873 el sultán admitió que la esclavitud era parte integrante del islam árabe, y sólo los indios (aun siendo musulmanes) no tenían derecho a poseer esclavos.[2] Dicho de otra manera, fieles a su principio de «gobierno indirecto», los británicos seguían saliendo fiadores, a finales de ese siglo, del colonialismo esclavista zanzibarita. Con todo, la presión contra la trata se fue haciendo cada vez más fuerte: des-

---

[a] El Beluchistán es una región a caballo entre el Irán y el Pakistán actuales; el Hadramaut es una región del actual Yemen. [N. del T.]

[2] Daniel Liebowitz, *The Physician and the Slave Trade. John Kirk: The Livingstone Expeditions, and the Crusade against Slavery in East Africa*, W. H. Freeman & Co., Nueva York, 1999.

pués de la muerte de Sa'íd en 1856, uno de sus sucesores, Bargásh, pensó incluso en abandonar Zanzíbar para zafarse de la presión inglesa. Su idea, abandonada tras su muerte en 1888, era instalar la capital en un lugar protegido de la costa y prolongar desde allí, más cómodamente, el tráfico, creando un puerto en Dar es-Salaam (que iba a ser reconsiderada como capital por los alemanes diez años más tarde). En 1873 fue cerrado el mercado de esclavos de Zanzíbar, pero la exportación de esclavos de la costa de África se estimaba en esta época en 70.000 al año, y Londres se había convertido en la plaza mundial del mercado de marfil africano. En pleno *scramble for Africa*, en 1897, los británicos acabaron por decidirse a intervenir directamente: bombardearon el palacio real de Zanzíbar e instauraron un protectorado. Sin embargo, mantuvieron la ficción del sultanato hasta 1964 y continuaron tolerando la esclavitud (oficialmente prohibida en ese mismo año de 1897), al menos para las mujeres de los harenes, hasta 1911.

Todo esto explica hasta qué punto la esclavitud y la trata estaban en el centro de la colonización zanzibarita, llamada omaní, en razón de sus orígenes.

La esclavitud

El sultanato había instaurado un verdadero modo de producción esclavista. Éste gestionaba la producción de clavo, que se incrementó rápidamente hacia finales de la década de 1830 en las islas de Zanzíbar y Pemba, y la de plantaciones diversas —algodón, caña de azúcar, sisal— a lo largo de la costa y en el interior. El sistema alcanzó su mayor expansión a mediados de siglo. La población servil de la isla pasó de 12.000 individuos en 1819 a más de 100.000 en la década de 1830, y era todavía de 40.000 a finales de siglo. El sultán poseía unos 4.000 esclavos en sus plantaciones, mientras que los principales dignatarios se contentaban con tener de 1.000 a 2.000 cada uno. Todavía en 1895, un gran plantador, 'Abdalláh ben Salim, tenía seis plantaciones y 3.000 esclavos, y su mujer dirigía siete plantaciones más modestas cultivadas por 1.600 esclavos. Varios plantadores poseían en Pemba 500 esclavos cada uno; por lo que respecta a los indios de Zanzíbar, poseían un total de 8.000 esclavos hacia 1860, dos tercios de los cuales se encontraban en sus plantaciones.[3] El mayor propietario in-

[3] Paul Lovejoy, *Transformations in Slavery. A History of Slavery in Africa*, Cambridge University Press, Cambridge, 1983, p. 224; y sobre todo Abdul Sheriff, *Slaves, Spices and Ivory in Zanzibar*, Ohio University Press, Athens, 1991.

dio era Jairam Sewji, que poseía 460, pero la mayoría tenía muchos menos. La mortalidad era muy elevada, lo que significa que entre un 15 y un 20 por ciento de los esclavos de Zanzíbar (es decir, de 9.000 a 12.000 individuos) debían ser sustituidos cada año. La mayor parte provenía de las regiones aledañas del lago Malawi, y el resto del interior de la costa frente a Zanzíbar.

Sucedía lo mismo en la mayor parte de los puertos costeros: Mombasa, Pangani, Kilwa, pues en la costa, a lo largo de más de mil kilómetros desde Mombasa hacia el sur, hasta Kilwa, y más allá, hasta la isla de Mozambique, se desarrollaron entre 1830 y 1860 plantaciones de cereales (arroz, mijo, sorgo) para alimentar a una enorme población de caravaneros, y también plantaciones destinadas a la industria local y a la exportación (cocoteros, goma, copra y, hacia finales del siglo, algodón y sisal). El apogeo de la economía negrera en el continente se produjo entre 1875 y 1884. Se contabilizaban, en la costa kenyana hacia el norte, de Mombasa a Lamu, unos 50.000 esclavos, es decir, un 44 por ciento de la población. En 1897 se calculaban unos 10.000 en la costa frente a los archipiélagos de Lamu y Pate. Finalmente se desarrolló el cultivo de la caña de azúcar a gran escala en el área de Malindi a partir de 1860: seis propietarios poseían plantaciones de más de 2.500 hectáreas; los trece plantadores principales, cada uno de los cuales explotaba más de 1.200 hectáreas, controlaban más de la mitad de las tierras cultivables. La población esclava de Malindi se elevaba en 1897 a más de 5.000 personas, es decir, más o menos el mismo número que en Mombasa.[4]

Las plantaciones esclavistas

Los esclavos vivían en aldeas de 300 a 400 individuos. En las plantaciones mayores trabajaban en equipos de quince a veinte obreros bajo la dirección de uno de ellos. El amo los alimentaba y tenían además derecho a cultivar un pequeño terreno para sí en sus horas libres. Este sistema se extendió al interior: había plantaciones esclavistas hasta Tabora y Ujiji en la década de 1870. Tippu Tip, gran plantador del que volveremos a hablar, invirtió en una veintena de plantaciones tanto en Zanzíbar como en el Alto Congo, en el río Lualaba, al oeste del lago Tanganyika. En el corazón del continente los esclavos trabajaban al son de un gong

---

[4] Frederick Cooper, *Plantation Slavery on the East Coast of Africa*, Yale University Press, New Haven, 1977, pp. 81-97.

que indicaba también su salida para el trabajo. Mercaderes, jefes de guerra y soberanos, que controlaban la captura de los esclavos, se pusieron también a explotar su fuerza de trabajo en el continente, pues los precios, en el mercado internacional de la trata, mostraban tendencia a bajar debido a las dificultades del tráfico: el obstáculo principal fue la prohibición oficial de la trata atlántica por parte del Imperio otomano en 1846; unos diez años más tarde, en 1857, la prohibición se hizo, en principio, definitiva para todo el imperio. El cierre del gran mercado de esclavos de Estambul en 1845 había sido ya un signo premonitorio. Por otro lado, el Imperio otomano era favorable a la supresión de la trata en África, que no le interesaba, pues no la controlaba. Sólo trataba de proteger la trata de las provincias rusas de Georgia y Circasia, en el mar Negro.[5] Así pues, el contrabando siguió sobre todo en estas regiones, pues el estatuto de esclavo seguía siendo una categoría reconocida por la ley otomana, incluso con ocasión de la Conferencia Internacional de Bruselas contra la Esclavitud de 1890.[6]

Así pues, en África, los comerciantes de esclavos fueron transformándose progresivamente en plantadores. Paradójicamente, la política occidental de supresión de la trata en el mercado internacional no hizo más que ampliar la que tenía lugar en el interior del continente. La bajada de los precios atrajo a cada vez más africanos susceptibles de integrarse en el sistema. Y así ocurrió no sólo en las costas, donde el trabajo servil estaba generalizado (costa oriental en primer lugar, pero asimismo en los palmerales de la costa nigeriana), sino también en los vastos espacios de las sabanas que se extendían de oeste a este, de Senegambia al Cuerno de África. Ahora bien, estas zonas estaban totalmente dominadas, en el siglo XIX, por los sultanatos islamizados tras las conquistas de El-Hadj Ómar en el África sudánica occidental, el califato de Sokoto heredado de Usman dan Fodio en Nigeria septentrional, pasando por el lamidato[b] de Ngaundere en Camerún, hasta el Bornú conquistado por Rabeh. También más allá del lago Chad, del Wadai y del Baguirmi, hasta el Bahr el-Ghazal y el Sennar, sobre el Nilo Azul, ya cerca de Abisinia, todos ellos puntos importantes del tráfico. Sólo la Etiopía cristiana prefería esclavizar a los musulmanes...

---

[5] Ehud R. Toledano, *The Ottoman Slave Trade and Its Suppression: 1840-1890*, Princeton University Press, Princeton, 1982.

[6] Y. Hakan Erdem, *Slavery in the Ottoman Empire and Its Demise, 1800-1909*, Macmillan Press, Londres, 1996.

[b] Lamidato: forma política, esencialmente fula, basada en la existencia de los lamibé o señores, sobre todo en Nigeria y Camerún septentrionales. [N. del T.]

Destaquemos de pasada que, pese a la supresión oficial de la esclavitud en Occidente, el sistema en África, en el siglo XIX, no estaba reservado a los árabes. Los negreros franceses de las islas del océano Índico no respetaron en absoluto la prohibición de la trata: cuando la prohibición de la esclavitud fue impuesta en las colonias francesas por Schœlcher en 1848, se replegaron a Kilwa para proveer al comercio con Zanzíbar, e incluso con Brasil, donde seguía la trata desde Mozambique, a pesar del tratado anglo-portugués de 1842.[7] Más al sur, detrás de la isla de Mozambique, los portugueses habían desarrollado el mismo modelo. En la isla, más de la mitad de la población total (5.800) era servil en 1875, fecha oficial de la emancipación; otros 9.000 estaban registrados en esa época en Quelimane. Si más al sur, en Lourenço Marques, no se contaban más de 276, no significa sino que la mayoría no habían sido declarados. Los portugueses constituían entonces una población mezclada de metropolitanos, pero sobre todo de criollos originarios de Goa[c] y de mulatos antaño empleados en el comercio negrero. En su mayoría eran propietarios de esclavos, que poseían fácilmente un centenar cada uno. En el interior, los *prazos*, antiguos feudos consentidos a los primeros exploradores comerciantes, estaban ocupados por ejércitos de *achikunda* o soldados-esclavos (unos 20.000 en 1806) que aterrorizaban a los campesinos. En la primera mitad del siglo se encargaban de hacer incursiones sobre los esclavos de trata. Luego, cada vez más, fueron utilizados como cazadores de elefantes y porteadores de caravanas, pues su movilidad y dispersión les permitía liberarse de sus amos para constituir a su vez bandas de saqueadores. Desde la década de 1830 se vieron expuestos a las invasiones de los guerreros ngoni, que provenían del sur, desde el país de los zulúes hacia la cuenca del Zambeze. Numerosos achikunda abandonaron entonces la región para penetrar en el interior, donde difundieron sistemas de plantaciones alimenticias necesarias para su supervivencia. Aquí chocaron con los antiguos porteadores makololo, traídos por el misionero explorador Livingstone. A partir de la década de 1880 los makololo desalojaron a una parte de los achikunda en su beneficio y pusieron a estos esclavos a trabajar, en particular en los campos de sésamo, producto destinado a la exportación.

Añadamos que la esclavitud practicada por los blancos también hacía estragos todavía mucho después de la prohibición de la trata, por el lado del

[7] Edward Alpers, *Ivory and Slaves. Changing Patterns in International Trade in East Central Africa to the Later Nineteenth Century*, University of California Press, Berkeley, 1975, p. 238.

[c] Goa era una pequeña posesión portuguesa en la costa occidental de la India, que formaba parte de lo que se llamó hasta su anexión por la India, *India portuguesa*. [N. del T.]

Atlántico. A partir del momento en que la trata atlántica se hizo impracticable incluso para los portugueses, éstos se reconvirtieron a la caña de azúcar, un poco más tarde a los cafetales y, finalmente, en la década de 1880, al cacao. El centro principal se encontró, desde la década de 1850, en las islas de Santo Tomé y Príncipe, en pleno golfo de Benín, donde en principio la esclavitud *stricto sensu* había sido sustituida por el «trabajo con contrato». Durante el paso de siglo del XIX al XX estalla un escándalo internacional relacionado con esta forma clandestina de esclavitud. Y aunque el clima se prestaba menos, hubo intentos análogos en el interior de Angola, a lo largo del río Kwanza, detrás de Luanda. El primer intento de plantación se debió, a comienzos de la década de 1830, a la iniciativa de un inmigrante brasileño. En la década de 1870 plantadores blancos se hicieron con el negocio, produciendo café, víveres y palmiste; en 1890 se contaban todavía 3.800 esclavos en 28 plantaciones de cafetales. Más al sur, hacia el interior de Moçâmedes, fue la caña de azúcar la que hizo su aparición hacia 1840; entre 1860 y 1870 el algodón aprovecha la crisis estadounidense, y emplea entre 2.000 y 4.000 esclavos. Los pescadores que se instalaron en la década de 1890 en la costa compraron a su vez esclavos. Los hombres servían como marineros mientras las mujeres secaban y salaban el pescado.[8]

En los últimos años del siglo, en el corazón de África, encontramos, pues, un extraordinario mosaico de señores de la guerra que eran comerciantes y plantadores esclavistas. Sólo la lejanía del mar y el coste del transporte limitaban la expansión de este modo de producción. Especialmente apreciada era la captura de mujeres, ya que garantizaba al mismo tiempo el trabajo de los campos y la expansión biológica de los grupos competidores. Las mujeres eran las primeras a las que se capturaba en las incursiones de represalia, o a las que se cedía en caso de litigio o deuda. Se comprende, pues, su triste suerte y el número de ellas que acabaron refugiándose en las primeras misiones de la región. Se las conocía por las historias de sus miserias que contaban a los misioneros. Es el caso de Bwanika, nacida en el país luba, que vivió en tiempos del señor de la guerra Msiri, de Katanga. Pudo escapar de las caravanas de trata que la llevaban unas veces hacia la costa atlántica y otras hacia las del océano Índico, pero fue vendida y casada diez veces entre 1886 y 1911.[9]

---

[8] Gervase Clarence-Smith, *Slaves, Peasants and Capitalism in Southern Angola 1840-1926*, Cambridge University Press, Cambridge, 1979.

[9] Marcia Wright, *Strategies of Slaves and Women. Life-Stories from East Central Africa*, James Currey, Londres, 1995.

Tippu Tip

De todos los grandes mercaderes de esclavos, el más prestigioso, el mejor conocido y el más apreciado por los europeos fue Tippu Tip, que se llamaba en realidad Hamed ben Muhámmed ben Juma ben Rajad el-Murjebi,[10] árabe mestizado que hablaba tanto el árabe como el swahili y circulaba entre el Alto Congo y Zanzíbar. El banquero indio Taria Topan, que hizo de tesorero para tres sultanes sucesivos, financió la mayoría de las expediciones negreras. Para proteger sus posesiones africanas de la presión europea, el sultán, en 1882, contaba con nombrarlo gobernador (*wali*) de Tabora, antaño el más importante mercado de esclavos de Zanzíbar en el país nyamwezi (Tanzania central), a cambio del monopolio del comercio del marfil en el interior. Sin embargo, fue el explorador Stanley, que había encontrado por primera vez a Tippu Tip en 1876, quien lo nombró gobernador de la provincia de Stanley Falls (Alto Congo) por cuenta del rey de los belgas Leopoldo II.

El sultán expresaba a Stanley, en 1886, su desilusión: «Ya no tengo esperanza alguna de conservar el control del interior. Los europeos [...] quieren mis tierras [...]. Felices son hoy los muertos, que no sabrán nada.»[11]

Stanley nos dejó de él el retrato más elogioso:

> Es un hombre corpulento con la barba negra, de fisionomía negroide, [...] un modelo de energía y de fuerza. Su rostro es inteligente, [...] va acompañado por un gran séquito de jóvenes árabes que lo tratan como a un jefe. [...] Con su aspecto árabe cultivado y sus modos corteses, me recibió en la aldea de Mwana Mamba, rodeado por sus esclavos. [...] Es el hombre más notable que yo he encontrado entre los árabes, los swahili y los mestizos [*half-casts*] de África...[12]

Al morir, en 1905, en su residencia de Zanzíbar, Tippu Tip fue objeto de los honores del *Times*.[13] Mientras tanto, se había beneficiado del comercio con el

---

[10] Ésta es la ortografía utilizada en las transcripciones de la historia de su vida que dictó a Heinrich Brode en 1903 (reed. Gallery Publications, Zanzíbar, 2000).

[11] Citado por Robert W. July, *A History of the African People,* Waveland Press, Prospect Heights, 1998, p. 283.

[12] Henry Morton Stanley, *Through the Dark Continent,* 1879 [ed. cast.: *Viaje en busca del Dr. Livingstone al centro de África,* en el t. II de *El mundo en la mano,* Montaner y Simón, Barcelona, 1878].

[13] Leda Farrant, *Tippu Tip and the East African Slave Trade,* St Martin's Press, Nueva York, 1975; y François Renault, *Tippu Tip. Un potentat arabe en Afrique centrale au XIXe siècle,* SFHOM, París, 1987.

océano Índico, adonde enviaba marfil y esclavos, y recibía a cambio armas que necesitaba para imponer su poder y llevar a cabo sus incursiones: así supo apreciar en su justo valor los fusiles de repetición, cuyo mercado Stanley le hizo entrever.

La economía de plantación esclavista había nacido de la trata y continuaba siendo alimentada por una trata de esclavos interna que conoció su máxima extensión en el último tercio del siglo XIX.

La trata negrera

La zanzibarita era una economía mixta basada en la trata negrera, la obtención de marfil y la producción agrícola tanto alimenticia como de exportación. De 2.000 a 3.000 grandes comerciantes recorrían las pistas del continente. Los colonos árabes predominaban en las ciudades costeras gracias a sus vastas plantaciones serviles y a su alianza con los banqueros indios que financiaban las expediciones caravaneras hacia el interior. En cuanto a los swahili, participaban también en la organización de las caravanas que se volcaban sobre la costa y cuya presencia se hizo mayoritaria en el último tercio del siglo. Cada año, en septiembre, en el momento de la llegada de las caravanas, el puerto de Bagamoyo contaba hasta con 10.000 porteadores wanyamwezi (wanyamwezi es una denominación adoptada más tarde por los alemanes, que originariamente significaba «gentes del oeste», es decir, todos los del interior que poco a poco fueron entrando en el comercio de la costa). Esta pequeña población estaba confinada en los barrios bajos, endeudados con los comerciantes indios a causa de tasas exorbitantes que les dejaban a merced de sus empleadores: en la década de 1880 un hombre de negocios zanzibarita, Sewa Haji, había podido apoderarse gracias a esto del monopolio de reclutamiento de los porteadores en Zanzíbar y Bagamoyo.

A mediados de siglo los zanzibaritas habían erigido en el interior depósitos caravaneros dominados por los omaníes. El mercado principal era la ciudad de Tabora, en tierras nyamwezi, situada en el cruce de rutas que conducían, por el norte, a los reinos interlacustres[d] y, al oeste, hacia la cuenca del Alto Congo. Los musulmanes establecieron también puestos en el lago Tanganyika, de los que el más conocido fue Ujiji, en la década de 1840.

---

[d] Se refiere a los reinos situados entre los lagos Tanganyika, Victoria, etc., como Rwanda, Burundi y, en la actual Uganda, Ankole, Ganda, Bunyoro, Toro, etc. [N. del T.]

En definitiva, se distinguen tres vías de penetración hacia el interior a partir de tres puertos principales:

— En el centro, frente a Zanzíbar, Bagamoyo estaba gobernada por los omaníes. De allí salía hacia el oeste la ruta principal del marfil, que los wanyamwezi del interior les disputaban duramente, y de ahí provenía la inestabilidad del interior. Por lo que respecta a los swahili, ya no intervenían más que para otorgar derechos de paso que cada vez les reconocían más a regañadientes los zanzibaritas aliados de los financieros indios.

— En el norte, Pangani controlaba la ruta hacia el país masai y Kenya occidental. De 1867 a la conquista, Pangani fue el segundo puerto exportador de marfil después de Bagamoyo, con gran diferencia respecto a los demás. Desde los últimos años de la década de 1870 sus exportaciones se duplicaron, y alcanzaron 70.000 libras en 1885.

— Entre ambas ciudades se encontraba Saadani, donde los omaníes nunca habían podido imponer un gobernador debido a la conjunción de intereses entre los swahili y las gentes del interior. En 1857, cuando el explorador Burton la cruzó, la ciudad no era más que una aldea con unos centenares de habitantes, pero los europeos impulsaron esta ruta en la década de 1870; en 1889 el puerto competía seriamente con Bagamoyo, por lo que los alemanes decidieron destruirlo para ir contra el jefe Bwana Heri ben Juma, responsable desde 1860 de las caravanas de los wanyamwezi, y celoso de su independencia frente a Zanzíbar y también frente a los alemanes. Con todo, simboliza tan perfectamente la fusión cultural entre los dos mundos, «árabe» (costero) y «africano» (interior), que ningún informador se pone de acuerdo sobre su origen real. Bwana Heri encarna a su manera la complejidad de las relaciones sociales y políticas de este fin de siglo: musulmán proselitista, pero amigo de las misiones cristianas, favorable a la penetración económica europea, pero enemigo jurado de los omaníes y de los alemanes y, mientras, gran negrero que consiguió finalmente salir del atolladero y volvió a Saadani sin colaborar en la conquista y murió tranquilamente en Zanzíbar en 1897.

En la segunda parte del siglo el trabajo se convirtió en un combinado de economía de plantación esclavista y de proletarización del personal caravanero, porteadores, cazadores de elefantes o soldados mercenarios, todo ello financiado en su mayor parte por capitales indios. La población esclava era más numerosa que nunca. Pese a las reticencias de los amos, pues los musulmanes no podían ser esclavos, muchos se convirtieron al islamismo. Por otro lado, la condición servil era variable: desde los esclavos de plantación, los más maltra-

tados, a los esclavos domésticos. De éstos, los más emprendedores fueron autorizados a ejercer de artesanos o a organizar expediciones caravaneras por cuenta de sus amos.

Por otro lado, a medida que los empresarios de la costa avanzaban hacia el interior, los cazadores y porteadores de la zona fueron menos libres para actuar a su manera: los caravaneros wanyamwezi llegaron hasta la costa sólo a comienzos del siglo XIX. Financiados cada vez más por los hombres de negocios indios u omaníes, se convirtieron en una «nación de porteadores» controlada por los árabes bajo la forma de una mano de obra pagada por trabajo o por día y cuya condición se proletarizó.[14] Los únicos que resistieron lo hicieron por las armas, como Mirambo, jefe nyamwezi que fue rival de los comerciantes árabes de Tabora. Hacia 1870, época en la que Tippu Tip edificaba su imperio negrero, un cierto número de costumbres, que se suponen propias de los musulmanes, se habían difundido en el interior, como la utilización de la lengua swahili y el uso de cotonadas de importación, la construcción de viviendas de piedra e incluso la circuncisión, rituales coránicos de medicina tradicional, la escuela coránica y la participación en los rezos. Muy en el interior, los jefes vivían en el culto de la economía internacional, como Mandara, al que un misionero encontró en las laderas del Kilimanjaro en 1885. Mandara hablaba corrientemente swahili, se había edificado una casa de estilo zanzibarita y había llamado a su hijo Meli, que era el nombre swahili de las mercancías importadas por un barco de vapor: *mail boat* [barco correo, en inglés]. Otro ejemplo es el del jefe Semboja, de Mazinde (a más de 200 kilómetros de la costa, hacia el alto Pangani), cuya vivienda, en 1887, estaba decorada con curiosidades europeas, entre las cuales había un cuadro que representaba una locomotora de vapor.[15] Tales signos son sólo reveladores de las mutaciones profundas que llegaron muy al interior: así, desde la década de 1840 el soberano ganda desarrolló una flota de piraguas en el lago Victoria, convirtiéndose en el Estado ribereño más poderoso. Este monarca trataba de controlar las rutas comerciales al tiempo que imponía a sus vecinos su superioridad militar, que se basaba en los fusiles adquiridos gracias al comercio de larga distancia.[16]

---

[14] Abdul Sheriff, *op. cit.*

[15] Jonathon Glassman, *Feasts and Riots*, *op. cit.*, p. 50.

[16] R. Reid, «The Ganda on Lake Victoria: a Nineteenth Century East Africa Imperialism», *Journal of Africa History*, XXXIX (3), 1988, pp. 349-364.

La monetarización de la economía

La monetarización de la economía se convirtió en regla. Prácticamente todos los habitantes estaban conectados de una manera o de otra al circuito económico general. Aun cuando, hasta finales de siglo, la agricultura de subsistencia siguió predominando, todo el mundo producía, aunque fuese poco, para el mercado local o regional, e incluso para el internacional: unos, víveres para los habitantes de las ciudades o para las caravanas; otros, cauríes (pequeñas conchas utilizadas como moneda) recogidas en las playas y vendidas a los negociantes alemanes de Zanzíbar; otros, resina de copal o cañas de manglar o bien productos de plantación; y finalmente, otros, marfil o esclavos. Las poblaciones de las tierras altas aportaban a la costa su producción de tabaco: el tabaco de los yao, en el interior de Mozambique, era muy apreciado en Zanzíbar. El sésamo, introducido hacia mediados del siglo XIX por los comerciantes franceses y alemanes desde el archipiélago septentrional de Lamu, se había convertido hacia 1880 en una de las principales exportaciones de Pangani. Las mujeres fabricaban cerveza, teñían las cotonadas o vendían esteras, utilizando las materias primas que cultivaban en sus campos o que compraban a los comerciantes indios. La utilización de materias primas importadas se generalizó: los herreros utilizaban el hierro que venía de Europa; el arroz indio, que se consumía en grandes cantidades, sobre todo con ocasión de las fiestas, se popularizó. En el momento de apogeo de la trata, el más humilde agricultor participaba en la producción de un excedente. Después de 1870 el pago en dinero (en táleros de plata, que tenían siempre la efigie de la emperatriz María Teresa de Austria) se hizo normal en la costa y en su zona de influencia. Mas en el interior sólo se aceptaban mercancías de importación normalizadas como medio de pago. Mientras que a comienzos de siglo la obtención de cotonadas era símbolo de un inmenso prestigio, ahora los aldeanos exigían paños, perlas o alambre de cobre, por no hablar de los fusiles.

Y es que, aunque el modelo cultural dominante fuese el swahili, en la década de 1860 y mucho antes de la colonización europea, nadie se hacía ilusiones: junto al sultán Bargásh, el poder económico más prestigioso era el de los occidentales, a la cabeza de los cuales figuraban los británicos, que actuaban como consejeros del sultán y a los que todos conocían: el comandante militar, Lloyd Matthews, y el cónsul general, John Kirk. Esta apreciación se veía impulsada por el aumento del precio del marfil garantizada por la insaciable demanda occidental, mientras que la bajada de los precios industriales hacía que los términos de cambio fuesen cada vez más favorables a los empresarios locales.

El papel de la Europa industrial

¿De dónde provenía la masa de armas relativamente perfeccionadas que alimentaba todo este tráfico? De la Europa industrial. Y este comercio se intensificó con la apertura del canal de Suez en 1869, que convirtió el Mediterráneo en un lago occidental, reduciendo a tres semanas el viaje de Londres a Zanzíbar, es decir, a menos de la mitad que antes. Además se instaló el telégrafo. Por el canal pasaron los miles de toneladas de mercancías que aprovisionaron el tráfico del océano Índico. Entre éstas, las armas ocupaban el primer lugar.

Ahora bien, el tráfico negrero vivía del comercio internacional, y este comercio estaba alimentado principalmente por los bienes manufacturados derivados de la Revolución Industrial europea y codiciados por los demás socios internacionales. Entre estos bienes, las armas eran indispensables para los negreros, pues condicionaban lo que, para ellos, era una exigencia en sus negocios: los éxitos militares que proporcionaban esclavos, bien por la fuerza, bien, simplemente, por el derecho del más fuerte y del más remunerador. Que las armas que se aspiraba a vender en el océano Índico fuesen, en el siglo XIX, casi en su totalidad de fabricación europea no era nada nuevo, pero lo que sí lo fue es que el aprovisionamiento se redujo. Resultó ser, en un primer momento, corolario inesperado de la paz europea dirigida por los británicos en el Congreso de Viena de 1815. Toda Europa, después de la Revolución Francesa y la epopeya napoleónica, casi sin discontinuidad había conocido veinte años de guerra continental. Centenares de miles de soldados fueron enviados a casa. Se abandonó así una enorme cantidad de armas de desecho. ¿Qué hacer con ellas? Empresarios industriosos aprovecharon la ocasión. Los viejos fusiles eran recuperables. Fueron transformados en «fusiles de trata», lo que convenía al gusto de los africanos, y representaban un peligro menor para los europeos, por lo que se les fue dando salida en el mercado de África. Una ciudad como Lieja, en Bélgica, se convirtió en uno de los centros internacionales de esta nueva industria siderúrgica de recuperación. Tal fue la otra cara del progreso industrial: de año en año, los fusiles se hacían cada vez más perfeccionados. Así, las grandes épocas del aprovisionamiento fueron los años 1845, 1860, 1880, tras los cuales vino la sustitución del fusil de pedernal por el de pistón, luego el de repetición, como era precisamente el que utilizó Stanley (de doce tiros) para convencer a Tippu Tip de que colaborase con los belgas en la cuenca del Congo. Era la clásica carrera de armamentos: cuando un ejército europeo decidía modernizarse, todos los demás hacían lo mismo. Lo que significaba otras tantas armas para los negreros...

El mercado negrero atlántico se iba cerrando progresivamente incluso a la trata de contrabando, pero por eso no iba a quedar: se abría el mercado mediterráneo de los musulmanes; la «carrera» tradicional por los esclavos, que también estaba perdiendo velocidad, fue sustituida con ventaja por un mercado moderno; los países del Mágreb y de la Tripolitania ofrecían a la industria europea todo un muestrario de materias primas que ya se apreciaban mucho en Europa occidental: aceite de oliva de Tunicia, cereales de Argelia, algodón de Egipto, sin contar los productos de lujo llegados del sur, como las plumas de avestruz, las pieles de cocodrilo y el cuero de dromedario, que estuvieron extraordinariamente de moda (como el marfil proveniente de los puertos del océano Índico) en Europa (y en la India) en la misma época. A cambio, los europeos inundaron el Mediterráneo con sus productos industriales, textiles y armas. Desde la costa, los productos, por las pistas del desierto o por el océano Índico, alcanzaban el resto de África donde, por todas partes, la esclavitud vio aumentar la trata interna.

Esto hizo la fortuna de los señores de la guerra esclavistas, llegados del interior. Paradójicamente se trataba, a veces, de hombres de baja extracción social, ex esclavos huidos de Egipto, del Sudán o de Zanzíbar, reconvertidos a su vez al comercio del marfil y de los esclavos. Al ser hombres nuevos, utilizaron los medios de dominación modernos que se basaban en la acumulación y la redistribución de los bienes de importación, a la cabeza de los cuales figuraban evidentemente las armas y otros productos manufacturados.

Sin embargo, Occidente haría mal en indignarse virtuosamente por el régimen esclavista zanzibarita, pues fue su instigador, indirecto pero indudable, o al menos fue el promotor que garantizó continuamente el aprovisionamiento. Y no fue el único. De manera análoga, la prohibición de la trata proclamada en 1847 por el Imperio otomano se refería específicamente a África y en concreto a Egipto, donde los europeos pretendían debilitar a Mehemet Ali, que había liberado el poder de sus mamelucos. Esto contribuyó a hacer girar hacia el sur el tráfico del Mediterráneo, donde la «carrera» desapareció durante los primeros decenios del siglo. Las mercancías tomaron la ruta terrestre, a través del Sudán, hacia el océano Índico y Zanzíbar. Mehemet Ali y sus sucesores tenían una necesidad urgentísima de armas occidentales para garantizar la autoridad de Egipto sobre el Sudán y proveerse de esclavos. Los observadores estiman las llegadas de esclavos a El Cairo entre 3.000 y 4.000 a comienzos del siglo XIX.[17]

[17] Citado por François Renault y Serge Daget, *Les traites négrières en Afrique,* Karthala, París, 1985, p. 175.

Mehemet Ali no era el único: Rabeh, negrero famoso que creó un imperio en torno al lago Chad (donde fue muerto por los franceses en 1900), al igual que los potentados esclavistas de Centroáfrica, desde el Dar-Kuti a los lamidatos del Alto Ubangui, lograron lo que lograron gracias al armamento europeo que les llegaba a través de ese centro económico que era Jartúm.[18] Por ejemplo, Rabah recibía de Trípoli tanto proyectiles de cañón como gafas.

Poco a poco los europeos fueron dándose cuenta de que no era precisamente lo más sensato autorizar a sus fabricantes de armamento a que armasen a los africanos en el momento en que los gobiernos de Europa habían decidido conquistar o «pacificar» (según la expresión de la época para «colonizar») su continente. Sucesivas convenciones internacionales trataron de reducir la venta de armas de trata. Cuando se estableció la prohibición general, entre 1906 y 1911, se estima en 11.000.000 el número de fusiles europeos que habían entrado en África desde 1860 hasta esta última fecha.[19]

En cuanto a la lucha de los británicos contra la trata, fue real y respondía efectivamente a la corriente humanitarista surgida en el Siglo de las Luces, que consideraba inhumano comprar y vender personas. Sin embargo, por un sesgo curioso, los hombres políticos británicos, tan dispuestos a aplicar toda la fuerza y la diplomacia de su país para exigir de sus socios africanos tratados contra el comercio internacional de esclavos, manifestaron una actitud muy diferente ante la esclavitud en sí: se admitía la idea de que ésta era un asunto interno de los Estados y que era inherente al islam. Así pues, no había nada que hacer, en nombre de la no injerencia en un Estado amigo. Por consiguiente, la cuestión del orden del día, durante la mayor parte del siglo, fue no llamar la atención sobre la horrible condición de los esclavos, sino, básicamente, sobre la «horrible trata», con el fin de impedir su circulación fuera de la zona autorizada por el Tratado Hamerton de 1845. El sultán de Omán y Zanzíbar se había comprometido a prohibir la exportación desde sus tierras africanas hacia Asia. A cambio, la escuadra británica no molestaría a las embarcaciones «que transportasen esclavos de una parte a otra de sus posesiones africanas, desde el puerto de Lamu en el norte y sus dependencias [...] incluyendo las islas de Zanzíbar, de Pemba y de

[18] Véase, por ejemplo, Dennis D. Cordell, *Daar al-Kuti and the Last Years of the Trans-Saharan Slave Trade*, University of Wisconsin Press, Madison, 1985; o, más antiguo, Eric de Dampierre, *Un royaume Bandia du Haut-Oubangui*, Plon, París, 1967, pp. 517-578.

[19] «Papers on Firearms in Sub-Saharan-Africa, 1 & 2», *Journal of African History*, XII (2 y 4), 1971, pp. 173-254 y 517-578.

Monfea»[20]. Todavía en 1870 los diplomáticos británicos diferenciaban la «trata legal» (interna) y la trata prohibida, aunque recomendando, por razones humanitarias, el control y la extinción progresiva de la rama legal de este comercio.[21] Y si, tres años después, el cónsul Kirk y el sultán se entendieron para prohibir que los indios musulmanes poseyeran plantaciones (y por lo tanto esclavos), fue sobre todo para hacer trizas sus empresas financieras.

La política consistía en garantizar a los plantadores, y a los negreros que les aprovisionaban desde el interior, plena libertad para organizar a gran escala una economía esclavista de plantación. Y así fue. En contra de los temores del sultán Bargásh, al tratado de 1873, que prohibía definitivamente la trata, le siguió no una crisis sino, por el contrario, un auge económico notable debido al crecimiento de los bienes de exportación, que sustituyeron a los esclavos, los cuales, de ahora en adelante, se veían obligados a producirlos in situ: marfil (debido a la expansión de la caza interior), algodón, sisal, copra..., todo ello, más que nunca, alimentado por el tráfico de armas. La política continuada del gobierno británico fue, en efecto, sostener el poder del sultán contra los que creaban problemas, fuesen competidores internos, príncipes de Omán siempre dispuestos a hacerse con el poder o, sobre todo, competidores internacionales. No obstante, los más temidos por los británicos, a mediados de siglo, fueron los franceses que, precisamente, hacían fortuna con la trata negrera en esas regiones. Luego lo fueron los alemanes, que pusieron pie en la costa tanzana, en Pangani, uno de sus puertos más ricos, ya a comienzos de la década de 1880. El tratado anglo-alemán de 1886 repartía las zonas de influencia: inglesa en la costa kenyana, y alemana en la costa tanzana. El papel del cónsul Kirk, que se había ido convirtiendo, con el paso del tiempo, en una especie de ministro oculto del sultán, consistió en reforzar constantemente su poder económico y político ante la amenaza alemana. Sin duda, la presión humanitaria de la Sociedad Antiesclavista británica sobre el Foreign Office desempeñó su papel para hacer que la anterior tolerancia fuese inde-

---

[20] Artículo 4, con efecto en 1847, citado en Moses D. E. Nwulia, *Britain and Slavery in East Africa*, Three Continent Press, Washington, DC, 1975, p. 60.

[21] Informe del comité nombrado por el Foreign Office para investigar sobre la cuestión de la trata en África oriental, 24 de enero de 1870, *ibid.*, pp. 88-89. Nótese que en África occidental la política francesa fue idéntica, limitándose a oponerse a una esclavitud interna que oficialmente ya no existía. Ahora bien, se estima que en 1900, en el África Occidental Francesa, había 2.000.000 de esclavos sobre 8.000.000 de habitantes, es decir, al menos un cuarto. Véase Roger Botte, «L'esclavage africain après l'abolition de 1848. Servitude et droit du sol», *Annales*, año 55, nº 5, 2000, pp. 1.009-1.038.

fendible.[22] Sin embargo, fue sobre todo para acabar con la Compañía Alemana del África Oriental, del hombre de negocios Karl Peters y, en definitiva, para evitar que les tomaran la delantera en la «carrera a campo traviesa» colonial de fines de siglo, por lo que los ingleses se decidieron a intervenir directamente, aunque no fuera hasta 1897.

La intensa actividad de la región, muy dependiente del capitalismo europeo, proporcionó beneficios flojos, sino nulos, para los africanos. Las incursiones intensificadas convirtieron el interior del continente en un campo de bandidaje. La desorganización de las estructuras políticas anteriores se encontraba en su apogeo. Es cierto que, a cambio de los hombres y del marfil, algunos jefes se hicieron con inmensas fortunas. Sin embargo, la economía de trata hacía que estas fortunas fuesen inadecuadas para inversiones de producción aptas para el desarrollo económico. Hombres y marfil se pagaban con bienes de consumo de lujo de segunda mano, pero a un precio exorbitante con respecto al mercado mundial de la época, o bien con medios de destrucción. Estas armas, que eran de calidad inferior a las que utilizaban los occidentales, no dejaron por eso de provocar guerras y desequilibrios internos cada vez más graves. Tales destrucciones y matanzas pavimentaron en este fin de siglo la vía de la colonización europea, incluso más fácilmente desde el momento en que la economía occidental tenía un gran peso desde hacía por lo menos tres cuartos de siglo.

Anexo

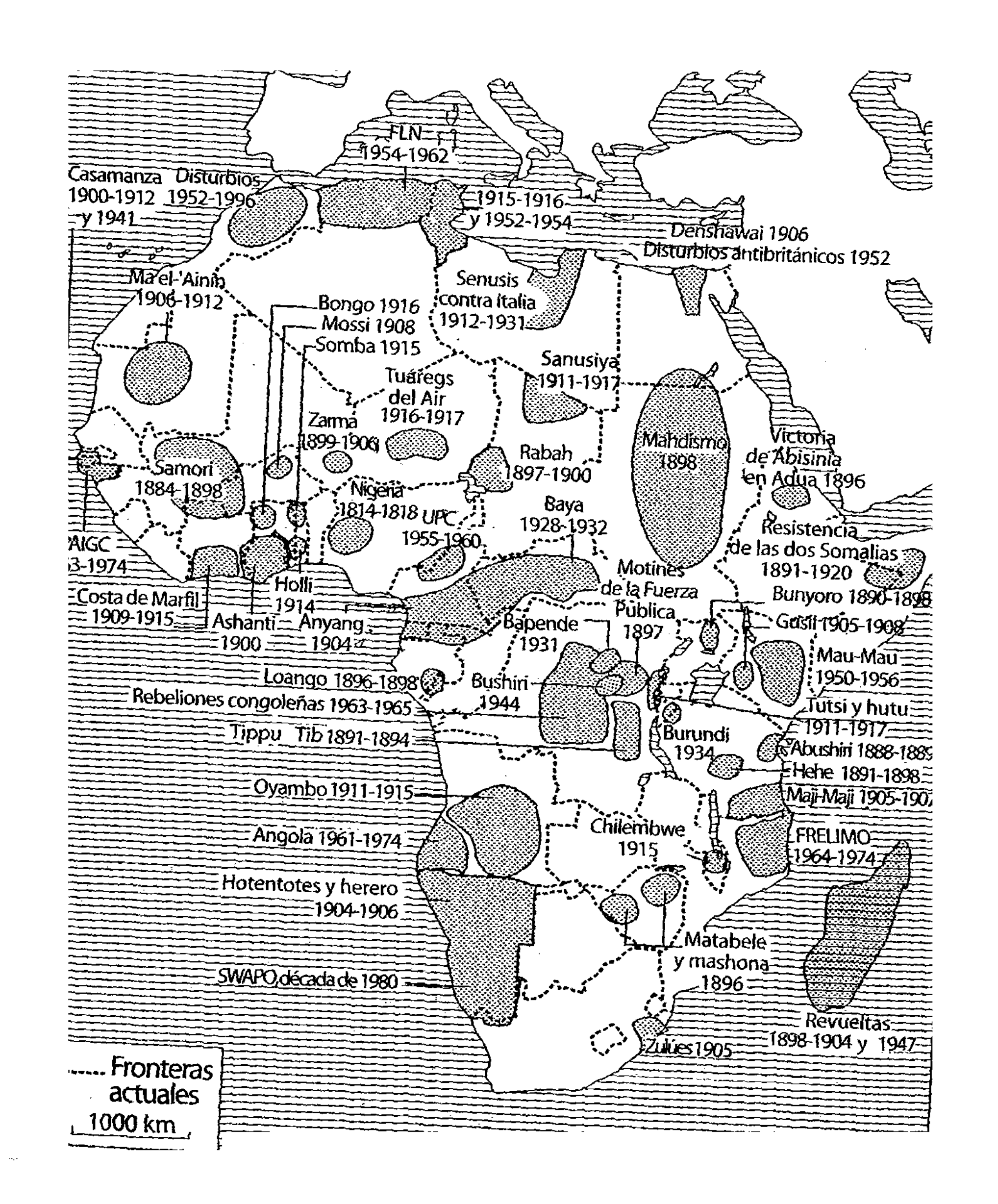
Principales insurrecciones y revueltas en África Negra en la época del imperialismo[23]

1881	Insurrección del Mahdi en Sudán.
	Insurrección de los baulé en Costa de Marfil (1881-1892).
1885	Insurrección de Mamadu Lamin en Senegal.

[22] Correspondencia del cónsul británico Rodd de Zanzíbar, en la que acusaba en 1893 a la *British and Foreign Anti-Slavery Society* de exageración respecto a él: la sociedad acababa de enviar una larga memoria al Foreign Office explicando, con el apoyo de documentos, que el régimen esclavista de Zanzíbar era el único de su clase reconocido por la Corona. Archivos citados *in extenso* en Peter Collister, *The Last Days of Slavery. England and the East African Slave Trade 1870-1900*, East African Literature Bureau, Dar-es-Salaam, 1961, pp. 123-127.

[23] Cronología elaborada con datos de E. M'Bokolo, *Afrique Noire, Histoire et civilisations*, tomo 2, pp. 299 y 409.

1887	Captura y deportación de Jaja en Nigeria.
1889-1891	Levantamiento contra los portugueses en Mozambique.
1892	Behanzin contra los franceses en Dahomey (hoy Benín).
1893	Guerra anglo-ndebele en Rhodesia del Sur (hoy Zimbabwe).
1895	Los franceses dueños de Madagascar.
1896	Guerra de independencia en Rhodesia del Sur.
1897	El reino de Nupe (Nigeria) en guerra contra los ingleses.
1898	Nuevo levantamiento del Mahdi en Sudán.
1899	Insurrección en las Somalias británica e italiana.
	Insurrección en Níger.
1900	Muerte del centroafricano Rabeh en Níger.
	Revuelta ashanti en Costa de Oro (hoy Ghana).
1903	Revuelta de los azande y mandya en Centroáfrica.
1904	Insurrección del sureste malgache.
	Tanganyika (hoy Tanzania): insurrección Maji-Maji.
1905	Revuelta zulú en Natal.
	Revuelta de los herero en el África del Sudoeste (hoy Namibia).
1908	Insurrección en Costa de Marfil.
1909-1914	«Pacificación» de Costa de Marfil.
1911-1915	Movimiento de los ovambo en Angola del sur.
1911-1917	Resistencia tutsi y hutu en Rwanda y en Urundi (hoy Rwanda y Burundi).
1912	Levantamientos en Camerún.
1914-1918	Revuelta de los holli y somba en Dahomey (hoy Benín) y en Togo.
1927-1931	Revuelta de los baya en Ubangui-Shari (hoy República Centroafricana).
1931	Revuelta de Urundi (hoy Burundi) y de los pende en el Congo Belga (hoy República Democrática del Congo, ex Zaire).



Principales focos de revueltas en el siglo XX colonial.

Las prácticas del apartheid

Elikia M'Bokolo

El *apartheid* habrá sido la última fase, la más violenta, la más dura, y también la más combatida, del largo proceso de dominación, explotación y desposesión llevado a cabo a costa de los africanos desde los comienzos de la presencia europea en África del Sur hasta la década de 1990. Como concepto y como ideología, el *apartheid* (que significa «separación» en afrikaans) apareció muy tardíamente: enunciado en 1935 por el profesor P. Van Biljoen, uno de los ideólogos del ultranacionalismo afrikáner, y difundido a partir de 1943 en diarios nacionalistas, como *Die Burger* [El ciudadano], de El Cabo, y por los políticos del HNP (*Herenigde Nasionale Partij*, Partido Nacionalista Reunificado), el concepto pretendía ser novedoso y trataba de designar una nueva política basada en la separación estricta y definitiva de las diferentes «comunidades» que existían en África del Sur con el fin de instaurar el «desarrollo separado» de las mismas, «garantizando al mismo tiempo la seguridad de la raza blanca y de la civilización cristiana», según palabras de Daniel Malan, vencedor, a la cabeza del HNP, de las elecciones de 1948 y primer artesano de esta política. En realidad, a pesar de la retórica que lo rodeaba, el *apartheid* se relacionaba con prácticas de segregación muy antiguas, reforzadas desde finales del siglo XIX con el desarrollo del capitalismo colonial y por la adhesión de un número creciente de blancos a las tesis racistas y ultranacionalistas.

Fundado en 1652 por agentes de la VOC (Compañía Holandesa de las Indias Orientales), la factoría de El Cabo no fue más que una escala, en un primer momento, en la ruta de las Indias Holandesas (hoy Indonesia), consideradas más rentables para la época. Muy pronto, sin embargo, la factoría se transformó en colonia de poblamiento, y el número de europeos fue aumentando regularmente (200 personas a mediados del siglo XVII; 2.000 hacia 1700; 20.000 a finales del siglo XVIII). En su mayoría eran de origen holandés, pero contaban entre sus miembros a otros europeos —sobre todo hugonotes fran-

ceses—; estos blancos establecieron pronto relaciones muy desiguales con los africanos.[1]

Un mito tenaz, parte integrante de la ideología del *apartheid* y conservado por una historiografía complaciente, afirmará que encontraron al África del Sur vacía de toda ocupación humana, lo cual les habría conferido una especie de autoctonía exclusiva.[2] En realidad, las poblaciones locales —khoi, san[a] y pueblos de lengua bantú— de las que todas las investigaciones confirman su muy antigua presencia en la región fueron marginadas progresivamente y sometidas a los blancos, cuya mayoría —agentes de la VOC—, se transformaron insensiblemente en *bóers* («campesinos»), luego en *trekboers* (campesinos que practican el *trek*, desplazamientos a largas distancias impuestos por la ganadería trashumante). El rechazo de las poblaciones locales a trabajar en las granjas de los colonos obligó a éstos, en primer lugar, a importar mano de obra de otros lugares, principalmente de Madagascar, pero también de África occidental y oriental, de las Indias Holandesas y del golfo de Bengala. De unos 6.000 a comienzos del siglo XVIII, el número de esclavos pasó a 30.000 cien años más tarde (19.346 hombres y 10.515 mujeres en 1806). Por otro lado, el *trek* llevaba a los colonos hacia el norte y, sobre todo, hacia las ricas tierras del este, cada vez más lejos de El Cabo, lo que provocó una larga serie de guerras: incursiones y contraincursiones que enfrentaban a los blancos con los khoi y los san, «guerras cafres» contra las poblaciones xhosa (1750-1856), «guerras sotho» contra los sotho (1858-1881), y «guerras zulúes» (1838-1879). Aunque toda esta violencia y crueldad queda incluida en el proceso colonial en África del Sur, estas guerras eran, para los colonos, uno de los medios más seguros para acaparar tierras y reducir a los africanos a una situación de mano de obra servil.

Estas guerras iban, asimismo, a dar forma al imaginario de los colonos, construyendo en África del Sur un pasado en el que los africanos no aparecían sino como «obstáculos al progreso de la civilización» y como derrotados de todos los

---

[1] R. Elphick y H. Giliomee (comps.), *The Shaping of the South Africa Society, 1652-1840*, Maskew Miller Longman, Johannesburgo, 1989; E. Roux, *Time Longer than Rope. A History of the Black Man's Struggle for Freedom in South Africa*, University of Wisconsin Press, Madison, 1966; M. Wilson y L. Thompson (compils.), *The Oxford History of South Africa*, Clarendon Press, Oxford, 1971.

[2] M. Cornevin, *L'apartheid: pouvoir et falsification historique*, Unesco, París, 1979.

[a] Los khoi se llaman también hotentotes; los san se llaman también bosquimanos. Las poblaciones bantúes son sobre todo nguni (zulúes, xhosa, venda, etc.). [N. del T.]

enfrentamientos que jalonaban la historia de la región. Esta historia había colocado a los colonos en una doble relación respecto a los africanos: por un lado, el temor a una insurrección de los esclavos y a una victoria definitiva de los africanos coaligados; del otro, las necesidades, de mano de obra, pero también necesidad obsesiva de mujeres en una sociedad colonial hipermasculina. De ahí la precocidad de las disposiciones jurídicas que encontraremos de nuevo en el siglo XX en el *apartheid* oficial: prohibición de que los esclavos se reúnan en grupos de más de dos y de que posean armas de fuego; obligación de llevar un *pass* [pase] al abandonar la propiedad del amo; demonización de la «mezcla de razas» y de las relaciones sexuales entre los colonos y los indígenas o los esclavos, condenadas en 1678 como una «desgracia para los Países Bajos y las naciones cristianas». Ante la persistencia de los concubinatos y el aumento regular del número de mestizos, las autoridades decidieron proscribir los matrimonios entre «gentes de colores diferentes» en 1685.

Dueños de El Cabo en 1795, los británicos extendieron a África del Sur la prohibición de la trata de esclavos (1807) y luego la de la esclavitud (1833). Sin embargo, pese a una ley de 1828 que proclamaba la igualdad jurídica entre blancos y negros, no se cambiaron en absoluto las prácticas discriminatorias.

AUTOBIOGRAFÍAS AFRICANAS[3]

«Luego las costumbres de los europeos penetraron en el país y destruyeron todo lo que nos producía placer», se lamenta el zulú. El blanco trae el cristianismo y enseña la lectura y la escritura. Pregona el orden en la vida cotidiana y combate contra las enfermedades. Conoce y hace mil cosas que impresionan y nos acercamos a ellas con pasión y a costa de sacrificios. De todos modos, sigue siendo el amo y la constricción viene de él. Él es el tibio, que «sólo ama de boquilla», el huidizo que mañana ya te ha olvidado si ya no te necesita. Es el injusto, cuya boca profiere fácilmente mentiras, el impío que golpea a los viejos delante de sus hijos y de sus subordinados. Pero, por el contrario, una vida prolongada de actividad, aun poco sa-

→

[3] De D. Westerman, Éditions Payot, París, 1993. La primera edición alemana de este texto es de 1938, y la primera traducción francesa data de 1943. [N. de la R.]

tisfactoria en contacto con los blancos, lleva al desarrollo, en las naturalezas más nobles, de fuerzas benefactoras [...].

[...] Más tarde, las costumbres de los europeos penetraron en el país; todo lo que nos producía placer ha sido aniquilado, todo lo que más nos gustaba porque lo habíamos aprendido de nuestros padres. Los europeos nos han dispersado por todas partes. Ellos afirmaban: «Vosotros hacéis que vuestros bueyes pasten en nuestras granjas.» Y discutían de esto con nuestros padres, los ancianos del pueblo. Hemos visto a algunos que fueron llamados para partir a servir a los europeos; servían para que nosotros viviésemos en la granja. Si una familia no tenía hijos, debía entregar un buey cada año. Otras se las arreglaban más agradablemente, no tenían que pagar nada, pero tenían que guardar las ovejas o el ganado de los europeos. Quien se negaba a hacerlo, era golpeado, por muy viejo que fuese. Esto nos sorprendía mucho a nosotros los niños, ver a un hombre de edad, que llevaba ya el aro en la cabeza, golpeado por los europeos. Esto nos sorprendía porque ignorábamos que un hombre de edad pudiese ser golpeado por otro hombre. No estaba permitido golpear a un adulto en nuestra presencia, porque éramos jóvenes. Y cuando un europeo pegaba a uno, no se detenía, sino que lo hacía caer al suelo. Nosotros, que éramos todavía niños, nos asombrábamos al ver a un hombre de edad, que llevaba ya el aro en la cabeza, ser derribado y ver cómo la sangre le salía de la nariz y cómo sus ojos y su rostro se hinchaban. Así se terminó el tiempo de nuestro crecimiento, el tiempo durante el cual gozábamos libremente de la vida. Fueron dispersados *kraal* tras *kraal*, todos aquellos de la generación anterior, que estaban en situación de realizar servicios en el *kraal*.

Lejos de atenuarse, éstas iban a reforzarse tras el descubrimiento de diamantes (1867) y oro (1886). Casi toda la memoria africana del *apartheid* remite al choque que constituyó el establecimiento de la economía minera a finales del siglo XIX. Esta memoria africana ha atraído la simpatía de los liberales blancos, como Alan Paton[4]:

---

[4] Véase sobre todo J. Sévy, *L'Afrique du Sud: ségrégation et littérature*, L'Harmattan, París, 1989; y M. Orkin, *Drama and the South African State*, Witwatersrand University Press, Johannesburgo, 1991.

> Aquí en Johannesburgo están las minas, todo viene de las minas [...]. Venimos de Transkei y de Basutolandia y de Bechuanalandia y de Swazilandia y del país de los zulúes. E incluso de Ndotsheni. Vivimos en campamentos, debemos abandonar a nuestras mujeres y a nuestros hijos. Y si se encuentra oro, no será a nosotros a quienes paguen más por nuestras fatigas. Serán las acciones de los blancos las que subirán y podréis leerlo en los periódicos. Se vuelven locos cuando descubren nuevo oro. Ellos nos llevan a muy gran número a vivir en los campamentos, a cavar en el suelo por tres chelines al día. Ellos no dicen: «He aquí la posibilidad de pagarles mejor a nuestros trabajadores». Dicen solamente: «He aquí la posibilidad de construir una casa más grande y de comprar un coche mayor. Es importante encontrar oro, pues toda África del Sur está construida sobre minas». Refunfuñó y su voz se hizo potente, como un trueno lejano: «Pero no está construida sobre minas —dijo—, sino sobre nuestras espaldas, con nuestro sudor, con nuestro trabajo. Cada fábrica, cada teatro, cada hermosa casa la hemos construido nosotros.»[5]

De todos modos, las cosas son más complejas que la representación del pasado en la memoria. La economía colonial sudafricana, en efecto, reposó en dos capitalismos con intereses contradictorios, pero de consecuencias idénticas para los africanos: el capitalismo minero e industrial, ampliamente controlado por los británicos, y el capitalismo agrario, en manos de los bóers, orgullosos ya de llamarse *afrikaners* [literalmente, «africanos»]. Tanto el primero como el segundo necesitaban tierras, lo que significaba expropiarlas masivamente a los nativos; uno y otro necesitaban mano de obra, lo que significaba africanos proletarizados, obligados a vivir de su salario. Sin embargo, si la industria necesitaba una mano de obra libre, móvil y flexible, el capitalismo agrario requería trabajadores ligados a la tierra, en situación de semiservidumbre. A esta contradicción, propia del capitalismo colonial, se añadió otra que hacía imposible, a escala de la colonia, la formación de una clase obrera: los obreros blancos, fuesen cuales fuesen sus orígenes —británico o afrikáner— y sus filiaciones políticas manifiestas —laborista, liberal o nacionalista—, compartían el mismo temor por la competencia potencial que representaban los trabajadores negros. Por ello se adhirieron a los principios del *colour bar* (barrera de color) y del *job reservation* (sistema de «empleos reservados» a los trabajadores blancos y prohibidos a las demás «razas»), con todas sus consecuencias.[6] Fue entre el final de la gue-

---

[5] Alan Paton, *Pleure, ô pays bien-aimé*, 1950.

[6] B. M. Magubane, *The Political Economy of Race and Class in South Africa*, C. Messiant y R. Meunier (compil.) Monthly Review Press, Nueva York-Londres, 1979.

rra de los Bóers (1899-1902) y el comienzo de la II Guerra Mundial, bastante antes de la victoria electoral de los nacionalistas en 1948, cuando se establecieron los fundamentos jurídicos y prácticos del *apartheid*. Hacía muy poco tiempo que había nacido la Unión Sudafricana como *dominion* en el seno del Imperio británico (1910) cuando la *Mines and Works Act* [Ley de Minas y Obras] (1911) estableció la *colour bar* en las minas y en la industria manufacturera. Sus disposiciones fueron extendidas al conjunto de la industria en 1926, ligando de forma duradera a los obreros blancos a la patronal en contra de los obreros negros, confinados a empleos poco cualificados y escasamente remunerados. Muy importante fue también la *Native Land Act* [Ley de Tierras Nativas] (1913), que consagró y agravó las expropiaciones de tierras de las que los africanos habían sido víctimas al crear «reservas indígenas» —limitadas al 7,5 por ciento del territorio (para el 78 por ciento de la población), mientras que las zonas «blancas» cubrían el 92,5 por ciento— y limitó el derecho de un individuo a adquirir tierras sólo en la zona reservada a su «comunidad». La enmienda adoptada en 1936 (*Native Trust and Land Act* [Ley de Crédito y Tierras Nativas]), que preveía aumentar al 13,7 por ciento del territorio la parte de las reservas indígenas, no cambió nada en el fondo en cuanto a estas disposiciones, sobre las que iba a apoyarse un endurecimiento de las antiguas medidas discriminatorias. En efecto, en 1923, la *Native Urban Areas Act* [Ley de Zonas Urbanas] confirmó la exclusión de los africanos por lo que respecta a todo derecho de propiedad en zona urbana, y se les asignó zonas donde habitar, las *townships* [términos municipales], apartados de los barrios europeos. Asimismo quedó oficializado y generalizado el *pass*, que servía para controlar al mismo tiempo la identidad de los africanos, su derecho de permanencia en la ciudad y su cualidad efectiva de asalariados. Siempre obsesionados por la mezcla de razas, las autoridades hicieron aprobar, en 1927, la Ley de Inmoralidad, que prohibía las relaciones sexuales entre negros y blancos fuera del matrimonio. Todas estas leyes entraron en vigor en un contexto muy particular —difícil reconversión de la economía de guerra, malestar económico, competencia creciente entre obreros negros y blancos—, que las hacía parecer timoratas para un número creciente de blancos. En 1922 la huelga de los obreros del Rand se convirtió en insurrección: la consigna, apoyada por el Partido Comunista (fundado en 1921), proclamaba: «Trabajadores: uníos y combatid por un África del Sur blanca.» La severa represión del movimiento hizo el juego de una sociedad secreta, la *Jong Suid-Afrika* (Joven Sudáfrica), que se convertirá más tarde en la *Afrikaner Broederbond* (Hermandad Afrikáner). Reclutando a sus intelectuales —maestros y profesores— ligados a la Universidad de Stellenbosch, laboratorio del radicalismo afrikáner, esta sociedad aumentó rápidamente su influencia gracias a sus dirigentes, partidarios de un nacionalismo intransigente. Entre ellos figuraban Daniel Malan y

Johannes Strijdom, futuros primeros ministros, respectivamente de 1948 a 1954 y de 1954 a 1958. Fuertemente marcados por la ideología en boga en los Países Bajos —el nacionalcristianismo— y Alemania —el nazismo—, donde muchos de ellos habían estudiado, sus dirigentes eran partidarios, todos, de una radicalización de la segregación y de la instauración de un «nuevo orden» definitivo en África del Sur.

La presión blanca se intensificó aún más con la afluencia a las ciudades, en la década de 1920, de los *Wit Kaffirs* («cafres blancos», es decir, «blancos pobres», asimilados a los negros), campesinos afrikáners desarraigados, por lo general sin empleo, cuyo racismo era muy primario. La crisis económica y social de la década de 1930 y el esfuerzo de guerra a favor de la gran alianza contra la Alemania nazi exasperaron las tensiones. Ya en 1933 la Broederbond había propuesto recetas expeditivas con vistas al «desarrollo separado», previendo agrupar a los «indígenas», incluidos los trabajadores «destribalizados» de las ciudades, en función de sus orígenes, en regiones específicas en las que se organizarían y «evolucionarían» de acuerdo con sus «costumbres» y «tradiciones». Pensadas de manera que gustasen a la opinión afrikáner y para que pareciesen un programa de gobierno, tales ideas dieron la mayoría a una coalición de la derecha y de la extrema derecha nacionalistas, conducidas por el Partido Nacional Reunificado de Daniel Malan, en las elecciones legislativas de 1948.

El impresionante arsenal jurídico, votado principalmente por iniciativa del primer ministro Daniel Malan, y manejado por sus sucesores hasta la década de 1970, era poco innovador en materia de segregación, contentándose con endurecer las modalidades existentes y las posibilidades de control.[7] La gran novedad consistía en la adopción, a partir del *Population Registration Act* [Ley de Registro de la Población] (1950), de un sistema clasificatorio de los «grupos raciales», de donde iba a derivar la segregación reforzada y también la exclusión política de los africanos y el carácter cada vez más policial del régimen.[8] A partir de este momento los sudafricanos se encontraron divididos en tres grupos definidos por su apariencia física: los «blancos» (2.600.000, es decir, un 20,8 por ciento de la población en 1951), entre los cuales se incluyó finalmente a los japoneses; los «de color» (*coloured*, 1.100.000, 10,8 por ciento de la población), privados del de-

[7] C. Meillassoux y C. Messiant (compils.), *Génie social et manipulations culturelles en Afrique du Sud*, Arcantère, París, 1991; P. Coquerel, *Afrique du Sud: l'histoire séparée*, Gallimard, París, 1992; y *L'Afrique du Sud des Afrikaners*, Bruselas, 1992.

[8] A. J. Bullier, *Partition et répartition: Afrique du Sud, histoire d'une stratégie ethnique (1880-1980)*, Didier Érudition, París, 1988.

recho de voto en 1956 y en cuyo seno se introdujeron en 1959 y 1967 nuevas distinciones (*mestizos*, *mestizos del Cabo*, *chinos*, *indios*, *otros asiáticos*, *otros de color*); y finalmente los «negros» (12.600.000, 68,2 por ciento de la población), en cuyo grupo se colocó «a toda persona a la que se acepta generalmente como miembro de una raza aborigen o de una tribu de África». Para los negros, despojados de todo derecho, la asignación autoritaria de la identidad fue doble: una «identidad racial» y luego una «identidad tribal» o «étnica». Ésta apareció en primer lugar en el *Promotion of Bantu Self-Government Act* [Ley para la Promoción del Autogobierno Bantú] (1959), que distinguía nada menos que nueve grupos «étnicos» presentados como «tradicionales», fijos en una especie de atemporalidad, aunque los propios bóers habían sido testigos, desde fines del siglo XVIII hasta la conquista colonial británica en la década de 1880, de la desaparición de ciertos grupos y del nacimiento de otros nuevos, en relación con complejos procesos de formación de Estados activados por la creación del Estado zulú a comienzos del siglo XIX.

La imposición de etiquetas raciales dio a la segregación una rigidez desconocida hasta ese momento. En un plano residencial, y una vez fuera de sus reservas, los africanos se hallaban, tanto en las ciudades como en las zonas rurales blancas, en una situación de precariedad extrema y con frecuencia en estado de violación de las numerosas leyes que regían el derecho de residencia y de circulación. El *efflux control* [control del flujo de salida] permitía vigilar los movimientos migratorios en el momento de salir de las reservas, mientras que el *influx control* [control del flujo de entrada],[9] al entrar en las zonas blancas, significaba en realidad orientar la mano de obra africana en función de las necesidades de la economía agrícola, minera o industrial blanca, sistema consolidado por los *reference books* [libros de referencia] o *passes*, obligatorios para los hombres y las mujeres de más de dieciséis años, y los numerosos *labour bureaux* [oficinas de trabajo] que reclutaban y colocaban a los trabajadores. Las etiquetas raciales sirvieron también para que se respetasen las disposiciones del *petty apartheid* [*apartheid* mezquino], basado en la estricta separación de lugares y servicios públicos cuya interminable lista enumeraba el *Reservation of Separate Amenities Act* [Ley de Reserva de Servicios Separados] (1953): bibliotecas, hos-

[9] *Efflux control* e *influx control* son conceptos del *apartheid* definidos en el *Group Area Act* [Ley de Zonas de Grupos] (1950) y en los textos posteriores. *Efflux*: «salida» (de los bantustanes); *influx*: «entrada» (en las zonas blancas). Para concretar más, véase C. Meillassoux y C. Messiant, *op. cit.*, pp. 289-290, 302.

pitales, iglesias y templos, ascensores, lavabos, bares y restaurantes, salas de espectáculos, estadios y campos de deporte, transportes, bancos y parques públicos... Estas medidas significaban la institucionalización de la mala calidad de los servicios que se ofrecían a los africanos en todos los campos, en particular en los de la salud y la educación formal.[10]

Una vez que los africanos fueron inmovilizados en su raza y en una etnia o una comunidad, resultaba posible actuar a fondo en la política de los bantustanes, que se remontaba a las reservas indígenas creadas en 1913 y 1936, lo que fue codificado en 1951 (*Bantu Authorities Act* [Ley de Autoridades Bantúes]) y refinado progresivamente más adelante (*Promotion of Bantu Self-Government Act* [Ley para la Promoción del Autogobierno Bantú] en 1959; la *Bantu Homelands Citizenship Act* [Ley de Ciudadanía de las Reservas Nacionales Bantúes] en 1970; y la *Bantu Homeland Constitution Act* [Ley Constitucional de las Reservas Nacionales Bantúes] en 1971). No satisfechos con haber inventado etnias, el poder blanquista pergeñó, en lugar del Consejo Representativo de los indígenas de 1936, una prolija jerarquía de autoridades que se autodenominaban tradicionales a las que se atribuía tierras para luego organizar un sistema de asambleas y gobierno. En realidad, el poder pertenecía a los funcionarios del *Department of Native Affairs* [Departamento de Asuntos Nativos], que en 1978 se convirtió en *Department of Cooperation and Development* [Departamento de Cooperación y Desarrollo], y en 1986 en *Department of Development Planning* [Departamento de Planificación del Desarrollo]. A estos *homelands* [hogares nacionales] se les reconoció en un primer momento una aparente autonomía y luego, algunos de ellos, como Bophuthatswana, se hicieron oficialmente «independientes». En realidad, sus funciones fueron, al principio, económicas: agrupar a los naturales, a quienes se negaba ya la nacionalidad sudafricana; y constituir una reserva de reproducción de mano de obra barata, explotable a voluntad y confinada en los *homelands* cuando no se la necesitaba o cuando expresaba la más mínima manifestación de resistencia. Pronto fue más sencillo exportar el capital y explotar la fuerza de trabajo in situ, lo que aceleró, al mismo tiempo, el movimiento de expropiación de tierras y reforzó la dependencia de los bantustanes

---

[10] En el debate que sigue todavía vivo en Sudáfrica sobre el concepto, la naturaleza y el origen de la «civilización», los negros distinguen entre «educación formal» (la dada por las instituciones escolares) y las formas «tradicionales» de educación (de la que alaban la distribución igualitaria entre los niños, cada linaje o cada comunidad, y cuya eficacia destacan). O. Guitard, *L'apartheid*, PUF, París, 1983; J. Llelyveld, *Afrique du Sud, l'apartheid au jour le jour*, Presses de la Cité, París, 1986.

respecto a Sudáfrica. Las revueltas, contenidas durante mucho tiempo, se multiplicaron en las décadas de 1970 y 1980, ante lo arbitrario y la miseria, haciendo intervenir constantemente a la *South African Police* [Policía Sudafricana], a la *South African Defence Force* [Fuerza Sudafricana de Defensa] y a los *vigilantes*, las milicias formadas a la sombra del Estado sudafricano y que gozaban de la mayor impunidad.

Pese a algunos enfrentamientos étnicos, siempre localizados, la política consistente en dividir para reinar fue un fracaso. La resistencia al *apartheid*, proveniente de forma desigual de todos los «grupos raciales» —cada uno de los cuales creó sus propias organizaciones (como el *Natal Indian Congress* [Congreso Indio de Natal] en 1894, o el *Pan African Congress* [Congreso Panafricano] en 1959—, y gracias a organizaciones transétnicas tales como el *African National Congress* (CNA, Congreso Nacional Africano, fundado en 1912) y el *United Democratic Front* [Frente Democrático Unido] fundado en 1983), consiguió rodear las maniobras del régimen del *apartheid* y procedió a combatirlo frontalmente. De la opresión a las resistencias y de las resistencias a la represión, la vida social y política en África acabó siendo una serie de violencias incesantes.[11] Además, la estrategia de exclusión de los africanos del juego político se endureció a su vez, confiriendo al gobierno racista, progresivamente, todas las características de un régimen policial y terrorista que nada podía disimular, ni siquiera el llamado diálogo con ciertos Estados africanos de los más dictatoriales y corruptos, ni la estrategia de crecimiento económico ampliamente apoyada por inversiones occidentales,[12] violando las medidas internacionales de embargo. Adoptada en 1950, la *Suppression of Communism Act* [Ley de Supresión del Comunismo] definía al comunismo de modo tan vago que permitía al gobierno reprimir cualquier cosa: era comunista cualquier persona que se adhiriese a «toda doctrina que tuviese como meta la instauración de la dictadura del proletariado y que provocase desórdenes en el seno de la Unión, imponiendo cambios políticos, económicos y sociales con el apoyo de un gobierno extranjero o no». Además se promulgaron el *Public Safety Act* [Ley de Seguridad Pública] y el *Criminal Law Act* [Ley de Derecho Penal] (1953), que permitían instaurar el estado de excepción, suspender las libertades públicas y condenar a todo indi-

---

[11] E. Roux, *op. cit.*; T. Lodge, *Black Politics in South Africa since 1945*, Ravan Press, Braamfontein, 1983.

[12] R. First, J. Steele y C. Gurney, *The South African Connection. Western Investment in Apartheid*, Penguin Books, Harmondsworth, 1972.

viduo que transgrediese las leyes o que ayudase de algún modo a los movimientos de resistencia.

Sudáfrica, inquieta por el acceso a la independencia de un número creciente de países africanos y por el desarrollo de la lucha armada de liberación en África austral, rompió con el Reino Unido y proclamó la república (1961). El aislamiento acentuó aún más el sistema represivo. El artífice del *Internal Security Amendment Act* [Ley de Enmienda de Seguridad Interior] (1976), el ministro de Justicia James Kruger, definía como enemigos del Estado a «los comunistas, a los líderes políticos negros, a los movimientos religiosos radicales y a todos los que buscan la revolución». En la década de 1970 apareció en los medios militares la noción de *Total National Security* [Seguridad Nacional Total], que Magnus Malan, ex jefe de Estado Mayor de la South African Defence Force y ministro de Defensa en 1980, se encargó de poner en práctica. En el marco del *National Security Management System* [Sistema de Gestión de la Seguridad Nacional] todas las estructuras civiles del Estado tuvieron su duplicado en estructuras militares, muchas veces secretas. Finalmente, será el *State Security Council* quien se encargaría de elaborar los planes y de tomar las decisiones referentes al futuro del país. En 1982 las distintas fuerzas armadas reunían unos efectivos que sumaban 120.000 hombres, a los que hay que añadir los ciudadanos blancos armados, jóvenes y viejos, hombres y mujeres. Estas disposiciones no impidieron que los movimientos de resistencia continuasen siendo muy activos, llevando al gobierno a aumentar la represión: matanza de manifestantes en Sharpeville el 21 de marzo de 1960 (oficialmente 69 muertos y 180 heridos); procesos inicuos, como el de los jefes del CNA, entre los que se hallaba Nelson Mandela, condenado a cadena perpetua (1963); violenta represión de los estudiantes de bachillerato que se manifestaban en Soweto en contra de la introducción de la lengua afrikaans en la enseñanza (1976); asesinato de militantes anti-*apartheid*, prescindiendo del «grupo racial» al que perteneciesen, tanto en el extranjero como en Sudáfrica. Tal fue el caso de Steve Biko, activista de la *Black Consciousness* [Conciencia Negra], torturado hasta morir por la policía (1977).

La violencia y el terrorismo persistentes del Estado no pudieron, aun así, salvar a un régimen basado en la negación permanente de los derechos más elementales. La larga lucha de los africanos, organizada contra este Estado, a la que siguieron desde finales del siglo XIX las de otras capas de la población, acabó por dar forma a un proyecto constructivo de otra Sudáfrica, enunciado por la Carta de la Libertad (1955): «Sudáfrica pertenece a todos aquellos que viven en ella, tanto a los blancos como a los negros, y ningún gobierno tiene base jurídica para pretender ejercer la autoridad si no la posee por la voluntad de todos.»

Es la otra Sudáfrica, cuya mera posibilidad fue negada constantemente por el *apartheid*, la que al final los combatientes de la libertad acabaron imponiendo en 1990. Sin embargo, si inscribimos el *apartheid* en una historia de larga duración, la supresión de las disposiciones más mezquinas de este régimen y la restauración del Estado de derecho, dejando intactas las medidas económicas sobre las que el *apartheid* se había construido, no han sido suficientes para calmar la impaciencia de la mayoría ni para cerrar las viejas heridas.[13] Precisamente debido a este desequilibrio heredado de un largo pasado, la nueva Sudáfrica resulta tan frágil en estos primeros años del siglo XXI.

ANEXO I

PATERNALISMO Y VIOLENCIA EN LAS GRANJAS DEL TRANSVAAL DE 1900 A 1950

*Charles Van Onselen**

La opción de los propietarios blancos de recurrir al *sjambok* si fracasaban otras sanciones no tiene nada de sorprendente. Subrayemos, respecto a esto, que el látigo —a diferencia de las multas, de las violencias físicas arbitrarias o de cualquier otra forma de sanción— ha contribuido a reforzar la dinámica subyacente del patriarcado y del paternalismo.[1] Hay que destacar dos puntos concretos. En primer lugar la flagelación, al contrario que otros medios de disciplina más «espontáneos», era algo cuidadosamente reflexionado y ritualizado. Era semejante al acto de sumisión física del arrendatario hacia el propietario.[2] De este

---

[13] D. Darbon (compil.), *L'après-Mandela. Enjeux sud-africains et régionaux*, Karthala, París, 1999.

* Annales ESC, nº 1, enero-febrero de 1992, Armand-Colin-éditions de l'EHESS, pp. 18-20.

[1] Lo que no quiere decir, naturalmente, que los propietarios en el triángulo no recurrieron a estas formas disciplinarias en el período de entreguerras. Son numerosos los ejemplos de violencia, de latigazos y de multas entre los testimonios de granjeros que se conservan en la M. M. Molepo Oral History Collection, Institut d'Études Africaines (ASI), Universidad de Witwatersrand (UW), Johannesburgo.

[2] Allí donde no se daba sumisión, los propietarios podían hacer venir de lejos a parientes o a semiparientes para que les ayudasen a administrar la corrección. Estas agresiones cometidas por *gangs* son de una brutalidad sin equívocos, pero el propietario blanco consideraba que formaban parte de la «disciplina familiar». Acerca de esta violencia de *gang* premeditada en los granjeros blancos afrikáners véase UW, ASI, M. M. Molepo Oral History Collection, entrevista nº 63 B y 64 A/B, J. M. Nkadimeng en Nebo, 22 de octubre de 1979, pp. 22-23.

modo el niño conocía la medida de su humildad ante la autoridad del «padre». Por otro lado, el látigo se daba fuera del control judicial. Esta violencia infligida por el patriarca en la intimidad de la «familia» permitía mantener al aparcero en un estatus de «niño» en el seno de las estructuras de la sociedad y subrayar el vacío de su situación con respecto a la ley. Tales brutalidades cometidas en la familia, a lo que se añadía el silencio que pesaba sobre una sociedad de estructura racista, recordaban a los aparceros negros que estaban sometidos al poder exorbitante de los patriarcas blancos en un sistema paternalista.

Para que el látigo contribuyese eficazmente a restaurar el espíritu de dominación era necesario que el muchacho pudiese constatar y captar la diferencia entre el terror que suscita la violencia física y la recompensa que deriva de forma manifiesta al trabajo y a la sumisión. Un sistema que manejase el palo y excluyese la zanahoria perdería, casi por definición, su carácter paternalista. Así, a todo acto de violencia cometido sobre los granjeros debía corresponder, como compensación, algunos regalos y concesiones con vistas a garantizar a largo plazo la estabilidad del sistema. El «padre» blanco tenía derecho a ser severo con sus «hijos» negros, pero si no quería alejarse del espíritu cristiano en el que se inspiraba la comunidad, debía mostrarse capaz de realizar algún gesto de benevolencia, algunos actos de atención y generosidad cada vez que la situación lo exigiese.

En el suroeste del Transvaal, como en todas partes en Sudáfrica en el medio rural, se unían sin más a la explotación las concesiones a la fe cristiana y a los fundamentos de la vida social representados por el patriarcado y el paternalismo. Los propietarios afrikáners que, en cualquier otra circunstancia, habrían juzgado imposible autorizar a los granjeros negros a penetrar en sus viviendas con ocasión de una fiesta, no veían nada incongruente en invitar a esos mismos negros a la intimidad de su salón para la plegaria y los *huisgodsdiens* [un servicio religioso doméstico] de la tarde. Estas reuniones, presididas por el patriarca blanco, permitían reunir a la totalidad de esta «familia» ampliada y contribuían al reforzamiento de los lazos de semiparentesco, ya que todos los miembros presentes se inclinaban humildemente ante Dios. La misma lógica la encontrábamos también en los días de plegarias de excepción en tiempos de sequía, cuando todos en la propiedad se reunían en un lugar apropiado para recogerse ante Dios. En estos casos el patriarca blanco asumía siempre un papel de mediador. Presidía la reunión de familia y fijaba su desarrollo.[3]

[3] Estos ejemplos se han tomado de C. Van Onselen, *A Chameleon amongst the Boers: The Life of Kas Maine, 1894-1985*.

Asimismo, con ocasión de los ritos de paso, los propietarios afrikáners del triángulo no solían negar a los granjeros respetados y a los servidores negros los derechos ligados al semiparentesco. En cuanto a los nacimientos, matrimonios y funerales —aunque los negros estaban invitados a respetar una distancia conveniente, a ser discretos, a observar cierto comedimiento—, se les confería un papel particular en el desarrollo de las ceremonias, dictado por el núcleo restringido de la familia y de los amigos del propietario. Si en circunstancias como éstas el propietario no respondía a las expectativas razonables de la familia negra, los campesinos no sólo se sentían profundamente ofendidos, sino que esta falta constituía para ellos un atentado grave a la etiqueta. Del mismo modo, prácticamente se esperaba que los propietarios ofreciesen un carnero a sus obreros agrícolas o aparceros para celebrar el nacimiento de un niño o que asistiesen a las exequias de los viejos servidores o granjeros.[4] [...] Es en este contexto en el que debemos considerar el testimonio de Kas Maine, hijo de un aparcero perteneciente a la segunda oleada de inmigrantes basotho[b] establecidos en el distrito de Schweizer-Renek a comienzos del siglo XX. De joven, Maine asistió al eclipse político de algunos de los más pobres granjeros afrikáners en beneficio de un pequeño número de propietarios ingleses bien situados tras la guerra de 1899-1902 en Sudáfrica:

> Los propietarios afrikáners nos daban leche cuajada, leche fresca y buenos alimentos; los ingleses lo pararon todo. En lugar de aquello nos han dado algunas tazas de leche al día. Y contaban el número de tazas que nos daban. Si se trabajaba en una granja (inglesa) teníamos derecho a una ración de tres tazas de leche cuajada al día. No nos daban leche fresca, teníamos que comprarla.

Los afrikáners no vendían sus cosas. Nos daban pantalones, zapatos y otras cosas. Pero los ingleses vendían sus ropas. No nos habrían dado nunca un par de pantalones sin hacérnoslos pagar.[5]

Este estupendo testimonio oral nos da una representación gráfica de los lazos entre capitalismo, cultura y el don y gestión de las relaciones paternalistas en la mayor parte del suroeste del Transvaal a comienzos del siglo XX.

---

[4] Véase, por ejemplo, U. W., ASI, M. M. Molepo Oral History Collection, entrevista nº 336, N. Makume entrevistado por T. T. Flatela en Viljoensdrift, 10 de agosto de 1982, p. 38.

[b] Mosotho es un individuo de la etnia sotho; en plural es basotho, «los sothos». También se ha escrito suto y basuto. [N. del T.]

[5] U. W., A. I., M. M. Molepo Oral History Collection, entrevista nº 234, entrevista de K. Maine por M. M. Molep en Ledig, 17 de septiembre de 1980, pp. 18-19 (subrayado por el autor).

Además del regalo ocasional de viejas ropas y de tabaco, los propietarios del triángulo y sus granjeros se encontraban también fuertemente implicados en el ritual de Navidad. Sin embargo, en una sociedad de estructuras no igualitarias, tales fiestas por sí solas no podían satisfacer el intercambio de dones según la tradición cristiana consagrada. En realidad, el período de fiestas proporcionaba al propietario blanco una ocasión más para demostrar su benevolencia, su generosidad. Asimismo, podía aceptar que se sacrificase un animal para que sus «hijos» negros pudiesen hacer fiesta, lo que aumentaba su prestigio de patriarca y ayudaba a reforzar los lazos paternalistas.[6]

ANEXO II

DEL MUSEO ETNOGRÁFICO AL MUSEO DEL APARTHEID HOY

Nadja Vuckovič

En Sudáfrica, desde el comienzo del siglo XIX hasta hoy, el contenido de las exposiciones ha variado según las épocas y según la política llevada a cabo. De la colocación en los museos de los espacios geográficos en tiempos de la conquista hasta la historia de los europeos, los museos son, hasta nuestros días, reflejo de la dominación blanca sobre los pueblos de color.

Sin embargo, ante los grandes cambios políticos de estos últimos años —entre ellos el reconocimiento del *apartheid* como crimen contra la humanidad—, los museos han ido adaptando sus colecciones con el fin de restituir un pasado más «objetivo» de las distintas poblaciones de Sudáfrica.

Museos de historia natural

A comienzos del siglo XIX no es sorprendente ver aparecer, en Sudáfrica, los primeros museos que consagraron sus exposiciones principalmente a la historia natural. En efecto, Sudáfrica rebosaba de numerosas riquezas —fauna, flora, materias

[6] Para ejemplos de fiesta de Navidad como éstas, véase U. W., A. S. I., M. M. Molepo Oral History Collection, entrevista n° 336, N. Makume entrevistado por T. T. Flatela en Viljoensdrift, 10 de agosto de 1982, p. 41; o la entrevista n° 403, M. T. Lerefudi entrevistado por T. T. Flatela en Lichtenburg, 26 de agosto de 1982, p. 19.

primas—, por lo que los museos tenían la función de describir sus espacios geográficos, valorizarlos —en una palabra, ser el reflejo del descubrimiento y de la conquista de los territorios de África del Sur por los colonos holandeses e ingleses—.

El South African Museum [Museo Sudafricano], el primero, creado en 1825 en El Cabo, reunía colecciones zoológicas. Además de la descripción de la fauna y de su medio, la finalidad [del museo] no [era] dar cuenta de la «caza en África», sino «dar cuenta de la caza de los blancos en África» [...] —la victoria de la cultura blanca sobre la naturaleza africana—. Resultado de todo un proceso museológico que transforma a los animales en objetos culturales.[1] A la lógica científica se substituía la lógica de dominación.

Otros, como el Albany Museum [Museo Albany] de Grahamstown, se especializaban en los campos de la geología, la mineralogía y la botánica. Los museos ya no eran sólo lugares de conservación, sino también de investigación. Estudiar mejor las riquezas del subsuelo sudafricano permitía explotarlas mejor. Así pues, el descubrimiento de diamantes en 1867 y luego de oro en 1886 tranquilizó a los colonos, que tuvieron en Sudáfrica una reserva fabulosa que iba a ser la base de su economía y de la de la «madre patria». El imperialismo territorial y económico, en su apogeo al comienzo de la revolución industrial, se mostraba abiertamente en los museos. Al conocimiento científico se añadía una reflexión económica.

En conclusión, «conocer mejor para dominar mejor»[2].

Museos etnográficos/museos históricos. Negación del negro/triunfo de la civilización blanca

A comienzos del siglo XX, tras la Paz de Vereeniging de 1902, que puso fin a la guerra entre los bóers y los británicos, fueron abolidas algunas de las medidas segregacionistas tomadas por los primeros, mientras que otras perduraron. En esta misma época y en los años siguientes ciertos museos abrieron sus puertas a colecciones de tipo arqueológico, etnográfico o histórico, aunque los museos de historia natural seguían siendo mayoritarios.

---

[1] Nélia Dias, «L'Afrique naturaliste», en *Prélever, exhiber: la mise en musées*, Jean-Loup Amselle (edit.), *Cahiers d'Études africaines*, 155-156, XXXIX-34, París, 1999.

[2] Emanuelle Sibeud, *Une science sur mesure? Logique coloniale et logique intellectuelle en Afrique française au début du XXe siècle.*

Sin embargo, a diferencia de las colonias del África occidental, donde algunos intelectuales y científicos habían tomado conciencia de la existencia de un arte africano —artes primigenias— o concebían alguna forma de reconocimiento de las sociedades autóctonas (historia, situación social, cultura...) —no desprovistos de algunas ideas colonialistas—, en África del Sur la visión del objeto africano no era más que etnográfica y, además, dotada de una concepción primitivista del negro —influida por las teorías evolucionistas de la época, que afirmaban que:

> [...] el hombre era un producto de la evolución animal y que el eslabón que unía al europeo con el animal era el salvaje, es decir, un ser que había permanecido próximo a la bestialidad. [...] Esta pretendida diferencia radical entre las «razas» garantizada por el discurso científico servirá de nueva justificación para la expansión colonial.[3]

Como consecuencia de la creación de la Unión Sudafricana en 1910 se adoptaron las primeras leyes segregacionistas contra los negros. La distinción entre «blancos» y «no blancos» la encontramos de nuevo en la política ejercida por las instituciones museísticas *aparcando las colecciones consagradas a las culturas africanas en la sección etnográfica*, que se hallaba a su vez en las colecciones de los museos de historia natural. «Encontramos así la descripción de artefactos "primitivos" en las instituciones de los museos en los que los conservadores han tratado de destacar el interés etnográfico que podían revelar, con mucha frecuencia en el sentido de una afirmación racista sobre el carácter inferior o decadente de los pueblos autóctonos.»[4] Por lo que respecta a los europeos, sólo ellos figuran en los museos de historia.

Tales ideologías eurocentristas —«la creencia en la necesidad de preservar la pureza biológica de la raza», «[...] el temor enfermizo al mestizaje agravado por la progresión numérica de los no blancos, la defensa de la civilización cristiana occidental, única garantía de los valores fundamentales [...]»— adquirieron toda su amplitud en la década de 1930, sobre todo con el Purified National Party [Partido Nacional Purificado] dirigido por el doctor Malan, sensible a las teorías discriminatorias profesadas en la Alemania nazi.

---

[3] Katérina Sténou, *Images de l'autre. La différence: du mythe au préjugé*, Le Seuil/Unesco, París, 1998. Reseña de Gilles Boetsch en *Cahiers d'Études africaines*.

[4] Pascal Letellier, *Les arts de la résistance*, Du Sud au Sud, sitio de internet.

Para los colonos europeos, la entrada de Sudáfrica en la Historia se corresponde con su llegada al continente. El Museo de Historia propugnaba la superioridad blanca, los beneficios de la colonización, que ellos consideraban origen de la civilización en Sudáfrica —la industrialización, la urbanización, la enseñanza, la salud...—, a través de cuadros de paisajes, de hombres que participaron en la anexión territorial o pinturas históricas como las «guerras cafres», guerras entre negros y bóers, o el Grand Trek de 1834, cuando los bóers fueron expulsados por los británicos, que se habían establecido en El Cabo en 1815.

Así, la comunidad científica, por su proximidad a los medios políticos, se ponía a su servicio vehiculando, a través de los museos, las ideologías patrióticas, incitando al odio al otro, diferente del blanco, celebrando los valores nacionales y religiosos afrikáners, omitiendo deliberadamente mencionar la política discriminatoria de los bóers, que excluían todo derecho elemental, toda libertad individual a los no blancos.

Al negar que los pueblos africanos tuviesen una historia propia, el Museo de Historia:

> [contribuía] a fabricar un consenso[5] engañoso sobre la interpretación del sentido de las prácticas y la comprensión de la relación con la historia. Negación de la Historia que [consistía en] descontextualizar los objetos no sólo cultural, sino también históricamente, con el fin de mantenerlos en la categoría de «artes primitivas». La función del museo [era] asignada a la fabricación de una historia purgada de cierto número de acontecimientos que resultaban molestos para la memoria nacional.[6]
>
> El Museo Militar del fuerte Schanskop era una buena muestra. Garantizaba la difusión y la promoción de ideas referentes a la superioridad de los afrikáners sobre las demás naciones. Reconstruido en la década de 1970 —época en que el nacionalismo afrikáner se encontraba en su apogeo—, su colección implicaba una justificación de la dominación de los afrikáners y de sus derechos sobre las tierras.[7]

Los europeos tenían la impresión, asimismo, de que a través de sus instituciones museísticas su patrimonio y su historia estaban protegidos contra todo

---

[5] Puede que en lugar de consenso habría sido más apropiado el término «saber», aunque no se expresó ninguna reacción.

[6] Ibéa Atondi, «La violencia museística: en los orígenes de un discurso ambiguo», en *Cahiers d'Études Africaines*, *Prélever, Exhiber: la mise en musées*, pp. 905-921.

[7] Charisse Levitz, «Les transformations des musées en Afrique du Sud», *CIDOC Bulletin*, vol. 7, agosto 1996.

«extranjero», en nombre de la preservación de la raza, y podían así observar la grandeza y la gloria de su patria. El museo se convierte, pues, en un instrumento en provecho de la civilización colonizadora occidental.

La separación entre colecciones africanas y europeas en sección etnográfica/sección historia perdurará durante todo el régimen del *apartheid*. Los museos serán «el escaparate de la historia del hombre blanco y no de aquéllos a los que éste oprime, viola, saquea y mata»[8].

Museos contemporáneos

Hasta la década de 1980 «en los museos de historia contemporánea los retratos de los padres de la nación sustituyeron a los retratos de los gobernadores coloniales, pero la mayor parte continúan funcionando como lugar de autocelebración de los poderes existentes»[9], mientras que en las democracias occidentales se desarrollaban los temas de los derechos del hombre y de la igualdad y mientras el continente africano iba consiguiendo paulatinamente su independencia. Estos acontecimientos tendrán un poderoso eco en las poblaciones negras.

Tras la proclamación de independencia de Sudáfrica, entre 1966 y 1978, el régimen del *apartheid* se había intensificado, entre otras medidas, por medio de la instauración de bantustanes. «El famoso lema: *Keep the native in his place* (Mantener al indígena en su sitio)»[10] se hacía cada vez más insoportable. Simultáneamente, el nacionalismo negro se radicalizaba. Tras las revueltas de Sharpeville del 21 de marzo de 1960 y de las de Soweto de 1977, que terminaron en matanza y fueron condenadas por la comunidad internacional denunciando la práctica de las leyes raciales del régimen del Partido Nacional, el primer ministro P. W. Botha favoreció una nueva política, en un proceso de reconciliación y renovación, aboliendo las leyes discriminatorias del *petty apartheid* (*apartheid* mezquino).

Gracias a esta «flexibilización política», el reconocimiento del *apartheid* por parte de la comunidad internacional como crimen contra la humanidad en 1973

---

[8] Frantz Fanon, *Les damnés de la terre*, Gallimard, París, 1961 [ed. cast.: *Los condenados de la tierra*, FCE, México DF, 1963].

[9] Anne Gaugue, «Musée et colonisation en Afrique tropicale», en *Cahiers d'Études africaines*, pp. 727-745.

[10] Citado en Marc Aicardi de Saint-Paul, *Ségrégation et apartheid. Le contexte historique et idéologique*, Albatros, París, 1979, p. 165.

y la presión progresiva de los negros para reapoderarse de su propia historia, de su patrimonio y de su pasado, para adquirir por fin una identidad cultural y social real, los museos se veían obligados a transformarse. «Antiguos museos renuevan sus colecciones haciendo un esfuerzo para presentar una historia de los sudafricanos más equilibrada, al tiempo que aparecen nuevos museos que se centran en temas hasta ahora ignorados, como el Museo de la Lucha contra el Apartheid en la Universidad de El Cabo Oeste; el Worker Museum (Museo de los Trabajadores), que da cuenta de las duras realidades de los trabajadores migrantes; o el antiguo Africana Museum, que hoy se llama Museum Africa, el cual ha sido abierto de nuevo en agosto de 1994, en nuevos locales, con una exposición en la que se incluía ya la historia negra, que antaño se silenciaba.»[11]

Aquí también la lógica política influye en la lógica científica, pero de manera menos equívoca, ya que los museos contribuyen a la aplicación de la nueva interpretación de la historia del pueblo oprimido que, al poner pie en la escena política, a través del CNA, como Nelson Mandela, y con la aplicación de las nuevas constituciones de 1993 y 1996, tenía que estar representado en la escena cultural y científica.

En busca de sus raíces y de una reconstitución del pasado, el gobierno sudafricano reiteró durante años su petición a Francia para que Saartje Baartman, la «Venus hotentote», fuese restituida a Sudáfrica. «Desde el fin del *apartheid* [ésta] se ha convertido en el símbolo nacional de la humillación, de la colonización y de la explotación de las etnias sudafricanas, símbolo, igualmente, de una descolonización psicológica.»[12] El Museo del Apartheid, creado en 2002, habría podido beneficiarse de los mismos símbolos que la Venus hotentote. Sin embargo, las gestiones políticas y científicas no han sido muy hábiles por la manera en que se han concebido.

Museo del Apartheid

En efecto, la creación de este museo ha sido objeto de una negociación. Los hermanos Solly y Abe Krok —dos hombres de negocios conocidos en la capi-

[11] Charisse Levitz, artículo citado.

[12] Informe de M. Le Guarrec en nombre de la Comisión de Asuntos Culturales sobre la propuesta de ley adoptada por el Senado acerca de la devolución por parte de Francia de los restos mortales de Saartje Baartman a Sudáfrica, el 7 de febrero de 2002, n.° 3563, Asamblea Nacional.

tal sobre todo por haber comerciado, durante el régimen del *apartheid*, con cremas para blanquear la piel de los negros— obtuvieron una licencia —a cambio de una decena de millones de euros— para la construcción de un casino y un parque de atracciones, Gold Reef City, a condición de que financiasen el Museo del Apartheid. De este modo, el museo, lugar y testigo de la brutal discriminación racial, se encuentra situado junto a un emplazamiento de diversiones y ocio. Extraño contraste que, para algunos, es una banalización del *apartheid*: una nueva afrenta. Edificado a imagen de una fábrica (utilización de materiales como cemento armado, hierro, desechos mineros, acero), el museo recuerda también el pasado minero de Johannesburgo, al tiempo que retranscribe simbólicamente la dureza y frialdad del régimen del *apartheid*.

En la entrada, dos pasillos, el de los blancos y el de no blancos —separados por retratos de hombres y mujeres mestizos o *coloured* considerados sin «identidad», «calificados como "restos" por la esposa de Frederik Willem de Klerk»—[13], se presentan a los visitantes. Éstos reciben un carnet en el que se indica su identidad de blanco o de no blanco durante la visita, sea cual sea su origen o su color de piel.

Antes de introducirnos en uno de los pasillos, se recuerda al público que bastante antes de la instauración del *apartheid* en 1948, los no blancos vivían ya bajo el dominio de leyes segregacionistas que derivaban de un fuerte deseo de preservación de la raza por parte de los bóers ante la llegada masiva de inmigrantes que venían a trabajar en sus explotaciones mineras.

Mientras el pasillo de los «blancos», como su nombre indica, está ilustrado con retratos y carnets de identidad de los europeos, el de los «no blancos» revela la diversidad de las nacionalidades sudafricanas —africana, china, india— a través de fotos de «sudafricanos contemporáneos, anónimos o conocidos, que cedieron algunos recuerdos familiares expuestos en las "cajas de la memoria"»[14], carnets de identidad que mencionaban su pertenencia racial y étnica.

En el mismo pasillo está representada la legislación racial por medio de los pases que utilizaban los no blancos para el paso del bantustán a la «ciudad blanca» y asimismo por medio de la muestra de un centenar de textos legales, «de la ley sobre la prohibición de los matrimonios mixtos de 1950 [...] a la de la ad-

---

[13] Chris McGeal, «La "nation arc-en-ciel" redécouvre le noir et blanc. Le musée de l'Apartheid en Afrique du Sud», *Mail & Guardian*, artículo traducido en *Courrier International*, n° 587, 31 de enero-6 de febrero de 2002, pp. 38-39.

[14] Valérie Hirsch y Michelle Lamensch, «Pardonner sans oublier», Rossel et Cie. SA, *Le Soir en ligne*, Bruselas, 2002.

ministración de los asuntos bantúes de 1971»[15] y, finalmente, por la exposición de paneles que rezaban «No europeos», colocados en todos los lugares públicos —separación territorial en todas las esferas de la sociedad—.

Naturalmente, ante la representación política del *apartheid*, el museo tenía que evocar la represión padecida por los negros y las consecuencias dramáticas que se derivaron: un centenar de nudos colgantes, correspondientes a cada preso político condenado a muerte por ahorcamiento; fotos de niños encarcelados en la década de 1980; una vitrina vacía destinada a recibir los instrumentos de tortura; un «Caspir», furgón blindado de la policía.

Luego, con la ayuda de imágenes de los archivos televisados, de testimonios grabados, el museo consagra una sección a las revueltas, a la lucha, a la resistencia de los pueblos oprimidos ante el régimen del *apartheid.*

Al final de la visita, por un lado, se propone al público archivar en vídeo sus recuerdos o sus impresiones y, por el otro, se le ofrece un ejemplar de la Constitución de Sudáfrica tal como estaba redactada en tiempos del *apartheid.*

Aunque es innegable la necesidad de este lugar de la memoria, se pueden formular tres observaciones sobre él.

En primer lugar, se constata que en este museo no aparecen en absoluto las humillaciones cotidianas impuestas a los negros y las consecuencias familiares a que esto daba lugar. En efecto,

> ¿Qué significaban estas leyes para una mujer obligada a criar sola a sus hijos porque el reglamento de los pases prohibía a las mujeres reunirse con sus maridos en las «ciudades blancas»? ¿Qué representaban para las familias de hombres, como Ishmael Essop, clasificado como malayo y cuyos cuatro hijos se consideraban mestizos, otro blanco y el último indio?[16]

Las dos restantes observaciones son de orden político. En primer lugar, se ha omitido completamente la colaboración de algunos negros en la aplicación del *apartheid.* «¿Quiénes eran? ¿Por qué lo hacían? ¿Cómo se les juzgaba en su propia comunidad?»[17]

En segundo lugar, un visitante blanco lamenta que «el museo no muestre hasta qué punto el gobierno utilizó el contexto de la guerra fría, haciendo creer

---

[15] *Ibid.*
[16] Chris McGeal, artículo citado.
[17] *Ibid.*

que el CNA impondría una dictadura comunista. No es casual que el *apartheid* se haya hundido precisamente después de la caída del muro de Berlín».[18] Explicando el nacimiento de la segregación y del *apartheid*, que derivaba de aquélla de un modo estrictamente económico, el museo entra en un callejón sin salida al no explicar la manera en que el gobierno adoctrinaba a sus nacionales desde la infancia,[19] llevándolos, a través del sesgo de los valores patrióticos, hacia una brutal política racial.

Ante las transformaciones políticas del mundo, los museos han de evolucionar redefiniendo sus responsabilidades en el seno de la sociedad. Los museos de Sudáfrica, pese a sus dificultades presupuestarias, tratan de ser el escaparate de los cambios políticos de un país que aspira a la reconciliación. Por eso tratan de modificar el antiguo orden establecido, renovar las mentalidades y las actitudes en un país en el que persisten ciertas cuotas racistas. «Vocación formadora del espíritu [...]. Moral: extraer lecciones de los acontecimientos, sacar a la luz los errores para no volver a cometerlos, valorizar los logros humanos.»[20]

El papel «educativo» es tanto más arduo en cuanto que, por el momento, pocos negros se han interesado por este nuevo museo, lo que puede explicarse de dos maneras: una, por el hecho de que hasta ahora ningún museo estaba dedicado a ellos desde el punto de vista histórico, por lo que el hecho cultural de ir a visitar un museo les es desconocido. La otra es que, al tener que hacer frente a las preocupaciones actuales —como la práctica de una «nueva vida cotidiana», o el terrible post-*apartheid* dominado por la epidemia del sida, la criminalidad, el paro o el alcoholismo—, quizá la población negra no quiere volver atrás, a años demasiado lóbregos. Podría compararse este «no retorno» al pasado al de los esclavos que se negaron a hablar de la trata a sus descendientes. Sin embargo, como señala Charisse Levitz, «no estaría bien que la reconciliación significase la ocultación del pasado»[21].

Pero estos cambios positivos de las instituciones museísticas, que ponen de manifiesto un pasado poco glorioso, no bastan para abolir la discriminación racial. Por otro lado, hoy, junto a la ejercida sobre los negros, puede darse una discriminación inversa.

---

[18] Citado en Valérie Hirsch y Michelle Lamensch.

[19] Véanse los manuales escolares, tales como *Legacy of the Past, a History of Transvaal Schools*, STD, III, de A. N. Boyce, W. A. Harrison, Johannesburgo, 1967-1977.

[20] Jean Suret-Canale, *Essais d'histoire africaine. de la traite des Noirs au néocolonialisme*, Éditions Sociales, París, 1980, pp. 220-238.

[21] Charisse Levitz, artículo citafo.

La conquista de Argelia

Marc Ferro

Comparada con la trata, la esclavitud y la piratería, la conquista de Argelia se coloca en un colonialismo del segundo tipo: el que pretexta una «vocación civilizadora». Cuando, hacia 1802, Bonaparte imagina ya una primera expedición, opina que los berberiscos deshonran a Occidente con sus prácticas —lo dice él, que acaba de restaurar la esclavitud en Santo Domingo—. Otro dato: la idea, que se remonta a antes de la Revolución Francesa, de que el Imperio turco es un «hombre enfermo» y ha llegado la hora de desmembrarlo y de quedarse con los trozos: conquistar Egipto o Argelia, he aquí el dilema.

Tras el fracaso de la expedición a Egipto (1798), parece más realista apoderarse de los puertos de Argelia —además, los franceses no correrían el riesgo de encontrarse en el camino a los británicos—. Lo mismo ocurre en 1815. Un contencioso entre el dey[a] de Argel y algunos acreedores judíos marselleses sirve de pretexto para una intervención, al situarse el hecho en un contexto más complejo y a la vez más amplio. Que el dey haya golpeado o no al representante de Carlos X de Francia con un espantamoscas importa menos, en efecto, que la voluntad del monarca de buscar en el exterior un éxito que le es necesario, cree él, para la supervivencia del régimen.

Estos diferentes datos no se coordinan entre sí en nada. Por un lado, los filibusteros que practicaban el corso habían cesado ya sus actividades en tiempos del imperio napoleónico, y el bloqueo británico a Napoleón permitía al dey comerciar normalmente. Luego aquellas actividades habían vuelto a empezar en 1815; por otro lado, la ausencia de una política coherente o constante caracterizó, al menos durante medio siglo, el comportamiento de los dirigentes franceses

[a] Dey (o day), término empleado por turcos y árabes para designar diversos cargos oficiales de las regencias de Tunicia y Argelia en siglos pasados. [N. del T.]

respecto a qué tipo de ocupación se podía operar a costa de este país. Sin embargo, en los planes del ministro de la Guerra, Bourmont —el mariscal que había traicionado a Napoleón en 1815—, todo estaba preparado para un eventual desembarco con 103 navíos y 37.000 hombres. La operación se desarrolló desde Sidi-Ferruch [Sidi Ferrúsh], cogiendo a Argel por el revés (1830). El dey capitula, la administración turca se hunde.

La primera idea había sido mantenerse en los puertos, Argel, Orán, Bona, y entenderse con los jefes indígenas del interior «a los que hay que abandonar el resto del territorio», según la *Instruction* [Instrucción] del conde De Molé al gobernador general Damrémont. Es lo que pensaban los generales Desmichels y Bugeaud en los primeros tiempos de la conquista. Asimismo, los franceses negociaron en el este con el bey[b] de Constantina, Áhmed —de tradición turca, que despreciaba a los árabes—, y en el oeste con 'Abd el-Qáder, que firmó los acuerdos con Bugeaud, llamados Acuerdos Desmichels, y luego los de la Tafna. Tales protocolos establecían una especie de protectorado sobre la «nacionalidad árabe», término empleado para mostrar claramente el final de la dominación turca. Sin embargo, aquí había un malentendido debido a la existencia de cláusulas secretas y errores de traducción, deliberados o no: ya durante el reinado de Luis Felipe la metrópoli cree en la sumisión de 'Abd el-Qáder, pero éste, a quien Bugeaud proporciona armas —hasta 1.000 fusiles—, piensa que los franceses le dejan dominar la parte principal del país —siempre que les ayude a desembarazarse de los que se oponen a los acuerdos ya firmados—. Entonces he ahí que el general Damrémont, en el este, ocupa Constantina...

'Abd el-Qáder proclama la guerra santa y Bugeaud hace suya la idea de la conquista de todo el país y, como corolario, la destrucción del Estado árabe. Quien había sido adversario encarnizado de la ocupación total cuando no era todavía gobernador, se convirtió a la conquista en cuanto lo nombraron para este cargo.

¿Y su método? Los pequeños puestos aislados, en los que las tropas son diezmadas mediante ataques por sorpresa y en las que se instala la enfermedad, son sustituidos por columnas móviles: «Son las piernas de nuestros soldados las que nos darán el país.»

---

[b] Bey: del turco *beg* o *bey*; título de los reyes de Túnez desde 1705 hasta la proclamación de la república en 1957, que los franceses mantuvieron durante su dominación colonial sobre Tunicia. [N. del T.]

La moral de su práctica es... Victor Hugo es quien nos la define:

Dos posibilidades a tener en cuenta: civilizar a la población, colonizar el suelo... ¿Civilizar a la población? Me gustaría, pero qué asunto... No se trata sólo de fusionar a dos pueblos, sino de fusionar dos razas. [...] Es aproximar los siglos; por un lado, para nosotros es el siglo XIX, el de la prensa libre y el de la plena civilización; por el otro, en el caso de ellos es el siglo pastoril y patriarcal, homérico y bíblico. Qué triple abismo hay que salvar... Por otra parte, esos hombres, ¿se asemejan ante Dios? En la vida se rechazan y excluyen, y el uno expulsa al otro. Así pues, colonizar el suelo... Entonces, se dirá, hay que ser un poco bárbaro en medio de estos salvajes [...]. La barbarie está en África, lo sé [...]. Nosotros no debemos hacerlo bien o mal, debemos destruirla. No hemos venido aquí para reformar África, sino para llevar allí a Europa.[1]

En el momento en que Hugo era monárquico, los generales responden:

Nosotros disparamos pocos tiros, nosotros incendiamos los aduares, todas las aldeas, todas las chabolas; el enemigo huye por todas partes llevando consigo su ganado; en el ejército no hay más que cinco muertos y cuarenta heridos.» En 1841, Tocqueville, el gran notable, terminaba un viaje de información por Argelia: «Nosotros hacemos la guerra de manera mucho más bárbara que los propios árabes [...], hoy por hoy, es del lado de estos donde encontramos la civilización.

Por otro lado, el coronel De Montagnac escribía en 1843: «Hay que aniquilar a todos los que no se arrastren a nuestros pies como perros.» En 1845 el general Pélissier quemó y asfixió a un millar de árabes en una gruta de la zona de Dahra.

Estos métodos excitan a los soldados, a quienes Bugeaud impone una disciplina de hierro. En cambio, tras la victoria les permite saquear, violar —o sea, divertirse—. Está siempre en medio de ellos, en el corazón de las batallas, de ahí su popularidad y el célebre refrán: «*L'as-tu vue, la casquette, la casquette, l'as-tu vue, la casquette du père Bugeaud?*» [¿La has visto, la gorra, la gorra, la has visto, la gorra del padre Bugeaud?]

Después de la captura de su *smala*, 'Abd el-Qáder se refugia en Marruecos, donde se sabe apoyado por el sultán, pero, a su vez, los ejércitos del sultán ma-

[1] *Reliquat*, 1847.

rroquí son derrotados en la batalla de Isly. Tras verse reducido a hacer la guerra por medio de golpes de mano, al ver sus ejércitos destruidos a pesar de algunos éxitos en el combate de Sidi Brahim, 'Abd el-Qáder se rinde al general Lamoricière en 1847. La conquista ha terminado.

«Ahora debemos hacer que se prefiera nuestro gobierno al de los turcos o al de 'Abd el-Qáder —declara Bugeaud—. Nosotros nos hemos presentado siempre a los indígenas como más justos y más capaces de gobernar. Hay que dar a conocer nuestra bondad y nuestra justicia.»

El secretario de Bugeaud, Louis Veuillot, que era católico, se lamenta de que no se haga la guerra bajo una bandera santa y que la religión no obligue a un deber de benevolencia del que se podría sacar mejor partido. Escribe a su ministro:

> Los árabes han visto que nuestros procedimientos eran duros y crueles, nuestras leyes llenas de mansedumbre y debilidad. [...] Es una cosa apropiada para mantener e impulsar el odio que inspiramos el que nos vean en nuestras expediciones quemar, arrasarlo todo, masacrar, como sucede demasiado a menudo, incluso a los niños y a las mujeres, y luego, cuando detenemos a un asesino aislado, conducirlo con gran cuidado y delicadeza ante tribunales benignos, agotar varios grados de jurisdicción, y finalmente, tras largos procesos, por lo general dejarlo libre o castigarlo débilmente [...]. Es de temer que los colonos, poco escrupulosos en general, se pongan a vengar el asesinato conr el asesinato.

Hasta ese momento Argelia había sido terreno del ejército, y allí se encontraba casi un tercio de sus efectivos. En este país había recuperado la gloria que se había perdido cuando ésta se había asociado a la Revolución y al Imperio. Era entonces de buen tono burlarse del ejército, nota Stendhal, con sus «militares adornados con sus cruces, estúpidos, insolentes y fanfarrones, escandalosos». Las victorias de Argelia pusieron de moda al ejército de África (como, más tarde, las de Annam lo harían con la Armada). Sin embargo, para que la gloria de este ejército fuese mayor, grande debía ser la fuerza del adversario. 'Abd el-Qáder cristaliza en su persona este reconocimiento, el cual se correspondía con una realidad, pues al ser representante de una familia morabítica, que se apoyaba en la aristocracia religiosa y reformista, había luchado ya contra las comunidades que colaboraban con el régimen turco y encarnaba una especie de patriotismo árabe o argelino. En su lucha contra el infiel, su reino pocas veces superó los límites del Oranesado, pero la legitimidad de su combate fue reconocida de un extremo al otro de lo que se llamaba la residencia de Argel, e incluso en las de

Túnez o Marruecos. Su lucha tenía como fin edificar un Estado basado en la independencia, una noción menos mística y más patriótica y que no derivaba del Corán. No obstante, una vez derrotado este interlocutor válido, quedó borrado lo que él representaba.

Con todo, la historia de la nación francesa reutilizó su gloria pasada, bajo Napoleón III, al querer que se convirtiese en un aliado de la lucha de Francia en Siria.

Ni el ejército ni el poder —en este caso el monarca francés Luis Felipe— tenían una política bien definida respecto a Argelia. Se planteaba únicamente una alternativa referente a las medidas de la conquista: ocupación restringida con presidios a la española, en la que predominarían los proyectos comerciales, con la idea de un control del mar, al menos del Mediterráneo occidental; o bien ocupación total, que resucitaría los trabajos y los días del Imperio romano —referencia que permitía no mencionar la agresión de la que el islam podía ser objeto—.

En la metrópoli, «colonistas» y «anticolonistas» se enfrentan. Los primeros se salen con la suya desde el momento en que aparece la idea lanzada por el general Clauzel: en diez años, los productos coloniales aportarán doscientos millones a la metrópoli. En vano se levanta contra estas afirmaciones el general Berthezène, que califica de «cuentos orientales» estos sueños con los que se arrullaba a la imaginación francesa. Sin embargo, los informes de Veuillot, no eran muy optimistas, pero ¿quién los leía? «Esta ciudad [Argel], que un pueblo feliz parece construir para un gran destino, no es más que un hospital y una prisión en los que reinan el hambre y la enfermedad. Estos soldados de tan buen aspecto tienen a la mitad de sus camaradas en las manos de los enfermeros; estos comerciantes son un ávido rebaño de tratantes, de usureros, de especuladores, revoltijo en gran parte de aventureros salidos de todos los fangos de Europa [...]; la población indígena está roída por la corrupción, que aumenta la progresión constante de sus miserias, y la civilización ha hecho más en este sentido que el islamismo y la barbarie en varios siglos [...].»

Por lo que respecta a la colonización, «[...] ésta no existe, en realidad. No se vende nada, no se consume nada en Argel o en otras partes que venga de la tierra. La población europea vive de la paga, de la sangre y, hay que decirlo sin más, de los excesos del ejército. Que el ejército desaparezca y todo desaparecerá».

Bugeaud acierta cuando dice: «No hay colonización sin cultura, no hay cultura sin seguridad.»

Al haber predominado la alternativa de la ocupación total, se adopta asimismo la solución de los soldados-campesinos (*ense et aratro* [en latín, «con la

espada y con el arado»]), que gustaba a Bugeaud. Con todo, animada por la propaganda saintsimoniana, cuyo cantor, para Argelia, es el padre Enfantin, se abre camino la idea de una colonización por medio de sociedades anónimas de grandes propiedades, racional, completada por un conjunto de pequeños propietarios, pero asociados, todos ellos protegidos por el ejército. Las tierras de las grandes tribus indígenas van a conocer la misma suerte, al intervenir el Estado

INFORMES A GUIZOT[2]

[...] Saber lo que hay que hacer para sacar partido de Argelia es un problema inmenso. En cuanto al presente, por otro lado, un punto lo domina todo: antes de sacar partido de Argelia hay que poseerla. El único medio a emplear en el presente es la guerra [...]. La constitución guerrera de los árabes es tal que podemos derrotarla, pero no someterla. Por ello es de la mayor importancia, señor ministro, poner a disposición del gobernador los medios de acción que él reclama, y cuya urgencia es reconocida universalmente.

Al mismo tiempo que trata de conducir bien la guerra, el gobernador medita un plan de colonización que está también muy sólidamente razonado, como sus proyectos militares: se trata de la fundación de aldeas defensivas y agrícolas, constituidas de modo que, en caso de agresión, pudiesen mantenerse durante un tiempo hasta recibir ayuda del ejército. Estas aldeas formarían verdaderas tribus, sedentarias y cristianas, que vivirían de la tierra, estableciéndose para siempre, y que podrían, en caso de guerra europea, guardar Argelia e incluso alimentar a un pequeño ejército. Sin embargo, antes hay que construir las viviendas y luego implantar una población valiente, laboriosa y que se crea capaz de manejar tanto el fusil como el arado, para defender una familia, una nacionalidad, una fe. [...] Sin duda no es fácil encontrar una población así, pero hay en Europa suficientes desgraciados y perseguidos que pueden proporcionárnosla. [...]. Podríamos, quizá, añadir a los suizos, por intermedio del señor Montalembert, algunas buenas familias polacas; no sería difícil disponer de vascos, de alsacianos, pueblos dis-

[2] Louis Veuillot, *Les Français en Algérie*, «Rapports à Guizot», apéndice 1845, citado en pp. 38-40 y 44-46, en *La France colonisatrice*, col. «Les reporters de l'Histoire», n.º 3, Liana Levi, París, 1983.

puestos a emigrar y profundamente católicos, lo que no hay que perder de vista, pues el sentimiento religioso es necesario e indispensable, y más aquí que en otras partes.

Otro hecho: la Mitidja [Mitidya] estaba desierta. Nuestros errores, más que la guerra, han expulsado a las tribus que antaño la habitaban, y de los restos de estas tribus, de algunos emigrantes de las ciudades, de algunas kabilas que bajaron de sus montañas, se ha formado en los límites de la llanura, a los pies del Atlas, la tribu feroz y osada de los hadyutes, más bandoleros que guerreros, quizá más preocupados por la ganancia que por la patria. Ocupan puntos difíciles, emboscados en los barrancos, en la maleza, por doquier; nos impiden dar un paso seguro por este territorio desierto. Recibían información de una banda de miserables que, con pretexto de sometimiento, venían a estar entre nosotros. Se les acogía, se les dejaba libres de ir y venir, y, según su opinión, los hadyutes, día y noche, se lanzaban a sus pillajes con plena seguridad. El gobernador ha reunido a estos vagabundos y los ha agrupado bajo buena guardia en la Maison Carrée. Además, con el consentimiento unánime del consejo de administración, ha tomado una disposición que tiene por objetivo someter la circulación de los árabes por el territorio de Argel a rigurosas medidas policiales: a los contraventores, detenidos con las armas en la mano, se los llevaba ante un consejo de guerra y, en ciertos casos, podían ser castigados con la muerte. Ésta es la ley que debería llevarse a todas partes en las tierras conquistadas, y que se hace más necesaria con los árabes que con cualquier otra población. Esta disposición iba a proporcionarnos cierta seguridad; al menos todo el mundo lo creía así y se alegraba por ello. Sin embargo, en París se han asustado; ha habido que modificarla y volver atrás, en parte, a los habituales vagabundeos sumariales, cuya ineficacia salta a la vista de todo el mundo, menos de los jueces, hechos a sus rutinas de Francia, de las que muy pocas mentes tienen la fuerza de alejarse.

[...] Si un árabe de Abd el-Kader[c] es convicto de espionaje, aunque sólo haya hecho una declaración contra el gobierno de Argel, se le detiene, se le lee la ley y se le ejecuta. Nuestros consejos de guerra, la alta autoridad que debe aprobar los juicios, habría mostrado siempre más suavidad. Esta forma evitaba otros peligros. Es de temer que los colonos, poco escrupulosos en general, si llegan a exasperarse, se pongan a vengar el asesinato con el asesinato.

---

[c] Así en el original francés; el traductor ha optado, fuera de las citas, por escribir, más correctamente, 'Abd el-Qáder. [N. del T.]

en unas y otras para coordinar las grandes obras. Al situar el problema colonial en el centro del desarrollo capitalista, estos saintsimonianos consiguen atraer a sus ideas al general Lamoricière. No obstante, es Napoleón III quien, más tarde, representará mejor sus ideas, cuyo cumplimiento se amolda a un poder árabe relativamente autónomo, mientras que los pequeños colonos no quieren ni oír hablar de ello. La distinción que se ha hecho entre los territorios civiles y los territorios árabes o militares, con sus oficinas, procede en parte de este conflicto entre militares y civiles, en el que resultaron vencedores los últimos, irreversiblemente, con la caída del II Imperio. Los colonos, que eran 7.813 en 1833, son ya 109.400 en 1848, y su número no deja de crecer. Los primeros colonos y los moros de Argel habían jugado a engañarse mutuamente en los años iniciales de la conquista: los moros habían vendido a los franceses tierras que no les pertenecían y, al mismo tiempo, Blida había sido cedida por la administración a miles de colonos cuando ni la ciudad ni la región habían sido conquistadas todavía, y estas tierras habían sido revendidas inmediatamente, mientras el Estado trataba de tomar algunas medidas de registro confiscando al mismo tiempo las tierras de las tribus rebeldes. Mientras no se sabe quién gobierna, si los civiles o los militares —una rivalidad que se encuentra en el primer plano de la escena política—, sólo Napoleón III, saintsimoniano convencido pero también defensor de las nacionalidades, se presenta como amigo de los árabes, como su defensor ante las violencias de la colonización. No obstante, su senadoconsulto de 1863, que trataba de consolidar la propiedad indígena, levanta a la administración y a los colonos en su contra, y el acta queda como papel mojado.

El ejemplo del valle del Chélif [Shelíf], analizado respectivamente por Émerit y Yacono,[3] permite ver cómo, para la población indígena, la expropiación siguió a la conquista y constituyó la primera figura del colonialismo.

Cuando llegan los franceses, en este valle se cultivaba trigo, cebada y arroz. Había pequeñas presas, árboles frutales y una modesta industria familiar. La ganadería se practicaba sin grandes cuidados, el comercio beneficiaba tan sólo a las grandes familias; a los *khammès* —aparceros[d]— se les cedía el quinto de la cosecha. Con la conquista francesa, las tribus sometidas destruyeron a las que las dominaban, de origen turco, y que no pagaban el impuesto de la tierra. Así, los

---

[3] M. Émerit, *Les Saint-Simoniens en Algérie*, 1941; X. Yacono, *La colonisation des plaines du Chélif*, Argel, 1955.

[d] *Khammès* está escrito a la francesa; sería más correcto transcribirlo *jámis*, que en árabe quiere decir «quinto», de *jámsa*, «cinco». [N. del T.]

bei zugzug se liberaron de los uzagha. Las gentes del Dahra invadieron la llanura, y los kabilas hicieron otro tanto en Mitidya. El Estado francés consiguió tierras confiscando las *maghzén* (del Estado) y transformando las propiedades colectivas en individuales. Así, el Estado francés convirtió en disponibles en el valle del Chélif 40.000 hectáreas pero, de paso, algunos ricos musulmanes consiguieron ampliar sus posesiones. Posteriormente se estableció la colonización libre en tierras que la administración cedió a los colonos. Se duplicó la colonización con la Ley Wargnier por medio del establecimiento de aldeas árabes encargadas de proporcionar mano de obra; cuarenta y cuatro se arruinaron en la región de Relizane [Relizán], y la hambruna de 1867 acabó con la vida de un tercio de la población; una parte de la que quedaba se incorporó a los barrios de chabolas de las grandes ciudades. Luego, el empobrecimiento indígena no cesó de acentuarse: en 1907, siempre en el valle del Chélif, cada europeo disponía de una media de 3,8 hectáreas y cada indígena, 1,14 hectáreas; en 1950 el europeo poseía 3,8 hectáreas y el indígena 0,46 hectáreas. Pero allí, como en otros territorios civiles, los textos legislativos a la francesa confundían tierras de paso y tierras no cultivadas, indivisión y propiedad colectiva. Luego, al aumentar la extensión del bosque, se desalojó a las poblaciones, que dispusieron tan sólo de cantidades reducidas de tierras. El ritmo de esta desposesión dependía de la capacidad de los nuevos colonos para absorber nuevas parcelas. Excepto en las zonas militares del sur, la alternancia renovada entre régimen militar y civil no había cambiado gran cosa en el proceso de expropiación por parte de los colonos, cada vez más numerosos y deseosos de confinar a los musulmanes.

Desde 1870 el programa «Argelia francesa» permite relevar el sistema de protectorado que había esbozado Napoleón III. La caída de éste y más todavía la derrota de Francia provocan una insurrección generalizada que conduce a la proclamación de la guerra santa,[e] el 8 de abril de 1871, por parte del gran maestre de la cofradía musulmana de los Rahmaniya, Sheij el-Haddád. Este *dchihád* reinicia una guerra ya declarada por un notable, el *bashagha* Al-Mokrani, que agrupaba tras de sí a 250 tribus. Más de un tercio de la población argelina del Constantinado a la Kabilia se involucra en esta insurrección. En 1864 el general MacMahon consideraba que «los procedimientos europeos respecto a los árabes eran duros e injustos [...] su prensa se dedica a atacarlos sin cesar, lo que de-

[e] *Guerra santa* es la expresión habitual (en árabe *ŷihād*), que proviene de *ŷuhd* (esfuerzo) y no contiene la noción de «guerra». En todo caso sería más correcto decir «guerra legal». Nosotros transcribiremos *dchihád*. [N. del T.]

sencadena los rencores y los odios». Y, en 1870, el general Durrieu, gobernador interino, estimaba que era inminente un movimiento insurreccional imposible de prevenir. Es una guerra popular, religiosa, patriótica al mismo tiempo; una guerra a la vez regular y acompañada de atentados sangrientos, como en Palestro, que termina con una muy dura represión: «Los insurrectos deben ser despojados de sus tierras, de su ganado y de toda suerte de bienes. Lo que pedimos es desalojos y confinamientos.» Les fueron arrebatadas 54.000 hectáreas de tierras y hubieron de pagar una multa de 64.000.000 de francos-oro, es decir, según Charles-Robert Ageron, el 70 por ciento de su capital. «El abismo que se ha creado así será llenado un día con cadáveres», escribió entonces el general Lapasset.

La insurrección de 1871 marca el fin de los grandes levantamientos armados, aunque todavía estallarán algunos otros más adelante. En 1848 los diputados de Argelia habían pedido que «su país fuese unido a Francia, como Córcega [...]». «La asimilación es un estimulante; nosotros no la pedimos para los indígenas: a los franceses la ley francesa, a los extranjeros la ley internacional, a los indígenas la ley militar.» La llegada de alsacianos y loreneses después de 1871 confirma el proyecto de los colonos, ya bien consolidado: aumentar su número, garantizar la soberanía de la población francesa y «el aplastamiento, osaría decir incluso la servidumbre de la población indígena» (almirante Gueydon). En la metrópoli se desarrolla el mito de la asimilación que algunos creen poder aplicar a los árabes...

Durante este medio siglo, Argelia conoció una colonización en la que las reminiscencias romanas, la pasión religiosa, las nociones de honor y de gloria, resumiendo, la ideología del Antiguo Régimen, desempeñaban un importante papel. Después de 1871 comienza un nuevo período en el que triunfa el colonialismo, mientras que entre las víctimas la resignación gana terreno. Del mismo modo que la Revolución de 1789 en Francia había destruido el orden y reducido la sociedad a un conjunto de ciudadanos, por medio de la aplicación de leyes semejantes, arruinando a los dirigentes sociales que existían antes de la conquista, la colonización redujo a los indígenas a sí mismos.

Abdallah Laroui ha visto que ya no se trata, para la sociedad argelina, de reformarse para que los extranjeros puedan ejercer sus actividades —éste era el proyecto de 'Abd el-Qáder—, sino para que los franceses acepten que una parte de la responsabilidad recae en los indígenas.

Sin embargo, éstos no lo aceptarán nunca.

Cuando se consulta la colección de fotografías tomadas en los aduares del Constantinado en 1934 por la etnóloga Thérèse Rivière, nos asombra no encontrar ningún rastro de la presencia francesa: ni en los modos de cultivar o de

alimentarse, ni en el de tejer, trabajar o vestirse. Esta colección única, tan diferente de las imágenes folklóricas que el cine ofrece en esta época, indica que hay algo de verdad en el dicho «Francia no ha tenido más influencia en estas regiones que la que tiene una garrapata en la cola de un camello».

Volvemos a encontrar un fenómeno parecido, aunque menos marcado, en el sur, «que el islam nos oculta», decía Michel Leiris. Si nos situamos veinte años más tarde, en 1954, observamos que son esas regiones, los Aurès, el sur, pero también la Kabilia, que ya se había rebelado en 1871, las que constituyeron el principal foco de la rebelión, es decir, las que se vieron menos afectadas por la colonización, las más tradicionales, las menos «clochardizadas» —aunque perdieron una parte de su cabaña ganadera—. Todavía quedaba energía en ellas, mientras que en el norte, en las llanuras, una parte de la población se vio obligada a adaptarse al régimen colonial. Los notables musulmanes en primer lugar, al comprar tierras a los colonos o a la administración —en 1930 el 1 por ciento de los argelinos controlaba más de un quinto de la tierra poseída por los indígenas—, y también pequeños comerciantes, desesperados por las medidas discriminatorias tomadas por la administración, y que militaban en las organizaciones nacionalistas, como los Jóvenes Argelinos. También había numerosos *felláh*,[f] que se dejan reclutar con la promesa que les había hecho la metrópoli de elevarles, en recompensa de su sacrificio, a la ciudadanía francesa. En efecto, algunos fueron recompensados realmente, pero muy pocos, sobre todo gracias a Clemenceau. Además, para beneficiarse de forma amplia, había que abandonar el estatuto de musulmán. Otra restricción era la Ley Jonnart de 1919, que proclamaba la igualdad entre árabes y europeos en lo que se refiere al acceso a todas las profesiones, salvo las relativas a la soberanía, que seguiría estando sólo sobre el papel. Del mismo modo, la ciudadanía francesa en el estatuto musulmán y la representación parlamentaria de los indígenas siguió siendo papel mojado. Desde este punto de vista, Argelia iba con retraso respecto a Senegal.

Y el retraso siguió existiendo.

La tradición republicana evoca de buena gana el proyecto de reformas Blum-Violette de 1936, que debía otorgar la ciudadanía a una primera minoría de 21.000 indígenas que se distinguían por sus diplomas y por los servicios civiles o militares prestados. Este proyecto provocó el furor de los franceses de Argelia y, al mismo tiempo, una vuelta del antisemitismo... Así pues, no sólo los ju-

---

[f] *Fellah* o *felláh*, y también *fel-láh* en la transcripción española, quiere decir «campesino» en árabe. [N. del T.]

díos habían obtenido el estatuto de franceses tras el Decreto Crémieux de 1870, sino que un judío[g] se lo quería otorgar a los árabes... «Nunca permitiremos que una aldea, por muy pequeña que sea, tenga un alcalde árabe», decía el abate Lambert, diputado por Orán, al arabista francés Charles-André Julien en 1936.

Veinte años después el garajista francés de Aïn el-Turck ['Aín et-Turk] me decía a su vez que «si un árabe entraba en el Consejo Municipal, él sacaría su máuser de la guerra del 14». No había odio: éste compartía su plato de lentejas con sus «obreros» y, en la granja, más allá, los niños, árabes o no, jugaban juntos, usaban los mismos pantalones que se pasaban de los mayores a los pequeños. Sólo que había una triple frontera: el sexo, la política y la jerarquía. «Yo no aceptaré jamás tener a un árabe *bajo* mis órdenes», me confiaba el director de Correos... Sin duda porque éste habría podido tener a europeos bajo sus órdenes...

Así, tanto en lo civil como en lo político, el racismo actuaba a todos los niveles. A nivel cero se tuteaba al árabe.[4] Aunque unos y otros podían vivir juntos, no se cruzaban nunca, y la prohibición venía tanto de los árabes como de los franceses.

En total, a muy pocos musulmanes —algunos profesores, abogados— se les permitía elevarse al nivel de los amos europeos. Sin embargo, esta pequeña burguesía se sentía frustrada y furiosa al verse apartada de la cosa pública, y se mostraba decepcionada también por la incapacidad de la metrópoli para imponer medidas democráticas. Las posturas no dejaban de tensarse, las diferencias sociales se agrandaban, excepto para una minoría que, precisamente, animaba el movimiento reivindicativo y nacionalista.

Después del episodio de Sétif, en 1945, y del comportamiento ambiguo de los comunistas,[5] la última esperanza de los que tenían fe en Francia residía en la toma del poder por la izquierda. Sin embargo, nunca hubo tantas trampas como con ocasión de las elecciones de 1947, «a la Naegelen», destinadas a dar un nuevo estatus a Argelia: en ellas hubo provocaciones, humillaciones, violencias...

Desde este momento, para los nacionalistas, la solución estaba en otra parte.

---

[g] Léon Blum (1872-1950), socialista, presidente del gobierno francés durante el Frente Popular en Francia en 1936, era de familia judía francesa. [N. del T.]

[4] Para las demás figuras del racismo colonialista, véase nuestra introducción y el trabajo de Catherine Coquery-Vidrovitch: «Le postulat de la supériorité blanche et de l'infériorité noire».

[5] Véase el trabajo siguiente.

EL HUMANITARISMO AL SERVICIO DEL COLONIALISMO

En una comunicación en el coloquio de Newcastle sobre la colonización (abril de 2002), Bertrand Taithe, de la Universidad de Manchester, analizó la reacción de las autoridades francesas ante las calamidades que ha padecido Argelia: sequía de 1866, terremoto de 1867, hambrunas y epidemias más tarde. Habría habido entre 130.000 y 450.000 muertos en el Constantinado para una población de aproximadamente 1.400.000 habitantes en 1861.

En esta fecha la región se hallaba bajo un régimen gestionado por los militares más que por los civiles, y no faltaban las almas buenas que consideraban que las poblaciones estaban abocadas a una inevitable extinción. ¿Su impotencia para combatir estas plagas no da fe acaso de su incultura, de su atraso...? Un artículo satírico en *Le Figaro*, del 18 de mayo de 1868, puso el cascabel al gato: cinco colonos habrían sido víctimas del canibalismo indígena. En realidad, lo que había habido era un error de imprenta: *on avait voulu les tuer, ils avaient été manqués (pas mangés)* (habían intentado matarlos, pero habían fallado —no se los habían comido—[h]. Sin embargo, el incidente abrió la carpeta de la violencia indígena, de las muertes cometidas, de las prácticas de venganza, de la imposibilidad de «asimilar a estos salvajes» como había imaginado la política de Napoleón III.

En realidad el ejército no disponía de los medios suficientes para salvar a las poblaciones, que sólo podían contar con las redes caritativas islámicas, que también eran insuficientes.

Para poner fin a la miseria, para salvar al país, era necesario que los colonos tomasen los asuntos en sus manos, se apoderasen de la tierra, pusiesen fin al régimen militar —lo que preconizaban los liberales, como Prévost-Paradol, Émile Ollivier—. En suma, había que afrancesar las prácticas, cristianizar el país.

En nombre del humanitarismo se desplazaron poblaciones hacia los lugares de concentración. La proletarización de la población ya estaba en marcha.

Al mito de una población lánguida, representada por los baños turcos y el desenfreno, lo sustituyó el de un país salvaje al que se «africanizaba», se vaciaba, al que había que salvar ocupándolo; pero ocupándolo de verdad.

---

[h] En francés es posible el error: *manqué* = fallado; *mangé* = comido. [N. del T.]

Anexo

Los colonizados en ayuda de la metrópoli

Una vez, dos veces —en 1914, luego en 1939—, la metrópoli ha apelado, para su defensa, al imperio. De manera más o menos clara, quedaba entendido que a cambio de su sacrificio, a los colonizados se les reconocerían sus derechos, individuales o colectivos. Las promesas no fueron mantenidas, y podemos pensar que el surgimiento de los movimientos de liberación después de 1918 y después de 1945 deben a este error una parte de su empuje, de su cólera.

Es cierto que desde 1914 el llamamiento a los colonizados presentaba algunos equívocos. Ya se conocía el libro-manifiesto del coronel Mangin, *La force noire*, que hacía creer que la aportación de cientos de miles de soldados del África Negra y del Mágreb podrían desempeñar un papel decisivo en el enfrentamiento, que ya se anunciaba, con Alemania. Sin embargo, mientras Jaurès[1] ve que en esto apunta una amenaza pretoriana, los colonos temen que estos soldados africanos, más adelante, se vuelvan contra ellos, a menos que se conviertan en ciudadanos de pleno derecho, que es precisamente lo que, sin duda, aquéllos combaten. Así obstaculizan los proyectos del general Messimy que, a la vista del declive demográfico de la metrópoli, era favorable al reclutamiento. Aparecen dificultades suplementarias con el estallido de insurrecciones en la Kabilia y en el Constantinado, que requieren la presencia de tropas, de modo que los llamamientos al reclutamiento antes de 1914 son limitados. El reclutamiento es impopular también por otra razón: los colonos piensan que, debido al mismo, el árabe y el kabila se convertirán en demandantes y exigirán. Sin embargo, el problema consiste en responder a las demandas del gobierno, pues Clemenceau, en 1918, pide 50.000 soldados y 50.000 trabajadores. En realidad, el total de los llamados a filas fue de 85.000 en cuatro años, y el de los trabajadores reclutados o «libres» fue de 110.000 a 123.000 según las estimaciones.

Es en Marruecos donde el reclutamiento encuentra las más serias dificultades. El general Lyautey se ve entre dos fuegos: o bien explica que el sultán Mulai Yúsef es «lealista» —pues declara la guerra a Alemania—, y por tanto le es difícil negar las tropas y trabajadores que necesita la metrópoli; o bien ha de reconocer que el Estado (el-Maghzén) no controla todo el Beled as-Sibá (es decir,

[1] Jean Jaurès (1859-1914), político socialista francés, anticolonialista, antibelicista, opuesto a la guerra (la I Guerra Mundial) que parecía ya inminente; por ello fue asesinado. [N. del T.]

el interior de Marruecos), y su triunfalismo parece entonces una mistificación. En realidad la metrópoli sabe muy bien que el país no está «pacificado» del todo. Está claro que el sultán ha declarado que «ya, el imperio sherifiano y Francia formaban un solo país», y la élite lo seguía en estas declaraciones, pero al menos dos cofradías, los Buzzawín y los 'Ainiyín, al igual que el personal administrativo «moderno» —empleados de correos, maestros—, son hostiles al protectorado. Sobre todo Kenitra y Taza están asediadas por los rebeldes y, dice Lyautey, «la borrasca es fuerte». «La defensa de Marruecos se hará en Lorena», responde París, que pide al general que se repliegue a la costa para enviar tropas a Francia. Cruel dilema. «Todo se quebrará», anuncia Lyautey, que prefiere mantener el interior, aunque tenga que evacuar la costa. Sobre todo marrullea para enviar el menor número de tropas posible, es decir, argelinos y senegaleses que «aguanten» en Marruecos. Sin embargo, en total organiza 38 batallones, de los que 14 son de blancos y 24 de indígenas, pero también hay marroquíes, los famosos tabores y tiradores, que marchan a Francia. A comienzos de 1918, para salvar a *su* Marruecos, ha conseguido no enviar más que a 6.000 marroquíes de los 88.000 pedidos, y Clemenceau dispara: «Le vamos a negar los fondos para el ferrocarril Meknés-Azru.»

Así, recurrir a los marroquíes plantea un verdadero dilema. Y es que, pese a lo que diga el sultán, la opinión sigue siendo reticente, incluso hostil. Como en el resto del Mágreb, las simpatías de la población van hacia el Imperio otomano, hasta el punto de que en Túnez, al igual que en Argel, hay quien espera un desembarco de los turcos. Y quienes dudan de ello cuentan con la Alemania de Guillermo II, cuyo poderío es conocido: panfletos en francés y árabe glorifican sus éxitos «contra los infieles». Desde la Embajada de Alemania en Madrid, los agentes del káiser envían propaganda antifrancesa incluso hasta Argelia. «¿Oh, gentes de Marruecos, hasta cuándo tendréis paciencia? Aprovechaos de la debilidad del enemigo.» Al rencor de las tribus «leales» se añade el balance de bajas, terribles en 1914, pues de 4.000 tiradores, sólo sobreviven 800, proporción superior a las bajas de los metropolitanos. «Nada resiste a la furia de los demonios con chilaba», escribe Juin, el futuro general.[j] Como el general Mangin, lanza a sus tropas coloniales a ataques inútiles.

---

[j] Juin (1888-1967). Participó en diversas campañas en Marruecos; fue general en 1938. En la II Guerra Mundial se unirá al gobierno proalemán de Pétain, para unirse luego, en el norte de África, a los aliados en 1942; participa en la campaña de Italia en 1943-1944. En la década de 1960 se opone a la independencia de la Argelia francesa, por lo que De Gaulle lo obliga a retirarse del ejército. [N. del T.]

La paradoja es que buen número de estas víctimas se convierten pronto en cantores de la colonización. Pues si en el frente, o incluso en la fábrica, sus condiciones de vida son terribles, resultan ser más o menos iguales a las de los franceses. La guerra es una escuela de igualdad y, condecorados o no, no se ven humillados como en la colonia. Sólo más tarde conocerán el alcance de su sacrificio. En Argelia, en 1920, el número de delitos se cuadruplica, y más todavía en 1921, dirigidos contra la propiedad, las personas y la cosa pública[1].

Después de 1918, las promesas no mantenidas, la guerra del Rif, la política bereber de Francia, todo ello contribuye a impulsar el nacionalismo marroquí, a revelar Argelia a los argelinos, al tiempo que las reformas, las de Blum-Violette, por ejemplo, abortaban nada más ser anunciadas. Por las mismas razones que en 1914, lejos de ser la reserva de hombres que decía la propaganda, las tropas coloniales contaban sólo con 89.000 hombres en 1939. «Francia no nos ha dado nada, ¿por qué morir por ella?», decía una consigna nacionalista en Argelia. Por esta razón habrá insumisos.

Sin embargo, con el hundimiento de Francia en 1940, se les planteó un problema a los pueblos colonizados, y en especial a los del Mágreb. Las simpatías iban hacia los alemanes, como decía el líder del Neo-Destur, Saláh ben Yúsef, y como atestiguan las imágenes de actualidad de noviembre de 1942 en Tunicia. Sin embargo, Allal al-Fasi y el sultán en Marruecos, Ferhát 'Abbás en Argelia, o Habíb Burguiba en Tunicia supieron ir contra el sentimiento popular. Este último explicaba claramente:

> La creencia ingenua de que la derrota de Francia es un castigo de Dios, que su dominación ha terminado y que nuestra independencia nos vendrá de una victoria del Eje, considerada ya segura, está anclada en muchas mentes y es comprensible. Pues bien, yo digo que es un error, un error grave, imperdonable.

Burguiba calcula que son los aliados los que van a ganar la guerra, que es necesario ayudarles, incluso a los franceses, pues luego Estados Unidos hará que se aplique el Pacto del Atlántico que prevé, a su manera, la descolonización. Una visita de Roosevelt al sultán de Marruecos, en 1943, parece confirmar este análisis.

---

[1] Gilbert Meynier, *L'Algérie révélée. La guerre de 1914-1918 et le premier quart du XXe siècle*, Droz, Ginebra, 1981.

Así pues, los «indígenas» de África del Norte se dejan enrolar en los ejércitos aliados que, en 1944, cuentan con 233.000 militares de la región, además de los europeos, aun cuando se haya contado hasta un 38 por ciento de insumisos en el distrito de Blida, en Argelia. Su papel es esencial en la campaña de Italia, en la que participa el cabo primero Áhmed ben Bellá.[k] El África Occidental Francesa había movilizado 42.300 hombres, el África Ecuatorial Francesa y el Camerún, que se habían puesto los primeros al lado de De Gaulle, 22.844, y Madagascar 27.000.

Sin duda «Francia nunca había sido tan consciente del valor de sus colonias» (René Pleven). Incluso las vocaciones se afirmaban con 1.300 candidatos a «coloniales» contra 355 en 1940. Sin embargo, la irrupción de los problemas, primero en Siria-Líbano, luego en Indochina y en el Mágreb, sorprendió a la opinión y a la clase política, sin tener en cuenta las tendencias: más que las declaraciones de De Gaulle en Brazzaville, la Conferencia de San Francisco alentó las reivindicaciones de los que habían combatido por Francia y a los que los gobiernos sucesivos habían olvidado dar las gracias, ignorando sus promesas: ciudadanía o independencia.[2]

[k] Luego será jefe del gobierno de la Argelia independiente de 1962 a 1965. [N. del T.]

[2] Sobre Argelia y el nacimiento del nacionalismo antes de 1939, el libro ya citado de Gilbert Meynier, que hemos utilizado aquí, es esencial.

ESTIMACIONES DE LA IMPORTANCIA NUMÉRICA Y COMPOSICIÓN DE LAS TROPAS COLONIALES REGULARES EN TIEMPOS DE PAZ ESTACIONADAS HACIA 1913 EN ASIA, EN LAS ANTILLAS Y EN ÁFRICA

Ponencias coloniales	Tropas coloniales	Proporción de indígenas en los ejércitos coloniales (en porcentaje del total de los efectivos)	Número de colonizados por militar metropolitano
Alemania[a)]	6,5	62,2	4,4
Bélgica[b)]	18,3	97,6	24,9
Países Bajos[c)]	33,8	69,2	4,8
Italia	47,8	75,8	2,0
Portugal	10,2	69,0	1,8
Estados Unidos[d)]	18,5	29,7	0,7
Francia[e)]	101,6	86,7	3,6
Reino Unido[f)]	280,7	63,9	3,7
de la India	247,5	69,3	4,1
Total y medias	**517,4**	**69,8**	**3,3**

a) África Oriental, suroeste africano, Camerún. b) Congo Belga. c) Indias Holandesas. Las tropas coloniales en las Indias Occidentales (Surinam y Curaçao) se elevan en 1913 a 497 hombres. d) Filipinas. e) Tropas coloniales europeas activas más tropas indígenas regulares sin incluir los efectivos de las tropas coloniales estacionadas en la metrópoli (28.600 en febrero de 1914). f) No comprendidos los *dominions* (Canadá, Australia, Nueva Zelanda, África del Sur) ni la China del norte.

Fuentes: anuarios estadísticos nacionales de las potencias coloniales y varios números de *Statesman's Yearbook, Statistical and Historical Annual of the States of the World*, MacMillan & Co, Londres; *Almanach de Gotha. Annuaire généalogique, diplomatique et statistique*, J. Perthes, Gotha, completados con G. Pedroncini (dir.): *Histoire militaire de la France*, vol. 3, *De 1871 a 1940*, PUF, París, 1992, pp. 54 y 61.

M. F.

BIBLIOGRAFÍA

AGERON, Charles-Robert, *Politiques coloniales au Maghreb*, PUF, París, 1973.

BERQUE, Jacques, *Études d'histoire rurale maghrébine*, Tánger, 1938.

BOUVIER, J., GIRAULT, R., y THOBIE, J., *La France impériale, 1880-1914*, Megrelis, 1982.

BRESC, H., y VEAUVY (dir.), *Mutations d'identité en Méditerranée, Moyen Âge et époque contemporaine*, Bouchène, Saint-Denis, 2000.

CHARNAY, Jean-Paul, *La Vie musulmane en Algérie d'après la jurisprudence de la première moitié du XXe siècle*, PUF, París, 1991.

ÉMERIT, M., *Les Saint-Simoniens en Algérie*, 1941.

FABRE, T., e ILBERT, R. (dir.), *Les Représentations de la Méditerranée*, Maisonneuve et Larose, 2000.

GIRARDET, Raoul, *L'idée coloniale en France. 1871-1967*, La Table Ronde, París, 1972.

HUGO, Victor, *Choses vues*, 1852.

JULIEN, Ch.-A., «Bugeaud», en *Les Techniciens de la colonisation*, PUF, París, 1947, pp. 55-75; *L'Afrique du Nord en marche*, nueva edición, 1972.

LACHERAF, M., *L'Algérie, nation et société*, 1963.

LAROUI, Abdallah, *L'Histoire du Maghreb*, Maspero, París, 1970.

MEYNIER, Gilbert, *L'Algérie révélée. La guerre de 1914-1918 et le premier quart du XXe siècle*, Droz, Ginebra, 1981.

NOUSCHI, André, *Enquête sur le niveau de vie des populations rurales constantinoises de la conquête jusqu'en 1919*, PUF, París, 1961.

PANZAC, D., *Les Corsaires barbaresques: la fin d'une épopée (1800- 1820)*, CNRS, 1999.

REY-GOLDZEIGUER, A., y THOBIE, J., *Histoire de la France coloniale*, Armand Colin, París, 1991.

RIVIÈRE, Thérèse, *Aurès/Algérie 1935-1936*, fotografías, epíl. F. Colonna, MSH, París, 1987.

TOCQUEVILLE, A., *De la colonie en Algérie. 1847*, Complexe, Bruselas, 1988.

VALENSI, Lucette, *Le Maghreb avant la prise d'Alger*, Flammarion, París, 1969.

VERDÈS-LEROUX, L., *Les Français d'Algérie de 1830 à aujourd'hui*, Fayard, París, 2001.

VEUILLOT, Louis, *Souvenirs d'un voyage fait en 1841*, Mame, París, 1860, reed. con el título *Les Français en Algérie*, Tchov-Lafont, 1978.

YACONO, X., «L'Algërie depuis 1830», en *Vingt-Cinq Ans d'histoire algérienne*, 1956; *La Colonisation des plaines du Chélif*, Argel, 1955.

En Argelia: del colonialismo a la víspera de la insurrección

Marc Ferro

La herencia de Vichy

En 1948, en Orán, al día siguiente de las elecciones se podía leer todavía en los carteles electorales de la ciudad: «Votar a De Saivre es votar a Pétain.» Por esas fechas, en la metrópoli se habría dicho que se trataba de una de las fórmulas que los comunistas solían utilizar para desacreditar a sus adversarios políticos. En Argelia, ni hablar. Era el lema elegido por el propio Roger de Saivre, uno de los ex partidarios de Pétain, que se encargaba, entre otras cosas, de seleccionar a aquellos que merecían llevar la francisca[a]. Ahora bien, De Saivre obtuvo más del 20 por ciento de los votos en el primer colegio electoral, el de los europeos.

Así pues, el régimen de Vichy seguía siendo popular, cinco años después del desembarco estadounidense de noviembre de 1942 y luego de la instalación en Argel del GPRF (Gobierno Provisional de la República Francesa, presidido por De Gaulle), cuatro años después de la liberación de París de los alemanes y de la restauración de las instituciones republicanas francesas.

Es cierto que la etapa del régimen de Vichy había sido el mejor momento para los franceses de Argelia. Aunque en la metrópoli se había mostrado más intransigente frente a los alemanes de lo que lo habían sido Pétain, Laval o Darlan, el general Weygand había aplicado en Argelia las leyes de la revolución nacional petainista con el más extremo rigor, en particular hacia los judíos. En cuanto a los indígenas, el régimen había halagado sus tradiciones, sin duda como folklore, pero en lo fundamental los europeos se sentían reforzados des-

---

[a] Hacha de guerra celta y germana, tomada como símbolo del régimen fascista de Vichy, colaboracionista con los invasores alemanes y cuyo jefe era el mariscal Pétain. [N. del T.]

de el momento en que se habían descartado las veleidades de la época de Blum y de Violette de promover medidas que tendiesen a la emancipación política de los musulmanes. Los obstáculos que las autoridades gaullistas hallaron en 1943-1944 para abolir las leyes de Vichy, por ejemplo el retraso en liberar a los internados en los campos de concentración, comunistas o incluso gaullistas, dan fe de la resistencia de los colonos reunidos alrededor de las instituciones republicanas, de la solidaridad que mantenían con los funcionarios que habían permanecido en la colonia. La participación en la campaña de Italia y en la liberación del territorio francés no había debilitado la nostalgia por la época de Pétain. Es precisamente en esos tiempos cuando se erigieron en ultramar estatuas en honor de Juana de Arco... En la propia Argelia se tenía presente de manera constante el recuerdo de Mers el-Kebir.[b]

Desde el momento en que De Gaulle mencionó, respecto a los árabes, «los derechos adquiridos [por éstos] en los campos de batalla», se instituyó en Argelia una especie de *sudismo a la francesa*[c], opuesto a todo lo que pudiesen implicar tales propósitos. Este sudismo ya había aparecido de manera embrionaria en 1871, y explotó en mayo de 1958... (pero De Gaulle supo recuperarlo). Simultáneamente, los nacionalistas argelinos de los «Amigos del Manifiesto y de la Libertad», de Ferhát 'Abbás (el futuro partido UDMA)[1], y el movimiento más rural y más radical de Messali Hadj [Mesali Hadch] (el futuro PPA, que se convertirá en el MTLD) toman impulso y consideran insuficientes las medidas referentes al estatus de las personas: ya que Argelia, se dice, está formada por tres departamentos, todos sus habitantes deberían convertirse en ciudadanos franceses de pleno derecho y no sólo unos cuantos argelinos. Además, «exigimos un parlamento electo», dicen los nacionalistas. Las detenciones y la represión son

[b] El 3 de julio de 1940, tras el armisticio entre Alemania y la Francia derrotada, y la división de los franceses en partidarios de Pétain y de los aliados, Londres instó a la escuadra francesa, reunida en el puerto de Mers el-Kebir (Argelia), a que se uniese a los británicos; al negarse el almirante francés, petainista, los británicos bombardearon la flota, causando 1.300 muertos. [N. del T.]

[c] Alusión a la división de Estados Unidos en dos bandos: los sudistas, es decir, la derecha pro esclavista, y los del norte, los liberales antiesclavitud. [N. del T.]

[1] Abreviaturas: CGTA, Confédération Générale des Travailleurs Algériens [Confederación General de los Trabajadores Argelinos]; CRUA, Comité Révolutionnaire pour l'Unité et l'Action [Comité Revolucionario para la Unidad y la Acción]; MTLD, Mouvement pour le Triomphe des Libertés Démocratiques [Movimiento para el Triunfo de las Libertades Democráticas]; PCA, Parti Communiste Algérien [Partido Comunista Argelino]; PPA, Parti Populaire Algérien [Partido Popular Argelino]; UDMA, Union Démocratique du Manifeste Algérien [Unión Democrática del Manifiesto Argelino]; UGTA, Union Générale des Travailleurs Algériens [Unión General de los Trabajadores Argelinos].

cada vez más fuertes, según el artículo 80 (atentar contra la integridad del territorio francés). Desde este momento el abismo no cesa de agrandarse entre los europeos —cuya intransigencia se ha reforzado con el régimen de Vichy— y los nacionalistas —que, sin embargo, esperan que la victoria de las democracias modifique la situación de Argelia—.

Así pues, la comunidad europea se halla a la defensiva, lo que no disminuye en absoluto su agresividad hacia el gobernador Chataigneau, considerado demasiado liberal, y hacia toda iniciativa que venga de la metrópoli. Frente a éstos, la exasperación de los nacionalistas crece tras la detención de sus líderes. El Constantinado se convierte pronto en el epicentro del temor y del odio, donde reina «una atmósfera eléctrica». Los disturbios se producen en Guelma y en Sétif, al término de las manifestaciones del 1 y 8 de mayo de 1945, en las que se grita: «¡Liberad a Messali!» A la represión[d] le sigue el levantamiento de las tribus (más de cincuenta mil insurrectos) y una nueva represión, masiva, apoyada por la aviación.[2]

Es evidente que en esta fecha en la que ha de «renacer la grandeza francesa», De Gaulle, los socialistas o el MRP no contemplan ver a Argelia «deslizarse» hacia la autonomía. El hecho nuevo es que, envenenados por la evolución de la guerra de Indochina, los dirigentes políticos franceses, en Francia, siguen el punto de vista del grupo de presión norteafricano impulsado por René Mayer, diputado de Constantina, cuya intransigencia constituye una garantía para los franceses de Argelia: éstos cuentan con la administración para «arreglárselas» con el estatuto de 1947 que prevé elecciones con doble colegio para 1948. Sin embargo, los nacionalistas argelinos consideran que todavía pueden tener alguna esperanza gracias a la vigilancia de la izquierda francesa.

No obstante, sólo será una ilusión.

Las elecciones a la Naegelen

El doble colegio significaba que un millón de franceses de Argelia dispondrían, en la Asamblea argelina, de tantos elegidos como los musulmanes, ocho veces más numerosos. En cuanto a la administración, no parecía oportuno

[d] En Sétif la represión francesa contra los nacionalistas argelinos causó más de 5.000 muertos. [N. del T.]

[2] La narración más informada de estos trágicos acontecimientos se halla en el libro de Annie Rey-Goldzeiguer, *Aux origines de la guerra d'Algérie, 1940-1945*, La Découverte, París, 2001.

que los nacionalistas tuvieran demasiada representación. Sucesor de Chataigneau, Raymond Naegelen, socialista, deja que se multipliquen los atentados a las libertades individual y de opinión a medida que se acerca la tan esperada fecha de las elecciones. Hay personas a las que se lleva ante el juez sólo por haber mencionado la independencia (artículo 80). Entre los sesenta candidatos del MTLD (messalistas) del segundo colegio, treinta y ocho acabarán detenidos posteriormente. Vigilado por las tropas, que actúan duramente al menor incidente, el escrutinio está manipulado de forma tan evidente que da lugar a la expresión «elecciones a la argelina». Nosotros hemos hablado en persona con el carpintero que, cerca de Orán, confeccionó las tablas de voto que se le habían pedido: introducidas verticalmente, las papeletas se deslizaban por una trampilla situada a los lados; pero al levantar el tablero se descubrían papeletas apiladas horizontalmente con el nombre de los candidatos elegidos por la administración. Cuando un candidato de Kristel, advertido, protestó, y pretendió que un bedel hiciera una comprobación, éste se negó por «temor a perder el trabajo». La sangre corre en Champlain y en Descamoya, en el ayuntamiento mixto de Aumale donde, según los testigos, los soldados ocupan la oficina de voto para garantizar la elección del *bashagha* Brahimi Lakadar, y luego disparan sobre los que protestan. Finalmente, la manipulación generalizada permite eliminar a la mayor parte de los candidatos de la UDMA (Ferhát 'Abbás), del MTLD o de los comunistas, y proclamar «elegidos» a los que se definen como «independientes», es decir, presentados por la administración. En total, los independientes fueron 41; los del MTLD, 9; los de la UDMA, 8; y los demás, 2. En el primer colegio europeo, la Union Algërienne (Unión Argelina) y el RPF reunidos habían obtenido 40 escaños; los independientes, 9; los radicales y la SFIO, 10; y los comunistas, 1. Esa votación se había efectuado regularmente.

El gobierno general comentó las elecciones declarando que el MTLD, «opuesto a la presencia francesa, había perdido una gran parte de su influencia».

Ante las elecciones cantonales de 1949, una circular enviada a los alcaldes de los ayuntamientos mixtos explica que «ningún texto prevé la admisión obligatoria de los delegados oficiales de los candidatos en la sala de voto durante el escrutinio; sólo los electores pueden entrar» —lo que excluye toda posibilidad de control—; en Penthiëvre se invierten los resultados que habrían sido favorables al candidato del MTLD; en Buduka el candidato elegido habría obtenido 700 votos, pero sólo un centenar de electores participaron en las votaciones a causa del mal tiempo; en otra elección, un subprefecto fue sancionado por no haber modificado suficientemente el resultado del escrutinio; etc.

Al conocer algunos de estos abusos, el diputado MRP del Alto Rin, Fonlupt-Espéraber, envía una carta al ministro del Interior. Le contestan estigmatizando «estos procedimientos de agitación y vergonzoso chantaje respecto a los funcionarios». Con ocasión de su viaje a Argel, el presidente de la República, Vincent Auriol, felicita al gobernador Naegelen por haber sabido suscitar por parte de todos «adhesión y entusiasmo», y oye al pueblo entero «gritar su amor a Francia».

Podemos imaginar las reacciones nacionalistas argelinas, las de aquellos que deseaban la independencia en asociación con Francia, de aquellos, asimismo, que habrían aceptado la integración, o una solución federal.

Sin embargo, los datos hablan claro. Fue después de estas elecciones cuando en el buró político del PPA, convertido en MTLD, Aït Ahmed ['Ait Áhmed] publica el manifiesto que será el documento fundador de la revolución argelina y de la creación, más tarde, del FLN.[3]

El papel de los comunistas

A comienzos de la década de 1950 puede parecer que el Partido Comunista Argelino (PCA) apoya masivamente la mayoría de las reivindicaciones que emanan de las organizaciones nacionales argelinas, y que, por el canal de la UGTA, militantes comunistas y no comunistas confraternizan. Con todo, este acuerdo se refiere principalmente a los problemas sociales, al trabajo en el campo o en los muelles. En el terreno más propiamente político, aun diciéndose más próximos al MTLD que a la UDMA de Ferhát 'Abbás, las organizaciones de extrema izquierda son en realidad más favorables a las reivindicaciones puramente democráticas que a la aspiración de los árabes de ver reconocida su identidad colectiva, la «personalidad argelina». Además, durante los años 1947-1952 resulta evidente que los comunistas de Argelia están mucho más atentos al desarrollo de la coyuntura internacional, al contexto de la guerra fría, a la lucha por la paz que impulsa el Llamamiento de Estocolmo, y se sienten menos implicados en las reivindicaciones de orden puramente nacionalista. Por ejemplo, la petición de la UDMA respecto a la enseñanza del árabe nunca fue tenida real-

[3] Remitimos al lector a nuestra *Histoire des colonisations*, pp. 411-428, y a los trabajos de M. Harbi, *Archives de la révolution algérienne*, Jeune Afrique, París, 1981; de Benjamin Stora, *Messali Hadj*, Le Sycomore, París, 1982; y Gilbert Meynier, *Histoire intérieure du FLN*, Fayard, París, 2002.

mente en cuenta. Por otra parte, en 1947, cuando la vuelta de los comunistas al poder en Francia no parece ya tan imposible, la idea de una independencia de Argelia es para los comunistas del país un tanto contrarrevolucionaria. Es la época de la guerra fría, y los comunistas condenan muy vivamente «la pseudoindependencia que no haría más que reforzar al imperialismo americano». Imaginaban, quizá, que este país podría constituir una especie de Uzbekistán a la francesa, el «Argelistán», siempre que en París los comunistas pudiesen llevar a cabo las reformas que podrían dar lugar a una integración-federación de las repúblicas de Francia y Argelia asociadas. Por otra parte, en esta época, el PCA organiza viajes al «Turkestán», y los peregrinos, a su vuelta de Tashként, no olvidan cantar las alabanzas de la política islámica de los soviéticos.

En realidad, durante aquellos años la gran tarea de los comunistas argelinos consistía en agrupar a los árabes en el combate por la paz. En este contexto, la lucha de estos últimos por sus propias reivindicaciones pasaba a un segundo plano.

Por su parte, los árabes actúan con circunspección. Los que militan en la UGTA aceptan las órdenes de prioridad propuestas por el buró, pero la gran mayoría expresa ciertas reticencias. De manera manifiesta, se mostraban desconfiados hacia el PCA y recordaban que en Sétif, en 1945, para justificar la acción represiva del gobierno en el que participaban, los comunistas franceses y argelinos habían hablado de un «complot fascista». La UGTA, aun así, gozaba de cierto favor debido a que no estaba ligada al PCA orgánicamente, sino a las centrales sindicales de la metrópoli. Sin embargo, los árabes repiten que ellos no son marxistas. Después de todo, este rasgo es sorprendente, porque los comunistas tocaban raramente el problema de su propia identidad doctrinal. De todos modos, en el contexto de la época, esta afirmación significaba sólo que los árabes, en su mayoría del MTLD, decían ser musulmanes, no materialistas. Solamente los de la UDMA, amigos de Ferhát 'Abbás y del doctor Francis, empleaban un lenguaje más laico, aunque por otra parte arabizante. No obstante, dado que eran considerados más «moderados», como «burgueses», el Movimiento por la Paz y los comunistas eran menos proclives a unirse a aquéllos. Además, al ser considerados expresión de la burguesía, se pensaba que «no tenían porvenir» y eran juzgados con cierta desconfianza. Sin embargo, los comunistas, que tan vigilantes se mostraban ante la deriva burguesa de la UDMA, cerraban los ojos ante el apego del MTLD al islam; en cambio, los socialistas (franceses o árabes) se decían laicos, realmente laicos, aun cuando los europeos, a los que se añadían refugiados republicanos españoles, eran numerosos, sobre todo en Orán, y aunque los segundos lo fuesen menos. En el Partido Socialista, en el MTLD y en la UDMA había, sin embargo, fuertes contingentes de

militantes árabes de mentalidad laica: su apego al islam se centraba en los aspectos de su práctica referentes a la defensa de la identidad árabe de Argelia, más que en una ideología realmente islámica.

Así pues, a comienzos de la década de 1950 los comunistas argelinos estaban injertados en las luchas que se desarrollaban en Francia, y para que sus organizaciones creciesen y tuviesen más peso en la sociedad argelina, trataban de conseguir una alianza con los árabes, bien haciendo ver que ignoraban su apego al islam, fuese cual fuese la forma o la función, bien resistiéndose a sus aspiraciones específicas para no poner en peligro los lazos que las organizaciones comunistas, o ligadas a los comunistas, mantenían con los árabes. Posteriormente se resistieron al proceso de burocratización y de control que aquéllas trataban de establecer. Superficialmente se podía incluso pensar que los comunistas eran del todo hostiles a tales aspiraciones en cuanto que éstas podían comprometer el mantenimiento de los departamentos argelinos en la República Francesa. Algunos incidentes fueron la expresión de este desacuerdo básico. Cuando, a finales de 1949, el MTLD propone al PCA una acción común sobre la base de una declaración que enunciase los derechos del pueblo argelino, y que afirmase que «todos los pueblos coloniales se encuentran en estado de guerra contra el colonialismo», el PCA se niega a asociarse, aun cuando en el Congreso de los Pueblos por la Paz se había leído una declaración sobre los derechos del pueblo argelino. Sin embargo, en Orán, el PCA y el MTLD firman un texto común, pero que no se publica. Los comunistas y los «centralistas» del MTLD sólo se asocian para luchar contra la represión, que condena a 195 militantes en el proceso de julio de 1951: es cierto que las elecciones «a la Naegelen» llegan, también en este punto, a un acuerdo contra los socialistas que, al igual que en Francia, participan en la represión.

Esta situación se explica en la medida en que el electorado comunista es europeo, dada la existencia de dos colegios electorales. En tales condiciones, aunque comprenda a algunos árabes en el seno de su buró, los elegidos del PCA en las elecciones sólo serán europeos, y serán numerosos, pues los comunistas han obtenido hasta un quinto de los votos en Orán. Paradójicamente, el PCA está dominado por los europeos mientras que la UGTA, el sindicato de estatuto francés, está compuesto en su mayoría por árabes... que pueden ser muy bien miembros de otros partidos políticos árabes: MTLD, UDMA, etc. Al querer argelinizarse, el PCA acabará modificando la composición de sus instancias dirigentes: en el VI Congreso de 1952 los delegados musulmanes son mayoría. Ocurre lo mismo luego con los nuevos miembros, pero no con los electores.

Sin embargo, en el momento en que el partido comienza a dar la vuelta a su postura, a querer constituir un Frente Antiimperialista por la Independencia

—que los partidos musulmanes rechazan— y se adhiere al lema de una república democrática argelina en la que ya no se hace ni siquiera mención de la Unión Francesa, en ese momento la masa del electorado *pied-noir*[e] se muestra absolutamente hostil a toda emancipación de los árabes, al poner ésta en entredicho el monopolio que los europeos ejercen sobre la vida política o, más exactamente, sobre las formas representativas o parlamentarias. Sólo algunos intelectuales o miembros de profesiones liberales, simpatizantes del PCA y que conocen las aspiraciones fundamentales de las organizaciones nacionalistas, son la excepción, junto a los católicos de izquierda.

En 1952-1954 el sonoro eco de los éxitos del movimiento nacional, primero en Irán (con Mosadegh) y luego en Egipto (con Náser), en Tunicia (con Saláh ben Yúsef y Burguiba) y en Marruecos (vuelta del rey Mohámmed V), da un impulso extraordinario al movimiento nacional argelino que, hasta ese momento, carecía de seguridad en sí mismo (Mohámmed Harbi). Los valores de la integración fascinaban todavía a muchos, a pesar de las múltiples violencias y vejaciones que la administración pudo haber cometido contra las poblaciones musulmanas. La derrota francesa de Diên Biên Phú (1954) persuade a cierto número de militantes del MTLD de que rompan con la actitud sumisa de un partido político que, aunque extremista, no tiene porvenir. El injerto de la lucha de los árabes de Argelia en la causa islamo-árabe actúa como la levadura, como una palanca que levanta al CRUA y, enseguida, a las masas, en un impulso infinito. Tal es la «revolución argelina» de 1954, que lleva a la formación del FLN y a la insurrección de noviembre. Los escisionistas del MTLD, que se han pasado al CRUA y luego al FLN, se presentaban, en cierto modo, como el embrión de un futuro Estado argelino con las prerrogativas y el funcionamiento de un gobierno, aunque todavía no se llamase así: su exigencia de obediencia, por el terror si era preciso, su monopolio de las decisiones, el terrorismo como práctica de consolidación de su propio poder y, finalmente, la internacionalización del problema gracias al apoyo de Náser y del bloque islamo-árabe.

En este contexto, el PCA, por más que se hubiese asociado al principio de la república democrática argelina, estaba completamente superado. Además, la fidelidad del FLN al bloque islamo-árabe mantenía al PCA prisionero de sus antiguas reticencias, sin hablar de la resistencia que sus fieles podían oponer a un aparato que veía cómo el suelo se le hundía bajo los pies, pues sus tropas esta-

[e] *Pied-noir* es el individuo nacido en Argelia, pero de origen europeo, sobre todo francés, italiano y español. Eran contrarios a la independencia de Argelia. [N. del T.]

ban formadas básicamente por europeos, y que, simultáneamente, el FLN le exigía, como a los demás partidos, que se disolviese.

De todos modos, sería ilusorio imaginar, a la vista de los hechos consumados, que la «revolución» del 2 de noviembre de 1954 fue sentida y vivida como tal en todo el país. Es cierto que esta fecha se ha convertido en histórica, y legítimamente, pero ha sido el aparato del FLN el que la ha instituido. Para las poblaciones de entonces, europea o árabe, que en conjunto no conocían bien todavía al FLN, el alcance del 2 de noviembre no se percibió realmente, aun después de conocer los atentados que marcaron el comienzo de la lucha armada. Los actos de terrorismo sólo afectaban, en un primer momento, al *djebel*, y durante casi un año no se percibió en realidad el estado de guerra —salvo, naturalmente, en la Kabilia, en los Aurés y también en el seno de las organizaciones políticas, aun cuando éstas se habían mostrado discretas respecto a sus objetivos reales—. Las ciudades estaban a diez años luz del drama que estaba a punto de nacer, que los europeos querían ignorar a toda costa, y del que la mayoría de los musulmanes pensaban que tenía mala salida.

El Oranesado no se veía especialmente afectado. Para la masa de la población, en el momento en que tropas llegadas de la metrópoli comenzaban a desembarcar en Argel, la idea de una solución política parecía todavía posible, aun cuando —hoy lo sabemos— la dirección del FLN tenía ya intención de llegar a la lucha armada hasta conseguir la independencia, acompañada incluso, para algunos, de la idea de la expulsión de los franceses. Sin embargo, en 1955 muy pocos habrían previsto un final semejante para el problema argelino. Sin duda, el clima político se deterioraba, pero la mayoría de los europeos razonaba de acuerdo con el dogma de una Argelia como departamento francés, y numerosos árabes esperaban una integración real, aunque no creyesen demasiado en ella. Los moderados de la UDMA se hallan en una encrucijada. Con la victoria del Frente Republicano parecía concebible un verdadero cambio. Ahora bien, todo bascula el 6 de febrero de 1956 cuando Guy Mollet capitula ante el levantamiento de los colonos.

En cuanto a los comunistas, su cambio de actitud es total. Arrimarse como sea al FLN, promover guerrillas, pasar a la clandestinidad, «llevar las maletas», éstos fueron los diversos aspectos de una acción que vino acompañada por la unión con los independentistas, algo que, para algunos, era anterior al 6 de febrero de 1956. Algunos católicos, pertenecientes a la ultraizquierda, se mostraban partidarios de esta evolución. Con todo, la población europea se agrupó pronto según otros criterios, por ejemplo el apoyo o la resistencia a la política de De Gaulle, lo que, de todos modos, ya no dejaba espacio para los liberales.

El Partido Comunista Argelino (PCA) participaba ya en la lucha armada, aun cuando había perdido a todos sus simpatizantes, a todos sus electores... Por lo que respecta al FLN, éste exigía la disolución de estos combatientes de la liberación, y la obtuvo, pero no todavía la del PCA, que reclamaba como la de los demás partidos políticos después de la «revolución» de noviembre de 1954. Esto se dejará para más tarde...

Diez años antes, el PCA afirmaba que la independencia haría de los argelinos una colonia de Estados Unidos. Simultáneamente, la derecha francesa y los colonos habían declarado que Náser y el FLN no eran más que peones en manos de Moscú. En 1955 el diputado petainista R. de Saivre sostenía aún que el verdadero guía de la insurrección argelina era el PCA... Una vez terminado todo, es fácil medir la inanidad de tales opiniones. Sin embargo, es conveniente observar que en una época en que la imagen de la URSS y la idea de la eficacia de los partidos comunistas se encontraban intactas, y que la presencia francesa ya no se ponía en cuestión, no se le ocurría a nadie pensar que los árabes de Argelia y el FLN iban a resultar vencedores y que salvarían su identidad, aquí y en otros lugares, gracias al islam, tras haber triunfado a la vez sobre la potencia colonial y sobre el Partido Comunista. Lo mismo que la Revolución de Octubre de 1917 en Rusia, todo esto parecía impensable.

ANEXO

CONTRA LA REPRESIÓN

Las protestas contra la represión y la tortura no faltaron desde 1954: los grandes órganos de prensa, *Esprit*, *L'Express*, *Témoignage chrétien*, *Preuves* o *Le Monde* dieron la alarma, desde dentro, a través de Robert Barrat, Jean Daniel, François Mauriac y también Robert Bonnaud[1].

Recordemos, con todo, que la clase intelectual sólo se despertó en realidad y se manifestó políticamente a partir de 1955 y, sobre todo, después de que De Gaulle tomase el poder y de que la conducción de la guerra hubiese deshonrado a una parte de los que la hacían. Sin embargo, salvo raras excepciones, esta

[1] Véase *supra*, pp. 15-18, su reportaje publicado en *Esprit*, en 1957.

clase intelectual permaneció ajena a las reivindicaciones árabes nacionalistas y en una ignorancia absoluta del problema argelino.

En realidad, antes de la era de los intelectuales hubo la era de los abogados, que la tradición histórica silenció más o menos: fueron ellos —la señora Pierre Stibbe, la señora Renée Plasson, Yves Dechezelles, la señora Jacques Vergès— quienes por sus contactos con los nacionalistas disponían de una visión más real de la naturaleza del conflicto y de sus diversos aspectos. Entre los primeros que conocieron la situación se hallaban asimismo etnólogos, como Germaine Tillon, y especialistas del mundo árabe, como Jacques Berque y Charles-André Julien.

SOBRE EL TERRORISMO: CARTA DE ALBERT CAMUS AL COMITÉ MESSALI HADJ (25 DE MARZO DE 1955)[2]

Señor Daniel Renard
43 rue Liancourt
París (14e)

París, 25 de marzo de 1955

Apreciado señor:

Acabo de volver de Argelia más o menos en el momento en que Ud. trató de reunirse conmigo e inmediatamente me he visto cogido por las repeticiones de una pieza. Esto le explicará las dificultades que Ud. ha tenido para llegar a mí.

De todos modos, por el momento no puedo pensar, por razones personales, en aumentar actividades para las que ya no podría dar abasto. Por lo menos Ud., en su actividad actual, podría utilizar mi nombre cada vez que se trate de hacer liberar a militantes árabes o de ponerlos a cubierto de represiones policiales. Sin embargo, en la medida en que mi opinión pueda interesar a nuestros camaradas árabes, cuento con Ud. para hacerles saber que yo desapruebo totalmente el terrorismo que afecta a las poblaciones civiles. (Naturalmente, tengo la misma opinión sobre el contraterrorismo.) El único resultado de estos métodos ciegos es, en efecto, y yo he podido constatarlo, reforzar poderosamente la reacción colonialista y reducir a la impotencia a los franceses liberales de allí [de Argelia] cuya tarea es hoy cada vez más difícil.

→

---

[2] Fuente: Archivos BDIC.

Espero que un día podré, en el curso de una conversación, decirle a Ud. más detalles y matices de mi opinión sobre este punto. Pero, una vez más, yo estaré con Ud. en la lucha contra la represión.

Cordialmente suyo,

ALBERT CAMUS

EL *MANIFESTE DES 121* CONTRA LA GUERRA DE ARGELIA (SEPTIEMBRE DE 1960)

Publicado en *Le Monde* del 5 de septiembre de 1960, el *Manifeste des 121* [Manifiesto de los 121] tuvo gran repercusión debido al gran número de personalidades de la vida cultural que lo suscribieron..

El *Manifeste* enunciaba:

«que estaba justificado el rechazo a tomar las armas contra el pueblo argelino [...], justificada la conducta de los franceses que estiman que su deber es aportar ayuda y protección a los argelinos oprimidos en nombre del pueblo francés.

[...]

»En efecto, la causa del pueblo argelino contribuye de manera decisiva a arruinar el sistema colonial y es, por consiguiente, la causa de todos los hombres libres.»

Debido a la iniciativa de *Temps Modernes* [Tiempos Modernos], el *Manifeste* estaba firmado en primer lugar por Jean-Paul Sartre y Simone de Beauvoir, y también por Jean Pouillon, Pierre Vidal-Naquet, Francis Jeanson y Robert Barrat. La lista de firmas de origen incluía, entre otros, los nombres de los editores François Maspero, Jérôme Lindon y Eric Losfeld; estudiosos y universitarios como Jean-Pierre Vernant, Marc Barbut, Louis Gernet, Laurent Schwarz y André Mandouze; escritores, cineastas y dramaturgos como Alain Resnais, Henri Lefebvre, Simone Signoret, Vercors, Claude Roy, Alain Robbe-Grillet, Jean-Louis Bory, André Panigel, Daniel Gélin, François Châtelet, Nathalie Sarraute y Jean-François Revel.

Cierto número de intelectuales y periodistas se negaron a firmar el *Manifeste*, aunque aprobaban su contenido, con el fin de no poner trabas a las negociaciones entonces en curso entre De Gaulle y el FLN.

BIBLIOGRAFÍA

AGERON, Charles-Robert, *Histoire de l'Algérie contemporaine*, PUF, París, 1978, t. II.

ALLEG, Henri, *La guerre d'Algérie*, Scandéditions-Tem, París, 1961.

CANTIER, Jacques, *L'Algérie sous le régime de Vichy*, Odile Jacob, París, 2002.

CHIKH, Slimane, *L'Algérie en armes*, Economica, Sovices, 1981.

Consciences Maghrébines, Argel, nº 1 (mayo de 1954) a 6.

FERRO, Marc, *Suez*, Éditions Complexe, Bruselas-París, 1981.

HARBI, Mohammed, *Archives de la révolution algérienne*, Jeune Afrique, París, 1981.

JENNINGS, Eric T., *Vichy in the Tropics*, Stanford University Press, Stanford, 2001.

KATAB, Kamel, *Européens, indigènes, juifs en Algérie*, INED, PUF, París, 2001.

MEYNIER, Gilbert, *Histoire intérieure du FLN*, Fayard, París, 2000.

REY-GOLDZEIGUER, Annie, *Aux origines de la guerre d'Algérie 1940-1945*, La Découverte, París, 2001.

La descolonización del África francesa (1943-1962)

Yves Bénot

El 8 de mayo de 1945, cuando la II Guerra Mundial está terminando en Europa, el imperio colonial francés se encuentra intacto, con la excepción de Indochina, ocupada por Japón, y de Siria-Líbano, a los que se ha prometido ya la independencia. En este alba de la Liberación —en Europa, se entiende— se admite generalmente la realización de las necesarias reformas en el sistema colonial. Sin embargo, son sólo reformas —empezando por las del vocabulario, que sustituye «Ministerio de Colonias» por «Ministerio de la Francia de Ultramar», e «Imperio» por «Unión Francesa»—. Antes de examinar las otras reformas hay que subrayar la existencia de una palabra —y lo que representa— que es tabú: independencia. Seguirá siéndolo incluso después de que la derrota militar haya constreñido a la IV República a reconocer la de Vietnam, y será reincidente con la de Argelia, guerra ésta que conducirá al régimen a su perdición. Desde la Conferencia de Brazzaville[1], en febrero de 1944, los gaullistas habían proclamado que esa palabra era tabú. Sin embargo, las reivindicaciones de independencia no habían esperado a que terminase la guerra para hacerse oír en los países colonizados. Se había oído en Tananarive[2] [a] el 19 de mayo de 1929, se

[1] La Conferencia de Brazzaville reunió del 30 de enero al 8 de febrero de 1944 a altos funcionarios coloniales, en presencia de De Gaulle, para elaborar proyectos de reforma que se llevarían a cabo tras la liberación de Francia de los alemanes. Se trataba de preservar el imperio colonial renovándolo un poco. Y se hacía, asimismo, una advertencia contra el papel político del islam.

[2] Ese día se había celebrado una conferencia pública que tenía por objeto reclamar la plena ciudadanía para los malgaches. La policía decidió prohibir el acceso a éstos, autorizándoselo sólo a los ciudadanos franceses reconocidos. Esto dio lugar a una fuerte manifestación en la que se lanzó la consigna de «libertad e independencia».

[a] Era el nombre de la capital de Madagascar en tiempos coloniales; hoy es Antananarivo. [N. del T.]

impuso en África del norte, y aunque el África occidental y ecuatorial reclamaban sobre todo medidas de igualdad efectiva, se manifiesta por lo menos una exigencia de autonomía. Desde el primer momento de lo que nosotros llamamos la Liberación, se prevén disturbios, y adquirirán una crudeza tal que la metrópoli, que se enorgullece de haber vencido a los fascismos, va a utilizar los mismos métodos que reprueba en éstos y va a recrear unas Gestapo al tiempo que emplea la tortura a gran escala. Todo ello no dejará de tener consecuencias sobre la vida intelectual y moral de los colonizadores, y aún más de los colonizados, durante la lucha y después.

Volviendo a la situación inicial, con ocasión del desembarco de los aliados en África del norte en noviembre de 1942, estos ejércitos llegan con la Carta del Atlántico en la mano. La Carta proclamaba el derecho a la autodeterminación de todos los pueblos. ¿Hay que asombrarse si los marroquíes y argelinos se tomaron en serio un compromiso semejante? Es cierto que la Francia Libre[b] no era todavía signataria de la Carta en estas fechas, pero a fin de cuentas luchaba en el campo de los aliados. Asimismo, en la primavera de 1943 aparece un primer manifiesto argelino presentado por Ferhát 'Abbás, que reclama una existencia autónoma para el país[3]. Antecede en algunos meses al primer manifiesto marroquí, en diciembre del mismo año, del cual surgió el Partido de la Independencia o Istiqlal.[4] Se sabe que en ese momento a Ferhát 'Abbás le habría bastado una república argelina federada a Francia, dejando a este país la gestión de la Defensa y los Asuntos Exteriores. Sin embargo, los militantes del Partido del Pueblo Argelino (PPA) dirigido por Messali Hadj, que se hallaba entonces en residencia vigilada tras haber estado en la cárcel, eran mucho más exigentes —y, sin duda, más próximos a las aspiraciones del pueblo—. Con todo, durante un tiempo hubo una alianza entre ambos movimientos frente a la mala voluntad que pronto mostró el gobierno provisional de De Gaulle establecido en Argel. Encarcelamiento de dirigentes militantes, propuestas de ampliaciones de la ciudadanía absolutamente ridículas, ésta fue la respuesta de los franceses de Argel. En Marruecos fue mucho más grave en enero de 1944.

[b] Se trata de la Francia que continuó la lucha contra el Eje, encabezada por De Gaulle y otros, y contra la Francia de Pétain, colaboracionista con los alemanes. [N. del T.]

[3] El manifiesto es entregado el 31 de marzo de 1943 a Peyrouton, que todavía es gobernador de Argelia en estas fechas, a pesar de haber sido partidario de Vichy; luego, el 11 de junio, se añade un texto más vigoroso, que se entrega al general Catroux, gobernador gaullista.

[4] El partido se fundó el 23 de diciembre de 1943 y el manifiesto se entregó al sultán el 11 de enero de 1944, con copia dirigida al residente general Gabriel Puaux.

El partido Istiqlal había presentado el famoso manifiesto al sultán —del que ya se sospechaba desde su entrevista cara a cara con Roosevelt en junio de 1943— sin pasar por las autoridades coloniales. Hay que recordar que Marruecos no era una colonia, sino un protectorado, y también que había habido combates para conquistarlo hasta 1934. Sin embargo, en 1944 las tropas de este país combaten junto a los aliados en el frente de Italia. Además, el Istiqlal pide que Marruecos participe en las futuras negociaciones de paz. Nada de esto conviene al nuevo poder gaullista, y se le exige al sultán que desautorice al Istiqlal, lo que acaba haciendo porque no tiene otra opción. ¿El asunto ha quedado zanjado? En absoluto. Es a partir de entonces cuando interviene la provocación, que esta vez consiste en la detención de dirigentes conocidos y populares del Istiqlal. Al día siguiente el gentío se manifiesta en Rabat y en otras ciudades, y las *fuerzas francesas libres* disparan contra la masa. En Fez el movimiento de protesta se extiende tanto que será necesario un asedio de cuatro días para reconquistar la ciudad. Se producen al menos sesenta muertos en esta operación. Esta primera matanza de la post-Liberación tiene lugar justo antes de la conferencia «reformista» de Brazzaville. Se conocerá poco en Europa, pero su recuerdo no se perderá en el protectorado. En Tunicia, otro protectorado, son sin duda las detenciones masivas llevadas a cabo justo después de la vuelta del poder francés, junto al destronamiento del bey, las que afectan notablemente a la población, reducida temporalmente a la impotencia. Por último, cuando De Gaulle abandona Argel por París en el verano de 1944, ya ha percibido el incremento de las aspiraciones nacionales en el país y, como consecuencia, ha impartido órdenes para que Argelia «no se nos escape de las manos»[5]; el general Martin se encargará de vigilar. Durante este tiempo, las tropas argelinas están presentes en los frentes de Europa. En cuanto a la población francesa de Argelia —aparte de los movilizados—, que ha sido en su mayoría vigorosamente partidaria de Vichy, mientras que los argelinos no han colaborado, considera a De Gaulle demasiado complaciente respecto a las reivindicaciones de los que aquélla denomina «indígenas». Nunca insistiremos bastante en el hecho de que el fin del fascismo no significa, para África del norte

[5] Citado en un informe del 14 de noviembre de 1946 del general Henry Martin, nombrado comandante en jefe de las tropas en Argelia en agosto de 1944; véase *La guerre d'Algérie par les documents*, t. I, SHAT, Vincennes, 1990. Este volumen se centra en los orígenes de la guerra a partir de la liberación del África del norte, y sigue siendo una de las fuentes utilizables para los hechos de mayo-junio de 1945.

ni para Madagascar, que se produzcan cambios concretos en las condiciones de existencia, salvo en lo que se refiere a la participación en la guerra. Los pueblos de estas regiones estiman que su aportación les da derechos y que ya no debería ser posible seguir como antes, pero al poder le preocupa sobre todo mantener la presencia francesa, como se dice de forma elegante, es decir, la dominación extranjera. Éste es el clima enrarecido que va a desembocar en la primera tragedia de la nueva posguerra, las matanzas del Constantinado en mayo-junio de 1945.

De nuevo se trata de una provocación desde el punto de partida. El dirigente más popular de Argelia, Messali Hadj, es deportado súbitamente al extremo meridional del país para ser luego exiliado al Gabón. Esto ocurre a fines de 1945, cuando se sabe que el fin y el resultado de la guerra están próximos y, además, estamos precisamente en vísperas del 1 de Mayo. Se trata de una fiesta legal en un país en el que se han reconstituido los sindicatos, en particular la CGT, y el Partido Comunista Argelino (PCA). Asimismo, los Amigos del Manifiesto son legales oficialmente. El PPA, que sigue siendo clandestino, da como consigna a sus militantes que participen en los desfiles enarbolando la bandera argelina, signo ostensible de la reivindicación de la independencia. También surgirán de forma natural consignas que reclaman la liberación de Messali Hadj. Por esas fechas está a punto de comenzar a funcionar la ONU, y los colonizados esperan de esta organización que dé cuerpo al principio general de autodeterminación, mientras que por el lado de Oriente, se constituye en El Cairo la Liga Árabe. Así pues, la bandera aparece en Argel y en Orán, y la reacción de la policía es inmediata y brutal: caen los primeros muertos. En los días siguientes, en Argel, se producirán detenciones, habrá militantes torturados, y al menos uno de éstos[6] sale de prisión para morir por las secuelas de los malos tratos. Para el día en que se anuncia el fin de las hostilidades en Europa, el PPA ha transmitido también la consigna de manifestarse, a ser posible con los europeos, de que aparezca la bandera prohibida y de que se lancen las consignas «Argelia independiente» y «Liberad a Messali». En efecto, los argelinos desfilan en numerosas ciudades, salvo en Argel y en Orán, sobre las que ha caído ya la represión: en todas partes, hay que insistir en ello, no sólo en el

[6] Se trata de Ahmed Ouaghenoun, organizador de la manifestación del 1 de Mayo; véase Aït Ahmed, *Itinéraire d'un combattant*, París, 1983, p. 30. El mismo indica también, pp. 205-206, que el coronel Schoen, jefe de los servicios de información del gobierno general, había tratado de obtener que se entregase a la policía, por medio de la promesa escrita de que no sería torturado.

Constantinado, en Sétif o en Guelma. Las consignas del PPA, hay que tenerlo en cuenta, no prevén en absoluto una insurrección; aunque numerosos militantes piensan en ella, sin duda no ha sido preparada por una directiva que va a dar la orden sólo tras diez días de represión atroz, y para anularla casi inmediatamente ante la imposibilidad práctica de aplicarla. Para el 8 de mayo, las directivas policiales consisten en no autorizar las manifestaciones salvo bajo condición expresa de que no haya bandera argelina ni banderolas ni se lancen consignas subversivas. ¡Tal es la idea colonial de un día en el que se debería celebrar la vuelta a la libertad! En Sétif, la importante manifestación, que se reúne temprano, se pone en marcha para dirigirse hacia el monumento a los muertos, después de que los dirigentes hayan comprobado que nadie lleva armas. Es en la ciudad europea —toda ciudad colonial trae consigo su segregación— donde un explorador musulmán que va en cabeza enarbola la bandera. Los policías se precipitan. Un francés, presidente de la delegación especial o, dicho de otro modo, el alcalde de la ciudad, grita que no se dispare, y es abatido inmediatamente, al igual que el argelino. Es ahora, pero sólo ahora, cuando la muchedumbre, que la policía estima en unas ocho mil personas, se desencadena, responde con todo lo que cae en sus manos y la toma con los miembros de la nación colonizadora que tiene ante sí. La policía y la gendarmería siguen disparando y matando. ¿Cuántos muertos? ¿Veinte, treinta, cuarenta? La noticia de esta primera matanza, al difundirse desde primeras horas de la tarde, provoca enormes concentraciones de campesinos en toda la región entre Sétif y el mar. Esta vez es una insurrección espontánea la que ataca los centros de colonización de la zona. Por la tarde, nueva matanza en condiciones análogas en Guelma, donde el subprefecto Achiary lo había previsto todo, incluso el armamento de las milicias de colonos, que van a llegar hasta la cárcel, donde proceden a ejecuciones sumarias de argelinos. Las insurrecciones espontáneas se expanden por una región muy amplia, pero casi exclusivamente el 8 y el 9 de mayo. La intervención del ejército, que había sido preparada por medio de maniobras ya desde el mes anterior, permite una reconquista muy rápida de algunos centros que la muchedumbre había ocupado. No obstante, su acción va a durar varias semanas, como complemento de la de las milicias de colonos armados. La población argelina trata de huir del fuego de los soldados refugiándose en las montañas. La persigue la aviación, mientras un barco de guerra cañonea la orilla. El ejército incendia las aldeas, saquea lo que puede. La amplitud de estas matanzas no es fácil de calcular, ni siquiera hoy. Sí se dispone de una cifra concreta para las víctimas europeas: 103 muertos, en la que se incluye a los soldados, a las tropas coloniales senegalesas, mientras que para los

argelinos las únicas cifras proporcionadas en la época por el ministro socialista del Interior, Tixier, indican 1.100 muertos, aunque siempre se ha considerado esta cifra muy por debajo de la realidad. Se piensa, en general, que serían entre 6.000 y 8.000 los argelinos muertos. De éstos se sabe que figuran familias de militares que servían al mismo tiempo en el ejército francés. ¿Qué decir de ese soldado que, de vuelta al Constantinado, descubre que todos los miembros de su familia han sido lanzados por un barranco y que han muerto entre atroces sufrimientos? Durante estas seis semanas no sólo se mata, sino que se intenta hacer sufrir, y la revancha de los colonos y del poder, por el hecho de haber tenido miedo durante unas horas, es del mismo tipo que la de los nazis en Oradour-sur-Glane unos meses antes.[c]

En Francia, la prensa, aun cuando todavía estaba en vigor la censura, mencionó los acontecimientos, pero los partidos políticos se encuentran lejos de tomar conciencia de la gravedad de la advertencia. Es cierto que su simultaneidad con un día de fiesta, con el clima de euforia izquierdista del período 1945-1946, podría haber creado cierto malestar —como mínimo—, pero en Argelia las consecuencias pertenecen a otra dimensión. Tras la represión militar, con sus muertos y heridos, habrá una represión judicial (28 ejecuciones) y cierto número de condenados (unos sesenta por lo menos) no quedarán libres hasta después de la independencia de 1962. Otros, a partir de esta fecha, se echarán al monte, en los Aurés y en la Kabilia, y en cierto modo estarán disponibles cuando estalle la guerra. Pero sobre todo quedó claro que la esperanza de una vía pacífica o relativamente pacífica, por medio de manifestaciones y peticiones a favor de la independencia, fue en vano, y sólo una insurrección seriamente preparada permitiría un día alcanzarla. Pese a esta convicción, ya muy extendida, incluso en 1947, la población participa en las elecciones municipales tras el llamamiento de Messali, entonces en libertad por un breve período. Sin embargo, al año siguiente, el fraude en las elecciones a la Asamblea argelina destruye las últimas ilusiones al respecto. A fin de cuentas no hay nada exagerado en ver en las matanzas de 1945 el punto de partida del proceso que conducirá inevitablemente a la guerra por la independencia. Sabemos que el general Duval, que había dirigido las operaciones militares en el Constantinado, estimó que la represión garantizaría a la colonización diez años de tregua, pero

[c] Localidad francesa donde, en la II Guerra Mundial, una acción de la resistencia francesa contra los ocupantes alemanes desencadenó una represalia de la división de las SS Das Reich contra los habitantes, causando más de 600 víctimas, el 10 de junio de 1944. [N. del T.]

que las cosas volverían a empezar de manera más dramática si no se hacía nada en el intervalo. Nada serio se hizo. Las reformas emprendidas no cambiaban nada para la masa de los argelinos, y no eran sólo económicos los problemas que se les planteaban.

Ciertamente, en el período 1945-1947 se produjeron reformas en el sistema colonial francés, reformas que, en la medida en que no eran sólo de fachada, subrayaban por el contrario lo que había sido la realidad colonial, de la que iban a quedar numerosas señales. La principal consistía en la supresión del indigenado o, dicho de otra manera, de la confusión de los poderes ejecutivo y judicial en las manos del representante local de la administración colonial. Sin embargo, no sólo el poder prácticamente absoluto del administrador no iba a desaparecer de forma súbita, sino que, como no había cuerpo judicial preparado al alcance de la mano, el empleo de jueces de instrucción improvisados, entre otras funciones, como se verá en Madagascar sobre todo, resultó catastrófico desde el punto de vista del respeto de los derechos del hombre. En 1946 se hace necesaria una ley para abolir el trabajo forzado, cuya existencia, quince años antes, Francia negaba. Sin embargo, las sanciones en caso de infracción no se definirán hasta 1952, con ocasión del voto del Código de Trabajo de Ultramar —¡pues el Código de Trabajo francés iría demasiado lejos para los colonizados!—. En Argelia los ayuntamientos llamados mixtos, es decir, los regidos por administradores coloniales, se mantendrán hasta la guerra de independencia. Numerosos decretos o disposiciones antiguos, que se creían abrogados, subsisten y sirven a los caprichos del poder. Así, en los protectorados se utiliza una ordenanza de Luis XVI (1774-1792) referente a los poderes de los representantes de Francia en el Imperio otomano para expulsar a los franceses considerados subversivos. Los poderes de los gobernadores de las colonias, a los que se cambia la denominación por la de altos comisarios, ¡dependerán hasta el final de un senadoconsulto de Napoleón III!

En realidad, las reformas tienen que ver esencialmente con el África al sur del Sáhara, donde se intenta evitar que se imponga la reivindicación de independencia. Lo que sí se concede son asambleas territoriales elegidas, de momento, por sufragio selectivo, limitado. Se trata de órganos representativos que carecen de poder real y que se ven obligados, incluso tras vivas discusiones, a ratificar la voluntad de las autoridades. Lo que sí ha cambiado con respecto a antes de la guerra mundial es la orientación económica deseada por la metrópoli. Mientras que según una ley del 13 de abril de 1900 se prescribía que las colonias se financiasen con sus propios recursos, salvo para los gastos militares, ahora, con la creación del Fondo de Inversiones para el Desarrollo Económico y Social de

Ultramar (FIDES), la metrópoli va a iniciar inversiones importantes, especialmente en los campos de los transportes —carreteras y puertos— y la educación nacional. Hay que recordar, de todos modos, que los africanos habían afirmado su voluntad de no vivir como antes, durante el período de la Liberación[d], por las creación de sindicatos, como el de los plantadores africanos en Costa de Marfil, que bajo la dirección de Houphouët-Boigny habían iniciado la lucha contra el trabajo forzado.

El diputado Gabriel d'Arboussier, también él de Costa de Marfil, interviene ahora para contar cómo en 1942 los administradores de esta colonia que se había unido a De Gaulle se habían levantado contra el trabajo forzado, y cómo algunos de ellos, como consecuencia de esto, habían recibido órdenes de permiso por enfermedad...[7]

«Es la cólera contenida, sujeta, es la revuelta muda de todo un pueblo que acepta, impotente, una situación insoportable e indigna; es el odio contra el jefe indígena que no puede decir la verdad por temor a perder su puesto; es el odio contra el jefe de *division* que habla frecuentemente de libertad sin jamás otorgarla; es el odio de quien niega, por otra parte, todas las buenas acciones.

»¡He ahí lo que no se sabe sobre Oudinot[8] y que ustedes deben saber!

»El indígena ya no puede comprender ni admitir esta servidumbre, ciento cincuenta años después de la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano y cien años después de la abolición de la esclavitud.

»Señor ministro [Marius Moutet, socialista], cuando Ud. era presidente de la Comisión de los Territorios de Ultramar, yo le pedí que incluyese en la nueva Constitución la supresión de toda forma de trabajo obligatorio en los territorios de ultramar. Yo no sé si la comisión de la Constitución ha acogido positivamente esta sugerencia, que había recibido la aprobación unánime de los miembros de la Comisión de los Territorios de Ultramar.

[d] El autor se refiere a la liberación de Francia de la ocupación alemana. [N. del T.]

[7] Citado, pp. 181-183, en Félix Houphouët-Boigny, *Discours sur le travail forcé*, en Félicien Challaye, *Un livre sur le colonialisme. «Souvenirs sur la colonisation»*, Les Nuits Rouges, París, 1998.

[8] Sede del Ministerio de Colonias, luego de Cooperación. [N. de la R.]

»Sea como sea, algunos colegas y yo mismo hemos depositado una proposición de ley para la supresión radical, inmediata, del trabajo forzado. Encargado de informar de ello a la Asamblea, espero que se me ofrezca pronto la ocasión de, por un lado, calmar los temores de mi honorable colega, M. Reste, en cuanto a la recogida de productos este año y en los próximos años y, sobre todo, de refutar las acusaciones demasiado interesadas de los saboteadores, de los partidarios de la política de lo fácil, de los métodos violentos, que pretenden condenar irremediablemente el porvenir económico de los territorios de ultramar por el hecho de suprimir el trabajo forzado.

»Para no caer en repeticiones inútiles, hoy me limitaré a declarar que la libertad que reclamamos no es la de echarnos a dormir todo el día a la sombra de nuestros bosques, sino la libertad de producir —perdonen el término— libremente y más. Y ahora digamos algunas palabras de las consecuencias políticas y sociales del reclutamiento forzado de la mano de obra. Yo no le voy a ocultar el alejamiento progresivo de Francia por parte de la masa indígena, por lo menos respecto a aquellos que la explotan cínicamente en su nombre. La desconfianza está ahí, y es mala consejera.

»La supresión del trabajo obligatorio dará a los que representan a Francia allí más libertad para actuar según su conciencia.

»Nosotros hemos oído hablar, aquí, del control de los agentes de los consorcios sobre la vida política y económica del país, del sabotaje sabiamente organizado por los reaccionarios. Y eso se lleva a cabo en la metrópoli, donde el gobierno es el mandatario del pueblo, donde la crítica es fácil y se permite.

»Imaginen la situación, ante esos mismos agentes, de todo un pueblo al que se le han negado hasta ahora los derechos de la persona humana, de todo un pueblo sometido todavía a jurisdicción de excepción, incapaz de expresarse, de criticar, y menos todavía de quejarse, y sometido a la tutela de una administración también ella esclava.

»En 1924, conmocionado por el trabajo obligatorio al que los colonos recurrían exclusivamente sin preocuparse de la persona humana, el gobernador general Brunot, entonces gobernador interino de la Costa de Marfil, ordenó su supresión inmediata. Se produjo un clamor general. El gobernador fue destituido fríamente, y todavía el año pasado, en octubre, cuando fue a solicitar los sufragios de los colonos y tuvo la franqueza de decir que se oponía con todas sus fuerzas al trabajo forzado, ¡ya sabe Ud. cómo se le entendió!»

En el Camerún el surgimiento de los sindicatos suscita tal hostilidad entre los colonos que, en septiembre de 1945, intentan apoderarse del poder y sólo fracasan debido al envío de paracaidistas. Se asiste al nacimiento de partidos políticos locales, y en ciertos casos, sobre todo en la Guinea francesa, se producen manifestaciones violentas contra las elecciones falseadas por la administración. Aquí también la represión colonial entra en acción bajo formas múltiples. Hay que recordar el asunto de Thiaroye, cerca de Dakar, en Senegal, en diciembre de 1944: a este campamento militar se habían enviado ya tiradores senegaleses, liberados de los campos de concentración de Francia (pues los nazis, por puro racismo, habían cuidado de que los negros no penetrasen en Alemania). El gobierno les debía un peculio considerable a cuya satisfacción, pese a sus reclamaciones, se había negado siempre en Francia, pero tampoco se les había pagado una vez desembarcados en Dakar, en contra de la promesa que se les había hecho. De ahí surge una manifestación de protesta —que podemos calificar de legítima— y una intervención militar brutal. Una vez más, muertos y heridos, y condenados que sólo saldrán de la cárcel gracias a una amnistía con ocasión de la visita del presidente de Francia, Auriol, en abril de 1947. En Conakry (Guinea francesa), nuevos disparos mortales en las manifestaciones de 1945. En Camerún, justo antes del golpe de fuerza mencionado antes, se había reunido una especie de asamblea de colonos franceses de África, en especial los de Costa de Marfil y del Camerún, para la defensa del statu quo colonial. Se trataba sobre todo de explotadores de madera en este período, cuya dureza había descrito muy bien Albert Londres en *Terre d'ébène* [Tierra de ébano].

Sin embargo, el clima colonial no está formado sólo por estos dramas ostensibles y de mayor o menor amplitud en cuanto al número de víctimas. Se encuentra, en primer lugar, el tema de la injusticia y del desprecio en la vida cotidiana de los colonizados, incluido el lenguaje. No hay que decir que todo esto comienza por la gran libertad de que dispone la policía, que comprende también a los agentes reclutados en el país, generalmente en las regiones en las que la miseria y la falta de trabajo remunerado son más agudas, y que transmitirán más tarde estas «tradiciones» a los Estados independientes. En contra de lo que se suele creer, el empleo de la tortura no comenzó con la guerra de Argelia, ni siquiera con la detenciones de 1950-1951 en este país: antes de todo esto era ya una práctica frecuente, y no reservada especialmente a los detenidos políticos. El siguiente episodio ocurre en Marruecos hacia 1950, en una zona al norte del Uadi Sebú (Marruecos septentrional). Un colono francés había comprado a un precio fuerte, satisfactorio, a un caíd vecino, un terreno que le convenía para ampliar el naranjal. No obstante, he ahí que el terreno en cuestión estaba ocupado

y cultivado, desde hacía mucho tiempo, por un campesino marroquí que, sin duda, no disponía, a diferencia del caíd, de papeles con todos los requisitos. Así, cuando el mencionado colono fue a visitar su adquisición, fue recibido de mala manera, expulsado e incluso, parece ser, abofeteado. No tardó ni un momento en llamar a la gendarmería, y el campesino y sus hijos fueron detenidos y torturados con electricidad, para convencerlos de que no se obstinasen en defender su derecho. Un ejemplo entre otros, sin duda. En la misma región, otro campesino que era además una especie de maestro de árabe, había vendido, tiempo atrás, una parcela de terreno a cambio de una renta vitalicia. En un principio la renta se había pagado normalmente; luego, muy pronto, los pagos se habían interrumpido. ¿Qué hacer? En el catastro —pues había un catastro, aunque lleno de lagunas—, el terreno seguía registrado a su nombre, lo que no cambiaba nada la realidad.

Puede que, de lejos, se piense que la costumbre de tutear sistemáticamente a los «indígenas» fuese un insulto menor, al lado de los casos de expoliación, pero no es así, pues se trataba de un recordatorio diario de la discriminación. Los hechos menores no faltan. En Conakry, poco antes de la independencia, cuando estaba en vigor la Loi-Cadre[e], en 1957, los cafés abrieron a toda la clientela sin distinción de color. Sin duda no había ninguna prohibición oficial, pero sí es cierto que, en 1950, ver a un africano en un café de la ciudad europea despertaba la sospecha de que debía de estar muy comprometido con el poder colonial. La ciudad colonial se encontraba prácticamente segregada, también en este caso sin que hubiese habido ninguna decisión oficial, pero el hecho es que si la policía encontraba a un africano por la noche en la parte europea corría el riesgo de ser detenido.

Mientras que en África, al norte y al sur del Sáhara, todo esto resultaba más o menos difícil de soportar, y mientras la organización política progresaba, la opinión francesa, salvo algunas excepciones, continuaba mostrándose totalmente opuesta al reconocimiento de las independencias que ya se anuncian. La opinión pública gala se atiene a la esperanza de una consolidación de la recién creada Unión Francesa. Las motivaciones son múltiples: además de la consideración de los intereses económicos y financieros, existe la inquietud de que la influencia

---

[e] La Loi-Cadre (Ley-Marco) de 1957, también conocida por Ley Defferre —ministro socialista francés de la época—, creó asambleas territoriales en cada colonia francesa de África, como medida descentralizadora y autonomizadora; fue un paso hacia las independencias de la década de 1960. [N. del T.]

estadounidense, incluso la británica, vaya a sustituir a la de Francia. En estos años todavía hay cierto anticolonialismo estadounidense, en el que a veces los propios colonizados creen también —por desgracia para ellos, como en Madagascar—. Esta consideración parece haber tenido su peso, sobre todo para los comunistas franceses. También se da, oscuramente, el temor y la demonización del islam. Hay miedo a la violencia de una insurrección de los colonizados, pese a que la violencia es algo permanente en la vida colonial —y que puede volverse contra los franceses «subversivos»—. Sin querer analizar más de cerca esta opinión, no siempre bien informada, ni tampoco registrar aquí todas las protestas lanzadas contra la represión colonial, nos atendremos a un importante artículo del filósofo Paul Ricœur, publicado en el semanario *Réforme*, del 20 de septiembre de 1947, en el que enuncia principios «muy generales» totalmente opuestos a la política que se aplicaba realmente en esta fecha en Vietnam o en Madagascar, por no citar más que los ejemplos más sangrientos. Paul Ricœur resume así su postura:

> La colonización tiene como finalidad la liberación de los indígenas; el pecado original de la colonización precede a todas las agresiones unilaterales de los indígenas; la exigencia, aun prematura, de libertad tiene más peso moral que toda la labor civilizadora de los países colonizadores; el racismo es el vicio de los franceses en las colonias; se trata de minorías que representan la conciencia nacional de los pueblos colonizados. Estos principios, como máximo, pueden crear un clima favorable para apreciar sin cólera este movimiento de la historia colonial que en este momento está pasando rápidamente al estadio de la liberación antes de haber extraído todo el beneficio del proceso civilizador de las naciones colonizadoras. [...] Sí, yo creo que, como cristiano, he de decir sí a un movimiento de la Historia que crea libertad. [...] Aunque esta libertad esté tachonada de ilusión y de violencia es, en su origen, un valor positivo; es el tesoro de las naciones.

Este notable texto responde, adelantándose, a todos los argumentos que se alegan para justificar la persistencia del sistema colonial y el empleo de la fuerza bruta con el fin de prolongarlo, lo que nos permite abstenernos de hacer comentarios más amplios.

Recordemos sólo que por estas fechas está en curso todavía una de las peores matanzas de la posguerra, en Madagascar. Mientras que los representantes de los grandes conjuntos de África occidental y del África ecuatorial francesas no piden la independencia sino lo que se llama la «emancipación africana», consigna del partido fundado en octubre de 1946, el Rassemblement Démo-

cratique Africain (RDA, Agrupación Democrática africana), sospechoso de entrada por ser aliado del Partido Comunista francés, los diputados malgaches —dos en 1945, tres en 1946— se ponen a reclamar la independencia —en el marco de la Unión Francesa, añaden—. Esto ocurría en marzo de 1946, justo después del anuncio de acuerdo con Hô Chí Minh del 6 de ese mes, que otorgaba a Vietnam una amplia independencia «en el marco de la Unión Francesa». Sin embargo, el proyecto de ley que los diputados entregan no se imprime, ni siquiera se distribuye. En septiembre vuelven a la carga: en el intervalo han creado un partido, el Mouvement Démocratique de la Rénovation Malgache (MDRM, Movimiento Democrático para la Renovación Malgache), que se convierte enseguida en la bestia negra para los ministros defensores del colonialismo, encabezados por el socialista Moutet, ministro de la Francia de Ultramar desde comienzos de 1946 a finales de 1947 o, dicho de otro modo, principal autor de la nueva Unión Francesa; otro es Georges Bidault, del MRP [Mouvement Républicain Populaire], presidente del Consejo en el verano de 1946 y varias veces ministro de Asuntos Exteriores y por tanto responsable de los protectorados de Marruecos y Tunicia; y el propio presidente de la República hasta comienzos de 1954, el socialista Vincent Auriol. El gobernador general enviado por Moutet, De Coppet, tiene reputación de liberal porque ha sido amigo de André Gide, a quien ha facilitado su viaje al Congo. En realidad le sorprende oír, desde el momento de su llegada en mayo de 1946, el grito de independencia en las manifestaciones callejeras de Tananarive. De Coppet tratará de limitar las libertades, de multiplicar las detenciones con pretextos diversos con el fin de debilitar lo más posible al joven MDRM. Antes de la creación del partido existían sociedades secretas independentistas, cuyos miembros entraron a formar parte, en su mayoría, del partido. Esta base quedó expuesta continuamente al acoso de la policía. Uno de sus dirigentes, Monja Joana [pronúnciese Mundza Dzuna], es detenido en 1946 y condenado. Así, los militantes están a punto de considerar que los diputados se hacen ilusiones si creen contar con las elecciones para conseguir sus objetivos, y creen cada vez menos en una salida pacífica. El poder colonial completa la represión por medio de maniobras de división. Trata de apoyar y de poner a su servicio otro partido que surge hacia el verano de 1946, el Parti des Deshérités [Partido de los Desheredados] (Padesm). De esto deriva un violento conflicto político interno. De forma más general, la propaganda oficial trata de oponer las poblaciones «costeras» a las de las altas mesetas del Imerina. Confundiendo estatus social y «etnia», la misma propaganda decreta que los hova (hombres libres o nobles [pronúnciese huva]) son en Madagascar opresores del resto del pueblo, y que es únicamente

el poder colonial el que protege a éste de sus dominadores, de los cuales el MDRM sería instrumento. Es más o menos lo que Moutet expondrá sin pestañear a la Asamblea Nacional cuando los acontecimientos ya se hayan precipitado. En las elecciones legislativas de octubre de 1946 el MDRM consigue de nuevo los tres escaños de diputado. El 30 de marzo de 1947 tuvo lugar la elección de los consejeros de la República, y también ésta la ganará el MDRM. Sin embargo, no ocurre exactamente lo mismo para la Asamblea Territorial, y no porque el partido no haya conseguido la mayoría de los votos, sino porque Moutet ha dividido la isla en cinco regiones, dotada cada una de ellas de una asamblea formada por dos colegios, que designan a los delegados que constituyen la asamblea central. Habría bastado que la minoría del Padesm del colegio malgache se hubiese aliado con la mayoría colonial del colegio de los colonos para hacer fracasar a la mayoría democrática de los colonizados, pero no hubo que llegar a eso.

Así pues, a fines de marzo de 1947, dos diputados, Ravoahangy —un viejo militante— y el poeta Rabemananjara —al que conocía De Coppet—, se encuentran en Madagascar para la campaña electoral de los consejeros de la República, además de un tercero, Raseta, también él compañero de lucha de Ravoahangy en los años de entreguerras —que se había quedado en París—. En la noche del sábado 29 al domingo 30 de marzo, estalla la insurrección. A decir verdad, los servicios de información franceses estaban, por lo menos en parte, al corriente de lo que podía ocurrir, pues en Fianarantsoa, al sur, y en Diego Suárez, en el norte, la insurrección fracasa inmediatamente ante la acción de las fuerzas militares, que ya se encontraban en alerta. Y tampoco estalla en Tananarive, porque el reclutamiento de personas resultó insuficiente. Sin embargo, en toda la zona costera, en la que se concentra la mayor parte de las plantaciones coloniales, la insurrección progresa con mucha rapidez, siguiendo en un primer momento, por la noche, el trayecto de las vías férreas. En la línea Tananarive-Tamatave, en Moramanga, importante punto de confluencia de vías férreas, los insurgentes atacan un campamento militar en el que están agrupados tiradores senegaleses, destinados a ser enviados como refuerzo a Vietnam. Los oficiales franceses que viven en la ciudad son sorprendidos y muertos, pero los tiradores se defienden con vigor y rechazan a los insurgentes, que se dispersarán por el campo y arrastrarán a los aldeanos a la revuelta. No han alcanzado su objetivo, que era apoderarse de armas de fuego, pues por lo general atacan sólo con machetes. Por la mañana, los tiradores salen del campamento y se toman la revancha masacrando y destruyendo la ciudad malgache. Más al sur, sin embargo, la operación tiene más éxito. A pesar de la reacción de las tropas en Moramanga,

los insurgentes consiguen liberar, durante las primeras semanas, una parte del territorio, y ocupar algunas localidades. Sin embargo, desde el 30 de marzo la reacción colonial se despliega sobre dos planos, que podríamos denominar atrocidades policiales en las ciudades, por un lado, y atrocidades militares en el medio rural, por el otro. Estas últimas habrían causado, según las declaraciones de un general en diciembre de 1948, 90.000 muertos. Hoy los historiadores consideran que esta cifra es excesiva, pero sus cálculos no bajan del orden de 40.000: es decir, se trata, sin más, de una matanza. La aviación intervino muy rápidamente —sin ningún riesgo, habría que añadir— contra los insurgentes desprovistos de armas. Y lo que es peor, se sabe que se subieron prisioneros a los aviones y luego fueron lanzados al vacío, con la intención de intimidar a los aldeanos sobre los que caían aquéllos. Naturalmente, el ejército colonial, compuesto por tropas de la Unión Francesa —como siempre, la labor de dividir— y paracaidistas metropolitanos, no cesó de incendiar y saquear las aldeas «reconquistadas» a los insurgentes. Como siempre, los sospechosos fueron asesinados sin juicio y sin hacer diferencias. Años después, en estas regiones persistía no sólo el recuerdo de este período de terror, sino que continuaba el terror mismo. Se puede decir que el terror duró hasta el despertar popular de 1972, lo que confirma la dureza de las operaciones. Naturalmente, en el marco de la acción militar, protegida por el secreto, numerosas muertes y horrores permanecieron anónimos u ocultos. Con todo, se sabe lo que fueron las ejecuciones masivas, especialmente en la estación de Moramanga, en mayo de 1947: no menos de 150 personas sospechosas fueron encerradas en vagones, sin comida. Se les sacaba sólo para ser interrogados en medio de torturas, y finalmente eran ejecutados —salvo uno que consiguió huir—. O bien, en el sur, en Mananjary [pronúnciese Manandzári], hacia las mismas fechas más de un centenar de rehenes, que deberían haber sido juzgados, fueron abatidos en plena noche según las exigencias de los colonos.

Las atrocidades policiales, en cambio, se conocieron plenamente. Éstas se abaten en primer lugar sobre los elegidos del MDRM, que no participan en la insurrección, que se quedan en sus lugares de residencia sin tratar de esconderse y que, incluso, han hecho pública una declaración condenando la insurrección. Sin embargo, ya ha sido decidido en las alturas que son éstos los que han desencadenado el levantamiento por medio de un telegrama del 27 de marzo dirigido a las secciones de su partido, haciendo un llamamiento para que mantuvieran la calma y para que no se dejasen arrastrar por ninguno de los movimientos. El telegrama, que no se ocultó en absoluto, es la única prueba que aportó la administración colonial, que sostenía que el texto significaba todo lo

contrario de lo que decía. Esta vez conocemos el nombre de los verdugos. En primer lugar, el jefe de la Sûreté, Baron, y su acólito, el juez de instrucción Vergoz. Ya el 31 de marzo, uno de los primeros militantes del MDRM, Stanislas Rakotonirina, consejero provincial, secretario del Sindicato de Empleados de Banca, es detenido. De entrada le conducen ante el juez Vergoz, que lo inculpa y lo envía inmediatamente ante Baron, que es el encargado de hacerle confesar. Así pues, se le exige, como se hace con otros acusados, que declare que es Rabemananjara quien ha dado la orden de la insurrección. Al negarse, Baron le administra en persona varios golpes con un látigo de nervio de buey y, luego, puñetazos. A continuación, los adjuntos del jefe de la Sûreté, senegaleses o comorenses, le hunden la cabeza durante largo tiempo en un bidón lleno de orina y deyecciones. Después de esto vendrá la simulación de un tribunal militar y la pseudocondena a muerte, además, incluso, de un intento de corrupción. Puesto que Rakotonirina se mantiene firme, es encerrado durante cierto tiempo en una especie de jaula de pollos, sin aire ni comida. Luego, más puñetazos y patadas, más golpes con el nervio de buey, que le administran también dos inspectores llamados Rabe y Gendron. Poco a poco, todos los elegidos del MDRM presentes en la capital son detenidos, incluidos los diputados, que en teoría están protegidos por la inmunidad parlamentaria, y para los cuales inventarán el curioso argumento del «flagrante delito prolongado». El gobierno francés no sólo tapará los abusos de poder, sino que pedirá y obtendrá de la mayoría de la Asamblea la supresión de la inmunidad parlamentaria de Ravoahangy y de Rabemananjara, capturados en Tananarive, pero también de Raseta, que ni siquiera ha salido de París. Para todos ellos el programa de torturas será del mismo tipo que para Rakotonirina. Cuando, ante Vergoz, unos y otros quieran echarse atrás de sus confesiones arrancadas con tortura, el juez les enviará de nuevo ante Baron y volverá a empezar el horror para intentar quebrantarlos. Pese a todas las precauciones —la isla quedará cerrada a los periodistas, a menos que sean «seguros»—, las informaciones acaban filtrándose y es entonces cuando las posturas de las más altas autoridades de la República Francesa permiten ver que se trata claramente de terror de Estado. Mucho antes de que estallase la insurrección ha habido una voluntad confirmada de destruir al partido independentista, voluntad declarada en el seno del Consejo de Ministros y ante el presidente de la República.[9] Las torturas y las condenas se abaten, ten-

[9] Véase sobre todo en el *Journal du septennat*, de Vincent Auriol, París, 1970, t. I, el informe del Consejo de Ministros del 4 de marzo de 1947, p. 121.

gámoslo en cuenta, sobre el conjunto de personalidades que no tomaron parte en la insurrección, pero de los que se sospecha que tienen relaciones con los comunistas. Esta represión, que se añade a las matanzas en las zonas rurales o en las ciudades pequeñas, permitirá más tarde entregar la independencia sólo a los «amigos de Francia» seguros. El «restablecimiento del orden» en todas sus formas durará hasta el otoño de 1948, y culminará con la condena a muerte de dos de los tres diputados, Ravoahangy y Raseta, aunque luego serán indultados, deportados a Córcega y liberados ya en 1956. Sólo se les autorizará a volver a Madagascar con el gobierno de De Gaulle, en vísperas de la independencia...

JUSTICIA PARA LOS MALGACHES[10]

¿Cuáles fueron las causas profundas de la rebelión que estalló en la isla de Madagascar el 29 de marzo de 1947?

Sin duda hay que distinguir aquí entre las causas profundas y permanentes, las que crearon una situación tal que necesariamente tenían que estallar disturbios, y las causas inmediatas o, como dicen los escolásticos, «próximas», que provocaron el estallido de la insurrección.

Por lo que respecta a las causas inmediatas, no es fácil dar una opinión concreta sobre las sociedades secretas, llamadas «Panamá» y «Jina», que desarrollaban su actividad en todo el país, presentando el carácter de un movimiento nacionalista extremo, decidido a transformar la situación de la isla por la fuerza. Al parecer, no obstante, esas sociedades no reunían más que a un número muy restringido de malgaches. ¿Tenían relaciones con potencias extranjeras? Los colonos pretendieron que era así, pero no se ha probado en absoluto, y la imaginación malgache, que tendía a hacer de los anglosajones, y sobre todo de los estadounidenses, los protectores de la libertad de los pueblos coloniales, puede haber bastado para crear la leyenda. De todos modos, estas sociedades eran conocidas por la policía. Incluso se ha avanzado la tesis de que la insurrección del 27 de marzo de 1947 habría sido desencadenada deliberadamente por la policía con el fin de tener un motivo para

→

[10] Prefacio de Claude Bourdet a Pierre Stibbe, *Justice pour les Malgaches*, Seuil, París, 1954, pp. 9-14.

aplastar todo tipo de reivindicaciones. Es un procedimiento que utilizan desde tiempo inmemorial todas las policías del mundo, pero el hecho, por el momento, no se ha probado con respecto a la rebelión malgache.

Por el contrario, lo que sí es cierto es que si la policía conocía y seguía los preparativos de la rebelión, no hizo nada para impedir su estallido cuando todavía estaba a tiempo. Por otro lado, es extremadamente importante constatar que el principal organizador de la rebelión, jefe de una de las sociedades secretas, Rakotondrabe [pronúnciese Rakutundrabe], fue ejecutado deprisa y corriendo antes del proceso de los parlamentarios malgaches, lo que tuvo como efecto evitar los posibles enfrentamientos e impedir que pudiese ser aclarado el origen real de la rebelión.

Por el contrario, las causas profundas o lejanas, o sería mejor decir las causas permanentes, sin las cuales la rebelión no habría hallado nunca terreno favorable, no son misteriosas en absoluto. En primer lugar, son de orden económico. Un artículo titulado «L'insurrection malgache» [La insurrección malgache] apareció en 1950 en el *Bulletin des Missions* [Boletín de las Misiones], redactado en la abadía de Saint-André-Lez-Bruges. El artículo es totalmente conformista en lo que respecta a las opiniones sobre los procesos (que se describen en pocas líneas); el autor es hostil al movimiento democrático malgache, escribe la palabra colonialismo entre comillas, es irónico respecto a la Carta de San Francisco y se mete incluso con las declaraciones de Brazzaville y con la abolición del trabajo forzado en las colonias. En una palabra, es la quintaesencia del conservadurismo católico. Sin embargo, lo que el misionero autor del artículo, que conoce perfectamente el país, señala como «causas lejanas» de la insurrección, resulta muy revelador. La insurrección no se desarrolló realmente más que en la costa este de Madagascar[11]. En efecto, esta región había sufrido de manera particular, no sólo bajo el régimen de Vichy, sino también más tarde, requisas y abusos. Ésta es la gran región productora de café y donde los excesos de los colonos y comerciantes fueron más frecuentes y acentuados, pues la mayoría de los colonos, pequeños concesionarios sin recursos suficientes, tenían tendencia, para reducir los gastos de explotación, a economizar a costa de la mano de obra.[12]

[11] Donde, sea dicho entre paréntesis, no viven los merinas u hovas, antiguos amos de la isla, sino «poblaciones primitivas» que nosotros [los franceses] hemos venido a «proteger contra los hovas» (!) [N. de la R.]

[12] «L'insurrection malgache», p. 144. [N. de la R.]

El período 1940-1942 ha sido, para los partidarios de la dureza, una verdadera edad de oro. Que favorecidos por la reafirmación de la autoridad se hayan cometido abusos aquí y allí a favor de ciertos colonos, sobre todo en el empleo de la mano de obra requisada, nadie que tenga buena fe lo puede negar. Más tarde, las autoridades francesas bajo el gobierno del general Legentilhomme, que representaba en la colonia al Movimiento de la Francia Libre de De Gaulle, comenzaron a exigir de los malgaches aún más trabajo que los funcionarios del régimen de Vichy. Para garantizar el aprovisionamiento de las ciudades, el gobierno local crea una «Oficina del Arroz» y, para alimentarla, instituye requisas de «paddy» al productor. En ciertos casos se llega a un resultado que implica que el campesino obligado a vender su paddy a precios muy bajos a la Oficina se vio reducido, para vivir, a comprar a un precio mucho más alto arroz de factoría. Ahora bien, al ser considerado productor, no tenía derecho a las distribuciones de la Oficina, y a veces se encontraba en la irritante obligación de recurrir al mercado clandestino para obtener el arroz... Los de la factoría no debían preocuparse ya por la financiación de sus campos; ésta quedaba garantizada gratuitamente por la administración que, al no disponer de ninguna cooperativa de transformación, se hallaba a merced de las exigencias de los «arroceros». De ahí derivaron fortunas considerables, creadas demasiado rápido, que amargaron ulteriormente a los campesinos.[13]

A esta situación económica que aportaba a los campesinos malgaches los beneficios materiales de la colonización, se añadía el gran sentido de fraternidad que el pueblo colonizador lleva siempre consigo. Casi todo el comercio de la isla se encuentra en manos de tres grandes compañías que tienen un gran peso sobre la administración por su influencia, amable o amenazadora, según los gobiernos que se suceden. Éstas hicieron y hacen todavía servicios incontestables a la colonia, pero se trata de casas comerciales y no de sociedades de colonización. En realidad, y aunque estén convencidas de lo contrario, han contribuido muy poco al desarrollo del país, pues han invertido muy poco capital. Tras haber descrito la colonización permanente, criolla, cerrada a toda preocupación social y que no imagina ni siquiera que pueda haber una evolución política en Madagascar, el *Boletín* describe a los franceses venidos de Europa: con el personal superior de las grandes em-

→

[13] *Op. cit.*, p. 9. [N. de la R.]

presas y de los bancos, se trata de la gran burguesía europea de Madagascar. Paternalista, educada, distante, esta burguesía no mantiene ningún tipo de relación con la sociedad malgache. Al carecer de todo nexo personal, de todo apego profundo por el país, se interesa poco por la vida de la isla, lo que no evita la pretensión de conocerla bien. Conservadores en toda la línea, estos europeos no son capaces de imaginar que los intereses de Francia y los de Madagascar puedan no confundirse siempre con los de las casas comerciales que ellos representan.

Incluyamos en la categoría de «pequeño colono», *lato sensu*, a muchos de los funcionarios subalternos —por otra parte, entre ellos hay muchos criollos—, y sin generalizar, constatamos que, tanto aquí como allí, cuanto menos elevada es su condición social y más exigentes son hacia el malgache, menos lo frecuentan y más pretenden conocerlo, menos instruidos son y más lecciones pretenden dar a todo el mundo y, como dice André Gide, menos inteligentes son y más tonto encuentran al indígena. Añadamos que cuanto menos clara es su piel, más racistas son. Podemos asimilar a los altos funcionarios, el personal técnico, los magistrados y muchos oficiales a la alta burguesía de la que hablábamos ahora mismo, en cuanto a las relaciones entre europeos y malgaches.

En esta descripción, el *Bulletin des Missions* salva sólo al misionero y al funcionario con autoridad, al administrador, que es el más preocupado por la justicia, el más abnegado y el más apegado a los indígenas. Tenemos aquí el eterno panorama de la explotación intensiva de una población de color por parte del capitalismo europeo y de los elementos inmigrados de la «raza superior», que viven del trabajo del campesino y del obrero indígenas, y los desprecian o los ignoran. En Madagascar, como en otros lugares, estas condiciones producen, en el siglo XX, un movimiento de reivindicación nacional. Éste, como en todas partes, se ha expresado de varias maneras.

Las matanzas de la Gran Isla tienen por finalidad, asimismo, intimidar a todos los que en el África al sur del Sáhara podrían tener la tentación de tomar el mismo camino que los dirigentes del MDRM, que habían deseado una independencia pacífica e incluso en el marco de la Unión Francesa. Por lo que respecta a los dirigentes del RDA, cometieron además el crimen de haberse aliado con el Partido Comunista francés —no por ser comunistas, sino simplemente por ser aliados—. La represión que caerá en particular sobre los militantes y las masas de Costa de Marfil, país en el que el RDA es más fuerte, pretende sobre

todo separar de la alianza a su dirigente y a quienes le siguen, en primer lugar a Houphouët-Boigny personalmente, más que a suprimir el RDA. El resultado deseado se alcanzará en octubre de 1950, cuando Houphouët anuncie que los elegidos del RDA se separan del PCF y, con rapidez, se alinearán con la mayoría gubernamental y, por lo tanto, aprobarán la guerra colonial en Indochina. Sin embargo, antes de llegar a esto, la represión actuará: habrán bastado incidentes provocados por un partido rival favorecido por la administración en un barrio popular de Abidyán en febrero de 1949 para que la casi totalidad de la dirección del Parti Démocratique de Côte d'Ivoire [PDCI, Partido Democrático de Costa de Marfil] sea detenida y un juez de instrucción no dude en afirmar ante un acusado: «¡Tengo órdenes de detenerle!»[14] Sin embargo, es a comienzos de 1950, ante el creciente movimiento de protesta —para la Navidad de 1949 las mujeres organizaron una marcha de protesta ante la prisión de Grand-Bassam con el fin de liberar a los presos—, cuando el poder colonial se pone a golpear fuerte y a matar. Habrá incluso un intento de detención de Houphouët, en su ciudad natal de Yamoussoukro, que fracasará ante la negativa de un diputado a ejecutarla y ante la amenaza de las masas costamarfileñas, que se pondrán en movimiento para ir en su ayuda. Sin embargo, con ocasión de las reuniones en los mercados, las fuerzas del orden, pero también los civiles, entre los cuales hay incluso un juez de paz, disparan. Habrá entre veinte y treinta muertos. Esto sin mencionar los distintos medios de presión que se aplican: revocación de jefes, aun cuando los haya nombrado la administración, supresión de sueldos, e incluso negativa a otorgar créditos a las escuelas. Sin embargo, si Costa de Marfil es el país donde la represión ha sido más sistemática, y hemos visto por qué, los demás territorios tienen también sus víctimas. Hay que poner aparte al Camerún, pues el partido miembro del RDA, fundado en 1948, la Union des Populations du Cameroun (UPC, Unión de las Poblaciones de Camerún), ha pedido sin más la independencia de este territorio bajo mandato, dirigiéndose directamente a la ONU, pues esta nueva organización había heredado la tutela de los mandatos creados por la difunta Sociedad de Naciones. Con ocasión del giro de finales de 1950, la UPC empieza a aparecer como una especie de herejía en el seno del RDA. Se convierte, evidentemente, en el blanco de la administración colonial, y más porque durante mucho tiempo es el único partido político realmente organizado y que dispone de una base popular real. Para acabar con él,

---

[14] Citado por Bernard Dadié, *Carnet de prison*, Abidyán, 1981, p. 17. Dadié, que era escritor, era también uno de los dirigentes detenidos en febrero de 1949.

el gobernador Roland Pré utilizará el desacuerdo entre la dirección del RDA y su sección camerunesa. También deja vía libre a un movimiento que pretende ser el «verdadero» RDA en contra de la UPC. ¡La administración había actuado de la misma manera contra la sección costamarfileña del RDA! Desde entonces, protestas e incidentes más o menos violentos en un primer período, pero que proporcionan la ocasión esperada por la policía para disparar sobre los militantes. Es lo que se denominan los «disturbios» de mayo: oficialmente, 21 muertos cameruneses; en realidad hubo más, sin duda. El dirigente del partido, Ruben Um Nyobé, se ve obligado a pasar a la clandestinidad, mientras que la UPC queda excluida del RDA en un primer momento, para ser luego prohibida por el gobierno francés —por estas fechas, el gobierno de Edgar Faure[f]—. El gobierno de 1956, en principio de izquierdas, no aportará ninguna mejora, no retirará la prohibición y, más bien, buscará otros socios —como en Madagascar—, lo que provocará la aparición de la primera lucha armada en la región de la Sanaga Marítima en 1957-1958. Ésta será aplastada por un ejército que empleará los mismos métodos que en la guerra de Argelia, en curso por estas fechas: concentración forzada de los aldeanos a lo largo de las carreteras principales, que podían ser controladas fácilmente por el ejército, bloqueo de los guerrilleros con el fin de provocar el hambre, destrucción de cultivos o de bosques, amenazas y, eventualmente, torturas. El propio Ruben Um Nyobé resulta muerto el 13 de septiembre de 1958, cuando la lucha armada se encuentra ya en fase agónica. Así pues, se otorga la independencia dos años después a partidos y a hombres políticos que nunca la habían reclamado, que habían combatido a aquellos que la querían y preparaban. Es más: los nuevos dirigentes necesitarán el apoyo militar de Francia para derrotar a una nueva resistencia armada en 1960-1961. Sin embargo, hay que subrayar que la represión, en Camerún, cuyos momentos más agudos son contemporáneos de la guerra de Argelia, no se habría producido si otros países de África bajo dominación francesa no hubiesen dejado solos a los cameruneses frente a las fuerzas armadas francesas.

La guerra de Argelia, que comienza el día de Todos los Santos de 1954, determina, como contragolpe, diversas evoluciones en la política francesa respecto de los protectorados de África del norte y de los territorios al sur del Sáhara. No se trata del fruto de una reflexión sobre el porvenir de las relaciones entre

[f] Político francés (1908-1988) del Partido Radical, fue ministro varias veces (1952-1956); colaboró con De Gaulle en el exilio, tras la ocupación alemana de Francia y ya dentro del país, desde 1958 a 1969. [N. del T.]

los pueblos, sino el efecto de una simple constatación: la concentración de medios militares para impedir la independencia de Argelia prohíbe exponerse al riesgo de otra guerra nacional de envergadura. El ministro de Asuntos Exteriores del gobierno de Guy Mollet, Christian Pineau, lo reconocerá ante la Asamblea. Por esto se hacen necesarias reformas en el África Negra, donde las elecciones de 1956 dan la mayoría al RDA —que la administración juzga oportuno dejar pasar, a diferencia de las elecciones de 1951—. Así pues, se concederá cierto grado de autonomía: gobiernos africanos, bajo la presidencia del alto comisario colonial, dotados de competencias limitadas y, mientras dure la IV República, con exclusión de la noción tabú de la independencia. Sin embargo, ya sabemos que con De Gaulle ésta llegará, en un marco y con condiciones que no vamos a examinar aquí. La represión en Camerún sólo ha sido posible porque unos cuantos batallones bastaban contra una insurrección prácticamente desprovista de armamento y de los medios de obtenerlo.

Las independencias de Marruecos y Tunicia, reconocidas en 1956 por el gobierno de Guy Mollet, justo cuando presenciaba ya la intensificación de la guerra en Argelia, constituyen el punto final de luchas mucho más sangrientas, desde la Liberación de Francia hasta 1956. En el momento en que el terror se abate sobre Madagascar, el 7 de abril de 1947, tenía lugar en Casablanca una verdadera matanza, que causaba 65 muertos y 120 heridos. Algunos han pretendido que habría sido sólo la consecuencia de una constante hostilidad entre tiradores senegaleses y marroquíes, mientras que la opinión pública veía en ello, no sin razón, el resultado de las maquinaciones del jefe de la región de Casablanca, Boniface, que ya había sido el elemento decisivo de la provocación de 1944. En la misma fecha el sultán pronunció un discurso, en Tánger, que fue considerado irrespetuoso, pues no había entonado el estribillo habitual de agradecimiento a la Francia civilizadora. El envío sucesivo de los generales Juin y Guillaume como residentes generales no era precisamente lo que podía calmar el movimiento nacional marroquí, que se apoyaba asimismo en un movimiento sindical fuerte. Sin enumerar todos los episodios de estos años de tensión casi permanente, basta recordar que, finalmente, el proyecto de 1947 ideado por Georges Bidault, ministro de Asuntos Exteriores, para deponer al sultán, al que consideraba feudal y medieval[15], se lleva a cabo el 20 de agosto de 1953. La residencia general, con el pretexto de una especie de disidencia que había orga-

[15] Véase el *Journal du septennat*, *op. cit.*, p. 223, Consejo de Ministros del 14 de mayo de 1947. Ramadier, presidente del Consejo, habla en el mismo estilo.

nizado ella misma, pone en el trono al sultán de su elección, Ben 'Árafa. Ya conocemos lo que siguió: numerosos intentos de atentado, manifestaciones, nacimiento de guerrillas —sobre todo en el norte, en el Rif—, y parálisis progresiva de la administración. Al mismo tiempo, después de otras formas de represión en Tunicia, entre las cuales se cuentan, en esa época, las operaciones de limpieza en el cabo Bon, que fueron un escándalo, y tras la detención de Burguiba y otros nacionalistas, hacen su aparición algunas guerrillas. El término «fellagha» comienza a aparecer en la prensa francesa. Sin embargo, en diciembre de 1952, tras una huelga general de protesta, el dirigente sindical Ferhat Hached [Ferhát Hashed] es asesinado por un grupo llamado la Mano Roja, que en realidad ha sido creado por los servicios secretos franceses. Es un hecho nuevo en el desarrollo de la represión colonial el asesinato dirigido por los servicios secretos. Así, el dirigente de la UPC, el camerunés Moumié, será asesinado en Ginebra en 1960, y muchos más lo serán durante la guerra de Argelia —y más tarde—. De forma inmediata, el asesinato de Ferhat Hached levanta enormes movimientos de protesta en Tunicia y también en Marruecos. Una vez más, la policía dispara. En el sistema colonial, tal como funciona, toda manifestación callejera, toda huelga son a priori amenazas contra el orden público, o al menos ocasiones para despliegues policiales impresionantes. Tras la Liberación de Francia, ciertamente, ya no se puede negar a los colonizados el derecho a tener partidos políticos o sindicatos, pero en la práctica se vigilan todas sus actividades, al ser consideradas sospechosas. La legalidad ha sido puesta a régimen.

Sea como sea, la situación en los protectorados es tal a partir de 1954, en tiempos del gobierno Mendès France —que ha sido el primero que ha tenido que reconocer una independencia, la de Vietnam—, que exige respuestas urgentes. Iniciando reformas en Tunicia, al liberar a Burguiba, Mendès France obtiene al mismo tiempo el fin de la guerrilla tunecina. Ésta estaba a punto de desbordarse en territorio argelino. En realidad, es durante el mes de noviembre de 1954 cuando los fellagha rinden sus armas y detienen su actividad, justo en el momento en que, al otro lado de la frontera, comienza la guerra. Como sucesor de Mendès France, con esta nueva guerra ya iniciada de manera abierta, Edgar Faure emprende lo que cree más urgente, es decir, la restauración en Rabat del sultán Mohámmed V, del que se sabe que es moderado —pese a las opiniones abruptas de Bidault—. Sin embargo, no se llevará a cabo sin nuevos derramamientos de sangre, en agosto de 1955. Al fin, Marruecos será independiente en la primavera de 1956, por lo que la concentración de las fuerzas militares contra los argelinos puede continuar sin el riesgo de un segundo o tercer frente. También Tunicia obtiene la independencia en la primavera de 1956.

Así, ya se trate de las independencias magrebíes de 1956 o de las independencias africanas en tres etapas —1956, 1958, 1960—, es la guerra de Argelia el factor decisivo de la aceleración de la Historia. Ya hemos mencionado que las matanzas del Constantinado de 1945 tuvieron un peso esencial en la opción por la lucha armada, incluso prolongada. Asimismo, tras una amnistía relacionada con la instauración de la IV República, Messali Hadj recupera la libertad y crea un partido legal, el Mouvement pour le Triomphe des Libertés Démocratiques [MTLD, Movimiento por el Triunfo de las Libertades Democráticas]. En cuanto a los jóvenes de su partido, van a fundar la Organisation Spéciale [OS, Organización Especial], secreta, cuyo objetivo es organizar la insurrección general que no pudo ser en 1945, debido a la falta de preparación. Mientras la OS trabaja discretamente, tienen lugar sucesivamente las elecciones municipales de 1947, que son un éxito para el movimiento nacional, y luego las de 1948, para constituir la Asamblea argelina. Ésta es resultado de la última reforma colonial: el estatuto de Argelia, votado en el verano de 1947, es considerado ridículo por los nacionalistas. En efecto, la asamblea que crea el estatuto ¡da una representación igual a 1.000.000 de franceses y a 8.000.000 de argelinos, repartidos en dos colegios electorales distintos, que elige cada uno a 60 consejeros! Con todo, la Asamblea dispone de algunos poderes que se abstendrá de ejercer, pues las elecciones de 1948 serán falseadas deliberadamente, como todas las que seguirán.

Los resultados de las elecciones de abril contrastan de manera manifiesta con los de noviembre de 1947, en los que se dan también inverosímiles inversiones de resultados entre la primera y la segunda vuelta. Se vuelve al sistema, tan execrado en los manuales de historia, de la candidatura oficial de los tiempos de Napoleón III, con presiones manifiestas de varias autoridades el mismo día de las votaciones. En su testimonio sobre las elecciones del 17 de junio de 1951, el abogado Áhmed Boumendjel [Bumendchél][16] recuerda que los prefectos confeccionan las listas en presencia de los grandes colonos Borgeaud y Abbo. En Constantina preside esta operación el prefecto Maurice Papon. Pero, sobre todo, el acceso a la oficina de voto les es negado a los delegados de las listas no oficiales. En una circunscripción en la que reina un feudal amigo de la administración, Ben Ali Chérif [Ben 'Alí Sheríf], al delegado de la lista del partido de Ferhát 'Abbás no sólo se le niega la entrada en la oficina de voto, sino que es amenazado cuando insiste: «¡Nos lo vamos a llevar en una camilla!» En víspe-

[16] Testimonio publicado en la revista *Esprit*, octubre de 1951.

ras del escrutinio, una circular impone a los delegados formalidades desconocidas hasta ese momento, e incluso cuando todo está en regla, son expulsados de la oficina de voto. O bien se les mete en la cárcel para mayor seguridad hasta altas horas de la noche o hasta la mañana siguiente. Un presidente de la oficina de voto declara que el asesor debe ser aceptado por el administrador, o al menos es lo que le han dicho que repita. En un lugar, los electores reciben de oficio la papeleta «buena». Hay que mencionar, asimismo, que la distribución de los colegios electorales en las zonas rurales está organizada de modo que los electores considerados sospechosos se desanimen. Sin embargo, estas elecciones, calificadas en Argelia «a la Naegelen», se ven ratificadas constantemente por los gobiernos de París y por su mayoría en la Asamblea, en cuanto se conocen los hechos. Digamos de pasada que estas operaciones de fraude electoral, como otras medidas de represión, se llevan a cabo con la ayuda de los que se llamarán «feudales de la colonización», o bien sus «colaboradores locales», pues se hacen necesarios, evidentemente, en el lugar, quienes colaboren in situ, como es regla en toda la colonización europea de los siglos XIX-XX. Así pues, como en todas las guerras de liberación nacional de este período, la lucha armada, si llega a iniciarse, golpeará necesariamente a estos agentes del poder si es que desea desarrollarse. Es ahora, pues, cuando los colonizadores van a proclamar a gritos que los insurgentes matan a sus compatriotas. Y así sucede. Los fraudes electorales son solamente un ejemplo entre otros del papel que desempeña esta fracción muy minoritaria, pero situada en puntos estratégicos.

Hasta 1962, año de la independencia argelina, se continuarán falseando las elecciones. En 1955, en unas cantonales, las últimas elecciones antes de las de 1958 decididas por De Gaulle, un militante comunista francés, Gaston Donnat, describe un proceso análogo en la región de Ténès. En las zonas rurales, todas las fuerzas del orden disponibles —policías locales, guardas rurales, guardas, policía de círculo o nacional— recorren las aldeas en camiones para recoger a los electores y descargarlos en la oficina de voto, donde el caíd pone en sus manos la papeleta que él quiere —mientras los demás suelen estar totalmente ausentes—. En las ciudades, los asesores de las listas «malas» son tratados como ya es costumbre. Muchos militantes conocidos y fichados de los partidos nacionalistas son detenidos el día de las votaciones, por precaución.[17] Cuando De Gaulle decida la celebración de las elecciones de 1958, será satisfecha inmediatamen-

[17] Gaston Donnat, *Afin que nul n'oublie*, París, 1986, pp. 312-313.

te una antigua reivindicación, la supresión del doble colegio. Sin embargo, nada cambiará en la comedia electoral, excepto que ya no será la policía, sino los soldados los que recogerán a los electores y les harán votar «bien»[18]. Todo ello, sin perjuicio de la manipulación de las actas. Por todo esto, mientras la gran masa de los argelinos se convence de que no hay posibilidad de recuperar la independencia sin lucha armada, para la cual espera apoyo exterior, el poder colonial, entre 1948 y 1954, considera que Argelia se encuentra en calma. En efecto, con relación a los dos protectorados que la flanquean, plantea a París menos problemas visibles.

Sin duda, en 1950-1951 se dan los procesos derivados del descubrimiento de la OS —que en realidad los servicios de información vigilaban desde hacía cierto tiempo—, con el objetivo de no proceder a hacer detenciones hasta no haber acumulado suficientes pistas como para alcanzar al MTLD mismo y conseguir su disolución. La meta no será alcanzada, pero la serie de detenciones que siguieron a la revelación fortuita de un excluido de la OS va a permitir decapitar a la organización. La policía va subiendo hasta quien está en ese momento a la cabeza de la OS, Ben Bella [Ben Bel-là]. Según su costumbre, los policías torturan sistemáticamente a los centenares de detenidos que tienen a mano para arrancarles las confesiones que pondrían en tela de juicio a Messali y a su partido. Como no lo consiguen, perseveran. Entre otras invenciones sádicas, obligan a los detenidos a sentarse encima de golletes de botellas rotas, y el suplicio del baño se emplea sin cesar. Y más grave aún, si ello es posible, es que la magistratura, como en Madagascar, es cómplice. Un juez de instrucción puede indicar a un abogado que su cliente sufre el suplicio de la botella no sólo sin dar señales de emoción, sino riendo.[19] Si los gobiernos en el poder en París no se conmueven en absoluto, cierto número de personalidades tratan de intervenir, como el abate Pierre o Claude Bourdet. Es en vano. Sin embargo, para la posteridad queda el artículo de este último: «¿Hay una Gestapo en Argelia?»[20] Una parte de los condenados podrá huir, entre ellos Ben Bella, pero muchos otros no saldrán de la cárcel hasta el momento de la independencia. Sea como sea, unos años más tarde, los organizadores del levantamiento del 1 de noviembre de

[18] Véase Claire Mauss-Copeaux, *Appelés en Algérie. La parole confisquée*, L'Harmattan, París, 1999, pp. 124-125. Podemos remitirnos a este notable trabajo para las directivas de 1955 citadas antes.

[19] Citado en Henri Alleg (comp.), *La guerre d'Algérie*, t. I, Scandéditions-Tem, París, 1981, p. 277.

[20] *France Observateur*, 6 de diciembre de 1951.

1954 tendrán una doble característica común: haber servido en el ejército francés durante la guerra contra el fascismo y haber pertenecido a la OS.

Como la de los esclavos de Haití en 1791, como la de los malgaches en 1947, la insurrección argelina de 1954 entra en escena en la noche de Todos los Santos. En cuanto estalla, recibe una respuesta oficial inmediata: ¡Argelia es Francia! Es el punto de vista del gobierno en esas fechas, y de la gran mayoría del Parlamento. Los comunistas, que, naturalmente, no se unen a esta idea, tampoco pronuncian, sin embargo, la palabra independencia, y sólo mucho más tarde se decidirán a apoyar al Frente de Liberación Nacional. No obstante, denuncian la tortura y la represión en estas semanas de noviembre. Respecto de este grave capítulo, los comunistas no cesarán de oponerse a la represión, tanto en Argelia como en Francia, aunque no se entenderán necesariamente con los demás opositores a la guerra sobre los modos y medios de intervención. En todo caso, *L'Humanité* [La Humanidad], el diario comunista, con *France-Observateur* [Francia-Observador], *L'Express* [El Expreso] y luego *Le Monde* [El Mundo], será uno de los pocos órganos de prensa que entablará combate contra las matanzas y las torturas de Argelia, con riesgo de ser retirado de la circulación y procesado, sufriendo a veces incluso detenciones. Añadamos que algunos jóvenes comunistas movilizados se negarán a participar en esta guerra y algunos de ellos irán a parar al penal militar de Timfouchi [Timfushi], lugar donde el derecho no existía.

Dicho de otra manera, la represión proseguirá durante ocho años y adquirirá dimensiones aún más inhumanas, si ello es posible, de las existentes en la Unión Francesa. Más que nunca, es el empleo masivo de la tortura lo que caracteriza oficialmente —y durante mucho tiempo— a esta verdadera guerra que fue denominada operación de pacificación [*sic*]. Los colonizados, sin embargo, se hallan en ese punto en que la explosión de cólera «no es más que la resaca de las exacciones cometidas y de las humillaciones sufridas. Ha llegado el momento en que nadie puede ya soportarlas»[21]. Esta apreciación de un especialista francés del mundo musulmán, Vincent Monteil, data de 1955, pero vale para la situación desde el principio. Antes de volver sobre ello, es necesario trazar un

[21] Vincent Monteil fue durante unos meses consejero de Soustelle, del que se separó hacia comienzos del verano de 1956, a causa de profundos desacuerdos. Ocurrió lo mismo con Germaine Tillion. Mi cita proviene de un texto publicado en *Esprit* en noviembre de 1955 y firmado en ese momento con el nombre de François Sarrazin. Citado también por Mohammed Harbi, *La guerre commence en Algérie*, Complexe, Bruselas, 1984, pp. 148-149.

marco cronológico. Recordemos que el núcleo de fundadores del Front de Libération Nationale [Frente de Liberación Nacional] que preparó el levantamiento y fijó para su lucha armada el objetivo no negociable del reconocimiento de la independencia se compone de tres miembros en El Cairo: Ben Bella, Ait Ahmed y Mohammed Khider (los tres fueron detenidos el 22 de octubre de 1956); de seis miembros en el interior: Mourad Didouche (asesinado en enero de 1955), Mostefa Ben Boulaïd (muerto en los Aurés el 27 de marzo de 1956), Larbi Ben M'Hidi («suicidado» por los paracaidistas en febrero de 1957), Rabah Bitat (detenido en marzo de 1955), Mohammed Boudiaf (aprehendido con los tres del exterior el 22 de octubre de 1956) y, finalmente, Krim Belkacem, maquis desde 1947, que será el único de los nueve que estará presente en las negociaciones de Évian que pondrán fin a la guerra y a la colonización. Y alrededor de ellos, otro círculo de algunas decenas de hombres resueltos. Todos desean poner fin a las divisiones internas en el movimiento nacional, y por ello reaccionarán muy violentamente cuando Messali Hadj, condenado por el poder colonial al destierro en Francia, pretenda disputarles el papel dirigente.

En un primer período, que se puede llevar hasta la votación del estado de emergencia en Argelia durante el gobierno de Edgar Faure (3 de abril de 1955), la insurrección se extiende y se refuerza. En un primer momento es particularmente activa en los Aurés y en la Kabilia, pero progresa, ocupando todo el territorio. Mendès France pierde el poder antes de haber podido cambiar la política de guerra decidida en noviembre. Lega a su sucesor un nombramiento, el de Jacques Soustelle, que pasa por ser «liberal». Se verá pronto que es una reputación usurpada. Lo que Soustelle proclama es el lema de la «integración», lo que significa el rechazo de toda negociación sobre la independencia, algo que está totalmente fuera de la realidad a menos que se halle el medio de escolarizar de golpe al 90 por ciento de los niños argelinos que no lo están, de hacer desaparecer todas las discriminaciones que son la esencia misma de la colonización, y así se podría seguir, sin olvidar una representación proporcional en el Parlamento francés. El lema, repetido hasta la saciedad por los colonos, no tiene otro sentido que pretender justificar la guerra a muerte contra el FLN. Sin embargo, desde los primeros meses los hombres políticos argelinos habitualmente clasificados como «moderados», comienzan a hacerse preguntas y, para muchos, a prepararse para la unión al FLN, por temor a quedar aislados del pueblo. Soustelle, en septiembre, se verá sorprendido al descubrir que incluso los administrativos elegidos ya no «funcionan» y se lo hacen saber a través de un manifiesto llamado «de los 61». El establecimiento del estado de sitio comienza a transferir de la autoridad civil al ejército numerosos poderes que éste ejercerá de

manera incontrolada, y sin dilación. En este momento, el 20 de agosto, segundo aniversario de la deposición del sultán de Marruecos, los jefes de la *wilaya* (provincia) del Constantinado Norte deciden lanzar acciones en masa cuya meta son las principales localidades, con la inclusión de elementos del maquis. Los ataques se producen sobre todo contra Constantina, Philippeville (hoy Skikda) y la mina de El Milla. La respuesta del ejército es, como en 1945, desproporcionada. Según las propias cifras oficiales, los asaltos de los insurgentes habrían causado 123 víctimas, de los cuales 79 europeos, mientras que el ejército habría matado a 1.273 argelinos. En realidad, el número debería elevarse quizá a 12.000 muertos: ¡cien argelinos por cada francés!

Si los *pieds-noirs* y Soustelle lanzan gritos de horror tras los hechos del 20 de agosto, para la opinión argelina, en cambio, se ha llegado «al punto de no retorno», según la expresión de Frantz Fanon, o al momento en que la situación «da un vuelco», como dirá Mohammed Harbi.[22] Hacia finales de año, por un momento, asoma la esperanza de una apertura de negociaciones tras la disolución de la Asamblea Nacional por Edgar Faure y de una campaña electoral en la que el tema de la paz en Argelia ocupa un importante lugar. La nueva mayoría electoral[23], aparentemente de izquierdas, lleva a la presidencia del Consejo a Guy Mollet quien, durante algunos días, parece querer hacer algo. Soustelle es enviado a Francia, pero su partida es seguida de una monstruosa manifestación de *pieds-noirs* en Argel, repetición general de la que va a recibir a Guy Mollet unos días más tarde, pero en este caso el presidente del Consejo es asaltado, amenazado, y cede. El general Catroux, al que ya había nombrado y cuya reputación de liberal había exasperado a los colonos, no pisará Argelia. Será Robert Lacoste quien, con el título de ministro residente, va a conceder, entre 1956 y 1958, el mayor grado de libertad al ejército y a los *pieds-noirs*. Para él también, Argelia es Francia, y para conservarla francesa todo se permitirá. Poco después Mollet agrava las cosas: garantiza una cobertura legal a todas las prácticas represivas, al hacer votar, el 11 de marzo de 1956, la Ley de Poderes Especiales. Bien es verdad que, al mismo tiempo, pretende entablar negociaciones con el FLN, pero sobre una base que se sabe que no va a ser aceptada por este último. Se trata de un trípti-

[22] Frantz Fanon, *Les damnés de la terre*, París, 1968, p. 48; M. Harbi, *op. cit.*, p. 146.

[23] Mayoría en la que no hay representantes de Argelia, porque Soustelle había decidido no organizar elecciones en este territorio, al tiempo que mantenía en vigor el estado de emergencia, pese a la disolución de la Asamblea. Decisiones de una legalidad dudosa, pero que el gobierno tragó sin rechistar.

co: alto el fuego, elecciones, negociación. Sin embargo, el Frente no aceptará deponer las armas sin la garantía de llegar a la independencia.

Este mismo año la insurrección nacional progresa por todas partes. Ha conseguido que se le una parte del antiguo MTLD de Ferhat Abbas, y los comunistas argelinos han tenido que adherirse a título personal y no como partido. El Frente reúne a todos los nacionalistas argelinos, con la única excepción del nuevo partido de Messali Hadj, refundado con las siglas MNA (Mouvement National Algérien, Movimiento Nacional Argelino). Sin embargo, el conflicto interno entre el FLN y el MNA —éste también es un movimiento armado— tendrá sobre todo graves repercusiones negativas en Francia, en el seno de la emigración argelina, exceptuando la sangrienta destrucción del aduar del MNA de Melouza en 1957.

Los dirigentes de la insurrección, reforzados por Abane Ramdane [Abán Ramdán], que todavía estaba en la cárcel por Todos los Santos, pudieron convocar un congreso en el valle del Summam, en agosto de 1956. En concreto tomaron la decisión estratégica de llevar la lucha a la propia Argel, en cierto modo para golpear al enemigo en la cabeza. Adoptaron un programa que publicará su periódico clandestino, *El-Moudjahid* [El combatiente]. En la propia Argel hay que destacar que existen algunos grupos de franceses liberales (según la expresión corriente) que simpatizaban con los nacionalistas, y algunos de ellos incluso los ayudarán en situaciones muy puntuales.

En este verano de 1956 hay que recordar que la situación geopolítica de Argelia se ha modificado por el hecho de que dos de sus vecinos se han independizado, es decir, pueden proporcionarle alguna ayuda en su lucha.[24] Aun cuando se considera que los gobiernos de Rabat y de Túnez son «moderados» —y lo son realmente—, han de tener en cuenta a las opiniones públicas de ambos países, totalmente favorables a la lucha de los argelinos. Sólo esta consideración debería haber bastado a los dirigentes de París para llevarles a negociar rápidamente con el FLN, pero no fue así, sino más bien al contrario: en este preciso momento de la guerra es cuando el gobierno de Guy Mollet va acumulando errores —por no decir algo peor—. Por un lado, participa en una operación militar contra el Egipto de Náser[g], porque supone que todo el movimiento

---

[24] Recordemos las fechas de estas dos independencias: Marruecos, 2 de marzo de 1956, y Tunicia 20 de marzo del mismo año.

[g] Se trata de la invasión de Egipto por parte de Francia, Reino Unido e Israel tras la nacionalización por Náser del canal de Suez. Este hecho es considerado la segunda guerra árabe-israelí. [N. del T.]

argelino depende de este último y considera que, si se acaba con él, también el Frente caerá. Sin embargo, el veto de la URSS y, sobre todo, de Estados Unidos, ponen fin rápidamente a una aventura militar amarga para los generales y oficiales del ejército francés de Argelia que se han visto arrastrados a ella. Incluso antes de desembarcar en la zona del canal de Suez, este ejército ha hecho alarde de su fuerza deteniendo ilegalmente un avión de Air Maroc (con piloto y tripulación franceses) que llevaba de Rabat a Túnez, para una conferencia intermagrebí, a los tres del exterior más Boudiaf. En realidad, el Estado Mayor de Argel había sido autorizado a actuar por el ministro socialista francés Max Lejeune, secretario de Estado de la Guerra. En el Consejo de Ministros que siguió a este suceso, y una vez expuestos los hechos, el presidente de la República, René Coty, propuso la puesta en libertad de los pasajeros del avión de Air Maroc. Sólo Guy Mollet y el ministro de Asuntos Exteriores Christian Pineau le apoyaron...

La batalla de Argel, como se la ha denominado, permite que el Frente, en este primer trimestre del año 1956 (jalonado también por el Informe Jrushchóv y por los hechos de Hungría), gane puntos. No nos detendremos en la lista de atentados que amenazan la seguridad habitual de los barrios europeos de Argel, pero diremos que a finales de diciembre, uno de los grandes notables de la colonización, Amédée Froger, es asesinado. También hay acciones exitosas de boicoteo y huelga. El Movimiento Nacional Argelino comienza a atraer la atención del mundo entero y a crear dificultades a Francia en las reuniones de la ONU. Por otro lado, en los funerales de Froger, como en los de otros colonos, los *pieds-noirs* se lanzan a una caza al hombre contra los argelinos que encuentran por la calle, y estos muertos se añaden a los de la guerra, suscitando horror fuera del país.

El 7 de enero de 1957 se produce un giro de particular gravedad cuando, presa del pánico ante la ofensiva nacionalista, Lacoste transfiere todos los poderes de mantenimiento del orden en Argel y su área al general de paracaidistas Massu y su división. Uno de los regimientos está a las órdenes del coronel Bigeard que, como muchos de los que se encuentran a las órdenes de Massu, ha operado ya en Indochina.

Ahora comienza un período difícil para los dirigentes del FLN y para todos los argelinos. A costa de miles de detenciones, de torturas generalizadas, incluso contra franceses subversivos, de intervenciones brutales de los soldados contra los comerciantes y contra la población con el fin de romper la huelga de ocho días lanzada por el Frente a finales de enero, los *paras* terminarán por ganar —aunque no será antes de septiembre cuando resulte muerto el último

miembro de los grupos de acción, Ali la Pointe—. En el intervalo, Larbi Ben M'Hidi es detenido y muerto, asesinado por el grupo del comandante Aussaresses, y la dirección nacional del FLN se ve obligada a abandonar Argel para refugiarse en Túnez, no sin dificultades. En Argel, los nacionalistas no reaparecerán activamente hasta diciembre de 1960, pero volverán a empezar, prueba de que su voluntad no ha variado. En cambio, la victoria de los paracaidistas en Argelia provoca protestas en todo el mundo a causa de los métodos empleados. Hay incluso un general, Bollardière, que los rechaza y lo expresa en una carta abierta publicada en la prensa, por lo que se verá condenado a sesenta días de arresto riguroso notificados por el ministro de Defensa, Bourgès-Maunoury. Éste, no mucho tiempo antes, había considerado que treinta días de la misma pena bastaban para el general Faure, que preparaba seriamente un complot contra la República, intento que reiterará en 1958 y otra vez en 1961, contra De Gaulle...

A lo largo de este período la República se ocupa sobre todo de prohibir los envíos de armas y municiones que llegan de los países vecinos. Otro ministro, Morice, se sentirá orgulloso por construir las famosas barreras electrificadas en las fronteras con Marruecos y Tunicia. En los primeros meses de 1958 el Frente tratará varias veces de forzar la barrera por el lado tunecino, pero sufrirá muy duras pérdidas. Pese a todo, subsisten maquis un poco en todas partes; en las fronteras se organizan dos ejércitos que, aunque no pueden forzar las barreras, obligan al menos al comandante francés a mantener en esas zonas efectivos considerables. Más tarde, ya con De Gaulle, en 1959, las fuerzas interiores del Frente serán todavía lo suficientemente fuertes como para que el general Challe se vea obligado a montar una serie de operaciones, provincia por provincia, que causarán muchas bajas. Sin embargo, y una vez más, la aparente victoria militar no traerá la solución y, en todo caso, no realizará los deseos de los colonos.

Estos últimos habían gozado de sus días de gloria. Tras las conspiraciones preparadas, por así decir, a cielo abierto —ya que el ministro de Defensa, Chaban-Delmas, participaba en ellas muy eficazmente—, sus manifestaciones del 13 de mayo de 1958 habían empezado a derrocar a la IV República —en verdad, ya cubierta de sangre y de atrocidades— en beneficio de De Gaulle. Desde este momento, y los dirigentes nacionalistas se daban perfecta cuenta de ello, muchas cosas iban a depender de este personaje. Ahora bien, de 1958 a 1962 las declaraciones públicas del general sobre Argelia no dejaron de evolucionar. De todos modos, fue el 16 de septiembre de 1959 cuando habló por primera vez de «autodeterminación» para lo que, todavía ayer, era oficialmente Francia y sólo Francia. De aquí a la independencia, en julio de 1962, se producirán todavía tres años de enfrentamientos sangrientos combinados con negociaciones diplomá-

ticas intermitentes. Sin embargo, antes de su vuelta al poder, el propio De Gaulle había confiado al futuro rey de Marruecos, Hasán II, que Argelia tenía vocación de independencia. Era octubre de 1956, poco tiempo antes del secuestro de Ben Bella y los suyos.[25] El general había dicho cosas parecidas a J.-M. Domenach, director entonces de la revista *Esprit*[26], a Germaine Tillion, y probablemente a otras personas más. Es cierto que no hablaba de la misma manera ante sus amigos que eran ardientes partidarios de la «Argelia francesa» —y eran muchos—. Sería demasiado simple explicar estas contradicciones por eso que se llama pragmatismo.

DE GAULLE: ¿«CARTIERISTA»?[27]

¡Es mejor para Francia una Argelia argelina en el seno de la Comunidad Francesa que una Argelia francesa en el seno de Francia, que nos desbarataría para siempre! ¡El mantenimiento de los departamentos argelinos en Francia nos causaría no sólo un perjuicio moral en el mundo, sino un esfuerzo ruinoso! ¡Sería una labor interminable! Si Argelia siguiese siendo francesa, se debería garantizar a los argelinos el mismo nivel de vida que a los franceses, lo que está fuera de nuestro alcance. Si se separan de Francia deberán contentarse con un nivel de vida muy inferior; y por lo menos no podrán echar la culpa a Francia y tendrán la satisfacción de la dignidad al recibir el derecho de gobernarse a sí mismos.

La colonización siempre ha implicado gastos de soberanía. Pero hoy, además, trae consigo gigantescos gastos de elevación de nivel económico y social. Se ha convertido para la metrópoli no en una fuente de riqueza, sino en causa de empobrecimiento y ralentización.

---

[25] Revelado por el entonces príncipe Hasán en *París Match* del 18 de agosto de 1960. La entrevista se remontaba al 3 de octubre de 1956, es decir, antes del acto de piratería contra el avión de Ben Bella y de sus compañeros.

[26] Revelado por J.-M. Domenach en J.-P. Rioux y J.-F. Sirinelli (compils.), *La guerre d'Algérie et les intellectuels français*, París, 1991, p. 355. Esta entrevista con De Gaulle tiene lugar en 1955.

[27] Alain Peyrefitte, *C'était de Gaulle*, Arthème Fayard, París, 1994, t. I, p. 57 (en fecha del 20 de octubre de 1959).

Cuando nos instalamos en Argelia, como en las otras colonias, teníamos la perspectiva de explotar las materias primas que dormían hasta ese momento, de cultivar las tierras pantanosas o las mesetas áridas. Podíamos esperar una ganancia muy superior al coste de la instalación. En aquella época, el incentivo de ganancia se enmascaraba con la proclamación de un papel que nos era presentado como noble deber. Llevábamos la civilización.

Sin embargo, después de la I Guerra [Mundial] y sobre todo después de la segunda, los costes de administración crecieron. Las exigencias de los indígenas para su progreso social aumentaron; y es perfectamente natural. El beneficio ha dejado de compensar los costes. La misión civilizadora, que al comienzo no era más que un pretexto, se ha convertido en la única justificación de la continuación de la colonización. Pero, ya que cuesta tan cara, ¿por qué mantenerla si la mayoría de la población no la quiere?

Unas ideas muy claras permiten proporcionar coherencia a la acción de De Gaulle como presidente. En primer lugar, es un hecho que los que le llevaron al poder eran en una enorme mayoría no sólo de derechas, sino comprometidos hasta el fondo en la defensa del colonialismo y de lo que quedaba de él, que habían sido partidarios de Vichy en su mayoría durante la Ocupación [alemana en la II Guerra Mundial], y que tenían sus reservas respecto a De Gaulle a pesar de una gira de propaganda que había realizado en 1948; y los *pieds-noirs*, en mayo de 1958, le alzan al poder con la ayuda del ejército porque representa para ellos al enterrador de una república odiada que dejaba oír demasiadas voces discordantes contra la guerra de Argelia —aunque aquélla no había dudado en prohibir libros, secuestrar periódicos—. Por lo tanto, De Gaulle no puede romper sin más con aquellos a los que debe todo. Es en su propio entorno inmediato donde están muy representados los partidarios de la Argelia francesa: a la cabeza, su primer ministro, Michel Debré, que lo seguirá siendo ¡hasta la independencia! Por lo general, el apoyo político al gaullismo de nuevo estilo está básicamente en la derecha, y si De Gaulle trabaja para ampliar su base —y lo logrará durante algún tiempo—, lo que no desea en ningún caso es apoyarse en las fuerzas políticas de izquierda, no pretende ser la expresión de la calle. Tal es la razón fundamental que —según dijo él mismo— va a obligarle a «maniobrar»[28]. Maniobra

[28] *Mémoires d'espoir*, Plon, París, 1970, p. 51.

que será ejecutada de manera tal que provocará a los ultras de la colonización, y les llevará a realizar dos intentonas, una en enero de 1960 (la semana de las Barricadas), la otra con cuatro generales a su cabeza en abril de 1961 (el *putsch* de los generales Challe, Salan, Jouhaud, y Zeller), que fracasará. Asimismo, las negociaciones con el FLN desde junio de 1960 chocarán en primer lugar con las exigencias —doble nacionalidad para los franceses de Argelia, separación del Sáhara argelino de Argelia— que, evidentemente, son inaceptables para los dirigentes argelinos, y que serán abandonadas progresivamente. Sin embargo, varias exigencias quedarán en los acuerdos de Évian, como el mantenimiento del ejército francés en Mers el-Kébir durante varios años, el de la base atómica de Reggane, y todo un dispositivo de garantías para los franceses de Argelia. Esta última disposición no llegará a funcionar, dado el éxodo masivo de los *pieds-noirs* en el período entre la firma del acuerdo y el referéndum por la independencia. Las bases, por su lado, serán evacuadas antes de lo previsto, y en 1968 ya no subsiste ninguna de estas cláusulas sobre las que tanto se había discutido mientras duraba la guerra. Así pues, De Gaulle había alcanzado sus fines: él, que había pensado que la continuación de la guerra de Argelia debilitaba a Francia y le impedía realizar una gran política a nivel mundial. Sin embargo, la acumulación de todas estas «maniobras» tomó su tiempo, y la guerra prosiguió con todas sus atrocidades. Mientras, los derechos humanos continuaban siendo pisoteados en Argelia —e incluso en Francia—, como lo eran las convenciones internacionales sobre la conducción de la guerra. Es cierto que De Gaulle prescribió oralmente que no se torturase, pero a falta de sanciones contra los responsables que eran al mismo tiempo sus partidarios (Massu, por ejemplo, no fue trasladado de Argelia hasta enero de 1960), nada cambió. Es cierto, asimismo, que De Gaulle, al entrar en el Elíseo en enero de 1959, indultó a unos cuantos condenados a muerte —entre ellos a Yacef Saadi [Yásef Sa'adi], «maestro de obras» de la batalla de Argel— y suspendió las ejecuciones durante cierto tiempo. Sin embargo, in situ reinaban las mismas costumbres, y él lo sabía. Además, los ultras, frustrados por los escasos resultados de su victoria de mayo de 1958, crearon una organización clandestina, la Organisation de l'Armée Secrète [OAS; Organización del Ejército Secreto], que matará, en Argelia y también en Francia, a franceses considerados liberales y a argelinos, pero a muchos más argelinos que franceses. El propio De Gaulle será blanco de la OAS y logrará escapar a varios atentados, dos de ellos en 1961 y 1962. El juego era arriesgado, como puede verse. Además, hasta casi el final, las manifestaciones de izquierdas contra la OAS fueron prohibidas, y libros y periódicos continuaron siendo secuestrados.

Estas pocas indicaciones sumarias muestran con bastante claridad que la guerra de Argelia se desarrolla y se juega en diversos planos al mismo tiempo. Es, como hemos señalado suficientemente, un elemento de la política interior de la propia Francia. Y constituye también una parte a tener en cuenta de la política internacional de esos años. Finalmente, como vamos a ver ahora, es testigo de una crisis moral de excepcional gravedad, pues es el lugar donde se produce un despliegue inaudito de la tortura y de todo lo que se utiliza para quebrar a los seres humanos en su dignidad de personas.

En un primer período, que va hasta el establecimiento del estado de emergencia por parte de Edgar Faure (3 de abril de 1955), la tortura es cosa de la policía, que tiene ya una larga experiencia. Ésta ha efectuado redadas masivas de militantes del MTLD fichados desde hacía mucho tiempo y que no sabían nada de los preparativos de la insurrección de 1954, pues ésta había sido un asunto organizado por un grupo muy restringido. Sin embargo, los policías quieren a toda costa que sepan algo y que hablen; así pues, se emplean grandes medios. Un poco más tarde, un artículo de Claude Bourdet describe así la represión policial:

> En el presente, sabemos por medio de una serie de testimonios concordantes y dignos de fe que las sevicias de 1950-1951 se han repetido y superado. El suplicio de la bañera, el inflado con agua por el ano, la corriente eléctrica en las mucosas, los sobacos o la columna vertebral son los procedimientos preferidos, pues, «bien aplicados», no dejan rastros visibles. También es constante el suplicio del hambre. Pero el empalamiento con una botella o con un palo, los puñetazos, las patadas, los golpes con nervio de buey tampoco se evitan.[29]

Una vez más, el artículo constata la complicidad de la magistratura, pues aunque la ley obliga a llevar al detenido ante el juez dentro de las veinticuatro horas que siguen a la detención, aquí se hace cinco o diez días más tarde, para tener tiempo de torturar y, quizá, de arrancar confesiones. Los magistrados del ministerio fiscal tapan a los jueces de instrucción y justifican a los policías. Y lo que es peor, si cabe, el juez de instrucción dispone de algunos médicos que emiten certificados que garantizan el estado «normal» de los torturados. Durante el ministerio de Mendès France, y tras algunos artículos del mismo tipo (del escritor François Mauriac, y otros en el diario comunista *L'Humanité*), varios po-

[29] *France-Observateur*, 13 de enero de 1955.

licías son trasladados y, sobre todo, se pide un informe a un inspector general de la administración, Wuillaume. Éste lleva a cabo una investigación seria, registra numerosos casos de torturas comprobadas sin discusión —perpetradas según los métodos indicados en el artículo de Bourdet—, y llega a la conclusión no de que haya que prohibir tales métodos, sino de que habría que hacer de ellos un uso «moderado», ¡precisamente los que empleaban el agua y la electricidad![30] Cuando entrega su informe, el gobierno que se lo había encargado ya no dirige el país. Es cierto que Soustelle, entonces gobernador de Argelia, y que llegará a conocerlo, no lo avalará, pero veremos que, aun así, las cosas ya se encuentran en pleno proceso de agravamiento. Resumiendo, las conclusiones del informe Wuillaume son reveladoras de una especie de destrucción de la moral pública que derivó de la guerra de Argelia desde su comienzo. Otro informe lo redacta el director de la Seguridad Nacional, Jean Mairey, antiguo resistente que no había olvidado la Resistencia.[31] No tuvo ninguna repercusión, y Mairey dimitió...

Con el estado de emergencia y las sucesivas llegadas de refuerzos que elevarán el ejército de Argelia a 400.000 hombres, éste verá cómo, muy pronto, sus poderes crecen y también su campo de acción. En junio, el alto mando imparte instrucciones precisando en particular que «deberá abrirse fuego contra todo sospechoso que intente huir». Se ordena igualmente, en caso de incidente, utilizar «sin demora los medios más brutales». En otro lugar se dice que «hay que buscar el éxito sobre las bandas rebeldes por todos los medios». Y es en estos términos que Lacoste, el 7 de enero de 1957, autorizará a Massu a emplear la tortura sin la menor limitación. En todas las directrices de junio de 1955 se constata que no habrá ya más intimaciones previas. Tampoco se precisa qué es un «sospechoso», término comodín. Además, todas las unidades en campaña reciben la orden de llevar a cabo la búsqueda de información. Mejor dicho, «la información es la condición necesaria para el éxito de toda operación», lo que quiere decir que, a partir de ese momento se va a torturar sobre el terreno, en el seno de cada unidad en campaña: de acuerdo con las normas, en suma —sin contar todas las iniciativas particulares que tales instrucciones pueden abarcar—. Pero no es todo: decisiones tomadas en el mismo período establecen el principio de la responsabilidad colectiva, otra forma de represión que recuerda a la de los nazis durante la ocupación en Francia. Si un aldeano se ha unido al

[30] Informe publicado por Pierre Vidal-Naquet en *La raison d'État*, París, 1962, p. 60 y ss.
[31] Escribía que en Argelia «se repetían los peores métodos policiales que la Gestapo había hecho famosos, ¡por desgracia!».

ejército del Frente (Armée de Libération Nationale, ALN; Ejército de Liberación Nacional), o simplemente si una acción de la ALN ha tenido lugar cerca de una aldea, se considera que toda la aldea es culpable en conjunto. Al mismo tiempo, las unidades en campaña tienen libertad de saquear el lugar considerado sospechoso. Cuando la población ha podido huir a tiempo, los soldados se apoderan de los pollos y del ganado menor o lo matan. Cuando los habitantes siguen en el lugar, son cacheados, incluidas las mujeres, y ya se sabe qué destino les espera a los «sospechosos». Tales medidas han sido tomadas por el alto mando en tiempos de Soustelle, estando éste de acuerdo y, subrayémoslo, antes de los acontecimientos del 20 de agosto de 1955, a través de los cuales algunos han querido explicar la rigidez del gobernador general. Con todo, hay que notar que ya antes del 20 de agosto, en esta zona del Constantinado, relativamente tranquila desde la muerte en combate de Didouch Mourad en marzo, el ejército se había ensañado en junio y julio. Éste, según cifras oficiales, había matado a 65 «rebeldes» y detenido a 1.170 personas, más que en los Aurés y en la Kabilia, donde el Frente, a pesar de todo, era más activo. Esto significa que la acción militar había contribuido ya a exasperar a una población que no había olvidado las matanzas de 1945. Desde el 20 de agosto las directrices del alto mando son del mismo estilo que las instrucciones de junio; la represión debe llevarse a cabo con «rigor e incluso brutalidad». Y así será, en efecto: ya hemos visto las cifras. Sin embargo, en Francia, la censura —también de legalidad dudosa— ha prohibido que los periódicos reproduzcan fotografías que muestran los cuerpos de los centenares de fusilados amontonados en el estadio de Philippeville. Todas estas operaciones proseguirán durante varios días, al menos hasta final de mes, con su acompañamiento de ejecuciones sumarias.

Las medidas tomadas bajo el reinado de Soustelle son otros nuevos capítulos. Uno de ellos, que fue presentado entonces como una medida liberal, fue la creación de las Sections Administratives Spécialisées (SAS, Secciones Administrativas Especializadas), destinadas a las zonas rurales, completadas por las Sections Administratives Urbaines (SAU, Secciones Administrativas Urbanas), para las ciudades, más tarde. Tal decisión significaba confiar a oficiales responsabilidades administrativas directas en tiempos de guerra total, es decir, que pueden tener que ver con la información, pero también con la tortura, a menos que haya alguien suficientemente valiente como para negarse. No obstante, las SAS deben entenderse asimismo en relación con una empresa de largo alcance, lo que se denomina oficialmente «reagrupamiento», y que en la práctica consiste en la deportación de masas considerables de población rural, arrancadas de sus territorios o, dicho de otra manera, de sus ya escasos medios de subsistencia. Ins-

talados en verdaderos campamentos, viven en el límite de sus necesidades, e incluso por debajo. Cuando termina la guerra, el número de deportados se eleva a más de 2.000.000, más de la cuarta parte de la población argelina. Todo esto con la esperanza de aislar a los guerrilleros y combatirlos por hambre a la espera de matarlos. Claro está que si hay que insistir sobre el papel del ejército es porque, por voluntad del propio gobierno, es aquél el que detenta el poder real: no quiere decir que la policía no esté implicada en torturas y sevicias de todo tipo. Incluso algunos policías están asignados a las unidades en campaña. Cuando, tras la batalla de Argel, se creen los Dispositifs Opérationnels de Protection (DOP, Dispositivos Operativos de Protección), destacamentos formados por «especialistas» o «profesionales» de la tortura, en las unidades sobre el terreno, también los policías formarán parte de ellos. De todos modos, por simples razones aritméticas, el grueso del trabajo incumbe a los soldados.

He aquí lo que ocurre en la región de Cherchell en 1957, según un individuo llamado a filas en su momento e interrogado hacia 1990 (pero son recuerdos indelebles). Su unidad iba en busca de sospechosos por las aldeas vecinas, pues todo el mundo sabía que los aldeanos simpatizaban con el Frente (pero ¿qué aldea se habría mostrado indiferente a la aspiración a la independencia en 1957?). Luego se interroga a los sospechosos. «De entrada, se empieza por desnudar a los muchachos para humillarlos. Luego, siempre hay algunos sádicos que se ponen a dar puñetazos, bofetadas, patadas... Y luego... en ciertos casos límite se daba utilización a los electrodos».[32] El viejo que el futuro fotógrafo Gilles Caron, paracaidista en 1960, ha visto «colgado cabeza abajo de un árbol, atado por un pie» y al que «se zurraba sin consideraciones», ¿era también uno de estos sospechosos a los que se quería hacer hablar?[33] Este testimonio se refiere al período gaullista del conflicto, y demuestra que fuesen cuales fuesen los deseos del general, nada había cambiado en el rostro cotidiano de la guerra.

La batalla de Argel, unos meses después del voto de los poderes especiales, indica un nuevo agravamiento. Su desarrollo revela un alto grado de organización y un espíritu metódico en la puesta en práctica del terror. Primer tiempo: se apoderan de un fichero de los Renseignements Généraux [Informaciones generales] de Argel, referente a todos los que eran sospechosos, con razón o sin ella, con o sin pruebas suficientes, de actividades nacionalistas. Sin embargo, esto no im-

[32] Citado por Benjamin Stora, *La gangrène et l'oubli*, París, 1991, p. 30.
[33] *Ibid.*, p. 34.

portaba, pues esta lista fue la base de una redada masiva en los barrios musulmanes de la ciudad, llevada a cabo de noche por los paracaidistas, con brutalidad extrema. Luego, en los centros de interrogatorios, se aplicaba la tortura, sobre todo por electricidad, para todos aquellos —o aquellas, pues las redadas se abaten sin distinción de edad ni de sexo— que «no hablan». Posteriormente, y para mayor eficacia, se torturará in situ, en las mismas casas en las que se detiene a los sospechosos, con el fin de poder explotar sin pérdida de tiempo la menor información arrancada de esta manera. Por otro lado, los barrios en cuestión, y en particular la Casbah, no sólo son rodeados, sino que los *paras* los ocupan y colocan tiradores en las terrazas. Tras las torturas, numerosos argelinos son condenados a residencia vigilada, naturalmente en campos del ejército. Es en esta etapa del terror cuando se consigue disponer de un primer dato sobre los que han dejado la vida en las cámaras de tortura. En efecto, el secretario de la policía, Paul Teitgen, él mismo ex deportado por los ocupantes alemanes de Francia, que no había conservado mucho poder después del 7 de enero de 1957, se veía en la tesitura de tener que firmar estas órdenes de residencia vigilada. Luego trató de controlar la presencia efectiva de los internados en los campos. El balance dio cuenta, para unos 24.000 asignados a residencia vigilada, de 3.000 o 4.000 «desaparecidos». Dicho de otra manera, se trataba de los (o las) que ya no estaban «presentables» a la salida de esas sesiones, además de los que habían sucumbido. Esto explica sin duda que se echara en falta a esas 4.000 personas. La máquina represiva, una vez en marcha, se abatió también sobre franceses sospechosos, susceptibles de ayudar al Frente y comunistas —lo que, para Massu y Bigeard, era lo mismo que ser del FLN—. algunos casos acabaron siendo conocidos y causaron escándalo. Detenido en junio el matemático comunista Maurice Audin, se le aplicará, un poco más tarde, residencia vigilada, mientras que el ejército responde a su mujer, que pide explicaciones, que el detenido ha escapado. En realidad había sido asesinado, y nadie lo volvió a ver tras su paso por las manos de los paracaidistas. Henri Alleg logrará aguantar y hacer salir de la prisión la narración de las torturas sufridas con, además de la electricidad, el añadido del pentotal, «el suero de la verdad». Lo que su narración, *La question* [La cuestión], publicada a comienzos de 1958, revela es la suerte común de miles de hombres que pasaron por las manos de los *paras*, que obedecen las órdenes de los oficiales y, por encima de éstos, de los generales que consideran la tortura como «mal necesario». Este punto de vista es el que seguirá sosteniendo el general Bigeard en el año 2000. Sin embargo, tanto el asunto Audin como la narración de Alleg son asuntos públicos que el poder civil, entonces en activo en París, no puede ignorar, al igual que no ha podido ignorar las directrices del alto mando,

y menos aún las libertades permitidas por Lacoste a Massu. Por otro lado, Guy Mollet —éste tampoco puede ignorar de qué manera se hace la guerra o, si se prefiere, cómo «se pacifica»— llegó a enviar comisiones de salvaguardia de las libertades y de los derechos —lo que era ridículo ante esa realidad—. Sin embargo, éstas no modificaron nada. Al contrario: las comisiones atrajeron la atención sobre otro campo de violación de los derechos humanos. En efecto, se descubrió, en las regiones de Tlemcen, Mascara y Blida, la existencia de prisioneros de guerra que habían sido encerrados en bodegas de vino; pese a sus llamadas de socorro, se habían intoxicado con las emanaciones de anhídrido carbónico. Algunos oficiales fueron responsabilizados, pero por muy prudente que fuese la comisión al mencionar estos muertos —al menos un centenar[34]—, puso el dedo en otra grave cuestión: la de los prisioneros de guerra. Los comunicados o los informes de las operaciones mencionan las pérdidas del enemigo e indican numerosos muertos, pocos heridos y todavía menos prisioneros. Sin embargo, los testimonios de los llamados a filas no dejan lugar a dudas: sí hubo prisioneros de guerra de la ALN, lo que ocurre es que, en su mayoría, fueron abatidos. Esta última palabra se emplea adecuadamente en dichos comunicados, pero siempre acompañada por otro término: «fugitivo». Así pues, sólo habrían sido «abatidos» prisioneros que intentaban huir. Un ex recluta se acuerda de que invitó a combatientes del FLN rodeados a rendirse como prisioneros de guerra, y comenta: «Yo sabía, de todos modos, que era para matarlos después... En fin... Yo estaba mintiendo.»[35] Los ejemplos no faltan, y no se refieren todos a combatientes, sino también a argelinos de todas las categorías. Así, aquellos a los que, en campaña, se obligaba a transportar emisoras de radio o municiones y al final de la operación eran ejecutados. Existían las famosas corveas[h] de madera, en las que el prisionero era conducido de noche fuera del campamento, e incluso, a veces, se le invitaba a que escapase. En todos los casos resultaba abatido. Se señalan también casos en los que soldados, irritados tras un combate, masacraban a los prisioneros a golpes de pala después de haberles obligado a cavar sus propias tumbas.[36] Y también hubo otros que fueron subidos a un helicóptero y lanzados desde allí brutalmente al vacío. No se trata de ejemplos de abusos concretos de esta o aquella unidad, de tal soldado o de tal ofi-

[34] Benjamin Stora, *op. cit.*, p. 33.
[35] Claire Gauss-Copeaux, *op. cit.*, pp. 168-169.
[h] Viene de *corvée*, que es un tipo de trabajo más o menos forzado. [N. del T.]
[36] *Idem.*, p. 164.

cial. Naturalmente, todos estos prisioneros sufrieron antes «interrogatorios en profundidad», eufemismo oficial para «torturas».

Que hubo institucionalización de la tortura a muy alto nivel en el ejército está atestiguado por dos datos, tan espantosos el uno como el otro. En primer lugar, la creación de una enseñanza de la tortura en centros de formación militar destinados sobre todo a los oficiales de la reserva. El historiador Jacques Julliard revela que a comienzos de 1960 pudo «asistir a cursos especializados para la práctica de torturas» cerca de Arzew.[37] Por lo que concierne a la práctica, el ejército había creado centros especializados en tortura en serie. Uno de estos campos, en el Constantinado, era la granja Ameziane, llamada así por el nombre de su propietario, un rico que en esa época se había refugiado en París. La existencia del lugar y sus actividades habían sido reveladas por el boletín semiclandestino *Vérité-Liberté* [Verdad-Libertad], en mayo de 1961, pero funcionaba ya antes del 13 de mayo de 1958. El propio hijo del propietario que, en Constantina, ayudaba realmente al FLN, fue torturado durante horas. Al final sobrevivió, pero había sido tratado de manera tal que quedó inútil para la paternidad... Otros murieron. A los golpes, a las sevicias de todo tipo, se añadía la suciedad en la que debían vivir o sobrevivir las víctimas, la falta de alimentos, la falta de sueño. Un comandante estaba al mando del campamento militar que, si era el mejor conocido, no fue un caso excepcional.

Pese a este despliegue de «brutalidad», por retomar un término de las instrucciones de 1955, el terror en Argelia no consiguió quebrar la aspiración a la independencia, como no había podido hacerlo en Indochina. Conviene recordar que la tortura y los métodos dignos de los nazis ya habían sido empleados a lo largo de esta guerra colonial, que estas violaciones de todos los principios de los derechos humanos proclamados por la IV República ya habían sido reveladas y denunciadas. Aun cuando los gobiernos existentes habían negado obstinadamente los hechos, no podían pretender ignorar las denuncias. Bigeard, por ejemplo, había comenzado sus sevicias en Argelia, y el poder no podía afirmar que no lo sabía. Ahora bien, si por el empleo continuado de la «gégène» la batalla de Argel parecía ya ganada en 1957 —militarmente, se entiende, no en cuanto a la opinión pública—, tres años más tarde, en diciembre de 1960, el ejército francés ya no debe hacer frente a meros comandos, sino a toda la muchedumbre de los barrios argelinos que se manifiestan en masa a favor de una Argelia libre al grito de «¡Viva Ferhát 'Abbás!», entonces presidente del gobierno

---

[37] Véase J.-P. Rioux (compil.), *La guerre d'Algérie et les Français*, Fayard, París, 1990, p. 159.

provisional de la República Argelina (GPRA), formado en 1958, poco después de la llegada de De Gaulle al poder. Todavía habrá muertos entre los manifestantes cuando el ejército dispare contra ellos, pero las manifestaciones se multiplicarán hasta el 19 de marzo de 1962. Si el Frente no ha podido vencer militarmente en el campo de batalla —aunque sus dirigentes nunca pensaron que iban a poseer la fuerza necesaria para un nuevo Diên Biên Phú, que el general De Gaulle quería evitar a toda costa—, no por ello dejaba de estar apoyado políticamente por una aplastante mayoría. Esto significaba que disponía al mismo tiempo, y como ya había dado por descontado, del apoyo de una gran parte de la opinión mundial —y no sólo del Tercer Mundo—. Así, el gobierno y el ejército francés habían quedado deshonrados, y sin ningún beneficio, pues los crímenes acumulados en estos ocho años, y de los que hemos dado aquí sólo algunos ejemplos llamativos y que son ya bastante poco soportables (no hemos hablado de la violación de las mujeres, por lo general previamente torturadas, ni de sus consecuencias, problema todavía de actualidad), son crímenes de Estado. Implican la responsabilidad de los sucesivos ministros de Defensa, del Interior (o ministros residentes), de Justicia y, por encima de ellos, presidentes del Consejo de Ministros o primeros ministros. Si es posible que algunos de estos gobernantes hayan deplorado personalmente tales atrocidades, no lo declararon públicamente, excepto Mendès France, que dimitió del gobierno de Guy Mollet en 1956, lo mismo que Alain Savary tras el pirateo del avión de Ben Bella y sus compañeros. El Parlamento, al menos en la mayoría que apoyó a los diferentes gobiernos, no está menos implicado que el aparato civil y militar del Estado ni que los oficiales culpables de torturas. Cuando se constataron oficialmente atrocidades concretas, porque era imposible no hacerlo, como en el asunto de las bodegas de vino, ¿qué sanciones se aplicaron? No más que en el caso del asesinato de Audin o en los presuntos «suicidios» de Larbi Ben M'Hidi o de Ali Boumendjel. Se trata de terror de Estado que, en el año 2000, hay que exigir todavía que sea reconocido y condenado.

La guerra de Argelia, como se ha dicho, no podía dejar de tener repercusiones en el Hexágono metropolitano[38] [i]. Provocó protestas de una gran parte de

[38] Aquí no podemos hacer el estudio de todo el movimiento de resistencia a la guerra de Argelia, pero al menos debemos recordar el papel del Comité Audin desde junio-julio de 1957, del que P. Vidal-Naquet fue, junto a Madeleine Rebérioux, uno de sus animadores, y la publicación de *La question* al año siguiente.

[i] Los franceses llaman «familiarmente» el Hexágono a Francia, debido a la forma del mapa, lo mismo que algunos españoles llaman «piel de toro» a España. [N. del T.]

los intelectuales franceses, indignando a muchos de éstos, de los que eran importantes o lo son todavía, desde Sartre a Boulez pasando por el profesor Mendouze o el abate Davezies.[39] Algunos ayudaron directamente al Frente, con la Red Jeanson.[40] Tanto con la IV República como con la V, siempre tuvieron en su contra a las autoridades del momento. No olvidemos que la policía gaullista, todavía a pocas semanas del alto el fuego, el 8 de febrero de 1962, cargaba contra una manifestación contraria a la OAS y mataba a ocho manifestantes. Sin embargo, Francia era también teatro de la lucha entre los argelinos que apoyaban al FLN, que por su contribución financiera desempeñaban un importante papel, y los partidarios de Messali Hadj, mayoritarios en los tiempos en que comenzaba la guerra, aunque luego ya no lo serán. Sobre el trasfondo de este conflicto, también sangriento (unos 4.000 muertos, incluidos los informadores de la policía y los harkis[j], contra los cuales el frente tuvo que defenderse), y que a veces ha podido desconcertar a los anticolonialistas franceses, se inscribe otra matanza, la de octubre de 1961 en París, en el momento mismo en que las negociaciones con el GPRA entraban en su fase final. El prefecto de policía, Papon, que con anterioridad había oficiado en Constantina, después de haber tenido un cargo en Burdeos durante la ocupación alemana, como todos sabían, había tenido la idea de imponer el toque de queda a la numerosa población argelina de la capital y de su periferia, por no hablar de la invitación a no circular en grupo por la noche. Es cierto que en el curso de la lucha habían resultado muertos algunos agentes de policía de París, pero el propio cuerpo no estaba exento de toda culpa. Sea como sea, la Federación de Francia del FLN, refugiada en Alemania Occidental, había prohibido ya la ejecución de policías parisinos. Al mis-

---

[39] Véase «La France en guerre d'Algérie», París, 1992, artículo de J.-P. Rioux, pp. 146-150, sobre la evolución, muchas veces desconocida, de la opinión francesa. En julio de 1957, el 53 por ciento de los participantes en un sondeo eran partidarios de negociar con el FLN en una perspectiva de independización de Argelia.

[40] La Red Jeanson, que recibe el nombre del filósofo que la impulsó, tenía como finalidad, durante el curso de la guerra de Argelia, la ayuda al FLN, aunque exceptuando toda acción militar. Proporcionaba refugio a sus militantes y transportaba sus maletas, según la célebre expresión de Jean-Paul Sartre, es decir, los fondos recolectados por los nacionalistas, cuyo traslado había que asegurar hasta Suiza. Buen número de sus miembros fueron detenidos en 1960-1961 y condenados.

[j] Los harkis eran los argelinos que, por causas diversas, apoyaban a los franceses o defendían la permanencia de Argelia en el seno de Francia. Fueron blanco de las represalias del FLN. Terminada la guerra, muchos emigraron a Francia, pero Francia nunca los ayudó lo suficiente pese a su colaboracionismo. [N. del T.]

mo tiempo, convocaba una manifestación pacífica contra el toque de queda. De hecho, la tarde del 17 de octubre se estima que fueron entre 20.000 y 30.000 argelinos los que se manifestaron en el centro de París, provenientes de la periferia o de la propia ciudad. La respuesta de la policía, en especial en los Grandes Bulevares y en el Barrio Latino, fue terrible. Además de las 11.000 detenciones, los muertos fueron muy numerosos, pues la policía disparó. Lo mejor es que dejemos una vez más la palabra a Claude Bourdet, en un artículo escrito en caliente. No hace falta decir que la respuesta a todo lo que se presenta bajo forma interrogativa es: «Sí, es verdad.»

> En primer lugar, ¿es cierto que a lo largo de esta jornada no ha habido heridos de bala en la policía? ¿Es verdad que los coches-radio de la policía anunciaron, al comienzo de la manifestación, diez muertos entre las fuerzas del orden, mensaje necesariamente captado por el conjunto de las brigadas... y que iba a excitar al máximo al conjunto de los policías?... Asimismo, ¿es cierto que un gran número de heridos y muertos fueron alcanzados por balas del mismo calibre y de la misma manufactura que proporciona armamento a la policía? ¿Y que una gran parte de estas balas se han disparado a bocajarro?... ¿Es verdad que, en el «patio de aislamiento» de la Cité, unos cincuenta manifestantes, detenidos aparentemente en los alrededores del bulevar Saint-Michel, murieron?... ¿Es cierto que se sacaron numerosos cuerpos del Sena?[41]

Más adelante este autor habla de 150 muertos, pero se piensa hoy que fueron al menos 200. No obstante, De Gaulle continuó cubriendo al prefecto Papon. Es decir, que la guerra, tal como se había conducido, arrastraba también a Francia a lo que un libro de la época (prohibido, como otros muchos) llamaba la «gangrena»[42] —es decir, la tortura en la propia Francia y las matanzas—.

---

[41] *France-Observateur*, 2 noviembre de 1961. Véase también J. Einaudi, *La bataille de Paris, 17 octobre 1961*, París, 1991; y el libro reportaje publicado inmediatamente después por la editorial Maspero (e inmediatamente prohibido) de Paulette Péju, *Ratonnades à Paris*, reeditado en 2000.

[42] La palabra ya había sido utilizada por el ex gobernador de las colonias, Delavignette, en un artículo de *L'Express* del 13 de diciembre de 1957: «[...] la noción de libertad se ve oscurecida no sólo en Argelia, sino también en la metrópoli. Asistimos en Argelia a una descomposición del Estado, y esta gangrena amenaza la propia metrópoli.» El libro prohibido daba cuenta de las torturas sufridas también en París por estudiantes argelinos militantes; uno de sus abogados, Ould Aoudia [Uld Awdia], fue asesinado en el mismo París. Luego se empleó a harkis en la capital, que torturaron a sus compatriotas nacionalistas.

Ante tantos hechos de deshonor, los defensores del ejército y de la Argelia francesa han tratado de responder no sólo con el argumento del «mal necesario» que ya hemos mencionado, sino con el de los crímenes imputados al adversario. Hay que destacar, con todo, que los dirigentes del FLN y del GPRA no impartieron directrices del mismo tipo que las que hemos citado, y hubo vivas discusiones entre ellos sobre todos estos asuntos. No podemos hacer aquí la historia interna de la dirección argelina.[43] De todos modos, basta retomar los términos de una especie de contramanifiesto de universitarios y profesores, en 1960, para la defensa de la Argelia francesa, que pretendía responder al manifiesto llamado de los 121, que proclamaba el derecho a la insumisión ante una guerra injusta, para constatar a qué absurdos podía uno verse arrastrado. Para los del contramanifiesto, el FLN no era más que «una minoría de rebeldes, fanáticos, terroristas y racistas», mientras que la presencia de Francia en Argelia representaba la «civilización». Aunque se admitiera por un instante esta definición arbitraria del nacionalismo argelino, ello no autorizaría en absoluto a los que se remitían a su propia «civilización» a conducirse como terroristas y racistas a gran escala, apoyados más en la superioridad militar y policial que en su fuerza civilizadora. Y no les daba ningún derecho a admitir que la Francia civilizada violase las convenciones internacionales que había firmado —las de Ginebra, la De-

---

[43] Hubo numerosas divergencias entre los dirigentes del FLN y luego del GPRA a partir de 1958. Y no solamente los choques de personalidades que podrían explicar, a lo sumo, la ejecución de Abane Ramdane en diciembre de 1957. Hubo una divergencia, muy evidente, sobre la actitud a tomar respecto de la minoría europea en el marco de una Argelia independiente. El texto del 1 de noviembre, lo mismo que el del congreso de la Summam, hacía un llamamiento explícito a los europeos para que participasen, si lo deseaban, en la edificación del nuevo Estado. No obstante, es de sobra conocido que Ben Bella o Bumedién, por citar sólo a estos dos futuros jefes de Estado, no propugnaban una independencia con una fuerte presencia europea. Hay razones para pensar que era esta postura la que compartía más ampliamente la base combatiente, lo que no quita que haya habido enfrentamientos a causa de un problema que el éxodo de los *pieds-noirs* suprimió en la práctica. No fue ésta la única controversia. En un caso muy conocido, la obsesión por la presencia de agentes enemigos infiltrados (y los había, evidentemente, como en toda guerra) y el antiintelectualismo latente de ciertos responsables sobre el terreno fueron aprovechados por los servicios franceses para «intoxicar» al comandante de la zona de Kabilia, Amirouche ['Amirúsh], al hacerle creer que la mayor parte de los intelectuales y estudiantes que se unían a la guerrilla eran traidores y agentes franceses. De ahí habrían derivado unas 2.000 ejecuciones. Amirouche fue muerto en combate mientras se dirigía a Túnez. Y hubo también otros debates, respecto a la estrategia de los atentados, por ejemplo. No podemos alargarnos sobre la historia interna, que muestra la existencia de organismos de dirección nada monolíticos; de todos modos, debemos recordar que las condiciones de esta lucha, militarmente desigual, imponían una gran descentralización de las decisiones y de las acciones, pese a todos los intentos de unificación.

claración Universal de Derechos Humanos—, lo mismo que sus propias Declaraciones de los Derechos del Hombre y del Ciudadano de 1789 y 1946. Ni a violar los principios de la democracia que la Constitución de 1958 incluye en su propio texto. Además, los nacionalistas constituían la inmensa mayoría de Argelia. Hubieron de recurrir a la violencia, tras un período de ciento treinta años durante los cuales los colonizadores, decididamente, no les habían convencido en absoluto de la superioridad de su civilización. Volvemos aquí a Ricœur y a Monteil: es la violencia colonial la que se sitúa en el origen y la que no cesa de engendrar violencia. La violencia del oprimido no puede, en ningún caso, justificar la violación de los derechos humanos por aquellos que dicen hacerlos suyos. Tal era el caso de la guerra de Argelia, y sigue siendo algo actual.

EL COSTE HUMANO DE LA GUERRA DE ARGELIA

Las cifras que no están sometidas a discusión conciernen a los colonizadores.

1. Las bajas del ejército francés: 15.580 muertos hasta el 19 de marzo de 1962; 9.031 muertos «accidentalmente» en el mismo período; 2.056 muertos en la Legión Extranjera; 1.000 desaparecidos (aproximadamente); 1.227 muertos a causa de las heridas. Total: 28.944.

El ejército francés admite que puede haber habido aproximadamente 500 desertores, cifra que algunos consideran demasiado baja. La proporción sorprendentemente elevada de «accidentes» mortales no ha recibido explicación satisfactoria.

2. Los muertos civiles europeos, siempre hasta el 19 de marzo de 1962, habrían sido 2.788, más unos 857 desaparecidos.

La OAS tiene en su haber 2.360 asesinatos y 5.419 heridos, de los que la gran mayoría son argelinos.

3. Las bajas argelinas son mucho más difíciles de calcular. En primer lugar hay que mencionar 8.000 aldeas incendiadas y destruidas, y 1.000.000 de hectáreas de bosque incendiadas.

El ejército francés admite haber matado a 141.000 combatientes del FLN, y afirma que 69.000 «musulmanes» habrían sido eliminados por el propio FLN. Una cifra más segura es la de 2.137.000 argelinos y argelinas que fue-

ron deportados a los campos llamados de reagrupamiento, sobre una población total de aproximadamente 8.000.000 en 1954. En cuanto al número de muertos entre la población argelina, contando muertos en combate, prisioneros de guerra «abatidos», sospechosos o simples aldeanos que se vieron envueltos en el desencadenamiento del furor guerrero, los historiadores dudan entre 200.000 —mínimo— y 500.000, lo que es más verosímil. Mencionemos que el Ministerio de Ex Combatientes argelino estableció la cifra de 300.000 combatientes de la liberación, hombres y mujeres, para la concesión del carnet de combatiente a los supervivientes o a los que tenían derecho a él por tener muertos entre sus allegados.

Y. B.

EVOLUCIÓN DEMOGRÁFICA DEL ÁFRICA COLONIAL

Catherine Coquery-Vidrovitch

Los estudios de historia de la población son explícitos, al menos en África, pues en otros lugares, curiosamente, las investigaciones se encuentran menos avanzadas: la colonización ha tenido efectos muy contrastados sobre la historia de la demografía.

Esquemáticamente, se pueden distinguir tres períodos: la economía de saqueo de la fase primitiva de la colonización, que provocó una despoblación masiva en todos los lugares donde se llevó a cabo, en África del norte y en el África Negra; la fase de reequilibramiento, que pudo prolongarse al menos a lo largo de una generación, durante la cual la población se estabilizó e incluso comenzó a no retroceder, aunque no sin altibajos; y el tercer período, por el contrario, cuando las autoridades coloniales se pusieron manos a la obra y se preocuparon seriamente de la salud de los colonizados, significó un crecimiento demográfico brutal que, en ciertos casos, todavía está lejos de detenerse.

Con todo, la cronología difiere, y a veces en varios decenios. La ruptura provocada por el *boom* demográfico a partir de la década de 1950 es muy llamativa. Sin embargo, los análisis tienden a mostrar que ya el siglo XIX, a mediados, quedó marcado por un crecimiento de población que se vio detenido netamente por la intrusión europea de fines de siglo. Así, Egipto habría pasado de 2.500.000 (o de 4.500.000 según las estimaciones) en 1800 a casi 10.000.000 en 1897. No es descabellado pensar que África contaba, hacia 1860, más de 150.000.000 de habitantes. Sin embargo, no quedaban más de 95.000.000 hacia finales del siglo XIX. Este retroceso es resultado de la fase imperialista colonial.[1]

---

[1] C. Coquery-Vidrovitch, *L'Afrique et les Africains au XIXe siècle*, Armand Colin, París, 1999, pp. 20-22.

El África del norte

La diferencia cronológica de las tres fases según las distintas zonas proviene de las diferencias en la colonización. Un estudio atento permite cifrar a la población argelina, en 1830, en al menos 3.000.000 de habitantes en el momento de la conquista francesa.[2] Sin embargo, los primeros decenios de ocupación significaron un retroceso demográfico sensible. Las razones son evidentes: en primer lugar, la brutalidad de las operaciones militares, que se prolongaron durante una veintena de años, mucho más allá de la rendición de 'Abd el-Qáder (1847). La táctica de tierra quemada aplicada por Bugeaud a partir de 1840 provocó verdaderos desastres. Las personas que no eran masacradas morían de hambre, de malnutrición y de enfermedades. Así pues, Argelia habría visto reducir su población a menos de 2.500.000 en 1856, habría aumentado a 2.700.000 en 1861, para disminuir de nuevo a 2.100.000 diez años más tarde. En efecto, la crisis fue terrible en los años 1866-1870, cuando se acumularon los efectos de la sequía, del empobrecimiento, del cólera y de la hambruna. Sólo hacia 1890 la población habría vuelto a alcanzar su cifra de partida, aunque el período 1886-1896 fue de nuevo una fase de asentamiento con relación a la fase anterior (1876-1886). Además, la vida urbana era, en 1830, relativamente activa, aunque muy localizada (5 a 6 por ciento de la población total): Argel o Constantina contaban quizá de 25.000 a 30.000 habitantes; Tlemcén, Mascara u Orán, unos 10.000. No volveremos a alcanzar estas cifras, para la población musulmana, ¡hasta 1891 para Tlemcén, 1901 para Mascara, 1906 para Argel, 1911 para Constantina! Solamente entre 1896 y 1901 la población musulmana volvió a tener un crecimiento anual medio más normal (61.000 individuos al año), y sólo después de 1903 la tasa de natalidad habría alcanzado por primera vez una cifra superior a la de los europeos.[3] Así pues, de esta fecha podemos hacer comenzar el crecimiento demográfico, es decir, más de sesenta años después de la conquista.

Es interesante destacar que esta cronología se corresponde con otra en el extremo sur de África, en Zimbabwe (entonces Rhodesia del Sur), también colonia

---

[2] Xavier Yacono, «Peut-on évaluer la population de l'Algérie vers 1830?», *Revue Africaine*, 3er semestre de 1954.

[3] Pero esto supone que todos los nacimientos argelinos hayan sido registrados en épocas anteriores, lo que es dudoso. Hay que destacar que la tasa de natalidad de los europeos del sur (italianos, españoles) era entonces muy alta. Véase Charles-Robert Ageron, *Les historiens musulmans et la France, 1871-1919*, PUF, París, 1968, t. I, pp. 548-550. Véase también Yves Lacoste, André Nouschi y André Prenant, *L'Algérie. Passé et présent*, Éditions Sociales, París, 1960, pp. 217-220 y 316-317.

de poblamiento en condiciones medioambientales comparables. La explicación es semejante: el ciclo infernal sequía/hambruna/epidemia fue roto antes que en otros lugares.[4] Como en Argelia, el crecimiento demográfico a comienzos del siglo XX daba una tasa anual de aproximadamente 2,3 por ciento entre 1901 y 1911, para pasar al 2,4 por ciento en el decenio siguiente, hecho único en el resto del África central y oriental. Luego el crecimiento se precipitó. Así, la población pasó en Rhodesia de menos de 1.000.000 de africanos en 1904 a más de 8.000.000 en 1984 (el Estado negro fue independiente en 1980). Más neto todavía es el caso de África del sur, donde el crecimiento demográfico precolonial de la década de 1820 conoció precozmente una brutal llamada al orden cuando los blancos decidieron hacer retroceder la «frontera» a expensas de las poblaciones autóctonas, para luego restablecerse con casi un siglo de adelanto respecto al resto de África.

En Argelia, los contemporáneos se asombraron de la recuperación demográfica de fines de siglo, lo que atemorizaba mucho a los colonos, pues algunos de ellos habían permanecido anclados en la idea de que «la Historia está para demostrar que las razas inferiores han sido absorbidas o destruidas siempre por las razas superiores»[5]. La recuperación fue atribuida parcialmente a la mejora de las estadísticas, lo que es probable, pero, por lo demás, se debe al tópico de la «vitalidad de esta raza»[6]. Todos estaban de acuerdo, evidentemente, en vanagloriarse de la mejora de las condiciones de vida, pero hay que ser prudente en este campo, pues las medidas sanitarias estaban todavía poco generalizadas: entre 1896 y 1901 no hubo más que 54.000 dosis de vacuna (antivariólica) distribuidas en ayuntamientos mixtos e indígenas, es decir, no más de 9.000 al año. De manera más general, el fin de las guerras de conquista y de «pacificación», el fin de los desplazamientos y de las concentraciones forzadas de población, y un comienzo de administración civil menos predadora tuvieron que ver con el origen del proceso.

La recuperación se concreta en los últimos decenios del siglo, permitiendo a la población musulmana alcanzar los 4.000.000 en 1901, con una tasa de crecimiento notable para la época, girando alrededor de un 1,5 por ciento al año, pasando a 4.700.000 en 1911. Después de la I Guerra Mundial el crecimiento conoció una nueva pausa (con 4.900.000 en 1921), debido a la movilización —en 1918 un tercio de los varones argelinos de entre 20 y 40 años se hallaba en Francia—, y a la supermortalidad provocada por la hambruna de 1920 y por la «gri-

[4] John Iliffe, *Famine in Zimbabwe 1890-1960*, Mambo Press, Zimbabwe, 1990.
[5] P. Gaffarel, *L'Algérie. Histoire, conquête et colonisation*, París, 1883, p. 190.
[6] *Le Journal des Débats*, 23 de febrero de 1897, citado por Ageron.

pe española». Cerca del 49 por ciento de la población musulmana tenía entonces menos de 19 años, contra un 45 por ciento de 20 a 59 años, y sólo un poco más del 5 por ciento por encima de estas edades. La juventud de la población confirma que las tasas de natalidad debían de estar próximas al máximo biológico. Dicho de otra manera, el crecimiento se debía exclusivamente a la reducción de la mortalidad, caso clásico en todas partes de África hasta hace pocos años. Ahora bien, esta reducción era resultado de la mejora de la alimentación en los años prósperos más que de los progresos sanitarios, todavía muy moderados. Para este pueblo agrícola pobre —pues sólo un 6 por ciento de la población «indígena» era urbana en 1914—, cuyos territorios se veían constantemente reducidos por el avance de la colonización, el crecimiento demográfico representaba sobre todo una carga suplementaria.[7] Cuando los progresos médicos comenzaron a manifestarse en el período de entreguerras, la aceleración del proceso acentuó la pauperización del campo, lo que provocó, tras la Gran Depresión de la década de 1930, el aumento acelerado de las migraciones urbanas. Y fue también en 1930 cuando aparecieron en el protectorado vecino los primeros barrios de chabolas en torno a Túnez.

Efectivamente, Tunicia habría seguido un itinerario análogo: estancamiento en 1.000.000 de habitantes a comienzos del siglo XIX, para pasar a 1.100.000 en 1860. Lucette Valensi sugiere una caída de la demografía tunecina en la década de 1860, es decir, en el momento en que se hace sentir la presión europea. Sin embargo, la recuperación fue luego más precoz, e hizo duplicar la población hasta 1914. Marruecos, por su lado, habría pasado de 3.000.000 a 4.000.000 entre 1800 y 1914, pero tras un declive sensible durante las grandes hambrunas de 1878-1881.

Hay que recordar, para terminar, que la guerra de Argelia causó aproximadamente 1.000.000 de muertos entre los argelinos, por 60.000 fallecidos del lado de los franceses.

África Negra

En el África Negra, por el contrario, excepto en el África austral, donde la recuperación tuvo lugar antes, la caída de la población habría sido brutal sólo a fi-

[7] Ageron, *op. cit.*, t. II, pp. 815-817.

nes de siglo, en tiempos de la conquista, entre 1880 y 1920: entre un tercio y la mitad según los casos y los estudios, con pérdidas elevadas sobre todo en el África central y oriental. Y ello, a fin de cuentas, por razones similares, aunque guardando las proporciones, a las del despoblamiento de América cuatro siglo antes: el desastre de las enfermedades nuevas contra las cuales las poblaciones no tenían protección. La conquista europea, perpetrada en el último cuarto de siglo, en su fase de aceleración final desembocó, en sus casos más violentos, como en el Congo Belga, en la combinación de guerra, enfermedades y hambrunas, y, entre 1876 y 1920, en la destrucción de, probablemente, la mitad de la población total de la región.[8] En otras partes, excepto quizá en el África occidental costera, más acostumbrada durante largo tiempo a los contactos internacionales, se calculó aproximadamente la desaparición de un tercio de la población. El aumento global computado entre los años 1890 y 1920, que llevaría a África por estas fechas a alcanzar los 120.000.000, se debería exclusivamente a los extremos norte y sur del continente.

El retroceso demográfico

No fueron las guerras de conquista de finales del siglo XIX las que más víctimas causaron. Las guerras fueron, salvo excepciones, cortas: la desproporción de medios técnicos hizo que los poderes africanos pudiesen resistir poco tiempo. Sin embargo, no ocurrió lo mismo con los efectos inducidos de la colonización. En primer lugar, la zanzibarita, luego la masiva colonización europea del siglo XIX y de la primera fase colonial provocaron grandes daños, debidos básicamente a la expansión incontrolable de las grandes endemias: peste bovina introducida a finales de la década de 1880; introducción probable y difusión de ciertas enfermedades venéreas; fuerte expansión de la enfermedad del sueño, hasta ese momento relativamente circunscrita. Destaquemos que la trata negrera de las islas francesas del océano Índico desempeñó un papel importante hasta mediados del siglo XIX por lo menos, lo mismo que la esclavitud zanzibarita, que conoció su mayor expansión a partir de la década de 1860. Gracias al formidable crecimiento de su producción para la exportación en el mercado

[8] Jan Vansina, *Sur les sentiers du passé en forêt. Les cheminements de la tradition politique ancienne de l'Afrique Équatoriale*, Université Catholique de Louvain/Centre Aequatoria, Louvain-la-Neuve/ Mbandaka, 1991, p. 307.

internacional[9], el sultanato de Zanzíbar se convertía en un intermediario cada vez más presente entre el África del interior y el mundo occidental industrializado.

Para finales del siglo XIX se ha estudiado bastante bien el ciclo infernal de la correspondencia sequía/hambruna/epizootía/epidemia que afectó a poblaciones frágiles, incapaces de soportar un doble choque, el de la conquista y, al mismo tiempo, el de un ciclo de sequías excepcionales en los años 1888-1890.[10] En África oriental los períodos 1881-1896 y 1899-1923 se caracterizaron por epidemias repetidas y mortales de cólera (cuyo foco difusor se hallaba más bien en las grandes masas de peregrinos de La Meca). La peste bovina, que surge de las estepas rusas en la década de 1860, afectó en primer lugar a Egipto, y luego llegó al Sudán occidental en 1865. Es sobre todo a comienzos de la década de 1880 cuando los europeos importan ganado infectado a Eritrea, proveniente a la vez de Rusia y de la India. A partir de 1889 la epizootía diezmó periódicamente la cabaña ganadera de África oriental y austral. En 1896 había alcanzado incluso la provincia de El Cabo, en África del sur. Fue el origen, entre 1880 y 1920, hasta que se emprendieron medidas de protección, de epizootías repetidas que diezmaron periódicamente al ganado, hasta el 95 por ciento de las cabezas, y por lo tanto de la morbilidad creciente de las poblaciones en el conjunto del África oriental y austral, de Kenya a África del sur. En la región de Bukoba, en Tanganyika (hoy Tanzania), entre 1891 y 1892 el ganado se redujo de 400.000 cabezas a 20.000. En la región del monte Kenya, hogar de poblaciones pastoriles masai y kikuyu[a], esta calamidad dejó al país empobrecido y vacío justo en el momento en que llegaban los primeros colonos, que así pudieron crearse la ilusión de que la región estaba casi deshabitada. En Rwanda los belgas sólo pudieron acabar con la calamidad en la década de 1930.

El interior, desde Kenya occidental a las cercanías de Mozambique, fue arrasado, a partir del último tercio del siglo XIX, por la enfermedad del sueño, que alcanzó una extensión sin precedentes y dejó la región desierta y exangüe: 4.000.000 de millas cuadradas fueron infectadas por la mosca tsetsé, siempre

---

[9] Abdul Sheriff, *Slaves, Spices and Ivory in Zanzibar*, James Currey, Londres, 1987, introducción. Véase el cap. II del presente volumen.

[10] Informes coloniales y textos de la época citados por Alpha Bouréïma Gado, *Une histoire des famines au Sahel. Études des grandes crises alimentaires XIXe-XXe siècles*, L'Harmattan, París, 1993.

[a] Se trata de la ortografía habitual para estos dos pueblos, que el traductor mantendrá en este libro; la forma correcta sería *maasai* y *gikuyu* respectivamente. [N. del T.]

dispuesta a relanzar el mal.[11] El avance dramático de la enfermedad del sueño es el caso más típico.[12] En África oriental comenzó a extenderse, en un primer momento, por las perturbaciones internas provocadas por la expansión del comercio negrero de la colonización zanzibarita. En África central y occidental su avance siguió aproximadamente el itinerario de las exploraciones europeas y luego de las migraciones laborales provocadas por la colonización. Éste fue el caso de la desforestación, a partir de 1865, en Sierra Leona y, a comienzos del siglo XX, en África ecuatorial y luego en la occidental, donde la enfermedad no pudo ser erradicada. En Costa de Marfil perduró hasta después de la II Guerra Mundial. Con todo, siguió siendo hasta mediados de la década de 1930 una enfermedad mortal. En conjunto, produjo daños comparables a los del sida hoy, a una velocidad terrible, pues un solo enfermo bastaba para infectar una zona entera, con tal que se diese mínimamente la mosca tsetsé: éste fue el caso del Congo Medio, donde las ciudades encrucijada del comercio fluvial, frecuentemente descritas en la década de 1880 por los compañeros del explorador Pietro Paolo Savorgnan de Brazzà, habían desaparecido quince años después.[13] Por lo que respecta a la costa congoleña, entre 1900 y 1911 la enfermedad aniquiló a la mitad de la población de Loango, físicamente agotada por ser la que garantizaba el enlace por medio de porteadores entre Brazzaville y la costa atlántica. Algunos trabajadores infectados fueron importados a comienzos del siglo al Ogoué[b], en Gabón: bastó esto para que la zona fuese devastada a su vez. Una misión médica enviada al lugar para valorar la extensión de los daños siguió la enfermedad a lo largo del río Congo y de su afluente el Ubangui, hasta el corazón de Centroáfrica, trayendo consigo, de vuelta, un informe circunstanciado de más de setecientas páginas.[14]

---

[11] John Ford, *The Role of Trypanosomiases in African Ecology. A Study of the Tse-tse Fly Problem*, Clarendon Press, Londres/Oxford, 1971. Helge Kjekshus, *Ecology Control and Economic Development in East Africa in the Case of Tanganyika 1850-1950*, Heinemann, Londres, 1977, p. 215.

[12] Ford, *op. cit.*; Gilles Sautter, *De l'Atlantique au fleuve Congo: une géographie du souspeuplement. République du Congo, République gabonaise*, Mouton, París/La Haya, 1966. C. Coquery-Vidrovitch, *Le Congo au temps des grandes compagnies concessionnaires, 1898-1930*, cap. XVIII, «La population du Congo», Mouton, París/La Haya, 1972, pp. 487-506.

[13] Gilles Sautter, *op. cit.*

[b] La autora emplea, en el original, la forma francesa Ogooué. En España se ha escrito Ogoué, y es la forma que emplearemos aquí. Los ingleses suelen escribir Ogowe, que sería más correcta. [N. del T.]

[14] G. Martin, Lebœuf y Roubaud, *Rapport de la mission d'études de la maladie du sommeil au Congo français, 1906-1908*, París, 1909.

Otras enfermedades, como la viruela, importada de la India, y localmente las enfermedades venéreas, sin duda importadas por los árabes, conocieron su máxima expansión a principios de la penetración colonial: la viruela, descubierta en el siglo XVIII, hizo su máximo daño en 1885, 1891, 1895, 1898 y 1900. Las enfermedades venéreas se generalizaron en el África francófona después de la I Guerra Mundial, cuando volvieron unos 160.000 soldados desmovilizados. Y del mismo modo se constata en Nairobi ya en 1914.

Sin duda, las fases de grandes sequías climáticas habían desempeñado siempre un papel importante, y la plaga de acrídidos[c] era también un dato recurrente en las crisis de subsistencia del Sáhel.[15] Sin embargo, con su intrusión brutal, la colonización tuvo una responsabilidad innegable en la ruptura del equilibrio hombre/recursos o ganado/recursos, en particular por incidencias demográficas que podemos esquematizar de la manera siguiente: morbilidad y mortalidad acentuadas en la primera mitad del siglo, y luego pauperización y migraciones hacia las ciudades. Todo esto sugiere la alternancia entre períodos de relativo bienestar y períodos desfavorables para el desarrollo económico y social de las poblaciones.[16]

Finalmente, quizá por las calamidades demográficas de finales del siglo XIX y comienzos del XX, se suscitó en las poblaciones agredidas de esta manera una reacción de supervivencia clásica en las sociedades preindustriales: las tasas de natalidad, elevadas de por sí, aumentaron de modo sostenido. Este crecimiento no debe achacarse necesariamente, por tanto, a la herencia cultural africana antigua. Fue confirmado y amplificado por los desastres de la trata negrera interna inducida por el cierre del mercado atlántico y la dominación zanzibarita, y luego por las carnicerías provocadas durante el primer medio siglo de colonización europea.[17]

---

[c] Los acrídidos son una familia de insectos a la que pertenecen los saltamontes y las langostas; la autora se refiere a las plagas de langostas. [N. del T.]

[15] Sin duda, habría que estudiar más de cerca otros elementos del entorno y, en particular, la fragilidad de los suelos africanos, que convierte la acción antrópica en muy peligrosa. Consúltese sobre esto el clásico Jean-Paul Harroy, *Afrique, terre qui meurt. La dégradation des sols africains sous l'influence de la colonisation*, Paul Lechevalier, París, 1944, p. 553.

[16] Esta alternancia ha sido bien estudiada para Nigeria septentrional (véase Michael Watts, *Silent Violence. Food, Famine and Peasantry in Northern Nigeria*, University of California Press, Berkeley 1983), y en el Sáhel nigeriano (véase Alpha Bouréïma Gado, *op. cit.*, 1992).

[17] Bogumil Jewsiewicki, «Are High Birthrates "Authentically" African?», en Dennis D. Cordell y Joel W. Gregory, *African Population and Capitalism. Historical Perspectives*, Westview Press, Boulder y Londres, 1987, p. 272

La transición

El análisis profundo de una hambruna que sobrevino en 1949 en Nyassaland (hoy Malawi), tras una severa sequía, muestra hasta qué punto las modalidades de la catástrofe pasaron de las hambrunas por penuria e imprevisión de los comienzos de la colonización a los factores de actividad colonial más modernos pero no menos destructores. La estructura agraria y la organización del trabajo habían evolucionado enormemente desde comienzos de siglo en un marco demográfico mucho más denso. Los observadores coloniales se dieron cuenta de ello, incriminando la acentuada especialización del trabajo que se había establecido: los campesinos exportaban ya una parte importante de su producción de sorgo, pero también de bienes no alimenticios (algodón, tabaco). Muchos de ellos dependían del mercado para su propia subsistencia. Por otro lado, después de la hambruna, la mayor parte de ellos se pusieron a plantar mandioca, que madura rápidamente, para prevenir el riesgo de carestía. Sin embargo, la hambruna no derivaba sólo del abandono de los cultivos de subsistencia en beneficio de los de exportación: se debía también a la distribución del trabajo. Los hombres se habían marchado en gran número a trabajar a las obras y las minas, en las ciudades o en el extranjero. Las mujeres, que se habían quedado, asumían el grueso del trabajo rural. Sin embargo, fueron ellas las que recibieron menos ayuda por parte de las autoridades. Así pues, las víctimas de la hambruna no fueron las que se habrían visto más afectadas en los primeros tiempos del período colonial: los viejos, los más débiles, los enfermos, los niños fueron socorridos por los colonizadores, que sustituían así a las antiguas solidaridades consuetudinarias, y asimismo lo fueron los asalariados, es decir, los hombres. Por el contrario, el Estado abandonó a las mujeres, es decir a la mano de obra agrícola más presente, remitiéndolas a las estructuras sociales antiguas, aunque éstas ya no eran capaces de asumir la situación de aquéllas. De este modo los sufrimientos fueron aliviados por el «Estado providencia», pero de una manera mucho más desigual que en el pasado, en función de la integración más o menos avanzada en la economía de mercado.[18] Del mismo modo, en el país zarma (Níger) o en el mosi (Burkina Faso central), las migraciones del trabajo de los hombres y las políticas agrícolas coloniales son responsables

[18] Megan Vaughan, *The Story of an African Famine. Gender and Famine in Twentieth Century Malawi*, Cambridge University Press, Cambridge, 1987, p. 183.

del hambre de tierras.[19] Diversos estudios de casos muestran que este modelo puede ser generalizado a escala del continente.

Mientras tanto, las grandes epidemias, que fueron una de las causas principales de la mortalidad, no retrocedieron tras la epidemia de «gripe española» de 1918-1919 y de 1921-1922, que causó varios millones de muertos, hasta que se no se llevaron a cabo las campañas de vacunación. Sin embargo, la única vacunación que hizo progresos antes de la II Guerra Mundial fue la antivariólica. La vacuna contra la fiebre amarilla, por ejemplo, no hizo su aparición experimental hasta 1940. Con todo, en esta época se tomaron las primeras medidas profilácticas: se crearon sistemáticamente centros médicos, en particular las AMI (Actions Médicales Indigènes, Acciones médicas indígenas), en 1924 en el África francesa. La lucha contra la enfermedad del sueño fue emprendida con energía por un médico militar, Jamot, que aplicó sus técnicas autoritarias en Centroáfrica (Ubangui-Shari) y el Congo durante la I Guerra Mundial, y también en Costa de Marfil poco antes de la última guerra mundial, aplicándolas entretanto en Camerún, donde transcurrió la mayor parte de su carrera.

Así pues, la población se recuperó lentamente. Sobre todo desde la guerra de 1914 (en la que un mínimo de 30.000 negros resultaron muertos, sin contar los que lo fueron entre los 250.000 «soldados desconocidos») los colonialistas se preocuparon de «faire du nègre» (es decir, reclutar negros)[20], pues se multiplicaban los informes sobre la situación alarmante de la mano de obra. Los estudios de historia demográfica son hipotéticos debido al valor discutible de las fuentes estadísticas y a las situaciones diferentes de un lado a otro del continente. Sin embargo, los investigadores han llegado a algunas conclusiones. Por ejemplo, en Gabón fue durante el período colonial cuando se estableció la esterilidad de las mujeres, que persiste todavía hoy, por influencia de las enfermedades venéreas: el 22 por ciento de las nacidas antes de 1890 era estéril, pero lo era el 40 por ciento de las nacidas entre 1915 y 1919, sin contar un número creciente de casos de esterilidad secundaria. Por consiguiente, el crecimiento demográfico de Gabón fue prácticamente nulo durante todo el perío-

---

[19] En Cordell y Gregory, *op. cit.*; Thomas Painter, «Making Migrants. Zarma Peasants in Niger, 1900-1920», p. 136; y Raymond Gervais, «Labor and Agricultural Policies in Southern Mosi, 1910-1940», pp. 109-121.

[20] Myron Echenberg, «"Faire du nègre", Military Aspects of Population Planning in French West Africa, 1920-1940», en Cordell y Gregory, *op. cit.*, p. 95.

do colonial.[21] Por el contrario en el Congo Medio, sede de la Federación, la natalidad se recuperó hacia finales de la década de 1920. Se estancó de nuevo durante la Gran Depresión, e inició una recuperación después de 1936. En cuanto al Ubangui-Shari es más segura la evidencia de la regresión demográfica provocada por los comienzos del colonialismo: la desaparición casi total, en 1960, de las personas nacidas antes de 1910 (9 por ciento de los adultos de más de 50 años y 3 por ciento de los de más de 60, por, respectivamente, el 20 y el 10 por ciento en Gabón) subraya las huellas dejadas por las exacciones francesas de comienzos de siglo. El fenómeno es mucho más evidente en el Congo Belga, tan mortífero en el primer período, donde la población tuvo grandes dificultades para recuperarse: 9.500.000 en 1925; 10.500.000 en 1940; 11.500.000 en 1950 —frente a 14.000.000 en el momento de la independencia (1960) y más del doble un cuarto de siglo más tarde (29.600.000 en 1984)—.[22] Si en el África occidental el choque fue menor, ello no impide que sobre todo en Senegal la tasa de crecimiento demográfico, que excepto en la región cacahuetera era antes de 1958 de menos del 1 por ciento, o incluso del 0,5 por ciento, saltara en el momento de la independencia a más del 3 o 4 por ciento (1958-1976).[23]

La expansión demográfica

Ésta ha sido tardía y se debe, evidentemente, a la política colonial. Después de la última guerra mundial, en efecto, los equipos sanitarios mejoraron mucho y a ellos se unieron inversiones económicas (FIDES[24], plan de Constantina) que,

---

[21] Rita Headrick, «Studying the Population of French Equatorial Africa», en Bruce Fetter (comp.), *Demography from Scanty Evidence. Central Africa in the Colonial Era*, Lynne Riener Publ., Boulder y Londres, 1990, p. 282.

[22] Léon de Saint-Moulin, «What is Known of the Demographic History of Zaire since 1885?», Fetter, *op. cit.*, p. 307.

[23] Charles Becker *et al.*, «L'évolution démographique régionale du Sénégal et du bassin arachidier (Sine Saloum) au XX[e] siècle, 1904-1976», Cordell y Gregory, *op. cit.*, p. 80.

[24] El FIDES (Fonds d'Investissement et de Développement Économique et Social, Fondo de Inversiones y de Desarrollo Económico y Social) se creó en 1947. Inauguraba para el África Negra y Madagascar una política de inversiones financiada por primera vez (en un 45 por ciento) por la metrópoli, y no sólo por los presupuestos coloniales o por préstamos. El plan de Constantina permitió, asimismo, el lanzamiento de una enorme actividad modernizadora de este puerto de Argelia, pero quedó interrumpido por la guerra de independencia argelina.

por muy poco eficaces que fuesen con gran frecuencia, contribuyeron en conjunto a mejorar el nivel de vida de las poblaciones. La política sanitaria preventiva, que se convirtió en regla, permitió reducir drásticamente la mortalidad infantil, que hasta ese momento era de más del 250 por mil, a menos de un 100 por mil, resultado casi automático de las campañas de vacunación. La tasa de natalidad permaneció, por regla general, en su máximo, e incluso mejoró gracias a los primeros pasos de una política materna e infantil. La caída brutal de la tasa de mortalidad provocó un aumento no menos brutal de la población. En unos años el África tropical conoció lo que ya se había producido en los dos extremos norte y sur del continente: una expansión demográfica galopante. Teniendo en cuenta la pauperización, que también crecía en el medio rural, acentuada por la nueva política de industrialización, esta expansión vino acompañada de modo fulminante por un proceso que en la década de 1930 sólo se había iniciado: la migración urbana. La tasa de urbanización del África tropical, que estaba en torno a un 2,5 por ciento en 1920 (es decir, apenas 2.000.000 de habitantes urbanos), subió al 15 por ciento en 1950. Era todavía muy poco, ante la duplicación alcanzada en 1980 (30 por ciento), pero resultaba suficiente como para anunciar graves problemas.

Así pues, no tiene gran sentido, después de la II Guerra Mundial, acusar a la colonización de los desastres demográficos. Los esfuerzos emprendidos son innegables. Por el contrario, lo que hay que deplorar es la total inadecuación de las medidas tomadas para poner remedio a este drástico vuelco de tendencia. Teniendo en cuenta el retraso acumulado, la situación se hizo pronto insostenible en el medio rural, donde empezó a hacerse sentir muy duramente el hambre de tierra, fenómeno hasta ese momento casi desconocido, y en las ciudades, que crecieron como setas. Como este avance demográfico se inicia solamente unos años antes de las independencias, y se aceleró sin cesar posteriormente, los efectos se hicieron sentir, sobre todo, en los Estados jóvenes: hacia 1965 la presión escolar se hizo paulatinamente angustiosa, y a comienzos de la década de 1970 la primera generación nacida después de la guerra comenzó a echar todo su peso sobre el exiguo mercado de trabajo. Ahora es cuando nace en los países desarrollados la idea de un *urban bias*, el «mal urbano» de los países del Tercer Mundo. Son los jóvenes gobiernos independientes, especialmente mal preparados para hacer frente a esta herencia reciente pero temible, los que terminan por encontrarse en primera línea. En este proceso, iniciado e intensificado ya por los poderes coloniales anteriores, fueron estos nuevos gobernantes a los primeros que se acusó y no a la imprevisión colonial. Por otro lado, ante las implicaciones económicas del problema demográfico, del que preveían el coste, los

medios coloniales comenzaron a soltar lastre: estimaron que después de que todas las cargas sociales de la colonización se hicieran cada vez más pesadas, lo mejor era pasar a lo que Kwame Nkrumah[d] había denominado ya «neocolonialismo», es decir, el nuevo control de las antiguas posesiones europeas: de ahora en adelante los Estados independientes serían los únicos habilitados para asumir la carga financiera de las políticas demográficas, sociales y urbanas heredadas cuyo crecimiento exponencial se manifestaba inevitable.

---

[d] Tras la independencia de Ghana (la ex Costa de Oro británica) en 1957, Kwame Nkrumah (1909-1972) fue su primer presidente entre 1957 y 1966. [N. del T.]

IV. LA SUERTE DE LAS MUJERES

Mujeres y colonialismo

Arlette Gautier*

La aventura de Anna Leonowen, aya del rey de Siam hacia 1860, ha sido llevada a la pantalla en tres ocasiones, en 1946, 1956 y 1999.[1] Si la historia permanece más o menos idéntica de una versión a otra, las representaciones de sus actores han cambiado netamente, en particular las del rey y su primer ministro, a los que ya no representan en la escena como primitivos apenas vestidos ni como adultos-niños a los que hay que educar. Se critica ya el carácter mercantil y violento de la colonización, pero el aya inglesa está llena siempre de una dignidad compasiva y las siamesas aparecen sojuzgadas. La figura emocionante y fuerte de la reina de Siam (hoy Thailandia), que, en una sociedad polígama, quería conseguir la educación de su hijo para alcanzar la occidentalización de las costumbres, ha desaparecido en beneficio de un florilegio de esposas encantadoras pero sin consistencia.

La evolución de las representaciones cinematográficas son bastante paralelas a las de la historiografía: la condescendencia de la mirada ha desaparecido de los estudios sobre los países ex colonizados y por fin se reconoce la presencia de las mujeres blancas en la colonización. No obstante, la figura de las colonizadas sigue siendo aún poco estudiada. Este fenómeno es particularmente flagrante en Francia, a excepción de los libros de Yvonne Knibiehler y Régine Goutalier, y de los bellos números de la revista *Clio*.[2] La situación de las mujeres sigue siendo uno de los puntos en los que el impacto de la colonización pa-

---

* IRD-UMR 151-SFRD. Este trabajo ha sido escrito en 2000, aprovechando una estancia en el Departamento de Demografía de la Universidad de Montreal, durante la cual me han servido de manera muy útil sus excelentes bibliotecas.

[1] Sucesivamente: *Anna and the King of Siam*, de John Cromwell; *The King and I*, de Walter Lang; *Anna and the King*.

[2] Especialmente Knibiehler, Yvonne, y Goutalier, Régine, *La femme au temps des colonies*, Stock, París, 1985; *Clio. Histoire, femmes et sociétés*: «Femmes d'Afrique», 1997, 6, «Femmes du Maghreb», 1999, 9, y «Le genre de la Nation», 2000, 10.

rece menos negativo, e incluso, en ciertos casos, positivo. Sin embargo, este punto de vista no es necesariamente el de las colonizadas. Así, Pandita Ramabai escribe en 1886: «No hay esperanza para las mujeres en la India, sea bajo el régimen británico sea bajo el régimen indio.»[3] En 1947 Funmilayo Ransome-Kuti acusa al colonialismo de convertir a las nigerianas en esclavas al retirarles su poder tradicional sobre ellas mismas y sus hijas.[4]

Es imposible tratar esta cuestión de forma exhaustiva, debido a la multiplicidad, en el tiempo y en el espacio, de estilos de colonización y de sociedades colonizadas, en las que el estatus de la mujer difiere notablemente. Ahora bien, las consecuencias de las colonizaciones para las mujeres varían en función de su situación inicial. Así, en Siam las mujeres pueden ser dadas en matrimonio por sus padres en contra de su voluntad, lo que se puede definir como sexar[5], caracterizado por la apropiación material del cuerpo y de la persona de las mujeres, en oposición a otras formas de dominación masculina, definidas por una explotación más parecida a la de los hombres, e incluso a una relativa —o total— igualdad entre los sexos, como en el caso iroqués. Las mujeres colonizadas pueden formar parte de clases diferentes: así, en la última película basada en la historia de Anna Leonowen, *Ana y el rey*, aparecen una esclava y una propietaria de esclavos, para las cuales el proyecto de cuestionamiento de la esclavitud no tendrá las mismas consecuencias. Además, el carácter fragmentario, lleno de lagunas y no homogéneo de las fuentes y de los estudios hace que toda síntesis sea difícil aunque estimulante. Una cosa es cierta: como en las películas citadas antes, es la construcción misma de los géneros[a], es decir, a un tiempo, lo que se esperaba en función del sexo y las relaciones entre los sexos, la que ha sido alterada por

---

[3] Ramabai, Pandita, *The High Caste Hindu Woman,* 1886, citado por Chakravart Uma en «Whatever Happened to the Vedic Dasi? Orientalism, Nationalism and a Script for the Past», en Sangari Kumkum y Vaid Sudesh (comps.): *Recasting Women. Essays in Indian Colonial History,* Rutgers University Press, New Brunswick, 1990, p. 74.

[4] Johnson Odim, Cheryl, «Action Louder than Words: the Historical Task of Defining Feminist Consciousness in Colonial West Africa», en Pierson Ruth Roach y Chandhuri Nupur (comps.): *Nation, Empire, Colony. Historicizing Gender and Race*, Indiana University Press, Bloomington e Indianapolis, 1998, pp. 77-90.

[5] Guillaumin, Colette, *Sexe, race et pratique du pouvoir. L'idée de nature*, Côté Femmes, París, 1992; Causse, Michel, *Du sexage*, POL, París, 2000.

[a] Téngase en cuenta que, a través de la antropología, hoy se diferencia entre *sexo* y *género*. *Sexo* se refiere al sexo biológico, con el que se nace; *género* se refiere al sexo asumido y que puede no coincidir con el biológico (por ejemplo, un transexual masculino, que ha nacido con sexo de varón, asume el *género* femenino, distinto del que tenía al nacer). Fuera del ámbito antropológico, la distinción se ha hecho algo más confusa y espera todavía una definición adecuada. [N. del T.]

las diferentes colonizaciones. Así pues, estas transformaciones serán presentadas por la primera colonización, la llevada a cabo en nombre de Cristo y del rey, que llevó a la conquista de América y de las Antillas, a la trata y la esclavitud, lo mismo que para la segunda, justificada por la ciencia y el progreso, y que verá la oposición del migrante forzado y de la aldeana o de la reclusa, la invención del derecho consuetudinario y la propaganda por la salud y la educación. Ciertos aspectos son comunes a ambos períodos: el papel de la religión, el imaginario masculino del harén colonial o la exclusión política de las mujeres. El presente análisis se centrará sobre todo en África, las Antillas, Argelia, India e Indonesia.

En nombre de Cristo y del rey

La primera colonización, iniciada con la llegada de Cristóbal Colón a las Antillas, se realizó en dos tiempos. En primer lugar, la conquista y la destrucción (no siempre voluntaria) de las sociedades y de las poblaciones. Algunas de ellas, sin embargo, pudieron resistir durante mucho tiempo, lo que, paradójicamente, permitió a las poblaciones iroquianas[6] mejorar su posición. Luego, la importación masiva de africanos para explotar las tierras que habían quedado vacías. El que estos esclavos estuvieran formados en dos tercios por hombres y en un tercio por mujeres marcó profundamente las relaciones entre los sexos, tanto en África como en las Antillas, y más aún teniendo en cuenta que el nuevo modo de producción desfavorecía a estas últimas.

La conquista

El puñado de europeos que acabaría llegando a América y descubriendo las Indias encontró un mosaico de pueblos con costumbres, modos de producción y sistemas políticos muy variados. Con frecuencia estos pueblos estaban en guerra unos contra otros, o bien habían sido conquistados recientemente y se mostraban deseosos de recuperar la independencia. Los conquistadores llevaron a cabo, a la vez,

[6] El etnónimo «iroquiano» designa a la familia lingüística de la que forman parte, entre otros, los iroqueses, los hurones y los cherokis. El etnónimo «iroqués» se refiere tan sólo a una alianza federativa entre cinco de sus seis naciones (mohawk, seneca, oneida, cayuga y onandaga), los pueblos de la Casa Larga, creada hacia 1560, y ampliada a seis (con los tuscarora) en el siglo XVIII.

una guerra feroz, basándose en una estrategia de terror, compuesta de violaciones, matanzas y sevicias varias, y una política de alianzas con ciertos grupos.

En esta época no había para los indios ni para los españoles una visión unificada del «indio», y los cronistas describieron a las sociedades con las que se encontraban con mayor o menor veracidad o imaginación, utilizando los mitos antiguos y medievales. La dificultad de juzgar las relaciones entre los sexos a partir de las narraciones de la época, escritos por hombres blancos, jesuitas y otros misioneros, militares o administradores, y por dos mujeres solamente, queda de manifiesto claramente gracias a las descripciones contradictorias que dieron de la situación de los pueblos iroqueses. Para el jesuita Lafitau, que pasó cinco años entre ellos, la Iroquesia es «el imperio de las mujeres».

> Es en las mujeres donde está la Nación, la nobleza de la sangre, el árbol genealógico, el orden de las generaciones y de la conservación de las familias. En ellas es donde reside toda la autoridad real. El país, los campos y toda la cosecha les pertenece; son el alma de los consejos, los árbitros de la paz y de la guerra; ellas conservan el fisco o el tesoro público, es a ellas a las que se entregan los esclavos. Ellas organizan los matrimonios, los niños pertenecen a su ámbito, y a través de su sangre va el orden de sucesión.[7]

Las numerosas narraciones que van en este sentido han llevado a crear, en particular en el siglo XIX, el mito del matriarcado. Sin embargo, según otro jesuita:

> Estas mismas mujeres, que son en cierto modo las dueñas del Estado, al menos en la forma, y que constituyen su cuerpo principal cuando llegan a cierta edad y si tienen hijos en edad de exigirles respeto, no gozan, antes de esta edad, de ninguna consideración y, en lo doméstico, son las esclavas de sus maridos.

De hecho, la visión unificada «de las» mujeres puede resultar engañosa para las sociedades en las que las relaciones de edad son importantes y en las que el poder no es posible para las mujeres más que cuando llegan a la menopausia.

En realidad, según Roland Viau[8], en el momento de los primeros contactos, una división de tareas relativamente rígida no habría impedido la igualdad de los

[7] *Ibid.*, Charlevoix, padre François-Xavier, *Journal d'un voyage fait par ordre du roi dans l'Amérique septentrionale*, 1744, reedic. de 1994, I, p. 558.

[8] Viau, Roland, *Femmes de peronnes. Sexes, genres et pouvoirs en Iroquoisie ancienne*, Boréal, Montreal, 2000, p. 87.

sexos. Las iroquesas son «mujeres de nadie», es decir, que no son intercambiadas por un padre, un tío o un marido: pueden vivir con quien ellas quieren, conservando una gran libertad sexual tras el matrimonio, y pueden divorciarse cuando lo desean. En esta sociedad matrilineal y matrilocal (en la que el parentesco se hereda por las mujeres y en la que los yernos van a vivir junto a su suegra a una casa larga multifamiliar), la función procreadora de las mujeres se valora especialmente: «Se alegran mucho más por el nacimiento de una hija que por el de un hijo.» Las mujeres son «propietarias» de la casa, de los muebles y de las tierras, mientras que los hombres no tienen más que sus armas, su ropa y sus útiles. Según Mary Jameson, una inglesa que se casó con un jefe iroqués, su trabajo era comparable al de una mujer blanca, pero con una diferencia, que «no teníamos amo que nos vigilase y nos agotase con el trabajo y así podíamos trabajar a nuestro ritmo»[9]. En un plano simbólico, lo femenino no está subordinado a lo masculino. La creadora del mundo entre los hurones es una mujer: Actaentsia. Las mujeres curan por medio de plantas. La madre del clan propone al aspirante a jefe civil y la presencia de las mujeres es indispensable para la ceremonia de la resurrección de los jefes. La perspectiva histórica de los textos de los primeros cronistas muestra un reforzamiento de la posición de las mujeres a partir de la segunda mitad del siglo XVII, tras las primeras oleadas de epidemias (sobre todo de viruela) y de las guerras incesantes, próximas y lejanas, pero también por la expansión del comercio de pieles, que mantenía lejos de sus casas durante largos meses a los hombres. Estas guerras proporcionaron cautivos, una parte de los cuales eran matados tras diversas humillaciones y torturas, llevadas a cabo también por las mujeres; otros prisioneros eran adoptados por el más anciano del clan para sustituir a un pariente muerto en la guerra, y podían convertirse incluso en jefes, en tanto que otros permanecían en cautividad durante toda su vida. Mientras siguen cautivos, sustituyen a las mujeres en los trabajos agrícolas y domésticos más largos y fastidiosos. La resistencia a la colonización habría perpetuado, pues, o reforzado, cierta igualdad entre los sexos.

Es más difícil evaluar los arreglos entre los sexos en las sociedades que fueron conquistadas rápidamente, pues éstas fueron transformadas más deprisa y más pro-

---

[9] Citado por John A. Dickinson y Marianne Mahn-Lot, *1492-1992. Les Européens découvrent l'Amérique*, Presses Universitaires de Lyon, Lyón, 1991, pp. 76-78. Según estos autores la noción de propiedad no tiene sentido realmente para los iroqueses.

fundamente.[10] Las mujeres de la élite desempeñaban funciones cosmogónicas importantes. Podían ser entregadas en matrimonio o por una noche, con el fin de formar alianzas. Las mujeres del pueblo desempeñaban numerosas funciones productivas, pero tenían un papel limitado en el mercado. Eran comadronas, curanderas. En los Andes, sin embargo, sólo los hombres tenían derecho sobre la tierra, y el parentesco pasaba a través de ellos. El Estado azteca conocía ya la esclavitud y la prostitución, y una fuerte estratificación social que beneficiaba también a algunas princesas. Numerosas amerindias fueron violadas, asesinadas o reducidas a la esclavitud por los europeos. Otras se integraron en la sociedad blanca más fácilmente que los hombres indios, sobre todo por el concubinato, convirtiéndose en pequeñas empresarias en el mercado de la tierra o en el inmobiliario sirviéndose de leyes españolas que les garantizaban una parte de la herencia de sus padres o de sus hermanos, y también la herencia del marido. En algunas regiones, como en las tierras mixtecas, las mujeres de la élite consiguieron conservar sus derechos a la jefatura y continuaron recibiendo un tributo de sus dependientes indios. Sin embargo, la mayoría de las mujeres sufrieron este período de profundas transformaciones sociales que reestructuraron las relaciones entre los géneros. Por un lado, como los hombres, fueron repartidas en las encomiendas para el trabajo forzado en los campos o en otros lugares. A las muchachas se las reclutaba desde la edad de diez años y los muchachos sólo desde los doce. Las mujeres fueron excluidas del trabajo en las minas en 1533, y las mujeres embarazadas se vieron liberadas de las tareas más pesadas, pero los textos de las leyes casi nunca se respetaron. Tradicionalmente debían llevar las cargas cuando sus maridos iban a la guerra, por lo que fueron movilizadas para las expediciones españolas. En las zonas inca y maya soportaron la mayor parte del tributo en textiles, pues la confección de ropa de algodón formaba también parte de sus tareas tradicionales. Irene Silverblatt subraya que esta actividad se hizo más fastidiosa y monótona, pues se vieron obligadas a tejer grandes cantidades, trabajando a veces encerradas.[11] De manera más general, la catástrofe demográfica que siguió a la conquista hizo más pesadas las tareas agrícolas y debilitó la situación de las viudas y de los huérfanos. Y llevó también a los colonos a buscar esclavos en África.

---

[10] Catherine Delamarre y Bertrand Sallard, *La femme au temps des conquistadores*, Stock, París, 1992; Susan Migden Socolow, *The Women of Colonial Latin America*, Cambridge University Press, Cambridge, 2000, pp. 17-44; June Nash, «Aztec Women: the Transition from Status to Classe in Empire and Colony», en Étienne y Leacock (comps.), *Women and Colonization. Anthropological Perspectives*, Praeger Publishers, Nueva York, 1980, pp. 134-148.

[11] Silverblatt, Irene, «The Universe has Turned Inside Out... There is No Justice for Us Here. Andean Women under Spanish Rule», en Étienne y Leacock, 1980, pp. 149-185.

La trata

El continente africano conocía la esclavitud mucho antes de que desembarcasen los europeos en él, aunque no existía en todas las regiones. La esclavitud presentaba todo un *continuum* de formas, desde las más duras, próximas a las de la América de las plantaciones europeas, a las más suaves, que dejaban mucha autonomía a los esclavos y los integraba rápidamente en un linaje libre, e incluso se les permitía, excepcionalmente, que formasen uno propio. De todos modos, la privación de estatuto era radical y conducía a numerosas resistencias. Ya la trata sahariana deportaba a través del desierto a numerosos cautivos. Los esclavos solían ser mayoritariamente mujeres, lo que se explica por lo general debido a su papel como reproductoras, pero eran sobre todo sus cualidades como trabajadoras y su polivalencia lo que hacía de ellas elementos selectos. La progenitura concebida entre esclavos parece no haber sido más que un subproducto de su explotación, sin que en ningún lugar haya contribuido a la reproducción esclavista. En las sociedades de linajes las esclavas proporcionaban lo esencial del trabajo agrícola y doméstico. En las sociedades dinásticas las esclavas desempeñaban un papel importante a nivel administrativo y político, pues se las consideraba no peligrosas, al ser el «antipariente», aquél con el que no se podía concluir una alianza.[12] Para un hombre era ventajoso comprar una esclava para convertirla en su concubina. Sin contar los lugares en donde prevalecía la matrilinealidad. Además, la compra de una esclava resultaba menos cara que el «precio de la novia» que había que pagar a los padres libres.

Con todo, la trata transatlántica modificó profundamente la situación. Entre 1440 y 1870 la trata deportó a 13.000.000 de individuos, de los que 2.000.000 murieron durante la travesía.[13] Otros muchos perecieron sin duda en la propia África, capturados durante las guerras o en el curso de su transporte hasta los puertos de la costa. La trata fue particularmente importante en el siglo XVIII, pues fueron deportados la mitad de los cautivos, lo que provocó grandes cambios, entre ellos el surgimiento de Estados cuya principal actividad era la caza de esclavos. Finalmente, ciertas regiones se vieron más afectadas que otras: así, 3.000.000

[12] Meillassoux, Claude, *Anthropologie de l'esclavage. Le ventre de fer et d'argent*, PUF, París, 1986; Memel-Foté, Harris, *L'esclavage lignager africain et l'anthropologie des droits de l'homme*, lección inaugural de la Cátedra Internacional del Collège de France, París, 1996.

[13] Thomas, Hugh, *The Slave Trade. The History of the Atlantic Slave Trade, 1440-1870*, Papermac, MacMillan, Londres, 1998, p. 805; Curtin, Philip, *The Atlantic Slave Trade*, University of Wisconsin Press, Madison, 1969.

de esclavos fueron deportados de Loango y, más en general, de la zona correspondiente actualmente a los dos Congos; 2.000.000 de Senegambia, de la Costa de los Esclavos (hoy Togo, Benín y la parte occidental de Nigeria); y 1.500.000 de la Costa del Oro (actual Ghana). Asimismo, la trata extendió la esclavitud a sociedades, como la de los sherbro de Sierra Leona[14], donde parece ser que no existía, según cuentan los primeros viajeros. Y aumentando el número de cautivos, se logró que la esclavitud fuese esencial para el funcionamiento de sociedades en las que con anterioridad no desempeñaba más que un papel marginal. Incluso se desarrollaron plantaciones de tipo americano, en Angola por ejemplo, donde en 1759 existían explotaciones agrícolas con más de mil esclavos.[15]

Se sabe que, por término medio, la trata transatlántica deportó a un tercio de mujeres por dos tercios de hombres, pues el trabajo de los hombres estaba más valorado en América que en África. En consecuencia, el precio de las cautivas era más elevado en los mercados africanos, al contrario que en el mercado atlántico, en el que los hombres costaban más. En cambio, cuando una sociedad sufría incursiones, se capturaba a las mujeres en un número tan elevado como el de los hombres, y se las llevaba lejos de sus allegados para que no pudiesen volver a su tierra.

Ciertamente, según un proverbio swahili, «Una mujer nunca es libre»[16]. A ésta la casa su linaje, debe obedecer a su marido e incluso, con frecuencia, le debe reverenciar; no tiene derechos sobre sus hijos, que pertenecen a su propio linaje o bien al de su cónyuge. Sin embargo, tiene una verdadera autonomía económica y puede participar, en ciertas sociedades, en asociaciones de mujeres que la defienden contra los malos tratos. Al convertirse en esclava, debe someterse a los requerimientos de los hombres a los que su amo la presta, ya no tiene los beneficios de su trabajo ni dispone del apoyo de su linaje. Puede ser vendida de nuevo todas las veces que lo decidan sus amos sucesivos, como Bwarika, vendida y casada diez veces entre 1886 y 1911 en África central.[17] El menor disgusto bastaba para ello. Así, las mujeres son vendidas por motivos específicos:

---

[14] Mac Cormack, Carol P., «Slaves, Slave Owners and Slave Dealers: Sherbro Coast and Hinterland», en Robertson, Claire y Klein Martin A., *Women and Slavery in Africa*, University of Wisconsin Press, Madison, 1983, pp. 271-286.

[15] Lovejoy, Paul E., *Transformation of Slavery in Africa*, Cambridge University Press, Cambridge, 1983, p. 128.

[16] Strobel, Margaret, *Muslim Women in Monbasa, 1890-1975*, New Haven, 1979, p. 43.

[17] Coquery-Vidrovitch, Catherine, *Les Africaines. Histoire des femmes d'Afrique noire du XIXe au XXe siècle*, Desjonquières, París, 1994, pp. 42-56.

negativa a casarse, divorcios repetidos, infidelidades. La esclavitud en América constituyó, pues, una amenaza eficaz para limitar la autonomía femenina.

En las regiones más afectadas por la trata atlántica se encontraba, entre los adultos de quince a sesenta años, 80 hombres por cada 100 mujeres, y en Angola de 40 a 50 hombres por cada 100 mujeres. El fenómeno tuvo numerosas consecuencias, tanto a nivel del trabajo como de las prácticas matrimoniales.[18] Antes de la trata transatlántica se contaban 67 jóvenes y personas de edad avanzada por cada 100 adultos. En el momento cumbre de la trata la proporción habría aumentado hasta el 85 por ciento, aumentando el trabajo de las mujeres. En los lugares donde las mujeres practicaban una agricultura de roza y quema, los hombres arrancaban los tocones, desbrozaban y realizaban por lo general los trabajos para los que se requería fuerza. Ahora las mujeres tenían que encargarse de estos trabajos además de seguir realizando las labores agrícolas, o bien tenían que plantar menos. Los hombres pescaban y cazaban: así pues, la proporción de proteínas animales disminuyó en la alimentación. El crecimiento del número de mujeres significó igualmente el aumento de la práctica de la poliginia y del número de esposas por hombre. Aunque los jesuitas del siglo XVII constataron ya la existencia de la poliginia en Angola, ésta no tenía la importancia numérica que describen los viajeros del siglo siguiente. En el África central, las genealogías dinásticas, que se remontan al siglo XIV, indican que ciertos reyes de Buganda eran monógamos y que otros no tenían más de tres esposas, al menos hasta 1734, fecha a partir de la cual ninguno tiene menos de trece.[19]

De todos modos, las mujeres de la élite tenían más necesidad de la esclavitud, pues no tenían derecho, al contrario que los hombres, al trabajo de los miembros de su parentela.[20] Aunque los esclavos no les pertenecían, solían llevar a cabo el trabajo agrícola o doméstico que deberían haber hecho ellas. Además, estas mujeres privilegiadas podían ser comerciantes de esclavos por cuenta de un pariente, de un concubino europeo o por su cuenta, como las *signares* de Senegal. Con todo, era raro que poseyesen más de una veintena de esclavos, mientras que algunos africanos tenían centenares de ellos.

---

[18] Thornton, John, «Sexual Demography: the Impact of the Slave Trade on the Family Structure», en Robertson y Klein, 1983, pp. 39-48.

[19] Musisi Nakanike B., «Women, Elite Polyginy and Buganda State Formation», *Signs*, 16, 4, 1991, pp. 757-786.

[20] Robertson, Claire C. y Klein, Martin A., *Women and Slavery in Africa*, University of Wisconsin Press, Madison, 1983; Memel-Foté, Harris, «La traite des négresses au XVIIIe siècle», en Faure, Christine, *Encyclopédie politique et historique des femmes*, PUF, París, 1997, pp. 233-276.

La esclavitud de los africanos en América

Los cautivos deportados lo eran para trabajar, en un principio, junto a los colonos y algunos contratados europeos a los que se solía tratar mucho más duramente, pues no constituían un capital. Sin embargo, muy pronto llega la era del azúcar y de las grandes plantaciones: 5.000.000 de africanos fueron comprados para trabajar en las plantaciones de caña de azúcar, 2.000.000 en las de café, el mismo número en las minas y en el servicio personal de sus amos, 500.000 en el algodón, 250.000 en las plantaciones de cacao, y otros tantos en el sector de la construcción.[21] La esclavitud del Nuevo Mundo ha sido una verdadera tumba para los cautivos, debido a la muy fuerte mortalidad de los recién llegados, pero también de los esclavos de las Antillas. Y la natalidad era débil. Autores de la segunda mitad del siglo XVIII explicaban esto por el rechazo de las mujeres esclavas a echar al mundo niños privados de libertad. Algunos las acusaban incluso de inocular el tétanos a sus vástagos clavándoles un alfiler en la fontanela para hacer que muriesen y evitarles la esclavitud. Y los amos infligían a las mujeres sospechosas diversas torturas para impedirles que lo hicieran.[22] Las africanas les habían transmitido sus conocimientos sobre la anticoncepción y el aborto, y podían dejar morir a sus hijos en los primeros nueve días de vida, en los que, según la tradición, todavía no tienen nombre.[23] Tener hijos esclavos era muy doloroso, como indican las narraciones de los ex esclavos grabadas en la década de 1930 en Estados Unidos.[24] Sufrían una mortalidad dos veces mayor que los niños blancos y las madres debían enseñarles a vivir en un entorno hostil, a callarse delante del amo, a aceptar su condición. El aprendizaje de esta severa disciplina era una necesidad, pues significaba su supervivencia y la de sus allegados. Tener una hija era un dolor suplementario, pues la violencia de los hombres blancos, y también la de los hombres negros, era una amenaza permanente. Las madres esclavas sufrían violentamente las separaciones e hicieron todo lo que pudieron para volver a encontrar a

---

[21] Thomas, 1998, *op. cit.*, p. 806.

[22] Gautier, Arlette, «Traite et politiques démographiques esclavagistes», *Population*, 6, diciembre de 1986, pp. 1.005-1.024.

[23] Bush, Barbara, «Hard Labor. Women, Childbirth and Resistance in British Cariebbean Slave Societies», en Gaspar, David y Hine, Darlene Clark (eds.), *More than Chattel. Black Women and Slavery in the Americas*, Indiana University Press, Bloomington e Indianapolis, 1996, pp. 193-217.

[24] King, Wilma, «Suffer with Them Till Death. Slave Women and their Children in Nineteenth-Century America», en Gaspar y Hine, pp. 147-168.

sus hijos tras la abolición de la esclavitud. En tales condiciones, se comprende que hayan podido no querer tener hijos.

Sin embargo, su resistencia es difícil de cuantificar. Los testimonios de los amos tienen tendencia a negar la subalimentación y el trabajo excesivo (más de dieciséis horas al día durante la recolección de la caña), y muchos de los nacimientos fallidos por los que las mujeres eran torturadas no eran provocados en absoluto. Así, el estudio minucioso de la periodicidad de los nacimientos y decesos de niños en Virginia muestra que estos últimos son más numerosos en los momentos de trabajo más duro y de la incidencia máxima de la malaria y las infecciones.[25]

«ANIMAK»[26]

«Il partit en effet, sans adieux à la femme,
Sans caresse à l'enfant, sans ce retour de l'âme
Vers les lieux délaissés et que l'on a connus.
Il partit, tel s'en va tremblant sur ses pieds nus
Un voleur, dans la nuit, dans l'ombre et dans la brise.»

Animak, étant obligée de retourner au champ paternel, sait qu'elle serait embarrassée par l'enfant..

«Elle eut un cri sauvage et son poing menaça.
"Ah, bâtard! rejeton de l'Étranger, du Blanc!
Sois maudit pour avoir pris naissance en mon flanc!"
Elle empoigna son fils par un pied et, farouche,
Le sang perlant aux yeux et l'écume à la bouche,
Le fit tourner dans l'air puis, d'un coup l'assommant,
Le front vint éclater sur le foyer fumant.»

→

[25] Steckel, Richard, «Women Work and Health under Plantation Slavery in the United States», en Gaspar y Hine, pp. 43-60; Cody, Cheryll Ann, «Cycles of Work and Childbearing. Seasonality in Women's Lives on Low Plantation Country Plantations», en Gaspar y Hine, pp. 61-78.

[26] Jean Ricquebourg, *Les coupes de porphyre*. Alphonse Lemerre, París 1903, citado en Jennifer Yee: *Clichés de la femme exotique. Un regard sur la littérature coloniale française entre 1871-1914*. Tesis doctoral publicada en L'Harmattan, París 2000.

Elle incendie la maison, mais son délire de joie cruelle est tel que, dansant et criant autour des flammes, elle oublie de s'enfuir et meurt ensevelie sous les débris embrasés.

Conclusion:

«Les pays merveilleux qu'admirent en passant
Les voyageurs pensifs, courbés au bastingage,
Subissent au parcours des siècles renaissant
Leur destin implacable, ô fatal héritage!»

[Él partió, en efecto, sin adiós a la mujer,
sin caricia al hijo, sin esta vuelta del alma
hacia los lugares abandonados y que se han conocido.
Él partió, tal se va temblando sobre sus pies desnudos,
un ladrón, en la noche, en la sombra y en la brisa.

Animak, viéndose obligada a volver al campamento paterno, sabe que el niño va a ser una carga.

Ella lanzó un grito salvaje y su puño amenazó.
«¡Ah, bastardo! ¡Vástago del extranjero, del blanco!
¡Maldito seas por haber nacido de mi cuerpo!»
Ella agarró a su hijo por un pie y, feroz,
una perla de sangre en los ojos y espuma en la boca,
lo volteó en el aire y luego, de un golpe, lo reventó.
La frente fue a partirse contra el hogar humeante.

Ella incendia la casa, pero su delirio de gozo cruel es tal que, bailando y gritando alrededor de las llamas, olvida huir y muere sepultada bajo los restos ardientes.

Conclusión:

Los países maravillosos que admiran de paso
los viajeros pensativos, curvados sobre la borda,
padecen en el recorrido de los siglos renaciendo
su destino implacable, ¡oh, fatal herencia!]

La esclavitud, organizada desde 1684 en las colonias francesas por el *Código Negro*, abolió lo que la mayoría de los derechos consuetudinarios establecían, es decir, la apropiación de las hijas y luego de las esposas por el padre, el tío materno o el jefe del linaje, luego por el esposo o la familia del esposo. Con el *Código Negro*, sólo el amo posee al esclavo, sea mujer u hombre, y su poder sólo queda limitado por este texto, que las autoridades no tratan de hacer respetar. Mujeres y hombres esclavos sufren una opresión y una explotación parecida en muchos aspectos. Esta semejanza de las situaciones jurídica y sociológica ha llevado a algunos autores a ver en la esclavitud del Nuevo Mundo un espacio en el que se aplicó la igualdad de trato entre hombres y mujeres en una misma y salvaje explotación.[27] Sin embargo, acaba estableciéndose una división sexual del trabajo a partir de finales del siglo XVII, que reservaba los trabajos de obreros y de capataces y los empleos que permitían una mayor libertad (marinos, pescadores, cazadores, cocheros) a los esclavos masculinos, mientras que las mujeres sólo tenían acceso a algunos empleos en la casa del amo, la casa grande, mientras que las otras se empleaban con la azada o ponían en peligro sus manos y antebrazos al utilizar los molinos de caña de azúcar.[28] Para las mujeres, el puesto en la casa grande dependía del ciclo vital: las hijas empezaban a trabajar como sirvientas, luego solían ser enviadas al campo a trabajar, para volver a sus antiguas tareas cuando estaban ya demasiado fatigadas o demasiado viejas. Sólo podían zafarse de esta trayectoria las que accedían a las escasas funciones cualificadas abiertas a las mujeres: enfermera, costurera, ama de casa. Algunas amas de casa conseguían alcanzar importantes posiciones de poder en las plantaciones. En Barbados, una de ellas logró colocar a toda la familia en la casa del amo, y poseer esclavos.[29] De todos modos, Mary Prince[30], ama de casa y única esclava antillana que nos ha dejado un texto autobiográfico, fue tratada brutalmente por las tres cuartas partes de los amos, verbal o físicamente, pese a que tenía la responsabilidad de la casa de los amos y de los hijos de éstos. Fue separada de su marido porque tuvo que

---

[27] Genovese, Eugene, *Roll, Jordan, Roll*, Vintage Books, Nueva York, 1972, reedic. 1976; Reddock, Rhoda, «Women and Slavery in the Caribbean. A Feminist Perspective», *Latin American Perspectives*, 12 (1), invierno de 1985, pp. 63-80.

[28] Gautier, Arlette, *Les sœurs de solitude. La condition féminine pendant l'esclavage*, Éditions Caribéennes, París, 1985.

[29] Beckles, Hilary, «Black Females Slaves and White Households in Barbados», en Gaspar y Hine, pp. 111-125.

[30] Prince, Mary, *La véritable histoire de Mary Prince, racontée par elle-même et commentée par Daniel Maragnès*, Albin Michel, París, 2000.

seguir a sus amos. En Haití, la colonia más rica en el siglo XVIII, los cualificados, en 1780, son: el 40 por ciento de los hombres que trabajan en las plantaciones de caña de azúcar, el 15 por ciento de los hombres que cultivan los cafetales, y sólo el 5 por ciento de las mujeres.[31] Sin embargo, los esclavos cualificados estaban mejor alimentados y recibían pequeñas gratificaciones. La talla de los esclavos jóvenes, comprobada en el marco de la lucha contra la trata sobre 50.000 de ellos, entre 1820 y 1860 en Estados Unidos, muestra que eran anormalmente bajos, pero los jóvenes recuperaban el retraso y el desarrollo durante la adolescencia, al contrario que las muchachas.[32] Esto lo confirman las declaraciones de los adultos, pues el 38 por ciento de los ex esclavos (hombres) declararon haber sufrido hambre, frente al 48 por ciento de las mujeres. La «brutal igualdad entre los sexos» ha existido, pero en el siglo XVII y sólo en las pequeñas plantaciones.

Pese a todo, las ex esclavas aparecen en sus memorias como mujeres dinámicas, conforme a los criterios morales de la época, tratando ante todo de proteger su comunidad de los blancos. La imagen que ellas quieren dar de sí mismas es no sólo positiva, sino heroica.

En el nombre del progreso y de la «domesticación» de las mujeres

La segunda colonización, la del imperialismo industrial, que se inicia hacia 1840, se enorgullece de ser más humanitaria que la primera, porque transporta el capital allí donde están los obreros en lugar de deportarlos. Hay que «elevar al indígena» hacia el hombre civilizado, hacer que salga de la ignorancia y que abandone sus costumbres malas y nefastas, incluso haciéndolos trabajar por la fuerza para luchar contra su «pereza» natural. Esta acción «civilizadora» es inseparable de un darwinismo social que establece un árbol genealógico de la especie humana en el que el negro se situaría en el último puesto, el asiático en un puesto intermedio, seguido de la mujer blanca y, luego, en lo alto, el hombre blanco. El desarrollo de la especie implicaría una división creciente de las tareas, en especial entre el hombre y la mujer, y el repliegue de ésta hacia su esfera esencial: el hogar doméstico, donde ella se ocupará, con una abnegación que se ha hecho

---

[31] Socolow, Susan, 1996, «Economic Roles of the Free Women of Color of Cap Français», Gaspar y Hine, pp. 279-292; Geggus, David, «Slave and the Free Colored Women in Saint-Domingue», Gaspar y Hine, 1996, p. 262.

[32] Steckel, *op. cit.*, p. 9.

«científica», de su marido y de sus hijos, lo que Barbara Rogers llama la «domesticación de las mujeres»[33], y ello por su bien. Así, un administrador británico en Birmania, de 1887 a 1891, critica la independencia de los birmanos, la igualdad entre los sexos y la naturaleza pacífica de este pueblo:

> Los hombres y las mujeres no son todavía suficientemente diferentes en Birmania. Es la marca de una raza joven, como han demostrado los antropólogos [...]. Las mujeres deben perder su libertad en interés de todos.[34]

La colonización expropiará a los «indígenas», obligará a los hombres a trabajar para los europeos y a las mujeres a alimentar a todo el mundo, manteniéndolas en los pueblos o en las ciudades.

El migrante forzado, la aldeana y la reclusa

En las «viejas colonias» francesas (Guadalupe, Guayana, Martinica, Reunión), 1848 marca el fin del derecho a poseer seres humanos. Mientras, los libertos piensan poder disponer de esta tierra que trabajan desde hace tanto tiempo, pero Francia no ha decidido lo mismo. Los ex esclavos no obtienen ninguna reparación por la suerte que se les ha hecho correr, en tanto que los ex amos reciben compensaciones generosas a cambio de aceptar la abolición. Ni siquiera se permite a los libertos quedarse en sus viviendas y cultivar sus huertos si no continúan trabajando en la plantación en la que viven. Además, aunque son bastantes los que huyen de las plantaciones, a partir de 1855 se les obliga a quedarse, con decretos contra el vagabundeo y un sistema de cartillas. Mientras preferirían trabajar por un salario, los colonos consiguen imponer, con la ayuda de la administración, un sistema de asociación y luego de aparcería que obliga a todos los miembros de la familia a trabajar la tierra sin otra remuneración que un tercio del producto bruto. La esclavitud es sustituida, así, por una forma de servidumbre que incluye a las mujeres y a los niños. Para vencer las reticencias de los

[33] Rogers, B., *The Domestication of Women: Discriminationin Developing Societies*, Tavistock Publications, Londres, 1980.

[34] Fielding Hall, *A People at School*, citado por Maria Mies, *Patriarchy and Accumulation on a World Scale: Women in International Division of Labour*, Zed Books Ltd., Londres, 1986. Véase también McClintock, Anne, *Imperial Leather. Race, Gender and Sexuality in the Colonial Context*, Routledge, Nueva York y Londres, 1995.

ex esclavos, Napoleón III acepta la inmigración de trabajadores africanos, chinos, japoneses e indios, lo que permite reducir las retribuciones de trabajo entregadas a los ex esclavos.[35]

En las colonias nuevas la expropiación de las tierras indígenas, cedidas a continuación a los colonos europeos, desestructura las relaciones sociales y transforma a los campesinos en asalariados agrícolas e industriales, en sirvientes o en desempleados.[36] La imposición tendrá un efecto análogo, obligando al agricultor de subsistencia a buscar un empleo como asalariado para pagar sus gastos.[37] Aunque lo prohíben los reglamentos, se requisa a las mujeres en Vietnam, en Indonesia o en África.[38] Las mujeres participan en la reparación de carreteras, transportan las piedras, cocinan, pelan los cacahuetes o trabajan en las misiones, tanto las que están embarazadas como las demás. Como están obligadas a dormir al aire libre, los hijos contraen neumonías. En 1898, la expedición francesa al Níger, que recibió el triste nombre de «Chop-chop»[b] por la rapidez con la que se utilizaba el machete contra los africanos —se quemaron 50 aldeas—, estaba formada por seis oficiales franceses, 600 soldados africanos, 200 mujeres y 800 porteadores.[39] En el África Ecuatorial francesa las mujeres re-

---

[35] Blérald, Alain-Philippe, *Histoire économique de la Guadeloupe et de la Martinique du XVII*[e] *à nos jours*, Karthala, París, 1986, pp. 89-128.

[36] Así, en Argelia, el 35 por ciento de los agricultores dejaron de serlo entre 1930 y 1948 (Lazreg, Marnia, *The Emergence of Classes in Algeria. A Study in Colonialism and Socio-Political Change*, Westview Press, Boulder, (Co.), los miembros de las tribus pasan de 6.000.000 en 1830 a 2.500.000 en 1852 y más del 65 por ciento de los hombres están desempleados en Argel, Constantina y Orán hacia 1870 (Knauss, P. R., *The Persistence of Patriarchy: Class, Gender, and Ideology in Twentieth Century Algeria*, Praeger, Nueva York, 1987, pp. 19 y 22).

[37] En África Ecuatorial francesa el 10 por ciento de los adultos masculinos son reclutados por la fuerza para trabajar, y el 150 por mil morirá (Cordell Dennis, D., y Gregory, J., *African Population and Capitalism. Historical Perspectives*, Westview Press, Boulder y Londres, 1987, p. 142). En el Congo Belga más de 500.000 porteadores son obligados a trabajar en 1893 (Mupasi, *idem*, 1987, p. 87); la I Guerra Mundial moviliza a más de 700.000 soldados de las colonias francesas (Hardy, Georges, *Histoire sociale de la colonisation française*, Larose, París, 1953, p. 207); Lindqvist, Sven, *Exterminez toutes ces brutes. L'odyssée d'un homme au cœur de la nuit et les origines du génocide européen*, Le Serpent à Plumes, París, 1998.

[38] Eisen Bergman, Arlene, *Femmes du Vietnam*, Édition des Femmes, París, 1975; Vreede de Stuers, Cora, *L'émancipation de la femme indonésienne*, Mouton, París, 1959; Fourchard, Laurent, «Les conditions de travail de la femme dans les pays de colonisation. 1935», *Clio, Histoires, femmes, sociétés*, 1997, pp. 195-200; Cordell, Dennis y Gregory, Joël, Piché, Victor, *Hoe and Wage. A Social History of a Circular Migration System in West Africa*, Westview, Boulder y Londres, 1993, p. 236.

[b] De *chop*, cortar, tajar en inglés. [N. del T.]

[39] Painter, Thomas M., «Making Migrants. Zarma Peasant in Niger, 1900-1920», en Cordell y Gregory, *op. cit.*, p. 125.

presentaban el 10 por ciento de los 25.000 trabajadores reclutados desde 1919 a 1926 para la construcción de las líneas férreas, donde la mortalidad alcanzó el 111 por mil.[40] Las leyes limitan la jornada de trabajo y prevén cierta cantidad como salario, pero estas normas no se respetan.

La contrata de trabajadores a cambio de un pasaje gratuito hacia lo que se presenta como el Eldorado se emplea en la India o el Congo en dirección a las Antillas, o desde China y Java hacia Sumatra, donde la población pasa de 100.000 personas en 1880 a 1.500.000 en 1930.[41] Las empresas adelantan el dinero del billete hacia el nuevo Eldorado, y luego adelantan el de la vida cotidiana. Los trabajadores acaban endeudándose por largo tiempo. Para apoyar este tipo de explotación, se establece un sistema represivo que castiga el menor signo de insumisión con multas, penas de prisión o trabajo forzado. Así, en Sumatra, entre el 5 y el 10 por ciento de los trabajadores serán condenados a penas diversas entre 1917 y 1926.

Las mujeres sólo representan entre el 10 y el 20 por ciento de la mano de obra de las plantaciones o de las minas, pero sus salarios son la mitad de los de los hombres, y a veces un tercio, como en Argelia —insuficientes, en todo caso, para poder alimentarse o pagar los impuestos[42], y además el alojamiento, aunque no se les garantiza ninguno—. Sobre este punto las interpretaciones difieren: algunos historiadores ven en ello una manera de incitarlas a la prostitución; otros, un medio para aumentar la promiscuidad y por tanto los nacimientos. Asimismo, las empresas no emplean hombres casados para no tener que construir alojamientos más grandes o proporcionar ayudas sociales. Así pues, los trabajadores, trasladados sin cesar de una plantación a otra, no pueden desarrollar lazos afectivos estables.

En África, las distintas y masivas políticas de reclutamiento de hombres jóvenes tienen el mismo efecto que antaño la trata. En 1922, en las colonias, la relación de masculinidad es de 72 a 100 hombres por cada 100 mujeres (85 en Senegal, por ejemplo), cifra inferior a la de Francia, pese a sufrir las consecuencias

---

[40] Cordell, Dennis, «Extracting People from Precapitalist Production. French Equatorial Africa from the 1890 to the 1930s», en Cordell y Gregory, *op. cit.*, p. 148.

[41] Esta fórmula se empleó en los primeros tiempos de la colonización de las Antillas y de Canadá. Stoler, Ann Laura, *Capitalism and Confrontation in Sumatra's Plantation Belt, 1870-1979*, Yale University Press, New Haven, 1985, p. 43.

[42] Eisen Bergman, *op. cit.*, p. 58; Magassa Amidu, *Papa-commandant a jeté un grand filet devant nous. Les exploités de la rive du Niger, 1900-1962*, François Maspero, París, 1978; Sall Babacar, *Le travail forcé en Afrique-Occidentale française (1900-1945)*, Karthala, París, 1993, p. 290.

de las terribles sangrías de la guerra de 1914-1918.[43] Se trata del efecto unido de las requisas de trabajadores por los colonos y el ejército, de las defunciones y de las fugas. El desfase es aún mayor en cuanto que la ocupación del espacio está diferenciada sexualmente: así, en el Congo Belga, entre 1955 y 1957, hay 130 hombres por cada 100 mujeres en las zonas urbanas, mientras que en las zonas rurales son 80 por cada 100 mujeres.[44] Los hombres migran, algunos mueren, otros adquieren cualificaciones y un poco de dinero; las mujeres, por su lado, se quedan en los pueblos con los niños y los ancianos. Una canción malawi se lamenta de esta separación forzosa: «Marido mío, no te preocupes/no me dejes sola/no vayas a Boni/pues necesitas ropa/pues necesitas dinero para la tasa de la tierra/Yo fabricaré cerveza/Venderemos la cerveza/No vayas a la esclavitud.»[45] Ante la sangría, las mujeres han de hacerse cargo de un mayor número de tareas agrícolas, abandonando a veces el cultivo del sorgo y del mijo, sustituido por la mandioca, que exige menos cuidados y crece más rápidamente, pero es menos nutritiva. Además, la expropiación de las mejores tierras atribuidas a los colonos europeos ha aumentado, en muchos casos, el tiempo necesario para llegar hasta los campos, y ahora las mujeres tienen menos tiempo para ocuparse de los hijos y de la preparación de la comida, por lo que se resiente la salud de todos.[46] Los colonos importan poco las tecnologías, por ejemplo la rastra, que podría sustituir a la azada utilizada por las mujeres, mientras que se desarrolla el arado, reservado a los hombres.[47] En África oriental, los escasos salarios percibidos permiten a los jóvenes casarse más pronto y disminuyen el acaparamiento de las muchachas por parte de los ancianos, pero no parece ser éste el caso del África occidental.[48]

Esta evolución no tiene nada de natural: son resultado de luchas de género y de alianzas sorprendentes entre colonizadores y colonizados, en detri-

---

[43] Echenberg, Myron, «Faire du nègre. Military Aspects of Population Planning in French West Africa, 1920-1940», en Cordell y Gregory, *op. cit.*, p. 100.

[44] Romaniuk, Anatole, *La fécondité des populations congolaises*, Mouton, París, 1967, p. 158.

[45] En Malawi el número de hombres por cada 100 mujeres es de alrededor de 87 entre 1921 y 1939 (Gregory, Joël y Mandela, Elias, «Dimensions of Conflicts. Emigrant Labor from Colonial Malawi and Zambia, 1900-1945», en Cordell y Gregory, pp. 221-239).

[46] Cordell, *op. cit.*, p. 152.

[47] En Lesotho había, en 1875, 238 rastras y 2.749 arados (Elredge, Elizabeth A., «Women in Production: the Economic Role of Women in 9th Century Lesotho», *Signs*, 16, 4, 1991, pp. 707-731).

[48] Turshen, Meredith, «Population Growth and the Deterioration of Health in Mainland Tanzania, 1920-60», Cordell y Gregory, *op. cit.*, pp. 187-200. La misma constatación efectúa Dawson, Marc H., «Health, Nutrition and Population in Central Kenya, 1890-1945», *idem*, pp. 201-220.

mento de los jóvenes y de las mujeres. En efecto, los colonizadores necesitan mano de obra, y prefieren no llenarse de niños que aumentarían el coste de mantenimiento. Los jefes, por su lado, quieren conservar a las mujeres en la aldea por su capacidad productiva y reproductiva, y como medio de presión para que los jóvenes vuelvan a la aldea para casarse y entreguen dotes cada vez más elevadas. En Rhodesia los jefes se quejan de que las mujeres se quieran marchar a la ciudad para encontrarse con su marido; y consiguen ordenanzas que prohíben a las mujeres abandonar la aldea sin su autorización, y que castigan severamente el adulterio femenino.[49] En Sudáfrica los tribunales indígenas prohíben pedir el divorcio antes de que pasen de dos a cinco años desde la separación, mientras que en otras épocas era la asamblea aldeana la que decidía, y en la que participaban las mujeres de edad o importantes.[50] En las zonas en las que se desarrollan los cultivos para la exportación, como el cacao, por ejemplo en Costa de Marfil o en Gambia, la posición de las mujeres no deja de degradarse por ello, pues la división sexual del trabajo se intensifica y las mujeres van transformándose paulatinamente en asalariadas, retribuidas de manera aleatoria, allí donde en otras épocas ellas controlaban la comercialización de sus producciones.[51] En la India se da también una cierta «ruralización» de las mujeres, pero las razones de este proceso son diferentes. Por una parte, las mujeres se quedan en las zonas rurales con el fin de conservar los derechos familiares sobre la tierra, aunque el hombre se haya marchado a buscar trabajo a otra parte. Por otro lado, dado que las mujeres de las clases populares o de las «castas bajas» trabajaban con frecuencia fuera, quedan excluidas de sus ocupaciones artesanales tradicionales de la aldea (alfarería, fabricación de sacos, descascarillado del arroz)[52], y esto más que los hombres. Con el cambio de siglo, las mujeres formaban todavía un tercio de los trabajadores de la industria del yute o de las plantaciones de té; cuando ambas in-

---

[49] Parpart, Jane, «Class and Gender on the Copperbelt in Northern Rhodesian Copper Mining Community, 1926-1964», en Robertson, Claire y Berger, Iris, *Women and Class in Africa*, Holmes and Meiers, Nueva York y Londres, 1986, pp. 141-160.

[50] Cutrufelli, Maria Rosa, *Women in Africa. Roots of Oppression*, Zed Books, Londres, 1983, p. 24.

[51] Pala Okelo Achola, «Daughters of the Lakes and Rivers: Colonization and the Lands Rights of Luo Women», en Étienne y Leacock, pp. 186-213; Étienne Mona, «Women and Men, Cloth and Colonization: the Transformation of Production-Distribution Relations among the Baule (Côte-d'Ivoire)», en Étienne y Leacock, pp. 214-238.

[52] Ferro, M., *Histoire des colonisations. Des conquêtes aux indépendances, XIIIe-XXe siècle*, Le Seuil, París, 1994, Points histoire, pp. 39-40.

dustrias declinan, se las despide, en nombre del peligro que representan estas actividades para su salud.[53]

Cuando las esposas se reúnen con los maridos en las ciudades, en la India o en el Mágreb, los maridos las encierran en las *zedanas*, las envuelven en velos cada vez más largos a medida que los colonizadores penetran en su espacio. Nadie, y menos el colonizador indiscreto, debe ver a las mujeres, que ya han sido alejadas de sus familias y sometidas únicamente a la buena voluntad de los esposos.[54] El trabajo doméstico se hace mucho más pesado y solitario. En Sumatra, durante la depresión de 1930, a las mujeres casadas se las echa de las plantaciones, pero no se las repatría a su lugar de origen. Luego, cuando sus maridos son contratados de nuevo (¡pero sólo con el 25 por ciento del salario anterior!), se les entrega un trozo de tierra y un alojamiento con el fin de fijar en el lugar a los trabajadores y mantener sus salarios al mínimo. Esta estrategia es la misma aplicada por los propietarios de las minas de cobre en Rhodesia.[55]

Por otro lado, la substitución de la propiedad colectiva por la privada lleva a la creación de nuevas relaciones de fuerza entre los géneros, pues suele hacerse sólo en beneficio de los hombres. Especialmente en el África Negra, donde las mujeres tenían una gran autonomía económica, las tierras que las mujeres trabajaban tradicionalmente, cuyos productos vendían y cuyos beneficios guardaban ellas, ahora las trabajan los hombres, que cultivan los productos destinados a la exportación, siendo las mujeres retribuidas sólo de manera aleatoria. Allí donde heredaban de los parientes, como en Argelia[56], su situación se ve debilitada por su frecuente reclusión o por la ausencia de derechos civiles. Los archivos judiciales están llenos de historias de mujeres que van a quejarse de que un pariente o un cónyuge se ha apropiado indebidamente de sus bienes por una simple declaración oral. Al menos estas mujeres han tenido la posibilidad de quejarse ante la justicia, pues la mayoría es analfabeta, accede difícilmente a la información y se encuentra más desprovista que los hombres frente a la nueva administración colonial. Así, en Lagos (Nigeria), los administradores coloniales,

[53] Había 2.200.000 trabajadoras agrícolas en 1881 y 1.400.000 en 1801 (Banerjee Nirmala, «Working Women in Colonial Bengal: Modernization and Marginalization», en Sangari y Vaid, 1990, *op. cit.*, pp. 269-301).

[54] Engels, Dagmar, *Beyond Pudra? Women in Bengal, 1890-1939*, Oxford University Press, Delhi, 1996, pp. 18-19; Lazreg, Marnia, *The Eloquence of Silence. Algerian Women in Question*, Routledge, Londres, 1996, p. 53.

[55] Stoler, *op. cit.*; Parpart, *op. cit.*

[56] Lazreg, *op. cit.*, p. 100.

según las actas de los procesos y otros archivos jurídicos, deciden con frecuencia en favor de los hombres, con los que se codean en diversos consejos o empresas.[57]

El invento del derecho consuetudinario

En 1984 el Tribunal Supremo indio rechazó la abolición de la «restitución del derecho conyugal»: en nombre de las tradiciones y de la necesidad de luchar contra el «mal del siglo», el divorcio, las mujeres se veían constreñidas a volver junto a sus maridos, aun a costa de hacerlo acompañadas por la policía. Ahora bien, la restitución del derecho conyugal no existía en la costumbre hindú, pues había sido introducida en 1857, tras la fusión de los tribunales supremos inglés e indios.

En 1884 una india de veintidós años, Rakhmabai, casada a los once, se negó a ir a vivir con su marido. Éste apeló a la ley inglesa, planteando así un complejo problema a todos los actores políticos. Al término de un juicio que duró tres años, el juez inglés declaró que el tribunal debía seguir tan sólo la costumbre local, y no podía, por lo tanto, aplicar la ley inglesa, mientras que los propios hinduistas se manifestaban ¡para que fuese aplicada! Tras la apelación, otros jueces llegaron a la conclusión de que los casados debían vivir juntos. Sin embargo, Rakhmabai prefirió ir a la cárcel. Finalmente el marido recibió una compensación financiera y aceptó dejar en libertad a su «mujer», que comenzó a estudiar medicina en Inglaterra y volvió luego a ejercer a la India.[58] Este caso ejemplifica lo que Hosbawm y Ranger[59] llaman la «invención de la tradición», es decir, la legitimación de un conjunto de prácticas que hacen referencia a la continuidad del pasado, cuando en realidad son recientes o incluso han sido inventadas, y que introducen cierta rigidez allí donde reinaba la flexibilidad. Esta operación permite legitimar el poder colonial insertándolo en las tradiciones del país colonizado mientras se deja que ciertos colonizados se beneficien de una situación

---

[57] Mann, Kristin, «Women, Landed Property and the Accumulation of Wealth in Early Colonial Lagos», *Signs*, 16, 4, 1991, pp. 682-706.

[58] Sudhri Chandra, *Enslaved Daughters of India. Colonialism, Law and Indian Rights*, Oxford University Press, Delhi y Londres, 1998. Véase también Lardinois, Roland, «En Inde, la famille, l'État, la femme», en Burguière, *Histoire de la famille*, Armand Colin, París, t. II, pp. 267-299.

[59] Hosbawm, Éric, y Ranger, Terence (compils.), *The Invention of Tradition*, Cambridge University Press, Cambridge, 1983.

de intermediarios, incluso conservando una parte de su poder. Muestran asimismo que la intervención colonial ha sido mucho más compleja de lo que dejaba entrever su justificación oficial por la lucha contra ciertas prácticas, algunas de las cuales no son sin duda nada defendibles, como la cremación de las viudas en la India (*sati*), el matrimonio infantil, el matrimonio forzado, el levirato (matrimonio obligatorio de la viuda con el hermano del muerto para impedir que ella se beneficie de la herencia) o la poliginia. Las intervenciones en este campo fueron lentas y sin gran efecto; trataban sobre todo de señalar la llamada superioridad moral de los colonizadores y legitimar su dominación más que de garantizar algún tipo de libertad femenina, que estaba lejos de existir en la propia Europa. En efecto, tras el comienzo del siglo XIX, el derecho reforzaba la apropiación de las mujeres casadas por parte de sus esposos y hacía perder los derechos civiles y políticos a las categorías de mujeres que los poseían anteriormente. En el siglo XX las leyes prohibieron al aborto y la contracepción femenina, privando a las europeas de sus derechos de reproducción. Con todo, entre 1856 y 1882 las feministas inglesas consiguieron garantizar la propiedad de las mujeres casadas, lo que no gustó nada a los administradores británicos, ni en el Reino Unido ni en la India. En Francia, el deber de obediencia de la mujer no desapareció de los textos hasta 1938 y 1942, y la noción de cabeza de familia y los derechos correspondientes no se suprimieron hasta 1965 y 1985.

Un derecho restrictivo de origen europeo se impuso a mujeres cuyo estatus variaba mucho según la región y la posición social. Si el estatus legal de las hindúes no era mucho más envidiable que el de las inglesas, a pesar del renombre de algunas poetisas y santas, algunas amerindias y africanas eran realmente más libres; algunas poseían derechos civiles y políticos, raramente reproductivos, más extendidos que los de las europeas, aunque otras menos. Asimismo, si las siamesas (hoy thailandesas) de la aristocracia, como las demás mujeres del sureste asiático, sufrían el matrimonio forzado, la reclusión y a veces el levirato, las de las clases populares gozaban de una autonomía económica y civil apreciable, en el marco de una diferenciación sexual relativamente débil.[60] Esto no impidió que las mujeres colonizadas, incluidas las esclavas, luchasen lo más posible por su autonomía y libertad, individual y colectivamente.

La invención del pasado ha sido frecuente en todas las colonizaciones de fines del siglo XIX, a partir de las informaciones que los magistrados o los administra-

[60] Bulbeck, Chilla, *Re-orienting Western Feminisms. Women's Diversity in a Post-colonial World*, Cambridge University Press, Cambridge, 1998, pp. 22-23; Vreede de Stuers, *op. cit.*

dores, que trataban de aplicar las costumbres locales, recogían de los notables masculinos. En la India se recogían de los letrados brahmanes, que filtraban las informaciones sobre el pasado a través de su propia concepción del mundo, pero a los que se escuchaba porque eran como un eco de la visión orientalista de los funcionarios británicos. Según Mani Lata[61], la misión regeneradora de la civilización no era conceptualizada como la imposición de una norma cristiana, sino como la recuperación de la verdad de las tradiciones indígenas. Así, el intento de abolición del sati, salvo cuando es la propia viuda la que lo desea, ya intentada por los dirigentes indios, en particular los sikhs, a finales del siglo XVIII, es renovado por la administración británica en 1829. Sin embargo, tiene el efecto de considerarla una práctica particular de la India, tanto a nivel regional como social, cuando sólo era observada por las clases altas hinduistas de la región de Calcuta. Además, la autoridad religiosa a la que se había consultado indicó que el sati no se menciona en el texto fundamental hinduista, el *Manu*, que más bien glorificaba la viudedad femenina ascética, pero que se permitía a las cuatro castas altas.

Más adelante, las leyes que llevaban la edad mínima para el matrimonio a diez años en 1860, a doce en 1891 y a catorce en 1931, no planteaban la cuestión del consentimiento de los interesados, y se aplicaron poco. Estas leyes provocaron numerosas manifestaciones y el gobernador general precisó que había que proceder caso por caso. En 1928 las feministas indias pedían que se elevase a los dieciséis años.[62] La cuestión del nuevo casamiento de las viudas agitó también la opinión anglo-india: debido a la diferencia de edad entre los cónyuges, un tercio de las esposas indias eran viudas, en Bengala, en 1891.[63] En Uttar Pradesh, en 1921, 12.641 muchachas de menos de quince años eran ya viudas y no tenían posibilidad de volver a casarse.[64] Sin embargo, las viudas de castas inferiores vuelven a casarse o viven en concubinato. Las canciones populares femeninas no mencionan estos problemas, pues son más bien de las castas altas hindúes.[65] Por otro lado, la lucha contra el levi-

---

[61] Lata, Mani, «Contentious Traditions: the Debate on Sati in Colonial India», en Sangari y Vaid, *op. cit.*, pp. 88-126.

[62] El porcentaje de muchachas casadas antes de los quince años pasó del 70 por ciento en 1911 al 50 por ciento en 1931. Banerji Himani, «Age of Consent and Hegemonic Social Reform», en Midgley, Clare, *Gender and Imperialism*, Manchester University Press, Manchester, pp. 21-44.

[63] Engels, *op. cit.*, pp. 41-45.

[64] Kapil, Kumar, «Rural Women in Oudh, 1917-1947: Baba Zam Chandra and the Woman's Question», en Sangari y Vaid, *op. cit.*, pp. 337-369.

[65] Banerjee, Samanta, «Marginalization of Women's Popular Culture in 19th Century Bengal», en Sangari y Vaid, *op. cit.*, pp. 127-203.

rato no se tomó en serio. En el Estado de Haryana, donde las mujeres desempeñaban un papel productivo importante, y donde los ingleses reclutaban numerosos militares, algunas viudas reclamaron ante los tribunales en contra del segundo matrimonio forzado con el hermano de su marido difunto, pero fue en vano: los hombres aseguraban que el matrimonio había tenido lugar, y era difícil probar lo contrario, pues los miembros de la extensa familia cohabitaban. Además, los ingleses no querían indisponerse con los cabezas de familia.[66]

Esta construcción conjunta de «derecho consuetudinario» por parte de los notables (hombres), tanto colonizadores como colonizados, volvemos a encontrarla en África, y en particular en Rhodesia del Sur. Los administradores que trataban de conocer las costumbres shona y ndebele interrogaban a los «expertos legales», invariablemente hombres, jefes de aldea o ancianos. Los administradores necesitaban de la colaboración de éstos para enviar a los más jóvenes a las minas y convencerlos de que su esposa les esperaría fielmente. Además, los conceptos que subyacían a la colonización estaban influidos por el darwinismo social. A propósito de la mujer, un comisario británico escribía, en 1924: «Su cerebro no está suficientemente equilibrado como para permitirle pensar adecuadamente, por lo que considero que el varón debe ser animado y asistido en la tutela de las hembras.»[67] Los notables africanos aprovecharon una orientación semejante para reforzar sus antiguas bases de poder y establecer otras nuevas, pretendiendo que las reclamaciones hechas por las mujeres respecto a los abusos o a las negligencias no eran tenidas en consideración por la costumbre. Mientras que anteriormente la esposa podía retirarse al seno de su familia, a la espera de ser reclamada por su cónyuge, los tribunales coloniales exigían que el «precio de la novia» fuese restituido al marido, lo que incitaba a las familias a devolver a sus hijas. Finalmente, mientras que la costumbre exigía que los hijos permaneciesen con el padre, pero tenía en cuenta el bien del hijo y podía ser flexibilizada según los casos, ahora la custodia se confiaba rígidamente al padre. Asimismo, en Argelia, los tribunales coloniales juzgaban negativamente a la mujer que abandonaba a su cónyuge porque éste tomaba otra esposa, le pegaba o se bebía todo el dinero que ganaba. Proponían incluso que la mujer fuese en-

---

[66] Chowdhry, Prem, «Customs in a Peasant Economy: Women in Colonial Haryana», en Sangari y Vaid, *op. cit.*, pp. 302-336.

[67] Schmidt, Elizabeth, «Patriarchy, Capitalism and the Colonial State in Zimbabwe», *Signs*, 16, 4, 1991, pp. 732-756.

carcelada, y hasta azotada, si se negaba a volver junto a su marido.[68] Tales alianzas «contra natura» entre colonizados y colonizadores por el control de las mujeres tenía por finalidad, sin duda, reducir la oposición de los colonizados a la colonización, aunque hay que decir que no la impedían. Así, en Mombasa, en la costa swahili, es el dirigente de la resistencia antibritánica quien escribe al nuevo administrador para pedirle que prohíba el matrimonio de las mujeres, sean libres o esclavas, con alguien que no sea de su casta.[69]

Tales alianzas entre colonizados y colonizadores no eran propias sólo de los británicos. Aunque se suponía que Francia deseaba la asimilación de los argelinos, reconocía el derecho islámico en materia privada. El derecho privado, que asignaba a las musulmanas, en las herencias, sólo la mitad de los bienes de sus padres, les dejaba al menos la personalidad civil, que las francesas perdían con el matrimonio, y el derecho al divorcio. Las argelinas que querían divorciarse se sirvieron de los tribunales indígenas y franceses, pues los jueces galos aceptaban más fácilmente las reivindicaciones relativas a la dote y a la pensión alimenticia, mientras que los islámicos se mostraban más comprensivos cuando se trataba de impotencia o desinterés sexual. Ahora bien, un buen número de mujeres fue devuelto a sus maridos por la policía, a veces con la obligación de pagarle daños e intereses y acusadas de no cumplir bien sus deberes domésticos. Ni siquiera la poliginia era motivo suficiente para obtener el divorcio según los magistrados franceses.

En Vietnam, la situación de confusión descrita por Osborne[70] podría haber sido bastante chusca si no hubiese perjudicado a las mujeres. Los mandarines no se mostraban dispuestos a dar garantías a la colonización francesa formalizada por el Tratado de Saigón de 1862, por lo que los franceses hubieron de esperar a que un orientalista tradujese lo que creían que era la costumbre local, el *Gia Long*, para poder aplicarlo. Sin embargo, el texto de 1812 copiaba en realidad la legislación china, mucho menos igualitaria que el código de los Lê (1470-1497), que incluía numerosas costumbres vietnamitas. En este último texto legal las mujeres tienen igual derecho a la herencia, pueden tener domicilio se-

---

[68] Lazreg, pp. 104-105; Charnay, J.-P., *La vie musulmane en Algérie d'après la jurisprudence du XXe siècle*. PUF, París, pp. 42-47. Christelow, Allan, *Muslim Law Courts and the French Colonial State in Algeria*, Princeton University Press, Princeton, 1985.

[69] Strobel, Margaret, «Slavery and Reproductive Labor in Mombasa», en Robertson y Klein, 1983, pp. 111-129.

[70] Osborne, Milton E., *The French Presence in Cochinchina and Cambodia. Rule and Response (1859-1905)*, Cornell University Press, Ithaca y Londres.

parado desde la edad de quince años y están capacitadas para elegir a su cónyuge. La mujer mantiene la propiedad sobre sus bienes y puede pedir el divorcio por ausencia prolongada del marido. Sin embargo, puede ser repudiada si no tiene un hijo varón, si comete adulterio o si ignora a sus suegros. Por el contrario, el *Gia Long* hace suyo el principio confuciano de las tres obediencias exigidas a una mujer: al padre, al marido y, si éste muere, al hijo mayor. Desde la década de 1880 los franceses, un poco desbordados por la complejidad de los asuntos que debían juzgar, aplicaron un sistema mixto, siguiendo generalmente la llamada práctica vietnamita si había un precedente. No obstante, y por poner un ejemplo, rechazaban que el hecho de no tener un hijo varón fuese motivo de divorcio.[71]

Pese a la denigración sistemática de las mujeres colonizadas, presentadas siempre como bestias de carga sometidas al hombre, y a las exhortaciones de las feministas, sólo tardíamente Francia trató de mejorar su suerte.[72] En las colonias francesas la oposición a la poliginia se justificaba sobre todo por el hecho de que reduciría los nacimientos y permitiría a los hombres no tener que buscar un salario, pues las mujeres trabajarían para ellos. Asimismo, desde 1927 los africanos convertidos al cristianismo ya no dependieron de la justicia de los tribunales consuetudinarios en el África Ecuatorial francesa, por lo que ya no tuvieron derecho a tener varias cónyuges. Sin embargo, todo quedó en eso, pues los colonizadores necesitaban a los jefes consuetudinarios para reclutar la mano de obra. Muchos de estos jefes tenían varias esposas, pero el colonizador toleró esta situación. Por otro lado, los efectos de la lucha contra la poliginia podían resultar perversos: llegó a suceder que los hombres sustituían a las segundas esposas que tenían un estatus claro por concubinas que no contaban con ningún derecho. Entre 1928 y 1934 se aprobaron varios decretos en favor de las mujeres, pero fueron sobre todo los de Mandel, en 1939, obra de sor Marie-Andrée du Sacré-Cœur, y los de Jacquinot, en 1951, que introducían la obligación del consentimiento de las novias y elevaron la edad mínima para el matrimonio. Con todo, la Constitución de 1946, al aceptar que los habitantes de las colonias

---

[71] No se promulgará un nuevo código civil en el norte hasta 1959, y hasta 1987 en el Vietnam reunificado. Krowolski, Nelly, «Mariage et statut de la femme vietnamienne à travers le code de la dynastie Lê», en Cauquelin, Josiane, *L'énigme conjugale. Femmes et mariage en Asie*, Presses Universitaires Blaise Pascal, Clermont-Ferrand, 2000, pp. 73-96; Bělanger, Danièle, *Rapports intergénérationnels et rapports hommes-femmes dans la transition démocratique au Vietnam de 1930 à 1990*, tesis de demografía para la Universidad de Montreal, pp. 37-68.

[72] Knibiehler y Goutalier, *op. cit.*, pp. 267-294.

se rigieran por el derecho consuetudinario en materia de estatuto personal[73], garantizó la perennidad de los derechos consuetudinarios discriminatorios en África. Si algunos antropólogos constatan algún efecto de estas medidas, es para deplorarlo: éstas habrían desestabilizado a las familias y habrían animado a las mujeres a divorciarse por una pequeñez. Resumiendo: vuelven a tomar los argumentos de sus informantes masculinos.[74] En Argelia estos decretos no se introducen hasta 1959, es decir, tres años antes de la independencia, en plena guerra, lo que los hizo poco efectivos. Además, no se aplican al Mzab, valle del Sáhara a seiscientos kilómetros de Argel, donde es frecuente el matrimonio forzado de las muchachas. Si tales decretos hubiesen sido aprobados en el cambio de siglo, entre el XIX y el XX, habrían sido claramente más útiles.[75]

En las cuatro antiguas colonias francesas (Guadalupe, Guayana, Martinica, Reunión), la abolición de la esclavitud instauró un sistema de discriminaciones legales en provecho de los hombres. Por un lado, los hombres libertos obtuvieron en 1848 el derecho de voto al igual que los ciudadanos franceses, mientras que los ex esclavos, como los metropolitanos, deberán esperar un siglo para beneficiarse de ello. Por otro lado, según el Código Civil de Napoleón, las esposas no disponían de derechos civiles y los hijos naturales no tenían los mismos derechos que los legítimos. Sin embargo, en 1936, la mitad de los nacimientos son ilegítimos: es decir, el derecho civil francés no corresponde en absoluto a la condición real de las mujeres y no les ofrece ninguna protección. Por otro lado, si los códigos electoral y civil se aplican tanto en las colonias como en la metrópoli, la aplicación de las leyes sociales y fiscales, por su lado, debe pedirla el gobernador local, pues estas normas no han sido instituidas como válidas también para las colonias. Por lo que respecta a la familia, se extienden inmediatamente a las colonias las leyes de 1920 y de 1923 que penalizan la contracepción y el aborto, y en 1938 se extiende la ley de 1932 sobre la generalización de subsidios familiares sólo a los asalariados (a excepción del personal doméstico, mayoritariamente femenino), pero en condiciones mucho más estrictas que en la metrópoli. Y lo que es más, los ulteriores desarrollos de estos textos no se ex-

---

[73] El estatuto personal engloba todas las cuestiones de derecho que se refieren directamente a la persona: el estado civil (apellido), la capacidad, la unión libre y el matrimonio, la filiación por la sangre y la adoptiva, el régimen matrimonial y las sucesiones.

[74] Dobkin, Marlene, «Colonialism and the Legal Status of Women in Francophonic Africa», *Cahiers d'Études Africaines*, 8, 31, 1960, pp. 390-405.

[75] Lazreg, 1994, *op. cit.*, pp. 88-89 y 103-104.

tenderán a las colonias. Sin embargo, en 1938 y 1942 el Código Civil francés abolirá el deber de obediencia (aunque mantendrá hasta 1970 la noción de cabeza de familia) y las mujeres de las colonias se ven beneficiadas por esta medida. Este primer paso hacia la igualdad civil se adelanta a la igualdad política obtenida con el derecho de voto de las mujeres en 1944.[76]

La educación y el «salvamento de la raza»

La educación y las campañas sanitarias han desempeñado un amplio papel en los intentos de legitimación del orden colonial y se citan todavía por sus beneficios. Sin embargo, y sea como sea, no afectaron a las mujeres.

La tarea de educar a los indígenas, aunque sólo fuese hasta la instrucción primaria, nunca se realizó. En 1950, cuando estaba acabando el período colonial, el porcentaje de niños que disponían de educación primaria era, según la Unesco, del 21 por ciento en las colonias británicas, del 16 por ciento en las belgas, del 10 por ciento en las francesas, el 5 por ciento en las portuguesas y (anteriormente) las italianas, resultados que dependían tanto del desarrollo económico diferenciado de las colonias como de la voluntad colonial.[77] Matiz suplementario a añadir a estas cifras: las muchachas no representan por lo general más que un tercio de los escolarizados.[78] En Vietnam la situación es todavía peor: en 1924, el 20 por ciento de los chicos iba a la escuela, mientras que sólo el 3 por ciento eran chicas. En Bengala, a pesar de estar administrado directamente por los británicos, algunas mujeres se convirtieron en maestras, médicos y enfer-

[76] Gautier, Arlette, «Nou pa lez enfan batars. La construction du genre par la France outremer», *Clio, histoire, femmes, sociétés*, 2000, p. 10.

[77] Robertson, Claire C., «Women's Education and Class Formation in Africa, 1950-1980», en Robertson, Claire y Berger, Iris, *op. cit.*, p. 106. Francia enseña a hablar francés a los hijos de los notables africanos para que puedan servir de intermediarios, mientras que en Indochina los franceses cierran las escuelas tradicionales donde se reclutaban los administradores, de los que se sospechaba que eran anticolonialistas, y abren escuelas francesas, en las que la mitad del programa denigra las realizaciones vietnamitas. La administración obliga a hacer exámenes a los vietnamitas, pero no a los africanos; en el CMI estos últimos aprenden a sumar y a restar y los vietnamitas álgebra y geometría (Nelly, Gail P., «Colonialism, Indigenous Society and School Practices: French West Africa and Indochina, 1918-1938», en Altbach, G. Philipp y Nelly, Gail P., *Education and the Colonial Experience*, Transaction Books, New Brunswick y Londres, 1984, pp. 9-38.

[78] En Argelia (Lazreg, p. 62), en Dahomey [hoy Benín], en Níger, en el Sudán francés [hoy Mali], y 35 por ciento en Alto Volta (Tardits, Claude, «Réflexions sur la scolarisation des filles au Dahomey», *Cahiers d'Études Africaines*, 2, 10, 1962, pp. 266-288; especialmente p. 67).

meras ya a fines del siglo XIX, pero sólo el 5 por ciento de ellas podía escribir su nombre en 1931.[79] Igualmente, la Escuela Normal de Rufisque (Senegal), creada en 1939 para formar maestras africanas, no tenía más que 120 estudiantes en su apogeo, entre ellas la futura novelista Mariama Bâ.[80]

Como en los países europeos, la administración colonial fue siempre reticente a abrir la enseñanza a las mujeres: un decreto francés de 1887 prevé escuelas para musulmanes en Argelia, pero sin que la educación sea obligatoria, y se niega a pagar los salarios de los directores.[81] Más adelante, la administración privó de salidas a la enseñanza femenina, negándose a aceptar mujeres en la función pública, pese a que las mujeres funcionarios eran ya numerosas en la metrópoli. Sin embargo, los muchachos no iban a la escuela más que para poder superar oposiciones, acceder a una profesión liberal o trabajar en el comercio y en la industria. Todas estas salidas estaban cerradas para las mujeres. Así, las dahomeyanas entrevistadas por Tardits en 1955[82] se dicen decepcionadas de verse, como sus madres, analfabetas, comerciantes o artesanas. Además, les resultaba más difícil encontrar un marido, pues los hombres tenían miedo de estas mujeres a las que los libros de lectura y las exhortaciones de los misioneros y de los maestros habían inculcado el gusto por los vestidos, muy caros en esa época, y el fastidio por el trabajo agrícola, que era, sin embargo, el destino de la mayor parte de ellas, aparte, también, de cierta idea de igualdad entre los sexos. A veces los padres rechazaban esta educación, tal como se la proponían. Así, los varones igbo de Nigeria que eran padres alegan que es suficiente para una muchacha saber plantar ñames y obedecer a su marido, y que la religión puede mejorarlas[83], a condición, de todos modos, de mantenerlas apartadas de los vestidos, de los perifollos y de la instrucción.

---

[79] Vietnam: Eisen Bergman, *op. cit.*, p. 69. En Indonesia el porcentaje de muchachas escolarizadas era del 10 por ciento (Vreede De Stuers, p. 33); Bengala: Engels, 1996, *op. cit.*, p. 59.

[80] Barthelemy, Pascale, «La formation des institutrices africaines en Afrique-Occidentale Française», *Clio. Histoire, femmes, sociétés*, 6, 1997, pp. 155-167.

[81] Lazreg, *op. cit.*, p. 66.

[82] Tardits, *op. cit.*, p. 267.

[83] Pagnon, Estelle, «Une œuvre inutile? La scolarisation des filles par les missionnaires catholiques dans le sud-ouest du Nigeria (1885-1930)», *Clio. Histoire, femmes, sociétés*, 7, 1997, pp. 35-59; igualmente Gaitskell, Deborah: «A Home with Hegemony? Coercion and Consent in the Education of Africa Girls for Domesticity in South Africa Before 1919», en Engels, Dagmar y Marks, Sheila (compils.), *Contesting Colonial Hegemony. State and Society in Africa and India*, British Academic Press, Londres, 1994, pp. 110-128. En el propio Reino Unido la enseñanza de la costura se hizo obligatoria en 1862 para las muchachas si las escuelas querían recibir subvenciones públicas.

Como en Europa, la enseñanza para los muchachos tiene una finalidad profesional y la de las muchachas una vocación doméstica, ya sea en las colonias francesas o en las británicas. Desde luego, se las inicia en algunos rudimentos de educación general por la mañana, pero la tarde, en principio, está dedicada a trabajos de costura. Semejante programa es apreciado por la burguesía tunecina, pero las madres igbo de Nigeria, acostumbradas a desempeñar un papel activo en su sociedad como comerciantes, cazadoras de elefantes o incluso guerreras, lo rechazan. En 1925-1926, en África, el movimiento de oposición de las «mujeres que bailan» rechaza esta escuela de domesticidad que rompe la autonomía tradicional y critica todas sus tradiciones, tanto las corporales (llevar anillos, pinturas sobre el cuerpo), de vestimenta (llevar el busto descubierto), culturales (las danzas, por ejemplo, se consideran lúbricas) o rituales (excisión)[c]. Este movimiento permitirá a las mujeres reconquistar cierto poder y, una vez que se abran a estas otras salidas, tanto matrimoniales como profesionales (por ejemplo, el oficio de costurera), las madres desearán llevar a sus hijas a la escuela.

Carente de contenido profesional respecto a la masculina, la enseñanza femenina es, además, más ideológica, basada en el adoctrinamiento, al menos si consideramos el contenido de los programas en Argelia, tal como los analiza Marina Lazreg.[84] Esta autora cita también el caso de unas huérfanas de Argel que, al finalizar los estudios, representan una obra de teatro en la que se alaba a la Francia bienhechora que les da la ocasión de estudiar, justo en el momento en que sus padres se habían rebelado contra los franceses, pues con otro vencedor ellas habrían conocido el deshonor: «Francia, en cambio, combate por la justicia.» Se comprende que una enseñanza como ésta se haya opuesto al rechazo de los padres. Después de la independencia, por el contrario, la tasa de escolarización femenina aumentará muy rápidamente en Argelia y Tunicia.

Los misioneros[85], que han desempeñado un papel esencial en la enseñanza de los colonizados, y también en Francia, insistían muy concretamente en la educación moral de las mujeres, a las que querían convertir en féminas competentes según los criterios recién descubiertos de la higiene, y en esposas virtuosas para matrimonios cristianos, que fuesen verdaderas camaradas «en la dife-

---

[c] Aunque se refiere a un tipo de clitorectomía particular, es un término general para las formas de clitorectomía o mutilación genital femenina. [N. del T.]

[84] Lazreg, *op. cit.*, p. 75.

[85] Hugon, Anne, «La contradiction missionnaire. Discours et pratique des missionnaires méthodistes à l'égard des femmes de la Côte-de-l'Or (1835-1874)», *Clio. Histoires, femmes, sociétés*, 1997, 7, pp. 15-34.

rencia». Así pues, las «escuelas de novias» del Camerún tendrán por finalidad formar a las futuras esposas de los catecúmenos para que supiesen llevar un hogar y coser vestimentas decentes destinadas a ocultar su propia desnudez, todavía demasiado frecuente. En la India, según Borthwick[86], la educación prodigada por los misioneros habría conducido a una redefinición de las relaciones conyugales en las clases medias hindúes. Sin embargo, según otros autores, las tradiciones indias, básicamente védicas, desarrolladas para resistir a la islamización, habrían ejercido un impacto mucho más importante. Parece ser que mujeres indias de diferentes medios, que habían frecuentado las escuelas misioneras, hallaron en éstas una voluntad de existir por sí mismas.[87]

En lo que respecta a la otra cara de la acción social colonizadora, la salud, hay que recordar, en primer lugar, que la colonización provocó numerosas muertes, en particular entre los hombres jóvenes. Sin embargo, las situaciones aparecen muy diversificadas: en el Mágreb la población se duplicó; creció moderadamente en África occidental; en África ecuatorial disminuyó entre 1890 y 1920, más débilmente entre 1920 y 1945, para aumentar a partir de 1960.[88]

A comienzos del siglo XX los colonizadores lanzaron campañas de erradicación de las enfermedades, sobre todo a través de las vacunas, muchas veces aplicadas bajo vigilancia policial. Sin embargo, las poblaciones rurales[89], que incluían la más elevada concentración de mujeres, fueron olvidadas. Después de la I Guerra Mundial apareció la voluntad de explotar los descubrimientos de Pasteur, de prevenir las enfermedades a través de la educación de las madres y de «salvar a la raza» amenazada por la subfecundidad. Tema recurrente en la propia Europa, aunque las causas serían diferentes, porque en África derivarían

[86] Borthwick, Meredith, *The Changing Role of Women in Bengal, 1849-1905*, Princeton University Press, Princeton, 1984.

[87] Mehta, Rama, *The Western Educated Women*, Asia Publishing Book, Nueva York, 1970.

[88] Gervais, R. Raymond, «Contribution à l'étude de l'évolution de la population de l'Afrique-Occidentale française, 1904-1960», *Les dossiers du CEPED*, p. 23; Rouissi, Moncer, *Populations et sociétés au Magreb*, Cérès Productions, Túnez, 1977 (especialmente p. 81).

[89] Así, sólo el 36 por ciento de las consultas de los adultos se refieren a las mujeres en los centros médicos de Costa de Marfil en 1932 (Domergue-Cloarec, Danielle, *La santé en Côte d'Ivoire, 1905-1938*, Académie des Sciences d'Outre-Mer, París, t. I, p. 374). Para todo este părrafo, Kniebiehler y Goutalier, *op. cit.*, pp. 187-200; Becker, Charles, y Collignon, René, «A History of Sexually Transmitted Diseases and AIDS in Senegal: Difficulties in Accounting for Social Logics in Health Policy», en Setel, Philip et al., *Histories of Sexually Transmitted Diseases and HIV/AIDS in Sub-Saharan Africa*, Greenwood Press, Wesport y Londres, 1999, pp. 65-96; Sanderson, Jean-Paul, «Le Congo belge entre mythe et réalitě. Une analyse du discours démographique colonial», *Population*, 55, 2, marzo-abril de 2000, pp. 331-355.

«de las enfermedades de transmisión sexual y de la práctica de la poligamia», resumiendo, de una «copulación excesiva», y esta explicación permitía ocultar la responsabilidad de la colonización. En 1919 se inauguró en Dakar (Senegal) una maternidad indígena; en Constantina (Argelia), un dispensario para mujeres en 1923 (60.000 consultas); en África se abrieron sucursales del Instituto Pasteur en 1923. La educación de las madres tendía con frecuencia a culpabilizarlas: en efecto, se las consideraba al mismo tiempo disolutas y salvajes, «peor que los animales», pues según los colonizadores destruían a sus hijos con prácticas tan repugnantes como nocivas. Se hicieron esfuerzos para erradicar la medicina tradicional, en la que las mujeres solían desempeñar un papel importante. Si algunas prácticas resultaron ser verdaderamente peligrosas o nocivas tanto para las madres como para los niños, ciertas plantas tenían una eficacia real. Tanto es así que hoy las utilizan las industrias farmacéuticas. La política reproductiva se mostró represiva hacia las mujeres, con la condena del aborto y de la contracepción, y proclive a los hombres, con desgravamiento de impuestos y con primas a los padres de familia numerosa.

De todos modos, y particularmente en África[90], estos intentos se quedaron en el tintero, y las poblaciones que recibieron servicios sanitarios, ventajas financieras o represiones fueron muy escasas: en Tanzania, entre el 5 y el 15 por ciento de los hombres y las mujeres se beneficiaron de los servicios sanitarios; en el Congo solamente 210.000 cabezas de familia recibían asignaciones *familiares* en 1955.[91] Incluso en Uganda, donde la acción de los misioneros era insistente, el hecho de que la tasa de natalidad superase a partir de 1924 la de mortalidad no puede atribuírseles: todavía en 1926, sólo 2.000 de los 16.000 nacimientos de niños vivos fueron atendidos por comadronas. En Kenya como en Tanzania, la ayuda alimentaria habría sido más eficaz que las intervenciones biomédicas para contrarrestar la crisis demográfica. En efecto, las madres evitaban al personal médico y paramédico porque solía ser masculino y extranjero, y porque criticaba las prácticas de aquellas. La debilidad de la enseñanza primaria, por no hablar de la secundaria, explica la dificultad de encontrar mujeres cualificadas, aunque

[90] Tanzania: Turshen, *op. cit.*; Congo: Romaniuk, *op. cit.*, p. 29. Para una población de unos 15.000.000 en 1960: www.grids2.cr.usgs.gov./globalpop/africa/opp-.php3; Summers, Carole, «Intimate Colonialism: the Imperial Production of Reproduction in Uganda. 1907-1925», *Signs*, 16,4, 1991, pp. 787-807; Kenya: Dawson, *op. cit.*; Escuela de Dakar: Kniebiehler y Goutalier, *op. cit.* Véase asimismo el magistral estudio de Domergue-Cloarec sobre Costa de Marfil (*op. cit.*).

[91] Blanc, Robert, y Théodore, Gérard, «Les populations d'Afrique Noire et de Madagascar: enquêtes et résultats récents», *Population*, 15, 3, julio de 1960, pp. 430-431.

la administración descubre tarde que las necesitaba. La Escuela de Medicina de Dakar (Senegal) sólo formó, entre 1921 y 1944, 336 comadronas y 53 enfermeras visitantes, y estas últimas no solían hablar las lenguas vernáculas. Tales campañas se hicieron más frecuentes después de la II Guerra Mundial. Con todo, la esperanza de vida no superaba los treinta y cinco años en el África francesa en 1955, y habrá que esperar a las independencias para que las hambrunas desaparezcan en la India. En Indochina[92] las políticas sanitarias y el crecimiento de una muy densa red de regadío que hubiese permitido desarrollar la producción agrícola habrían permitido reducir la mortalidad pero, aquí también, el progreso colonial no estuvo a la altura del coste pagado por los que fueron colonizados, especialmente en período de guerras.

La segunda colonización se diferenció de la primera al operar una separación más radical entre los géneros. Otras intervenciones coloniales han sido más constantes a lo largo del tiempo, con respecto a la religión, la sexualidad o la erradicación del poder político femenino.

Transversalidades coloniales

Religión

Aunque la primera colonización se haya hecho en el nombre de Cristo y la segunda en nombre del progreso, en ambos casos los misioneros desempeñaron un papel muy semejante, esencial en cuanto a la legitimación de la colonización, pero muy marginal por lo que respecta a las realizaciones concretas, salvo en contados casos. Los misioneros proponían un modelo de relación entre los sexos contraria a la autonomía de las mujeres y se topó con resistencias allí donde existía, pero puede haber sido considerado una mejora en otras sociedades.

El modelo familiar propuesto por los misioneros, ya fuesen católicos o protestantes, era muy semejante: eliminación de la libertad sexual prematrimonial y conyugal, del derecho al divorcio, de la poliginia y también de la poliandría, y subordinación de las esposas a sus maridos. Un montagnais-naskapi[d] a quien

[92] Brocheux, Pierre, y Hemery, Daniel, *Indochine, la colonisation ambiguë (1858-1954)*, La Découverte, París, 1994.

[d] Montagnais-naskapi: se trata de dos poblaciones muy próximas de indios canadienses de lengua algonquina (cree-montagnais-naskapi), que hoy superan los 10.000 hablantes. [N. del T.]

un jesuita explicaba que si la mujer era infiel no se sabía si el hijo era o no el del marido, respondió: «Vosotros, los franceses, no queréis más que a vuestros hijos, mientras que nosotros queremos a todos los niños de nuestra tribu.» A los hombres se les incitó a asumir lo esencial de la producción y de la distribución de los bienes y a tomar la dirección de las familias, incluso por la violencia. Ciertos hombres lanzaban a sus mujeres un discurso influido por las ideas de los misioneros: «Sois vosotras, las mujeres, las que meten al demonio entre nosotros. Vosotras no queréis ser bautizadas. Cuando pasáis delante de la cruz, no la saludáis nunca. Vosotras queréis ser independientes. Ahora bien, debéis saber que obedeceréis a vuestros maridos y vosotros, jóvenes, sabed que obedeceréis a vuestros padres. Y si no lo hacéis así, no os daremos nada de comer.» Algunas mujeres aceptaban este discurso e iban a confesarse a los curas: «Padre, he ofendido a Dios, no he obedecido a mi marido...» Otras, en cambio, se rebelaban.[93]

Sin embargo, la cristianización fue con frecuencia formal y poco intensa, por lo que no ha transformado en profundidad las relaciones entre los sexos. Así, en México, desde 1540, casi todos los indios vivían formalmente según las leyes del matrimonio cristiano, pero el espacio doméstico, en el siglo XVIII, seguía estando regido por la comunidad.[94] En efecto, el clero era relativamente escaso y no mostraba una conducta muy ejemplar. Además, los medios de presión se basaban sobre todo en la palabra y la persuasión. Con todo, las múltiples acusaciones de la Inquisición contra indias consideradas brujas ponen de manifiesto al mismo tiempo la resistencia de los indígenas, y en particular de las mujeres, así como la existencia de una represión real.[95] En las Antillas francesas, cuando la trata fue tomando proporciones gigantescas, el número medio de esclavos que cada religioso se suponía que debía educar aumentó en muy gran medida. Las parejas casadas son bastante numerosas en el siglo XVII, mientras que son poco frecuentes en el XVIII, o incluso no existen más que en algunas grandes plantaciones pertenecientes a religiosos o a amos católicos. Con todo, muchos de ellos eran, según los religiosos, «malos matrimonios», porque los cautivos no creían en la indisolubilidad del vínculo, o bien porque persistía la poliginia, en especial entre los esclavos cualificados. En el siglo XIX la perspectiva de abolición propagó el tema de la nece-

---

[93] Thwaites, R. G. (compil.), *The Jesuit Relations and Allied Documents*, 71 vols., Burrows Brothers, Cleveland, 18, 1906, pp. 107 y 195-197, citado por Leacock, Eleanor, «Montagnais Women and the Jesuit Program for Colonization», en Leacock y Étienne, *op. cit.*, pp. 25-42.

[94] Bernand, Carmen, y Gruzinski, Serge, «Les enfants de l'apocalypse», en Burguière, André, *L'histoire de la famille*, Armand Colin, París, 1986, t. II, pp. 177 y 192.

[95] Socolow, *op. cit.*, 2000, p. 47.

saria moralización de los esclavos, pero esta campaña dio por resultado un aumento ridículo de la media anual de matrimonios entre esclavos, que no llegaban a los cincuenta al año. Después de la abolición se produjeron numerosos matrimonios y legitimaciones de niños, pero esta tendencia no se prolongó.[96]

La opinión de los esclavos sobre la cristianización es poco conocida. En todo caso, fueron capaces de mantener cierta autonomía y de continuar practicando, sobre todo en la isla de Santo Domingo —que ahora se había convertido en Haití—, cultos de origen africano, como el vudú, en el que las mujeres desempeñan un papel fundamental. Los misioneros protestantes, parece ser, consiguieron convertir a los esclavos en profundidad, tanto en las Antillas inglesas como en la federación estadounidense. La religión, al tiempo que inculcaba una ideología de respetabilidad sexual que las esclavas no siempre podían poner en práctica, proporcionaba un sentido y un lenguaje a la opresión que padecían, como las judías de Egipto. Asimismo, las mujeres que escriban autobiografías lo harán en términos religiosos.[97]

En Bombay los motivos de conversión de los hindúes eran bastante variados.[98] Mientras los hombres se convertían con frecuencia por motivos teológicos abstractos, las mujeres lo hacían a petición de sus maridos o porque estimaban que el hinduismo las oprimía. La célebre Pandita Ramabai que, tras algunas estancias en Inglaterra y en Estados Unidos, fundó la primera asociación de mujeres de Maharashtra y creó una casa de rehabilitación para prostitutas y una escuela, se convirtió a una Iglesia cristiana, disidente en 1883, pues prefería una religión que no tuviese diferencias de casta, de color o de sexo. Muchas viudas que frecuentaban su escuela se convirtieron, a pesar de los malos tratos que les infligía su familia como reacción. Allí encontraban una vida cotidiana más fácil, sobre todo porque no estaban sometidas a toda la serie de prohibiciones relacionadas con su supuesta impureza que les imponía el hinduismo. Sin embargo, esta opción no les impidió criticar el racismo de los misioneros, hombres o mujeres, e insistir en su propia indianidad. También en África las mujeres se convirtieron al cristianismo, a veces por motivos muy materialistas, y en especial

[96] Gautier, Arlette, «Les familles esclaves aux Antilles françaises, 1635-1848», *Population*, 55, 2, noviembre-diciembre de 2000, pp. 975-1001.

[97] Statson, Erlene, «Studying Slavery», en Hull, Gloria, Bell Scott, Patricia, Smith, Barbara, *All the Women are White, all the Blacks are Men, but Some of Us are Brave*, The Feminist Press, Old Wesbury (NY), 1982, pp. 61-92.

[98] Anagol, Pamela, «Indian Christian Women and Indigenous Feminism, c. 1850-1920», en Midgley, Claire, *op.cit.*, pp. 79-103.

para aprovechar el Código Civil que les permitía heredar de su cónyuge, lo que era contrario a la costumbre. Algunas de estas africanas fundaron asimismo Iglesias cristianas disidentes.[99]

En África, a finales del siglo XIX, algunos misioneros rescataban cautivos para liberarlos y también muchachas que se habían refugiado con ellos para huir de los matrimonios forzados o para proseguir su educación. A veces los misioneros lucharon contra los recasamientos forzados de las viudas y trataron de mejorar la suerte de las mujeres. Esto llevó a algunos jefes, en Zimbabwe, a negarse a aceptar misiones en su territorio: «Si yo pego a mis mujeres, éstas correrán a buscar protección junto al profesor.» En Ghana o en Camerún otros misioneros llamaban a capítulo a los hombres violentos pero, sobre todo, a las mujeres «culpables de insubordinación»[100]. Así pues, la acción de los misioneros no fue siempre negativa, como en los contextos de marcada subordinación de las mujeres.

El harén colonial

De Marco Polo a las novelas coloniales, en las que muchachas o mujeres colonizadas se ofrecen o son ofrecidas por su padre o por su marido, pasando por las tarjetas postales en las que se veían mujeres más o menos desnudas en la misma postura lánguida, fuese cual fuese su civilización, se construye un imaginario colonial masculino en el que las mujeres están disponibles para todo tipo de voluptuosidad.[101] Representación bien diferente de la de Europa, donde las familias y las Iglesias vigilan de manera cada vez más acentuada el acceso a las mujeres, y donde la imagen de mujeres libertinas de sexualidad insaciable es sustituida por la de mujeres sin deseo sexual, congeladas en sus costumbres. Este harén colonial, según la afortunada expresión de Alloula[102], van a buscarlo algunos hombres por todo el mundo, de América a Indochina, e incluso bajo los velos de las argelinas. Los conquistadores buscan con la misma voracidad mujeres y oro, y constituyen sus harenes rodeándose de cautivas. Cuan-

---

[99] Mann, *op. cit.*, p. 693; Coquery-Vidrovitch, *op. cit.*, pp. 83-88.

[100] Ghana: Schmidt, *op. cit.*, p. 748; Hugon, *op. cit.* Camerún: Vincent Jeanne-Françoise, *Femmes Beti entre deux mondes. Entretiens dans la forêt du Cameroun*, Karthala, París, 1976, reedic. 2001. Un informante declara que antes se mataba a las viudas, mientras que ahora se limitan a pegarles.

[101] Véase el cuaderno de fotos en Bulbeck, *op. cit.*

[102] Alloula, Malek, *The Colonial Harem*, University of Minneapolis Press, Minneapolis, 1986.

do aquéllos se rebelan en La Española, reclaman no tener que trabajar más y poder disponer de todas las mujeres que quieran.[103]

Este sueño de unos se convirtió en la pesadilla de otros. En primer lugar, está la guerra de conquista, con su secuela de violaciones impunes contra mujeres desarmadas, porque alivian a los soldados, para los cuales el otro no es un ser humano, sino un enemigo, y así aterrorizan y humillan además a las poblaciones. Los indios que se resisten son azotados, muertos o echados a los perros, como en Yucatán. La violación puede ser una estrategia de terror, como en Argelia, donde las hijas de notables recalcitrantes son enviadas a los burdeles militares de campaña (Bordels Militaires de Campagne, BMC).[104] Luego —o paralelamente— vino el tiempo de las alianzas con algunos grupos estratégicos para dominar a la población dividiéndola. Las mujeres se utilizan entonces como intérpretes lingüísticas y culturales, enseñan la geografía física y social a sus amantes, les ayudan a descubrir conspiraciones e insurrecciones. El idilio de Pocahontas[105] representa la relación entre colonizador y colonizado, y también entre los sexos y entre los grupos, como una alianza y no como una guerra. Sin embargo, los matrimonios entre dominados y dominadores son muy raros.[e]

G. GROSLIER: *LA ROUTE DU PLUS FORT*[106]

Pierre Ternier, al describir a su mujer, Vétônea, dice de ella:

«¿Por qué, en efecto, sería ella inferior por ser de otra raza? Ella tiene un corazón y un alma. ¿Son los mismos y los usa del mismo modo que nosotros? Este

→

[103] Delamarre y Sallard, *op. cit.*, 1992, pp. 28-30 y 63.

[104] Lazreg 1994, *op. cit.*, p. 59; para la América Latina véase Delamarre y Sallard, *op. cit.*, pp. 66-68; Socolow, *op. cit.*; Giraud, Michel, «Viol et société coloniale. Le cas de la Nouvelle-Espagne au XVIII[e] siècle», *Annales*, ESC, 3, mayo-junio de 1968, pp. 625-637.

[105] Hulme, Peter, *Colonial Encounters. Europe and the Native Caribbean, 1492-1797*, Methuen, Londres y Nueva York, 1986, pp. 137-169.

[e] Una relación semejante existió entre Hernán Cortés y una india de Tabasco que le fue regalada en 1519, Malintzin, bautizada y con el nombre de Marina, y convertida en intérprete, concubina y consejera del europeo; más tarde Cortés la pasó a uno de sus capitanes. [N. del T.]

[106] Citado en Gay, Bernard, «Les relations entre hommes et femmes au Cambodge et au Laos vues par la littérature coloniale de fiction», en Denys Lombard (comp.), *Rêver l'Asie. Exotisme et littérature coloniale aux Indes, en Indochine et en Insulindie*, 1993, pp. 39 y 83-84.

apego, esta obediencia, esta discreción, esta atención estrecha de la que os rodea y que, en ella, son cualidades femeninas que ella no se impone, pero que dispensa atávicamente, se colorean lentamente ante vuestros ojos con color de amor y, de día en día, usted pierde pie. Las comparaciones que usted propone os justifican inmediatamente. ¡Una francesa no sería así! Desde luego que no. Y la francesa os parece pesada, espesa, vulgar, ruidosa, porque usted tiene ante sus ojos este cuerpo delicado, flexible y pasivo. El aseo y los afeites occidentales se hacen complicados, ridículos, pues usted se adapta mejor, ahora, a un taparrabo de seda siempre fresco y a un chal. La francesa sufre por el clima, suda, sus greñas os repugnan, mientras que esta indígena sigue estando fresca, enjuta y suave como el marfil.»

No tienen la posibilidad de ser toleradas, salvo si son princesas, como en el caso de Pocahontas, convertida en lady Rebecca y presentada a la pareja real inglesa antes de morir en Londres, pues es el rango lo que blanquea más que el dinero. Sin embargo, incluso la estrategia a que nos hemos referido no ha sido nunca frecuente: sólo el 10 por ciento de los conquistadores se casaron con princesas indias en La Española en 1514, lo que luego les permitirá reclamar tierras.[107] En el siglo XVII Colbert soñaba con una colonia mestiza en Canadá, pero el gobernador Vaudreuil escribió a comienzos del siglo XVIII que «no hay que mezclar la sangre buena con la mala». En el siglo XIX los ideólogos franceses esperan en vano, en Argelia, el matrimonio de los hijos de los colonos con las muchachas kabilas.

Con el colonialismo el concubinato era la verdadera institución en las relaciones sexuales: éste no garantizaba ningún derecho a la compañera ni a su prole, y permitía cambiar de pareja a voluntad. Algunos conquistadores, lo mismo que algunos plantadores antillanos u holandeses, dejaban elegir mujer a sus empleados, fuesen asalariados o esclavos «de talento», como recompensa, o para tenerlos contentos, pero también para que no fuesen detrás de las mujeres por todas partes, lo que perjudicaría su salud y su productividad y podría molestar a los demás trabajadores. Las reglas de acceso a las escasas mujeres dependían de la «raza», de las cualificaciones y de la antigüedad. En las plantaciones de caña

[107] Delamarre y Sallard, *op. cit.*, p. 92.

de azúcar de Haití, en las de yute en la India en el siglo XVIII, o en las de caucho de Sumatra a fines del siglo XIX, tales arreglos eran impulsados por las compañías y administraciones, que se negaban a pagar el pasaje a las esposas e hijos de sus empleados y a concederles al menos alguna ventaja, favoreciendo silenciosamente el concubinato con las colonizadas.[108] Como subraya un oficial sanitario en el Congo alemán: «El concubinato es más ventajoso que dañino para la salud [...]. Incluso bajo la piel negra, el eterno femenino es un excelente fetiche contra las carencias emocionales que son tan frecuentes en la soledad africana.»[109] Y añade que tales relaciones protegen de numerosos peligros, pero que debe retirárseles todo reconocimiento y toda protección oficial. Cuando la dominación se ha institucionalizado lo suficiente y hay que preocuparse de legitimarla moralmente, y cuando los mestizos se multiplican, o bien cuando se organizan las resistencias, hay que oponer el grupo de los dominadores al de los dominados sobre bases raciales, cortando todos los puentes entre ellos. Entonces los administradores y las compañías permiten que vengan a la colonia las esposas de los colonos; a ellas se responsabiliza del aumento de la distancia entre los grupos étnicos.

Las muchachas o las esclavas pueden ser entregadas por los padres o los maridos americanos o africanos como signo de honor. Que el destinatario del don fuese un europeo o un hombre de su sociedad no cambiaba nada, probablemente, para ellas. Estas uniones eran sin duda más efímeras, pero podemos hacer la hipótesis de que ellas a veces se alegraban. Algunas «mujeres de nadie», amerindias, *signares*[f] de San Luis de Senegal o de Tamatave (Madagascar)[110], pudieron elegir sus relaciones. Esta situación garantizaba ciertas ventajas materiales a las mujeres, lo que no era poco cuando el colonialismo, al mismo tiempo, empobrecía y mataba de hambre a las poblaciones, pero no siempre se ac-

---

[108] Stoler, Ann-Laura, «Carnal Knowledge and Imperial Power. Gender, Race and Morality in Colonial Asia», en Lancaster, Roger, N., y Di Leonardo, Micaela, *The Gender Sexuality Reader*, Routledge, Londres, 1997, pp. 13-31.

[109] Citado por Mies, Maria, p. 98. El mismo discurso tenemos entre los doctores militares que ejercían en el África Occidental francesa (Simonis, François, «Splendeur et misère des *Moussos*. Les compagnes africaines des Européens du cercle de Sĕgou au Mali (1890-1962)», en Coquery-Vidrovitch, Catherine (compil.), *Histoire africaine au XXe siècle. Sociétés-Villes-Cultures*, L'Harmattan, París.

[f] Escrito también sinyar, designaba a la senegalesa casada temporalmente con un europeo que transcurría un tiempo en África y que podía estar casado en Europa. El estatus de signare daba cierto prestigio a la mujer. El término proviene del portugués *senhora* (señora). [N. del T.]

[110] Blois, D., «Tamatave, la cité des femmes», *Clio. Histoire, femmes, sociétés,* 6, 1997, pp. 61-86.

tuaba de manera consecuente. En el siglo XX una malgache vivió diecisiete años con un hombre, le dio dos hijos, y luego él llevó a uno de ellos a la metrópoli. No volvió a saber nada de él. Sin embargo, gracias a esta relación ella pudo ayudar a sus padres y comprar una tienda de comestibles. La gente la despreciaba, pero acabó por aceptar su situación.

Las relaciones venales existían mucho antes que el colonialismo, en especial en Argelia, donde el poder otomano las organizaba en los puertos, y en la India, donde las prostitutas constituían un grupo profesional. De todos modos, éstas adquirieron más amplitud con el desarrollo de las migraciones masculinas, la desestructuración de los nexos tribales y familiares, el empobrecimiento generalizado, y por la presencia de los ejércitos coloniales. Las mujeres abandonadas o rebeldes no tenían otra posibilidad de supervivencia; sus salarios representaban por lo general sólo la mitad de los de los hombres (un tercio en Argelia), y sus actividades independientes, como la venta de cerveza que ellas mismas fabricaban en Sudáfrica, solían estar prohibidas la mayor parte del tiempo. En un barrio de Ibadán, en Nigeria, las prostitutas representaban el 20 por ciento de las mujeres urbanas, y organizaban secciones femeninas en las organizaciones políticas, mientras que las amas de casa permanecían recluidas. Sin embargo, la prostitución se hizo más rígida y se convirtió en una tara indeleble. Las relaciones informales o, por el contrario, las rituales, fueron etiquetadas o estigmatizadas del mismo modo infamante. Las mujeres marcadas de esta manera fueron sometidas a controles venéreos y se limitó su movilidad.[111]

En cuanto a las esclavas, su suerte dependía de la buena voluntad del amo. Evidentemente es difícil hablar de deseo por parte de una mujer que no tiene la posibilidad de negarse. En el sur esclavista de los futuros Estados Unidos, el 60 por ciento de las mujeres esclavas entre quince y treinta años corrían el riesgo de ser abordadas por un hombre blanco.[112] Si el Código Negro permitía a los esclavos quejarse de un amo, en la realidad este derecho no se concedía, ni siquiera en caso de torturas manifiestas. Y la violación, que no se reconocía ni como delito ni como crimen, lo era aún menos socialmente cuando la belleza de las esclavas aumentaba su valor, es decir, su utilización sexual. Ciertos amos, en su

---

[111] Lazreg, *op. cit.*, pp. 29-35; Levine, Philippa, «Orientalist Sociology and the Creation of Colonial Sexuality», *Feminist Review*, verano de 2000, pp. 5-21; Cutrufelli, *op. cit.*, p. 34.

[112] Gutman, Herbert, y Sutch, Richard, «Victorians All? The Sexual Mores and Conduct of Slaves and their Masters», en David, Paul A. *et al.*, *Reckoning with Slavery*, Oxford University Press, Nueva York, 1976, pp. 134-164. Para las Antillas, Gautier, Arlette, *op. cit.*, 1985, pp. 152-185.

correspondencia, confesaban que dejaban que los obreros blancos se sirviesen en las filas de las negras. Además, las representaciones hacían de la esclava la libertina, y del blanco la víctima de los intentos de seducción de la «mujer de color». Sin embargo, hubo historias de *amour fou* [amor loco] entre amos y esclavos, como un amo francés que se trasladó a las colonias inglesas antes que perder a su mulata. Otras esclavas sacaban partido de sus favores. Las quejas depositadas entre 1800 y 1850 por esclavas (quizá privilegiadas) ante la Inquisición de Lima (dónde vivía el 60 por ciento de los esclavos del Perú) muestran que habían cedido para obtener beneficios inmediatos, y pocas veces a causa de la violencia, pues habían utilizado el argumento de la «virginidad corrompida» para obtener la libertad. La abuela de Alexandre Dumas fue simplemente revendida con tres de sus cuatro hijos por el padre de éstos.[113] La luisianesa Jacqueline Lemelle, nacida esclava y vendida varias veces como criada, se convirtió en ama de casa de un blanco, en su concubina, y luego en la madre de sus hijas. Liberada junto a estas últimas, acabó heredando los bienes de su antiguo propietario, para convertirse ella misma en propietaria de esclavos.[114] El concubinato explica que la manumisión de esclavas haya sido más frecuente que la de esclavos. Aun así, fueron poco numerosas las manumitidas: no más de tres mujeres de cada mil lo fueron. Además, al contrario de lo que cuentan los mitos, si las mujeres liberadas, amas de casa o comerciantes de Cap Français, vendían y compraban propiedades y esclavos, hay que decir que sólo poseían el 10 por ciento de las propiedades de Haití.[115]

Había esclavas que se resistían al acoso sexual de los blancos, pero el precio a pagar solía ser elevado, tanto para ellas —látigo, torturas— como para sus familias. Así, para castigar a Harriet Jacobs, que se había resistido, su amo separó a su tío y a su tía, que se amaban tiernamente, y vendió a su adorado hermano. Los silencios y las elipsis en las autobiografías de esclavas revelan el prolongado dolor de este acoso perpetuo, incluso en el caso de éxitos asombrosos, como el de la señora Keckley, ex esclava convertida en modista y confidente de la señora Lincoln[116].

---

[113] Hünefeldt, Christine, *Paying the Price of Freedom: Family and Labor among Lima's Slaves, 1800-1854*, University of California Press, Berkeley, 1994; Henry, Gilles, *Monte Cristo ou l'extraordinaire aventure des ancêtres d'Alexandre Dumas*, Librairie Académique Perrin, París, 1976, p. 124.

[114] Gould, Virginia L., «Urban Slavery-Urban Freedom. The Manumission of Jacqueline Lemelle», en Gaspar, *op. cit.*, pp. 298-314.

[115] Socolow, *op. cit.*; Geggus, *op. cit.*, pp. 270-271.

[116] Fleischner, Jennifer, *Mastering Slavery. Memory, Family and Identity in Women's Slave Narratives*, New York University Press, Nueva York y Londres, 1996.

La erosión de la influencia política de las mujeres

La reina Isabel de Castilla lanzó la conquista de América junto a su esposo, y la reina Victoria encabezó la renovada expansión del Imperio británico. Con todo, la colonización trae consigo una pérdida radical del poder político de las mujeres, allí donde existía, mientras que los colonizadores negociaron con ciertas estructuras masculinas o las inventaron, con el fin de lograr aliados. No es posible conocer siempre de forma concreta la extensión del poder político de las mujeres antes de la colonización o incluso en los comienzos de ésta, pues los primeros informes fueron escritos por europeos muchas veces imbuidos de prejuicios. Así, según Anderson[117], los misioneros jesuitas en Iroquesia no habrían sido capaces de percatarse del poder político de las mujeres porque la realidad que tenían ante ellos estaba demasiado alejada de sus propias categorías mentales. Sin embargo, el poder femenino estaba reconocido en la sociedad iroquesa y, desde 1650, lo constató también Marie de l'Incarnation, superiora de las ursulinas de Québec, quizá porque fue la primera mujer que escribió sobre los amerindios. Habrían sido las mujeres las que delegaron a los primeros embajadores para negociar la paz de Montreal de 1653. Por el contrario, según Viau[118], la presencia de mujeres en los consejos se habría dado después de la colonización, a causa de las guerras contra los europeos. Las mujeres de edad, muy particularmente, vieron aumentar su autoridad social, dispusieron de un poder político considerable y no dudaron en mezclarse, cuando fue necesario, en los asuntos relacionados con la guerra. Este poder habría comenzado a debilitarse después de la independencia de Estados Unidos, cuando los iroqueses tuvieron que replegarse a enclaves reducidos. Los gobiernos estadounidense y canadiense, y los misioneros, trataron entonces de interesar a los hombres por la agricultura y a las mujeres por las tareas de la casa. En 1848 las mujeres fueron excluidas de los derechos políticos de que gozaban por la Liga Iroquesa de los Estados Unidos[119], y en 1876 por la ley india del gobierno canadiense. Esta misma ley retiró el estatuto de indio a las mujeres que se casaban con un blanco, privándolas así de los cuidados médicos y del acceso a la educación, del de-

---

[117] Anderson, Karen, *Chain Her by One Foot. The Subjugation of Native Women in Seventeenth Century New France*, Routledge, Nueva York, 1991. Véase asimismo Perdue, Theda, *Cherokee Women: Gender and Culture Change, 1700-1835*, University of Nebraska Press, Lincoln, 1998.

[118] Viau, *op. cit.*

[119] Rothenberg, en Étienne y Leacock, *op. cit.*, p. 81.

recho de voto y del derecho de propiedad sobre las reservas. La ley no fue enmendada hasta 1985, gracias a las mujeres que, como la iroquesa Mary Two-Axe Earley, fundaron la asociación Derechos Iguales para las Mujeres Indias en la década de 1960.[120]

Los colonizadores tampoco reconocieron las estructuras políticas duales allí donde existían, ya fuese en América[121], o en el África austral o tropical.[122] En la Costa de Oro (actual Ghana), las esposas de los jefes ashanti, que garantizaban el ínterin durante la ausencia del cónyuge, perdieron esta función oficial, mientras que en el sur de Nigeria las mujeres igbo fueron expulsadas de los consejos locales institucionalizados en el marco de la administración indirecta después de la I Guerra Mundial. En el África francófona las mujeres fueron excluidas aún en mayor medida. Incluso las *signares* de Senegal, que desempeñaron un papel esencial en la integración de los extranjeros en la sociedad local, tanto a nivel económico como político, fueron apartadas de los consejos y se les privó de la ciudadanía francesa, mientras que los hombres de Gorea, San Luis, Dakar y Rufisque fueron reconocidos como ciudadanos franceses en 1916. Con todo, ciertos momentos de crisis resultaron más propicios al reconocimiento político de las mujeres. Así, en Sierra Leona, la señora Yoko, esposa y luego viuda de un jefe, utilizó el poder colonial para alcanzar el estatus de jefe de los kpaa-mende, en Freetown. Protegió a los comerciantes británicos y participó en la represión de la guerra de los impuestos en 1898. Tras esta insurrección otras mujeres fueron nombradas en lugar de los hombres que habían participado en la resistencia.

Los dos sexos lucharon contra las diversas colonizaciones. Las indias desempeñaron un importante papel en las grandes revueltas dirigidas por Túpac Amaru y su mujer, Micaela Bastidas.[123] Las mujeres reaccionaron ante los malos tratos con una «huelga de vientres», sobre todo en Nicaragua, obteniendo la promesa de que su suerte mejoraría. Como esclavas[124] han luchado de todas las maneras posibles. Sin embargo, las situaciones respectivas de los dos sexos deter-

---

[120] Dickinson, John, y Young, Brian, *Diverse Pasts. A History of Quebec and Canada*, Copp Clark Pitman, Toronto, 1995, p. 374.

[121] Silverblatt, *op. cit.*, pp. 170-171.

[122] Goerg, Odile, «Femmes africaines et politique: les colonisés au féminin en Afrique occidentale», *Clio. Histoire, femmes, sociétés*, 6, 1997, pp. 105-125.

[123] Silverblatt, *op. cit.*, p. 164.

[124] Gautier, *op. cit.*, 1985, pp. 221-257.

minaron modalidades particulares de resistencia. La mayor movilidad de los hombres, enviados a hacer los trabajos del rey, y armados por los blancos para la caza o para la defensa de las colonias contra los ataques indios o extranjeros, o incluso en los conflictos revolucionarios, hizo aumentar para ellos las posibilidades de cimarroneo y su visibilidad en las insurrecciones. Por el contrario, las mujeres se encargaban de los hijos, lo que hacía más difícil la huida, aunque algunas se marcharon con éstos o los confiaron a sus amos. A veces los niños eran cargados de cadenas para castigarlos por el crimen de sus madres. Como sucede en la mayor parte de las revueltas, las organizaban aquellos que ya se encontraban en posiciones de relativa autoridad: los comendadores o los cocheros, como Toussaint Louverture, el famoso héroe de la liberación haitiana. Éstos volvían sus armas contra aquellos que se las habían dado en cuanto se les presentaba la oportunidad. Por el contrario, el estudio sistemático de las memorias de esclavos americanos prueba que las mujeres fueron más numerosas que los hombres a la hora de lanzarse a enfrentamientos verbales o físicos contra los blancos. Asimismo, los diarios de plantación o las listas de castigos de los King, que poseían plantaciones en las islas de Granada y Dominica y en la actual Guyana, indican que las mujeres eran más insolentes, más desobedientes y peleonas que los hombres.[125] Fueron éstas las «rebeldes naturales» que recuerda Hilary Beckles, triplemente explotadas en su trabajo productivo y reproductivo, y en su sexualidad.[126]

Algunas colonizadas desarrollaron una conciencia feminista, por efecto, en ciertos casos, de la educación colonial. Además de la india Pandita Rumabai, ya citada, podemos recordar el Club de Oesteafricanas Educadas, fundado en Nigeria en 1927, que protestaba contra la obligación de pagar impuestos sin tener derecho al voto. La princesa indonesia Karting visitaba diariamente, a pesar de su reclusión, a una holandesa que le hacía leer la prensa feminista. No obstante, también se organizaron mujeres iletradas. En Uttar Pradesh (India), en 1925, tuvieron lugar reuniones en numerosas aldeas: las mujeres pedían la abolición de la poliginia, salarios y una herencia igual a la de los hombres, además de acceder a puestos de *paschayat* (consejeras municipales).[127] Las kikuyu, de Kenya, prepararon por sí solas numerosas manifestaciones entre

---

[125] Escott, pp. 86-93; Bush, *op. cit.*, pp. 222-243.

[126] Beckles, Hilary, *Natural Rebels. A Social History of Enslaved Black Women in Barbados*, Zed Books/Rutgers University Press, Londres/New Brunswick, 1989.

[127] Engels, *op. cit.*, pp. 1-2.

1925 y 1960. Así obtuvieron una neta mejora en sus condiciones de trabajo y, sobre todo, la disminución de las agresiones sexuales. De todos modos, en 1952, fueron encarceladas 8.000 mujeres.[128g] Las rebeliones contra el colonialismo no se sirvieron siempre de métodos occidentales. Las igbo de Nigeria utilizaron formas tradicionales de acción para luchar contra la amenaza de tener que pagar impuestos. Tras numerosos choques, durante los cuales se manifestaron, se vistieron con sus atuendos de guerra, unas faldas de paja que levantaban como signo de burla, por lo que la administración abandonó el proyecto.[129]

La primera colonización se caracterizó por un aumento del número de mujeres reducidas a la esclavitud, tanto en África como en América. Este estado limitó severamente su libertad, aunque algunas de ellas consiguieron liberarse o adquirir bienes gracias a sus relaciones privilegiadas con los blancos que, aun así, no les permitieron nunca ser «competitivas» ante las posibilidades de enriquecimiento de los hombres, y los más acomodados de éstos, reyes o mercaderes, trataban de igual a igual a los comerciantes europeos.[130] El desarrollo de la esclavitud sirvió también para amenazar a las insumisas.

La segunda colonización separó las esferas masculina y femenina, desarrollando la migración de los hombres hacia las plantaciones o las fábricas, relegando a las mujeres a las aldeas o las casas y desvalorizando sus útiles de producción tradicionales sin permitirles acceder a los que las innovaciones técnicas habrían podido poner a su disposición.[131] Con este fin, los hombres, colonizadores o colonizados, notables y «ancianos», tejieron extrañas alianzas, lo que no evitó que se desarrollase una oposición real en otros campos. A los discursos religiosos antiguos sobre la necesidad de obediencia de las mujeres se superpusieron discursos más recientes sobre la debilidad de su cerebro y sobre todo acerca de la necesidad de enseñarles higiene y domesticidad.

---

[128] Presley, Cora Ann, «Labor Unrest among Kikuyu Women in Colonial Kenya», en Robertson y Berger, pp. 255-273. Mujeres bamileke de Camerún destruyeron igualmente plantaciones: Bisilliat, Jeanne, y Fieloux, Michèle, *Femmes du tiers-monde*, Le Sycomore, París, 1983.

[g] Las mujeres kikuyu tuvieron un papel muy destacado en la rebelión Mau Mau (1947-1957) contra la dominación británica en Kenya. [N. del T.]

[129] En Nigeria, más de 10.000 mujeres pertenecían a la Federación de Mujeres Comerciantes de Lagos, que agrupaba 84 asociaciones. Leith-Ross, Sylvia, *African Women. A Study of the Ibo of the Nigeria*, Londres, 1939.

[130] Thornton, John, *Africa and the Africans in the Making of the Atlantic World, 1400-1680*, Cambridge University Press, Cambridge, 1992.

[131] Tabet, Paola, «Les mains, les outils, les armes», *L'Homme*, XIX, 3-4, 1979, pp. 5-61.

Sin embargo, la endeblez de los medios empleados para estas tareas demuestra que tenían por finalidad ante todo legitimar la colonización más que cambiar algo. Lo mismo ocurría con las denuncias del sati, del velo o de los matrimonios precoces o arreglados que servían para descalificar a los colonizados en el momento en que el colonizador arrebataba a las mujeres sus derechos civiles y políticos, su acceso a la tierra, o las obligaba a volver junto al marido acompañadas por la policía. En cuanto a la poliginia, combatida oficialmente por los misioneros y luego por los administradores, la practicaban ampliamente los propios colonizadores, incluidos los religiosos, y se agravó por la trata y las migraciones impuestas a los hombres colonizados. Su no reconocimiento legal en las «antiguas colonias» francesas (Guadalupe, Guayana, Martinica, Reunión), o para los cristianos de las nuevas colonias, tuvo efectos nefastos para las concubinas y sus hijos. El colonialismo, lo mismo que arraigó en las estructuras feudales o de linaje, se apoyó en las estructuras patriarcales existentes, y las reforzó. Con todo, al igual que las alianzas con ciertos notables no impedían las expropiaciones y el rechazo de la soberanía, los compromisos entre hombres para el control de las mujeres no impedían la apropiación sexual, como amenaza y a veces como realidad.

El colonialismo aplicó a los colonizados numerosos esquemas de pensamiento surgidos de su propio universo mental, como la eterna culpabilidad de las mujeres, su pretendida inferioridad «natural» o «demostrada científicamente». Después de todo, las propias mujeres occidentales no gozaban todavía de la totalidad de los derechos civiles, políticos y reproductivos pero, a fin de cuentas, fue más duro con respecto a las colonizadas que a las europeas. Esto puede explicarse en parte por causas psicosociales: los colonos eran solteros, misóginos por vocación o por institución, o habían rehuido lo doméstico porque se había vuelto demasiado agobiante desde que las mujeres habían conseguido más poder en el hogar.[132] En las colonias los hombres podían dejar vagar libremente sus sueños de aventuras, lejos del poder cotidiano que las mujeres, pese a todos los códigos y a todas las instituciones contrarias, habían podido construir en su sociedad. Sin embargo, la desigualdad de trato, del que pagaron las costas las colonizadas, se comprende sobre todo por la necesidad política de mantener el orden social en

[132] Tosh, John, «Imperial Masculinity and the Flight from Domesticity in Britain, 1880-1914», en Foley, Timothy (comp.), *Gender and Colonialism*, Galway University Press, Galway, 1995, pp. 72-85.

las colonias y por la voluntad de endosarles todo el peso de la reproducción humana.

Hoy, los estigmas del colonialismo son visibles todavía en el derecho consuetudinario inventado hace un siglo, en los derechos a la tierra perdidos, en el turismo sexual que abusa de los menores. Un siglo después de la muerte durante el parto de Kartini, princesa javanesa recluida desde la edad de doce años, casada por su padre con un hombre al que no conocía, las palabras que escribió para su hija, que aún no había nacido, están todavía de actualidad: «Haga lo que haga, que lo haga por su propia voluntad.»[133]

[133] Taylor, Jean, «Colonialsm and Feminism: an Indonesian Case Study», en Altbach y Kelly, *op. cit.*, p. 148.

V. REPRESENTACIONES Y DISCURSOS

El anticolonialismo

Marcel Merle

Si los grandes descubrimientos geográficos fueron fruto del azar, la colonización que derivó de ellos se convirtió rápidamente en una empresa sistemática y gigantesca. No se puede extender la dominación impunemente sobre territorios lejanos y sobre poblaciones extranjeras sin aceptar grandes y múltiples inversiones en todos los sectores de la actividad política, militar, económica, administrativa y cultural. Todos ellos gozaron del apoyo de las autoridades del momento en los países europeos involucrados en esta aventura que marca el comienzo de los tiempos modernos. Sin embargo, las iniciativas de los poderes públicos contrariaron también sensibilidades, convicciones e intereses. Para asentar su dominación y movilizar el apoyo de sus propios ciudadanos, los gobiernos necesitaron justificar y legitimar su política de conquista e implantación territorial: esto fue objeto de una ideología, precisamente del «colonialismo».

Como sucede siempre, esta ideología provocó, por parte de sus opositores, la construcción de una ideología contraria: el anticolonialismo. No obstante, hay que precisar bien, antes de abrir este informe, cierto número de rasgos característicos de esta corriente de pensamiento.

El primero es que los europeos fueron los únicos, entre los grandes colonizadores que fueron Roma y luego el islam, que suscitaron un movimiento de contestación interna, y podría ser un aspecto positivo del continente europeo esta forma de resistencia a la doctrina oficial. Sin ignorar este aspecto del problema, que suele ser mal conocido, hay que subrayar las características propias de esta forma secular de resistencia.

En primer lugar, el anticolonialismo, a lo largo de los tres últimos siglos, ha sido una corriente minoritaria en el seno de las metrópolis. De la colonización se podría decir lo que decía Proudhon de la guerra respecto de la paz: «[La guerra] tiene siempre en su haber los hechos, es decir, una posesión (de seis

mil años) mientras que la paz siempre está en un estadio de proyecto y de perspectiva.» Así pues, la colonización se impondrá a la mayoría de las poblaciones como una situación normal, desde el momento en que ha entrado en las costumbres y en la vida de los Estados.

Además, el anticolonialismo no se presenta en estado puro: aparece asociado siempre a una visión más global de la sociedad e implica a veces concesiones a la causa de la colonización. Para no caer en una visión caricaturesca de las cosas, conviene respetar el trazado de las fronteras mentales, que suelen quedar fuera de los trabajos de los polemistas de ambos lados.

Finalmente, el anticolonialismo no es una doctrina unitaria ni coherente. Es más bien un haz de proposiciones que reposan en motivaciones variadas, si no, a veces, contradictorias, y desembocan en soluciones diferentes unas de otras —desde el reformismo moderado hasta la oposición radical—. Entre estas tendencias diversas nunca ha habido, en un momento dado, una coalición general. El episodio final de la descolonización, en la segunda mitad del siglo XX, podría llevar a pensar que el anticolonialismo ha conseguido por fin derrotar a su rival gracias a la unión sagrada de todos sus componentes. Se trata, como veremos, de una versión muy superficial de las cosas. En realidad, la colonización se ha hundido bajo el peso de sus propias contradicciones, y sus adversarios se han lanzado en ayuda de una victoria que no era la de ellos.

La contestación de origen confesional

Si comenzamos por ésta no es sólo porque fue la primera en orden cronológico, sino porque puso en entredicho a autoridades que, necesariamente, estaban de acuerdo, sobre el terreno, con los colonizadores. En la medida en que éstos invocaban el «deber de evangelización» entre las justificaciones de sus conquistas, iban a tener que rendir cuentas a las Iglesias, más cualificadas que el poder político para asumir esta tarea y que muy pronto estuvieron presentes *in loco* por intermedio de las misiones. Entre políticos y religiosos se abría un largo período de cohabitación forzada, durante la cual se alternaron fases de tensión y compromiso. La imagen del misionero, que se difundió durante mucho tiempo como auxiliar complaciente del administrador colonial, no es, desde luego, muy cercana a la realidad.

Desde la primera mitad del siglo XVI la protesta emana del clero español, testigo de las atrocidades de la conquista y de la brutalidad de los métodos del ocupante. El obispo De las Casas sigue siendo el más célebre abogado de la

causa de los indios, a quienes defenderá en numerosas ocasiones, como en su obra más famosa, la *Brevísima relación de la destrucción de las Indias*, dirigida en 1552 al rey de España. De las Casas obtendrá de Carlos V varias «leyes nuevas» para mejorar la suerte de los indígenas, pero no se aplicarán.

Más allá de esta contestación, de inspiración moral y humanitaria, el debate fue elevado al nivel de los principios por los más reputados teólogos españoles, especialmente por Francisco de Vitoria (1480-1546). La cuestión fundamental planteada por Vitoria en sus *Relectiones theologicae (De Indis)* [Relecciones teológicas. Sobre los indios], de 1532, no es más que la del derecho de colonización reivindicado por los españoles. Entre las numerosas justificaciones invocadas por éstos, Vitoria retiene sólo tres, y aun así con bastantes reservas: 1. el «derecho natural de sociedad y comunicación» (a condición de que no se haga ningún perjuicio a los habitantes ni se les haga la guerra, salvo para garantizar, en caso de necesidad, la legítima defensa de los ocupantes); 2. «la propagación de la religión y la defensa de los bárbaros convertidos», con las mismas reservas y con esta «observación restrictiva: puede perfectamente ocurrir que estas guerras [...] tengan por efecto impedir la conversión de los bárbaros en vez de llevarla y facilitarla... Quiero creer que los españoles han tenido que emplear la fuerza y las armas para mantenerse en este país; pero temo que hayan ido mucho más allá de lo que era su derecho y de lo que les estaba permitido»; 3. el «derecho de tutela», presentado como una solución posible, pero facultativa y sin garantía de éxito, al problema planteado por el subdesarrollo de los pueblos indígenas.

Tales ideas son innovadoras por dos razones. El «derecho natural de sociedad y de comunicación» reposa sobre un concepto de comunidad política universal, expuesto en otra lección (*De potestate civili* [De la potestad civil]) y retomada un siglo más tarde por otro teólogo español, Francisco Suárez (1548-1617), visión que anticipa en varios siglos la idea de un gobierno mundial que trasciende los particularismos nacionales y las reivindicaciones soberanistas. Por otra parte, la fórmula de la tutela se aproxima, más o menos, a la solución de las primeras organizaciones políticas internacionales (Sociedad de Naciones (SdN), Organización de las Naciones Unidas (ONU), que habían creído descubrir, para regular, al menos provisionalmente, la suerte de una parte de los territorios coloniales que no parecían estar maduros todavía para la independencia. En la actualidad este régimen no es más que un recuerdo, pero hoy vuelve a estar de moda para tratar la suerte de cierto número de países que, tras su independización, no han logrado garantizar su propia seguridad ni su paso a un Estado de derecho.

Si hay que constatar la presciencia de los que constituían la Escuela de Salamanca, es preciso subrayar la ruptura que representan sus ideas respecto a las pretensiones simplistas de los colonizadores. Sin embargo, el debate no permaneció en el estadio de las controversias teóricas. El papado intervino bastantes veces no sólo para la defensa de los derechos de los indígenas, sino también para que se respetasen las costumbres del país y para la prohibición formal impuesta a los misioneros de desconfiar de «la política y de los asuntos del Estado»[1].

La lucidez de la Santa Sede es quizá más notable aún si la juzgamos por la creación en 1620 de la Sagrada Congregación para la Propagación de la Fe. Este organismo, que dependía directamente del Vaticano, tenía evidentemente una función religiosa, pero también, y siempre a lo largo de los siglos, una función eminentemente política: controlar y coordinar, desde el centro del dispositivo eclesial, la actividad de todas las sociedades misioneras y apartar a éstas de la tentación permanente de colusión con las actividades coloniales.

Veremos más adelante procesos más radicales contra la colonización, pero la reserva de la Iglesia no deja de representar un freno a los métodos y finalidades de la expansión europea: contribuye asimismo a la edificación de un patrimonio intelectual y espiritual que le permitirá desempeñar un papel específico durante la última fase de la descolonización.

Testigo privilegiado es Chateaubriand que, en el libro IV del *Génie du christianisme* [El genio del cristianismo], dice que hay que abonar en la cuenta de este último la actividad misionera, «una de estas grandes y nuevas ideas que sólo pertenecen a la religión cristiana», y subraya, con pleno derecho parece ser, que:

> [...] los cultos idólatras han ignorado el entusiasmo divino que anima al apóstol del Evangelio. Los propios antiguos filósofos nunca abandonaron las avenidas de la Academia y las delicias de Atenas para ir, por un impulso sublime, a humanizar al salvaje, instruir al ignorante, vestir al pobre y sembrar la concordia y la paz entre las naciones enemigas.

¿Se trata, pues, de pactar con los colonizadores? El punto de vista de Chateaubriand es mucho más sutil. En primer lugar, asigna a las misiones un papel esencialmente civilizador. Lo que constituye para él un subproducto natural de la evangelización figurará pronto en el primer puesto del programa de los mili-

[1] Véanse los textos de 1563, 1639, 1659 citados en *El anticolonialismo de De las Casas a Marx*, en bibliografía.

tantes agnósticos, e incluso de los anticlericales, con el nombre de «misión civilizadora», y servirá durante mucho tiempo de justificación del sistema colonial. Pese al triunfalismo de su obra, Chateaubriand se guarda de situar en primer plano la motivación propiamente religiosa de la ambición colonial.

Por otro lado, el autor del *Génie du christianisme* rechaza sin dudarlo los métodos de la expansión colonial. En una bella fórmula declara: «El cristianismo se ha esforzado en reparar en el Nuevo Mundo los males que los hombres han hecho y de los que se le ha acusado tan injustamente de ser su autor.» Y recuerda, por la defensa de la causa de las misiones católicas, el testimonio del doctor Robertson —«inglés, protestante e incluso ministro presbiteriano» [*sic*]—:

> Los misioneros españoles fueron ministros de la paz para los indios y trataron siempre de arrancar el palo de hierro de las manos de sus opresores... Los indios consideran todavía a los eclesiásticos, tanto a los seglares como a los regulares, en los establecimientos españoles, como sus defensores naturales, y a ellos recurren para rechazar las exacciones y las violencias a las que todavía se les somete.[2]

La actitud religiosa ante la colonización se hallará durante mucho tiempo bajo el signo de la ambigüedad, sobre todo respecto al gran público, poco sensible a las distinciones elaboradas por los teólogos y a las prescripciones del magisterio eclesiástico. La prudencia y la sagacidad de las autoridades religiosas impedirán, de todos modos, toda confusión entre misión y colonización, y cuando llegue el tiempo de las rupturas políticas contribuirán, sin hacerse notar mucho, a sacrificar la segunda en aras de la primera.

JESUCRISTO EN LAS COLONIAS[3]

¡Ah! ¡La evangelización de los salvajes, la dilatación y el crecimiento en ellos de la Iglesia, cosas deseadas tan ardientemente por el Cristóforo! ¡Qué lejos estamos de todo esto! Ni siquiera un asomo de equidad rudimentaria, ni un estremecimiento de piedad

→

[2] *Histoire de l'Amérique*, t. IV, libro VIII, traducción francesa, 1780.

[3] Léon Bloy, *Le sang du pauvre*, París, 1909, citado en *La France colonisatrice*. Colecc. «Les reporters de l'histoire», n° 3, 1983, pp. 233-234.

simplemente humana por estos desgraciados. Es como para echarse a temblar de la cabeza a los pies decir que las hermosas razas americanas, de Chile al norte de México, representadas por varias decenas de millones de indios, han sido totalmente exterminadas, en menos de un siglo, por sus conquistadores de España. Éste es el ideal que nunca podrá ser imitado, ni siquiera por Inglaterra, tan colonizadora también.

Hay momentos en que lo que sucede es como para hacer vomitar a los volcanes. Lo hemos visto, en la Martinica y en otras partes. Sólo el progreso de la ciencia impide comprender y los horrores no se detienen ni un solo minuto. Por limitarnos sólo a las colonias francesas, ¡qué clamor, si las víctimas pudiesen gritar! ¡Qué rugidos, llegados de Argelia y de Tunicia, favorecidos a veces con la carcasa del presidente de nuestra amable República! ¡Qué sollozos de Madagascar y de la Nueva Caledonia, de la Cochinchina y del Tonkín!

Por poco que se esté en la tradición apostólica de Cristóbal Colón, dónde está el medio de ofrecer otra cosa que no sea una andanada de metralla a los descuartizadores de indígenas, incapaces, en Francia, de sangrar al más pequeño cerdo, pero que convertidos en magistrados o en sargentos mayores en los distritos alejados, ¡despedazan hombres tranquilamente, los cuartean, los asan vivos, los dan a comer a las hormigas rojas, infligiéndoles tormentos sin nombre, para castigarlos por haber dudado en entregar a sus mujeres o sus últimas monedas! Y esto es superbanal, conocido por todo el mundo, y los demonios que hacen eso son gentes muy honestas a las que se condecora con la Legión de Honor y que ni siquiera necesitan hipocresía. Volverán con apreciables beneficios, a veces con una gran fortuna, acompañados por un largo reguero de sangre negra que chorrea tras ellos o junto a ellos, en lo invisible —todo lo más han aplastado algunas pulgas en malas camas, como le ocurre a todo conquistador, y las suegras, deslumbradas, les irán preparando, poco a poco, algunas vírgenes—.

Tengo ante mí documentos, es decir, este caso o aquél. Podríamos reunir millones. La historia de nuestras colonias, sobre todo en el Extremo Oriente, no es más que dolor, ferocidad sin medida y bajeza. Yo he sabido de historias que harían sollozar a las piedras, pero basta el ejemplo de ese pobre buen hombre que había emprendido la defensa de algunas aldeas moi[a], horriblemente oprimidas

[a] Moi es una denominación genérica (y despectiva, pues significa «salvajes») para un buen número de etnias que habitan las cordilleras centrales vietnamitas (incluye, por ejemplo, a los rhade, jarai, etc.); los franceses los llamaron «montagnards» o montañeses. [N. del T.]

por los administradores. Pronto le ajustaron las cuentas. Al ver que no tenía apoyos, sin padrinos de ningún tipo, le tendieron las simples trampas en las que caen habitualmente los generosos. Se le condujo casi de la mano a violencias tachadas de rebelión, y desde hace veinte años agoniza en un penal, si es que todavía vive. Un día hablaré, con más fuerza y precisión, de este ingenuo ¡que creía en las leyes![4]

La larga y a veces tumultuosa cohabitación entre las misiones y la administración colonial, entre la propagación de la fe y la defensa de los intereses de la metrópoli, sería suficiente para explicar el papel específico desempeñado por las Iglesias durante la descolonización. Hay que comprender que la descolonización afectó a países europeos, mayoritariamente cristianos, si no católicos (Francia, España, Portugal), en los que los clérigos y los laicos se encontraban sometidos a una doble lealtad, nacional y confesional, en los conflictos con los territorios de ultramar. De ello resultaron numerosos casos de conciencia. El problema es saber cuándo y cómo fueron resueltos, en el seno de las Iglesias, por lo general sin dramas ni revueltas.

¿La Iglesia católica podría haberse hecho con un diploma de anticolonialismo a partir del libro de François Méjean, *Le Vatican contre la France d'Outremer* [El Vaticano contra la Francia de ultramar][5]? Este panfleto anticlerical se queda a un nivel polémico y enmascara una realidad mucho más compleja y matizada.

En una estructura que está también muy centralizada como la de la Iglesia católica, la estrategia adoptada por el centro grava pesadamente el comportamiento de los fieles. En el terreno doctrinal, la Santa Sede no ha variado su discurso, aun cuando las circunstancias proporcionan a estas afirmaciones una resonancia más favorable que antes de la emancipación colonial. No obstante, son las iniciativas «internas», es decir, puramente eclesiales, las que revelan un cambio de mentalidad: por un lado, la multiplicación de las circunscripciones

[4] Georges Bloy, el hermano mismo de Léon Bloy, fue condenado a seis años de penal más seis años de deportación a Nueva Caledonia en 1886 por haber tratado de defender a los indígenas contra la administración francesa en Indochina. [N. de la R.]

[5] Librairie Fischbacher, París, 1957.

eclesiásticas en ultramar permite adaptar la implantación de las Iglesias locales a la división impuesta sobre el terreno por las potencias coloniales; por otro lado, la indigenización del clero —y sobre todo del obispado local—, que se inicia en 1921, se va a acelerar notablemente a partir de 1951. Estas medidas contrastan con la pasividad o el conservadurismo del que dan prueba, al mismo tiempo, las potencias coloniales. Las medidas permiten decir que la Iglesia se ha anticipado al movimiento de la Historia procediendo, con adelanto, a su descolonización interna, lo que le permitió recibir con una relativa serenidad la descolonización política.

En otro ámbito, el de la opinión pública en el seno de las metrópolis, la Iglesia actuó con una prudencia notable. Aun dejando entrever su preferencia íntima por un arreglo pacífico de los conflictos entre metrópolis y colonias, se cuidó de tomar cualquier postura oficial que podría haber permitido, ante un caso particular, situarla en un bando o en el otro. La Iglesia ha dejado que se expresen los obispos, sobre un registro que implicaba modulaciones reales pero desviaciones limitadas; y ha permitido también participar en la lucha a los movimientos, periódicos de inspiración católica y personalidades individuales que militaban en un sentido opuesto —desde los «progresistas» a los «tradicionalistas»—, pero negándose a la vez a dar su caución a minorías activas pero aisladas ante una mayoría dubitativa. Ciertamente, la Iglesia no ha podido evitar todas las violencias, pero al menos ha contribuido a contenerlas en los países sobre los que tenía una influencia real.

LA MISIÓN NO ES ASIMILACIÓN DE LOS INDÍGENAS NI AUXILIAR DE LA COLONIZACIÓN[6]

Así pues, los misioneros deberán ser, sobre todo, iniciadores, pero la obra duradera deberá ser llevada a cabo por los propios africanos, convertidos en cristianos y apóstoles.

Hay que recalcar bien aquí lo que queremos decir: convertidos en *cristianos y apóstoles* y no convertidos en *franceses y europeos*. Sería un contrasentido hacer de ellos unos europeos y unos franceses. Así pues, hay que con-

[6] Instrucciones a los padres blancos de África Ecuatorial, 1878, 1879, citadas en cardenal Lavigerie, *Écrits d'Afrique*, Grasset, París, 1966.

tentarse con trabajar su corazón, su alma, su inteligencia, en una palabra, su interior, para que sea sinceramente cristiano y conservar, por el contrario, todo su exterior indígena, las vestimentas, la cama, los alimentos y sobre todo su lengua.

[...] Yo aconsejo la mayor reserva y discreción en las relaciones con las sociedades laicas o heterodoxas. Yo ordeno de forma absoluta a los superiores que no dejen que se establezcan relaciones continuadas entre los simples misioneros y los agentes de estas sociedades que habitan en el África ecuatorial. Porque si no se derivarían inconvenientes, indiscreciones y, a la larga, tensiones de todo tipo. Con respecto a las misiones católicas, no se deberá permitir nunca el establecimiento en su cercanía, es decir, a una distancia de menos de veinte leguas del lugar donde ya se hubiesen establecido aquéllas. Y no se les permitirá tampoco establecerse en lugares ya ocupados por la misión.

[...] Y habrá que evitar decididamente, como ya he explicado, la idea absurda de hacer de estos hijos unos franceses. Se trata de negros del interior de África, a quienes hay que criar para que se hagan lo más útiles que se pueda a sus compatriotas, y no niños destinados a vivir en Francia... Prohíbo asimismo, expresamente, que se les enseñe metódicamente a los niños alguna lengua europea, por ejemplo el francés, que deberán aprender por el uso.

La prueba de esta eficacia viene dada, *a contrario*, por el caso de Portugal. Si este país ha sido el último en descolonizar, y ello en condiciones dramáticas, ha sido porque no ha habido ningún freno interno para oponerse a la política colonial de Salazar y de sus sucesores. Portugal «gozaba» de un concordato (de 7 de mayo de 1940), aderezado con un «acuerdo misionero», que colocaba a las misiones católicas en las «provincias de ultramar» bajo el control del Estado y convertía a sus responsables en una especie de altos funcionarios. Se explica así que la Iglesia católica de Portugal, al contrario que la de otros países europeos, haya apoyado firme y públicamente la lucha armada del gobierno contra los movimientos de liberación, sobre todo en Angola y Mozambique, hasta la Revolución de los Claveles, en 1974.

Con todo, en la paleta del anticolonialismo podemos hallar movimientos mucho más comprometidos que las Iglesias, pero éstas, a largo plazo, recuperaron una capacidad de influencia que tiene que ver con la moderación de su discurso.

El anticolonialismo profano

Mientras que la contestación de origen confesional ha traído a colación a dos tipos de actores, que competían en un mismo terreno a lo largo del período considerado y cuyas opiniones variaron bastante poco a lo largo del tiempo, el anticolonialismo profano estaba formado por varios componentes y vio cómo su intensidad variaba con los siglos. La época de las «Luces» se presenta como la edad de oro del anticolonialismo. Éste sufrió un reflujo en la primera mitad del siglo XIX, antes de conocer un tardío despertar relacionado con el resurgir de la colonización. La primera mitad del siglo XX se caracteriza por un confuso debate en el que los adversarios de la colonización se agotan en vanas querellas intestinas antes de ceder la palabra a la revuelta de los propios colonizados.

El Siglo de las Luces: edad de oro del anticolonialismo

Podemos hablar de edad de oro, pues encontramos, en el siglo XVIII, no sólo todos los componentes de la paleta anticolonialista —desde la compasión hacia las víctimas hasta la condena radical del sistema—, sino también la extraordinaria diversidad de las motivaciones que lo inspiraron —desde la filantropía a los más fríos y más interesados cálculos—. Habrá que distinguir el punto de vista de los «filósofos» del de los «utilitaristas».

El punto de vista de los «filósofos». El tono lo da, ya en el siglo XVI, un humanista famoso francés, Michel de Montaigne. En el capítulo XXXI de los *Essais* [Ensayos] (1580), aborda la cuestión de los «caníbales». Curiosamente, no son las condiciones materiales de los indígenas lo que le resulta chocante, sino el juicio por «barbarie» instruido contra éstos por los conquistadores europeos. En contra de la opinión dominante, considera que «no hay nada de bárbaro ni de salvaje en esta nación, por las informaciones que tengo, sino que cada uno llama barbarie lo que no es costumbre suya». Ensalza los méritos de una existencia próxima a la naturaleza, muy superior al estado de corrupción que caracteriza a la pretendida civilización, y llega a escribir que: «Nosotros podemos llamarlos bárbaros con respecto a las reglas de la razón, pero no con respecto a nosotros que los superamos en todo tipo de barbarie.» Esto significa dar paso al mito del «buen salvaje», que con frecuencia iba a servir de tema de conversación en los salones, sin mejorar, no obstante, la suerte de los pueblos colonizados.

A lo largo del siglo XVIII no hay autor preocupado por su renombre que no tuviese algo que decir sobre o, mejor dicho, contra la colonización. Algunos no

se contentaron con expresar su indignación hacia las condiciones impuestas a los indígenas o con manifestar sus críticas contra la administración colonial. Voltaire, que se consolará fácilmente por la pérdida de «unos cuantos arpendes de nieve» en Canadá, se apiada de la suerte de los «esclavos negros o mulatos que trabajan en los ingenios azucareros, en las plantaciones de añil, de cacao, y que ven acortarse su vida para satisfacer nuestros apetitos nuevos, respondiendo a nuevas necesidades que nuestros padres no conocían», e ironiza sobre el tráfico de esta «mercancía humana»:

> Nosotros les decimos que son hombres como nosotros, que han sido salvados por la sangre de un Dios muerto por ellos, pero a continuación se les hace trabajar como bestias de carga; se les alimenta peor; si quieren huir, se les cortan las piernas [...] y después de todo esto osamos hablar de derecho de gentes.[7]

No llegará a reclamar, pese a todo, la abolición del régimen colonial.

El marqués de Mirabeau —padre del orador de la Revolución Francesa y fundador de la demografía en Francia— vitupera, por su lado, la inconstancia y ligereza de la política colonial «a la francesa»:

> El francés, finalmente, está, como los demás, en las colonias, marcado por su gobierno... Un gobernador, un intendente, que se pretenden ambos amos, y nunca están de acuerdo; un Consejo meramente formal; alegría, libertinaje, ligereza, vanidad... Bellas empresas y siempre sin continuidad; el fisco que acosa al árbol que está naciendo y ya se agarra a sus ramas; el monopolio en toda su pompa; he ahí nuestras colonias y he ahí nuestros colonos.[8]

Sin embargo, en la tercera parte de la misma obra subraya la paradoja de toda empresa colonial, «sistema del todo nuevo y, si puedo decirlo, monstruoso, que reposa sobre la combinación del espíritu de dominación, el de comercio y el de la población.» Sin llegar a preconizar el abandono de las colonias existentes, no duda en predecir el inevitable acceso de éstas a la independencia: «El Nuevo Mundo, seguramente, sacudirá el yugo del Antiguo; e incluso parecería que esto va a comenzar por las colonias más fuertes y más organizadas; pero

---

[7] *Essais sur les mœurs* [ed. cast.: *Ensayo sobre las costumbres*, varias editoriales y varias ediciones], 1761, cap. CLII.

[8] *L' ami des hommes*, 1756, t. II, cap. IX.

en cuanto una de ellas dé el salto, otro tanto harán todas las demás.» Buena premonición, veinte años antes de la revuelta de los *insurgentes* de los Estados Unidos...

Bernardin de Saint-Pierre es más conocido por su obra literaria que por sus escritos políticos. Sin embargo, gozó de la ventaja de viajar allende los mares y esbozó, mientras estaba en la isla de Francia —hoy Mauricio, en África— en 1769, un panorama muy sombrío de las costumbres de los colonos y de la impotencia de la administración real para reformarlas. Nos habla de las «disensiones de varios cuerpos que en la propia Francia no pueden conciliarse en la marina del rey, la pluma y la espada», y termina diciendo que «la discordia reina en todas las clases, y ha expulsado de esta isla el amor de la sociedad... Todos están descontentos, todos querrían hacer fortuna e irse muy deprisa». Unos años más tarde, en los *Études de la nature* [Estudios de la naturaleza] (1784), el autor de *Paul et Virginie* [Pablo y Virginia] señala la responsabilidad de los dirigentes de la metrópoli en el poblamiento y en la gestión de las colonias de América:

> Pocos hombres en los consejos de los reyes se ocupan de la felicidad de los hombres... Al mantener nuestras colonias en un estado permanente de dependencia, de agitación y de penuria, nuestros políticos no han sido capaces de conocer el carácter del hombre, que no tiene apego al lugar donde habita más que a través de la felicidad... Al asignarles perpetuamente nuevos jefes militares y civiles, magistrados que les resultan extraños, que los tienen bajo un duro yugo, en fin, hombres ávidos de fortuna... no han conseguido hacer de ellos ni colonos para América ni patriotas para Francia; y han dejado de lado a la vez los intereses de su nación y de sus reyes a quienes querían servir.

Así pues, la «filosofía» ha contaminado a la literatura, pero también ha inspirado el punto de vista de los hombres políticos. Tenemos la prueba en ese pasaje que Necker consagra a las colonias en su panorámica de *L'Administration des finances de la France* [La administración de las finanzas de Francia] (1784). Aunque cuidando de no preconizar el abandono de las posesiones de ultramar, se pronuncia a favor de la abolición de la trata y estigmatiza los vicios del sistema en vigor:

> Las colonias de Francia contienen, como acabamos de ver, unos quinientos mil esclavos; y es sólo por el número de estos desgraciados como se mide la fortuna. ¡Qué funesta perspectiva! ¡Qué profundo objeto de reflexión! ¡Ah, qué inconsecuentes

> somos en nuestra moral y en nuestros principios! ¡Pregonamos la humanidad, y todos los años vamos a poner hierros a veinte mil habitantes de África! ¡Tratamos de bárbaros y de bandoleros a los moros que, con peligro de su libertad, vienen a atacar la de los europeos, y los europeos, sin peligro y como simples especuladores, van a exacerbar con dinero el tráfico de esclavos y todas las escenas sangrientas que son su preludio! Finalmente, nos enorgullecemos de la grandeza del hombre, y la vemos con razón, esta grandeza, en el misterio sorprendente de todas las facultades intelectuales: sin embargo, una pequeña diferencia en el cabello o en el color de la epidermis es suficiente para transformar nuestro respeto en desprecio, y para lanzarnos a colocar a seres parecidos a nosotros en el nivel de esos animales sin inteligencia, a quienes se impone un yugo en el cuello, para servirnos imperiosamente de su fuerza y de su instinto.

En esta panorámica nos falta el nombre del abate Raynal, pese a que fue el más importante de los anticolonialistas de la época, al menos si lo juzgamos por la amplitud de su obra (de cuatro a diez volúmenes, según las ediciones) y por el número de ediciones de que se benefició (pese o quizá a causa de la censura de la que fue objeto). La *Histoire philosophique et politique des établissements et du commerce des Européens dans les deux Indes* [Historia filosófica y política de los establecimientos y del comercio de los europeos en las dos Indias] (1770) es una obra tan monumental como discutible. Le falta el conocimiento del terreno, bases históricas sólidas y, sobre todo, rigor en la argumentación. Sus contemporáneos acusaron al autor de haber prestado su pluma a otros escritores más célebres pero más prudentes (como Diderot) y de haber elaborado una obra «incoherente en sus ideas» y llena «de todas las paradojas más contradictorias», según el juicio de Turgot. El éxito de librería de este texto no se debe al talento de un autor cuya prolijidad y confusión no aportan ningún elemento nuevo al debate: representa una moda muy arraigada entre los miembros de la *intelligentsia* de la época.

Todos los autores que acabamos de citar critican, deploran y ponen en guardia, pero ninguno de ellos condena radicalmente el sistema colonial. Para llevar la audacia hasta este extremo era necesario el valor y el rigor de Jean-Jacques Rousseau.

El autor de *Le contrat social* [El contrato social], que tantas páginas ha escrito sobre política, no dedicó ninguna de sus obras o de sus numerosos opúsculos al tratamiento específico del problema colonial. Sin embargo, toda su obra es un vigoroso canto a favor de la igualdad y, al contrario que otros autores de su generación, no milita solamente a favor de la igualdad entre los

hombres (fuente de la compasión hacia los indígenas), sino de la igualdad entre los pueblos. Su preocupación le inspira una condena radical de toda guerra de conquista y de toda forma de dominación impuesta por la fuerza. Este tema lo encontramos repetidas veces en sus escritos, especialmente en *El contrato social*:[9]

> Respecto al derecho de conquista, éste no tiene más fundamento que la ley del más fuerte. Si la guerra no da al vencedor el derecho de masacrar a los pueblos vencidos, este derecho, que no tiene, no puede ser el fundamento del de someter. [...] Aun suponiendo este horrible derecho de matarlo todo, yo digo que un esclavo hecho en la guerra, o un pueblo conquistado, no está obligado a nada absolutamente hacia su amo, salvo a obedecerle mientras lo fuercen a ello. Tomando un equivalente a su vida, el vencedor no le ha perdonado en absoluto: en vez de matar sin fruto, ha matado útilmente. Lejos pues el que haya adquirido sobre él autoridad alguna unida a la fuerza. El estado de guerra subsiste entre ellos como antes, y su propia relación es su efecto; y el uso del derecho de guerra no supone ningún tratado de paz... Así, desde cualquier punto de vista que se aborden las cosas, el derecho de esclavitud es nulo, no sólo porque es ilegítimo, sino porque es absurdo y no significa nada. Las palabras esclavitud y derecho son contradictorias: se excluyen mutuamente.

Sin embargo, el texto más explícito es sin duda el que figura en la «Réponse à M. Bordes à propos du *Discours sur les sciences et les arts* [Respuesta al Sr. Bordes respecto del *Discurso sobre las ciencias y las artes*]»[10]:

> Así, por lo que no hemos podido penetrar en el continente del África, por lo que ignoramos lo que pasa en él, nos hacen llegar a la conclusión de que sus pueblos están cargados de vicios: sólo si hubiésemos hallado el modo de llevarles los nuestros deberíamos haber llegado a esta conclusión. Si yo fuese jefe de alguno de los pueblos de la Nigricia, yo declaro que haría levantar en la frontera del país una horca de la que haría colgar sin remisión al primer europeo que osase penetrar y al primer ciudadano que intentase salir. América no nos ofrece espectáculos menos vergonzosos para la especie humana. Sobre todo desde que los europeos están allí. Se contarán cien pueblos bárbaros o salvajes en la ignorancia por uno sólo virtuoso. Sea,

---

[9] 1762, Libro I, cap. IV.

[10] 1752, *Oeuvres complètes*, La Pléiade, tomo III, p. 91.

se contará al menos uno: pero un pueblo virtuoso y cultivador de las ciencias nunca se ha visto. Si los bárbaros han hecho conquistas, es que eran muy injustos. ¿Qué éramos nosotros, pues, decidme, cuando hemos hecho esta conquista de América que admiramos tanto? Pero ¡cómo vamos a pensar que gentes que tienen cañones, cartas de navegación y brújulas pueden cometer injusticias! ¿A quién juzgaríamos nosotros más valiente, al odioso Cortés subyugando a México a fuerza de pólvora, de perfidia y de traición, o al infortunado Guatimozín, echado por honrados europeos sobre carbones ardientes para quitarle sus tesoros, y reprendiendo a uno de sus oficiales al que el mismo trato arrancaba algunos lamentos, diciéndole fieramente: «¿Y yo, estoy acaso sobre un lecho de rosas?»

En pocas frases está dicho todo. Esta vez, sin que se mencione expresamente, la colonización es el blanco directo. Ha sido puesta en entredicho en nombre de la justicia y del derecho, sin excusas, sin matices, sin reservas y sin apelación. Si hubiese que establecer una jerarquía entre los adversarios de la colonización, Rousseau merecería sin duda recibir la palma. Quizá sus ideas no tuvieron, en su momento, el favor que recibieron las más moderadas y mundanas de sus contemporáneos, pero la fuerza de la condena, erigida en principio categórico, se infiltrará más adelante en las mentes y servirá de matriz a toda una serie de principios políticos que triunfarán más tarde, como el derecho de los pueblos a disponer de sí mismos y el derecho a la revuelta de los pueblos dominados.

El punto de vista de los «utilitaristas». Reducir el anticolonialismo a una revuelta intelectual y moral sería como amputarla de una dimensión esencial: la contribución de los utilitaristas. Bajo este término deben figurar todos aquellos que, sin preocuparse por los grandes principios ni por consideraciones humanitarias, plantearon el problema en términos de cálculo (inversión/rentabilidad). A fin de cuentas, se trataba de responder a la pregunta acuciante, pero ocultada por los filósofos: ¿las colonias son una ventaja para la metrópoli? Si el plato de la balanza se inclina a favor del déficit, entonces la colonización debe ser abandonada, y quedará probado que no sólo hace daño a las convicciones, sino también a los intereses.

Los primeros intereses a defender por parte de la metrópoli son de orden demográfico o, como se decía en la época, de «poblamiento». La cosa puede sorprender, porque las perspectivas en las que se inscribieron las relaciones de población entre metrópolis y colonias cambiaron mucho desde el siglo XVIII, por ejemplo por el temor a la superpoblación creado por las tesis de Malthus, y luego con la integración de las poblaciones de ultramar en la estrategia militar de

las potencias europeas.[11] En el siglo XVIII la mortalidad era todavía muy elevada, las epidemias seguían siendo muy mortíferas (la Gran Peste de Marsella es en 1720), y las catástrofes naturales, como el terremoto de Lisboa (que, en 1745, causó 40.000 víctimas), hacen temer no un estancamiento, sino un declinar de la población. De ahí el temor de que la emigración de los europeos hacia las colonias se convierta en causa de una hemorragia dañina para la potencia del país. El primero que da la alarma es Montesquieu. Aunque éste, más tarde, se mostrará partidario de la colonización (*De l'esprit des lois* [El espíritu de las leyes], 1748, capítulo XXX, 21), en las *Lettres persanes* [Cartas persas] (1721) se alza en contra de las «colonias de poblamiento»:

> El efecto normal de las colonias es debilitar al país de los que se sacan, sin poblar aquéllos a donde se les envía... Es necesario que los hombres se queden donde están... Cuando se nos transporta a otro país, enfermamos... Después de la devastación de América, los españoles, que tomaron el lugar de los antiguos habitantes, no han podido repoblarla; al contrario, por una fatalidad que yo debería nombrar mejor justicia divina, los destructores se destruyen a sí mismos y se consumen todos los días... Los príncipes no deben desear poblar grandes países por medio de las colonias. [Carta CXXI]

El conde de Boulainvilliers encarece:

> Nuestras colonias han contribuido y no poco a disminuir el número de ciudadanos... El comercio con América ha disminuido nuestra potencia política porque se ha formado a expensas de nuestra población... Si el gobierno contabilizase a los súbditos que pasan a América, verá que de ciento habrá sesenta que perecen tras su llegada... Manteniendo continuamente nuestras colonias en un número de 20.000 habitantes solamente, sería necesario que nuestra población general en Europa disminuya cada siglo más allá de los 500.000 ciudadanos, cuya rama se pierde sin vuelta para la monarquía. Es decir (si las cosas siguen estando como hasta ahora), que una vez que pase cierto tiempo la América habrá despoblado completamente a Francia.[12]

[11] En vísperas de la II Guerra Mundial, en Francia, el gobierno, para tranquilizar al país, lanza la consigna de los «cien millones de franceses».

[12] *Les intérêts de la France mal entendus dans les branches de l'Agriculture, de la Population, des Finances, du Commerce, de la Marine et de l'Industrie*, 1756.

Tales opiniones alarmistas, más o menos fundamentadas dada la carencia de datos estadísticos sobre los movimientos migratorios, pueden parecer exageradas. Sin embargo, reflejan aun así una preocupación de la época, a lo que se añade el aspecto cualitativo del problema. Sin duda, no se trataba todavía de la fuga de cerebros, pero de la calidad del poblamiento de las colonias dependen al mismo tiempo la prosperidad de éstas y el porvenir de sus relaciones con las metrópolis. Al subrayar las contradicciones entre el espíritu de dominación, el de comercio y el de población, el marqués de Mirabeau mostró claramente que el efecto de una «dependencia absoluta» con relación a la metrópoli sería opuesto a la «inclinación natural que tienen súbditos tan alejados de sacudirse el yugo... Ustedes están de acuerdo en que hay que poblar y fortificar vuestras colonias; yo creo que es, según ellos, como un campo que hay que desbrozar, trabajar, abonar y sembrar, antes de poder recolectar algo»[13].

Esta vez no se ponen en entredicho las estadísticas, sino la conducta de los gobiernos respecto a sus propios súbditos expatriados. Es una crítica que los colonizadores habrían hecho bien en tomar en cuenta. Por su lado, Bernardin de Saint-Pierre deplora el mal estado de ánimo y el mal comportamiento de los franceses establecidos en ultramar:

> Todos los que he visto en las islas se consideran siempre como extranjeros. A lo largo de veinte años de estancia en una vivienda, no plantarán un árbol delante de la puerta de su casa para darse sombra: oyéndolos, se van todos el año que viene.

No duda en poner en entredicho la responsabilidad de los gobiernos en la política de inmigración:

> Es la mala selección de los individuos que se ha hecho llegar [a nuestras colonias] lo que las ha llenado en todo tiempo de discordia. ¿Cómo podemos esperar que ciudadanos que crearon problemas a la sociedad anterior puedan concurrir en hacer prosperar una nueva? Los romanos y los griegos empleaban la flor de su juventud y a sus mejores ciudadanos para fundar sus colonias, y se convirtieron en reinos e imperios. Son los solteros, marinos, de la nobleza y de todos los estamentos; son los

[13] *L'ami des hommes*, *op. cit.*, 3ª parte, cap. IX.

estados mayores, que llenan a los nuestros de pasiones de Europa, del gusto de modas de un lujo vano de opiniones corrompidas, y de malas costumbres. No habríamos temido nada por parte de nuestros sencillos agricultores.[14]

Así, desde cualquier punto de vista que se la considere, la cuestión del poblamiento plantea dificultades que pueden dar lugar a un proceso larvado contra la metrópoli: ¿queremos colonos sanos y prósperos? Se les impulsa a la independencia. ¿Se permite que las colonias sean invadidas por gentes sin escrúpulos y sin moralidad? Se les empuja a un desorden permanente. Siempre será difícil encontrar el equilibrio entre estas dos tendencias, que contienen en germen, la una y la otra, el fin del sistema colonial.

Sin embargo, son los intereses económicos los que, de forma inmediata, se ponen más directamente en entredicho. De nuevo, la cosa puede intrigar. Herederos del régimen del «Pacto Colonial» (instaurado por Colbert), que reservaba a la metrópoli el monopolio del flete y del comercio con las colonias, los súbditos de Luis XIV podrían haber creído que les estaba asegurada la rentabilidad de sus posesiones. Sin embargo, el ejemplo de España, arruinada dos siglos después de haber saqueado las fabulosas riquezas de América, podía conducir a la perplejidad. Más tarde, a finales de siglo, la revuelta y la independencia de los *insurgentes* de Estados Unidos iban a disipar muchas ilusiones.

Por esto los primeros economistas de renombre estaban lejos de participar del optimismo de Montesquieu. El banquero británico Richard Cantillon admite que:

[...] el comercio de las Indias Orientales es ventajoso para la República de Holanda [porque ésta] ha echado la perdición sobre el resto de Europa al vender especias... que le devuelven todo el dinero que envía a las Indias y más allá: e incluso le es útil a la Holanda vestir a sus mujeres y a otros muchos habitantes con las manufacturas de las Indias más que con las telas de Inglaterra y de Francia... Inglaterra y Francia cometerían un error si imitasen en esto a los holandeses. Estos reinos poseen en ellos mismos los medios de vestir a las mujeres de su tierra; y aunque sus telas sean de precio más alto que el de las manufacturas de las Indias, deben obligar a sus habitantes a no llevar ropa extranjera; no deben permitir la disminución de sus

[14] *Études de la nature*, 1784, XIII.

obrajes y de sus manufacturas, ni acabar dependiendo de los extranjeros, ni mucho menos dejarse llevar el dinero para ello.[15]

Dicho de otra manera, para hablar con lenguaje contemporáneo, es conveniente sustraer la producción metropolitana a la competencia de las colonias. Resumiendo, hay que hacer prevalecer en todas las circunstancias el principio de la «preferencia nacional», aunque hubiese de sufrir la prosperidad de las colonias. Así pues, las pretendidas «ventajas» son relativas y deben ser calculadas en función de la prioridad que hay que dar a la industria metropolitana. Todavía estamos en las antípodas del liberalismo. Lo que Cantillon propone no es más que una versión aún más restrictiva del Pacto Colonial.

Por la misma fecha, en Francia, el marqués de Mirabeau, crítico decididamente despiadado, estigmatiza el comercio de los géneros alimentarios:

¿En qué este comercio tan cacareado es ventajoso para el Estado sólo por el hecho de que consiste en llevar nuestras harinas y nuestros vinos para traer los géneros del país? Este comercio es ruinoso; es intercambiar nuestro jugo alimentario por géneros de nula subsistencia, alimentar a pueblos alejados, cuyo soberano no puede obtener casi ningún servicio de los que debe sacar de sus súbditos, a expensas de aquellos que deberían estar alrededor de su trono, acostumbrar a los del reino a intercambiar lo necesario con lo superfluo y a los criollos a no tener más que una subsistencia precaria y tan costosa, que la forma sola pronunciaría la pena de muerte contra el pueblo y los pobres.

A quien le objeta las ventajas del «transporte que nutre y mantiene un número de marineros y de gentes de mar», responde: «Por lo que respecta a las gentes a las que el transporte y el vehículo permiten vivir, sería mejor que estos gastos mantengan a las gentes de los ríos y los canales y a otros transportistas.»[16] Dicho de otra manera, hay que proteger contra el desequilibrio del comercio colonial no sólo al tráfico alimentario, sino también al empleo de la mano de obra cuyo trabajo sería más útil al desarrollo de la metrópoli que al de la navegación.

Al conflicto entre los intereses de la metrópoli y los de las colonias se añade, si hay que creer a François Quesnay —uno de los fundadores de la escuela de los fisiócratas—, otro socio cuya intrusión no ha dejado de alimentar las con-

---

[15] *Essai sur la nature du commerce en général*, 1755, 3ª parte, cap. I.
[16] *L'ami des hommes*, *op. cit.*, 3ª parte, cap. IX.

troversias, pues se trata del tercero en discordia que, como en la fábula, obtendrá su beneficio: es la categoría de los «intermediarios», bien situados para embolsarse la apuesta, ya que están. En 1758 el autor multiplica las preguntas que habrán sorprendido a los lectores de la época:

> El comercio de la metrópoli con sus colonias, que proporciona grandes ganancias a los comerciantes, por las molestias de su comercio, ¿no es acaso más seductor que real y ventajoso para la nación? Las mercancías que se venden a los colonos tres veces más caras de lo que han costado, y las que los colonos venden in situ, ¿proporcionan, con estos precios excesivos, verdaderas riquezas? Tales precios excesivos ¿no disminuyen asimismo el consumo en el extranjero, y por tanto la producción en las colonias, y también la producción de una mayor cantidad de géneros que se exportarían hacia la metrópoli y que se consumirían en las colonias si se vendiesen más baratas?[17]

Unos años más tarde, Quesnay cruza su espada con Montesquieu por la pretendida rentabilidad de las colonias:

> Sería un medio muy malo para llegar a este fin [la extensión del comercio] dar el privilegio del comercio de estas colonias a un cuerpo de comerciantes nacionales... Las colonias y la metrópoli estarían siempre a la merced de los agentes intermediarios, los cuales, a cubierto de toda intervención extranjera, no conocerían límites en los precios de los salarios que se harían pagar a sí mismos por parte de las metrópolis y las colonias salvo los que impusiese su interés personal bien o mal entendido...[18]

Más progresa el análisis económico y más se desvela el número y la complejidad de los flujos que traen consigo estas particulares relaciones, más parece que la amenaza que pesa principalmente sobre el conjunto del sistema colonial es el principio de los «exclusivos» y los privilegios que ocasiona tanto en provecho de los Estados como en el de una parte de sus propios compatriotas.

Corresponderá a la escuela británica, fundadora del liberalismo económico, llevar la contraria completamente al colbertismo y, en especial, al Pacto Colonial. El gran arquitecto de esta verdadera revolución iba a ser el escocés Adam Smith. En relación a la ambición de este último, las críticas anteriores no son más que

[17] *Questions intéressantes sur les populations, l'agriculture et le commerce...*, 1758, art. XXIV.
[18] *La Gazette et Journal d'Agriculture*, abril de 1766.

observaciones aisladas y accesorias. Este autor pretende fundar una nueva teoría económica cuyos dos preceptos fundamentales, «*laisser faire*» y «*laisser passer*», deben aplicarse no solamente en el interior de las fronteras (para liberar todas las formas de trabajo y de transacciones), sino también en el exterior de los Estados, es decir, a través de las fronteras, incluidas, por supuesto, las impuestas en el mapa del mundo por los troceamientos coloniales. Una coincidencia en parte fortuita hace que la *Inquiry into the Nature and Causes of the Wealth of Nations* [Investigación sobre la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones] haya sido publicada en 1776, el mismo año de la revuelta de los *insurgentes* de Estados Unidos. ¿Simple coincidencia? En todo caso, Smith tomará partido vigorosamente por la independencia de las colonias de Norteamérica, pero demuestra también interés por el aspecto «colonial» de su programa al consagrarle casi doscientas páginas de los cuatro volúmenes de su obra.

Esta contribución al debate no se debe a un anticolonialismo primario. Adam Smith asocia a su razonamiento económico consideraciones múltiples y con frecuencia muy ricas y matizadas sobre el papel y la aportación de la colonización a la historia del mundo. Sin embargo, considera que esta fase de la civilización está superada, no sólo a causa de la revuelta inevitable de los colonos contra la dominación metropolitana, sino sobre todo a causa de los abusos que trae consigo el monopolio comercial en beneficio de pequeñas minorías y a expensas del interés general: sólo la abolición de las barreras comerciales podrá, según él, provocar una bajada universal de precios, contribuir a la armonización general de los intereses y, además, facilitar la instauración de la paz, poniendo fin a las rivalidades de las potencias europeas.

No es necesario insistir sobre estas tesis que ya han dado la vuelta al mundo y que todavía inspiran hoy los trabajos del FMI y del Banco Mundial, así como los debates sobre la mundialización. Lo que hay que subrayar es que las tesis de Adam Smith recibieron la adhesión, en el momento, de todos los que en Europa eran mentes bondadosas.

En Francia, Turgot, invitado por el rey a reflexionar sobre los «asuntos de América», redacta un informe substancial en el que da su aval a las tesis del escocés. Critica la rentabilidad económica del sistema de la exclusividad («las ganancias de la nación se reducen a una parte del provecho que hacen los negociantes de nuestros puertos sobre los gastos de transporte de mercancías de las islas de Francia... Esta ganancia [...] es un objeto muy módico, y nos equivocaríamos mucho estimando las ventajas de este comercio por el valor de las producciones o de las exportaciones de nuestras islas»); pero critica también «las ventajas que extrae de la posesión de sus colonias Francia en cuanto Estado»,

para concluir que «los ingresos que el gobierno obtiene son un recurso nulo para el Estado considerado una potencia política [...] si tenemos en cuenta lo que cuesta cada año la defensa y la administración de las colonias, incluso en épocas de paz»; y hay que preguntarse «si no hubiese sido más ventajoso para nosotros abandonarlas a sus propias fuerzas con entera independencia, incluso sin esperar el momento en que los acontecimientos nos fuercen a tomar esta decisión...»[19].

En el Reino Unido, el filósofo Jeremy Bentham, considerado el más importante de la escuela utilitarista, abunda en el mismo sentido que Adam Smith y Turgot, en un tono aún más categórico, pues establece como axioma que «no le interesa a Gran Bretaña conservar, de ninguna manera, dependencias extranjeras»[20]. Y desaconseja, salvo en circunstancias particulares, crear nuevas empresas coloniales, aunque recomienda, por razones de interés, emancipar a las colonias ya existentes.[21] Arthur Young, con ocasión de sus célebres *Voyages en France* [Viajes por Francia][22] (1792), hace un sombrío balance del estado del reino y no deja de atribuir la causa a las cargas que la colonización echa sobre la metrópoli; hace un llamamiento «a todos los países [a] abrir sus colonias a toda la Tierra sobre principios de libertad y liberalidad», y añade que «sería todavía mejor dar un paso más y no tener nunca más colonias».

Ahora ya están todos los ingredientes, los provenientes de la moral y de la filosofía, y los proporcionados por el cálculo económico. Sus dosis se modificarán, serán amalgamados, pero no se aportarán a la controversia elementos nuevos. Con sus incoherencias y contradicciones internas, el modelo del anticolonialismo ha alcanzado una especie de perfección, de la que sus sucesores sólo explotarán, en detalle, sus subproductos.

El eclipse revolucionario

Tras la explosión de las Luces habríamos podido esperar, por parte de los hombres de la Revolución Francesa o de sus sucesores inmediatos, un cambio radical de la política colonial gala. Curiosamente, la contribución al cambio de este

---

[19] *Mémoire sur la manière dont la France et l'Espagne devraient envisager les suites de la querelle entre la Grande-Bretagne et ses colonies*, 6 de abril de 1776.

[20] *A Plan for an Universal and Perpetual Peace*, 1789.

[21] *Manual of Political Economy*, 1798.

[22] Véase el tomo III.

breve pero crucial período es muy floja, como si un eclipse hubiese enmascarado los anteriores decenios de ebullición.

No hay duda de que la inspiración humanitaria se prolonga a través de los trabajos de la Société des Amis des Noirs [Sociedad de Amigos de los Negros], fundada en 1789 por Brissot, pero ésta se desmarca de toda colusión con la revuelta negra que ya está incubándose en Haití y de la que Toussaint Louverture se convertirá, unos años más tarde, en héroe y víctima. Por otro lado, si Brissot y sus amigos se pronuncian contra la trata, se cuidan mucho asimismo de subrayar que siguen siendo favorables a la esclavitud. Ésta será abolida por el decreto del 18 pluvioso, año II, que parece ser que nunca fue aplicado, como otros muchos textos del período.

El famoso grito de Robespierre («Que perezcan las colonias en vez de los principios...»), situado en su contexto y restablecido en su formulación exacta (Asamblea Constituyente, sesión del 12 de mayo de 1791), no tiene el alcance ideológico que suele atribuírsele muy frecuentemente. Se trata de una desestimación de demanda entre muchas otras (en especial las de Brissot o de Mirabeau hijo) contra la pretensión de los colonos antillanos que negaban el derecho al voto de sus esclavos, pero que pretendían contabilizar a estos últimos entre la población con vistas a aumentar el número de sus propios representantes en las asambleas parisinas.

Las opiniones generosas de Condorcet son más bien utópicas y confunden alegremente la emancipación de las colonias y la asimilación, si no la destrucción de las «naciones salvajes» (*sic*) que ocupan todavía vastos territorios de América (*Esquisse d'un tableau historique des progrès de l'esprit humain*[b], 1793). Este rasgo no merecería ni siquiera la pena de ser señalado si no prefigurase una especificidad de la colonización francesa que considera la aportación de la civilización europea a los nativos un regalo preferible al otorgamiento de la independencia a los territorios que habitan. Finalmente, vuelven a ser los conservadores los más razonables. El vizconde de Bonald preconiza en 1796 la flexibilización de los nexos de dependencia entre las colonias y la madre patria (*Théorie du pouvoir politique et religieux* [Teoría del poder político y religioso], tomo III), y el abate De Pradt se lamenta de que el Congreso de Viena no haya abordado, para intentar un arreglo pacífico, el contencioso entre España y sus colonias de América en vías de emancipación (*Du Congrès de Vienne* [Del Congreso de Viena], 1815).

[b] Ed. cast.: *Bosquejo de un cuadro histórico de los progresos del espíritu humano*, trad. D. Barnés, Espasa Calpe, Madrid, 1921. [N. del T.]

Finalmente, la Revolución y sus herederos no se interesarán demasiado por el problema colonial: el Directorio y el Consulado no supieron hacer la paz ni la guerra en Haití, que proclamará unilateralmente la independencia en 1804, y Napoleón venderá la Luisiana a Estados Unidos en 1803, por 15.000.000 de dólares. Después de todo, ¿qué peso tienen unas cuantas «islas del azúcar» ante la fascinación de la hoguera revolucionaria y luego de la gloria del Imperio? El curso de las ideas debe tener en cuenta también la existencia de los hechos.

En el siglo XIX, *un anticolonialismo a medias*

Entendido en un sentido amplio (1815-1914), el siglo XIX constituye, respecto al anticolonialismo, el momento de la verdad. La prueba, apenas entrevista durante la edad de oro anterior, se debe a dos razones que van a combinar sus efectos según una dosificación diferente a lo largo de los dos períodos que se suceden (1815-1870 y 1870-1914). En un primer momento los continuos progresos de la democracia van a obligar a descender del empíreo de las discusiones doctrinales hasta el terreno de la política. La colonización ya no es sólo objeto de un debate teórico, sino una baza política que va a penetrar en los parlamentos e influir en la estrategia de los partidos. De lo general a lo particular, de lo universal a lo cotidiano, el anticolonialismo va a perder parte de su soberbia y va a encontrarse en la obligación de llegar a un compromiso con el conjunto de constricciones que pesan sobre el juego del poder. Posteriormente, la colonización, sobre todo a partir de 1870, conocerá un auge sin precedentes, y los logros del Imperio francés con la III República proporcionan el mejor ejemplo de ello, sin olvidar la continua extensión del Imperio británico, ni la entrada en escena de nuevos competidores como Alemania, Bélgica, Estados Unidos e Italia. Resumiendo, es la edad de oro del imperialismo. A partir de este momento, las distintas posturas presentes van a endurecerse inevitablemente, pero también van a complicarse debido a las rivalidades entre las potencias coloniales y a la exacerbación de los nacionalismos que derivarán de aquéllas. Con frecuencia, el anticolonialismo tendrá dificultades para abrirse camino entre las tensiones contradictorias a las que se verá sometido.

De 1815 a 1870. Para comprender lo que sigue, hay que empezar por deshacerse de la imagen simplista, pero todavía muy extendida, según la cual los anticolonialistas serían de izquierdas y los colonialistas de derechas. Sin duda hay restos de continuidad de un siglo al otro, pero también rupturas, disidencias y defecciones. Una presentación por temas permitirá captar unas y otras.

En la línea de la tradición humanista y liberal figura en primer lugar Benjamin Constant. De todos modos, aunque condena vigorosamente la trata y aunque desea «suavizar la suerte de los hombres de color»[23], no se atreve todavía a tomar partido claramente contra la esclavitud. Esta cuestión, de todos modos, se va a convertir en el punto de encuentro de todos los «liberales», desde Lamartine[24] a Victor Schœlcher pasando por Tocqueville[25] para Francia, o de W. Wilberforce a Thomas Buxton para el Reino Unido. De todos modos, habrá que esperar la llegada de la II República Francesa, en 1848, para que se proscriba la esclavitud, pero hay que decir también que las motivaciones de los partidarios de esta medida no son siempre desinteresadas. Preocupados por prevenir objeciones a su proyecto, Lamartine tiene interés en dar garantías a los colonos: «El colono obtiene una propiedad honrada, moral; una propiedad de derecho común, con las mismas garantías que nosotros... Tras la emancipación, vuestros capitales coloniales valdrán el doble.»[26] ¡Curiosa concepción de una emancipación que mejora la situación pecuniaria de los propietarios de esclavos!

Durante el mismo período constatamos la existencia de otras formas de continuidad con las propuestas de la corriente «reformista» que desea mejorar la administración colonial, pero sin suprimirla. Ante la Cámara de los Comunes, Thomas B. Macaulay se muestra especialmente severo respecto al gobierno de la India: «Desde un punto de vista puramente egoísta, sería preferible para nosotros, con mucho, que el pueblo de la India fuese gobernado bien e independiente de nosotros que mal gobernado y sometido a nuestra autoridad», afirma. El publicista católico Louis Veuillot, de vuelta de un viaje a Argelia en 1841, se resigna a la posesión de Argelia, pero deplora la ausencia de un gran proyecto de civilización que podría justificar por sí solo la ocupación militar:

> Los árabes, aunque pacificados, se mostrarán todavía, durante largo tiempo, inclinados a la revuelta... ¿Qué se hace para asimilar a estas poblaciones fanáticas? ¿Qué se hace para atraerlos a Francia, para cambiar sus ideas y sus costumbres, para calmar este fanatismo temible? No se hace nada, absolutamente nada; y lo que es peor, no se quiere hacer nada.[27]

---

[23] Discursos en la Cámara de Diputados, 16 de julio de 1824, 8 de enero de 1825, 3 de junio de 1826.

[24] Discursos en la Cámara de Diputados, 15 de febrero de 1838, y en la Société Française de l'Émancipation de l'Esclavage, 10 de febrero de 1840.

[25] Intervención en la Cámara de Diputados, 30 de mayo de 1845.

[26] Discurso de 1840.

[27] *Les Français en Algérie*, 1845.

Con su rigor y lucidez habituales, Tocqueville se entrega, respecto al problema argelino, que en la época es el centro de todas las controversias, a una apreciación severa del «genio francés, que parece poco favorable a la colonización», y también de los métodos de gestión de los territorios coloniales, demasiado centralizados y asimiladores —en lo que se opone a la opinión antes citada de Veuillot—: «Se nos ha podido acusar a veces de haber civilizado menos bien la administración indígena que de haber prestado a su barbarie las formas y la inteligencia de Europa.»[28] Los trabajos que Tocqueville consagró al problema colonial, y en particular a Argelia, representan una de las mejores fuentes de información y de reflexión, sin complacencia ni indulgencia, sobre la situación de la época. Sin embargo, se sitúan dentro del statu quo y no en contra de la empresa colonial en sí misma. Por su lado, Gladstone, que todavía no está por predicar la independencia de las colonias, como hará más adelante, reprocha al gobierno británico haber frenado el poblamiento europeo, privando así a los territorios coloniales de las libertades a las que los candidatos potenciales a la emigración están tan apegados (discurso en la Cámara de los Comunes del 21 de mayo de 1862). Las críticas contra el sistema colonial no faltaron, pues, a lo largo de este período, pero salvaron, hasta ese momento, la existencia del sistema. Será diferente la postura de las escuelas de pensamiento que militarán abiertamente contra el colonialismo. En cabeza se sitúan, sin más, los economistas liberales.

Todos los que se dicen herederos de Adam Smith comparten sin dudarlo su hostilidad hacia la colonización. Así, el *Traité d'économie politique* [Tratado de economía política] publicado en 1826 por Jean-Baptiste Say (autor clásico y célebre en la época) considera que el asunto ya está arreglado o en vías de serlo:

> Es imposible que los pueblos de Europa no comprendan pronto que sus colonias son una carga... Los antiguos, a través de sus colonias, hacían amigos por todo el mundo conocido entonces: los pueblos modernos no han sabido hacerse más que súbditos, es decir, enemigos.

Unos años más tarde, un economista belga, Molinari, volverá sobre la crítica devastadora del sistema de monopolio (o de exclusividad) que rige todavía el orden colonial existente (*Dictionnaire de l'économie politique* [Diccionario de economía política], artículo «Colonies» [colonias], 1854).

---

[28] *Oeuvres complètes*, t. III.

En Inglaterra los liberales, agrupados en el seno de la Escuela de Manchester, se desencadenan y acaban por obtener la abolición de las leyes sobre el grano (*Corn Laws*), vilipendiadas por Richard Cobden, el ardiente animador de la Liga para el Librecambio. Sin embargo, esta doctrina no es del todo desinteresada: el desmantelamiento de las fronteras coloniales sólo puede beneficiar a la potencia económica del momento, es decir, al Reino Unido, que goza además de un dominio marítimo aplastante. Cobden confiesa sin escrúpulos que «si hay alguna verdad en los principios de la libertad de comercio que hemos adoptado como verdaderos, debe derivar de ello que en lugar de dejarnos confinados al comercio, comparativamente insignificante, de islas o continentes casi desiertos, la libertad de comercio nos dará acceso al mercado del mundo entero. Abandonando el monopolio del comercio con nuestras colonias, no haremos más que cambiar un privilegio miserable por un privilegio de comercio con el mundo entero. ¡Que nadie nos venga a decir, pues, que abandonando este monopolio Inglaterra dañará su potencia o su prosperidad futuras!»[29]. El enunciado de grandes principios sirve con frecuencia para enmascarar la defensa de intereses muy palpables.[30]

Con matices, James Mill (1824), John Stuart Mill (1862) y, sobre todo, Goldwin Smith (*The Empire* [El imperio], 1863) reforzarán las tesis de los economistas liberales. Es sobre todo el debate sobre Argelia el que revela la fuerza respectiva de las posturas presentes en Francia a mediados del siglo. Ya desde sus comienzos la conquista había sido objeto de controversia. Uno de los primeros en dar la alarma no había sido otro que el general Bugeaud, poco sospechoso de ser simpatizante con las ideas «de izquierda». En 1837, en una *Mémoire sur notre établissement dans la province d'Oran* [Memoria sobre nuestro establecimiento en la provincia de Orán], el jefe de las operaciones militares escribía: «Aunque guerrero por gusto y por profesión, yo no tengo el valor de aconsejar a mi país esta conquista.» El 13 de enero de 1840 volverá a insistir públicamente en un discurso pronunciado ante la Cámara de Diputados, donde llegará a decir: «Todo el mundo sabe perfectamente que siempre he considerado a Argelia como el más funesto de los presentes que la Restauración ha hecho a la Monarquía de Julio.» Aunque, paradójicamente, extrae la conclusión de que «la posesión de Ar-

---

[29] Discurso en el mitin de Bradford, 1850.

[30] Podrá hacerse aproximadamente la misma constatación respecto de la postura de Estados Unidos ante la liberalización del comercio mundial a lo largo de la segunda mitad del siglo XX.

gel es un error; pero ya que quieren ustedes llevarla a cabo, pues es imposible que ustedes no lo hagan, es necesario que lo hagan ustedes con grandeza...» La brecha estaba abierta, y en ella iban a precipitarse los jefes de la oposición parlamentaria (De Sade, Dupin Aîné, Desjobert, Duvergier de Hauranne, Piscatory). Éstos pudieron apoyarse en la autoridad de un polemista de talento, en la persona de Frédéric Bastiat, que utilizará las tesis ultraliberales para destrozar a los partidarios del mantenimiento de Francia en Argelia (*Oeuvres complètes* [Obras completas], 1855, «Pamphlets» [Panfletos], 1854). Bastiat arrastrará a sus tesis a otro panfletista temible, el economista Louis Reybaud, autor de una sátira titulada *Jérôme Paturot à la recherche de la meilleure des Républiques* [J. P. en busca de la mejor de las Repúblicas], de 1862. Es pues el anticolonialismo de inspiración liberal, de contenido económico, el que da el tono y el que, aparentemente, parece resultar vencedor. La cuestión es, entonces, saber dónde se sitúan en esta controversia aquellos a los que se habría esperado encontrar entre los adversarios del imperialismo francés en Argelia: los románticos —que, por otro lado, lanzaban opiniones humanitarias y pacifistas— y los socialistas. No sólo unos y otros están ausentes de la lista, sino que los hallamos del lado de los «colonialistas». La defección de los primeros se explica por el descubrimiento de la «misión civilizadora» (una especie de equivalente laico de lo que podría haber sido, en el siglo XVI, la evangelización por parte de los hombres de la Iglesia). Lamartine, Victor Hugo, por no citar más que a los principales, están convencidos de que Occidente en general y Francia en particular están investidos de una «misión» consistente en llevar la «civilización» a los pueblos bárbaros. (Éstos son, más o menos, los términos utilizados por Victor Hugo en su célebre conversación con Bugeaud, *Choses vues* [Cosas vistas], 1841.) El profeta llegará a decir en su discurso de apertura del Congreso de la Paz, el 21 de agosto de 1849: «¡En vez de hacer revoluciones, haremos colonias! ¡En vez de llevar la barbarie a la civilización, llevaremos la civilización a la barbarie!» En cuanto a Lamartine, tocaba a la vez las cuerdas del patriotismo y las de la cultura:

> Según mi convicción, grandes colonizaciones entran indispensablemente en el sistema político que la época asigna a Francia y a Europa. El Oriente las llama y, a falta de salidas internas, las hace necesarias para nuestras poblaciones crecientes... Restituir las costas y las ciudades de África a los príncipes árabes sería como confiar la civilización a la barbarie. [Discurso en la Cámara de Diputados, 1 de mayo de 1834]

El más conservador de los hombres de Estado contemporáneos no osaría expresarse de esta manera... Sin embargo, si exceptuamos los excesos de vocabulario, hay que admitir al menos dos cosas. La primera es que el problema del «choque de las culturas» que la colonización hizo surgir sigue planteado hoy en día; la segunda es que el tema de la misión civilizadora es como el gusano en el fruto o, si se prefiere, como el virus en la red informática, que continuará durante mucho tiempo contaminando las profesiones de fe altruistas, como veremos dentro de poco.

El caso de los socialistas es un poco diferente. Ciertamente, se trata de una corriente de pensamiento nueva, que se proyecta hacia el futuro más que hacia el pasado. Así, los socialistas «utópicos» (Saint-Simon y sus discípulos, Fourier) van a construir un porvenir radiante en el que habrá sitio para nuevos acondicionamientos de la tierra, nuevas técnicas de transformación de la naturaleza, y tienen tendencia a ver, en lo que los demás llaman «colonias», un gran campo abierto a sus experiencias y a sus invenciones. Cuando les ocurre, como a Fourier en algunas de sus divagaciones, que penetran en el terreno de la política, se muestran prisioneros de una visión eurocéntrica del mundo tanto como sus primos románticos —el único discípulo de Saint-Simon que se pronunció contra la colonización es Auguste Comte, por razones que son propias de su visión positivista de la evolución[31]—. Podría haberse esperado, al menos, que el surgimiento del socialismo científico permitiría «recolocar la pirámide sobre su base», por retomar los términos del contencioso entre Marx y Hegel.

Sin embargo, Marx no conseguirá escapar totalmente al espíritu del tiempo. Sólo intentará (lo que ya es una prueba de su genio) conciliar cuatro aspectos diferentes del fenómeno de la colonización: 1. el aspecto inhumano de la dominación del hombre por el hombre, lo que significa su condena moral; 2. el aspecto progresista de la transferencia de la civilización, lo que equivale a la absolución de muchos crímenes; 3. el aspecto económico, que reposa en la explotación de los recursos coloniales por las metrópolis; 4. el aspecto estratégico y revolucionario, que hace de la colonización, en términos de lucha de clases internacional, una etapa necesaria y provisional en la vía de la autodestrucción del capitalismo. El hecho de que Marx haya «votado por el librecambio» en el Congreso de Londres de 1848 y el análisis que propone de la dominación británica en la India[32]

---

[31] *Cours de philosophie positive*, 1842, t. VI [Hay varias traducciones españolas].

[32] En las columnas del *New York Daily Tribune*, en los años 1850-1860.

permiten acreditar esta tesis, cuya sutileza dialéctica planteará numerosos problemas a sus sucesores.

De 1870 a 1914. Este período corresponde al apogeo de la expansión imperialista de origen europeo, accesoriamente estadounidense, en el mundo. En unos años la casi totalidad del continente africano y luego amplios sectores del sureste asiático y de Oriente Próximo van a caer bajo la dominación colonial. Y este resultado no se ha podido alcanzar sin un resurgir de las tensiones internas e internacionales. A la recrudescencia de las rivalidades entre Estados y a los riesgos de conflictos que implican, se añaden los debates internos justificados por la importancia de lo puesto en juego en la política colonial. Las convicciones y también los cálculos de los protagonistas de la escena política continúan desempeñando su papel tradicional, pero éste se vio alterado por la aparición de nuevas corrientes, especialmente el pacifismo y el nacionalismo. Según las circunstancias, la combinación de estos valores entre sí iban a frenar o a acentuar la corriente anticolonialista, a hacer variar las opiniones en el tiempo, a difuminar los contornos de las corrientes anteriormente identificadas o bien sembrar la confusión hasta el punto —ocasionalmente— de producir alianzas al revés. La coherencia de la ideología anticolonialista, que ya antes era débil, será puesta a ruda prueba por la confrontación con la expansión sin precedentes del imperialismo.

La tradición humanista no ha desaparecido, naturalmente. Pensadores, escritores o testigos (viajeros y misioneros) se turnan para denunciar los males de la colonización. Sin embargo, la diversidad de esta familia de pensamiento no deja de sorprender. Hallamos en ella tanto a radicales, por ejemplo Clemenceau, como a patriotas incondicionales, como Déroulède. También a conocidos polemistas de extrema derecha (Drumont, Léon Bloy, Bernanos), anticlericales notorios, como Anatole France, responsables religiosos, como monseñor Le Roy, superior de la congregación misionera de los Padres del Espíritu Santo, y escritores sin filiación política concreta, como Pierre Loti. De todas partes, y bajo varias formas, las críticas abundan, y también los llamamientos a las reformas. No obstante, unos y otros se detienen en el umbral decisivo que podría conducirles a pedir la abolición pura y simple del régimen colonial, es decir, la descolonización. Sólo algunos socialistas llegarán a dar este paso (véase *infra*).

Varios motivos propios del período que estamos tratando explican esta actitud contenida. En primer lugar, la persistencia, no confesada pero subyacente por todas partes, del mito de la misión civilizadora; luego, el hecho de que cada nuevo avance imperialista —expedición militar, maniobra diplomática, in-

LA BARBARIE COLONIAL[33]

¡Oh!, sabemos bien que los negros del Estado Libre del Congo, los esclavos de S. M. el rey de los belgas son cruelmente torturados. Sabemos bien que en África, en Asia, en todas las colonias, a cualquier pueblo que pertenezcan, surgen las mismas quejas, los mismos gritos de dolor hacia el cielo sordo. Conocemos, ¡ay!, esta vieja y terrible historia. Ya hace cuatro siglos que las naciones cristianas disputan entre sí para exterminar a las razas roja, amarilla y negra. Es lo que se llama civilización moderna.

Los blancos sólo se comunican con los negros o los amarillos para someterlos o masacrarlos. Los pueblos que llamamos bárbaros no nos conocen hasta ahora más que por nuestros crímenes. No, desde luego, no creemos que en esta desgraciada tierra de África se cometan más crueldades bajo nuestra bandera que bajo las de los reinos y los imperios. Pero a nosotros, franceses, nos interesa denunciar ante todo los crímenes cometidos en nuestro nombre; está en juego nuestro honor, sin tener en cuenta que hablando de lo que nos concierne, de lo que es asunto nuestro, tenemos alguna posibilidad más de no hablar en vano.

Por nuestro lado, y sin cansarnos, denunciaremos las exacciones y los crímenes cometidos por la administración de las colonias francesas. Los denunciaremos con la ayuda de esos administradores coloniales —y los hay, y su número es grande— que, bajo un clima pérfido, en una mala soledad, han evitado la melancolía, el furor, las perversiones mentales, los terrores y las alucinaciones homicidas, y han sabido permanecer justos y moderados. Imperiosamente, y sin cansarnos, reclamaremos la represión de los crímenes y la reforma de un régimen que los ha favorecido o permitido.

Imperiosamente y sin cansarnos exigiremos para los amarillos y los negros de nuestro imperio colonial el respeto de los derechos humanos. Exigiremos justicia en nombre de la humanidad a la que no se ultraja en vano; en nombre de la patria cuyos intereses se sirven mal con esta barbarie colonial.

---

[33] Anatole France, discurso pronunciado en el mitin de protesta contra la Francia colonial, el 30 de enero de 1906, en *Vers les temps meilleurs*, Édouard Pelletan, París, 1906, vol. III, p. 72.

cidentes tipo Fashoda[c]— podía dar lugar a una apreciación diferente e incluso a cambios bruscos y completos de una circunstancia a otra, como en el caso de Clemenceau y los diputados radicales. Por otro lado, la obsesión por la revancha y «el horizonte azul de los Vosgos»[d] condujo a coaliciones inesperadas, como la que reunió contra Jules Ferry y sus proyectos indochinos a Clemenceau y a Déroulède. Finalmente, el progreso del pacifismo inclinó a muchos dirigentes, fuese cual fuese su pertenencia política, a luchar contra las empresas coloniales para atenuar el riesgo de una nueva guerra en Europa entre potencias imperialistas. «Reformas, sí; revolución, no», podríamos decir, retomando una fórmula célebre.

Por el lado de los economistas, hay que constatar un cambio de rumbo, al menos momentáneo. Paul Leroy-Beaulieu se inscribe en la línea de los que, con Renan, quieren contribuir al enderezamiento del país después de la humillación de la derrota de 1870, y publica, en 1874, un alegato a favor de la colonización, *La colonisation chez les peuples modernes* [La colonización en los pueblos modernos]. Aunque más matizado, André Gide se une a este punto de vista (*À quoi servent les colonies?* [¿Para qué sirven las colonias?], 1885), para no romper el frente patriótico en un momento en que incluso la extrema izquierda y la extrema derecha se alían contra la expedición al Tonkín, y para no comprometer las posibilidades de una «revancha» en suelo europeo. Con todo, la mayoría de los economistas liberales (Frédéric Passy, Yves Guyot, Molinari) permanecerá fiel al mensaje anticolonial de Adam Smith. Parece ser que esta constancia en la doctrina haya tenido escasa influencia sobre la práctica de los gobiernos sucesivos, más sensibles a las maniobras y a las presiones del oculto pero poderoso «partido colonial».

Si los socialistas tienen derecho a un trato diferente es en primer lugar porque, desde 1870, son una fuerza política nueva y activa en el plano electoral y parlamentario antes de acceder al gobierno en vísperas de la I Guerra Mundial; y, en segundo lugar, es porque el socialismo francés constituye una sección de la Internacional obrera (fundada por Marx en 1860 y reorganizada en 1889),

---

[c] Se refiere al incidente, que estuvo a punto de provocar un enfrentamiento armado entre Francia y el Reino Unido en 1898, en Fashoda (hoy Kodok), en Sudán, cuando ambos países reivindicaban zonas de este país y trataron de ocupar la misma localidad. Finalmente las tropas francesas se retiraron y dejaron el campo libre a los británicos. [N. del T.]

[d] Se refiere a la revancha francesa por la derrota ante Alemania en 1870. El «horizonte de los Vosgos» indica los cambios de frontera entre Francia y Alemania, favorables a esta última, tras esta guerra, razón de la «revancha»... que llegará con la derrota alemana en la I Guerra Mundial. [N. del T.]

y era lícito pensar que iba a colocar la cuestión colonial en el centro de su estrategia; finalmente, es porque las opiniones de los socialistas son, efectivamente, de las más severas que puedan encontrarse a lo largo de este período en la literatura anticolonialista.

Con todo, su mensaje no es como para justificar el triunfalismo retrospectivo al que se han entregado a veces propagandistas demasiado activos. En el seno de la Internacional, lo mismo que en el del movimiento socialista francés, aparecieron tendencias diversas y, en ocasiones, incluso opuestas. En 1896, el Congreso de Londres declara que, sea cual sea el pretexto religioso o supuestamente civilizador de la política colonial, ésta no es más que la extensión del campo de la explotación en interés exclusivo de la clase capitalista. Marx sin duda habría firmado el texto de esta moción. Sin embargo, la colonización ¿es sólo una manifestación del capitalismo? ¿Bastaría abolir el capitalismo para hacer desaparecer de golpe el hecho colonial?

La moción del Congreso de Stuttgart (1907), adoptada tras vivas controversias entre ultras y moderados, parece reiterar la condena anterior:

> La política colonial capitalista, por su propia esencia, conduce directamente al sometimiento, al trabajo forzado y a la destrucción de las poblaciones indígenas en el campo colonial. La misión civilizadora a que alude la sociedad capitalista no es más que un pretexto para satisfacer su sed de explotación y de conquista.

No obstante, la moción final añade: «Sólo la sociedad socialista podrá ofrecer a todos los pueblos la posibilidad de desarrollar plenamente su civilización.» Así, el compromiso al que se llega abre la puerta a una solución de recambio, ya que condena la política colonial capitalista y admite, *a contrario*, la legitimidad de la política colonial socialista. En cuanto al Congreso de Basilea (1913), estará obsesionado por el temor ante la inminente guerra, por lo que dejará a un lado el debate sobre el colonialismo.

Tales tensiones doctrinales las volvemos a encontrar en el seno de la familia socialista francesa, donde se enfrentaron los maximalistas (Jules Guesde, Paul Louis, Gustave Hervé) y minimalistas (Jaurès, Pressensé). A través de muchas fluctuaciones personales, Jaurès aparece como la figura principal del movimiento y el árbitro entre tendencias contradictorias. Sin embargo, está claro que a Jaurès le repugna un anticolonialismo dogmático. En un artículo del 17 de mayo de 1896 admite que «la política colonial es delicada, porque toca las pasiones chovinistas y los intereses inmediatos de todos los pueblos», y prosigue:

> En realidad, todos los pueblos están comprometidos en una política colonial; y no serán nuestras fórmulas de futuro las que les harán volver atrás; la ley de la expansión y de la conquista a la que se someten os parece irresistible como una ley natural; y por mucho que nosotros denunciemos todas las villanías, todas las corrupciones, todas las crueldades del movimiento colonial, no podremos detenerlo...

La única solución, para Jaurès y para la mayoría de los dirigentes socialistas franceses de la época, consiste pues en sustituir la mala política colonial desarrollada por los capitalistas por una buena política colonial gestionada por los socialistas. Así pues, no hay que asombrarse si se lee, debido a la pluma de otro socialista, Fĕlicien Challaye, en 1912, el siguiente veredicto sin apelación: «No hay ni un solo socialista que exija la abolición de las colonias.»

Podríamos estar tentados de llegar a la conclusión de que, antes de 1914, los socialistas son, a fin de cuentas, menos anticolonialistas que los economistas liberales, de los que, por otro lado, recogen las tesis para sí cuando, para mejor debilitar la explotación colonial, se trate de demostrar que tampoco sirve a los intereses nacionales. Pero hay más. Los socialistas toman prestado también de los pacifistas (que no son todos socialistas) el temor a una guerra intereuropea entre potencias imperialistas. Y con vistas a justificar el recurso a «otra» política, purgada finalmente del virus capitalista, echan mano, en la tradición humanista, de la crítica de las costumbres y de los métodos de la administración colonial.

Así, entre 1871 y 1914 surge una especie de consenso implícito en el que el anticolonialismo nutre la buena conciencia y sirve involuntariamente a la coartada de la perpetuación del hecho colonial mientras el socialismo no llegue a alcanzar el poder. El doble lenguaje de los socialistas, una vez que accedan al poder en el período siguiente, proporcionará una nueva prueba de esta extraña coalición.

Estamos lejos, muy lejos de la estrategia revolucionaria inventada por Marx y del papel asignado por éste a la revuelta de las colonias en la caída del capitalismo. Será necesaria la mano de hierro de Lenin para volver a poner sobre los raíles la máquina infernal, antes de transmitir los poderes (y la palabra) a los «condenados de la Tierra»[e].

---

[e] Se refiere al título de un libro famoso en los años de la descolonización, *Los condenados de la Tierra*, que ya se ha mencionado varias veces a lo largo del presente libro. [N. del T.]

El siglo XX*: del anticolonialismo a la descolonización*

«¿Por quién doblan las campanas?» Los soldados que se mataban entre sí en 1916 en la carnicería de Verdún no sospechaban en absoluto, sin duda, que participaban en una guerra civil europea y que sus imperios, medio siglo después, ya no serían más que un recuerdo. ¿Cuál ha sido el papel del anticolonialismo en esta catástrofe?

Lenin y la III Internacional desempeñarán, momentáneamente al menos, un papel acelerador antes de —también provisionalmente— servir de freno al movimiento. Las corrientes humanistas y humanitarias van a perder sabor: al empujar hacia sus márgenes a los opositores radicales, van a reforzar, en el centro, un reformismo que será al mismo tiempo un consenso y una coartada; del escepticismo se pasará pronto a la laxitud y a la resignación.

El relevo quedará garantizado, durante este tiempo, por el clamor de los colonizados, animados por el declinar de Europa y por el sostén de las dos grandes potencias del momento, los Estados Unidos y la Unión Soviética. Son los representantes de los condenados de la Tierra los que van a dar el golpe de gracia al colonialismo.

La aportación del comunismo. La publicación en 1917 de *El imperialismo, estadio supremo del capitalismo*[f], consagra la ruptura de Lenin con las tergiversaciones de la II Internacional y su propia conversión a una nueva estrategia revolucionaria. Ya que la guerra sin piedad que combaten ante sus ojos los países europeos no basta para destruir el sistema capitalista, hay que explotar la contradicción suprema que constituye el imperialismo. Suscitando deliberadamente la revuelta en los países colonizados, Lenin espera alcanzar mortalmente a su adversario y provocar así la revolución mundial.

El proyecto debía constituir uno de los objetivos de la III Internacional, fundada en Moscú en 1919. La octava de las veintiuna condiciones de adhesión impuestas a los partidos comunistas nacionales que quisiesen ser candidatos, estaba redactada así:

> Los partidos de los países en los que la burguesía posee colonias u oprimen a las naciones deben tener, en la cuestión de las colonias y de las nacionalidades oprimidas, una línea de conducta particularmente clara y neta. Todo partido que desee perte-

---

[f] Hay numerosas ediciones en numerosas lenguas. Puede verse, en español, la de Ediciones Progreso, de Moscú, varios años. [N. del T.]

> necer a la Internacional tiene el deber de desvelar implacablemente los manejos de «sus» imperialistas en las colonias, de exigir que sean expulsados de las colonias los imperialistas de la metrópoli, de inculcar a los trabajadores de su país sentimientos realmente fraternos hacia la población laboriosa de las colonias y de llevar a cabo una agitación sistemática en el ejército contra toda opresión de los pueblos coloniales.

Difícilmente podríamos encontrar en la historia una profesión de fe más anticolonialista que la anterior. Y tiene más importancia, si cabe, al figurar en el programa de una instancia internacional, cuyo papel es precisamente coordinar y animar la acción de los partidos nacionales que son o que van a ser miembros. En el terreno doctrinal, este texto marca el apogeo del discurso anticolonialista.

Sin embargo, no se había dicho todavía la última palabra. Le quedaba a la Internacional de Moscú (Komintern) resolver los delicados problemas estratégicos derivados de la predilección acordada a la emancipación de las colonias: ¿la tarea correspondería a los partidos nacionales o bien a la dirección del Komintern, que sería la única habilitada para determinar el calendario, la localización y los métodos de la descolonización? En este combate, ¿podrían haber o no alianzas con los movimientos nacionalistas «burgueses», con frecuencia más inclinados a hacer la revolución en las colonias que los miembros de un proletariado desorganizado y desprovisto de conciencia de clase? Finalmente, y sobre todo, ¿qué hacer en caso de contradicción entre los imperativos de la lucha frontal contra los Estados capitalistas burgueses y los que exigiría el sostén incondicional a los pueblos colonizados?

Todos estos asuntos, altamente estratégicos, fueron tratados, mientras aún vivía Lenin, en el Congreso del Komintern entre 1920 y 1922. Delegados musulmanes (Sultán Galíev) o indios (N. Toy) querían dar prioridad absoluta a la lucha anticolonial, pero sus tesis no fueron adoptadas, sobre todo tras la muerte de Lenin. La Unión Soviética no se sentía lo suficientemente fuerte como para emprender una cruzada en solitario a escala universal: así, prefirió protegerse, al menos provisionalmente, tras la doctrina del «socialismo en un solo país», controlar estrechamente la orientación del Komintern y someter a la única iniciativa del «centro» (léase Moscú) las iniciativas de los partidos comunistas nacionales; en resumen, hacer prevalecer en todas las circunstancias los intereses de potencia del Estado soviético sobre las de sus socios o sus presuntos aliados.

A mediados de la década de 1920 el sueño de Lenin había fracasado. Seguirá siendo tan sólo un tema de propaganda, cortina de humo destinada a salvar una reputación ventajosa y a enmascarar el realismo cínico de Stalin. Los partidos co-

munistas nacionales (incluido el Partido Comunista francés en el asunto del Rif en 1925 o en los intentos ulteriores de implantación en Argelia) se vieron embridados con frecuencia o contrariados en sus iniciativas por la dictadura del Komintern. Y ésta se iba a ejercer de forma exclusiva hasta la II Guerra Mundial.

Sin embargo, la cuestión iba a resurgir en el muy diferente contexto de la posguerra. Esta vez, el interés de la URSS concordaba con la emancipación de los países colonizados. En su confrontación con Occidente (en especial con Estados Unidos que, aunque por razones diferentes, hacía profesión de anticolonialismo), la independencia de los territorios bajo dominación europea, al menos según la visión marxista de la situación internacional, sólo podía debilitar el campo adversario. Efectivamente, la diplomacia soviética trató de aprovechar todas las ocasiones para cortejar a los países miembros de lo que pronto se llamaría «Tercer Mundo». La URSS apoyó militarmente al Vietnam o económicamente a Cuba y al Egipto de Náser, y también a otros países que solicitaron su ayuda, y comenzó incluso, a fines de la década de 1970 y comienzos de la de 1980, a inmiscuirse en las guerras civiles (Etiopía, Angola), donde su presencia fue considerada como una provocación de tipo imperialista. De hecho, la historia de este período muestra, en primer lugar, que la URSS no ha tenido la capacidad —ni, sin duda, la voluntad— de apoyar a todos los movimientos de liberación, y en segundo lugar que estos movimientos, antes y sobre todo después de las independencias, se preocupaban muy poco de cambiar una dominación por otra. Denominaciones como «Tercer Mundo» o «Movimiento de los No Alineados» (fundado en Belgrado, Yugoslavia, en 1960) representan un intento de distanciamiento con respecto a los dos «campos», el socialista y el capitalista. Hasta tal punto esto fue así que aparte de un apoyo muy selectivo dado a los países en buena posición estratégica (como Egipto o Cuba), las relaciones entre la URSS y las antiguas colonias occidentales acabaron en decepción, en malentendidos o en citas fallidas (como la de Argel de 1974, cuando los países del Tercer Mundo se negaron a que la URSS participase en sus debates).

Finalmente, la Unión Soviética y el movimiento comunista internacional contribuyeron ciertamente, a su manera, a luchar contra una colonización ya muy quebrantada. Sin embargo, esta influencia se ha visto limitada, en el espacio y en el tiempo, por el temor a una contaminación ideológica. Colocado al servicio de una nueva forma de expansión imperialista, el anticolonialismo de inspiración comunista suscitó reacciones de rechazo por parte de sociedades deseosas de no alienar lo que subsistía de sus propios sistemas de valores.

Liberales y socialistas: la trampa del reformismo. Después de un largo tiempo opuestos por sus ideologías políticas, liberales y socialistas van a aproximar

mucho sus puntos de vista sobre el fenómeno colonial. La corriente liberal se agota lentamente, ante una opinión pública que se entusiasma en época tardía para descubrir las virtudes del imperio colonial, celebrado por la Exposición colonial de 1931. Sin embargo, quedan al menos algunos testigos y observadores para criticar si no el principio, al menos los métodos de la colonización francesa. No obstante, su nombre y notoriedad se reducen. Con su *Voyage au Congo* (1927), André Gide es la excepción, aunque este banal diario de viaje no contiene ningún juicio realmente severo sobre la condición de las poblaciones indígenas ni sobre el comportamiento de los administradores coloniales. La obra novelesca de Joseph Conrad (sobre todo *El corazón de las tinieblas*, publicado en Londres en 1902) es bastante más corrosiva. La minitempestad provocada por la obra de Gide indica solamente el poder de la corriente colonialista en la opinión de la época.

A la izquierda, los socialistas abandonan de buen grado el monopolio del anticolonialismo doctrinario al Partido Comunista. Léon Blum declara en 1925 —año de la guerra del Rif[8]—:

> Nosotros tenemos demasiado amor a nuestro país para desaconsejar la expansión del pensamiento, de la civilización francesas... Admitimos el derecho e incluso el deber de las razas superiores de atraer a ellas a las que no han conseguido alcanzar un mismo grado de cultura y de requerirlas a los progresos realizados gracias a los esfuerzos de la ciencia y de la industria.

El Partido Comunista, por otro lado, no abusa del papel de opositor oficial al que está confinado. Sus declaraciones dan muestra, a lo largo del tiempo, y a medida que se concreta la amenaza de guerra contra Alemania, de una voluntad de conciliación entre la defensa de las colonias y el interés nacional.

El hecho es que moderados y socialistas se encuentran juntos en el centro (o en la «ciénaga», si se prefiere) y van a ahogar su mala conciencia en proposiciones reformistas ante la agitación que se manifiesta ya en el África septentrional y en el Oriente Próximo. Las medidas que preconizan, más bien tímidas, y sin poder ponerlas en práctica siempre, se inspiran en una voluntad de asimilación de las poblaciones que parece bloquear toda evolución hacia la autonomía y, con mayor razón, hacia la independencia. Desde este punto de vista, la con-

---

[8] Para Francia la guerra contra la República del Rif comienza ese año; para España había comenzado en 1921, con las derrotas de Annual y otras. [N. del T.]

tinuidad entre la III y la IV República es sorprendente. Después de la guerra mundial, el MRP (Mouvement Républicain Populaire [Movimiento Republicano Popular], surgido de la Democracia Cristiana de anteguerras) y los socialistas acceden al poder en coaliciones tales como el Tripartisme [Tripartidismo] o la Troisième Force [Tercera Fuerza]. Ninguna de las dos reaccionará ante las matanzas de Sétif (Argelia, 1945) y Madagascar (1947). En un plano institucional, hicieron adoptar en la Constitución de 1946 una Unión Francesa tan mal concebida que sus ruedas no pudieron funcionar casi nunca, y hubo de enfrentarse a las revueltas de Indochina y de África del norte. Durante toda la crisis, que terminó con la caída del régimen, provocada por la incapacidad de este último de resolver el problema argelino, se multiplicaron las concesiones, con la esperanza de evitar la solución de la independencia, que le parecía inconcebible a la mayoría de la clase política y de la opinión pública.

Es el fracaso patente de esta política reformista lo que provocó, en las décadas de 1950 y 1960, la formación, al margen del sistema político (gubernamental, parlamentario o partidario), de grupúsculos en los que se refugió el último bastión del anticolonialismo puro y duro. Tales grupos estaban formados heterogéneamente. Había en ellos, revueltos, antiguos resistentes contra los alemanes, cristianos progresistas, sindicalistas e intelectuales de izquierda (especialmente J.-P. Sartre). Varias publicaciones, como *Les Temps Modernes* [Los tiempos modernos] o *Témoignage Chrétien* [Testimonio cristiano], propagaron sus tesis radicales, pero algunas de estas personalidades no se contentaron sólo con escribir o con hablar. Forman grupos clandestinos que llegarán incluso a llevar ayuda y asistencia a los movimientos de liberación coloniales en lucha abierta contra la autoridad francesa (como los «maleteros» del FLN argelino, que llevaban armas destinadas al Frente en lucha contra el ejército francés). La acción de unos y otros no parece haber ejercido influencia notable sobre una opinión traumatizada, más bien dispuesta al abandono que al sacrificio.

Sea cual sea la causa, ya a finales de 1960 el Imperio francés de la década de 1930 se hunde como un castillo de naipes. Los médicos de buenos sentimientos que se han acercado a su lecho no han hecho otra cosa que prolongar su agonía.

El giro de los medios financieros. Ya hemos subrayado el contraste entre la condena de la colonización por parte de los economistas liberales (con excepción de algunos, en Francia, a comienzos de la III República) y la perpetuación de la política colonial de los gobiernos, aunque estuviesen dominados por los partidarios del liberalismo económico. Ahora bien, los medios financieros van a alinearse, finalmente, con las doctrinas de los teóricos.

No se trata de un giro oportunista o de la huida en desbandada de pasajeros que abandonan el barco en llamas. Jacques Marseille ha demostrado (*Empire colonial et capitalisme français. Histoire d'un divorce* [Imperio colonial y capitalismo francés. Historia de un divorcio], 1984) que el cambio en la percepción del problema colonial en los financieros y los dirigentes de empresa ya se había iniciado al comienzo de la década de 1930, y se había reforzado ulteriormente con el apoyo de un puñado de altos funcionarios anticonformistas. Acabará por imponerse la idea de que el proteccionismo, al que la gestión de los territorios coloniales condenaba la economía francesa, sólo beneficiaba a una minoría de empresas o de intermediarios privados e iba en contra de los intereses de la economía nacional. Fue fruto de una madura reflexión, basada en la experiencia y en el examen minucioso de los datos estadísticos. Llegó a la conclusión de que los imperativos de la modernización del país eran incompatibles con las cargas impuestas por la conservación de un muy vasto imperio, y de que se hacía conveniente repatriar a Francia los recursos dispersos inútilmente en ultramar.

¿Podemos incluir este giro tardío entre los componentes del anticolonialismo? La respuesta a esta cuestión habría sido diferente sin la intervención en el debate del director del semanario *Paris Match*, Raymond Cartier, en agosto-septiembre de 1956. En sí mismo, el cambio de estrategia propugnado y aplicado por una fracción de la patronal francesa no implicaba una lucha frontal contra la política de los gobiernos ni contra las maniobras de ralentización llevadas a cabo por los privilegiados del sistema. Este cambio implicaba medidas eficaces pero discretas, como la modificación de los flujos de inversiones, lo que en el momento podría haber pasado desapercibido para la opinión pública.

Sin embargo, el asunto iba a desarrollarse forzosamente de manera distinta desde el momento en que este giro fue tratado, popularizado y vulgarizado por un semanario de gran tirada. De sus artículos se hizo una doctrina —el «cartierismo»—, que hicieron suya rápidamente ciertas corrientes de extrema derecha: fue un candidato a la presidencia de la República, J.-L. Tixier-Vignancour, quien parece haber inventado un lema tan tonto como popular: «La Corrèze ou le Zambèze.»[h]

A este nivel de argumentación, se cae en la caricatura, que Jacques Marseille estigmatiza con razón. Esto no quiere decir que el «cartierismo» no habría conocido un éxito semejante si no hubiese respondido a una cierta expectativa

---

[h] «La Corrèze o el Zambeze». La Corrèze es un departamento de la Francia metropolitana; el Zambeze es un río africano. Se quería poner de manifiesto la oposición entre los intereses de Francia, prioritarios e incluso exclusivos, a los de cualquier aventura colonial. [N. del T.]

de la opinión pública, a la que proporcionaba las explicaciones y las excusas que necesitaba para salir del avispero colonial. Queda por decir que el argumento económico habrá tenido un peso mayor en los debates que los estados de ánimo de los idealistas y de los militantes doctrinarios. Si es así, no es sólo porque las circunstancias hayan hecho surgir en el momento adecuado unas consignas populares, sino también porque el análisis de la débil rentabilidad de la empresa colonial emitido por los economistas liberales (que en esto tienen la aprobación de Karl Marx) era fundamentalmente correcto.

Así, el anticolonialismo, a lo largo de su prolongada carrera, parece aprovechar cualquier cosa.

¿Cuál ha sido, a fin de cuentas, la influencia del anticolonialismo en la descolonización? La respuesta no es tan simple como la sugerida, en la época del último episodio mencionado, por los raudales de propaganda.

Hay que recordar, en primer lugar, que las dos primeras oleadas de descolonización, que afectaron sucesivamente a las colonias británicas de América del Norte —excepto Canadá— e ibéricas en América Latina, fueron provocadas por los colonos establecidos en estos territorios y no por las poblaciones autóctonas. Fue, pues, una revuelta contra las pretensiones de las metrópolis de reglamentar las actividades, sobre todo las económicas, de una parte de sus propios conciudadanos establecidos en ultramar. Así, la independencia benefició a una porción minoritaria de las poblaciones, confirmando la dominación de esta minoría sobre los indígenas. Esta primera forma de descolonización favoreció la eclosión de vigorosos nacionalismos, pero dejó que subsistiesen in situ fuertes tensiones entre ambos sectores de la población.

Sin embargo, la segunda oleada de descolonización, la del siglo XX, es diferente: es la que arruina en unos decenios a los imperios europeos de ultramar. Esta vez son los autóctonos los que se rebelan contra la dominación de los «ocupantes» de origen europeo (minoritarios) y contra la tutela ejercida sobre su territorio por las potencias metropolitanas. Esta vez son los «blancos» los que buscan apoyo y protección en sus metrópolis contra las reivindicaciones independentistas de los nacionalistas locales. El anticolonialismo se convirtió entonces en la causa de todos los líderes carismáticos (de los que Gandhi es la figura emblemática) y de los movimientos de liberación, forjados en la sombra y luego en lucha abierta contra el ocupante «extranjero».

Ante la violencia de esta corriente, impulsada también por las dos grandes potencias del momento y que se hace irresistible a medida que se extiende a nuevas partes del mundo, la ideología anticolonialista de los europeos parece haber representado sólo un papel complementario. Mientras que la opinión pú-

blica había sido atraída —o, en el mejor de los casos, era indiferente— por el paternalismo colonial, las corrientes anticolonialistas fueron casi siempre minoritarias e incluso marginales en Europa.

En realidad, la descolonización se inscribía en una evolución que desenmascaraba, a fecha fija, el vicio congénito de la empresa colonial. Ésta cumplió sólo muy parcial y muy imperfectamente la «misión civilizadora» que los más generosos de sus defensores le habían atribuido. Allí donde no ha resultado vencedora una segregación desgraciada (como en las posesiones británicas), los esfuerzos de asimilación e integración (más de acuerdo con el modelo francés de colonización) no lograron alterar profundamente el particularismo de las sociedades indígenas. Sin duda, la aportación lingüística y cultural, al menos en el ámbito educativo, no ha sido escasa. Sin embargo, el mimetismo institucional es más sospechoso, como lo prueba la lenta degradación de los modelos occidentales después de la descolonización.

Por encima de todo, las metrópolis eran incapaces de garantizar, sólo con sus recursos, el desarrollo —económico y social— de los países que habían tomado a su cargo. Mientras se trató de cubrir los gastos de soberanía (ejército, policía, justicia), la partida se podía jugar, pero desde el momento en que hubo que satisfacer las aspiraciones de los pueblos colonizados de mejora de su condición —material, pero también moral y social—, la «carga del hombre blanco», como decía Kipling, se hizo demasiado pesada. Esto se ha visto claramente en el caso, realmente ejemplar, de Argelia. No es la derrota de las armas francesas sobre el terreno lo que llevó al general De Gaulle a otorgar la independencia, sino las inquietantes perspectivas del Plan de Constantina (1959), que subrayaba el coste desorbitante de la integración de las poblaciones musulmanas en la sociedad francesa. Esta demostración sólo podía desembocar en la separación de los cuerpos, es decir, en la independencia.

Si, para concluir, hubiese que establecer una jerarquía en la influencia de los componentes del anticolonialismo en la descolonización, es sin duda a la tesis utilitarista a la que habría que dar la palma. Esta constatación molestará, sin duda, a los idealistas, pero los hechos bastan para verificar lo bien fundado del diagnóstico: la descolonización no ha traído perjuicios al desarrollo de las antiguas metrópolis —al contrario—; en cambio, contribuyó a hacer caer en la anarquía política y en la miseria a los pueblos emancipados.

Si un día se celebrase un juicio por responsabilidades, los europeos deberían figurar en el banquillo de los acusados como cómplices, con la doble acusación de violación de domicilio con fractura, en el origen, y de no asistencia a persona en peligro, al final del proceso.

BIBLIOGRAFÍA

El papel de las Iglesias

El espacio reducido asignado a este capítulo nos ha permitido tratar sólo el catolicismo y no las demás religiones. Se encontrarán aquí indicaciones contemporáneas, pero también algunas históricas en:

DELAVIGNETTE, Robert, *Christianisme et colonialisme*, Fayard, París, 1960, bibliografía.
MERLE, Marcel (comp.), *Les Églises chrétiennes et la décolonisation*, Armand Colin, París, 1967.

El anticolonialismo profano

AGERON, Charles-Robert, *L'anticolonialisme en France de 1871 à 1914*, PUF, París, 1973, 96 pp.; bibliografía para el período de 1919 a nuestros días.
GIRARDET, Raoul, *L'idée coloniale en France, 1871-1967*, La Table Ronde, París, 1972.
MARSEILLE, Jacques, *Empire colonial et capitalisme français*, Albin Michel, París, 1984, colecc. Points histoire, 1989.
MERLE, Marcel, *L'anticolonialisme européen de Las Casas à Marx*, Armand Colin, París, 1969, bibliografía, 397 pp.; ed. cast. y *addenda* de Roberto Mesa, *El anticolonialismo europeo desde Las Casas a Marx*, Alianza Editorial, Madrid, 1972; ed. port.: *O anticolonialismo europeo*, Lisboa, 1975.

El postulado de la superioridad blanca y de la inferioridad negra

Catherine Coquery-Vidrovitch

No es bueno, compatriotas, ustedes
que conocen todos los crímenes cometidos en nuestro nombre,
no es realmente bueno que no digan a nadie una sola palabra,
ni siquiera a su propia alma por miedo
a tener que juzgarse a sí mismos.
Al principio ustedes ignoraban,
quiero creerlo, luego dudaron,
y ahora saben pero siguen callados.

Jean-Paul Sartre, prefacio
a *Los condenados de la Tierra*,
de Frantz Fanon, 1961.[a]

El mundo antiguo

El postulado de la superioridad blanca tiene una larga historia en Occidente. Sin duda no existía en absoluto en la Antigüedad, y parece ser que entonces la curiosidad prevalecía sobre el desprecio. Los griegos eran mediterráneos acostumbrados a las pieles morenas, y la mayor parte de sus esclavos eran blancos. En el siglo V a. C., Herodoto, que mostraba la mayor admiración por Egipto, aunque expresaba prejuicios favorables a los griegos, dice de los libios (es decir, de los africanos) que son «los más sanos de los pueblos del mundo»[1]. Aun así, describe a los «trogloditas-etíopes» como comedores de serpientes y de

[a] Esta cita se ha tomado de la traducción española, debida a Julieta Campos, del libro de F. Fanon, *Los condenados de la Tierra*, FCE, México, 1963, y concretamente del prefacio de J.-P. Sartre, p. 28. [N. del T.]

[1] Herodoto, *Histoires*, libro 4, 187. *Ibid.*, 183.

lagartos, y que emiten sonidos más próximos a los de los murciélagos que a los de la voz humana.[2] Herodoto puebla el sur del mundo conocido con animales monstruosos sin cabeza, con los ojos en el vientre...[3] Recientemente se ha discutido ferozmente entre los egiptólogos «clásicos» y afrocentristas militantes para saber si los egipcios eran negros o blancos. La polémica, en sí misma poco convincente, ha sido interesante al menos para mostrar que los antiguos daban escasa importancia al color. Lo que importaba era ser griego, y mejor aún, ciudadano de su ciudad. En cuanto a los egipcios, éstos se encontraban, según los propios griegos, ampliamente mestizados, teniendo en cuenta el clima y los intercambios múltiples que se han producido en el crisol que es esta tierra[4], pero esto tenía, para ellos, menos importancia que su cualidad de extranjeros. Una prueba, si es que hacía falta, es el hecho de que nosotros ignoramos el color de la reina Cleopatra (69-30 a. C.), amada por Julio César y por Marco Antonio; o más bien digamos que no tuvo otra elección para tratar de salvar su trono que pactar con los invasores romanos. Con el fin de demostrar que la reina era blanca, la eminente literata especialista del mundo helénico, Mary Lefkowitz, ha utilizado argumentos muy falaces.[5] Sólo mencionaremos uno, que es importante aquí, aunque poco convincente en este caso particular: el racismo de los griegos —no un racismo de color, sino de origen—. Cleopatra era la última representante de la dinastía griega de los Tolomeos, descendientes de un general de Alejandro Magno (muerto en 323 a. C.). Sin embargo, los Tolomeos no habrían podido tener buenas relaciones con extranjeros, es decir, con «bárbaros» (*barbarói*), ininteligibles, aunque hubiesen sido sus propios súbditos. No carece de interés constatar que el primero que hizo de Cleopatra una mujer de color, en los primeros años del siglo XVII, fue Shakespeare, que la califica a veces de *tawny* [bronceada] y otras veces de *black* [negra]. Era la época de maduración del prejuicio de color.

La esclavitud antigua, por ser un elemento importante de la vida productiva, era indiferente al color de la piel. Los griegos esclavizaron a otros griegos, los romanos tuvieron esclavos griegos, pero por lo general solían provenir de los confines del imperio, sobre todo de Germania, Tracia, del Oriente Próximo o de

---

[2] *Ibid.*, 183.

[3] *Ibid.*, 191.

[4] Hay que ser estadounidense, país en el que no se reconoce al mestizo como tal (sólo se puede ser «negro» o «blanco»), para no admitir esta simple idea.

[5] Mary Lefkowitz, *Not out of Africa. How Afrocentrismo Became an Excuse to Teach Myth as History*, Harper Collins Publications, 1996, cap. 2.

las lejanas estepas más al norte. En el siglo V a.C. Aristóteles, inspirado por Platón, que antes que él había convertido a los bárbaros en enemigos naturales de los griegos[6], fue el primero que aconsejó que se prefiriese a los no griegos como esclavos, «pues que algunos deban gobernar y otros ser gobernados no sólo es necesario, sino justo; por nacimiento, algunos están destinados a estar sometidos, otros no». A los habitantes del norte de Europa se los describe como faltos de habilidad y de inteligencia, y a los de Asia como faltos de ánimo: en consecuencia, un bárbaro era esclavo por naturaleza, pues era menos adecuado que otros para el ejercicio de la libertad.[7]

Efectivamente, la esclavitud fue un instrumento esencial de la inferiorización de una parte de la humanidad. Los galorromanos de la Alta Edad Media conocieron prácticas esclavistas que se prolongaron al menos hasta el siglo X de nuestra era. Los africanos, sin duda, no fueron menos esclavistas que otros. Sin embargo, lo que diferencia al África al sur del Sáhara es que, muy pronto, proporcionó sobre todo esclavos de trata lejana, es decir, vendidos a otros pueblos y a otros países, e incluso a otros continentes. La especificidad de los europeos es haber establecido que sólo los negros podían ser sometidos a servidumbre. Desde ese momento, el negro se convertía en un ser inferior para quienes lo obligaban a la esclavitud, y esto duró por lo menos hasta el siglo XIX.

La religión

La tradición judeocristiana no arregló las cosas. La Biblia, en sí misma, no es portadora de racismo antinegro, más bien al contrario. El asunto se toca en dos o tres casos —no se trata de la maldición de Cam, pues la referencia al pueblo negro es una invención apócrifa posterior—. La primera se refiere a Moisés, del que se dice que se había casado con una etíope, «pues había tomado una esposa etíope», insiste el texto, lo que tiende a mostrar lo que no era corriente; y Dios castiga a Mariam, la hermana de Moisés, por haber criticado la unión: Moisés la envuelve en una nube de la que sale «blanca como la nieve... y leprosa»[8]. El exégeta griego de Alejandría, Orígenes (siglo III d.C.), ve en este episodio la unión espiritual de la Ley (Moisés) y de la Iglesia (la etíope) abierta a todos. En cuan-

---

[6] Platón, *La República*, 5, 470.
[7] *Política*, libro I, 2, 4 y 6.
[8] *Pentateuco, Números*, 12, 2-15.

to al *Cantar de los cantares*, se celebra aquí la belleza de Sulamita, la negra amada por el rey Salomón: «Yo soy bella y negra», decía el texto, más tarde transformado en «Yo soy bella *pero* negra» en la Vulgata (traducción latina del siglo IV)[9]. Es de nuevo Orígenes quien introduce, a este respecto, el simbolismo de los colores, tanto para evocar la negrura de los pecados como la belleza etíope de la convertida.[10]

Un último signo de la indiferencia de la Biblia hacia el color reside en la narración de la visita de la reina (etíope) de Saba al rey Salomón: en ningún lugar de las *Crónicas* (II, 9) se hace alusión a su color de piel. Como mucho hallamos un comentario, con ocasión de un paso de *Jeremías* en el que se compara al etíope que no puede cambiar de piel con el leopardo que no puede borrar sus manchas, lo que permite identificar al etíope como negro.[11] Resumiendo, en los primeros siglos, los negros eran recibidos en la Iglesia exactamente igual que los demás.

La trata de negros

La trata de negros fue «inventada», sin ninguna duda, por los romanos y, antes que ellos, en cierta medida al menos, por los fenicios y los cartagineses, pero no sabemos mucho sobre ello. Las imágenes negativas del negro se remontan a tiempos lejanos: Tácito, por oposición, alababa ya la pureza de raza de los germanos que, detentando cualidades supuestamente perdidas o pervertidas entre los romanos, siempre habían evitado mezclarse con otras naciones, mientras que el geógrafo Solino, del siglo III, calificaba a los negros de África de «bastardos entre los bastardos»[12].

Los prejuicios aumentaron con el surgimiento de la trata árabe, pues en la Edad Media los árabes importaban muchos más esclavos negros que los romanos siglos atrás. El inicio de la trata de negros se remontaría al *baqt*, tratado firmado con los nubios en el año 31/652 por el conquistador árabe ʻAbdalláh ben

---

[9] 1, 5. Las traducciones recientes (2001) conservan la ambigüedad: «Yo soy bella a pesar de ser negra», propone una de ellas (Biblia de Jerusalén); «Yo soy negra y magnífica», según la otra (Mediaspaul).

[10] Frank M. Snowden, *Before Color Prejudice. The Ancient View of Blacks*, Harvard University Press, Harvard, 1983, pp. 106-107. La obra francesa sobre esta cuestión es *L'invention du racisme: Antiquité et Moyen Âge*, de Christian Delacampagne, Fayard, París, 1983. Y del mismo autor, *Une histoire du racisme*, Le Livre de Poche, nº 575, 2000.

[11] *Jeremías*, 14, 23.

[12] C. Iulius Solinus, *De memoralibus mundi*.

Sa'íd, que les impuso al parecer un tributo de 360 esclavos al año.[13] En la gran época de los imperios islámicos, a partir del siglo X, millones de negros fueron transportados hacia el mundo mediterráneo y el océano Índico. Los musulmanes no consideraban a los negros sólo unos paganos, sino también una raza inferior destinada a la esclavitud. Tanto es así que el término árabe para designar al esclavo, *'abd* (plural *'abíd*), se convirtió más o menos en sinónimo de negro (*zenj*, *zanj* o *zendch* era un término más vago para designar a los «salvajes»). La literatura árabe de los siglos VIII y IX asocia la piel negra a características negativas como el mal olor, una fisonomía repulsiva, una sexualidad desbocada o signos externos de salvajismo o de debilidad. Esclavizar a los negros se consideraba algo normal, lo mismo que la utilización de los animales de carga. Eran utilizados como trabajadores de la tierra o de las minas, como soldados, eunucos o *ghilman* (pajes). Las mujeres, más numerosas, eran empleadas como concubinas o sirvientas. Un texto del siglo XI distingue a las nubias, que unen «gracia, soltura y delicadeza», a las etíopes, graciosas pero frágiles, a las zenj, feas y de mal carácter, y a las zaghawa, que son aún peores.[14] Los malos tratos provocaron en 869 una violenta revuelta de los zenj en la Baja Mesopotamia, que no pudo ser aplastada hasta 883, lo que indica su amplitud; ¡el número de víctimas habría oscilado entre 500.000 y 2.500.000![15] Con todo, la política que se siguió fue relativamente asimilacionista y los mestizajes, aunque sólo fuera a través del concubinato y los harenes, fueron bastante frecuentes: la descendencia de muchos de estos negros acabó fusionándose con el resto de la población, hasta el punto de que los cambios en estos pueblos, al hacerse a veces poco visibles, fueron relativamente abandonados hasta época reciente.

Así pues, los occidentales no lo han inventado todo. Ibn Jaldún, que salvaba de su desprecio a los soberanos del África sudánica occidental, no era nada tierno con sus vecinos:

> Al sur del Nilo se halla un pueblo negro llamado los lamlam. Son paganos [...]. Éstos forman la masa ordinaria de los esclavos [de Ghana y de Tekrur] que los capturan y se los venden a los comerciantes que los transportan hacia el Mágreb. Más

[13] François Renault, *La traite des Noirs au Proche-Orient médiéval*, VIIe-XIVe *siècle*, Geuthner, París, 1989, pp. 11-29.

[14] Ibn Butlan, traducido en Bernard Lewis, *Race et couleur en pays d'islam*, Payot, París, 1982, pp. 140-147.

[15] Alexandre Popovic, *La révolte des esclaves en Iraq aux* IIIe-IXe *siècles*, Geuthner, París, 1976.

allá, hacia el sur, no hay civilización en el sentido de esta palabra. Hay seres que están más próximos a los animales mudos que a los humanos dotados de razón [...]. Éstos se comen frecuentemente los unos a los otros. No podemos considerarlos como seres humanos.[16]

La imagen ofrecida por los árabes será matizada más tarde. El *Atlas catalán* de 1375, ofrecido seis años después por el infante Juan de Aragón al joven rey de Francia, Carlos VI, presenta el mejor resumen de los conocimientos cartográficos de la época. Propone, en ilustraciones en el mapa de África, una serie de tipos humanos acompañados de comentarios, entre los que vemos a un tuáreg[b], cubierta la cara con un velo sobre su dromedario en el Sáhara occidental, un pigmeo desnudo que cabalga una jirafa un poco más al este, y un rey negro, glorioso, que encarna en África del oeste el poderío del oro del *kankan* Musa de Mali, bien conocido por los viajeros árabes. El otro rey negro del atlas, situado en una isla mítica más allá de la India, simboliza lo desconocido y reina sobre «un pueblo diferente de todos los demás [...], son negros y carecen de raciocinio. Se comen a los extranjeros cada vez que pueden»[17].

Los portugueses y Santo Tomé

Son los occidentales quienes, después de los romanos, inventaron una nueva forma de producción esclavista, basada en este caso en el color. La cosa no apareció pronto en América ya que, sobre todo en la primera mitad del siglo XVI, fueron primero los indios, como hemos visto, los que pagaron el precio de la conquista. Sólo con el surgimiento de las plantaciones de caña de azúcar en Brasil la trata de negros asume su mayor extensión.

Sin embargo, las primicias de la esclavitud negra fueron elaboradas mucho antes en las costas de África, desde el comienzo del descubrimiento por-

---

[16] Ibn Jaldún, *Al-Muqaddima. Discours sur l'histoire universelle*, traduc. de Vincent Monteil, Unesco, Beirut, 1967-1968, vol. I, pp. 118-119. Reedic. Actes Sud, Arles, 1997 [ed. cast.: *Introducción a la Historia Universal (Al-Muqaddimah)*, FCE, México DF, 1977].

[b] En realidad, tuáreg, o tuáregh, es el plural; en singular se dice targuí (masculino) y targuía (femenino). [N. del T.]

[17] «The Catalan Atlas», Ronald Sanders, *Lost Tribes and Promised Lands*, Little, Brown & Co., Boston, 1978, pp. 3-16. El atlas se conserva en la BNF (Biblioteca Nacional Francesa).

tugués. El laboratorio de experimentación fue una isla desierta, ocupada y colonizada por los portugueses ya en la década de 1470: Santo Tomé, en el golfo de Guinea. Aquí fue donde se sistematizó la práctica que hacía del negro ya no un hombre, sino un útil de trabajo. Hacia 1506 había 2.000 esclavos permanentes, que fueron 5.000 o 6.000 en 1540, importados en su mayoría del delta del Níger y principalmente del Congo, y empleados en las plantaciones de caña de azúcar, planta proveniente de Asia vía África del norte. Entre 1530 y 1536 estalló una gran revuelta. Fue en este momento cuando comenzó la elaboración de las primeras teorías de la inferioridad del negro[18]. Ésta es precisamente la razón por la cual el término «raza» no aparece hasta finales del siglo XV y no se aplica a la diferenciación de los grupos humanos hasta 1684.

Los orígenes del código negro

El cultivo de la caña aparece en Brasil a mediados del siglo XVII, hacia fines de siglo pasa a las Antillas inglesas (a Jamaica y a Barbados), desde aquí alcanza, en el siglo XVIII, las islas francesas del azúcar, Martinica, Guadalupe y, sobre todo, La Española, y se expande finalmente en el último tercio del siglo a la isla de Cuba. Desde el comienzo del siglo XIX el azúcar es desplazado por las plantaciones de algodón del sur de Estados Unidos. Con caña o con algodón, los negros estaban sometidos a la condición de esclavos desde que en 1530 Carlos V y luego, de nuevo, el rey de Portugal, Sebastián, en 1570, habían prohibido la esclavización de los indios. En 1537 un breve papal establecía que los indios eran hombres verdaderos y no animales salvajes, y en consecuencia no podían ser privados de libertad ni tampoco de la soberanía de sus bienes.[19] Esto significó el fin de un debate prolongado y violento en el que se enfrentaron aristotélicos y teólogos. La decisión final fue arrancada por la fuerza, por un lado, porque la población amerindia estaba extinguiéndose y, por el otro, gracias a la enérgica campaña humanitaria promovida por algunos grandes pensadores, el más célebre de los cuales fue Bartolomé de las Casas. Para éste, partidario de la igualdad

---

[18] Marian Malowist, «Les débuts du système de plantations dans la période des Grandes Découvertes», *Africana Bulletin*, nº 10, Varsovia, 1969, pp. 9-30.

[19] Breve del papa Pablo III, 9 de junio de 1537, *Amérique Latine. Philosophie de la conquête*, Mouton, París-La Haya, 1977, pp. 163-164.

absoluta entre todos los hombres, no podía haber esclavos por naturaleza, ni gentes sin libertad ni poderes, ni pueblos sin soberanía.[20]

Sin embargo, los negros quedaron fuera de esta ley. En 1454 el papa Nicolás V había autorizado al rey de Portugal la práctica de la trata en nombre de la evangelización necesaria de los negros. Dos siglos más tarde, mientras Colbert expresaba su desaprobación por el reclutamiento forzado de inmigrantes blancos y en 1670 reducía el tiempo de servicio de los «contratados», los negros de África se convertían en esclavos en las islas por su propia naturaleza de extranjeros: no podían naturalizarse más que por medio de la liberación, que les convertía en súbditos naturales y libres del rey de Francia. El acto fundacional vino de Francia, bajo forma del código firmado por Luis XIV en 1685 —año, hay que subrayarlo, de la revocación del Edicto de Nantes—. Ambos actos manifiestan la misma ideología religiosa rígida y reaccionaria. El código, denominado posteriormente *Código Negro*, no estaba destinado, en origen, sólo a los «negros». La descendencia criolla de los cautivos deportados, nacida en la colonia, heredaba el estatuto de extranjero-esclavo. Sólo había que justificar esta discriminación: los juristas y los ideólogos, con la Iglesia a la cabeza, se empeñaron en ello con éxito.[21]

La esclavitud de los negros fue justificada por los teólogos por la «maldición de Cam». Ésta se refiere al episodio según el cual el joven Cam vio cómo su padre Noé dormía desnudo por haberse emborrachado con el jugo fermentado de la primera viña que había plantado. Cam llamó a sus hermanos mayores, pero éstos, al contrario que él, se precipitaron de espaldas, para no verle, a cubrir la desnudez del padre. Noé, despertado de su embriaguez, maldijo al hijo más joven por su insolencia: «¡Maldito sea Canaán [hijo de Cam]! ¡Que sea para sus hermanos el último de los esclavos!»[22] La Biblia se detiene aquí, pero no fue así para sus comentaristas. A los textos sacros se añadieron una serie de cuentos, entre ellos el de Kush, otro de los hijos de Cam. Éste también habría desobedecido a Noé, que prohibió a su descendencia mantener relaciones sexuales en el

---

[20] B. de Las Casas, *Très brève relation de la destruction des Indes et Trente propositions très juridiques*, trad. Franc. Mouton, La Haya-París, 1974, reedic. La Děcouverte, París, 1996. [El original es *Brevísima relación de la destrucción de las Indias*, varias ediciones españolas y americanas]. Del mismo autor, traducido por primera vez *in extenso*: *Histoire des Indes*, Le Seuil, París, 2002 [varias ediciones españolas].

[21] Louis Sala-Molins, *Le Code Noir, ou le calvaire de Canaan*, PUF, París, 1987, pero a enmendar por Florence Gauthier, «L'ordre ségrégationiste dans la colonie de Saint-Domingue au XVIII[e] siècle. Exclusion par la nationalité et l'assimilation ou droits de l'homme?», Atelier histoire des concepts/assimilation, séminaire de Gérard Noiriel, EHESS, 27 de abril de 2000.

[22] *Génesis*, 9, 21-27.

Arca. Sin embargo, Cam concibió un hijo durante el diluvio: Kush. Dios lo maldijo e hizo que naciera negro. De él nacieron los etíopes y todos los demás negros africanos. La historia, cuyo origen habría que buscar en uno de los padres de la Iglesia, Orígenes, fue desarrollada en un primer momento en tierras árabes durante el siglo X, por el erudito At-Tabari. Fue transmitida a Occidente en el siglo XVI y oficializada en el XVIII por el *Dictionnaire historique de la Bible* [Diccionario histórico de la Biblia], de Dom Augustin Calmet.[23] Esta ficción penetró, sobre todo a comienzos del siglo XIX, en el mundo católico.[24]

La tradición de exégesis occidental derivada de san Agustín, combinada con el legado de Aristóteles y con las narraciones grecorromanas que situaban al sur de Egipto y del desierto una cantidad de monstruosidades, se las ingenió, pues, para hacer de los africanos negros los descendientes malditos del linaje de Cam. Desde entonces, la maldición de Cam, que asocia la negrura de la piel a la negrura del alma, acabó siendo el argumento fundamental de los esclavistas[25]. Los negros llevaban de modo indeleble la marca del pecado que los había hecho nacer, «Cam fue maldito en su hijo, es decir, en su obra[26].»

El *Código* de Colbert, destinado a las Antillas francesas, en América, y a la isla de la Reunión, en África, fue completado y endurecido por el de 1724, destinado a los esclavos de la colonia francesa de la Luisiana. Así pues, en nombre de «la Iglesia Católica, Apostólica y Romana» el rey «regula lo que concierne al estado y calidad de los esclavos» de las islas francesas. Ambos están estrechamente ligados; los primeros artículos tratan de la religión, los siguientes sobre el estatus del esclavo. En efecto, todos los esclavos han de ser «bautizados e instruidos en la religión católica», y se prohíbe cualquier otra religión. Sólo se habilita a los católicos para «la dirección de los negros», que no trabajarán el domingo, día del Señor —es en realidad el único favor que se les concede—. Se prohíbe el matrimonio mixto, y el concubinato, tanto entre blancos y negros como entre libertos y esclavos, se castiga con multas. Los hijos nacidos del matrimonio de esclavos son esclavos, aunque sólo la madre sea esclava, y pertene-

[23] Guillaume Postel, 1561, retomado por P. Tournemine, *Remarques sur la mémoire touchant l'origine des nègres et des Américains*, 1734, citada por Sala-Molins, *op. cit.*, p. 30, nota 1. Benjamin Braude, «Cham et Noé. Race, esclavage et exégèse entre islam, judaïsme et christianisme», *Annales*, 57, n° 1, 2002, pp. 93-125.

[24] Pierre Charles, «Les Noirs, fils de Cham le maudit», *Nouvelle Revue Théologique*, 1928, t. LV, pp. 721-739, y «Les antécédents de l'idéologie raciste», *ibid.*, 1939, t. LXVI, pp. 131-156.

[25] Sala-Molins, *op. cit.*, pp. 22-23.

[26] San Agustín, *La ciudad de Dios*, 16, 2.

cen al amo de la madre. Está prohibida toda reunión de esclavos, y los capataces son responsables de ello. Los esclavos no tienen derecho a vender nada ni a poseer nada, pues «todo es del amo». Sólo circulan con la autorización del amo, no pueden tener ningún cargo y no tienen derecho a testificar. Sin embargo, el amo tiene el deber de alimentarlos, de darles ropa dos veces al año y de mantener a los viejos y a los enfermos. Por otra parte, «el esclavo que golpeara a su amo, a su ama o al marido de su ama con contusión o efusión de sangre, o en el rostro, será castigado con la muerte». Y todo por el estilo: sólo estamos en el artículo 33, y hay sesenta. Resumiendo, el esclavo, aunque dotado de un alma, era sólo un bien, una cosa que podía ser encadenada, golpeada con varas o cuerdas, y cuyo valor mercantil era restituible al amo en caso de condena a muerte...

La herencia paradójica del Siglo de las Luces

Paradójicamente, el Siglo de las Luces fue también el siglo en el que la inferioridad del negro fue llevada a su paroxismo, pues fue el período de mayor expansión de la trata atlántica: la mitad de los esclavos deportados, es decir, unos 6.000.000 sobre un total de 12.000.000, lo fueron en este período. La corriente fue doble: por un lado, el papel de los plantadores, convertidos en uno de los grupos de presión más influyentes de la economía occidental, y en particular la inglesa y la francesa, lo que fue determinante para codificar la inferioridad de los negros. Por el otro, las propias Luces, al elaborar una especie de avance fatal del progreso, establecieron una jerarquía implícita o explícita en la que el hombre negro ocupaba el escalón inferior.

El resultado es ambiguo: el Siglo de las Luces fue el siglo en que, por un lado, en las colonias al igual que en Francia, se endureció la actitud hacia los negros esclavos, y aquel en el que, por otra parte, la lucha antiesclavista vino acompañada por un aumento del racismo basado en el color.

La génesis de la segregación en las islas americanas

El endurecimiento legal y el aumento del racismo se explican por la importancia creciente de la producción esclavista y, por lo tanto, por el número cada vez mayor de esclavos. En las islas la introducción de esclavos conoció un aumento vertiginoso en menos de un siglo: 5.000 en 1697, 15.000 en 1715, 450.000 en 1789 en Haití. La ruptura demográfica se acusaba (un blanco por cada veinte ne-

gros aproximadamente); la exigua aristocracia de los plantadores no podía defenderse de la masa creciente de población negra más que con el temor y la ley.

Los colonos de las Antillas eran hombres duros y crueles con sus negros. La ideología racista dominaba todas las mentes. La tortura, teóricamente prohibida por el *Código Negro*, se practicaba habitualmente. Los fugitivos eran castigados obligándoles a llevar un collar erizado de varillas de hierro. En 1671 el Consejo de la Martinica había decidido luchar contra el marronaje autorizando a los habitantes a «cortar y hacer cortar el tendón de la pierna a aquellos de sus negros que prosigan en su huida y evasión». El *Código* confirmó la posibilidad, para los amos, de ejercer como policía doméstica, y les permitió «cuando crean que sus esclavos lo han merecido, hacerlos encadenar y golpearlos con varas y cuerdas». Se inventó también, entre otros tormentos, el bozal de hojalata, que permitía aprisionar la cabeza del esclavo acusado de haber partido un tallo de caña: no fue hasta 1785 cuando una norma prohibió su importación y fabricación. La ordenanza de 1784, emanada por Luis XVI para humanizar el régimen, se contentó con prohibir dar más de cincuenta latigazos y con... reclamar la aplicación del edicto de 1685 y del código de Luisiana de 1724.

La *Encyclopédie* [la Enciclopedia], que cita largamente el *Código Negro* (artículo «Negros»), valoriza su papel protector de los esclavos. No es inexacto, en la medida en que el endurecimiento de la segregación aumentó hasta fines de siglo. Se inventaron medidas discriminatorias y se legisló sobre el gran terror de los blancos: el mestizaje. La codificación, surgida del grupo de presión de los colonos, acabó incluyendo jurídicamente la inferioridad de los negros. Francia tuvo el triste privilegio de ser la primera potencia que promulgó leyes bajo esta forma categórica, que iba a subsistir —salvo durante el breve intervalo revolucionario— hasta la abolición en 1848. A lo largo del siglo se afinó una gradación verdaderamente maníaca de los grados de mestizaje (negro, mulato, cuarterón)[c] hasta la séptima generación[27], y se legisló, por lo general con poco éxito, contra toda forma de con-

---

[c] Creemos que fue más bien el reino de España el que legisló en este sentido casi dos siglos antes; muchos de los términos usados en francés son de origen español (como cuarterón, y otros). [N. del T.]

[27] Méderic Moreau de Saint-Méry, *Description topographique, physique, civile, politique et historique de la partie française de l'isle de Saint-Domingue*, 1797-1798, pub. Société d'Histoire des Colonies Françaises, París, 1958, vol. I, p. 100 y ss. Véase Florence Gauthier, *Triomphe et mort du droit naturel en Révolution*, PUF, París, 1992 ; y «Conflits coloniaux et ethniques. De l'esclavage à l'aristocratie de l'épiderme. L'exemple du colonialisme du royaume de France aux XVII[e] et XVIII[e] siècles», en Marie-Claire Hoock-Demarle et Claude Lauzu (comps.), *Transmettre les passés. Nazisme, Vichy, conflits coloniaux. Les responsabilités de l'Université*, Syllepse, París, 2001, pp. 235-264.

cubinato. El orden segregacionista fue resultado de la negativa de los criollos, es decir, de los blancos nacidos en las islas, a satisfacer la aspiración de la parte libre de la sociedad colonial, profundamente mestiza, a diferenciarse de los esclavos por la asimilación cultural a las clases superiores, fabricando una categoría social «blanca».

Todo esto había comenzado en 1703, cuando la orden de la nobleza no quiso aceptar a colonos que se hubieran casado con mujeres de color. Así pues, era necesario hacerse reconocer como «blanco». Entre 1705 y 1724, varias ordenanzas sucesivas distinguieron a los «negros libertos» de los «libres de color». De 1724 a 1772, los libres mestizados fueron excluidos progresivamente de los cargos de la judicatura y de los empleos reales, luego de las funciones de médico, cirujano y comadrona. Entre 1760 y 1770 la función de oficial superior en las milicias locales fue reservada a los blancos. Los libres de color se convirtieron peyorativamente en «sangres mezcladas».

Francia no era el único país en el que el racismo daba lugar a absurdos. En Estados Unidos, en 1857, se dio un asunto judicial particularmente aberrante: una joven esclava mestiza, rubia, de ojos azules, reivindicó su cualidad de «blanca» a lo largo de tres juicios y dos recursos al Tribunal Supremo. En vísperas de la guerra de Secesión, los jueces todavía no habían sido capaces de hacerse una opinión al respecto...[28]

Así, la segregación se hizo necesaria para la conservación del sistema colonial esclavista, física y moralmente frágil.[29] El contrapeso consistía en establecer en la opinión pública una doble distancia: la que existe entre los esclavos y los amos, y la que existe entre los esclavos y los libertos de color. El efecto esperado era asociar el color negro con la servidumbre y el color blanco con la libertad.[30] El objetivo se alcanzó en tiempos de la Revolución Francesa: los partidarios de la esclavitud se sentaban en la Constituyente, en particular Moreau de Saint-Méry, diputado de la Martinica, que quería mantener la esclavitud a pesar de la vigorosa oposición de Robespierre («Desde el momento en que, en uno de vuestros decretos, vuestra merced pronunciara la palabra esclavo, habrá pronunciado su propio deshonor y la supresión de su constitución»[31]). También

---

[28] Walter Jonson, «The Slave Trader, the White Slave, and the Politics of Racial Determination in the 1850s», *The Journal of American History*, junio de 2000, pp. 13-38.

[29] Yvan Debbasch, *Couleur et liberté. Le jeu du critère ethnique dans un ordre juridique esclavagiste*, I. *L'affranchi dans les possessions françaises de la Caraïbe, 1635-1833*, Dalloz, París, 1967.

[30] Florence Gauthier, *op. cit.*

[31] Archivos parlamentarios, t. 84, sesión del 13 de mayo de 1791, p. 60, citado por Florence Gauthier, «De Jaucourt à Marx en passant par Robespierre», en *Périssent les colonies plutôt qu'un principe!*, Société des Études Robespierristes, París, 2002.

hicieron admitir que la idea de la esclavitud era «constitucional» respecto a la naturaleza de los «africanos [que] sustraídos a la más dura de las esclavitudes que forma la base y la constitución indestructible de este pueblo bárbaro, han sido transportados a las afortunadas riberas de Santo Domingo»[32].

Destaquemos que es un razonamiento análogo el que evitó que los franceses, más de un siglo después, se opusiesen en el África Occidental francesa a la trata y a la esclavitud autóctonas, muy útiles para la producción: la prohibición de la trata interna no llegó hasta 1902, y la de la esclavitud en las sociedades locales hasta 1905.[33] Esta ideología segregacionista había fracasado, sin embargo, en su intento de prohibir los matrimonios interraciales y de desheredar a los hijos mestizos legítimos: los colonos blancos casados con mujeres de color iniciaron un proceso de oposición al nuevo orden jurídico que dividió profundamente a la clase de los amos. Ya desde la década de 1760 algunas familias mixtas se refugiaron en la metrópoli.[34]

La génesis del racismo antinegro en Francia

En Francia las condiciones eran diferentes. Podría decirse que las regiones del suroeste acogieron favorablemente a los grandes plantadores, muchas veces nobles, que buscaban refugio para sí y para sus familias. A pesar de su número, la administración no evolucionó en un sentido restrictivo. El hecho de que la esclavitud fuese tolerada en la metrópoli durante la primera mitad del siglo y luego recusada no sólo revela un ablandamiento de las costumbres: el antiesclavismo trajo, en paralelo, un aumento del racismo. El corolario fue que se aceptó cada vez menos la presencia de negros, a pesar de su número limitado, del orden de unos 4.000 aproximadamente. Hasta ese momento, en efecto, reinaba el viejo principio del privilegio de libertad. El hecho se remontaba al siglo XVI: en 1571 el parlamento de Burdeos había liberado por primera vez esclavos africa-

---

[32] Cocherel, diputado de Santo Domingo en la Asamblea Constituyente, 26 de noviembre de 1789 (Archivos parlamentarios, t. 10, p. 263), citado por Florence Gauthier, «Conflits coloniaux et ethniques...», *op. cit.*

[33] Roger Botte, «L'esclavage africain après l'abolition de 1848. Servitude et droit du sol», *Annales*, 5, 2000, pp. 1.009-1.038.

[34] Sobre el racismo en las colonias en el siglo XIX, véase Sudel Fuma, *Un racisme ordinaire, réflexions sur quelques aspects du racisme dans la société coloniale réunionnaise au XIXe siècle*, ADER [Association des Écrivains Réunionnais], Sain-Denis de la Réunion, 1990.

nos, porque Francia no puede admitir ninguna servidumbre «en su suelo»[35]. En el siglo XVII cierto número de esclavos utilizó en su favor esta cláusula. Es el número creciente de esclavos llevados a la metrópoli por sus amos lo que hizo evolucionar el derecho en un sentido cada vez más restrictivo.

Las autoridades de los grandes puertos negreros, en especial el parlamento de Nantes, reclamaba que se concretase inmediatamente el estatus de los esclavos. De ahí derivó el edicto de 1726, que estipulaba que los plantadores y los militares que venían de las islas podían conservar sus esclavos, a condición de que previamente hubiesen obtenido la autorización del gobernador y los hubiesen registrado a la llegada a la metrópoli, donde se suponía que venían a aprender un oficio o a profundizar su educación cristiana. En 1738 una nueva reglamentación limitaba a tres años la duración de la estancia autorizada. En caso de contravención, ya no era cuestión de liberar al esclavo en el lugar: era confiscado en nombre del rey para ser reenviado a la colonia. De todos modos, dado que tales medidas no quedaron registradas en el parlamento de París, la jurisprudencia fue muy variable. En la década de 1750, cuando, con el crecimiento de las corrientes antiesclavistas, los procesos se multiplicaron, más de ciento cincuenta esclavos obtuvieron la libertad ante el tribunal del Almirantazgo de París. Cuando en 1759 el parlamento de París reconoció a su vez la libertad de un esclavo, Francisque, que había sido llevado a Francia por su amo, el señor Brignon, la tendencia a la liberación provocó un endurecimiento: en 1762 el registro de los negros, que ya se había intentado varias veces ante los amos de los esclavos, se hizo obligatorio para todos. El vocabulario es revelador respecto a este fenómeno: no se hablaba ya sólo de esclavos (o de negros), sino de negros y de mulatos; dicho de otra manera, se adoptó un lenguaje racial. Esto se hizo evidente en 1770 con la publicación de un nuevo texto restrictivo, la *Déclaration pour la police des Noirs* [Declaración para la policía de negros], que pretendía prohibir la entrada en el reino de todos «los negros, mulatos, y otras gentes de color». Desde este momento serían retenidos en varios depósitos preparados en los puertos de Francia, a la espera de que su amo los reembarcase para la colonia en el siguiente navío que zarpase. Era, en Francia, el primer texto legal que legislaba en términos de color.[36] El año siguiente se hizo obligatorio para todos

---

[35] Citado por Pierre Pluchon, *Nègres et Juifs au XVIIIe siècle. Le racisme au siècle des Lumières*, Tallandier, París, 1984, p. 119. Digamos que en Inglaterra no había nada equivalente.

[36] Sue Peabody, «*There are no Slaves in France*». *The Political Culture of Race and Slavery in the Ancien Regime*, Oxford University Press, Oxford, 1996, Introducción.

los negros de Francia llevar consigo una tarjeta de autorización de residencia, y se prohibieron oficialmente los matrimonios mixtos.

Este régimen legal de segregación fue abolido brevemente por la Revolución Francesa de 1789. Las sucesivas asambleas revolucionarias tomaron acta de la corriente antiesclavista derivada del Siglo de las Luces, que en 1788 había dado lugar a la creación de la Société des Amis des Noirs [Sociedad de Amigos de los Negros] por parte de Brissot, Condorcet, La Fayette y Mirabeau. La Sociedad recogía los argumentos humanitaristas de los antiesclavistas ingleses, cuyo primer éxito había sido, en 1772, el «caso Wilberforce», clamoroso juicio por un esclavo fugitivo, en Londres, que permitió establecer una jurisprudencia que prohibía la esclavitud en suelo británico. En 1791 la Constituyente reconoció el derecho de voto de los negros nacidos de padres libres, luego legalizó el uso antiguo que establecía que todo individuo que pusiese el pie en suelo francés era libre.[37] Bajo el impacto de la revuelta de Haití, la Legislativa amplió el derecho de voto a todas las «personas libres de color», y la Convención abolió la esclavitud dos años después. Ésta fue restablecida en 1802 (ley del 30 floreal, año X) por Napoleón Bonaparte, que quería recompensar a los medios financieros que habían sostenido el golpe de Estado del 18 Brumario, al tiempo que se desembarazaba de los «ideólogos». Publicado unas semanas antes, el libro *Les égarements du négrophilisme* refleja los debates de la época y muestra el clima pasional que los animaba. Su autor, un abogado criollo, trataba de derribar «el andamiaje erigido por el charlatanismo que se oculta bajo los falsos colores de la humanidad», y proponía una síntesis prolija y vehemente de las lamentaciones alimentadas con las argumentaciones antiabolicionistas habituales. Todo ello desembocaba en una vibrante apología de la esclavitud y de la trata, que mezclaba las viejas reivindicaciones de la corriente autonomista colonial con una apertura sobre perspectivas económicas nuevas, por ejemplo en Madagascar.[38] Se restableció la obligación para los negros de ser registrados.[39] En virtud de esta medida, en 1806-1808 el Ministerio de la Policía pudo ordenar a los

---

[37] François Isambert, *Recueil general des anciennes lois françaises...*, Belin-Leprieur, París, 1830, vol. 25, p. 81, nota 1. Véase también Roger Botte, «L'esclavage africain après l'abolition de 1848. Servitude et droit du sol», *Annales*, 5, 2000, pp. 1.015-1.018.

[38] Claude Wanquet, «Les égarements du négrophilisme de L. N. Baudry Deslozières ou les criailleries suraiguës du "parti colon"», coloquio *Rétablissement de l'esclavage dans les colonies françaises 1802-1830*, Université Paris-VIII, Saint-Denis, 20-22 de junio de 2002.

[39] Un bando del 13 termidor año X puso de nuevo en vigor la antigua medida real que imponía el «cartucho» (carnet de identidad) para los negros; la Policía de los Negros se aplicó al parecer hasta 1821. Isambert, *op. cit.*, vol. 25, p. 81, n. 1. Véase Peabody, *op. cit.*, pp. 138 y 188.

prefectos que realizasen una investigación sobre los negros y gentes de color que residían en Francia: la idea era reclutarlos para el ejército y desembarazarse de ellos enviándolos al reino de Nápoles...[40] [d]

Progresivamente, la curiosidad giró hacia la repulsión. Las actitudes sociales seguían siendo contradictorias, con una tolerancia indiscutible hacia las mujeres y los niños, pero con rechazo hacia los hombres negros. Su presencia en la metrópoli había provocado, en un primer momento, más bien cierto entusiasmo: se había puesto de moda en la aristocracia tener un esclavo, un sirviente o un negrito. El creciente número de plantadores y oficiales que volvían de las colonias explica la moda. El 8 de febrero de 1786, el caballero De Boufflers, que se hallaba entonces en Senegal, escribía en su diario íntimo que «compro en este momento una negrita de dos o tres años para enviársela a la duquesa de Orléans»[41]. Boufflers estaba lejos de ser el único, pintores y grabadores nos han dejado la prueba. El negrito era un objeto de curiosidad y de lujo, e incluso de ternura, que algunas grandes damas de la corte gustaban de poseer y exhibir. Por su parte, las mujeres negras tenían un éxito cierto, tanto en las colonias —donde la ley trataba en vano de luchar contra el mestizaje— como en la metrópoli. La diferencia era que en Francia la opinión toleraba que un blanco, sin desprestigiarse, amase a una negra, a condición de que la belleza de sus rasgos hiciese perdonar la negrura de la piel. Los clientes de las casas de prostitución eran muy aficionados a las negras. Así, en 1790, un opúsculo especializado indica a los aficionados «la lista de los burdeles honestos», a cuya cabeza figura un «burdel de negras [...]. El precio no es fijo; la negra, la mestiza y la mulata se regatean como se regatean las mujeres de una caravana»[42]. No sólo el acto sexual, tampoco el matrimonio o la progenitura de un blanco y de una negra chocaban necesariamente con la sensibilidad de los franceses de Francia, a pesar de los prejuicios y de las leyes, y muchos «espíritus libres» las llevaban a escena. El más característico es Restif de La Bretonne, que lo contaba de buena gana, pues él mismo había tenido una historia de amor con una negra, de la que nació una hija.[43] Era el hombre negro sobre el que reposaba el horror de la condición.

---

[40] Mickaël Siballis, «Les Noirs en France sous Napoléon», coloquio *Rétablissement de l'esclavage...*, *op. cit.*

[d] Que en estos años era un Estado satélite de la Francia napoleónica. [N. del T.]

[41] Pluchon, *op. cit.*, p. 138.

[42] *Ibid.*, pp. 140-141.

[43] Episodio relatado en una novela de 1793: Restif de La Bretonne, *La dernière aventure d'un homme de quarante-cinq ans*, reeditada con el título *Sara, ou l'honneur à quarante-cinq ans. Épisode de Monsieur Nicolas*, Garnier, París, 1886.

Los primeros criados negros aparecieron en Burdeos hacia finales del siglo XVII, y fueron cada vez más numerosos a partir de 1725. Aproximadamente un tercio eran libres, dos tercios, esclavos. Ejercían los más variados oficios: peluqueros, carreteros, herreros, carpinteros, cocineros, amas de cría, niñeras. Era una población joven, en su mayor parte masculina, tolerada mientras no resultase competidora. En 1775 los armeros de Burdeos prohibieron el acceso a su profesión a los negros y a los de sangre mezclada; en los primeros tiempos de la Revolución los criados blancos se levantaron contra la competencia de los negros;[44] en Nantes se tomaron medidas antinegras; en La Rochelle se disponía de un registro de niños negros abandonados, diferenciados de los demás.

También encontramos negros en el Languedoc, en Béziers o Montpellier, por lo general esclavos domésticos llevados por un colonial o un marino. En Provenza, llegaban a Marsella o a Tolón. En mayo de 1777 se censaron 71 negros y mulatos provenzales, de los que 30 eran esclavos y 41 libres dedicados a oficios menores. Finalmente, París tenía también su colonia de negros libres, gentes de color y esclavos, que a veces ponían en aprietos a la gendarmería.[45] El número era todavía modesto: en 1762 se censaron 159 negros sobre unos 500.000 habitantes, dos tercios de los cuales eran hombres.

Sin embargo, París era, aparentemente, el más importante mercado de esclavos de Francia. El preámbulo de las ordenanzas del Almirantazgo de marzo y abril de 1762 lo constata con irritación:

> Francia, sobre todo su capital, se ha convertido en un mercado público en el que se han vendido hombres a quien más ofrecía y al último pujador; no hay burgués ni obrero que no haya tenido su negro esclavo [con] amos que osan ejercitar ante nuestros ojos un poder contrario al orden público y a nuestras leyes.[46]

Sin embargo, con el hombre negro no se concebía ninguna alianza, pues se tenía por horrible y contra natura. La unión interracial simbolizaba la más odiosa de las infamias. El mismo Restif de La Bretonne, tan indulgente hacia las mujeres negras, adopta un comportamiento opuesto cuando considera el otro sexo. El *Paysan perverti* [Campesino pervertido], que corre en ayuda de su hermana, grita de vergüenza y de dolor: «He descubierto horrores, Úrsula... Un ne-

[44] Pluchon, *op. cit.*, pp. 127-128.
[45] Arlette Farge (compil.), *Vivre dans la rue à Paris au XVIIIe siècle*, Gallimard, París, 1992.
[46] Pluchon, *op. cit.*, pp. 133-134.

gro horrible... Queríamos que el fruto de sus entrañas lo aterrorizase un día...» El hombre negro, cercano al animal, tiene también un lógico instinto bestial.

Las Luces y la desigualdad de los hombres: naturaleza contra cultura

Al menos, para los filósofos, el salvaje no es un bárbaro. Diderot escribió, bajo el nombre de Raynal, textos muy duros para denunciar «la barbarie europea»[47]. Es el «civilizado» el que ha revelado su barbarie tratando al mundo y a los hombres que lo habitan como si fueran extensiones desérticas en las que se podía masacrar a los pueblos, saquearlos y someterlos. El salvaje encarna el estado de naturaleza, por oposición al de cultura. Sin embargo, si le concede una sabiduría innata, es debido a su ignorancia que lo ha puesto a cubierto de los males de la civilización. Como debe su felicidad a su estado primitivo, la sensibilidad occidental hacia él está impregnada de condescendencia, lo que no está lejos de un desprecio implícito. Ésta será una de las tesis literarias del romanticismo a partir de Jean-Jacques Rousseau y su «buen salvaje» hasta Friedrich Hegel, que convierte a todos los no europeos en seres inferiores en la medida en que no tienen la plena consciencia de su ser:

> En África nos encontramos con lo que se ha llamado la «edad de la inocencia», en la que se supone que el hombre vive de acuerdo con Dios y la naturaleza. En este estado, el hombre no es todavía consciente de sí mismo [...]; este estado natural primitivo es en realidad un estado de animalidad. El paraíso era un parque zoológico en el que el hombre vivía en un estado animal de inocencia.[48]

Los filósofos vivían en un ambiente tenso, por lo que han tenido incluso más mérito al haber sabido levantarse vigorosamente contra la esclavitud. A la oposición bárbaros/civilizados subrayada por los fisiócratas y los naturalistas, sustituyen un concepto mucho más moderno, el de la contradicción irreducti-

---

[47] Abate Raynal, *Histoire philosophique et politique des deux Indes*, Reedic. La Découverte, París, 1981, textos escogidos, libro III, cap. 12, p. 68, citado por F. Gauthier, «De Jaucourt à Marx en passant par Robespierre», *op. cit.*

[48] Friedrich Hegel, *Vorlesungen über Philosophie der Geschichte* (1822-1828) [ed. ingl.: *Lectures on the Philosophy of World History*, citado por Emmanuel Chukwudi Eze, *Race and the Enlightenment. A Reader*, Blackwell, Londres, 1997, p. 128]. Véase también Léon François Hoffmann, *Le Nègre romantique. Personnage littéraire et obsession collective*, Payot, París, 1973.

ble entre esclavitud y libertad. La *Enciclopedia* no se muerde la lengua: «Se intenta justificar lo que este comercio [la trata de negros] tiene de odioso y de contrario al derecho natural diciendo que estos esclavos obtienen la salvación de su alma en la pérdida de la libertad.»[49] En el artículo «Traite des nègres» [«Trata de negros»], Jaucourt es más explícito todavía: la trata es un «negocio que viola la religión, la moral, las leyes naturales y todos los derechos de la naturaleza humana».

De todos modos, los filósofos son claramente más comedidos en cuanto a la naturaleza de los negros: incluso el abate Raynal, el más activo de los anticolonialistas en la campaña antiesclavista, echa una mirada desolada sobre África: nada allí «lleva la huella de una civilización un poco avanzada». En el seno de este «pueblo tan poco esclarecido, las artes son poca cosa [...]. No se conocen más que los que se encuentran en las sociedades nacientes y todavía están en la infancia»[50]. En cuanto a Voltaire, que no es el más vigoroso en condenar la esclavitud, es claramente racista tanto contra los judíos como contra los negros. La cuestión no le interesa en absoluto: de los aproximadamente tres mil ochocientos volúmenes de su biblioteca, sólo ciento treinta y tres trataban del mundo no occidental, de ellos sólo cuatro sobre África.[51] En los negros no veía más que «animales»:

> Sus ojos redondos, la nariz aplastada, sus labios siempre gruesos, sus orejas diferentemente dibujadas, la lana de su cabeza, *la medida misma de su inteligencia*[52], ponen entre ellos y las demás especies de hombres diferencias prodigiosas. Y lo que demuestra que no deben esta diferencia al clima que tienen, es que los negros y las negras transportados a los países más fríos siguen produciendo animales de su especie, y los mulatos no son sino una raza bastarda.

Su chirriante humor va muy lejos, pues deja caer: «No es improbable que en los países calientes los monos hayan subyugado a muchachas.»[53] Y Pluchon generaliza atribuyendo a los filósofos lo que no era más que el aire de los tiempos:

---

[49] Artículo «Nègre» [«Negro»], *Encyclopédie ou dictionnaire raisonné des sciences, des arts et des métiers*, publicada por Denis Diderot y Jean d'Alambert (1751-1772).

[50] Raynal, *Histoire philosophique et politique...*, 1777, 7ª edic., reed. PUF, París, 1951.

[51] Michèle Duchet, *Anthropologie et histoire au siècle des Lumières: Buffon, Voltaire, Rousseau, Helvétius, Diderot*, Flammarion, París, 1971, pp. 68-69.

[52] Subrayado por la autora de este trabajo.

[53] Voltaire, *Essai sur les mœurs*, citado por Pluchon, *op. cit.*, p. 156.

«Los pensadores de las Luces se jactaban de pertenecer a la aristocracia del mundo. Todos muestran un desprecio instintivo por negros y judíos.»[54]

Sin embargo, hay al menos un hombre que no merece este comentario: el abate Grégoire. Al contrario que los demás, es antirracista pero no anticolonialista. En una obra que influyó mucho en los intelectuales negros del siglo XX, y en especial en Léopold Sédar Senghor, *De la littérature des Nègres* [De la literatura de los negros], con un subtítulo explícito: «Recherche sur leurs facultés intellectuelles, leurs qualités littéraires, suivie de Notices sur la vie et les ouvrages des Nègres qui se sont distingués dans les sciences, les arts et les lettres» [Investigación sobre sus facultades intelectuales, sus cualidades literarias, seguido de noticias sobre la vida y las obras de los negros que se han distinguido en las ciencias, las artes y las letras][55], el autor demuestra que los negros son iguales a todos los hombres. No queda más que colonizar África, es decir, cristianizarla, para permitirles participar en la fiesta universal del pensamiento.[56] No había habido nadie que tratara así el tema antes que él en Francia, salvo el botánico Michel Adanson, de paso en Senegal en 1754, que había quedado sorprendido al ver a los negros razonar pertinentemente sobre los astros, y estimar que con buenos instrumentos se convertirían en buenos astrónomos.[57] Paradójicamente, el mejor precursor (¿alumno?) de las Luces fue en Rusia el zar Pedro I el Grande quien, desde comienzos del siglo XVIII, hizo comprar en la corte otomana tres jóvenes esclavos negros para demostrar que (¡a condición de ser de ascendencia aristocrática!) su talento no era menor que el de los jóvenes rusos. Entre ellos estaba Abraham, hijo de un jefe capturado en el norte de Camerún, que se convirtió en general en jefe y fue el verdadero Vauban[e] de su amo. Y fue el bisabuelo del poeta Púshkin, de lo que éste estaba muy orgulloso...[58]

---

[54] Pluchon, *op. cit.*, p. 157.

[55] Maradan Librairie, París, 1808, reed. Perrin, 1991.

[56] Véase Amady Ali Dieng, «L'abbé Grégoire et l'Afrique Noire»; y Marcel Dorigny, «Intégration républicaine des colonies et projets de colonisation de l'Afrique: civiliser pour émanciper?», *Revue Française d'Histoire d'Outre-Mer*, nº especial «Grégoire et la cause des Noirs. Combats et projets (1789-1831)», 2º semestre de 2000, pp. 76-88 y 89-106.

[57] Michel Adanson, *Voyage au Sénégal* (1757). Reed. de l'Université de Saint-Étienne, 1996, p. 119.

[e] Se refiere a Sébastien Le Prestre, marqués de Vauban (1633-1707), ingeniero militar francés que revolucionó en gran parte la construcción de fortalezas y obras de ingeniería militar. La autora quiere significar que Abraham fue un buen ingeniero militar. [N. del T.]

[58] Dieudonné Gnammankou, *Abraham Hanibal: l'aïeul noir de Pouchkine. Biographie*, Présence Africaine, París/Dakar, 1996.

Sin embargo, para la casi totalidad de los filósofos el progreso es implícitamente lineal: los intelectuales franceses habrían llegado a lo más alto de la civilización de su época. Por lo tanto los demás se quedaban muy lejos. Y es especialmente dudoso, por no decir imposible, que los negros pudieran participar jamás en este desarrollo.

El papel de los naturalistas

Con todo, seamos claros: *no son* los filósofos los que «inventaron» el racismo, sino los colonos de Haití —fue un colono segregacionista quien redactó el artículo «Mulâtres» [«Mulatos»] de la *Enciclopedia*—. Lo que introdujeron los pensadores del siglo XVIII fue un método de pensamiento: el pensamiento científico. Suele atribuirse al naturalista Buffon (1707-1788) haber sido el primero, en su *Histoire naturelle* [Historia natural], en introducir el concepto de raza[f]. No obstante, al menos se mostró prudente: aun cuando distingue seis razas —los esquimales, los tártaros o mongoles, los asiáticos, los europeos, los americanos y los etíopes o negros—, atribuye a todas un origen común. Las diferencia entre sí por el color, la talla y la fisonomía, y también por las costumbres y por la inteligencia, pero explica estas variaciones esencialmente por el clima, que sería el origen de las variantes biológicas ulteriores. La *Enciclopedia* es más categórica, pues hace de los negros «una nueva especie de hombres», añadiendo de manera sibilina: «Todos estos pueblos [...] diversos ¿han salido de la misma madre? No nos está permitido dudarlo...» Si la discusión no se hace totalmente pública es porque la Iglesia prohibía discutir el mito de Adán y Eva. No importa cómo pero, en esta cuestión, que será el centro de los debates científicos del siglo XIX, que desciendan o no de un antepasado común, los negros quedaban situados siempre en la parte inferior de la escala.[59] En este

---

[f] Puede que Buffon utilizara el término como se ha hecho hasta hoy, pero ya en el Renacimiento se habla de «raza» y se refería más a las variedades humanas que a las diferencias o jerarquías de poblaciones humanas. Su adopción por los científicos en los siglos XVIII y XIX implicaba ya jerarquizaciones, «razas» inferiores y superiores, etc.

[59] William B. Cohen, *Français et Africains. Les Noirs sous le regard des Blancs, 1530-1880*, Gallimard, París, 1981 (la mejor puntualización). Hasta hace muy poco tiempo los historiadores franceses no se ocuparon de esta cuestión, salvo Claude Liauzu sobre el mundo árabe: *Race et civilisation: l'autre dans la culture occidentale. Anthologie historique*, Syros, París, 1992; y *La société française face au racisme de la Révolution à nos jours*, Complexe, Bruselas, 1999, 190 pp. Finalmente, François-Xavier Fauvelle-Aymar, *L'invention du Hottentot. Histoire du regard occidental sur les Khoisan (XVI[e]-XIX[e] siècle)*, Éditions de la Sorbonne, París, 2002.

mismo artículo de la *Enciclopedia* a los negros se los define esencialmente por la «fealdad» de su fisonomía y su color:[60] «Si nos alejamos del ecuador hacia el polo antártico, el negro se aclara pero la fealdad persiste»; y «este feo pueblo» es lo opuesto del «tinte de lirio y de rosa» de los países nórdicos, donde «la danesa de cabellos rubios deslumbra por su belleza». El filósofo Emmanuel Kant, que escribió «¿Qué son las Luces?», se manifestó claramente contra la colonización y la esclavitud.[61] Y parece que a finales de siglo se haya acercado a la opinión de David Hume, quien, desde 1748, proponía una progresión lineal de la humanidad, que habría pasado progresivamente de la infancia a la juventud y a la madurez, y sugirió que «todas las demás especies de la humanidad [...] son naturalmente inferiores a los blancos»[62]. Kant establece así una jerarquía de la percepción de lo bello y lo sublime: los germanos se situarían en la cúspide de la pirámide, delante de los ingleses y franceses, mientras que los negros son colocados a la cola de la clasificación. Sólo se les atribuye el «gusto por las chirigotas»[63]. El pasaje merece citarse completamente:

> M. Hume desafía a quien quiera a que le cite un ejemplo de un negro que haya tenido gran talento, y afirma que, entre los cientos de miles de negros transportados lejos de su país, de los cuales, después de todo, un buen número fue puesto en libertad, no se ha encontrado a uno solo que pueda producir algo grande en el arte, en las ciencias o en cualquier otra noble disciplina, mientras que no es raro ver a blancos salidos de la plebe suscitar la admiración del mundo por la excelencia de sus dotes.

La *Enciclopedia*, por su lado, añade: «*Carácter de los negros en general.* Si por casualidad se encuentran personas honradas entre los negros de la Guinea (la mayoría es viciosa), están inclinados en gran parte al libertinaje, a la venganza, al robo y a la mentira...»

---

[60] Artículo «Nègre», redactado por el médico Le Romain, que se apoya en la *Dissertation sur la cause physique de la couleur des Nègres*, de M. Barrère (París, 1741).

[61] Véase Marc Belissa y Florence Gauthier, «Kant, le droit cosmopolitique et la société civile des nations», *Annales historiques de la Révolution Française*, nº espec. Francia-Alemania, 317, 1999, pp. 495-511.

[62] «I am apt to suspect the negroes and in general all other species of men (for there are four or five different kinds) to be naturally inferior to the whites», David Hume: *Of National Characters*, 1747, citado por Eze, *op. cit.*, pp. 29 y 33. En la edición póstuma de la misma obra de Hume, y aún más explícitamente, la nota se convierte en 1777: «I am apt to suspect "the negroes" to be naturally inferior to the whites», *ibid.*, p. 37.

[63] Emmanuel Kant, *Observations sur le sentiment du beau et du sublime* (1764), J. Vrin, París, 1980, 2ª edic., p. 60.

Poco después, en 1775, un médico alemán, Johann Friedrich Blumenbach, propuso su tesis *De generis humani varietate nativa*[64] [De la variedad nativa del género humano], en la que retoma más o menos la misma clasificación añadiendo la teoría de una degenerescencia racial a partir de la raza «más bella», es decir, los blancos o caucásicos[65]. Su tesis fue autoridad enseguida. Finalmente, del lado francés, el barón Cuvier elaboró, en 1797, la clasificación definitiva, distinguiendo, en su *Royaume animal* [El reino animal], tres razas humanas principales: la caucásica o blanca —cuya civilización superior siempre ha sido igual a sí misma—, la mongola o amarilla, y la etíope o negra, en todo tiempo caracterizada por su estado bárbaro. Es, pues, a comienzos del siglo XIX cuando el término «raza» va a generar una actitud racista.[66] En la entrada «Raza» hallamos siempre los tres colores en el diccionario Larousse, e incluso en el *Dictionnaire universel francophone* de 1997.[67]

A los sabios de la Ilustración debemos el origen de los derechos del hombre. Sin embargo, en su descubrimiento de la racionalidad científica echaron la semilla, sin prever las consecuencias, del movimiento racista «cientista» por su deseo de descubrir las «leyes naturales» que rigen el Universo.

Las naciones formaban parte de ellas, y podían, por tanto, ser estudiadas, analizadas, se las podía diseccionar y llegado el caso mejorar si se conseguía revelar sus leyes. Francis Bacon y John Locke intervinieron en esta codificación propugnando la observación empírica como medio para descubrirlas. Jefferson, el futuro presidente de Estados Unidos, que era a la vez sabio y diplomático ligado a los medios revolucionarios franceses, extraía las consecuencias a finales de siglo, de manera aún prudente pero neta: «*I advance it therefore as a suspicion only, that the blacks were originally a distinct race, or made distinct by time and circumstances, are inferior to the whites in the en-*

---

[64] Distingue cinco razas: los caucásicos (es el primero que utilizó el término), los mongoles, los americanos, los malayos y los etíopes. Véase Johann Friedrich Blumenbach, *De l'unité du genre humain et de ses variétés*, Allut, París, año XIII-1804, trad. del latín.

[65] Johann Friedrich Blumenbach, *ibid.*, *On the Natural Varieties of Mankind*, trad. inglesa, 1776, citado por Eze, *op. cit.*, p. 79.

[66] La connotación racista no se encuentra todavía en el *Dictionnaire universel de la langue française* (C. M. Gatel, Lyon 1819, 3ª edición) en el que el término «raza» se refiere a «aquellos que vienen de una misma familia» y «tiene que ver particularmente con un tronco común», sin alusión al color.

[67] *Dictionnaire universel francophone*, Hachette y Aupelf-Uref, París, 1997. De todos modos, en la sección enciclopédica se especifica que esta «noción no tiene ningún fundamento biológico» (véase también nota 124).

dowments both of body and mind» («Así pues, avanzo la hipótesis provisional de que los negros, hayan surgido de una raza distinta o deban su especificidad a la historia y las circunstancias, son inferiores a los blancos tanto física como intelectualmente»)[68]. Desde entonces, la caución científica está en marcha.

Siglo XIX: el recurso a la ciencia de las desigualdades raciales

Los hombres del siglo XVIII distinguían tres criterios de diferenciación: el clima y la cultura, determinantes de la raza. Ahora bien, sólo subsiste este criterio en el siglo siguiente. Se riza el rizo con los avances científicos de Charles Darwin, cuya gran obra se publicó en 1859.[69] El subtítulo revela el espíritu de los tiempos: «La preservación de las razas favorecidas en la lucha por la vida.» El drama fue que, siguiendo la oleada de la expansión colonial de la segunda parte del siglo, la revelación de la severidad de la selección natural de las especies, que implicaba la conquista, dominación y destrucción, fue objeto muy pronto de una transposición por parte de los sociólogos darwinianos: en la jungla de la lucha de clases, de naciones y de razas, acababa siendo normal y justificado no sólo que los vencedores dominen a los pueblos inferiores, sino también que los eliminen en beneficio de la supervivencia a largo plazo de la especie humana.[70] El propio Darwin lo confirmaba en 1871 aplicando su teoría al género humano: «*The civilized races of man will almost certainly exterminate and replace the savage races throughout the world*» [Las razas humanas civilizadas casi sin duda exterminarán y sustituirán a las razas salvajes en todo el mundo][71].

---

[68] *Notes on the State of Virginia*, John Stockdale, Londres, 1787, p. 143 (reed. University of North Carolina Press, Williamsburg, 1955).

[69] Charles Darwin, *The Origin of Species by Means of Natural Selection; or, the preservation of favoured races in the struggle for life and the descent of man and selection in relation to sex*, Murray, Londres, 1859 (edic. moderna: *La filiation de l'homme et la sélection liée au sexe*, ICDI, Syllepse, París, 2000). [Hay varias traducciones españolas de *El origen de las especies por la selección natural*].

[70] Philip Yale Nicholson, *Who Do We Think We Are? Race and Nation in the Modern World*, M. E. Sharpe, Londres, 1999.

[71] Charles Darwin, *The Descent of Man*, Appleton, Nueva York, 1888, pp. 159-160. De todos modos, Darwin explica que el hombre, por medio de la civilización, es susceptible de proceder a una inversión progresiva a favor del debilitamiento de la ley selectiva.

El hecho es que, a partir del restablecimiento de la esclavitud por Napoleón Bonaparte, hubo que rehacerlo todo. Asfixiado por la represión napoleónica, reforzado por las teorías racistas emergentes, el movimiento abolicionista francés conoció un lento renacimiento a lo largo de los quince años de la Restauración. Propugnaba todo lo más un proceso económico de transición lenta hacia la extinción gradual de la esclavitud en las colonias. Sólo gracias a la ayuda inglesa pudo crearse en 1821 una organización dispuesta a atacar la trata y más tarde la esclavitud, la Société de la Morale Chrétienne [Sociedad de la moral cristiana]. Sólo pudo reforzar la lucha contra la trata que se hacía de contrabando.[72] La lucha antiesclavista no se reanudó hasta después de la Revolución de Julio de 1830.

Desde fines de la década de 1820 el barón Roger, entonces en ejercicio en San Luis del Senegal, y Jomard, uno de los fundadores de la Société de Géographie [Sociedad de Geografía], habían comenzado a emplear un tono diferente, el de los primeros exploradores sobre el terreno que, momentáneamente, trataban de reaccionar contra el racismo del entorno. Roger, en su «Notice sur le gouvernement, les mœurs et les superstitions des nègres au pays du Walo» [Noticia sobre el gobierno, las costumbres y las supersticiones de los negros en el país de Waalo][73], defendía la idea de la perfectibilidad de las sociedades. Jomard se alzó contra los «detractores de los negros» que veía entre «los filósofos y los anatomistas» que «miden la inteligencia de los negros por el ángulo facial y los demás signos fisonómicos [...] y que establecen por la conformación del rostro la inferioridad de la raza negra»[74]. Ambos hombres crearon en Francia una asociación patrocinada por el Ministerio de Marina, encargada de la instrucción de diecisiete «negros u hombres de color»: dos renunciaron, doce murieron, pero tres volvieron como sacerdotes a Senegal, entre ellos el abate Boilat. Éste, que llegó a ser una de nuestras mejores fuentes, dejó numerosos escritos y croquis sobre Senegambia, e incluso fue elegido en 1853 miembro de la Société de Géographie. Precedía así al primer alumno negro que ingresó, en 1878, en la École Polytechnique [Escuela Politécnica]

---

[72] Lawrence Jennings, «La lente renaissance du mouvement abolitionniste en France», coloquio *Rétablissement de l'esclavage...*, *op. cit.*

[73] *Bulletin de la Société de Géographie*, t. VIII, 1828, pp. 349-359.

[74] E.-F. Jomard, *Bulletin de la Société de Géographie*, t. VIII, nº 58, pp. 61-76. Citado y desarrollado por Anna Pondopoulo, «Les représentations sur les Peuls au XIXe et XXe siècles», tesis de la Universidad París-VII, 2003.

(mientras que con ocasión de la Exposición Universal el Jardin d'Acclimatation [Huerto de Aclimatación] exhibía al mismo tiempo a cuatrocientos figurantes indígenas en una «aldea negra»)[75].

Fueron excepciones que confirmaban la regla. Entre 1802 y 1950, la casi totalidad de los blancos se situaba sin dudarlo en la cúspide de una escala racial jerarquizada.

La supresión de la esclavitud en 1848 ha conservado la visión de un fin de siglo antirracista en la tradición del Cuarenta y Ocho. Sin embargo, esto no es en absoluto exacto. El negro se había convertido, sin duda de ningún tipo, en un ser inferior. Ninguna voz se alzaba contra lo que era entonces una verdad admitida, ni siquiera la de Marx que, en cambio, tuvo palabras definitivas contra la esclavitud:

> Hacer de Francia una nación dedicada a la trata de esclavos sería el medio más seguro de someter a Francia que, cuando era ella misma, tuvo la audacia de proclamar ante el mundo entero: «¡Que perezcan las colonias, pero que los principios vivan![76]»

Pero, del mismo modo que Engels, no evitó emplear el término despectivo *nigger* y habló de las «especificidades raciales» que implicaban la inferioridad de los negros.[77]

El más virulento de los racistas, el conde De Gobineau, no había esperado a la caución científica de Darwin para publicar, entre 1853 y 1855, su *Essai sur l'inégalité des races humaines* [Ensayo sobre la desigualdad de las razas humanas]. En su libro defiende sin ambages la superioridad de la raza blanca y, más concretamente, de los «arios». Como sus predecesores, propone a los germanos como arquetipo de la pureza de la raza superior. Se presenta hoy su opinión como excepcional, pero en realidad sólo llevaba al paroxismo lo que los sabios de la época, biólogos o filósofos, hacían derivar de sus «observaciones».

---

[75] En cuanto al primer atleta negro que obtuvo una medalla, fue en 1924 en los Juegos Olímpicos de París. Pascal Blanchard, Éric Deroo y Gilles Manceron, *Le Paris noir*, Hazan, París, 2001.

[76] Artículo de Karl Marx: «Le gouvernement britannique et la traite des esclaves», *New York Daily Tribune*, 2 de julio de 1858, citado por F. Gauthier: «Périssent les colonies plutôt qu'un principe!...», *op. cit.*

[77] Karl Marx, *Le capital*, libro 3°, p. 325 [hay varias traducciones españolas de *El capital*], y carta de Engels a Marx, 2 de octubre de 1866, citada por Paul Gordon Lauren, *Power and Prejudice. The Politics and Diplomacy of Racial Discrimination*, Westview Press, Londres, 1988, pp. 36 y 301-302.

LA REFORMA INTELECTUAL Y MORAL DE FRANCIA[78]

La regeneración de las razas inferiores o envilecidas por las razas superiores está dentro del orden providencial de la humanidad. El hombre del pueblo es casi siempre, entre nosotros, un noble desclasado; su pesada mano está mucho más hecha a manejar la espada que un útil servil. En vez de trabajar, prefiere combatir, es decir, que vuelve a su estado primigenio. *Regere imperio populos* [Regir a los pueblos por la fuerza], ésta es nuestra vocación. Aplicad esta devoradora actividad sobre países que, como China, llaman a la conquista extranjera. De los aventureros que perturban a la sociedad europea, haced un *ver sacrum*, que se esparzan por el mundo como los francos, los longobardos, los normandos, cada uno de ellos cumplirá su papel. La naturaleza ha hecho una raza de obreros: es la raza china, cuya destreza de manos es maravillosa sin casi ningún sentimiento de honor; gobernadla con justicia, tomando de ella, para el bien de tal gobierno, unos grandes bienes en beneficio de la raza conquistadora, y ella estará satisfecha; una raza de trabajadores de la tierra, es el negro; sed para él buenos y humanos, y todo estará en orden; una raza de amos y de soldados, es la raza europea. Reducida esta noble raza a trabajar en la ergástula como negros o chinos, se rebelará. Todo rebelde es, entre nosotros, más o menos, un soldado que no ha acertado en su vocación, un ser hecho para la vida heroica, y que usted dedica a una tarea contraria a su raza; mal obrero, demasiado buen soldado. Ahora bien, la vida que hace rebelde a nuestros trabajadores, haría feliz a un chino, a un felláh, seres que no son en absoluto militares. Que cada uno haga aquello para lo que está hecho, y todo irá bien.

El médico Georges Cuvier había conseguido, a comienzos de siglo, que la Academia reconociese el principio de la fijeza de las razas;[79] Hippolyte Taine, que asociaba la raza, el medio y el momento, atribuía el espíritu francés a la superioridad del norte sobre el sur transmitida por la vía de la sangre;[80] Ernest Renan, en un escrito de juventud, había seguido el movimiento glorificando la historia

[78] Ernest Renan, citado en Aimé Césaire, *Discours sur le colonialisme*, Présence Africaine, París, 1955, pp. 12-13.

[79] Citado por Ivan Hannaford, *Race: the History of and Idea in the West*, Woodrow Wilson Center Press, Washington, 1996, pp. 256-258.

[80] *Histoire de la littérature anglaise*, 1863, y *Origines de la France contemporaine*, 1875 a 1893.

nacional de los celtas, cuya raza había permanecido pura[81] —pero tuvo el inmenso mérito de retractarse públicamente rechazando la identificación raza/nación en el momento de la oleada de racismo de finales de siglo[82]—. Por lo que respecta al sociólogo Léopold de Saussure, propugnó la colonización «preservadora», que consistía en conservar este jardín del pasado, pues los colonizados no eran susceptibles de progreso.[83]

Se comprende mejor, en este contexto, la reveladora anécdota citada con sarcasmo por el biólogo Stephen Gould sobre las desventuras de la Venus hotentote —el mismo apodo que se le aplicó revela el desprecio en el que se tenía a este «adefesio semisimio»—. Esta mujer bosquimana (hoy se dice khoisan, con referencia a las lenguas de hotentotes —khoi— y bosquimanos —san—) fue considerada, a comienzos del siglo XIX, uno de los prototipos raciales de la especie humana. La historia es ejemplar. Originariamente se trataba de la esclava de un pequeño granjero de África del sur a quien se le ocurrió «importarla» a Inglaterra con el fin de exhibirla en las ferias. La muchacha, llamada por su amo Saartjie Baartman, estaba dotada, en efecto, de un rasgo morfológico clásico en África austral pero particularmente desarrollado en ella: unas posaderas muy rollizas o esteatopígicas.[84] Murió en 1815 en París, donde acabó en la mesa de disección de Cuvier, pues excitó también el interés de los grandes naturalistas del momento. El sabio nos dejó de esta operación una descripción rica en mediciones de todo tipo.[85] Éste estaba menos interesado por la rotundidad de sus posaderas que por una particularidad morfológica difundida entre los khoisan que intrigaba entonces a los naturalistas: el «delantal hotentote», llamado también «velo del pudor», es decir, los labios menores de los órganos genitales femeninos que están más desarrollados que en las demás mujeres. Nadie pensó entonces que esto podía ser re-

---

[81] *Poésie des races celtiques*, 1857. Curiosamente, la Biblioteca Nacional Francesa posee sólo la edición inglesa, *Poetry of Celtic Races*, W. Scott, Londres 1896.

[82] Ernest Renan, *Qu'est-ce qu'une nation?*, conferencia en la Sorbona, 11 de marzo de 1882, citado por Ivan Hannaford, *op. cit.*, pp. 303-304.

[83] Léopold de Saussure, *Psychologie de la colonisation française, dans ses rapports avec les sociétés indigènes*, F. Alcan, París, 1899.

[84] Su retrato, de cuerpo entero, figura en Geoffroy de Saint Hilaire y Frédéric Cuvier, *Histoire naturelle des mammifères, avec figures originales, colorées, dessinées d'après des animaux* [sic] *vivants*, París, 1824.

[85] Georges Cuvier, monografía publicada en las Mémoires du Muséum d'Histoire Naturelle, citado por Stephen Jay Gould, *Le sourire du flamant rose. Réflexions sur l'histoire naturelle*, Le Seuil, París, 1988, p. 318.

sultado de una costumbre modificadora impuesta a las mujeres, cuya anatomía sexual era totalmente igual a la de las europeas.[86] El interés de los sabios fue tan vivo que los órganos de Saartjie fueron conservados por Cuvier, y hasta hace poco tiempo eran vecinos, en un estante casi olvidado del Musée de l'Homme (ex Musée d'Ethnographie [Museo de Etnografía] fundado por Jules Ferry en 1880), de otros dos frascos que contenían el mismo tipo de objeto, etiquetados «una negra» y «una peruana».[87] Lo que hace que la anécdota sea aún más instructiva es que a finales del siglo XIX, en tiempos de la antropología física, el médico Broca reexaminó el caso. En ese momento estaba en pleno auge la teoría del determinismo biológico. Broca, en 1862, quería definir el criterio físico determinante en la jerarquización de las razas humanas, y creyó hallarlo en la relación entre la longitud del radio y del húmero. La relación más alta, correspondiente al antebrazo más largo —el del simio—, indicaría la raza inferior: ahora bien, la relación era de 0,79 en los negros por 0,73 en los blancos, pero, ¡ay!, la medición de la Venus hotentote iba a arruinar su hipótesis, pues en ella la relación no era más que de 0,70...

Nos dejan atónitos hoy estas lucubraciones, pero no por ello dejan de ser representativas de la mentalidad racialista que impregnaba los criterios de cientificidad elaborados en esta época relativos al concepto de civilización. Y es que naturalistas, médicos y etnólogos marchaban juntos entonces en Europa. No es casualidad que el «padre» de la etnología alemana fuese el médico de marina Adolf Bastian (1826-1905), que desde 1867 ocupó la cátedra de Berlín, seguido por otro médico que enseñaba etnología en Marburgo. Definitivamente, fue el biólogo Ernst Haeckel (1834-1919) quien introdujo en Alemania el determinismo racial de Darwin, tema central de la antropología alemana hasta la década de 1930, antes de degenerar bajo el nacionalsocialismo hitleriano.[88]

---

[86] Gould, *op. cit.*, cap. 18, «La Vĕnus hottentote»; Bernth Lindford: «Courting the Hottentot Venus», *Africa*, 40 (I), 1985, pp. 133-148; Robert Gordon, «The Venal Hottentot Venus and the Great Chain of Being», *African Studies*, 51, 1992; Gérard Badou, *L'énigme de la Vénus hottentote*, Jean-Claude Lattès, París, 2000.

[87] Constatemos cierto retorno de las cosas, pues el cerebro de Broca continuaba descomponiéndose en un estante próximo... Los restos de Saartjie Baartman han sido restituidos a Sudáfrica en 2002. (Un caso semejante es el del «negro de Banyoles», también un bosquimano, en este caso disecado, expuesto en un museo de esta localidad catalana, y que ha sido devuelto recientemente. [N. del T.])

[88] Youssouf Diallo, «L'africanisme en Allemagne hier et aujourd'hui», *Cahiers d'Études Africaines*, 161, 2001, pp. 13-44.

LOS ASHANTI EN EL HUERTO DE ACLIMATACIÓN[89]

¡Pues bien! No, yo no mantengo que son horribles. Hay en ellos una belleza humana, estén seguros de ello. Un rostro bello es el que, por su forma, no despierta en absoluto la idea de las funciones nutritivas y de los instintos egoístas, sino que sólo expresa sentimientos de sociabilidad o preocupaciones intelectuales. Una bonita boca, por ejemplo, es aquella de la que olvidamos que está hecha para comer, y que creemos formada tan sólo para sonreír, para cantar o para ser besada. Ahora bien, la boca de los ashanti está claramente hecha para comer, y para comer groseramente, con gran actividad de los caninos clavándose en la carne sangrante. Esa boca es dos o tres veces más grande que la nuestra, y está sostenida por unas muy anchas mandíbulas; supera en mucho la línea de la nariz; está toda echada hacia delante; es amenazadora. Su nariz parece estar hecha tan sólo para olfatear la presa y sus ojos para acecharla. La inclinación de la frente sin pensamiento hace de sus rostros un hocico. Si un animal tuviese esta jeta, podría ser muy bien un animal muy bello y que incluso no tendría un aspecto más malvado que un león o un leopardo. Sin embargo, esta cabeza carnicera, al estar apoyada en cuerpos parecidos a los nuestros, da miedo y hace daño, quizá porque, colocada así, nos recuerda brutalmente nuestros orígenes bestiales. Resumiendo, estos buenos ashanti son desagradables de ver, no porque tengan cabeza de animal, sino porque, al tener estas cabezas, aun así tienen aspecto de ser seres humanos.

Al menos, estos ashanti (hablo sólo de los varones) tienen cuerpos muy bellos, aunque no tan bellos como los de los gimnastas de nuestros circos, sostenidos por unas piernas un poco delgadas. Las mujeres tienen unas cabezas más presentables que los hombres, y una dulzura de bestias sumisas en sus ojos y en la boca. Pero son pequeñas, macizas, el torso demasiado corto, las piernas como pilares, los pechos largos y colgantes como odres y, en su punta, rugosidades de piel de elefante que forman el pezón. Ambos sexos están ceñidos con cotonadas a rayas o con pieles teñidas de colores vivos.

[89] Jean Lemaitre, *Impressions de théâtre*, 1ª serie, Éditions d'Imprimerie et de Librairie, París, 1887, citado en *La France colonisatrice*, Liana Lévi-Sylvie Messinger, París, 1983, colecc. «Le reporters de l'histoire».

[...] Alguien, cerca de mí, preguntaba ingenuamente y casi encolerizado: «Pero, vamos a ver, ¿para qué sirven los ashanti? ¿Por qué hay ashanti? ¿Qué es lo que estas gentes han venido a hacer a este mundo?»

Han venido a comer, a beber, a bailar, a gozar, a sufrir, a dormir, a morir —exactamente igual que los civilizados—. Y ya es bastante. Pero ¿piensa usted que esto no los excusa suficientemente de vivir? ¿Cree usted que nosotros, los arios, tenemos, sólo nosotros o casi sólo nosotros, por nuestros sueños, nuestro arte, nuestras virtudes, por el conocimiento cada vez mayor que tomamos del universo, razones válidas de existir? ¡Pues bien! digamos que los ashanti y los demás salvajes existen para servirnos un día [...].

Queridos primitivos, oh, bamboulas,
benjamines de la tierra antigua,
grandes inocentes que no tenéis
moral ni estética,

¡oh, vosotros que no pensáis en nada,
que no tenéis códigos ni Biblias,
a quienes el europeo desprecia
y que no sois perfectibles!

Ya que es un camino sin meta
el que nos abre el estudio austero,
más feliz por el olvido de todo,
¡vivid la vida elemental!

Y reid, como a los cielos serenos
ríe el sol, padre del mundo;
gozad por sentir vuestros riñones
picados por el calor profundo;

y danzad bajo sus flechas de oro,
en la embriaguez de la luz.
¡Oh, buenos negros, tan cerca todavía
de la inconsciencia primera!

La época colonial y sus secuelas

Armada con esta herencia que se remontaba al menos a dos siglos atrás, la colonización no tuvo dificultades para insertarse en el molde «racialista» que se había convertido en la ideología dominante si no exclusiva de finales del siglo XIX. El acta surgida de la Conferencia de Berlín de 1885, que incluyó el principio de la generalización de la colonización en África, excluía en particular a África de la esfera de los derechos del hombre. La idea de los derechos humanos fue distorsionada para servir de principio discriminatorio al convertirse en el repertorio principal de la misión civilizadora, y por lo tanto de la inferioridad irreductible o temporal —tensión que persiste en el seno de las ideologías coloniales— de los negros. Es el Estado colonial, al situar en perspectiva ontológica y cronológica a los africanos, el que se promueve en defensor de los derechos humanos, monopolizando en su provecho lo que en principio corresponde a los individuos y a la comunidad civil a la que se declara inexistente.[90] Por consiguiente, no se reconocía ningún derecho a los «indígenas» a los que las metrópolis prometían tan sólo su «conservación», mejorando «sus condiciones de vida morales y materiales» y luchando «contra la esclavitud y en modo particular contra la trata»[91].

El teórico racista más famoso de la época fue un británico, Houston Stewart Chamberlain, hijo de un almirante, criado en Francia, educado en Suiza y domiciliado en Austria. Su obra más famosa, aparecida en 1899, defendía las ideas entonces clásicas de la lucha y de la pureza raciales, de la inferioridad de los judíos y de los negros, y de la superioridad de los «teutónicos» o «germánicos» (arios) blancos. Fue traducido a todas las lenguas, reeditado varias veces, y calificado en el prefacio de la edición inglesa (1910) de «*one of the masterpieces of the century*» [una de las obras maestras del siglo][92]. Los franceses no fueron menos: Fustel de Coulanges atribuía la grandeza de Francia a su filiación romana;[93] Francis de Pressensé, virulento antidreyfusiano[g], expresaba un imperioso

---

[90] Florence Bernault, comunicación personal y «What Absence is Made of Human Rights in Africa», Jeffery N. Wasserstrom *et al.*, (compils.), *Human Rights and Revolutions*, Rowman & Littlefield, 2000, cap. 8.

[91] Acta de la Conferencia de Berlín, I, 6, comentada por Florence Bernault, *ibid.*

[92] *Die Grundlagen des neunzehnten Jahrhunderts* [Los fundamentos del siglo XIX]. Citado por Paul Gordon Lauren, *op. cit.*, pp. 45-47 [ed. franc.: *La genèse du XIXe siècle*, Payot, París, 1913 (3ª edic.)].

[93] *Histoire des institutions politiques de l'ancienne France*, Hachette, París, 1888-1892, 6 vols.

[g] Se refiere al «caso Dreyfus», escándalo político y judicial en el que se vio involucrado el capitán A. Dreyfus, militar francés de familia judía, acusado injustamente por el ejército, la derecha

nacionalismo.[94] El más patrióticamente racista de los novelistas fue Maurice Barrès (1862-1923), que odiaba por un igual a socialistas y judíos[95], y que fue inmensamente popular.

El imperialismo colonial

El período se impuso con el nombre de «imperialismo colonial»: en 1870 la creación de un poderoso Estado alemán, la unificación de Italia, la derrota humillante de Francia, el aislamiento del Reino Unido y el auge del Imperio ruso contribuyeron a dar forma a la voluntad de crear, de recuperar o de mantener la grandeza nacional a través de la competición colonial. Las teorías raciales llegaban oportunamente para justificar las ambiciones políticas y estratégicas internacionales, para sostener las ambiciones económicas en ultramar, las promesas de inversiones y beneficios, y para dar un nuevo empuje a la acción misionera encargada de civilizar a los paganos, cristianizándolos. Teorías, intereses y ambiciones se conjugaron para promover el reparto de África y la dominación sobre los pueblos de Asia y del Pacífico. Se impuso la interrelación entre la ciencia, el pensamiento científico y la expansión imperialista: «La afirmación de que era deseable que los hombres dominasen la naturaleza, y que los europeos eran quienes estaban mejor armados científicamente [...] para ello inspiró a numerosos autores la convicción de que era el destino y el deber de los europeos tomar en sus manos las regiones ocupadas por pueblos menos avanzados [...]. La demanda creciente de materias primas por las zonas industrializadas de Europa y América del Norte se convirtió en una de las racionalidades que se invocaron con más frecuencia para justificar la expansión imperialista en África, en el sureste asiático e incluso en zonas tan pobladas y cultivadas como China.»[96]

---

y la Iglesia de proporcionar informes militares a los alemanes. Fue condenado en 1896 a deportación perpetua; revisado el caso, fue condenado de nuevo (1899). Las violentas protestas en Francia y en toda Europa hicieron que Dreyfus fuera amnistiado (1906). [N. del T.]

[94] *Gabegie et atrocités coloniales*, discurso pronunciado en la Cámara de Diputados, Librairie les Hommes du Jour, París, 1909, 22 pp.

[95] *Le culte du moi*, Perrin, París, 1888-1891, 3 vols.; *Le roman de l'énergie nationale*, Fasquelle, París, 1897-1902, 3 vols.

[96] Michael Adas, *Machine as the Measure of Men. Science, Technology, and Ideologies of Western Dominance*, Cornell University Press, Ithaca, 1989, p. 217.

Este impulso fue acelerado y sostenido, entre 1885 y la I Guerra Mundial, por una propaganda imperial que echó mano de todos los medios. Mientras la prensa colonialista y misionera se encarnizaba en demostrar la crueldad e ignorancia de los pueblos a conquistar, a los que había que salvar de la antropofagia y de la esclavitud y a los que había que llevar a la civilización, la relativa facilidad de la conquista mantuvo en pie el desprecio hacia estas poblaciones incapaces de defenderse, reforzando aún más los prejuicios raciales por el sentimiento de superioridad de la «raza blanca»[97]. Y permitió asimismo justificar a buen precio la represión feroz de las principales revueltas de los colonizados: la de Bugeaud en Argelia en 1845-1846, la de las guerras maoríes en Nueva Zelanda en las décadas de 1840, 1850 y 1860, la de los cipayos en la India en 1857, hasta la matanza de los herero en el África del Suroeste (hoy Namibia) por parte de los alemanes en 1904-1907, y la eliminación casi total de los aborígenes de Australia. Fue, en palabras de Madeleine Rébérioux, el auge del «racismo nacionalista»[98]. La colección de carteles coloniales presentada por el museo de la BDIC muestra múltiples ejemplos, entre ellos el famoso «Y a bon Banania»[h], que reinó hasta la década de 1950, y que fue sólo uno más entre los más anodinos.[99]

No nos detendremos sobre el propio florilegio colonial, pues no bastaría un volumen. Nos centraremos más bien en mostrar que esta corriente no se limitó a los expansionistas coloniales, en sí mismos poco numerosos. Esta corriente contribuyó a dar forma a la opinión pública durante varias generaciones. Da fe de ello, entre otros, un estudio de prensa consagrado a la representación de Dahomey [hoy Benín] en la opinión francesa en la época de la conquista, verdadera colección de tonterías con todos los clichés racistas en los que se inspiraban los retratos tanto físicos como morales de los negros.[100] Después de la

[97] Véase V. G. Kiernan, *The Lords of Human Kind: Black Man, Yellow Man, and White Man in an Age of Empire*, Little Brown, Boston, 1969.

[98] «L'essor du racisme nationaliste», en Patrice de Comarmond y Claude Duchet (compils.), *Racisme et société*, Maspero, París, 1969, pp. 139-140.

[h] Se refiere a un producto alimenticio francés (Banania) cuyo cartel de anuncio mostraba a un negro de sonrisa bobalicona que decía en jerga colonial «afro-francesa»: «Es bueno Banania.» También en otros países europeos, y en España, la publicidad se sirvió de elementos más o menos racistas para anunciar productos de todo tipo (piénsese en el negro del Cola Cao, por poner un solo ejemplo). [N. del T.]

[99] Pascal Blanchard y Nicolas Bancel (compils.), *Images et colonies*, Syros, París, 1993, e *Images d'empire (1930-1960). Trente ans de propagande officielle*, La Martinière-Documentation Française, París, 1997.

[100] Véronique Campion-Vincent, «La Belle Époque», *Les Temps Modernes*, agosto de 1968, pp. 317-345.

I Guerra Mundial sólo de vez en cuando hubo masacres de amplitud comparable a las anteriores (represión de la revuelta baya en el África Ecuatorial francesa a finales de la década de 1920, revueltas de Sétif —Argelia— o de Madagascar en 1947, etc.), y en estos casos se trató de disimular la represión más que de reivindicarla. Por el contrario, Albert Bayet inventó en 1931 el concepto de «colonización democrática», que significaba la necesidad y el deber de incluir en el orden del progreso a las sociedades indígenas consideradas, en el mejor de los casos, en su infancia. Se trataba de un racismo de exclusión a la francesa: jerarquizando a los hombres en función de criterios culturales e históricos, se mantenía el foso que separaba al colonizado y al colonizador. A esta época se remonta el surgimiento del racismo colonial a la francesa basado casi por partes iguales en la cultura y en el color —y alimentado con racismo antiárabe exacerbado en Argelia—.

El racismo antiárabe tenía sus raíces, sin duda, en el siglo XIX, y tomó ímpetu a partir de 1830 con la conquista de Argelia por Francia. El siglo XIX inventó sobre todo el mito de la superioridad «racial» de los bereberes sobre los árabes. Éste fue el «mito kabila», cuya historia ha sido analizada en varias ocasiones.[101] Esta teoría tuvo, como el racismo antinegro, fuertes connotaciones de cientifismo, ya que fue lanzada en primer lugar por los ciento setenta y seis médicos militares que acompañaban a las tropas francesas de ocupación en Argelia. Fue apoyado por los saintsimonianos de la École Polytechnique [Escuela Politécnica]: se distinguían, pues, las «dos razas», los kabilios y los árabes, siendo los kabilios los primeros ocupantes, llegados posiblemente del norte, pero conquistados, sometidos y (poco o mal) islamizados por los árabes. El mito, muy arraigado ya desde 1845, año en el que el doctor Eugène Bodichon defiende, en sus *Considérations sur l'Algérie*, la fuerza de la herencia, fue hábilmente utilizado por los colonos contra el «reino árabe» indigenófilo ideado por Napoleón III. El médico Joanny-Napoléon Périer, que había servido cuatro años en Argelia, reforzó este mito en la Société d'Anthropologie de Paris [Sociedad de Antropología de París], de la que fue miembro eminente durante veinte años, difundiendo las ideas racistas de Gobineau en su memoria *Des races dites berbères et de leur ethnologie* (1870).[102] El mito resurge alegremente en el siglo XX con res-

---

[101] Véase Charles-Robert Ageron, *Les Algériens musulmans et la France, 1871-1919*, PUF, París, 1968, t. I, pp. 267-277; y Patricia M. E. Lorcin, *Imperial Identities: Stereotyping, Prejudice and Race in Colonial Algeria*, I. B. Tauris, Londres, 1995.

[102] Publicada en *Mémoires de la Société d'Anthropologie de Paris*, vol. I, 2ª serie, 1873, p. 1-54.

pecto a Marruecos. A «nuestros bereberes» se les asignaron las mismas cualidades que antaño se atribuyeron a «nuestros» kabilios, «esta Alvernia del África del norte»[103] y, por la misma razón: éstos habían «surgido como la nuestra de la raza aria»[104]. Son innumerables las obras de vulgarización de entreguerras que se refieren a la «raza bereber» marroquí, cuyos prototipos se suponía que reinaban en el Alto Atlas. Se celebraron sus cualidades frente al islam árabe, pues «los bereberes de raza pura son muy poco practicantes»[105]. Sin embargo, como resultaron ser más musulmanes de lo previsto, es el «chleuh[i] de cabeza redonda» quien sustituyó en la literatura colonial al «kabilio de cabeza redonda primo de nuestros galos». Así, los hermanos Tharaud escriben:

> Los chleuh se parecen a nuestros alverneses; tienen, como éstos, un cuerpo cuadrado y virtudes sólidas: el trabajo, la economía, una facilidad para adaptarse sorprendente [...]. Es con estos bereberes maleables dispuestos a aceptar nuestra civilización, lo que les proporcionará algo de dinero, con los que podemos contar más.[106]

Éstos eran los clichés de la literatura colonial magrebí. El estereotipo fue creado, y el grupo bereber resultó privilegiado por el poder colonial sobre todo en materia de educación, frente a su supuesta antítesis, el árabe inasimilable... El regionalismo aumentó; entre las dos guerras mundiales, la segunda lengua de los jóvenes bereberes tendió a ser el francés más que el árabe. Estas teorías, como era de esperar, han hecho mucho daño, y no sólo en Francia, legando a Argelia una herencia difícil compuesta de fantasías y rencor. El kabilio martirizado por el árabe se ha convertido, por desgracia, en una realidad. Pero en la ideología francesa es una vieja historia.

La contaminación de la opinión pública

A la opinión pública se la educó para que participara de estos puntos de vista. Entre los acontecimientos más populares hay que mencionar las múltiples exposicio-

---

[103] Citado por Charles-Robert Ageron, *Politiques coloniales au Maghreb*, PUF, París, pp. 110-120.

[104] *L'Écho du Maroc*, 17 de octubre de 1923.

[105] R. Montagne, *La vie sociale et politique des Berbères*, Éditions du Comité de l'Afrique Française, 1931.

[i] Chleuh responde a la ortografía francesa; también se escribe shleh. [N. del T.]

[106] Citado por Ageron, *Politiques coloniales...*, *op. cit.*, p. 115.

nes coloniales organizadas en las principales ciudades de Francia, en puertos como Marsella y en la capital. La más famosa fue la Exposición Colonial Internacional de 1931, cuyo impacto ha sido bien estudiado.[107] Tales acontecimientos tenían por finalidad glorificar la «misión civilizadora» de la metrópoli. Lo que se ha olvidado es que estas manifestaciones presentaban verdaderos zoos humanos, en los que los «indígenas» quedaban expuestos como animales, sin que esto le chocase a nadie. Se invitaba a los visitantes a examinar, desde detrás de los recintos de exposición, a los salvajes, a gentes que «no eran como nosotros». La primera de estas gentes había sido a comienzos del siglo XIX la Venus hotentote, de la que hemos hablado antes, que desnudaba sus posaderas en una jaula colocada, en Londres, en la plaza de Piccadilly Circus, antes de ser revendida en París a un feriante. De modo análogo, en 1877, Geoffroy de Saint-Hilaire, director del Jardin d'Acclimatation, para equilibrar las finanzas no muy boyantes de su institución, había organizado dos «espectáculos etnológicos» presentando a nubios y a esquimales. El éxito fue fulminante: los parisinos acudieron a descubrir lo que la prensa calificaba de «bandas de animales exóticos, acompañados por individuos no menos singulares»; las visitas del Jardin se duplicaron, alcanzando ese año el millón de entradas. El director reincidió en 1890, al exponer a salvajes guerreras «amazonas» de Dahomey o que se suponían tales.[108] Entre 1877 y 1912 una treintena de «exhibiciones etnológicas» similares fueron organizadas en ese establecimiento.

La atracción más frecuentada de 1931 —como lo había sido ya en la exposición de 1878, luego de nuevo de 1889, 1894, 1900, 1906, 1907 y 1922 en Marsella, Lyón o París— era el espectáculo de la vida «tradicional» en la aldea: en 1878 y en 1889 una «aldea negra» poblada con cuatrocientos figurantes indígenas había constituido una de las atracciones mayores; en 1900 se había realizado un diorama «vivo» sobre Madagascar. Las ferias y las exposiciones regionales se convirtieron en los lugares de promoción de estas exhibiciones por excelencia:

> Desde entonces no hubo una ciudad, una exposición ni un francés que no descubriese, con ocasión de una tarde soleada, una reconstitución «idéntica» de estos lugares salvajes, poblados de hombres y de animales exóticos, entre un concurso agrícola, la misa dominical y el paseo por el lago[109].

---

[107] Catherine Hodeir y Pierre Michel, *L'Exposition coloniale 1931*, Complexe, Bruselas, 1991.

[108] Hélène d'Almeida-Topor, *Les Amazones*, Rochevignes, París, 1984, pp. 104 y 142-145.

[109] Nicolas Bancel, Pascal Blanchard y Sandrine Lemaire, «Ces zoos humains de la République coloniale», *Le Monde Diplomatique*, agosto de 2000, p. 16; los mismos autores (bajo la direcc. de), *Zoos humains, de la Vénus hottentote aux reality shows*, La Découverte, París, 2002.

Incluso si los indígenas importados eran retribuidos por la exhibición, aun así se los objetivaba sólo para la diversión del público francés...

Sin embargo, éste no fue el único que gozó de un espectáculo semejante: en Reino Unido y en Estados Unidos este tipo de representaciones era frecuente. Un estudio reciente presenta los principales episodios entre 1810 y 1930.[110] El público angloamericano era particularmente adicto a las exhibiciones de zulúes, bosquimanos y «hotentotes». Asimismo, un misionero compró en el Congo un pigmeo, Ota Benga, que importó a Estados Unidos para presentarlo en 1904 en la Exposición Internacional de Saint Louis. Ota Benga fue expuesto también en el Museo de Historia Natural de Nueva York, luego en la jaula de los monos del zoo de Bronx. Aunque fue liberado por una campaña humanitaria, acabó suicidándose de desesperación.[111]

La contaminación de los niños

La inferioridad de los indígenas se enseñó en las escuelas como hecho establecido. Las grandes manchas rosas de los mapas del Imperio francés se extendían sobre una gran parte del África occidental —incluida el África del norte y el Sáhara—, del África llamada «ecuatorial francesa» y de la península indochina. Las imágenes del material escolar tuvieron una larga vida: en 1966-1967 todavía (seis años después de las independencias de los países africanos), mi hija mayor disponía de un manual de geografía de Demangeon, del curso preparatorio de una escuela pública parisina (edición de 1956), donde se podía contemplar en doble página la imagen de una caravana que atravesaba el bosque denso: detrás de un oficial colonial vestido completamente de blanco, incluso el casco, seguía en fila india un séquito de porteadores negros medio desnudos, que daba testimonio del valiente esfuerzo de la colonización. Pero, ¡ay!, un estudio reciente demuestra que la escuela vehicula aún hoy cierto número de estereotipos coloniales...[112]

---

[110] Bernth Lindfors (compil.), *Africans on Stage. Studies in Ethnological Show Business*, Indiana University press, 1999. Véase también R. Corbey, «Ethnographic Showcases, 1870-1930», *Cultural Anthropology*, 3, pp. 338-369.

[111] Philippe Wamba, *Kinship. A Family Journey in Africa and America*, Dutton Book, Penguin, Londres, 1999, pp. 231-237.

[112] Sandrine Lemaire, «De la bonne manière d'être citoyen: colonisation/immigration dans les instructions officielles et manuels scolaires d'histoire-géographie», revista *Passerelles*, 16, 1998, pp. 261-271.

Más insidiosa y más generalizada, la literatura infantil transmitió a lo largo de estas generaciones una imagen depreciada del colonizado, negro o amarillo. Ya en los comienzos del siglo XIX los escritores para niños se complacen en narraciones de exploración en las que la raza negra es tratada siempre como una humanidad inferior. Entre ellos, podemos citar a P. Bory (*À l'assaut de l'Afrique* [Al asalto de África]), E. Monteil (*Le Roi Boubou* [El rey Bubú]), A. Badin (*J.-B. Blanchard au Dahomey* [J.-B. Blanchard en Dahomey]) y, sobre todo, Louis Boussenard (*Le tour du monde d'un gamin de Paris* [La vuelta al mundo de un chaval de París] y *Aventures extraordinaires d'un homme bleu* [Aventuras extraordinarias de un hombre azul]). En la primera de estas obras, publicada en 1880, describe una escena atroz destinada a probar que los negros «no piden otra cosa que ser esclavos; se venden entre ellos, incluso entre hermanos, luego vuelven humildemente a dejarse encadenar de nuevo»[113]. Por lo que respecta al comandante Driant, en *Robinsons dans l'air* [Robinsones del aire], de Julio Verne, publicado en 1909, hace que lancen fuera del globo, como si fuera lastre, al servidor negro:

> «Tirad algo... ¡cualquier cosa!» Levantar en vilo al negro y lanzarlo por la borda fue para sir Elliot cosa de un instante... Se hallaban en plena lucha por la vida, y en el siglo XX como en el siglo I, las razas inferiores, como se llamaba a la raza de Cam, estaban obligadas a hacer sacrificios.[114]

Los clichés más simplistas se inculcan desde la más tierna edad. El elefante Babar, en 1932, libera a su mujer Céleste de una saltarina banda de «feroces salvajes caníbales» completamente negros, armados de azagayas y apenas vestidos con unos taparrabos, que estaban a punto de hervirla en una enorme marmita —doble página que se eliminará en la reedición de 1985—.[115] La caricatura y los tebeos de la época no muestran piedad alguna hacia esta «África negra inventada»[116]. Ya se ha glosado el racismo natural de *Tintin au Congo* [Tintín en el Congo]

---

[113] Pp. 77-81.

[114] Citado por Olivier Dumas, «La race noire dans l'œuvre de Jules Verne», en François Raymond y Simone Vierne (compils.), *Jules Verne et les sciences humaines*, 10/18, París, 1980, p. 265.

[115] Jean de Brunhoff, *Le voyage de Babar*, Éditions du Jardin des Modes, París, 1932, pp. 10-11.

[116] Sandrine Lemaire, «L'Afrique noire inventée: de la Première Guerre Mondiale aux indépendances», *Historiens et Géographes*, 367, 1998, pp. 93-109. Véase sobre el mismo asunto Yong-Ja Kim, «Le Chinois dans la bande dessinée et la caricature de la presse européenne francophone durant l'entre-deux-guerres»; Jean Pirotte (compil.), *Stéréotypes nationaux et préjugés raciaux aux XIXe et XXe siècles*, Collège Érasme, Louvain-la-Neuve, 1982, pp. 58-77; Gilles Bœtsch y Christiane Villain-Gandossi (compils.), «Stéréotypes dans les relations Nord-Sud», *Hermès*, 30, CNRS Éditions, 2001.

(1937) en el que los salvajes más amables sólo hablan *petit nègre*. Se ha olvidado que esta lengua llamada entonces «francés de tiradores» o de tropas coloniales fue inventado y enseñado en tiempos de la I Guerra Mundial por el ejército francés, que confeccionó y difundió ampliamente fascículos para facilitar la comunicación entre soldados provenientes de toda el África occidental.[j]

El novelista para jóvenes más popular y más leído, hasta la década de 1950 al menos, fue evidentemente Julio Verne, y los lectores de la década de 1930 se habrían quedado asombrados si se hubiese tratado de racista a este revolucionario de 1848... Con todo, y pese a su sentimiento anticolonialista alimentado sin duda por su anglofobia, era claramente representante de su tiempo, del que transmite los prejuicios, aunque, como dice Jean Chesneaux, distingue a los «buenos salvajes» de los malos.[117] Hay que reconocer que, a diferencia de los indios, por ejemplo, casi todos los africanos que aparecen en sus novelas son de los segundos, es decir, malos —sólo se zafa de esta regla el camerunés Khamis de la novela tardía *Le village aérien* [El pueblo aéreo] (1901), que posee por otra parte su lote habitual de antropófagos—. A los negros se los califica, a elegir, en *Cinq semaines en ballon* [Cinco semanas en globo] de «miserables negros», de «morenuchos», de «buenos tipos feos», de «bestias horribles», de «fieras de cabeza humana»; sus rostros son «animales» y poseen una «agilidad simiesca». El rey negro de *Capitaine de quinze ans* [Un capitán de quince años] es un «negro embrutecido» descrito como un «simio llegado a la extrema vejez». Resumiendo, volvemos a encontrar, debido a la pluma de Julio Verne, todos los estereotipos de la época sobre el mal salvaje, lo mismo que sobre el peligro amarillo.

La literatura para adultos no valía mucho más, incluso la de los autores más favorables a los negros. Los misioneros pertenecían claramente a su tiempo, compartiendo las opiniones de su lugar de origen. Creían en el papel educador que debía desempeñar «esta gran raza blanca, predestinada por Dios a ser la iniciadora y la protectora de todas las demás»[118]. Este sentimiento de superioridad

[j] El *petit nègre* es el francés hablado por los africanos (y por los no europeos en general) en las colonias francesas; se trataba de un francés pobre, incorrecto, que a veces se llamaba «de cuartel» o «de cocina», que bastaba, parece ser, para las relaciones entre colonos y colonizados.

En cuanto a las aventuras de Tintín, hay numerosas ediciones españolas de prácticamente todas las obras de Hergé, en particular las de Editorial Juventud. [N. del T.]

[117] Jean Chesneaux, *Une lecture politique de Jules Verne*, Maspero, París, 1971, p. 102. Véase también Marc Soriano, *Jules Verne (le cas Verne)*, Julliard, París, 1978.

[118] *Revue des Jésuites*, octubre de 1892, p. 443, citado por Jean Pirotte, *Stéréotypes nationaux..., op. cit.*, p. 85.

se había visto reforzado en el siglo XIX por el contexto romántico de renovación misionera, surgido, entre otros sitios, del *Génie du christianisme* [El genio del cristianismo], de Chateaubriand (1802), que hacía del misionero «un pobre monje que se puso de viaje a pie [...] para humanizar al salvaje, instruir al ignorante, curar al enfermo, vestir al pobre...», en tierras de «paganos desgraciados cuya alma es aún más negra que el cuerpo»[119]. Acentuar la barbarie de las poblaciones reforzaba el mérito del camino recorrido: el misionero se convertía en un héroe para los jóvenes, en un modelo a imitar. Sólo entre las dos guerras mundiales, tras la aparición de la encíclica de Benedicto XV, *Maximum illud* (1919), y luego sobre todo la de Pío XI, *Rerum ecclesiae* (1926), que sugerían la necesidad de adaptar el apostolado a las mentalidades locales y preparar personal autóctono, comenzó a surgir la preocupación por «no escribir nada para el uso de los occidentales que no osaríamos poner bajo los ojos de los indígenas[120]».

No podemos decir lo mismo de los diccionarios habituales, que desde el siglo XIX y hasta una fecha muy tardía han vehiculado con gran desfachatez, en la entrada «Cam», el tema de su descendencia negra, la raza maldita, como se ve en la Biblia: *Diccionario Bescherelle* (1857 y 1880)[121], *Dictionnaire d'aujourd'hui* [Diccionario de hoy] (Mame, 1937), y sobre todo *Le Petit Larousse* [El pequeño Larousse], sin interrupción de 1908 a 1955: «Sus descendientes, los camitas, formaron, dice la historia santa, la raza negra.» El matiz introducido luego es en condicional: «habrían constituido...» (1967). Sin embargo, en 1977 (aunque la palabra raza haya desaparecido, mientras que el término negro se ha convertido, en la entrada correspondiente, en «antiguamente esclavo negro»), la información errónea se concreta todavía más: «Según el *Génesis*, él [Cam] sería el antepasado de los habitantes de África y de Asia occidental.» Los mismos diccionarios afirman como evidente la inferioridad de los negros: «Esta raza, inferior a la raza blanca, casi siempre ha sido esclavizada por ésta última»[122]; «raza de hombres negra, inferior en inteligencia a la raza blanca»[123]. El matiz peyorativo de la palabra «negro» no se incorpora a *Le Petit Larousse* hasta 1953.[124]

[119] *Revue des Spiritains*, enero de 1904, p. 2, e *ibid.*, p. 87.

[120] *Grands Lacs*, 1939, citado por Jean Pirotte, *ibid.*, p. 88.

[121] M. Bescherelle (padre), *Dictionnaire national ou dictionnaire universel de la langue française*, Garnier, París, 1857, 5ª edic., 1880, 18ª edic. , t. I, p. 587.

[122] Bescherelle, *op. cit.*

[123] Pierre Larousse, *Dictionnaire complet illustré*, en un vol., 1896 a 1914, p. 516.

[124] Por el contrario, aunque este diccionario insiste en la faz negroide, no menciona ya la inferioridad racial. Y la edición del 2002 califica, por fin, de «aberrante» la noción de raza, «fundamento de diversos racismos».

Sin embargo, era necesaria, en el período de entreguerras, la libertad de espíritu de Romain Rolland (premio Nobel en 1916) para indignarse: «Estas cuestiones de la supremacía de razas son necias y desagradables.»[125] Los mayores escritores no dejaban por ello de pertenecer a su tiempo. Así, André Gide, cuyo *Voyage au Congo* [Viaje al Congo][k] denunció valientemente los abusos sanguinarios de los que él fue testigo, estimaba de manera del todo natural, mientras se dirigía hacia el Chad, que los «indígenas... dignos... se refinan y se espiritualizan a medida que remontamos hacia el norte» musulmán y arabizado.[126] Por lo que respecta a René Maran, premio Goncourt 1921 por *Batouala, véritable roman nègre* [Batouala, verdadera novela negroafricana][127], y él mismo antillano de origen africano y abiertamente proafricano, anota con humor feroz en su introducción: «si la falta de inteligencia caracterizase al negro, habría muy pocos europeos», pero no por ello deja de multiplicar las escenas «salvajes» de trances, de excisiones sangrientas y danzas eróticas: presenta a una multitud «hormigueante», una «embriaguez sexual» a la que se «añade la embriaguez alcohólica» en una «inmensa alegría de brutos» de «bocas desmesuradamente aullantes». Naturalmente, al jefe se le abandona sin cuidados pues, «por un herido, ¿debe abandonarse un rebaño que muge a tiro de azagaya? Por ello [...] se os había dejado mi Batouala [...] para correr tras los bueyes salvajes»[128].

Los tópicos cinematográficos

El cine no fue un vehículo menor en cuanto a tópicos coloniales. El cine del primer período refleja las ideas del ambiente, y es heroico, canta las alabanzas de las tropas coloniales durante su labor de conquista. A partir de la década de 1920, por el contrario, idealiza la obra colonial, civilizadora y humanitaria, motivada por la ambición de alejarse de las fronteras de la ignorancia, de la enfermedad y de la tiranía.[129] Sin embargo, en todos los casos da de los indígenas una imagen que no los valora. Georges Méliès comenzó ya en 1897 con

---

[125] Citado por *Le Nouveau Petit Robert* en la entrada «Raza».

[k] Hay traducción española. [N. del T.]

[126] André Gide, *Voyage au Congo. Carnets de route*, NRF, París, 1927, p. 219.

[127] Albin Michel, París, 1921, p. 9-10.

[128] *Ibid.*, pp. 63, 84, 93, 105, 180-181.

[129] Véase C. Coquery-Vidrovitch, *Histoire de la France coloniale*, Armand Colin, París, 1991, t. II, pp. 305-308.

Vente d'esclaves au harem [Venta de esclavas en el harĕn]. Otra peliculita cómica de los hermanos Lumiĕre lleva a la pantalla, en 1906, a Dranem en la cama, el cual sueña con una pulposa rubia, y se despierta todas las veces por la pesadilla junto a una gruesa mujer negra.[130] Los mismos hermanos toman como blanco, en 1904, en *Le Musulman rigolo* [El musulmán gracioso], las costumbres culinarias de los norteafricanos.[131] Promocionar la grandeza del imperio implicaba, al mismo tiempo, dar de los indígenas una imagen negativa. Es raro encontrar un personaje negro simpático, como en *Sanders of the River* [Sanders del río] (1935), trilogía inglesa inspirada en una novela de éxito de 1911, en la que se opone al malvado rey negro Mofalaba el buen jefe negro Bosambo (Paul Robeson), que va a ser salvado por el héroe colonial blanco. En *Rhodes of Africa* [Rhodes de África] Matabele (jefe de la rebelión contra los blancos) no deja de estar lleno de admiración, en calidad de gran jefe zulú, hacia Sanders, «guerrero leal que modera la conquista por medio del don de gobernar». Pese a estas excepciones, África está poblada continuamente de caníbales: desde 1910 (*Rastus in Zululand* [Rastus en Zululandia], comedia de Ernst Lubin, a *Killers of Kilimandjaro* [Asesinos del Kilimanjaro] (1959), que celebra la lucha de los blancos contra la esclavitud. Así sigue la cosa hasta la nueva versión británica de *Las minas del rey Salomón* (1985), en la que vuelve a encontrarse el tópico habitual de las hordas salvajes armadas con azagayas. En cuanto a las mujeres y a Egipto, encarnan durante decenios la visión lasciva y manipuladora a la oriental de la *Cleopatre* [Cleopatra] de Cecil B. DeMille (1934). Mención particular debe hacerse de una novela de 1887, *She* [Ella], que ha dado lugar a varias versiones cinematográficas, la última de las cuales se remonta a 1965, con Ursula Andress.[132] La acción se desarrolla en una jungla de pacotilla en la que una reina blanca obsesionada por el sexo, Ayesha, reina con crueldad sobre un pueblo negro al que impone horribles muertes rituales, antes de morir ella misma, víctima de sus bajos instintos. El mensaje es claro: primitivos negros y sexualidad femenina son dos formas análogas de salvajismo opuestas a la sabiduría del hombre blanco.

---

[130] Proyectado por la ACHAC, Institut du Monde Arabe, febrero de 1994, «Images de l'Afrique, images d'Afrique. Maghreb et Afrique Noire au regard du cinéma colonial et des indépendances», *Le film africain. Bulletin professionnel du cinéma du Sud et du Nord*, 1994, nº 14, pp. 1-32.

[131] Ella Shohat y Robert Stam, *Unthinking Eurocentrism. Multiculturalism and the Media*, Routledge, Londres, 1994, pp. 109-112.

[132] Gwendolyn Audrey Foster, *Captive Bodies. Postcolonial Subjectivity in Cinema*, SUNY Press, Albany, 1999, pp. 59-63.

El modelo colonial no muere en el cine con la muerte de la colonización. Volvemos a hallar en mayor o menor medida la misma imagen estereotipada de una historia cuyos protagonistas son blancos y las únicas lenguas que se oyen son el francés o el inglés en la decoración de películas tan célebres como *Los caballeros las prefieren rubias* (1953), sobre un fondo de minas de diamantes sudafricanos; *L'homme qui en savait trop* [El hombre que sabía demasiado] (1954), con la presencia francesa en Marruecos; *Les belles de nuit* [Las bellas de noche] de René Clair (1952), que sigue en el marco de la colonización francesa en África del norte; y más recientemente las *highlands* [tierras altas] de Kenya en *Out of Africa* [Memorias de África] (1985). El anticolonialismo en el cine era todavía impensable: René Vautier rodó, no obstante, en 1950, la primera película de este tipo, *Afrique 50* [África 50], pero le cayeron trece denuncias y una condena a un año de cárcel. Asimismo, la película de René Capita, *Le rendez-vous des quais* [La cita de los muelles], fue retirada de la circulación por la policía en 1955 por haber osado presentar a trabajadores del puerto de Marsella que se negaban a cargar en los barcos cañones que iban destinados a la guerra de Indochina. Será necesario esperar treinta y tres años para que, tras encontrarlo de nuevo en 1988 en las casamatas de los Archives du Film [Archivos del Film] en Bois-d'Arcy, fuese proyectado oficialmente en el festival de Cannes. Es en 1965 *La bataille d'Alger* [La batalla de Argel][1] la película que marca el inicio del cine tercermundista de protesta. Y aún más tarde, desde Argelia esta vez, Vautier realiza el primer largometraje en el que enfrenta ficción y guerra, *Avoir vingt ans dans les Aurès* [Tener veinte años en los Aurés] (1971). Sin embargo, el cine anticolonial seguirá siendo minoritario ante las grandes producciones que se benefician de una mucho mejor distribución internacional.

Por si fuera poco, los tópicos incluyen el período de la independencia. Así, lo mismo que abundaban en la época de entreguerras, vuelven en películas dedicadas a la gloria de la Legión Extranjera, como *Las ocas salvajes* (Andrew McLaglen, 1978), que presenta como héroes simpáticos, encarnados por actores célebres como Richard Burton o Roger Moore, a mercenarios que contribuyeron al mantenimiento de los peores regímenes: el *apartheid* en Sudáfrica o la minoría blanca en Rhodesia. El racismo apenas queda camuflado por la presencia en el seno del grupo mercenario de un único negro. Se nos conduce a apreciar la precisión clínica de una misión exitosa en la que, pese a todo, según

[1] Pero esta película no es francesa: se debe al director italiano Gillo Pontecorvo, *La battaglia d'Algeri*, y es una producción italo-argelina. [N. del T.]

los esquemas clásicos desde comienzos del siglo XX, cientos de negros mueren por cada blanco que cae. En la década de 1980 se continuó resucitando la emoción nostálgica de la epopeya colonial, como en *Ashanti* (1979), en la que Michael Caine glorifica la encarnizada lucha de los ingleses contra la esclavitud... No obstante, debemos señalar que, en el mismo estilo de nostalgia colonial, apareció tardía pero innovadora una ridiculización crítica por parte de directoras francesas: *Chocolat* [Chocolate] de Claire Denis, *Le bal du gouverneur* [El baile del gobernador] de Marie-France Pisier, y *Outre-mer* [Ultramar] de Brigitte Rouan, tres películas estrenadas en 1990.

El giro científico

La noción de raza se ha conservado hasta tiempos muy tardíos. Muy pocas voces se alzaron en el siglo XIX, como hizo John Stuart Mill (1806-1873) —pero este pensador humanista, que formaba parte asimismo de un pequeño puñado de hombres feministas, estaba en contradicción con las convicciones científicas de su tiempo—, que fue capaz de observar: «Entre todas las maneras ordinarias de evitar abordar la acción de las influencias sociales y morales sobre el espíritu humano, la más común es la de atribuir la diversidad de conductas y caracteres a diferencias naturales inherentes.»[133]

Los precursores

El movimiento antirracista fue interrumpido en Francia por la II Guerra Mundial y por las malvadas leyes del gobierno de Vichy, que oficializaron el antisemitismo ya desde octubre de 1940. Así pues, y extrañamente siendo un país segregacionista, fue en Estados Unidos donde el mundo científico emprendió la tarea de ajustarle las cuentas al concepto de raza.[134] Sin embargo, esto tardó en

[133] «Of all the vulgar modes of escaping from the consideration of the effects of social and moral influences on the human mind, the most vulgar is that of attributing the diversities of conduct and character to inherent natural differences», John Stuart Mill, *Analysis of the Phenomena of the Human Mind*, Longmans, Green, Reader and Dyer, Londres, 1878 (3ª edic.).

[134] Véase E. Barkan, *The Retreat of Scientific Racism. Changing Concepts of Race in Britain and the United States between the World Wars*, Cambridge University Press, Cambridge, 1992.

llevarse a cabo al menos una generación. El giro había sido anunciado ya en 1931 por el notablemente precoz libro de Julian Huxley, zoólogo de la Universidad de Londres, que acababa de descubrir África y los africanos mientras realizaba una misión de tres meses en el África Oriental británica. Rechaza, en nombre de la genética, ciencia aparecida en la década de 1920, la noción de raza, «término de pura conveniencia para ayudar a captar la diversidad humana»[135]. Poco después volvió a insistir sugiriendo que se sustituyese el concepto de raza por el de «grupo étnico»[136]. Esta opinión quedó confirmada en una conferencia del antropólogo Ashley Montagu, que produjo sensación: *The meaningles of the anthropological conception of race* (El sinsentido del concepto antropológico de raza), en la Asociación Americana de Antropología Física de Chicago, en abril de 1941, seguida un año después por su libro, muy reeditado, *Man's Most Dangerous Myth: the Fallacy of Race* [El más peligroso mito del hombre: la falacia de la raza] (1942). Montagu remachará el clavo algunos años más tarde en nombre de la imposibilidad de probar la existencia de razas a través de la genética: todavía en 1964 repetía, en nombre de un «creciente número» de biólogos y antropólogos físicos, que estimaban que «el concepto biológico de raza se había convertido en inaceptable», y que «sería mejor abandonar totalmente la palabra raza»[137]. Son los biólogos los primeros que renunciaron al término: por primera vez, en 1951, un diccionario de biología no utilizaba en ningún lugar este término, al que se sustituyó definitivamente por los de especie y subespecie.

Los reaccionarios: la antropología física

La antropología física tardó mucho más en ser convencida, y muchos de sus especialistas desempeñaron un papel de freno en las Naciones Unidas. En efecto, inmediatamente después de la II Guerra Mundial, y aún bajo los efectos del nazismo, la Unesco emprendió la lucha contra el racismo. Esto era relativamente fácil

---

135 Julian Huxley, *Africa View*, Chatto & Winders, Londres, 1931, cap. XXXIII, «Racial Chess», p. 395. Julian era hermano del novelista Aldous Huxley.

136 Raza es «a cloak for selfish economic aims which in their uncloacked nakedness would look ugly enough», Julian Huxley & A. C. Haddon: *We Europeans: a Survey of «Racial Problems»*, Harper, Nueva York y Londres, 1936, pp. 268 y 287.

137 Asley Montagu (compil.), *The Concept of Race*, Free Press of Glencoe, Nueva York, 1964, pp. XII y 12.

con relación al antisemitismo, pero resultaba mucho más dubitativo frente a la cuestión negra. La Unesco había redactado, inicialmente, una declaración de notable modernidad, discutida por un areópago de antropólogos y biólogos. Este texto de 1950 no utiliza la palabra raza más que en un sentido negativo y precisa:

> Los graves errores causados por el término «raza» en el lenguaje corriente hace deseable que se renuncie completamente al término cuando se aplica a la especie humana y que se adopte la expresión «grupos étnicos»[138].

Sin embargo, la propuesta estuvo lejos de ser aceptada unánimemente. La oposición fue tan fuerte que, por propia iniciativa, la organización reunió al año siguiente una nueva comisión cuyo texto, sin ser escandaloso, se mostraba prudentemente en retirada; ya en el segundo párrafo afirma, sin temor a contradecir la redacción anterior (establecida, hay que precisar, por una mayoría de antropólogos... pero no por los mismos): «Los antropólogos están *todos*[139] de acuerdo en considerar que la noción de raza permite clasificar a los diferentes grupos humanos en un marco zoológico propio que permite facilitar el estudio de los fenómenos de la evolución.» El texto revisado no contiene menos de 32 veces el término raza (por 16 veces el texto anterior) y cuatro veces la palabra racial, y halla incluso el medio de utilizar, sin rechazarlo expresamente, las expresiones de grupo racial «superior» e «inferior».

La reedición, preparada por la Unesco en 1960, de textos reunidos en esa fecha para «elaborar una documentación científica sobre lo que se ha convenido en llamar la "cuestión racial"», revela todavía estas ambigüedades.[140] Sin duda, Michel Leiris subraya «los límites de la noción de raza» y se levanta contra el «prejuicio racial», o Claude Lévi-Strauss recomienda sustituir, al estudio de las razas, el de las culturas. Sin embargo, la palabra «raza», aunque expresada con la boca pequeña, no es rechazada en absoluto. Y los títulos de los capítulos dan fe de ello: «Las diferencias raciales y su significado», «Las mezclas de razas», «Raza y civilización», «Raza y cultura», «Raza y biología», etc. El concepto se beneficia de una serie de propuestas de definiciones que tratan de relativizar el sen-

---

[138] En esta expresión podría verse la influencia de Julian Huxley que, sin ser miembro de la comisión, colaboró en la redacción del acta final.

[139] Subrayado por la autora de este capítulo.

[140] *Le racisme devant la science*, Unesco/Gallimard, París, 1960. Textos de fascículos preparados con ocasión de las declaraciones de 1950 y de 1951 publicadas en el anexo, pp. 533-544.

tido del término, lo que subraya sobre todo su inconcreción, pero no plantea nunca su inutilidad científica. Con todo, cuatro años más tarde, uno de los últimos antropólogos físicos de renombre, Jean Hiernaux, afirmaba a su vez que «renunciar a toda clasificación racial significaría que la antropología ha sido capaz de liberarse de los tópicos que ha utilizado durante tanto tiempo, y podría consagrarse a su finalidad actual: comprender la diversidad humana»[141].

La vulgarización de esta idea de base se inicia finalmente en 1978 con una obra del genetista de las poblaciones Albert Jacquard, según el cual la noción de raza no tiene ningún fundamento biológico. Escribe: «Los individuos de la especie humana son muy diferentes los unos de los otros [...] pero es imposible trazar fronteras que permitan agrupar estas poblaciones en razas diferentes.»[142]

Necesitará mucho tiempo todavía el sentido común para liberarse de esta larga y pesada herencia, suponiendo que esta labor pueda tener fin algún día.

Los prejuicios hoy: un legado tenaz

No tenemos sitio aquí para recordar lo que ha sido desarrollado en otros lugares, a saber hasta qué punto el «afropesimismo» que aparece habitualmente en los medios de comunicación se debe a esta herencia racista:[143] casi animales en tiempos de la esclavitud, niños grandes, en el mejor de los casos, en la época colonial, hombres incapaces hoy, los africanos no han dejado nunca de sufrir un prejuicio desfavorable que tiene que ver con su intelecto más que con su naturaleza, considerado menos «astuto» que el de los árabes o menos «tortuoso» que el de los asiáticos.

Tales prejuicios eurocéntricos que ofrecen de los negros o amarillos una imagen depreciada siguen existiendo en todas partes en filigrana. Dos acontecimientos recientes han provocado la indignación de los interesados, sorprendidos de que sus homólogos blancos permanezcan insensibles a lo que desde ahora en adelante les parece inaceptable. El primero fue una exposición orga-

---

[141] Declaración realizada en el VI Congreso Internacional de las Ciencias Antropológicas y Etnológicas, 1960. Jean Hiernaux, «The Concept of Race and the Taxonomy of Mankind», en Montagu, *op. cit.*, pp. 43-44.

[142] *Éloge de la différence, la génétique et les hommes*, Le Seuil, París, 1978, y (entre otros) *Cinq milliards d'hommes dans un vaisseau*, Le Seuil, París, 1987.

[143] C. Coquery-Vidrovitch, «L'anthropologie, ou la mort du phénix?», *Le Débat*, 90, 1996, pp. 114-128 ; y «Peut-on être vivant en Afrique? Le point de vue d'une historienne», en M. Chemillier-Gendreau (compil.), *Peut-on être vivant en Afrique?*, PUF, París, 2000, p. 55-67.

nizada por el Museo Real de Ontario, en Canadá, en 1989-1990, titulada «En el corazón de África», que exponía las 375 piezas de África occidental y central que poseía el museo, recibidas de los militares, de los misioneros y de los coleccionistas privados. Se trataba de mostrar el papel desempeñado por los canadienses en la colonización. En una de las salas se reconstruía la percepción que los misioneros podían tener de la vida y de la cultura locales. La ironía implícita de los comentarios de época, sugerida por las comillas, fue considerada insuficientemente explícita por muchos africanos. Asimismo, una comedia musical de 1993, una adaptación de *Madame Butterfly,* titulada *Miss Saigón,* en la que la heroína es una prostituta abandonada por un *marine* estadounidense después de la guerra de Vietnam, fue criticada por los vietnamitas como un muestrario de todos los clichés acumulados sobre la mujer oriental, exótica, sumisa y objeto sexual. En ambos casos la polémica fue sonada.[144] Lo que parece humor inofensivo para unos es recibido por otros como expresión de un intolerable desprecio secular. Estos ejemplos son de Canadá, pero no sería difícil encontrar otros parecidos en Francia u otros lugares.

La hidra del racismo sigue presente hoy día. Podría pensarse que los excesos están reservados a unos cuantos reaccionarios, incluso a simples negativistas, y da vergüenza pensar que algunos continúan ejerciendo como profesores en el seno de la universidad francesa —pues es imposible, afortunadamente, hoy, negar la Shoáh—. En cambio, resulta más anodino despreciar a los africanos. Así, Bernard Lugan concluye una obra reciente con algunas frases de una temible perversidad, pues ésta se disfraza con el aspecto de un combate contra los excesos del «tercermundismo» y de la defensa de las «etnias»:[145]

> ¿Acaso no nos estamos acercando por fin al momento en que podríamos plantearnos la pregunta de las insuficiencias, de las lagunas, no tanto ya de África, sino de los africanos? [...] No pueden hacer nada, pues siempre han sido así y los padres de sus padres antes que ellos, [...] de modo que la colonización fue probablemente una ocasión histórica para África negra, que no ha sabido aprovecharla.

---

[144] Carol Tator, Frances Henry, y Winston Mattis, *Challenging Racism in the Arts. Case studies of Controversy and Conflict*, University of Toronto Press, Toronto, 1998.

[145] Bernard Lugan, *Afrique, l'histoire à l'endroit*, Perrin, París, 1989, pp. 261-263. El autor es profesor de historia de África en la Universidad Lyon-III. Subtitula una página dedicada a la colonización de la siguiente manera, en *Le Figaro Magazine* del 16 de diciembre de 2000, p. 58: «La "légende" noire de la colonisation, cette escroquerie historique. Devrions-nous laisser la déferlante migratoire nous submerger?»

Por lo visto, no estamos tan lejos de la «maldición de Cam»...

Por desgracia, estas ideas no se deben a algunas personas aisladas, lo mismo que Gobineau no era el único teórico racista de su tiempo. Tales ideas siguen siendo fuertes no sólo en el imaginario popular, sino, lo que es más grave aún, quizá, en la mente de numerosos «desarrollistas» y responsables políticos a los que no se puede acusar de negativismo, todo lo contrario. Así, Pierre Messmer, ex ministro de De Gaulle, ha respondido de esta manera cuando traté de hacer oír algunas ideas sobre la modernidad africana en marcha: «Dirá usted lo que quiera: en África hay y habrá siempre etnias.»[146] Esta persona transmitía, sin saberlo, un legado que le ha llegado a través de generaciones de pensadores occidentales eurocentristas... Christian Colombani no señalaba en noviembre de 2000, en la sección «En vue» [A la vista] de *Le Monde*, esta necedad, en la que confundía racismo y genética: "Gracias a este método se podrá separar a asiáticos, europeos y africanos", subrayaba B. Brinkmann, investigador de Münster, felicitando a los biólogos de la Universidad Humboldt de Berlín, cuyos trabajos sobre el ADN permitirán determinar el origen étnico de los individuos.»

El saber muy reciente de algunos africanistas de buena voluntad se muestra todavía impotente contra esta enorme herencia que podemos calificar hoy de abominable, pues ya no tiene, para justificarla o al menos explicarla y comprenderla, el contexto económico y científico superado del siglo colonial. Se basa en prejuicios banales y, en definitiva, en la ignorancia.

ANEXO

LA IMAGEN DEL NEGRO EN EL ARTE EUROPEO[1]

Ignacy Sachs

Es en la Edad Media cuando el negro adquiere una importancia capital en lo que respecta al símbolo. Mal conocido y lejano, la interpretación se hará sobre dos planos opuestos.

---

[146] Senado, sesión preparatoria al coloquio sobre la prevención de conflictos, Mémorial de Caen, 1994.

[1] Ignacy Sachs, «L'image du Noir dans l'art européen», *Annales ESC*, 4, julio-agosto de 1969, Armand Colin/Éditions de l'EHESS, París, pp. 885-886, 888-892.

En tanto que negro, será asimilado a la noche, al mundo de las tinieblas, a las fuerzas del mal, y personificará incluso, en la tradición popular, al diablo, aunque tras las invasiones mongoles el infierno gótico haya estado poblado, sobre todo, de monstruos de inspiración oriental.[2] Si no podemos aceptar la formulación demasiado directa de B. Baranowski, según la cual el diablo, para los europeos, estaba representado más frecuentemente por el habitante negro de África[3], ciertas anécdotas y leyendas, referidas entre otros por el gran poeta polaco J. Tuwim en el siglo XV y en el XVI, dan cuenta claramente del diablo personificado por el etíope negro.[4] Notemos que la negrura es un defecto que suele imputarse al extranjero al que no se quiere. Se trata de una negrura que viene de dentro, y que se manifiesta en el color: así pues, como dice la leyenda, ¡hay que mirar bien en la boca! Bystron menciona asimismo casos de campesinos que aplican el nombre de «cera» a los nobles y burgueses de la región de Cracovia. Un proverbio llegaba a decir: «Negro como un sueco.» ¿Sigue tratándose de una reminiscencia del estereotipo diablo = negro?[5] Recordemos que en Francia varios sobrenombres del diablo emplean el adjetivo «negro»[6].

Para atenernos a los ejemplos tomados de la Edad Media, en *La chanson de Roland* [El cantar de Roldán] no hay ninguna simetría en el tratamiento del emir de barba blanca —un verdadero barón si hubiese sido cristiano— y la tribu maldita de los negros, que de blanco sólo tienen los dientes.[7]

El negro que golpea a Cristo en la escena del *Improperium* en la capilla de los Scrovegni, en Florencia, ¿es una reminiscencia de esta interpretación? La

---

[2] Véase al respecto, sobre todo, J. Baltrusaitis, *Le Moyen Âge fantastique*, París, 1955.

[3] B. Baranowski, *Pozegnanie z diablem i crarownica*, Łódź, 1965, p. 33.

[4] J. Tuwim, *Czary Lezarly Polskie*, Varsovia, 1960, pp. 16, 17 y XXX.

[5] J. Bystron, *Megalomania narodowa*, Varsovia, 1935, pp. 66-69.

[6] Así, al diablo se le llama en un caso o en otro el caballero negro, el gran negro (sobrenombre reservado también para Leonardo, maestro de la magia negra), el hombre negro o el Jehová negro. (Véase J. Toudrian, R. Villeneuve, *Dictionnaire du diable et de la démonologie*, Verviers, 1968, pp. 63-64 y 110.)

[7] Véase *La chanson de Roland*, estrofas LXXII y CCXXIX para la descripción del emir; CXLIII y XLIV para las vituperaciones hacia los negros.

[8] Deseamos agradecer aquí al profesor Enrico Cerulli quien, en una carta de noviembre de 1966 al profesor S. Strelcyn, ha sido tan amable de permitir conocer su interpretación del cuadro. El profesor Cerulli, al hacer notar que se trataba del *Improperium* y no de la *Flagellatio*, como se admitía hasta ese momento, no suscribe las opiniones de los historiadores que subrayan la importancia formal de la mancha negra en la composición del cuadro, o que hablan de las influencias bizantinas. Para él, el problema sigue siendo insoluble. El profesor Jacques Le Goff se inclinaría por una interpretación que tuviese en cuenta la existencia de esclavos negros en la Italia medieval.

cuestión es difícil de resolver[8], al igual que es imposible de aceptar como plenamente satisfactoria la interpretación corriente de los personajes negros en el *Jardín de las delicias* de El Bosco como símbolos de la lujuria.[9] (Notemos, con todo, que en casi todas las escenas de la *Adoración de los Magos*, los negros son siempre jóvenes, esbeltos, bellos y radiantes de alegría de vivir.)

Como habitante de un país lejano, el negro se verá asociado a las criaturas fantásticas del orden animal y vegetal, en este mundo maravilloso —esta Imago Mundi— que será representado en las fachadas de las catedrales para mayor gloria de Dios. E incluso conocerá, en el siglo XIV, una aventura extraordinaria y hará carrera como símbolo del ecumenismo de la Iglesia en la *Adoración de los Magos*.

Este episodio del *Nuevo Testamento* solía estar ilustrado, hasta mediados del siglo XIII al menos, con la representación de tres personajes, blancos «como todo el mundo», que diferían apenas por la edad.

Los grandes descubrimientos y la multiplicación de las relaciones con África, Asia y América, hasta esas fechas desconocidas e incluso insospechadas, despiertan en el siglo XVI una reflexión antropológica intensa. Europa se siente obligada a definirse con relación a las culturas no europeas con las que entra en contacto y, en este marco, a repensar su actitud hacia los africanos.

Esta cuestión no podía dejar de agitar las grandes mentes del Renacimiento, ni tampoco a los comerciantes, a los aventureros, a la Iglesia y a las cancillerías de las potencias marítimas. Era, después de todo, una categoría de personas muy restringida, y sin duda hay que dar la razón a Hallett cuando escribe, a propósito del siglo XVIII, lo que vale a fortiori para el período anterior: «Para un campesino francés, un artesano alemán o un mozo de granja inglés, África debía significar tan poca cosa como Europa para un pastor fulani, un agricultor bámbara un artesano yoruba.»[10] Sin embargo, lo que estaba en juego era mucho, por lo que las actitudes se polarizan y se afirman con vigor e incluso con brutalidad.

Así, por un lado, la actitud que ya se prefigura en el *Juicio final* de Memling se manifiesta a través de una serie de estudios apasionados de cabezas de negros. Sus autores trascenderán el interés puramente estético que suscita la observación de tipos antropológicos nuevos en los pintores y se inclinarán por hallar, en esos rostros, las pasiones comunes a todos los seres humanos. Pensamos, en par-

---

[9] Véase, por ejemplo, Mario Bussagli, *Bosch*, Florencia, 1966, p. 26. Por el contrario, W. Fraengler (*Le Royaume millénaire de Jérôme Bosch*, París, 1966) ve en él el paraíso hallado de nuevo por los adamitas.

[10] R. Hallett, *Penetration of Africa to 1815*, Londres, 1965, p. 38.

ticular, en los admirables dibujos de Durero, muy sensible todavía al detalle antropológico; en los estudios de Rubens, Van Dyck y De Crayer, en los que se inspiraron, sin duda, numerosas generaciones de Otelos y que merecerían ser llamados estudios sobre las almas; en la melancolía sin límites de los negros de Rembrandt; en la mirada seria y triste del muchacho de Watteau.

En el plano literario, esta inspiración, humanista por excelencia, desembocará en un buen salvaje negro, como el héroe de la novela Oroonoko, de *madame* Aphra Behn, publicado hacia finales del siglo XVII. El libro fue adaptado para la escena, inspiró a pintores, poetas y compositores, y conoció un inmenso éxito.[11]

La inspiración está presente ya, sin duda, en *Otelo*, aunque la interpretación sugerida por Kott nos parece unilateral. «Otelo es negro, Desdémona es blanca», escribe Kott. Aunque negro, Otelo es noble. Otelo ha escrito contra ese «aunque»[12]... Sin embargo, Shakespeare ha querido destacar el racismo a flor de piel de todo el entorno. Y Otelo, cegado por la pasión, ciertamente, exclama: «*Arise, black vengeance from the hollow hell*» (III, 3).

Su mutación es brusca y total, pierde la razón, lo que la interpretación de Lawrence Olivier subraya quizá de manera excesiva, aunque sin ser infiel al texto. *Otelo* se inscribe en la tradición del teatro isabelino, que llevaba a escena a personajes africanos por exotismo, pero también para explotar situaciones nuevas. El gusto de la época se inclinaba a la creación teatral del moro negro y malvado, personaje de tragedia, al que se oponía el moro blanco y pagano, pero aun así virtuoso. Shakespeare se inspira en estos dos estereotipos, pero trascendiéndolos, naturalmente, para crear un personaje complejo, soberbio y frágil como todos los humanos, aunque sin dejar por ello de ser un moro.[13] Sin embargo, esta corriente de pensamiento no es ciertamente mayoritaria: predomina la realidad social. Sin duda, un episodio histórico, breve y aislado —la conversión de los reyes del Congo al catolicismo en la misma época en la que se ma-

[11] Véase Paul Hazard, *La pensée européenne au XVIIIe siècle, de Montesquieu à Lessing*, París, 1946 [ed. cast.: *El pensamiento europeo en el siglo XVIII*, trad. J. Marías, Alianza Editorial, Madrid, 1985]. J. Kott no tiene razón, pues, cuando escribe en *Szkola Klasyków* (Varsovia, 1955, p. 51) que después del famoso *Essai sur les cannibales* de Montaigne hasta *L'Ingénue* de Voltaire ningún negro había representado nunca el noble papel de un buen salvaje. Está claro que se trata de una excepción a la regla que Kott formula bien: «Los negros no servían en absoluto para los papeles heroicos; trabajaban duramente en las plantaciones de caña de azúcar y eran vendidos como animales de carga en todas las colonias...»

[12] J. Kott, *Szicke o Szekspirze*, Varsovia, 1861, p. 233.

[13] Véase el excelente estudio de E. Jones, *Othello's Countrymen. The African in English Renaissance Drama*, Londres, 1965.

sacraba a los indios en América—, nos ha hecho llegar el bello busto de António Emanuel Ne Nvunda, embajador del rey Álvaro II, muerto en Roma en 1608, obra de Francesco Caporale, que adorna una de las iglesias de Roma. Sin embargo, por regla general, el estatus social de los negros en Europa era el de servidores e incluso el de esclavos. Así pues, aparecen en numerosas escenas mitológicas y bíblicas, así como en la pintura de género, dedicados a tareas siniestras —como la sirvienta del zarcillo en la oreja en la *Judit* de Andrea Mantegna—, o encargados de servicios de poca monta, como el muchacho que le tiende la carta a Betsabé en el cuadro de Rubens, o que sujeta la sombrilla de la marquesa Grimaldi que posa para Van Dyck. Los servidores negros irrumpen incluso en el norte de Europa y suelen ser bien tratados, como muestra el retrato de familia holandesa pintado por Frans Hals, aunque no sea más que por la moda, por el exotismo y porque la escasez de servidores africanos los convierte en objeto de envidia por parte de los vecinos. Loziñski constata que el negro que, en 1599, era servidor de un gran señor polaco, Andrzej Fredro, causaba sensación en toda la provincia.[14]

Servidor exótico de ropaje multicolor que sirve una bebida exquisita —té, café, chocolate—, ésta es la condición del negro en Europa a lo largo de los siglos XVI, XVII y XVIII. El moro de Tiepolo adquiere así valor de documento social. Y la ocurrencia de Voltaire nos viene a la memoria:

> Enrique IV almorzaba un vaso de vino y pan blanco; no tomaba té, ni café, ni chocolate; no usaba tabaco; su mujer y sus amantes tenían muy pocas pedrerías; no llevaban telas de Persia, de la China o de las Indias. Si pensamos que hoy en día una burguesa lleva en sus orejas diamantes más bellos que los de Catalina de Médicis; que la Martinica, Moka y la China proveen el almuerzo de un sirviente...[15]

El negro lleva sobre sus espaldas, en cierto modo, la economía colonial que hace la riqueza de Europa.

A medida que progresan la colonización y la trata de esclavos, la imagen del negro se envilece y se carga de prejuicio racial. La tradición, siempre viva, del

---

[14] Wladysław Loziñski, *Zycie polskie w dawnych wiekach*, Cracovia, 1954, str. 94. Ya el rey István Báthory tenía un mozo negro entre sus servidores (B. Baranowski, *Znajamość wchodu w dawnej Polsce do* XVIII *w*, Łodź, 1950, p. 203).

[15] Voltaire, *Essai sur l'histoire générale et les mœurs et l'esprit des nations*, Garnier, París, 1963, t. 2.

negro símbolo de las tinieblas se reaviva, y ciertos estereotipos sobre la afectividad y la sexualidad de los negros, por oposición a la cerebralidad de los europeos, comienzan una larga y tenaz carrera de la que, por desgracia, todavía no vemos el final. La aceptación de la esclavitud no es general, sobre todo en el siglo XVIII. Montesquieu, Condorcet, Locke, Pope, Defoe, Adam Smith, Tom Paine y muchos otros pensadores se pronuncian en contra. A fines del siglo XVIII el movimiento abolicionista adquiere una gran amplitud, pero todavía hay lugar para el asombro cuando un sabio escrupuloso como Buffon[16] cree en la inferioridad de la raza negra, o al menos le atribuye poca inteligencia, aunque le reconoce mucho sentimiento. Diderot, en la *Encyclopédie*, mantendrá la misma postura, aun lanzando una requisitoria contra los europeos:

> Aunque en general los negros no son demasiado inteligentes, no carecen de sentimiento. Son sensibles a los buenos y a los malos tratos. Nosotros los hemos reducido no digo ya a la condición de esclavos, sino a la de bestias de carga; ¡y somos razonables! ¡Y somos cristianos![17]

En cuanto a Voltaire, intentó incluso justificar la trata de esclavos echando la culpa a los negros.[18] Personajes influyentes de la época como *lord* Chesterfield iban incluso más allá en su desprecio: «Los africanos son las gentes más ignorantes y mal educadas del mundo, diferenciándose apenas de los leones, tigres, leopardos y otras fieras que abundan en sus países.»[19]

De ahí no hay más que un paso para exclamar, como un historiador de las Antillas en 1774, que un marido orangután podría hacer honor a una mujer hotentote, y para considerar a los negros no como seres humanos sino como animales susceptibles de aprender la civilización del mismo modo en que se enseña a los monos a comer, a beber y a vestirse como los hombres.[20] El abanico de actitudes es, pues, completo si pensamos que Jean-Jacques Rousseau prefería, por su lado, dar a los grandes simios de Asia y de África, descritos de mala manera por los viajeros, el beneficio de la duda hasta prueba contraria, y se preguntaba:

---

[16] Buffon, *Oeuvres complètes*, vol. IX (*De l'homme*), París, 1833, p. 233.
[17] *Encyclopédie* (extractos), J'ai lu, París, 1963, p. 367 (artículo «Especie humana»).
[18] Voltaire, *Essai sur l'histoire générale et les mœurs...*, *op. cit.*, vol. II, p. 805.
[19] Citado por Hallett, *op. cit.*, p. 37.
[20] Long, *History of Jamaica*, citado por K. L. Little, Race and Society, París, 1958, p. 15.

> [si] no serían, en efecto, verdaderos hombres salvajes, cuya raza dispersa antiguamente en los bosques no había tenido ocasión de desarrollar ninguna de sus facultades virtuales, no había adquirido ningún grado de perfección, y se hallaba todavía en el estado primitivo de la naturaleza.[21]

En el plano iconográfico, el prejuicio racial se expresará por un deslizamiento de lo exótico hacia lo grotesco. Se continúa atribuyendo al negro individual, aunque sea un servidor, rasgos humanos, incluso simpáticos, pero las alegorías de África, es decir, las representaciones colectivas de los negros, se harán francamente caricaturescas.[22] *El moro de las esmeraldas*, de Dinglinger, y más aún la estatuilla del rey africano en porcelana, fabricada en Alemania en 1750 (Metropolitan Museum) presentan un estereotipo que continúa hasta nuestros días en numerosas ilustraciones de libros de niños; de tal modo que, por ejemplo, desde 1960, grandes fracciones de la opinión pública alemana, por citar un estudio reciente, confunden todavía de modo lamentable el tipo «Lumumba» y el antiguo estereotipo del «caníbal»[23]. Las cabezas de negros grotescas conocerán una gran boga sobre todo en las decoraciones rococó.

En el siglo XIX las representaciones de negros se harán más raras y, de manera general, estarán desprovistas de toda significación salvo la búsqueda del exotismo y además un interés estético por el juego de los colores. Las *Femmes d'Alger dans l'appartement*, de Delacroix, es un buen ejemplo de lo que decimos. Estamos tentados de decir que a medida que África era explorada, quedaba menos representada. El fin del siglo XIX presenciará el nacimiento de toda una literatura colonial que abunda en prejuicios radicales.[24]

---

[21] J.-J. Rousseau, *Discours sur l'origine et les fondements de l'inégalité parmi les hommes*, Éditions Sociales, París, p. 166 [ed. cast.: *Discurso sobre el origen y los fundamentos de la desigualdad entre los hombres*, trad. M. Bustamante Ortiz, Ediciones Península, Barcelona, 1973].

[22] P. D. Curtin (*The Image of Africa, British Ideas and Action, 1780-1850.* Madison 1964, p. 36) nota que hacia finales del siglo XVIII varios autores comienzan a presentar una doble imagen de los africanos, bastante benévola hacia los individuos, pero hostil a la colectividad.

[23] Véase el estudio de F. Ausprenger, «L'Afrique et l'Allemagne», publicado en *L'Afrique contemporaine*, 28 y 29 (noviembre y diciembre de 1966 y enero-febrero de 1967), pp. 19-23 y 14-19 respectivamente.

[24] Véase sobre esto el estudio reciente de Léon Fanoudh-Sieger, *Le mythe du nègre et de l'Afrique Noire dans la littérature française (de 1800 à la Deuxième Guerre Mondiale)*, París, 1968 (el artículo data de 1969).

Cantemos bajo los trópicos... o el colonialismo a través de la canción francesa

Alain Ruscio

Es un hecho, estudiado desde hace ya mucho tiempo: la canción, comentario o testimonio, ha acompañado a todos los fenómenos históricos desde la noche de los tiempos.[1] ¿Por qué no iba a ser lo mismo con el fenómeno colonial?

Podríamos pretender, maliciosamente, que la historia colonial puede resumirse en cuatro etapas. A mediados del siglo XIX, todo el ejército francés tararea *Travadjar la Mouker*: la era de la conquista...[2].

La Mouker

Mes amis, de l'Afrique,
J'en ai plein l' dos
Plein l' dos
On y marche trop vite,
On n' boit qu' de l'eau!
La bière est amère,
Le vin est trop cher,
L'on voit des moukers
Noir's comme des corbeaux.

---

[1] Véase sobre todo Pierre Barbier y France Vernillat, *Histoire de France par les chansons*, 8 vols., Gallimard, París, 1956 a 1961.

[2] *La Mouker. Chanson d'Afrique*, llamada *Travadjar la Mouker*, letra de Griolet, música de G. Castello, edic. F. Bigot. À la chanson populaire, París, s.f. (hacia 1850), intérprete Eugène Dubreuil. Citado pp. 357-358 en Alain Ruscio, *Que la France était belle au temps des colonies! Anthologie de chansons coloniales et exotiques françaises*, Maisonneuve & Larose, París, 2001.

Refrain
Travadjar la mouker
Travadjar bono
Travadjar sens devant derrière
Travadjar chouetto
Bono Blidah!
Bono Blidah!
Bono Blidah!
Boufarik et mascara!
Barca

La cantinière berbique
N'a rien dans l' bidon
Jamais l' nez ne se pique
Avec son picton
Pour prendr' sa pistache
Faut le dire à Dach'
Qui répond Macach'
Kifkif bourriquot

Refrain
Pour laver sa limace
Faut voir l' mercanti
Qui fait une grimace
Kifkif le Chadi
Ateni douro
Djid el monaco
Vilain arbico
Ou j' te crèv' la peau

Refrain
Fumant une bouffarde,
Portant la chéchia,
On pille et on chaparde
Dans la razzia
Mais dans le gourbi
En f'sant du fourbi
Fatma qui sourit
Fait cocu l'Arbi!

A comienzos del siglo XX Henri Christiné y Vincent Scotto lanzan *Ma Tonkinoise* [Mi tonkinesa], retomada luego e inmortalizada por Joséphine Baker, que en realidad no tenía nada de asiática: la era de la posesión.[3] En la década de 1930, Marie Dubas crea *Mon légionnaire*, popularizada por la chica Piaf un decenio más tarde: la era de las certezas viriles...[4]

En la década de 1960, Enrico Macias, *pied-noir* simpático y amargo, crea un primer monumento de la *nostalgérie*[a] cantando *J'ai quitté mon pays*: la era de las desilusiones...[5]

En realidad, no hay *una* canción colonial, sino varias categorías, que pueden reunirse bajo esta denominación.

Mon légionnaire

Il avait des grands yeux très clairs
Où parfois passaient des éclairs
Comme au ciel passent des orages.
Il était plein de tatouages
Que j'ai jamais très bien compris.
Son cou portait: «Pas vu, pas pris»,
Sur son coeur, on lisait: «Personne»,
Sur son bras droit, un mot: «Raisonne».

Refrain
J' sais pas son nom, je n' sais rien d' lui.
Il m'a aimée toute la nuit,
Mon légionnaire!
Et me laissant à mon destin
Il est parti dans le matin
Plein de lumière!

---

[3] *Petite Tonkinoise*, letra de Henri Christiné, música de Vincent Scotto, Éditions Salabert, París, 1906.

[4] *Mon légionnaire*, letra de Raymond Asso, música de Marguerite Monnot, Édit. de París, París, 1936. Intérpretes: Édith Piaf, Suzy Solidor, Serge Gainsbourg. Citado pp. 178-179 en Alain Ruscio, *Que la France était belle...*, *op. cit.*

[a] Juego de palabras entre *nostalgie* (nostalgia) y *Algérie* (Argelia): nostalgia de Argelia. [N. del T.]

[5] *Adieu mon pays*, letra y música de G. Ghenessia, EPM, París, 1962.

Il était minc', il était beau
Il sentait bon le sable chaud,
Mon légionnaire!
Y avait du soleil sur son front
Qui mettait dans ses cheveux blonds
De la lumière!
Bonheur perdu, bonheur enfui,
Toujours je pense à cette nuit,
Et l'envie de sa peau me ronge.
Parfois je pleure et puis je songe
Que lorsqu'il était sur mon coeur,
J'aurais dû crier mon bonheur...
Mais je n'ai rien osé lui dire,
J'avais peur de le voir sourire!

On l'a trouvé dans le désert,
Il avait ses beaux yeux ouverts,
Dans le ciel passaient des nuages.
Il a montré ses tatouages
En souriant et il a dit,
Montrant son cou: «Pas vu, pas pris»,
Montrant son coeur: «Ici, personne.»
Il savait pas... je lui pardonne.

Refrain
J' rêvais pourtant que le destin
Me ramèn'rait un beau matin
Mon légionnaire!
Qu'on s'en irait tous les deux
Dans quelque pays merveilleux,
Plein de lumière!
Il était minc', il était beau
On l'a mis dans le sable chaud,
Mon légionnaire!
Y avait du soleil sur son front
Qui mettait dans ses cheveux blonds
De la lumière!

La veta heroica

Todas las fases de la toma de posesión colonial han sido acompañadas por canciones. Son incontables las coplas patrióticas que exaltaban la lucha de los soldados franceses que se enfrentaban bravamente a los combatientes indígenas. Hacia 1840 un autor anónimo escribe este *Hommage aux héros de Mazagran* [Homenaje a los héroes de Mazagran]: «Voyez-vous d'ici dans la plaine/Surgir ces cavaliers nombreux?/C'est l'Arabe, en proie à la haine/Qui va nous couvrir de ses feux./Au nom du souverain prophète/Il avance, sûr du succès: /Il croit de cent vingt-trois Français/À Mascara porter la tête.»[6] [b] En 1936 Raymond Asso escribe, en *Le Fanion de la Légion* [El banderín de la Legión]: «Les *salopards* tiennent la plaine/Là-haut dans le petit fortin/Depuis une longue semaine/La mort en prend chaque matin/La soif et la fièvre/Dessèchent les lèvres/À tous les appels du clairon/C'est la mitraille qui répond[7]»[c]. Los adversarios son siempre muy numerosos. Actúan en la sombra, son astutos y salvajes. A lo largo de toda la historia colonial, la amenaza es permanente. Los árabes se deslizan «como hienas» (*Le Fanion...*). Atacan siempre durante la noche, aprovechando la sombra cómplice. Por el contrario, los hombres *blancos* actúan siempre a plena luz. Los fieros legionarios son presentados «Le torse nu, couverts de gloire/Sanglants, meurtris et en haillons»[d] (*Le Fanion...*). Son cercados, asaltados, pero una columna llegará a salvarlos en el último momento... En realidad, la canción heroizante es un signo de inquietud entre otros. El colonial siente una sensación permanente de cerco. Él es el más fuerte, y lo sabe. La casi totalidad de las canciones guerreras conoce un final feliz. El derecho, el bien, triunfan finalmente. Sin embargo, viene —o vendrá— un momento en el que la columna salvadora se hará esperar demasiado, como en las películas del oeste que acaban mal.

---

[6] *Hommage aux héros de Mazagran*, canción anónima, hacia 1840; citada por el capitán L. Lehuraux, «Chants et chansons de l'Armée d'Afrique», Soubiron, París, 1933.

[b] «¿Ve usted desde aquí hacia la llanura/surgir esos jinetes numerosos?/Es el árabe, presa del odio/que va a lanzarnos su fuego./En el nombre del soberano profeta/avanza, seguro del éxito: cree que de 123 franceses a Mascara va a llevar las cabezas.»

[7] *Le Fanion de la Légion*, letra de Raymond Asso, música de Marguerite Monnot (son los autores, ese mismo año, de *Mon légionnaire*), Édit. De Paris, París, 1936.

[c] «Esos cerdos controlan el llano/allá arriba, en el pequeño fortín./Desde hace una larga semana/la muerte se lleva cada mañana./La sed y la fiebre/secan los labios./A todas las llamadas de la corneta/es la metralla la que responde.»

[d] «El torso desnudo, cubiertos de gloria,/sangrando, magullados y en harapos.»

La Mère du déserteur[8]

I. C'étaient deux camarades d'enfance
Quand ils partir'nt au régiment
Les pauvres mères dans les transes
Devisaient sur leurs chers enfants
L'une murmurait: j' suis pas inquiète
Mon fils est très obéissant
L' mien disait: l'autre a mauvaise tête
J'ai peur de ses comportements
Et chaque jour on voyait les deux mères
Parler entr' elles de leurs fils adorés
Ell's se forgeaient de bien tristes chimères
Car les mamans sont faites pour pleurer

II. Ils écrivaient chaque semaine
L'un disait: ça ne va pas trop mal
Car j'espèr' sans beaucoup de peine
Dans quèqu' temps passer caporal
L'autre disait: c'est le contraire
A chaque instant on m' fich' dedans
J'aurai bien du mal à m'y faire
Car j' suis mal vu par l'adjudant
Mon cher petit, soupirait la pauvr' mère
Reviendra-t-il, je n'ose l'espérer
J'ai toujours peur de leur conseil de guerre
Car les mamans sont faites pour pleurer

III. Pour les deux mèr's quell' différence
Le bon soldat devient sergent
Tandis que l'autre à bout de patience
S'enfuit un jour du régiment
Chantons sous les tropiques...
L'humanité voici mon rêve

[8] Anónimo, hacia 1900, Hoja, Imprim. Baujard, Charleroi, s. f. Citado pp. 140-141 en Alain Ruscio, *Que la France était belle...*, *op. cit.*

Disait-il, et pour n' pas marcher
Contre les ouvriers en grève
J'ai bien mieux aimé déserter
O mon enfant! s'écria la pauvre mère
À tout jamais nous voilà séparés
Il ne me reste que ma pein' sur terre
Car les mamans sont faites pour pleurer

IV. À son tour l'autre eut sa tristesse
Aux colonies son fils partit
Puis il mourut avec noblesse
En combattant pour le pays
L' voyant tomber, sur sa tunique
L' capitaine mit la croix d'honneur
La mère en rec'vant cett' relique
Eut d' la fierté parmi ses pleurs
Mais l'autre mèr' lui dit d'une voix grave
Cett' médaill' là n' vous rend pas votre enfant
J' pardonne au mien d' n'avoir pas été brave
J' le verrai plus... mais je le sais vivant!

La veta romántica

¡Cuántas playas bordeadas de palmeras, cuántos desiertos feroces, pero domados, cuántos puertos tropicales, cuántas casbahs han sido tarareadas por tres o cuatro generaciones de franceses! Todos los lugares colonizados por Francia han sido saludados en algún momento por autores de obritas sin pretensiones. En este período en el que la mayoría de los franceses viajaba poco, la canción ha podido servir de experiencia exótica de sustitución. Por unas perras se podía comprar una partitura y canturrear en casa los éxitos de las *vedettes* del momento. Para hacerse la ilusión de vivir, unos minutos, bajo el cielo del Congo, en el puerto de Saigón, en Casablanca o, campeona de todas las categorías de este exotismo a bajo precio, en la isla de Tahití. Sin embargo, esta lección de geografía tropical no nos hará aprender nada, en realidad, a lo largo de dos siglos. A veces se tiene la impresión de que las coplas pueden ser intercambiables, permaneciendo sólo los nombres de los lugares. Son incontables las frases hechas, los «soles ardientes», los «anocheceres misteriosos» o las «noches embriagado-

ras»... Hace falta incluso cierto valor para leer sin cansarse este muestrario de imágenes ridículas, como en *Casablanca*, de 1948: «Casablanca desde el fondo de los cafés moros/en el aire misterioso sube hasta la aurora/el tam-tam del islam y el perfume del *caoua*.»[9] [e] En tales lugares encantadores sólo podían nacer amores deliciosos. La exaltación de la belleza de la mujer indígena es un tópico de la canción colonial exótica. Las muchachas, en el trópico, tienen siempre la piel dorada y azucarada. Colmo de las delicias, no son ariscas. Donde la francesa es complicada, la joven salvaje, tan próxima a la naturaleza, considera las cosas del amor con sencillez. «Tú me gustas, yo te gusto, tú me tomas, yo te tomo/Qué de placer, placer, placer», tararea el héroe de *À la Martinique* [En la Martinica].[10] Las descripciones de idilios entre hombres blancos y mujeres indígenas (lo contrario es raro, pero no es una sorpresa) abundan. Ya hemos citado *La petite tonkinoise*, pero podríamos recordar igualmente otro inmenso éxito, *J'ai deux amours* [Tengo dos amores]: contrariamente a muchas de las ideas tópicas, en esta canción se trata de África, además de París. El personaje representado por Joséphine Baker era en efecto una africana, Chiquita, prendada de un colono francés.[11]

La veta cómica

Nuestros abuelos, nuestros padres, quizá nosotros mismos hemos reído escuchando a Charlus cantar *Arrouah Sidi*...[12], a Mayol cantar *Boudou badabouh*[13], o a Bourvil, *Timichiné La Pou Pou*[14]... Hoy es bastante difícil releer estos textos llamados cómicos sin sentir cierto malestar. Sus estrofas deprimentes ya no nos arrancan una sola sonrisa. O como mucho una risita. En ellas los indígenas siempre son ridiculizados, sin la distancia que observaban en la misma

---

[9] Letra y música de Georges Ulmer y Géo Koger, Éd. Robert Salvet, París.

[e] *Caoua*: café, del árabe *qâhwa*. [N. del T.]

[10] *À la Martinique! Chanson nègre*, arreglo de Henri Christiné, de una canción estadounidense de George M. Cohan, París, 1912.

[11] Letra de Géo Koger y Henri Varna, música de Vincent Scotto. Tomado de la revista *Paris qui remue*, Casino de París, 1930, Éd. Salabert, París, misma fecha.

[12] Letra de P. Briollet y de J. Combe, música de Albert Valsien, Imprimerie Française, Nîmes, s. f. (hacia 1910).

[13] *Boudou badabouh, Chanson nègre*, letra de Lucien Boyer, música de Albert Valsien, París, 1913.

[14] Letra de Bourvil, música de Étienne Lorin, Éd. Fortin, París, s. f. (hacia 1950).

época otros géneros más serios. Quien no ha leído *Tintin au Congo* [Tintín en el Congo][f] en su primera presentación no puede imaginar lo que era la risa colonial en su apogeo. El racismo agresivo va acompañado del más increíble paternalismo. A los colonizados se los presenta como bestias, que imitan al colonizador sin jamás llegar a alcanzarlo, ni siquiera a aproximársele. No hay más que citar *Nénufar* [Nenúfar], autoproclamada «Marcha de la Exposición colonial», cantada por Alibert en todos los escenarios de Francia en 1931: «Quittant son pays/Un p'tit négro d'l'Afrique centrale/Vint jusqu'à Paris/Voir l'Exposition coloniale/C'était Nénufar/Un joyeux lascar/Pour être élégant/C'est aux pieds qu'il mettait ses gants/Nénufar, Nénufar/T'as du r'tard/Mais t'es un p'tit rigolard/T'es un comme un ver/Tu as l'nez en l'air/Et les ch'veux en paille de fer...»[g] Y seguía en este tono.[15] Frente a estos hombres imperfectos (¿pero perfectibles?), el blanco aparece siempre como la referencia, como el que trae consigo la sabiduría y la razón, pues, si Nénufar «está atrasado», ¿lo está con relación a quién, a qué?

Miseria de la canción anticolonialista

Frente a este desencadenarse de buena conciencia y de racismo más o menos primario, la resistencia (por medio de la canción) ha sido muy débil. Encontramos, ciertamente, aquí y allá, protestas contra la conquista de Argelia, llegando incluso a reconocerle una justificación nacional a la lucha de 'Abd el-Qáder.[16] Hallamos también algunos panfletos violentos contra Jules Ferry con ocasión de la conquista del «Tonkín».[17] A comienzos de siglo, los anarquistas, que han adoptado la canción como vector importante de protesta, denuncian en los cu-

---

[f] De las aventuras de Tintín, de Hergé, hay varias traducciones españolas, en particular las de Editorial Juventud, de Barcelona. [N. del T.]

[g] «Dejando su país/un negrito del África central/vino a París/a ver la Exposición colonial/Era Nénufar/un alegre perillán/Para ser elegante/era en los pies donde llevaba los guantes/Nénufar, Nénufar/estás atrasado/pero eres un bromista/Estás desnudo como un gusano/Tienes la nariz para arriba/y el pelo de alambre...»

[15] Letra de Roger Féral y Jacques Monteux, música de Maurice Roger, Édit. Salabert, París, 1931.

[16] Véase Charles Gille, *L'Arabe en fuite*, canción de 1848, citada en Robert Brécy, *Florilège de la chanson révolutionnaire de 1789 au Front Populaire*, Hier et Demain, París, 1878.

[17] Véase una canción entre otras: Jules Jouy, *Au Tonkin*. Citado por Pierre Barbier y France Vernillat, *op. cit.*, vol. 8.

plés los horrores coloniales, sin que por otro lado sea fácil discernir las porciones respectivas de anticolonialismo, antimilitarismo y anticlericalismo.[18]

Con ocasión de los diversos conflictos coloniales, entre las décadas de 1930 y 1950, del Rif a Indochina, los comunistas toman el relevo. Aragon, en una canción poco conocida, da ejemplo.[19] En plena crisis de la descolonización, finalmente, Boris Vian escribe un tema que se hizo muy célebre, *Le dèserteur* [El desertor][20], que fue recibida como una canción contra las guerras de Indochina y de Argelia, pero que era sobre todo antimilitarista o, como decía Vian, «procivil».[21]

Le déserteur

Monsieur le Président
Je vous fais une lettre
Que vous lirez peut-être
Si vous avez le temps
Je viens de recevoir
Mes papiers militaires
Pour partir à la guerre
Avant mercredi soir
Monsieur le Président
Je ne veux pas la faire
Je ne suis pas sur terre
Pour tuer des pauvres gens
C'est pas pour vous fâcher
Il faut que je vous dise
Ma décision est prise
Je m'en vais déserter
Depuis que je suis né
J'ai vu mourir mon père
J'ai vu partir mes frères

---

[18] Véase Gaetano Manfredonia, *La chanson anarchiste des origines à 1914*, L'Harmattan, París, 1997.

[19] *Han! Coolie!*, canción de Fritz Hoff traducida y reescrita por Aragon, 1933, citada por Robert Brécy, *op. cit.*

[20] Boris Vian, 1954, música de Boris Vian y Harold Berg en *Chansons*, textos establecidos y editados por Georges Unglik y Domini Rabourdin, Christian Bourgois, París, 1994. Intérpretes: Boris Vian, Mouloudji, Richard Anthony, Serge Reggiani, Claude Vinci, Joan Baez, Peter, Paul and Mary. Citada pp. 270-271 en Alain Ruscio, *Que la France était belle...*, *op. cit.*

[21] *Le Canard enchaîné*, 28 de septiembre de 1955; citado en «Boris Vian de A à Z», *Obliques*, n. 8-9, s. f. (1976).

Et pleurer mes enfants
Ma mère a tant souffert
Qu'elle est dedans sa tombe
Et se moque des bombes
Et se moque des vers
Quand j'étais prisonnier
On m'a volé ma femme
On m'a volé mon âme
Et tout mon cher passé
Demain de bon matin
Je fermerai ma porte
Au nez des années mortes
J'irai sur les chemins
Je mendierai ma vie
Sur les routes de France
De Bretagne en Provence
Et je crierai aux gens
Refusez d'obéir
Refusez de la faire
N'allez pas à la guerre
Refusez de partir
S'il faut donner son sang
Allez donner le vôtre
Vous êtes bon apôtre
Monsieur le Président
Si vous me poursuivez
Prévenez vos gendarmes
Et qu'ils pourront tirer

La guerra de Argelia, por ejemplo, no parece ser ocasión para creación original alguna en el camino de la canción, si exceptuamos algunos versos de Léo Ferré o de Jean-Roger Caussimon.[22]

Es poco, teniendo en cuenta la proliferación, indicada antes, de canciones de vulgarización colonial, pero es sin duda un reflejo de la miseria del anticolonialismo francés.

---

[22] Véase Alain Ruscio, «La décolonisation en chantant. Les guerres d'Indochine et d'Algérie à travers la chanson française», en *La guerre d'Algérie au miroir des décolonisations françaises. Hommage à Charles-Robert Ageron*, SFHOM, París, 2000.

Filmar las colonias, filtrar el colonialismo

Sylvie Dallet

Una narración apócrifa describe así la desaparición del líder marroquí Ben Barka en 1964: «Ben Barka ha caído en la trampa: ha ido a la cita sin desconfianza, porque le habían propuesto trabajar en una película sobre el Tercer Mundo.»

En el envite colonial el cine ¿ha sido una frontera, un arma o un opio? El diagnóstico definitivo no resulta cosa fácil. Si la realidad colonial ofrece un panorama cruel, su auscultación padece a veces la cruda luz con la que los medios de comunicación enfocan el pasado. De hecho, el cine exótico funciona por lo general como una indigesta palingénesis y no como una narración esotérica que podría irse desvelando lentamente.

En 1952 Jean Thévenot, gran reportero y primer «cazador de sonidos», estigmatiza así el funcionamiento del imaginario colonial:

> Que los comerciantes de películas hayan descubierto rápidamente la ventaja comercial que podría haber para ellos en transportar a un decorado polar, o ecuatorial, auténtico o ficticio, las eternas intrigas que comenzaban a ser sosas en su marco habitual es, por otro lado, una prueba suplementaria del deseo real de extrañamiento del público. [...] Está lo pintoresco oriental, el conflicto del amor y de los imperativos raciales, la caravana de animales intercambiables (camellos, búfalos, ciervas, vacas, carneros según el escenario) que avanzan en fila por lo alto de una colina lejana y que se recortan sobre el cielo oscurecido [...]. Y sobre todo está el tópico colonial: el valiente legionario, el colono apóstol, el árabe traidor y el negro niño grande...[1]

---

[1] Jean Thévenot, «Le cinéma saisit le vif», en Georges Michel Bovay, *Cinéma, un œil ouvert sur le monde*, La Guilde du Livre, Lausana, 1952.

Antes de meternos en una perspectiva filmográfica que nos enseñará sin duda lo que presentimos confusamente, es decir, una historia falsificada de máscaras y sufrimientos mudos, posemos las armas y esperemos. El cine colonial, tejido de calientes alertas, de incursiones y de dramas, se degusta raramente estando al acecho: únicamente, quizá, la película *Coup de torchon* (1981), de Bertrand Tavernier, describe un vano sudor de espera, un estancamiento de los cuerpos y de los espíritus tal como describían los novelistas rusos el aburrimiento a través de sus personajes ahítos y tristes. Las colonias de ultramar, comparables en esto a la Rusia del siglo XIX, exponen, a través de sus parajes grandiosos, «almas muertas», vendidas como objetos, negadas como sujetos.

Síntoma amplificado de una mirada superficial, la cámara se alarga sobre el movimiento y los gestos de los indígenas más que sobre sus rostros. El cine colonial refleja entonces un espacio —decorado inmóvil en el que el indígena, filmado como un animal, se desplaza misteriosamente, y que el colono descubre con precaución—. El indígena, en cierto sentido, no tiene espacio para él: el indígena se esconde, atraviesa, queda fijo en la pantalla; el espacio aplasta al tiempo, en un territorio sin historia. Puede resumirse la ambivalencia del colonialismo a través de los cuatro minutos de un documental francés anónimo, *Dans la brousse* [En el monte]. Uno avanza en automóvil, precedido por sirvientes que abren el camino a golpes de machete, el otro aparece desplomado en un *tipoy*, llevado por sus servidores. Dos rostros blancos rientes, de miradas cruzadas. Algunas escenas rematan el cuadrito: por orden de los colonos, el camino está apisonado por «el rodillo» negro, es decir, prensado gracias a los pies y los objetos traídos por los *boys*.

Con todo, la filmación de las colonias sigue ligada, en espejo inverso, a una historia reciente. Es difícil estimar la masa global de películas, varios miles de obras sin duda, de las cuales unas dos mil están consagradas sólo a los indios de América. En efecto, el cine, que nace al mismo tiempo que el psicoanálisis, no coincidió con la conquista del Oeste por pocos años. Las grabaciones de los indios no serán nunca reportajes sobre las guerra indias. Por el contrario, el colonialismo europeo conoce una edad de oro en paralelo con el surgimiento de la cinematografía: los servicios prestados de un lado y del otro serán múltiples.

Auscultar al cine colonial, o incluso colonialista, significa agrupar en un espeso volumen palimpsestos diversos: a la complejidad de la colonización responde un arsenal de géneros tales como la actualidad filmada —el género más convencional—, el documental, la ficción o la película de reconstitución histórica.

Desde 1909 el cine francés se inspira en los territorios coloniales con las *Actualités filmées algéroises* [Actualidad filmada de Argel] de Félix Mesguich. Hay que esperar treinta años más para que los reportajes europeos (pese a las «no-

tas de viaje» de los equipos del banquero filántropo Albert Kahn) den cuenta de una escucha etnológica fundamental, y diez años más para que el colonizado se apodere de la cámara. El desarrollo de las obras mundiales es testigo de una producción cinematográfica irregular y entrecortada, que expresa imágenes contradictorias. La filmación de la colonización rebusca en las fuentes de los psicodramas nacionales, en una relación constante con la violencia y el marginado.

Entre ficciones amnésicas en las que la colonia sirve de fondo a la «carga del hombre blanco», documentales que informan en un ordenado desorden, una cosecha de imágenes parciales y obras militantes ligadas a los movimientos de liberación nacional, la selección se hace mal. Todo se enreda de nuevo a partir de la década de 1980: los historiadores, a quienes se solicita en busca de apoyo, ayudan a los guionistas a reconstruir entramados plausibles y míticos a la vez, entre la nostalgia de los paisajes y la presciencia de los choques futuros, los del turismo y del capitalismo internacional.

Para evaluar el significado del término colonialismo atribuido a una obra o a una filmografía completa hay que tener en cuenta algunos interrogantes simples sobre la identidad de los protagonistas, el marco de su acción y el significado de sus desplazamientos. En un primer momento, trataremos la puesta en escena del espacio a través de la guerra y del territorio de la conquista. En un segundo momento, la dominación de los cuerpos, de la trata al trabajo forzado. La potencia colonial se expresa casi siempre por la imposición de estilos característicos, tales como la epopeya o la novela, mientras que el drama, el melodrama y el documental se prestan a la visión de los vencidos. Este juego de formas convenidas presenta a veces fallos: el guión se deja llevar por zonas sonoras o imágenes de archivo capturadas en vivo. Finalmente, este material compuesto registrado por las cámaras a veces militantes, otras cándidas o cínicas, fabrica la historia para el mañana. Esta construcción caótica de mil narraciones sobre millones de acontecimientos constituye una matriz que, en unos años, alimentará, vía reposiciones, un imaginario mundial huérfano de recuerdos. El cine de las colonias, que comienza después de la descolonización, enmascara así otras colonizaciones futuras, en una mezcla en la que las nostalgias y las aculturaciones futuras se hacen hoy con un botín de imágenes.

Ocupar el espacio, reflexionar sobre el territorio

En 1956 la obra anticolonialista *Caméras sous le soleil* [Cámaras bajo el sol] menciona sobriamente: «El cine, de una manera casi sistemática, olvidó revelar

lo que veía.»[2] Esta bella cita, construida en elipsis, designa desordenadamente a varios responsables de disturbios: el director, el productor, la censura... con el implícito pesar de que el maravilloso útil del cinematógrafo haya colaborado en una vergonzosa falsificación de la Historia.

No es demasiada ingenuidad, en absoluto. Nadie duda de que el cine colonial, en su definición primera, es decir, rodado en las colonias, de 1896 hasta las independencias, no haya sido un producto controlado. El eufemismo de la litote desvela una serie de males alrededor. En efecto, los mecanismos de la censura oficial no explican todas las imágenes y menos aún el imaginario vehiculado por siglos de colonialismo o de negación del otro, más o menos asumido. La censura oficial no es más que la parte que emerge de la empresa de la confusión colonial. Como tal, sólo interviene realmente en el período de la descolonización avanzada, e incluso de crisis de la descolonización. Antes tenemos que vérnoslas con un juego de simulacros cándidos o maquiavélicos, o bien con una imposibilidad económica de realizar todo proyecto fílmico.

En efecto, las colonias ofrecen, al mismo tiempo, una reserva de imágenes y un mercado potencial. Ya en 1895 se proyectan en Vietnam dos películas Lumière. Antes de 1914 la filmografía francesa destila sus mensajes sobre casi un cuarto de las pantallas internacionales. Las revoluciones soviéticas expulsan hacia los estudios Pathé los sainetes de propaganda que ocupaban el sitio de los documentos de actualidad de la Rusia zarista, y ya desde 1924 distribuyen, sobre el tema de la colonización, una obra de ciencia-ficción singular, *Aélita*, de Yákov Protazánov.

Desde 1920 el imperialismo cultural estadounidense compite con las casas productoras europeas estructuradas en torno a las colonias. La Société d'Indochine Films et Cinéma [Sociedad Indochina de Películas y Cine], fundada en 1923, y la Société de Cinéthéâtres d'Indochine [Sociedad de Cineteatros de Indochina] en 1930 se reparten un público vietnamita local aunque envían a la metrópoli un lote controlado de reportajes edificantes. A saber, el *Bulletin de la Ligue française de l'Enseignement* [Boletín de la Liga francesa de la Enseñanza], órgano de una izquierda militante, recoge palabra por palabra la afirmación de la revista *France Extérieure* [Francia Exterior], órgano del Comité Dupleix, que preconiza el uso de la linterna mágica en la enseñanza colonial:

[2] M.-R. Bataille y C. Veillot, *Caméras sous le soleil*, Argel, 1956.

Podría muy bien ser que la solución de la cuestión colonial, que se suele buscar demasiado lejos, se halle sin más en el fondo de estas cajas de vistas sobre cristal. En todo caso, ayudarán considerablemente.[3]

Las primeras revueltas anticolonialistas de comienzos del siglo XX significan un parón para el imaginario romántico de la cinematografía. Se acaban las obras de paisajes que, como *L'Atlantide* [La Atlántida], de Jacques Feyder (1921), dejan el protagonismo a los misterios de Oriente o del desierto. Desde 1932 toda película rodada en el Mágreb ha de tener su guión estampillado por las autoridades coloniales. A partir de esta fecha las películas coloniales son testimonio de acontecimientos significativos: la llegada de la Legión a las pantallas, la fascinación por los tugurios, los hombres sin nombre, las muchachas perdidas.

LE GRAND JEU (1934) [EL GRAN JUEGO]

Hijo de buena familia, sin gran carácter, que está a punto de arruinar a los suyos por los gastos descontrolados que exige de él su amante (Marie Bell), Pierre se exilia a Marruecos para evitar el deshonor. Sin embargo, ella se niega a seguirle. Desesperado, Pierre (Pierre Richard-Willm) se alista en la Legión, hallando refugio, durante los permisos, en un garito que dirigen una gerente (Françoise Rosay), que le toma afecto, y su marido (Charles Vanel). Pierre cree reconocer a Florence, su amante, en Irma, una prostituta. Mata al gerente porque se acercaba demasiado a ella. Luego Pierre es muerto a su vez en una misión «contra esos cerdos», después de que la gerente haya leído su destino en las cartas.

Este melodrama de Jacques Feyder, rodado en buena parte en Marruecos, da de la Legión un visión que parece auténtica, pero los marroquíes están ausentes, salvo para causar la muerte. Entre las frases censuradas: «Los rifeños defienden sus tierras.»

Francia, de Jacques Feyder; guión de Charles Spaak; blanco y negro; música de Hanns Eisler; decorados de Lazare Meerson; con Marie Bell, Pierre Richard-Willm, Françoise Rosay y Charles Vanel.

[3] *Bulletin de la Ligue Française de l'Enseignement*, nº 159, «Propagande coloniale par l' enseignement de l' aspect», 17 de marzo de 1897.

El Mágreb se convierte en un paisaje peligroso, lleno de emboscadas, en el que ya no es agradable vivir.

PÉPÉ LE MOKO (1937)

Como en *La bandera,* Pépé le Moko (Jean Gabin), un truhán que se ha refugiado en el Mágreb después de cometer un crimen, es buscado por un inspector, Lucas Gridoux, apodado en árabe Slimane. Éste es un hombre astuto, que atrae a Pépé le Moko a una emboscada: mientras se refugia en la Casbah, donde reina como si fuera el amo, Pépé le Moko, fascinado por la mujer de lujo (Mireille Balin) que Slimane le hace conocer, se arriesga a abandonar su refugio para ir con ella. Cuando está a punto de ser capturado, Pépé le Moko se suicida.

La Casbah reconstruida es uno de los personajes de la película, pero sus héroes son árabes. Lucas Gridoux y Dalio —que encarna a un delator— representan a los judíos tal como los ven los antisemitas y los musulmanes. La Mauresque, interpretada por Line Noro, es también ella una denunciadora, por celos, pues ama a Gabin, y los papeles «negativos» son atribuidos a personajes que no son nunca metropolitanos. Para estos últimos, Argel aparece como tierra de exilio, como canta Fréhel en un gramófono que transmite las notas de un viejo disco rayado.

Francia; de Julien Duvivier; 100 minutos; de un texto de Ashelbé, diálogos de Henri Jeanson; música de Vincent Scotto, con Jean Gabin (Pépé), Lucas Gridoux (Slimane), Mireille Balin (Gaby), Line Noro (Inès), Olga Lord (Aïcha).

La película de Marcel Carné, *Hôtel du Nord* [Hotel del Norte] (1938) marca un rasgo definitivo sobre este Oriente de pacotilla, reduciéndolo al estrave de un barco: la muchacha, a la que su amante-chulo había prometido una nueva vida libre del pasado, opta por volver a París sin haber llegado a Port-Saïd.

En realidad, esta ventana abierta hacia otro lugar misterioso funciona como engañifa para el espectador, en la medida en que el espacio que se presenta no ofrece ninguna garantía de libertad a los hombres que se pasean por él. Los estilos narrativos adoptados por las obras no dejan de mantener las confusiones de lectura. El paisaje se revela poco a poco como telón de fondo y horizonte simbólico, mientras funciona siempre como un territorio.

Por ejemplo, el cine estadounidense tradicional utiliza dos géneros de narración literaria: el melodrama y la epopeya. La epopeya estadounidense corresponde a la conquista del Oeste, popularizada en el cine por el *western*. Éste constituye una ilustración particularmente neta de la ocultación del territorio por el ideal del horizonte a conquistar. A través de las películas del Oeste es como los indios (y, en un registro de aparición menor, las demás minorías de color, negros, mexicanos y asiáticos) aparecen en la pantalla. Curiosamente, los colonizados se ven totalmente excluidos del melodrama hasta la década de 1980, fecha en la que la identificación de los géneros se desdibuja alrededor del impreciso desván del todo vale novelesco.

La ausencia de los colonizados en las pantallas del melodrama se explica por la naturaleza de éste. Surgido a finales del siglo XVIII, popularizado por el teatro, tiene una estructura que recuerda destinos colectivos a través de las temporalidades largas. La gente encarnada en los múltiples personajes evoluciona durante largos años, se transforma, se enfrenta a peligros múltiples, y al final de la narración recupera prosperidad y felicidad. Nunca indio alguno se ha beneficiado de un tratamiento semejante en la pantalla, y ni siquiera tras el período de contestación fílmica iniciado por los indios y por las productoras amigas, se ha planteado el género occidental de melodrama. En beneficio de la colonización, la película del Oeste evita las perspectivas sociales, rodea las cronologías, desconfía de las escenas de masa (circunscritas a algunos combates breves) y rechaza la conmiseración y el psicologismo inherente al melodrama.

La asignación del colonizado al marco de la epopeya no procede de una decisión derivada de la censura política, sino de opciones culturales estadounidenses profundas. Este implícito hallará una acogida paradójica en la crítica francesa de izquierdas de la década de 1960, la misma que aplaudirá la vuelta del indio a la pantalla desde 1970 y que se mofará de la bandera estadounidense en Vietnam. En efecto, en un contexto de recepción particular, debido a la posguerra, la epopeya, ligada al espacio y al culto inconsciente del jefe de la manada, a esta joven crítica que abuchea, la mayoría de las veces por inmadurez personal, le gusta el melodrama, erigido alrededor del sufrimiento, la infancia y la miseria.

A contrario, realizadores perspicaces, salidos con frecuencia de la emigración alemana de la década de 1930 causada por el nazismo, van a hacer que evolucione al mismo tiempo la estructura del *western* y la imagen del indio, proporcionándole un espacio personal que la filmografía tradicional le niega globalmente. No es casualidad que Douglas Sirk firme en la década de 1950 dos obras que incluyen, hasta en el título, una presencia india: *Tara, Son of Cochise* (Tara, la hija

de Cochise, 1954) y *Sign of the Pagan* (El signo del pagano, 1954). Sirk, gran admirador del arte musical de Johann Sebastian Bach, presenta personajes facetados y complejos, mientras que su arte evoluciona entre las reglas del melodrama y las del *western*, a cuyo componente épico le quita sal sutilmente.

La imagen del indio informa tanto sobre el rechazo de las sociedades colonizadoras como sobre la censura en ejercicio, pero los *westerns* más edulcorados aparecen con ocasión de la promulgación del Código Hays en 1922 y duran hasta la década de 1960. A este respecto, la incertidumbre de las películas primitivas sigue siendo particularmente esclarecedora. Por ejemplo, David Wark Griffith, criado en la sociedad colonial del sur de Estados Unidos, particularmente racista hacia el negro y hostil a los ideales de la Revolución Francesa, realiza hacia 1910 algunas obras que prestan atención a los indios, antes de cambiar de chaqueta en las realizaciones posteriores. El indio, al contrario del negro o del chicano, no es percibido como miembro de una minoría, sino como una alteridad fantasmal o expansiva del blanco. Puede decirse, en este sentido, que el imaginario del indio, al que no se caracteriza hasta la década de 1970, acompaña a la identidad estadounidense hasta convertirse en parte de su constitución, en relación de pareja o, según la fuerte expresión del psiquiatra Carl Gustav Jung, como su «parte de sombra».

Así pues, no es casualidad si, hacia la década de 1950, en pleno maccarthysmo, algunos directores comienzan a criticar el estereotipo del indio belicoso: *Broken Arrow* [Flecha rota, 1950], de Delmer Daves, esboza retratos de indios al estilo de Fenimore Cooper, atentos a la naturaleza. La narración trata de la mediación de un pionero, Tom Jeffords, entre los apaches encabezados por Cochise, y los blancos. Esta figura rousseauista/etnológica perdura a través de *The Man Called Horse* [El hombre llamado caballo, 1970], de Elliot Silverstein, pronto superada ampliamente por las narraciones del genocidio. El segundo *western* de Delmer Daves, *Drumbeat* [El águila solitaria, 1954], cuenta la guerra de los modocs de 1872, en la que Cochise interviene en una relación nueva con la violencia militar. Asimismo, *Ulzana* [1972], de Robert Aldrich, lleva a ambos pueblos y a ambas culturas a un conflicto mortal. Finalmente, hay que mencionar *Dances with the Wolves* [Bailando con lobos, 1990], de Kevin Costner, que constituye un verdadero giro en el imaginario de la conquista.[4]

[4] Odette Rigal-Cellard, «Dances with the Wolves: un Indien peut en cacher un autre», *Revue française d'Études américaines*, nº 57, julio de 1993, Presses Universitaires de Nancy.

La realización de películas militantes indianistas contribuye a la puesta en entredicho de la forma del *western*. Los cineastas indios, desdeñando la alternativa del melodrama, optan, con el fin de hacer estallar el consenso cinematográfico, por considerar los símbolos a través de películas rodadas en vídeo.

En 1970, el Festival de la Película y el Vídeo de los Indios de América del Norte desarrolla una relectura del pasado, del territorio sagrado y del genocidio. La cámara de vídeo se convierte, gracias al «lenguaje universal de las imágenes de síntesis», en un arma que prepara al gran público para el panorama de las culturas indias (importancia de las narraciones fundacionales, de la cosmogonía matricial, de la tierra madre), más que a la diversidad de las relaciones tribales. La palabra de los testigos, el redescubrimiento de las colinas sagradas de las Black Hills ligan la parte profética de las naciones indias al descubrimiento del nuevo «medio»:[5] en 1984, el famoso *Our Sacred Land* [Nuestra tierra sagrada], del cineasta Nouma Chris Spotted Eagle, define las Black Hills como el equivalente espiritual de La Meca o Jerusalén.

El espacio sigue siendo estructurante, en una relación ya trascendental con lo sagrado. Directores como el creek Bob Hicks, el choctaw Phil Lucas, el hopi Victor Masayesva, o el pueblo Larry Littlebird continúan dando testimonio, en el marco de una narración documental o de montaje de archivos, de la identidad de naciones que, despojadas simbólicamente de sus plumas pintorescas, conservan una espiritualidad viva que trasciende la reivindicación política a la occidental. En vez de describir las matanzas de los últimos siglos, los ríos contaminados, las mantas envenenadas con bubones de viruela y la vergüenza de los desarraigos, los cineastas indios hablan de la palabra dada y retomada, de los tratados no respetados, y sobre todo del intenso amor por la tierra de sus antepasados, por los hijos y por las mujeres.

Con un espíritu análogo, las obras canadienses pro indias, entre las que se cuenta *Box of Treasures* [La caja de los tesoros], de Chuck Olin (1983), exhuman pacientemente las costumbres prohibidas por los blancos, como la práctica del *potlatch*[a], reprimida desde la década de 1920 en la Columbia británica.

---

[5] Sobre la problemática de la contestación filmográfica, véase la obra colectiva *Les Indiens et le cinéma (des Indiens d'Hollywood au cinéma des Indiens)*, Trois Cailloux/Maison de la Culture d'Amiens, 1989; y el nº 57 de la *Revue Française d'Études Américaines*, «Cinéma américain: aux marches du paradis», Presses Universitaires de Nancy, julio de 1993.

[a] Término de la lengua india norteamericana nutka, del noroeste, referido a una institución de los indios de esta región. Se trata de ofrecer solemnemente riquezas a un rival de la misma clase aristocrática como desafío. Éste debía corresponcer con usura al don, o bien declararse vencido. El término se utiliza en antropología para el mismo fenómeno también fuera de Norteamérica. [N. del T.]

A la inversa, los americanos blancos comienzan lentamente a bajar a los infiernos, de un modo semejante al de los contestatarios de la *pax americana* cuando comenzaron a protestar contra las atrocidades de Vietnam. Las ficciones sangrientas que inician la crítica en este sentido surgen sobre todo en la década de 1970, con *Soldier Blue* (Soldado azul), de Ralph Nelson (1970), y *Little Big Man* (Pequeño gran hombre, 1970), de Arthur Penn.

Las metáforas coloristas adquieren entonces un significado totalmente diferente: en un decorado variopinto en el que el blanco sigue siendo el no-color de referencia, el indio se convierte en un «negro rojo», mientras que los «amarillos» socavan el azul de las esperanzas americanas.

La valorización del paisaje funciona, pues, como un juego de cartas marcadas que evacua en descarte unas veces la cultura india, otras veces el genocidio. Por lo que yo sé, las películas no han mostrado todavía la diversidad de las respuestas indias ni la capacidad de adaptación de naciones costeras que forjaron un alfabeto y una literatura contestataria ya desde finales del siglo XIX.[b] En un sentido, la colonización y luego la segregación han quedado fusionadas en el imaginario indiferenciado del espacio, mientras que la memoria de las comunidades

LITTLE BIG MAN (1970)

Un hombre muy viejo rememora su vida, dudando entre el ridículo, la alegría y la desgracia: capturado cuando era niño por los indios cheyenne, luego «recuperado» cuando era adolescente por los blancos, Jack Crabb es testigo involuntario de la guerra sin cuartel que han entablado ambas poblaciones. Si al final opta por los indios en contra de los blancos, apenado por la atrocidad de la matanza perpetrada por el general Custer, Crabb será toda su vida un ser suspendido entre dos culturas, aprovechando atolondradamente las alegrías efímeras que la vida le dispensa antes de comprender la tragedia de su destino. Esta obra romántica y burlesca marca un giro en la toma de conciencia occidental de la década de 1970.

Estados Unidos; de Arthur Penn, sobre la novela de Thomas Berger; con Dustin Hoffman, Faye Dunaway, Martin Balsam, Richard Mulligan, Chief Dan Georg...

[b] La autora habla de las llamadas «Naciones Civilizadas» (seminola, creek, choctaw, chickasaw y cheroki), poblaciones indias que habían adoptado parte de la cultura europea, por lo que los estadounidenses blancos las consideraban ya «civilizadas». [N. del T.]

perdura gracias a una constante reapropiación de útiles de comunicación móviles y ligeros. Parece que se podría aproximar esta actitud al conflicto emblemático protagonizado por los dos partidos de la diáspora judía, los saduceos y los fariseos, sobre la prioridad de la lucha por el territorio o por la preservación de las costumbres. Por lo que yo sé, ninguna película indigenista hace explícitamente el correlato. El público variado de las salas occidentales puede sentirse en consonancia con los temas de la preservación del medio ambiente, de la no violencia y del respeto a los muertos, en una circulación íntima de sensibilidades cuyo rastro ningún exegeta puede reconocer.

Dominar los cuerpos, fragmentar el tiempo

Mientras que el indio permanece relacionado con un espacio, el esclavo negro aparece descrito por lo general como si fuese un mueble, en una economía prioritariamente doméstica e industrial. Con todo, aunque la trata y luego la esclavitud fueron abolidos oficialmente en el siglo XX a un lado y otro del Atlántico, los africanos padecen una colonización europea muy diferente de la segregación estadounidense.

El negro interviene poco en el *western*, si exceptuamos *Sargent Routledge* [El sargento negro] (1960), de John Ford, en el que el cineasta denuncia el racismo más que la colonización. En realidad, los modelos históricos de la trata y de la esclavitud se encarnan alusivamente en una variante exótica de la epopeya, la del *peplum*: el público norteamericano ve cómo se le propone una identificación histórica con los romanos, en una relación compleja con la esclavitud, legitimada para casos de deudas, incursiones o hechos bélicos. Esta identificación permite evitar que las humillaciones del esclavo se describan realmente o que se exprese abiertamente el racismo. En efecto, la segregación norteamericana se define a la inversa de los usos del subcontinente sudamericano. En Estados Unidos, una sola gota de sangre negra hace que una persona sea negra, mientras que en Brasil una única ascendencia blanca blanquea la identidad del individuo. Los cineastas estadounidenses, como Griffith, llevarán a escena, incluso hasta la década de 1930, a negros de piel muy oscura, o bien simplemente ocultarán la existencia de éstos.

Sin embargo, esta ocultación tendrá contrasentidos llamativos como, en 1939, *Gone with the Wind* [Lo que el viento se llevó], que, aunque centrado en una saga amorosa, describe minuciosamente la sociedad sudista en el momento de la guerra de Secesión. Habrá que esperar a la década de 1990 para que

el cine afroamericano reanude la saga a contrapelo: Spike Lee valoriza el color negro en el fresco que inicia sobre el líder Malcolm X (*Malcolm X*, 1992).

Por el contrario, el cine colonial francés presenta la característica única en el mundo de haber mostrado poblaciones muy diversas, en una relación compleja con el poder. Es en Francia donde el cine etnográfico tuvo un reconocimiento real, con reportajes sinceros, cuando no objetivos. Los intentos de hacer un cine de propaganda fueron más raros, como la efímera misión cinematográfica Sarrault, creada en 1920 en Indochina. Realizadores como Marc Allégret (*Voyage au Congo* [Viaje al Congo], 1927), Jean d'Esme (*Peau-Noire* [Piel negra], 1930; *La Grande Caravane* [La gran caravana], 1934; *Sentinelles de l'Empire* [Centinelas del Imperio], 1938); Alfred Chaumel (*Symphonie malgache* [Sinfonía malgache]; *Le réveil d'une race* [El despertar de una raza], 1926); o Léon Poirier (*Caïn* [Caín], 1929; *Aventures des mers exotiques* [Aventuras de los mares exóticos], 1930). Todos ellos atentos a las sociedades indígenas, revelan la solidez de las relaciones tejidas tras la Exposición Colonial de 1931 y la existencia de un público más goloso de exotismo que preocupado por el mantenimiento del orden en las colonias. Por ejemplo, *Peau-Noire*, producida por el documentalista Jean d'Esme, un reportaje (38 minutos extraídos de lo rodado durante el viaje de la misión Douala/Brazzaville dirigida por D'Esme) cuya dirección fue confiada a René Moreau. En esta obra atractiva una cámara sensible capta magníficamente, a través de paisajes que nada perturban, los días y los juegos de una población original y tranquila. Dejado a la iniciativa privada o escolar, el cine «de viajes»[6] tiene un éxito creciente, como indica, desde 1938, su programación regular en el Museo del Hombre de París.

Jean d'Esme, nacido en Shanghai (China), pero originario de la isla francesa de Reunión (en África), es también autor de novelas sutiles (como *Le soleil d'Éthiopie* [El sol de Etiopía], 1929), que reflejan como en un espejo los choques culturales y las pasiones amorosas derivadas de la colonización. Aquí se detiene la audacia cinematográfica: ninguna producción, sea documental o de ficción, osará nunca, bajo la III República, evocar el amor correspondido de una blanca con un hombre de color, ni siquiera sugerir relaciones intelectuales profundas entre las etnias. Sin embargo, será en Francia donde se producirán dos obras fundadoras, antiesclavistas, que podrán, gracias a la vigilancia de la crítica, hallar un público.

---

[6] Sobre el cine etnográfico y colonial de comienzos de siglo, véase la obra de Pierre Leprohon, *L'exotisme et le cinéma*, J. Susse, 1949.

En 1957 John Berry realiza con *Tamango* la narración de una revuelta de esclavos en un barco negrero. En 1968 Serge Roullet dirige *Benito Cereno*, según la novela de Herman Melville: la ocupación del barco negrero tras la liquidación de los marineros. La composición clásica de la primera película en blanco y negro mezcla la tragedia con el último amor de los cautivos, mientras que el segundo construye un panorama en color entre hombres. *Benito Cereno* se desarrolla en un barco a la deriva, abandonado por sus marineros portugueses; un negro, vestido sólo con un taparrabos rojo, parece guiar con la mirada al capitán, que se mueve por el puente con pasos de sonámbulo. La narración, con voz en *off*, nos cuenta la estupefacción de los oficiales británicos ante el asombroso cortejo, hasta que el capitán se desembaraza por las buenas de su guardián y provoca un desenlace sangriento. Las relaciones ambiguas y culturales entre los hombres, entreveradas de sadomasoquismo, confieren a *Benito Cereno* una trama original que desmonta los mecanismos de la aculturación y la violencia.

LITTLE SENEGAL (2001)

Apasionado por la historia de su país, el viejo Alioune, guía en la Casa de los Esclavos de la isla de Gorea (Senegal), parte hacia Estados Unidos en busca de los descendientes de sus antepasados deportados dos siglos atrás. Sus investigaciones minuciosas le conducen de los archivos a las casas de plantaciones, en una búsqueda que termina ante el quiosco de periódicos de una lejana pariente, Ida, que sobrevive con dificultad en el barrio de Harlem. La confrontación personal entre los dos primos desvela un entramado de complejas historias adyacentes en las que el *melting-pot* estadounidense muestra terribles fisuras: familias desmembradas, amnesias colectivas, violencias privadas...

Los negros estadounidenses, fragilizados por un racismo latente, evitan reflexionar sobre sus raíces y consideran por lo general al emigrante africano una amenaza. El realizador de origen argelino Rachid Bouchared firma aquí una obra sensible sobre lo cotidiano de un colonialismo sin memoria, cuyas referencias se difuminan en beneficio únicamente del dólar y de la violencia.

Francia; de Rachid Bouchared; con Sotigui Kouyaté, Roschdy Zem, Sharon Hope, Karim Houssein Traoré, Adetoro Makinde.

En el cine colonial francés, el cuerpo, sin estar dominado explícitamente, no se mueve con libertad. Los únicos cuerpos que en las películas de ficción parecen sometidos a la disciplina son los de los soldados, valorizados por su número, sus ropas y su rareza física. Nunca la frecuencia de los castigos corporales ha sido evocada antes del brulote lanzado en 1951 por René Vautier, *Afrique 50* [África 50]. Sin embargo, la insistencia sobre los militares revela, *a contrario*, el malestar de la población civil y borra toda alusión al trabajo forzado o a los castigos corporales.

Un ejemplo: Léon Poirier, cineasta oficial de la III República, en 1939 traza el retrato de *Brazza*, subtitulado *L'épopée du Congo* [La epopeya del Congo]. Por la misma fecha, Jacques de Baroncelli realiza, con un tipo de narración semejante, *L'homme du Niger* [El hombre del Níger], historia de un médico abnegado que se sacrifica por sus enfermos.

Ambas obras, realizadas en vísperas de la II Guerra Mundial, magnifican «el peso del hombre blanco» que lucha contra las jefaturas africanas y por el progreso. Con todo, la violencia sigue siendo una prohibición fundamental en estas películas de gran espectáculo, muy estructuradas entre paisajes grandiosos, con hombres excepcionales y situaciones contingentes. De todos modos, cuando escrutamos atentamente las imágenes, se observan siluetas cuya realización suena más bien a reportaje: en efecto, las obras recordadas aquí, como la construcción de la presa del Níger, fueron llevadas a cabo con el trabajo forzado de mil quinientos obreros, a

L'HOMME DU NIGER (1939)

El comandante Bréval organiza la edificación de una gigantesca presa de regadío sobre el río Níger bajo la dirección del ingeniero francés Jean Aubert. Bréval es ayudado en su empresa por un ex ministro a cuya hija ama, pero Bréval se contagia de lepra y rompe su noviazgo. Muere en su puesto, poco tiempo más tarde, asesinado por indígenas fanáticos del Sudán francés.

L'homme du Niger contiene a la vez elementos de documental y de drama, trazando a porfía retratos de algunos apóstoles de la colonización, un militar, un ingeniero y un médico, en un ejercicio de estilo lanzado por Léon Poirier a finales de la década de 1930 en torno a las figuras de Charles de Foucauld y de Savorgnan de Brazzà.

Francia; de Jacques de Baroncelli; con Víctor Francen, Harry Baur, Jacques Dumesnil, Annie Ducaux, Habib Benglia; guión de Albert Dieudonné, adaptación de André Legrand, diálogos de Joseph Kessel.

costa de sufrimientos extremos. Hoy los cineastas de Níger consideran incluso estas imágenes como algo verdaderamente patrimonial, rodeando la epopeya de los constructores sobre la que los cineastas blancos centraron la realización de la película. El propio Jacques de Baroncelli revela, como sintiéndolo:

> En nuestro primer proyecto, la presa del Níger era el principal personaje de la película. Era una *vedette* que resultaba muy poco fotogénica. Pero a pesar de todo lo intenté, sobre todo en las escenas de huelgas que amenazan momentáneamente la obra, y traté de sacar el mayor partido posible... Pronto me di cuenta de que la presa del Níger era sólo una de las caras de la obra francesa en el África Occidental francesa. Otra se me apareció pronto, más hermosa, más noble sin duda, y ya casi cumplida: la lucha contra la enfermedad y la muerte.[7]

En el África francesa, las imágenes ligadas a la higiene y a la erradicación de las pandemias predominan sobre las de la domesticación de los cuerpos. El cine del Congo Belga presenta una matriz muy diferente al del cine colonial francés, en la medida en que una filmografía católica muy activa garantiza, en conjunto, la segregación de las funciones. Bélgica instauró un régimen de separación para indígenas y blancos, que se manifiesta en la existencia de una cinematografía de propaganda destinada de manera explícita a los negros. Oficialmente, el nativo no puede acceder a tareas de responsabilidad, aunque las misiones católicas formaban hombres de valía, perfectamente aptos para asumir un futuro colectivo. De hecho, las películas llevaban a la pantalla a cuasidirigentes, en tareas relativas a la liberación o al trabajo de los cuerpos: no había médicos, sólo asistentes sanitarios, no había ingenieros, sólo maestros de obras. En la pantalla se reivindica la formación de las élites belgas, mientras que un hábil montaje les confisca el ejercicio del poder. Esta segregación concierne igualmente a los oficios cinematográficos: la Bélgica colonial es el único país del mundo, con Sudáfrica, que nunca consideró que los actores negros pudiesen tener un estatus profesional.

Dos ejemplos aclaran de manera casi psicoanalítica la implícita relación colonial: *Bongolo*, de André Cauvin (1952), y *Sikitu, le boy au cœur pur* [Sikitu, el *boy* de corazón puro], de André Cornil (1951). Estas dos obras presentan, en un estilo casi documental, momentos de la vida de dos congoleños en puestos de responsabilidad.

[7] Leprohon, *op. cit.*

Sikitu, le boy au cœur pur presenta, en 55 minutos de blanco y negro, un fragmento de vida doméstica. Por la mañana, Sikitu, preocupado por la enfermedad de su mujer, marcha a trabajar. El ama de casa, al notar su pena, conduce a la congoleña al hospital y cura personalmente el dedo herido del criado. A lo largo de la jornada, Sikitu cuida al hijo de los amos. Durante la breve ausencia de los padres, dos ladrones en bicicleta agreden al criado para poder robar mejor en el chalet. Sin embargo, Sikitu se libera de sus ataduras, persigue a los malhechores y los captura, gracias al refuerzo de su amo, que llega en su auxilio en automóvil. El valiente *boy* es condecorado por el comisario de policía.

Bongolo, rodada un año después en color, sitúa su acción en el campo y en la ciudad. Un joven congoleño, asistente sanitario en un pueblo, se enamora de la hija de un rey local y la convence para que, en nombre del progreso, reniegue de sus costumbres ancestrales, según las cuales debería someterse a un matrimonio arreglado. Los aldeanos, dirigidos por los brujos, incendian el dispensario y persiguen a la fugitiva que, devuelta a su tribu por la gendarmería, se escapa de nuevo hacia la ciudad e intenta la aventura ella sola.

Los dos autores de estas obras pertenecen a la sociedad de los colonos (llamada «belgicaine») y se han formado sobre la marcha, según sus recorridos personales: el laico André Cauvin, abogado, es reconocido internacionalmente como «cineasta belgo-congoleño», mientras que el abate Cornil pertenece a la fuerte corriente misionera, tradicionalista y patriota. Sikitu, como en su día Casimir, Mama Louisa, Mayele o Kazadi, son los héroes de aventuras simples que, en un intento de edificación global, conjugan moral doméstica y virtudes religiosas. En efecto, el abate Cornil, a partir de 1949, realizó unas sesenta películas educativas y patrióticas destinadas a los indígenas. Por el contrario, André Cauvin, jefe de la misión cinematográfica belga en Londres durante la ocupación alemana de Bélgica en la II Guerra Mundial, y luego responsable de Actualités Belges [Actualidades belgas] para la Metro-Goldwyn-Mayer, realiza películas con una perspectiva de reportaje y se mantiene a distancia de las misiones. Sin embargo, ambas obras permanecen cosidas a guiones lineales muy repetidos, que dan por sentada la segregación social, aunque André Cauvin propugna una emancipación ulterior.

Gritos, cuentos y pantallas sonoras

En lucha contra el entramado literario dominado con mucha maestría por algunos directores, la irrupción sonora es la expresión de una autenticidad más fia-

ble que la de la imagen, y este sonoro oculto o valorizado tiene que ver con el ruido, con la música o con el diálogo. Casi todos recordamos la cólera del director Louis Daquin después de que las tijeras de la censura amputaran, en la película histórica *Bel Ami* (1954), algunas de sus escenas principales y se prohibieran las palabras «África», «Marruecos», «Sáhara», «beduinos» y «bereberes» en los diálogos alusivos sacados del texto mismo de Maupassant. Esta operación de cortes abusivos[8] resulta relacionada con un período controvertido, sin duda violento, pero cuyas motivaciones en plena descolonización están claras: «¿Qué piensan los marroquíes?» «Los marroquíes no piensan, señora.» Los marroquíes han sido sustituidos por las «plantas exóticas». Esta atención nacional hacia el sentido de las palabras no queda desmentida durante toda la colonización, bien en su apogeo o en su crisis.

En las obras en las que el procedimiento de montaje, subordinado a la narración didáctica, no es creador, los sonidos y los movimientos de las cámaras aportan a veces gran cantidad de información como a escondidas. Por ejemplo, *Bongolo* tiene notables escenas de fiestas o de ceremonias, entre ellas una larga secuencia de circuncisión. El realizador describe a la joven princesa negra, decidida y soñadora, en un torbellino de cantos, de imágenes y de gritos que suenan como otros tantos recuerdos identitarios. La impregnación física con el medio, la heterogeneidad social, parece totalmente ausente de las obras de André Cornil. En la filmografía católica, el movimiento parece circunscrito a la acción principal y, mientras que África no hace ruido, sólo llegan a nuestros oídos las conversaciones en francés.

La problemática de lo mudo y lo hablante está en el corazón de la acción colonial. La década de 1920 vio nacer suntuosas realizaciones silenciosas, rodadas en decorados naturales, tales como *L'Atlantide* [La Atlántida], de Jacques Feyder (1921), o *Inch'Allah* (1925), de Luitz Morat. En estos panoramas del bled y del desierto, que se suceden en la década de 1930 gracias a los frescos de Jacques Séverac o de Léon Poirier, el indígena no dispone de ningún tiempo de palabra, lo mismo que el ejército que lo vigila.

[8] Entrevista realizada en *Jeune Cinéma*, nº 16, junio/julio de 1966, París.

ITTO (1934)

Esta película es una excepción:[9] es la única (antes de *Gotha*, de Jacques Baratier, 1957) que nos habla de la vida de los indígenas, de sus problemas personales y políticos. Aquí, en Marruecos, en la tempestad de guerras intestinas —entre los que son favorables a Francia y los otros—, un médico francés y su mujer adoptan a un bebé que es hijo de un rebelde muerto en combate, y manifiestan su comprensión hacia los bereberes insurrectos. El papel de Itto lo interpretaba la cantante Simone Berriau; la mayoría de los participantes era marroquí. El rodaje duró cinco meses en una región rebelde, cerca de Taliouine.

Francia; de Jean Benoît-Lévy y Marie Epstein; 95 minutos, con Simone Berriau, Pauline Carton, Aïsha Fadah, Moulay Ibrahim.

LA BANDERA (1935)

Autor de un asesinato cometido en la metrópoli, Pierre Gilieth (Jean Gabin) se enrola en la Legión Extranjera española. Lo encuentra un «privado», Fernando Lucas (Robert Le Vigan), que espera obtener la recompensa ofrecida por los padres de la víctima. Entre ambos hombres se desarrolla el juego de la fascinación y la desconfianza, pero vuelven a encontrarse juntos en combate «contra los cerdos» del Rif español, en una unidad mandada por el capitán Welter (Pierre Renoir). Todos mueren durante un ataque —salvo Fernando—. En una escena célebre, al pasar lista de los muertos, a cada nombre, éste responde, en el silencio de la ciudadela y cada vez más exaltado: «Muerte al enemigo.»

Rodada en el Rif, esta película no muestra a los marroquíes, como no los mostraba *Le grand jeu* de Jacques Feyder. El drama de los dos protagonistas se une al amor de ambos por Aïcha, que prefiere casarse con Pierre. El papel de esta mora lo interpreta Annabella, mientras que otra prostituta está interpretada por Viviane Romance en sus comienzos. Una vez más, los marroquíes encarnan

[9] Tenemos la lista de las películas rodadas en Marruecos antes de la II Guerra Mundial en Pierre Boulanger, *Le cinéma colonial*, Seghers, París, 1975.

la muerte y no aparecen nunca, salvo de lejos, y sus mujeres son todas prostitutas...

Francia; de Julien Duvivier; 100 minutos; guión de Charles Spaak, sobre una novela de Pierre Mac Orlan; música de Jean Wiener; con Jean Gabin, Annabella, Robert Le Vigan, Pierre Renoir.

La «gran muda» o los «hombres sin nombre» de la Legión Extranjera que inspiran la película homónima de Jean Vallée (*Les hommes sans nom* [Los hombres sin nombre], 1937) se desplazan sobre un territorio sin identidad hablada ni sonora: las músicas ambientales amueblan y ocultan a la vez un verdadero silencio colonial.

Sin embargo, varias experiencias atestiguan una lenta toma de conciencia del poder musical. En Estados Unidos, el director Woodbridge S. Van Dyke expresa, para la Metro-Goldwyin-Mayer, la ganga ideológica constituida por el cine mudo a través de *White Shadows on the South Seas* [Sombras blancas en los mares del Sur], 1928, cuyo sólo título está cargado de un simbolismo involuntario.

WHITE SHADOWS ON THE SOUTH SEAS (1928)

Un joven médico, Matthew Lloyd, va a parar a una isla polinesia que ha sido preservada de la presencia de los blancos. Bien recibido por los nativos, se casa con una joven y comparte la vida primitiva y afortunada de la comunidad. Sin embargo, una tarde fatal, el médico indica a una tripulación de paso en la isla la existencia de su edén. El error de apreciación conduce a la catástrofe: los traficantes blancos, que no tienen escrúpulos, pervertirán la isla con el juego, el dinero y el alcohol. El médico será asesinado y las últimas imágenes describen la prostitución forzada de las mujeres.

Sombras blancas..., basada en la novela de Frederick O'Brien (1919), es la primera película sonora proyectada en Francia, donde tiene, después de Estados Unidos, un verdadero éxito de público. El cineasta español Luis Buñuel coloca este poema visual entre las diez obras maestras del cine.

→

La película fue sonorizada después del montaje, en una polifonía casi musical que alterna cantos, lamentos indígenas y gritos de aves.

Estados Unidos; de Robert Flaherty y Woodbridge S. Van Dyke; con Monte Blue, Raquel Torres, Robert Anderson, René Buch, Napua...

La película fue codirigida por Robert Flaherty, que acababa de firmar su famosa *Nanook of the North* [Nanook del Norte], 1921, el primer documental etnológico sobre los esquimales. Van Dyke, como más tarde Zoltan Korda (que codirigirá *Elephant Boy* [El muchacho de los elefantes] con Flaherty, Reino Unido, 1937) o el francés Jean Rouch (*Moi, un Noir* [Yo, un negro], 1958), participa de la reflexión rousseauniana llevada a cabo por Flaherty sobre las sociedades vírgenes de colonización.

La adopción de la voz es ilustrada simbólicamente por la obra estadounidense *The Jazz Singer* (El cantor de jazz, 1927), de Alan Crosland. Esta película, encargada por la Warner, es narrativamente notable: lleva a la pantalla un fenómeno de aculturación entre tres comunidades estadounidenses: la judía, la laica del noroeste, y la negra. Un muchacho, hijo de una dinastía de cantantes judíos, desea convertirse en cantante de jazz. Expulsado de casa por el padre, se hace famoso en Brooklyn, maquillado de negro, popularizando, por medio de este artificio, la música afroamericana. Con ocasión de la ceremonia judía del kippur, interpretará con los suyos, pero al modo de un *jazzman*, el «Kol Nidre» de sus antepasados, antes de volver al escenario con la animadora de revista que acabará siendo su esposa.

En la misma época, el alemán Walter Ruttmann imagina una *Melodie der Welt* [Melodía del mundo] (1929), concebida en contra de la empresa colonial: caleidoscopio de imágenes y de sonidos que propugna experimentalmente una conciencia universal. En 1992 la directora italiana Fiorella Mariani tuvo éxito en una apuesta similar con *Homo sapiens*, que funciona, gracias a la música de Beatriz Ferreyra, como una verdadera obra de montaje electroacústico. Ruttmann expresa así su fe en la capacidad liberadora de los sonidos:

> Lo que importaba mostrar era las semejanzas y las diferencias entre los hombres, su parentesco con las bestias, los nexos que los unen a los paisajes y a los climas, y el esfuerzo que hacen por separarse de las bestias o de su medio. Era necesario dar una forma sensible a todo lo que agita al hombre más allá de todas las épocas y de todas las fronteras: el amor, el culto, el ejército, la guerra...

Y el novelista de África y de los viajes, Paul Morand, le responde:

Walter Ruttmann es, me dicen, un músico [...]. Los gritos de los derviches, el batir de los tambores de guerra negros, las voces huecas de los oradores americanos, la pesada caída de los cuerpos japoneses en la lucha, los roncos triunfos de las *algaradas* de los moros, las lamentaciones judaicas, el estrépito de las olas sobre los arrecifes, el martilleo repetido de los émbolos en los lados de los paquebotes, el retemblor de los cañonazos, el despertar con la corneta, como lo ha orquestado Ruttmann [...]. Yo consentía en ser de todos los países, en servir bajo todas las banderas, en emigrar sin nostalgia por orden del cameraman. [...] Proscrito de todas las patrias, yo era tan sólo nativo del planeta Tierra.[10]

Diálogo de los espíritus, respuestas sonoras y gritos de sufrimiento: a partir de la década de 1950 el documental se lanza mayoritariamente a una «canción de gesta» que presenta con respeto las formas del juego y de la danza. Un mediometraje (20 minutos) anónimo, producido por el Ministerio de la Francia de Ultramar, *Terre d'action et de magie* [Tierra de acción y de magia], nos muestra las costumbres originales del país guere (malabaristas y tragafuegos), mientras el comentarista, y filósofo, previene al espectador: «La cámara [es] menos emotiva que el ojo...» Pese a esta buena voluntad que se va abriendo camino, subsiste la incomprensión. Alain Resnais resume paradójicamente, en 1953, el imposible diálogo cultural en el contexto inmanente de la colonización: *Les statues meurent aussi* [Las estatuas también mueren] nos traen del silencio de África un testimonio poético, centrado en los fetiches. Chris Marker, que firma el comentario, anuncia también el propósito de la película:

Colonizadores del mundo, nosotros queremos que todo nos hable: las bestias, los muertos, las estatuas. Y esas estatuas están mudas. Tienen bocas y no hablan. Tienen ojos y no ven. Y no son ídolos.

El arte negro: lo miramos como si hallase su razón de ser en el placer que nos proporciona a nosotros. Las intenciones del negro que lo crea, las emociones del negro que lo mira, todo esto se nos escapa. Como están escritas en la madera, tomamos sus pensamientos por estatuas. Y vemos lo pintoresco allí donde un miembro de la comunidad negra ve el rostro de una cultura.[11]

---

[10] Leprohon, *op. cit.*

[11] Véase el informe preparado por el Instituto Jean Vigo a partir de su festival «El África negra en el cine», Perpiñán, 1983.

En esta perspectiva, la palabra confiscada y luego restituida sirve a veces de indicador, otras veces de arma. En 1962 Georges Régnier realiza para Fred Orain un sorprendente mediometraje de ficción, *Rossignol de Kabylie* [Ruiseñor de Kabilia]. Esta obra lleva a la pantalla, en plena guerra de Argelia, a un poeta kabila a quien un oficial francés va a visitar en el macizo montañoso en el que reside. Emocionado por el respetuoso candor del joven, el anciano improvisa en su honor un breve poema nostálgico en árabe. Durante la noche, los guerrilleros del FLN juzgan al poeta por traición. Éste pide, antes de morir, poder componer otro poema, que crea delante de ellos. Sensibles a su elegancia, los guerrilleros lo liberan. Al final de la película, mientras el poeta, perdido en la montaña, se desploma alcanzado por una bala perdida, el aire vibra por el lamento de un ruiseñor, en lastimera respuesta al crepitar de las ametralladoras.

Más tardíamente, dos directores, el guadalupeño François Migeat y el mauritano Habib Med Hondo, van a llevar el estandarte de la lengua y de la música a través del territorio mezclado de las Antillas. *Le sang du flamboyant* [La sangre del framboyán] (1980) y *West Indies* [Indias Occidentales] (1979) tratan, en una atmósfera barroca, de construir una epopeya mestizada de ópera. Como los cuentos, la sangre del framboyán mezcla el criollo, lengua de la revuelta, y el francés, lengua de ese colonizador con dobleces que, antaño, exportaba los ideales de la Revolución Francesa. *West Indies* apuesta por una verdadera cacofonía de sonidos y de músicas para reconstruir, a la inversa, el gesto llameante de los negros cimarrones.

El acontecimiento sensible y la construcción de la Historia

La película colonial presupone un buen conocimiento del terreno, opciones geográficas concretas, pero funciona asimismo sobre un imaginario fantasmagórico preexistente: el exotismo exorciza y conjura estos temores concretos. A comienzos del siglo XX los operadores que filmaban la guerra mexicana falsificaban los reportajes militares por temor a las refriegas mortales: enviaban a los Estados Unidos imágenes trucadas de las batallas anunciadas por la radio. Durante mucho tiempo, estos reportajes de actualidad fantásticos pasaron por documentos de archivo auténticos.[12]

---

[12] Margarita de Ouellana, «Le cinéma de la "guerre mexicaine" dans la tradition des actualités filmées», en Sylvie Dallet, *Guerres révolutionnaires (Histoire et cinéma)*, L'Harmattan, París, 1984.

Los productores occidentales dudan al reescribir la historia del colonialismo antes de la década de 1970, pese a la protesta iniciada por documentalistas como Joris Ivens en los Países Bajos, Chris Marker, René Vautier y Marie-Claude Deffarge en Francia, o Gordian Troeller en Alemania.[13] En conjunto, las películas que provienen de los países descolonizados preferirán dar testimonio de las guerras de liberación, como en *Le vent des Aurès* [El viento de los Aurés] (Argelia), más que describir los mecanismos de la dominación.

No hay todavía en el Tercer Mundo una tradición de investigación comparable a la cosecha de imágenes dedicadas por los cineastas franceses a la ocupación alemana. La cinematografía argelina de ficción es la primera que acepta recordar las raíces de la colonización agraria: *Les spoliateurs* [Los expoliadores] (1972) y luego *Les déracinés* [Los desarraigados] (1976) de Lamine

LE VENT DE L'AURÈS (1966)

Comienzos de la guerra de Argelia: la granja de un colono es incendiada, los felláh son bombardeados a la vuelta de la recolección, un aduar es destruido por la aviación... Al joven Lakhdar se lo llevan los soldados y su madre, a cuyo marido acaban de matar, marcha en busca del hijo. La película narra su búsqueda desesperada para encontrar al hijo, de cuartel en prisión, de prisión en cuartel. Ella sólo dispone de un pollo para ofrecer a quien le permita ver a su hijo. Lo descubre por fin, pero cuando, en medio de una tempestad de arena, vuelve para verlo, el hijo no aparece y sus compañeros de internamiento evitan su mirada. En su desesperación, muere electrocutada al agarrarse a las alambradas que protegen el campamento.

Patético como *La madre* de Pudóvkin, la película habla de los horrores del colonialismo y de la guerra. Rodada tres años después de los Acuerdos de Évian (1962), sale sin más de la tierra mártir, sin violencia e incluso sin odio contra el opresor, lo que una parte de la crítica le ha reprochado.

De Mohammed Lakhdar-Hamina; con Keitaim, Mohammed Choukh, Hassan el-Hassani, Thania Tingad.

[13] Véanse los testimonios recogidos en *Guerres révolutionnaires (Histoire et cinéma)*, *op. cit.*

Merbah, dos proyectos didácticos, serán comprendidos mejor por los argelinos que *Chronique des années de braise* [Crónica de los años ardientes] de Lakhdar-Hamina (1975). El fresco que presenta en esta última película ha quedado incluido en la distribución internacional debido a su ejecución novelesca.

Un hecho significativo es que la filmografía tercermundista militante se remite más bien a los archivos documentales (a excepción de Cuba, que lanza, inmediatamente después de la independencia, una importante producción de ficción), en una relación renovada con el tono de la epopeya. *L'aube des damnés* [El alba de los condenados] (1965), del cineasta argelino Ahmed Rachedi, con la colaboración del francés René Vautier, denuncia la explotación colonial, con imágenes salidas directamente de los archivos franceses.

Hay que esperar veinte años después de las independencias africanas para que obras de ficción, complejas y documentadas, vayan abriéndose camino en una distribución filmográfica aún tributaria de las redes internacionales. Por ejemplo, el nigeriense[c] Mahamane Bakabé ofrece en *Si les cavaliers* [Si los jinetes] (1981) una sobria reconstrucción de la revuelta del sultán de Zinder contra el poder colonial en 1906. En otro registro, sostenido por una financiación panafricana (Marruecos/Senegal/Guinea), *Amok* (1975), del marroquí Souheil Ben Barka, denuncia al régimen sudafricano a través del descenso a los infiernos de un maestro de las *townships*[d].

De forma paralela al surgimiento de una conciencia cinematográfica nacional o internacional (ilustrada sobre todo por el cineasta italiano Gillo Pontecorvo con *La battaglia d'Algeri* [La batalla de Argel] (1966), la ficción occidental registra una lenta evolución temática.

Si exceptuamos los casos particulares de los documentales sobre la guerra civil española de 1936, que sirven de detonador internacional, las primeras grietas en la película de ficción colonial provienen, a fines de la década de 1930, de los emigrados de Europa central: Georg Wilhelm Pabst realiza en Francia *Le drame de Shanghaï* [El drama de Shanghai], en 1938, y al año siguiente supervisa *L'esclave blanche* [La esclava blanca], de Marc Sorkin. Estas obras, de alto presupuesto, ofrecen, bajo forma de un romance oficial, análisis políticos complejos,

[c] Utilizamos *nigeriense* para el habitante de Níger; utilizaremos nigeriano para el de Nigeria. [N. del T.]

[d] *Township*: los barrios periféricos o alejados de las ciudades creados en tiempos del *apartheid* en Sudáfrica, donde se hacinaba la población urbana negra. [N. del T.]

relativos a los imperios chino y turco. No es éste el único atractivo de esta filmografía emigrada de la que se sigue el argumento por la línea de puntos entre Francia, Inglaterra y Estados Unidos: presenta tanto a revolucionarios como a reformistas honestos, a los que sólo la decadencia de las grandes potencias obliga a la acción ilegal. Para estos cineastas, los valores occidentales de la libertad y del amor, tratados de un modo novelesco, mencionan indirectamente la esperanza inducida por las independencias a través de la metáfora de la pareja de amantes. La mujer enamorada, emancipada y moderna, hace estallar el corsé de los comportamientos exóticos y relega al islam al rango de una anécdota de harén.

Esta veta queda ilustrada igualmente respecto al tema del bandido social, con el ejemplo de *¡Viva Zapata!*, realizada por Elia Kazan en 1952 (Estados Unidos) y de *Martín Fierro*, del argentino Torre Nilsson, en 1968. El bandido de honor está representado también, pasada la década de 1970, en varias producciones mexicanas, argentinas o brasileñas. La figura popular, orgullosa y solitaria del enderezador de entuertos, después de *Juan Moreyra* del argentino Mario Gallo en 1908, parece sustituir a toda la reflexión latinoamericana sobre los fundamentos de la colonización. Son raros los directores que, como Torre Nilsson, rememoran a los libertadores del siglo XIX: *El Santo de la espada* (1970) lleva a la pantalla la aventura excepcional de don José de San Martín, libertador de la Argentina, de Chile y del Perú, muerto en París en la miseria tras haber abandonado el poder.

Las cinematografías de América Latina han sido tributarias durante mucho tiempo de la distribución y venta del material de película estadounidense. Pese a las independencias conseguidas desde finales del siglo XVIII, siguen estando, en lo concerniente a la circulación cinematográfica, enfeudadas, en conjunto, a la financiación estadounidense. Por ello, la mayoría de las películas occidentales dedicadas a las colonias reflejan los estereotipos comunes desde el momento en que estas obras presentan la ciudad, el gobierno y el ejército.

La India es uno de los focos específicos de la dominación colonial, en una convergencia constitutiva con la filmografía del Reino Unido. El entramado de las producciones de la década de 1930 insiste sobre la continuación del imperio, que se mantiene sólido gracias al heroísmo de sus funcionarios civiles y militares, a través de obras de éxito como *The Lives of a Bengal Lancer* (Tres lanceros bengalíes, 1935), del estadounidense Henry Hathaway, seguido por *The Real Glory* (La gloriosa aventura, 1939), dedicado al imperialismo en Filipinas, y *Gunga Din* (1939), de George Stevens. En el Reino Unido, *The Drum* (El tambor, 1938) o las *Four Feathers* (Las cuatro plumas, 1939), realizadas por Zoltan Korda, las produjo Alexander Korda, otro emigrado de Europa central y gran proveedor de pelícu-

las históricas británicas. La ética militar-paternalista se vio detenida evidentemente por la movilización de tropas del Imperio británico durante la II Guerra Mundial, e incluso la difusión de *Gunga Din* fue prohibida en la India, en Japón y en Malasia, porque ofendía la sensibilidad racial y religiosa.

El segundo ciclo de producción, relacionado con las independencias, revela un complejo tejido nostálgico que trata de integrar al indígena antes desconocido. Estas películas se centran, pues, en las relaciones de respeto mutuo entre los jefes rebeldes y el valor de los lealistas indios, y critican las maniobras de los oficiales británicos. El Imperio británico ha dado nacimiento a una brillante filmografía sobre las cualidades de los ejércitos en presencia, desde *The Charge of the Light Brigada* (La carga de la Brigada Ligera, 1936), de Michael Curtiz, a *Zulu Dawn* (Amanecer zulú, 1979), de Douglas Hickox. En esta última obra, rodada con un amplio presupuesto, el director critica abiertamente la solución final ideada por el gobernador de Natal, en Sudáfrica (en contra de la opinión del primer ministro británico Disraeli), para erradicar el «problema zulú».

Ciclos análogos podemos ver en la filmografía francesa, salvo que el heroísmo deja paso, bajo la III República, a retratos novelescos más templados en los que la mafia se mezcla, en las ciudades, con militares desmovilizados. En todos los casos, las revueltas se rememoran de manera poco espacial y jamás se muestran en una continuidad temporal que tenga sentido para el público.

En 1949 *Les conquérants solitaires* [Los conquistadores solitarios], de Claude Vermorel, antiguo asistente de Abel Gance, expresan su desesperanza y su fastidio por la colonización de África. Esta película, testimonio comprometido de un cierto «culpabilismo» francés, tendrá su continuidad unos veinte años más tarde en la serie televisiva *Yao*, que se jacta de la riqueza de las relaciones humanas en un África anterior a la conquista. La serie tendrá aceptación entre el público. Asimismo, Jean-Luc Godard expresa las dudas y la confusión de la mayoría de los franceses cuando hace decir al *Petit soldat* [Soldadito] (1963):

> Yo estoy muy orgulloso de ser francés, pero al mismo tiempo estoy contra el nacionalismo. Se defienden ideas, no se defienden territorios. Quiero a Francia porque quiero a Joachim Du Bellay y a Louis Aragon. Amo a Alemania porque me gusta Beethoven [...] y no me gustan los árabes porque no me gusta el desierto ni el coronel Lawrence, y menos aún el Mediterráneo y Albert Camus.[14]

---

[14] Citado en Michel Marie, «Godard et le mythe de la guerre révolutionnaire», en Sylvie Dallet, *Guerres révolutionnaires*, *op. cit.*

La victoire en chantant [La victoria cantando], de Jean-Jacques Annaud (1976), abre para Francia un período irrespetuoso, seguido por las obras de Bertrand Tavernier o de Claire Denis. Curiosamente, las realizaciones humanistas de la década de 1990, tales como *Fort Saganne*, de Alain Corneau (1984), *Indochine* [Indochina] (1992) de Régis Wargnier, o *Les caprices d'un fleuve* [Los caprichos de un río], de Bernard Giraudeau (1995), se sirven a la vez de una reserva de imágenes espléndidas y manejan una cámara lenta que se regodea en la humillación de los cuerpos. Mientras la filmografía anglo-estadounidense se mueve nerviosamente en el montaje apretado de los acontecimientos, la francesa explora aún la humedad de lo cotidiano, en un desencanto sensible por los ideales de la República.

Finalmente, la perspectiva occidental, por rápida que sea, no estaría completa sin el estudio de los casos soviético e israelo-palestino. Cortando con los ciclos largos de la construcción de la Historia, ambas filmografías modifican por anamorfosis complejas las evoluciones lentas observadas en el panorama general. En los dos casos, la definición de la colonización es menos neta que en los ejemplos anteriores. Mientras que los soviéticos repudiaron la noción de imperio para los socios en red, la tragedia de Palestina va mucho más allá de una definición semántica. En realidad, tales espacios de fractura, alrededor del Mediterráneo y hasta los Balcanes, son testigos del entreveramiento de las civilizaciones marítimas y montañesas, ferozmente individualistas y al mismo tiempo muy favorables a los intercambios. La situación de estas sociedades, inestables y tradicionales a un tiempo, ha dado lugar, proporcionalmente, a una importante filmografía.

El análisis de las cinematografías no rusas (por ejemplo las de las repúblicas armenia, kirguís, georgiana)[15] permite destacar *leit-motivs* muy diferentes del mensaje colectivo voluntarista de la cinematografía rusa. Aquéllas reivindican ciclos culturales ligados a una filosofía consuetudinaria anterior a la sovietización. La película rusa corresponde la mayor parte de las veces a una estética de la decisión, en una perspectiva de redención y progreso que la aproxima a la intriga estadounidense. Por el contrario, las filmografías no rusas desarrollan una serie de rechazos metapolíticos que se plasman en un imaginario cultural y filosófico contestatario. Éste, articulado sobre estructuras narrativas propias del cuento, funciona en una burbuja, decididamente impermeable a las sirenas ru-

[15] Sylvie Ballet, «Culture et politique dans les cinématographies arménienne, georgienne e kirghize», en *Communisme*, CNRS, Paris, 1984.

sas. La distracción, el anacronismo, la costumbre ofrecen una panoplia de respuestas a un imperialismo ruso al que nunca se designa explícitamente. Sin embargo, las alusiones abundan, como las conversaciones de los liberadores de Armenia en un cementerio (*Los hermanos Saroyán*, de A. Airapetián y A. Abramián, 1968). Las películas no rusas tratan, hasta el desmantelamiento de la URSS, de los progresos traídos por los soviets (y la electricidad...) pero se niegan a reforzar el imaginario cultural del régimen. Este disperso frente de rechazo se lee a través de múltiples ceremonias llevadas a cabo en el seno de la célula familiar. Tales obras, fortalecidas por su provocadora indiferencia hacia la representación política dominante, favorecen y refuerzan exigencias desconocidas de las filmografías consensuales occidentales: una paradoja cotidiana y la belleza de lo vivo.

En un registro más duro, la filmografía israelo-palestina manifiesta sus vagabundeos a través del registro de la dramaturgia trágica. Esta matriz, por el momento, se encuentra estrechamente ligada a las descripciones guerreras, cuyo ejemplo más acabado es *Sadot Yerukim* (*Green Fields* —Verdes campos—, 1989), de Yitzhak Tzepel Yeshurun, que desmonta los mecanismos de la violencia a través de un picnic alucinado de una familia extraviada en territorio palestino.

A comienzos del siglo XXI, la representación del colonialismo revela un verdadero andamiaje mental que hace coexistir las memorias individuales con culturas de rechazo más o menos explícitas. Por ejemplo, la parte correspondiente a las rivalidades locales queda escasamente representada en el imaginario fílmico del colonialismo. Hasta el día de hoy, la cinematografía turca no ha recordado nunca el genocidio perpetrado contra los armenios, y muy raramente el problema kurdo, mientras que la filmografía armenia de la ex URSS sigue impregnada de aquel desastre.

En realidad, el imaginario del colonialismo depende mayoritariamente de Estados Unidos, a partir de substratos humanistas intercambiables: las películas de gran espectáculo funcionan con efectos de máscara, adoptando una norma aseptizada sin demasiada sensibilidad histórica. Asistimos, teniendo en cuenta las reglas tácitas de la distribución internacional, a una lenta sustitución de los valores colectivos que, frente a las pasiones amorosas y al honor (tipo «conquistadores solitarios»), prefieren una moral universalista a veces muy próxima a la antigua tradición del «peso del hombre blanco». Esta intelectualización del sentimiento es propio de la civilización occidental a partir de la década de 1980, como pueden atestiguar las múltiples versiones de *Cristóbal Colón* o la serie etnológico-modernista *Indiana Jones*. La psicología de estos nuevos héroes nos

recuerda el comportamiento de Mr. Spock, el venusiano[e] híbrido de la nave intersideral *Enterprise*, llevada a la pantalla en la década de 1960, cuya sensibilidad es el reflejo inverso de su comprensión científica de los datos...

La representación mayoritaria del colonialismo engloba en un mismo consenso las miradas, antaño separadas, de Europa y de América. El público percibe su efecto de semejanza, pero sin poder identificarlo, carente de conocimientos históricos precisos. Resumiendo, la ideología de Walt Disney adaptada a la película histórica proporciona un horizonte técnico a la interpretación del pasado (las producciones emigran a través de la Historia al igual que a través de los espacios interplanetarios). El pasado se expresa como un paisaje colectivo sin extrañeza, es decir, sin identidad fuerte. Así pues, la colonización vuelve a ser el museo imaginario de la ficción: las metamorfosis del presente ignoran el substrato de una historia colectiva cuya narración parece que se remita siempre al montaje de los archivos comentados.

---

[e] En realidad, Mr. Spock es de un planeta llamado Vulcano. [N. del T.]

La negritud: ¿una forma de racismo heredada de la colonización francesa?
*Reflexiones sobre la ideología negroafricana en Mauritania**

Mariella Villasante Cervelló

Un tigre no va proclamando su tigritud.
WOLE SOYINKA

En el marco de los estudios africanistas estamos acostumbrados a los discursos eruditos y a veces ordinarios que subrayan la ideología racista de los colonizadores europeos hacia los pueblos africanos, más o menos conquistados según las regiones o los períodos históricos considerados. Sin embargo, suele silenciarse de forma regular un elemento igualmente importante para comprender el pasado y el presente de estos pueblos: el hecho de que ciertos pueblos conquistados, dominados y colonizados hayan adoptado las mismas ideologías europeas de la raza, en boga en los escritos (llamados cultos) de la antropología física del siglo XIX y de la primera mitad del XX. Textos antropológicos que legitimaban sobre todo la idea de la superioridad de la raza blanca y las prácticas racistas de los agentes de la colonización francesa en África.

Uno de los mejores ejemplos de la adopción de la ideología racial importada de Europa a África es sin duda el de la ideología de la negritud, forjada y desarrollada por intelectuales africanos (especialmente por Léopold Sédar Senghor) y antillanos (entre ellos Aimé Césaire) en la década de 1930. Transportada a los campos de lo político, la negritud continúa actuando en nuestros días en países como Mauritania y el vecino Senegal. La hipótesis que querría proponer aquí es que la negritud es una forma de racismo diferencialista —un racismo que con-

* Por su valiosa ayuda para la redacción de este trabajo, doy las gracias a Christophe de Beauvais, Hélène Claudot-Hawad, Paulo de Moraes Farias, Jim Searing y Saskia Walentowitz.

sidera a una entidad humana como distinta—, heredada de la colonización francesa y completamente extraña a las ideologías de la alteridad social y de los conceptos del otro entre los pueblos africanos. Luego me centraré en la cuestión de la influencia de la negritud en el surgimiento de los movimientos políticos «negroafricanos» en Mauritania, y este punto será el trasfondo histórico e ideológico de las violencias políticas, expuestas en términos raciales, y de las terribles matanzas que tuvieron lugar en Mauritania y en Senegal en 1989.

Adelantar que la ideología de la negritud es una forma de racismo diferencialista heredado de la colonización francesa puede parecer escandaloso; sin embargo, esta propuesta no es nueva. Al abordar el tema del diferencialismo social, Bourdieu constata que:

> [...] la negritud a la manera de Senghor acepta ciertos rasgos de la definición dominante del negro, tal como la sensibilidad, [pero] olvida que la «diferencia» no aparece hasta que se toma, respecto al dominado, el punto de vista del dominante y que eso mismo que sirve para diferenciar [...] es producto de una relación histórica de diferenciación.[1]

De manera más concreta, Wieviorka recuerda el problema de la herencia occidental en las sociedades colonizadas, en particular la recuperación de la noción de «raza» asociada a la identidad social:

> Se constata que la idea de raza, en el momento en que es abandonada por la mayor parte de las autoridades científicas y morales del mundo occidental, va acompañando en su camino a aquellos a los que hasta ahora estigmatizaba, oprimía o excluía. Este camino es a veces un producto sorprendente de un relativismo cultural llevado al extremo. [...] Pero lo más espectacular, aquí, va bastante más allá de este itinerario intelectual; se halla en el desarrollo, sobre un fondo de despertar nacionalista y de acción anticolonialista, de corrientes identitarias que oscilan entre definiciones de sí mismas más bien culturales, históricas y políticas, o más bien raciales —con llamamientos, entonces, a la africanidad o a la negritud, o el proyecto de un «Black Power».[2]

---

[1] Pierre Bourdieu, *La domination masculine*, Le Seuil, París, 1998, p. 70 [ed. cast.: *La dominación masculina*, trad. Joaquín Jordá, Anagrama, Barcelona, 2005].

[2] Michel Wieviorka, *L'espace du racisme*, Le Seuil, París, 1991, p. 61.

En una palabra, «los dominados también pueden apropiarse del tema de la "raza"»[3]. Sin embargo, como precisa Wieviorka, el «racismo» es mucho más que una simple idea de exclusión o de rechazo de la alteridad. Definido de manera más concreta, implica «la presencia de la idea de un nexo entre los atributos o el patrimonio (físico, genético o biológico) de un individuo (o de un grupo) y sus caracteres intelectuales y morales». En este sentido la negritud es una forma de racismo diferencialista.

Con todo, se constata que los análisis de esta cuestión en Francia son aún infrecuentes, por no decir casi inexistentes (por lo que sé) para casos específicos como el de la negritud. ¿Es así porque la idea de una afirmación racial, que lleva al desarrollo de prácticas racistas, parece inconcebible entre poblaciones «negras», ex colonizadas —dando por sentado que los europeos tienen el monopolio del racismo—? ¿O porque la ideología neocolonial de victimización de los africanos impide todavía un análisis de la negritud? A menos que sea así porque no se osa recordar que la negritud fue legitimada ampliamente por ilustres intelectuales franceses como Sartre, Griaule, Balandier, Gide, o Monod —por citar sólo a éstos—, lo que pondría en entredicho sus aportaciones a otros problemas sociales.[4]

La ideología de la negritud. Un racismo diferencialista

Si a Aimé Césaire, poeta antillano de Guadalupe, se le reconoce habitualmente el haber inventado el término «negritud», Léopold Sédar Senghor fue su principal divulgador e ideólogo. Césaire, Senghor y, más tarde, Léon-Gontran Damas, forjan el concepto durante sus estudios en París; será empleado por primera vez por Césaire en la revista *L'étudiant noir* [El estudiante negro] en 1931.[5]

Durante toda su vida política y literaria Senghor se dedicará a profundizar el sentido de este concepto. Para captar mejor todas sus implicaciones, he aquí un extenso pasaje de la introducción de *Liberté I, Négritude et humanisme* [Li-

---

[3] Michel Wieviorka, *Le racisme, une introduction*, La Découverte, París, 1998, p. 22.

[4] Citemos aquí las concepciones existencialistas de Sartre, las investigaciones sobre la cosmogonía de los dogon de Mali de Griaule y los estudios pioneros sobre la relación entre colonos y colonizados de Balandier, y su teoría sobre el desorden social.

[5] Joseph Roger de Benoist, *Léopold Sédar Senghor. Suivi du témoignage de Cheikh Hamidou Kane*, Beauchesne, París, 1998, p. 33.

bertad I, negritud y humanismo], recopilación de textos escritos por Senghor sobre este tema desde la década de 1930 en adelante:[6]

> Ya lo sé, no faltarán las querellas para el autor sobre la idea de negritud. Blancos y negros. Temo que esto sea una querella de palabras, no de ideas. La negritud es lo que los anglosajones designan con la expresión «personalidad africana». No hay más que entenderse respecto a las palabras. ¿Por qué estos, si no, habrían luchado por la independencia si no era para recuperar, defender e ilustrar su personalidad africana? La negritud es, precisamente, la vertiente negra de esta personalidad, siendo la otra la árabe-bereber. En toda esta querella, más allá o más bien más acá del término, hay un complejo que se teme diagnosticar. Y curar.
>
> La negritud, pues, es la personalidad colectiva negroafricana. Es curioso oír cómo algunos nos acusan de fascismo y predican, en cambio, la «civilización grecolatina», la «civilización anglosajona». ¿No es así, mi querido Denis de Rougemont? No son acaso eminentes europeos —un Maurice Delafosse, un Leo Frobenius— los que nos han hablado de una «civilización africana»? Y tenían razón. Nosotros nos hemos contentado con estudiarla —viviéndola— y con darle el nombre de negritud. He dicho «nosotros». Ya me olvidaba de dar a Césaire lo que es de Césaire, pues es él quien ha inventado la palabra en los años 1932-1934.
>
> La negritud no es, pues, racismo. Si en un primer momento se hizo racista, era por antirracismo, como observó Jean-Paul Sartre en *Orphée noire* [Orfeo negro]. En realidad, la negritud es un humanismo. Es el tema de este primer tomo de *Liberté*.
>
> Sería tonto negar que hay una raza negra, mestizada, hoy ya, con árabe-bereberes y khoisan. Sin embargo, para nosotros, la raza no es una entidad o una sustancia. Es la hija de la Geografía y de la Historia; en otras palabras, es la Geografía multiplicada —por tanto modificada— por la Historia. Pero no deja de ser una realidad. No en el sentido de Hitler, sino en el de Pierre Teilhard de Chardin.
>
> Pues bien, la negritud es, como me gusta decir, el conjunto de los valores culturales del mundo negro, tal como se expresan en la vida, las instituciones y las obras de los negros. Digo que se trata de una realidad: un nudo de realidades. No somos nosotros quienes hemos inventado la expresión «arte negro», «música negra», «danza negra». Y tampoco nosotros hemos hablado de la ley de «participación». Han sido los blancos europeos. Para nosotros, nuestra preocupación desde los años 1932-

---

[6] Senghor, L. S., *Liberté I*, Seuil, París, 1964, pp. 8-9. Con el mismo título genérico se publicaron *Liberté II, Nation et voie africaine au socialisme*; *Liberté III, Négritude et civilisation de l'universel*; *Liberté IV, Socialisme et planification*; *Liberté V, Le dialogue des cultures* (Le Seuil).

1934, nuestra única preocupación ha sido asumir esta negritud, viviéndola y, habiéndola vivido, profundizar en su sentido. Para presentarla al mundo como una piedra angular en la edificación de la Civilización de lo Universal, que será la obra común de todas las razas, de todas las civilizaciones diferentes —si no, no lo será—.

Es en ese sentido en el que decimos que la negritud abierta es un humanismo. Y se ha enriquecido singularmente con las aportaciones de la civilización europea, y a su vez la ha enriquecido. [...]

Si hay raza —y ¿cómo negar que la hay?—, la que le habla aquí es una voz sin odio. Nosotros lo hemos olvidado todo, como sabemos hacer: los doscientos millones de muertos de la trata de negros, las violencias de la conquista, las humillaciones del indigenado. Sólo hemos conservado las aportaciones positivas. Nosotros hemos sido el grano que se pisa, el grano que muere, para que nazca la civilización nueva. A escala del hombre integral.

Este texto es doblemente paradójico. En primer lugar, explicita el substrato eminentemente «racial y cultural» de la negritud, pero la definición que da de ella es perfectamente incoherente. Así pues, Senghor afirma que la negritud es la «vertiente negra» de la personalidad africana, siendo la otra la «árabe-bereber». Más adelante rechaza la acusación de racismo arguyendo que son los europeos (Frobenius y Delafosse) quienes han hablado los primeros de «civilización negroafricana»; y más allá recuerda que, si la negritud se ha hecho racista «en un primer momento» ha sido por antirracismo (según la extraña palabra de Sartre). Ulteriormente, sostiene que la «raza» es una realidad y no una sustancia, cuando su propia definición de negritud subraya los «valores culturales» de los «negros». Por otra parte, hablando de colonialismo, hace creer que sólo los «aportes positivos» han sido incluidos en la ideología de la negritud, en detrimento de todos los aspectos negativos, tales como la trata y las violencias coloniales. Resumiendo, Senghor quiere negar una acusación de racismo que ya fue presentada en la década de 1960, pero lo hace de manera tan contradictoria que, a fin de cuentas, él mismo aporta los argumentos para una crítica distanciada.

La oposición racial de los negros y de los árabe-bereberes

El tema de la oposición de los negros y de los árabe-bereberes en África no es europeo, sino que probablemente hunde sus raíces en las ideologías árabes forjadas tras las conquistas islámicas. Así, como observa Marc Ferro, «en un primer momento ser árabe y musulmán era prácticamente equivalente, pero a medida

que progresaron las conversiones al islam, casi siempre por la fuerza, apareció una nueva categoría, la de los no árabes convertidos al islam»[7]. Entre estos últimos se hallan los pueblos africanos, englobados bajo la denominación de *sūdān* (sing. *sūdānī*). La ética islámica no distingue entre «razas superiores o inferiores»[8], sino que clasifica a los pueblos en función de sus creencias religiosas. Sin embargo, la expansión musulmana creó un nuevo tipo de discriminación racial. Bernard Lewis explica este importante cambio de actitud por tres hechos nuevos: la conquista implica el establecimiento de diferencias entre «conquistadores» y «conquistados», y los musulmanes no árabes fueron considerados inferiores. El segundo hecho es el aumento de los conocimientos por parte de los árabes acerca de lugares alejados; así asociaron la piel clara con las civilizaciones más desarrolladas, y a los hombres de piel oscura con las civilizaciones menos desarrolladas. Finalmente, el tercer hecho nuevo es la expansión de la trata y de la esclavización de grupos no musulmanes, sin importar el «color» que tuviesen.

Habría que recordar, asimismo, que mucho antes de las colonizaciones europeas, pensadores árabe-bereberes, como el célebre Ibn Jaldún —que vivía en Túnez en el siglo XIV—, expresaban conceptos raciales próximos a los que iban a ser desarrollados por la antropología física europea del siglo XIX. Así, en la «introducción» de su historia universal, *El-Muqaddima* (Los prolegómenos), Ibn Jaldún desarrolla la idea (heredada de los griegos) de que el clima tiene influencias directas sobre el estado de la civilización y sobre el carácter de los pueblos. Los *sūdān* y los *saqāliba* (eslavos) pertenecen a pueblos «de carácter bestial», y esta identificación descansa sobre caracteres naturales. Respecto de los *sūdān*, Ibn Jaldún escribe:

> Los negros del Sudán[a], ya lo hemos visto, se caracterizan generalmente por la ligereza (*jiffa*), la inconstancia (*taish*) y la emotividad (*kathrat et-tarab*). Tienen ganas de bailar en cuanto oyen música. Se les considera estúpidos. Y es que, según los filósofos, la alegría y el contento son resultado de la dilatación y la difusión del espíritu animal (*rūh hayawānī*). Por el contrario, la tristeza se debe a la contracción de éste. [...] Ahora bien, los negros viven en los países calientes. El calor domina su tem-

---

[7] M. Ferro, *Histoire des colonisations*, Le Seuil, París, 1994, p. 238.

[8] Bernard Lewis, *Race et esclavage au Proche-Orient*, Gallimard, París, 1993, p. 85.

[a] Con el término «Sudán» se quiere dar a entender aquí el África sudánica, es decir, al África que va aproximadamente de Senegal al Sudán actuales y cubre todo el Sáhel. [N. del T.]

peramento y su formación. [...] Egipto es otro ejemplo de esto. Los egipcios son notables por su alegría, su ligereza y su despreocupación.[9]

Los pueblos *sūdān*, considerados «paganos, no civilizados», se convertirán en objeto elegido para la servidumbre —se hacía cada vez más difícil obtener esclavos eslavos— y serán clasificados en la periferia extrema de la nueva categorización estatutaria de dominación por parte de los árabes.

En *Histoire des colonisations* [Historia de las colonizaciones], al abordar el tema del racismo de los no europeos, Marc Ferro destaca que «la tradición anticolonial, convertida en tercermundista en estos últimos decenios, ha permanecido silenciosa durante mucho tiempo también sobre el papel y las responsabilidades árabes en la trata y la esclavitud, y sobre su racismo también»[10]. De todos modos, como explica Ferro, el argumentario esclavista ha sido también agrandado y exagerado, y «los trabajos y los coloquios sobre la trata y la esclavitud se refieren en su mayoría a la trata atlántica; ¿es fortuito?»[11] Yo respondería que no ha sido fortuito, pues la importancia desmesurada dada al tema de la trata no parece extraña a la influencia de la ideología de la negritud en Francia y en sus antiguas colonias.

Por otra parte, el tema de la trata ha sido influido en gran medida por las ideologías, que responsabilizan sólo a los europeos o a los árabes, pero tienen poco en cuenta la colaboración de los propios africanos en este comercio que fue lícito durante varios siglos. Se recuerda también la idea de que el comercio de esclavos es un hecho europeo, importado a África, lo que es perfectamente falso. En el marco de las jerarquías sociales africanas, las formas extremas de dependencia (o esclavitud doméstica), la esclavización y el comercio de esclavos forman parte de la historia de todos los pueblos mediterráneos, saharianos, sahelianos y subsaharianos.[12] Además, parece fuera de lugar seguir hablando de la trata de negros sin recordar al mismo tiempo las jerarquías estatutarias y las di-

---

[9] Ibn Jaldún, *Discours sur l'histoire universelle. Al-Muqaddima*, trad. Vincent Monteil, Thesaurus, Sindbad, París, 1997, pp. 133-134 [ed. cast.: *Introducción a la historia universal (Al-Muqaddimah)*, trad. J. Feres, FCE, México DF, 1977].

[10] M. Ferro, *op. cit.*, p. 237.

[11] *Ibid.*

[12] Ésta es una de las principales contribuciones de nuestro libro colectivo: Villasante-De Beauvais (comps.), *Groupes serviles au Sahara. Approche comparative à partir du cas des arabophones de Mauritanie*, CNRS Éditions, París, 2000. Véase en esta obra mi estudio «La question des hiérarchies sociales et des groupes serviles chez les Bidân de Mauritanie», pp. 277-322.

versas formas de servidumbre existentes en África, las cuales, mucho después de la salida física de los europeos de este continente, se perpetúan en países tales como Mauritania, Mali, Níger o Sudán.

Dicho esto, Senghor no se interesa en absoluto por las nuevas clasificaciones sociales surgidas de la conquista islámica en África. Prefiere, en cambio, inspirarse en las ideologías europeas y francesas que mecieron su educación en su país natal, Senegal. El padre de Senghor, también él católico, había empadronado a su hijo en la isla de Gorea (uno de los cuatro ayuntamientos de los «originarios» de Senegal) y lo había hecho bautizar. En 1914 Senghor fue enviado a estudiar a la misión católica francesa de Ngasobil, de los padres del Espíritu Santo. El propio Senghor da cuenta de la influencia de estos padres en su educación cuando escribe:

> [...] éstos habían comprendido que el primer movimiento de una buena educación consistía en arraigar al niño a su tierra, en los valores culturales de su pueblo, así como de su etnia. Sólo después de este arraigo una persona podía abrirse a las aportaciones fecundadoras de otras civilizaciones, siendo consideradas éstas «superiores», como creían estos bondadosos padres.[13]

El arraigo como modalidad de asignación estatutaria de los africanos a sus «valores», necesario para una apertura hacia la civilización superior de los europeos, expresa en otros términos la ideología de la negritud, que se habría enriquecido con las aportaciones de la civilización europea y de la cristiandad.

La legitimación de las teorías racistas por parte de la antropología física europea

Para fundamentar y legitimar desde un punto de vista «científico» la ideología de la negritud, Senghor se apoya en «eminentes europeos», como Maurice Delafosse y Leo Frobenius. Al leerlo podría pensarse que el hecho de que hayan sido europeos y no africanos los que han hablado los primeros de «civilización negroafricana» es para él una prueba de la veracidad de esta noción.

Y concreta su pensamiento sobre este punto al escribir:

---

[13] *Horizons Africains*, nº 33, 1970, citado por Joseph Roger de Benoist, *op. cit.*, p. 15.

Yo adopto la palabra (negro) después de haberlo hecho otros; es cómoda. ¿Hay negros, negros puros, negros de color negro? La Ciencia [*sic*] dice que no. Yo sé que hay, que ha habido una cultura negra, cuya área incluía a los países del Sudán [África sudánica, N. del T.], de Guinea [golfo de Guinea, N. del T.], del Congo en el sentido clásico de estas palabras. Escuchemos al etnólogo alemán [a Frobenius]: «El Sudán posee pues, también, una civilización autóctona y ardiente. Es un hecho que la exploración no ha hallado, en África ecuatorial, antiguas civilizaciones, vigorosas y frescas, en todos los lugares donde la preponderancia de los árabes, la sangre hamita o la civilización europea no hayan arrebatado a los negros falenas el polvo de sus alas antaño tan bellas. ¡Por doquier!» Cultura [...] una y unitaria: «Yo no conozco a ningún pueblo del norte que se pueda comparar a estos primitivos por la unidad de civilización.»

Civilización, quiero concretar: cultura que nace de la acción recíproca de la raza, de la tradición y del medio; la cual, tras haber emigrado a América, ha permanecido intacta en su estilo e incluso en sus elementos ergológicos. La civilización ha desaparecido, se ha olvidado; la cultura no se ha consumido. Y precisamente la esclavitud suplió al medio y a la acción disgregadora del mestizaje.[14]

La obra de Leo Frobenius citada es *Histoire de la civilisation africaine* [Historia de la civilización africana] (1933), traducida al francés en 1952, mientras que la principal referencia de Maurice Delafosse es *Les Nègres* [Los negros][b], publicado en 1927. Evidentemente estos etnólogos basaban sus reflexiones en el marco de la antropología física elaborada en el siglo XIX (aún en vigor en los primeros decenios del XX), que daba una interpretación biologista a las diferencias entre grupos humanos, clasificados según criterios raciales. En Alemania las obras de Frobenius provocan críticas en los medios universitarios. Sin embargo, este ostracismo resulta sorprendente pues, como destaca Izard[15], «las concepciones de Frobenius sobre la historia cultural de África, entre ellas la idea de un desarrollo cíclico de las civilizaciones, no se alejaban de las de buen número de sus colegas —entre ellos, F. Graebner y B. Ankermann—». En realidad Frobenius no es una mente inclasificable, como piensa Izard. Su concepción unitaria de la civilización africana, que pone en primer lugar a la expresión plás-

---

[14] «L'homme de couleur», *Présences*, Plon, 1939. Citado en *Liberté I*, *op. cit.*, pp. 22-23.

[b] Ed. cast.: *Los negros*, Labor, Barcelona, 1931, trad. de J. Gallardo. [N. del T.]

[15] Michel Izard, «Frobenius, Leo», en P. Bonte y M. Izard (comps.), *Dictionnaire de l'ethnologie et de l'anthropologie*, PUF, París, 1991, pp. 299-300.

tica, y su tesis de los «círculos culturales» (*Kulturkreisen*)[16] se basan en ideas simplistas, deterministas y racistas muy extendidas en las ciencias sociales europeas de la época. Tales ideas están presentes también en los trabajos de Delafosse, administrador colonial francés en África del Oeste (Costa de Marfil, Sudán francés [hoy se llama Mali], convertido en etnólogo y lingüista.[17]

Ahora bien, «hay que decirlo sin más, y muy claramente, las ciencias sociales han contribuido muy ampliamente a la invención del racismo, a su presentación bajo forma doctrinaria y académica»[18]. Es más, «[las ciencias sociales] han dado un lugar no escaso a la noción de raza», y con frecuencia la han convertido en una categoría permitiendo dar cuenta de la estructura, o del cambio de las sociedades, o del movimiento de la Historia —abriendo así la vía al racismo de los ideólogos—.

Sobre esta cuestión Bœtsch y Ferrié concretan:

> Para la antropología física, los hombres se estudian de entrada como divisiones dentro de una especie (para los monogenistas) o como conjunto de especies más o menos interfecundas (para los poligenistas); en otras palabras, el hombre se ve en primer lugar zoológicamente, según la expresión de Quatrefages (1865, III). [...] En realidad, así concebida —como configuraciones discretas que agrupan rasgos zoológicos limitados y comparables— la diversidad humana se prestaba a la clasificación linneana y a sus manifestaciones. [...] Sin duda podemos encontrar ridícula esta voluntad de clasificación, pero debemos considerar que es la manera más evidente de conocer, ya que simplifica y estabiliza a los seres. Esta manera de hacer podía parecer práctica —o al menos sin consecuencias— mientras se siguiese considerando a los grupos humanos en general, a partir de algunas distinciones «evidentes» —desde el punto de vista de la experiencia común— como los «colores». No obstante, hay que tener en cuenta ahora el hecho de que la antropología se desarrolló en el momento en que Europa colonizaba el mundo, y cuando las dinámicas nacionalistas se ponían en marcha; resumiendo, en el momento en que la diversidad era uno de los elementos sobresalientes de la experiencia común del mundo. [...] Para la antropología física se componía, pues, de grupos «raciales»: desde este punto de vista, las

[16] Frobenius considera que la cultura no es una simple suma de elementos y, a partir de la noción de morfología cultural, trata de captar la interdependencia orgánica de las culturas, consideradas como «formas vivientes», dotadas de un alma inmanente, y que forman círculos culturales (E. Conte, «Allemande (pays de langue)», en *Dictionnaire de l'ethnologie et de l'anthropologie*, *op. cit.*, p. 38).

[17] Gérald Gaillard, *Dictionnaire des ethnologues et des anthropologues,* Armand Colin, París 1997.

[18] Michel Wieviorka, *L'espace du racisme*, *op. cit.*, p. 26.

relaciones entre colectividades diferentes estaban regidas por la competencia más que por el consenso, por la dominación más que por la colaboración.[19]

Sabemos que las teorías raciales de la antropología física fueron ampliamente criticadas y superadas en el período de la segunda posguerra mundial, cuando el uso del término raza en los medios académicos se evitó cuidadosamente —salvo por los ignorantes—. Este término recordaba en efecto la vergüenza de las doctrinas nazis de superioridad de la raza aria.[20] Así, se forjaron y utilizaron en los escritos académicos de la posguerra conceptos antropológicos más complejos. Citemos aquí los trabajos de Fredrik Barth, antropólogo noruego que conceptualizó la noción de *grupo étnico* en 1969 —categoría de atribución e identificación operada por los propios actores—, y de *etnicidad* como identidad social en construcción, entre otras identidades sociales.[21]

El término «raza» —y sus derivados— sigue empleándose, sin embargo, en el lenguaje ordinario de la mayoría de las lenguas occidentales, quizá porque se basa en un sentido común concebido como «objetivo». Así pues, se distinguirá a las personas por su color de piel, de cabello o de ojos, y a ese color se le atribuirán caracteres morales. Así, mientras que «la raza se convierte en una noción anticientífica y nociva para los que se remiten a la ciencia y a la moral, es utilizada en su combate por los grupos dominados o excluidos»[22]. En este marco habría que situar, pues, el surgimiento y el desarrollo de la ideología de la negritud cuyo discurso central subraya la pertenencia de los negros a una «raza negra», y que naturaliza los rasgos de cultura de varios pueblos africanos englobándolos en una supuesta civilización negra tan globalizada como la civilización occidental (europea, deberíamos precisar). Lo que nos remite a las teorías antropológicas eurocéntricas defendidas por los «amos» de Senghor, es decir, por Frobenius y Delafosse, y que son, con mucha evidencia, del todo falsas. Una misma pigmentación de la piel no podría re-

[19] G. Bœtsch y J.-N. Ferrié, «De la modernité paradoxale, du point de vue de l'anthropologie physique, sur les groupes serviles au Sahara», en Mariella Villasante-de Beauvais (comp.), *op. cit.*, pp. 269-270.

[20] Élisabeth Tonkin, Maryon McDonald y Malcolm Chapman, *History and Ethnicity*, Routledge, Londres, y Nueva York, ASA Monographs 27, 1989, pp. 1-21.

[21] Fredrik Barth, introducción a *Ethnic Groups and Boundaries: The Social Organization of Culture Difference*, Universitetsforlaget, Oslo, 1969 (también George Allen & Unwin, Londres, 1970), en Philippe Poutignat y Jocelyn Streiff-Fenart, *Théories de l'ethnicité*, PUF, París, 1969, pp. 203-249. [De la obra de Barth hay ed. cast.: *Los grupos étnicos y sus fronteras*,. FCE, México, 1976.]

[22] Michel Wieviorka, *L'espace du racisme*, *op. cit.*, p. 61.

presentar una unidad de cultura y de civilización en África ni en ningún otro lugar. Y a pesar de ello numerosas publicaciones continúan saliendo en homenaje a Senghor, sin que se destaquen los rasgos racialistas de su ideología.

La negritud, racista por antirracismo

Senghor niega y afirma a la vez que la ideología de la negritud contenga racismo. Para legitimar esta postura se remite a Sartre, cuando escribe, en *Orphée noir* [Orfeo negro][23], las extrañas opiniones que incluimos aquí:

> El negro, como el trabajador blanco, es víctima de la estructura capitalista de nuestra sociedad: esta situación le desvela su estrecha solidaridad, más allá de los matices de piel, con ciertas clases de europeos oprimidos como él; esta situación incita a proyectar una sociedad sin privilegios en la que la pigmentación de la piel será considerada un simple accidente. Sin embargo, si la opresión es una, se circunstancia según la historia y las condiciones geográficas: el negro es su víctima, por ser negro, como indígena colonizado o africano deportado. Y ya que lo oprimen en su raza y a causa de ella, es de su raza de lo que tiene que tomar conciencia en primer lugar [...]. La unidad final que acercará a todos los oprimidos en el mismo combate debe ser precedido en las colonias, por lo que yo denominaría el momento de la separación o de la negatividad: este racismo antirracista es el único camino que pueda llevar a la abolición de las diferencias de raza.

Para Sartre, la lucha de los oprimidos tiene dos pesos y dos medidas: en las colonias, el combate debe basarse en la defensa de la diferencia de los negros —que no es un «racismo antirracista» como él pretende, sino una forma de racismo sin más—. Todo esto es como si, para Sartre, la «pigmentación de la piel» y la pertenencia «racial» fuesen cualidades tan objetivas como la opresión colonial. Y, en efecto, todos los que escribían en revistas como *Présence Africaine*[24]

[23] Jean-Paul Sartre, «Orphée noir» (Prefacio a L. S. Senghor, *Anthologie de la nouvelle poésie nègre et malgache de langue française*), *Les Temps Modernes*, 37, París, 1948.

[24] En su primer número, que apareció en diciembre de 1947, bajo la dirección de Alioune Dipo, tenemos entre otras cosas artículos de E. Mounier, A. Gide, Th. Monod, M. Griaule, J.-P. Sartre, P. Masson-Oursel, G. Balandier, P. Naville, C. Bettelheim, P. Rivet, M. Leirir, P. Mercier, L. S. Senghor, Dia Cissé, Birago Diop, B. B. Dadié y R. Remondon. Entre los colaboradores franceses habituales se encontraban Gilles Martinet, Théo Bernard, Gérard Rosenthal, David Rousset, Paul Rivet y M. Leiris (Fernando Neves, *Negritude, independência, revolução*, Éditions Etc.,

compartían estos puntos de vista racialistas influidos por las doctrinas de la antropología física y, quizás también, por un etnocentrismo implícito e inconsciente. Bourdieu constata, con razón —yo lo recordaba antes— que la afirmación de la diferencia no deja de ser una forma de esencialismo, presente en la negritud de Senghor, que hacía suya la definición de los europeos dominadores sobre los negros dominados, cuya particular sensibilidad sería el «rasgo dominante».

Los caracteres raciales de los negros: substancialismos y diferencialismos

La negritud defendida por Senghor vuelve no sólo al tema de la «sensibilidad», sino también a todos los rasgos o más bien a los demás prejuicios que los europeos dominantes habían forjado sobre el «negro», en especial en tiempos de la colonización. En los escritos de Senghor también se habla de alma negra, de sensibilidad emotiva, de humor, de animismo:

> *La emoción es negra, al igual que la razón es helena* [...]. La propia naturaleza de la emoción, de la sensibilidad del negro, explica la actitud de éste ante el objeto, percibido con tal violencia esencial. Sin embargo, como el negro es emotivo, el objeto es percibido a la vez en sus caracteres morfológicos y en su esencia. Se habla del realismo de los sentimentales, de su falta de imaginación. Realismo negro que, en las situaciones inhumanas, será la reacción de lo humano para llegar al humor. Por el momento diré que el negro no puede imaginar el objeto diferente de él en su esencia. Le confiere una sensibilidad, una voluntad, un alma de hombre, pero de hombre negro. Como se ha constatado, esto no es exactamente antropomorfismo. Los genios, por ejemplo, no tienen siempre figura humana. Se habla de su animismo: yo diría su antropopsiquismo. Lo que no es necesariamente negrocentrismo...[25]

París, 1975, p. 85). Otros intelectuales se vieron influidos por la ideología de la negritud; citemos aquí a D. Forde (*African Worlds*, Oxford University Press, Londres, 1954 [ed. cast.: *Mundos africanos*, FCE, México D. F., 1959, trad. de M. Hernández Barroso], Cheikh Anta Diop (*Nations nègres et culture*, Présence Africaine, París, 1955), Franz Fanon (*Les damnés de la terre*, Maspero, París, 1961 [ed. cast. ya mencionada anteriormente], y J. Suret-Canale (*Afrique Noire*, Éditions Sociales, París, 1968, 3 vols. [ed. cast.: *África Negra*, trad. de A. Vareal, Editora Política, La Habana, 1963]). Finalmente, aparecen varias revistas para transmitir las ideas de la negritud; citemos aquí *Africa* (International African Institute, Londres), los *Cahiers d'Études Africaines* (EPHE, EHESS, París), y *Présence Africaine* (revista cultural del mundo negro, París) (Neves, *ibid.*, pp. 23-24).

[25] «Ce que l'homme noir apporte», *Présences*, citado en *Liberté I*, *op. cit.*, p. 24.

Se mencionan asimismo otros rasgos de los negros: la importancia de la palabra, de la música negra y de la danza[26] y, sobre todo, de la emotividad:

> Así pues, el negro se define esencialmente por su *facultad de emocionarse*; y justamente el conde de Kayserling habla de su «vitalidad borrascosa» y del «gran calor emocional de la sangre negra» [en *Méditations sud-américaines* —Meditaciones sudamericanas], p. 82—. Sin embargo, lo que emociona al negro no es el aspecto exterior del objeto, es la *realidad* o, mejor aún —pues «realismo» se ha convertido en sensualismo—, su *subrealidad*. [...] Es decir, el negro es un *místico*. Así pues, lo subreal lo alcanza, pero con tal violencia *esencial* que abandona su yo para adherirse al *objeto*, para conocerlo identificándose con él. Actitud de abandono, de asimilación, no de dominación: *actitud de amor*.[27]

No se podrían explicar mejor las ideas esencialistas, diferencialistas y altamente reduccionistas aplicadas a los diversos pueblos de África, englobados en una denominación basada en la idea falaz de la unidad de una «raza negra». La ideología de la negritud se presenta así como una forma de racismo que, según P. Taguieff, postula la irreductibilidad de las diferencias culturales: «Un racismo que, a primera vista, no postula la superioridad de ciertos grupos o pueblos con respecto a otros, sino "solamente" la nocividad de la supresión de fronteras, la incompatibilidad de los modos de vida y de las tradiciones.»[28] Si este racismo diferencialista, presente en los países anglosajones, no tiene como tema dominante la herencia biológica y la raza, éstas son, por el contrario, prioritarias en la ideología de la negritud de Senghor. De tal modo que la diferencia esencial de la cultura negra y de la raza negra queda «naturalizada». Los pueblos negros quedan encerrados en «una genealogía, una determinación de origen inmutable, intangible»[29]. Más concretamente:

> El racismo diferencialista es, desde el punto de vista lógico, un metarracismo o lo que podríamos llamar un «racismo de segunda posición», que se presenta como si hubiese aprendido las lecciones del conflicto entre racismo y antirracismo, como una

[26] Senghor, *Liberté I*, *op. cit.*, pp. 32 y 36.
[27] *Ibid.*, pp. 70-71.
[28] Étienne Balibar y Emmanuel Wallenstein, *Race, nation, classe*, La Découverte, París, 1997 (1988), p. 33.
[29] *Ibid.*

teoría políticamente operativa de las causas de la agresividad social. [...] Habría que respetar el «umbral de tolerancia», mantener las «distancias culturales», es decir, en virtud del postulado que hace que los individuos sean los herederos y portadores exclusivos de una única cultura, segregar las colectividades (la mejor barrera sigue siendo, en este caso, la frontera nacional).[30]

El racismo diferencialista conduce, en efecto, a oposiciones políticas, con frecuencia violentas, pensadas y vividas como luchas raciales. Volveré sobre ello en la segunda sección de este trabajo, centrada en los trágicos acontecimientos de 1989 en Mauritania y Senegal.

Otro paso de un discurso de Senghor sobre el tema «Elementos constitutivos de una civilización de inspiración negroafricana»[31], ilustra bien la influencia de las teorías deterministas en el pensamiento de la negritud:

Tengo la intención de empezar por definir las *condiciones* de la civilización negroafricana, quiero decir el medio físico y la infraestructura económica que determinan en gran parte las superestructuras sociales y culturales. Alguien podrá decir: «Pero éste es el método marxista.» A lo que responderé que hoy no se puede ignorar este método, que da forma al pensamiento contemporáneo. [...] Así pues, lo económico no es, ni siquiera para Marx, el único *determinante* en la formación de la sociedad. Está determinado a su vez por el medio natural. Y hay más, pues lo económico no determina la sociedad más que por ciertas mediaciones —razas, familias, grupos de todo tipo—. [...]

Podemos glosar a lo largo de toda una página el término «raza». Ello no impide que la palabra corresponda a una realidad, lo mismo que la palabra «civilización», que Marcel Mauss define como «un conjunto de fenómenos suficientemente numerosos y suficientemente importantes que se extienden a un número suficientemente considerable de territorios». Al tratarse de la raza podemos retener la definición que da, tras Vallois, el doctor Jean Price-Mars en su informe. Es un «grupo natural de hombres que presentan un conjunto de caracteres físicos hereditarios comunes». Lo que sorprende en los negros de América es la permanencia de caracteres ya no físicos sino psíquicos del negroafricano, a pesar del mestizaje, a pesar del medio nuevo. Que no se nos hable de «segregación». Naturalmente, la segregación explica en parte la permanencia de caracteres físicos, en particular el don

[30] *Ibid.*, p. 35.

[31] Senghor, *Présence Africaine*, II Congreso de Artistas y Escritores Negros, marzo-abril de 1959; citado en Senghor, *Liberté I*, *op. cit.*, pp. 252-286.

de la emoción; pero no lo explica todo, en especial entre los negros de América Latina, donde la segregación es menos real.[32]

En sus conclusiones Senghor resume sus consideraciones sobre la civilización negroafricana, y las características de los negros, esencializados y reducidos a características psíquicas que no tienen nada que envidiar a la descripción de «los caracteres de las razas europeas» que Kant presentaba en su *Antropología pragmática*[c]:

Recapitulemos los «temas» de la civilización negroafricana. En primer lugar está el entorno, el medio agrícola y pastoril que ha dado forma al cuerpo, sobre todo al temperamento y al espíritu del negroafricano. Éste se caracteriza por su facultad de emocionarse, definiendo la emoción como proyección en el mundo místico-mágico. En este mundo de la *participación*, los principales elementos del medio (el árbol, el animal, el fenómeno natural y el hecho material) se viven como imágenes-analogías, como *símbolos*. Esto explica las características originales de la religión, de la sociedad y del arte negroafricanos. La religión aquí es la doctrina, la técnica —dogma y ritos— que ligan al hombre vivo a Dios a través de los antepasados; la sociedad está hecha del tejido de instituciones que ligan unos a otros, a los grupos y a las personas. En cuanto al arte, es el instrumento más eficaz de la *comunión*, el hilo que conduce el influjo vital de unos a otros. Y, en otro plano, está la imaginación que, en su confluencia con el Deseo [*sic*] y con lo real, crea los *mitos*, es decir, las formas vivientes del mundo místico-mágico.[33]

Creeríamos estar leyendo las opiniones de Lévy-Bruhl sobre la mentalidad primitiva...[34] Lo que es cierto es que la ideología de la negritud expuesta por

---

[32] Senghor, *Liberté I*, *op. cit.*, p. 252-254. La afirmación es falsa. América Latina heredó de la colonización española un sistema particularmente estricto y racional de clasificación de los grupos étnicos según sus «orígenes raciales»; no olvidemos que la política racial de «limpieza de sangre» fue inventada ya en el siglo XIII por los cristianos de la España no ocupada por los reinos musulmanes (algunos autores consideran este hecho como el origen del racismo europeo). Además, los esclavos de origen africano y sus descendientes han ocupado y siguen ocupando el escalón más bajo de la jerarquía social/racial en América Latina.

[c] Ed. cast.: *Antropología*, Alianza Editorial, Madrid, 1991.

[33] *Ibid.*, p. 283.

[34] Lucien Lévy-Bruhl, filósofo y profesor en la Sorbona, es el famoso autor de *La mentalité primitive*, publicado en 1922, obra en la que apunta que la mentalidad primitiva es mística y prelógica, es decir, insensible a la contradicción y a lo imposible. Esta mentalidad sería específicamente diferente de la «mentalidad civilizada». Su obra fue rechazada por la mayoría de los antropólogos de la época (J. Jamin, «Lévy-Bruhl», en *Dictionnaire de l'ethnologie et de l'anthropologie*, P. Bonte y M. Izard (comps.), PUF, París, 1991, pp. 419-420) [hay varias traducciones españolas].

Senghor trata de legitimarse imitando el discurso científico que se funda sobre evidencias visibles (la raza, el arte). Otro pasaje, extraído de una conferencia pronunciada por Senghor en la Universidad de El Cairo en 1967, es aún más concreto respecto a la «ciencia caracteriológica»:

> Pero, ¿qué es la cultura? En *Les lois psychologiques de l'évolution des peuples*, Gustave Le Bon[35] escribe: «La impresión más clara que yo he traído de mis viajes lejanos a los países más diversos es que cada pueblo posee una constitución mental tan sólidamente establecida como sus características anatómicas. Y de esta constitución mental derivan sus sentimientos, sus pensamientos, sus instituciones, sus creencias y su arte.»
>
> Esto es la cultura: la constitución psíquica que, en el seno de cada pueblo, explica su civilización. En otras palabras, *es cierta manera, propia de cada pueblo*, de sentir y de pensar, de expresarse y de actuar. Y esta «cierta manera», o carácter, como diríamos hoy, es el resultado de la simbiosis de la geografía y la historia, de la raza y del grupo étnico.
>
> Después de filósofos como Le Senne y Gaston Berger, la caracteriología se ha establecido y afirmado como disciplina autónoma, no sólo como ciencia de los individuos, sino también como ciencia de los pueblos. Se ha convertido en un instrumento indispensable para todos aquellos que dirigen a los hombres, y particularmente para los líderes políticos. Sin embargo, en su tratado sobre *La caractérologie ethnique* [Caracteriología étnica], el profesor Paul Griéger sitúa a los mediterráneos —árabes, latinoamericanos e incluso negros— en el mismo «tipo étnico»: el de los fluctuantes.[36]

Al saber científico, o más bien lo que pasaba por tal en los años 1920-1930, se le llama en ayuda de una ideología que no tiene nada que ver con la ciencia. En efecto, en el plano biológico y genético las razas no existen, y este hecho queda totalmente excluido del discurso de la negritud —incluso en los años ulteriores a la década de 1970.

Sin embargo, como anota Axel Kahn, sería erróneo afirmar que, ya que las razas no existen desde un punto de vista biológico, el racismo es ilegítimo y debe-

---

[35] G. Le Bon, *Lois psychologiques de l'évolution des peuples*, Librairie Félix Alcan, París, 1927, p. 19. Citado por L. S. Senghor, «The Foundation of "Africanité" or "Négritude" and "Arabité"», *Présence Africaine* (1967), 1971, p. 37.

[36] *Ibid.*, pp. 37-38.

ría desaparecer; «lo que sería como reconocer que, si existiesen, entonces el racismo sería de recibo». En realidad, las ideologías que subrayan la diferencia cultural representan la nueva forma de racismo; pero éste no tiene nada que ver con la ciencia (biológica o antropológica), ya que, como dice Kahn, «no existe definición científica de la dignidad humana, se trata de un concepto filosófico»[37].

La negritud ¿es una especificidad francesa?

Para acabar con estas observaciones sobre la negritud en Senghor, podríamos preguntarnos si esta ideología puede ser considerada como una especificidad francesa en África. Dicho de otra manera, ¿la negritud podría haber sido concebida por otros intelectuales africanos lusohablantes o anglohablantes? Según las opiniones de C. Coquery-Vidrovitch sobre esta cuestión, la negritud es sin duda una especificidad francesa:

> Es porque los francófonos se sintieron directamente amenazados en su propio ser («Haced que cada niño —se recomendaba a los enseñantes— sea un verdadero francés de lengua, de espíritu, de vocación») por lo que reaccionaron con un movimiento de nacionalismo cultural nacido de la voluntad de oponer al universalismo francés la afirmación de su identidad, que tenía también pretensiones de universalidad: la negritud. Y se debe sin duda a que los anglohablantes no sufrieron la misma alienación por lo que acogieron unánimemente la corriente [de la negritud] con un escepticismo sin indulgencia.[38] («Un tigre no proclama su tigritud», ironizaba el autor nigeriano Wole Soyinka.)

La negritud no es realmente un «nacionalismo cultural», como se ha visto. Por lo que respecta a la política colonial francesa, es cierto que se basaba en la defensa del universalismo civilizador del país de los derechos humanos:

> [...] al que corresponde la práctica de la asimilación de las poblaciones dominadas y, por consiguiente, la necesidad de diferenciar y de jerarquizar a los individuos y a los grupos en función de su mayor o menor aptitud o resistencia a la asimilación. Es esta forma a un tiempo sutil y aplastante de exclusión/inclusión la que se desplegó

---

[37] Axel Kahn, «Génie, biologie et racisme» en *Le Monde*, 5 de septiembre de 2001.
[38] C. Coquery-Vidrovitch, *L'Afrique noire*, PUF, París, 1993 (1974), p. 192.

en la colonización y en la variante más propiamente francesa (o «democrática») de la «carga del hombre blanco».[39]

Con todo, la ideología de la negritud no fue aceptada unánimemente en las ex colonias francesas de África. Algunas voces francohablantes, en el África occidental, se alzaron contra aquélla en la década de 1970. Así, J.-P. Ndiaye (1971) escribe: «La negritud es la negación de la lucha de clases»; Pathé N'Diaye (1972) considera «la negritud una teoría asimilacionista que renuncia explícitamente a lo esencial del patrimonio cultural y lingüístico africano: la negritud como una visión alienada e imperialista de la historia y del destino de los pueblos de África»; y S. Adotevi (1972) afirma:

> La negritud hoy es el discurso del neocolonialismo. La negritud es la manera negra de ser blanco. [...]
>
> La negritud vacía, vaga, ineficaz es una ideología. Mientras el «negro-poeta» no se inserte en el combate de su pueblo, mientras rechace traicionar a sus amos, será un negrólogo, negrófilo. Hará negritación, hará negritud. ¡Pero del negro no hablará en absoluto![40]

Hay que notar que estas críticas se centran sobre todo en la dimensión política de la negritud (¿es un instrumento de liberación o de neocolonialismo?), y en absoluto en su dimensión racial. Para matizar esta afirmación, citaremos las opiniones de A. Sékou Touré[41], organizador de la Guinea francesa independiente que, como respuesta a la publicación del *Orfeo negro* de Sartre, expresa su desacuerdo, aunque menciona una especie de esencia de la «personalidad africana»:

> La «negritud» es presentada por ciertos filósofos «desafricanizados» como un dato científico movilizador. Ahora bien, la negritud es un sinsentido que, por desgracia, continúa enseñándose en las escuelas africanas. Es una especie de negación de nosotros mismos esta definición de negros con relación al africano... Se trata de un producto de la Historia, un producto de las razas blancas que instauraron sistemas de dominio, de explotación y de opresión, y prácticamente el imperialismo y el co-

[39] Étienne Balibar y Emmanuel Wallerstein, *op. cit.*, pp. 37-38.
[40] Textos citados por Fernando Neves, *Négritude...*, *op. cit.*, p. 131.
[41] Antes de convertirse en un dictador sanguinario.

lonialismo... Es sintomático constatar que la negritud, hoy por hoy, a la hora de la independencia de África, se ha convertido de nuevo en el caballo de batalla de las fuerzas mistificadoras imperialistas que continuamente quieren retrasar su emancipación... Por consiguiente [...] los pueblos de África impondrán, a todos los intentos de subordinación y sometimiento de África, la personalidad africana, basada en un humanismo del que se está lejos de haber descubierto la quintaesencia...[42]

Así pues, la negritud sería una especificidad de la colonización francesa que defendía convicciones republicanas de asimilación de los indígenas, mientras que la colonización inglesa se llevaba a cabo «guardando las distancias», según el término de Ferro.[43] Es probable que la diferencia de métodos coloniales pueda explicar en parte el surgimiento de la negritud en un medio francohablante. Pero sólo en parte, pues, como ha explicado brillantemente Wole Soyinka[44], hombre de letras nigeriano, premio Nobel de Literatura en 1986, esta ideología fue forjada por una pequeña élite africana completamente occidentalizada que tenía poco que ver con los pueblos africanos —incluido Senegal, donde era la ideología oficial—, y su surgimiento dependió en buena parte de la participación directa de los intelectuales franceses en su construcción más dogmática. De hecho, contrariamente a la situación en Francia y en los países francohablantes, la negritud fue criticada de manera abierta y muy pronto por intelectuales africanos angloparlantes que, como Soyinka, no aceptaban sus fundamentos racistas, reduccionistas y eurocéntricos.

Soyinka, escritor y filósofo, hace una profunda crítica de la negritud en su libro *Myth, Literature, and the African World*:

No hay que subestimar nunca, ni minimizar, la visión de la negritud. Si ésta se ha desviado, ello se debe a lo que antes he designado como la invención de una ideología creadora que reposa sobre bases falsificadas de identificación de la visión social. En sí misma, esta visión era la de una restauración y una reconstrucción de una psiquis racial, la del establecimiento de una entidad humana diferente y de la glorificación de sus atributos asfixiados durante tanto tiempo. (Y, todavía a más

[42] A. Sékou Touré, *L'Afrique et la révolution*, Présence Africaine, citado en Neves, *op. cit.*, p. 131.

[43] Marc Ferro, *op. cit.*, p. 38.

[44] *Myth, Literature and the Africa World*, Cambridge University Press, Cambridge, 1976.

largo plazo, tomaba la forma de una alianza universal con todos los desposeídos del mundo.) Sin embargo, para alcanzar esta loable meta la negritud ha tomado la vía de una simplificación a ultranza.[45]

La segunda propuesta de Soyinka es que la presentación de los valores de la negritud no se basa en un verdadero esfuerzo de investigación del sistema de valores sociales africanos, sino más bien en una visión europea y maniquea de las sociedades y sobre silogismos racistas:

Su revalidación de los valores negros no es consecuencia de un intento profundo de penetrar en el sistema de valores africano, si no que ha valorado lo aparente. Sus referencias se han visto demasiado teñidas de ideas europeas, aun cuando estos mesías se proclamaban fanáticamente africanos. Tratando de refutar la evaluación a la que había sido sometida la realidad negra, la negritud ha adoptado la tradición maniquea del pensamiento europeo y la ha impuesto a una cultura que es absoluta y radicalmente antimaniquea. No contenta con aceptar la estructura dialéctica de los enfrentamientos ideológicos europeos, se ha servido de los propios componentes de su silogismo racista.[46]

Su tercera propuesta crítica se refiere a la contribución de intelectuales europeos en la creación de la negritud. Soyinka expone de manera muy clara e instructiva la participación de Jean-Paul Sartre en este proceso y asimismo en la legitimación de una ideología que se vio intoxicada por sus ideas marxisto-raciales:

Con el fin de desarrollar las ideas, ampliemos la clasificación propuesta por Sartre de la negritud, «término menor de una progresión dialéctica». La «afirmación teórica y práctica de la supremacía del hombre blanco en su tesis; la posición de la negritud como valor antitético es el fondo de la negatividad» (Sartre, *Orfeo negro*, 1948). Tal era la posición en la que se hallaba la negritud; presentamos ahora dos silogismos tomados de la filosofía racista que presenció su nacimiento:

a. El pensamiento analítico es un signo de desarrollo humano elevado. Ahora bien, el europeo emplea el pensamiento analítico. Así pues, el europeo ha alcanzado un nivel de desarrollo elevado.

[45] W. Soyinka, *op. cit.*, p. 126 (extractos traducidos por O. Demange).
[46] *Ibid.*, p. 127.

b. El pensamiento analítico es un signo de desarrollo humano elevado. Ahora bien, el africano es incapaz de pensamiento analítico. Así pues, el africano no ha alcanzado un nivel de desarrollo elevado.
(Se puede sustituir «pensamiento analítico» por inventividad científica, etc.)
[...].
Cosa curiosa, la negritud aprobó esta metodología parcial, aceptando sin reservas las premisas del silogismo y de la conclusión de «a», justificando el comentario de Sartre según el cual la afirmación teórica y práctica de la supremacía del hombre blanco era la tesis tácitamente adoptada, y fracasando totalmente en su destrucción. Nadie se ha opuesto jamás a la conclusión de «a», aun cuando se intentaba proponer nuevas definiciones de lo que constituye un desarrollo elevado. El método ha consistido en reconstruir enteramente «b» dejando «a» intacto. Éste ha sido el error inicial. La negritud no se ha tomado la molestia de liberar a la raza negra de la carga de su aceptación. La segunda premisa de «a», «el europeo emplea el pensamiento analítico» está también mal planteada, pues da por descontada una separación racial que proporciona el argumento central. Así pues, todo este ejercicio ¿no resulta vano desde el momento en que sustituimos esta proposición por «el hombre es capaz de pensamiento analítico»? Los representantes de la negritud no lo han hecho así, sino que han aceptado el campo de batalla de los prejuicios eurocentristas y del chovinismo racial, y han buscado sustituir el silogismo «b» por una versión enmendada:
c. La comprensión intuitiva es asimismo un signo de desarrollo humano. Ahora bien, el africano emplea la comprensión intuitiva. Por lo tanto, el africano ha alcanzado un nivel de desarrollo elevado.[47]

Para Soyinka no hay duda alguna: la proposición de Sartre sobre la superioridad de los europeos (que son quienes analizan), recogida por Senghor y otros cantores de la negritud, suena a racismo. Sobre los «negritudistas» escribe:

Dicen: pues sí, todos los Gobineau del mundo tienen razón; los africanos no reflexionan ni elaboran porque —claro— ¡proceden por intuición! Y han tratado de edificar un edificio romántico, convencidos de que sus ecos rítmicos engullirían la repugnante conclusión de la proposición «b», la cual, seguramente, se ha negado sin más a desaparecer.[48]

---

[47] *Ibid.*, pp. 127-128.
[48] *Ibid.*, p. 129.

Este tipo de premisa se vio reforzado constantemente por afirmaciones que subrayaban las pretendidas características «emotivas» de los negros. Así se aceptaba una de las blasfemias corrientes del racismo según la cual: «El hombre negro no tiene nada en el cerebro, y [se] intentaba subvertir el poder de la poesía para glorificar esta justificación inventada de arriba abajo por la dominación cultural europea.»[49]

Finalmente, Soyinka subraya la intoxicación de las ideas de Sartre en la construcción de una ideología de base racial; y sostiene igualmente que la finalidad deseada por Sartre era la trascendencia de los conceptos raciales en el marco de la lucha del proletariado. Con todo, lo que el filósofo francés ignoraba era que, por un lado, la negritud y la búsqueda de una identidad racial negra era asunto de una pequeña élite y que, por otro lado, la negritud (como ideología homogeneizante) era una especie de diversión respecto al surgimiento eventual de las luchas nacionales revolucionarias, y contra éste. En otras palabras, los portaestandartes de la negritud estaban representados más bien por la élite en el poder, por lo que no podían representar un verdadero movimiento de liberación nacional.

La ideología negroafricana en Mauritania y las matanzas de 1989

Soyinka subraya, con razón, que la ideología de la negritud concernía a una pequeña élite de intelectuales burgueses, con frecuencia de origen senegalés, y que, por consiguiente, no se convirtió nunca en un movimiento de masas. Sin embargo, esto no quiere decir que las ideas raciales propuestas por esta ideología no tuvieran ni tengan todavía efectos directos sobre la organización de lo político, que sigue en manos de las élites intelectuales en las ex colonias francesas de África occidental. En particular en la ex colonia de Senegal, que englobaba una parte de Mauritania (cuyas fronteras estatales se establecieron en 1946), y en la Mauritania contemporánea.

Por otro lado, como señala Sékou Touré, la negritud, «producto de las razas blancas», se enseñaba en las escuelas africanas, lo que implica un alto grado de difusión de las ideologías raciales en el seno de las poblaciones rurales y urbanas. E incluso si se considera que el papel de la propaganda «negritudista» no

49 *Ibid.*

ha igualado nunca las propagandas raciales llevadas a cabo por países como Rwanda o la antigua Yugoslavia, no podemos minimizar su influencia en el hombre de a pie del África occidental.

El examen del caso mauritano-senegalés es particularmente interesante para el análisis de los efectos sociales de la negritud en el campo político. Estos dos países, fabricados por la colonización francesa, forman un espacio de frontera entre el Sáhara y el Sáhel, entre los pueblos saharianos y sahelianos. Dos pueblos que fueron clasificados rápidamente por los administradores coloniales —sobre todo por Paul Marty— como «blancos» o «negros», aunque estas clasificaciones son totalmente extrañas a las clasificaciones africanas de grupos humanos —volveremos sobre esto—. A comienzos del siglo XX el espacio desértico situado al norte del río Senegal, la futura Mauritania, estaba habitado mayoritariamente por poblaciones berberohablantes y arabohablantes que se daban el nombre de *bidân*[d]. Al sur del río, en el futuro Senegal, habitaban los wolof, mayoritarios, y minorías sereer, halpular'en y soninké, y también comunidades *bidân* de comerciantes.[e]

Llevada al campo político, la negritud es el origen del surgimiento de movimientos y de partidos políticos que, en la década de 1940, propugnaban reivindicaciones sobre la base de la pertenencia a la raza negra. En el contexto de la gran crisis climática, económica y política de la década de 1980, estos movimientos han desembocado en luchas de clasificación (en el sentido de Bourdieu)[50] planteadas en términos raciales, tanto en Mauritania como en Senegal. Así, las propagandas racistas llevadas a cabo por el partido senegalés de Abdoulaye Wade (opositor de Senghor desde 1978, y de Diouf desde 1981, presidente de Senegal en 2000), y por un movimiento extremista mauritano, han contribuido finalmente al desencadenamiento de las matanzas de Nouakchott y de Dakar de abril de 1989. Éstas causaron un número indeterminado de muertos y heridos, y miles de personas desplazadas, expropiadas y expulsadas.

---

[d] También se escribe *beidân*, y *beidhân*. En Mauritania hay también poblaciones minoritarias de tukulor y sarakolle, y pequeños grupos de peuls (o fula) nómadas. [N. del T.]

[e] En Senegal hay también otras etnias: tukulor, sarakolle, lebu, diola, mandingas, basari, mandyák, balante, bainuk, mankañe, etc. [N. del T.]

[50] Para Bourdieu las luchas de clasificación son «luchas por el monopolio del poder de hacer ver y hacer creer, de hacer conocer y hacer reconocer, de imponer la definición legítima de las divisiones del mundo social y, a través de ellas, *hacer y deshacer los grupos*: éstas tienen, en efecto, como baza, el poder de imponer una visión del mundo social a través de los principios de división que, cuando se imponen al conjunto del grupo, dan el sentido y el consenso, y en particular sobre la identidad y unidad del grupo...» (Bourdieu, *Ce que parler veut dire. L'économie des échanges linguistiques*, Fayard, París, 1982, p. 137).

Las clasificaciones raciales de los colonizadores franceses y las clasificaciones endógenas

No podría comprenderse la negritud sin la influencia de las ideas coloniales francesas, entre las cuales se hallaban las de la clasificación racial, completamente extrañas a las clasificaciones endógenas de la alteridad. Los intelectuales africanos que, como Senghor, fueron fundadores de la negritud, estaban influidos todos ellos por estas clasificaciones que, en esa época, se consideraban científicas y por lo tanto «objetivas».

En África occidental los colonizadores concebían las razas como sustancias naturales, inmutables y fijas, distinguiendo globalmente a los «negros», a los «árabes» y a los «bereberes». Otras subclasificaciones distinguían ulteriormente a las «razas guerreras» de las «razas agrícolas», pues los militares franceses consideraban que había una relación directa entre la raza y la capacidad militar.[51]

En la región que recibió el nombre de Mauritania, ocupada a partir de Senegal y del Sudán francés[f] a fines del siglo XIX, los administradores coloniales dieron el nombre de «mauros» al pueblo sahariano, nómada, producto de un amplio mestizaje bereber, sudánico[g] y árabe, que se autodesignaba con el nombre de bidân —término cuyo primer sentido se refiere a la población arabohablante, pero que, desde un punto de vista endógeno, engloba a los hombres libres y nobles de la sociedad—. Una distinción suplementaria, que tiene en cuenta a la vez los estatus y las razas, se estableció también entre los «mauros blancos» y los «mauros negros», es decir, entre los bidân de «piel clara», de estatus libre, y los bidân de «piel oscura», de estatus servil (*'abîd*, esclavos, *hrâtîn* —o *harrâtîn*—, libertos). Una distinción semejante les fue impuesta a los tuáreg, diferenciados en «blancos» (nobles), los «verdaderos» tuáreg, y los «negros», a los que se consideraba servidores. Los negros, por otro lado, se distinguían por el nombre de «*bella*», según una clasificación racial que les englobaba bajo esta denominación, aun cuando formaban parte del mismo pueblo targuí.

Con lógica europea, los administradores coloniales de Mauritania quisieron siempre afirmar la pertenencia de los bidân a la raza «blanca». Así, forjaron

[51] James Searing, «Military Recruitment and Generational Conflict in a Sereer-Safen Village (Bandia), 1920-1938», *Journal of African History*. Doy las gracias al autor por haber comunicado este artículo en enero de 2001.

[f] Hoy Mali. [N. del T.]

[g] Escribimos «sudánico» para indicar al habitante del África sudánica o saheliana, para diferenciarlo de «sudanés», habitante del Estado del Sudán. [N. del T.]

la idea de que éstos poseían un doble origen, árabe y bereber. Según la clasificación que hemos expuesto, ciertas «tribus» serían más bien árabes y otras más bien bereberes, siendo las primeras, evidentemente, superiores a las segundas. Como era de esperar, los mauros negros fueron colocados en la parte baja de la escala racial, y no se mencionaron las mezclas matrimoniales entre todos los bidân, incluidos los servidores, y con los pueblos sudánicos y bereberes vecinos. El sistema social y político de los bidân era complejo y, sobre todo, muy alejado de las formas europeas, por lo que los administradores coloniales imaginaron que podían aplicarle una clave de lectura que facilitase su acceso y su control. Aquí, como en otras partes en África, se acabó por inventar correspondencias entre una pertenencia racial y un estatus social, con el fin de fijar, de una vez por todas, las identidades de los grupos colonizados.

Los primeros contactos europeos (portugueses, ingleses, holandeses, franceses) se establecieron en el siglo XVII con los bidân de la *gibla*, región del suroeste mauritano actual. Los grupos religiosos de esta región consideraban que el establecimiento de la «paz colonial» era mejor que el caos y las guerras que caracterizaban su modo de vida habitual. Así pues, colaboraron con los franceses (entre ellos con Louis Faidherbe, creador del Senegal, y Xavier Coppolani, creador de Mauritania), de tal forma que éstos integran una parte de sus tradiciones orales como si fueran hechos históricos. Entre estas tradiciones debemos citar una que todavía hoy se considera comprobada y válida para el conjunto del territorio de los bidân, aunque sea inexistente en la región oriental (*sharg* o *sharq*) del país: la tripartición de la sociedad, según las actividades económicas y culturales, en tres grupos: los religiosos, los guerreros y los tributarios. Así, mientras que en la estructura social y en la práctica histórica la división de la sociedad en tres grupos estatutarios era (y sigue siendo) un referente cultural, un concepto variable en el curso del tiempo, los administradores coloniales hicieron de ella un hecho asociado a la raza y por lo tanto inmutable. Los guerreros (*'arab*, *hasan*) fueron clasificados como árabes, los religiosos (*tolba*, *zwâya*) como bereberes, y los tributarios como bereberes o como «negros». En esta clasificación los árabes son superiores a las demás razas, y los guerreros dominan la sociedad. Sin embargo, los administradores coloniales no comprendieron jamás que la raza no encajaba en el sistema social jerárquico y holista[52] de los bidân. Además, el poder político no era en absoluto detentado por un solo grupo, pues el polo político, representado por los guerreros,

[52] Louis Dumont, *Homo hierarchicus*, Gallimard, París, 1966.

necesitaba al de los religiosos para legitimar su predominio social durante un lapso de tiempo muy concreto.

El general Faidherbe fue el primer ideólogo de la distribución racial de los pueblos de esta parte de África occidental. En *Le Sénégal* [El Senegal] (1899) no se limita sólo a clasificar racialmente como blanca y negra a las sociedades que estaban siendo conquistadas y dominadas: hace suyo cierto número de prejuicios de los wolof (grupo étnico mayoritario en Senegal) contra los bidân, y los presenta como hechos científicos comprobados. Es cierto que en el siglo XIX las ideas cientistas derivadas de las teorías darwinianas «ejercen una verdadera fascinación»[53]. Sus diatribas contra los bidân, «blancos», «esclavistas, ladrones, mentirosos», pueden ser consideradas los precedentes más directos de la ideología de la negritud y de sus prolongaciones políticas en los movimientos negromauritanos de los años 1940-1990.

Las sociedades sahelianas no arabohablantes (wolof, halpular'en, soninke, o sarakolle) fueron clasificadas, simplemente, como «negras» o «africanas». Evidentemente, eran mayoritarias al sur del río Senegal, pero en el momento de la creación de la frontera moderna entre ambas colonias, la administración francesa decidió que la línea media formada por el río Senegal (nombre que deriva de la palabra *znâga*, denominación de los antiguos bereberes del Sáhara occidental) separaba ya a Mauritania al norte de Senegal al sur. Aquí, como en otras partes, la creación de una frontera fija, cuyo trazado era totalmente arbitrario, en un lugar de paso y de intercambios ya antiguo, será el centro de litigios políticos e identitarios entre los mismos grupos establecidos a un lado y otro del río, luego entre los dos Estados modernos, que deberán repartirse el control de estas poblaciones y de los territorios que ocupan.

Los censos coloniales utilizaban la clasificación racial o «étnica» para fijar la pertenencia de las poblaciones de manera inmutable —el nuevo término «étnico» era utilizado por los antropólogos de la época para designar a las razas de los pueblos no occidentales que se estudiaban, y sus culturas—. Una crítica fundamental de la noción de etnia la propondrá más tarde Fredrik Barth[54], entre otros antropólogos contemporáneos. La Mauritania y el Senegal independientes (como los demás países del África occidental) no han puesto en entredicho la racialización de las poblaciones. Sin embargo, hay que destacar dos cambios interesantes. En ambos países se ha sustituido el término «raza» por «grupo

---

[53] Marc Ferro, *op. cit.*, p. 39.
[54] *Op. cit.*

étnico» o «etnia», considerados más modernos y cultos, pero que, aun así, poseen las mismas connotaciones que el término «raza» para los funcionarios senegaleses y mauritanos. Por otro lado, con ocasión del censo de 1988, Mauritania ha renunciado a la utilización de estos términos eufemistizados, y clasifica ya a las poblaciones según sus lenguas, lo que tiende a salvar la distancia estatutaria entre los grupos serviles y los grupos arabohablantes libres y nobles.

Las clasificaciones aplicadas por los europeos, utilizadas por la ideología de la negritud, son, como dice Soyinka, «*alien to the African world-view*» [«ajenas a la cosmovisión africana»]. Por ejemplo, las clasificaciones sociales de los bidân, entre otros pueblos saharianos y sahelianos, no se basan en la raza, categoría de inserción «natural» en una categoría de hombres, sino en el uso de las lenguas y en los usos humanos adquiridos. Así, el término «bidân» tiene dos sentidos: de cara al exterior es un etnónimo globalizante que designa (al menos desde el siglo XVIII) a los arabohablantes saharianos que hablaban el *hasâniyya* o el *klâm el-bidân* (el habla de los bidân); utilizado en el seno de esta sociedad jerarquizada, por el contrario, designa la cualidad de los hombres libres (*ahrâr*) y —como consecuencia— nobles. En esta acepción, los bidân se oponen a los 'abîd, personas sometidas a las formas más extremas de dependencia. Así pues, contrariamente a lo que piensan ciertos especialistas, el color «blanco» mencionado en el término árabe bidân no tiene ninguna importancia en el significado de la palabra. Si los europeos han forjado la idea de los «colores», en particular la oposición blanco/negro cuando se habla de razas humanas, los pueblos saharianos como los bidân y los tuáreg no tienen estos referentes. En el seno de sus sociedades holistas y jerarquizadas, el individuo está subordinado a un grupo que le confiere su estatus, y las personas se clasifican según este estatus libre o servil que está sujeto a su vez a cambios en el tiempo. En el exterior de la sociedad, los pueblos se clasifican según las lenguas y según su mayor o menor proximidad con relación a los valores culturales y religiosos de los bidân.

Así, los bidân denominan al conjunto de pueblos vecinos que no hablan árabe con un término de conjunto, *kwâr*, que significa «no arabohablante»; en el seno de este grupo los bidân distinguen a los halpular'en o «los que hablan *pulaar*», entre los cuales distinguen a los grupos sedentarios (*tukuleer*) y los grupos peul nómadas (*fullân* en árabe); y lo mismo a los wolof y a los *serqelle* (o soninke, o bámbara, según la clasificación colonial)[h].

---

[h] Respecto a «bámbara», es más correcto decir «bámana». [N. del T.]

Sin embargo, el color de la piel no tiene ningún sentido de clasificación colectiva para los bidân. Es más, estamos en una sociedad profundamente mestizada, que ha recibido aportaciones de pueblos amazighablantes[i] (znâga) y sudánicos (kwâr) antiguos, y más tarde de grupos árabes provenientes del norte de África. Asimismo, cuando quieren describir el color de las personas, los bidân —como los tuáreg- se sirven de los colores fundamentales de su sistema de percepción del mundo: a los que tienen el color claro se les denomina «amarillos» (*asfar*); a los que tienen la piel mate y a los kwâr de color claro se les llama «rojos» (*áhmar*); finalmente, a los que tienen la piel oscura y a los kwâr de color oscuro se les llama «verdes» (*ájdar*) o «azules» (*ázraq*). Notemos que las personas ájdar pueden ser bidân o no. Por lo que se refiere a los tuáreg, las ideas de Charles de Foucauld, a quien se cita con frecuencia como experto en la materia, son completamente falsas. De Foucauld pensaba, en efecto, que los tuáreg podían ser divididos en dos razas, la «blanca» (con cuatro matices de color) y la «negra» (con tres matices)[55].

Los movimientos reivindicativos de los «negros» mauritanos

La creación de una frontera administrativa fija, concretada por la línea media del río Senegal, iba a ser la fuente de los conflictos políticos entre las colonias y luego entre los Estados independientes de Mauritania y Senegal. Fiel a su ideología jacobina, Francia había decidido crear una colonia de predominio «blanco» en Mauritania y una colonia de predominio «negro» en Senegal. Todos los discursos y escritos de los administradores coloniales dan fe de esta situación.

Ya en la década de 1940 se puede identificar el nacimiento de movimientos mauritanos claramente influidos por la ideología de la negritud. Esto no es de extrañar, pues las mismas (grandes) familias de intelectuales francohablantes y francófilos habitaban a ambos lados del río Senegal, y estaban todos ellos atentos a las argumentaciones de Senghor y temían la posibilidad de perder sus privilegios en una Mauritania «blanca». En 1947 se forma la Union Générale des Originaires de la Vallée du Fleuve [Unión General de los Originarios de la

---

[i] *Amazig* es el término moderno (y correcto) para bereber. [N. del T.]

[55] Véase Mariella Villasante-de Beauvais, «Mauritanie. Catégories de classement identitaires et discours politiques dan la société (*bidân*)», *Annuaire de l'Afrique du Nord*, 1997-1999, pp. 83-85.

Cuenca del Río] y en 1957 se crea el Bloc Démocratique du Gorgol [Bloque democrático del Gorgol] (próximo al Bloc Démocratique Sénégalais [Bloque Democrático Senegalés] fundado por Senghor. Estas formaciones políticas estaban constituidas mayoritariamente por halpular'en y estimaban que los negros no estaban suficientemente representados en el seno de las instituciones mauritanas que se estaban creando en 1959.

Después de la proclamación de la República de Mauritania el 28 de septiembre de 1958, se crea la Union Nationale Mauritanienne [UNM, Unión Nacional Mauritana], que reprocha al partido en el poder (Parti du Regroupement Mauritanien [PRM, Partido del Grupo Mauritano]) haber elegido a una mayoría de bidãn para los puestos importantes. Este PRM era una sección del Parti Fédéraliste Africain [PFA, Partido Federalista Africano], dirigido por los líderes de la Federación de Mali, que en esa época agrupaba a Senegal y a Mali. La creación del Parti du Peuple Mauritanien [PPM, Partido del Pueblo Mauritano], en 1961, se suponía que debía relativizar estas reivindicaciones que se presentaban, de entrada, como raciales. Sin embargo, este partido no obtuvo el éxito que se daba por descontado. A lo largo de la vida republicana (al menos sobre el papel) de Mauritania, se formaron movimientos y partidos para afirmar la idea de que la principal distinción en el seno del pueblo mauritano era una distinción de raza. Todos estos grupos políticos adoptaron rápidamente la terminología de la negritud e introdujeron el término «negromauritano» para designarse a sí mismos. Trabajaron de pleno acuerdo con las secciones senegalesas y abrieron oficinas en Dakar y París. Durante sus reuniones se reconocían como «negroafricanos» para afirmar su común pertenencia racial.

La ideología negroafricana estaba presente también en los Estados modernos con habitantes tuáreg (Níger, Mali, Burkina Faso —este último entonces se llamaba Alto Volta—), donde la herencia colonial se había visto influida sin duda por la negritud, a la que se había añadido la ideología de los movimientos negros estadounidenses. Como constata Claudot-Hawad:

> Varios de estos movimientos hacen suyas las tesis racistas y coloristas de los «blancos» respecto de los «negros» limitándose a invertir los términos (como, por ejemplo, el movimiento de los negros musulmanes estadounidenses de Ali Farrakhan). Esta interpretación de las diferencias sociales con referencia a criterios raciales produce una visión estratificada y estática de la sociedad y de la humanidad. [...] Después del surgimiento de un movimiento de resistencia armada entre los tuáreg en 1990 y la firma de los primeros acuerdos de paz a partir de 1991, los Estados invo-

lucrados (Níger, Mali) van a permitir que se desarrolle libremente esta ideología que explica lo social a través de lo biológico y lo innato. Van a ser numerosos los periodistas, intelectuales y hombres políticos africanos que se harán eco de este esquema simplista y racista. En Mali, los milicianos *songhai* del movimiento Gandakoy, que se han autoproclamado «dueños de la tierra», propugnan abiertamente el exterminio de los tuáreg y de los mauros «blancos». En un discurso calcado sobre los temas favoritos del antisemitismo europeo, sus panfletos y folletos estigmatizan a estas «poblaciones errantes», sin patria, sin Estado, llegadas del desierto en tribus minúsculas (*La Voix du Nord* [La Voz del Norte], nº 0), definiéndolos como seres apátridas, transnacionales, agentes de potencias extranjeras, predadores, ladrones, asociales, genéticamente tarados...[56]

Paralelamente al desarrollo político de la negritud en Mauritania, los gobiernos mauritanos comenzaron a afirmar la arabidad de la nación mauritana. Ciertamente, el panarabismo caracteriza las décadas de 1960-1970, pero esto no quiere decir que la negritud deje de contribuir poderosamente a la defensa de los valores nacionales en términos de raza. Durante todo el período de vida autónoma mauritana, las tensiones políticas, planteadas en términos esencialistas de «lucha de razas» o de «luchas étnicas» (en el lenguaje oficial y en el de los periodistas ambos términos acaban siendo lo mismo), opusieron entre sí a los «araboberebere» con los «negroafricanos». Hay que notar que los epítetos identitarios se expresaban y expresan todavía hoy en francés. La lengua se convierte así en el centro de debates apasionados. Mientras que en Senegal el francés es la lengua oficial, corrientes nacionalistas árabes en el seno del gobierno mauritano comienzan a desarrollar la idea de que el francés es la lengua de los colonos, y que el apego de los negromauritanos al francés es la prueba de una «proximidad» sospechosa en un momento en que se debe consolidar la dignidad nacional (nacionalización de las minas de hierro, salida de la zona del franco, imposición del árabe en el sistema escolar). La proximidad de los negroafricanos a ambas orillas del río Senegal tampoco es un secreto para nadie. Mauritania acu-

[56] Hélène Claudot-Hawad, en Mariella Villasante-de Beauvais (comps.), *Groupes serviles au Sahara. Approche comparative à partir du cas des arabophones de Mauritanie*, *op. cit.*, pp. 258-259. Sobre la cuestión de la resistencia del pueblo tuáreg y de sus luchas políticas, véase Hélène Claudot-Hawad, «Touaregs. Voix solitaires sous l'horizon confisqué», *Ethnies*, 1966, pp. 20-21. Para los efectos de la colonización sobre los tuáreg véase H. Claudot-Hawad (comp.), «Le politique dans l'histoire touarègue», *Les Cahiers de l'IREMAM*, nº 4, 1993, y «Touaregs et autres Sahariens entre plusieurs mondes», *Les Cahiers de l'IREMAM*, n.º 7-8, 1996.

sa con frecuencia a Senegal de injerencia en los asuntos internos, y es difícil decir lo contrario.[57]

La racialización de las luchas de clasificación en Mauritania —entre arabohablantes y no arabohablantes, entre hombres libres y hombres sometidos a un estatuto servil— se fue haciendo cada vez más intensa. Tras la gran crisis climática de la década de 1970 la mayoría de los grupos serviles se había liberado de sus amos e hicieron su aparición movimientos reivindicativos, como el Mouvement El-Hor [Movimiento El-Hor] (El hombre libre), dirigido por intelectuales surgidos de los grupos serviles. Sin embargo, las reivindicaciones de los jefes políticos de origen servil se plantearon en términos de oposición racial.

En la actualidad podemos constatar la existencia de dos divergencias sociales en Mauritania: por un lado la que divide a los arabohablantes y los no arabohablantes, los bidân y los kwâr; por el otro, la que separa todavía a los nobles arabohablantes de los miembros, reales o supuestos, de los grupos serviles, los bidân y los hrâtîn —término globalizador y ambiguo que explicita la existencia de formas extremas de dependencia en este país—.

Las ideologías de la negritud y, hacia atrás, la racialización colonial de los pueblos de África, resultan ser los principales factores de esta evolución política y social. Éste es el trasfondo de los trágicos acontecimientos que agitaron a ambos países en 1989.

Las violencias políticas planteadas en términos raciales y las matanzas de 1989[58]

La República Islámica de Mauritania conoció el período de violencia más extrema de su historia en abril de 1989. Esta oleada de violencias afectó también al Senegal, el país vecino del sur. El 22-23 de abril de 1989 comenzó una serie de saqueos en varias ciudades senegalesas, en particular en la capital, Dakar. Las noticias llegadas a Nouakchott, capital de Mauritania, daban cuenta de la

[57] Véase Mariella Villasante-de Beauvais, *Parenté politique en Mauritanie. Essai d'anthropologie historique. Le devenir contemporain des Ahl Sidi Mahmud*, L'Harmattan, París, 1998.

[58] Este texto es una versión reformada de una conferencia que presenté en un coloquio sobre la violencia en África, celebrado en Barcelona el 26 de enero de 2001. Mariella Villasante-de Beauvais, «Conflits, violences politiques et ethnicités en République Islamique de Mauritanie. Réflexions sur le rôle des propagandes à caractère raciste dans le déclenchement des violences collectives de 1989», *Studia Africana*, n.º 12, 2001, pp. 69-94.

matanza de miles de mauritanos, y provocaron una respuesta de una violencia nunca vista en el país. El 24-25 de abril, entre ciento cincuenta y doscientas personas, consideradas senegalesas, fueron muertas, con armas improvisadas, por miembros del grupo servil de la sociedad arabohablante (bidân) mauritana. El Estado senegalés consideró culpable de la matanza al ejército mauritano. El 28-29 de abril grupos formados mayoritariamente por jóvenes senegaleses entre quince y veinte años mataron a un centenar de mauritanos arabohablantes en los barrios donde residían en Dakar. Lo gobiernos mauritano y senegalés se declararon públicamente desbordados por la violencia y aceptaron la ayuda internacional para repatriar a los supervivientes mauritanos de Senegal y senegaleses de Mauritania.

Entre mayo de 1989 y abril de 1992 caracterizará a Mauritania una situación de conflicto político marcado por lo arbitrario y el autoritarismo estatal. El gobierno mauritano de Maaouya Ould Sid'Ahmed Taya ordenó la expulsión de los negromauritanos supuestamente de nacionalidad u origen senegalés. Paralelamente, grupos armados negromauritanos lanzaron ataques contra el enemigo indicado, aquellos a los que llamaban «arabebereberes». La represión del ejército mauritano fue violenta: se desconoce el número de militantes, verdaderos o supuestos, asesinados por aquél durante este período. En el interior de Mauritania las poblaciones bidân se sintieron amenazadas y comenzó a crearse una distancia ideológica real entre unos y otros, es decir, respecto a los no arabohablantes. Durante varios años se instalará una verdadera histeria política. En 1990 un intento de golpe de Estado de los oficiales negromauritanos de la Armada y el Ejército fue abortado, mientras la represión causaba decenas o incluso centenares de muertos. En el exterior se evitó una guerra con Senegal en el último minuto. En 1992 ambos países restablecieron relaciones diplomáticas, rotas en 1989. En enero de 1992 Mauritania celebró la primera elección presidencial con sufragio universal de su historia. En junio de 2000 se produjeron nuevos incidentes diplomáticos con Senegal.

Las reivindicaciones políticas de las élites negromauritanas se centraron durante largo tiempo en el rechazo de la arabización de la enseñanza y la defensa del francés, lengua oficial de Senegal, aunque el wolof es la lengua de comunicación de todos los senegaleses. Sin embargo, progresivamente, estas reivindicaciones se radicalizaron a partir de una visión racialista basada en su oposición a la construcción de la nación mauritana por parte de los bidân. En el seno de la élite negromauritana, compuesta esencialmente por intelectuales francófonos, fueron los halpular'en los que predominaban, por su número y por la dirección política del movimiento.

El término halpular'en, como ya he mencionado, designa a los hablantes de pulaar, que se componen de dos grupos: los tukuleer [o tukuloor], agricultores derivados del mestizaje entre sereer y peul, y los peul propiamente dichos, gran población nómada del Sáhel, sedentarizada a partir de la década de 1970 —al igual que los nómadas bidân—. Los halpular'en que habitan en Senegal y en Mauritania están muy apegados a su pasado de dominio político, centrado en la región del Fuuta Tooro, en la cuenca media del río Senegal. Sus actividades políticas desde 1947, cuando se creó la Union Générale des Originaires de la Vallée du Fleuve, parecen haberse alimentado con la idea de un restablecimiento de este dominio regional. Sin embargo, estas esperanzas fueron aniquiladas sistemáticamente por los gobiernos mauritanos, lo que fue causa de resentimiento y descontento permanente. Podemos pensar que en el seno de los halpular'en los grupos llamados subversivos representaban un polo de disidencia o de contestación comunitaria parecida al grupo étnico *joola*[j] de Casamanza que se opone a los gobiernos senegaleses de predominio wolof. Sea como sea, los halpular'en estaban ampliamente representados en el Front de Libération des Africains de Mauritanie [FLAM, Frente de Liberación de los africanos de Mauritania], que se creó en 1985 y cuya sede se encuentra en Dakar.

En 1986 el FLAM difundió un texto a nivel nacional e internacional que iba a alimentar poderosamente la violencia futura entre las comunidades étnicas arabohablantes y no arabohablantes. Se trataba del «Manifeste du Négro-Mauritanien Opprimé» [Manifiesto del Negromauritano Oprimido], folleto de inspiración marxista en el que las reivindicaciones políticas de una participación más importante en el seno de las instituciones estatales, el ejército y la función pública, son las exigencias de la comunidad negra de Mauritania. Según el manifiesto, el objetivo final del FLAM consistía en «el derrocamiento del poder beidán y la destrucción de su Estado»[59]: los «negros mauritanos» deberán garantizar por sí mismos su propio destino. Desde ese momento la lucha política y armada parecía la única garantía de salvaguardia de esta comunidad. Así pues, el FLAM, por primera vez en la historia del país, desarrolló una visión racialista del orden político mauritano. Las distintas comunidades étnicas no arabohablantes, que antes nunca habían estado unificadas políticamente, aho-

[j] Joola: también se escribe diola y dyola. [N. del T.]

[59] Citado por M. Duteil, «Chronique mauritanienne», *Annuaire de l'Afrique du Nord 1985*, 1987, p. 687; Villasante-de Beauvais, *op. cit.*, 2001, p. 80.

ra quedaban unidas bajo la bandera de la raza negra, que se había vuelto enemiga de la raza blanca de los araboberebers o «beidanes», término utilizado en los panfletos del FLAM, claramente peyorativo, pues la pronunciación correcta es bidân. Así, el Estado mauritano era acusado de racismo y de practicar el *apartheid*.

El discurso del FLAM incluía llamamientos a la violencia y al asesinato, en particular cuando se trataba de la defensa de la tierra, que se había convertido en un poderoso catalizador de los conflictos políticos interétnicos tras la gran sequía saheliana. Los autores del manifiesto escribían, por ejemplo:

> Aprovechamos la ocasión para recordar a las poblaciones del sur que está totalmente prohibido vender la tierra. Boicotead, excluid, matad si hace falta a todos los que impulsen la venta de tierras. Destruid, quemad los bienes de esos extranjeros que vienen a instalarse en vuestras tierras. La tierra pertenece a la aldea. La única reforma de la propiedad de la tierra aceptable para nosotros es la que permite la redistribución de la tierra proporcionalmente a las necesidades de todos los miembros de la aldea.[60]

Los bidân son considerados «extranjeros» susceptibles de ser muertos si se hace necesario. Además, los miembros del FLAM proponen una visión globalizante según la cual los miembros de los grupos serviles de la sociedad bidân, que suelen llamarse hrâtîn, formarían parte, también ellos, del grupo negromauritano en virtud de sus «orígenes negros». El importante peso demográfico de los miembros de los grupos serviles de la sociedad bidân no eran extraños a esta pretensión de asimilación en el seno del nuevo grupo racial negromauritano. En un texto dirigido a los «Frères haratines» [Hermanos haratines] en mayo de 1990, el FLAM escribía:

> Hermano mío, no te digo nada nuevo si te digo que, desde la independencia de nuestro país, los regímenes civil y militar, de Daddah [primer presidente mauritano] al tristemente célebre Taya [presidente actual], tú y yo seguimos estando relegados a una situación de esclavitud y de figurantes [...]. En el fondo, sus tácticas consisten en golpear uno tras otro a los componentes de la comunidad negra. [...]

[60] Citado por Baduel, «Mauritanie 1945-1990», *Revue du monde musulman et de la Méditerranée*, 54, p. 40; Villasante-de Beauvais, *op. cit.*, 2001, p. 80.

El término halpular'en, como ya he mencionado, designa a los hablantes de pulaar, que se componen de dos grupos: los tukuleer [o tukuloor], agricultores derivados del mestizaje entre sereer y peul, y los peul propiamente dichos, gran población nómada del Sáhel, sedentarizada a partir de la década de 1970 —al igual que los nómadas bidân—. Los halpular'en que habitan en Senegal y en Mauritania están muy apegados a su pasado de dominio político, centrado en la región del Fuuta Tooro, en la cuenca media del río Senegal. Sus actividades políticas desde 1947, cuando se creó la Union Générale des Originaires de la Vallée du Fleuve, parecen haberse alimentado con la idea de un restablecimiento de este dominio regional. Sin embargo, estas esperanzas fueron aniquiladas sistemáticamente por los gobiernos mauritanos, lo que fue causa de resentimiento y descontento permanente. Podemos pensar que en el seno de los halpular'en los grupos llamados subversivos representaban un polo de disidencia o de contestación comunitaria parecida al grupo étnico *joola*[j] de Casamanza que se opone a los gobiernos senegaleses de predominio wolof. Sea como sea, los halpular'en estaban ampliamente representados en el Front de Libération des Africains de Mauritanie [FLAM, Frente de Liberación de los africanos de Mauritania], que se creó en 1985 y cuya sede se encuentra en Dakar.

En 1986 el FLAM difundió un texto a nivel nacional e internacional que iba a alimentar poderosamente la violencia futura entre las comunidades étnicas arabohablantes y no arabohablantes. Se trataba del «Manifeste du Négro-Mauritanien Opprimé» [Manifiesto del Negromauritano Oprimido], folleto de inspiración marxista en el que las reivindicaciones políticas de una participación más importante en el seno de las instituciones estatales, el ejército y la función pública, son las exigencias de la comunidad negra de Mauritania. Según el manifiesto, el objetivo final del FLAM consistía en «el derrocamiento del poder beidán y la destrucción de su Estado»[59]: los «negros mauritanos» deberán garantizar por sí mismos su propio destino. Desde ese momento la lucha política y armada parecía la única garantía de salvaguardia de esta comunidad. Así pues, el FLAM, por primera vez en la historia del país, desarrolló una visión racialista del orden político mauritano. Las distintas comunidades étnicas no arabohablantes, que antes nunca habían estado unificadas políticamente, aho-

[j] Joola: también se escribe diola y dyola. [N. del T.]

[59] Citado por M. Duteil, «Chronique mauritanienne», *Annuaire de l'Afrique du Nord 1985*, 1987, p. 687; Villasante-de Beauvais, *op. cit.*, 2001, p. 80.

ra quedaban unidas bajo la bandera de la raza negra, que se había vuelto enemiga de la raza blanca de los araboberereberes o «beidanes», término utilizado en los panfletos del FLAM, claramente peyorativo, pues la pronunciación correcta es bidân. Así, el Estado mauritano era acusado de racismo y de practicar el *apartheid*.

El discurso del FLAM incluía llamamientos a la violencia y al asesinato, en particular cuando se trataba de la defensa de la tierra, que se había convertido en un poderoso catalizador de los conflictos políticos interétnicos tras la gran sequía saheliana. Los autores del manifiesto escribían, por ejemplo:

> Aprovechamos la ocasión para recordar a las poblaciones del sur que está totalmente prohibido vender la tierra. Boicotead, excluid, matad si hace falta a todos los que impulsen la venta de tierras. Destruid, quemad los bienes de esos extranjeros que vienen a instalarse en vuestras tierras. La tierra pertenece a la aldea. La única reforma de la propiedad de la tierra aceptable para nosotros es la que permite la redistribución de la tierra proporcionalmente a las necesidades de todos los miembros de la aldea.[60]

Los bidân son considerados «extranjeros» susceptibles de ser muertos si se hace necesario. Además, los miembros del FLAM proponen una visión globalizante según la cual los miembros de los grupos serviles de la sociedad bidân, que suelen llamarse hrâtîn, formarían parte, también ellos, del grupo negromauritano en virtud de sus «orígenes negros». El importante peso demográfico de los miembros de los grupos serviles de la sociedad bidân no eran extraños a esta pretensión de asimilación en el seno del nuevo grupo racial negromauritano. En un texto dirigido a los «Frères haratines» [Hermanos haratines] en mayo de 1990, el FLAM escribía:

> Hermano mío, no te digo nada nuevo si te digo que, desde la independencia de nuestro país, los regímenes civil y militar, de Daddah [primer presidente mauritano] al tristemente célebre Taya [presidente actual], tú y yo seguimos estando relegados a una situación de esclavitud y de figurantes [...]. En el fondo, sus tácticas consisten en golpear uno tras otro a los componentes de la comunidad negra. [...]

---

[60] Citado por Baduel, «Mauritanie 1945-1990», *Revue du monde musulman et de la Méditerranée*, 54, p. 40; Villasante-de Beauvais, *op. cit.*, 2001, p. 80.

Debes saber que, cuando efectuamos incursiones, hacemos todo lo que podemos para no dañar a los hermanos haratines. [...] La lucha que llevo a cabo es la de toda la comunidad negromauritana a la que tú perteneces. Yo lucho contra el régimen racista que es nuestro enemigo común.[61]

Con todo, el FLAM, como tantos otros observadores externos, olvidaba o fingía olvidar que la etnicidad y la cultura de los hrâtîn es sobre todo árabe y bidân, que forman parte de la sociedad y de la cultura de los arabohablantes de Mauritania, y que su «color negro» no entra en cuenta —necesariamente— en la construcción de las identidades cultural y social. Y esto en contra de ciertos análisis que querrían ver una oposición entre los orígenes sudánicos de los hrâtîn y la arabidad genealógica.[62] La gran mayoría de los hrâtîn reconoce una identidad árabe, y ocurre lo mismo con las poblaciones contemporáneas del Sudán, de Chad, de Libia o de Egipto.

La visión política racial defendida por el FLAM no podría comprenderse sin referirnos a la ideología de la negritud y de la defensa de la francofonía que se proponía construir la nación senegalesa al unificar todas las comunidades étnicas bajo esta bandera, aun cuando fuese totalmente extraña a las ideologías locales de la etnicidad. La defensa del francés como lengua nacional asociada a la negritud se opondrâ, así, al empleo de la lengua árabe elegida por Mauritania pero que coexistía, hasta 1991, con el empleo oficial del francés. Es en este marco donde hay que colocar el desarrollo de la ideología de la arabidad después de la creación de Mauritania.

---

[61] Mariella Villasante-de Beauvais, «Mauritanie. Catégories de classement identitaires et discours politiques dans la société», *op. cit.*, p. 98.

[62] Pierre Bonte («Être arabe au Sahara. Dénomination, identité, classement», *L'Astrolabe. Revue de l'AFEMAM*, 2000, p. 74), especialista en Mauritania, ha propuesto recientemente un análisis según el cual: «El problema de la asimilación de los hrâtîn sigue siendo, después de todo, agudo, teniendo en cuenta la dificultad para integrarlos en el esquema de la ancestralidad, de hacer de ellos unos árabes.» Estas opiniones parecen traicionar la idea de que la arabidad se fundamenta en bases genealógicas. Mientras que, como sabemos, la etnicidad ârabe, como cualquier otra etnicidad o identidad social étnica, se basa en rasgos diversos, construidos socialmente, y que en ningún caso se remiten solamente al único referente de la «sangre», que es lo que se pone de relieve en las representaciones sociales. Otro investigador, Roger Botte («RimayBe, Hratin, Iklan: los condenados de la tierra, el desarrollo y la democracia», en Bougeot —compil.—, *Horizons nomades en Afrique sahélienne. Sociétés, développement et démocratie*, Karthala, París, 1999, p. 59), ha afirmado algo parecido, de forma que los hrâtîn y los bidân nobles serían grupos distintos, separados biológicamente. Muestra así su absoluto desconocimiento de esta sociedad en la que el mestizaje ha sido y sigue siendo practicado muy ampliamente.

Los trágicos acontecimientos de 1989

En los tres años que precedieron a los trágicos acontecimientos de 1989, la polarización de las luchas políticas se situaba en un marco de lucha étnica y lingüística entre «negros» francohablantes y «árabes». Con todo, si fuimos varios los investigadores que observamos esta radicalización política inquietante, creo que nadie podía prever el desencadenamiento de matanzas colectivas con tanta violencia.

Ocurrieron varios hechos entre 1986 y 1989 que tienen que ver con la radicalización de la oposición de las comunidades étnicas negromauritanas, pero también con la arbitrariedad o con la violencia de Estado. En 1986 el gobierno militar de Ould Sid'Ahmed Taya no dudó en reprimir violentamente a los autores del «Manifiesto», y al FLAM en general. Tras un juicio ordinario, 23 personas fueron encarceladas y acusadas de atentado contra la seguridad del Estado. En octubre de 1987 fue descubierta una conspiración de oficiales halpular'en que intentaba dar un golpe de Estado en nombre del FLAM. Esta vez los principales acusados fueron llevados ante un tribunal militar; tres oficiales fueron condenados a muerte y otros 18 a penas de prisión. Ese mismo año, en septiembre de 1987, fueron detenidos 17 miembros del partido proiraquí Ba'as; seis de ellos, que eran bidân, fueron condenados a seis meses de prisión. En julio de 1988 una nueva oleada de detenciones cayó sobre los baasistas: 13 personas fueron condenadas a penas de prisión. En septiembre de 1988 cuatro negroafricanos detenidos por su activismo político contra el Estado murieron en prisión.[63] Ese mismo año, con ocasión de las elecciones presidenciales en Senegal, la jefa del partido de oposición al presidente Diouf, la señora Abdoulaye Wade, hizo propaganda antimauritana y antibidân para desestabilizar a su oponente y ganar votos.

Hay que hacer una primera distinción, que tiene importancia aquí. Los autores que han abordado los acontecimientos trágicos de 1989 consideran que todos los hechos que acabo de exponer son los antecedentes directos de la violencia colectiva de 1989.[64] Esto que equivale a decir que sostienen que la represión de las autoridades mauritanas estaba guiada por su racismo antinegro

---

[63] Amnesty International, *Mauritanie, 1986-1989. Contexte d'une crise*, Éditions Francophones d'Amnesty International, 1989.

[64] Philippe Marchesin, *Tribus, ethnies et pouvoir en Mauritanie*, Karthala, París, 1992; Makhtar Diouf, *Sénégal, les ethnies de la nation*, L'Harmattan, París, 1994.

corriente.[65] Con el fin de matizar esta afirmación, hay que precisar que el racismo antinegro no era una característica fundamental de los gobiernos mauritanos, que han contado siempre en sus filas con representantes de las élites negroafricanas, y asimismo con miembros de los grupos serviles de origen africano. Como dice Wieviorka: «Hablar de racismo es quizá algo excesivo cuando un Estado central tiende a debilitar las lenguas y las culturas minoritarias, o a reducirlas a folklore, como sucedió en la Francia republicana.»[66] Por otro lado, entre quienes se oponen al Estado mauritano y al régimen de Ould Sid'Ahmed Taya no sólo había miembros del FLAM, negromauritanos —sobre todo halpular'es—, sino también miembros del partido Ba'as, nacionalista árabe, compuesto esencialmente por arabohablantes. Dicho esto, tras los acontecimientos el gobierno mauritano basará su propia violencia (legítima) sobre un concepto político racial de apartamiento de los negroafricanos, convertidos en «enemigos de la nación». Con esta acusación, varios miles serán expulsados de Mauritania, sobre todo hacia Senegal, entre 1989 y 1992.

El examen más detallado de los acontecimientos que se produjeron entre febrero y abril de 1989 proporciona elementos interesantes sobre la radicalización de los discursos y de los actos. Hubo en primer lugar algunos incidentes violentos: el 22-23 de febrero contra los bidân en las ciudades de Dakar, Rufisque, Thiès y Kaolack, seguidos de respuestas antisenegalesas en Nouakchott el 24-25 de febrero de 1989. El 9 de abril la prensa senegalesa daba cuenta de enfrentamientos entre ganaderos negroafricanos (soninke y peul) de ambas orillas del río Senegal en la localidad de Diawara (o de Sonko, según la prensa mauritana), con dos muertos del lado senegalés y heridos del lado mauritano. Senegal acusó a guardas forestales mauritanos; Mauritania afirmó que se trataba de una riña entre ganaderos. El 11 de abril de 1989, dos días después de los primeros incidentes fronterizos, *Sopi* («Cambio», periódico de la oposición senegalesa) titulaba en primera página: «El ejército mauritano dispara contra la población», y concretaba: «En el norte hay un inquietante ruido de botas al otro lado del río. De Saint-Louis a Matam, pasando por Dagana, las poblaciones están en pie de guerra y duermen con un ojo abierto por temor a verse sorprendidas durante el sueño por los belicosos beidanes.»[67]

---

[65] Véase Makhtar Diouf, *op. cit.*, y Alassane Harouna Boye, *J'étais à Oualata. Le racisme d'État en Mauritanie*, L'Harmattan, París, 1999.

[66] Michel Wieviorka, *La démocratie à l'épreuve. Nationalisme, populisme, ethnicité*, La Découverte, París, 1993, p. 51.

[67] *Le Monde*, 27 de abril de 1989.

A partir de esta fecha, los senegaleses comienzan a saquear las tiendas de comerciantes bidân en las ciudades senegalesas de Matam y de Bakel. Se producen otros saqueos por todas partes en Senegal, contra los bidân y los hrâtîn, fuese cual fuese su nacionalidad. Existía, en efecto, una importante comunidad bidân de nacionalidad senegalesa en este país, mientras que otros bidân, también establecidos en Senegal, tenían la nacionalidad mauritana.

El 14 de abril de 1989, *Sopi* titulaba: «Cinco aldeas incendiadas por los mauritanos.» Y el 21 de abril de 1989 anunciaba: «Un tendero mauro dispara contra un joven senegalés», explicando: «Pobres senegaleses, los extranjeros nos matan mientras que los que deberían defendernos están ocupados en matarnos.» Otro diario senegalés, *Le Cafard Libéré* [El Chivato Liberado], escribía sobre el incidente fronterizo del 9 de abril:

> Los guardias de fronteras mauritanos han actuado exactamente de la misma manera que sus antepasados en los siglos pasados. Han matado hombres, se han llevado a otros cautivos, han incendiado aldeas tras haberse quedado con el ganado y los víveres, considerados botín de guerra.

Y el 20 de abril, el mismo diario se lamentaba de que los «cañones no hayan disparado.[68]

Sin embargo, lo peor estaba por llegar. El 22 y 23 de abril de 1989 una oleada de violencia sin precedentes contra los arabohablantes mauritanos y sus tiendas se desencadena en Dakar y otras ciudades senegalesas —Mbour, Diourbel, Louga, Tambacounda, Konda y Ziguinchor—. Según Sally N'Dongo, presidente de la Union Générale des Travailleurs Sénégalais en France [Unión General de Trabajadores Senegaleses en Francia], los saqueos fueron debidos a jóvenes, organizados en bandas, que políticos de la oposición, dirigidos por Abdoulaye Wade, habían utilizado ya en 1988 para fomentar disturbios contra el presidente Diouf. De hecho, en las semanas anteriores a las violencias antimauritanas, numerosos jóvenes se habían manifestado tras el llamamiento del partido de Wade, y en Dakar se habían cometido saqueos.[69] También hay referencias a estas «bandas de jóvenes» en Mamadou Diouf.[70] Hablando del movi-

---

[68] *Mauritanie Demain*, 9, Nouakchott, junio-julio de 1989.

[69] *Libération*, 27 de abril de 1989.

[70] Mamadou Diouf, «Fresques murales et écriture de l'histoire. Le Set/Setal à Dakar», *Politique Africaine*, 46, 1992, pp. 41-54.

miento dakarés «Set/Setal» (Limpio/Limpiar) formado por jóvenes destructores/limpiadores, explica:

> El movimiento Set/Setal comenzó a manifestarse después de las violentas crisis del *Sopi*, que siguieron a la campaña y a las elecciones de febrero de 1988. Marca el fracaso de las políticas de institucionalización de los modos de acción política y consagra definitivamente a la juventud como la parte maldita de la sociedad senegalesa.

Según Diouf, para estos jóvenes «el temor ante el porvenir se expresa a través de una formidable rabia y afán de destrucción»; y recordando a los «cazadores de mauritanos», añade: «La violencia juvenil ha dado paso a una especie de locura densa que hasta ese momento era un enigma.»

En una obra más reciente, Diouf[71] habla de las ambivalencias del Set/Setal:

> Las expresiones políticas y las prácticas sociales de los jóvenes son ambivalentes: son al mismo tiempo muy nihilistas y muy idealistas. Por ejemplo, los jóvenes senegaleses que degollaron a mauritanos (1989) fueron capaces de limpiar las calles y pintar las paredes (1990). Son refractarios a los procedimientos institucionales de lo político; sus manifestaciones se deben siempre a prácticas montaraces cuyo idioma principal es la violencia —se oye decir con frecuencia que carecen de anclaje, que se expresan para destruir, pues no se inscriben en modos de expresión positivos—. Con todo, muchos jóvenes, a imagen de tal actor senegalés del Set/Setal, insisten sobre el valor moral de este movimiento, exclamando: «Hacer Set/Setal es liberarnos de toda la herencia colonial que regula nuestra manera de ser, de concebir las cosas. El Set/Setal es una obligación absoluta de aclararse y una necesidad de expresarse según los nuevos conceptos y en un lenguaje nuevo, en esta batalla por vivir.»

Opiniones bastante extrañas, en las que se relata tranquilamente que los mismos jóvenes senegaleses que degollaron a mauritanos en 1989 limpiaron la ciudad de Dakar el año siguiente. Y sin dar ninguna explicación a hechos tan asombrosos, Diouf prefiere citar las opiniones de un actor senegalés al que se supone defensor del «valor moral» de un movimiento de «limpiadores» con pretensiones anticoloniales.

Volvamos a la cronología de los hechos de 1989. Las noticias que llegaron a Nouakchott el 23 de abril, algo exageradas por el rumor que daba cuenta de mi-

---

[71] Mamadou Diouf, *Histoire du Sénégal*, Maisonneuve & Larose, París, 2001, p. 216.

les de muertos, desencadenaron una respuesta de una violencia inaudita. El 24 y 25 de abril, en el mercado Capitale de Nouakchott y en dos distritos pobres de la ciudad (5° y 6°), unas ciento cincuenta o doscientas personas supuestamente senegalesas fueron muertas con armas improvidadas (palos, barras de hierro), y unos seiscientas resultaron heridas por miembros de grupos serviles de la sociedad bidân.[72] Según varios testimonios que recogí en Nouakchott, estos últimos actuaban por orden de sus amos, que les habían ofrecido bienes (tierras, dinero...) como compensación de su acción de «defensa del honor de los bidân». Algunos investigadores consideran que estas acciones consistían en disturbios incontrolados, en explosiones de violencia más o menos espontáneas que no se sabe adónde pueden llegar ni en qué momento... Sin embargo, yo pienso que esta manera de ver no tiene intención de explicar los hechos, sino simplemente de describirlos, situándolos en un ámbito de impulsos, de instintos, de lo inconsciente y de lo involuntario. No hay nada de esto en los sangrientos acontecimientos de los que hablamos aquí, pues parece evidente que los resortes profundos de las matanzas se asocian a la difusión de ideas racistas de origen colonial. Entre las personas atacadas había también guineanos, malianos y otros ciudadanos de países africanos subsaharianos.[73] Las fuerzas del orden se declararon desbordadas durante treinta y seis horas y afirmaron que fueron incapaces de restablecer la calma hasta el 25 de abril por la tarde, estableciendo un toque de queda de 20.00 a 06.00 en Nouakchott y Nouadhibou [Nuadibu] (segunda ciudad del país), donde también hubo incidentes.[74] Sin embargo, las muertes no se detuvieron. El jueves 29 de abril el presidente senegalés Diouf lanzó «una viva protesta» ante el gobierno de Nouakchott e indicó que «si la responsabilidad de las fuerzas del orden mauritanas se hace evidente» en las matanzas, él tomaría las medidas necesarias.[75] En realidad, de una manera apenas velada, Diouf hacía responsable al ejército mauritano de las matanzas y llevaba a pensar que la respuesta de Senegal podría ser radical. Según testimonios recogidos por G. Millet, periodista francés, numerosos senegaleses de Dakar interpretaron las afirmaciones de Diouf como una declaración de guerra a Mauritania. Declaración que iba a legitimar, el 28 y 29 de abril, el desencadenamiento de la matanza de unos cien arabohablantes mauritanos. Nunca se

[72] *Le Monde*, 27 de abril de 1989.
[73] *Le Monde*, 3 de mayo de 1989.
[74] *Le Monde*, 27 de abril de 1989.
[75] *Le Monde*, 29 de abril de 1989.

sabrá cuántos bidân de nacionalidad senegalesa se contaban entre los muertos. Un dakarés entrevistado declaró a G. Millet:

> Al comienzo no los queríamos matar. Sólo hemos robado lo que había en sus comercios. Pero ahora es otra cosa, una vez que hemos sabido lo que les han hecho a los senegaleses de Mauritania. Vamos a perseguirlos a todos, los encontraremos, los asesinaremos.[76]

No se salvó ningún barrio de Dakar habitado por mauritanos; se incendiaron y saquearon casas y tiendas, y sus ocupantes fueron muertos o mutilados con armas blancas. Los principales responsables de estos actos eran jóvenes urbanos, de los que los más viejos tenían veinte años, organizados por grupos de unos cincuenta individuos. Atacaron también a comerciantes libaneses y marroquíes de Dakar, destruyendo sus tiendas o pidiendo rescates para no matarlos. La violencia contra los bidân mauritanos o presuntos mauritanos se extendió a varias ciudades senegalesas —Ziguinchor, Tambacounda y Mbour—, donde continuaron los saqueos durante varios días. Las represalias fueron numerosas, como por ejemplo en Toua, donde doce mauritanos fueron muertos para vengar la muerte del jefe de la cofradía murida[77] en Nouakchott.[78]

En el clima de histeria política colectiva, el gobierno de Ould Sid'Ahmed Taya se puso también histérico y comenzó a ver «conspiraciones fomentadas por los negroafricanos», signo típico de gran fragilidad, de alejamiento de la realidad y de los delirios de persecución de los gobiernos debilitados.[79] Los negroafricanos de Mauritania, al haberse convertido en enemigos de la nación, fueron ex-

---

[76] *Libération*, 29-30 de abril de 1989.

[77] La cofradía musulmana murida fue fundada hacia 1888 por Ahmadu Bamba, wolof del Waalo, hombre de religión, formado en la vía sufí de la *Qadiriyya*, una de las más influyentes de África occidental en el siglo XIX. Sus discípulos fueron y son numerosos en Senegal, donde la cofradía se ha desarrollado captando sobre todo a los *ceddo*, esclavos soldados de los príncipes wolof. Durante mucho tiempo los administradores franceses consideraron que se trataba de peligrosos «disidentes», y afirmaban que esta cofradía representaba una «bastardización» del islam. (Chris Harrison, *France and Islam in West Africa, 1860-1960*, Cambridge University Press, Cambridge, 1988, pp. 115-117). La cofradía murida es una de las más importantes desde el punto de vista demográfico, sobre todo en Senegal, y en menor medida en Mauritania.

[78] *Le Monde*, 3 de mayo de 1989.

[79] E. Terray, «Heurs et malheurs des nations d'Europe centrale. Réflexions sur deux essais d'Istvan Bibo», *Le genre humain*, octubre de 1989, pp. 42-43. La histeria política es definida por I. Istvan Bibo y por E. Terray como un estado duradero de terror colectivo.

pulsados a miles, y sus tierras en la cuenca del río quedaron expropiadas. Paralelamente, el gobierno desplegó una amplia propaganda nacionalista árabe que fue «casi unánime»[80] entre los bidân. Sin embargo, no todos los mauritanos aceptaron este estado de violencia institucionalizada, y las exacciones cometidas contra los compatriotas negromauritanos fueron denunciadas por la prensa independiente y ante la escena internacional. Con todo, un examen en profundidad de los hechos todavía no se ha hecho en Mauritania ni en Senegal, pues el horror de las matanzas parece estar demasiado presente en las conciencias colectivas.

El papel de la prensa internacional

Si en un primer momento la prensa internacional dio cuenta de los hechos de un modo bastante objetivo y distanciado, los análisis propuestos tras los incidentes más graves aceptaban la sencillez engañosa de la versión senegalesa de las matanzas. Es decir, una versión basada en la «lucha racial» entre «negros» y «árabes» en esta parte de África. Esta versión contribuyó directamente a alimentar los prejuicios raciales y los fantasmas de ambas comunidades, senegalesa y mauritana, una contra la otra.

En un plano más general, las versiones simplistas de la prensa hacían suyos igualmente los prejuicios europeos en un África que, por la violencia de sus conflictos políticos, es percibida como un continente salvaje. Abordando el tema del racismo en las ex colonias, Balibar considera, en primer lugar, que la propuesta de Benedict Anderson[81] según la cual no hay racismo antiblanco en el Tercer Mundo es incompleta, y añade:

> Si no hay, en África, en Asia y en América Latina un contrarracismo «tercermundista», hay multitud de racismos devastadores, a un tiempo institucionalizados y populares, entre «naciones», «etnias» y «comunidades». Y, de vuelta, el espectáculo de estos racismos, deformado por los medios de comunicación mundiales, no cesa de alimentar los estereotipos del racismo blanco, manteniendo la vieja idea según la cual tres cuartas partes de la humanidad son incapaces de gobernarse a sí mismas.[82]

---

[80] A. W. Ould Cheikh, «L'évolution de l'esclavage dans la société maure», en E. Bernus, *Nomades et commandants. Administration et Sociétés Nomades dans l'Ancienne A.O.F.*, Karthala, París, 1993, p. 32.

[81] *Imagined Communities*, Verso, Londres y Nueva York, 1983.

[82] Étienne Balibar y Emmanuel Wallerstein, *op. cit.*, p. 63.

Una vieja idea que insiste en el salvajismo europeo a través de las dos guerras mundiales sigue sin ser igualada hasta hoy. Muy esquemáticamente, el concepto clave parece ser aquí organizarse alrededor del predominio de las ideas eurocéntricas según las cuales los africanos «negros» son las eternas víctimas de la Historia. En el caso concreto de Francia, las simpatías ordinarias de los periodistas se dirigen a los «negros» africanos francohablantes de las ex colonias del África occidental francesa, consideradas más dóciles y agradecidas hacia los beneficios de la civilización francesa. Y esto al contrario que hacia los árabes y los nómadas, entre los cuales se hallan los bidân de Mauritania y los tuáreg, a los que se considera esclavistas, antiguos incursores, inclinados hacia las peores violencias.[83]

Conclusión

La ideología de la negritud se presenta como un avatar de la colonización francesa en el África occidental. Deriva de un tipo de colonización ideológica por la que las ideas occidentales de clasificación racial de las sociedades humanas son adoptadas y reivindicadas por intelectuales africanos, ellos mismos «raciados», como Senghor. Como gran ideólogo de la negritud, Senghor produce un discurso basado en la diferenciación racial y cultural de los «negros», que supuestamente trata de devolver la dignidad a los pueblos africanos. Para ello se apoya en las obras etnológicas, que se supone poseen un saber científico probado —y por tanto lleno de verdad— sobre las sociedades africanas, entre las que se cuentan las del alemán Frobenius y las del francés Delafosse. En el discurso de Senghor el hecho de que científicos e intelectuales europeos defiendan las tesis de la unidad de la civilización africana, y de la diferencia racial, representa una prueba irrefutable de la veracidad de sus argumentos. En esta empresa de legitimación de la negritud, el discurso racial se mezcla de manera inextricable con el discurso cultural. Y el resultado final es la presentación de una especie de racismo diferencialista, reivindicado aún más si cabe por los negritudistas, desde el momento en que intelectuales franceses ilustres como Sartre se disponen a legitimar esta nueva doctrina racialafricana. ¿Cómo explicar esta situación?

[83] Esta idea colonial y eurocéntrica es retomada a veces por autores contemporáneos, por ejemplo Philippe Marchesin (*op. cit.*, p. 48), que escribe: «Es cierto que existe una tradición ya establecida en cuanto a una robusta práctica de devolución del poder en estas sociedades.»

¿Cómo intelectuales como Gide, Monod, Griaule y Balandier han podido colaborar en esta empresa de racialización de las sociedades del África occidental? ¿Creían acaso que la negritud, la afirmación de la diferencia cultural y racial «negra», iba a restituir su dignidad a los africanos? ¿Al precio de una lógica de «autorraciación» que podía llevar a la purificación/depuración/exterminio, según la proposición de Taguieff? El racismo implícito, ordinario, ¿se podía hallar en intelectuales de vanguardia que retomaban por su cuenta los prejuicios más escandalosos respecto de los «negros», como la sensibilidad, la emotividad, el ritmo, el misticismo o la intuición?

Los daños ideológicos de la colonización francesa y la intoxicación de las clasificaciones raciales aplicadas a los pueblos africanos están todavía por redescubrir. Y la ideología de la negritud, en todas sus implicaciones intelectuales y políticas, espera todavía ser analizada de manera detallada, profunda y sin prejuicios.

Epílogo

¿Quién exige reparaciones y por cuáles crímenes?

Nadja Vucković

En la declaración final de la Conferencia Mundial contra el Racismo, que se celebró en Durban (Sudáfrica) del 31 de agosto al 7 de septiembre de 2001, la comunidad internacional inscribió y reconoció la esclavitud y la trata negrera como un crimen contra la humanidad. Francia fue citada como ejemplo por numerosas delegaciones; en efecto, es el primero y el único país europeo que instituyó, en mayo de 2001, la propuesta de ley de la diputada guayanesa Christiane Taubira y de los franceses descendientes de esclavos que viven en los departamentos de ultramar franceses.[a]

Se trata esencialmente de la trata practicada por los europeos —la trata transatlántica— y no de las que la precedieron o fueron paralelas, las tratas transahariana y oriental controladas por los negreros árabes.[1]

Sin embargo, antes de llegar a reconocer esto, largo y sinuoso fue el «camino jurídico» del proceso de condena de la esclavitud. De hecho, el primer tratado entre Estados europeos, que declaraba «el comercio conocido por el nombre de trata de negros de África [...] como repugnante a los principios de la humanidad y de la moral universal», data del Congreso de Viena de 1815[2], año de la abolición oficial de la esclavitud. Sin embargo, como ha perdurado y perdura todavía de manera ilegal, numerosas y necesarias fueron las resoluciones sucesivas que participaron plenamente en su reconocimiento hoy, sean la Confe-

---

[a] Departamentos de ultramar franceses: para paliar las críticas anticolonialistas y para controlar mejor a algunas de sus colonias, Francia ha otorgado a algunas de ellas un estatuto de Territorio de Ultramar (TOM) y, como es el caso, de Departamento de Ultramar (DOM). [N. del T.]

[1] Véase *supra* el trabajo de Marc Ferro, «En torno a la trata y a la esclavitud», y el de Catherine Coquery-Vidrovitch, «La colonización árabe en Zanzíbar».

[2] Véase *supra* «Étapes de l'abolition et résurgences».

rencia de Berlín de 1885, la de Bruselas en 1890, la de La Haya en 1899 y 1907, que desembocaron en la convención final de la Sociedad de Naciones en 1926, que condenaba todas las formas de esclavitud, incluido el trabajo forzado. Esta formulación se retomó en la Declaración Universal de los Derechos Humanos de 1948; o bien, más recientemente, por parte de la ONU, creada en 1945, que, tras la firma de la Convención para la Prevención y Represión del Crimen de Genocidio, en 1948, opone una serie de convenciones y declaraciones internacionales a los crímenes de derecho humanitario como la esclavitud y el racismo, la discriminación, la xenofobia y la intolerancia que se les asocia.

En cuanto al «crimen contra la humanidad»[3], la expresión apareció por primera vez en 1915, en una declaración de Francia, el Reino Unido y Rusia en la que se condenaba la matanza de armenios por parte de los turcos. Sin embargo, su primera mención jurídica data de 1946 y se define así en el artículo 6 del estatuto del Tribunal Militar Internacional de Núremberg:

> El asesinato, el exterminio, la reducción a la esclavitud, la deportación y cualquier otro acto inhumano cometido contra todas las poblaciones antes o durante la guerra, o bien las persecuciones por motivos políticos, raciales o religiosos, cuando estos actos o persecuciones hayan constituido o no una violación del derecho interno del país donde han sido perpetrados, han sido cometidos por medio de actos criminales que son de la competencia del tribunal, o en relación con este acto criminal.

Al reconocimiento de la esclavitud como un crimen contra la humanidad —deber de memoria— se añade la petición de excusas y reparaciones —deuda moral y financiera—. Es lo que se deriva de las proclamaciones de la Conferencia Mundial para las Reparaciones a África y a los africanos de la Diáspora, organizada en diciembre de 1990 en Lagos (Nigeria), y de la Conferencia Panafricana de la Organización de la Unidad Africana (OUA) que se celebró en Abuja (Nigeria) en 1993.[4] Y es precisamente acerca de estos dos puntos sobre los que hay litigio entre las partes.

Aunque hubo precedentes —el arrepentimiento del papa Juan Pablo II en 1991 «por los pecados cometidos por la Europa cristiana contra África», con

---

[3] Antoine Garapon, *Des crimes qu'on ne peut ni punir ni pardonner. Pour une justice internationale*, Odile Jacob, París, 2002, pp. 115-160.

[4] Jullyette Ukabiala, «La Conférence contre le racisme aboutit à une déclaration historique, mais les Africains ont d'autres revendications», *Afrique Relance*, ONU, vol. 15, nº 3, octubre de 2001, p. 5.

ocasión de su visita a la isla de Gorea, en Senegal, y las excusas que pidió Bill Clinton, en su viaje a África, por el papel de Estados Unidos en la trata (excusas que no ha expresado a los negros estadounidenses)—, aun así, todo esto no ha animado a los representantes europeos presentes en la Conferencia de Durban a adoptar una postura común sobre esta cuestión. ¿Por qué? Porque la noción de excusas, de pesar o de perdón, sin duda, puede remitir al deseo positivo y sincero de unidad del Estado-nación, pero al tener un nexo estrecho con la noción de justicia puede quedar marcada igualmente de estrategia política táctica.

Así pues, en primer lugar, la noción positiva de excusas permitiría a un Estado, por la supresión de los tabúes[5] de su historia, por el cara a cara con su pasado (apertura de archivos, acciones judiciales), por el deber de memoria: re-

«EL SIGLO Y EL PERDÓN»[6]

Aunque ciertas palabras como «crimen contra la humanidad» circulan hoy en el lenguaje corriente, este acontecimiento fue producido y autorizado por una comunidad internacional en una fecha y según una figura determinadas de su historia. [...] Esta especie de mutación ha estructurado el espacio teatral en el que se representa —sinceramente o no— la escena del arrepentimiento que nos ocupa. [...] Responde también, afortunadamente, a un «buen» movimiento. No obstante, el simulacro ritual, la hipocresía, el cálculo o las carantoñas suelen formar parte del grupo, y se invitan como parásitos a esta ceremonia de la culpabilidad. [...] Si se ve un inmenso progreso, una mutación histórica o un concepto todavía oscuro en sus límites, frágil en sus fundamentos (y se puede hacer lo uno y lo otro a la vez —yo lo inclinaría por mi parte—), no se puede negar este hecho: el concepto de crimen contra la humanidad está en el horizonte de toda geopolítica del perdón. Es lo que le proporciona su discurso y su legitimación. Tomemos el atractivo ejemplo de la Comisión Verdad para la Reconciliación en Sudáfrica. [...] Pues bien, lo que ha

→

[5] Sobre el control del discurso histórico por las instituciones, véase Marc Ferro, *Les tabous de l'histoire*, Robert Laffont, París, 2002.

[6] Jacques Derrida, *Le Monde des débats*, nº 9, diciembre de 1999, conclusiones recogidas por Michel Wieviorka.

dado su última justificación, su legitimidad declarada a esta comisión, es la definición del *apartheid* como crimen contra la humanidad, por parte de la comunidad internacional en su presentación ante la ONU [en 1973]. [...]

Más que nunca, los tres motivos —la cuestión de los derechos del hombre, el concepto de crimen contra la humanidad, pero también la soberanía— están ligados en el espacio público y en el discurso político. Aunque, con frecuencia, una cierta noción de la soberanía se vea asociada positivamente al derecho de la persona, al derecho de autodeterminación, al ideal de emancipación, en realidad a la idea misma de libertad, al principio de los derechos del hombre, precisamente suele ser en nombre de los derechos humanos y para castigar crímenes contra la humanidad como se llega a considerar, al menos por medio de intervenciones internacionales, la limitación de la soberanía de un pequeño Estado-nación. [...] Debemos seguir muy atentos, como nos recuerda lúcidamente Hannah Arendt, respecto al hecho de que esta limitación de soberanía no se impone nunca salvo allí donde es posible (física, militar, económicamente), es decir, se impone siempre a pequeños Estados, relativamente débiles, por parte de Estados poderosos. [...] Así, tienen un peso determinante en las decisiones internacionales. Es un orden y una «situación de hecho» que pueden ser consolidados en beneficio de los «poderosos» o bien, por el contrario, pueden verse dislocados, metidos en una crisis, amenazados por conceptos [...] como los de los nuevos «derechos del hombre», o de crimen contra la humanidad, por convenciones sobre el genocidio, la tortura o el terrorismo. Entre las dos hipótesis, todo depende de la política que aplica estos conceptos. Pese a sus raíces y a sus fundamentos sin edad, estos conceptos son totalmente jóvenes, al menos en cuanto dispositivos del derecho internacional. Y cuando, en 1964 —ayer mismo— Francia juzgó oportuno decidir que los crímenes contra la humanidad serían imprescriptibles[7] [...], este país apeló implícitamente a una especie de más allá del derecho en el derecho. Para siempre jamás, «eternamente», por doquier y siempre, un crimen contra la humanidad será objeto de juicio y nunca se borrará el archivo judicial. Es, pues, una cierta idea del perdón y de lo imperdonable, de un cierto más allá del derecho (de toda determinación histórica del derecho), la que inspiró a los legisladores y a los parlamentarios, a los que producen el derecho. [...]

[7] Habrá que esperar a noviembre de 1968 para que la ONU adopte la convención sobre la imprescriptibilidad de los crímenes de guerra y de los crímenes contra la humanidad. [N. de la R.]

conociendo su crimen y sus víctimas (ley), organizar lugares y acciones «que garanticen la perennidad de la memoria» (enseñanza escolar), reforzando así la unidad nacional. Esta noción, liberada así de su traumatismo, dejaría sitio al duelo y a la conmemoración. Las excusas ceden el sitio a la reconciliación. «El perdón es necesario para una nueva partida, un nuevo comienzo», declaraba Martin Luther King en un discurso en 1963, en Washington. Por otro lado, precisamente en nombre de esta reconciliación destinada a reabsorber los conflictos armados, en nombre de la unidad nacional, los pueblos autóctonos del mundo entero exigen el reconocimiento de su identidad y de sus tradiciones ancestrales, la recuperación de sus tierras; exigen excusas, y la posibilidad de acceder a la autodeterminación.[8]

Durante el siglo XX, que comenzó con el exterminio de los herero, de los armenios, que ha quedado marcado por el genocidio de los judíos, jalonado por más de un centenar de conflictos, entre los últimos el genocidio de Rwanda y la limpieza étnica de la ex Yugoslavia... Así pues, con las escenas de arrepentimiento que se han sucedido, a lo largo de este siglo XX, la noción de excusa en la escena internacional, indisociable de la noción de justicia y daños e intereses, se ha mancillado.

Efectivamente, el temor a los litigios ante los tribunales sustituye a la deuda moral hasta tal punto que, en un primer momento, la Unión Europea (UE) ha estado a punto de abstenerse de dar pruebas de arrepentimiento en la Conferencia de Durban. Tenía miedo de hacer una escena de excusas o incluso de emplear este término que, según la UE, podría abrir la caja de las peticiones de reparaciones financieras por parte de los esclavos y sus descendientes. Sin embargo, el progreso reside en la declaración final de la Conferencia Mundial contra el Racismo, donde se destaca que la UE presenta excusas por los crímenes del pasado, al tiempo que la esclavitud y la trata negrera se reconocen como crímenes contra la humanidad. No obstante, se precisa igualmente que en ningún caso la UE dará compensaciones. En este punto la UE tiene el apoyo de Estados Unidos, que ya había boicoteado las dos conferencias anteriores sobre el racismo organizadas por las Naciones Unidas en Ginebra en 1978 y 1983.

Si los países occidentales y los Estados Unidos hacen un frente común contra las reparaciones, por su lado «el frente de los países africanos», como tal, no

---

[8] Véase *supra* el trabajo de Pap Ndiaye: «Los indios de América del Norte», y el de Alastair Davidson, «Una raza condenada: la colonización de los aborígenes de Australia».

está unido. Los anglohablantes, como Ghana y Nigeria, defienden una postura maximalista (el pago íntegro de las indemnizaciones bajo la forma de transferencia de capitales y/o anulación de la deuda), mientras que a los francohablantes les bastaría un reconocimiento moral y «arrepentimiento»[9].

Por el contrario, a la hora del Decenio de Lucha contra el Racismo (1994-2003) y del Año Internacional de la Movilización contra el Racismo (2001) organizados por la ONU, grupos de afroamericanos establecidos en Estados Unidos sostienen la campaña de reparaciones de ciertos países africanos que, en la Proclamación de Abuja (Nigeria), declaran: «El daño que causaron la esclavitud, el colonialismo y el neocolonialismo no es sólo una realidad histórica, sino que se manifiesta todavía dolorosamente en las precarias vidas de los africanos de hoy, de Harlem a Harar, de Somalia a Surinam.»[10] Éste será uno de los argumentos clave de las quejas de los africanos y de los negros americanos descendientes de esclavos en su proceso contra las empresas estadounidenses.

En realidad, el concepto de indemnización y el debate sobre las reparaciones no son fenómenos nuevos —Estados Unidos tiene una larga historia en este asunto—, pero resurgen, pues han contribuido a ello acontecimientos recientes, sea la obtención de indemnización por parte de los judíos, víctimas del Holocausto y del trabajo forzado bajo Hitler, en Alemania y Suiza; o bien la rehabilitación de los estadounidenses de origen japonés encarcelados e internados en campos de concentración durante la II Guerra Mundial —que en 1988 ganaron el caso tras más de cuarenta años de demandas, al haber desbloqueado el Congreso de Estados Unidos la suma de casi 1.600.000.000 de dólares para 80.000 nipoamericanos—; o bien las compensaciones concedidas por el gobierno estadounidense a los sioux por la expoliación de sus tierras.[11]

El caso de los descendientes de los esclavos negros estadounidenses

En la actualidad, evidentemente, vuelve a abrirse en Estados Unidos el debate sobre las reparaciones a los descendientes de los esclavos, aunque hay que de-

[9] Théophile Kouamouo, «Au départ de la route des esclaves. Le délicat débat sur l'indemnisation», *Le Monde*, 10 de septiembre de 2001, Ouidah, Benín.

[10] Jullyette Ukabiala, artículo citado, véase nota 4.

[11] Yves Laudy, «¿Cuánto por la esclavitud?», *La Libre Belgique*, Défis Sud, n° 47.

cir que ya se mencionó todo esto por primera vez en 1865. En efecto, pese a que el decreto de Schœlcher en agosto de 1848 no impidió que Francia, en 1849, indemnizara a los amos colonos de las Antillas con 6.000.000 de francos[12] —por pérdida de mano de obra—, mientras los esclavos liberados se quedaban sin tierras, en cambio en Estados Unidos, al final de la guerra de Secesión en 1865, el general William Sherman había prometido a cada familia de esclavos liberados «cuarenta acres de tierra y una mula para la labor, como indemnización contra el crimen de la esclavitud». El presidente Lincoln había decidido respetar la promesa, pero, tras el asesinato de éste, el presidente Andrew Johnson, por medio de un nuevo decreto, volvió a apoderarse de las tierras distribuidas a los esclavos para restituírselas a los confederados.

> Cuarenta acres y una mula no bastan para hacer olvidar la deportación, los latigazos, las matanzas, las mutilaciones y violaciones. Con todo, las indemnizaciones de los negros libertos habrían dado testimonio de una voluntad sincera de reducir las desigualdades que provocó la esclavitud.[13]

En la década de 1960, la obtención de reparaciones de parte de Alemania por las víctimas del Holocausto judío sirvió de precedente a la petición de reparaciones incluida en *La declaración del programa de diez puntos* de los Black Panthers [Panteras Negras], que volvió a plantear el problema:

> Cuarenta acres y una mula, es lo que nos han prometido hace cien años como indemnización por el trabajo esclavo y por el genocidio de nuestro pueblo. Aceptaremos un pago en especie. Los alemanes están ayudando hoy a los judíos en Israel por el genocidio del pueblo judío. Los alemanes asesinaron a 6.000.000 de judíos. Los estadounidenses racistas participaron en la matanza de más de 50.000.000 de negros. Por ello consideramos que nuestras exigencias son modestas.

---

[12] Asimismo, para obtener su independencia y el reconocimiento de la supresión de la esclavitud, Haití pagó una indemnización a Francia y a los plantadores desposeídos o a sus derechohabientes, tras una ordenanza del 17 de abril de 1825 del rey Carlos X. Para hacer honor a la deuda, Haití hubo de contraer un préstamo con Francia —antigua potencia colonial—. Establecida una suma de 150.000.000 de francos en 1825, la deuda colonial disminuyó a 90.000.000 tras el tratado de febrero de 1838 firmado por ambos países.

[13] Citado en Pascal Riché, «Pour ou contre dédommager les Noirs. Aux États-Unis, l'indemnisation de l'esclavage refait débat», *Libération*, 17 de agosto de 2001.

La Declaración recuerda también a Frantz Fanon:

> Del colonialismo y el imperialismo no nos libramos aunque hayan retirado de nuestros territorios sus banderas y sus fuerzas de policía. [...] En boca de los europeos, tras 1945, una sola frase: «Alemania pagará.» Por su lado, el señor Adenauer, en el momento en que se abría el proceso Eichmann, y en nombre del pueblo alemán, ha pedido una vez más perdón [...] ha renovado el compromiso de su país de seguir pagando al Estado de Israel las sumas que deben servir de compensación a los crímenes nazis.[14]

A partir de ese momento, numerosos movimientos negros o blancos hacen suyo el lema. Como el diputado John Conyers que, desde 1989, deposita cada año un proyecto de ley para la creación de una comisión que estudie la cuestión; o bien personalidades como Jesse Jackson, que prepara procesos contra el gobierno federal estadounidense y las empresas, apoyadas en el Reparation Coordinating Committee [Comité Coordinador para las Reparaciones], comité de coordinación creado por Charles Ogletree —profesor de Harvard— y Randall Robinson —fundador de Transafrica[15] y autor de *The Debt: What America Owes to Blacks* [La deuda: lo que Estados Unidos debe a los negros][16]—; o bien el movimiento N'Cobra (National Coalition of Blacks Reparations in America [Coalición Nacional para las Reparaciones a los Negros de América]); o bien Barbara Lee, representante demócrata de California, miembro del Black Caucus [*Caucus* Negro], que ha utilizado estrategias de compensaciones, considerando que las condiciones de la comunidad negra estadounidense llevan todavía en ellas los estigmas de la colonización, de la esclavitud y de la discriminación.

Aunque todos estos intentos contra el Estado federal hayan fracasado, en 2001 dos Estados —Florida y Oklahoma— han indemnizado, respectivamente, a los supervivientes de una matanza de 1923 y a los de unos disturbios de 1921.

Sin embargo, «todas estas demandas sobre el pasado han establecido una jurisprudencia que permite a las víctimas de los derechos humanos exigir re-

---

[14] Frantz Fanon, *Les damnés de la terre*, Maspero, París, 1961, reedic. Gallimard, París 1991 [ed. cast.: *Los condenados de la tierra*, FCE, México, 1963]. La frase «Alemania pagará», retomada por Frantz Fanon para el período de 1945, es en realidad de 1918.

[15] Grupo de presión que impuso, con éxito, sanciones a Sudáfrica en tiempos del *apartheid*.

[16] *La dette: «Ce que l'Amérique doit aux Noirs»*, Éditions Dutte/Plumes, 1999; Fabrice Rousselot, «Les profiteurs de l'esclavage traînés en justice à New York», *Libération*, 28 de marzo de 2002.

paraciones de las empresas o de los sucesores de empresas que abusaron de aquéllas», declara Edward Fagan, uno de los abogados de las víctimas.[17] La querella colectiva (*class-action*)[18], abierta a todos los descendientes de esclavos que puedan justificar una relación de parentesco con esclavos, impulsada por Deadira Farmer-Pullman[19], fue presentada al Tribunal Federal de Nueva York. El movimiento Initiative de Gorée [Iniciativa de Gorea], que agrupa a unas cuarenta ONG, y el movimiento negro estadounidense se han asociado en esta «lucha».

Dos de los abogados de los querellantes participan en el procedimiento: John Cochrane, célebre por haber defendido con éxito a O. J. Simpson; y Edward Fagan, que se ha hecho un nombre en la década de 1990 intentando acciones judiciales contra los bancos suizos en nombre de las víctimas del Holocausto y del trabajo forzado bajo el régimen de Hitler, que fueron objeto de un desembolso amigable de 8.000 millones de dólares. Luego Edward Fagan emprendió dos acciones contra las empresas alemanas Degussa y Siemens. Aunque en un primer momento fueron rechazadas por un juez:

> [...] que estimaba que la cuestión de las reparaciones era un asunto político extranjero y no de derecho [...] [bajo la presión de la opinión pública, de amenazas de las autoridades estadounidenses o de sanciones blandidas por las instituciones locales], las empresas y el gobierno alemanes decidieron crear un fondo de 5.200.000.000 de dólares, hoy en curso de desembolso.[20]

Y también participó en el equipo jurídico al lado de Dumisa Ntsebeza, ex comisario de la Comisión Verdad y Reconciliación (TRC) y uno de los principales abogados del Apartheid Reparations International Legal Claim (Acción Jurídica Internacional para las Reparaciones por el *Apartheid*), que presentó un recurso judicial contra empresas estadounidenses y suizas.

---

[17] Michel Moutot, «Réparations de l'esclavage: le secteur privé américain pris pour cible», AFP International, Nueva York, 25 de marzo de 2002.

[18] «Querella colectiva» significa que un grupo de personas recurren a la justicia —en este caso cuatro demandantes—, por oposición a un individuo, contra una empresa.

[19] Activista neoyorquina que desde hace muchos años estudia la relación entre la esclavitud y el mundo de la empresa. Fuente: Philippe Bolopion, «Des fortunes construites au prix de la sueur des esclaves», RFI, www.democraf.com, artículo 298, junio de 2002.

[20] *The Economist*, «Les descendants d'esclaves bientôt indemnisés?», Londres, trad. en el *Courrier International*, n.º 535, 1-7 de febrero de 2001.

> El blanco son las multinacionales privadas establecidas en Estados Unidos y en Europa que obtuvieron beneficios a partir de sus transacciones comerciales en Sudáfrica en el período que va de 1948 a 1993. Las reclamaciones se hacen a Estados Unidos de conformidad con la legislación estadounidense, que autoriza a ciudadanos no estadounidenses a presentar peticiones referentes a los derechos humanos y sobre la tortura ante los tribunales de este país contra empresas que operan en él.[21]

Volviendo a Estados Unidos, la querella fue presentada contra tres empresas —Aetna Inc., CSX Corp. y Fleet Boston Financial Corp.—, a las que seguirían otras contra Lehman Brothers, Norfolk Southern, Lloyd's de Londres y New York Life.

Aetna Life Assurance, una de las primeras sociedades de seguros de Estados Unidos, admitió haber emitido pólizas de seguros de vida a propietarios de esclavos. En efecto, éstos gozaban de un seguro sobre su «ganado» cuando moría alguno de sus esclavos, con la única condición de que la muerte no fuese causada por linchamiento, por agotamiento en el trabajo o por suicidio. En cuanto a la Fleet Boston, fue heredera del Providence Bank de Rhode Island. Éste fue creado a mediados del siglo XIX por John Brown, hombre de negocios muy respetado de Rhode Island y además uno de los mayores esclavistas, notorio negrero de la región. Como otros muchos propietarios de tierras, fletaba barcos varias veces al año para la trata de negros en África. Finalmente, las compañías que precedieron a la CSX recurrieron a esclavos para la construcción de vías férreas en todo el territorio estadounidense.

Como muy bien dice Elie Wiesel, «el verdugo mata siempre dos veces, la segunda vez por el silencio». Y aunque los esclavos, a costa de su sudor, hayan contribuido a la riqueza de Estados Unidos y a la construcción de numerosas fortunas con su trabajo no remunerado, «la esclavitud ha dejado huellas en la sociedad de hoy y ha condenado a la población negra a la pobreza, al paro, a la falta de instrucción. Esto es lo que queremos reparar», precisó uno de los abogados, Robert Wareham.[22]

---

[21] Anthony Stoppard, «Des avocats qui envisagent de poursuivre les banques suisses et américaines pour avoir violé les sanctions financières internationales [abrogées par l'ONU] contre l'Afrique du Sud de l'apartheid recrutent actuellement des victimes de l'oppression raciale, pour leur recours collectif en justice», www.ipsnews.net.

[22] Yves Laudy, artículo citado.

M. Kennedy, profesor de derecho de Harvard, estima que el debate sobre las reparaciones no ha hecho más que empezar, y que nace de la puesta en entredicho de la *Affirmative Act*, la política que consiste en compensar, por medio de disposiciones específicas, la desigualdad de oportunidades ligada al origen étnico.[23]

En la justicia estadounidense, después de presentar una querella, un juez debe tener ante él el sumario y decidir si hay lugar o no para proseguir con la acusación. Este procedimiento puede durar meses, y el magistrado tiene la facultad de pedir complementos de información u organizar las audiencias.

Por ello los abogados de los querellantes han invitado a los responsables políticos a nivel de Estados a «obligar» a las empresas de su jurisdicción a abrir los archivos y crear comisiones encargadas de estudiar el impacto de la esclavitud. La primera aplicación, por su fecha, fue una ley californiana del 1 de enero de 2001 que fuerza a las empresas de seguros a desvelar si indemnizaron a los propietarios de esclavos al morir éstos.

El 53 por ciento de los negros[24] interrogados pensaban que el Estado debía pagar los daños y los intereses, no en nombre de los crímenes cometidos contra sus antepasados, sino en nombre del respeto de su derecho humanitario, de su derecho legítimo a una vida digna y no discriminatoria; además porque las secuelas de la esclavitud volvemos a encontrarlas en la condición de los negros estadounidenses que reciben, hoy, salarios más bajos y una educación inferior, y presentan una esperanza de vida más corta, una criminalidad más fuerte y una tasa más elevada de divorcios que en el seno de la población blanca.

Apoyándose en particular en el perjuicio vivido por la población negra estadounidense, pero ante la dificultad de valorarlo con exactitud, la querella de veinte páginas no ha especificado, por el momento, el monto exacto de las reparaciones. Por el contrario, en cuanto a las modalidades de pago, los abogados piensan que una buena solución sería la «constitución de fondos —como el destinado a las víctimas del atentado de Nueva York del 11 de septiembre de 2001, que financian conjuntamente las compañías aéreas— con los que financiarían los proyectos humanitarios en los sectores de la salud, la educación y el desarrollo social».

---

[23] Fuente: Patrick Jarreau, «La communauté noire américaine divisée sur la question des réparations», 30 de agosto de 2001.

[24] Un estudio realizado por las universidades de Chicago y Harvard en octubre de 2001.

Sin embargo, las empresas no lo entienden así.

Kathy Burns, portavoz de CSX, considera que la querella no tiene fundamento. «Es una utilización perversa del sistema jurídico para resolver problemas que se remontan ampliamente a hace más de un siglo y lo es a expensas de los trabajadores y accionistas de hoy.» Aetna Inc., por su lado, recuerda que ya ha expresado su profundo desacuerdo por la actitud durante la esclavitud y afirma haber invertido más de 34.000.000 de dólares en beneficio de la comunidad afroamericana.[25]

Debido a la lentitud de los procedimientos y a la multiplicación de los procesos, los querellantes esperan cansar a las empresas. Así, pueden surgir dos situaciones: o éstas están dispuestas a pagar o a llegar a un acuerdo amigable respecto a la cuestión, o se sirven de su grupo de presión —más influyente que el de los negros— para actuar sobre el gobierno con el fin de que sea éste el que repare la situación de trabajo no remunerado proporcionado por los esclavos, del que también se ha beneficiado. Astucia ingeniosa... Tomando acta de los intentos fracasados de querellarse contra el gobierno federal, es por medio del sector privado, es decir, de manera indirecta, como los querellantes consiguen llegar a aquél.

Divergencias

Por el lado africano, en la Conferencia de Durban, las reivindicaciones y las modalidades de pago de las reparaciones se juegan según otro registro muy distinto y divergen según los representantes de los distintos Estados africanos.

El presidente de Cabo Verde, Pedro Verona Rodrigues Pires, propuso que la indemnización adquiriese la forma de un apoyo concreto al desarrollo del continente africano con el fin de contribuir a su integración en la economía mundial, mientras que el primer ministro de Mozambique, Pascoal Mocubi, estima que sólo bajo la forma de una anulación pura y simple de la deuda los países africanos pueden esperar perspectivas más viables en materia de desarrollo. En cuanto al presidente togolés, Gnassingbé Eyadema, va aún más lejos, preci-

[25] Reuters (Washington), «Plainte contre des sociétés américaines pour esclavage», 25 de marzo de 2002.

sando que la anulación de la deuda africana no es más que una parte de la reparación exigida.

Es cierto, pero los tres omiten mencionar un hecho importante: la participación activa de las élites y de los poderes de ciertos países africanos en la trata durante el pasado. Y hoy en día subsisten rencores entre etnias africanas por este motivo.

En Benín (ex Dahomey), por ejemplo, la etnia yoruba, víctima de las guerras de captura de hombres («cacerías de hombres»), nunca ha perdonado a los reyes de etnia fon su complicidad en la esclavitud. Entonces, ¿quién debe ser indemnizado y quién debe indemnizar, sobre todo teniendo en cuenta que la esclavitud sigue practicándose por parte de africanos en ciertos países de África hoy en día?

> Está muy generalizada la ocultación de la esclavitud interna en las sociedades africanas. Hay dos razones para las connivencias que ocultan el hecho: por un lado, la abolición de la esclavitud ha sido, históricamente, asunto de los poderes coloniales, y los africanos no han sido actores en ello; por otro lado, con la oposición colonizado/colonizador se estableció una analogía entre desigualdad de la esclavitud y *sometimiento político*. En contextos marcados por las luchas de la descolonización y luego por la ideología tercermundista, la visión de la dominación como metáfora de la esclavitud excluía todo intento de estudiar la esclavitud real. Hoy hablar de ella contradice cierta imagen de la modernidad africana incompatible con el oprobio asociado al esclavismo. [...] Entonces, ¿cómo legitimar la petición de una indemnización compensatoria y expiatoria, si no se reconoce la existencia de prácticas serviles en sus propios países?[26]

En efecto, en África, además de las formas canónicas de esclavitud, se ha desarrollado igualmente una nueva trata que lleva a miles de mujeres y niños de los países «proveedores» (Benín, Burkina Faso, Mali, Togo, Ghana) hacia los países «empleadores» (Costa de Marfil, Nigeria, Gabón) y transitan por Camerún o la Guinea Ecuatorial. En abril de 2001, 43 niños (23 de ellos con edades entre 5 y 14 años y una veintena de adolescentes) originarios de Benín, Mali o Togo, pasajeros del *Etireno*, se vieron bloqueados en el puerto de Cotonou.

---

[26] Coloquio con Roger Botte, antropólogo e investigador en el CNRS, sobre la cuestión de la esclavitud, *Le Monde*, 30 de agosto de 2001.

Una investigación demostró que la mayoría de los niños hallados a bordo iban a ser vendidos a ricos gaboneses para servir como criados o trabajar en las plantaciones... Comprados al precio de 10.000 a 15.000 CFA (de 15 a 23 euros) en las aldeas, se revenden incluso a 300.000 CFA (450 euros). «Benín es pobre y Gabón rico. Ambos países han firmado convenciones de las Naciones Unidas sobre los derechos del niño. Y pese a ello nadie ha abolido el comercio de esclavos o ha elaborado leyes para castigar a los traficantes.»[27] Por el contrario, hay una acusación en marcha contra los responsables de este barco. El juez español Baltasar Garzón —célebre por haber participado en la detención de Augusto Pinochet, el ex dictador chileno, en Londres, en 1998— se hizo cargo del sumario tras una denuncia por crimen contra la humanidad lanzada por una asociación española de defensa de los derechos humanos contra los responsables del *Etireno*. Luego hubo tres mandatos de detención internacionales contra el propietario, el fletador, el capitán y la tripulación de este barco.

> Si se aceptan las propuestas de África, esto daría lugar igualmente a la oportunidad de procesos contra los demás países que han practicado la trata, en primer lugar los países árabes. Las víctimas de la esclavitud actual, como en Mauritania[28], ¿podrían basarse en este texto para exigir reparaciones?

O bien, ¿la comunidad negra podría exigir reparaciones a los países árabes?

Lo fundamental es garantizar la perennidad de la memoria de los actos ligados a la trata negrera —para que no caigan en el olvido— a través de la promoción de sitios, monumentos y lugares históricos o a través de su «inscripción» en los manuales escolares, o bien, como en Francia, celebrando, tras el llamamiento de la Unesco, el 23 de agosto de todos los años, el Día Internacional del Recuerdo de la Trata y de su Abolición, fecha de la insurrección de los haitianos en 1791[29] y del nacimiento de la primera república fundada por esclavos negros.

[27] Olenka Frenkiel, «*Etireno*, el barco de la esclavitud», *Mail & Guardian*, Johannesburgo, traducido en *Courrier International*, nº 580, 13-19 de diciembre de 2001, pp. 66-67. *Etireno* era un barco nigeriano fletado por una compañía beninesa cuyo itinerario habitual era Cotonou-Libreville-Douala-Lomé.

[28] Fabienne Pompey, «Durban: les descendants d'esclaves demandent réparations», *Le Monde*, 7 de agosto de 2001. Véase *supra* el capítulo de Mariella Villasante Cervelló: «La negritud...».

[29] Véase *supra* «Autour de la traite et de l'esclavage» [Sobre la trata y la esclavitud].

El caso de los herero (Namibia)[30]

> Los herero fueron los primeros que sufrieron un genocidio [...] y que padecieron el trabajo forzado en los campos de concentración donde el colonizador alemán los deportó y encerró. [...] Algunos podrían verse tentados de considerar el destino de los herero como resultado no de una actitud particular de los colonizadores alemanes, sino de la lógica colonial global. [...] [Pero es] la Alemania de Guillermo II la que constituye la matriz de los campos de concentración nazis, e incluso de la Shoáh.[31]

Este pasado ha salido a la superficie en 2000, primero por la obtención de indemnización por parte de los judíos —como víctimas del genocidio y del trabajo forzado bajo el régimen hitleriano— y, asimismo, por el descubrimiento de esqueletos humanos en el desierto namibio, testimonios de crímenes pretéritos. Por ello, hoy, se encuentran en marcha procedimientos judiciales contra empresas alemanas y contra el gobierno, para obtener reparaciones por los crímenes cometidos durante la colonización.

Efectivamente, el siglo XX comienza, en 1904, con el exterminio de los herero, pastores nómadas de lengua bantú que en el siglo XVII emigraron a este país, que ya estaba ocupado por los bosquimanos (san) y los khoikhoi[b] (nama). El país fue sin duda teatro de largas guerras entre las entidades políticas locales, pero es con la llegada de los europeos en los siglos XVIII-XIX cuando la región se va a convertir en el campo de violentos y destructores enfrentamientos que serán una pesadilla para las diferentes etnias indígenas.

Al descubrir las zonas diamantíferas de la costa, en 1883, Adolf Lüderitz, comerciante de Bremen, firmó dos tratados comerciales con la comunidad herero local, lo que les permitió establecer algunas factorías —entre ellas Angra Pequena (actual ciudad de Lüderitz), unida por una vía férrea a la línea Windhoek-El Cabo—. Al darse cuenta de que esta región podría ser una fabulosa reserva de minerales (diamantes y oro) y de materias primas, Otto von Bis-

---

[30] Sobre este asunto, léase Ingolf Diener, *Namibie, une histoire, un devenir*, Karthala, París, 2000 (reed.).

[31] Joël Kotek, Pierre Rigoulot, *Le siècle des camps: emprisonnement, détention, extermination, cent ans de mal absolu*, Jean-Claude Lattès, París, 2000.

[b] Los khoikhoi son los antiguos hotentotes. Los nama son una población khoikhoi. Las lenguas san y khoikhoi han sido incluidas en una misma familia lingüística, la khoisan. Hay poblaciones khoisan también en Angola, Sudáfrica, Botswana. [N. del T.]

marck la declaró protectorado alemán en 1883, antes de oficializarlo un año más tarde en la Conferencia de Berlín. Alemania, que siempre había quedado al margen de la partición de África entre las potencias europeas, se toma la revancha atribuyéndose el África del Sudoeste (*Deutsch Südwestafrika*) —nombre de la nueva colonia, cuyo primer gobernador civil fue Heinrich Göring[32]—. Las posesiones alemanas aumentarán entre 1891 y 1894 con otras regiones: Ruanda (Rwanda), Urundi (Burundi), Tanganyika (hoy Tanzania, con Zanzíbar), Camerún y Togo...

Si en un primer momento la firma de tratados comerciales, territoriales, militares permitió cierta convivencia más o menos pacífica, las relaciones van envenenándose poco a poco con la aplicación de una política de conquista territorial llevada a cabo por Curt von François y prolongada por T. Leutwein, administrador recién nombrado en Windhoek, en 1894. Su estrategia consistía en exacerbar las tensiones interraciales (entre nama y herero) con el fin de sacar provecho de la situación para firmar diferentes tratados con unos u otros; beneficiándose de su confianza, les iba desposeyendo progresivamente de territorios cada vez más extensos.

> La administración colonial alemana estima que sólo con una sangría permanente efectuada por los comerciantes germanos [...] se podrá reducir el ganado hasta cantidades razonables y permitirá, así, a los alemanes instalarse al sur del río Nossob [al este del país] [...]. Cada año, los herero abandonan miles de animales que van a engrosar los rebaños de los colonos.[33]

El autóctono fue expoliado de sus tierras, perdió el ganado, víctima de la peste bovina de 1897 o confiscado por la administración, asalariado a su pesar al servicio de los granjeros o de los empresarios alemanes, maltratado a latigazos y explotado... Todo esto resume los diez primeros años de colonización alemana y provocan, en el seno de la población herero y nama, sentimientos de cólera.

La primera revuelta, que vio la alianza de los herero y de los nama, tradicionalmente hostiles entre sí, contra el poder colonial, estalla en 1896. Pese a su

---

[32] Padre del dirigente nazi Hermann Göring.

[33] Carine Gilloin, *Une histoire des grands hommes. Anthropologie historique de la communauté herero, 1840-1993 (Namibie)*, Tesis doctoral dirigida por Olívier de Sardan, EHESS, mayo de 1999, pp. 188-192.

derrota, se rebelaron de nuevo el 12 de enero de 1904. Este levantamiento proporcionó a los alemanes:

> [el] pretexto tan esperado para poner [en marcha] su plan, que era transformar el África del Sudoeste en una colonia de poblamiento blanco, aparcando a los indígenas en reservas y, si se manifiestan recalcitrantes y molestos, desembarazándose de ellos pura y simplemente. [...] En efecto, la guerra adquiere pronto el aspecto de un enfrentamiento más racial que colonial.[34]

Los supervivientes son conducidos por las tropas alemanas a *homelands* [«hogares»] en pleno desierto, obstruyendo todas las vías de escape posibles, lo que les someterá a una muerte segura privándoles de alimentos (dejando morir su ganado) y de agua (envenenando los pozos). «Cuando llegó la estación de las lluvias las patrullas alemanas hallaron esqueletos que yacían alrededor de profundos agujeros secos de doce a dieciséis metros que los africanos habían excavado en vano para hallar agua.»[35]

La voluntad flagrante de Von Trotha de erradicar la etnia herero quedó plasmada en una *Vernichtungsbefehl* (Orden de exterminio) del 2 de octubre de 1904:

> Los herero ya no son súbditos alemanes. [...] Yo digo al pueblo: todo aquel que nos entregue un herero recibirá 1.000 marcos. A quien me entregue a Samuel Maherero [jefe de la revuelta] recibirá 5.000 marcos. Todos los herero deben [...] irse o morir. Ésta es mi decisión para el pueblo herero.[36]

A causa de numerosas protestas y presiones nacionales e internacionales, Guillermo II decidió suprimir la *Orden de exterminio* ese mismo año. Von Lindequist, nombrado en noviembre de 1905, declara que «de ahora en adelante todo herero que no se rinda a las autoridades no será muerto, sino considerado "prisionero", constreñido a realizar trabajos forzados y marcado con las letras GH, que quiere decir "herero capturado" (G de *gefangene*, prisionero)»[37]. El gobierno alemán pasó así de una política de exterminio sistemático a otra de campos de concentración, de trabajos forzados y de esclavitud.

---

[34] Joël Kotek, Pierre Rigoulot, *op. cit.*, pp. 83-84.
[35] Autor anónimo, www.lautre.dad.be
[36] Carine Gilloin, *op. cit.*
[37] *Ibid.*

Desde agosto de 1904 se empezaron a construir campos para los prisioneros, cuya existencia precedió a su denominación —el término *Konzentrationslagern* [campos de concentración] no aparece hasta enero de 1905—. «Si es cierto que la realidad del fenómeno concentracionario es anterior al "tratamiento" del caso de los herero por los alemanes, el campo sufrió, en esta ocasión, al unirse el encierro con el trabajo forzado, una mutación decisiva. Por primera vez, en efecto [...] la utilización del campo se sitúa fuera del contexto militar», en beneficio de las empresas locales y civiles, víctimas de la escasez de mano de obra como consecuencia de la guerra. Beneficio realmente gigantesco, pues esta mano de obra era gratuita, ya que una circular estipulaba que «siendo prisioneros, no sería lógico que se les pagara por su trabajo»[38].

Otro hecho nuevo era que ciertas sociedades crearon sus propios campos de concentración —como la compañía marítima Woermann— con la que hoy se están querellando los herero. En estos campos los herero fueron víctimas de malnutrición, de agotamiento, de humillaciones (gritos e insultos), de violencias (latigazos, asesinatos) y de violaciones; más de la mitad de ellos perecieron en el primer año de internamiento.

En 1908 los campos fueron desmantelados, pero para conservar un control permanente sobre los «ex prisioneros» y sobre toda la población indígena, les fue prohibido el derecho a la propiedad y al ganado; desde la edad de diecisiete años eran fichados por medio de un pasaporte con un número de identificación; los desplazamientos estaban prohibidos, por lo que se distribuyen «pasaportes de viaje» para limitar al máximo los flujos de población, a los que se une una tasa en 1912. Si falta el documento, los ex prisioneros llevan al cuello un disco de metal en el que figura el número matrícula.[39]

El censo de 1911 indica que de los 80.000 herero con que contaba la etnia, sólo quedaban 15.000; los namas, por su lado, pasan de 20.000 a 10.000.

Más tarde se produce la guerra con Sudáfrica y luego la I Guerra Mundial, que pone fin a la ocupación alemana sobre el África del Sudoeste. Por decisión de la Sociedad de Naciones (S de N), este territorio queda confiado a Sudáfrica, bajo mandato. Los sudafricanos mantuvieron la política de segregación racial bajo la forma de una política de «desarrollo separado», que fue una transposición de su *apartheid*, hacia los herero.

---

[38] Jan-Bart Gewald, *Hereros heroes*, comps.: James Currey, Oxford, y David Philip, El Cabo, Ohio University Press, Athens, 1999, p. 188.

[39] Carine Gilloin, *op. cit.*

Las numerosas luchas de resistencia, la movilización, las rebeliones sangrientas de las distintas comunidades y etnias, que empezaron en 1912 contra Alemania y que han continuado hasta nuestros días contra la política discriminatoria sudafricana, han permitido obtener elecciones libres en 1989, que dieron nacimiento a la Namibia independiente el 21 de marzo de 1990 (la denominación se adoptó bajo la égida de la ONU en 1968), siendo presidente Sam Nujoma.

Dos razones esenciales han llevado al Consejo para la Compensación al Pueblo Herero —creado por decisión del jefe de los herero, Kuaima Riruako y del profesor Mburuma Kerina, descendientes directos del pueblo herero que sufrió en la época anterior—, a querellarse judicialmente, en junio de 2001, contra el gobierno alemán y las empresas acusadas de alianza con la política colonial del imperio a comienzos del siglo XX ante el tribunal supremo del distrito de Columbia (Estados Unidos). Este tribunal puede, gracias al «derecho federal de Estados Unidos y [al derecho internacional], imponer compensaciones legales por crímenes cometidos en el pasado, incluso hace mucho tiempo, y de los que se han beneficiado los acusados».

El primero tiene como finalidad:

> [...] alertar a las instancias internacionales sobre el genocidio olvidado y dar a los herero un reconocimiento simbólico esencial para su reconstitución identitaria. [...] Si el primer genocidio del siglo tuvo lugar en Namibia, éste apareció en el espacio colonial. Así pues, es un proceso al colonialismo lo que se juega por medio de la causa herero. Es esencial, por consiguiente, reconocer este episodio, integrarlo en la historiografía del siglo XX [...].[40]

Además de la petición de reconocimiento (como en el caso de los esclavos negros norteamericanos, la riqueza del Estado y de las empresas se constituyó a expensas del trabajo no remunerado de los herero), en el nombre de las desigualdades flagrantes y persistentes del presente —consecuencia de los crímenes del pasado— y para rectificar el abismo que separa a la clase dominante blanca de los herero, éstos reclaman daños e intereses a varias empresas alemanas. La mayor parte de los antiguos colonos, de origen sudafricano y alemán, que se quedaron en Namibia, conservan todavía un poder económico ingente, sea en el

---

[40] Autor anónimo, www.lautre.dad.be

sector industrial o en el agrícola, y poseen la mayoría de las tierras explotables. Tras la reforma agraria de 1991, para evitar un conflicto con los grandes propietarios blancos, se restituyeron algunas tierras a los campesinos negros, de los que una gran parte continúa viviendo de una agricultura de subsistencia. En 1994 el desempleo alcanzaba todavía al 40 por ciento de la población activa.

Aunque hoy Alemania participa en el desarrollo de Namibia proporcionando fondos de ayuda —más de 1.000.000.000 de euros han sido entregados hasta 2002—, pensando así pagar su deuda por los actos cometidos por sus antepasados, no es menos cierto que los herero, que hoy en día son más de 100.000, siguen mostrándose inflexibles. Exigen una «verdadera» compensación. [...] «Nos han deshumanizado. Nos han desposeído de todo. Por eso exigimos compensaciones.»[41]

Phil Musolino y Dessel, los dos abogados del Consejo, exigen 2.000.000.000 de dólares de indemnización al Deutsche Bank AG, a Terex Corporation y a Woermann Line, que ahora se llama Deutsche-Afrika-Linien. Ha quedado probado, con documentos en mano, que el Deutsche Bank fue el principal grupo bancario que controlaba prácticamente todas las operaciones financieras efectuadas en el África del Sudoeste entre 1890 y 1929 aproximadamente.

> Los acusados y la Alemania imperial formaron una empresa comercial que, a sangre fría, practicó una política de exterminio. Ésta comprendía la destrucción de la cultura herera y de su organización social, el establecimiento de campos de concentración, trabajo forzado, experimentos médicos y la explotación de mujeres y niños en beneficio financiero común de todas estas compañías.[42]

Otro documento: el *Blue Book* [Libro Azul], publicado en agosto de 1918 por el gobierno británico, incluye traducciones de documentos de los informes oficiales alemanes sobre los campos de concentración y narraciones detalladas y bajo juramento de testimonios de personas que asistieron a los actos perpetrados por los alemanes en los campos. En 1926 el *Libro Azul* fue destruido en parte, en el marco del proceso de rehabilitación de Alemania. Sin embargo, sobrevivieron algunas copias, que son las utilizadas por los herero en sus acciones jurídicas.

---

[41] Catherine Chabu Mwewa, «Namibie, dédommagements de guerre», *ANB-Bia*, suplemento, n° 421, Issue Édition, noviembre de 2001.

[42] Catherine Chabu Mwewa, artículo citado.

> Johann Noothout, joven holandés naturalizado británico, hablando del campo de Lüderitzbucht, dice: «[...] He visto cadáveres de mujeres... comidos por las aves de rapiña. Algunas de ellas habían sido golpeadas de forma manifiesta hasta morir [...]. Todo prisionero que tratase de escapar era llevado ante el teniente, que le administraba cincuenta latigazos. El castigo se ejecutaba de la forma más cruel posible; trozos de carne volaban por los aires [...].[43]

Ante la petición de 2.200.000.000 de dólares suplementarios al gobierno alemán, Roman Herzog, en 1998, admitía los «actos incorrectos» cometidos en este período:

> [pero] sostenía que la tribu no podía reclamar compensaciones, porque las leyes internacionales sobre protección de los civiles no estaban todavía en vigor cuando se rebelaron los herero y que toda acción judicial es imposible por el hecho de que en la época ningún texto legal permitía calificar jurídicamente el exterminio.[44]

Se omite la Convención de La Haya de 1899 sobre la protección de los derechos de las poblaciones civiles.

También osó añadir que rechazaba presentar excusas, con el pretexto de que había pasado demasiado tiempo como para que tuviesen algún valor. Mínima victoria en agosto de 2001, *a contrario*, el ministro de Asuntos Exteriores alemán, Joschka Fischer, declaró en la Conferencia Mundial de Durban:

> En muchas partes del mundo los sufrimientos y las consecuencias de la esclavitud, de la explotación colonial, se hacen sentir todavía profundamente. Las injusticias del pasado son irreversibles, pero reconociendo nuestra culpabilidad, asumiendo nuestra responsabilidad, admitiendo nuestras obligaciones históricas, podemos por lo menos dar a las víctimas y a sus descendientes la dignidad de la que se han visto privados. Es lo que yo querría hacer ahora, aquí, en nombre de la República Federal de Alemania.

---

[43] Joël Kotek, Pierre Rigoulot, *op. cit.*

[44] Catherine Chabu Mwewa, artículo citado. En efecto, el término de genocidio ha sido atribuido a los herero retrospectivamente, pues sólo aparece en 1944, en la obra del jurista polaco Raphaël Lemkin, dedicado a la ocupación de Europa por las potencias del Eje: *Axis in Occupied Europe*.

Los mestizos negros alemanes, víctimas olvidadas del nazismo

La idea de esterilizar a la raza negra surgió en Namibia. Influido por las teorías darwinistas, y también por las de Joseph Gobineau —que «pretendía fundamentar sobre una base física y realista la superioridad de la raza nórdica y germánica»[45]—, Eugen Fischer, genetista alemán, centró sus trabajos en los herero, en particular sobre los «mestizos», sobre la amenaza de la «mezcla racial» —«mezcla» que derivaba la mayoría de las veces de las violaciones perpetradas por los militares a costa de las mujeres herero— y sobre la pureza genética de la raza aria. Fischer comenzó su estudio en el seno mismo de los campos de concentración —algunos prisioneros, supervivientes de la guerra de 1904, se convirtieron en cobayas humanas para sus experiencias médicas—. Publicó sus investigaciones en dos libros. En el primero, de 1913, *Les Bâtards de Rehoboth et le problème de la bâtardisation chez l'être humain* [Los bastardos de Rehoboth y el problema de la bastardización del ser humano], defiende la teoría de que los «niños nacidos de matrimonios entre negros y blancos tienen una capacidad intelectual más reducida que [...] los hijos de dos genitores blancos»[46]. En el segundo, de 1921, *Les théories de l'hérédité humaine et l'«eugénisme»* [Las teorías de la herencia humana y el «eugenismo»], elabora lo que la ideología nazi no iba a tardar en poner en práctica a una escala muy diferente. En 1908, con el cierre de los campos de concentración, se prohíben o anulan los matrimonios interraciales. Los alemanes implicados en un matrimonio de este tipo son privados de sus derechos cívicos.

Tras la derrota alemana en la guerra de 1914-1918, la obsesión por la pureza de la raza blanca se intensifica —sobre todo cuando, desposeída de sus colonias de África, Alemania ve ocupada la Renania por tropas formadas por soldados de las colonias africanas de Francia—. Humillación extrema: ya en el Tratado de Versalles los alemanes habían pedido que se excluyera a estos soldados de los combates[c], por lo que ahora ¿cómo soportar su presencia como guardianes de la autoridad de ocupación en Renania y cómo tolerar que pudiesen dar órdenes a las poblaciones blancas consideradas superiores?

---

[45] Definición de las teorías de Joseph Arthur Gobineau del *Diccionario Robert*, edición de 2000.

[46] Joël Kotek, Pierre Rigoulot, *op. cit.*

[c] En realidad, cuando la guerra acababa de estallar, los alemanes habían propuesto a la Entente que no se combatiera *en África* entre europeos para «no dar el espectáculo, ante los pueblos africanos, de que los pueblos de raza blanca luchaban entre sí». [N. del T.]

> Una serie de mitos se forjan sobre las ruinas del antiguo orden establecido. [...] Uno de ellos permite refugiarse en un entorno tranquilizador en el que las culpas se echan sobre una entidad extranjera, externa al «grupo». El soldado negro, transformado por la propaganda en una antítesis extrema del alemán tipo, cumplió perfectamente este papel exutorio.[47]

En la década de 1920 se llevó a cabo toda una política de propaganda contra los soldados negros de las tropas coloniales —en particular contra los tiradores senegaleses—. La campaña contra la *Honte noire* [Vergüenza negra], a cuya difusión contribuyeron asociaciones nacionalistas, periódicos y ligas feministas, difunde la imagen del soldado negro aproximándola a la del simio (¡y no será la única!). A la imagen simiesca se añade la de un ser ávido de pulsiones sexuales incontrolables, hasta tal punto que, para satisfacer su pasión, el soldado agrede a mujeres e incluso a niños y niñas. Encarna también al portador de enfermedades (venéreas y otras) y de epidemias, exóticas o no.

> Una ley de la naturaleza, ley primera y sagrada, dicta la desigualdad de las razas y exige que las razas superiores suplanten a las razas inferiores. Aquélla ha reservado para la raza aria el papel de civilizar al mundo y dominarlo. Sin embargo, para ello hace falta que la sangre se conserve pura: el mestizaje es el pecado supremo contra la naturaleza, la cual, insultada, se venga [...].[48]

En el nombre de esta ley y ante el riesgo de que los soldados negros desobedeciesen las leyes que prohibían las relaciones sexuales interraciales, Hitler prefirió ordenar que se esterilizara a un gran número de negros, entre los aproximadamente 25.000 que vivían en Alemania en 1935, y deportarlos a los campos de trabajo forzado. A finales de 1937, al menos 400 mestizos, llamados peyorativamente «bastardos renanos», fueron esterilizados, y otros 400 desaparecerían en los campos de concentración.

Hans Hauck, una de las víctimas del programa de esterilización de Hitler, cuenta:

---

[47] Estelle Fohr-Prigent, *La «Honte noire». Racisme et propagande allemande après la Première Guerre Mondiale. Maîtrise* de historia de las relaciones internacionales, bajo la dirección de M. Frank y la señorita Badel, París-I, 1998-1999, p. 57.

[48] Informe propuesto por Youssef Serrar, Mina Baje, Nassera Bourayeb sobre «Le racisme dans l'idéologie nazie». Sobre las violaciones durante la I Guerra Mundial véanse los trabajos de S. Audoin-Rouzeau.

> Teníamos suerte de no ser destinados a la eutanasia; sólo nos esterilizaban. No había anestesia. Una vez recibido mi certificado de vasectomía me hicieron firmar un papel por el que me comprometía a no tener nunca relaciones sexuales con alemanas.[49]

Algunas víctimas, hoy, piensan que habría que luchar para obtener compensaciones. Sin embargo, ante la complejidad de la propia ley sobre la restitución y ante los numerosos procedimientos administrativos a tener en cuenta, los querellantes se desaniman. Esta ley alemana estipula que toda persona que ha sido sometida a discriminación y persecución por el régimen nazi puede obtener la restitución incondicional de toda propiedad (bienes y derechos). No obstante,

> [...] las personas que sufrieron la esterilización, por ejemplo, deben proporcionar una documentación detallada que pruebe la existencia de sufrimientos (certificados de esterilización, documentos que demostrasen daños físicos). La prueba física, por sí sola, no bastaba. La ley federal sobre la compensación ni siquiera define quién está habilitado para reclamarla.[50]

Se añade a esto la indiferencia comprobada del gobierno alemán, que no ayuda en absoluto a resolver el problema de las reparaciones. «Ya es hora de que África, sus hijos y su diáspora hagan un esfuerzo gigantesco sobre la cuestión de las reparaciones. Un día [quizá] los culpables nos escucharán.»[51]

Los mestizos de Australia, víctimas de la política del Australia Keep White

Desposeídos de sus tierras y maltratados (encerrados en reservas, explotados como mano de obra, suprimidas sus raíces, discriminados) durante más de dos siglos, los aborígenes de Australia celebraron el décimo aniversario del juicio de

---

[49] Uno de los numerosos testimonios de las víctimas de la esterilización citados en *The New West Indian*, 16 de mayo de 2002.

[50] Regina Jere-Malanda, «Les Africains, victimes oubliées du nazisme», *New African*, Londres, traducido en *Courrier International*, 469, 28 de octubre-3 de noviembre de 1999.

[51] *Ibid.*

Mabo[52] y del reconocimiento de sus derechos de propietarios de la tierra por parte del Tribunal Supremo australiano el 3 de junio de 2002 (Mabo Act [Ley Mabo]). Aunque obtuvieron algunas victorias, los aborígenes, víctimas de todos los problemas sociales hoy, tienen otras peticiones —un perdón oficial que les rehabilite, una mayor participación en las decisiones gubernamentales que les conciernan, una disminución de las desigualdades sociales o, también, reparaciones a las familias víctimas de rapto de niños mestizos—.

«La Conferencia de la Commonwealth sobre la Situación de los Indígenas, de 1937, era muy explícita: "El futuro de los mestizos aborígenes reside solamente en su absorción definitiva"; en 1951 reiteraba que "la asimilación es la meta. Hasta que todo aborigen viva como cualquier australiano blanco".»[53] *Keep Australia White* (Conservad Australia blanca).

Desde comienzos del siglo XX hasta fines de la década de 1960, por orden del gobierno, los niños aborígenes mestizos de sangre blanca (*half cast*) fueron sacados de sus familias para ser internados en instituciones y orfelinatos o dados a familias de acogida, con el fin de inculcarles una educación de tipo «europeo» para convertirlos en «buenos australianitos. [...]». «Los *chief protectors* [funcionarios encargados de la "protección"] nombrados por cada Estado australiano se convierten en tutores oficiales de los niños mestizos hasta los dieciocho años.»[54]

El período que va de 1994 a 2004 fue declarado por la ONU «Decenio de los pueblos autóctonos». En 1994 también la tragedia de la generación robada fue desvelada por la *Going Home Conference* [Conferencia sobre la vuelta a casa] que agrupaba a seiscientos aborígenes víctimas de los raptos, en Darwin, y luego por la apertura de una investigación en profundidad, «*Bringing Them Home*» (Llevarlos a casa), impulsada por Paul Keating, miembro del gobierno laborista.

Sin embargo, en 1996 John Howard, del gobierno conservador, se niega a pedir excusas y menos aún a nombrar un tribunal especial encargado de las reparaciones. «En Australia los tratados internacionales relativos a los derechos hu-

---

[52] Véase *supra* el trabajo de Alastair Davidson, «Una raza condenada: la colonización de los aborígenes de Australia».

[53] Michèle Descout: «Au-delà des Jeux olympiques de Sydney. Le rêve perdu des Aborigènes», *Le Monde diplomatique*, octubre de 2000. M. Descout es autor del libro *Les pistes du rêve*. Jean-Claude Lattès, París, 2000.

[54] Michèle Descout, artículo citado.

manos no son aplicables directamente y deben ser objeto de una ley para que sean válidos de derecho. Por esto una persona no puede querellarse ante un tribunal por una violación de las obligaciones internacionales que ha suscrito Australia en el campo de los derechos humanos, a menos que el derecho en cuestión no haya sido incorporado a la legislación del país.»[55]

Pese al informe *Bringing Them Home*, hecho público en abril de 1997, que reconoce que de 1885 a 1967 el 30 por ciento de los niños aborígenes —es decir, entre 70.000 y 100.000 niños y niñas— fueron arrancados a sus madres y entregados a instituciones, John Howard, pese a todo, osa afirmar en abril de 2000 que «no más del 10 por ciento de los niños aborígenes fueron separados a la fuerza de sus padres— y algunos por buenas razones. Esto no representa, pues, una generación, sino unas decenas de miles de familias, a tratar caso por caso». La población, irritada por tanta desfachatez, organizó en Sydney, al día siguiente del día del Perdón —el *National Sorry Day* [Día Nacional de las Disculpas], celebrado el 26 de mayo—, una gran marcha en memoria de la generación robada, que reunió a más de 100.000 personas.

> La petición de dos víctimas de la generación robada fue rechazada, el 11 de agosto de 2000, por el Tribunal Federal. El juez no consideró útil tener en cuenta los 621 testimonios, los 3.000 documentos y el inmenso traumatismo de los dos querellantes: «Su rapto no era contrario a las leyes en vigor de la época.»[56]

Otra comisión de investigación se reunió en el mes de octubre de 2000, y el informador especial (E/CN.4/2000/16, párr. 4, 36, 45-46) da cuenta de que los niños aborígenes siguen siendo separados de sus familias y de sus comunidades en proporciones desmesuradas; es el contacto con los sistemas de protección de los niños y de justicia para menores lo que explica que numerosos niños aborígenes sean separados de sus familias. En toda Australia los niños indígenas siguen estando superrepresentados en los establecimientos de colocación familiar, en particular a largo plazo; además, un fuerte porcentaje de estos niños viven en familias de acogida no autóctonas.

> En virtud de la resolución 48/163 de la Asamblea General, el Decenio comenzó el 10 de diciembre de 1994. [...] Su programa pone el acento en el papel esencial de

[55] *Traités, ratifications, réserves*. Bilan 2002, vol. 6, en el sitio www.hri.ca
[56] Michèle Descout, artículo citado.

la educación y de la cooperación internacional para resolver los problemas a los que se enfrentan las poblaciones autóctonas en campos tales como los derechos humanos, el medio ambiente, el desarrollo, la educación y la salud. [...] aunque protegiendo sus derechos ancestrales.[57]

Las víctimas de Vietnam

Si la petición de reparaciones de Vietnam no parece legítimamente asociada a las que hemos estudiado hasta ahora, es porque no entra en el marco de un crimen cometido con ocasión de la conquista o de la colonización, ni en el de una política racial, sino más bien en el de un crimen cometido con ocasión de una lucha por la independencia, por el lado vietnamita, y de una lucha contra el comunismo, por el lado estadounidense —un crimen de guerra—. Un crimen de guerra por el que se piden reparaciones.

Durante la guerra del Vietnam, entre 1961 y 1971, Estados Unidos regó el sur del país y ciertas regiones de Laos y Camboya con un producto químico —el agente naranja—; luego el régimen sudvietnamita de Saigón sustituyó a los estadounidenses y prosiguió estas operaciones hasta entrada la década de 1970, cuando cesaron del todo bajo presión internacional. Las operaciones, llevadas a cabo bajo el nombre de *Operation Ranch Hand* (Operación Obrero Agrícola), tenían como meta destruir el conjunto de la vegetación con el fin de proteger las bases militares norteamericanas contra los ataques de los soldados norvietnamitas, que podrían haber hallado refugio en ella, pero también para desvelar las posiciones militares, los depósitos de armas y las vías de aprovisionamiento de la resistencia y facilitar así la visibilidad a las fuerzas aéreas y a la artillería. Finalmente, servía para destruir masivamente las cosechas, lo que provocó la hambruna entre la población.

Por otra parte, si los procedimientos de indemnización antes estudiados cicatrizan los crímenes del pasado, a la inversa, los aplicados a Vietnam se anticipan a los crímenes del futuro, sirviendo de precedente a eventuales peticiones de reparaciones por parte de las víctimas futuras. La actualidad lo ha demostrado... Se habían producido debates, en un primer momento, respecto a los soldados estadounidenses expuestos al gas mostaza durante la primera guerra del

---

[57] Sobre el asunto de los pueblos autóctonos, véase el *Bilan 1998* de la ONU.

Golfo[58], algunos de los cuales murieron unos meses después de volver a su país, mientras que otros se vieron afectados por graves enfermedades. El mismo problema se había planteado durante la guerra de Kosovo, para ciertos soldados franceses expuestos a uranio empobrecido. Por otra parte, el artículo 3 de los estatutos del Tribunal Penal Internacional para la Ex Yugoslavia (TPIY) estipula que posee competencia para procesar a las personas que cometan violaciones de las leyes o costumbres de la guerra —la primera de ellas es (a) «la violación por empleo de armas tóxicas u otras armas concebidas para causar sufrimientos inútiles». Sin embargo, ningún informe ha podido probar los nexos entre los productos químicos y los síntomas de los soldados, por lo que el asunto sigue estancado... Con todo, como en Vietnam, se creará quizá un comité para investigar las consecuencias del recurso a las armas químicas durante la guerra, y esto podría dar lugar a nuevas peticiones de reparación por parte de las víctimas (soldados y civiles) de los crímenes de guerra. Sin duda, no fue en Vietnam donde se emplearon por primera vez las armas químicas —acordémonos de la I Guerra Mundial—, pero la exigencia de reparaciones por parte de veteranos estadounidenses a su propio gobierno es algo nuevo.

Tras los casos judiciales de los ex combatientes estadounidenses, el Departamento de Estado y las sociedades estadounidenses productoras de agente naranja —como Dow Chemical (una de las más poderosas empresas de este tipo), Thompson, Diamond, Monsanto, Hercules o Uniroyal[59]— han sido forzados a indemnizarles, lo mismo que a sus aliados australianos, neozelandeses y surcoreanos que combatieron en Vietnam.

> Por el contrario, ninguna entre los centenares de miles de víctimas vietnamitas ha recibido un céntimo de indemnización, ni siquiera sus antiguos aliados. Las víctimas del agente naranja y sus hijos reciben una ayuda mensual modesta, lo mismo que los

---

[58] Léase, sobre esto, a Fread Pearce, «Guerres et environnement: réaction en chaîne», *Courrier de l'Unesco*, 25, 2000. F. Pearce es especialista del medio ambiente, colaborador del semanario británico *The New Scientist*. «El gas mostaza (yperita) fue utilizado durante la guerra de Iraq de 1987-1988. La primera investigación médica se efectuó en 1998 por la doctora Christine Gosden, profesora de la Universidad de Liverpool. En su informe al Instituto de Investigaciones sobre el Desarme de la ONU, constata casos de cánceres raros, de malformaciones entre los niños, de embarazos falsos, de infecciones pulmonares recurrentes y problemas neuropsiquiátricos graves. El gas mostaza quemaba la córnea, provocando casos de ceguera. Y hay riesgo de cánceres que aparecerán cinco o diez años después.»

[59] Schofield Coryell, «Le grand mensonge des guerres propres. Au Vietnam, l'agent orange tue encore», *Le Monde Diplomatique*, marzo de 2002, p. 12.

ex combatientes (3 a 6 dólares al mes), mientras que los soldados de las fuerzas sudvietamitas viven sin ninguna ayuda.[60]

Si la naturaleza ha eliminado en gran parte la dioxina, numerosos estudios realizados en Estados Unidos y en Vietnam obtienen los mismos resultados y establecen un nexo entre el agente naranja y varias afecciones, a saber:

> [...] una tasa elevada de cánceres, un debilitamiento del sistema inmunitario que expone demasiado al sujeto a todas las enfermedades infecciosas, molestias metabólicas, una tasa más elevada de problemas durante el embarazo (embarazos falsos, cáncer de útero...) y malformaciones congénitas que, además, son hereditarias. Esta sustancia sigue estando presente en la sangre y en los tejidos adiposos de los humanos, y en la leche materna[...].[61]

Otro fenómeno nuevo: en Vietnam, aun cuando se ha establecido un nexo entre el agente naranja y los diversos males que afectan a la población, la negativa estadounidense a entregar una indemnización, pese a la urgencia médica (el temor a que la tercera generación se vea afectada igualmente por las malformaciones congénitas), ha impulsado peticiones de cooperación que han sustituido a las peticiones de reparaciones de guerra.

Tras el levantamiento del embargo económico en 1994, Vietnam y Estados Unidos cooperan para: la repatriación de los despojos de los GI (soldados) desaparecidos en el curso del conflicto; la ejecución de un programa de salidas voluntarias de vietnamitas hacia Estados Unidos; el programa HO (salidas de altos oficiales del ex gobierno de Saigón); el programa ODP (*Orderly Departure Program* [Salidas ordenadas]), que ha ayudado a más de 486.000 vietnamitas a establecerse en Estados Unidos, entre ellos la generación de niños amerasiáticos que se beneficiaron de la ley *Coming Home* [Llegar a casa].

Estados Unidos ha enviado por primera vez a Vietnam equipos de limpieza de minas en junio de 1999, tras la firma del acuerdo de cooperación en este

---

[60] Peter Jaeggi, «*Quand mon enfant est né, j'ai ressenti une grande tristesse*». *Vietnam, quand les armes chimiques frappent à retard*, Lanos, Basilea, 2002.

[61] Lê Cao Dai, «Les retombés de l'agent orange (AO)», Hanoi, octubre de 2000; *Agent Orange and Its Consequence*, Cruz Roja vietnamita, 1999, 234 pp. Lê Cao Dai era director del AGO-RAVIF (Fondo en Favor de las Víctimas del Agente Naranja), profesor y doctor en medicina; fue, en 1994-1995, secretario general del Comité Nacional para el Estudio de las Repercusiones de los Productos Químicos Utilizados durante la guerra del Vietnam. Ha muerto en 2005.

campo, y Washington prometió entregar 3.200.000 de dólares en ayuda para la limpieza de minas.

Hemos podido verificar las dificultades que tienen los Estados herederos de un pasado poco loable para hacer un acto de arrepentimiento, para reconocer el crimen o para pagar reparaciones.

Quizá estos procedimientos en curso van a provocar otras peticiones de las víctimas. Puede que a las reivindicaciones de los herero se asocien las de los homosexuales y las de decenas de miles de gitanos alemanes víctimas también del régimen nazi. «Para Romani Rose, presidente del Consejo Central de los Sinti y de los Rom, creado en 1982, no sería más que justicia.»[62] O quizá veremos aparecer nuevas peticiones de las víctimas de regímenes dictatoriales y/o militares (el de Pol Pot y el de los Khmer Rojos en Camboya...), de los regímenes comunistas (las víctimas del estalinismo, las víctimas chinas) o de los anticomunistas (en América Latina)...[63]

Los procesos para la obtención de indemnizaciones y los acontecimientos recientes —campos de la muerte en Camboya, genocidio en Rwanda, limpieza o depuración étnica en la ex Yugoslavia— han hecho tomar conciencia a la comunidad internacional de que había que ocuparse de la suerte de las víctimas. En la Conferencia de Durban se ha reiterado esta idea, insistiendo sobre el hecho de que es importante para las víctimas disponer de una institución jurídica adecuada para perseguir a los autores y cómplices de crímenes contra la humanidad, crímenes de guerra y genocidios. «Mientras la comunidad internacional no pueda demostrar que los que tienen la responsabilidad última en la violación de las reglas más fundamentales sobre las que reposa la protección del ser humano puedan ser llevados ante la justicia, la historia se repetirá», declara Hans Corell, secretario general adjunto de los asuntos jurídicos de la ONU.

Por ello, la entrada en vigor de diferentes tribunales a lo largo del siglo XX marca una etapa importante para la prevención del genocidio, de los crímenes de guerra, de los crímenes contra la humanidad, y plantea los fundamentos del futuro Tribunal Penal Internacional, permanente y universal. En primer lugar,

---

[62] «Los gitanos quieren quedar incluidos en los fondos de indemnización de los trabajadores forzados del III Reich», Michel Payen, *L'analyse du jour*, programa francés de la radio Deutsche Well.

[63] Ben Kierman, «Sobre la noción de genocidio», *Le Débat*, París, marzo-abril de 1999, traducc. de Éric Vigne.

el TPIY, creado en 1993 para juzgar los crímenes de guerra en la ex Yugoslavia, luego el TPIR, en noviembre de 1994, para el genocidio de Rwanda, tienen ambos como función perseguir y condenar a los responsables de violaciones graves del derecho internacional humanitario cometidas en estos territorios.

Finalmente, se volvió a airear la petición para la creación de un Tribunal Criminal permanente. Su creación data de diciembre de 1948, con ocasión de una asamblea general de la ONU. Los trabajos comenzaron en 1951, luego quedaron congelados por la guerra fría. El estatuto del Tribunal Penal Internacional fue adoptado en Roma en julio de 1998, y entró en vigor el 1 de julio de 2002. Uno de los temas y objetivos de la Conferencia Mundial contra el Racismo de Durban estaba dedicado a este tribunal. En efecto, su estatuto reafirma «el concepto de genocidio como fue codificado y definido en 1948; reconoce que reducir a un individuo a la esclavitud es un crimen contra la humanidad; la violación, la esclavitud sexual, la prostitución forzada, el embarazo forzado, la esterilización forzada y cualquier otra forma de violencia sexual» (artículo 7 [1] y 8 [2]). A estos crímenes pueden corresponder peticiones de reparación. El artículo 73 del proyecto de la CPI propone que «todo culpable sea obligado a reparar, incluidas formas de restitución, indemnización y rehabilitación para las víctimas», y prevé que se cree un fondo en beneficio de las víctimas.

> Es importante decir que el tribunal será una entidad separada y no un órgano de las Naciones Unidas o del Consejo de Seguridad. Esto permite garantizar no sólo que cumplirá las exigencias necesarias para la independencia e imparcialidad que deben acompañar a todo proceso judicial, sino también que se mantendrá apartado de los bloques poderosos que han dominado los asuntos del mundo durante la segunda mitad del siglo XX (artículo 1 [2 y 12-18]).

Temiendo esta independencia, el 6 de mayo de 2002 el gobierno estadounidense anunciaba oficialmente su oposición a la CPI, denunciando el Tratado de Roma firmado por la administración de Bill Clinton el 31 de diciembre de 2000. Estados Unidos afirma en una carta a las Naciones Unidas que «ya no tiene la obligación legal resultante de la firma» del tratado. La CPI es un obstáculo para la voluntad de Estados Unidos de dirigir al mundo, pero su actitud se debe también a que se niega a ver a sus ciudadanos —en particular a sus soldados— como objeto de procesos judiciales.

La Conferencia de Durban se ha ocupado también de la suerte de otras víctimas frecuentemente olvidadas —mujeres y niños—. Triste balance el del si-

glo XX: «Dos millones de niños han sido muertos en conflictos; más de cuatro millones y medio han enfermado y han sufrido una minusvalía física permanente, más de treinta millones han sido arrancados de sus hogares; más de diez millones han sufrido algún traumatismo psicológico grave; más de un millón han quedado huérfanos o han perdido el contacto con sus parientes; por no hablar de las mujeres jóvenes que fueron sometidas a sevicias sexuales, o de los niños-soldado que se sienten aislados y rechazados por la sociedad en la que viven», testimonia Olara Otanu, representante especial del secretario general de la ONU para las Consecuencias de los Conflictos Armados sobre los Niños.

Se ha pedido que el proyecto de estatuto afirme que «el tribunal debe tomar las medidas apropiadas para proteger la vida privada, la dignidad, el bienestar físico y psicológico y la seguridad de las víctimas y de los testigos, en particular cuando el crimen va acompañado de actos de violencia sexual». Se destaca que la violación, la desaparición y la persecución quedan añadidas a la lista de los crímenes enumerados por el Tribunal Militar Internacional de Núremberg, pero se ha dejado fuera la deportación.

Índice de testimonios y documentos

Textos

Sobre la tortura

Chicanos

Sobre el apartheid

Sobre el terrorismo

Películas y canciones

Cuadros

Mapas

Índice onomástico

Índice de nombres geográficos

Índice temático

Los autores

BEAUFILS, Thomas. Etnólogo, lector en el Departamento de Estudios Holandeses de la Universidad Marc-Bloch, de Estrasburgo. Es autor de «La Hollande, l'autre pays du structuralisme», *Gradhiva*, 21, coedición Museo del Hombre, EHESS, Ediciones Jean-Michel Place, 1997; «L'énigme du pavillon hollandais», *Gradhiva*, 26, 1999; *Les veufs des Indes. Permanence et illusion d'un empire aux Pays-Bas,*tesis de antropología social y etnología, defendida en EHESS, París, 2000; «J. P. B. de Josselin de Jong, une postérité défaillante», *Septentrion*, Rekkem, 2002; «Un volcan sous La Haye. Le patrimoine architectural néerlandais à Jakarta», *Septentrion*, Rekkem, 2003; *Mer du Nord, villes de Flandre.* Guide Autrement, París, 2003.

BÉNOT, Yves. Ha sido periodista en *Lettres Françaises*, en *Afrique-Asie*, profesor en Conakry (Guinea), en Accra (Ghana) y en Francia; es hoy presidente de la Association pour l'Étude de la Colonisation Européenne 1750-1850. Ha publicado, entre otras obras, *Diderot, de l'athéisme à l'anticolonialisme*, Maspero, París, 1970; *Idéologies des indépendances africaines*, Maspero, París, 1969; *La Révolution française et la fin des colonies*, La Découverte, París, 1988; *La démence coloniale sous Napoléon*, La Découverte, París, 1992; *Massacres coloniaux 1944-1950*, La Découverte, París, 1994; *La Guyane sous la révolution*, L'Ibis Rouge, Cayena, 1997.

BERNAND, Carmen. Profesora de sociología y antropología en la Universidad de París-X y miembro del Institut Universitaire de France. Ha publicado en particular: *Histoire du Nouveau Monde*, 2 tomos (en colaboración con Serge Gruzinski), Fayard, París, 1991-1993; *Pindilig. Un village des Andes équatoriennes,* CNRS, París, 1992; *Buenos Aires*, Fayard, París, 1997; *Negros esclavos y libres en las ciudades hispanoamericanas*, Fundación Histórica Tavera,

Madrid, 2001. *Buenos Aires, 1880-1936. Un mythe des confins*, Autrement, París, 2001, colecc. «Mémoires».

BROCHEUX, Pierre. Historiador especialista en Vietnam y en el sureste de Asia. Recientemente ha publicado: *The Mekong Delta, Ecology, Economy and Revolution, 1860-1960*, Center for Southeast Asian Studies, University of Wisconsin-Madison, 1995, Monograph 12; *Hô Chi Minh*, Presses de Sciences-Po, París, 2000; *Indochine, la colonisation ambiguë* (en colab. con D. Hémery), La Découverte, París, 2001 (2ª edic.). Es asimismo coautor y editor de *Des conflits d'Indochine aux conflits indochinois*, Complexe/IHTP, Bruselas, 2000; *French Exposé: French Scholarship of Twentieth Century Vietnamese Society*, University of Michigan Press, Ann Arbor, 2002.

COQUERY-VIDROVITCH, Catherine. Profesora emérita en la Universidad de París-VII-Denis-Diderot. Recibió en 1999 el ASA Distinguished Africanist Award (Estados Unidos); miembro de la oficina internacional del CISH (Congrès International de Sciences Historiques) 2000-2005. Entre otras obras ha publicado: *L' Afrique Noire de 1800 à nos jours*, PUF, París, 1974, Nouvelle Clio (en colab. con Henri Moniot); *Afrique Noire, permanences et ruptures*, Payot, París, 1985, Premio d'Aumale de la Academia Francesa (2ª edic. revisada, L'Harmattan, París, 1994); *Histoire des villes d'Afrique Noire des origines à la colonisation*, Albin Michel, París, 1993; *Les Africaines. Histoire des femmes d'Afrique du XIXe au XXe siècle*, Desjonquères, París, 1994; *L'Afrique et les Africains au XIXe siècle*, Armand Colin, París, 1999; *Le Congo (A-EF) au temps des grandes compagnies concessionaires, 1898-1930*, EHESS, París, 2001 (reed. de 1972).

CORNUEL, Pascale. Adjunta de historia. Prepara una tesis, dirigida por Marcel Dorigny, en la Universidad de París-VIII, sobre los comienzos de la colonización del noroeste de la Guayana Francesa. Está encargada además de los programas en Arte, unidad de programas Thema. Ha publicado trabajos sobre todo en las revistas, *Esclavage, résistance et abolitions*, CTHS, 1999; *Regards sur l'histoire de la Caraïbe, des Guyanes aux Grandes Antilles*, Ibis Rouge, 2001; *Chrétientés australes du XVIIIe à nos jours*, Reunión, 2001; *Religieuses entre terre et mer*, Transversalités, 2000.

DALLET, Sylvie. Profesor de historia cultural en la Universidad de Marne-la-Vallée, es responsable del Institut Charles-Cros, directora del Centre d'Études et de Recherche Pierre-Schaeffer. La autora ha publicado entre otros: *Guerres*

révolutionnaires (histoire et cinéma), direct. L'Harmattan, París, 1984; *La Révolution française (de Lumière à la télévision)*, Lherminier/Les Quatre Vents, 1988; *Filmographie mondiale de la Révolution française*, en colab. con Francis Gendron, 1989; *Itinéraires d'un chercheur (bibliographie commentée de l'oeuvre éditée de Pierre Schaeffer)/A Career in Research (A Commented Bibliography of Published Works of Pierre Schaeffer)*, en colab. con Sophie Brunet, Centre Pierre-Schaeffer, 1996; *Du sonore au musical (50 années de recherches concrètes)*, dir. con Anne Veitl, L'Harmattan, París, 2001.

DAVIDSON, Alastair. Actualmente es profesor de Citizenship Studies en la Universidad de Tecnología de Swinburne y profesor emérito de la Universidad Monash, en Melbourne. Ha publicado entre otras obras: *The Communist Party of Australia. A Short History*, Hoover, 1969; *Antonio Gramsci. Towards an Intellectual Biography*, Merlin, 1977; *Italian Communism in Theory and Practice*, vol. I, Merlin, 1982; *The Invisible State: The Formation of the Australian State*, Cambridge University Press, 1990; *From Subject to Citizen. Australian Citizenship in the Twentieth Century*, Cambridge University Press, 1997; *Citizenship and Migration. Globalization and the Politics of Belonging* (con Stephen Castles), MacMillan, 2000.

FERRO, Marc. Director de estudios en el EHESS, codirector de los *Annales*. Ha publicado, entre otros: *La Révolution russe de 1917*, 2 tomos, Aubier-Montagne, París, 1970-1976 (reed. en un vol., con nuevo prefacio, Albin Michel, París, 1997, Colecc. «Bibliothèque de l'évolution de l'Humanité»); *Cinéma et histoire*, Denoël, París, 1976 (reed. completamente revisada, Gallimard, París, 1993, Colecc. «Folio»); *Comment on raconte l'histoire aux enfants à travers le monde entier*, Payot, París, 1983 (reed. Gallimard, París, 1986, Colecc. «Folio»); *Histoire des colonisations, des conquêtes aux indépendances (XIIIe-XXe siècle)*, Le Seuil, París, 1994; *Histoire de France*, Odile Jacob, París, 2001; *Les tabous de l'histoire*, Nil, París, 2002; *Le choc de l'Islam (XVIIIe-XXIe siècle)*, Odile Jacob, París, 2002.

FOURCADE, Marie. Historiadora y antropóloga de formación. Sus investigaciones se centran en la India colonial británica y en el orientalismo. Es redactora de la colección del Centre d'Études de l'Inde et de l'Asie du Sud (CNRS-EHESS), *Purushartha*, publicada por la École des Hautes Études en Sciences Sociales. Ha publicado entre otros: «Biographie(s) de Verrier Elwin (1902-1964). Anthropologie buissonnière en Inde: anglocentricité et triba-

lisation», en *Purushartha*, 23, 2002; *Tribus et basses castes: résistance et autonomie dans la société indienne*, EHESS, París.

GAUTIER, Arlette. Profesora de demografía en el Departamento de Sociología de la Universidad de París X-Nanterre. Ha investigado sobre la construcción social de las relaciones entre sexos, la familia y la fecundidad durante la esclavitud en las Antillas francesas (*Les sœurs de solitude. La condition féminine pendant l'esclavage*, Éditions Caribéennes, París, 1985), en los departamentos de ultramar en los últimos cincuenta años (con Jacqueline Heinen [comp.], *Le sexe des politiques sociales*, L'Harmattan, París, 1993) y en México (con André Quesnel): *Politique de population, médiateurs institutionnels et régulation de la fécondité au Mexique*, Éditions de l'ORSTOM, París, 1993.

MANIGAT, Leslie. Ex profesor de ciencias políticas, ex profesor en la Universidad de París-VIII, ex presidente de la República de Haití. Ha publicado especialmente: *L'Amérique Latine au XXe siècle, 1889-1929*, Éditions Richelieu, París, 1973; *Les deux cents ans d'histoire du peuple haïtien, 1804-2004*, Sudac, Puerto Príncipe, mayo de 2002.

M'BOKOLO, Élikia. Director de estudios en el EHESS. Productor de la emisión de historia *Mémoire d'un Continent* (Radio France Internationale). Ha publicado en particular: *Noirs et Blancs en Afrique Équatoriale. Les sociétés côtières et la pénétration française (1820-1874)*, EHESS, París, 1981; *Au cœur de l'ethnie. Ethnicité, tribalisme et État en Afrique* (con Jean-Loup Amselle), La Découverte, París, 1999 (reed. de 1985); *L'Afrique au XXe siècle. Le continent convoité,* Seuil, París, 1985; *Afrique Noire. Histoire et civilisations*, 2 vols., Hatier Aupelf, París, 1993 y 1995; *Afrique. Une histoire sonore (1960-2000)*, estuche de 7 CD (con Philippe Sainteny), Frémeaux et Ass., París, 2002; *Kwame Nkrumah*, Presses des Sciences Po, París, 2003.

MERLE, Marcel. Adjunto de derecho público, profesor emérito de la Universidad de París-I desde 1989. Ha publicado entre otros: *Le procès de Nuremberg*, Pedone, 1948; *La vie internationale*, Armand Colin, 1963; *Pacifisme et internationalisme*, Armand Colin, 1966; *L'anticolonialisme européen*, Armand Colin, 1969; *Sociologie des relations internationales*, Dalloz, París, 1974 (reed. en 1988); *Forces et enjeux dans les relations internationales*, Economica, París, 1986; *La Guerre du Golfe et le nouvel ordre international*, Economica, París, 1991; *Bilan des relations internationales contemporaines*, Economica, París, 1995.

MOURADIAN, Claire. Historiadora, directora de investigación en el CNRS, encargada de cursos en el INALCO. Entre otras publicaciones: *De Staline à Gorbatchev, histoire d'une république soviétique: l'Arménie*, Ramsay, París, 1990; *L'Arménie*, PUF, París, 1995, Colecc. «Que sais-je?»; varios informes en La Documentation Française, entre otros: «Le Caucase des indépendances: la nouvelle donne», 1993; «La CEI: un nouvel acteur sur la scène internationale», 1996; «La Russie et l'Orient», 1998; «États et nations en Transcaucasie» (en colab. con T. Gordadzé), 1999.

NDIAYE, Pap. *Normalien*, adjunto de historia, profesor en el EHESS, especialista en historia económica y social de Estados Unidos. Recientemente ha publicado *Du nylon et des bombes. Du Pont de Nemours, le marché et l'État américain, 1900-1970*, Éditions Belin.

POLONI-SIMARD, Jacques. Adjunto de historia, profesor en el EHESS, jefe de redacción de los *Annales*, especialista en la América española colonial. Es autor de *La mosaïque indienne. Mobilité, stratification sociale et métissage dans le corregimiento de Cuenca (Équateur) du XVIe au XVIIIe siècle*, EHESS, París, 2000.

POUCHEPADASS, Jacques. Director de investigación en el CNRS e investigador en el Centre d'Études de l'Inde et de l'Asie du Sud de la École des Hautes Études en Sciences Sociales y especialista en historia de la India colonial. Ha publicado entre otros: *L'Inde au XXe siècle*, PUF, París, 1975; *Planteurs et paysans dans l'Inde coloniale*, L'Harmattan, París, 1986; *Paysans de la plaine du Gange, 1860-1950*, École Française d'Extrême-Orient, París, 1989; y ha dirigido ocho obras colectivas entre las que se cuentan *Caste et classe en Asie du Sud*, EHESS, París, 1982; *Colonisations et environnement*, Société Française d'Histoire d'Outre-Mer, París, 1993; *L'homme et la forêt en Inde du Sud*, Karthala, París, 2002 (con J. P. Puyravaud).

RUSCIO, Alain. Se dedica desde hace muchos años a investigar la colonización francesa, en particular en Indochina; su última obra es *La guerre française d'Indochine: les sources de la connaissance*, Les Indes Savantes. También ha dedicado su atención a las manifestaciones de la mentalidad colonial; a este respecto ha publicado *Que la France était belle aux temps des colonies*, Maisonneuve & Larose, París, 2001; *Le Credo de l'homme blanc*, Complexe, Bruselas, 2002.

SOUYRI, Pierre-François. Codirector de la revista *Annales*, enseña historia del Japón en el Institut National des Langues et Civilisations Orientales; es director de la Maison Franco-Japonaise de Tokio. Ha publicado en particular: *L'histoire du Japon sous le regard japonais* (con H. Ninimiya), *Annales* HSS, nº 2 (número especial), marzo-abril de 1995; *Le monde à l'envers, la dynamique de la société médiévale*, Maisonneuve & Larose, París, 1998; *Le Japon des Japonais*, Liana Levi, 2002 (con Philippe Pons).

VILLASANTE CERVELLÓ, Mariella. Doctora en antropología social (EHESS), investigadora asociada del Institut de Recherches et d'Études sur le Monde Arabe et Musulman (IRENAM, CNRS, Aix-en-Provence), trabaja en Mauritania desde 1986 y dirige la sección «Mauritania» del *Annuaire de l'Afrique du Nord* (CNRS-Éditions). Es autora de *Parenté politique en Mauritanie. Essai d'anthropologie historique. Le devenir contemporain des Ahl Sidi Mahmud, confédération bidan de l'Assaba*, L'Harmattan, París, 1998, Colecc. «Sociétés Africaines»; es coordinadora de *Groupes serviles au Sahara. Approche comparative à partir du cas des arabophones de Mauritanie*, CNRS-Éditions, 2000, colecc. «Études de l'*Annuaire de l'Afrique du Nord*».

VUCKOVIĆ, Nadja. EHESS, redactora de *La Lettre* para la investigación, colaboradora de la cadena *Histoire*.

Agradecimientos

Los editores de la edición original en francés, Robert Laffont, agradecen a los autores que han concedido amablemente su autorización para la reproducción de los extractos de trabajos publicados en esta obra y también a los autores que han colaborado con sus escritos. Están a disposición de aquellos de quienes no han conseguido respuesta.

Su agradecimiento personal va dirigido, naturalmente, a Elsa Rosenberger, que ha sabido preparar la composición de esta obra para su edición. Y va dirigido asimismo a Nadja Vucković, que está unida a este proyecto desde su comienzo y que, aparte de su participación personal, debe ser considerada coautora.

Breve bibliografía en español sobre colonialismo*

General

AA.VV., *Historia de las revoluciones,* Silverio Cañada, Gijón, 1974.
—, *Movimientos religiosos derivados de la aculturación,* tomo 12 de *Historia de las religiones Siglo XXI,* Siglo XXI, Madrid, 1982.
—, *El Occidente y el otro,* N° monogr. de *Nueva Antropología,* México DF, 33, II-1988.
—, *El Extremo Oriente ibérico,* AECI/CEH-CSIC, Madrid, 1989.
ALCINA FRANCH, J., *Arte y antropología,* Alianza Editorial, Madrid, 1998.
BAUMONT, M., *La faillite de la paix. De l'affaire éthiopienne à la guerre,* PUF, París, 1968.
BLOOM, S. F., *El mundo de las naciones. El problema nacional en Marx,* Siglo XXI, Madrid, 1975.
BONSAL, S., *Litigantes y pedigüeños,* Coca y Biosca, Madrid, 1947.
BOUGAINVILLE, L. A. de, *Viaje alrededor del mundo por la fragata del rey la «Boudeuse» y la fusta «Estrella» en 1767, 1768 y 1769,* Espasa-Calpe, Madrid, 1966.
BYRON, Cte., *Viaje del Comandante Byron alrededor del mundo,* Almarabu, Madrid, 1992.
CARANCI, C.A., *El Tercer Mundo,* Espejo, Madrid, 1973.
CHALIAND, G., y J.-P. RAGEAU, *Atlas del descubrimiento del mundo,* Alianza Editorial, Madrid, 1986.
CROSBY, A.W., *Imperialismo ecológico,* Crítica, Barcelona, 1988.
EÇA DE QUEIROZ, J. M., *Cartas de Inglaterra,* América, Madrid 1920.
—, *Ecos de París,* Biblioteca Nueva, Madrid, 1920.

* Bibliografía preparada por el traductor.

—, *Cartas familiares y billetes de París,* Biblioteca Nueva, Madrid, 1923.
FANON, F.: *Los condenados de la Tierra,* FCE, México DF, 1963.
—, *¡Escucha, blanco!* Nova Terra, Barcelona, 1966.
FIELDHOUSE, D. K., *Los imperios coloniales desde el siglo XVIII,* Siglo XXI, Madrid, 1984.
FRADERA, J. M., *Gobernar colonias,* Península, Barcelona, 1999.
GODECHOT, J., *Europa y América en la época napoleónica,* Labor, Barcelona, 1976.
GUITARD, O., *Bandung y el despertar de los pueblos coloniales,* EUDEBA, Buenos Aires, 1962.
HERNÁNDEZ SANDOICA, E., *El colonialismo (1815-1873),* Síntesis, Madrid, 1992.
IZARD, M., *Esclavos y negreros,* Bruguera, Barcelona, 1975.
LACOUTURE, J., y J. BAUMIER, *Países del Tercer Mundo,* Cid, Madrid, 1963.
LANTERNARI, V., *Occidente y Tercer Mundo,* Siglo XXI Argentina, Buenos Aires, 1974.
LECLERC, G., *Antropología y colonialismo,* Comunicación, Madrid, 1973.
LENGYEL, E., *De la cárcel al poder,* Bruguera, Barcelona, 1970.
LENIN, V. I. U., *Problemas de política nacional e internacionalismo proletario,* Akal, Madrid, 1975.
—, *La lucha de los pueblos de las colonias y países dependientes contra el imperialismo,* Progreso, Moscú, 1978.
LOYOLA, M. I. de, *Viaje alrededor del mundo,* Historia 16, Madrid, 1989.
LUXEMBURG, R., *Textos sobre la cuestión nacional,* De la Torre, Madrid, 1977.
MARÍN, F., *Los últimos descubrimientos,* Historia 16, Madrid, 1991.
MARTÍNEZ CARRERAS, J. U., *Historia del colonialismo y de la descolonización,* Editora Complutense, Madrid, 1992.
MARX, K., y F. ENGELS, *Sobre el sistema colonial del capitalismo,* Cartago, Buenos Aires, 1964.
MEMMI, A., *Retrato del colonizado,* Edicusa, Madrid, 1971.
MESA, R., *Las revoluciones del Tercer Mundo,* Edicusa, Madrid, 1971.
OCAMPO, E., *Apolo y la máscara. La estética occidental frente a las prácticas artísticas de otras culturas,* Icaria, Barcelona, 1985.
PALAU, M., y A. OROZCO, *Malaspina '92,* Real Academia Hispano-Americana, Cádiz, 1994.
PARRY, J. H., *Europa y la expansión del mundo (1415-1715),* FCE, México DF, 1958.
PERROT, D., y R. PREISWERK, *Etnocentrismo e historia,* Nueva Imagen, México DF, 1979.
PIGAFETTA, A., *Primer viaje en torno al globo,* Francisco de Aguirre, Santiago de Chile, 1970.

RIVERAIN, J., *Diccionario de las exploraciones,* Plaza & Janés, Esplugues de Llobregat, 1970.
RODINSON, M., *Sobre la cuestión nacional (marxismo y nacionalismo),* Anagrama, Barcelona, 1975.
RUIZ GARCÍA, E., *El Tercer Mundo,* Alianza Editorial, Madrid, 1967.
SCHLESINGER, R., *La Internacional comunista y el problema colonial,* Pasado y Presente, Buenos Aires, 1974.
STALIN, J. V., *La cuestión nacional,* Emiliano Escolar, Madrid, 1977.
TORRE, R. de la, *El colonialismo,* Historia 16, Madrid, 1990.
TROTSKY, L., *Sobre la liberación nacional,* Pluma, Bogotá, 1976.
VIDAL VILLA, J. M., *Teorías del imperialismo,* Anagrama, Barcelona, 1976.
WILLS, J.E., *1688. Una historia global,* Taurus, Madrid, 2002.
ZAHAR, R., *Colonialismo y enajenación,* Siglo XXI, México DF, 1970.

ÁFRICA

AA.VV., *Viajeros y científicos españoles en África,* Nº monogr. de *AIDEA,* 1, 1947.
—, *La política africana de los Reyes Católicos,* CSIC, IDEA, Madrid, 1951.
—, *Misioneros españoles en las posesiones africanas españolas,* Nº monogr. de *AIDEA*, 48, I-1959.
—, *España en África. Un siglo de fracaso colonial,* Historia 16, Extra IX, Madrid, 1979.
—, *Centenario de la Conferencia de Berlín,* Nº monográf. de *Estudios Africanos,* 1, 2º sem.1985.
—, *Portugal, España y África en los últimos cien años,* UNED, Mérida 1992.
—, *Luchadores por la independencia y la unidad de África. Lumumba, Nkrumah y Anta Diop,* Cuadernos de África y América Latina, 4, Sodepaz, Madrid, 1996.
CORDERO TORRES, J.-M., *Tratado elemental de Derecho colonial español,* Instituto de Estudios Políticos, Madrid, 1941.
DAVIDSON, B., *Madre negra,* Luis de Caralt, Barcelona, 1966.
FLORES MORALES, Á., *África a través del pensamiento español, De Isabel la Católica a Franco,* IDEA, Madrid, 1949.
GARCÍA FIGUERAS, T., *La acción africana de España en torno al 98 (1860-1912),* CSIC, Madrid, 1966.
HUGON, A., *La gran aventura africana. Exploradores y colonizadores,* Ediciones B, Barcelona, 1998.
INIESTA, F., Y A. ROCA, *África en la frontera occidental,* Sial, Madrid, 2002.

KABUNDA BADI, M., Y C. A. CARANCI, *Etnias, Estado y poder en África,* Eusko Jaurlaritza/Gobierno Vasco, Gasteiz/Vitoria, 2005.
MANFREDI, D., *África en las navegaciones españolas,* Publicaciones Españolas, Madrid, 1958.
MANNIX, D.P., y M. COWLEY, *Historia de la trata de negros,* Alianza Editorial, Madrid, 1968.
MIRANDA DÍAZ, M., *España en el continente africano,* CSIC-IDEA, Madrid, 1963.
MORILLAS, J., *África: explotadores y explotados,* Historia 16, Madrid, 1982.
NERÍN, G., Y A. BOSCH, *El imperio que nunca existió,* Plaza-Janés, Barcelona, 2001.
NKRUMAH, K., *Neocolonialismo, última etapa del imperialismo,* Siglo XXI, México DF, 1966.
PUBLICACIÓN OFICIAL, *Acción de España en África: El reparto de África,* Ministerio del Ejército, SHM, Madrid, 1941.
—, *Europa y África entre las dos grandes guerras,* Servicio Histórico Militar, Madrid, 1944.
REYES, L., *Historias del África perdida,* Ediciones B, Barcelona, 2001.
RUMEU DE ARMAS, A., *España en el África atlántica,* CSIC, Madrid, 1956.
SÁEZ DE GOVANTES, L., *El africanismo español,* CSIC-IDEA, Madrid, 1971.
TRUJILLO, J. R. (comp.), *África hacia el siglo XXI,* Sial, Madrid, 2001.
WESSELING, H., *Divide y vencerás. El reparto de África (1880-1914),* Península, Barcelona, 1999.
WODDIS, J., *África. El león despierta,* Platina, Buenos Aires, 1962.

ÁFRICA DEL NORTE Y PRÓXIMO ORIENTE

AA.VV., *España en el Magreb,* Sociedad Geográfica Española, Boletín 18, julio de 2004.
ARQUES, E., *Las adelantadas de España. Las plazas españolas del litoral africano del Mediterráneo,* CSIC-IDEA, Madrid, 1966.
RUIZ, C., *El reparto del Asia otomana,* Historia 16, Madrid, 1993.
VALABREGA, G., *La revolución árabe,* Bruguera, Barcelona, 1971.

Arabia Saudí

GRAVES, R. P., *Lawrence de Arabia,* Salvat, Barcelona, 1987.
RUIZ, C., *La Arabia de Lawrence,* Historia 16, Madrid, 1989.

Argelia

CALCHI NOVATI, G. P., *La revolución argelina,* Bruguera, Barcelona, 1970.
DUCHEMIN, J. C., *Historia del FLN,* Bruguera, Barcelona, 1963.

Egipto

FEATHERSTONE, D., *Tel el-Kebir 1882,* Del Prado-Osprey, Madrid, 1995.

Marruecos

AA.VV., *La guerra de Marruecos de 1859-60,* AIDEA, nº especial XIV/54, junio de 1960.
—, *España en sus héroes.* Ornigraf, Madrid, s.f.
ARQUES, E., *El momento de España en Marruecos,* Vicesecretaría de Educación Popular, Madrid, 1942.
BALFOUR, UR, S., *Abrazo mortal,* Península, Barcelona, 2002.
BERENGUER, Gral., *Campañas en el Rif y Yebala.*
BUENO CARRERA, J. M., *Los Regulares,* Aldaba, Madrid, 1989.
CARRASCO, A. y J. L. de MESA, *Las tropas de África en las campañas de Marruecos,* Almena, Serga, especial 1, Madrid, 2000.
CASTEL, J., *La actividad de España en Marruecos desde principios del siglo xix hasta la Paz de Tetuán de 1860,* JC Cuadernos de Historia de las Relaciones Internacionales y Política Exterior de España, Madrid, 1954.
CIGES APARICIO, M., *Entre la paz y la guerra (Marruecos),* Juan Pueyo, Madrid, 1912.
DOMENECH, Á., *Del territorio de Ifni,* Gobierno del África Occidental Española, Madrid, 1946.
FLORES MORALES, Á., *Atlas. Sus. Dra,* IDEA, Madrid, 1948.
—, *Ifni,* Publicaciones Españolas, Madrid, 1954.
GARCÍA BARRIUSO, P., *La libertad jurídica e histórica de cultos en Marruecos,* IDEA, Madrid, 1963.
GARCÍA FIGUERAS, T., *Recuerdos centenarios de una guerra romántica. La Guerra de África de nuestros abuelos (1859-1860),* IDEA, Madrid, 1961.
GIMÉNEZ CABALLERO, E., *Notas marruecas de un soldado,* Planeta, Barcelona, 1983.
GÓMEZ HIDALGO, F., *La tragedia prevista,* Juan Pueyo, Madrid, 1921.
GONZÁLEZ HIDALGO, J. L., *Tánger y la diplomacia española.* Asociación Española de Africanistas, Madrid, 1997.

HART, D. M., V. MOGA y A. BRAVO, *Emilio Blanco Izaga: el coronel del Rif,* Ayuntamiento de Melilla/Fundación Municipal Sociocultural/Archivo Municipal/ UNED, Melilla 1995.
HERNÁNDEZ PACHECO, E., *La exploración de Infi,* Conferencias y Ensayos, Bilbao, 1945.
LÓPEZ, *Abd-el-Krim contra Francia. Del Uarga a Albucemas,* Calpe, Madrid, 1925.
LUQUE, M. de, y F. PITA, *Estudio sobre el pasado, presente y futuro de nuestras aspiraciones en Marruecos,* Imprenta del Cuerpo de Artillería, Madrid, 1902.
MAESTRE, J., *El Sáhara en la crisis de Marruecos y España,* Akal, Madrid, 1976.
MARTÍN, M., *El colonialismo español en Marruecos,* Ruedo Ibérico, París, 1973.
MARTÍNEZ CARRERAS, J. U. (compil.), *Relaciones entre España y Marruecos en el siglo XX,* AEA, Madrid, 2000.
MARTÍNEZ DE CAMPOS, C., *España bélica. El siglo XX. Marruecos,* Aguilar, Madrid, 1969.
MILLÁS VALLICROSA, J. M., *España y Marruecos,* Barba, Barcelona, s.f.
MIR BERLANGA, F., *Historia de Melilla,* Ayuntamiento de Melilla, Melilla, 1975.
—, *Melilla en los pasados siglos y otras historias,* Ayuntamiento de Melilla/Editora Nacional, Melilla 1977.
MOLA, E., *Dar Akobba,* Doncel, Madrid, 1977.
MORALES LEZCANO, V., *El colonialismo hispanofrancés en Marruecos (1898-1927),* Siglo XXI, Madrid, 1976.
—, *España y el norte de África: el Protectorado en Marruecos (1912-1956),* UNED, Madrid, 1984.
NOGUÉ, J. y J. L. VILLANOVA, *España en Marruecos,* Milenio, Lleida, 1999.
NÚÑEZ DE ARCE, G., *Crónicas periodísticas de la Guerra de África (1859-1860),* Biblioteca Nueva, Madrid, 2003.
P. DE CAMBRA, F., *Cuando Abd el-Krim quiso negociar con Franco,* Caralt, Barcelona, 1981.
PENNELL, C.R., *La guerra del Rif,* UNED-Centro Asociado de Melilla, Melilla 2001.
PUBLICACIÓN OFICIAL, *Alegato jurídico contra las pretensiones marroquíes reivindicatorias de Ceuta, Melilla y demás territorios españoles del norte de África,* Ilustre Colegio de Abogados, Ceuta 1975.
RUIZ ALBÉNIZ, V., *España en el Rif,* Biblioteca Hispania, Madrid, 1921.
SALAS LARRAZÁBAL, R., *El Protectorado de España en Marruecos,* Mapfre, Madrid, 1992.
SÁNCHEZ RUANO, F., *Islam y guerra civil española. Moros con Franco y con la República,* La Esfera de los Libros, Madrid, 2004.

VIVERO, A., *El derrumbamiento. La verdad sobre el desastre del Rif,* Caro Raggio, Madrid, 1922.
WOOLMAN, D. S., *Abd el-Krim y la Guerra del Rif,* Oikos-Tau, Vilassar de Mar, 1971.
«ZADIC», *Apuntes para una orientación en la política de España en Marruecos,* Tipografía El Porvenir, Tánger 1923.

Sáhara Occidental

ANÓNIMO, *El Sáhara como unidad cultural autóctona,* Dirección General de Promoción del Sáhara, CSIC-IDEA, Madrid, 1975.
—, *Sáhara Occidental. Aproximación etno-histórica,* AEA, Madrid, s.f. [años 80].
AA.VV., *Sáhara, Sáhara,* CLA, Bilbao 1976.
BÁRBULO, T., *La historia prohibida del Sáhara Español,* Destino, Barcelona, 2002.
CARO BAROJA, J., *Estudios saharianos,* Júcar, Madrid, 1990.
COLL, A., *Villa Cisneros,* Librería General de Victoriano Suárez, Madrid, 1933.
CRIADO, R., *Sáhara, pasión y muerte de un sueño colonial,* Ruedo Ibérico, París 1977.
DÍAZ DEL RIBERO, F. L., *El Sáhara occidental, pasado y presente,* Gisa, Madrid, 1975.
DOMENECH, Á., *Algo sobre Río de Oro,* Instituto Editorial Reus, Madrid, 1946.
FLORES MORALES, Á., *El Sáhara Español,* Publicaciones Españolas, Madrid, 1954.
GARCÍA FIGUERAS, T., *Santa Cruz de Mar Pequeña –Ifni –Sáhara,* Fe, Madrid, 1941.
MENÉNDEZ DEL VALLE, E., *Sáhara Español: Una descolonización tardía,* Edicusa, Madrid, 1975.
MERCER, J., *Spanish Sahara,* George Allen and Unwin, Londres 1976.
MORILLAS, J., *Sáhara Occidental. Desarrollo y subdesarrollo,* Prensa y Ediciones Iberoamericanas, Madrid, 1995.
MUNILLA GÓMEZ, E., *Estudio general del Sáhara,* IDEA, Madrid, 1974.
PUBLICACIÓN OFICIAL, *La descolonización del Sáhara,* Presidencia del Gobierno, Madrid, 1976.

ÁFRICA OCCIDENTAL

JAHN, J., *África puertas adentro,* Fabril, Buenos Aires, 1963.
PARK, M., *Viajes a las regiones interiores de África (1795-1805),* El Serbal, Barcelona, 1991.

Costa de Marfil

DAVIS, H., *Yho, la aldea de los hechiceros,* Aymá, Barcelona, 1955.

Ghana

NKRUMAH, K., *Un líder y un pueblo,* FCE, México DF, 1962.

Guinea-Bissau

PIERSON-MATHY, P., *El nacimiento de lEstado por la guerra de liberación: el caso de Guinea-Bissau,* Serbal/Unesco, Barcelona, 1983.

ROMERO, V., *Los «afrocomunistas». Guerra y revolución en Guinea-Bissau y Cabo Verde,* Molinos de Agua, Madrid, 1981.

Sierra Leona

MATTHEWS, J., *Viaje a Sierra Leona en la costa de África,* Calpe, Madrid, 1921.

ÁFRICA CENTRAL

JULIEN, P., *Los pigmeos,* Labor, Barcelona, 1968.

Angola

FERREIRA, D. de, *Angola en tiempos de Felipe II y de Felipe III.* IDEA, Madrid, 1951.

MENÉNDEZ DEL VALLE, E., *Angola: imperialismo y guerra civil.* Akal, Madrid, 1976.

Camerún

GARDI, R., *Mandara,* Timun Mas, Barcelona, 1998.

Guinea Ecuatorial

AA.VV., *Guinea Española.* Nº monográf. de la *Revista Geográfica Española,* Madrid, s.f. [años 1940].

ARROJAS GÓMEZ, E., *La Guinea Española.* Publicaciones Españolas, Madrid, 1956.
BANCIELLA Y BÁRCENA, J.C., *Rutas de imperio. Fernando Póo y Guinea,* Librería General de Victoriano Suárez, Madrid, 1940.
BARRERA, Á., *Operación Rokobongo, 1913,* Ceiba Ediciones, Vic 2001.
BELTRÁN DE RÓZPIDE, R., *La Guinea española,* Soler, Barcelona, 1901.
BOLEKIA BOLEKÁ, J., *Aproximación a la historia de Guinea Ecuatorial.* Amarú Ediciones, Salamanca 2003.
BRAVO CARBONEL, J., *Anecdotario pámue.* Editora Nacional, Madrid, 1942.
BUENO, J. M., *Nuestras tropas en Guinea.* Aldaba, Madrid, 1985.
CAMPOS SERRANO, A., *Diplomáticos en la Guinea española 1961-1962,* Ceiba Ediciones, Vic, 2004.
CASTRO, M. L. de, *La población de Santa Isabel en la segunda mitad del siglo XIX,* AEA, Madrid, 1996.
CASTRO, M. L. de, y M. L. DE LA CALLE, *Origen de la colonización española de Guinea Ecuatorial (1777-1860),* Universidad de Valladolid/Caja de Salamanca y Soria, Valladolid, 1992.
CERUTI, F., *África la virgen,* Talleres Tipográficos J. Martínez, Santander, 1928.
DÍAZ PINES, O., *Iradier.* Publicaciones Españolas, Madrid, 1956.
ERMENGOL COLL, P. *Misión de María Cristina.* Ceiba Ediciones, San Vicente de la Barquera 1995.
—, *Misión de Santa Isabel.* Ceiba Ediciones, San Vicente de la Barquera 1997.
FERNÁNDEZ, C., *Misiones y misioneros en la Guinea Española (1883-1912).* Coculsa, Madrid, 1962.
GÁNDARA, J. de la, *Informe al Gobierno de Su Majestad.* Ceiba Ediciones, San Vicente de la Barquera 1996.
GUINEA, E., *En el país de los pámues.* IDEA, Madrid, 1947.
IRADIER, M., *África. Viajes y trabajos de la Asociación Eúskara La Exploradora.* Consejo de Cultura de la Diputación de Álava, Álava, 1958.
JUANOLA, J., *Epistolario del Padre Juanola, CMF (1890-1905).* Ceiba Ediciones, Vic 2002.
MANFREDI CANO, D., *La isla de Fernando Póo.* Publicaciones Españolas, Madrid, 1956.
MARTÍN DEL MOLINO, A., *La ciudad de Clarence.* Centro Cultural Hispano-Guineano, Malabo, 1993.
MARTÍNEZ GARCÍA, T., *Fernando Póo: geografía, historia, paisaje.* Instituto Claret de Africanistas, Santa Isabel, 1968.
MARTÍNEZ SALAZAR, Á., *Manuel Iradier.* El Serbal, Barcelona, 1993.
NDONGO-BIDYOGO, D., *et al.*, *España en Guinea.* Sequitur, Madrid, 1998.

NERÍN, G., *Guinea Ecuatorial, historia enblanco y negro.* Península, Barcelona, 1998.
NOSTI, J., *Notas geográficas, físicas y económicas sobre los Territorios españoles del Golfo de Guinea.* IDEA, Madrid, 1947.
NÚÑEZ CALVO, J., *La Guardia Territorial de la Guinea Ecuatorial.* Almena Ediciones, nº monogr. de *Serga,* Especial 3, Madrid, 2000.
PUBLICACIÓN OFICIAL, *Régimen Autónomo de la Guinea Ecuatorial.* Presidencia del Gobierno, Madrid, 1963.
RODRÍGUEZ BARRERA, J., *Mobbe, un negro de Fernando Póo.* s.e., Barcelona, 1931.
TERÁN, M. de, *Síntesis geográfica de Fernando Póo.* IDEA, Madrid, 1962.
UNZUETA, A. de, *Guinea continental española.* Instituto de Estudios Políticos, Madrid, 1944.
—, *Historia geográfica de la isla de Fernando Póo.* IDEA, Madrid, 1947.
XAVIER, A., *España en África. Ayer y hoy.* Exclusivas Ferma, Barcelona, s.f.

Congo, R. D. (ex Zaire)

GIANTURCO, C., *La revolución congoleña.* Bruguera, Barcelona, 1972.
LUMUMBA, P., *Libertad para el Congo.* Equipo Editorial, San Sebastián 1968.
MICHEL, S., *Uhuru Lumumba.* Fontanella, Barcelona, 1963.
MUSINI, P. E., *Katanga, piel de fuego.* Plaza & Janés, Barcelona, 1962.
VOS, P. de, *Vida y muerte de Lumumba.* Era, México 1962.
WASSERMANN, J., *Bula Matari.* Apolo, Barcelona, 1952.

ÁFRICA ORIENTAL

ANNEQUIN, G., *Las civilizaciones del Mar Rojo.* Círculo de Amigos de la Historia, Madrid, 1977.
CARANCI, C. A., *El Cuerno de África.* Historia 16, Madrid, 1995.
GÓMEZ-PALLETE, M., *Ruanda y Burundi.* CMUNSA, Madrid, 1972.
KESSEL, J., *La pista salvaje.* Círculo de Lectores, s.s., s.f. [años '70].
MOOREHEAD, MOOREHEAD, A., *El misterio del Nilo Blanco.* Plaza-Janés, Barcelona, 1971.
—, *El Nilo Azul.* Serbal, Barcelona, 1989.
PUBLICACIÓN OFICIAL, *África Oriental Italiana (Nuevo sistema social y económico).* Società Editrice di Novissima, Roma, 1938.
—, *Ruanda Uurundi. Noticias de Bélgica,* 3, octubre de 1961.

REVERTE, J., *El sueño de África*. Alianza Editorial, Madrid, 1998.
SCHWEINFURTH, A., *Viajes de Schweinfurth al África Central*. Maisonneuve y Cía., Madrid, 1877.
SORIA, D. A., *La Guerra del Ogadén*. Círculo Militar, Buenos Aires, 1986.
SPEKE, J. H., *Diario del descubrimiento de las fuentes del Nilo*. Espasa Calpe, Madrid, 1941.

Eritrea

AA.VV., *Eritrea y la cuestión nacional*. Iepala, Madrid, 1979.

Etiopía

BAIRLEHEM, Q., *La verdad sobre Abisinia*. Bistagne, Barcelona, s.f. [años 1930].
BOCA, A. del, *Haile Selassie*. Orbis, Madrid, 1985.
FERNÁNDEZ ARIAS, A., *¡Italia, Etiopía, Ginebra y el Mundo!* Comentarios del Momento, Madrid, 1935.
HERNÁNDEZ ALFONSO, L., *Abisinia*. Ediciones Atalaya, Madrid, 1935.
JESMAN, C., *La paradoja etíope*. Eudeba, Buenos Aires, 1965.
ORTEGA Y GASSET, E., *Etiopía. El conflicto italo-abisinio*. Juan Pueyo, Madrid, 1935.

Kenya

ANÓNIMO, *Los Mau-Mau*. Codex, Buenos Aires, 1968.
JURADO, F., *El Mau Mau*. Mon, Madrid, s.f. [años 50].
SOTEHAM, C. T., *Mau-Mau – Terror de África*. Iberia, Barcelona, 1954.

Rwanda

AA.VV., *Especial Ruanda. África Negra*, 7, V-VI 1996.

Somalia

MICHIELI, A. A., *El Duque de los Abruzzos y sus empresas*. Espasa-Calpe, Madrid, 1943.

Sudán

BERNATZIK, H. A., *Gari-Gari*. Labor, Barcelona, 1956.

FEATHERSTONE, D., *Jartum 1885*. Del Prado/Osprey, Madrid, 1994.
—, *Omdurmán 1898*. Del Prado/Osprey, Madrid, 1995.
HAMRIN, A., *En el país de los nubas*. Dux, Barcelona, 1954.
LYTTON STRACHEY, G., *Gordon en Jartúm*. Fontamara, Barcelona, 1983.
SLATIN, R., *A fuego y a espada en el Sudán*. Bruno del Amo, Madrid, 1930.

Uganda

LADENIUS, F., *22 cruces en Uganda*. Actualidad Africana, Madrid, 1964.

ÁFRICA MERIDIONAL

HARRIS, P., *La información sobre África Austral*. Serbal/Unesco, Barcelona, 1984.
MENÉNDEZ DEL VALLE, E., *África Negra, dominio blanco*. Espejo, Madrid, 1974.

Mozambique

PUBLICACIÓN OFICIAL, *FRELIMO*. Anagrama, Barcelona, 1975.

Namibia

PUBLICACIÓN OFICIAL, *El nacimiento de una nación. La lucha por la liberación de Namibia*. Zed Press/SWAPO, Londres/Luanda 1985.

Sudáfrica

AA.VV., *La lucha por la liberación nacional en Sudáfrica. Pensamiento Crítico,* La Habana, septiembre de 1969.
—, *Historia en blanco y negro,* El Serbal/Unesco, Barcelona, 1984.
—, *Suráfrica,* Iepala, Madrid, 1986.
—, *Apartheid,* Iepala, Madrid, 1989.
BEER, Z. J. de, *Sudáfrica y el problema de las razas,* Eudeba, Buenos Aires, 1963.
KOCK, W. J. de, *Historia de Sudáfrica,* Departamento de Información, Pretoria 1972.
KNIGHT, I., *Guerra zuú de 1879,* Del Prado/Osprey, Madrid, 1994.
—, *Fuerzas británicas en Zululandia. 1879,* Del Prado/Osprey, Madrid, 1994.
—, *Colenso 1899. La guerra bóer en Natal,* Del Prado/Osprey, Madrid, 1995.

MOERDIJK, D., *Antidesarrollo. Suráfrica y sus bantustanes*. Serbal/Unesco, Barcelona, 1982.

RAOUL, M., *Declaración Universal de Derechos Humanos y realidades surafricanas,* Serbal/Unesco, Barcelona, 1984.

RIESGO, J. M., *El apartheid,* Historia 16, Madrid, 1993.

VERA, V., *Un viaje al Transvaal durante la guerra,* Imprenta de Fontanet, Madrid, 1902.

Zimbabwe

CLOETE, S., *Rhodes, Kruger, Lobengula,* Espasa-Calpe Argentina, Buenos Aires, 1952.

WEINRICH, A. K. H., *La situación de la mujer en Zimbabwe antes de la independencia,* Serbal/Unesco, Barcelona, 1984.

AMÉRICA

AA.VV., *Los indios y la antropología en América Latina,* Búsqueda-Yuchán, Buenos Aires, 1984.

—, *Los pueblos autóctonos de América Latina, Pasado y presente,* Academia de Ciencias de la URSS, Ciencias Sociales Contemporáneas, Moscú, 1984.

—, *A los 500 años del choque de dos mundos*. Ediciones del Sol, Buenos Aires, 1989.

—, *Los indios americanos*. *Cuadernos Hispanoamericanos*, *Los complementarios* 7-8, julio de 1991.

ALCINA FRANCH, J., *Bartolomé de Las Casas,* Historia 16/Quorum, Madrid, 1986.

—, *Mapa étnico de América,* Historia 16, Madrid, 1987.

—, (compil.), *Indianismo e indigenismo en América,* Alianza Editorial, Madrid, 1990.

ARRANZ, L., *Cristóbal Colón*. Historia 16/Quorum/V Centenario, Madrid, 1986.

BALLESTEROS-GAIBROIS, M., y J. ULLOA SUÁREZ, *Indigenismo americano,* Cultura Hispánica, Madrid, 1961.

BARRE, M.-C., *Ideologías indigenistas y movimientos indios,* Siglo XXI, México DF, 1983.

BASTIDE, R., *Las Américas negras*. Alianza Editorial, Madrid, 1969.

BATAILLON, M., y A. SAINT-LU, *El padre Las Casas y la defensa de los indios*. Ariel, Esplugues de Llobregat, 1976.

BENNASSAR, B., *La América española y la América portuguesa, siglos XVI-XVIII.* Akal, Madrid, 1980.
BENZONI, G., *Historia del Nuevo Mundo.* Alianza Editorial, Madrid, 1989.
CALVO BUEZAS, T., *Muchas Américas.* Universidad Complutense de Madrid/ICI V Centenario, Madrid, s.f. [1990].
CASTILLA URBANO, F., *El pensamiento de Francisco de Vitoria.* Anthropos, Barcelona / Universidad Autónoma Metropolitana, Iztapalapa1992.
COLOMBRES, A., *La colonización cultural de la América Latina.* El Sol, Quito 1976.
—, *La hora del «bárbaro»,* Ediciones del Sol, Buenos Aires / Premia Editora, México DF, 1988.
COLÓN, C., *Textos y documentos completos (Viajes).* Alianza Editorial, Madrid, 1982.
ELLIOTT, J. H., *El Viejo Mundo y el Nuevo, 1492-1650.* Alianza Editorial, Madrid, 1972.
—, *Europa/América 1492-1992.* El País, Madrid, 1992.
FERGUSON HALCRO, J., *El equilibrio racial en América Latina.* Eudeba, Buenos Aires, 1963.
FERNÁNDEZ DE OVIEDO, G., *Sumario de la natural historia de las Indias.* Anaya, Salamanca 1963.
GALEANO, E., *Las venas abiertas de América Latina.* Siglo XXI, México DF, 1977.
GERBI, A., *La disputa del Nuevo Mundo.* FCE, México DF, 1961.
GIL, J., *Mitos y utopías del Descubrimiento, 3. El Dorado.* Alianza Editorial, Madrid, 1989.
HANKE, L., *La lucha española por la justicia en la conquista de América.* Aguilar, Madrid, 1959.
JAULIN, R., *El etnocidio a través de las Américas.* Siglo XXI, México DF, 1976.
KLEIN, H. S., *La esclavitud africana en América Latina y el Caribe.* Alianza Editorial, Madrid, 1986.
KONETZKE, R., *América Latina, La época colonial.* T. 22, de *Historia Universal Siglo XXI,* Madrid, 1971.
LAS CASAS, B. de, *Obra indigenista.* Alianza Editorial, Madrid, 1985.
LASSÈGUE, J. B., *La larga marcha de Las Casas,* CEP, Lima, 1974.
LEÓN-PORTILLA, M., *El reverso de la Conquista.* Joaquín Mortiz, México DF, 1964.
—, *Culturas en peligro,* Alianza Mexicana, México DF, 1976.
LIPSCHUTZ, A., *Marx y Lenin en la América Latina y los problemas indigenistas.* Casa de las Américas, La Habana, 1974.
—, *El problema racial en la conquista de América,* Siglo XXI, Madrid, 1975.

LUCENA SALMORAL, M., *El mito de El Dorado,* Historia 16, Madrid, 1986.
MARTÍNEZ, N., *Los jesuitas en América.* Historia 16, Madrid, 1986.
MATAMORO, B., *Lope de Aguirre,* Historia 16/Quorum, Madrid, 1986.
MELLAFE, R., *La esclavitud en Hispanoamérica.* Eudeba, Buenos Aires, 1964.
MERTON, T., *Ishi,* Pomaire, Barcelona, 1979.
MUMFORD JONES, H., *Este extraño Nuevo Mundo,* Uteha, México DF, 1966.
OLIVA DE COLL, J., *La resistencia indígena ante la Conquista.* Siglo XXI, Madrid, 1976.
OTS Y CAPDEQUÍ, J. M., *Historia del Derecho español en América y el Derecho indiano,* Aguilar, Madrid, 1969.
PAGDEN, A., *La caída del hombre natural.* Alianza Editorial, Madrid, 1988.
PÉREZ MIGUEL, A., *Impacto ecológico en la costa noroeste de América (siglos XVIII a XX),* CSIC, Madrid, 1993.
PICÓN-SALAS, M., *De la Conquista a la Independencia,* FCE, México DF, 1965.
PRICE, R. (compil.), *Sociedades cimarronas.* Siglo XXI, México DF, 1981.
PUBLICACIÓN OFICIAL, *América Latina: Demografía, población indígena y salud.* Ediciones Políticas, La Habana, 1968 y varios años.
—, *Derechos de los pueblos indígenas.* Comisión Quinto Centenario, Madrid, 1988.
ROJAS MIX, M., *Cultura afroamericana.* Anaya, Madrid, 1988.
SAGRERA, M., *Los racismos en América «Latina»,* La Bastilla, Buenos Aires, 1974.
SÁNCHEZ-ALBORNOZ, N. (compil.), *Población y mano de obra en América Latina,* Alianza Editorial, Madrid, 1985.
SIERRA, V. D., *Así se hizo América (La expansión de la Hispanidad en el siglo XVI),* Cultura Hispánica, Madrid, 1955.
SIMPSON, L. B., *Los conquistadores y el indio americano,* Península, Barcelona, 1970.
SOLANO, F. de, *Proceso histórico al conquistador,* Alianza Editorial, Madrid, 1988.
TOVAR, A., *Lo medieval en la conquista y otros ensayos americanos,* Seminarios y Ediciones, Madrid, 1970.
TUJIBIKILE, M., *La resistencia cultural del negro en América Latina.* Departamento Ecuménico de Investigaciones, San José de Costa Rica, 1990.
VALCÁRCEL, C. D., *Rebeliones coloniales sudamericanas.* FCE, México DF, 1982.
VARELA, C., *Cristóbal Colón. Retrato de un hombre.* Alianza Editorial, Madrid, 1992.
VÁZQUEZ, F., *El Dorado.* Alianza Editorial, Madrid, 1987.

VÁZQUEZ CHAMORRO, G., *La visión de los vencidos.* Historia 16, Madrid, 1988.
VÁZQUEZ DE ESPINOSA, A., *Compendio y descripción de las Indias Occidentales y Viaje de navegación del año 1622,* Historia 16, Madrid, 1992.
VEDOYA, J. C., *La expoliación de América.* La Bastilla, Buenos Aires, 1973.
VITORIA, F. de, *Relecciones sobre los indios y el derecho de guerra.* Espasa-Calpe, Buenos Aires,1947.

AMÉRICA DEL NORTE

AA.VV., *Los esquimales, un pueblo que no quiere morir.* El Correo de la Unesco, I-1975, monográfico.
—, *Conquista de Norteamérica.* Historia 16, Madrid, 1991.
—, *Expediciones a la costa noroeste.* Historia 16, Madrid, 1991.
FORDHAM, D., *Esquimales.* Espasa-Calpe, Madrid, 1981.
HERNANDO DE LARRAMENDI, R., *Esquimales,* Mapfre, Madrid, 1992.
ZIMMERMAN, L. J., *Indios norteamericanos,* Evergreen, Colonia 2002.

Canadá

AA.VV., *Así nació Canadá,* Historia 16, Madrid, 1991.
BULIARD, R., *Inuk, quince años con los esquimales,* Juventud, Barcelona, 1965.
PUBLICACIÓN OFICIAL, *Esquimales. Vida y arte de los inuit,* Museo Nacional de Etnología, Madrid, 1990.

Estados Unidos

AA.VV., *El ghetto negro,* Sílaba, Buenos Aires, 1966.
—, *La segregación racial en USA,* Halcón, Madrid, 1968.
—, *Textos sobre el Poder Negro.* Halcón, Madrid, 1968.
—, *Los indios norteamericanos,* N° monogr. de *Facetas,* 6, 1973.
—, *Los negros norteamericanos,* Naúka, Moscú 1987.
APTHEKER, H., *Las revueltas de los esclavos negros norteamericanos,* Siglo XXI, Madrid, 1978.
BARRETT, S. M., *Gerónimo. Historia de su vida,* Grijalbo, Barcelona, 1975.
CALDERAZZI, A. M., *La revolución negra en Estados Unidos,* Bruguera, Barcelona, 1970.
CARANCI, C. A., *El Oeste americano,* Historia 16, Madrid, 1990.

CATLIN, G., *Vida entre los indios,* J. J. de Olañeta, Palma de Mallorca 1985.
CHILTON, C., *El Lejano Oeste.* Bruguera, Barcelona, 1973.
CURTIS, E. S., *El indio norteamericano.* 20 vols., J.J. de Olañeta, Palma de Mallorca, 1993.
DELORIA, V. (hijo), *El general Custer murió por nuestros pecados, un manifiesto indio,* Barral, Barcelona, 1975.
GUERRA, R., *La expansión territorial de los Estados Unidos.* Ciencias Sociales, La Habana, 1975.
HILTON, S. L., *Junípero Serra.* Historia 16/Quorum, Madrid, 1987.
JACKSON TURNER, F., *La frontera en la historia americana,* Castilla, Madrid, 1960.
JACOBS, W. R., *El expolio del indio norteamericano,* Alianza Editorial, Madrid, 1973.
KROEBER, T., *Ishi,* Antoni Bosch, Barcelona, s.f.
LA FARGE, O., *Indios americanos,* Gaisa, Valencia, 1968.
MALCOLM X, *Autobiografía de Malcolm X.* Edima/Índice de Materiales, Barcelona, 1967.
MALDONADO-DENIS, M., *En las entrañas: un análisis sociohistórico de la emigración puertorriqueña,* Casa de las Américas, La Habana, 1976.
MARIENSTRASS, É., *La resistencia india en los Estados Unidos.* Siglo XXI, México DF, 1982.
MCNICKLE, D'A., *Las tribus indias de los Estados Unidos.* Eudeba, Buenos Aires, 1965.
MOORE, W. V., *Guerras indias de los Estados Unidos,* Alderaban, Madrid, s.f.
MOORE, J. W., y A. CUÉLLAR, *Los mexicanos de los Estados Unidos y el movimiento chicano,* FCE, México DF, 1972.
MORALES PADRÓN, F., *Conquistadores españoles en los Estados Unidos,* Publicaciones Españolas, Madrid, 1959.
MORSBACH, M., *El negro en la vida norteamericana,* Diana, México DF, 1970.
OHIYESA (C.A. Eastman), *Grandes jefes indios,* J. J. de Olañeta, Palma de Mallorca, 1993.
PADILLA, R., y J. BOLLO, *EE.UU.: Guerras internas. Nnegros/puertorriqueños,* Edicusa, Madrid, 1972.
PEIRCE RANDEL, W., *Un siglo de infamia: El Ku Klux Klan,* Bruguera, Barcelona, 1965.
RASPAIL, J., *Diario piel roja.* Plaza & Janés, Esplugues de Llobregat, 1976.
ROWLANDSON, M., *Mi cautividad entre los indios.* Fontamara, Barcelona, 1982.
SEATTLE, *Nosotros somos una parte de la tierra.* J. J. de Olañeta, Hesperus, Palma de Mallorca, 1992.

SIMONIN, L., *Viaje al Far West americano,* t. II de *El mundo en la mano,* Montaner y Simón, Barcelona, 1878.
SWADESH, F. L., *«Los primeros pobladores.» Antecesores de los chicanos en Nuevo México,* FCE, México DF, 1977.
THOMPSON SETON, E., y J. M. SETON, *La tradición del indio norteamericano,* J.,J. de Olañeta, Palma de Mallorca, 1992.
WASHINGTON, B. T., *De la esclavitud a la libertad.* Fontanella, Barcelona, 1962.
WOODWARD, G. S., *Pocahontas.* J.J. de Olañeta, Palma de Mallorca 1995.

Groenlandia

MALAURIE, J., *Los esquimales del Polo,* Grijalbo, Barcelona, 1981.
STEFANSSON, V., *Un año entre esquimales,* Bruno del Amo, Madrid, 1929.

AMÉRICA CENTRAL

FARRIS, N. M., *La sociedad maya bajo el dominio colonial,* Alianza Editorial, Madrid, 1992.
LÓPEZ GARCÍA, J., *Etnología y cambio social en Mesoamérica,* Akal, Torrejón de Ardoz, 1992.
MAESTRE ALFONSO, J., *Perfiles antropológicos de América Central y el Caribe,* Akal, Torrejón de Ardoz, 1991.

Costa Rica

QUESADA, P., *Los huétares,* Editorial Tecnológica de Costa Rica, Cartago, 1996.
ZAMORA ACOSTA, E., *Etnografía histórica de Costa Rica (1561-1615),* Universidad de Sevilla, Sevilla 1980.

México

AA.VV., *Visión de los vencidos.* UNAM, México DF, 1972.
—, *Idea y querella de la Nueva España.* Alianza Editorial, Madrid, 1973.
—, *Los purépechas.* Museo Nacional de Antropología, Madrid, 1994.
AGUIRRE BELTRÁN, G., *Cuijla,* FCE, México DF, 1958.
DÍAZ DEL CASTILLO, B., *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España.* Espasa-Calpe, Buenos Aires, 1955.

DUBY, G., *Los lacandones. Su pasado y su presente.* Secretaría de Educación Pública, México DF, 1944.
FABILA, A., *La tribu kikapoo de Cohauila.* Secretaría de Educación Pública, México DF, 1945.
FAVRE, H., *Cambio y continuidad entre los mayas de México.*Siglo XXI, México DF, 1973.
FUENTE, J. de la, *Relaciones interétnicas.* INI/CNCA, México DF, 1989.
GIBSON, C., *Los aztecas bajo el dominio español, 1519-1810.* Siglo XXI, México DF, 1978.
HERNÁNDEZ SÁNCHEZ-BARBA, M., *La última expansión española en América.* IEP, Madrid, 1957.
HUMBOLDT, F.-W. von, *Ensayo político sobre Nueva España.* Editora Nacional, México DF, 1973.
LANDA, D. de, *Relación de las cosas de Yucatán.* Historia 16, Madrid, 1992.
MOTOLINÍA [Toribio de Benavente], *Historia de los indios de la Nueva España.* Historia 16, Madrid, 1985.
OCHOA, L., *Huaxtecos y totonacos.* CNCA, México DF, 1989.
POZAS, R., y H. I. de POZAS, *Los indios en las clases sociales de México.* Casa de las Américas, La Habana, 1971.
SAHAGÚN, B. de, *Historia general de las cosas de Nueva España.* Alianza Editorial, Madrid, 1988.
SEPÚLVEDA, J. G. de, *Historia del Nuevo Mundo.* Alianza Editorial, Madrid, 1987.
SUÁREZ DE PERALTA, J., *Tratado del descubrimiento de las Indias y su conquista.* Alianza Editorial, Madrid, 1990.
TELLO DÍAZ, C., *Chiapas, la rebelión de las cañadas.* Acento, Madrid, 1995.
VÁZQUEZ, G., *Moctezuma.* Historia 16/Quorum, Madrid, 1987.
VOS, J. de, *No queremos ser cristianos.*INI/CNCA, México DF, 1990.
WHITECOTTON, J. W., *Los zapotecos.* FCE, México DF, 1985.
ZORITA, A. de, *Relación de los señores de la Nueva España.* Historia 16, Madrid, 1992.

Nicaragua

AA.VV., *Los miskitos.* Iepala/Fundamentos, Madrid, 1986.
WHEELOCK ROMÁN, J., *Raíces indígenas de la lucha anticolonialusta en Nicaragua.* Siglo XXI, Madrid, 1974.

ANTILLAS

AA.VV., *Procesos étnicos en los países del Caribe.* Academia de Ciencias de la URSS, Ciencias Sociales Contemporáneas, Moscú 1984.

BALLESTEROS GAIBROIS, M., *Canoeros, flecheros y caníbales del Caribe.* Akal, Torrejón de Ardoz 1992.

CASSÁ, R., *Los indios de las Antillas.* Mapfre, Madrid, 1992.

GOSLINGA, C. C., *Los holandeses en el Caribe.* Casa de las Américas, La Habana 1983.

PARRY, J. H., y P. SHERLOCK, *Historia de las Antillas.* Kapelusz, Buenos Aires, 1976.

WATTS, D., *Las Indias occidentales.* Alianza Editorial, Madrid, 1992.

WILLIAMS, E., *Capitalismo y esclavitud.* Ciencias Sociales, La Habana 1975.

Cuba

BARNET, M., *Biografía de un cimarrón.* Ariel, Barcelona, 1968.

Haití

MÉTRAUX, A., *Vodú.* Sur, Buenos Aires, 1963.

Puerto Rico

ÁLVAREZ NAZARIO, M., *El elemento afro-negroide en el español de puerto rico.* Instituto de Cultura Puertorriqueña, San Juan de Puerto Rico, 1961.

República Dominicana

FRANCO, F. J., *Los negros, los mulatos y la nación dominicana.* Editora Nacional, Santo Domingo 1969.

MOYA PONS, F., *Después de Colón.* Alianza Editorial, Madrid, 1987.

PANÉ, R., *Relación acerca de las antigüedades de los indios.* Siglo XXI, México DF, 1974.

AMÉRICA DEL SUR

AA.VV., *Culturas indígenas de la Amazonia.* V Centenario, Madrid, 1986.

AGUIRRE, J.F., *Discurso histórico que comprende el descubrimiento, conquista y establecimiento de los españoles en la provincia de la Nueva Vizcaya (o Río de la Plata).* Espasa-Calpe, Buenos Aires, 1947.
BODARD, L., *Masacre de indios en el Amazonas.* Tiempo Nuevo, Caracas 1970.
JAIMES FREYRE, E., *El Tucumán del siglo XVI.* Coni Hermanos, Buenos Aires, 1914.
LIZÁRRAGA, R. de, *Descripción el Perú, Tucumán, Río de la Plata y Chile.* Historia 16, Madrid, 1987.
LUCENA SALMORAL, M., *Sebastián de Belalcázar.* Historia 16/Quorum, Madrid, 1987.
MILLAU, F., *Descripción de la provincia del Río de la Plata (1772).* Espasa-Calpe, Buenos Aires, 1947
SARMIENTO DE GAMBOA, P., *Viajes al estrecho de Magallanes.* Alianza Editorial, Madrid, 1988.
SCHMIDEL, U., *Relatos de la conquista del Río de la Plata y Paraguay 1534-1554.* Alianza Editorial, Madrid, 1986.
TIJERAS, E., *Juan de Garay.* Historia 16/Quorum, Madrid, 1987.
VIÉITEZ CERDEÑO, S., *El Amazonas, perspectiva etnohistórica.* Akal, Torrejón de Ardoz 1992.
ZUBRITSKI, Y. A., *Los incas-quechuas.* Progreso, Moscú 1979.

Argentina

CHAPMAN, A., *El fin de un mundo: Los selk'nam de Tierra del Fuego,* Vázquez Mazzini Editores, Buenos Aires, 1989.
CURRUHUINCA-ROUX, V., *Sayhueque, el último cacique,* Plus Ultra, Buenos Aires, 1986.
—, *Las matanzas del Neuquén,* Plus Ultra, Buenos Aires, 1987.
HERNÁNDEZ, I., *Derechos humanos y aborígenes. El pueblo mapuche,* Búsqueda, Buenos Aires, 1985.
MANSILLA, L.V., *Una excursión a los indios ranqueles,* Espasa-Calpe Argentina, Buenos Aires, 1962.
OTTONELLO, M. M., y A. M. LORANDI, *Introducción a la arqueología y etnología. Diez mil años de historia argentina,* Eudeba, Buenos Aires, 1987.
PRADO, M., *La guerra al malón,* Eudeba, Buenos Aires, 1967.

Bolivia

ALBÓ, X. (compil.), y EQUIPO PEDAGÓGICO, *Nuestra historia,* Centro de Investigación y Promoción del Campesinado, La Paz, 1976.

—, *Raíces de América: El mundo aymara,* Alianza Editorial, Madrid, 1988.
—, *Iguales aunque diferentes,* Ministerio de Educación/Unicef/CIPCA, La Paz, 1999.
VARGAS, M., *Diálogo intercultural: una gran aventura,* Ministerio de Desarrollo Humano, SNPP, La Paz 1997.

Brasil

FREYRE, G., *Casa-grande y senzala,* Biblioteca de Autores Brasileños en Castellano, Buenos Aires, 1942.
MOOG, V., *Bandeirantes y pioneros,* Cultura Hispánica, Madrid, 1965.
RIBEIRO, D., *Fronteras indígenas de la civilización,* Siglo XXI, México DF, 1971.

Chile

CAMPOS MENCHACA, M. J., *Mahuelbuta,* Fco. de Aguirre, Santiago de Chile, 1972.
COÑA, P., *Testimonio de un cacique mapuche,* Pehuén, Santiago de Chile, 1984.
DELGADO, J., *Pedro de Valdivia,* Historia 16/Quorum, Madrid, 1987.
DOMEYKO, I., *Araucanía y sus habitantes,* Fco. de Aguirre, Buenos Aires, 1971.
MARTINIC BEROS, M., *Crónica de las tierras del sur del Canal Beagle,* Fco. de Aguirre, Buenos Aires, 1973.
—, *Magallanes. Síntesis de tierra y gentes,* Fco. de Aguirre, Santiago de Chile, 1974.

Colombia

AA.VV., *Los indios de Colombia,* Mapfre, Madrid, 1992.
EUGENIO MARTÍNEZ, M. Á., *Tributo y trabajo del indio en Nueva Granada,* CSIC/Escuela de Estudios Hispano-Americanos, Sevilla 1977.
HERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, G., *De los chibchas a la colonia y a la república,* Instituto Colombiano de Cultura, Bogotá 1975.
JAULIN, R., *La paz blanca,* Tiempo Contemporáneo, Buenos Aires, 1973.
MIRANDA VÁZQUEZ, T., *La Gobernación de Santa Marta (1570-1670),* CSIC/Escuela de Estudios Hispanoamericanos, Sevilla 1976.
MORALES PADRÓN, F., *Jiménez de Quesada,* Publicaciones Españolas, Madrid, 1954.

Ecuador

MORENO, S., *Alzamientos indígenas en la Audiencia de Quito, 1534-1803,* Abya-Yala, Quito, 1987.

OBEREM, U., *Los quijos,* Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Madrid, 1971.

Paraguay

HAUBERT, M., *La vida cotidiana de los indios y jesuitas en las misiones del Paraguay,* Temas de Hoy, Madrid, 1991.

ROA BASTOS, A. (compil.), *Las culturas condenadas,* Siglo XXI, México DF, 1978.

Perú

AA.VV., *Antigüedades del Perú,* Historia 16, Madrid, 1992.

BALLESTEROS, M., *Francisco Pizarro,* Historia 16/Quorum, Madrid, 1987.

BRAVO, C., *Historia 16/Quorum,* Madrid, *1987.*

CARANCI, C. A., *Túpac Amaru,* Historia 16/Quorum, Madrid, 1987.

FAVRE, H., *Los incas,* Oikos-Tau, Vilassar de Mar, 1975.

GUAMAN POMA DE AYALA, F., *Nueva crónica y buen gobierno,* Historia 16, Madrid, 1987.

HOWARD, C., *Pizarro y la conquista del Perú,* Timun Mas, Barcelona, 1971.

LEWIN, B., *La rebelión de Túpac Amaru y los orígenes de la independencia de Hispanoamérica,* SELA, Buenos Aires, 1967.

MORENO CEBRIÁN, A., *Túpac Amaru,* Anaya, Madrid, 1989.

PEASE, F. G. Y., *Los últimos incas del Cuzco,* Alianza Editorial, Madrid, 1991.

SÁEZ DE SANTAMARÍA, C., *Garcilaso de la Vega, el Inca,* Historia 16/Quorum, Madrid, 1987.

STERN, S.J., *Los pueblos indígenas del Perú y el desafío de la conquista española. Huamanga hasta 1640,* Alianza Editorial, Madrid, 1986.

VALCÁRCEL, D., *La rebelión de Túpac Amaru,* FCE, México DF, 1973.

WACHTEL, N., *Los vencidos. Los indios del Perú frente a la conquista española (1530-1570),* Alianza Editorial, Madrid, 1[illegible]

Súrinam

KOM, C. G. A., *Nosotros, los esclavos de Súrinam,* Casa de las Américas, La Habana, 1981.

Venezuela

ACOSTA SAIGNES, M., *Vida de los esclavos negros en Venezuela,* Casa de las Américas, La Habana, 1978.

ARMAS, F. de, *Conquista de Venezuela,* Publicaciones Españolas, Madrid, 1959.

SIMÓN, P., *Noticia historial de la conquista de Tierra Firme en las Indias Occidentales,* Publicaciones Españolas, Madrid, 1961.

OCEANÍA

AA.VV., *Historia de los descubrimientos y exploraciones: Cartografiando el vasto Pacífico,* Club Internacional del Libro, Moretón, Bilbao 1978.

—, *El Pacífico español. De Magallanes a Malaspina,* Ministerio de Asuntos Exteriores/V Centenario/Bicentenario de Carlos III, Madrid, 1988.

—, *España y el Pacífico,* AECI/AEEP, Madrid, 1989.

—, *Estudios sobre Filipinas e Islas del Pacífico,* AEEP, Madrid, 1989.

—, *Los viajes españoles por el Pacífico,* Asociación Española de Estudios del Pacífico, N° monográf. de la REP, 2, 1992.

—, *España y el Pacífico 2,* AEEP, Madrid, 1997.

—, *Pacífico-Europa: Visiones mutuas,* Asociación Española de Estudios del Pacífico, N° monográfico de la *Revista Española del Pacífico*, 8, 1998.

—, *Exploradores españoles olvidados del siglo XVIII,* Prosegur/Sociedad Geográfica Española, Madrid, 1999.

—, *Exploradores españoles olvidados de los siglos XVI y XVII,* Prosegur, Madrid, 2000.

ANTÓN, J., y RAMOS, Ó. (coord.), *Traspasando fronteras: el reto de Asia y el Pacífico,* AEEP/CEA, Univ. de Valladolid/AECI, Madrid/Valladolid, 2002.

BROSSE, J., *La vuelta al mundo de los exploradores,* Ediciones del Serbal, Barcelona, 1985.

BURENHULT, G. (compil.), *Atlas culturales de la humanidad, IV a X: Oceanía,* Debate/Círculo de Lectores, Madrid, 1995.

CABRERO, L., *Andrés de Urdaneta,* Historia 16/Quorum, Madrid, 1987.

—, *España en el Pacífico,* Historia 16, Madrid, 1988.

CARANCI, C. A. (coord.), *Oceanía,* Desarrollo, Madrid, 2001.

COOK, J., *Viajes,* Ediciones del Serbal, Barcelona, 1987.

ELIZALDE, M. D., J. M. FRADERA y L. ALONSO (compil.), *Las relaciones internacionales en el Pacífico (siglos XVIII-XX),* CSIC, Madrid, 1997.

—, *Imperios y naciones en el Pacífico,* CSIC, Madrid, 2001.

FERNANDES DE QUEIROZ, P., *Descubrimiento de las regiones australes,* Historia 16, Madrid, 1986.
—, *Memoriales de las Indias Australes,* Historia 16, Madrid, 1991.
GIL, J., *Mitos y utopías del Descubrimiento, 2: El Pacífico,* Alianza Editorial, Madrid, 1989.
JULIEN, C.-A., *Histoire de l'Océanie,* PUF, París, 1951.
LUQUE, M., J.J. PACHECO y F. PALANCO (coords.), *1898: España y el Pacífico,* AEEP, Madrid, 1999.
MALASPINA, A., *En busca del paso del Pacífico,* Historia 16, Madrid, 1990.
NILE, R., y C. CLERK, *Atlas culturales del mundo: Australia, Nueva Zelanda y Pacífico Sur,* Folio, Barcelona, 1996.
OLIVER, D.L., *Las islas del Pacífico,* Melusina, Barcelona, 2003.
PRIETO, C., *El Océano Pacífico: Navegantes españoles del siglo XVI,* Alianza Editorial, Madrid, 1975.
SAHLINS, M., *Islas de historia,* Gedisa, Barcelona, 1997.
TAILLEMITE, É., *Por mares desconocidos,* Aguilar, Madrid, 1990.

MELANESIA

WORSLEY, P., *Al son de la trompeta final,* Siglo XXI, Madrid, 1980.

Nueva Caledonia (Kanaky)

GARNIER, J., *Viaje a Nueva Caledonia,* Montaner y Simón, Barcelona, 1878.

Nueva Guinea

DUPEYRAT, A., *El jabalí de Kuni (Padre Chabot),* Misioneros del Sagrado Corazón, Barcelona, 1953.
—, *Veintiún años con los papúes,* Labor, Barcelona, 1957.
HARRER, H., *Vengo de la Edad de Piedra,* Plaza-Janés, Barcelona, 1998.
HURLEY, F., *Perlas y salvajes,* Joaquín Gil, Barcelona, 1931.

Islas Salomón

BOSCH, M., *Doña Isabel Barreto, Adelantada de las Islas Salomón,* Juventud, Barcelona, 1943.

Vanuatu

BOSCH, M., *Tres años en las Nuevas Hébridas,* Pal-las, Barcelona, 1943.

MICRONESIA

AA.VV., *Islas del Pacífico. El legado español,* Ministerio de Educación y Cultura, Madrid, 1998.

CORRAL, C., y F. DÍAZ DE CERIO, *La mediación de León XIII en el conflicto de las Carolinas,* Editorial Complutense/Universidad Pontificia de Comillas, Madrid, 1995.

ELIZALDE, M.D., *España en el Pacífico. La colonia de las islas Carolinas, 1885-1899,* CSIC/AECI, Madrid, 1992.

MORAL, B., *Micronesia. Visiones desde Europa,* Asociación Española de Estudios del Pacífico, Madrid, 2004.

PASTOR Y SANTOS, E., *Territorios de soberanía española en Oceanía,* CSIC/IDEA, Madrid, 1950.

Kiribati

GRIMBLE, A., *Escogimos las islas,* Labor, Barcelona, 1968.

Palau

HIDALGO NUCHERA, P. (compil.), *Redescubrimiento de las islas Palaos,* Miraguano/Polifemo, Madrid, 1993.

POLINESIA

Hawaii

VARIGNY, C. de, *Viaje a las islas Sandwich (Islas Hawaii),* Montaner y Simón, Barcelona, 1878.

Nueva Zelanda

HIGHAM, C., *Los maoríes,* Akal/Cambridge, Torrejón de Ardoz 1991.

Pascua

CAMPBELL, R., *El misterioso mundo de Rapanui,* Fco. de Aguirre, Santiago de Chile, 1973.
MAZIÈRE, F., *Fantástica isla de Pascua,* Plaza-Janés, Esplugues de Llobregat, 1973.
MELLÉN, F., *Manuscritos y documentos españoles para la historia de la Isla de Pascua,* CEHOPU, Madrid, 1986.
—, *El marino santoñés Felipe González Haedo y el descubrimiento de la Isla de Pascua,* Ayuntamiento de Santoña, Santoña 1998.
RAMÍREZ, J. M., *Rapa Nui,* Editorial Antártica, s.s. 1988.

Pitcairn

BIRKETT, D., *La serpiente en el Paraíso,* Alba Editorial, Barcelona, 1999.
MACKANESS, G. (compil.), *Verdadera historia de la rebelión de la «Bounty»,* Juventud, Barcelona, 1963.
SOLMI, A., *La «Bounty»,* Argos Vergara, Barcelona, 1984.

Polinesia francesa

BERTRANA, A., *Islas de ensueño,* Ediciones Populares Iberia, Barcelona, 1933.
RODRÍGUEZ, M., *Españoles en Tahití,* Historia 16, Madrid, 1992.
T'SERSTEVENS, A., *Tahití y su corona,* AHR, Barcelona, 1958.

Australia

AA.VV., *Australia: Historia y presente, Revista Española del Pacífico*, 14, nº monográf. 2001.
FERNÁNDEZ-SHAW, C., *España y Australia,* MAAEE/DGRCC, Madrid, 2000.
HUGHES, R., *La costa fatídica,* Edhasa, Barcelona, 1989.
LULING, V., *Aborígenes,* Espasa-Calpe, Madrid, 1981.
MARTÍ, J., *Las misiones católicas de Nueva-Holanda,* MAE, Madrid, 1987.
O'NEILL, J., *Deportados a la Tierra de Van Diemen,* Akal/Cambridge, Torrejón de Ardoz, 1991.
SALVADO, R., *Memorias de la Australia,* La Editorial Católica, Madrid, 1946.
SOLÉ, J.M. *et al., Australia,* Historia 16, Madrid, 1988.

INSULINDIA

Filipinas

AA.VV., *Filipinas: Año 1898,* AEEP, N° monogr. de la REP, 9, Madrid, 1998.
CABRERO, L., *Filipinas,* Historia 16, Madrid, 1988.
MORGA, A. de, *Sucesos de las Islas Filipinas,* Polifemo, Madrid, 1997.
SANZ Y DÍAZ, J., *Legazpi, conquistador de Filipinas*, Publicaciones Españolas, Madrid, 1959.
ZAMORA, M. D. *et al.*, *Los indígenas de las islas Filipinas,* Mapfre, Madrid, 1992.

Indonesia

ARGENSOLA, B.L. de, *Conquista de las Islas Malucas,* Miraguano/Polifemo, Madrid, 1992.
BAÑAS, B., *Las islas de las Especias,* Universidad de Extremadura, Cáceres, 2000.

ASIA

AA.VV., *Historia de los descubrimientos y exploraciones, 10: El continente asiático,* Club Internacional del Libro, Moretón, Bilbao, 1978.
COUTRE, J. de, *Andanzas asiáticas,* Historia 16, Madrid, 1991.
MORENO, J., *La descolonización de Asia,* Historia 16, Madrid 1993.
PANIKKAR, K. M., *Asia y la dominación occidental,* Eudeba, Buenos Aires, 1966.
SCHRAM, S., y H. CARRÈRE D'ENCAUSSE, *El marxismo y Asia,* Siglo XXI, Madrid, 1974.
WHEELER, G., *Problemas raciales en el Asia soviética musulmana,* Eudeba, Buenos Aires, 1962.

ASIA OCCIDENTAL y CENTRAL

HAMBLY, G. (compil.), *Asia Central,* Siglo XXI, Madrid, 1972.
MARTORELL, M., *Los kurdos. Historia de una resistencia,* Espasa-Calpe, Madrid, 1991.

Afghanistán

AA.VV., *Afganistán: Pasado y presente,* Academia de Ciencias de la URSS, Ciencias Sociales Contemporáneas, Moscú 1982.

Siberia

CASTRO MONTANER, R., *Siberia,* Mateu, Barcelona, 1959.
SAINT GEORGE, G., *Siberia, un nuevo mundo,* Bruguera, Barcelona, 1972.

Uzbekistán

VAMBERY, A., *Viaje al Asia Central,* t. II de *El mundo en la mano,* Montaner y Simón, Barcelona, 1878.
VERESHUGUIN, *De Oremburgo a Samarkanda,* t. II de *El mundo en la mano,* Montaner y Simón, Barcelona, 1878.

ASIA MERIDIONAL

India

ANÓNIMO, *Viaje del Príncipe de Gales a la India,* T.III de *El mundo en la mano,* Montaner y Simón, Barcelona, 1878.
CATALUCCIO, F., *La revolución inia,* Bruguera, Barcelona, 1970.
GANDHI, M. K., *La civilización occidental y nuestra independencia,* Sur, Buenos Aires, 1959.
LEJEAN, G., *Viaje al Padjab y al Cachemira,* T.II de *El mundo en la mano,* Montaner y Simón, Barcelona, 1878.
LORD, J., *Los marajás,* Bruguera, Barcelona, 1973.
NEHRU, J., *El descubrimiento de la India,* Sudamericana, Buenos Aires, 1949.
OLIVEIRA SALAZAR, A. de, *Portugal, Goa y la Unión India,* Secretariado Nacional de Informação, Lisboa 1956.
ROUSSELET, L., *Viaje a la India de los rajas,*t. III de *El mundo en la mano,* Montaner y Simón, Barcelona, 1878.
TIPU SULTÁN, *Memorias,* Círculo de Lectores, Barcelona, 2001.

ASIA ORIENTAL

TOGORES, L.E., *Extremo Oriente en la política exterior de España (1830-1885),* Prensa y Ediciones Iberoamericanas, Madrid, 1997.

China

BEECHING, J., *La Guerra del Opio,* Plaza-Janés, Esplugues de Llobregat, 1976.
BENOLESI, G., *La insurrección de los Boxers,* G.P., Barcelona, 1963.
BLAND, J. O., y E. BACKHOUSE, *Tse-Hsi, emperatriz regente,* Espasa-Calpe, Madrid, 1956.
CHESNEAUX, J., y M. BASTIDE, *China. De las Guerras del Opio a la Guerra Franco-China,* Vicens-Vives, Barcelona, 1972.
FAIRBANK, J. K., *Historia de China. Siglos XIX y XX*, Alianza Editorial, Madrid, 1990.
GIL PECHARROMÁN, J., *Las Guerras del Opio,* Historia 16, Madrid, 1986.
HANH, E., *China ayer,* Plaza-Janés, Barcelona, 1965.
PUBLICACIÓN OFICIAL, *El Movimiento Yijetuan*, Ediciones en Lenguas Extranjeras, Beijing, 1978.
—, *El Movimiento del Reino Celestial Taiping,* Ediciones en Lenguas Extranjeras, Beijing, 1979.
—, *Breve historia moderna de China, 1840-1919*, Ediciones en Lenguas Extranjeras, Beijing, 1980.

Japón

ALLEN, L., *Japón: Los años de triunfo*, Nauta, Barcelona, 1970.
HINO, A., *La guerra y el soldado*, Juventud, Barcelona, 1941.
RODAO, F., *Franco y el imperio japonés*, Plaza & Janés, Barcelona, 2002.
ROLDÁN OLIARTE, E., *La expansión japonesa,* Imprimerie Centrale, París 1938.
TORRE, R. de la, *Japón: De los Meiji a hoy*, Historia 16, Madrid, 1990.

SUDESTE ASIÁTICO

CHOMSKY, N., *La guerra de Asia,* Ariel, Esplugues de Llobregat, 1972.
CROZIER, B., *El turbulento Sudeste asiático*, Novaro, México DF, 1967.

Birmania

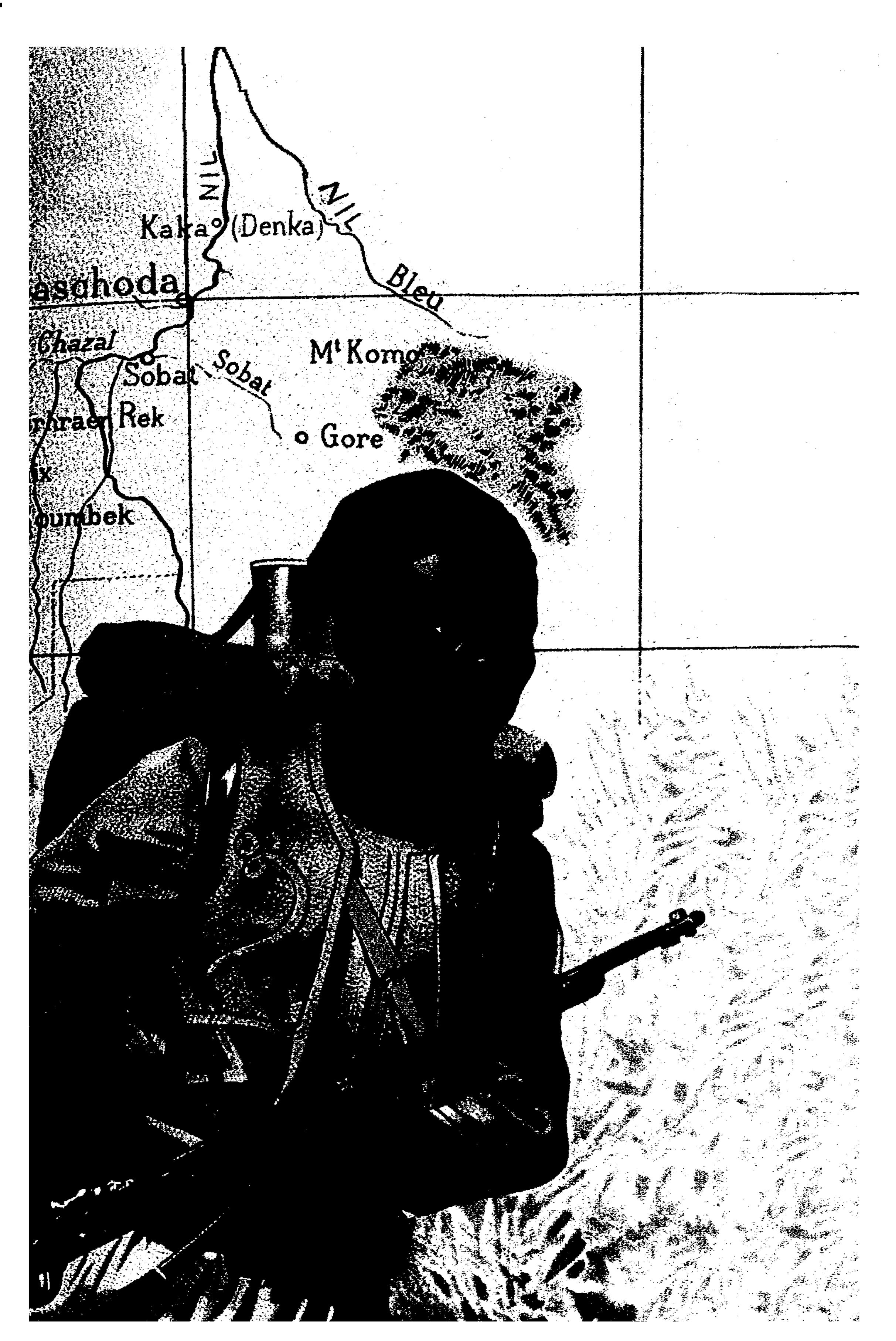
RODAO, F., *Españoles en Siam (1540-1939)*, CSIC, Madrid, 1997.

Vietnam

DEVILLERS, P., *De Indochina a Vietnam*, Historia 16, Madrid, 1988.
KLARE, M. T., *La guerra sin fin*, Noguer, Barcelona, 1974.
LACOUTURE, J., *El Vietnam entre dos paces*, Tecnos, Madrid, 1966.
—, *Ho Chi Minh*, Alianza Editorial, Madrid, 1968.
MESA, R., *Vietnam: La lucha por la liberación 1943-1973*. Edicusa, Madrid, 1973.
MINUÉ, L., *Vietnam, la guerra que nunca acabó*, San Martín, Madrid, 1985.

Este libro se terminó de imprimir
en Madrid, en octubre
de 2005


Bahr
el
Arab
Dera Ziber
Semie


NIL
NIL
Kaka (Denka)
Bleu
aschoda
Chazal
Sobat
Sobat
Mt Komo
Rek
o Gore
oumbek